



**VICENTE
GARRIDO**

**NIEVES
ABARCA**

**CRÍMENES
EXQUISITOS**



 **ESPA
PDF**

El cuerpo de Lidia Naveira, una joven de la alta sociedad coruñesa, aparece flotando en el estanque de Eiris recreando la famosa Ofelia de Millais.

¿Qué relación tiene este crimen con el macabro asesinato acontecido meses antes en la Abadía de Whitby?

La inspectora Valentina Negro, con ayuda del famoso criminólogo Javier Sanjuán, liderará una investigación que la llevará a colaborar con Scotland Yard, en una oscura trama a caballo entre A Coruña y Londres.

Lo que nadie puede llegar a sospechar es que en la vertiginosa cuenta atrás para atrapar al asesino, deberán enfrentarse a las obsesiones más inconfesables de la sociedad actual.



Vicente Garrido y Nieves
Abarca

Crímenes exquisitos

ePUB v1.0

Dirdam 30.07.12

más libros en espaebook.com

Crímenes Exquisitos

Vicente Garrido Genovés y Nieves Abarca
Corral, 2012

Fotografía modelo: Istockphoto (no
consta autor)

Editorial: Versátil S.L.

ISBN: 978-84-92929-52-8

Editor original: Dirdam (v1.0)

ePub base v2.0

A mis alumnos de Criminología.

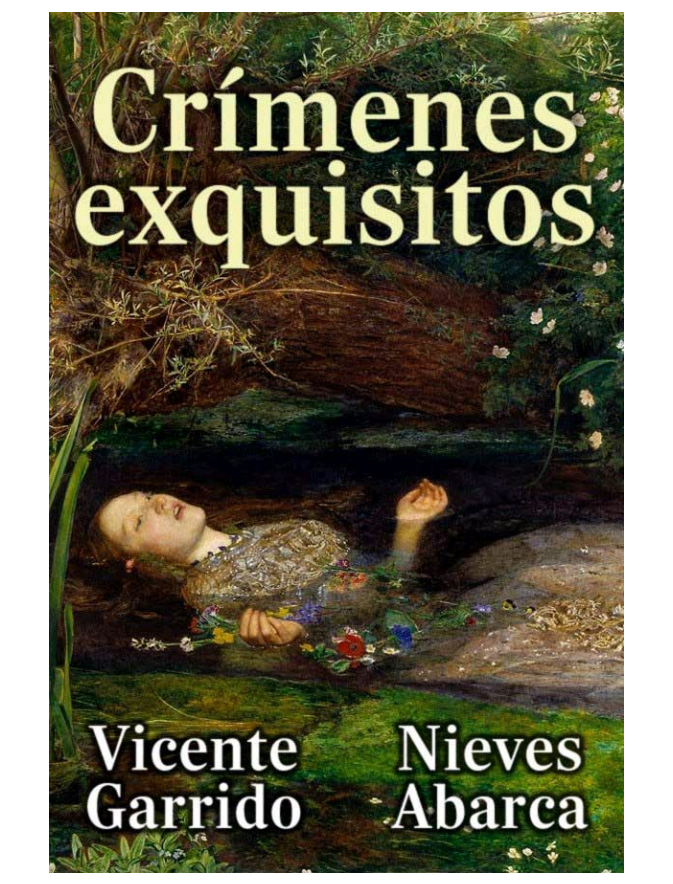
Vicente Garrido

A «M.» Por la Noche de las
Ánimas.

Y a mi padre, in memoriam.

Nieves Abarca

Todos los personajes que aparecen en la novela son ficticios, así como las tramas. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

A painting of a woman lying in a forest, surrounded by flowers and foliage. The woman is lying on her back, her head tilted back, and her eyes closed. She is wearing a patterned dress. The forest is dense with green foliage and flowers. The overall mood is serene and somewhat somber.

Crímenes exquisitos

Vicente
Garrido

Nieves
Abarca

Prólogo. El Charlatán

«... y te daré, morena mía,
besos fríos como la luna
y caricias cual de serpiente...»

«El Aparecido», soneto

LXIII.

Las flores del mal.

Charles Baudelaire

Vigo, enero de 2006

Las espesas nubes tapaban a ratos la luna llena, rodeada de surcos anaranjados. Los rayos, rojizos y

fantasmagóricos, iluminaban la ría de Vigo, oscura como el petróleo a aquella hora de la madrugada. Valentina contuvo un estremecimiento y cruzó los brazos, en un ademán inconsciente de desamparo. Aquella era una noche helada de cojones, y más después de llevar a la intemperie más de tres horas. Bajó la cuesta trastabillando sobre sus altos tacones, hasta acercarse a los bloques de edificios de cemento gris, de construcción bastante antigua. Luego se acercó con disimulo a un coche aparcado en un camino de hierba para constatar que las ventanillas estaban cubiertas de vaho. Sonrió, aterida.

«Por lo menos allí dentro no tendrán tanto frío como yo», pensó.

La ría de Vigo, bajo la tenue luz de la noche, era muy hermosa. Desde su posición, podían verse muy bien las bateas diseminadas aquí y allá, y más lejos, las luces que iluminaban el puente de Rande. Los astilleros estaban en calma a aquella hora. Y por el barrio de Teis no se veía ni un alma.

Bajó otro poco la cuesta de aquella callejuela interminable y vio una barca abandonada, la madera podrida, casi sin pintura por el deterioro de muchos años. Al lado, un cuatro latas de color verde agonizaba con las ruedas sustituidas por

ladrillos y la hierba y algún gato callejero por únicos ocupantes.

Tiró de la tela vaquera hacia abajo. Aquella minifalda tan ajustada era un estorbo, se subía a los cinco segundos, por no hablar de las pesadas botas de tacón alto. No estaba acostumbrada a vestir de una forma tan incómoda. Valentina era feliz con unos simples vaqueros y una cazadora de cuero. Tardó un momento en conseguir ajustar la falda en su sitio. Al revolverse, nerviosa, pudo notar el tacto del micrófono que llevaba adherido a la piel, en la espalda, a la altura del riñón. Lo tocó para asegurarse de que seguía en su lugar.

Allí estaba.

El Citroën Xsara camuflado se deslizó a su lado con lentitud, parando justo al lado de ella.

—¿Cómo vas, inspectora? —Una cabellera negra, engominada, asomó por la ventanilla—. ¿Alguna novedad? ¿Has visto algo de interés? —El inspector Gorka Raizabal bebió un sorbo de café de un vaso térmico y sonrió tranquilizadamente mientras agarraba el volante del coche. A Valentina le caía bien el inspector Raizabal. Más bien tenía que reconocer que le gustaba mucho. Era un hombre muy guapo. Lástima que tuviese novia... y fuese

compañera, además. Aunque Valentina notaba que él se sentía atraído por ella, no se atrevía a establecer ningún tipo de acercamiento.

—Absolutamente nada, Gorka. Aquí no se mueve ni Dios. Eso sí, hace un frío de cojones. —Valentina bajó la voz y notó el vaho saliendo de su boca al aire helado de la noche—. Voy a dar una vuelta por el aparcamiento que está un poco más abajo y luego nos vamos de aquí al parque de la Guía. Por cierto, ¿cómo le va a Edurne en Coia?

La subinspectora María Varela contestó, mientras sujetaba el café y a la vez intentaba abrir una bolsa de plástico

con bocadillos en el asiento del acompañante. María llevaba ya quince años en el cuerpo y se tomaba todo con bastante tranquilidad. Era famosa en la comisaría por sus habilidades culinarias, que no dudaba en compartir con los compañeros.

—Igual que a ti. Creo que está harta ya de esperar en vano. Nada de nada. El muy hijo de puta no aparece. Y eso que hay luna llena, así que hoy no debería fallar. Además, menuda luna... ¿la has visto? El Charlatán lleva un mes de abstinencia, que sepamos, así que me extrañaría mucho que pudiera aguantarse más tiempo sin tocar los huevos. —Le

acercó un bocadillo—. ¿Quieres comer algo? Tienes que estar helada.

—No, gracias, María, no tengo hambre. Más bien tengo el estómago totalmente cerrado. Además, si meto algo en el cuerpo, no sé qué pasará con esta maldita falda... imagínate. —Valentina suspiró y miró al cielo. Las nubes grises dejaron entrever por un momento el satélite—. Es cierto, la luna roja... parece una expresión sacada de las crónicas de Margarita Landi en *El Caso*. Por cierto... ¿Dónde coño está el resto del operativo? —Valentina giró la cabeza y golpeó el suelo con los pies para mitigar la sensación de humedad

que parecía atenazar sus extremidades.

—Están muy cerca de aquí, a un par de minutos. No te preocupes.

—Bien. Eso es importante. Voy a seguir pateando por aquí un rato, por si acaso... —Valentina hizo una mueca, intentando esbozar una sonrisa para darse ánimos—. No os vayáis muy lejos, por favor... Ya sabéis que ese tipo es muy rápido y escurridizo.

—No te preocupes. No vamos a dejarte sola ni un momento —contestó María, pero su tono de voz denotaba preocupación; como mujer podía sentir muy bien la angustia que Valentina trataba de tener en todo momento bajo

control.

Los tacones de Valentina Negro resonaron en el silencio hueco de la noche. No se veía ni un alma por el barrio. Ni un miserable taxi, ni siquiera algún grupo de jóvenes ebrios terminando la fiesta. Según bajaba la cuesta, el silencio se hacía más profundo y había menos edificios. Solares abandonados, cubiertos de hierba. Llegó a un bloque de casas viejas de color gris que no presentaba ni una mísera luz encendida. Valentina movió la cabeza, hastiada. De pronto ya no estaba tan segura de que aquella noche el Charlatán fuese a actuar. No era una noche

propicia para la caza, con una temperatura que rondaba los dos grados sobre cero y una humedad que se adhería al cuerpo como una mortaja. Se volvió para cerciorarse de que el Citroën Xsara color plata seguía estando cerca de ella antes de doblar la esquina.



Su corazón palpitaba de gozo dentro de su pecho, retumbando sin control. La adrenalina viajaba a través de la sangre por todo su ser, mientras la luna lo provocaba con su extraña cara roja desde el cielo. Aquella era la noche adecuada, la noche perfecta. Llevaba ya

casi un mes... no podía aguantar ni un día más. Había tenido que cambiar de barrio y esperar demasiado tiempo por culpa de la prensa y de la policía. La nueva zona estaba mucho mejor que el barrio de Coia, donde acostumbraba a actuar antes: en aquel barrio no había casi nadie a esas horas, poca luz, y además había encontrado por pura casualidad el sitio idóneo para estar tranquilo y que nadie lo molestara. Con unas preciosas vistas a la ría, además. No se podrían quejar del trato sus futuras invitadas...

Pero esa noche estaba dispuesto a dar un paso más. Se había aburrido de

follar niñas y luego dejarlas escapar. Además, alguna podría reconocerlo, a pesar de que tomaba muchas precauciones. Todas las precauciones posibles. El condón, la braga en la cara, la voz falsa... No, esa noche iba a darse un regalo. Nada de braga en la cara. Tenía ganas de experimentar, saber qué se siente «de verdad». Las muy cabronas lo llamaban «Charlatán», porque siempre tenía la delicadeza de hablar mucho con ellas. A partir de ese momento no iban a llamarlo nada más. Iban a empezar a respetarlo de veras.

Miró el viejo reloj y le dio al botón de la luz: llevaba ya mucho rato

esperando en vano. Eran ya las cuatro de la mañana. No había visto a ninguna furcia que le gustara especialmente. Por no hablar de que de repente todas parecían tomar precauciones. Iban acompañadas, salían del taxi y corrían hacia el portal... jodidos periódicos. Todas tenían miedo. Joder. No importaba. Alguna tía borracha siempre podía bajar la guardia.

Abrió el portal con sigilo al escuchar el ruido. Los tacones retumbaban en la calle anunciando la promesa de un gozo terrible, y no pudo evitar tener una erección. Allí estaba, doblando la esquina. Un pivón moreno:

alta, minifalda, botas negras de piel, de tacón, además. Como le gustaban a él. Una verdadera zorra. Y además, poco abrigada, a pesar de las bajas temperaturas... Se acercaba hacia su escondite con paso lento y los brazos cruzados, protegiéndose del frío. Ya la haría él entrar en calor... «Ven, preciosa. Acércate. No te pares. Sigue, ven con papá...». Agarró el cuchillo con fuerza y se sumergió de nuevo en las sombras del portal.

Valentina siguió caminando y, de pronto, se detuvo unos instantes, extrañada. El silencio se había hecho ominoso. Por puro instinto, se sintió

demasiado vulnerable. Notó una amarga sensación de vacío. Se giró para esperar el coche policial, que ya tenía que estar cerca de ella. Entonces fue cuando notó algo moviéndose por detrás, una sombra pegajosa, un extraño dolor en un costado, como si le clavaran suavemente un cuchillo. La voz se deslizó en su oído, susurrante y aguda, un falsete cómico y brutal. Una mano de hierro aferró su brazo hasta hacerle daño.

—Sigue recto y no te gires, zorra. O te jodo viva. Ni se te ocurra mirarme. Camina a mi lado, como si fueses conmigo.

El cuchillo apretó todavía más la

carne. El otro brazo rodeó su cuerpo y la empujó hacia delante. Valentina notó que todo su cuerpo se ponía rígido y su mente se disparaba para evaluar todos los escenarios posibles. Allí estaba el hijo de puta. El cabrón. Había caído en la trampa.

El Citroën giró justo a tiempo para ver cómo Valentina cruzaba la calle acompañada de un hombre alto y fuerte que parecía agarrarla como si fuese su novio.

—Joder, joder! ¡La ha cogido! Apura... llama al operativo. ¿Dónde coño está la furgoneta? —Gorka se revolvió en el asiento, presa del pánico,

mientras conducía todo lo lentamente que era capaz para no despertar sospechas.

María cogió la radio con rapidez e intentó localizar a los compañeros a gritos.

—¡Luis! ¿Dónde estáis? Lo tenemos. Ha picado. Ha cogido a Negro, repito, lo tenemos. ¡Estamos en Doctor Corbal, en Teis!

La estática de la radio dio paso a la voz de un hombre.

—Estamos ya ahí, a unos metros de vosotros. María, cálmate, tenemos localizada la posición de la inspectora Negro. —La voz tranquila del inspector

jefe Raúl Peña tranquilizó momentáneamente el nerviosismo de la subinspectora.

—¿Recibís bien la señal del micrófono? —María Varela no las tenía todas consigo, estaba realmente preocupada solo de pensar en el peligro terrible al que estaba expuesta Valentina. La apreciaba muchísimo. Las dos eran de Coruña y llevaban casi el mismo tiempo en Vigo.

Raúl Peña la calmó de nuevo desde la furgoneta.

—Recibimos la señal de radio perfectamente, subinspectora. Con toda claridad. Y la del GPS también. Es él,

no cabe duda. Afirmativo. Es el Charlatán. ¡El muy hijo de puta, es cierto! ¡No hace más que hablar! Es todo un orador. ¿Mantenéis contacto visual con ellos? ¿Qué están haciendo? No los perdáis de vista ni por un momento.

María contestó, la radio transmitía el tono de voz constreñido por la responsabilidad y el miedo.

—Se dirigen los dos hacia el otro lado de la calle, hacia un descampado. Espera. Siguen recto. Voy a salir del coche y seguirlos a pie. Creo que se dirigen a la antigua fábrica de conservas, la que está en ruinas. Necesitaremos ahora mismo a todo el

operativo aquí. Si se meten dentro de la fábrica vamos a tener un problema gordo... Joder, joder. La inspectora no ha querido llevar pistola. Dios. ¿A quién se le ocurre? Una insensatez de ese calibre solo puede ocurrírsele a Valentina Negro...

• • •

—Mira hacia delante, puta. Estás muy buena. Lo sabes, ¿verdad? Me gustan tus botas. —Valentina notó con asco cómo la mano de aquel hombre bajaba hacia sus nalgas y las apretaba con fuerza—. Menudo culito tienes. Está duro, ¿eh? Me encanta. Me lo voy a

comer todo entero. Verás qué bien nos lo pasamos. ¿Qué es lo que más te gusta en la cama? —La voz se hizo más oscura y susurrante—. ¡Venga, contesta! Algo te gustará, ¿no? —El cuchillo penetró en la cazadora todavía más profundamente.

—Me gusta mucho besar... —La voz de Valentina sonó temblorosa y asustada, como si fuera la voz de una niña pequeña indefensa. Los miembros del operativo se miraron con desazón dentro de la furgoneta, sin saber si ella estaba fingiendo o estaba realmente aterrorizada.

—Besar. Tócate los cojones. Apuesto a que una zorra como tú tiene

que hacer cosas mucho más interesantes. ¿O no? Con ese cuerpo tienes que tener mucha práctica. Ya verás... —Los labios se acercaron a su cuello y lo recorrieron unos centímetros casi sin tocarlo—. Vas a chupármela como si yo fuese tu novio. Y vas a disfrutar como una perra. Venga. ¡Entra ahí, en ese agujero!

«¿Qué hacen esos cabrones que no actúan ya, joder? Es él, no hay duda. No hace falta mucho más para darse cuenta. Joder, ¿qué es este sitio?», musitó para sí Valentina, cada vez más asustada mientras aquel hombre la forzaba a caminar por un descampado hacia un

edificio rodeado de maleza.

La empujó a través de los matorrales. Ante los ojos de Valentina apareció un boquete en la pared, y al atravesarlo, una pequeña fábrica abandonada, medio derruida, sumida en la total oscuridad. Aquí y allá se podían ver focos de metal llenos de telarañas y bidones polvorientos. El hombre la empujó hacia dentro y la mandó parar. El sitio olía a mil demonios.

—Quieta. No te muevas. O te corto el cuello.

Valentina escuchó un ruido tras ella. Parecía estar arrastrando algo. Un segundo después, sin darle tiempo a

reaccionar, escuchó de nuevo la voz mientras las manos frías la agarraban de las muñecas y las forzaban hacia la espalda.

—Quieta, guapa. —Él aspiró el olor de su nuca, el sudor mezclado con el sutil deje de perfume, y su erección se hizo todavía más evidente, casi dolorosa, bajo la tela de sus pantalones —. No quiero que te me escapes ni que hagas nada raro. Voy a atarte las manos atrás. Así no habrá sorpresas.

Valentina notó el roce de un pañuelo o algo similar que la maniataba con fuerza, dejándole las manos inservibles por completo. Empezaron a dolerle las

muñecas de forma intensa. Aquello estaba empezando a complicarse demasiado. El hombre la empujó hacia delante, haciéndola subir torpemente por unas escaleras de ladrillo hacia el piso superior. Luego avanzaron hasta un rincón, al fondo, en donde Valentina pudo ver otras escaleras de metal forjado, oxidadas y medio rotas. Él la empujó hacia ellas.

—Ahí arriba tenemos nuestro nido de amor, preciosa. No tengas miedo, las escaleras no van a ceder. Son de hierro de los altos hornos de Bilbao. Por cierto, me encanta tu falda. Es una falda muy corta, desde luego... querías

provocarme, eso está muy, muy claro... —Él acarició los muslos de Valentina a través de las medias tupidas. Ella dio un salto al notar la mano—. Tranquila, gatita... No te asustes, no creo que sea la primera vez que algún tío te mete mano. Por cierto... ¿cómo te llamas?

Valentina dijo el primer nombre que acudió a su mente. Se acordó de pronto de su compañera.

—María. Me llamo María. Por favor, no me hagas daño. Haré lo que quieras, pero no me hagas daño... —Su voz intentaba revelar mucho temor y ninguna capacidad de respuesta, algo que en ese momento no le resultó muy

difícil.

—María. Qué nombre más bonito. Ya casi nadie se llama así. Sigue subiendo tú sola, María. Mueve un poco ese culito prieto que tienes. Me gusta ver tus piernas desde aquí...

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mi? Por favor... déjame marchar. No me hagas daño, por favor. —Valentina intentaba, con desesperación, ganar tiempo, en espera de que llegaran sus compañeros.

—Cállate de una puñetera vez y no me toques más los cojones. Aquí el que manda soy yo, que te quede claro. Y venga, sigue subiendo por las escaleras.

Ahora, espera ahí. —El hombre la empujó hacia un lado sin contemplaciones y abrió una trampilla de madera. Una vaharada de olor hediondo llegó hasta la nariz de la inspectora. Tras la trampilla, se podían ver unas escaleras de cemento que bajaban hasta perderse en la oscuridad. Luego él se acercó de nuevo y la agarró del pelo, tirándole de la cabeza hacia atrás.

—Ahora quiero que entres y bajas las escaleras despacio. Ni un ruido, zorra. O te mato. ¿Entiendes? Te juro que te mato. Y sabes que lo haré. Lo sabes, ¿verdad?

El cuchillo afilado reveló la luz de la luna delante de los ojos grises de Valentina, que brillaron en la oscuridad, como los de una fiera acorralada.



—¿Qué pasa con el puto micrófono, Raúl?

El subinspector Eduardo Carreira, miembro del operativo de transmisiones, estaba a punto de golpear con sus manazas la radio, que solo emitía estática. Miró con desesperación a su compañero Raúl, que tenía la frente perlada de sudor.

—¡Joder, no se oye nada!... ¿Qué

está pasando?

—No tengo ni puta idea. Los hemos perdido. Espera... —Raúl manejó el transmisor con desesperación—. Ahora sí. Ahora los tengo... silencio... —La voz del Charlatán se dejó oír de nuevo a través del aparato: «Baja con cuidado, zorra. No te vayas a caer y después no me vayas a servir para nada. Ahora quédate quieta, voy a cerrar la trampilla para que nadie nos moleste. Vamos a estar solos y lo vamos a pasar muy, pero que muy bien».

—Menos mal que hemos vuelto a pillarlos. —Raúl emitió un sonoro suspiro de alivio y luego siguió

escuchando con atención—. Hay que joderse con el tío, no tiene abuela, el muy hijo de... —Raúl sacudió la cabeza, sin poder dar crédito a lo que estaba escuchando y luego, cuando notó que le caía el sudor por delante de los ojos, se lo secó con el dorso de la mano.



«¿Dónde coño se han metido?». María enfocaba con una linterna los desconchados muros llenos de grafitis. A ella se habían sumado ya Gorka y cuatro agentes más de Operaciones Especiales que buscaban con rapidez la vía de entrada del Charlatán y su presa.

—Debe de haber disimulado el sitio por donde entraron. Da igual, vamos a tirar abajo la puerta principal. Solo tiene un candado... —Gorka sacó la pistola de la funda, dispuesto a reventar el candado de un tiro.

De repente, un miembro de los GOES gritó desde un lateral.

—¡Aquí está! He encontrado el sitio. Lo ha tapado con una malla. Es un agujero en la parte de abajo del muro. ¡Venga, vamos! —Tiró la malla de una patada y entró rápidamente. Todos los demás lo siguieron. Allí dentro no había nadie. La fábrica estaba totalmente desierta. Solo se podían ver aquí y allá

bidones vacíos y vigas de madera tiradas en el suelo. María habló de nuevo por radio con el operativo.

—Raúl, contesta, pronto. ¿La tenéis localizada? —Era la voz angustiada de María.

La voz del inspector jefe no era tan tranquilizadora como al principio.

—Están dentro de la fábrica. El GPS señala un lugar justo en la esquina norte del edificio. Hemos perdido por un momento el contacto del micrófono... El tipo ha dicho algo sobre unas escaleras y una trampilla. ¡Hay que buscar una trampilla! Debe de haberla metido en alguna habitación o algún sitio y se ha

encerrado allí con ella.

—Hostia, ¡venga! —Gorka gritó dirigiéndose hacia todos los agentes—. ¡Escuchad todos! Hay que encontrar unas escaleras y una trampilla, en la esquina norte de la fábrica. ¡Vamos, rápido!

• • •

—Muy bien. Ven aquí. No te me escapes.

Valentina reculó con cuidado sin perder de vista el cuchillo en ningún momento. Estaban en una habitación de unos diez metros cuadrados, llena de colchones viejos, latas y basura. Había

un pequeño ventanuco enrejado, con cristales rotos, por donde entraba la claridad de la noche. Era como una celda. El olor era horrible, un olor acre y repugnante, a pescado podrido, producto de todos los indigentes que hacían de ese agujero su habitación para dormir. Miró hacia la trampilla. Bien cerrada. El tío lo tenía todo muy bien estudiado. Las otras veces había actuado en garajes o descampados... Por eso había parado tanto tiempo. Para cambiar su modus operandi... Y además, otra cosa. Los pensamientos volaban en la mente de Valentina. Esa vez no llevaba la cara tapada. Las otras chicas decían

que llevaba una especie de braga en la cara. Pero no ese día. Eso no le gustó demasiado. No le importaba que pudiese verlo... ¿Qué quería decir eso? Valentina observó que tenía fríos ojos azules y el pelo castaño y bien cortado. No era un hombre feo, sin embargo. Sus facciones eran correctas, atractivas incluso. Salvo la expresión de la boca, que sonreía en un rictus sádico que la alarmó todavía más. Aquel tipo era muy peligroso. El perfil tenía razón, podía ser que ya no solo le bastase con violar. Se apoyó en la pared, tropezando con algo que no pudo ver y que cayó rodando con sonido hueco. Una lata de

pintura.

—Ven aquí, María. —Él se acercó a ella y la estrujó contra el muro de ladrillos, con fuerza. Las manos frías y pegajosas empezaron a manosearla, primero por la cintura, luego el pecho por fuera del sujetador—. ¿Te gusta lo que te estoy haciendo? Espero que no. ¿Sabes? A mí me gusta que las putas como tú se me resistan... —Sus labios susurraban de nuevo en la oreja de Valentina, que se estremeció de asco. Si solo pudiese librarse un momento de sus ataduras...—. Vas a resistirte, ¿verdad? Es que si no lo haces, lo vas a pasar muy mal...

Los botones de la blusa saltaron por los aires con violencia. El cuchillo jugueteó con el sujetador blanco, subiendo arriba y abajo, acariciando la piel de la inspectora. Luego cortó las tiras y dejó caer las copas a los lados. Los senos de Valentina aparecieron en todo su esplendor, la blanca y tersa piel reflejaba la luz de la noche. Al verlos libres y a su merced, el Charlatán perdió la cabeza por completo.

—Dios, me encantan tus pechos, María. —La mano agarró un pezón con suavidad, mientras la lengua recorría el cuello, rozando el lóbulo de la oreja mientras hablaba. Valentina, conteniendo

su miedo y su repugnancia, se movió bruscamente y frotó el pañuelo contra la pared, intentando aflojar los nudos.

—Estate quieta, María. Así. Quieta. No te muevas. O te corto el cuello, ya lo sabes. Y ahora dime. ¿Qué le haces a tu novio cuando quedas con él? Cuéntame. Una chica como tú tiene que tener novio... ¿Te come las tetas? —El violador agarró los pechos con las dos manos, apretando los pezones con intensidad. Valentina gritó muy fuerte, en parte por el dolor pero también para que los del operativo pudieran situarla.

—¡Chist! Silencio. No quiero escuchar ni un grito más. —El Charlatán

le tapó la boca con la mano, mientras pegaba totalmente su cuerpo al de ella. Valentina notó la erección a través de su ropa—. Muy bien. Me sientes, ¿verdad? —Él empezó a frotarse contra ella con torpeza, subiéndole la falda hasta la cintura y clavándole la pelvis mientras gemía. Le quitó la mano de la boca y la cogió del pelo, haciéndole daño.

—Abre tus labios. Bésame. ¿No decías que te gustaba besar? Ahora vamos a comprobarlo. Quiero un beso húmedo y profundo, ya me entiendes. Un beso de ramera, venga. Demuéstrame lo que sabes hacer.

—¿Habéis oído? ¡Un grito, joder! ¡Eso ha sido un grito, por ahí arriba, por las escaleras de ladrillo! —La subinspectora María Varela subió las escaleras de dos en dos, con la pistola y la linterna en las manos. El resto del operativo estaba en el otro lado de la nave, peinando todo el lugar, sin encontrar nada. Las linternas parecían volar por la nave.

—¡Gorka, están por aquí! ¡Vamos, deprisa! ¡En el piso de arriba!

Los policías subieron al primer piso por las escaleras de ladrillo e

iluminaron el laberinto de pasillos oscuros y rampas de hierro. No había rastro de Valentina y su captor. Un par de dinamos llenas de óxido ocupaban parte de la nave. Los gestos de desesperación de todos eran evidentes. Aquel cabrón tenía una madriguera muy oculta. Pero... ¿dónde? ¿En qué parte de la nave? El GPS decía que en la esquina orientada al norte. El Charlatán había hecho subir unas escaleras a la inspectora. Pero no encontraban ningún sitio que se ajustara a las descripciones que surgían de la radio.

Volvieron a llamar al operativo de transmisiones. Necesitaban saber cuál

era la situación exacta de la inspectora en aquel momento. Era necesario actuar de inmediato. El asunto se les había ido por completo de las manos. La linterna de Gorka iluminó un rincón donde se adivinaban unas antiguas escaleras de metal forjado. Se acercó con rapidez y enfocó a lo alto. Llamó a todos los demás. Había encontrado la manera de subir. Había descubierto el sitio, gracias a Dios.



El Charlatán introdujo la lengua en la boca de Valentina hasta casi ahogarla. Luego le mordió los labios. La besó en

un instante que a ella le pareció interminable. Era absolutamente repulsivo, como tener dentro la lengua de un reptil.

—María date la vuelta. Te voy a desatar y te vas a desnudar. Despacio. Poco a poco. ¡Sin prisas, María! Sin prisas... Quiero disfrutar de tu cuerpo mientras lo haces.

Valentina notó que la sangre volvía a recorrer sus manos al ver aflojadas sus ataduras. Respiró con fuerza y tensó todos los músculos de su cuerpo. Notó el cuchillo en el cuello. El Charlatán apretó la punta hasta traspasar la piel. El pecho de Valentina subía y bajaba con

rapidez. Notó el calor tibio de la sangre bajar por la sensible piel hasta el escote.

—¿Ves? No estoy de broma. No quiero ninguna tontería por tu parte. Date la vuelta otra vez. Así... —La analizó con lujuria, recorriendo sus senos con una mirada obscena y alucinada.

—Joder, menudos pechos... Diosss. Escucha... —La voz del Charlatán se hizo más grave y entrecortada—. Quiero que empieces por arriba a desnudarte. Quítate la chaqueta, la blusa y luego lo que queda del sujetador. Despacito. Muuuuy lentamente, con sensualidad. Ya

me entiendes, moviéndote de forma provocativa, como las putas... Quiero excitarme mientras lo haces. Y mírame a los ojos. Quiero que te desnudes solo para mí.

Valentina obedeció. Las manos le temblaron cuando se despojó muy despacio de toda la ropa que él había dicho y la tiró al suelo. Se tapó los pechos con las manos en un gesto automático.

—Muy bien. —Palmoteó satisfecho, como un niño pequeño—. Muy bien. Lo has hecho muy bien. Ahora, quítate las manos de esos hermosos pezones para que yo pueda verlos a gusto y empieza a

bajarte la faldita. Las botas y las medias quedan para el final... —Hizo una pausa y siguió hablando, entre jadeos—. ¿Llevas bragas? Espero que no...

Valentina se quitó la falda, procurando con cuidado situarse de forma que él no viese el pequeño dispositivo que permanecía pegado a su piel. Se quedó en medias y botas, las manos cubriendo los pechos de nuevo. El hombre hizo una mueca de desagrado.

—¡Quítate las manos de ahí, zorra, no quiero volver a repetírtelo!

El Charlatán se acercó a Valentina y la abofeteó con fuerza. Ella se mordió los labios, aguantando la ira. Después,

con el cuchillo de nuevo pegado a su cuello, el violador empezó a lamer los senos y a morder y chupar los pezones con verdadera saña. Su mano bajó a través de las medias, alcanzando las bragas y después los labios vaginales. Valentina intentó cerrar las piernas con toda su fuerza mientras con las manos intentaba apartar la cabeza de su raptor, que mordía sin misericordia y gemía asquerosamente. Él siguió acariciando y forzando, hasta que consiguió llegar a la entrada de la vagina a pesar de la resistencia. Al notar lo, introdujo dos dedos con fuerza, sin compasión, traspasando a Valentina, que se mordió

los labios de nuevo para no gritar de dolor al sentir las uñas clavadas como un garfio. Al fin paró, tras unos instantes interminables de horror, y la miró de arriba abajo con cara de triunfo. Su voz traslucía su excitación brutal, imparable.

—Venga, rápido. Desnúdate por completo. Tengo muchas ganas de saber lo que eres capaz de hacer con esa boca y esas tetas en mi polla... Está muy dura, te has dado cuenta, ¿verdad? Joder, estás buenísima. La pena es que lleves bragas. Me hubiese gustado que fueses sin ellas para mí... Da igual. Ahora mismo te las vas a quitar. A lo mejor te ato las manos con ellas... ya lo

pensaré. O te las meto en la boca... Por cierto... ¿Te gusta tragar el semen? En realidad, ya lo sabes, espero que no te guste. —El Charlatán rio con fuerza, totalmente satisfecho de sus palabras—. Ya te he dicho que lo que más me pone es que te resistas... Pero tendrás que tragártelo de todas formas, como una niña muy buena... Te aviso, María. Hoy es un día muy especial. He traído Viagra por si me canso de ti pronto... No vamos a desaprovechar una oportunidad tan buena, ¿verdad? —El Charlatán paró de hablar unos segundos e hizo un gesto con la cabeza, pensativo. Chasqueó los dedos ruidosamente—. Sí señor. Ya sé

lo que vamos a hacer. Cuando te quites las bragas, quiero que empieces a masturbarte. Un dedito, dos deditos... ya sabes. Todo eso. Te quiero toda mojada en un rato. Si no te mojas, te arreglaré esa preciosa cara que tienes con mi navaja, tenlo claro. —Volvió a reír su propia ocurrencia sádica—. Pero te mojarás. Vaya si te mojarás... estoy totalmente seguro. De hecho, ya lo estás... ¿O te crees que no me he dado cuenta? ¡Cuando te metí los dedos en el coño empezaste a moverte como una perra!

La inspectora se agachó sumisamente para quitarse la bota

derecha. En realidad estaba harta de tanta palabrería inútil. Aquel cabrón le estaba provocando un terrible dolor de cabeza con todas aquellas barbaridades. Por alguna razón que ella desconocía, el terror había dejado paso en su cerebro a una ira que lo arrollaba todo a su paso, como un *tsunami*. Miró hacia el Charlatán con los ojos ardiendo de furia. Si el puto operativo no aparecía, ya iba a encargarse ella de semejante cerdo degenerado. Valentina no podía soportar ni una orden más. Notó el peso de la bota negra en su mano. Acarició el tacón afilado de diez centímetros.

Como un relámpago, la bota voló

hacia la cabeza del violador, interrumpiendo su discurso. La punta del tacón se le clavó en la cara, dejándolo estupefacto. Valentina aprovechó el momento para pegarle una patada a la mano que llevaba el cuchillo, que cayó a varios metros de donde estaban ellos, encima de un colchón.

—¡Hija de puta, me cago en...!

El Charlatán se tocó el ojo, aterrado al notar la sangre en los dedos, y a continuación miró a Valentina con ferocidad. Luego, en un instante, ambos se lanzaron a por el cuchillo. Él llegó antes, con una agilidad inusitada. Valentina recibió un fuerte golpe en la

cara, pero aferró como pudo la enorme mano que empuñaba el filo. El forcejeo intenso terminó con el arma de nuevo en el cuello de Valentina, que luchaba con todas sus fuerzas para evitar que él decidiera clavárselo en la yugular.

—¡Cuando te dije que me gustaba que te resistieras no me refería a esto, zorra! —La voz del Charlatán había subido varios tonos, hasta alcanzar un deje casi histérico.

Valentina hizo un esfuerzo supremo y apartó el cuchillo, revolviéndose como una pantera y doblándole la mano con la habilidad que proporcionaban muchas clases de defensa personal, provocando

en el Charlatán un dolor agudo e intenso en la muñeca, que hizo caer el arma al suelo. El hombre intentó agarrar a Valentina, sorprendido por la fuerza nerviosa de su oponente. Su mano resbaló por la espalda cuando detectó el dispositivo. Lo palpó, y después de unos segundos, lo arrancó de cuajo y lo analizó, sin dar crédito a lo que veía. En un instante, lo comprendió todo. La miró con los ojos muy abiertos, arrodillado delante de ella.

—¡Joder, hija de puta. Hija de la gran puta...! ¿Qué cojones es esto? —El micrófono seguía en el medio de la palma de su mano—. ¡Eres de la

policía! ¡Te voy a matar, zorra! ¡TE VOY A MATAR!

—¿Y a ti qué te parece, imbécil? ¿Me vas a matar? ¿No te gustaba que se resistieran las chicas, cabrón? — Valentina le pegó, desde el suelo, una patada fuerte en la cara con la bota que aún llevaba puesta. Se levantó con agilidad y volvió a pegarle otra patada, esta vez en medio del plexo solar. En solo un instante se bajó la caña de la bota y sacó un pequeño spray de pimienta que llevaba oculto en la pierna: lo roció sin piedad sobre los ojos y la cara lastimada del agresor, caído e indefenso. El Charlatán intentó aspirar

algo de aire puro, boqueando como un pez fuera del agua, gimiendo y llorando de una forma repulsiva. La inspectora vio la luz de la luna reflejada en el filo del cuchillo y le dio un puntapié, alejándolo de él. Cogió al Charlatán por el hombro, le dio la vuelta y le asió las manos, atándolo fuertemente con los restos de su rasgada blusa de seda, sin hacer caso de las quejas agudas y cada vez más intensas del violador, cuyos ojos le ardían sin que pudiera hacer nada para calmar el terrible picor. Luego se quitó la alta bota de tacón, se puso la chaqueta por encima para tapar la desnudez de su torso y subió por las

escaleras, dispuesta a abrir la trampilla. A mitad de camino se arrepintió y volvió a bajar, acercándose al hombre que yacía gimiendo, boca abajo, tirado en un colchón sucio. Se agachó, lo cogió del pelo y le levantó la cabeza con brusquedad.

—Por cierto. No me llamo María. Me llamo Valentina. Inspectora Valentina Negro. Y sí, está claro que a mí también me «pone» que se me resistan los hijos de puta como tú.

Valentina le soltó el cabello y dejó caer la cabeza sobre el colchón. El Charlatán continuó gimoteando, con los ojos irritados, intentando liberar las

manos para calmar el escozor de sus heridas. En ese mismo instante, la inspectora oyó golpes en la trampilla, que se deslizó en un momento con gran estruendo escaleras abajo mientras los GOES entraban en el lugar, armados con sobrefusiles de asalto. Las linternas deslumbraron a la inspectora, que sintió un alivio indescriptible. Al fin.

—Otra cosa, cabronazo. —La voz de Valentina, al oído del Charlatán, adquirió un tono de desdén casi regio, la boca torcida en un rictus de asco—. A ver si aprendes a besar mejor. Eres realmente patético... Pero no te preocupes, siempre puedes practicar en

la cárcel. Allí habrá muchos que quieran montárselo contigo. Una pena que no sean chicas indefensas... no van a ser tan apetecibles. Pero te gustará... estoy segura de ello.

Un rato después, la inspectora Valentina Negro, vestida con una sudadera gris y un amplio pantalón de chándal masculino, estaba sentada en el coche patrulla y con la puerta abierta, y una manta térmica sobre los hombros. El ojo se le estaba poniendo morado del golpe. Un enfermero le había hecho las curas del cuello, y sus compañeros la rodeaban, aún estupefactos. Le dolía el pecho por culpa de los mordiscos.

Gorka le acercó una bolsa con hielo para que se la pusiera en la cara y evitase la hinchazón. Valentina respiraba con tranquilidad, intentando relajarse. Lo único que necesitaba en aquel momento era tomarse algo fuerte: un whisky, ron, lo que fuera. Y después, meterse en la cama. No, primero darse una ducha bien caliente y luego irse a la cama. Quería quitarse el olor de aquel cerdo de encima. Y también el hedor repugnante de aquel antro en donde había estado con él. Pero sabía que primero tendría que ir al hospital.

El comisario Bello se acercó para felicitarla. Le apretó la mano con fuerza.

Valentina respondió, de forma bastante más débil. El bajón de adrenalina estaba dando paso a un entumecimiento que le provocaba un escalofrío tras otro. Estaba empezando a temblar y no le hacía gracia que su jefe se diera cuenta de que estaba desplomándose a ojos vista. Se quitó la bolsa de la cara. Estaba helada.

—Inspectora, su idea ha sido muy osada. Ha dado resultado, tenía razón. Y su actuación también. Enhorabuena. Pero ha corrido usted un gran peligro... Y eso no ha estado bien. Tenía que haber llevado una pistola consigo.

Valentina hizo una mueca de

agradecimiento, porque en esos momentos todo su cuerpo permanecía todavía en estado de supervivencia.

—Gracias. Tenía miedo de que me viera la pistola y me la arrebatara. Eso lo hubiera hecho todo más difícil. Por fortuna ha salido bien. Un hijo de puta menos en la calle. —Valentina lo miró con seriedad y un profundo cansancio en los ojos. Se encogió de hombros, en un gesto característico de ella. No tenía ganas de hablar, presentía que lo que había vivido unos minutos antes le pasaría una factura muy dura después, cuando bajara la terrible tensión a la que había sometido su cuerpo.

—¿A quién se le ocurrió que ese cabrón iba a cambiar de barrio y de modus operandi, y no iba a actuar más en Coia?

El comisario Antonio Bello torció la cabeza, mirándola con admiración contenida.

—A mí, comisario. Bueno, no exactamente. El mérito no es mío en realidad. Lo leí en un perfil que publicó un criminólogo, Sanjuán, en el periódico el mes pasado... y me pareció brillante. —Levantó las manos en un gesto de humildad—. Solo eso. Este lugar era ideal para comenzar un nuevo ciclo... Está cerca del parque, hay poca gente y

muchos sitios en donde esconderse y huir si hace falta. Además, si lo que le gustaba era actuar a la luz de la luna llena, hacerlo al lado de la ría es... podría ser... —Valentina habló con un tono de voz distinto, extraño, la mirada perdida en el silencioso discurrir del agua—, simplemente, el sitio es espectacular. ¿No le parece?

Alguien le acercó una petaca llena de whisky. Valentina Negro bebió un buen sorbo y se secó los labios tumefactos, que le picaron al entrar en contacto con el alcohol, con el dorso de la sudadera. El comisario Bello no pudo por menos de asentir en silencio. Era

cierto. La inspectora tenía razón. El lugar era hermoso, y pensó en la paradoja de que tanta maldad se diera cita en él.

Primera parte: Cadáveres exquisitos

«Ya se le ha dado bastante a la moralidad, ahora les toca el turno al gusto y las bellas artes».

*Del asesinato
considerado como una de
las bellas artes.*

Thomas de Quincey

Capítulo 1. Lidia

La Coruña, 4 de junio
de 2010

Lidia Naveira se ató muy fuerte sus Nike con un nudo de doble lazo. Odiaba que se le desataran las zapatillas en el medio del camino, rompiendo el ritmo de carrera y obligándola a detenerse, sobre todo porque podía caer al suelo al pisar el cordón. Cogió el iPhone para elegir el listado de música que escucharía durante el entrenamiento: Lady Gaga, Beyoncé, Shakira, Katy Perry...

canciones que la animaban y la ponían de buen humor. Y lo más importante: la ayudaban a despertarse y a espabilar con ritmo. Metió el iPhone en el brazalete y lo ajustó a la altura del bíceps. Estaba lista. Solo faltaba ver qué tiempo hacía.

Abrió la ventana: ya estaba amaneciendo. Eran las siete menos cuarto de la mañana. Las nubes empezaban a pintarse de un hermoso color de fuego. Al fin había dejado de llover, tras unos meses de tiempo insoportable. Así que esa mañana no tocaba chubasquero. Con la camiseta ajustada gris resultaría suficiente. No

tendría clase hasta las nueve y media. Se le echaban encima las fechas de Selectividad y los profesores del Colegio Salesiano habían dejado tiempo a los que habían aprobado todo para estudiar y prepararse bien. Así que antes de ir al Colegio le daba tiempo de sobra para correr hasta El portiño por el paseo marítimo y volver, ducharse, desayunar e ir a clase. Su mente voló emocionada. Cada vez que se acordaba de sus notas, una gran sonrisa invadía su hermosa cara pecosa. Notables y sobresalientes. En cuanto se sacase el carnet de conducir, en octubre, su padre le había prometido que iba a comprarle un coche.

Un coche totalmente nuevo. Por su cumpleaños. Lidia quería un Fiat 500. Eran preciosos...

El olor a café recién hecho pronto se expandió por toda la casa. Su madre ya estaba en pie, preparando el desayuno. Lidia fue a la cocina a darle un beso.

—¿No tomas algo antes de ir a correr. Lidia? ¿Un poco de café aunque sea?

—No, mamá. No tomo nada antes de hacer deporte, lo sabes perfectamente. A la vuelta. —Lidia volvió a besarla con cariño—. No llevo llaves, así que no te vayas muy lejos.

—No te preocupes. Hoy tu padre

tiene que levantarse temprano también. Creo que tiene una reunión importante en la asociación de hosteleros.

—Me voy, mami. O luego no llegaré a clase a tiempo.

—Hasta luego, hija. Ten mucho cuidado, anda.

Lidia cogió el ascensor y bajó hasta el portal. Abrió la puerta y aspiró la brisa embriagadora con gran placer. El mar estaba totalmente en calma. No había casi coches aún por el paseo y solo se escuchaba algún graznido lejano de las gaviotas, y el romper de las olas, rítmicas y mansas, contra la arena de la playa.

Se apoyó en la barandilla del paseo para hacer los estiramientos. En sus oídos retumbaba *Bad romance*, la primera canción de la lista, la que hacía que su cuerpo y su mente se pusieran en marcha con el ritmo frenético. Estaba tan concentrada en la música que no se fijó en una furgoneta blanca con rótulos azules, bastante vieja, que estaba parada en doble fila justo delante del portal de su casa.

Cuando Lidia empezó a correr, primero despacio, pronto más y más deprisa, la furgoneta se puso en marcha lentamente. En pocos segundos avanzó por el asfalto, sin aparentar demasiada

prisa. La furgoneta paró en el semáforo. Lidia la rebasó. Seguía corriendo, ajena a todo. Aún le quedaban tres cuartos de hora de entrenamiento. Tenía que estar en plena forma para las finales de baloncesto que estaban a la vuelta de la esquina, en apenas una semana. En unos segundos, el semáforo se puso en verde. La furgoneta empezó a acelerar y desapareció en la lejanía. Lidia esquivó con agilidad un baldosín roto que sobresalía sin ningún pudor y amenazaba sus tobillos delicados. Miró su cronómetro Nike: a ver si era capaz de no pasar de los seis minutos por kilómetro. Iba a hacer un día

maravilloso de sol, seguro. No había ni una nube en el horizonte.

Un rato más tarde, Lidia había bajado el ritmo ostensiblemente. La cuesta la había dejado exhausta, aquel era un recorrido rompepiernas por completo. Por lo menos entonces bajaba hacia El Portiño, y el tramo que le quedaba era cuesta abajo y llano. La vuelta la haría andando, pensó, agotada. Tampoco era cuestión de matarse a primera hora de la mañana. Su estómago empezó a protestar: tenía hambre. Por la tarde podría ir al gimnasio y hacer un poco de bicicleta, se dijo, para sentirse algo menos culpable.

Miró a lo lejos con extrañeza. ¿Qué hacía una furgoneta cruzada en el medio del paso peatonal tan temprano? Parecía del Ayuntamiento. Al lado, un obrero vestido con un mono azul colocaba dos grandes sacos en el suelo, que parecían muy pesados. Lidia se acercó al trote y calculó rápidamente si tendría sitio para pasar entre los sacos y la furgoneta, para no tener que bajarse a la carretera. Sí, había un hueco bastante grande.

La joven se aproximó hasta la altura de la furgoneta y avanzó más despacio, para no tropezar con los sacos de color gris, que parecían estar llenos de cemento. Cuando consiguió sortearlos y

ya iba a dejar atrás el vehículo, notó tras ella una sombra, una presencia. Solo durante un instante fugaz. En unas décimas de segundo, un golpe brutal en la cabeza la hundió en la más profunda inconsciencia.

Él miró a su alrededor para cerciorarse de que no había nadie. El lugar estaba totalmente desierto. Ni un alma a aquellas horas. El cuerpo pesaba más de lo que había previsto, pero no tardó en estar dentro de la caja del furgón. Metió también los sacos y se aseguró de que no quedaba nada tras él. Luego subió al vehículo y emprendió la marcha.

La furgoneta se alejó rápidamente del lugar. Tenía que alcanzar en poco tiempo su refugio. Antes de que la chica despertara. Así sería todo mucho más fácil. Cuando recuperase la consciencia, ya debería estar atada e inmovilizada. No quería correr ningún riesgo innecesario.

Cuando llegó a la cabaña detuvo el vehículo en la parte de atrás, oculto a la vista de cualquier curioso. Abrió la caja de la furgoneta. Allí estaba, totalmente inmóvil, con su cabello rojo ensangrentado por el golpe. Inerte ante él estaba todavía más hermosa. Acarició el pelo color zanahoria, peinándolo con

sus dedos casi con cariño. Luego observó cómo el pecho subía y bajaba rítmicamente. No pudo evitar, casi con timidez de amante, acariciar el contorno de los senos. Luego le subió con lentitud la camiseta, pegada al cuerpo por el sudor. Sin duda su elección había sido la correcta.

Cogió el rollo de cinta americana plateada que tenía guardado en una bolsa de cuero. Le dio la vuelta al cuerpo de Lidia y llevó sus manos hacia atrás, pasando varias veces la cinta alrededor de las muñecas. Luego hizo lo mismo con los tobillos. Se aseguró de que estaba inmovilizada por completo.

Y por fin, de la misma bolsa de cuero, sacó una mordaza de bola de color rojo, que ajustó en la boca de la joven, apretando hasta el último agujero de la correa. No quería arriesgarse a que gritase y alguien pudiera oírla.

Cuando terminó su labor, se deslizó entre los asientos delanteros para buscar la cámara que había dejado olvidada en la mochila, en el asiento del conductor.

Capítulo 2. El accidente

Benidorm, abril de 2008

La inspectora Valentina Negro miró a su compañero de patrulla mientras bajaba la potencia del aire acondicionado. Aún no hacía tanto calor como para ponerlo tan alto... Pero Alberto Muñiz era un hombre que se asaría en medio de una expedición al Ártico. El termómetro del coche indicaba que fuera estarían a unos veinticinco grados centígrados. Tampoco era un calor sofocante. ¿Qué

iba a hacer con él en pleno agosto, entonces?

—Alberto, me estoy congelando. No te importa, ¿verdad? El aire acondicionado me fastidia la garganta —protestó Valentina.

—Inspectora, quítelo si quiere. Abriré la ventana entonces. Hace un calor terrible. Le recuerdo que soy de Gijón, y allí hace fresquito a estas alturas.

—Y yo de La Coruña, donde más o menos hay el mismo clima, hombre. No te pases. Y date prisa, o no llegamos a la rueda de prensa. Y ya sabes cómo me gustan... —dijo con evidente ironía.

—Odiar las ruedas de prensa es un problema muy grande si uno está destinado en el gabinete de prensa, ¿no le parece? —replicó con cierta sorna Muñiz.

Valentina bajó la ventanilla del Citroën Xsara Picasso mientras asentía con la cabeza. Era verdad. Aborrecer las ruedas de prensa y estar de jefa del gabinete de comunicaciones resultaba un tanto paradójico. Pero por otro lado no tenía queja: el puesto era un chollo, especialmente tras haber pasado unos años bastante crudos forjándose primero en Zaragoza y después en Vigo. Después del caso del Charlatán la habían

premiado con la Cruz al Mérito Policial y, sin mucho disimulo, sus jefes completaron ese reconocimiento con el destino en Benidorm, confiados en que en esa plaza soleada se repondría de su encuentro con el violador múltiple. Benidorm era una ciudad relativamente tranquila, salvo los meses de verano, en los que había mucho más movimiento de turistas y también de delincuentes, por supuesto. En verano era cuando empezaba realmente la diversión.

•••

La Coruña, abril de

2008

Llevaba más de veinticuatro horas sin dormir.

Hija de la gran puta. Se había ido de casa. Se había marchado. Con la niña. Con el dinero. Con otro hombre. Aquel cabrón de la Mitsubishi, seguro. El cabrón nacionalista que les vendió el todoterreno. ¿Para qué cojones querían un cuatro por cuatro si nunca iban a la montaña? ¿Para llevar a la niña al colegio? Ya tenía claro el porqué. De un día para otro, la hija de puta había cogido sus cosas y ni una nota le había dejado. Jacobo le dio otro trago a pelo a

la botella de vodka. Se hizo una raya muy gruesa y larga y la esnifó en un instante, levantando la cabeza para no desperdiciar nada. Luego, otro trago de vodka Absolut. Se iba a enterar de lo que valía un peine. Por lo menos no se había llevado el coche, la traidora. Quería ver a su hija. Él quería a su hija, aunque ella dijera siempre que no se ocupaba de ella. Ella se lo había dicho también a los servicios sociales. Siempre estaba intentando joderlo. Y ahora lo había conseguido del todo.

Tambaleándose, cogió las llaves del todoterreno del recibidor y la gabardina. Quería ver a su hija, joder. Metió la

bolsita de cocaína en el bolsillo y la botella de vodka en una bolsa de plástico de supermercado.

Cuando encendió el coche, lo único que tenía claro era que iba a matar a aquellos dos cabrones que le habían arruinado la vida.

• • •

Enrique Negro conducía el Volvo azul marino con mucha prudencia. Era un hombre muy cauto en la conducción, no como su hija. Admiraba a Valentina porque era una chica calmada y sabía mantener el autocontrol en situaciones de gran tensión, pero al volante siempre

había sido un desastre. Y mucho más desde que hacía aquellos cursos de conducción policial.

Miró a su mujer, que iba totalmente dormida. Le encantaba mirarla dormir: su semblante se relajaba, su cabeza rodaba hacia su hombro con el vaivén del coche. Era igual de hermosa que treinta años atrás, cuando se casó con ella. Por el retrovisor miró a Freddy, que jugaba absorto con la Nintendo, como si no existiera nada más importante en todo el universo que las aventuras del juego de turno de la consola. Había dejado de llover, aunque el firme aún estaba algo resbaladizo.

Tenía que tener cuidado.

Volvían de una pequeña excursión de fin de semana en Madrid. Habían ido al Prado y Freddy se había aburrido como una ostra. Luego lo llevaron al Parque de Atracciones. Aquel parque no era gran cosa, era cierto. El chico lo que quería era ir a Disneyland París. Otro año podría ser. Por el momento el presupuesto no daba para un viaje tan largo. Enrique confiaba en que en un par de años todas aquellas tonterías infantiles hubieran desaparecido: Freddy tenía ya quince años. Estaba haciéndose mayor pero aún se resistía a dar el paso final hacia la adolescencia.

Era solo cuestión de meses, seguro...

Eran las once de la mañana y ya estaban llegando a La Coruña. Les quedaba poco menos de media hora de viaje a buen ritmo. El navegador indicó con su pitido la presencia de un radar. Aminoró la velocidad todavía más. No le apetecía que le quitaran puntos. Enrique podía presumir de ser un conductor modélico. Ni una multa en sus treinta años de carné de conducir.

• • •

Jacobo se metió otro trago de vodka para bajar la taquicardia que le estaba produciendo el exceso de droga.

Condujo sin rumbo. Primero fue al concesionario de Mitsubishi, pero a través del escaparate no vio al tipo que más odiaba en el universo. Seguro que estaba librando, follándose a su mujer. Luego cogió la autopista de Santiago. Volaba a ciento sesenta kilómetros por hora. El todoterreno iba como la seda, era la hostia. Aquel cabrón vivía fuera de Coruña. Iba a ir a su puta casa y la iba a quemar. La casa y a ellos. A la niña no, eso sí que no. La niña era sagrada. Jacobo golpeó el volante del coche con rabia. ¡Traidora! Por eso había adelgazado tanto en los últimos meses y se había fundido la VISA en

ropa cara y en el gimnasio, la muy guarra. Agitó la botella de Absolut: estaba ya en su mínima expresión. Pensó en parar en el bar de la autopista para comprar otra.

Cuando se dio cuenta, la salida hacia el área de descanso se acercaba peligrosamente. Iba a demasiada velocidad, pero aun así frenó de manera brusca para intentar coger la curva del desvío. «Tranquilo —se dijo— no pasa nada. Controlo. Estoy bien, perfectamente bien».

Media hora más tarde, se había tomado una copa en el bar de la autopista y un café solo bien cargado.

Con la nueva botella en la mano, sin estrenar, se subió al coche. Lo arrancó. Cuando se incorporó de nuevo a la AP-9, no se dio cuenta de que había tomado el desvío erróneo.

Jacobo González se dirigía en sentido contrario hacia un destino imprevisto, a toda velocidad, completamente borracho.

Minutos después, Enrique no tuvo demasiado tiempo para pensar. Cuando la mole del Mitsubishi Montero negro se abalanzó sobre él de frente, lo único que pudo hacer fue gritar de miedo y asombro. Intentó un volantazo en el último momento, pero no le sirvió de

nada. El impacto fue terrible. Un ruido pavoroso de hierros retorciéndose y cristales rotos sacudió el espacio, espantando a un par de cuervos que dormitaban en los árboles. Después, el silencio más absoluto, solo roto por los gemidos de dolor de los ocupantes del Volvo.

Un camionero fue el primer testigo del accidente y llamó a la Guardia Civil de inmediato. Paró el camión cisterna cargado con leche en el arcén y se acercó con cautela al amasijo en el que se habían convertido los dos vehículos. El todoterreno estaba irreconocible. Cuando vio la cara ensangrentada, los

ojos abiertos de par en par de su ocupante, que lo miraban sin vida desde el fondo de aquel infierno, no quiso ver más. Corrió hacia la cabina del camión para buscar un extintor por si acaso; el suelo estaba llenándose de combustible por momentos. Los del otro vehículo aún se encontraban, milagrosamente, con vida.

Las sirenas de la ambulancia y los bomberos pronto cortaron el aire con gran estruendo. No tardaron demasiado en excarcelar a los ocupantes del Volvo. Un helicóptero medicalizado transportó a una mujer que parecía estar demasiado grave como para poder sobrevivir. Los

otros dos accidentados parecían estar algo mejor, especialmente el niño, que solo presentaba una pierna rota. El padre permanecía consciente. Sin embargo, con un gemido daba a entender que no podía mover las piernas. El camionero se alejó, con expresión de profunda tristeza. Tenía grabada en su mente la cara llena de sangre del conductor del todoterreno, que lo miraba con expresión vacía, la boca abierta; el airbag desinflado e inservible colgando del volante.

Cuando, horas después, Valentina Negro recibió la llamada de la Guardia Civil, permaneció durante un minuto

sentada en la silla de su luminoso despacho, en silencio. Luego se levantó y fue directamente a hablar con el comisario, procurando mantener un semblante impávido en todo momento. Más adelante, recordaría aquellos momentos como si durante ese tiempo hubiese estado viviendo en otro planeta, o bajo el mar; sus oídos sepultados bajo un zumbido que la mantenía consciente pero no demasiado lúcida. Su vida se desarrolló a cámara lenta mientras hacía la maleta y cogía el coche, intentando por todos los medios evitar las lágrimas al conducir por la Autovía del Mediterráneo.

Capítulo 3. Patricia Janz

«El profesor y yo cortamos la parte superior de la estaca, dejando la punta dentro del cuerpo. Luego, le cortamos la cabeza y le llenamos la boca de ajo».

Drácula. Bram Stoker

Whitby, Inglaterra,
22 de diciembre de
2009

Patricia Janz yacía, pálida, sobre la hierba fría y húmeda del rocío de la

mañana. El sol comenzaba a salir atravesando las ojivas de la derruida abadía benedictina con sus tenues rayos de un pálido color amarillento. La luz del amanecer acarició la piel del pie desnudo, inmóvil, de Patricia, que asomaba tras una lápida oscura, ennegrecida por el tiempo. El mar del Norte estaba en calma, aunque en el cielo rosado, nubes negras a lo lejos presagiaban una posible tarde de tormenta. El apacible pueblo de Whitby despertaba y se desperezaba con lentitud invernal. Algunos barcos surcaban el horizonte mientras los pesqueros entraban en el puerto con las sentinas

llenas dispuestos a surtir a habitantes y turistas de pescado fresco. Los deportistas comenzaban ya su rutina diaria, recorriendo los intrincados senderos que bordeaban la orilla de la colina.

Todo aquel paisaje espectacular era el que Patricia Janz podría haber visto en el caso de encontrarse con vida. Podría haber disfrutado del amanecer de tonos rosados, del sonido del océano rompiendo en la arena de la playa, del goteo de los pequeños barcos acercándose a la orilla. Del lento discurrir del río Esk ofreciendo sus aguas plateadas a la sal de mar.

Lamentablemente, su cuerpo estaba desprovisto de sangre, lo cual era incompatible con lo que la ciencia entiende por una saludable y vital existencia. A la exanguinación completa, había que sumarle que la cabeza se encontraba separada del tronco, y además, una estaca de madera sobresalía de su esternón huesudo, dándole un aspecto terrorífico y extraño al cuerpo, cubierto solo por un largo camisón de lino, un elegante sudario de color blanco roto. Patricia estaba paralizada en su quietud de muerta, obediente a su estado desprovisto de cualquier tipo de reacción vital. Era una

estatua marmórea que resplandecía a los rayos del astro rey.

Ese resplandor no pasó desapercibido a los ojos de Keith Robertson. Caminaba casi todos los días por el sendero de St. Mary's churchyard desde hacía siete años, con sus mallas gruesas en invierno y sus pantalones de ciclista en verano, enseñando aquellas larguiruchas piernas blancas a quien quisiera contemplarlas. Conocía el lugar como la palma de la mano: era rutinario y, además, muy observador. Por eso su instinto detectó que allí había algo nuevo. Había algo distinto, diferente a lo de todos los días. Un olor extraño, un

pálpito que su inconsciente no era capaz de procesar de manera adecuada. Demasiado silencio, quizá. El silencio provenía del resplandor blanco, de algo que yacía en el suelo, sobre la hierba llena de gotas de rocío, a unos metros de él.

Paró. Estaba empapado. Hacía un frío intenso y el aliento salía de su boca convertido en una nube de vapor. Había subido la «Senda de Caedmon», los 199 peldaños de la escalera hacia el acantilado de Levante con gran determinación. Las gotas caían sobre su frente y sus ojos, haciéndole parpadear. Respiró hondo para recuperar el aliento

y se limpió el sudor con el dorso de la mano. Analizó el lugar con aprensión, con mezcla de curiosidad y un extraño miedo que le parecía inexplicable por absurdo. Lo primero que vio fue el pie, desnudo. Recordaría después un detalle, la extraña visión de las uñas cuidadosamente pintadas de rojo. Luego, el cuerpo. La túnica de lino. Una mujer. ¿Qué hacía allí a aquellas horas, al amanecer? Cuando se dio cuenta de que la cabeza estaba unos centímetros separada del tronco, se retiró unos pasos hacia atrás, impresionado. Allí, tendida detrás de una de las lápidas, había una chica joven.

Estaba muerta.

Muerta y decapitada.

Sintió un temor cerval, imposible de dominar, como nunca había sentido hasta entonces. Temblando, corrió hacia el pueblo con todas sus fuerzas. Mierda. No llevaba móvil. Se había olvidado el móvil. Cuando llegó a la puerta de la comisaría, casi no podía articular palabra. Se había quedado sin voz por culpa del esfuerzo. O eso dijo. La verdad es que el miedo le había paralizado las cuerdas vocales como si la propia mano de la muerte las hubiese agarrado. Durante un minuto solo fue capaz de hacer gestos y señalar hacia la

zona en donde se encontraba el hallazgo espectral. Cuando al fin consiguió hablar, tras beber a sorbos un poco de agua en el vaso de plástico, los anonadados policías tardaron unos segundos en comprender el alcance del suceso. El cadáver de una mujer joven había aparecido en la abadía de St. Mary. El cuerpo estaba separado de la cabeza, apenas cubierto por un leve camisón blanco. Robertson dijo algo sobre «una estaca clavada en el corazón». Pero los policías no entendieron bien lo que realmente quería expresarles. Solo un rato después, cuando llegaron a la escena del crimen,

supieron lo que había querido decir el aterrizado paseante.

Hacía cuatro días que una joven no había vuelto a su casa, tras salir un viernes por la noche con sus amigas, tras despedirse de su abuela. El inspector jefe Geraint Evans supo de inmediato que aquel cadáver decapitado y abandonado en el cementerio tenía un nombre: Patricia Janz.

Capítulo 4. Carlos Larrosa y Lúa Castro

La Coruña, domingo 6
de junio de 2010

Carlos Larrosa miraba con cara de preocupación una fotografía que estaba encima de la mesa de su despacho. Una joven pelirroja y sonriente lo miraba desde la instantánea. Una muchacha guapa de diecisiete años. Una chica que llevaba dos días con sus noches desaparecida. Como si se la hubiese tragado la tierra.

Media ciudad estaba buscando a Lidia Naveira. Había salido a correr por el paseo marítimo muy temprano, a las siete de la mañana. Nunca más habían vuelto a verla. Sus padres denunciaron pronto la desaparición: a primera hora de la tarde ya estaban en la jefatura superior de policía absolutamente preocupados. La policía les recomendó esperar unas horas. Ellos no querían esperar ni un minuto. Era comprensible. Lidia era una chica normal, buena, estudiosa. Muy atractiva. A punto de empezar la universidad. Lidia nunca se iría sola, sin avisar. Ni con un chico, ni con amigas, ni con nadie. Cuando salió

de casa no llevaba nada más que su iPhone. Ni siquiera había cogido el DNI.

A Lidia Naveira le había pasado algo malo. «Estoy segura de que la tiene alguien. Que nos la devuelva, por favor». Los ojos vacíos de desesperación de la madre se le habían clavado en el cerebro al inspector Larrosa. Él tenía dos hijos. Sabía reconocer cuándo el instinto clamaba desde las entrañas la desgracia más terrible que puede ocurrirle a un ser humano. La desaparición de uno de los suyos, sangre de su sangre.

Larrosa miraba la fotografía

preguntándose dónde podría estar aquella joven. Ciertamente era una chica muy atractiva. Pelirroja, de ojos verdes. Una sonrisa limpia y encantadora. Demasiadas cualidades positivas, quizá. Ese podía haber sido el problema, la raíz de la desaparición. Podía estar en el punto de mira de algún depredador sexual. A veces, la belleza era un don de funestas consecuencias. Por otra parte, sus padres tenían mucho dinero. Tampoco había que descartar el móvil monetario. Pero aún nadie se había puesto en contacto con la familia...

El operativo de búsqueda estaba totalmente activado ya a las cuarenta y

ocho horas de la desaparición. Un helicóptero Helimer sobrevolaba la bahía por si hubiese resbalado y pudiese haberse precipitado al agua desde alguna parte del paseo marítimo. Pero el mar en calma chicha no mostraba ningún cuerpo flotando. Una lancha patrullera de la Guardia Civil del mar vigilaba los acantilados y sus oscuros recovecos. Así las cosas, Larrosa solicitó la presencia de dos perros de rastreo. No estarían hasta el mediodía, se los habían llevado de Ferrol a Vigo, a participar en una exhibición dedicada a los niños de Chernobil donde también estaban los GOES y otros miembros de la policía.

Esperaba con impaciencia su llegada. Era necesario que rastrearan toda la zona en donde podía haber desaparecido Lidia.

El padre afirmaba que su hija siempre hacía el mismo recorrido: corría desde el Orzán hasta El Portiño, y vuelta otra vez sobre sus pasos. Ya lo habían dicho: era una chica inteligente y responsable. No era posible que se hubiese fugado. De ninguna manera. No, no tenía novio que ellos supieran; tenía, eso sí, muchos amigos, era una joven muy popular. Nunca había dado ningún tipo de problema. Estudiosa, deportista, llegaba a su hora por la noche, no hacía

botellón ni tomaba drogas (o eso creían) ... todos los tópicos habituales elevados a la enésima potencia. Lidia era una hija ejemplar en todos los aspectos. Pero eso era lo que los padres pensaban. A veces el verdadero comportamiento de los vástagos les era totalmente desconocido.

Sin embargo, el inspector Larrosa sabía que era muy importante hacer caso al instinto de una madre. Era cierto que muchas veces los casos se resolvían solos en unas pocas horas, o en un par de días. Pero su intuición le decía que aquella no era la típica huida de casa. A los diecisiete años, una chica ya no estaba para tonterías de adolescente. Y

menos a tres meses de empezar la universidad.

Habían pasado cuarenta y ocho horas. Lidia no había dado señales de vida. El inspector quería a los perros peinando todo el paseo marítimo. Quería patrullas buscándola por toda la ciudad. Quería la colaboración de todos los cuerpos de seguridad de los Ayuntamientos cercanos. Cada vez su presentimiento se hacía más y más oscuro. Los de la Científica ya se habían llevado el ordenador para analizar cualquier posible indicio de amenazas o poder detectar algún sospechoso de acoso. Incluso algún amigo con el que

podría haberse fugado. Pero aún era demasiado pronto para sacar algo positivo de la informática. Salió a fumar un cigarrillo a la puerta del cuartel. Larrosa llevaba treinta años de servicio, veinticinco de ellos en La Coruña, y no recordaba cuándo había sido la última vez que una joven había desaparecido en la ciudad durante tanto tiempo. La Coruña era la típica ciudad pequeña y tranquila, donde nunca pasaba nada. Por eso estaba tan nervioso. Porque su instinto policial entrenado le decía que aquella desaparición era algo extraño, algo oscuro. Algo de lo que había que preocuparse.

La casa de Lidia Naveira se había convertido en un hervidero de gente que entraba y salía de forma continua. Familiares, amigos, conocidos... todo el mundo quería ayudar. Ana, la madre, permanecía sentada al lado del teléfono, atiborrada de pastillas para no verse superada por el dolor angustioso que la atenazaba desde la desaparición de su hija. Dos días de tortura que no tenían visos de terminar a corto plazo. Los amigos de Lidia habían hecho copias de varias fotografías para pegarlas por toda la ciudad: querían empapelarlo todo con su imagen. Las redes sociales se habían movlizado de forma masiva. Facebook,

Myspace, Tuenti... Todos intentaban que la imagen de la joven recorriese el país a la velocidad de vértigo. Manuel, el padre de Lidia, ponía la imagen de entereza ante los medios de comunicación que se habían congregado en el portal de la casa, frente a la playa del Orzán. No tenía ningún reparo en salir, en hablar con las televisiones y con los periodistas que hacían guardia día y noche delante de la casa de la joven desaparecida, esperando algún tipo de novedad. Era un hombre fotogénico que guardaba un enorme parecido con su hija: pelirrojo, serio, su aspecto sereno había enamorado a las

cámaras de todos los medios desde el primer momento. Estaba acostumbrado a tratar con la gente: dueño de dos exitosos restaurantes de la ciudad y propietario de una boyante empresa de envío de comidas a domicilio, comprendía el impacto que su presencia podía tener en el caso de que su hija hubiese sido secuestrada con el fin de intercambiarla por dinero. Estaba dispuesto a hacer todo lo que hiciese falta con tal de recuperarla. Aunque tenía dos hijos más, Lidia era la niña de sus ojos, su favorita, la más pequeña.



Lúa Castro, la redactora de sucesos de *La Gaceta de Galicia*, esperaba cerca del portal, apoyada en la barandilla del paseo marítimo. Tenía calor. Eran las doce de la mañana y lo que realmente le apetecía era sentarse al sol en una terraza tomando una caña. Era muy jodido trabajar en domingo, especialmente porque había pensado pasar todo el fin de semana en una casa de turismo rural, y la noticia de la desaparición le había jodido los planes por completo. Total, qué más daba. Allí no pasaba nada, estaba clarísimo. Solo el ruido del Helimer que daba pasadas una y otra vez a lo largo de la bahía. Era

odioso esperar horas mano sobre mano a que alguien entrase o saliese de la casa de Lidia con alguna noticia. Para distraerse, comenzó a hacer ojitos con uno de los locutores de España Directo que estaban cerca de su radio de acción cubriendo la noticia. Era una chica muy resultona y descarada, condiciones ideales para ser una buena periodista de sucesos. Ni el Policía Nacional más rudo podía resistirse a la caída de sus verdes ojos líquidos de bebé. Así conseguía noticias que a los demás solían resistírseles, lo que le ganó muchas veces la enemistad de otros redactores menos espabilados. Ella

utilizaba todas las armas que la naturaleza le había regalado, que eran muchas. Lúa era joven y resultona, cincelada en curvas, pero también era una mujer ambiciosa y se rompía los cuernos trabajando desde la mañana a la noche. Recorría sobre sus tacones toda la ciudad en busca de cualquier suceso o noticia que pudiese interesar a sus lectores, y sobre todo, a su director adjunto. Se metía en poblados chabolistas peligrosos grabadora en mano, paseando sobre sus topolinos como si nada. Pero la inmovilidad de aquel caso la volvía loca. Hacía un día demasiado bueno como para estar allí

quieta, sin mover el trasero hacia algún otro lugar más interesante... Volvió a mirar a aquel locutor de cabello rubio que conversaba con el cámara para mitigar su aburrimiento. Sonrió. Por lo menos, tenía un entretenimiento asegurado durante un rato más. ¿Se acercaría ella, o esperaría a que él hiciese algún avance? Lo mejor sería que ella se dejase caer al cabo de un rato...

Al fin vio llegar un coche patrulla. Era el inspector Larrosa. Visita rutinaria, seguro. Si fuese algo más interesante sus informadores ya le habrían dado el soplo. Detrás, apareció

un furgón de la Nacional. De él bajaron los maderos... y dos pastores alemanes de rastreo con sus guías. Al fin. Por lo menos había algo de acción. Algo interesante para escribir después una buena crónica. Los cámaras empezaron a coger tomas de los canes y de los policías de uniforme y botas, con cara de pocos amigos. Lúa no se movió. Avisó con un gesto de la mano a Jordi, su fotógrafo, que esperaba matando el tiempo con otros colegas cerca de allí. Seguro que los perros acabarían pasando por donde ella estaba. A buenas horas, los perros. Eso ya tenían que haberlo pensado el día anterior...

Capítulo 5. El inspector jefe Geraint Evans

Whitby, Inglaterra, 6
de junio de 2010

Hacía cinco meses que el inspector jefe Evans estaba investigando el macabro asesinato de Patricia Janz. Aquella desventurada muchacha cuyo cadáver había aparecido al amanecer en el cementerio de la ruinoso abadía de Santa Hilda. Largos meses en los que la policía había dado palos de ciego. Un crimen extraño, terrible, que

conmocionó la ciudad durante mucho tiempo. Un crimen salvaje e inexplicable, con una víctima joven. Patricia iba a cumplir diecisiete años el mes siguiente a su desaparición.

El asesino había sido cuidadoso y no había dejado ningún rastro: ni ADN, ni fluidos, ni ningún tipo de fibras. La autopsia reveló que Patricia había sido violada, atada con cinta de embalar. Se descubrieron restos de adhesivo en las muñecas, los tobillos y la boca, aunque estaban seguros de que el cuerpo había sido lavado a conciencia. La autopsia demostró que la decapitación fue realizada postmortem, igual que la

introducción de la estaca de madera que atravesaba el pecho. La verdadera causa del fallecimiento fue «asfixia mecánica por estrangulación manual». Cuando la encontraron llevaba muerta más de cuarenta y ocho horas. El cuerpo había sido sometido a una especie de ritual de corte vampírico que a todos les recordó el libro que Bram Stoker había escrito inspirado en aquel paisaje tenebroso de la colina este: una estaca en el corazón, la cabeza separada del cuerpo, la boca llena de cabezas de ajos, el sudario... Geraint Evans estaba perplejo. Nunca había visto nada parecido. Había algo muy retorcido, un toque de burla insana

en la disposición del cadáver. La escena del crimen era la exacta recreación de uno de los pasajes de *Drácula*. Todos en Whitby conocían el libro casi de memoria, no hacía falta ser demasiado culto para hacer la asociación. No en vano el pueblo se había hecho mundialmente famoso gracias a la obra del escritor irlandés.

El criminal había dejado muy pocas pistas: el camisón y la estaca de madera. No habían averiguado dónde había sido violada y asesinada la infeliz, ni dónde habían acontecido todos los demás rituales que siguieron a la muerte de Patricia. La decapitación, la

exanguinación, la estaca... El forense comentaba, admirado, el detalle para él tan impactante de que la había impregnado por completo en formol para evitar el ataque de insectos «por si tardaban demasiado en encontrar el cadáver...». También estaba seguro de que Patricia había sido asesinada la misma noche de su desaparición... y conservada posteriormente gracias al frío extremo. Quizá la metieron en un congelador industrial. Quizá en algún camión de transporte.

Patricia Janz había desaparecido tras salir de copas con unas amigas un viernes por la noche. Se despidió

temprano, sobre las diez y cinco minutos, aunque en aquel momento ya se encontraba totalmente ebria. Ella y sus amigas habían estado bebiendo a buen ritmo desde las siete de la tarde recorriendo varios *pubs*. A partir de ese momento le habían perdido la pista. Un conocido afirmó haberla visto conversar con un hombre en la puerta de The Raw, un club frecuentado por los más noctámbulos, sobre la una y cuarto de la madrugada. Un hombre joven, muy delgado, de pelo oscuro, bien vestido. No se fijó en muchos detalles, él también había ingerido bastante alcohol. Había algo que sí recordaba: nunca

había visto a aquel tipo hasta ese momento.

Geraint Evans tenía la espina clavada de no haber conseguido sacar absolutamente nada en limpio a pesar de haber seguido una investigación rigurosa. Alguno de sus jefes estaba convencido de que el crimen era la obra de un loco obsesionado con las leyendas de vampiros, pero los locos no actuaban de una forma tan profesional. Los locos mataban llenos de ira, de manera caótica. Dejaban pruebas, indicios. Se hacían ver. Aquel asesino era un ser frío y calculador, sin ningún rastro de patología mental. Un asesino

organizado, como diría el FBI, pleno de conciencia forense. Consultó a un perfilador de Liverpool, Mark Cummings, y le envió el expediente del caso. Cummings no dudó en respaldar la teoría del inspector de policía. Era probable que aquello fuese la obra de un asesino sistemático. Había creado una escena del crimen epatante para demostrar al mundo que no solo la vida de la víctima estaba en sus manos, sino que también la muerte podía ser objeto de su creativa imaginación.

«Un asesino en serie con un solo asesinato», se dijo Evans, mientras le invadía una profunda sensación de

tristeza y ansiedad. La escena del crimen era tan personal y elaborada que no iba a resultar difícil averiguar si aquel criminal había actuado alguna otra vez en Inglaterra. Pero por mucho que buscó y rebuscó crímenes sexuales a lo largo del país, le fue imposible hacer ningún tipo de análisis de vinculación. No había nada similar en los archivos desde hacía, por lo menos, quince años.

Evans tenía en un corcho de su despacho las fotos del cuerpo decapitado de Patricia Janz para no olvidarse de ella nunca ni un momento. Era cierto lo que decía su novia: aquel caso lo tenía obsesionado por completo.

Tenía que tomar algo de distancia, o iba a implicarse tanto que los árboles no iban a dejarle ver el bosque. Paciencia, Geraint. Paciencia. Podían pasar años hasta que encontrasen alguna pista decente. Podía incluso ocurrir lo peor: que jamás se resolviese. Pero él no cejaba, ni un solo día. Era un hombre tozudo. Paciencia. Esperaría. Si Cummings estaba en lo cierto, volvería a actuar. Desgraciadamente, lo único que quedaba era eso: la espera.

Capítulo 6. Sangre

El rastro titubeante que siguieron los perros por el paseo marítimo terminó en la zona de El Portiño. Allí, *Patuco* se paró, en el medio de la nada. *Mora* olfateó el aire con desesperación, como si supiera que perder el levísimo rastro era un signo de gran disgusto para su amo. Aun así recibió su premio en forma de golosina. En aquel punto era en donde Lidia se había desvanecido por completo, envuelta en una nube de interrogantes. Larrosa se hizo una composición de lugar analizando el sitio donde los dos perros se habían

detenido: no era difícil subir un vehículo al paseo y meter a alguien a la fuerza en unos segundos. El Portiño era una zona solitaria: a las siete y media de la mañana lo era todavía más. No había casas a la vista, solo monte y el océano Atlántico. Miró a su alrededor: aquel lugar era una trampa, visto desde el punto de vista de un rapto. El monte donde había estado el vertedero de basuras, el sitio perfecto para acechar a una posible víctima. La rotonda hacia la ciudad, una vía de escape inmediata que le permitía desplazarse a cualquier punto sin problema alguno. Podía haber sido allí... Un poco más abajo había un

bar *after hours* con terraza. Sería interesante acercarse hasta ese lugar y preguntar. «Quién sabe —pensó—, un testigo puede surgir del lugar más insospechado».

Era la una y media de la tarde y la gente comenzaba ya a pasear y tomar el sol en la playa que estaba más abajo del paseo. Varios coches se dirigían al bar que atronaba el ambiente con música tecno. Los guías caninos dieron una batida con los perros alrededor de la zona, pero el rastro de Lidia Naveira se perdía confundido entre los olores de mar y algas podridas que subían de la orilla.

—Imposible, jefe. No encuentra el rastro —explicaba uno de los guías—. ¡Sit, *Patuco*! ¡Quieto, bonito! Calma, no pasa nada. —Acarició en los flancos al pastor, que temblaba—. Calma, buen perro. En esta zona el olor se pierde por completo. Es como si se la hubiese tragado la tierra. De todos modos, vamos a seguir un poco más adelante. A ver si *Mora* es capaz de encontrar algo. Es muy buena rastreadora de personas.

Los dos pastores alemanes se removían inquietos. *Patuco* permanecía quieto a duras penas, gimoteando ostensiblemente.

Larrosa se frotó las sienes, la mente

convertida en un gran mar de dudas, un mar tan grande como el que tenía delante de sus ojos, pero mucho más agitado. Aquel lugar era ideal para secuestrar a alguien. Más de dos días significaba mucho tiempo. Si era un secuestro, tendrían que haberse puesto ya en contacto con la familia. De todos modos, el rastro podía haberse perdido sin necesidad de que hubiese sido secuestrada. El sol le picó en la cabeza y volvió a ponerse la gorra para protegerse de los rayos intensos. Larrosa, con cincuenta y ocho años cumplidos y mostrados ostensiblemente en grandes ojeras y un rictus de sabia

resignación, sabía que solo un golpe de suerte podría cambiar las cosas y jugar a favor de la vida de la joven.

Mora de repente tiró con fuerza de su guía y lo llevó hacia unas baldosas que estaban un poco más a la derecha de donde ellos se encontraban. Luego se quedó totalmente quieta, marcando un punto con su morro casi pegado al suelo. El guía se agachó para examinar cuidadosamente las losetas del paseo. Lo llamó.

—Aquí hay algo. Mire, inspector.

—Voy. Un segundo.

Pequeñas gotas marrones, secas, círculos que contrastaban con la loseta

color beis y se perdían en la hierba. ¿Podían ser de sangre? El pastor alemán continuaba empecinadamente mirando al suelo, quieto como una figura de bronce. Y si aquello era sangre —tenía todo el aspecto de serlo—, ¿podía ser sangre de Lidia? El inspector cogió su radio y solicitó la presencia de la Policía Científica. De inmediato.



Mientras tanto, desde el antiguo vertedero de Bens, Jaime Anido, fotógrafo *freelance*, sacaba fotos del grupo que operaba en el paseo marítimo gracias a su potente teleobjetivo Canon.

Una maravilla que, aun de segunda mano, le había costado un ojo de la cara. Tenía que amortizarlo como fuese, y para ello no había nada mejor que conseguir buenas fotos y luego venderlas a las agencias a buen precio. En eso estaba cuando sonó su teléfono móvil. Miró el número. Era Lúa Castro, su amiga, amante ocasional y colega en labores de investigación periodística.

—Hola, Jaime. ¿Dónde estás?

—Hola, guapísima. Estoy en Bens, en plena faena. Viendo a los maderos con los perros, creo que hay algo, porque no se mueven de un punto en concreto y parecen excitados.

—¿Ellos o los perros? —La voz de Lúa traslucía cierta sorna.

—Todo el conjunto, boba. —Anido bajó el tono de voz hasta el susurro misterioso—. Creo que han encontrado alguna cosa interesante.

—Eso es bueno. Muy bueno. ¿Dónde están? Dime el punto exacto, anda.

—En el final del paseo, no sé si te das cuenta. ¿El Portiño? Pues justo antes de la rotonda, antes de bajar hacia el *after* y la playa.

—Sí, me sitúo. Estás exactamente en el antiguo vertedero. Acabáramos, hombre. Vamos ahora mismo para allá, te llamo cuando lleguemos, en diez

minutos escasos espero estar ahí.

—Venga, a mover el culo ahora mismo, Lúa, aquí hay alguna movida importante, fijo.

Lúa llamó a Jordi, el fotógrafo becario, mientras caminaba hacia el coche, de forma disimulada. Había aparcado en una zona de carga y descarga, cruzó los dedos para que no hubiese aparecido la grúa en aquel rato que habían estado esperando delante de la playa del Orzán.

—Nos vamos a El Portiño, acaba de avisarme Anido. Creo que han encontrado algo importante, o por lo menos eso parece.

—¡Joder, cómo coño se las arreglará Anido para estar siempre donde tiene que estar! ¡Parece Spiderman! —dijo con cierta envidia Jordi.

—Tener contactos en la Nacional, imagino. No te extrañe que esté todo el día con alguna radio sintonizada con la emisora de la policía. Aunque creo que han codificado las transmisiones y ahora ya no es fácil captarlas. —Lúa sabía perfectamente cuáles eran los métodos de Jaime Anido, pero no era cuestión de desvelárselos al becario recién llegado —. Es un aguililla, ya lo sabes. —Miró hacia el coche y descubrió un papel sujeto en el limpiaparabrisas—. ¡Oh,

no...! ¡Otra multa! Me tienen acribillada. Serán cabrones...

Allí estaba, amenazador, el papel amarillo en el flamante Toyota rojo de Lúa. Lo agarró con evidente malestar. Le entraron ganas de romperlo en mil pedazos. Lo leyó.

—Ciento veinte euros. No gano para pagar multas. Menos mal que conozco a alguien en la Local que puede hacerme un favor...

—Creo que ahora las cosas no están tan fáciles como antes para librarse de las multas... —dijo Jordi, con sorna.

—Eso lo veremos, sabiondo. Que sepas que tengo muchos recursos

ocultos, Jordi. —Lúa sonrió, luciendo su rutilante diastema de paletas mientras entraba en el coche.

—No lo dudo ni por un segundo, Lúa
—suspiró Jordi.



Mientras una dotación hacía las veces de muro contra curiosos, acordonando la zona, dos agentes de la Policía Científica comenzaron a arrancar los baldosines con cuidado para llevarse las posibles evidencias que habían aparecido en el suelo del paseo. Los reactivos habían indicado sin duda alguna que allí había sangre. Faltaba

analizarla. Podía ser de algún animal, o de cualquier persona que no fuese Lidia. Larrosa cada vez estaba más preocupado. No era casualidad que los perros se hubiesen detenido allí: era una hipótesis plausible que la hubiesen golpeado y raptado en aquel sitio. Pero aventurar era algo que nunca debería hacerse sin pruebas. El inspector sabía que si la prueba de cotejo indicaba que la sangre era de la chica, aquello iba a derivar rápidamente en una investigación mucho más compleja que la simple desaparición de una adolescente. Puede que tuviesen que recurrir a los de homicidios si la cosa se

ponía mal. Y, la verdad, estaba poniéndose del color del chocolate. Llamó al inspector jefe Iturriaga para contarle las novedades. Mientras hablaba, vio un reflejo en lo alto del antiguo vertedero de basura. Una cámara. Ya estaban allí los de la prensa. Eran como un puto grano en el culo. Cuando colgó llamó de inmediato al subinspector Fernández Bodelón. Quería saber qué estaba pasando allí arriba. ¿Y si no era la prensa? Podían ser incluso los secuestradores...

• • •

—Mira, creo que están arrancando

las losas. Deben de haber encontrado alguna pista importante. Está todo lleno de policías. ¿Puedes ver lo que hacen?

Anido le pasó los prismáticos de bolsillo a Lúa para que pudiese analizar lo que ocurría allá abajo.

—Sí, están llevándose baldosas. Eso significa que hay pruebas. Puede que sangre. ¿Te imaginas? El tema está poniéndose muy interesante. Mañana la edición sale calentita. Gafapasta, ¿cómo vas?

El becario bajó la cámara y la miró.

—Ya he terminado, Lúa. Deberíamos bajar a ver si podemos enterarnos de algo in situ.

—«In situ». Pareces un monaguillo soltando latinajos. Mira que puedes llegar a ser pedante, chaval —replicó sin pensarlo mucho Lúa—. Pero tienes razón. Jaime, nos bajamos a atacar a algún madero despistado. Antes de que lleguen los otros.

—Siento decirte que «los otros» ya han llegado: mira, aquel cuatro por cuatro es el de Alejandra, tu «amiga favorita» de *La Opinión*. —Anido seguía sacando fotos con el teleobjetivo de *paparazzi*.

—Joder, Jordi, apura, antes de que la zorra esa me pise la noticia. —Miró a Anido con extrañeza al ver que no se

movía del sitio—. ¿Tú te quedas arriba?

—Desde aquí seguro que saco algo más productivo que desde abajo... Es un lugar estupendo para sacar fotos, Lu, ve tú sola. Me quedo. Luego te llamo.

Jaime Anido estaba contento. Se estaba hinchando a sacar fotografías. Allí abajo estaba el veterano inspector Larrosa, uno de los jefes de grupo de la UDEV (Unidad de Delitos Violentos), cada vez con menos pelo. La calva reflejaba el sol como un espejo. Resultaba hilarante, parecía que le había sacado brillo antes de salir de casa. Sacó fotos de los perros con sus guías, de los operarios, del dispositivo

completo. Iba a venderlas fantásticamente. Vio a Lúa y a su becario intentando traspasar, sin éxito, el cordón policial. Desde allí arriba se podía controlar todo de una forma bestial. Estaba tan concentrado buscando ángulos nuevos que no oyó el ruido del Citroën Xsara que se situaba detrás de él.

—Jaime Anido, supongo. —La voz grave del subinspector Fernández Bodelón sobresaltó al fotógrafo, que casi dejó caer la cámara.

—Joder. Ya empezamos —Anido vio los músculos de gimnasio del policía y su semblante severo y se le

cayó el alma a los pies—. No estoy haciendo nada ilegal, subinspector. Solo estoy sacando fotos.

—Y yo estoy vigilando por si aquí arriba hay alguien que no esté haciendo algo en regla, Anido. Vamos a ver. —El subinspector se rascó la barbilla—. Si no te importa, circula. Estás interrumpiendo una operación policial importante. Y eso está muy, muy mal.

La cara de Anido se descompuso. Estaba totalmente indignado.

—No estoy haciendo nada de eso. Yo...

—He dicho que circules. O te llevo arrastrando a la comisaría por

resistencia a la autoridad. Y da gracias que no te confisque la cámara. Es nueva, ¿no? Me gusta... estoy a punto de comprarme una igual...

—Esto es injusto, Bodelón, y lo sabe. Es un atropello. Soy de la prensa. Por la tarde voy a ir a la jefatura superior a poner una denuncia contra usted.

El subinspector levantó una ceja, sonriendo levemente.

—Sabes que me encanta que hablen de mí. Aunque sea mal...

Capítulo 7. *After hours*

Larrosa se acercó hasta el *after hours* mientras apuraba el cigarrillo. Un grupo de jóvenes bajó las escaleras encaladas de la terraza, con los ojos vidriosos, buscando las gafas de sol en la cazadora para protegerse de la claridad. El inspector esperó a que bajaran, apagando la colilla con el pie. Cuando subió las escaleras, escuchó la música tecno a todo volumen que vibraba a través de la puerta. Aquel ruido estaba fuera de contexto a aquella hora del mediodía, y encima, con aquel calor. No entendía cómo podía alguien estar allí

dentro a aquellas horas. Y más teniendo una terraza grande y hermosa, con vistas al paseo. Entró, y la oscuridad y el sonido envolvente de los altavoces le resultaron agresivamente incómodos. Había una chica delgada y muy pálida, de melena oscura, larga, con piercings en la boca y en las cejas, vestida con un corsé negro y rojo. Estaba detrás de la barra, ocupada en lavar vasos y colocarlos en fila sobre una toalla encima del mostrador. Solo quedaba una pareja, sentada en la penumbra de una esquina, morreándose y magreándose sin preocuparse demasiado por guardar las formas. Larrosa se acercó a la joven y

se sentó delante de ella. Sacó la placa y la dejó encima, al lado de la toalla color topo.

La chica lo miró y se encogió de hombros, levantando las manos húmedas. Larrosa pudo ver un tatuaje en la muñeca.

—Si quiere algo, tendrá que hablar con el dueño. Yo solo soy la camarera.

—Buenos días. Soy el inspector Carlos Larrosa. Solo quiero preguntar quién estaba aquí hace dos días sobre las siete y media de la mañana más o menos. Nada más. ¿Cómo te llamas?

—Beatriz. ¿Quiere tomar algo?

—¿Tenéis café? —Miró a la cafetera

con intención—. Un café cortado, por favor.

—Por supuesto. Tenemos de todo. Hasta comidas. Ahora mismo se lo pongo. —La joven gótica se secó las manos y empezó a manipular la cafetera. Cogió una pequeña taza de café y la situó debajo de la máquina. Observó al policía con su ojos de avellana maquillados de negro—. Quiere saber quién estaba aquí hace dos días sobre las siete de la mañana... muy fácil. Estaba yo. Y también estaba Alejandro, que por cierto, hoy tiene día libre, lo siento.

—¿Quién atiende la terraza?

—Suelo atenderla yo, inspector. Si se refiere a quién atendía la terraza hace dos días, yo, por supuesto. ¿El viernes por la mañana?... sin duda. Puede que algún momento de apuro pudiese salir Alejandro fuera, pero... más bien creo que no. Este viernes fui yo, todo el tiempo, además. ¿Qué ocurre?

—Estamos investigando la desaparición de una chica el viernes por la mañana, sobre las siete y media. A lo mejor alguno de vosotros vio algo que pueda servirnos de ayuda. En el paseo. Justo en la parte de arriba... ¿puedes acompañarme un momento? Así te enseño el lugar con exactitud.

Beatriz observó al policía con interés y pensó por un instante cuántas veces en su carrera habría entrevistado a personas como ella, buscando cualquier pista que sirviera para detener a desgraciados o pervertidos. Le sirvió el café y salió con él a la terraza del establecimiento. Larrosa entrecerró los ojos por el sol y respiró, aliviado, al notar la refrescante brisa marina de nuevo. Señaló el punto en donde se encontraba el operativo policial y la multitud de curiosos que habían empezado a congregarse cerca de él.

—¿Podrías recordar si viste algo extraño, justo donde está toda esa gente,

el viernes por la mañana?

La chica se tocó uno de los aros de la boca, pensativa. Negó con la cabeza.

—¿Qué quiere decir con «algo extraño»?

—Me refiero a algo que no veas habitualmente por las mañanas por aquí. Coches, furgonetas, un camión... no sé. Gente. Alguien a quien no hayas visto nunca. Algo que pudiese haberte llamado la atención.

—Por aquí pasa mucha gente, inspector. Y algunos son realmente extraños... puedo jurárselo. Muchas caravanas de extranjeros que aparcan ahí arriba... no sé. No puedo

recordarlo. Aunque... Espere un segundo. Sí, vi algo raro, ahora que lo dice. Bueno, a mí me lo pareció, claro. En realidad ... no sé. A lo mejor no tiene importancia...

—Cualquier cosa puede servir, aunque parezca de lo más inocente, Beatriz.

—Llevaba sobre una semana más o menos viendo una furgoneta blanca deambulando por ahí arriba. Se acercaba sobre las siete y cuarto, siete y media... daba vuelta en la rotonda... me llamó la atención que alguien del Ayuntamiento trabajase tan temprano, la verdad. Era raro. Era raro porque se

paraba a ratos, se iba, volvía... Ahora que lo dice... es cierto. Una furgoneta, sí.

—¿Te fijaste en la marca de la furgoneta?

—No tengo ni idea de marcas de furgonetas. Era el típico furgón grande de cristales oscuros que usan los del Ayuntamiento, de color blanco con rótulos azules. A mí, sinceramente, me pareció del Ayuntamiento, pero no llegué a leer lo que ponía... Ahora, si me enseña una furgoneta igual, le podré decir si era esa o no...

—¿Llegaste a ver al conductor? — Larrosa sabía que esa pregunta iba a

tener una respuesta negativa, pero por probar, no se perdía nada.

—No. Nunca. Desde aquí, imposible. Además, me daba la sensación de que los cristales estaban tintados, ya me entiende... No pude ver a nadie dentro.

—Imagino que preguntarte si viste el viernes por la mañana a una chica haciendo deporte sobre las siete y media, más o menos...

Beatriz negó con la cabeza.

—Inspector, no suelo fijarme en la gente que hace deporte por aquí. Hay muchísima a lo largo del día. Unos pasean, otros corren... bicicletas... Y

me fijo bastante menos en las mujeres...
qué quiere que le diga. —Beatriz esbozó
una sonrisa—. Lo siento mucho, de
verdad. De todos modos, a lo mejor
Alejandro sí se ha fijado...

—Bien. Será cuestión de preguntarle
a él también, por supuesto —dijo con
gesto de resignación.

Larrosa volvió a entrar en el
establecimiento y se terminó el café de
penalti. Estaba ya templado. Miró a la
chica pálida, que había empezado a
colocar vasos otra vez.

—Volveré por aquí y te traeré
modelos de furgoneta. A ver si tenemos
suerte y puedes identificarla... por lo

menos la marca, aunque sea. Nos será de gran ayuda.

—Cuando quiera, inspector. Está invitado al café, no se preocupe. — Beatriz detuvo el movimiento de la mano de Larrosa, que rebuscaba monedas sueltas en el bolsillo del pantalón, y la sonrisa adornada con piercings le resultó agradable—. Por cierto, libro mañana. Si quiere me paso por la comisaría, he de ir cerca de allí.

Larrosa agradeció con una sonrisa su disposición.

—Perfecto, gracias. Pregunta por mí cuando llegues.

Capítulo 8. Pedro Mendiluce

Pedro Mendiluce degustaba un buen habano, como era su costumbre inveterada cada vez que tomaba el café después de comer. Una chica yacía medio desnuda echada en un sofá de diseño, a unos escasos metros de él. Asiática, de pechos pequeños pero firmes, lo miraba enfundada en ligeros negros y un pañuelo de seda que tapaba su sexo. Mendiluce gustaba de la hermosura de las jóvenes, y Suzie lo era, desde luego, aunque tenía esas facciones

que otorgan una edad indefinida cuando se descubren tan pronto las servidumbres del cuerpo tras la lascivia del dinero y del poder.

Los cincuenta años de Pedro Mendiluce no se reflejaban en su rostro, a no ser por ciertas arrugas, y de forma especial en los pliegues que atravesaban la frente cuando fruncía el ceño, acompañados por la gruesa vena que se hacía bien visible en momentos de extrema tensión o de ira contenida. Pero en esos momentos no sentía ni lo uno ni lo otro, ya que se aprestaba a disfrutar de las placenteras atenciones de Suzie. La mañana había sido dura, y había

tenido que emplearse a fondo para que un concejal no anulara una licencia de obras que había obtenido algún tiempo atrás mediante el pago de un buen dinero. Al final una llamada muy oportuna a un diputado autonómico había surtido efecto, pero durante un par de horas habían estado en el aire más de cinco millones de euros. Sin embargo, ese concejal lo había tratado con un cierto desprecio, sin pararse a considerar demasiado bien quién era él, y eso lo había dejado profundamente irritado.

Por eso Suzie presentía que su jefe iba a tratarla con cierta rudeza.

Asistenta y masajista en esa casa llena de lujos, ella era un buen ejemplo de uno de los negocios predilectos del empresario, a saber, la prostitución de alto *standing* como medio de tener en un puño a la gente más importante de La Coruña. Ya no ganaba dinero directamente con ellas, pero entonces le eran quizá incluso más rentables, ya que podía presumir de tener a muchas personas influyentes de Galicia en sus fiestas a todo lujo... Sea como fuere, Suzie solo tenía una visión parcial de la vida y negocios de Mendiluce, y sus cuitas principales se resumían en intentar vivir y dejar vivir. Por eso,

cuando el magnate la llamó a su lado, deseó que todo transcurriera del modo más normal posible. Pero dejó la esperanza a un lado en cuanto vio cómo Pedro Mendiluce rebuscaba en un cajón de la cómoda, el cajón que siempre tenía cerrado con llave, y sacaba un par de juguetes que a Suzie no le hicieron ninguna ilusión, más bien lo contrario. Su experiencia le decía que su jefe solo sacaba aquellos juguetes cuando tenía ganas de que ella le ofreciera algo «especial»... y nada agradable, por supuesto.

Cuando Mendiluce se acercó a ella con expresión fiera, la vena marcada en

la frente y un objeto oscuro en su mano derecha, Suzie no pudo evitar un estremecimiento de pavor.

Capítulo 9. La princesa de hielo

Domingo, 6 de junio.

Un lugar perdido,

cerca de Santa

Eulalia de Lians,

Oleiros

Era hermosa, muy hermosa. A través del cristal del arcón congelador se veía el cuerpo pálido de la joven, cubierto de escarcha, como si se tratase de una Blancanieves de los hielos en su ataúd de cristal. No podía parar de mirarla.

Estaba fascinado. Sentía una embriaguez amorosa que lo transportaba, como si su mente estuviese cautiva del opio o la morfina. Era una verdadera musa prerrafaelita, una Elizabeth Siddal perfecta, una belleza suspendida en el tiempo.

Le hubiese gustado tocarla de nuevo, acariciar el cabello, el pecho, fundirse con ella en el frío más absoluto. Pero no lo hizo. Era importante preservar la pureza de la muerte. Sin embargo, quedaba poco tiempo ya. Pronto sería liberada, entregada a la luz, al calor, a la descomposición inevitable. Pero mientras no llegase el instante de la

despedida, disfrutaba de la visión de aquella belleza helada de cabello de fuego. Lástima que la muerte hubiese apagado el fulgor de los ojos verdes. No importaba, había gozado de ellos cuanto quiso antes de estrangularla. Se estremeció al recordarlo. Había sido perfecta, tan entregada, tan dulce y temblorosa... como una virgen de blanca castidad gimiente en el lecho nupcial.

Aquella chica pelirroja dormía en su tumba azul de hielo esperando renacer de la muerte convertida en una musa artística que iba a conmocionar la ciudad desde las raíces. Los cadáveres

eran hermosos. Era un material con el que se podía trabajar, como un lienzo o un trozo de arcilla. Antes de la tan temida putrefacción. Odiaba la putrefacción. Por eso prefirió congelarla antes de dejarla abandonada a su suerte. Por lo menos, unos días, mientras preparaba la *performance*, lograba disfrutar de la belleza eterna del cuerpo frío y exánime. Sin duda, era algo con un alto contenido simbolista y decadente. Sonrió. Al final se había transformado en el *poeta maldito* de los asesinos seriales.

Entonces tocaba sacar el maravilloso vestido de su funda y

ordenar todo el montón de flores que había conseguido reunir con gran trabajo. Rosas. Geranios. Nomeolvides. Violetas. La guirnalda de violetas lo traía de calle. Era jodido, pero iban a tener que ser artificiales para dar sensación de realidad, qué paradójico. En cuanto a las margaritas, la amapola y las ortigas, se podían conseguir fácilmente en cualquier jardín. No le preocupaban. Ni tampoco la luz de la luna. Por fortuna estaba en fase decreciente, casi nueva. No quería demasiada claridad nocturna. Iba a dejar el cuerpo en un lugar muy peligroso, iba a arriesgarse demasiado. Necesitaba que

todo estuviese oscuro.

Repasó de memoria las flores que salían en el cuadro. Rosas de mayo, como símbolo de amor. Serían rosas de junio. Lástima. Una solitaria amapola, que significaba el sueño y la muerte. Gota de sangre o Adonis annua, una flor extremadamente hermosa que también se llamaba ojo de perdiz. Mejor gota de sangre, era más poético y apropiado también para la ocasión. Margaritas, desengaño. Dedos de muerto. Le encantaba el nombre. Una pena que no hubiese disponible ninguna reproducción artificial. Pensamientos. Ortigas. Las ortigas significaban dolor.

Muy apropiado. Arroyuela. Narcisos. Geranios selváticos, la flor del condado de Sheffield. Nomeolvides. Pensamientos. Se recordó que tenía que engarzar la fina guirnalda de violetas que colocaría en el cuello de su amada. Aquella guirnalda tendría un simbolismo intenso, especial: la tragedia de la desesperanzada muerte en plena juventud.

Las flores. Por desgracia, no había podido encontrar todas las que quería colocar en el cuerpo. Era muy minucioso y sentía eso como una mácula en su perfección. Pero no pensaba agobiarse por ello. Con las que había llegaba de

sobra. Además, tenía que aceptar el carácter irremediabilmente efímero e incomprendido de su obra; irremediabilmente llegarían los policías, el juez, el forense... y destruirían todo su elaborado trabajo de artista. Una pena. Pero no tenía por qué preocuparse. Iría perfeccionando su arte poco a poco.

Capítulo 10. Javier Sanjuán

Jávea, Alicante, domingo 6 de junio

Domingo. Cómo pasaba el tiempo. En septiembre terminaría su año sabático de la universidad, y no recordaba siquiera los meses anteriores. Habían pasado volando... Javier Sanjuán se dio la vuelta en la tumbona de la playa de piedras que se abría a la luminosa bahía para broncearse la espalda y cogió *Las Provincias* que estaba desordenado por el viento al lado de la botella de agua.

Odiaba que el periódico se arrugase antes de leerlo, pero se había quedado dormido bajo los agradables rayos del sol, y la brisa marina aprovechó para enterarse de las noticias antes de que lo hiciese él. Aún tardó un poco en colocarlo todo en su sitio, cuidadosamente. Por lo menos, el suplemento interior de los domingos estaba intacto. Y el sudoku también, por lo que parecía.

Después leería con mayor detenimiento la noticia de la desaparición de aquella chica tan joven en La Coruña. Diecisiete años. La foto la mostraba alta, delgada, con una

expresión de felicidad en su rostro de adolescente. Lidia Naveira. Un pelo rojo espectacular. Llevaba dos días desaparecida. Cuarenta y ocho horas era muy poco tiempo, podía haberse escapado de casa, pero para sus padres eran una tortura imposible de soportar. Cada llamada telefónica, el timbre de la puerta... cada minuto se convertía en un día de verdadero suplicio.

Había visto muchas veces aquellas fotos en los periódicos. Fotos de jóvenes que clamaban su desgracia, que miraban desde el papel con ojos de muerte, pidiendo auxilio a través de la sonrisa congelada de un instante feliz, ya

pasado. Su profesión lo ponía en contacto con las familias de las desaparecidas, familias de ojos apagados, de voces en hilo. Trankimacin. Lexatin. Valium. Orfidal. Nada podía calmar la desesperación de padres heridos en lo más profundo de su alma. Aquella joven era demasiado hermosa y pura. Eso no era nada bueno. Se distinguía entre las demás. Podía haber sido víctima de un depredador...

Mejor no pensar en ello. Quizá apareciera en cualquier momento, una travesura de joven que huye a las playas con su recién estrenado novio. Un último retazo de rebeldía antes de terminar el

curso. O una depresión que la llevaba a escapar durante un par de días. Javier dejó el periódico con un suspiro, otra vez sobre la toalla, poniendo encima el bote de crema solar y la botella de agua para evitar otra sorpresa desagradable. Se ajustó las gafas de Prada y se acomodó en la tumbona como un gato al sol. Qué poco faltaba para que se le acabase la buena vida. Unas horas nada más. Por la tarde volvería a Valencia. El lunes se ocuparía con gestiones que tenía pendientes y el martes viajaría hasta La Coruña para presentar su nuevo libro en El Corte Inglés. El miércoles daría una ponencia en unas jornadas de

criminología que se celebraban en la ciudad gallega. Aprovecharía para quedar con un par de amigos a los que hacía mucho tiempo que no veía, por ejemplo. Y también para comer marisco. Se moría por comerse una docena de ostras acompañadas con un buen albariño, uno de sus vinos favoritos. Había consultado el tiempo y se esperaba que fuese bueno durante los días que iba a permanecer allí. Eso era una buena noticia.

Capítulo 11. Cero negativo

—La sangre es cero negativo, coincide plenamente con el grupo sanguíneo de Lidia —comentó Álvarez en el laboratorio de la Policía Nacional mientras intentaba colocarse bien la bata, con el tono de rutina que dan los hechos ciertos—. Las pruebas de ADN van a tardar un poco, por desgracia no hay mucho de donde sacar, no va a ser fácil. Pero tengo el palpito de que van a dar positivo.

Larrosa se secó el sudor con el pañuelo que su mujer planchaba en forma de cuadrado perfecto.

—Ya. Cero negativo. Bien. ¿Cuándo vamos a tener esas pruebas?

—Estamos trabajando contra reloj, no te preocupes. Prioridad absoluta. Pero hasta mañana no voy a poder confirmártelo... Lo siento. Por ahora no somos de *CSI Las Vegas*. Los milagros no existen, Carlos. —Álvarez se encogió de hombros y se colocó la bata blanca de nuevo—. Vaya mierda de batas nuevas. Ya podían haberse esmerado un poco más...

Larrosa no tenía ni tiempo ni ganas de ponerse a discutir la nueva indumentaria de la Policía Científica, así que fue directamente al grano.

—¿Dónde está Lucía, la chica de la sangre?

—¿Lucía *Dexter*? —Álvarez sonrió pícaramente—. Busca detrás, en el almacén. Si no está ahí, habrá ido a fumar. Ya sabes que se fuma más de una cajetilla al día... Así tiene esa voz aguardentosa.

Carlos Larrosa encontró en el pasillo del laboratorio a Lucía Arranz, la especialista en manchas de sangre y sus trayectorias. En la comisaría la llamaban Lucía *Dexter* por la serie de televisión protagonizada precisamente por un analista de salpicaduras, y ella estaba encantada con el apodo. Larrosa

olió el fuerte aroma del tabaco segundos antes de que ella se pusiese a su altura. Le entraron ganas de fumarse un cigarro negro.

—Hombre, Lucia. Cuéntame. ¿Ya has visto las manchas de las baldosas? ¿Qué dice el análisis de las gotas?

Lucia miró a Larrosa con la cabeza ladeada y su cabello castaño y lacio cayéndole sobre parte de la cara y la bata blanca. Era una chica menuda, pero de constitución fuerte y con una gran confianza en su trabajo, a pesar de que solo hacía dos años que desempeñaba esa función. Todos le tenían mucho cariño, porque era divertida a morir, y

su pelo cambiante de color era motivo frecuente de numerosas bromas.

—La forma indica que son manchas de proyección oblicua por caída libre. Ángulo de caída de noventa grados. Baja velocidad.

—¿Un golpe en la cabeza podría coincidir, por ejemplo, con esa trayectoria? —preguntó Larrosa.

—Podría ser. Aún no he terminado el análisis, pero creo que sí. Tienes razón. Un golpe en la cabeza rompería fácilmente los capilares del cuero cabelludo y produciría una pérdida de sangre que podría coincidir, sí... ¿Cuánto medía exactamente esa chica?

¿Un metro setenta y dos? ¿Sí? Pues podrían coincidir ambas: la velocidad de caída y el tipo de gota... claro que el golpe tendría que haberlo dado un hombre lo suficientemente alto... bien. Stop. Especular no es científico. — Lucía se pasó la mano por el pelo castaño y lo retiró de la cara—. Así que cuando haya terminado con todo el análisis, te comentaré todas mis conclusiones.

—Esto cada vez pinta peor. Si es un secuestro por dinero, ya deberían de haber contactado con la familia. — Larrosa casi reflexionaba en voz alta—. Me parece que va a tener que llevar este

caso otro a quien le caiga el marrón. Soy muy mayor para este tipo de cosas. — Miró a Lucía y puso cara de circunstancias, como si tuviera que justificarse—. Me queda poco para la jubilación, quiero disfrutar con salud de un retiro agradable, no morir de un infarto debido al estrés laboral. Además, tengo un billete para las Canarias para mañana. Hace mucho tiempo que le tengo prometido ese viaje a mi mujer, y ya tenemos todo planificado desde hace varios meses.

—Es comprensible, Carlos. Te entiendo perfectamente. Este caso suena a mucho trabajo, y a contra reloj.

Ánimo. —Lucía se despidió de él con una sonrisa.

Larrosa comprendió que toda esa larga explicación sonaba a derrota, y en el fondo de su alma lamentaba decir que no podía con ese caso, pero realmente ya se encontraba mayor y, sobre todo, resignado a que muchas veces la labor policial se quedara sin frutos. Además, estaba cansado de que prebostes y políticos le negaran soluciones y le cortaran las alas, como desgraciadamente podía atestiguar en sus más de treinta años de experiencia. Sin embargo, no era un viejo en su forma física, ya que llevaba con gran entereza

esos casi sesenta años de vida.

Larrosa entró en el despacho del comisario Iturriaga para darle las novedades del Caso Naveira. Pensaba en sus minivacaciones: cinco días en Canarias, en un hotel de superlujo. Una escapada largo tiempo planificada junto a su mujer, se lo debía a ella, por todo lo que le había aguantado en los últimos cinco años, cuando su desilusión y su frustración se hicieron particularmente visibles. Larrosa incluso sufrió un intento de asesinato que nunca pudo ser esclarecido, pero por vez primera sintió el terror en los ojos de su esposa y eso fue algo que lo derrotó por dentro. De

ahí que no fuera extraño que no se viera con fuerzas de llevar aquel tipo de investigaciones tan complejas, como la desaparición de una chica raptada, probablemente, por un agresor sexual. Cada vez lo tenía más claro. Estaba totalmente convencido de que aquel caso iba a traer mucha cola. Llamó a la puerta.

—Jefe. El grupo sanguíneo coincide con el de Lidia Naveira.

—¿Y el ADN?

—Aún no está listo. Hasta mañana, y con mucho esfuerzo, no van a tenerlo, hay que pensar que es fin de semana y estamos bajo mínimos. —Larrosa se

quedó callado unos segundos, mientras se sentaba en la silla que estaba enfrente del escritorio de Iturriaga. Luego continuó—. Con su permiso, preferiría que transfirieran el caso a otra persona. Mañana me voy de vacaciones. Mi mujer no me perdonará si las anulo. Nos vamos a las Canarias. Cinco días. Ya lo tengo todo reservado.

—Carlos... ¿No te estás precipitando un poco? Podrías pasar las vacaciones para más adelante...

—Completamente seguro. Hasta aquí llego. Jefe, que ya tengo un *by-pass*... No me veo yo en una faena de este nivel. Dentro de unas horas las pruebas de

ADN confirmarán que la sangre encontrada es de la chica. Las investigaciones de ese tipo de secuestros suelen ser largas y complejas. En el caso de que sea un secuestro... Y a mí me queda un año y medio para pasar a la segunda actividad... —Iturriaga asintió, le dijo que lo comprendía, y Larrosa abandonó el despacho con un gesto de gratitud en su rostro. Como policía experimentado, presentía que el crimen de Lidia daba acceso a un túnel oscuro. Y él no quería quedarse allí angustiado y atrapado.

Capítulo 12. Valentina Negro

El inspector jefe Iturriaga barajó las posibilidades que tenía en aquel momento concreto. Miró el cuadro de personal que había más o menos disponible y analizó con calma las opciones. Tras unos instantes de vacilación, los dedos tamborileando sobre la mesa, llamó a la inspectora Valentina Negro. La nueva en la UDEV. Miró su expediente: era bastante joven, con la sobrecarga de títulos y conocimientos que caracterizaban a las

últimas generaciones de policías. Abogada y criminóloga. Máster en Psicología Criminal. Le faltaba aún algo de experiencia en la investigación, pero aquel caso le iba como anillo al dedo para curtirse de verdad. Necesitaba a alguien con una visión distinta, moderna. Una visión fresca. Sobre todo, necesitaba a una mujer que diese buen resultado en la prensa y con habilidades para manejar el flujo de información de un caso que iba a tener muchísima repercusión mediática. De hecho, ya lo estaba teniendo. Aquella chica acababa de llegar a la Policía Judicial de La Coruña, pero ya llamaba la atención, y

no solo por sus bondades policiales. Iba a desbravarla bien con el asunto de la desaparición de Lidia Naveira. Por las referencias que tenía, era una policía muy brillante y arrojada y eso no era discutible. Como tiradora había sido excepcional, la primera de su promoción. Las referencias de todos los sitios donde había estado eran impecables, y ya tenía la Cruz al Mérito Policial, ¡tan joven! Sin duda, había personas que nacían con ciertas capacidades, y otras que nunca saldrían del montón. Eso era como jugar bien al fútbol.

Iturriaga tenía que reconocer que

aquella mujer le gustaba mucho, y no solo por sus cualidades policiales. Estaba como un tren. Un amor platónico, por supuesto. El inspector jefe era un hombre respetuoso y felizmente casado. La verdad era que, como a él, le ponía a media plantilla de la Nacional... Eso sí. Había que reconocerlo. Era algo borde la chica. Intratable a veces, con «cierta tendencia a saltarse las normas», según constataba la única nota de advertencia que pudo encontrar en su dossier. Después de todo, era normal, había vivido experiencias muy duras, sin contar la tragedia que sacudió a su familia.

—Sí, inspector jefe. —Valentina asomó la cabeza morena por la puerta del despacho e interrumpió los pensamientos de un Iturriaga, que cerró el expediente al segundo.

—Pase, inspectora. Siéntese, tengo algo que proponerle. Bueno, más bien va a ser una orden... —Le indicó con un gesto que se sentase.

Valentina se sentó en la silla que estaba enfrente de la mesa de Iturriaga, sus inquisitivos ojos grises y rasgados lo miraban con curiosidad. Era de las pocas policías a las que le sentaba perfectamente bien el uniforme. Era de estatura media, metro setenta, delgada,

pelo de intenso color azabache, con cuerpo fibroso de deportista. Aunque bajo la camisa se adivinaban unos pechos plenos, ella los disimulaba siempre que le era posible. No le resultaba demasiado agradable que algunos de sus compañeros le hablasen sin mirarle a los ojos...

—Sabes ya lo de Lidia Naveira, la chica desaparecida. —Iturriaga afirmó más que preguntar.

—Estoy al tanto del caso, inspector. He oído por ahí que parece ser que los rastros de sangre encontrados en el paseo coinciden con su grupo sanguíneo. Puede que haya sido secuestrada.

—Efectivamente. Hay un problema. Larrosa se va de vacaciones mañana mismo y me ha pedido que no le encargue este caso; además, se siente mayor para el follón que nos espera. Así que he decidido que usted es la más indicada para llevar la investigación, inspectora.

Los ojos grises chispearon todavía más intensamente

—Me encantaría, jefe. Me... —iba a repetirse, pero decidió continuar—, gracias por confiar en mí. No sé qué más decir. —Hizo un gesto con las dos manos y contuvo con nervios templados la intensa emoción que la embargaba—.

No voy a defraudarle, jefe.

—Me he informado de que ya ha detenido a un agresor sexual bastante peligroso cuando estaba destinada en Vigo. En realidad, inspectora, tengo que decirle que lo del Charlatán fue algo muy arriesgado.

—Sí, es cierto. —Valentina no pudo evitar una ligera contracción de los músculos faciales al escuchar ese nombre, era un acto reflejo—. He estudiado mucho el tema de los agresores sexuales, la violencia contra las mujeres... todo eso. De todos modos, no estuve sola en esas operaciones. Mis compañeros y mi jefe

me ayudaron mucho.

—No sea tan modesta. Le dieron una distinción por eso, nada menos que la Cruz al Mérito Policial. Bien. Ya he hablado con el inspector Larrosa. Va a pasarle el expediente y todo cuanto haya lo más pronto posible. La cosa está bastante complicada, eso seguro. Y además, con mucho alcance mediático, como es fácil suponer. Las desapariciones de chicas jóvenes atraen a la prensa como los buitres a la carroña.

—Sí, jefe. Lo sé perfectamente. —
Valentina ofreció la primera sonrisa del día al inspector jefe—. No se preocupe

por eso. No es la primera vez que trato con la prensa. Ya sabe que he estado en Benidorm trabajando de enlace con ellos, precisamente.

—Perfecto. A trabajar. —Le acercó el expediente del caso—. Tome. Va a ser una tarea ardua, así que no pierda ni un segundo de su valioso tiempo. Y quítese el uniforme. Mejor de calle. Pasará más desapercibida. ¡Ah! Elija a dos subinspectores de la UDEV para que la ayuden, a tiempo completo. Y si necesita más gente, pídale, haga el favor.

Valentina se levantó y se dirigió hacia la puerta con rapidez, abriendo ya el expediente para leerlo. Iturriaga miró

salir a la inspectora. No pudo evitar contemplar aquel cuerpo. Hasta el culo lo tenía en su sitio a pesar del horrible corte de los pantalones del uniforme.

—¡Señor! —suspiró. Estaba volviéndose un viejo verde. «Desapercibida» no era la palabra que mejor se ajustaba a aquella mujer.

Valentina fue hacia el despacho de Larrosa. No le caía mal. Era un tipo majo. Un poco mayor ya, pero muy agradable. Serio pero siempre cortés. Era obvio que ya estaba muy cansado, y algunas veces sus ojos de resignación le daban miedo, como si no quisiera reflejarse en ellos treinta años después.

Era de lo mejorcito de aquella comisaría, un policía de la vieja escuela, antes de la llegada de toda esta ingeniería científica que había revolucionado la investigación policial, cuando todo se hacía a base de perseverancia y oficio. Larrosa la respetaba. No como otros... Valentina se daba cuenta de que su curriculum brillante había despertado muchas envidias y celos entre algunos compañeros desde su llegada a Lonzas. No le importaba, ya estaba bastante acostumbrada a incidentes laborales de naturaleza mezquina. También había buenas personas. Como en todas partes,

claro estaba. Pero ser inspectora por oposición externa no le granjeaba precisamente la simpatía de muchos policías que pensaban que para alcanzar las jefaturas había que currárselo desde abajo, desde la calle. Ella había preferido estudiar primero y entrar después. Se había esforzado mucho y se notaba: diplomatura, licenciatura, postgrado... A su padre no le había hecho mucha gracia que con sus capacidades se hubiese hecho policía, pero al fin y al cabo, lo convenció con el argumento de que era una oposición como otra cualquiera. El sueldo era bueno, estaba en su tierra y le gustaba su

trabajo. No todo el mundo podía decir lo mismo. Además, entonces su padre poco podía argumentar, atado a una silla de ruedas como consecuencia del accidente de tráfico. Lo cierto era que gracias a Dios vivían de manera holgada, aunque fuese debido a la indemnización del maldito accidente. A su padre y a su hermano les había quedado una buena pensión, y además, lo que ella ganaba servía de sobra para pagar la hipoteca de un piso que acababa de comprar en el barrio de Los Rosales.

Su mayor problema era su hermano adolescente, Freddy, que no paraba de

meterse en líos. Su madre había fallecido en el mismo accidente en el que su padre quedó parapléjico, y quizá por eso parecía desnortado, confuso y muchas veces lleno de ira, como si no aceptara ser la víctima de una de esas tragedias cotidianas que suceden en la existencia de cualquiera.

Valentina vivía con lo justo, pero ella nunca había aspirado a rodearse de vestidos lujosos y perfumes de París. Lo suyo era otra cosa. Su pasión desde niña era ser policía o bombero. Algo que sirviese para ayudar a los demás. Desde pequeña siempre se rebeló contra la injusticia, y no podía evitar salir en

defensa de algún chico o chica que había sido elegido como blanco de las burlas de los matones. Siempre tuvo una elasticidad increíble, y junto a la indignación que propulsaba sus músculos, había dado la cara más de una vez por los demás, amigos o simplemente compañeros. Pero su hermano era otra cosa. No sabía qué diantres le pasaba. Iba fatal en los estudios, y a menudo tenía que encararse con él y leerle la cartilla.

Pero Valentina no tenía tiempo para pensar en eso. Se preguntó a quién iba a llevarse con ella para la investigación. Era el momento de pensar en dos buenos

policías para que la ayudaran. Repasó en su mente a los subinspectores que la UDEV tenía en nómina. Velasco sería perfecto. Un hacha en las investigaciones en la red, estudios universitarios, gran capacidad para reparar en los pequeños detalles y muy escrupuloso... no estaría mal. ¿Con quién se llevaba especialmente bien? Con Daniel Fernández Bodelón, por ejemplo. El especialista en artes marciales, un tipo que también tenía cerebro y que sabía cómo utilizar su formidable preparación física. No harían mal equipo.

Capítulo 13. *La Gaceta de Galicia*

Lúa Castro escribía en la redacción de Local del periódico *La Gaceta de Galicia* con una concentración que rayaba en el autismo y la vista clavada en la pantalla casi sin pestañear. Sangre. Habían encontrado sangre en el paseo marítimo. Se lo había filtrado un policía muy majo que formaba parte del dispositivo. Aquello era muy interesante. Si la sangre era de Lidia, aquello podía significar, por ejemplo, que aquella chica había sido atacada y

secuestrada en el paseo marítimo mientras hacía *footing*. Como le había pasado a aquella otra joven de Madrid que hacía ya algunos años había tenido tanta repercusión... ¿Cómo se llamaba? Anabel Segura, por Dios, qué memoria. Dos energúmenos en una urbanización. Si hasta le habían dedicado un episodio de *La huella del crimen*... Era un caso muy parecido, la verdad. A Anabel la habían secuestrado por dinero. ¿Y a Lidia? ¿Por qué la habían secuestrado?

Sus padres estaban forrados; el padre era un *crack* para la prensa. Ya le había sacado una entrevista para el día siguiente. Por otra parte, Lidia era una

joven de una belleza natural, podía perfectamente haberse dedicado a ser modelo si hubiese querido. ¿Qué estaría pensando la policía de todo aquel lío? Tenía que llamar a Larrosa para ver si podía sacarle algo. Larrosa era muy amigo de su padre. Seguro que conseguía que le echara una mano.

El director adjunto Alfonso Carrasco se acercó a la mesa de la redactora con curiosidad. Su voz traslucía un cierto tono de viejo verde que siempre ponía muy nerviosa a la redactora. Especialmente cuando estaba en el trabajo.

—¿Cómo vas, Lúa? Sé buena y

ponle a todo mucho dramatismo. Esto nos va a hacer vender el doble de ejemplares de lo normal en estas fechas, ya lo sabes.

Lúa lo miró con cara de pocos amigos.

—Bien, bien, jefe. Voy bien. Voy de puta madre. Para las once de la noche espero haber terminado una parte de todo lo que tengo que hacer. Transcribir las grabaciones, pasar cuatro entrevistas, redactar todo... no me interrumpas, Alfonso, o no llego hoy a casa.

—Venga, mujer, no te agobies. Aún son las siete. Te da tiempo de sobra,

incluso podemos tomarnos una caña antes de que te retires a casa.

—Si me tomo una caña, luego me tomo otra y me lío. Y hoy no es el día de tomar alcohol, que mañana nos espera otra jornada maratoniana. No tengo el más mínimo interés en hacerle una entrevista a Manuel Naveira con la cabeza embotada por la resaca.

—Pasamos entonces. Lúa. Hazme caso. Ponle a todo mucho morbo. No te cortes un pelo. Todo esto es una noticia bomba, hay que aprovechar el tirón, que llevamos un tiempo muy parados. Es la oportunidad de vender periódicos a dolor.

—Sí, jefe. Le pondré todo el morbo que haga falta. No te quejes, que siempre lo hago, así que tampoco hace falta que insistas demasiado. La historia en sí tiene todo lo necesario para que la gente esté pendiente del asunto durante una buena temporada. Por no hablar del padre, que es lo más parecido que he visto nunca a un vendedor de coches norteamericano, un hombre espectáculo. ¿Viste las fotos del momento «recogida de baldosines» por parte de los maderos? ¿Qué te parecieron?

—Fantásticas. Estáis haciendo un buen trabajo. Creo que en la edición de mañana nos comeremos a los de *La*

Opinión con patatas. Sigue así y te subo el sueldo.

—Me conformo con que por una vez me dejes coger el mes entero de vacaciones.

Capítulo 14. La dama del lago

Parque de Casanova de
Eirís, lunes, 7 de
junio, 04:00 h

La furgoneta blanca subió lentamente con las luces apagadas por la estrecha carretera que llevaba al estanque de los patos. Eran las cuatro de la mañana. Todo estaba en completo silencio. De rato en rato, apareciendo tras alguna nube solitaria, la luz de la luna menguante iluminaba de forma muy tenue

todo el parque, dándole un aspecto fantasmagórico al reflejo en las aguas verdosas.

Detuvo el vehículo a un lado del estanque. Bajó y comprobó que el lugar estaba desierto. Se había puesto un mono de trabajo negro, guantes y un casco de obra. Bajo el casco, el cabello perfectamente recogido en un gorro de plástico. No quería arriesgarse a dejar atrás alguna evidencia. Sacó la caja de herramientas: un simple alicate serviría para cortar la delgada reja de metal, la única separación entre la charca y las demás zonas del parque. Tardó muy poco tiempo en acabar la tarea. Luego,

retiró los restos de la verja y los dejó a un lado. Había creado un sitio suficientemente amplio por donde meter el cuerpo. Se dirigió con sigilo hacia la furgoneta.

En cuanto abrió durante unos segundos la cremallera de la bolsa negra que protegía el cuerpo de Lidia, el acre y penetrante olor a formol le inundó las fosas nasales, eliminando cualquier otro aroma que pudiese emanar de las flores que rodeaban el cadáver. Un olor repulsivo, poco adecuado para la delicada Ofelia, pero era necesario para preservar el cuerpo del ataque de insectos y animales mientras su obra no

fuese encontrada.

Con gran trabajo sacó el cuerpo del furgón, arrastrándolo por el suelo, protegido por el duro plástico de la funda especial para cadáveres. Agradeció que la curva finísima de la luna desapareciera unos segundos tras una nube errante y solitaria. Paró y miró a su alrededor con atención. Desde el punto en donde se encontraba podía ver las ventanas del Complejo Hospitalario, algunas iluminadas a aquellas horas de la noche. Estaban demasiado lejos como para poder apreciar nada de lo que estaba haciendo. Mejor para él. Se fijó también en las casas cercanas. Todo

estaba oscuro y en calma. Podía seguir adelante sin mayor problema.

La escasa luz del blanco satélite volvió a iluminar el estanque con plateados fulgores. No se escuchaba ni un ruido, salvo el suave ronronear de las alas de los grillos, que no descansaban de anunciar su presencia.

Una luciérnaga hembra iluminada y fosforescente fue el único testigo del transporte del cuerpo de Lidia Naveira hacia la orilla. Los patos dormían con la cabeza enterrada entre las suaves plumas. Algunos levantaron la cabeza y graznaron levemente, molestos por la intrusión. El lugar era muy hermoso: un

rincón lleno de juncos, cálamos, espadañas, enneas, abrigado por un sauce llorón que desplegaba sus ramas hacia el fondo de la orilla, como puente entre el cielo estrellado y las frías aguas de color esmeralda. Abrió la bolsa negra y dejó resbalar el cuerpo delicadamente. Entró en el agua con un tenue chapoteo. Un fuerte hilo de metal sujeto al vestido sirvió para asegurar el cadáver a unos arbustos. Lidia-Ofelia flotó al momento, la cabeza casi apoyada en la vegetación, el largo cabello rojo esparcido entre la hierba y el agua.

Cogió las flores que llevaba guardadas en una bolsa y empezó a

colocarlas con rapidez. Su memoria fotográfica recordaba exactamente el lugar que había destinado para cada una de ellas. Cubrió de pétalos el cuerpo, el agua, como si de una novia virginal se tratase. Virginal... Aquel cuerpo no pertenecería ya más al de una virgen pura, él mismo se había encargado de mancillarlo y vejarlo a conciencia... Una punzada en la ingle le recordó aquellos momentos tan intensos y placenteros... Eros y Tanatos, el máximo placer para un esteta.

La claridad blanquecina hizo que no necesitase siquiera encender una linterna para poder completar todo el proceso.

Mejor así.

Una vez que hubo terminado, volvió al furgón, asegurándose todo el tiempo de que el lugar seguía tan solitario como al principio. Cogió con rapidez la cámara de fotos y el trípode. Tenía que immortalizar su creación. Aquellas fotos le servirían eternamente de inspiración artística.

Quizá el amor fuera algo parecido a eso... La punzada de dolor que sintió en el pecho al abandonar a su suerte a aquella ninfa lo cogió desprevenido. No estaba acostumbrado a tener unos sentimientos tan intensos. Se despidió con un beso al aire de la hermosa figura

que se mecía suavemente en el agua. Escuchó el graznido de un ave a lo lejos. Había creado pura poesía. Su obra cumbre en el mundo del arte.

• • •

Se duchó nada más llegar. El agua estaba hirviendo, quemaba, como si quisiera purificar su acción abyecta mediante el dolor abrasador. Terminó con agua fría como el hielo. El contraste hizo circular su sangre y despejó su cerebro, cansado de las emociones nocturnas y la tensión. Estaba seguro de que nadie lo había visto obrar en su liturgia de arte y muerte a través de la

noche. El furgón llevaba placas de matrícula dobladas. Al día siguiente quitaría la rotulación falsa que le había pegado en los flancos y la escondería. Repasó todo el proceso de nuevo, por si algo se le hubiese escapado, algún detalle, por pequeño que fuese, podía ser importante. No recordó nada. No hubo ningún fallo. Estaba totalmente convencido de que todo había transcurrido de forma perfecta. De pronto, un agotamiento infinito aprisionó todo su cuerpo.

Solo faltaba esperar a que alguien encontrase su obra: alguna señora paseando a primera hora, alguien

haciendo deporte... Había creado un espectáculo digno de ver y analizar. Aquella chica debería estarle agradecido. La había convertido en un icono, efímero, sí, pero por exigencia de la naturaleza sobre la que descansaba, que no era otra que el caduco cuerpo humano. Esa precariedad convertía toda la escena en algo necesariamente bello y único, porque estaba hecha de muerte, y la muerte no es sino descomposición. Por eso era tan importante gozar desde el primer minuto, desde la primera idea que incendiaba su cerebro con el frenesí del deseo, embriagado pero contenido, hoguera de un fuego que él,

sencillamente, no quería ni podía reprimir.

Recostado en el sillón, cerró los ojos y volvió a deleitarse en cada detalle de la tortura y muerte que había protagonizado. Estaba satisfecho, pleno. Su vida había encontrado, al fin, un sentido propio, lleno de fulgor.



Ya había amanecido. El sol brillaba con fuerza insultante y la ciudad empezaba a bullir de actividad, despertando poco a poco del letargo nocturno. Carlota bajó del autobús del colegio, mascando chicle y apretando la carpeta contra su

pecho. Eran las ocho menos cuarto de la mañana. Ya estaba terminando el curso, ya estaba harta del uniforme de falda escocesa y polo blanco. Quería ponerse de una vez unos vaqueros ajustados y unos tacones. Quería que Tony la viera bajar del bus como una chica deseable, no como una niña estancada en la eterna adolescencia. Carlota quería ir al instituto, no estudiar en un colegio inglés con aquel uniforme cursi de colegiala. Miró hacia el sitio de siempre. Allí estaba Tony, esperándola con la moto. Carlota se despidió de sus amigas con un guiño, se remangó la falda sobre las rodillas, enseñando las piernas morenas

de solárium, y se escondió detrás del enorme autobús escolar para evitar que alguna profesora la viese escaparse con tanto descaro.

—Hola, guapa. —Tony la besó en la boca y la miró, derritiéndose, con aquella cara de idiota que se le quedaba siempre. Haber conseguido que aquella chica rubia y pija fuese de verdad su novia lo tenía alucinado—. Pasa de ir a clase, tía. Venga. Hace un día genial. Tengo una truja para fumar.

—Tony, joder que me lo pones fácil —dijo con una sonrisa de satisfacción—. No me apetece ir a clase, hoy toca el plasta de Historia con el control del

rollo sobre la Ilustración. No estudié nada. Además, creo que le gusto al tipo ese. Me mira todo el rato. Y siempre me pregunta a mí. Como si no hubiese más chicas en clase. —Carlota miró a su novio con un mohín. Hizo un globo con el chicle.

—Sí, hay más chicas en clase, pero ninguna está tan buena como tú, Carlota. A ese pavo voy yo a rayarle el buga, fijo —dijo con aire protector—. Como te toque un pelo, veremos. —Tony encendió la moto y la hizo rugir con fuerza.

—Como le toques tú el Audi te corta la cabeza, tonto. Y a mí me expulsan del

colegio. Venga, vámonos. Antes de que me vean y llamen a mi madre.

—Sube, corre. Creo que por ahí viene la momia de Luisa Lage, ponte el casco, rápido, así no te conocerá. ¿Adónde vamos?

—Quiero ir a ver los patos del estanque.

—Joder, Carlota, otra vez los patos, ya estuvimos la semana pasada viendo los dichosos patos.

—Da igual, a mí me molan los patos. El parque está aquí cerca, así que si pasa algo volvemos en un minuto. Y además, allí podemos fumar sin que nos vea nadie...

—Vale, vale, pero ¡ponte el casco, joder! No quiero que nos pare la policía como el otro día.

Un rato más tarde, mientras Tony preparaba el porro con el mechero y el papel de fumar cerca de las ruinas del castillo de Eirís, Carlota se quitó el jersey azul marino de pico y se lo anudó a los hombros. Hacía mucho calor para ser junio y tan temprano. La semana anterior no había parado de llover, pero aquellos días estaban resultando maravillosos. Se acercó al estanque de los patos. A Carlota le encantaba ver a aquellos animales nadando plácidamente en el agua. Además, se podía acercar y

no se escapaban, estaban totalmente acostumbrados a la presencia de la gente. Era mejor ver patos que estar en clase haciendo un examen del que no tenía ni la más remota idea... La pena era que no había llevado pan para darles. Le encantaba ver cómo se lo arrebataban de las manos.

Cuando llegó hasta la pequeña valla de metal enrejado, observó con extrañeza que había una parte que estaba tirada en el suelo, cortada de arriba abajo. Carlota no pudo evitar la tentación de entrar en el recinto a través del hueco. ¿Dónde estaban los patos? Era raro, no había ninguno en aquella

parte del estanque... Miró alrededor. Vio alguno aún medio dormido en el otro lado, algunos nadando, pero sin acercarse demasiado. Parecían evitar la cercanía de una especie de bulto blanco que flotaba entre la vegetación, cerca del sauce.

—¡Tony, ven, mira qué raro es esto!

Carlota gritó con fuerza hacia donde estaba Tony, pero su novio estaba demasiado ocupado terminando de liar el porro como para hacerle demasiado caso. Una señora en chándal que caminaba rápido miró con curiosidad hacia dónde ella estaba al escuchar el grito. Carlota siguió adelante, pisando la

alta hierba y aplastando sin querer las tuyas que crecían profusamente cerca del agua. Entonces, unos metros más adelante, divisó un bulto cuya forma sospechosa la llenó de aprensión. Cuando se acercó al borde del agua al principio no entendió lo que estaba viendo, pensó que era una especie de maniquí que había sido arrojado a un lugar absurdo. Luego, al caminar un poco hasta tener una perspectiva más completa de la visión, comprendió al fin.

Estaba rodeada de flores. Tenía un ramo en la mano, que sobresalía del agua. Pétalos a su alrededor y un olor

extraño y penetrante que le recordó al laboratorio de química. Era como una muñeca pálida, del color de la cera. Cientos de perlas reflejaban la luz del sol al trepar por el horizonte. Carlota gritó con desesperación. Salió disparada a buscar a su novio, tropezando en la verja caída y arañándose la rodilla profundamente. Lo que menos le importó fue el dolor de la antitetánica cuando, más tarde, uno de los médicos del Samur le curó el rasguño y dictaminó que debería ponerse la vacuna. No podía quitarse de los ojos la imagen de aquella chica muerta, vestida con un traje de novia y flotando entre los juncos del

estanque.

Capítulo 15. Las rosas salvajes

Se despertó con el sonido de sus propios gritos. Lúa estaba soñando que un hombre enorme con la cara tapada por una extraña máscara azteca, de colores vivos y enormes ojos brillantes, la perseguía por calles vacías, oscuras, interminables. Los pasos de la sombra se acercaban a ella más y más, y corría con todas sus fuerzas, buscando algún lugar para huir, algún refugio. Pero no conseguía distanciarse, al revés, y el filo de un cuchillo relampagueaba a su

espalda cada vez más cerca. Gritaba de terror, pero nadie respondía, salvo el eco espeso y distorsionado de su propia voz. Lúa caía al suelo húmedo de adoquines negros, resbaladizos, y aquella sombra, aquella cara expresionista de madera pintada, se cernía sobre ella, indudablemente para matarla a cuchilladas. Antes de sentir el filo del puñal clavándose en su vientre, Lúa despertó en un desesperado esfuerzo por escapar de la pesadilla más horrible de su vida. Jaime la agarró, asombrado al ver los grandes ojos de Lúa completamente abiertos por el terror.

—¡Lúa, Lúa, despierta! ¡Despierta, joder! Es un mal sueño, Lúa. Cálmate, venga.

Anido la abrazó y la acarició para tranquilizarla. La respiración agitada de su compañera se fue normalizando lentamente hasta recuperar el ritmo normal. Tenía las manos de la joven clavadas en los antebrazos, como garfios. Los soltó, más relajada.

—Dios, Jaime. Ha sido horrible. Una sensación de angustia total, como si fuese a explotarme el corazón en el pecho de un momento a otro.

—Luego me lo cuentas, Lu. —La agarró de la mano y se la sacudió—.

Atiéndeme un momento. Tengo sintonizada la emisora de la Policía Local. Te digo que hay alguna movida. Vete a la ducha a cien por hora mientras yo sigo escuchando a ver si averiguo de qué va la cosa.

—¿Qué hora es?

—Las nueve menos cuarto de la mañana. Venga, espabílate ya. Hay café recién hecho en la cocina.

Lúa se levantó, desperezándose, con el pelo revuelto y los ojos entrecerrados de sueño, arrastrando los pies hacia el baño, con las grandes zapatillas de Jaime. El fotógrafo se colocó los cascos para escuchar mejor las comunicaciones

que se perdían entre el ruido de la estática. Podía notar la excitación en la voz de los policías: escuchó varias veces que nombraban el estanque de Casanova de Eirís, pero no fue capaz de concretar nada más. Su instinto le decía que había algo extraño en todo aquello. Un estanque con cuatro peces de colores y patos no tenía por qué soliviantar a los cuerpos de seguridad. Decidió vestirse y preparar el equipo fotográfico. Se iban de inmediato al parque de Eirís. De camino volvería a llamar a sus contactos de la Nacional: no habían contestado al teléfono. O estaba muy equivocado, u ocurría algo muy raro.

El jefe de la Policía Local, superintendente Alfredo Molina, miró a Valentina Negro de arriba abajo. Porque le habían jurado que era inspectora de la Nacional y también que era una mujer con muy mal carácter, porque si no ya hubiera buscado la manera de poder coincidir con ella por motivos de trabajo, y luego quién sabe, si surgía la oportunidad... Pero Molina sabía que estaba soñando despierto. En toda la ciudad nadie la había visto nunca tontear con un hombre. La encontraba irresistible hasta con el traje protector.

Vio llegar a lo lejos al forense de guardia, el doctor Xosé García. Alto, con barba cerrada negra, ojos vivaces y una gran mata de cabello oscuro. Tenía cuarenta y cinco años y, sin embargo, mantenía incólume su fe en el trabajo bien hecho y el cuidado del detalle. Su opinión era muy valorada por la Policía de La Coruña, y los inspectores le debían más de un favor por haberse quedado fuera de su horario de trabajo para terminar informes muy urgentes o hacer exámenes que en manos de otro forense podrían haber retrasado más de una investigación.

Hacía un rato que ya estaban los de

la Científica haciendo su trabajo, recogiendo muestras en la cuadrícula y sacando fotos, pero los primeros en llegar habían sido los suyos, los de la Local, los encargados de acordonar la zona y de establecer el operativo. Cuando recibieron la llamada, una patrulla que estaba cerca de la Residencia Sanitaria se acercó hasta el parque y vio todo el pastel. Lidia Naveira, la chica desaparecida, estaba muerta, flotando en el agua como si fuese un montaje de revista de modas.

—Hola, Alfredo. Buenos días. —El joven forense se puso con parsimonia las gafas de ver y se acercó al

superintendente Molina.

—Hola, Xosé. ¿Qué te parece lo que tenemos aquí? Alucinante. Ya verás.

—Luego te digo. Cuando lo vea. ¿Ya llegó el juez?

—Aún no. Estamos esperando. Es muy temprano, hombre. —Le guiñó un ojo—. Aún ha de tardar un poco... Deja que despierte.

—Vale, Alfredo. Te veo después. Tengo mucho que hacer, por lo que se ve. Voy a cambiarme. Pobre chica.

Al lado del estanque, la inspectora Negro se acariciaba la mejilla con perplejidad mientras miraba el cuerpo inerte de la desdichada joven. No se

podía negar que la escena del crimen poseía cierta belleza enfermiza que no era fácilmente explicable. Valentina se sintió mal por haber encontrado hermoso el cadáver de aquella chica, pero intuyó que no era ella sola la que experimentaba aquella sensación de languidez, de *déjà vu* que provocaba la visión del rostro maquillado, las flores, las manos oferentes sobresaliendo del agua en estática palidez. Los de la Científica, vestidos también con uniformes protectores blancos, como ella, deambulaban por la escena buscando cualquier indicio, fotografiando el cuerpo desde todos los

ángulos, arrancando trozos de verja cortada para llevarse al laboratorio. El forense, ya vestido con el traje protector, se acercó a Valentina con el ceño fruncido en un intento de esconder el asombro que estaba experimentando por momentos.

—¡Qué panorama, inspectora! Nunca había visto nada parecido.

—Ni yo. En toda mi vida. ¿Qué te parece?

—Parece la escena de una serie americana de psicópatas. *Mentes Criminales*, cosas así —señaló el joven forense, quien no perdía oportunidad de ser ingenioso cada vez que se

encontraba con Valentina.

—¿Tú crees? No sé, en las películas las escenas del crimen suelen ser muy truculentas. Todo esto, en cambio, es algo siniestro, pero al mismo tiempo hermoso, delicado. —Valentina no estaba segura de si sería capaz de expresar lo que sentía en esos instantes, así que prefirió seguir la conversación ateniéndose a los hechos—. Creo que el cuerpo está sujeto por un cable, fíjate. —Se arrodilló, señalándolo—. Y este olor...

—Voy a acercarme y a ver qué puedo decirte. Odio los escenarios del crimen con agua. Son lo peor.

Engorrosos, y además, siempre se pierden todas las pruebas.

Xosé García se acercó al cuerpo y detectó más vivamente el insoslayable olor del formol, confundido con un deje de putrefacción, no demasiado acusado. Formol... probablemente para retardar el proceso de descomposición y evitar el ataque de animales.

—El olor es, sin duda, formol, inspectora. Ha impregnado el cuerpo para conservarlo mejor y protegerlo del ataque de los animales.

No hacía falta ser médico forense para ver que Lidia estaba muerta. Cogió con cuidado la muñeca que asomaba

fuera del agua para tomarle el pulso, en un acto mecánico siempre necesario. No había pulso, por supuesto. Intentó a simple vista adivinar la causa de la muerte. Hasta que no sacaran el cuerpo del agua, iba a resultarle difícil, si no imposible. Observó el cuello, extremadamente pálido debido a una pasta blanca que lo cubría por completo. ¿Podían ser estigmas ungueales lo que el maquillaje quería esconder? Aunque había protegido los zapatos con unas fundas de plástico, la humedad trepó por la pernera de sus pantalones en cuanto se inclinó sobre el cadáver, con cuidado de no alterar, por el momento, la escena

del crimen. Luego ya manipularía el cuerpo, cuando los de la Científica hubiesen terminado su trabajo. Sacó una lupa y, ayudándose de ella, levantó muy despacio la guirnalda de violetas de plástico. Sí, sin duda, eran estigmas ungueales. Volvió a dejarlo todo como estaba.

—Puede que la causa de la muerte haya sido la estrangulación, inspectora.

—Ya. No me extrañaría. Tiene toda la pinta de ser un crimen de carácter sexual —dijo Valentina—. Al asesino le gustan las chicas guapas, y por lo que veo, le gustan tanto vivas como muertas. ¡Cuidado, Xosé, estás moviendo las

ortigas! —alertó al forense—. Creo que las ha puesto ahí el asesino. Todas esas flores significan algo, ¿no te parece? A primera vista hay amapolas, rosas, geranios... No entiendo mucho de flores, pero alguna que otra sí puedo identificar. —La inspectora seguía teniendo una sensación extraña de fascinación y, al tiempo, de repulsión, lo que hacía que sus pensamientos estuvieran más espesos que de costumbre, como si todo aquello no tuviera ningún sentido, o al menos ningún significado que fuera comprensible para ella.

—Algunas son de plástico, o incluso

yo diría que de látex —puntualizó el forense, cogiendo una con la mano y sintiendo el tacto con los dedos—. Otras no. Son de verdad, fíjate. Esta parece un narciso. Habrá que recogerlas todas, una a una.

—¿No te recuerda a algo este escenario? ¿A algo determinado?

El forense encogió los hombros.

—No te puedo decir. Vagamente, me recuerda a alguna película, pero no puedo concretarte más. ¿A aquel anuncio de Anaïs de hace algunos años en donde salían dos jóvenes muy hermosas en un lago?

—Espera. Voy a llamar a Velasco.

—Valentina no parecía muy feliz con esa aportación de García, que juzgó para sus adentros un poco frívola—. Es muy intuitivo y muy culto. A ver si puede echarnos una mano. ¡Velasco! Ven un momento, por favor.

Velasco era un policía de treinta y dos años, de pelo castaño, con una mirada penetrante, fibroso, un metro setenta y cinco de estatura, que pasaba por ser un tipo culto dentro de la policía. Con estudios en Psicología, había aprendido mientras estaba en la universidad que su vida necesitaba algo más de acción si quería realizarse como persona. Estudiar estaba muy bien, pero

su condición de homosexual le espoleaba a buscar caminos donde buscar retos, metas que le permitieran huir de los estereotipos del «marica sensible». De ahí que comprendiera que si no quería ser uno más tenía que coger el toro por los cuernos. Ayudado por su inteligencia natural entró en la policía, y pronto dejó de preocuparse de lo que los demás opinaran de él. Su trabajo, siempre profesional, callaba cualquier insidia que los homófobos de siempre acertaran a difundir. Eso sí, vestía de modo elegante y no dejaba que la «pinta de policía» influyera para nada en sus gustos. Al revés. Era como un

muestrario de revista masculina andante.

Velasco se apartó de la compungida Carlota y su apurado novio. Tony lo miraba con aprensión: tenía miedo de que lo cachearan y descubrieran el trozo de maría bien oloroso que llevaba dentro de la cazadora. Pero los policías no parecían estar por la labor de investigar sus vicios: estaban demasiado ocupados con la aparición de aquella chica muerta en el estanque.

—Dígame, inspectora. —Guardó la agenda en el bolsillo.

Valentina volvió a percibir el olor intenso a Allure de Chanel que salía del subinspector. Se preguntó cómo podía

oler bien y tener aquel aspecto de recién duchado hasta en el medio de la escena de un crimen. Era increíble.

—Velasco. ¿No te recuerda a algo la disposición del cuerpo?

Velasco se quedó mirando unos segundos hacia el cadáver.

—Ahora que lo dice, es cierto, tiene un aire a algo conocido. Veamos. No sé, así, de pronto... ya sé que va a parecer algo extraño, pero me recuerda mucho a un vídeo de Nick Cave, inspectora.

—¿Nick Cave?

—Sí, un vídeo de hace ya bastantes años. Salía también Kylie Minogue. «Where the wild roses grow» es la

canción, si no me equivoco. El disco, *Murder Ballads*, es una joya. Debería escucharlo, a pesar de que no le guste el rock... Y me temo que hasta aquí llegan mis sugerencias, jefa. Lo siento... Pero sí. Recuerdo perfectamente que Kylie estaba en un río, o un lago, con un vestido blanco, y Cave la mataba con una piedra en la cabeza. Era una metáfora del mito de *La Bella y la Bestia* o algo parecido. Podría servir para algo, ¿no le parece?

Valentina lo observó con sus ojos grises llenos de seriedad. Aunque el disco del que hablaba Velasco se titulara *Baladas para el asesinato*, no pensaba

para nada que esa sugerencia fuera particularmente útil en ese caso. O sí... la mente de Velasco era muy analítica y podía asociar muchas imágenes, una cualidad que resultaba fascinante, pero a veces era necesario parar los pies a tanta creatividad. Sin embargo, intentó recordar aquel vídeo. Nunca se sabía... tomó nota para más adelante. «Where the wild roses grow»..., es decir, «Donde crecen las rosas silvestres». Bien. Cuando volviese a la comisaría, se ocuparía de mirarlo. Cualquier detalle podía resultar de ayuda en aquel caso tan raro.

Regresó junto al cuerpo. Tenía que

empaparse de todo aquel escenario mientras tuviera la oportunidad de hacerlo, antes de que levantaran el cadáver. Tenía que grabarlo a fuego en su cerebro. El asesino había creado una especie de manifiesto que necesitaba ser estudiado y comprendido, y ella estaba dispuesta a resolver el enigma. En la universidad no te enseñaban a asimilar algo así, ni siquiera en Criminología. Valentina sabía que aquel tipo de crimen era una especie de tabú. Una rareza que rompía toda clase de estadísticas. Un asesinato que ningún policía querría nunca tener entre manos.

Lúa intentaba ver lo que había detrás de todo aquel maremágnum de coches patrulla, ambulancias y curiosos que empezaba a darse cuenta de que allí había algún suceso digno de ver. Cazó al superintendente de la Local mirándola con ojos golosos, así que se acercó a él con la confianza de que, enseñando algo de carnaza, empezaría a largarlo todo con su verborrea habitual.

—Hola, superintendente. ¿Qué ha pasado aquí?

—¡Cómo madrugas, Lúa! Ya me dirás cómo te has enterado tan rápido de

todo esto. Aún no hemos dicho nada a la prensa... —Molina agarró el brazo de Lúa, acercándola hacia él.

—Tengo mis fuentes, súper. Ya lo sabes.

Lúa esponjó los pechos y parpadeó con coquetería mientras intentaba ver algo por encima del hombro del policía estirando la cabeza.

—¿Es Lidia?

—Sí, es Lidia. No cabe duda.

—¡Es tremendo! ¿Se sabe cómo murió? ¿Fue violada?

—Está el forense examinando el cuerpo, pero hasta que no lo saquen del estanque no se puede hacer nada. Y te

dejo, que justo en este momento viene el juez y tengo que hablar con él. Siento no poder darte más cosas por ahora, Lúa. Otra vez será.

Lúa dio un golpe en la hierba con el pie, frustrada. La cosa no estaba siendo todo lo productiva que debería. Se habían adelantado a todos, pero la noticia había corrido como la pólvora. Y encima, su becario gafapasta aún sin llegar.

Mientras tanto, Jaime Anido sacaba foto tras foto, parapetado sobre las piedras derruidas del viejo castillo de Eirís. Mientras no lo vieran, iba a hartarse de hacer fotografías de aquella

chica muerta flotando en el estanque. Las agencias se las iban a rifar... Buscó a Lúa con la mirada. Allí estaba, intentado sonsacarle algo al jefe de la Local. No le sería difícil, con lo salido que estaba siempre. Menudo pájaro...

De pronto, notó que la luz se oscurecía alrededor de él.

—Buenos días. Acompáñeme un momento, por favor. —Anido conocía aquella voz. Era su némesis de nuevo, el subinspector Daniel Fernández Bodelón. Estaba detrás de él, con su metro ochenta y cinco de altura proyectando una amenazadora sombra—. Mucho me temo que no está permitido hacer fotos

de la escena del crimen, Anido. Está dentro del perímetro. Siempre estamos igual, hombre. Es usted incorregible.

—¡Estoy en un sitio público y hago las fotos que me sale de los huevos, subinspector! —La voz de Anido sonó floja, sin demasiada convicción.

—Haga el favor de facilitarme la tarea, Anido. Un poco de respeto, la chica está muerta y no queremos que la familia la vea de tal guisa en todos los telediarios. Serás cabronazo... Tienes menos escrúpulos... —Bodelón pasó al tuteo, como prueba de que no iba a dejar que se saliera con la suya—. Es algo muy feo saltarse el perímetro de

seguridad que marca la policía.

Daniel Fernández Bodelón era alguien que imponía respeto, ya fuera a la prensa más salvaje o a los delincuentes. No era solo su físico de culturista, con sus bíceps bien marcados y su cara ceñuda coronada en un corte de pelo al uno, era más bien el producto del conjunto de su presencia, la de alguien que se tomaba en serio su trabajo. Aunque quizá fuese menos brillante que su amigo Velasco, compensaba esa carencia con una gran disciplina, algo que había aprendido en sus dos años pasados en el ejército, donde ingresó voluntariamente a los

dieciocho. De padres emigrantes y de clase media, su experiencia allí le sirvió para comprender que no quería tener una vida sin horizonte, deambulando entre trabajos poco cualificados. Así que decidió preparar las oposiciones a la policía, y con esfuerzo llegó, a los treinta y un años, a subinspector, tras retomar los estudios que había dejado y aprobar Sociología por la universidad a distancia. La presencia animosa de su mujer, enfermera titulada, le había espoleado mucho más. A pesar de su experiencia en las artes marciales, era de los que odiaban hacer uso de la violencia; su físico le ayudaba a evitar

peleas, sin embargo, cuando había que meterse en una, Bodelón, cinturón negro de kárate y especialista en defensa personal, procuraba siempre terminarla él.

—Venga, dame la cámara —exigió con severidad alargando la mano.

—¿Y si te doy la tarjeta de memoria? —empezaba a transigir Anido.

—¿Y si sé que esa cámara tiene memoria interna, Anido? Anda, por favor. Que no me chupo el dedo. Soy mayorcito. A estas alturas...

—Quiero hablar con el policía a cargo de la investigación.

—Tú mismo, Anido, tú mismo. Ahora te llevo con la inspectora. — Cogió la radio y llamó—. Trae la cámara de una vez. No te preocupes, no voy a rompértela. Aunque no te digo yo que no lo merecieses. Andando, vamos.



Valentina intentaba tranquilizar los sollozos desconsolados de Carlota Lago. Su novio le cogía la mano y la apretaba en un vano intento de que recuperase la tranquilidad, pero era inútil. La niña lloraba sin control, sacudiendo los hombros.

—Carlota. Mírame. Venga. Ya pasó.

Ya está. No te va a pasar nada malo. Estás rodeada de policías que te protegen. Cálmate. Te necesitamos. Necesitamos saber qué viste cuando entraste en el estanque por primera vez. Es importante para la investigación, para encontrar al hombre que hizo eso tan horrible.

Carlota sorbió los mocos y asintió. Se quedó callada unos instantes. Valentina fue a buscar un pañuelo de papel.

—Falté a clase porque estaba segura de que iban a hacernos un control de Historia... y no me lo sabía. —Los sollozos volvieron, pero mucho más

calmados—. Vine con Tony a ver los patos, me gusta venir aquí. Son simpáticos... —Carlota se calló un instante, obviando el detalle del porro—. Estaba la reja cortada y entré a ver qué pasaba, me extrañó. Y cuando bajé al agua ella estaba ahí, flotando... fue horrible.

—¿Visteis algo, a alguien, cuando llegasteis? ¿Recordáis qué hora era exactamente?

Tony intervino, encantado de tomar protagonismo.

—Serían las ocho y diez, y no, no había casi nadie. Una señora que paseaba en chándal, creo que no vimos a

nadie más.

—¿Coches, furgonetas? ¿Algún vehículo grande?

—No, no recuerdo haber visto nada, ningún vehículo. Me acordaría... pero no. No había nada. Estaba todo vacío.

Daniel Fernández se acercó a Valentina, llevando a Anido con cara de muy malas pulgas por delante de él.

—Inspectora, aquí tiene al señor Jaime Anido. Lo he pillado haciendo fotos «demasiado explícitas» de la escena del crimen. Para variar.

—Joder, ¿no hay un perímetro de seguridad donde la prensa no pueda inmiscuirse? —protestó indignada

Valentina, aunque ya sabía la respuesta —. Podíais ser un poco más respetuosos, ¿no te parece? Merecerías que te llevara ahora mismo a Lonzas, a las celdas, a pensar un poco —le espetó a Anido—. Déjame la cámara, Anido. Quiero ver esas fotos que has sacado. Venga. Rapidito.

Anido encendió la Canon Eos 1D y fue pasando las fotos ante la mirada iracunda de la inspectora Valentina Negro. Algunas de las imágenes eran tomas cercanas del cuerpo de Lidia, instantáneas demasiado explícitas que desvelaban claramente la idea morbosa del asesino.

—Tienes que borrar las más cercanas, Anido. Solo te permitiré las fotos en las que no se aprecie demasiado el cuerpo. Imagínate el *shock* de la familia si sale esto mañana en la prensa. Puedes quedarte esas en las que salen los de la Científica y el forense, te van a hacer buen servicio. Pero las del cuerpo de Lidia, ni hablar.

—Joder, inspectora, me gano la vida haciendo fotos, tengo que comer. No puedo borrarlas todas.

—Elige, o las eliminas, o nos vamos de paseo a Lonzas. Allí sí que vas a pasar un par de días sin comer. Y además, no me responsabilizo de lo que

pueda pasarle a la cámara. Parece bastante cara. —Hizo un rictus de malicia en su boca—. Algún día me dirás cómo te enteras de las noticias antes que los demás medios. No me gustaría que hubiese filtraciones entre los míos. Si me entero de quién te informa, la va a llevar bien clara.

—Está bien, está bien. Las borro. — Anido sabía que no le quedaba otra que ceder si no quería pasar la noche en una celda—. Mejor, bórrelas usted misma. Así no tendrá dudas y podrá elegir las que le parezca.

Gracias a Dios no lo cachearon. Anido llevaba también una pequeña

cámara compacta de bolsillo con un potente objetivo con la que se había apañado para sacar fotos en previsión de que ocurriera eso mismo. Las fotos que había sacado no eran de tan buena calidad, pero podrían servir para algo y... ¡bingo! ¡Ya estamos todos!, se sobresaltó el fotógrafo, siempre en vilo ante la noticia. El que faltaba. Llegaba el padre de Lidia Naveira, y estaba seguro de que iba a montar una buena. Anido soltó un juramento para sí. Aquella inspectora de los cojones estaba jodiéndole el reportaje del año. Por lo menos Lúa seguía allí fuera, tomando nota de todo.

El juez López-Córdoba se dirigía a la orilla del estanque acompañado del jefe de la Policía Local cuando escuchó los gritos. Unos gritos que provenían de fuera del perímetro acordonado. Al volverse, vio al padre de Lidia Naveira sujetado por dos policías locales. Quería ver el cadáver de su hija.

—Vamos de mal en peor. Menudo día. —Molina hizo un gesto con la cabeza—. Pobre hombre. No es una buena idea que la vea tal y como está.

—¿Quién es esa chica morena que está hablando ahora con él? —preguntó el juez, extrañado.

—La inspectora Valentina Negro.

Hace poco que tomó posesión del cargo, aunque ya es muy popular —dijo con cierto tono de malicia—. ¿No la habías visto nunca?

—No, yo estoy más acostumbrado a la presencia de Carlos Larrosa, por ejemplo, pero me gusta bastante más la novedad, por lo que veo... Venga, vamos hasta donde está el cuerpo. Habrá que proceder al levantamiento del cadáver en cuanto terminen los de la Científica. Hoy va a ser un día de mucho calor, no es conveniente que permanezca más rato ahí, dentro del agua. Y además, tengo que reconocer que este lugar me está dando escalofríos... —López-

Córdoba se estremeció de arriba abajo sin disimularlo un ápice—; si te fijas bien... es casi una imagen espectral.

Capítulo 16. Furia legítima

—No. No puede ser. No puede verla, señor Naveira. Imposible.

—Es mi hija... ¿verdad? Es ella... mi niña... está ahí, muerta. ¿No se dan cuenta? ¿Y si no es ella? ¿Y si se han equivocado? Me cago en... déjenme pasar. ¡Por Dios bendito!

—Tranquilícese. Venga. Por favor.
—Valentina hacía lo posible para calmar a aquella fuerza de la naturaleza. Los ojos verdes fulguraban con violencia y rabia, y hacían falta dos policías locales para sujetarlo—. Tal y como está el cuerpo ahora, no puede ni

debería verlo. Ya lo verá después, en el depósito de cadáveres. Entiendo perfectamente por lo que está pasando, señor Naveira. Pero tiene que tener un poco de paciencia.

—Usted no entiende nada, señorita. No entiende nada. Usted no sabe lo que es perder a una hija de diecisiete años. Usted lo que tiene que hacer es coger al hijo de la gran puta que la ha secuestrado y la ha matado. Eso es lo que tiene que hacer usted. —La cara del padre de Lidia era una mueca trágica de ira y dolor.

—Hacemos todo lo que está en nuestras manos, señor Naveira. No hay

nada que yo desee más en este momento que encarcelar al asesino de su hija, y lo sabe. No lo dude ni por un segundo.

Naveira sollozó con fuerza, totalmente trastornado de dolor. Se derrumbó en el suelo, sin fuerza ya con el cabello rojo alborotado en las sienes. Velasco se agachó a su lado y empezó a hablarle con su bien timbrada voz de locutor radiofónico, aplacándolo por momentos con gran eficacia. El consuelo empezó a hacer efecto, y Valentina consideró llegado el momento de llamar a quien fuera para que lo sacaran de allí. Si aquel hombre veía la escena del crimen, iba a ponerse más histérico

todavía, y con razón, y encima toda España iba a enterarse de cada detalle del caso. Adiós al más que probable secreto del sumario. Suponía que lo que quería el asesino era fama y notoriedad. Lo que todos aquellos cabrones deseaban era su minuto de fama y gloria. Y ella no estaba demasiado dispuesta a concederle su mayor deseo.



Lúa no estaba de muy buen humor. En efecto, habían sido los primeros en llegar, pero ella no había sacado casi nada en limpio que los demás colegas no tuviesen. Solo sabía que aquel cuerpo

del estanque era el de Lidia Naveira y que su padre se había presentado allí para montar una escena, como era lógico. Por lo demás, el cabronazo de Molina, otras veces tan locuaz, no soltó prenda. Tenía que conseguir una entrevista con la inspectora Negro. Parecía un hueso duro de roer. Por no hablar de que había visto toda la escena con Jaime Anido y el subinspector supercachas. Le habían obligado a borrar las fotos, seguro. En cuanto lo dejaran libre, le preguntaría qué había visto en aquel escenario que pareció turbar a todo el mundo de una forma tan evidente. El subinspector forzado de

pelo rapado al uno estaba muy bueno. No estaría mal intentar seducirlo... a lo mejor así podía acceder al expediente, o conseguir alguna información. Aquel caso lleno de morbo era la vía más directa hacia el ascenso y el aumento de sueldo. Si por el camino tenía que follarse a aquel subinspector tan mono, no tendría ningún problema...



Los miembros de la Científica cortaron el cable que sujetaba el cuerpo, guardándolo a continuación. Los de la funeraria levantaron el cadáver, ayudados por un policía que estaba

dentro del agua, cubierto con un traje de neopreno. Sacaron el cuerpo con sumo cuidado. Cuando lo depositaron en una camilla, Xosé García colocó en las manos unas bolsas de papel, para preservar las posibles evidencias. Los brazos continuaron rígidos en su postura oferente, y el forense levantó una manga del vestido para averiguar cómo había conseguido el asesino mantener la postura paralizada de los brazos. En principio, los codos estaban fijados con cinta americana ancha de color grafito. Levantó cuidadosamente el vestido para tomar la temperatura rectal del cuerpo y le llamó mucho la atención la dureza de

los músculos. El cuerpo parecía estar aún en un rigor mortis muy virulento... Se preguntó el porqué. Había algo que no cuadraba... Luego lo consultaría... Por el momento había que preservar todo el conjunto antes de que pudieran perderse las posibles pruebas, así que dejó que introdujeran el cadáver dentro de una enorme bolsa de plástico. El juez observaba las labores con total concentración, sacudiendo el cabeza, aún asombrado por lo que estaba presenciando. Después de hablar un rato con Xosé García, llamó por teléfono a la Facultad de Medicina de Santiago de Compostela. Había que hacer la

autopsia cuanto antes, a ser posible por la tarde. El cuerpo había estado sumergido en el agua, así que no se podía esperar ni un minuto. Como decía Locard, «Tiempo que pasa, verdad que huye». López-Córdoba, un juez con veinte años de experiencia, sabía que aquel caso podía marcar su carrera, y no estaba dispuesto a correr ningún riesgo: quería contar con el mejor especialista de toda Galicia para analizar el cuerpo de aquella chica. Y su gran amigo Rafael Ladrón de Guevara era uno de los forenses más importantes de todo el país. Era fundamental que pudiese asistir a la autopsia.

Valentina vio alejarse el furgón con el cuerpo y respiró profundamente. Aquella era su primera investigación por asesinato. Asesinato y seguro que también violación de una joven de diecisiete años. Una chica que ni siquiera había empezado a vivir. Intuyó que el Charlatán había sido un juego de niños comparado con lo que le iba a caer encima. Aquel asesino, reflexionó, era un verdadero psicópata, de gran inteligencia y además un gran provocador. No había tenido ningún reparo en dejar el cuerpo en un sitio

público y a la vista, con el consiguiente riesgo. Había sido lo suficientemente frío como para secuestrar a Lidia a la luz del día en un lugar público; después, colocar de noche el cadáver y cubrirlo con flores, creando una escena estéticamente impactante, en otro sitio en el que un paseante solitario ocasional podía haberlo visto. Valentina intentó recordar sin demasiado éxito la clasificación de tipos de asesinos que había estudiado algunos años atrás. Ojalá fuese tan fácil catalogar a aquel tipo... Meditó lo que le había dicho el subinspector Velasco. A lo mejor hasta tenía razón con lo de *La Bella y la*

Bestia.

Capítulo 17. Impresiones de la muerte

Lunes, 7 de junio

—Flipante por completo, Lúa. Te lo juro. Nunca he visto nada parecido. El que haya hecho algo así tiene que estar forzosamente mal de la cabeza. —Jaime Anido empezó a pasar en su MacBook las fotos que había sacado del cuerpo de Lidia en el estanque. No eran demasiado nítidas, pero lo que se veía era suficiente para apreciar el cadáver flotando entre la vegetación, con aquel

espectacular vestido Art Déco—. Estaba rodeada de flores, como una novia muerta. Era algo muy hermoso, dentro de lo que cabe, por supuesto. Me jodió bien la inspectora Negro. Borró las más espectaculares. Se podían apreciar los pétalos de las flores y el pelo rojo entre la hierba...

—No seas morboso, Jaime. Joder, me das miedo, en serio.

—Te lo prometo, Lu. Parecían unas fotos artísticas para el *Vogue*. Una modelo posando en el agua, con los brazos sobresaliendo, en una posición rarísima. No te imaginas, de verdad. Estas no son, para nada, como las que

saqué con la réflex. Si hubiese podido seguir con el reportaje, ahora estarían en todos los periódicos del país.

—No me extraña que estuviesen tan impresionados... —Lúa arrebató el ratón de la mano del fotógrafo y miró una por una las fotos en la pantalla, con detenimiento. Un sentimiento absurdo de miedo la golpeó en medio del pecho—. Ahora entiendo. Por eso no querían que nadie viese el cuerpo. Lo que no saben es que tú tienes fotos del escenario del crimen. —Lúa, ya recompuesta, lo besó en la boca—. Eres un hacha, Anido. Y con estas fotos vas a hacerme el favor del siglo. Tengo un plan.

—Miedo me das. A ver. —Jaime sonrió, mirándola, y acarició su mejilla mientras se ponía en pie—. ¿Qué ha pensado esa mente maquiavélica?

—Esta mente ha pensado ir a entrevistar a la señorita Negro, la inspectora estrella en ausencia de Larrosa —dijo Lúa con picardía—. Ha pensado también que esas fotos servirán para hacer un intercambio de información que nos servirá a ti y a mí, Jaime. La inspectora no querrá por nada del mundo que circulen por ahí sin ningún control. Esta mente maquina también cómo hacerse con la exclusiva de las noticias del caso durante todo el

tiempo. Por supuesto, también sacaré algo para ti, no solo para mí y para el periódico —concluyó, sonriendo, de modo triunfal.

—Eres una chica muy mala, Lúa Castro. Muy, muy mala. —Su voz traslucía admiración y deseo. Jaime la abrazó desde atrás y la besó en la nuca, aspirando el perfume fresco de champú en su cabello castaño.



Manuel Naveira esperaba, sentado en una de las incómodas sillas de plástico. Su hijo mayor, Álvaro, daba vueltas por el pasillo en un caminar sin rumbo,

anhelando poder fumarse un cigarrillo de una vez, salir de aquel lugar siniestro y frío, volver a Niza y escapar de aquella pesadilla. Hombre de negocios como su padre, se había casado con una chica catalana estudiante de hostelería y había triunfado con un restaurante español en Francia. Afrontaba los treinta años con una base económica sólida, después de un tiempo en el que, orgulloso, había declinado recibir ayuda de su padre. Lidia había llegado a la familia cuando él era un adolescente, y eso no le había permitido estar muy unido a ella, a lo que se había sumado su estancia en Francia desde que conoció a

la que era su mujer, Neus, desde hacía ya más de cinco años. Pero todo eso no había impedido que la quisiera bien y que estuviera totalmente hundido. No se podía creer que estuviese en el depósito de cadáveres esperando a que su padre identificara el cuerpo de su hermanita pequeña. No era posible. Aquello no podía estar ocurriendo. Toda la familia se sentía perdida en una nebulosa de dolor insoportable: como fantasmas encadenados a una maldición; ninguno era capaz de hablar o de expresar nada. El hermano mediano tenía aún que coger el avión desde Sidney, no llegaría hasta un par de días después. La madre no

salía del cuarto de Lidia, convertida en un alma en pena, abrazada a la almohada y a los peluches de la niña. El padre, desde que Lidia había desaparecido, jamás había perdido la compostura. Fue el sostén de toda la familia, el único que era capaz de pensar con claridad. Álvaro Naveira temía que cuando viese el cuerpo, su padre se desmoronase por completo sin remedio. Todo aquello estaba superándolos con creces.

Valentina entró en el ascensor y miró el reloj: llegaba a tiempo. Estaba prevista la identificación del cadáver por la familia a las cuatro de la tarde en el depósito del Juan Canalejo, el

Complejo Hospitalario Universitario de A Coruña, o CHUAC, como lo habían rebautizado. Se sabía el camino al depósito de memoria. Por fortuna, el cuerpo de la chica estaba en buenas condiciones. Más tarde realizarían la autopsia al cuerpo: el juez había considerado oportuno llamar al patólogo que dirigía el Instituto de Patología Forense de la Universidad de Santiago de Compostela, una eminencia mundial, el doctor Rafael Luis Ladrón de Guevara. Dada la complejidad de caso, compartiría protagonismo con el forense titular del CHUAC encargado del levantamiento del cadáver, Xosé García.

La inspectora alcanzó el frío y gris pasillo del depósito. Allí estaban ya el padre de Lidia y un hombre joven que indudablemente era su hermano, con aquel cabello rojo atípico, sello de la familia.

—Buenas tardes. —Valentina saludó, y Manuel Naveira hizo una leve inclinación de cabeza, sumiéndose de nuevo en el mutismo más absoluto. El hermano se levantó y le dio la mano.

—Soy Álvaro Naveira, hermano de Lidia.

—Inspectora Valentina Negro. Siento mucho lo de su hermana.

—Estamos consternados. No sé qué

decirle, inspectora. Solo que confiamos en usted para que encuentre a quien ha hecho esto.

—Gracias. Haremos todo lo que esté en nuestras manos, Álvaro. No tenga la menor duda.

Un enfermero salió del depósito y llamó a los familiares. Dentro esperaba Xosé García, con cara de circunstancias. No era normal enseñar un cuerpo disfrazado y maquillado a la familia de la víctima, pero hasta la realización de la autopsia el cadáver de Lidia permanecería tal y como había sido encontrado. No se podía correr el riesgo de perder ningún indicio.

Valentina entró la primera y notó el frío acerado del lugar. Observó el cuerpo cubierto por una sábana blanca, sobre una camilla metálica. Todo aquel proceso era un mal trago para ella y para la familia. Pero mejor allí que en el estanque, cuya imagen permanecía pegada desde la mañana en su retina.

Manuel Naveira entró con expresión decidida y se situó frente al cuerpo tapado, a la altura de la cabeza. Su hijo permaneció tras él, retirado unos metros. El enfermero levantó la punta de la sábana para que pudiese ver la cara de la joven muerta.

—Hijo de la gran puta —estalló, con

palabras mordidas pero lleno de una ira atroz—. Cabrón. Malnacido. ¿Qué le has hecho a mi hija, cabrón? Te voy a matar, lo juro. Te voy a coger y te voy a matar.

Álvaro cogió a su padre por los hombros e intentó apartarlo de la camilla. No pudo. Manuel Naveira se agarró al cuerpo de su hija, sollozando sobre la sábana. Valentina intentó razonar con él.

—Señor Naveira. No puede tocar el cuerpo por ahora. —Se agachó a su altura, apartándolo suavemente y controlando su propia emoción de pena y rabia—. Lo comprende, ¿verdad? Es necesario que se aparte un poco. Más

tarde podrá verlo. Ahora no puede ser. Tiene que dejar a los forenses y a la policía hacer su trabajo para conseguir atrapar al asesino. Sea razonable. Por favor. Luego podrá velarla cuanto quiera.

Manuel, al fin, pareció escuchar entre lágrimas la voz grave de la inspectora. Se irguió y se apartó lentamente, mientras el enfermero volvía a cubrir el blanco rostro con su sudario de hospital.

...

Valencia, aeropuerto

de Manises

Se desató las zapatillas de *tweed* Paul Smith en el control del aeropuerto de Manises y puso el portátil, el móvil, el cinturón, la cartera y las llaves encima de las bandejas blancas de plástico. Como todo el mundo que viajaba con frecuencia, también él odiaba aquel ritual absurdo tan engorroso, tantas veces repetido. Para ahorrar trámites, llevaba solo una pequeña maleta, sin facturar, por supuesto. Si necesitaba algo, ya lo compraría en La Coruña. Había leído las previsiones meteorológicas y parecía que

sorpresivamente iba a hacer un tiempo estupendo, así que necesitaba poca ropa. Una chaqueta para el fresco de la noche, un par de pantalones, camisas... Poco más. No pensaba estar en la ciudad mucho tiempo, el suficiente para presentar el libro, dar la conferencia y saludar a los amigos de Santiago. Se acordó de la que había sido su primera mujer, Raquel Conde. Llevaba casi cuatro años sin verla. Desde que se había casado con un coruñés, no había vuelto a pisar Valencia. ¿La llamaría al llegar? Decididamente sí. Tenía muchas ganas de quedar con ella, saber cómo le iba en la vida... Todo eso. Recogió sus

cosas con parsimonia, mientras un niño de unos seis años lloraba detrás de él, pasó el arco de seguridad y se dirigió a la puerta de embarque.

Javier Sanjuán estaba contento. Su último libro *El perfil criminal. La caza de un asesino en serie* estaba vendiéndose muy bien. Se encontraba en la lista de los diez más vendidos de divulgación científica y ya iba por la segunda edición en un mes. A la gente le fascinaba el fenómeno de los asesinos seriales. Eran los vampiros de la modernidad, una mezcla entre el mito del lobo feroz y el hombre del saco con el que asustaban a los niños pequeños

las madres de antaño. Y él, como perfilador y criminólogo, sabía que, aunque de manera poco frecuente, la sociedad tenía que enfrentarse a ellos con todas las armas disponibles.

Sanjuán pensó en Raquel de nuevo. Las últimas noticias que le habían llegado era que se había divorciado hacía poco. Nada nuevo. Él, por su parte, llevaba ya dos divorcios a sus espaldas a sus cuarenta y cinco años, pero procuraba no quejarse de ello, ya que en su concepción de la vida había que aceptar los propios errores, porque de lo contrario se eliminaban las opciones de otros aciertos. Es decir,

solía reflexionar que el hombre es un ser generalmente muy bien equipado para meter la pata en los asuntos más importantes de la vida, a pesar de que sus pautas y hábitos le permitieran funcionar cada día, y que él no era una excepción, sino un ejemplo brillante en lo que respectaba a los desastres amorosos. Por lo demás se mantenía razonablemente en forma. Altura y complexión medias, era de apariencia agradable, sin que destacara particularmente en nada. Aunque las mujeres le decían siempre que tenía unos ojos muy expresivos, él lo achacaba con modestia a la mirada

provocada por una miopía bastante incómoda.

Ninguno de esos matrimonios le había dado un hijo, y había llegado a un punto en el que no confiaba excesivamente en encontrar el amor auténtico, sea lo que fuera ese amor. Estaba muy centrado en sus investigaciones y libros. A veces pensaba si no estaría demasiado centrado para evitar otro tipo de tentaciones que pudiesen llevarlo de nuevo a cometer alguno de sus habituales errores, que invariablemente derivaban en desastres de gran magnitud. Su trabajo de criminalista era

ampliamente reconocido, y había intervenido en algunas investigaciones de asesinos seriales realmente notables, colaborando de un modo eficaz. Muchos de sus alumnos eran policías e investigadores de la Guardia Civil, y a pesar de que los responsables policiales no siempre veían con buenos ojos que se recurriera a alguien de fuera de las fuerzas de seguridad, las consultas eran habituales, realizadas, eso sí, de modo extraoficial. Sanjuán envidiaba el estado de la criminología en otros países en donde las fuerzas del orden acudían constantemente a los perfiladores. Podría decirse que España estaba aún a

años luz en ese campo.

Mientras esperaba la salida del vuelo de Air Nostrum, se tomó un café en la cafetería del aeropuerto y cogió un ejemplar de *Las Provincias* para entretenerse. La televisión emitía noticias sobre la chica desaparecida. Javier le pidió a la camarera que subiese un poco más la voz un momento para escuchar mejor. Estaba lleno de curiosidad. La inconfundible cinta amarilla que acordonaba el escenario de un crimen y el correspondiente operativo policial aparecieron ante sus ojos. Se quitó las gafas de cerca para observar mejor. La voz de la locutora

narraba la aparición del cadáver de Lidia en el estanque de un parque coruñés, el lunes a primera hora de la mañana. Todo el caso estaba bajo secreto de sumario, pero fuentes oficiosas afirmaban que había sido violada y estrangulada. Cerró el periódico inconscientemente, fascinado por las imágenes que se sucedían en la pantalla. También era casualidad que ocurriese aquel suceso precisamente casi el mismo día en que él viajaba hacia La Coruña a presentar su libro.

Los altavoces anunciaron el embarque del vuelo de Air Nostrum. Javier Sanjuán despertó de su

ensoñación al escuchar el anuncio y cogió su maleta. Pudo ver desde donde estaba el coqueto Bombardier y las incómodas escaleras. Pensó que algún día se les ocurriría la brillante idea de poner un *finger*. El criminólogo cogió su maleta y se dispuso a embarcar.

Capítulo 18. Noticias de Londres

La Coruña, barrio de
Los Rosales,
lunes 7 de junio,
16:00 h

Jaime Anido se levantó de la cama dejando a Lúa desnuda y medio dormida, envuelta en la sábana, relajada después del polvo y el cigarro. Miró su móvil: cuatro llamadas perdidas. Se atusó el pelo, desperezándose, y, descalzo, se dirigió hacia el ordenador a

consultar su correo. Tenía un montón de mensajes, pero uno en especial llamó su atención. Se sentó en su escritorio, extrañado. Hizo doble click. Sue nunca le enviaba correos desde el suyo personal. No era su forma habitual de comunicarse. Tenían otros medios de contacto. Se levantó a por la cajetilla de cigarrillos y a coger una Coca-Cola fría. Volvió a mirar el correo. Suecrompton@hotmail.co.uk ¿Qué querría? Miró hacia la habitación donde se encontraba Lúa. Allí seguía, totalmente amodorrada. No tenía el más mínimo interés en que cotillease en aquel tipo de asuntos. Encendió un

cigarrillo y acercó el cenicero lleno de colillas resecas.

Querido Jaime. Sé qué hace tiempo que no me pongo en contacto contigo. Por aquí el asunto está regular, nuestros amigos siguen como siempre, ya me entiendes. Tengo ganas de verte. Pronto hará casi un año que no coincidimos, Jaime. Te echo mucho de menos. Ha ocurrido una desgracia con uno de los nuestros. Patricia Janz. Tu Patricia. Ha muerto. La

asesinaron las pasadas navidades cuando estaba de visita en casa de su familia en Whitby. Sé que tenía que haberte llamado por teléfono para decírtelo... Pero no sabía cómo hacerlo. Lo siento de verdad. Pero ahora todo ha cambiado. Tienes que venir.

Ya sé que es imperdonable que haya tardado tanto en avisarte: no quería preocuparte, y, además, he estado muy ocupada con diversos asuntos de la

hermandad. Por desgracia, desde la muerte de Patricia, las cosas se han complicado mucho.

Ven pronto, por favor. Te necesitamos. Especialmente yo.

Un beso. Y un latigazo.

Sue.

Jaime Anido apagó lo que quedaba de cigarrillo. Se había consumido solo en el cenicero. Patricia... ¿muerta? La noticia lo había dejado helado. Durante unos minutos no reaccionó. Luego, tecleó en Google. No tardó mucho en

encontrar el suceso en la hemeroteca de un tabloide *online*. Allí estaba: el asesinato de Patricia Janz había causado un revuelo enorme en el norte de Inglaterra por sus extrañas características, plenas de morbo. Apareció en un cementerio, con la cabeza cortada y una estaca clavada en el corazón. Como si fuese una víctima de ultratumba del mismísimo Van Helsing, el cazavampiros. Joder. El inspector Geraint Evans, de la policía de Whitby, dirigía la investigación. Jaime no pudo seguir leyendo. Era demasiado para él. No podía ser verdad. Patricia. ¿Quién podría tener algún

interés en matar a aquella chica inofensiva? Y además, matarla de aquella manera tan extraña era inexplicable. Patricia era su «pareja de baile habitual» en la hermandad del Ruiseñor y la Rosa, un club exclusivo al que pertenecía desde hacía ya algunos años. Era su chica favorita, con la que mejor se había compenetrado en la vida. Joder, Sue. Hacía seis meses que había sido asesinada y nadie había tenido la decencia de comunicárselo. No se lo podía creer. Qué hijos de puta. «¿En qué estabas pensando, Sue, para no coger un puto teléfono y contarme todo lo que estaba ocurriendo allí?», pensó, en un

acceso de ira y desolación.

Sue. Él también tenía ganas de verla. ¿Qué problemas habrían surgido en la hermandad? Anido no podía evitar sentir un hormigueo interior cada vez que abandonaba el hilo cotidiano de su vida en Galicia y recordaba sus experiencias de Inglaterra. Entonces le invadió una urgencia íntima, atenazante, que le hacía desear estar allá, con Sue. Tenía que ir a Londres cuanto antes. Encendió otro pitillo y empezó a buscar vuelos directos a Heathrow desde Coruña. Allí había un billete bastante asequible. Al día siguiente volaría hacia Inglaterra. Tenía tiempo suficiente para hacer la

maleta y dejar arreglados los asuntos que tenía pendientes. Le pediría a Lúa que se encargara de regar las plantas carnívoras y mirar la correspondencia. A ver qué disculpa le ponía para salir pitando... un encargo fotográfico en Londres muy bien remunerado no estaría mal. Era convincente. Ella no sospecharía nada raro. No tenía el más mínimo interés en que Lúa conociese sus actividades perversas en Inglaterra. Era imprevisible. A saber cómo podía reaccionar... Como una gata salvaje, seguro. A lo peor no volvía a echar un polvo con él en la vida.

Capítulo 19. Autopsia de Lidia

La autopsia judicial de Lidia Naveira Aldrigde comenzó a las cuatro de la tarde del lunes siete de junio en el Complejo Hospitalario Universitario de A Coruña. Fue efectuada por el médico forense titular del CHUAC, Xosé Manuel García, también a asistió a ella, por expreso llamamiento del juez encargado del caso, el doctor Rafael Luis Ladrón de Guevara. La autopsia duró cuatro horas y quince minutos.

Valentina esperaba sentada en una

incómoda silla de plástico a que los forenses terminasen su labor. Llevaban dentro cuatro horas ya. Ella habría sido partidaria de asistir, pero no era una costumbre demasiado al uso. Así que movía con nerviosismo la pierna cruzada mientras aguardaba con impaciencia que terminasen de analizar el cuerpo. Bajó a por un café de la máquina a la segunda planta. Si seguía tomando tanta cafeína iba a darle una taquicardia, y más si abusaba de aquel café de sabor ratonero a plástico rancio. Cuando subió con el vaso humeante, vio a Xosé Castro saliendo de la sala de autopsias, seguido del otro forense,

varios años mayor, que se despidió con un apretón de manos. Valentina se dirigió hacia Castro a toda velocidad.

—¿Qué tal? ¿Cómo ha ido todo?

—Inspectora... ¿Qué quiere que le diga? Lo cierto es que ha sido terrible. Hacía mucho tiempo que no veía nada parecido. Ni tampoco don Rafael.

—¿A qué te refieres, Xosé?

—¿Por dónde quieres que empiece, Valentina? —No esperaba respuesta, así que continuó, tuteándola—. Esa chica ha sido torturada con saña. Tiene marcas de latigazos por las piernas, las nalgas y el pecho.

—¿Latigazos? La voz de Valentina

reflejó sorpresa mayúscula.

—Sí. Latigazos. También quemaduras de cigarrillo. Y cortes, pequeños cortes por todo el cuerpo. Realizados con una navaja afilada o un bisturí. Seguramente para forzarla y obligarla a hacer cosas...

—¿La violaron?

—Sí, de una forma brutal. Vaginal y analmente. Antes de que me preguntes te diré que no, no hay ningún tipo de fluidos, por desgracia. Usó preservativo. Tampoco hay huellas. Nuestro amigo es fan de *CSI*.

—¿Causa de la muerte? —Valentina no tenía muchas dudas sobre ese punto,

pero quiso asegurarse.

—Estrangulación a mano, como sospechábamos. El asesino estaba sobre ella cuando la estranguló, dejó la marca de los dedos en la piel. El hioides está fracturado. Créeme —el forense suspiró abatido—: esa chica sufrió lo indecible.

—¿Algún rastro del asesino? ¿Algún pelo, células de piel...? —Valentina prefirió estar centrada en su trabajo, no quería pensar en todo ese dolor, que podía llegar a superarla.

—Nada, inspectora. El cuerpo fue lavado con sumo cuidado, desde el cabello hasta la punta de los pies. Lo mismo te puedo decir de las uñas... las

cortó una por una. Luego la maquilló con algo que creo que es maquillaje de teatro, una pasta muy espesa. Incluso diría que podría ser de esas que se usan en las funerarias para adecentar los cuerpos, maquillaje de tanatopraxia, se llama. Hemos cogido muestras de todo y las hemos mandado al laboratorio. Llevaba pestañas postizas. Un trabajo muy concienzudo y eficiente el del asesino, si se puede decir algo así. Es una persona escrupulosa a la hora de no dejar ni una pista. Otra cosa: no estoy seguro del todo, pero creo que la mató y la mantuvo congelada. Es un obseso de la conservación. Y ahora me voy a

escribir el informe preliminar. Tengo que enviárselo al juez. Te enviaré a ti una copia bajo manga también, no te preocupes... y las fotos del cuerpo, al correo electrónico en cuanto pueda.

—Ya. Gracias, Xosé. —Valentina buscó con la vista un sitio donde dejar el café. El estómago se le había revuelto. Y se le habían quitado las ganas de tomarlo por completo.

Una hora después, ya en su despacho, Valentina Negro leía con atención el informe preliminar de la autopsia que el forense le había remitido por email. El examen externo del cuerpo, como le había dicho antes Xosé

García, reveló que había sido golpeada, torturada, violada vaginal y analmente. Por supuesto, muerte por etiología homicida. Lidia había sido estrangulada a mano, mientras ella estaba en posición decúbito supino, y el asesino, sobre ella. Sin duda la mató mientras la penetraba, el muy hijo de puta. También había sido torturada con una cuerda alrededor de cuello, que aparecía plagado de lesiones erosivas en las que se podía ver perfectamente el dibujo del trenzado. El posterior examen interno corroboró las sospechas. Había pequeñas hemorragias en las capas musculares profundas producidas por el estrechamiento de la

cuerda. La luz de Wood reveló equimosis redondeadas en el cuello de Lidia: los dedos del asesino. Los pulgares sobre la glotis indicaban que la había asesinado de frente, sobre ella. La fuerza había sido brutal: presentaba rotura del esqueleto laríngeo, incluida la fractura del hueso hioides y las astas del cartílago tiroides.

Sospechaban que la muerte se había producido el mismo día de su desaparición y, posteriormente, el cuerpo había sido sometido a temperaturas bajo cero para conservarlo. Quizá preservado en algún arcón congelador o lugar adecuado a tal

fin, una furgoneta, a lo mejor. El asesino vaporizó formol sobre cara y torso, para protegerlo de la intemperie y del previsible ataque de insectos o animales. El rostro estaba cubierto de un maquillaje espeso, graso, resistente al agua. Incluso le había puesto pestañas postizas para completar la caracterización.

Se encontraron quemaduras, abrasiones, rastros de mordeduras en ambos pechos, en la nuca, hematomas en nalgas y parte interior y exterior de los muslos, equimosis, laceraciones anales... también había pequeñas punciones realizadas con la punta de un

arma afilada por todo el cuerpo. No cabía duda de que el asesino se había cebado con ella durante horas. Alrededor de las muñecas y los tobillos se apreciaban los surcos causados por las ligaduras que utilizó para reducirla, es decir, equimosis figuradas. A primera vista, ni una huella, ni una mínima muestra de ADN del asesino. Nada de saliva. No pudieron hallar ni un miserable cabello. Los forenses analizaron el cuerpo centímetro a centímetro. Pasaron hilo dental entre sus dientes. Analizaron las uñas de manos y pies, cortadas al ras. Peinaron el pubis y el pelo de Lidia. Pero el cadáver había

sido lavado, desde los pies hasta el cabello, con esmero de amante, y el vello del cuerpo perfectamente rasurado. Le faltaba un gran mechón de pelo. Sin duda, cortado por su captor como recuerdo de su abyección.

Encontraron una herida contusa en el cráneo, en el hueso parietal. El golpe que utilizó para dejarla sin sentido. Probablemente un golpe ejecutado con una tonfa o una porra de madera.

Por desgracia, aún faltaban multitud de datos, las fotos de la autopsia, los informes toxicológicos... Por supuesto, Lidia había muerto por estrangulación a mano. Era típico de un crimen sexual...

Todo aquello era la obra de un agresor sádico, un psicópata de la peor especie. Era estremecedor leer todas las señales de tortura que el cuerpo de la joven mostraba en aquellas páginas. El muy cabrón había jugado con ella asfixiándola con una cuerda hasta hacerle perder el sentido y luego aflojando la presa para que ella hiciese todo lo que él quería... Miró las fotografías de la escena del crimen. Todo aquello era siniestro en extremo. Primero la tortura, luego la mata. Y luego juega con el cuerpo como si fuese un maniquí. Por un momento, Valentina sintió sobre sus hombros la enorme

responsabilidad que había contraído al asumir la investigación de ese caso. Sabía bien que representaba una gran oportunidad para ella, la demostración de que una mujer podía ser tan buena atrapando a un cabrón asesino como cualquier hombre. Pero al mismo tiempo, viendo esas fotos, no podía sino estremecerse ante el formidable desafío que representaban. Joder, el caso no se parecía a ningún otro, y le había tocado a ella comérselo enterito... Había estudiado bien a los agresores sexuales, pero nunca pensó que en su ciudad pudiese actuar uno como aquel. Ni en las conferencias de perfiladores del

FBI, que solían mostrar fotos truculentas y casos terribles y epatantes para impresionar al público, había visto algo así... tan frío, tan calculado, tan cruel. Era un sádico sin ningún tipo de escrúpulos. Pero sumida en esos pensamientos sombríos y preocupados, su mente inconsciente se puso en marcha, y Valentina se acordó de repente del Congreso de Criminología que organizaba la Universidad de A Coruña. Con todo el jaleo se había olvidado de que estaba apuntada desde hacía un mes. Era curioso: acudía, precisamente a dar una ponencia sobre perfiles criminales Javier Sanjuán, el criminólogo

valenciano que se había hecho famoso cuando ayudó a la policía a capturar al Asesino del Metro, y que a ella misma la había orientado hacia la captura del Charlatán con el perfil que había escrito, aunque de eso, claro, él no tenía ni idea... Buscó en internet. Javier Sanjuán presentaba el martes su último libro en El Corte Inglés. La conferencia sería el miércoles en el paraninfo de la universidad, a las ocho de la tarde. Seguro que iba a estar a tope de gente.

Valentina imprimió las fotos de la escena del crimen y el informe de la autopsia. A lo mejor, con suerte, Sanjuán se prestaba a echarle una mano con el

caso. Iría directamente a la presentación del libro y hablaría con él. *El perfil criminal. La caza de un asesino en serie.* La vida estaba llena de casualidades inexplicables... Eso, o aquel criminólogo era capaz de oler los crímenes con meses de anticipación. Por alguna razón la posibilidad de hablar del caso con Sanjuán le había dado un punto de tranquilidad, como si comprendiese que iba a ser necesario hacer cosas extraordinarias para resolver un crimen extraordinario.

Miró su reloj. Llegaba tarde. No se esperaba que la autopsia durara tanto tiempo. Había quedado con aquella

periodista de *La Gaceta*, Lúa Castro, a las ocho en su despacho de Lonzas. Había insistido mucho. Era importante para la investigación del crimen, o algo parecido. ¿Qué pretendería con aquella cita? No se fiaba nada de aquella chica. Ni de ningún plumilla en general. Eran demasiado carroñeros. Por no hablar de que muchos no conocían el significado de la palabra «escrúpulos».



Miraba las noticias, embelesado. Una adolescente con uniforme de colegial que hacía novillos fue la que encontró el cuerpo de Lidia. Fantástico. Era

simbólico que una niña traviesa se enfrentase al horror dispuesto por el asesino por haber faltado a clase. Por supuesto, teóricamente, eso era algo que nadie merecía. Sin embargo, había una cierta moraleja en la idea de que si la niña se hubiese portado bien, no habría vivido aquella horrible experiencia.

Cogió una botella de Armand de Brignac rosé que había metido en el arcón congelador. La descorchó y vertió el líquido burbujeante en la roja copa de cristal veneciano. El momento lo merecía de verdad. Bebió, a la salud de su inmenso talento. Sin embargo, que no mencionasen su recreación de orfebrería

le molestaba como una pequeña mancha de sangre desvirtúa la blancura de la nieve. ¿Eran tan incapaces que aún no se habían dado cuenta de lo que había pretendido? ¿Estarían ocultando al gran público su magna obra de arte? No. Más bien era un ejemplo de su incompetencia; la policía no tenía demasiada idea, con sus patanes sin estudios, incapaces de apreciar las capacidades creativas o, simplemente, el buen gusto. No le importaría charlar un rato con la niña aquella que había descubierto su obra cuando aún era virgen. La primera espectadora de su *performance*, una linda muchacha de

uniforme, con su falda de tablas y su polo blanco con el escudo del colegio. Encantadora nínfula... Tomó un sorbo de la copa con delicadeza. Era un champagne delicioso. Se sintió durante un momento como Humbert Humbert ante Lolita, un James Mason desquiciado pintándole las uñas de los pies a la aterrada adolescente de faldita de tablas, mientras se retorció, atada a su potro de tortura particular.

Capítulo 20. Lúa y Valentina

La Coruña, comisaría de Lonzas

Lúa Castro se detuvo en la puerta del despacho de la inspectora Valentina Negro con su habitual repiqueteo de tacones. Sabía que con aquella mujer no iban a servirle de nada ni su atractivo físico ni sus dotes de manipulación. Pero en su bolso llevaba un *pen drive* y unas fotos que eran el pasaporte a muchas cosas deseables. Las fotos de

Anido iban a venirle de perlas. Anido... menudo cabrón. Se iba de repente a Londres en un vuelo sin fecha de regreso. «A hacer un encargo». A saber cuál era la verdad. Anido siempre se reservaba lo mejor para él mismo. Siempre presumía de ser muy hermético. Pero eso a ella poco le importaba en aquel momento. Jaime era su amante, pero no era su novio formal. Así que, en realidad, podía hacer lo que le viniese en gana aunque a ella, en el fondo, no le hiciese ninguna gracia. Llamó a la puerta y la entreabrió. La inspectora estaba de pie, de uniforme, mirando por la ventana. Se giró. Lúa se dio cuenta de

que era más joven de lo que había previsto. No tendría más de treinta años... a lo mejor, treinta y dos...

—Buenas tardes, inspectora.

—Pasa, Lúa. Siéntate. Encantada.

Lúa se sentó frente a Valentina Negro y la analizó en unos segundos, mirándola de arriba abajo con disimulo. Era una mujer muy hermosa, sin duda alguna. Una mujer para la que la belleza quizá era más problema que beneficio. Tenía unos ojos grises con pequeñas vetas color granate que la miraron de frente, con honestidad. De repente, Lúa se sintió mal por lo que iba a hacer. Una sensación incómoda en el estómago,

producida sin duda por aquella mirada brillante y el severo uniforme. Se fijó en la pequeña condecoración que lucía en la solapa del bolsillo.

—Lleva la cruz al mérito policial.
—Lúa realizó un primer intento de suavizar el ceño de la inspectora Negro. Con aquel apellido ya imponía...

—Sí, es cierto. Veo que estás puesta en distintivos policiales y medallas, Lúa. No es algo común en una periodista de sucesos. —Sonrió un momento, una sonrisa franca que iluminó su cara.

—Mi padre era Policía Nacional, ahora está en segunda actividad. Él tiene la misma, la de distintivo rojo.

Pensionada. Por eso lo sé.

—Interesante. Me alegro mucho. Bien. Cuéntame. Hoy estoy muy liada, como podrás comprender. No puedo ponerme a hablar sobre méritos y hazañas bélicas con todo el tomate que hay en la ciudad.

—De eso venia a hablarte. De Lidia Naveira.

Valentina se puso en guardia de forma instintiva, pero se limitó a hacer un gesto con las manos, invitándola a hablar. Lúa sacó del bolso las fotos de Jaime Anido. La escena del crimen, en todo su esplendor, con el cuerpo de la joven flotando en la orilla del estanque.

La imagen lúgubre que se había grabado a fuego en la mente de la inspectora, de nuevo delante de sus ojos.

—Anido. —Valentina la miró de hito en hito y por la expresión de la periodista comprendió al momento que Lúa Castro y el fotógrafo eran algo más que coincidentes laborales—. Qué hijo de puta. —Su voz bajó hasta convertirse en un susurro—. Tenía otra cámara escondida...

—No me interprete mal, inspectora. No quiero publicarlas. No sería moral ni ético, ni conveniente para la investigación del asesinato. —Lúa se había aprendido de memoria lo que

creía que iba a ser el discurso de la policía y lo soltó con desparpajo.

—Si no quieres publicarlas, ¿por qué demonios vienes aquí a enseñarme el trofeo? Perdóname, Lúa, pero no me lo creo. Dime. Suelta. No tengo toda la tarde para perder contigo y con tus enigmas. —El enfado de Valentina Negro era cada vez más evidente. Sus ojos soltaban chispas que no se molestó en disimular—. No me gusta tu estilo, Lúa. Es un poco repugnante. ¿No crees?

—Bien, inspectora. Lo entiendo. A cambio de estas fotos, no quiero nada. Bueno, en realidad... solo pretendo tener información de primera mano en

temas que puedan ser tratados por la prensa. Lo que llamarían en *La noria* la exclusiva del caso, para entendernos. Mis jefes no saben que yo tengo estas imágenes, me matarían si no las entrego. Estaría despedida en menos de lo que canta un gallo. Es algo que quedará entre Anido, usted y yo.

Valentina pensó rápido. A lo mejor podía salvar la situación y sacar algún provecho de aquella especie de hiedra trepadora. Era demasiado codiciosa, lo que quería decir que tenía debilidades. Ya las encontraría.

—Voy a pensármelo, Lúa. —
Valentina ya sabía que no iba a caer en

una trampa tan burda, pero decidió seguirle el juego—. Primero voy a enterarme de cómo actúas en tu periódico. Voy a analizar tu honestidad periodística. Si sueles cumplir el código deontológico y esas cosas. Si veo que puedes recibir cierta información y tratarla con respeto, aceptaré el trato. Siempre y cuando esas fotografías pasen a mis manos. Ya, ya sé que tendrás cien copias. Pero me fiaré de ti. —Lúa no pudo evitar una sonrisa de triunfo.

—Descuide, inspectora. No pienso fallarle. Siempre y cuando usted me considere como periodista «oficial» del caso Naveira. Vamos, no le estoy

pidiendo tanto. Lo único que quiero es que lo más sabroso del asunto, antes de hacerse público en una rueda de prensa o de cualquier otro modo... haya podido tenerlo yo primero... ya me entiende... para adelantarme un poco a los demás...

Valentina empezó a ver de una forma muy clara las intenciones de aquella carroñera de grandes ojos verdes. Seguro que siempre se salía con la suya... Bien. Alguna vez tendría que ser la primera en la que recibiera una buena patada en el trasero... Su voz empezó a destilar veneno de una forma educada y sutil.

—Veo con asombro que eres una

tropa de libro, Lúa Castro. Imagino que en tu profesión esos comportamientos son habituales, así que procuraré no tomármelo como algo personal. He dicho «procuraré». —La mirada de los ojos rasgados era como un taladro—. No te hagas demasiadas ilusiones. Dices que tu padre es policía... ¿no? Con muchos años de servicio, imagino, ya que tú no pareces precisamente una niña... —La alusión salió de los labios de la inspectora con cierta sorna—. Si tienes tiempo entre chantaje y chantaje, pregúntale cómo actuaría él en un caso así... Y luego me cuentas lo que te ha dicho. —La inspectora miró fijamente a

Lúa con expresión helada y sonrió—. Llámame mañana por la tarde, por ejemplo. A ver qué podemos hacer por ti. Y ahora, si no te importa... No puedo seguir atendiéndote. Como comprenderás, estoy muy ocupada con el caso.

Valentina procuraba ocultar su monumental cabreo lo mejor que podía. Se desentendió de la periodista con total desprecio, fingiendo que se ocupaba de unos papeles que tenía sobre el escritorio. Odiaba a la gente mezquina. Pero por alguna razón le resultaba mucho más odioso ese comportamiento en una mujer.

Lúa se levantó, detectando la hostilidad de la inspectora, y salió del despacho a hurtadillas, sin intentar despedirse, tras recoger las fotos que le había mostrado. Pensó que tenía la partida totalmente en sus manos. El caso Naveira iba a ser, tenía que ser exclusiva de su periódico y de Lúa Castro... Tuvo que reconocer que la destreza de Anido se merecía una buena cena a base de centollo, cava y otras cosas mucho más apetitosas para él. Pero eso tendría que ser, forzosamente, a la vuelta de su repentino y extraño viaje.

Capítulo 21. Problemas familiares

Valentina abrió la puerta del cuarto de su hermano y el olor a lobera, a perfume caro y a humo de cigarrillo le atacó la pituitaria sin piedad. La habitación estaba totalmente desordenada. Las sábanas, la colcha, la almohada, todo formaba un revoltijo con una guitarra eléctrica que había olvidado desenchufar. Entró, esquivando un par de cajas de CD que estaban en el suelo, desperdigadas, y abrió la ventana para que se aireara un poco. Luego movió la

cabeza en un gesto de desagrado y desenchufó la guitarra de la pared.

El padre de Valentina veía la televisión cómodamente instalado en un sillón de la sala, mientras se tomaba una cerveza. Valentina se acercó y lo besó con cariño.

—¿Y Freddy?

—Ha quedado con Irina. —Enrique Negro escuchó el tono de voz de Valentina y la miró con expresión culpable. Sabía que su hija iba a enfadarse. Siempre lo hacía.

—¿Otra vez? —suspiró—. Me gustaría saber cuándo estudia ese chico. Estamos a final de curso y no se puede

permitir suspender todo otra vez como el año pasado, papá. Deberías ser algo más duro con él, ¿no te parece? ¿Qué hace saliendo un lunes? Salió el viernes y el sábado también.

—Déjalo, pobre. Lo ha pasado muy mal, ya lo sabes. Y esa chica lo tiene totalmente loco, por lo menos tiene ilusión por algo. Se pone guapo, parece algo más centrado...

—Papá, no me cabe duda de que se pone guapo. Se está gastando un dineral en vaqueros de marca y perfumes... pero bueno. Eso no importa. Lo peor es que va a tirar el curso por la borda. Otra vez. Voy a tener que ponerme seria con

él. O aprueba todo o el año que viene se pone a trabajar. En lo que encuentre. Me da igual. De reponedor en Alcampo... a ver si así espabila.

—Valentina, para. No tienes que responsabilizarte de Freddy. Tú bastante tienes con tu vida y tu trabajo para hacer el papel de madre. No es necesario. Freddy está pasando una mala época, pero pasará. Estoy seguro, Tina. Ten confianza. Todos hemos pasado por la adolescencia, hija. Hasta tú, creo recordar. Granos, desequilibrio hormonal, los primeros cigarrillos, el amor... ¿Qué quieres?

—Ya. Vale. Es que me saca de

quicio verlo perder el tiempo tan miserablemente. Tiene capacidad para sacar buenas notas pero lleva camino de convertirse en el típico vago de la generación nini. Y eso me subleva, papá.

—Veo que has tenido un día de aúpa, hija. —Enrique intentó derivar la conversación para que Valentina olvidase su tema favorito, la educación de Freddy, con otro de sus temas favoritos, su trabajo—. ¿Qué me cuentas de tu nuevo caso? He visto en la tele que ha aparecido muerta la chica esa a la que habían secuestrado...

—Mejor no hablar de eso, papá. Ha sido horrible. Ni te lo imaginas. Un hijo

de puta la ha violado y la ha estrangulado. Era aún una niña, casi... No voy a darte detalles del asunto porque, la verdad... no querías saberlos. De todos modos, ya los leerás en los periódicos. Por cierto, he quedado en un rato con Helena para tomar una caña en el sir John Moore. Voy a ducharme y a cambiarme.

Enrique Negro cambió de canal y vertió lo que restaba del botellín de cerveza en el vaso. Paradójicamente, le preocupaba bastante más su hija que los desmanes adolescentes típicos de Freddy. Nunca le gustó que se hiciese policía, dato que vio confirmado cuando

Valentina tuvo que coger, primero, la baja y después pedir el traslado tras los incidentes de Vigo. A pesar de la apariencia de frialdad, era una mujer muy arrebatada. No parecía tener consciencia del riesgo. Solo había que ver su forma de conducir. Y encima se había comprado una moto, a pesar de todo lo que él insistió. Ella se había limitado a encogerse de hombros y a decir «no te preocupes, papá. Voy a tener mucho cuidado». Enrique no quería perder a otro miembro de su familia en accidentes de tráfico. Llegaba y bastaba con las desgracias familiares ya acaecidas, para enfrentarse a otra

más.

Un rato más tarde, Valentina se dirigió dando un paseo al *pub* sir John Moore, con sus vaqueros rotos y sus botas negras de motera. Llevaba el pelo recogido en una coleta tirante, para no tener que peinarlo demasiado tras la ducha. Ni una gota de maquillaje: no tenía el día para eso. Estaba cansada, agotada psicológicamente. Su cerebro necesitaba un rato de expansión, un par de cañas... y dormir por lo menos siete horas seguidas. Cuando llegó al *pub* inglés, aún casi vacío, Helena ya estaba sentada en una mesa del fondo, con la caña por la mitad. Estaba leyendo un

libro y fumándose un cigarro. Valentina miró la hora: se había retrasado casi veinte minutos. Menudo día llevaba. La saludó con la mano.

Helena se levantó y le dio dos sonoros besos. Valentina nunca se cansaba de admirar los looks diferentes y absurdos de su amiga. Esa noche llevaba un blusón de colores vivos de estilo indefinible, hippy, combinado con una falda larga azul marino con bordados, que seguramente rescató del baúl de los recuerdos de su madre, y unas sandalias de cuero de mercadillo. Con el largo cabello castaño recogido en una trenza y los ojos del mismo color,

parecía una especie de zíngara. Sin embargo, el conjunto resultaba favorecedor. Era una mujer muy hermosa, con una expresión siempre agradable y pacificadora.

Helena había dejado su trabajo como ingeniera química para montar su propio negocio de comida y productos orgánicos. Y sorprendentemente no le iba mal. Al revés, un montón de pijos naturistas convertidos a la «religión orgánica», como la llamaba Valentina, eran fans de los productos de Helena. Completaba sus ingresos leyendo el tarot en la parte de atrás de la tienda, una costumbre que a Valentina le

horrorizaba, lo que le había granjeado fama de mujer estrambótica. A ella le daba igual. Se sacaba unos succulentos euros con las clientas, que estaban encantadas de la sabiduría arcana que emanaba de aquella mujer tan zen. «Simple aplicación de la psicología más elemental», solía decir. Helena tenía un novio de familia rica con aspecto de perroflauta que trabajaba en una ONG y con el que vivía en un apartamento del paseo de los Puentes, acompañados ambos por un adorable golden retriever que para Valentina era un ejemplo total de la existencia del síndrome de estocolmo en los animales. A pesar de

combinar absolutamente todos los estereotipos de chica progre de alimentos orgánicos, Helena era una mujer inteligente y fuerte que conseguía calmar a Valentina y levantarla cuando sufría sus bajones más intensos. La conocía desde el colegio y solo con verla un segundo podía diagnosticar cualquiera de sus estados de ánimo. La miró y por la expresión crispada de su rostro se dio cuenta de que estaba en el medio de uno de sus habituales momentos de crisis existencial de los últimos tiempos.

—Val.. Voy a pedirte una caña. Tienes una cara de estrés que no te has

visto bien... Es que si te hubieses visto, no habrías salido de casa sin maquillaje... —Valentina ni siquiera tuvo fuerzas para sonreír la broma—. Joder. Hay crisis, por lo que veo. Espera un momento.

Valentina miró el libro que estaba leyendo su amiga mientras esta iba a la barra a pedir la consumición. *Las enseñanzas de don Juan*, de Carlos Castañeda. Ojeó la solapa. Menudo tostón. A ella no le interesaban los profundos textos de autoayuda chamánica. Prefería con mucho una buena novela negra. Cuando su amiga volvió con dos cañas en la mano,

blandió el libro ante sus narices, con una sonrisa burlona.

—¿Alcanzando el nirvana personal?

—Miró con extrañeza hacia las dos cervezas—. ¿No te han dado ni unas miserables patatas fritas?

—¿Patatas fritas? Estás de broma. Claro que me las han ofrecido. Y se han quedado encima de la barra, fijate. Las patatas fritas industriales son veneno para tu salud, Val. Grasas saturadas, aceite de dios sabe qué procedencia... ni de broma. Si hubiese algún pincho saludable, te lo traería. Y no te metas con Carlos Castañeda. Ni se te ocurra, blasfema.

—Deberías abrir un bar con pinchos orgánicos, Helena. Así los coruñeses tendríamos la oportunidad de purificar nuestros cuerpos y almas con alimentación noble, orgánica y espiritual... abonada con excrementos que eliminen el séptimo karma... y abran el chakra místico de la precognición neuronal...

—Ya sé que te gusta mucho meterte conmigo. Pero si dejases de comer todas esas porquerías, serías un espíritu mucho más libre... somos lo que comemos, ya lo sabes.

—Si te parece poco que haya conseguido dejar de fumar... no como

tú, por cierto. —A Valentina le encantaba pinchar a su amiga y sus manías alimenticias. Solía enumerar todo tipo de comidas grasientas y tóxicas solo por el placer de ver su rostro transmutar hacia el verde a la mínima mención de una hamburguesa o de un donut.

—Yo solo fumo cigarrillos orgánicos, Valentina, me los traen todos los meses de Estados Unidos... Venga, dime qué te pasa de una vez. Respira hondo, estás más tensa que la cuerda de un violín desafinado.

Valentina suspiró, intentando relajarse. Bebió un sorbo largo de la

cerveza fría.

—Bien. Te cuento. Estoy al mando de la investigación de Lidia Naveira, la chica a la que secuestraron el otro día y apareció muerta esta mañana...

—No jodas. Eso es fantástico, Val. ¿Te han quitado al final del «famoso caso del robo de los perros Chihuahua»? —intentó bromear, pero al ver la expresión de Valentina se alarmó un poco—. Pero bueno. ¿Por qué pones mala cara? ¡Si es genial! Me refiero a que seas tú la que va a...

Valentina la interrumpió.

—No te ilusiones. Estoy ahí porque Larrosa, el que iba a llevarla en

principio, se ha ido de permiso unos días. Y por las vacaciones y las bajas. Casi estamos en cuadro en la comisaría. Así que voy a comerme yo todo el marrón.

—Pero si a ti te encanta eso, Valentina. Eres una policía estupenda, lo sabes. ¿Dónde está el problema? No lo entiendo. Es una oportunidad única...

—El asesino la secuestró y la violó, Helena. ¿Entiendes? Es un agresor sexual peligroso. No sé si podré con toda esta responsabilidad... —Valentina miró su vaso de cerveza y apuró otro sorbo. Se sentía muy ansiosa. La cerveza la ayudaba a soltarse un poco.

Helena la miró con resignación.

—Ya. Acabáramos. El «mítico» tema Vigo, claro... Tenía que salir el tema Vigo por alguna parte. Valentina, por Dios. Esto no tiene nada que ver con Vigo. Además, allí hiciste un trabajo de primera. Capturaste tú sólita a un violador que había atacado a un montón de chicas jóvenes... Eres una heroína, hazte a la idea. Te dieron una medalla.

—Sí, como al perro Patán... — Valentina aguantó la risa que se le escapaba durante unos segundos, luego se puso seria de nuevo—. Tú lo ves así, soy una heroína y todo eso, bla, bla, pero... Yo lo veo desde mi punto de

vista. Casi no lo cuento. Bien sabes lo mal que lo pasé. Por otra parte, no tengo el más mínimo interés en ser una heroína otra vez. Súmale a lo del Charlatán todo lo que pasó después. Lo de mi madre. No sé... estoy empezando a salir del pozo y ahora tengo miedo de no dar la talla con esto. Es muy fuerte, Helena. El asesino le ha puesto maquillaje al cadáver... no te lo imaginas. Es siniestro. Muy siniestro.

—Relájate, Val. Vas a hacerlo muy bien —sonrió—. ¿No te das cuenta de que tantas novelas negras tienen que servirte para algo productivo? Por lo menos así amortizarás todo el dinero

que te gastas en libros...

—Serás cabrita... —Valentina terminó su caña de un trago—. ¿Te acordaste de traerme *La Boheme* que te pedí? ¿La de Jussi Björling?

—Sí, por supuesto. Está aquí, en mi bolso, pero no me cambies de tema, guapa. Val, tienes que pasar página. Salir más. Buscarte un novio... Todo eso que llevo diciéndote desde hace un año, hija. No puedes escudarte en Vigo y en el accidente de tus padres para no evolucionar. A veces me da la sensación de que te estás boicoteando... ¿Qué fue de aquel chico tan mono, Ignacio, que parecía tan interesante?

—Ya estamos con el rollo new age y con el pesado de Nacho... ¿Quieres otra caña llena de indefinibles productos tóxicos? —Valentina no tenía ningún interés en seguir esa conversación—. Yo sí. Necesito más alcohol... A Nacho ni lo nombres, por favor. Otro petardo. Estaba obsesionado con ir con la bicicleta de montaña por todo el mundo, o algo así. Ahora debe de estar en el medio del Camino de Santiago, con su novia deportista, ambos en éxtasis en cada cuesta que encuentran...

—Hija, es que no te vale ninguno. ¿No será que eres demasiado exigente?

—Joder, Helena. ¿Qué querías que

hiciese con un obseso de las bicis? Si solo sabía hablar de rutas y más rutas... era horroroso. Además, no sabía ni dar un beso en condiciones. Era de esos que te dejan la cara empapada... Espera... ¿Qué has dicho? ¿Yo exigente? Estás de broma, ¿no? Mira... voy a pedir otras dos cañas, que me van a hacer mucha falta...

El *pub* se había llenado de gente que salía del trabajo y se tomaba la caña o los vinos antes de cenar. Valentina esquivó a varios clientes mientras se dirigía a la barra a pedir. Sentado había un hombre joven, atractivo, vestido de traje, que la miró de arriba abajo con

expresión un tanto rijosa. Valentina lo ignoró y pidió dos cañas a la dueña. Él no cejaba en su interés, acentuado por la ingesta de varias pintas de Guinness. Cerró el *Marca* y le dedicó una sonrisa que pretendía ser encantadora.

—Hola, preciosa. —La voz arrastrada daba la impresión de que había bebido algo más de un par de pintas—. Vienes mucho por aquí, ¿verdad? Me sueñas mucho.

Valentina procuró no mirar hacia él mientras la camarera tiraba las cañas. Torció la cara y se concentró en mirar el gran reloj que había en la pared, la decoración a base de papel de periódico

de los años cincuenta, una escopeta de caza colgada de una tira de cuero. Todo con tal de no tener que hacer caso a aquel tipo con aspecto de tener ganas de un ligue fácil. Cuando las dos cañas estuvieron delante de ella, pidió unas patatas fritas.

—No deberías tomar patatas fritas, encanto. Engordan un montón. Y tú estás muy buena. Sería una pena...

Los ojos de Valentina brillaron un momento con peligro, y el hombre se dio cuenta al momento, a ver la expresión de acero, de que había metido la pata.

—Perdona, ¿eh? No quería molestarte... joder, lo siento —empezó

más que a disculparse a protestar, iniciando la retirada—. No he dicho nada... menudo genio... joder con las tías de ahora, no se os puede decir nada...

—¿Qué te decía el tipo de la barra?
—preguntó Helena una vez que Valentina volvió a su lado.

—Lo mismo que tú, en suma. Que las patatas fritas engordan.

—Pues si quieres que te diga la verdad —dijo pícaramente echando un nuevo vistazo al tipo de antes—, no está nada mal... se podría decir que el pavo está como un queso.

—El queso también es tóxico,

Helena, según tú, claro. En serio, estará todo lo buenorro que quieras, pero menudo gilipollas baboso. Paso de tíos así. Además, está totalmente borracho.

—Valentina. ¿Hace cuánto que no sales con nadie? Yo lo sé, pero es para recordártelo.

—Ya. Desde Vigo. Sé lo que quieres decir —contestó resignada, pues sabía lo que iba a continuación.

—¿No te parece que ya es hora de que eches un polvo en condiciones?

—No hace falta que seas tan directa, Helenita. No tengo ganas. No me ponen los tíos que conozco. No voy a follar por ahí con un tío que no me interese lo

más mínimo, ¿no te parece?

—Follar de vez en cuando es necesario para no perder la práctica... ¿No crees? —Valentina puso una intensa cara de reproche que hizo reír a su amiga. A veces era tan pacata que llegaba a asustarla—. No, mujer, no me refiero a eso. Me refiero a que tienes que dejarte llevar más. Perder un poco el control. Disfrutar de la vida.

—Ya lo hago. ¿No me ves? Estoy tomando algo contigo, por ejemplo. No puedes decir que no disfruto de la vida.

—Dios. Mira que eres difícil, Val. Si te lo digo, es por algo. Eres una mujer muy atractiva y no es normal que pases

todo el tiempo sumida en un celibato absurdo. Además, ya estuviste en terapia un montón de tiempo. Ahora deberías estar ya curada. Solo te falta un empujoncito...

—Pues saca la bola de cristal y mira si va a aparecer un hombre maravilloso en un corcel blanco, o en una enorme y potente Yamaha... —Valentina torció la cabeza, burlona, mientras cogía un buen montón de patatas fritas y se las llevaba a la boca.

—La bola de cristal no, pero voy a echarte el tarot, ya verás. Y gratis. No te quejes.

—Estás de broma, ¿no? Me parece

bien que engañes a las marujas ortoréxicas que van a tu tienda, pero a tu mejor amiga... ¡Qué fuerte! —Valentina lo dijo divertida, aunque también parte de esa protesta era sincera.

—Te asombrarías si supieras lo que puedo hacer con esa baraja, amiga mía. Muchas personas de esta ciudad me mandan cartas de agradecimiento... —Helena levantó la cabeza y miró hacia la entrada del *pub*—. Ese chico que entra con una chica guapísima ¿no es Freddy? Madre mía, está enorme. Él sí que no pierde el tiempo, no como la boba de su hermana...

Valentina se volvió y vio a su

hermano, con su flequillo negro, sus vaqueros caídos, sus calzoncillos de cuadros vichy a la vista y su cazadora de cuero recién comprada, al lado de una chica alta y delgada, de cabello rubio ceniza y espectaculares piernas, ceñidas en unas mallas negras. Ella lo miraba con arrobo, mientras él adoptaba poses de macho alfa protector que a su hermana le parecieron patéticas. Se le cayó el alma a los pies.

—Sí. Es Freddy, por supuesto. Está con Irina, su «noviecita» nueva. Ella trabaja en el solárium que está cerca de casa. Viene a buscarla todos los días. No tengo ni idea de cómo mi hermanito

se ha ligado a un pivón de ese calibre. No sé qué le ve...

—Valentina, tu hermano es casi tan guapo como tú, si no lo es más... con esos ojazos azules y el pelo negro, tiene que arrasar. Y encima cultivando posturitas de vampiro de *Crepúsculo*... claro, tú lo ves como hermana mayor. Pero es un cañón para las niñas, eso, fijo.

—No me gusta esa chica para él. Es demasiado mona. Demasiado espabilada. No sé, no me da buena espina. No parece muy... no sé, «normal». Una chica como esa podría salir con cualquier tipo con pelas que le

diese un nivel de vida alucinante.

—Dios mío, Valentina. Necesitas una temporada en el Tibet para purificarte. O en un balneario, también puede valer. O un convento franciscano. ¿Te has dado cuenta de cuántas necesidades has dicho en una sola frase?

Valentina hizo una mueca y torció la cabeza con un gesto que quería indicar pena, pero no lo consiguió del todo. Le salió más bien un gesto divertido.

—¿Tú crees que estar tanto tiempo en la policía está convirtiéndome en una vieja gruñona y moralista?

—Sinceramente, amiga mía... sí. Lo pienso. Exactamente eso: pienso en una

vieja gruñona moralista y llena de prejuicios... Pronto te saldrán arrugas y poco a poco te quedarás sola, viviendo con un montón de gatos que te olvidarán en cuando mueras, o algo peor... — Helena vio la cara de desánimo de Valentina y dejó de insistir—. Está bien. No es un destino demasiado horrible. Podía ser todavía más trágico. Brindemos por ello entonces. Por mi amiga gruñona, moralista y prematuramente vieja. —Helena sintió que estaba siendo demasiado dura con su amiga, así que decidió volver a la idea anterior—. A la que voy a echarle las cartas nada más llegar a casa.

Valentina hizo un gesto de resignación con su boca.

—Bueno, está bien... Como quieras. Pero que conste, esas cosas son una solemne tontería.

—Voy a hacerlo, Valentina Negro. Quieras o no, voy a hacerlo. Y luego te llamaré con los resultados. Vamos a reírnos un buen rato...

• • •

Freddy cogió a Irina de la mano y se la besó caballerosamente. Al lado de aquella chica se sentía como un superhéroe. Era tan ingenua, tan guapa, tan frágil... Parecía siempre a punto de

quebrarse en sus brazos. Cuando entraban en cualquier sitio, todos se daban la vuelta. En realidad la miraban a ella, con su belleza eslava, sus ojos verde esmeralda, su cuerpo prácticamente de modelo. Iba casi siempre a buscarla a la salida del trabajo, orgulloso de tener una novia así. Mientras sus colegas iban de botellón a Méndez Núñez, él iba a tomar copas con su novia a sitios más serios que un parque lleno de críos borrachos que orinaban detrás de un árbol y latas y basura en el suelo. Que Irina trabajara era una ventaja, aunque Freddy tenía la suerte de tener una buena asignación

semanal, cosa que la pesada de su hermana siempre ponía en entredicho...

—¿Qué quieres tomar? —Freddy la besó empalagosamente en los labios.

Ella respondió con su voz dulce y su marcado acento ruso.

—Una clara de limón, Freddy

Cuando consiguió las consumiciones, Freddy se dirigió hacia las mesas del fondo y vio a su hermana con su amiga «la chiflada» —según él solía llamarla, un poco para devolver alguna de las pullas con que su hermana lo obsequiaba con frecuencia—, que miraban para ellos con curiosidad. Freddy paró en seco y apretó la mano de

Irina.

—Vamos a las terrazas de fuera, mejor. ¿No te importa? Está mi hermana ahí dentro con una amiga. Paso de que empiece con el interrogatorio de todos los días. No te imaginas lo pesada que está.

—Es tu hermana, Freddy. Da gracias porque se preocupe por ti. Tienes que entenderlo. —Irina siempre intentaba contemporizar en los enfados de su novio. A ella le caía bien la familia de Freddy. Eran una familia normal, se querían. Estaban unidos. Hubiese dado una mano por tener algo así. Freddy no valoraba lo suficiente algo tan

maravilloso.

—Paso, Irina. Vamos fuera, venga. No tengo ganas de discutir. Mi hermana ya está dedicándome esa cara de *Rex*, *el perro policía* versión cabreada que suele ponerme cuando quiere guerra...

• • •

Helena no podía parar de reír. En el momento en el que el hermano de Valentina las detectó, salió huyendo del local como si lo persiguiese la Inquisición. Era hilarante.

—¿Te has fijado? Mira, mira cómo huye esa pequeña comadreja humana — protestó Valentina, a la que no le costaba

nada sacar a relucir la poca entereza de su hermano.

—Déjalo, Val. Eres demasiado estricta con él. Está sumergido en lo peor de la edad del pavo. Es normal que no quiera darse el lote con la novia con su hermana delante.

—Helena, va a suspender todo. Y a mi padre le va a dar un ataque. Está pagando un dineral en los Dominicos para nada. Es tirar el dinero, porque, míralo —lo señaló con un gesto de la barbilla—, se acercan los exámenes finales y él en lo único que piensa es en ir de marcha con Irina. Coño. No le llegan los fines de semana, no. No sea

que se le escape la chica...

—Por cómo he visto que esa chica lo miraba, Irina parece estar totalmente colgada, Valentina. ¿Y si no es para nada ese monstruo calculador que adivinas detrás de su cara angelical?

—Hay algo en ella que no me cuadra, Helena. Llámalo olfato policial... no sé. No me convencen muchas cosas. Y lo que menos me gusta es que tiene siempre mucho dinero. Demasiado. Sí, ya sé que trabaja y todo eso. Pero... bueno. —Valentina se dio cuenta de que Helena la miraba otra vez con ojos de reproche—. Ya sé. Cosas más. Lo dejo. Bastante tengo ya con el

caso y con todo lo demás. ¿Nos tomamos la última? Yo mañana tengo que levantarme a las siete de la mañana...

• • •

Eran las tres y media de la madrugada cuando Valentina escuchó la llave moverse sigilosamente en la puerta. Ya era hora. Su hermano cada vez se estaba pasando más. Cada día llegaba más tarde. A pocos días de final de curso, y él danzando por ahí con la chica rusa, haciendo lo que fuera. Sin importarle un pimiento su padre, sus estudios y su futuro. Escuchó ruido en la cocina.

Estaba preparándose la cena. Por lo menos no hacía mucho jaleo.

Valentina fue hacia la cocina. No podía evitarlo. Estaba furiosa con su hermano. Muy furiosa. ¿Qué hacía arruinando su vida con aquella chica que a las primeras de cambio iba a dejarlo por algún hombre con más dinero que él? Ella tenía claro que eso era exactamente lo que iba a ocurrir. Y no quería pensar en el palo que podía llevarse...

Cuando Freddy vio entrar a su hermana hizo un mohín de desagrado mientras sacaba un plato del microondas.

—Lo que faltaba. Ya llega la inspección policial. ¿Tú no trabajas mañana, hermanita?

Valentina husmeó el aire de la cocina. Reconoció muy sutilmente el peculiar aroma de la marihuana.

—Hueles a porro, Freddy. Déjame ver tus ojos.

—Pasa de mí, pesada, joder. Déjame en paz. He estado en un *pub* y había peña fumándose una truja dentro. Nos hemos tomado un par de cañas y poco más. Yo no tomo drogas y lo sabes perfectamente. Además, Irina odia las drogas.

—No, no lo sé. No tengo ni la más

remota idea de lo que haces por ahí un lunes hasta las tres y media de la mañana, Freddy. Mañana tienes clase. ¿Vas a levantarte a tiempo para ir? No creo. Tienes encima los exámenes finales y no puedes volver a repetir curso. Y ya me dirás qué *pub* es ese donde permiten que la gente fume maría.

—Sí, claro. Para que tus colegas hagan una redada. Búscalos tú. Mira, hermanita. Pasa de mí. Quiero cenar y meterme en la cama.

—Freddy, tu novia no estudia. Está trabajando, y me parece bien. Pero tú tienes que estudiar y no estás haciendo absolutamente nada. El otro día estuve

hablando con el de biología y me ha dicho que no has ido a los últimos exámenes. Y además, faltas a clase continuamente. De las matemáticas mejor no hablar. ¿Quieres decirme qué coño vas a hacer con tu vida? ¿De qué vas a trabajar? ¿Eh? —Valentina estaba realmente furiosa. Sentía que, en la terrible ausencia de su madre, ella tenía que asumir ese papel—. ¿Vas a trabajar de reponedor en el Carrefour? ¿O descargando pescado en el puerto? ¿Tú qué crees? ¿Que tu novia querría salir con un reponedor?

Freddy la miró con expresión furiosa. No soportaba que nombrara a su

novia ni que pusiera en entredicho sus sentimientos.

—Métete en tus asuntos, hermanita. Tú no eres mi madre. Mamá está muerta, joder. Se murió en el puto accidente, y tú no estabas allí. Yo sí. Y tú, por mucho que quieras, nunca vas a ocupar su lugar. ¿Te enteras? A ti lo que te pasa es que no te quiere nadie. Estás celosa de que yo tenga una chica guapa que me quiera. No tienes novio, porque eres una bruja. Espantas a los tíos con ese carácter. Y ahora me voy a mi habitación. Vete a la mi-er-da. —Freddy, lleno de furia, separó las sílabas con claridad—. ¿Lo has pillado? Pues eso mismo...

Valentina miró en silencio la puerta de la cocina por donde se había ido su hermano. Se levantó y la cerró. Luego cogió un vaso pequeño del aparador. Fue hacia la alacena y se puso un chupito de whisky. No tenía fuerzas ni para buscar un trozo de hielo. Se lo tomó de un trago y luego suspiró profundamente. De pronto se dio cuenta de que no tenía nada de sueño.

«Menudo día más horrible», se dijo. Por lo menos, o eso pensaba ella, las cosas no podían ir a peor... ¿O sí? Fue su último pensamiento. Luego recordó que al día siguiente tenía que dirigir la primera reunión del operativo de un

caso que —aunque no quería reconocerlo—, le producía una gran angustia. Era consciente del terrible desafío que aquel asesinato había llevado a su vida. Notó una punzada en la boca del estómago. Después de lo de Vigo, había muchas veces en las que se había planteado dejar de ser policía. Pero no fue capaz de dejar el cuerpo y empezar de nuevo. Intentó buscar algo más llevadero en Benidorm, pero luego ocurrió lo del accidente de sus padres. Y ahora, de repente, se veía inmersa en el crimen más extraño que había ocurrido en la ciudad desde hacía muchos años. Respiró hondo. Si seguía

así, iba a pasar otra noche sin dormir. Y era algo que no podía permitirse.

Capítulo 22. Operación cisne negro

Valentina golpeaba repetidamente la melamina de la mesa de su despacho con el bolígrafo Bic mientras esperaba la llegada del resto del equipo. Estaba amaneciendo. Casi no había podido dormir, así que a las seis de la mañana, totalmente desvelada, se levantó, se hizo un café cargado y empezó a darle vueltas a la cabeza. No podía estar en casa, necesitaba ir a trabajar. Sigilosamente, bajó al garaje y cogió la moto. Iba a hacer un día despejado.

Llegó a la comisaría en menos de un cuarto de hora.

Después de cambiarse en el vestuario, subió a su despacho. Había bajado las persianas para evitar la luz del sol, que entraba con fuerza a través del cristal, y encendido solo parte de los tubos fluorescentes para dar un poco de luz difusa a la habitación. Le dio al botón de encendido del ordenador y esperó un rato hasta que le permitió introducir la contraseña.

Abrió su correo electrónico: Helena le había mandado uno con la tirada de cartas prometida. No podía ser cierto... Lo leyó por encima y sacudió la cabeza,

muerta de risa. Su amiga tenía el don de alegrarle el día con cualquier tontería. Un viaje inminente, dos hombres en su vida... por favor. Chorradas. Lo único que le pareció algo coherente fue lo de una mujer joven que llevaría problemas a alguien de su familia... Esa debía de ser Irina, seguro...

Cuando terminó de leer los correos y después de echar un vistazo a la edición de los periódicos locales en la red, sacó de su portafolio todos los documentos que formaban parte de la investigación del asesinato de Lidia Naveira y los distribuyó a lo largo de toda la superficie brillante y pulida, apartando

el vaso térmico de café para no crear un estropicio. Su cerebro aún se encontraba algo brumoso por la falta de sueño, pero el segundo café, sin duda, la ayudaría a espabilar.

Miró con atención durante casi media hora las fotos de la escena del crimen. Las había desperdigado sobre la mesa y no podía separar los ojos de aquella imagen tan extrañamente hipnótica. Su mirada recorrió primero el estanque, el cuerpo que flotaba en la laguna, las manos que surgían del agua. Luego, empezó a fijarse en detalles concretos de las fotografías: la expresión pacífica y vacía del rostro, el

maquillaje, las largas pestañas postizas. Después, las flores. Volvió a sentir la misma sensación de desasosiego que la invadió en presencia del cuerpo de Lidia. El déjà vu era agobiante, intenso. Su intuición parecía dispuesta a derribar las puertas racionales, pero siempre se quedaba en un punto muerto que no la llevaba a ningún lugar. Aquella disposición, aquella imagen... todo tenía un significado muy concreto. Era como si su mente intentase decirle algo: «has visto antes esta imagen, Valentina». Es una imagen icónica, comunicativa. Velasco había dicho que le recordaba a un vídeo de Nick Cave, «Where the wild

roses grow»... Valentina tecleó en Google para averiguar a qué se refería en concreto. Ella lamentaba muchas veces que su cultura musical no fuese demasiado amplia. El rock o el pop no le desagradaban, pero no pasaba de tararear los últimos éxitos que solían aparecer en la radio. Prefería con mucho la música clásica y, gracias a Helena, también la ópera. No era precisamente una entendida, pero le resultaba más relajante, más intensa. La ayudaba a concentrarse. Y también las bandas sonoras del cine. A Valentina le gustaba mucho el cine. Pero de rock no tenía mucha idea... Nick Cave. Le sonaba de

una película de culto que había visto hacía años y que la había fascinado: *El cielo sobre Berlín*.

El subinspector Fernández Bodelón la interrumpió, llamando escandalosamente a la puerta. Tenía el aspecto saludable de haber dormido bien y estar ya dispuesto para el trabajo.

—Buenos días, inspectora. ¿Qué tal la noche?

—No he pegado ojo, Bodelón. Una hora o dos a lo más. ¿Y tú?

—Yo he dormido como un rey. — Sonrió con inocencia, lo que acentuó su aspecto de niño grande—. Esta noche el crío nos ha dejado dormir a los dos.

Ayer fue horrible, inspectora. Casi tengo que llevarlo a pasear en el coche para acunarlo.

Valentina arqueó una ceja con sorpresa cómica.

—¿Acunarlo en el coche? No me lo puedo creer. Nunca había oído nada igual... ¿De verdad que se queda dormido en el coche?

—Sí, es la única manera de que duerma. Mi mujer y yo nos turnamos. Ya sé que es algo raro, pero escucha el ruido del motor y se queda como un tronco. Esta noche ha sido especialmente tranquila, así que he podido descansar...

—Ya te veo, tienes un aspecto estupendo. Bien. Hazme un favor en cuanto puedas. Toma todo esto y fotocópiámelo, anda. —Valentina le dio un fajo de papeles que había estado preparando—. Y luego lo distribuyes en la mesa de reuniones, un ejemplar para cada uno. Y puedes ir colgado las fotografías del escenario en el corcho. No te importa que te use un rato de secretario, ¿verdad?

—En absoluto. Con lo temprano que es tampoco me apetece hacer nada más complicado. —Fernández Bodelón cogió los folios—. Ahora mismo, inspectora. Espero que funcione ya la

fotocopiadora. La semana pasada estaba estropeada... Y ya sabe lo que tardan en venir los técnicos...

En cuanto se marchó el subinspector, Valentina volvió a centrarse en las imágenes que surgían de internet. Cuando YouTube comenzó a desgranar el vídeo, tras unos momentos de lentitud exasperante, Valentina comprendió de inmediato el porqué del parecido que tan bien había detectado el subinspector Velasco. Las imágenes mostraban el cuerpo pálido de Kylie Minogue, que flotaba, sin vida, en las cristalinas aguas de la orilla de un río fantasmal. La postura del cuerpo era idéntica a la del

escenario del crimen. Estaba rodeado de juncos y también pudo ver un sauce llorón a pocos metros del cabello rojo de Kylie. La única diferencia era que Cave colocaba solamente una rosa roja en la boca y cerraba los ojos del cadáver. Por lo demás, el parecido era increíble. *La Bella y la Bestia*. El monstruo que destruye la pureza y la inocencia. Eso estaba claro. Valentina se dio cuenta al momento de que el asesino había creado un escenario con múltiples significados, una especie de *performance* simbólica. Pero... exactamente... ¿Qué era lo que quería decir? Intentó refrescar sus ya oxidados

apuntes de criminología. Ante una escena del crimen hay que preguntarse qué ha querido contarnos el asesino. Valentina se recostó en la silla y miró pensativa a la pantalla, mientras se llevaba el café aun hirviendo a la boca. Volvió a ponerlo encima de la mesa. Suspiró y estiró los músculos del cuello, apretando la nuca con los dedos para deshacer un nudo que una postura nocturna le había provocado. Le dolía ligeramente. Se dio cuenta con claridad de que necesitaba algún tipo de ayuda especializada para resolver el enigma. Mordió, pensativa, el bolígrafo Bic, que ya estaba despellejado en el extremo

superior.

Valentina se sobresaltó cuando Fernández Bodelón entró en el despacho de nuevo, sin llamar a la puerta.

—Inspectora. Luis López, Fernando Garcés, Velasco y yo ya estamos en la sala de reuniones. Falta solo el inspector jefe Iturriaga.

—¿Ya? Ah. Es verdad. Ya son las ocho... —Valentina se levantó y empezó a recopilar todos los papeles y las fotografías para meterlos en una carpeta —. Ahora mismo voy. Un segundo. Déjame recoger todo esto... ¿Hiciste las copias y todo lo demás? ¿Te dio tiempo?

—Ya está todo en su sitio,

inspectora.

Cuando entró en la sala de reuniones, el sol entraba por la ventana. Las motas de polvo revoloteaban alrededor de la gran mesa de despacho de madera de teca. Los rayos iluminaban la pizarra blanca reflejando un agradable resplandor. Vio a Velasco ocupado comiéndose las uñas, una costumbre que reflejaba siempre su hiperactividad nerviosa. Los otros dos policías ya estaban sentados detrás. López y Garcés, sorprendentemente jóvenes, recién llegados a Coruña desde otros destinos, pero con muchas ganas de probar su valía. Fernández Bodelón

intentaba bajar los estores de las ventanas para que la intensidad de la luz solar no los deslumbrase demasiado. El inspector jefe Iturriaga entró, envuelto en olor a perfume caro y a tabaco negro, vestido de calle, con un polo Lacoste verde, ajustado, que marcaba levemente su recién estrenada barriga. Se paró ante todos ellos, satisfecho de ver que ya estaban todos allí, y en la disposición adecuada.

—Buenos días, señores. Gracias, Bodelón, por cerrar las persianas. Parece mentira, pero a estas horas yo ya estoy asfixiado de calor. Bien. Tomen asiento. —Esperó a que Fernández

Bodelón se sentara, al lado de Velasco —. Vamos a poner un poco de orden en todo este caos que se ha formado en la ciudad por culpa de ese hijo de puta asesino de crías inocentes. —El inspector jefe hizo una pausa dramática, miró hacia sus subordinados con semblante serio y se acarició la barba cerrada y oscura—. Está claro que hay que pillar a ese cabrón, cueste lo que cueste. Nos encontramos ante un desafío, un crimen inusual y, además, yo considero todo esto una provocación. Está provocándonos, sin duda. Ese tipo ha cogido a una chica joven, la ha violado, la ha matado y la ha dispuesto

en un sitio público, delante de nuestras narices. Todo el mundo está aterrorizado. Las mujeres no se atreven a andar a determinadas horas por el paseo. Así que tendremos que hacer todo lo posible para meterlo para dentro. Cuanto antes. —Miró a Valentina con sus ojos oscuros fruncidos de preocupación—. ¿Qué tenemos hasta ahora, inspectora Negro? Haga el favor de hacernos un resumen pormenorizado del asunto, si no tiene inconveniente.

Valentina se levantó y miró hacia todos los presentes. Respiró hondo. Su voz grave sonó con toda claridad.

—Bien. Buenos días a todos y

gracias por ser tan puntuales. Bodelón ha sido tan amable de colocar en cada una de las sillas una copia de todo el expediente del caso hasta ahora. Desde el momento de la desaparición de Lidia Naveira hasta el informe preliminar de la autopsia. Me lo ha mandado Xosé García, el forense, por correo electrónico, pero el informe completo no estará hasta finales de semana, más o menos. Antes de nada, decir que, por desgracia, nos ha tocado investigar lo que yo llamaría un «cisne negro». Así que el trabajo va a ser muy duro y probablemente no consigamos resultados en un principio. No debemos

desesperarnos, porque la investigación va a ser larga y agotadora, de eso no me cabe la menor duda.

—¿Qué es un cisne negro exactamente, inspectora? —preguntó Garcés con curiosidad.

Valentina se esperaba ya la pregunta, así que recitó de memoria.

—Un cisne negro es el nombre que se le da al «impacto de lo altamente improbable», Garcés. En suma, una anomalía. Y una anomalía que tiene como característica principal que no se pudo predecir y también que sus consecuencias tienen un gran impacto. —Observó la cara del policía con

curiosidad. Sonrió—. Creo que me he explicado bien, ¿no? Y creo también que es adecuado al caso que nos ocupa...

Garcés asintió con la cabeza y volvió a repantingarse en la silla de plástico. Valentina continuó.

—Un crimen de esta naturaleza es algo que ninguno de nosotros esperábamos que sucediese aquí. Por lo general, los agresores sexuales que suelen operar en la ciudad tienen otro tipo de comportamientos menos... rebuscados, por así decirlo. Por cierto, no hace falta que os diga que hay que andar con pies de plomo con la prensa. Quiero que se filtre lo menos posible de

todo esto. El asesino de Lidia quiere notoriedad, hacerse famoso. Y eso es lo que no hay que ofrecerle. Ningún tipo de satisfacción. ¿De acuerdo? Perfecto, entonces. Ahora voy a resumir sucintamente y de manera cronológica todo lo que ha ocurrido hasta ahora. El viernes día 4, sobre las siete y media de la mañana, Lidia Naveira desaparece en El Portiño mientras hacía deporte. Fue secuestrada, reducida mediante un golpe en la cabeza, y probablemente, introducida acto seguido en una furgoneta. Según Beatriz, la camarera gótica del *after*, un furgón parecido a los que usan los operarios del Ayuntamiento

estuvo rondando por el lugar durante los días anteriores. Durante los dos días siguientes no se tiene noticia alguna del paradero de la chica. Hasta el lunes a las ocho menos cuarto en el que dos jóvenes encuentran el cuerpo dentro en la laguna del parque de Eirís. Hasta ahí, todo claro, ¿no? Bien. —Valentina calló por un momento, ordenando prioridades en su cerebro—. El asesino de Lidia abandona el cadáver. Pero no lo hace de una forma cualquiera. Lo hace de una manera muy especial, creando una especie de escenario específico y que sin duda, quiere significar algo. Tenéis ahí las fotos, en las copias. Tenemos que

estudiarlas bien, y cualquier idea que os venga a la mente, será bienvenida.

Todos miraron las fotografías al escuchar a la inspectora. Ella prosiguió, acercándose al corcho donde estaban colocadas.

—Velasco ha dicho que le recordaban a un vídeo de Nick Cave, el cantante de rock. Un vídeo que hizo hace ya tiempo con Kylie Minogue, no sé si lo recuerda alguno de vosotros... — López asintió con la cabeza. Los demás, salvo Velasco, presentaban una expresión perpleja en el rostro, que daba a entender que no lo habían visto nunca.

—Acabo de verlo esta mañana y Velasco tiene razón. Es curioso, pero la escena del crimen y el vídeo se parecen muchísimo. En cuanto podáis, quiero que le echéis un vistazo. Puede que el asesino se haya inspirado en ese vídeo para crear toda esa extraña parafernalia.

—Valentina miró a Manuel Velasco, que en ese momento atacaba un pequeño pellejo del dedo índice, casi con saña —. Manuel, dinos, por favor, qué piensas del vídeo, más o menos.

—La verdad es que es algo bastante significativo. He estado pensando mucho en el tema y es cierto: el vídeo trata de una chica pelirroja, hermosa y pura

asesinada por su enamorado, una especie de *La Bella y la Bestia* en versión pop-rock. Efectivamente, ella es asesinada de un golpe en la cabeza, con una piedra, y luego dispuesta en un río similar a la charca de Eirís, con la misma postura que el cuerpo de Lidia. La canción se titula «Where the wild roses grow».

—Ya sé que parece raro todo esto, pero este asesinato también lo es. Quiero que todos apuntéis lo que se os venga a la cabeza cuando lo veáis. Cualquier idea será buena. Otra cosa. — Valentina cogió su agenda para estar segura de no olvidar nada—. Imagino

que cada uno de nosotros tendrá una idea de qué tipo de persona es este hombre, por llamarle algo. ¿Es un loco? ¿Un agresor sexual? ¿Un fanático de Nick Cave? ¿Qué pensáis?

Garcés levantó la mano, mientras miraba las fotografías.

—Yo creo, o mejor dicho no me cabe duda, de que es un loco. Un hombre muy enfermo. Pero un loco muy listo, eso sí. Y su motivación es claramente sexual. De eso estoy seguro.

Los asistentes emitieron varias exclamaciones de afirmación al escuchar al policía.

Valentina asintió.

—Yo también pienso lo mismo. Si os fijáis en el informe de la autopsia... concretamente en las páginas seis y siete, en donde hay una figura humana dibujada... —Valentina pasó varias páginas hasta que se detuvo en unas que representaban unas siluetas de mujer dibujadas en posición anatómica y con innumerables marcas de color rojo—, podréis observar todas las heridas que presenta el cuerpo de Lidia. Todos los tipos de heridas son de marcado carácter sexual, la mayoría focalizadas en zonas de importancia para el ofensor. Lo que ha sufrido esa chica es una agresión brutal, sádica y sistemática. De

hecho, yo nunca había visto nada parecido.

Valentina leyó en alto el informe del forense. La letanía de terrores que la inspectora estaba desgranando puso a Iturriaga al borde de un colapso nervioso. Él tenía una hija aproximadamente de su misma edad, y pensar que algo así podía haberle ocurrido a ella le produjo gran desazón. Aquel asesino atroz estaba libre y coleando. Empezó a abanicarse compulsivamente con los papeles que tenía en la mano, buscando un poco de aire. A pesar de todos sus años de servicio, aquel tipo de cosas le sacaba

de quicio. Valentina se dio cuenta y decidió parar la lectura.

—En suma, creo que todos los que estamos aquí entendemos perfectamente el significado de todo esto que acabo de leer. Sin duda alguna, el hombre que estamos buscando dedicó varias horas a torturar sistemáticamente, violar sin piedad y, al fin, estrangular con sus manos a esa pobre chica indefensa. Indefensa y atada, además. Más adelante se tomó su tiempo con el cuerpo, por supuesto. Estamos de acuerdo entonces en que el asesino es un agresor sexual. Un sádico sexual de la peor calaña, más concretamente. Lo que quiere decir que

alguien tiene que ponerse a buscar en las bases de datos cualquier violador que pueda estar suelto y operativo por la zona. Garcés, tú mismo, si no te importa. Quiero que indagues: a ver si hay algún crimen parecido no solo aquí, sino en todo el país. Quiero que tengas controlados a todos los violadores y demás basura que no esté en la cárcel en este momento. Por cierto, ¿qué sabemos del ordenador de Lidia? Luis, creo que tú estabas con eso también con Larrosa, ¿no?

—Los técnicos han encontrado unos chats bastante interesantes, inspectora. Los han recuperado del messenger. Hace

unos meses que chateaba con un tal Lobo Feroz. Parece ser que salía con alguien que se apodaba así. Un alias bastante significativo, inspectora.

—Lobo Feroz. Suena encantador. Tenemos a un devorador de Caperucitas ingenuas que chateaba con Lidia. Eso hay que investigarlo a fondo. Veamos...

—Valentina se acarició la barbilla, pensativa—. Desde el primer momento, su padre ha defendido que Lidia no tenía novio. Solo amigos y conocidos. Estaba muy centrada en los estudios y era una chica muy formal, bla, bla. Todos sabemos que la visión de los padres sobre las actividades de sus hijos es

muy diferente a la realidad, así que hay que meterse a fondo en la vida de esa chica. Bodelón, quiero que interrogues a todos los vecinos del edificio. A lo mejor ellos han visto algo que los padres no saben. Garcés, sigue en contacto con los de informática, pero tampoco estaría de más que buscaras a sus amigos de chat y de redes sociales y les hicieras muchas preguntas. Yo iré a casa de los padres de nuevo en cuanto pase todo este revuelo. La madre ahora no está para muchas alegrías, pero en cuanto pase el entierro y el duelo, habrá que hablar con ella. También hay que volver a la habitación de Lidia. Ahora

ya no estamos investigando un secuestro. Estamos investigando un asesinato. Y eso lo ha cambiado todo. —Miró su agenda de nuevo—. ¿Quién lleva lo de las llamadas telefónicas?

—También yo, inspectora. —Garcés hizo un gesto negativo con la mano—. Pero por ahora no tenemos nada. Es muy pronto... Dependemos por completo de la compañía telefónica.

—En efecto, es muy pronto. Pero las cuarenta y ocho horas posteriores a un crimen, o eso dicen, son cruciales para su resolución. Es necesario que sepamos si el asesino es del entorno de Lidia o es una víctima de oportunidad. ¿La

conocía? ¿La vio por el paseo haciendo deporte? Es necesario que nos metamos en la mente de ese hombre. Por qué ese vestido en concreto. Las flores. El maquillaje. ¿Qué quiere decir con todo eso? —Valentina miró al subinspector Velasco—. Manuel, quiero que te encargues del vestido, de las flores, del maquillaje y todo el aspecto simbólico del crimen. Sé que aún es pronto para que los del laboratorio puedan decirnos algo sobre ello, pero me refiero principalmente a lo que pueda significar cada cosa. El asesino no hace nada gratuitamente. No ha dejado huellas, ni rastros. Es meticuloso y muy organizado.

Así que está claro que todo ese trabajo que ha realizado tiene que tener un porqué. Y tenemos que descubrirlo.

El inspector jefe Iturriaga miraba a Valentina con aprobación. No se había equivocado cuando la eligió a ella para investigar el crimen, pensó. Y eso que le habían dicho cuando llegó que era una chica problemática, especialmente desde su estancia en Vigo. A él le parecía seria y muy preparada para el trabajo policial. Y después de verla en acción, todavía más.

Valentina echó otro vistazo a la agenda para confirmar que no se olvidaba de nada.

—Creo que ya está todo por hoy. Haremos otra reunión dentro de unos días. Es muy necesario que haya una comunicación fluida y diaria. Todas las noches quiero un informe sobre mi mesa, por favor. Tenemos que llevar todo este caso con mano de hierro. Y recordad, no quiero ni una filtración a la prensa, por ahora. Más adelante pensaremos qué queremos y qué no queremos que se sepa. Es un tema muy delicado. La familia de Lidia es importante en la ciudad y lo está pasando fatal. No quiero tener en contra a unos y a otros por culpa de esos carroñeros. ¿Entendido? Perfecto. Ahora, a trabajar.

Nos esperan días muy duros.

Todos asintieron desde sus sitios y se levantaron para marcharse, cogiendo los folios. Valentina se acercó a Iturriaga y lo detuvo justo cuando se acercaba a la puerta.

—Jefe. Me gustaría comentarle un par de cosas, si no le importa.

—Adelante, Valentina. Pero mejor hablamos en mi despacho, vamos.



Valentina le había dado muchas vueltas a su conversación con Lúa Castro. No le resultaba fácil enfocar el hecho de que una persona fuese tan mezquina, una

mujer casi de su misma edad, una profesional, y además, capaz de chantajear a la policía con algo tan delicado como las fotos de una menor fallecida. Pero Iturriaga tenía que saberlo, era necesario. No era cuestión de que más tarde aquel asunto le explotase en las manos. Mientras Iturriaga contestaba a una llamada de su teléfono móvil, se entretuvo mirando una foto enmarcada del inspector jefe, mucho más joven, sin barriga, con un gran bigote, firmando en un libro delante del ministro del Interior de turno. Otra foto mostraba a Iturriaga con sus dos hijas, radiantes de felicidad, él cubierto

con un gorro de pescador verde claro, el mar al fondo, levantando una enorme lubina de roca. Valentina sonrió.

—Dígame, inspectora. Espere, voy a quitarle el sonido al teléfono un segundo... ya está. Soy todo oídos.

—No sé cómo decirle todo esto... bien. Ayer por la tarde, Lúa Castro, la periodista de sucesos de *La Gaceta*, vino a entrevistarse conmigo. Parece ser que Jaime Anido, el fotógrafo *freelance* que la acompaña siempre como un perro fiel, consiguió sacar fotos del cuerpo de Lidia mientras estaba aún flotando en la charca. En suma, que se saltó el precinto de seguridad sin cortarse un pelo... y

luego hizo todo lo que le dio la gana hasta que lo encontramos.

Iturriaga frunció el ceño, ligeramente cabreado.

—Pensé que ustedes habían conseguido cogerlo a tiempo. Me refiero a que le habían obligado a borrar las fotos...

—Yo también. Pero tenía una cámara compacta escondida. No se nos ocurrió registrarlo, y la verdad, tampoco había porqué. Así que nos la ha metido doblada y bien doblada, y perdón por la expresión —dijo con cara de circunstancias.

—Bravo. Un marrón más para

añadir a la lista —replicó con resignación el jefe—. ¿Y?

—Ayer, Lúa Castro vino a ofrecerme una especie de intercambio. Quería una exclusiva de la investigación a cambio de no publicar las fotos del cuerpo de Lidia.

Iturriaga silbó ligeramente.

—Menuda zorra, la tipeja esa. Ya hemos tenido problemas con ella alguna otra vez. Tengo que hablar muy seriamente con su padre. Su padre era compañero, sí... está ya retirado, un hombre muy particular, pero muy eficiente. Veo que su hija no ha heredado su profesionalidad... una pena, vaya.

—¿Qué vamos a hacer entonces?

—Nada, inspectora. Absolutamente nada. ¿Ha visto usted las fotos?

—Sí, me las traje cuando vino ayer. Son bastante explícitas. No tanto como las que le hicimos borrar a Anido, pero le llega bien.

—Bien. No es un problema policial. Es un problema de su código deontológico, de su moral y todo ese tipo de cosas que no creo que esa chica haya oído en su vida. En suma, el problema es de ella, no nuestro. Hablaré con el director del periódico para que ni se les ocurra publicarlas, aunque no creo que haga falta. Tendrá que buscarse

la vida por otro lado. Pero nosotros no vamos a favorecer a unos y a perjudicar a otros. Trataremos a todos por igual, como siempre. Y a ella, si me apuras, le vamos a dar menos información que a los demás. Que se joda, hablando en plata...

—Estoy de acuerdo. Otra cosa que también me gustaría comentarle, jefe... Pasado mañana se celebra en el Palacio de Congresos el congreso de Criminología...

—Ya estoy al tanto, inspectora. Estoy invitado, por supuesto... y usted también, creo.

—Lo que quería comentarle es que

este caso... bien... tengo un pálpito. Creo que el asesino... —Valentina no parecía muy segura de cómo iba a tomarse Iturriaga su idea, así que se movió con pies de plomo.

—Arranque de una vez, Valentina. ¿Qué es lo que quiere decirme?

—Creo que... vamos a necesitar la ayuda de un psicólogo criminalista, inspector jefe. Este caso es muy complicado. La escena del crimen presenta unas características muy determinadas que a mí me llevan a pensar ciertas cosas. Ciertas cosas que no me gustan demasiado.

—¿Ciertas cosas? ¿Qué ciertas

cosas? —preguntó realmente intrigado.

Valentina se atrevió a decir las «palabras prohibidas» al fin.

—Me refiero a asesinos seriales, jefe. Agresores en serie, ya me entiende. Este crimen tiene toda la pinta de...

Iturriaga la miró con ojos severos y la interrumpió.

—Inspectora, no tenemos ninguna prueba de que ese asesinato pertenezca a una cadena de crímenes. No empecemos con ese tipo de cosas. Alarman a la población y probablemente el asesinato sea de un caso aislado. Algún conocido obsesionado con la chica, algo así. Nada de asesinos en serie, por favor. Ha visto

usted muchas películas, ¿no le parece?

Valentina enrojeció hasta la raíz del cabello.

—No estoy de acuerdo en absoluto, inspector, siento decirlo. Aunque respeto su opinión, creo que será necesario que consultemos a un psicólogo criminalista, insisto. Y mañana en el congreso... bueno, va a estar Javier Sanjuán. Ya lo sabe. Es la conferencia estrella...

—Ya. Sanjuán. El que sale en televisión. El del libro de los asesinos seriales. Sé de quién me hablas. Lo he visto varias veces en cursos y congresos. —La voz de Iturriaga no

mostraba alegría precisamente.

—El mismo. Permítame que le diga una cosa... —La voz de Valentina traslucía incomodidad mientras hablaba —. No suelo hablar de ello, ya lo sabe. Pero cuando se me ocurrió en Vigo que el Charlatán iba a cambiar de barrio y de modus operandi, para idear el operativo de captura... no fue idea mía en realidad. La idea fue de Javier Sanjuán. No directamente, claro. Un periódico de Vigo publicó un perfil que había realizado del Charlatán que resultó ser tan ajustado como para inspirarme la idea... —Valentina empezó a incomodarse. No le gustaba

nada hablar de aquellos momentos de su vida. Miró a Iturriaga con un punto de súplica en los ojos—. Inspector, Sanjuán acertó trece de los catorce puntos del perfil.

—Inspectora. —Iturriaga suspiró—. Haga lo que le dé la gana, está bien. No vamos a discutir por eso. ¿Quiere consultar a Sanjuán con su bola de cristal? Pues adelante. Que no se diga que no hacemos todo lo que podemos... Pero por favor. Que no se entere la prensa.

—Inspector, Sanjuán no es un vidente. Es un profesional de reconocido prestigio y no creo que

consultar a un perfilador sea algo que esté mal visto...

—Vale, vale, inspectora. No hay problema. —Iturriaga desistió: empezaba a reconocer cuándo su investigadora había tomado una decisión firme, y en realidad eso no le pareció del todo mal. Aquella mujer tenía mucho carácter, era cierto—. Consulte a quien quiera. Como si quiere ir a una echadora de cartas. Me parece bien todo lo que haga. Deposito mi confianza en usted, pero siempre con discreción, ¿entendido?

—Perfectamente. Gracias, inspector jefe.

—Recuerde, quiero un informe diario completo de la marcha de la investigación. Confío mucho en usted. No me falle, inspectora.

—No se preocupe. No lo haré, jefe. No le fallaré. Quiero coger a ese hijo de puta sobre todas las cosas en el mundo.

Capítulo 23. Valentina y Sanjuán

Martes, 8 de junio.

Hotel Meliá María

Pita, paseo marítimo

de La Coruña

La habitación era amplia y llena de luz, y lo mejor de todo, daba directamente a la playa. Menudas vistas. El mar lucía con un impresionante color turquesa que le daba un apetecible aspecto caribeño a la playa del Orzán.

—Es el caolín. —La joven

repcionista le sonrió cuando él preguntó por aquel azul intenso que no recordaba de otras visitas anteriores.

—Están rellinando las playas, y el caolín le da al mar ese tono tan bonito. ¿A que parece una playa del Caribe?

—Sí, es cierto —contestó Sanjuán—. Qué curioso, ¿no? Si tengo tiempo intentaré darme un baño. Aunque el agua de aquí está demasiado fría en esta época...

—¿Fría? Está buenísima. Mejor ahora que en agosto...

Al salir fuera del hotel y recibir un golpe de aire hirviente, Javier se preguntó si no pasaría mucho calor con

el traje gris marengo. Eran las seis y media de la tarde y por lo menos estaban a treinta grados. Los adolescentes caminaban descalzos por el paseo, algunos con los trajes de neopreno bajados hasta la cintura, y las tablas de surf. La gente paseaba y tomaba helados, roja por apurar los primeros rayos del año. Cogió un taxi y se dirigió hacia El Corte Inglés. Había quedado con los organizadores y con el jefe superior de policía de Galicia, Rafael García Moreno, el encargado de hacer de cicerone en la presentación. El taxista bajó el volumen de la Cope y se giró hacia él en el primer semáforo.

—¡Qué horror lo de la chica esa!, ¿eh? Nuestros hijos ya no pueden estar seguros en ningún sitio.

Sanjuán asintió.

—Algo he oído. Apareció muerta, ¿no?

—Ayer por la mañana. La encontró una compañera de clase de mi hija en un parque. Las dos van al Colegio Eirís. Dice que iba vestida de novia, o algo parecido.

—¿Vestida de novia? —El interés de Sanjuán se avivó de repente—. No he escuchado nada, la verdad. Solo lo que vi en televisión. Acabo de llegar de Valencia, llevo todo el día de viaje.

—Sí, estaba flotando en un estanque de esos que hacen ahora para que vivan los patos y las grullas. Así está el país: los animales ya viven mejor que las personas, ¿no le parece? Con todo el paro que hay y hala, a construir estanques para patos... —Javier le interrumpió.

—¿No dijo nada más? La amiga de su hija, quiero decir...

—Está metida en casa, no quiere salir del miedo que cogió al ver el cadáver. Era el primer muerto que veía en su vida, y encima, encontrarla allí, a primera hora de la mañana... Su madre piensa que va a tener que ir al

psicólogo.

—Es comprensible. Ver algo así tiene que ser muy traumático. Especialmente para una criatura. ¿Cuántos años tiene su hija?

—Tienen quince años. La peor edad, se lo juro. Ya empiezan a fumar y a salir con chicos. Ni se imagina el petate.

Javier Sanjuán pagó la carrera y le dejó al taxista una buena propina. Era normal que toda la ciudad estuviese conmocionada por el asesinato. Aquella chica aún era casi una cría... era consciente de que el terror que solía provocar aquel tipo de sucesos era grande.

Sonó el móvil: era el número de Rafael García, el jefe superior. Seguro que ya lo estaban esperando dentro del edificio. Se dio prisa, sorteando la maraña de gente que acudía al centro comercial.

• • •

La edición en internet ya tenía fotos interesantes... pero ninguna de su náyade pelirroja. Pudo ver a los de la Científica vestidos con sus trajes blancos de papel en un vídeo que apenas duraba dos minutos. Fotos de la policía, coches patrulla, los curiosos apilados cerca de la cinta amarilla. Pero ni una

foto de su creación... Una lástima. «El juez ha decretado el secreto del sumario». Por supuesto. Esa gente no tiene ni idea de lo que es diversión para el vulgo.

Leyó después el artículo morboso y apasionante de una tal Lúa Castro. Una periodista de raza, sí señor. De alguna manera, había captado el momento *pulp* del asunto, y le había dado unos giros a su escrito bastante interesantes. «El asesino del estanque, un asesino con ínfulas de artista». Si seguía por ese camino tan equivocado, tal vez Lúa Castro necesitase también un severo correctivo.

Volvió a repasar todas las fotos que le había sacado a Lidia. En vida, y más adelante, una vez muerta. Recordó con placer el tacto y el sabor de aquellos pechos perfectos, blancos, con el pezón rosado. Los lloros y gemidos suplicantes de intensísimo dolor cuando los perforó con sus afilados dientes. Ella había sido una diosa. Dulce, santificada, como una virgen cristiana ante los colmillos del león. Él, a cambio, le había donado la inmortalidad, la vida pretérita de la elegida para la palma del martirio sublime. La dibujaría como su Juana de Arco, atada al poste de la hoguera, rodeada de salvajes soldados que solo

desean verla arder. A su lado, atado con un lazo de terciopelo verde oscuro, reposaba el mechón de cabello pelirrojo, la prueba, la constatación real de que todo lo que había ocurrido no había sido un hermoso sueño.



Valentina llegó justo a tiempo para comprar el libro y ponerse al final de la larga cola que se había formado en el departamento de libros. Se perdió la presentación del jefe superior de policía. Estuvo bastante ocupada terminando de ordenar todo el expediente del caso, colocando las fotos

en el corcho de su despacho y pensando en cómo solucionar el problema que constituía la sorprendente aparición de aquella periodista y sus fotos. Un chantaje encubierto que no estaba dispuesta a consentir. Habían cometido un fallo estrepitoso al no cachear a Jaime Anido. Pero... quién iba a imaginarse algo así. Aquellas fotografías no eran gran cosa, pero se podía ver lo suficiente como para que todos los medios del país se las quitaran de las manos. La primera medida podría ser el irreparable extravío, durante algún tiempo, de la carísima Canon de Anido... Para empezar. Periodistas. Y

pensar que estuvo a punto de estudiar esa carrera... Mejor era olvidar el tema, ya lo retomaría más adelante. Se podría decir que estaba en su tiempo de ocio en aquellos momentos. Ojeó el libro durante un rato. Tenía buena pinta. Detectó varias ilustraciones muy interesantes. Miró la foto de Javier Sanjuán, en la solapa interior de la cubierta. Y luego lo miró a él, sentado a pocos metros, en pleno baño de masas. Estaba coqueteando abiertamente con dos chicas jóvenes y bastante guapas que se deshacían en elogios y se comportaban como adolescentes ante una estrella del rock. La verdad era que

en directo ganaba, aunque no se podía decir que fuese un hombre guapo. Aunque sí, había que reconocer que era interesante... Volvió a mirar la foto para distraerse. En ella tenía pinta de profesor universitario, con las correspondientes gafas de pasta, el típico traje marrón claro y la expresión eterna de despiste. Nada que ver con la realidad. Si seguía sonriendo y coqueteando con todas las chicas que estaban delante de ella terminarían el acto a las doce de la noche. Valentina había leído muchos de sus estudios y libros cuando estaba haciendo la diplomatura, pero jamás se le pasó por

la cabeza imaginarse a Javier Sanjuán tal y como lo estaba viendo. El criminólogo se levantó y se quitó las gafas para sacarse una foto con las dos fans. Al verlo de pie, delgado y tan sumamente pulcro, no pudo evitar sonreír. No podía ser cierto que fuese tan coqueto...

—Me encantan sus libros. De verdad. ¡Los tengo todos! —La chica morena ponía cara de rendición y daba saltitos emocionados. Su amiga, tres cuartos de lo mismo, se disputaba los favores de Sanjuán pugnando por hacerse ver. Estaba muy claro que el criminólogo parecía disfrutar como un

condenado de las atenciones femeninas.

—Queremos estudiar criminología. Estamos en tercero de Derecho. —La morena insistía en desplegar sus encantos intelectuales, y reclamaba un poco más de atención con su top verde de tirantes.

—Eso es fantástico, de verdad. — Sanjuán sonrió de nuevo, una sonrisa encantadora y cortés. Les devolvió los libros dedicados, y ellas no tenían el más mínimo interés en terminar la conversación, hasta que un señor de pelo cano y avanzada edad se decidió a adelantar su libro y su bastón telescópico, un tanto harto de la espera.

Valentina disfrutaba de aquella situación tan entretenida. Nunca pensó que los criminólogos tuviesen tanto éxito. Claro que Sanjuán era distinto. Se había hecho bastante famoso con su programa de televisión de crímenes y misterio, y sus libros resultaban amenos, didácticos y, muchas veces, lo suficientemente morbosos como para haberse convertido en una estrella dentro de su campo.

Cuando al fin llegó el turno de Valentina Negro, había pasado más de media hora. Se las había arreglado para quedar la última. Se plantó delante de la mesa, con decisión. Javier miró a aquella joven de ojos rasgados que le

acercó el libro delante de las narices y lo dejó encima de la mesa. Le gustó la expresión inteligente que despedían los ojos grises. Sin embargo, la chica no sonrió ni hizo ningún ademán extravagante. Se limitó a poner ante sus ojos una placa de la Policía Nacional.

—¿Estoy detenido? Imaginaba que era cuestión de tiempo... —Sanjuán levantó las manos y la miró por encima de las gafas con expresión de total hilaridad. Valentina se dio cuenta de lo absurdo de aquel gesto y se echó a reír sin poder evitarlo.

—Por ahora me temo que no, señor Sanjuán. Pero estoy a tiempo... Me

llamo Valentina. Inspectora Valentina Negro. No he venido a que me firme el libro, lo siento. —Él enarcó una ceja, con cara ofendida—. Lo he comprado, por supuesto. —Se lo enseñó—. Es que me parece un poco ridículo pedirle un autógrafo... —Valentina se tocó el pelo, algo cortada—. Lo que le pido no es otra cosa que algo de su sabiduría. Espero que me ilumine un poco. —Javier la observó con detenimiento, esperando a que continuase. Ella sacó una carpeta del amplio bolso—. Llevo el caso de Lidia Naveira, la chica que apareció hoy muerta en La Coruña.

—Otra vez Lidia Naveira. Parece

que el destino me conduce hacia ese crimen de manera inexorable. —Sanjuán se levantó y dio por terminado el acto, al ver que no había nadie más. La miró de arriba abajo y levantó una ceja de nuevo—. ¿No eres muy joven para un caso de tanta responsabilidad? Espera un momento. Voy a avisar a los de la organización. Un segundo. Ahora estoy contigo.

Valentina Negro lo vio dirigirse hacia dos mujeres que esperaban en una esquina e intercambiar unas palabras. Aquello le había recordado a la escena que compartían Hannibal Lecter y Clarice Starling en *El silencio de los*

corderos. «Demasiado joven». No había decidido aún cómo tomárselo. Iba a tener razón Velasco cuando le decía que maquillada y de calle aparentaba casi diez años menos. Luego él volvió, mirando su reloj.

—¿Te parece que vayamos a tomar un café?



Jaime se acordó de que al día siguiente tendría que ir al banco a cambiar libras. Y a la comisaría de Lonzas a que le devolvieran la cámara. Iba a llevarse todo el equipo a Londres, nunca se sabía cuándo iba a surgir la oportunidad.

Además, le había dicho a Lúa que iba por razones de trabajo. Nunca le había contado que desde hacía bastantes años mantenía una doble vida un tanto escabrosa. Pertenecer a una cerrada hermandad sadomasoquista no resultaba un tema demasiado adecuado para ir contándolo por ahí. Aunque fuese en Inglaterra, a muchos kilómetros de La Coruña. Aún no era capaz de asimilar lo que le había ocurrido a Patricia.

Patricia Janz era casi una cría, pero de verdad llevaba el vicio en la sangre. Anido había vivido en Londres durante algunos años, y la escuálida joven le había servido de modelo para muchas de

sus fotos «creativas» desde los quince años. Sue fue la que los introdujo en el mundo del sado. Sue era una dominatrix profesional, llamada en el ambiente lady Ariadna. A Patricia le iba mucho más el rol de sumisa, sin embargo. A él le gustaba todo lo que resultase vicioso y perverso. Anido era lo que en su círculo se denominaba un *switch*.

Se percató de que hacía ya bastante tiempo que no daba rienda suelta a sus verdaderos e insanos instintos sexuales. Desde que se había asentado en La Coruña se había transformado en un completo burgués aburrido y sin pretensiones. Y con Lúa nunca fue capaz

de pasar de los típicos azotes en las nalgas. Lúa, en ese aspecto, era demasiado convencional. Incluso el *spanking* le parecía algo muy perverso, solo indicado para las grandes ocasiones.

Anido entró en el armario ropero de su cuarto y corrió las perchas hacia un lado. Luego apartó con cuidado el panel trasero, que escondía una puerta. Detrás había construido una reducida habitación secreta en donde tenía un ordenador, fotografías, vídeos y sus olvidados instrumentos de tortura sexual. Allí seguían, guardados en una enorme bolsa de terciopelo negro,

aburridos de que nadie los usara. ¿Los metería en la maleta? Solo podía meter quince kilos de peso. Mejor no. Sue tenía en Londres material de sobra, como siempre. Los dejaría allí dentro, a buen recaudo.

Capítulo 24. Ofelia

«En las aguas profundas que acunan las estrellas, blanca y Cándida, Ofelia flota como un gran lirio, flota tan lentamente, recostada en sus velos... cuando tocan a muerte en el bosque lejano».

Ofelia. Arthur Rimbaud

Valentina pidió una caña de Estrella Galicia. Javier Sanjuán pidió un albariño de la casa. Habían encontrado una cervecería cerca de los grandes almacenes, O Lagar de Xosé, con decoración rústica y poca gente.

Además, se podía fumar. Y Sanjuán tenía muchas ganas de fumarse un cigarro con tranquilidad, después de todo el jaleo aquel del libro.

—No tengo demasiada idea del caso de la chica. Solo lo que he leído en la prensa, que no ha sido mucho, y los comentarios del taxista que me trajo hasta aquí. Parece que una compañera de colegio de su hija encontró el cuerpo por la mañana.

—Qué casualidad, ¿no? Carlota se llama la cría. A la pobre no se le va a pasar el susto en varios meses. Estaba totalmente aterrorizada. —Valentina tomó un sorbo de su caña—. Antes de

ponerte en antecedentes de todo, te voy a pedir que analices las fotos de la escena del crimen. Yo sé que lo que ha dispuesto el asesino significa algo. Lo que no sé, es exactamente qué significa. Eso sí, te puedo decir que nunca he visto nada parecido. Ni yo, ni ninguno de los del equipo.

Sanjuán dejó el cigarrillo sobre el cenicero y apartó la copa de vino cuando ella le acercó el legajo con las fotografías. Se puso las gafas de pasta redondas y sacó las fotos de dentro del sobre.

Ver a Lidia Naveira flotando en las aguas verdosas, rodeada de flores,

vestida con el humedecido traje de doncella resultó un impacto brutal para el perfilador. No se esperaba algo tan impresionante, tan elaborado. No era la típica escena de un crimen sexual: era la recreación exacta de un cuadro que conocía perfectamente. Sacó todas las fotos y las esparció por la mesa. Su asombro crecía por momentos. Olvidó que estaba en un local público, olvidó a Valentina Negro y se sumergió en aquellas procelosas aguas estancadas que emanaban de la mente perversa del asesino. Pasaron unos minutos que a Valentina le parecieron horas. Bebía su cerveza en silencio, observando la

reacción del criminólogo.

—¿Cómo logró que el cuerpo se quedase exactamente así? Las manos, me refiero. Están en el sitio adecuado. Ha clavado la postura. —Sanjuán no podía apartar la mirada de las fotos.

—El forense me dijo que a base de pegamento y cinta americana. Además, sujetó el cadáver con un hilo de acero a la orilla para que no se moviera del sitio en que lo dejó. Algunas de las flores están pegadas al vestido... Espera. Dices que ha clavado la postura. ¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Valentina con extrañeza—. ¿A lo del vídeo de Nick Cave?

—¿Nick Cave? ¿De qué hablas? ¡Es *Ofelia*! ¿No te has dado cuenta?

—*Ofelia*. ¿Qué quieres decir?
¿*Ofelia*... la de Hamlet?

—Más o menos, sí. Me refiero concretamente a que el asesino ha recreado de manera exacta un cuadro muy famoso.

—¡Joder! ¡Un cuadro! ¡Llevamos todo el día intentando descifrar la sensación de *déjà vu*! —Valentina sintió por primera vez que había algo de luz en esa escena del crimen tan sombría—. Pensamos que guardaba relación con un vídeo en el que salían Nick Cave y Kylie Minogue... el lugar, toda la

escena, es muy parecido al del crimen de Lidia.

—¿Tienes internet en el móvil? Yo no, por desgracia. Cuando viajo nunca estoy conectado. No me gusta. Una manía como otra cualquiera... —dijo Sanjuán.

—No te preocupes, yo tengo un iPhone con conexión a la red. Paga la administración pública...

—Busca Ofelia. Millais. Ofelia con «ph». Millais con...

Valentina adoptó una expresión indescifrable y lo interrumpió.

—Gracias, señor Sanjuán. Sé hablar perfectamente inglés. También domino el

italiano. A pesar de mi «juventud», no soy una completa ignorante —protestó Valentina con cierta sorna y algo molesta; luego cogió el iPhone y su dedo se deslizó por la pantalla. Esperó unos segundos. Ante sus ojos apareció la pintura. Valentina Negro permaneció estupefacta durante un buen rato. Hasta la guirnalda de violetas del cuello estaba en su sitio. Cogió una de las fotos para comparar las dos imágenes y su asombro se hizo cada vez más patente. Sanjuán buscó con la mano libre la copa de vino y tomó un buen trago. Aquello superaba todas las expectativas desde el punto de vista de un perfilador. Aquella

chica tenía razón: él tampoco había visto nunca nada parecido.

—No conozco ese vídeo que me has comentado, pero está claro que, en todo caso, el vídeo se ha inspirado en ese cuadro. ¿Qué vídeo es exactamente?

—«Where the wild roses grow», el disco es *Murder Ballads*, de Nick Cave. Lo canta con Kylie Minogue.

—Luego lo veré, entonces, cuando llegue al hotel. Y dado que la escena del crimen, según veo en las fotos, aspira a reproducir la obra de Millais, está claro que nuestro asesino quiere reproducir una obra de arte... aunque... —Sanjuán buscó las palabras adecuadas—, en

realidad me temo que no quiere reproducir, sino crear, hacer algo infinitamente más poderoso e impactante que el cuadro: Valentina, este tipo es un artista y quiere ser, por encima de todo, alguien que cambie el Arte para siempre. Es el Artista, en mayúsculas. Y su materia prima es el asesinato.

• • •

Patricia lo miraba con su collar de cuero apretado con saña, la boca desmesuradamente abierta, las manos dirigidas hacia él, pidiendo ayuda. Él no podía hacer nada: estaba atado a una cruz de San Andrés. Tenía mucho calor,

sudaba. Estaba desnudo, intentando liberarse de aquellas correas que se clavaban en su piel. Se despertó sobresaltado cuando vio a Sue, cubierta con una túnica, acercarse a él, en la mano enguantada un hierro candente de marcar ganado, al rojo vivo, que se acercaba a sus ojos más y más...

—¡Joder! —suspiró de alivio y se quitó la manta de encima. Era el intenso calor lo que provocaba aquellas pesadillas tan extrañas. Pasar de doce a veinte grados por la noche no era sano, seguro. Jaime Anido miró la hora y luego cogió la botella de agua que tenía encima de la mesilla y bebió con avidez

hasta terminarla por completo. Estaba muerto de sed. Eran las cinco de la mañana. Qué extraño. Nunca había soñado con Patricia Janz hasta aquel momento. Pobre Patricia. No era justo. Le gustaba aquella chica tan escuálida y frágil, atiborrada de coca siempre y generalmente dispuesta a recibir el trato más duro por parte de toda la hermandad. Había sido su esclava favorita... intensa, sensible, disfrutaba desde el primer latigazo hasta el último. Recordó con placer que se arrodillaba ante él, dispuesta a complacerle todo el tiempo y del modo que fuera necesario. Físicamente no era nada espectacular, no

tenía muchas curvas, pero había algo indefinible que la hacía muy atractiva, como una fragilidad extraordinaria en un cuerpo menudo y bien proporcionado.

¿Quién podría haberla matado? Patricia no tenía enemigos. ¿Algún miembro de la hermandad? Sue hablaba de problemas. ¿Qué tipo de problemas? ¿Monetarios? ¿De organización? Aquel mensaje tan enigmático lo traía de calle. Se levantó a coger una Coca-Cola de la nevera. Miró hacia su entrepierna: pensar en Patricia le había producido una reacción muy placentera. Lástima que Lúa no se hubiese quedado a dormir con él esa noche.

Javier Sanjuán miraba por la ventana del hotel, fumando el enésimo cigarrillo de la noche. Tenía que bajar el nivel de nicotina, se dijo una vez más, aunque sin creer demasiado en su propia actitud. Estaba totalmente desvelado. No podía dormir, su mente le daba vueltas y más vueltas a las fotografías que estaban tiradas encima de su cama. La inspectora no había tenido ningún inconveniente en dárselas, lo mismo que el informe preliminar de la autopsia. Valentina. Una joven muy seria. Muy guapa también, por qué no decirlo.

Extremadamente atractiva. No parecía, sin embargo, consciente de su belleza, como si no le importase demasiado. Las mujeres hermosas solían actuar de una manera determinada, con total consciencia del efecto que producía su aspecto en las demás personas. Especialmente en los hombres. Ella no. Al revés. Parecía ajena a ese tipo de comportamiento... Sería deformación policial. ¿Tendría novio? Seguro que sí. Trabajando en la policía no le faltarían pretendientes ansiosos... Le gustó cómo se había picado cuando había empezado a deletrear los nombres en inglés. Era una chica orgullosa. Vaya con la

inspectora.

De todos modos, a él eso le importaba bien poco. No había ido a La Coruña a buscar un ligue de una noche precisamente. Acababa de terminar una relación con una compañera de la facultad. Estaba harto de relaciones y de las exigencias extravagantes que parecían multiplicarse en cuanto ponía los ojos en una mujer. Era todo demasiado complicado. Por no hablar de sus dos matrimonios fallidos. Nunca entendería a las mujeres, eran seres enigmáticos, eternamente insatisfechos. Con mucho prefería compartir su vida con un gato siamés. Ya era demasiado

mayor como para amoldar su personalidad maniática a la de otra persona. Además, estaba siempre muy ocupado con sus estudios, y sus novias acababan desesperándose y buscando a otro más dispuesto a disfrutar de los placeres de la convivencia y el amor romántico. En realidad, para él en aquel momento de su vida era bastante más interesante desentrañar las motivaciones de un asesino como el que había acabado con la vida de Lidia que someterse a los deseos arcanos de alguna hermosa mujer. Volvió a examinar las fotos y encendió el portátil. El hotel tenía conexión Wi-Fi. Por esa

vez iba a romper su promesa de no conectarse cuando iba de viaje. El caso lo merecía. Con creces. Primero observó con atención el vídeo de Nick Cave y Kylie Minogue. Sin duda era muy representativo de lo que el asesino quería decir... Belleza y muerte. «All beauty must die» (toda belleza debe morir). Interesante. Luego tecleó en Google «Ofelia, Millais». Veinticinco mil resultados. Aquello prometía ser duro. De todos modos, sería conveniente dormir un poco. Al día siguiente iba a ir con la inspectora Negro al lugar donde había aparecido el cadáver de la chica. Y por la tarde, la maldita ponencia, que

aún tenía que estructurar en su cabeza...
había pensado prepararla en Coruña.
Qué desastre.

Capítulo 25. Sanjuán se implica en la investigación

Miércoles, 9 de junio

El entierro de Lidia estaba previsto para el jueves diez a las doce de la mañana en el cementerio de San Amaro. Manuel Naveira discutía con el encargado del tanatorio Servisa el precio del entierro. Quería que fuese espectacular. Su hija se lo merecía todo. Caja descubierta, llena de flores. Un coro que cantase en el cementerio. Sabía que iban a acudir todas las televisiones del país y quería

que vieran algo hermoso, digno de ella. Algo que tocara los corazones de la gente para que aquel crimen no quedase impune. Para que a las dos semanas no fuese reemplazada Lidia en los periódicos por alguna otra noticia diferente. Pensó en el funeral. Una iglesia donde cupiese una multitud. Hacer aquello, de alguna manera, le calmaba el inmenso dolor que amenazaba con resquebrajarlo de arriba abajo. En casa el techo se le caía encima, al contrario de lo que le pasaba a su mujer, que no quería salir de la habitación de la niña.

—Mi avión sale a las dos de la tarde, inspectora. Necesito mi cámara. Me voy a Londres. Tengo un importante encargo y la necesito urgentemente. — Jaime Anido hablaba con voz queda y exigente.

—Es una verdadera pena. No tengo ni idea de dónde puede estar tu cámara, Anido. —Valentina estaba gozando con las caras de desesperación del fotógrafo —. Creo que la tienen como prueba, confiscada. Guardada en algún remoto lugar de Lonzas. Me temo que hasta dentro de unos días no voy a

encontrarla. Quizá sepa algo de ella el subinspector Bodelón. Llegará en una hora, más o menos. Puedes preguntarle a él dónde la puso...

—Voy a ponerles una demanda. Se van a cagar, lo juro. Esa cámara cuesta más de tres mil euros, inspectora.

—Nos vamos a cagar. Menuda lengua, Anido. No deberías preocuparte, estás en una comisaría de la policía. Nadie va a atreverse a entrar a robar aquí, ¿no te parece? Además, sé de buena tinta que tienes otras opciones. Más pequeñas, pero al fin y al cabo... Sirven igual, ¿no?

—Necesito esa cámara, inspectora.

—Anido decidió omitir la clara indirecta de Valentina sobre las otras fotos que logró sacar de la escena del crimen..

—Pues no puedo dártela por ahora. Siempre podrás usar la cámara con la que sacaste las otras fotos, Anido. No es tan cara como la que tan generosamente nos has dejado, pero no hace malas fotos...

—Voy a denunciarlos por acoso y por todo lo que me salga de los huevos, inspectora Negro. Se les va a caer el pelo a todos ustedes.

—Mejor será que te vayas antes de que te detenga y te meta en un calabozo.

Y adiós Londres. —La inspectora no borraba de la cara una agradable sonrisa que no podía evitar—. Cuando te vayas, cierra la puerta. Ah, Anido...

—¿Qué quiere ahora?

—Saluda de mi parte a Lúa Castro. Dile que luego la llamo, cuando tenga un rato...

La sonrisa de la inspectora se hizo más luminosa. Cuando el fotógrafo salió dando un portazo, se repantingó en su silla y suspiró, mientras cogía el teléfono. Velasco llegó a los pocos minutos, con los vaqueros de Calvin Klein y una camiseta que parecía de una marca carísima que Valentina no fue

capaz de identificar. Se preguntó de dónde sacaría el dinero para llevar una ropa tan exclusiva.

—Velasco, tú conoces a gente de Bellas Artes, ¿verdad? Me dijiste que cuando estudiabas Psicología tuviste varios amigos de esa facultad, y te has movido luego por esos ambientes, ¿no es así?

—Sí, tengo algún contacto con colegas del mundo del arte —contestó Velasco, intrigado—. Conozco mucho a un galerista, Adolfo Miñeiro, que trabaja con gente importante, ya sabe, nombres que se cotizan mucho... Tiene una galería en la Ciudad Vieja, al lado

de la iglesia de Santiago... ¿Por qué me lo pregunta?

—Tienes que buscarme un profesor, un erudito, alguien que pueda orientarme sobre el significado de la escena que dispuso el asesino de Lidia. Verás. Ayer estuve hablando con Javier Sanjuán, el perfilador. Está en Coruña.

—¿El criminólogo? Ah sí, leí que venía al Congreso de Criminología —recordó Velasco.

—Sí —respondió Valentina—, también ha venido a presentar su último libro. La cuestión es... por cierto, ¿dónde está Daniel? Así os pongo al día a los dos juntos.

—Fue a buscar café abajo. Debe de estar ya al caer.

Daniel Fernández Bodelón entró con tres vasos térmicos en el despacho, haciendo números para sujetar los paquetitos de azúcar y sacarina y las cucharillas de plástico.

—Inspectora, un cortado para usted, con sacarina.

—Gracias, Bodelón. Siéntate. — Ambos subinspectores estaban expectantes—. Hay novedades con respecto al caso. Ayer le dije a Iturriaga que quería contar con la ayuda de Sanjuán. Tú sabes también quién es, ¿no es así, Daniel? —Este asintió—. Al

principio no le hizo mucha gracia, pero luego me dejó hacer. Desde el principio vi que este caso es diferente, que estamos ante una mente tortuosa. Y la verdad, Sanjuán es un experto en asesinos psicópatas, así que he decidido contar con él desde el principio. Y por ahora no me he equivocado. Escuchad: parece ser que el asesino de Lidia ha recreado una pintura en concreto. Un cuadro de unos pintores ingleses del siglo XIX, llamados prerrafaelitas. —Velasco asintió con la cabeza—. No sé si te suena. El cuadro es *Ofelia*, de un tal —Valentina revisó sus notas— John Everett Millais.

—No, no lo conozco... De pintura anterior al siglo XX sé bien poco —contestó, sincero, Velasco—. Aunque ahora que lo dice...

—Ni idea, inspectora. Lo mío no es el arte, precisamente —añadió Bodelón, haciendo una mueca como si aquello fuera de otra galaxia distinta de aquella en la que él vivía. Valentina tecleó en el ordenador hasta encontrar una reproducción adecuada y se la mostró a los dos policías, que se removieron asombrados.

—Joder. ¡Es increíble! Es tal cual... incluso ella... se parece... esto es perverso de verdad —dijo estupefacto

Bodelón.

—¡Qué fuerte! —acertó a decir Velasco—. ¡Es verdad! Por favor, ¿cómo se me pudo haber escapado? ¡Este cuadro es muy famoso!

—Ese tipo estará totalmente tarado, pero tiene un cierto talento, eso no se puede negar —señaló Valentina—. No es nada fácil recrear un cuadro de modo tan minucioso. Fijaos: la vegetación, los colores, el agua... eligió el sitio perfecto, encima.

—¿Cómo lo ha descubierto, inspectora? —preguntó Velasco.

—Yo no. Ha sido Javier Sanjuán. El mérito es completamente suyo. Dice que

nuestro asesino pretende ser un Artista excepcional, que quiere trascender todos los límites. Lo llama el Artista.

—Así que perseguimos a un Artista —dijo reflexivamente Velasco.

—Él se cree un artista, es lo que opina Sanjuán, pero eso no significa que trabaje como tal, aunque está claro que al menos es un entendido en arte, al menos en pintura, o eso parece —puntualizó Valentina—. Bien, hay que moverse. Velasco, tú búscame a alguien que entienda de arte prerrafaelita en Coruña. No es algo demasiado popular. Y bájate todo lo que tengas de Ofelia, el cuadro, el significado... todo. Daniel,

vete a buscar a Sanjuán al Hotel Meliá. Quiere ver la escena del crimen. Luego necesitaré que vayas al edificio de Naveira a hacer preguntas a los vecinos. ¡Ah! La participación de Sanjuán no es oficial, recordad, Iturriaga me lo dejó bien claro. En suma, que no vamos a pagarle los cafés ni las cañas... ni a comentárselo a la prensa. Cuando tú y Sanjuán estéis cerca de la comisaría me avisas, Bodelón. Gracias. A trabajar.

• • •

Sanjuán dormía plácidamente el sueño de los justos sin notar el rayo de sol que se filtraba entre las gruesas cortinas

cuando sonó su teléfono. Lo cogió, con voz somnolienta.

—Buenos días, Sanjuán.

—Inspectora Negro. Benditos los oídos. Es usted el perfecto despertador.

—Perdón. Estabas durmiendo. Qué torpeza.

—Ayer trasnoché demasiado. Estuve analizando tu caso hasta las cuatro de la madrugada. ¿Qué hora es? —Reprimió un bostezo mientras intentaba aclarar la voz pastosa.

—Son las nueve y media de la mañana. Hace un día espléndido. He mandado al subinspector a buscarte. Nos vamos a la escena del crimen.

—Bien. Dame media hora por lo menos. Tengo que ducharme. Vestirme. Esas pequeñas cosas tan necesarias cuando uno se levanta de la cama.

—De acuerdo. Media hora, te recoge en la puerta. Es un Peugeot 307 gris. Camuflado.

Sanjuán se levantó y bebió agua del vaso que tenía sobre la mesilla. Intentó colocar en su sitio el cabello, alborotado de dormir. Aquella inspectora era como la teniente O'Neill. Y él que pensaba pasar en Coruña unos días plácidos y tomar el sol, con aquel tiempo tan bueno e inesperado... Recordaba débilmente que en algún

momento de la noche anterior le había dicho a Valentina que, dado que estaba en su año sabático, podía dedicar unos días a ayudarla en la investigación. ¡Menudo gilipollas estaba hecho! Fue hacia la ventana y abrió las cortinas, dejando entrar la luz brillante. Entrecerró los ojos, deslumbrado. Buscó una aspirina en el neceser y se la tomó con un trago de agua del grifo. Media hora. A ver si le daba tiempo de tomar un café por lo menos.

• • •

—Lúa. ¿Dónde estás?

—En el tanatorio Servisa. Tengo un

amigo que me ha soplado que el padre de Lidia va a preparar aquí el velatorio. A caja descubierta, qué fuerte. ¿No te parece? ¿Ya has preparado la maleta? ¿Fuiste por la cámara? Cuenta, cuenta.

—No me hables de la cámara. Fui por la mañana temprano a la comisaría. La hija de puta de la Negro no ha querido dármela. ¿Qué coño hiciste ayer, Lu? No parecía estar muy contenta...

—Ni más ni menos que intercambiar las fotos por información, bobo. No te preocupes, hablaré con mi padre, a ver cómo solucionamos lo de tu cámara.

—Bah, da igual. Me llevaré otra. No

pasa nada. Por cierto, con cierta sorna, me dio recuerdos para ti. Dijo que te llamaría.

—Bien, que me llame y me cuente. No le queda otra si no quiere que las fotos salgan en primera plana. Te dejo, acabo de ver al encargado del tanatorio. Luego te llamo. A ver si puedo darte un besito antes de que te vayas...

—Venga, guapísima. Un beso. Yo salgo para el aeropuerto a las doce y media, más o menos.

—No te preocupes. Ya te llevo yo.

• • •

Velasco juraba y perjuraba mientras

buscaba un miserable sitio para aparcar en El Parrote. Había quedado con Adolfo Miñeiro a las once y faltaban cinco minutos. Y no había ni un puñetero hueco donde dejar el coche. Pensó en dejarlo en doble fila, pero la visión de una patrulla de la Local le hizo desistir de la idea. Cruzó los dedos para conjurar la suerte. Cuando una señora con un niño pequeño repeinado y un yorkshire de lacito rosa hizo parpadear las luces de su Qashqai, Manuel Velasco suspiró de alivio. Al fin. Miñeiro era un obseso de la puntualidad y le había dejado bien claro que en un rato tenía una entrevista con una pintora de Vigo

que iba a exponer en un mes. Apuró por la calle Tabernas, que aún conservaba en el suelo empedrado la humedad del vehículo de limpieza. Su amigo estaba en la puerta de la galería, fumando un cigarrillo Vogue con total afectación, vestido de arriba abajo como un adolescente neoyorkino a punto de ir al colegio mayor, a pesar de sus cuarenta años. En cuanto lo vio llegar, abrió los brazos en un gesto cálido y elegante. Manuel Velasco lo abrazó con cariño. Desde que tenía novio, había abandonado los antros y la noche y ya no veía tanto a Adolfo como años atrás. Seguía igual: sus vaqueros Gant, su

chaleco Lacoste de pico y su camisa de rayas azules y blancas de cuello duro que enmarcaba aquel rostro rubicundo, siempre sonriente.

—Velasco, amigo. Pasa, pasa —dijo solícito—. Creo que aún no has visto la galería,... No es gran cosa, pero a mí me encanta. Y fíjate, menuda zona... ¿Quieres tomar algo? ¿Un café? ¿Un té? ¿Earl grey? ¿Rooibos? ¿Qué prefieres?

—Me tomaría un té verde con gusto, si puede ser... —Velasco agradecía esa sincera hospitalidad de su amigo, siempre a punto a pesar de los lapsos de tiempo que interrumpían su relación.

—Por supuesto. Marchando un té

verde para el subinspector más guapo de toda la Policía Nacional.

Mientras Adolfo preparaba el té en la parte de atrás, Velasco se dedicó a mirar muy por encima la exposición que había colgada de las paredes blancas. Una serie de fotografías muy plásticas sobre edificios abandonados y fábricas en ruinas. No estaba mal... Sopesó si sería procedente enseñarle las fotos del cuerpo de Lidia. Podía ser demasiado grotesco para el pobre Adolfo, pensó. Un hombre muy sensible, que no podía soportar la vista de algo feo o desagradable. Sin embargo, podía ser de ayuda que las viera... Adolfo se acercó

con la taza de los Simpson llena de té humeante.

—Cuéntame, amigo mío. ¿En qué puedo ayudarte? Algo relacionado con tu trabajo, claro está. Es que no me puedo imaginar qué relación tiene el arte con la policía...

—Adolfo, estoy inmerso en la investigación del crimen de esa chica que apareció muerta el lunes por la mañana en Eirís. ¿Te has enterado?

—Pues claro... —Los labios se fruncieron en una exagerada expresión de contrariedad—. ¡No vivo en una burbuja, Manolito! Te cuento: su padre es un gran comprador de la galería. Un

hombre muy interesado en el arte. Además, gran amigo. Una desgracia horrible, de verdad... Aunque yo no conocía a su hija, sé que la adoraba. Estamos todos perplejos... —La curiosidad se estaba adueñando del galerista de manera evidente—. ¿Cómo puedo ayudarte? Haré lo que sea necesario...

Velasco sopló para enfriar la infusión y luego tomó un sorbo.

—Voy a pedirte un favor, Adolfo. Me gustaría que vieras unas fotos... Te aviso. No va a ser agradable...



—No le resultó muy difícil llegar hasta aquí con una furgoneta, por ejemplo, y dejar el cuerpo. Lo tenía todo muy estudiado. Aunque, fíjate. — Sanjuán señaló las casas bajas que estaban a lo lejos—: Corrió un riesgo muy grande: los chalets de ahí arriba... Alguien podía haberlo visto y bajar a husmear. Y desde aquel edificio de allí, el hospital, también... El tipo tiene bastante temple. —Sanjuán saltó la cinta amarilla y negra de protección con agilidad y se dirigió hacia el estanque —. ¿Cómo está la luna? Menguante, ¿verdad? Tuvo un poco de luz, lo suficiente como para casi no tener que

usar linterna, así no llamó tanto la atención. De todos modos, tendréis que ir a preguntar a los chalets a ver si alguien estaba despierto...

—Ya he pensado en eso. —Valentina miraba al criminólogo con curiosidad indisimulada. Parecía estar totalmente concentrado, mirando hacia todas partes con rapidez, analizando todo el espacio, recorriendo el camino que había seguido el asesino con el cadáver—. Sanjuán... ¿Tú crees que va a volver a hacerlo? Me refiero a matar a otra chica. ¿O Lidia era una obsesión del asesino... y actuó en consecuencia? Lidia se parecía mucho a la modelo del cuadro. Podía

conocerla...

—Aún no tengo ni la más remota idea, inspectora. Para dilucidar algo tan complejo como eso hacen falta muchísimos más datos. —Señaló al árbol que estaba enfrente de ellos—. Fíjate: el sauce llorón. Es el símbolo del amor traicionado. Extraordinario.

—¿Extraordinario?

—Esta noche estuve mirando el cuadro y su simbolismo. Todas las flores significan algo. Y el sauce también. Por eso la puse aquí, cerca del árbol. Es muy perfeccionista. Ha estudiado todos los pasos durante bastante tiempo, ha disfrutado buscando el sitio como si

fuese un director de cine eligiendo localizaciones para su película.

Valentina sacudió la cabeza. Estaba perpleja.

—Le he pedido a Velasco que pregunte a sus amigos artistas si conocen a algún especialista en arte que pueda asesorarnos, algún especialista en pintores prerrafaelitas y el arte inglés Victoriano en general. Está claro que el asesino tiene conocimientos profundos sobre el tema.

Sanjuán asintió.

—Es una idea excelente. El criminal está contándonos una historia, una historia muy personal, íntima, incluso.

Una historia que tiene que ver con ese cuadro. Cuanto más sepamos de Ofelia, más fácil nos será desentrañar las motivaciones del asesino. Sabemos que él es el Artista, en mayúsculas, pero ¿por qué eligió a Lidia? ¿Por qué quiso representar esa obra en particular? Y lo más importante, ¿cuál será su próxima reproducción, si la hubiera? —dijo Sanjuán, tanto para sí como para Valentina.

Valentina se sintió, de repente, intimidada. Intimidada por la sensación agobiante de que aquel caso iba a ser complejo y demasiado enrevesado. Por la figura de la chica muerta, que volvía a

su memoria en aquel lugar, envuelta en una mortaja a modo de vestido espectral, el olor a formol y a flores, y allá a lo lejos la señal tenue y nítida de la putrefacción. Intimidada también ante la personalidad de Javier Sanjuán, tan seguro de sí mismo, tan rápido en sus deducciones y pensamientos, como si no le costase ningún trabajo deambular por la escena del crimen y meterse en la piel de un criminal sin escrúpulos. Era como si su antigua y olvidada inseguridad infantil intentase golpearla en el medio del pecho.

—Valentina... —Se volvió y observó al criminólogo, vuelto hacia

ella, escrutándola, con la cabeza ladeada. Su voz presentaba un tono empático que la inspectora no supo cómo tomarse—. Es horrible ver cómo muere una cría en lo mejor de la vida. Es lo más absurdo. Lo peor. A todos nos afecta. Y más a ti, que eres una mujer joven. Pero para coger a la persona que ha hecho esto, es necesario aprender a no sentir demasiado. Es necesario disociarse, poner un muro.

—Ya. Soy «demasiado joven» para un caso tan complicado. —Valentina murmuró, casi inaudible, la frase que la había dejado un tanto fastidiada el día anterior.

Sanjuán rio con ganas, rompiendo la seriedad del momento.

—¿Estás molesta por lo de ayer? De verdad, no quería decir eso... —La miró con expresión de simpatía, le hacía gracia verla de repente tan frágil—. Bueno, sí. Me sorprendió que fueras tan joven, eso es todo. —Hizo un gesto de disculpa con una medio sonrisa—. Estoy acostumbrado a tratar con policías de otro estilo. Mayores. No sé si me explico.

—La verdad es que el caso me vino a mí de rebote. El inspector que lo llevaba en un primer momento se fue de vacaciones. Se sentía mayor para un

caso tan complicado, hacía falta «sangre fresca» en un lío como este, vino a decirme Iturriaga, el inspector jefe —se sinceró Valentina, que al fin pudo reírse un poco y liberar así la tensión que la atenazaba.

—Es que lo es, sin duda. Un marrón de primera —dijo Sanjuán—. Pero yo no creo que te hayas hecho policía para huir de los marrones, inspectora Negro. —Y la miró directamente a los ojos, quedando por un momento absorto en el abismo profundo al que invitaban.

Javier Sanjuán había detectado la vulnerabilidad de la «inspectora O'Neill». No era tan fiero el león como

lo pintaban. Tuvo que reconocer que le gustó lo que pudo percibir. Una persona honesta y bastante transparente. A saber cuánto quedaría de aquella honestidad y transparencia en cuanto pasasen unos años más.

El móvil de la inspectora sonó dentro del bolso y liberó a Valentina de una mirada que también le había afectado. Ella lo buscó, casi metiendo la cabeza para encontrarlo. Allí estaba, entre la agenda y la grabadora.

—Sí. Hola, Velasco. Estoy en el parque de Eirís con Sanjuán. ¿Ya me has mirado eso de los artistas? ¿Has ido a ver a Adolfo Miñeiro? ¿Que se ha

desmayado al ver las fotos...? No seas exagerado, por Dios. Te ha dado un nombre... bien... Fantástico. ¿Quién? Espera que lo apunte. Un segundo. —Le hizo una señal a Sanjuán para que tomase nota—. En la Facultad de Arquitectura, sí. Christian Morgado. Profesor de arte. Es muy amigo de Miñeiro, claro. Especialista en arte moderno y contemporáneo. Hizo la tesis sobre influencia del simbolismo y prerrafaelismo en la pintura gallega. Perfecto. ¿Escribe en *La Gaceta*? No me suena... No me habré fijado. Bien, gracias, Manuel. ¿Por casualidad no habrás mirado a qué horas está ese

señor por allí? ¿Sí? Genial. Vale. Hasta luego. —Valentina colgó y miró a Javier Sanjuán—. ¿Vamos a visitar a Christian Morgado? Estará en la facultad de Arquitectura hasta las dos de la tarde. Quizá pueda decirnos algo sobre el Artista.

—Será un placer. En cuanto termine de analizar todo esto y saque algunas fotos. ¿De camino podrías llevarme a donde se supone que la secuestró? Te recuerdo que el lugar donde fue raptada también es la escena del crimen —dijo sonriendo, solo para picarla.

—Sanjuán. —Valentina Negro suspiró, poniendo los ojos en blanco—.

Te avisaré cuando digas algo de verdad gracioso y, a la par, útil. —Y le ofreció una sonrisa que le decía a las claras que pasaba de sus provocaciones, pero que le gustaba su compañía.



—Gracias por traerme, Lu. —Anido la miraba con ternura, comiéndosela con los ojos.

—De nada, Jaime. Vuelve pronto. No me dejes sola mucho tiempo. Me aburriré mucho sin ti...

—Descuida. —La besó en los labios dulcemente—. Estaré de vuelta antes de que te des cuenta.

—Te quiero aquí en mi cumpleaños.

—Lúa hizo un mohín caprichoso—. Y tráeme algo de Londres. Anda. Algo rico.

—Venga, vuélvete al trabajo. Antes de que te llame Carrasco y te corte la cabeza.

Lúa lo besó con pasión. Luego se marchó a buscar el coche al parking, dejando a Jaime Anido solo con sus pensamientos.

«Lúa no tiene ni idea de dónde voy ni a quién voy a ver. Y lo peor: no sabe por qué voy a Londres. Si lo supiera le daría algo. No volvería a dirigirme la palabra en la vida», pensaba Anido. Las

imágenes que llenaban su mente no podían formar parte de su mundo con Lúa. De ninguna manera. Eran imágenes de una gran mansión en el medio de la campiña británica. Garlington Manor. Imágenes brumosas de absenta y hachís. Cocaína y drogas de diseño. De orgías interminables a la luz de las velas, hombres y mujeres enmascarados y atados, el mundo del dolor y del placer unidos por una fina línea de cuero brillante. Allí Jaime Anido no era Jaime Anido, era Amo Galcerán. Patricia se convertía, con su máscara de cuero y sus botas de tacón interminable, en Little Bitch. Su amiga Sue, la maestra de

ceremonias, era lady Ariadna, y los guiaba con su delicado ovillo de hilo por el laberinto de aquella mansión secreta y misteriosa. Anido se había iniciado en los misterios del sexo salvaje y sin tapujos de la mano de Sue tras intimar en una sesión de fotografía erótica que le había encargado un importante *magazine* británico de tinte homosexual. Sue en aquel momento era modelo y gogó, una belleza inglesa de pelo oscuro y ojos verdes, con la piel de alabastro heredada de años de invasión vikinga en el norte de Escocia. Aquella intimidad se hizo mucho más estrecha cuando Jaime descubrió que sus

verdaderas tendencias eróticas iban más allá del aburrido sexo que había practicado hasta ese momento. El mundo del sado le abrió nuevos horizontes vitales. Pertener a aquella hermandad secreta le dio nuevos bríos a una vida que parecía ahíta ya de tantos placeres mundanos y asequibles.

Capítulo 26. Christian Morgado

Miércoles 9 de junio,
12:45 h, Facultad de
Arquitectura

—Hemos quedado a la una con Christian Morgado. —Valentina miró el reloj deportivo Nike—. Aún nos da tiempo a tomar un café, son menos cuarto. ¿Vamos a la cafetería de la facultad a tomar un café?

El ambiente de la cafetería era bullicioso. El intenso olor a frito y a

tabaco era casi acogedor. Los estudiantes apuraban el final del curso, apoyaban sus grandes carpetas y bolsos en el suelo de la barra, en las mesas. La inspectora consiguió hacerse con un sitio en la barra, al observar que dos chicos pagaban y recogían sus cosas. Pidieron dos cortados. Valentina atrapó *La Gaceta*, que dormía arrugada en un rincón. Buscó el artículo de Lúa Castro.

—Fíjate. «Un asesino con ínfulas de artista». No es tonta, la Lúa esta. Pero no ha descubierto aún el parecido del cuadro con la escena del crimen. Y eso que tiene las fotos.

—¿Tiene las fotos? Vaya. Qué raro

que no las hayan publicado... serían un triunfo para el periódico...

—El padre de Lidia es un hombre muy influyente. Y creo que *La Gaceta* tiene un código deontológico bastante severo. Además, Lúa tiene las fotos, pero no las hizo ella, así que su periódico no puede exigirle nada... — Valentina lo miró con intención—. Algún día te contaré la historia de las fotos de Lúa Castro, Sanjuán. Es una historia interesante. Esa chica es una verdadera... ¿Cómo decirlo de una manera suave? Una chica muy «espabilada». Ya me entiendes. —La inspectora siguió leyendo el artículo en

voz alta—: «El cuerpo de Lidia Naveira apareció rodeado de flores, vestida como si fuese una novia el día de su boda... hoy habrá una manifestación, en María Pita, de protesta por el asesinato, organizada por su familia y amigos... El velatorio se celebrará en Servisa... el entierro, el jueves en San Amaro...».

—Ya sabes que algunas veces, no siempre, los asesinos van al entierro o al velatorio —Sanjuán la interrumpió—, o a ambas cosas. En este caso creo que no perderías nada si mandas sacar fotografías, o todavía mejor, no estaría de más grabar en vídeo a la gente que asista a los dos acontecimientos.

—¿Tú crees que el asesino será tan inconsciente como para asistir? ¿No será mucho riesgo? Se puede poner muy en evidencia...

—Va a asistir mucha gente, muchísima. Además, a este tipo le gusta mucho el riesgo. Fíjate en lo arriesgado del secuestro, y posteriormente el lugar en donde abandonó el cuerpo, un sitio bastante expuesto. Observa también el cuidado con el que trató el cuerpo. A ese tipo le gusta tanto Lidia viva como muerta. Incluso te diría que muerta le gusta más...

—Sí, lo entiendo. Y ese es nuestro problema: que las necesita muertas —

reflexionó en voz alta Valentina, mientras se levantaba dando a entender que era la hora de ir a ver a Morgado.



Christian Morgado se retiró el largo flequillo trigueño hacia atrás, en un tic estudiado que él consideraba muy atractivo, y sus alumnas, también, por supuesto. Observó en el espejo las ojeras que estragaban sus ojos azul cobalto. No le importó: sabía que le daban un aspecto decadente y lamentable, y eso le encantaba. A eso contribuía su altura de metro ochenta y su delgadez, poco más de setenta y cinco

kilos. Sabía que más de una le llamaba Hugh Grant a sus espaldas. Se refrescó la cara y la nuca con agua del lavabo para espabilar un poco el cerebro. La policía. ¿Qué diablos querría la policía? La policía siempre era presagio de malos tiempos, de juicios, de incomodidad. Se pasó la mano húmeda por el pelo, colocándolo hacia atrás. Miró su reloj Calvin Klein: era la una de la tarde. Hora de la cita. Volvió a mirarse: estaba perfecto. La camisa de cuadros vichy de Ralph Lauren. Los pantalones chinos. El jersey azulón por los hombros, a juego con los ojos. Lo anudó con cuidado. Entonces sí. Salió

del baño y vio a una pareja en la puerta de su despacho. El hombre le sonaba ligeramente de algo... ella no. Pero era una verdadera diosa del olimpo: pelo negro, largo y lacio, tez pálida, no muy alta... aquellos pechos que, a ojo de buen cubero, parecían una talla noventa y cinco... Si eran ellos los policías, serían totalmente bienvenidos. Sobre todo la chica.

Morgado se acercó a la pareja y saludó con un gesto de la mano. Los dos lo miraban con atención. La mujer era todavía más hermosa de cerca, no se había equivocado.

—Hola. ¿Me esperaban?

—Hola... —Valentina sonrió con afabilidad—. ¿El profesor Christian Morgado? Soy la inspectora Valentina Negro, de la Policía Nacional. —Valentina enseñó su placa tras sacarla del bolsillo del vaquero—. Mi colega es el profesor Javier Sanjuán.

—¡Ah! Javier Sanjuán, el famoso criminólogo en persona... —Morgado interrumpió a Valentina con voz emocionada—. Encantado de conocerle. Veo siempre su programa, es fascinante. Soy un gran amante de la crónica negra...

—Gracias, es un honor inmerecido. —Sanjuán enarcó una ceja y sonrió,

enigmático, como el gato de Cheshire. Morgado abrió su despacho con la llave y los invitó a pasar—. Adelante, adelante. Perdonen el desorden. Junio es un mes horrible, estoy siempre muy ocupado con trabajos, exámenes y todo eso. Se harán a la idea, claro. No tengo demasiado tiempo para ordenarlo todo, el despacho está hecho un verdadero desastre... Bien. ¿Qué deseaban? ¿En qué puedo ayudarlos? —Christian miró a Valentina, apreciando de una forma evidente el color de los ojos grises, sin demasiado disimulo—. Pero, por favor. Tomen asiento.

La inspectora se sintió algo

incómoda con aquella mirada tan intensa y clara que la taladraba con admiración. Desvió los ojos e intentó observar dónde estaba el supuesto desorden de un despacho immaculado, sin una mota de polvo. Brillaba como una nave espacial, los muebles baratos de diseño gris grafito y blancos no mostraban ni la más mínima señal de abandono. Se acercaron a la gran mesa de color crema, atestada de trabajos anillados y montones de folios. Valentina observó con interés la lámina gigante de un cuadro que mostraba a una especie de sirena perversa hundiendo a un marino hacia las profundidades, los dos cuerpos

conformando un baile macabro, que ocupaba parte de la pared del fondo. Los ojos de la sirena siguieron los de Valentina, como los de una Gioconda semidesnuda y perversa, la cola plateada de serpiente marina rozaba el fondo arenoso. La imagen resultaba turbadora.

Morgado siguió la mirada de la inspectora.

—Se titula *Las profundidades del mar*. Es de Burne-Jones, un pintor prerrafaelita inglés. Es un cuadro precioso. ¿No les parece?

—Yo diría que es muy inquietante.
—Valentina no quitaba los ojos de la

misteriosa sirena que parecía celebrar la muerte de la presa a la que estaba aferrada.

—Nos han dicho que usted es especialista en arte moderno y contemporáneo. Y en concreto, el mayor especialista en prerrafaelitas de La Coruña. Por eso estamos aquí. — Sanjuán intervino en la conversación mientras se sentaba en una de las dos sillas de metal—. Precisamente para hablar de arte prerrafaelita.

—Bueno, uno de ellos. Hay más fanáticos de ese estilo de pintura, más de los que parece. Lo que ocurre es que están siempre ocultos en el armario. No

suele quedar bien dentro de ciertos círculos admitir que los prerrafaelitas son unos pintores maravillosos. Yo no tengo ningún problema... soy un fan absoluto de ellos, especialmente de Burne-Jones. —Señaló el cuadro de nuevo—. Hice la tesina precisamente sobre el simbolismo de las sirenas en la pintura gallega simbolista y surrealista y las influencias del arte inglés. Pero eso no les interesa, seguro. Imagino que han venido por algún suceso relacionado con el arte. Si no, no estarían aquí, por supuesto...

—Señor Morgado. Le pido que todo lo que hablemos a partir de este

momento permanezca en la más absoluta confidencialidad —señaló Valentina.

—¿Dónde hay que jurar? Me temo que no tengo una Biblia a mano. No soy muy creyente. —Se rio de su propia broma con una sonrisa. A Sanjuán aquel hombre le parecía cada vez más pedante. El típico profesor joven, erudito y guapo que, sin duda, se tiraba a todas sus alumnas, sin distinción. Por no hablar de cómo miraba a la inspectora...

Valentina sacó del bolso una carpeta, y la colocó con decisión sobre la mesa del profesor.

—Le advierto que lo que voy a enseñarle es bastante crudo. Lo que

queremos es que nos eche una mano en lo que se refiere al simbolismo y, especialmente, en cuanto a lo que puede querer decir todo esto... desde el punto de vista artístico. Desde el punto de vista de un especialista en arte prerrafaelita. De todos modos, le aviso. Las imágenes son algo truculentas... si no quiere verlas, no pienso obligarle, por supuesto. A su libre albedrío...

—Por supuesto que quiero verlas. Ahora ha conseguido excitar mi curiosidad, inspectora Negro. No creo que sean tan horribles como para no...

Las fotos de Lidia Naveira aparecieron ante los ojos asombrados de

Morgado. Miró hacia ellos totalmente traspuesto. Tras el moreno de solárium, Sanjuán notó que el hombre había empalidecido, de alguna manera. Luego, volvió a observar las fotografías con expresión de desconcierto.

—¿Son fotos de la chica desaparecida el otro día? Está muerta, ¿verdad? Desde luego, ahora entiendo... Es impresionante. Se han dado cuenta, ¿verdad? El parecido es asombroso... hasta las flores...

—Si se refiere usted al cuadro de Millais... sí. —Valentina observó que le temblaban ligeramente las manos—. El parecido es notable, por eso estamos

aquí. Necesito algo de ayuda sobre el tema.

—Por supuesto, haré lo que sea necesario. Es horrible. Pobre chica, es horrible. Y patético. ¿Quién puede haber ideado algo tan macabro? ¿Han pensado que el asesino de esta chica pueda ser un artista, o alguien relacionado con el arte? A mí no me cabría la menor duda.

Sanjuán se había limitado hasta aquel momento a observar a Morgado. Sus gestos afectados de galán de facultad le parecían algo rancios a pesar de que no aparentaba más de treinta y cinco años, pero aun así no le caía mal del todo. Parecía un tipo bastante

agradable a pesar de la afectación. Intervino en la conversación para explicar su teoría.

—Está claro que el escenario que ha creado el asesino refleja algo concreto, algo que tiene mucho que ver con ese cuadro. Con la modelo. Con lo que quiera que signifique para él esa chica sumergida en el río. No sé si es un artista exactamente, o cualquier otra cosa parecida. Pero es obvio que tiene cierto talento para crear un escenario. Y también que se ha tomado su tiempo para recrear esa obra de arte en particular.

—No le falta razón —dijo Morgado

—. ¿Para qué iba a tomarse alguien tanto trabajo si no quiere comunicar algo? En el fondo lo que quieren todos los artistas es reconocimiento, ser famosos, ganar dinero. Especialmente ser famosos. Trascender. La fama. —Morgado se levantó, con sus brillantes ojos azules fijos en Valentina durante un instante fugaz e intenso que por segunda vez no pasó desapercibido al criminólogo—. Son las dos de la tarde. Estoy hambriento, la verdad. ¿Por qué no me acompañan a comer? Conozco un sitio en donde ponen un marisco de vicio... Así, mientras comemos, podré explicarles más o menos lo que sé del

cuadro... y también qué otras personas puede haber en la ciudad que estén muy interesadas en ese tipo de arte. Y en chicas muy jovencitas al mismo tiempo. —Los ojos de Morgado brillaron de excitación—. De hecho, recuerdo una historia muy sabrosa que me contó una de mis becarias hará aproximadamente un año. Puede que les resulte interesante...

• • •

El avión cruzaba el canal de la Mancha a treinta y cuatro mil pies y a una velocidad mach 79. Pero Jaime Anido no era consciente de estar volando sobre

el océano Atlántico. Ni siquiera se había dado cuenta de que la señora de típico acento *cockney* que lo miraba desde el asiento contiguo tenía un parecido absurdo con Blanche Deveraux, la eterna seductora de *Las chicas de oro*. Anido se encontraba ausente, absorto por completo en el mundo con el que se iba a encontrar al llegar a la capital británica. El mundo del cuero y las máscaras. La cera derretida, las mordazas, las pinzas, las restricciones. Un mundo que le abrió las puertas del placer y del dolor más intensos: el mundo dual del amo y del esclavo. Cuando descubrió que en ese ambiente

se movía como pez en el agua, no dudó ni un instante que, desde ese momento, una parte importante de su vida permanecería oculta por completo a la mayoría de sus conocidos, amigos o familiares. Miraba el blanco campo de nubes sin verlo: su mente volaba hacia el pasado, hacia el condado de Oxfordshire.

Una gran mansión perdida en la campiña, rodeada de prados insultantemente verdes y recortados, de bosques umbríos. Noches de absentia, de hachís, de embriaguez sin fin. Cuando vivía en Londres, la hermandad se reunía una vez al mes en aquel caserón

oscuro propiedad de la familia de uno de los miembros, sir Thomas Hampton. Una vez al mes daban rienda suelta a todas sus pasiones abyectas, ocultas. Algunos se avergonzaban de ellas. Otros las llevaban a gala con tatuajes simbólicos en partes del cuerpo totalmente visibles. Pero todos iban enmascarados, disfrazados, en un eterno baile de máscaras dedicado al vicio y a la virtud, a Justine y a Juliette.

Recordaba perfectamente que Patricia Janz, amordazada y sujeta por unas cadenas de plata, era azotada por varios de los miembros, sin un ápice de piedad. Las marcas rojas surcaban su

piel y las lágrimas corrían por sus mejillas, iluminadas por la tenue luz de los cirios eclesiales. Pero nunca pedía clemencia, siempre quería más y más. Ningún dolor era suficiente para purgar su eterna necesidad de castigo. Sue reconocía su admiración hacia la escuálida inglesita administrándole penitencias que ningún otro miembro merecía, a su entender. Era la favorita de los amos dominantes, y ella era consciente de que se la rifaban en todas las sesiones. Alguno incluso quería pagar mucho dinero para tenerla en exclusiva, pero fue inmediatamente expulsado. La hermandad abominaba de

la prostitución. Todos los que acudían a aquellos encuentros lo hacían libremente, sin pagar ni cobrar ningún tipo de dinero o favores.

Anido estaba ansioso por volver a aquel lugar tan dramático, lleno de rojos tapices, de arcos tudor, de alfombras interminables y armaduras en los pasillos. De bajar a las mazmorras húmedas que conservaban la impronta de siglos de tortura en los lúgubres muros de piedra. Quería sentir el látigo de Sue atravesando su espalda, el dolor agudo y lacerante, el ruido del cuero penetrando en su carne. Se dio cuenta de repente de que necesitaba aquello como

el heroinómano su dosis de opiáceos. Lo que no entendía era cómo podía haber estado tanto tiempo sin sentir aquella necesidad que entonces le llegaba a la garganta, ahogándolo de ansia. Había estado dormido. Y estaba, por fin, volviendo a la vida.

Capítulo 27. La ventana indiscreta

Bodelón subió al primer piso del edificio donde había transcurrido la vida de Lidia Naveira. El portal de Lidia estaba tan saturado de gente que le costó Dios y ayuda sortear a periodistas y vecinos curiosos sin llamar demasiado la atención. Subió por la antigua escalera. Nunca cogía el ascensor. Odiaba los ascensores. Además, subir escaleras era bueno para mantenerse en forma. Esa era la disculpa. En realidad, ocultaba a todo el mundo una fobia

cerval hacia aquellos aparatos suspendidos en el aire que se podían caer en cualquier momento. Aparatos en el aire que no eran de fiar, al revés que sus piernas. Llamó al timbre. A la altura de sus ojos había colgado un corazón de Jesús de plata. La tapa de la mirilla hizo un leve ruido al caer sobre la lente.

Al momento abrió, con la cadena puesta, una señora mayor, gruesa, vestida con un mandil cruzado con cuadritos verdes y marrones. La mujer vio con agrado a un hombre alto, con el cabello rapado, de facciones correctas y amables ojos castaños, y muy musculoso. También vio una brillante

placa de la policía asomando en el hueco que quedaba entre la puerta y el quicio.

La mujer cerró y quitó la cadena. Luego abrió de par en par.

—Es policía, ¿verdad? Pase, pase, joven. Me llamo Maruja. ¿Usted es..?

—Daniel Fernández Bodelón, subinspector de la Policía Nacional. Encantado.

—Pase, por favor, y siéntese. ¿Quiere un café?

—Sí, por favor. Me encantaría un café.

Bodelón entró en aquella casa suspendida en el tiempo. Un gran cuadro

de la Virgen del Rosario presidía la mesa del comedor. Había tapetes de ganchillo en los sillones, flores de plástico en un jarrón y también una televisión de plasma que contrastaba de forma sorprendente con aquella decoración propia de la época del NO-DO.

—Siéntese, siéntese. Sin miedo, joven. Espere un poco mientras le hago el café. ¿Cómo lo quiere? Tengo la Nespresso. Me la ha comprado mi hijo. Igual que la televisión... Así que puedo hacerle un montón de cafés distintos. No sé cuál es el sabor de cada uno, no los distingo, la verdad...

—Un café normal, gracias. El que más rabia le dé. No tengo ninguna preferencia.

Bodelón escuchó a la mujer coger tazas y platos. Echó una rápida mirada por el salón. Por lo visto, el hijo era piloto de Iberia: había varias fotografías de un hombre maduro vestido con el típico uniforme azul, sonriente y flanqueado por dos chicas con pañuelos al cuello. Apareció la mujer con una bandeja y dos cafés, además de un plato de galletas.

—Viene por lo de Lidia, seguro. Pobre chica. Ha sido una desgracia horrible. Su madre no ha salido de casa

desde el día de su desaparición, y su padre... Yo creo que el padre se ha vuelto totalmente loco. No me extraña. ¿Azúcar?

—Dos cucharadas, por favor. Gracias. Es usted un cielo, señora Maruja.

—No recibo muchas visitas desde que murió mi marido, hace un par de años. —Puso los ojos hacia el cielo—. Mi hijo está siempre de viaje, y me encuentro bastante sola. Por no hablar de la fibromialgia, que me tiene siempre metida en la cama. El médico me dice que vaya a la piscina y me mueva, que soy muy joven aún, pero comprende que

no me apetece demasiado, con dolores por aquí y por allá todo el tiempo...

El subinspector escuchaba atentamente, buscando un leve resquicio para poder cortar la conversación de la buena mujer, que amenazaba con prolongarse hacia el infinito. Al fin se atrevió a interrumpirla, a la vez que cogía una de aquellas galletas que tenían todo el aspecto de haber sido cocinadas hacía varios siglos en el horno de un convento. Las probó para que la señora se sintiese cómoda y descubrió que estaban deliciosas.

—Están buenísimas estas galletas. ¿Las hace usted?

Fernández Bodelón sonreía con encanto de hijo responsable. La verdad era que sabían bastante mejor de lo esperado. Tenían un leve toque de jengibre y clavo que le resultó sorprendente.

—Oh, sí, hijo. Es una receta de mi madre, no sé dónde aprendió a hacerlas. Le gustaban muchísimo a Lidia. Se las llevaba siempre, a ella y a su hermano, cuando eran pequeños. Ellos siempre han vivido aquí, ¿sabe?

—¿Sí? No lo sabía.

—Una niña muy buena, con la cabeza muy bien amueblada. Muy buena estudiante, y guapísima, se habrá usted

fijado. Ese pelo rojo era espectacular. Yo siempre le decía que se dedicara a ser modelo, pero ella respondía que no era suficientemente guapa para eso. Las chicas jóvenes, qué cosas tienen. Siempre tenía algún chico que la rondaba, pero el único novio que yo le recuerdo era un hombre que no me gustaba nada para ella.

—¿Novio? ¿Lidia tenía novio? —La voz del subinspector denotaba cierta sorpresa—. Es curioso, porque su padre nos dijo que no tenía ninguna relación, ni novios conocidos...

—Oh, no lo sabía. ¡No habré dicho algo improcedente!... ¿Eso dice el

padre? Ah. No lo sabría. Es que yo la veía llegar por las noches... desde la ventana, claro. Es que con todo el jaleo del botellón en esta zona es difícil dormir. Yo tengo insomnio desde hace varios años, desde que murió mi esposo, y me niego a tomar pastillas... Bueno. Lidia solía aparecer los viernes sobre las 4 de la madrugada, en un Mercedes negro muy bonito, deportivo, parecido al de mi hijo. Ella y su novio, un hombre moreno y muy guapo, por cierto, se despedían en el portal. Él iba siempre muy trajeado, con gomina en el pelo. No me gustaba nada, era demasiado mayor para ella. Tendría sobre treinta y cinco,

cuarenta años. Parecía un político, alguien importante. Alguna vez la agarró del brazo con fuerza... Eso tampoco me gustaba nada.

El policía adelantó el cuerpo hacia ella, mostrando total atención. Aquella mujer parecía una bendición del cielo.

—¿La agarró del brazo? ¿Quiere decir de manera violenta?

La señora Maruja reflexionó durante unos segundos.

—Algo parecido. Discutían mucho. A veces se metían en el portal y él gritaba bastante. Lidia hablaba más despacio, pero también tenía su carácter, no se crea. Luego ella subía en el

ascensor. —En este piso se oye todo, y eso que es de construcción antigua, fíjese usted qué paredes, son de papel. Y él esperaba un rato abajo y luego se marchaba.

—¿Hace mucho tiempo que ocurrieron esas escenas? —Daniel empezó a tomar nota de todo lo que la señora Maruja estaba diciendo en una agenda de color negro que siempre llevaba consigo.

—Oh, más bien sí. Más de seis meses, creo recordar. Últimamente, Lidia estudiaba mucho, hacía mucho deporte y no salía por la noche tanto como antes. Y solía llegar con su grupo

de amigas, o sola. Pero la verdad, no volví a ver a ese señor nunca más por aquí.

—No se acordará de la matrícula del coche, por casualidad...

—Oh, qué va, hijo. Si casi no veo. Estoy en lista de espera para la operación de cataratas desde hace más de un año y aún sigo esperando... Ojalá la hubiese visto. Me acordaría, eso seguro. ¿Puede ser un sospechoso?

—Puede ser, señora Maruja. Avísenos si ve algo, o si reconoce a ese hombre. Tome mi tarjeta. Gracias por el café. Y las galletas... estaban riquísimas.

—Pues no te vas a ir sin unas pocas, hijo.

El subinspector negó con la mano, pero fue en vano. La señora Maruja se dirigía ya con decisión hacia la cocina para coger un buen montón de galletas de la alacena.



Velasco también estaba cumpliendo con las órdenes de Valentina: escudriñar todo lo que pudiera acerca del cuadro y su historia. Se frotó los ojos, cansado, y vio que era ya hora de ir a comer. Había impreso un montón enorme de hojas, que había intentado clasificar por temas. El

cuadro de Millais no salía de su mente: cerraba los ojos y allí estaba, Ofelia, Ofelia, su pelo mojado, las manos blancas, la calavera escondida que no se veía a simple vista, el petirrojo escondido entre el follaje... El petirrojo era un detalle que se le había escapado al asesino. No había petirrojo en la escena del crimen. «Un petirrojo enjaulado tiene a todo el cielo encolerizado». Se acordó de la película de *El dragón rojo* y de los versos de William Blake. Nunca supo lo que querían decir. En vez de un petirrojo, el asesino prefirió rodear el cuerpo de un montón de patos asquerosos. Se dio

cuenta de que estaba empezando a divagar. Necesitaba urgentemente glucosa y algo de comida. Una Coca-Cola, por ejemplo, le iría de perlas. Y un bocadillo de cualquier cosa. De jamón, por ejemplo. Se estiró en la silla y decidió que bajaría a tomar algo. No le apetecía en absoluto volver a casa: la sentía totalmente vacía desde que Robert, su novio, se había ido a trabajar de nuevo a Terrassa. Se moría por verlo. Un mes sin él era un mes sin vida. Robert lo había sacado del ambiente, de los cuartos oscuros y de las resacas en la cama de algún desconocido guapo y escuálido. Mejor no pensar en el asunto.

Faltaba poco para que volviese a La Coruña de nuevo.

Repasó las notas que había conseguido reunir hasta esos momentos. La modelo del cuadro, Elizabeth Siddal, murió de una sobredosis de láudano en plena juventud. Su marido, ahogado en el sentimiento de culpa más salvaje, había enterrado en el ataúd los manuscritos de su más perfecto poemario, en el cementerio de Highgate. Años después, ya famoso y solicitado, el extraordinario poeta Dante Gabriel Rossetti pidió la exhumación del cadáver para recuperar su obra. La leyenda contaba que el cuerpo de

Elizabeth estaba incorrupto en la noche, a la luz de las antorchas, el largo pelo rojo invadía la caja como las ramas de una hiedra. En realidad, Rossetti recuperó el legajo con varias páginas surcadas por pequeñas galerías, alimento de gusanos que salieron del cuerpo de su infortunada. Todo aquello era muy macabro. Aquella pintura estaba maldita.

Dudaba que estudiar aquel cuadro fuese a llevarlos a algún sitio. Velasco estaba convencido de que el asesino de Lidia era alguien que la conocía. Con seguir la investigación habitual, seguro que llegarían a alguna parte. Los

resultados de la Científica no tardarían en llegar, y pronto aquel cuadro tan macabro desaparecería de su vista, y se podría dedicar al trabajo de calle, no a estudiar la simbología de unas flores de plástico, algo que también le había pedido Valentina. Prefería con mucho estudiar las flores y el vestido, seguir la pista, averiguar de dónde procedían. Fibras, huellas, semen... eso era lo verdaderamente importante. Las pruebas. No los símbolos. Aquella investigación era como buscar el puto código da Vinci.

Llamó a Bodelón. Quizá había encontrado algo decente entre la

vecindad de Lidia Naveira, algún indicio, algo provechoso para iniciar las pesquisas. A lo mejor podía comer con él, si la mujer estaba en el trabajo. Así podría olvidar un rato el vacío que sentía a cada momento en el plexo solar. Le iría bien algo de compañía.



Anido recorrió los pasillos de la terminal 3 de Heathrow empujando un carrito con la maleta y el equipo fotográfico colgado en una mochila. Era una liberación volver a Londres. Observó con evidente placer la mezcla de seres humanos de cualquier parte del

mundo. Escuchar aquella babel de idiomas, admirar el desfile interminable de turbantes, saris, sombreros de cowboy, velos, gorras de béisbol... era algo que solamente era posible en el aeropuerto más cosmopolita del planeta. Se acordó de que tenía que llamar a Lúa. Decidió que lo haría después, por la noche, cuando llegase a Whitby. El avión había llegado con una puntualidad cronométrica, pero tuvieron que esperar un eterno cuarto de hora hasta que el *finger* quedó libre. Miró su Breitling: le quedaba poco menos de hora y media para llegar a King's Cross y coger el tren para el norte, hacia York. Luego, un

bus hasta llegar al pintoresco pueblo pesquero de Whitby. Allí se las arreglaría perfectamente en un *bed and breakfast* cerca de la playa. Las fotos del sitio en internet eran encantadoras.

Tendría que pillar un taxi de inmediato. No le sobraba ni un minuto de tiempo.



El entierro de la malograda Lidia Naveira se producirá mañana a las 12:00 horas en el cementerio de San Amaro. A él asistirán todas las autoridades locales. Se prevé

que será multitudinario, y desde el Ayuntamiento se ruega a la gente que utilice el transporte público, al estar la calle de Orillamar cortada por obras...

Cerró la página de *La Gaceta* en internet y lamentó que por el momento no hubiesen trascendido fotos de su obra al gran público.

Él ya tenía las fotos de Lidia en su momento más íntimo, de transfiguración. Con aquellas fotos y las grabaciones de todo el proceso había logrado, al fin, retomar su inspiración creativa. Estaba

pintando de nuevo. Y era una obra maestra, lo presentía. Nadie volvería a decir jamás que no era un artista de primer nivel. De sus manos estaba saliendo algo grandioso. Siempre estaría en deuda con aquella chica pelirroja que había alimentado de un modo tan extraordinario su sensibilidad.

Le llevaría flores a la tumba cuando todo se calmara... una amapola, para el sueño y la muerte. Narcisos. Rosas de mayo. Nomeolvides. Y una guirnalda de violetas que dejaría descuidadamente sobre la lápida de aquella joven tan hermosa.

Él era un hombre muy agradecido.



Lúa esperaba la llamada de la inspectora Negro. Estaba ansiosa por saber si había aceptado la propuesta de intercambiar las fotos por información. Era dura de pelar aquella chica. Si Larrosa hubiese seguido con el caso, todo habría ido mucho mejor. Mejor para ella, claro. Tener aquellas fotos y no poder publicarlas era una puta mierda. Claro que tampoco sabía si el periódico aceptaría publicar algo tan crudo. Era demasiado pronto y la herida estaba recién abierta. El padre de Lidia era amigo del director del periódico. Si

La Gaceta no las publicaba, daba igual: seguiría utilizándolas para conseguir algo de información de la inspectora, aunque intuía que no tenían ni idea de por dónde seguir. Aquel asesinato era algo enigmático. También lo era el repentino viaje de Jaime a Londres. Lúa estaba segura de que no le había dicho toda la verdad. Y no decir toda la verdad era, para ella, mucho peor que mentir. Anido siempre había tenido una vida secreta, un mundo oscuro que nunca compartía con nadie. Al principio le dio igual. Era un simple rollete de cama, nada más. Pero luego la cosa se fue complicando... Lúa estaba

acostumbrada a no pertenecer a ningún tío en particular. Le gustaban bastantes y no tenía mucho reparo en disfrutar de la vida y del sexo. Anido, sin embargo, se había filtrado poco a poco, sin grandes aspavientos, hasta hacerse casi indispensable en su cama. En su cama y en su corazón, pensó. Y ya lo echaba de menos, el mismo día de su partida. Con eso no había contado en ningún momento. Agitó dentro del bolso las llaves del apartamento del fotógrafo, que hicieron un tintineo cantarín. Tenía que ir a cuidar las plantas. Anido tenía un par de plantas carnívoras en un terrario que necesitaban muchos

cuidados y mucho amor, como decía él siempre. Bueno. Ya iría el fin de semana. Le había dejado una nota con las instrucciones. En ese momento debía ir a la redacción: como mínimo tenía que escribir dos páginas enteras del crimen, el velatorio, el entierro del día siguiente. No saldría del trabajo hasta las once de la noche si se daba mucha prisa. Como siempre. Joder. Ni siquiera iba a poder ir a lo de la conferencia del criminólogo. Jordi tendría que cubrirla.

Capítulo 28. Comida informativa

Miércoles, 9 de
junio, 14:00 h

Morgado se ofreció gentilmente a llevarlos en su coche al restaurante, y luego a acercarlos de nuevo a la facultad, así no tendrían que coger el suyo. Cuando Valentina vio a Christian Morgado abrir con su mando a distancia un Mini-Cooper Cabrio azul, no pudo por menos de sonreír de oreja a oreja y anotar un punto más en el casillero

mental que la inspectora había estado confeccionando, casi sin querer, para el profesor Morgado. Le había impresionado su seguridad y brillantez, algo que Sanjuán no había dejado de percibir.

—Me encanta este coche. Cuando tenga dinero me lo compraré. Es un verdadero capricho —dijo Valentina.

Morgado la miró, quitándose las gafas negras de Dolce & Gabbana. Sonrió, desplegando todas sus plumas como un pavo real.

—Permíteme decirte, Valentina, que estás guapísima. Y el color del coche hace juego con tus ojos...

—Gracias. Eres muy amable, Morgado. Pero te recuerdo que tengo que estar seria y que no admito coqueteos, estoy de servicio. — Valentina le contestó con una expresión indudablemente agradecida—. Y, por otra parte, mis ojos no son azules. Son grises. No es lo mismo.

—Puedes estar todo lo seria que quieras. Seria estás todavía más guapa, si eso es posible —replicó Morgado, que evidentemente se encontraba en su salsa en el juego del cortejo.

Javier Sanjuán asistía impertérrito a ese intercambio de cumplidos, al tiempo que apartaba los cuadernos anillados

que se amontonaban en el asiento de atrás del Mini para sentarse sin estropear ninguno de los trabajos de fin de curso de los futuros arquitectos coruñeses. Morgado lo miró a través del retrovisor, mientras Valentina ocupaba el asiento del acompañante.

—Sanjuán, ¿ya se ha bañado? Seguro que el agua está ahora buenísima, con el calor que hace... — dijo con un tono de maldad evidente, que encantó a Valentina.

—¿Bañarme? No, no me he bañado. Por ahora le tengo mucho cariño a mis extremidades inferiores, y algo me dice que las perdería si me bañara en la

playa —contestó Sanjuán, quien nunca tenía problemas en participar en una broma, aunque fuera a su costa.

—Una lástima. El agua del Atlántico tiene unas propiedades insospechadas para la salud. Y por aquí no hay tiburones, que yo sepa. —Valentina quiso sumarse a la broma, y para ello adoptó un aire doctoral digno de un médico de los programas de televisión matinales.

La larga cola de coches que iban hacia Santa Cruz desesperó a Valentina. Tardaron un cuarto de hora en recorrer un par de kilómetros. Pero cuando Morgado aparcó el Mini-Cooper en un

restaurante al lado del mar y tomaron asiento en una terracita con vistas al castillo, comprendió que había valido la pena. Además, se podía contemplar un precioso panorama de La Coruña a lo lejos, para alegría de Sanjuán. Era un restaurante típico, de estilo marinero, con gran variedad de pescado fresco en la carta y el marisco a un precio muy razonable. Las olas del Atlántico rompían a pocos metros de donde ellos estaban.

Después de devorar unas almejas y unas navajas a la plancha, con un albariño de la casa realmente notable y una empanada de zamburiñas que podía

pasar a la historia de la cocina internacional como un verdadero acontecimiento, la conversación empezó a derivar hacia el crimen de Lidia Naveira y las fotografías que Valentina había enseñado a Christian Morgado en su despacho minutos antes.

Así pues, la charla intrascendente cesó, y Morgado adoptó un tono grave.

—Lo cierto es que el crimen es atroz, y esas fotos... tardaré en olvidarlas, la verdad.

Valentina y Sanjuán no dijeron nada, invitándolo a continuar.

—Quienquiera que haya hecho algo así, conoce perfectamente el cuadro de

Millais —siguió Morgado—. No sé si os habréis fijado, pero hasta las flores están dispuestas de una forma muy parecida. Algo que no debe de ser nada fácil de hacer. Debió de costarle un triunfo ser tan meticuloso.

Sanjuán intervino.

—En mi opinión, estamos hablando de un psicópata con ganas de notoriedad. Muy probablemente un artista, o al menos un enamorado del arte, pero sin duda alguien que ha fracasado en que el mundo lo reconozca como el genio que es. Alguien que hace *performances*, un creativo. Pero con la macabra idea de matar primero, claro.

Ese es el punto.

Valentina, que asistía expectante a la conversación, recordó de pronto que apenas había comido en condiciones desde que recibió el encargo de liderar la investigación, así que llamó con un gesto a la camarera. Le apetecía un postre.

—¿Tomamos algo de postre? — preguntó a sus compañeros de mesa—. A mí me apetece, la verdad...

—Yo sí, creo que aquí tienen un tiramisú para chuparse los dedos, inspectora. —Morgado la miraba con una cara de admiración, que ni siquiera las gafas de sol podían contener. Se le

notaba a leguas el interés que sentía por Valentina Negro.

—Que sean dos, entonces. ¿Tú no quieres, Sanjuán? —preguntó Valentina.

—Esperaré a ver qué tienen en la carta. Hoy no tengo el día de tiramisú... Eso sí, tomaré un café cortado.

—Pide un café de pota con gotas —terció Morgado—. Es sobresaliente. Pues bien. He estado pensando en toda la gente que hay por la zona que esté interesada en el arte prerrafaelita. Estoy yo, claro, eso es evidente. En Santiago hay un par de profesores en la Facultad de Historia que también son especialistas en ese tipo de arte: Lois

Lourenzo y José Castro. Este último fue mi profesor en la tesina, un hombre realmente encantador. Un erudito. Claro que está a punto de jubilarse, tiene setenta y cinco años ya. —Morgado sacó una cajetilla de Chesterfield y un mechero—. ¿Os molesta que fume?

—En absoluto. Yo también me fumaré un cigarrillo con el café —se apresuró a decir Sanjuán, siempre atento a aprovechar las oportunidades para practicar el único vicio que pensaba que le quedaba—. Bien. Están esos dos señores en Santiago de Compostela. Por lo que veo, no hay mucha gente interesada en los prerrafaelitas. Es

extraño, es un estilo muy popular. A mí me gusta, por cierto. Cuando estuve en Londres me llamaron mucho la atención en la Tate Gallery.

—En España ese tipo de arte está muy mal visto —se puso a explicar Morgado, adoptando a su pesar un cierto aire profesoral—. Lo que se lleva ahora es el tema de los animales en formol, las *performances* con excrementos, cuerpos plastificados... todo muy agresivo. Y también la creación con vídeo y luces de neón, las *performances* en las que se deja morir a un perro de hambre atado a una estaca... Está todo muy mal para los amantes de la belleza. Ha desaparecido

por completo del mundo del arte. Poco a poco, los únicos creadores de arte figurativo se han organizado en guetos de la vergüenza, casi todos ocultos en la sombra, como delincuentes.

Después de que Sanjuán esperara a que Valentina pidiera los postres y los cafés —al fin el camarero apuntó dos tiramisús y una tarta de queso para él, y tres cafés de pota—, se dirigió de nuevo a Morgado.

—No te centres solo en profesores o eruditos. También puede ser interesante el mundo de los galeristas, marchantes... toda esa gente relacionada un poco más indirectamente. Y también

pintores, por supuesto. Artistas en general.

—Os haré un listado de todos los nombres que se me ocurran. Además, preguntaré por ahí a colegas y conocidos de ese mundillo. Otro nombre que me viene a la mente es el de un mecenas y comprador de arte bastante famoso en la zona. Pedro Mendiluce, el empresario.

Sanjuán y Valentina hicieron un gesto de desconocimiento casi a la vez. Se hizo el silencio cuando la camarera llevó los postres y el café de pota, con la consiguiente botellita de aguardiente de hierbas.

—¿No os suena el nombre de

Mendiluce? ¿De verdad? —preguntó extrañado Morgado—. Es uno de los empresarios más acaudalados de la zona.

—No es extraño, Morgado. Yo he estado varios años fuera de La Coruña, y Sanjuán, como sabes, no es de aquí —puntualizó Valentina.

—Claro, os cuento: Pedro Mendiluce es uno de los coleccionistas de arte más importantes de La Coruña, y si me apuras de todo el país. Se comenta que tiene un par de Rossettis y un Burne-Jones de exposición en su sala de estar. Cuadros de valor incalculable. Un hombre fascinante.

—¿Lo conoces? —Valentina atacó el tiramisú con expresión golosa. Estaba delicioso, y su cuerpo parecía haber tomado el mando, conocedor de que estaba necesitando una energía que su dueña le había negado en los últimos días debido a la ansiedad.

—Sí, más o menos. A veces nos movemos en ambientes parecidos, sí, es cierto. —Morgado parecía buscar las palabras apropiadas—. De todos modos, hace siglos que no lo veo ni hablo con él. Hemos perdido el contacto, por decirlo así. Tuvo problemas con la policía hace un tiempo, por culpa de la desaparición de

su esposa. Una francesa guapísima, amante de la ópera y del arte... una mujer exquisita, sí señor. También estaba forrada de dinero.

—¿Desaparición de su mujer? ¿Qué quieres decir exactamente? —Sanjuán lo miraba con la ceja enarcada.

—Mendiluce siempre afirmó que se había fugado con un artista joven que él apadrinaba, un tal Carlos Bello. Pintaba de puta madre. Hacía honor a su apellido, era un tipo refinado al que nunca más volvimos a ver por La Coruña. Pero la Policía Nacional lo investigó durante un tiempo por sospecha de asesinato. A Mendiluce,

claro, no a Bello. A partir de ese momento Mendiluce se mantuvo una temporada bastante tiempo fuera de Mera, que es donde tiene la casa. Ahí perdí el contacto con él. Luego volvió. La última noticia directa que tuve fue por una becaria que me asistió el año pasado. Una noticia bastante sórdida, si he de ser sincero.

De nuevo Valentina y Sanjuán permanecieron en silencio, esperando que Morgado relatara esa historia que, a todas luces, estaba deseoso de contar.

—Bien. Sonia era una becaria adscrita a mi departamento, cuya tesis supervisaba personalmente. Una chica

espabilada, muy guapa, buena investigadora. Una mañana apareció destrozada. Lloraba por las esquinas y no daba pie con bola. Le auguraba un gran futuro como arquitecta, pero al final se fue a Pontevedra a estudiar Bellas Artes. Cuando le pregunté qué le pasaba, rompió a llorar desconsoladamente. Parece que el día anterior la habían invitado a una fiesta en casa de Pedro Mendiluce. Ya dije que era guapísima, ¿verdad? Una verdadera belleza de pelo negro y ojos verdes. La hindú, la llamaban en clase. Según me contó cuando se tranquilizó y se decidió a hablar conmigo, en la fiesta aparecieron

un montón de chicas jovencísimas de los países del Este. A todas luces, prostitutas. Algunas parecían tener menos de dieciséis años, incluso. Se montó una orgía de padre y señor mío entre los empresarios y altos cargos que había por allí, señores maduros hechos y derechos, y las niñas. A Sonia, dos brutos medio borrachos quisieron violarla en una de las habitaciones. La encerraron dentro y sacaron un montón de billetes para comprar el asunto, ya me entendéis. Una barbaridad. No supo cómo consiguió escapar de allí, logró abrir la puerta y salió por piernas. Todo un cuadro, ¿verdad?

—Y ella... ¿no denunció a sus agresores y todo lo que estaba pasando? —preguntó Valentina.

—Yo creo que Mendiluce compró su silencio con una gran cantidad de dinero —contestó Morgado—. De pronto, Sonia apareció con un coche nuevo, ropa muy cara... y acabó marchándose a Pontevedra, como dije. Quizá huyendo de aquí. En fin... —Morgado se estiró en su asiento—, lo cierto es que pasó un mal trago. Estuvo tomando medicación una buena temporada. Psicólogos, psiquiatras, todo eso...

Valentina comprendió que tenía que hablar con esa chica.

—¿Sería posible conseguir el teléfono de Sonia?

—No lo tengo conmigo, inspectora. Pero esta tarde, en cuanto llegue al despacho, te llamo y te lo paso sin mayor problema.

Cuando terminaron la comida, Morgado los llevó de nuevo a la facultad. Al despedirse, Valentina le recordó lo del teléfono de Sonia y le pidió un listado de especialistas de arte prerrafaelita. De repente, Morgado le imprimió dos besos sentidos en las mejillas, que la inspectora pareció aceptar con evidente agrado. Sanjuán no quería reconocerlo, pero en el fondo de

su estómago estaba empezando a sentir algo muy parecido a los celos. Aquel Morgado no parecía cortarse un pelo a la hora de ligar. No quería imaginarse todo lo que podía hacer con sus alumnas...

—¿Qué te pareció? —le preguntó Valentina, una vez que lo llevaba de vuelta al hotel. Sanjuán tenía prisa por llegar: sentía un cierto agobio por la conferencia que impartiría después en el congreso.

—Si te refieres a la comida, estuvo deliciosa. Y el sitio, una pasada. En cuanto a todo lo demás, muy interesante lo que dijo sobre ese tal Mendiluce.

Prostitución, asesinato, violación, chicas núbiles... todo en uno. Yo iría a visitar a Mendiluce uno de estos días. Si quieres, te acompaño a verlo. Me ha picado la curiosidad. Es un personaje muy interesante, tiene razón Morgado. Todo un hallazgo —Sanjuán dijo todo eso sin traslucir un ápice de molestia por el evidente interés que la inspectora había mostrado por Morgado, y viceversa.

—Pues no tengo mayor inconveniente en que vengas conmigo, Sanjuán. En cuanto sepa algo del asunto, te llamo. Ya sabes cuánto te agradezco la ayuda que estás prestándonos... Solo espero no abusar, de verdad. —Y al

tiempo que dijo esto le sonrió de un modo que Sanjuán, esa vez sí, realmente acusó, y deseó de todo corazón que esa chica no volviera a sonreír a un hombre de ese modo nunca más en la vida. Solo a él.

Capítulo 29. Reencuentro inesperado

Valentina había quedado con el operativo de Cisne Negro a las seis, porque quería asistir a la conferencia de Sanjuán, que empezaba a las ocho de la tarde. Llegaría con algo de retraso, pero contaba con las pequeñas demoras habituales y la consiguiente presentación del ponente para no perderse apenas nada.

Antes de entrar a la sala de reuniones, donde le esperaban Bodelón, Velasco, López y Garcés, Valentina se

acercó al despacho de Iturriaga. El inspector jefe la miró por encima de las gafas y cerró la carpeta con papeles cuando ella entró con grandes zancadas en la habitación. Una vez que se sentó y estuvo frente a él, fue directamente al grano.

—Jefe, hemos descubierto algo relevante que ha abierto una vía complementaria de investigación.

—¿De qué se trata? —preguntó Iturriaga, echando el cuerpo para delante con expectación.

—Sanjuán me hizo ver ayer que toda la escena del crimen es una fiel reproducción de un cuadro inglés del

siglo XIX... Se trata de una obra denominada *Ofelia*, de un tal Millais.

—¿Qué demonios?...

—Sí. Un cuadro muy famoso, por cierto. Búsquelo en internet en cuanto tenga un rato. El parecido con la escena del crimen es... yo diría que apabullante. Por supuesto, seguimos con el plan trazado ayer y ahora vamos a reunirnos de nuevo para ver qué avances tenemos, pero estoy totalmente segura de que estamos frente a un asesino muy especial. Sanjuán lo llama el Artista, porque estamos convencidos de que es alguien muy vinculado al mundo del arte, al menos un erudito... o alguien

que vive de o para el arte, quizá para la pintura más en concreto, o no sé, las *performances*...

Iturriaga la detuvo, abrumado por tanta información.

—Cálmese inspectora. Vamos por puntos. No estoy entendiendo nada de lo que está contándome. Por favor... explíquese con menos rapidez.

—Bien. Parece que nuestro amigo ha querido crear en la escena del crimen una especie de *performance* artística destinada, sobre todo, a epatar a la policía y a la opinión pública. Creo que ahora me he explicado mejor. O eso espero... —Se detuvo al ver la

expresión de las cejas de Iturriaga que, sin duda, indicaban que aún no tenía los conceptos demasiado claros.

—¿Qué quiere decirme exactamente con todo eso de las *performances*?

Valentina se apresuró a explicarle que ese término designaba «instalaciones» o «puestas en escena», que podían contener tanto pinturas como esculturas, así como cualquier material o medio —como un video, por ejemplo— que tuviera sentido para el artista que lo diseña.

Una vez que el inspector jefe hubo asimilado esos detalles y otras valoraciones que le hizo saber su

investigadora, Iturriaga quiso ser cauto:

—Y bien, cuénteme. En suma... ¿qué nuevo camino abre todo esto para la investigación?

—Pues jefe, junto a investigar las llamadas, los vecinos, el origen de las prendas de la escena del crimen... ahora creo que tenemos que poner toda nuestra atención en el mundo del arte, y más en concreto en los expertos en el siglo XIX inglés. Precisamente acabo de visitar —Valentina obvió decir que había ido acompañada de Sanjuán—, a un experto en ese tema y le he pedido que me dé nombres vinculados con esa especialidad. —Valentina procuró

hablar con aplomo, para demostrar a su jefe que sabía qué pasos eran los que tenía que dar para avanzar en la investigación.

—Así pues, estamos frente a... ¿un artista psicópata? —preguntó Iturriaga—. Dicho así suena algo extraño, ¿no le parece?

—No necesariamente, señor. Morgado, el profesor que he entrevistado, me ha comentado algo muy interesante acerca de un mecenas y coleccionista bien conocido aquí, al parecer, Pedro Mendiluce. Me relató algo que me ha dejado inquieta: parece ser que una becaria de Morgado asistió

a una fiesta salvaje que este hombre organizó el año pasado... ya sabe: chicas jóvenes y hombres mayores con dinero... Según me ha contado Morgado, Mendiluce fue investigado en estas mismas dependencias hace años por trata de blancas e incluso por el presunto asesinato de su mujer, que desapareció sin dejar rastro... Salió indemne de todo ello, como usted bien sabrá. En fin, no sé adónde va a llevarnos esto, pero creo que deberíamos tocar un poco ese entorno.

Iturriaga, al escuchar el nombre de Mendiluce, puso una cara de contrariedad que no pasó inadvertida a

la joven policía.

—Mendiluce, desde luego... Lo investigamos a fondo, en efecto. Larrosa se dedicó casi en exclusiva a ese caso, y realmente casi le costó la salud. Un tipo poderoso. ¿Mendiluce un asesino? No sé, inspectora, no le veo dando el perfil... Pero es cierto, no hay que descuidar ninguna pista. Quizá fuera alguien de su entorno. Muy bien, siga adelante, ya me informará. —Iturriaga movió la cabeza, dubitativo.

Valentina se despidió de su jefe y, de camino a la sala de reuniones, recibió una llamada. Era Morgado. Dudó si cogerlo o esperar a después de la

reunión. Tras un momento de indecisión optó por contestar:

—Valentina Negro.

—Inspectora. Un placer escuchar tu voz. ¿Sabías que tienes voz de contralto?

—Hola, Christian. De verdad que lo siento, pero no puedo atenderte. Voy camino de una reunión importante. — Valentina obvió hacer referencia a la lisonja de su voz.

—Solo es para darte el teléfono de Sonia. No voy a enrollarme más, no te preocupes. Por cierto, estoy a tu entera disposición. Para todo lo que necesites, ya sabes. Llámame. Y si te apetece

tomar una copa...

—Estaré encantada, Christian. Gracias por el teléfono. Te llamo en cuanto tenga un rato, te lo prometo. Ahora estoy muy liada con lo de la investigación...

Valentina tomó nota del teléfono de la becaria y colgó. Ya pensaría en lo que le había dicho Morgado más adelante. Tenía que concentrarse en la reunión de seguimiento del operativo Cisne Negro. Se daba cuenta de que Morgado estaba flirteando con ella de manera descarada y eso le parecía muy halagador. Sin duda alguna, Christian era un hombre muy atractivo. Más bien estaba como un tren.

Lo raro que no tuviese novia o estuviese casado... La verdad es que Morgado era don Perfecto. Valentina se rascó la cabeza, consternada. Se había pasado un montón de tiempo sin tener el más mínimo interés en los hombres y de repente, en el momento menos indicado, aparecían en su vida dos, como había augurado la tirada de cartas. Era extraño. Pero había algo en Sanjuán que le resultaba enigmático... Le gustó aquel hombre tan pulcro desde el mismo instante en que lo vio en la presentación del libro. Era inteligente, agudo... No solo lo admiraba, sino que, a fuer de ser sincera, lo encontraba muy atractivo...

Bastante más atractivo de lo que quería confesar. Sin embargo, Morgado era absolutamente guapo... Valentina se obligó a abandonar esos pensamientos al darse cuenta de que todo aquel embrollo la distraía de su objetivo principal. Se detuvo delante de la puerta de la sala de reuniones e inspiró una bocanada de aire para centrarse por completo en la investigación.

• • •

Sus colaboradores ya la estaban esperando. Valentina tomó la iniciativa y les hizo un resumen de lo que había averiguado con Sanjuán acerca del

cuadro de Millais y de la conversación con Morgado, subrayando la posible importancia de seguir el rastro de Pedro Mendiluce. Luego, se dirigió a Bodelón.

—Dime, Daniel. ¿Qué tal la jornada en el vecindario de Lidia? ¿Has encontrado algo provechoso?

—Pues sí, inspectora. Hay algo nuevo. He encontrado a la señora Maruja, una de esas mujeres que tienen alma de protagonista de *La ventana indiscreta*. Parece ser que las noches de fin de semana no puede dormir por culpa del botellón, así que se dedica a mirar por la ventana. Bien. Ha visto a Lidia durante varios meses saliendo con un

hombre bastante mayor que ella que la llevaba a casa en un Mercedes negro de alta gama.

—Vaya. Eso sí es sorprendente. Su padre no nos ha contado nada de eso —dijo Valentina.

—Lo más probable es que Lidia lo llevase en secreto —asintió Bodelón—. Era mayor que ella... No sé. Lo importante es que discutían a menudo en el portal y bastante violentamente. La señora Maruja abrió la puerta para cotillear, pero no pudo concretar nada de la conversación. Ni tampoco pudo ver la matrícula del coche. Una lástima.

—Por lo menos te daría una

descripción del tipo —dijo Valentina.

—Sí, moreno, bien parecido, treinta y tantos, pelo engominado, muy bien vestido... ya sabes, como un político, un empresario, algo así.

—Interesante. La chica no tenía una vida tan predecible como parecía —casi lo dijo pensando en voz alta—. Hay que volver sobre el teléfono móvil de Lidia y hacer un estudio de las llamadas de hace... ¿cuánto hace de eso?

—Según Maruja, hace más o menos seis meses. A partir de ahí, desapareció. Dice que Lidia dejó de salir con él y que a partir de ese momento salía mucho menos, y habitualmente la veía siempre

con amigas o haciendo deporte.

—Bien. Algo es algo. Un hilo de donde tirar en principio. Puede que no nos lleve a ningún sitio, puede que sea importante. ¿No encontraste más vecinos dispuestos a colaborar con la investigación policial? —quiso saber la inspectora.

—No había casi nadie en casa. Tendremos que volver otro día y a otra hora y hacer otro barrido. Aunque, insisto, la señora Maruja es un hallazgo. Parece una enciclopedia sobre la vida del edificio.

—Habrá que hablar con el padre de nuevo. Y a poder ser, con la madre. —

Valentina sintió cómo la adrenalina le transmitía buenas sensaciones, pues estaba liderando a su equipo y se sentía segura—. Las madres saben más de la vida de las hijas, por lo general. Esperaremos a después del entierro, cuando esté todo un poco más calmado. Luis, el chat de Lidia en el que hablaba con Lobo Feroz, ¿podría guardar relación con ese novio por ahora desconocido?

—Es posible, inspectora. —Luis López buscó unas notas en su libreta—. La parte de la conversación del Messenger que hemos podido recuperar no es realmente una conversación entre

novios; quizá porque se trata del principio de una relación, da la impresión de que se habían conocido no hacía mucho... Los de la científica han recuperado en realidad solo estas líneas. —López se dispuso a leerlas, al tiempo que pasaba una hoja a sus compañeros—. Me he tomado la libertad de completar las palabras y darle buena sintaxis, ya sabéis cómo se escribe en los chats, pero he sido muy escrupuloso con el sentido original:

Lidia: No sé qué decirte, ahora mismo no quiero descentrarme, quiero aprobar

el curso y empezar bien en la Universidad... Es verdad que te encuentro interesante, pero hay cosas que me las tengo que pensar...

Lobo Feroz: ¿No creerás que soy el lobo feroz de verdad? Jaaaa Créeme que no me importa nada esperarte, eres para mí muy especial... Solo espero que me conozcas bien, no tienes nada que temer...

Lidia: Jaaaa, no, claro, no creo que seas el lobo feroz...

Pero yo tampoco soy Caperucita, te aviso, tengo mi carácter.

Lobo Feroz: Eso me encanta de ti, puedo enseñarte cosas estupendas, a sentirte realmente feliz, mi experiencia no me ha hecho duro, sino más sensible ante las cosas realmente bellas...

—Eso es todo —dijo López.

—¿Qué significado tiene esto? —preguntó Valentina.

—Está claro. Para mí —contestó Garcés—, ese supuesto «novio» está

tanteándola en el chat, sabe que Lidia no es una ingenua y lo que quiere es camelársela...

Velasco estaba excitado:

—¡Joder! Ese tío es el novio que vio la señora Maruja... ¡Puede ser su asesino! ¿Por qué no?

—Un momento, no nos precipitemos —dijo Valentina—. Que haya tenido un novio mayor no significa que la haya matado... en absoluto. Además, ¿cómo encaja esto con el perfil del Artista? —Valentina les dijo que Sanjuán llamaba así al asesino de Lidia—. ¿Puede ser este hombre un artista o alguien vinculado con ese mundo?

—¿Por qué no? —terció Bodelón—.

Ahora mismo, es la pista más sólida que tenemos.

—Fernando, ¿te ha dado tiempo a mirar algo de posibles delincuentes sexuales que estén en libertad? —Valentina estaba dispuesta, antes que a juzgar, a tener primero toda la información posible.

—Por ahora no he encontrado a nadie, inspectora, pero es un poco pronto. Espero recibir un listado de todos los presos liberados en las cárceles gallegas y de las comunidades limítrofes por delitos sexuales desde hace un par de años, pero tardará unos

días... —contestó Garcés, un poco contrito por no llevar a la reunión nada más sólido.

—Está bien, gracias —Valentina lo premió con una sonrisa, a modo de comprensión—. Velasco, supongo que aún es pronto para tener algo sobre los trajes y otros materiales de la escena del crimen, ¿verdad?

—Así es, inspectora, estoy esperando noticias de la Científica... Pero he averiguado cosas del cuadro de Millais, como me pidió —contestó el subinspector, que quería dejar bien claro que había hecho los deberes.

Después del informe de Velasco

sobre Elizabeth Siddal y su historia de amor con Rossetti, de lo que poco pudieron concluir, Valentina urgió a Bodelón a encontrar al novio oculto de Lidia y pidió a Garcés que lo ayudara. También ordenó a Velasco que preparara un dossier sobre Mendiluce, en espera de que Larrosa volviera de sus días de permiso para preguntarle a él directamente. Ella iría personalmente a hablar con los padres de Lidia. Pero todo eso tendría que ser interrumpido al día siguiente.

—Para terminar —dijo Valentina—, quiero un operativo mañana en el cementerio de San Amaro. Habrá que

grabar y sacar fotos. Sanjuán dice que es posible que el asesino se presente allí. Ese tipo de criminales disfruta acudiendo a la escena del crimen, el funeral... confundiéndose entre la gente y disfrutando del espectáculo.

—Lo malo es que el entierro va a ser multitudinario. Va a estar toda la ciudad —dijo Bodelón.

—Eso es cierto, Daniel. Pero da igual. Nunca se sabe. Puede servirnos en un futuro.

• • •

El auditorio del Palacio de Congresos rompió en aplausos después de la hora y

media de conferencia libre sobre perfiles criminológicos. Habría más de seiscientas personas, calculó Sanjuán desde su tarima. No estaba nada mal. Incluso había visto al consejero de Interior de la Xunta entre el público. La extraña muerte de Lidia Naveira despertó el interés de mucha gente por la criminología en la ciudad, gente que de otro modo no hubiese perdido una tarde de sol y calor viendo una larga sucesión de fotos de cruentos asesinatos, cuerpos apuñalados, mujeres desnudas abandonadas a su suerte en el medio de un bosque, o ancianas con el rostro congestionado por la estrangulación en

su propio dormitorio. Cuando terminó el turno de preguntas, se encendieron las luces y la gente empezó a desfilar por los vomitorios. Javier recogió con parsimonia su portátil y sus folios con anotaciones. Sabía que se acercarían algunos fans a pedirle autógrafos, pero eso no le desagradaba en absoluto. Varias chicas le pidieron por favor si podían hacerse una foto con él. Por el rabillo del ojo vio cómo Valentina y un hombre joven se levantaban de uno de los asientos de la tercera fila.

Con lo que no contaba Javier Sanjuán era con la presencia de aquella mujer rubia, de pelo corto a lo Jean

Seberg y enormes ojos azules, que le sonreía desde abajo del escenario, haciendo gestos para llamar su atención.

—Javier. ¿No me reconoces? No me fastidies. —La sonrisa se hizo mucho más franca—. Tampoco estoy tan mayor...

—Raquel... qué sorpresa... yo... —Durante unos segundos pareció no saber dónde estaba o qué tenía que decir—. ¡Qué cambio! Te has cortado el pelo... te queda muy bien, la verdad. —La cara de Javier Sanjuán se había iluminado de repente de forma muy ostensible—. Pero te juro que no te conocía con ese peinado. Espera un momento, ahora

termino con todo esto y ya estoy contigo. —Sanjuán la miró con admiración, una vez repuesto de la impresión inicial. La verdad que el corte le había quitado varios años de encima. Estaba más guapa que nunca.

—No te preocupes. No voy a irme. Para una vez que vienes a La Coruña... no pienso dejarte escapar. Te voy a llevar a cenar por ahí, y por mucho que insistas, voy a invitar yo. Tú también estás muy guapo... Has cambiado tu estilo de vestir y todo... —Lo observó de arriba abajo, sonriendo con gracia—. Y encima te has vuelto un verdadero pijo. Unos zapatos... de Paul Smith,

¿verdad? Me gusta, de veras... ¡Es genial!

Valentina se acercó a felicitar a Javier por la brillante ponencia. Pero se quedó paralizada cuando vio cómo aquella espectacular rubia platino, de pelo corto y vestida de algo que se aproximaba muchísimo a un traje de chaqueta de Armani, se abrazaba a él y lo besaba con lo que parecía ser una gran confianza. No le pareció prudente acercarse demasiado a aquella reunión tan cálida. Había sido tonta: no había tenido en cuenta que Sanjuán podía conocer a alguien en la ciudad. Repasó las conversaciones que habían tenido

durante el día. No recordaba que hubiese mencionado ningún compromiso...

Sanjuán se fue con la mujer rubia después de despedirse de los organizadores del congreso y firmar algunos autógrafos más. Ni una mirada hacia donde estaba ella. Valentina los siguió con la mirada hasta la salida. Buscó la presencia reconfortante de Daniel Bodelón. Tenía que reconocer que se había quedado de piedra. La verdad, no se lo esperaba. Suspiró con resignación. Menudo chasco...

Capítulo 30. El Ruiseñor y la Rosa

Jueves, 10 de junio,
en un tren de camino a
York

Un té Earl grey bien caliente, con leche, y un *muffin* de chocolate, ambos dispensados por una sonriente azafata, lograron el milagro de tranquilizarlo al fin y al cabo. Había llegado por los pelos a la estación de King's Cross. Un minuto más y hubiese perdido el tren. Corrió con la maleta y la mochila

enorme entre la gente al escuchar la voz que anunciaba la salida del tren con destino York. En su precipitación, estuvo a punto de derribar a un frágil matrimonio de ancianos, que protestaron muy ofendidos. El hombre levantó el bastón hacia él de forma amenazadora. Y luego decían que los ingleses eran flemáticos. Poco después de subir al tren, este se puso en marcha lentamente. Anido se tambaleó con la maleta y la aparatosa mochila entre los asientos del vagón, buscando su sitio. Al final, la azafata agradable lo guió hasta la butaca que le habían asignado en el vagón «silencioso». Un vagón que se

encontraba al final del tren y en el que no estaba permitido hacer ruido ni hablar en alto. Tampoco estaba permitido recibir llamadas de teléfono. Pero él no pensaba recibir ninguna, y si quería llamar a alguien, con salir del vagón e irse al bar, todo listo.

Tomó otro sorbo de té, ya acomodado y mucho más relajado. El tren había alcanzado ya gran velocidad, y por el amplio ventanal empezaba a vislumbrarse el anochecer sobre la cuidada campiña inglesa. Sacó de su mochila el flamante iPad. Los trenes hacia el norte tenían Wi-Fi, lo que le iría de perlas para repasar todo lo que había

visto en la prensa sobre el asesinato de Patricia. Deslizó su dedo sobre la brillante superficie, dejando las huellas de sudor impresas, y buscó en el navegador, en la prensa inglesa, el crimen de Patricia Janz.

Todo lo que rodeaba el asesinato de Patricia estaba inmerso en el más absoluto misterio. La prensa británica le había dado mucho pie a la noticia durante las primeras semanas; luego había desaparecido, sometida al olvido cruel que produce el paso del tiempo. Buscó la página Web de la policía de Whitby. Allí tampoco había mucho más: el inspector Geraint Evans aparecía

como el encargado de la investigación y apuntaba que las pesquisas avanzaban de manera muy lenta. Una dirección de correo ofrecía la posibilidad de contactar directamente con las autoridades en el caso en el que apareciese alguna pista o alguien recordase algo nuevo. Todo eran generalidades y en realidad no había la posibilidad de fijarse en algún dato concreto. El asesino no había vuelto a actuar, supuestamente. Patricia era su única víctima, la víctima de un extraño asesinato ritual que no parecía tener sentido alguno. Un obseso de los vampiros. El mundo estaba lleno de

obsesos de los vampiros. Pero nadie mataba a una chica inocente, le cortaba la cabeza y le llenaba la boca de ajos. Abrió el correo electrónico. Tenía un mensaje de Sue. Ya la llamaría antes de bajar a Londres. Y una convocatoria de la hermandad. En pocos días iba a celebrarse un encuentro en Garlinton Manor. Bien. Sue había aprovechado su presencia en Inglaterra para convocar a todos los miembros.

Anido rebuscó en su mochila. En la librería de aeropuerto de Alvedro, después de facturar, había encontrado una edición de bolsillo de *Drácula*, de Bram Stoker. Hacía muchos años que lo

había leído, cuando estaba en el instituto. Recordaba muy vagamente que estaba escrito de una manera bastante original: eran los diarios de los protagonistas los que presentaban la trepidante acción del libro. Mientras el tren se dirigía hacia el norte de Inglaterra, hacia York, Jaime Anido abrió las páginas del libro y se sumergió en el enfermizo mundo Victoriano que había creado el escritor irlandés hacía ya más de cien años. Jonathan Harker se dirigía en tren hacia el lugar mágico en donde moraba el conde Drácula: Transilvania. Anido se sintió, de repente, identificado con aquel joven

pasante de abogado que viajaba hacia un destino incierto. Claro que él lo hacía sobre un tren moderno, de alta velocidad, y con una camarera rubia que le servía un té delicioso, y Harker viajaba en un vagón que traqueteaba, incómodo, y bufaba tirado por una locomotora que llegaba siempre tarde a su destino. Se preguntó si cuando llegase a York habría una carta del mismísimo conde agradeciéndole su presencia en sus dominios y enviando un carruaje tirado por dos caballos brillantes de negro penacho surgiendo entre la niebla. Sin embargo, lo suyo era mucho más prosaico: iba a intentar enterarse de lo

que había pasado realmente con Patricia Janz. Patricia. Su pasión secreta, su pareja favorita en las sesiones de la hermandad. Patricia, la esclava sexual más exquisita... no encontraría jamás a ninguna otra capaz de sobrepasar los límites que habían alcanzado juntos.

• • •

Mientras recogía sus papeles y los metía dentro del portafolio, el inspector se preguntaba por aquel tipo que lo había llamado con un fuerte acento español en su inglés sorprendentemente fluido. Preguntó por Patricia Janz, el caso que llevaba meses siendo su obsesión

principal, su absoluta preferencia, la máxima prioridad en todo el departamento. Geraint Evans se pasó la mano por la abundante mata de pelo. El hombre del teléfono explicó que era muy amigo de Patricia Janz. A lo mejor podía aportar algo nuevo... Aunque desde España... complicado. ¿Qué podía saber el tal Jaime Anido sobre el asesinato de aquella chica?

La investigación estaba en un desesperante punto muerto desde hacía ya varios meses. No habían encontrado nada. Evans se había desplazado a Londres pero todas sus pesquisas chocaban una y otra vez con un mutismo

de hierro que parecía blindar todo lo que rodeaba a aquella chica. Su madre era una alcohólica. Una mujer ajada prematuramente que malvivía de las ayudas sociales en una casa del county council. El padre la había dejado por otra hacía bastantes años, harto de lidiar con una existencia miserable que transcurría a bordo de la transparente destilación de la botella de vodka. Insistía en que no había visto a Patricia desde varios meses antes de su asesinato. Eso sí, no le importaba decir que solía darle bastante dinero para sus gastos. El padre de Patricia tenía un buen trabajo en la City y mataba la

culpabilidad del abandono de su hija mediante una generosa aportación monetaria. Siempre había querido a Patricia de una forma especial, a pesar de que ya era padre de nuevo de dos críos pequeños. No tenía ni idea de los amigos que solía frecuentar. La vida de Patricia era un misterio desde que se independizó a los quince años, harta de su madre. Había trabajado de gogó en varias discotecas y de camarera en clubes nocturnos, pero la pista se perdía ahí. No parecía tener ningún amigo íntimo ni compañeros de piso, ni nadie alrededor que se preocupara por ella, lo que extrañaba mucho al inspector jefe.

Un agujero negro sin relaciones aparentes en Londres... Algo muy improbable en una ciudad en donde socializar y hacer amigos era demasiado fácil. Solo un nombre enigmático que había aparecido en la boca de un amigo muy pasado de sustancias ilegales: «buscad en El Ruiseñor y la Rosa» dijo, y que luego, cuando se le pasó el cuelgue, aseguró no recordar en absoluto. ¿Qué era exactamente El Ruiseñor y la Rosa? Parecía el nombre de un *pub*. Pero en realidad era un cuento de Óscar Wilde. Una pista extraña que hasta el momento no había dado ningún fruto. Otro enigma añadido

en aquella historia que no tenía ni pies ni cabeza.

Patricia estaba muy unida a su abuela de Whitby, mucho más que a su madre, con la que tenía una relación casi inexistente desde que salió de la casa familiar. Pasaba largas temporadas en el norte. Allí la vida de Patricia parecía transcurrir de un modo mucho más transparente: trabajos esporádicos en *pubs* y hoteles, salidas nocturnas con sus amigas... en resumen, no había nada extraño ni reseñable. Ni un novio fijo, ni demasiada promiscuidad, ni tampoco drogas. Geraint Evans seguía tan perplejo como el día del hallazgo del

cuerpo en el cementerio de la abadía. Era como si Janz tuviese dos vidas distintas, separadas: una en Londres, impenetrable, huidiza, llena de oscuridad. Otra en Whitby, transparente, totalmente normal. No cuadraban ni parecían pertenecer a la misma persona. Intuía que la oscura vida londinense podía esconder algún secreto que lo podía llevar hasta la resolución del caso Janz, pero no había accedido aún a las puertas adecuadas. Un secreto que podía estar relacionado con aquellas dos palabras que se le escaparon al cocainómano en pleno subidón: El Ruiseñor y la Rosa.

Quién sabe si aquel español tendría la llave, la pieza del puzle que podía llevar a algún sitio provechoso.

Había quedado en pasar por la comisaría por la mañana, a las nueve y media. El inspector estaba expectante ante la posibilidad de que Jaime Anido pudiese aportar datos nuevos, alguna pista, lo que fuera. Si había ido desde España hasta allí era porque estaba muy interesado en el crimen de la chica. Antes de salir del despacho, volvió a mirar las extrañas fotos del cadáver de la joven rubia de diecisiete años que desde hacía meses presidían el corcho con total exclusividad. Había que cruzar

los dedos. No había que desechar ninguna opción. En aquel momento ya no tenía nada que perder.

Cerró las persianas, apagó los fluorescentes y salió, sin olvidar la doble vuelta de llave a la puerta. Tenía ganas de tomarse una gran pinta de Guinness. Llamaría a su novia para decirle que bajase con él a tomar algo.



La hermandad oculta de El Ruiseñor y la Rosa exigía a sus miembros un total y completo silencio sobre las actividades que allí se desarrollaban. No por ser estas delictivas o ilegales. En principio

no había nada fuera de la ley en aquellas reuniones. Sin embargo, entre ellos había varias personas importantes, algunas incluso bastante famosas, y no querían que trascendiese a la opinión pública todo lo que allí ocurría. Otros, simplemente, estaban casados y evitaban a toda costa que sus parejas se enterasen de su vida secreta. Además, el silencio era un añadido de morbo y misterio en las reuniones de Garlinton Manor, el antiguo caserón sito en el medio del condado de Oxfordshire. La Hermandad la habían conformado en un principio veinte personas: las nuevas incorporaciones solo podían acceder

mediante el consenso de todos los miembros. Había que ser avalado por dos de ellos, como mínimo, en el caso de querer formar parte, y por supuesto, pagar una gran cantidad de dinero que podía superar, en algunos casos, los treinta mil euros.

Sue Crompton se había erigido en la presidenta de la hermandad justo en el peor momento de su historia: el asesinato de Patricia Janz había conmocionado a todos los miembros, enrareciendo de una forma espesa, pegajosa, los concilios BDSM^[1] que se llevaban a cabo en la mansión. Más de uno sospechaba que el asesino de

Patricia podía estar camuflado entre los componentes de las reuniones secretas. Todos callaban, pero una tenue sombra parecía cernirse últimamente sobre la habitual animación que había presidido Garlinton desde los primeros tiempos de la hermandad.

Faltaban pocos días para que se reunieran de nuevo. Los integrantes habían recibido un mail o una carta encabezada por el símbolo del grupo, una corona de espinas en forma de rosa y la pluma de un ruiseñor. Hasta el día de la muerte de Patricia, aquel mensaje era motivo de nerviosa excitación para todos ellos. Sue Crompton se preguntó

cómo reaccionarían en la siguiente fiesta. Para lograr un ambiente más distendido, había pensado que podrían servir de inspiración la Revolución francesa y el marqués de Sade. Convertir la mansión en una especie de Manicomio de Charenton podía ser divertido... siempre y cuando Marat sobreviviera, en la bañera, a los ataques de Charlotte Corday. Sue ya había encargado un catering especial, cientos de velas, incienso, dulces, licores... y todo tipo de disfraces a una exclusiva casa londinense especializada en ropas de teatro. Esperaba que con aquella fiesta se recuperase el espíritu que había

presidido la hermandad en sus comienzos. Estaba dispuesta a luchar por que así fuera con todas sus fuerzas. Ya se encargaría la policía de investigar la muerte de la chica. Ellos tenían que continuar con su vida y dejar atrás la desagradable impresión que les había causado aquel crimen inexplicable.



Anido intentaba atisbar en la oscuridad los páramos por la amplia ventanilla del autobús. Un relámpago iluminó por unos segundos el impresionante paisaje agreste. Llovía a cántaros y se alegró de haberse llevado el Barbour. En un par

de horas llegaría a Whitby. Estaba cansado del viaje y deseoso de cenar cualquier cosa, tomarse un par de whiskys y meterse en la cama del hotel. Esperaba haber acertado con el alojamiento. Hotel Langley. Cinco estrellas, vistas panorámicas, ambiente muy familiar. Sonaba encantador. Recordaba cómo Patricia siempre había intentado convencerle de que hiciese una escapada al norte. En ese momento se arrepentía de no haber subido a pasar unos días con ella. Quién iba a pensar que Patricia estaría entonces bajo tierra... Anido se preguntó quién se convertiría a partir de ese momento en

su pareja favorita de las *performances* sadomasoquistas. Estaba Sue, claro. Siempre había tenido debilidad por él. Pero Sue se había convertido en la presidenta... Y no era precisamente una mujer con tendencias sumisas. Al contrario Jaime ya había probado su especialidad. Era un Ama muy seria y profesional. Aquella belleza de gata salvaje vestida de cuero podía volver loco a cualquier hombre con sus artes crueles. Pero Patricia... Jaime en su fuero interno era consciente de que Janz era insustituible dentro de su mundo perverso. Gracias a ella había sobrepasado todos los límites, había ido

más allá de todas las expectativas iniciales. Patricia se había convertido en una esclava sexual perfecta. Toleraba todos los excesos, todos los caprichos que se le ocurrían en cada momento. No fijaba límites, confiaba ciegamente en su sabiduría como Amo. Jamás le defraudó. Se entregaba al sufrimiento con la devoción de una santa medieval. Agujas, látigo, fusta, velas... nunca resultaban suficiente tortura para ella. Anido era consciente de que muchos otros miembros de la hermandad envidiaban que Patricia Janz se hubiese entregado al español de aquella forma tan plena y sorprendente. De hecho, al principio

ella consentía tener otras parejas sexuales, pero una vez establecido el vínculo entre los dos, no era muy feliz cuando él decidía que fuese poseída o dominada por otros que lo solicitaban. Obedecía a regañadientes. Lo único que no le gustaba de Patricia era su molesta afición a las drogas. Él la obligaba a acudir totalmente limpia a las sesiones de la hermandad. No soportaba verla con las pupilas dilatadas y la nariz goteando sangre, los continuos viajes al baño para meterse una raya tras otra. Había conseguido que se alejara de aquel mundo durante una temporada. No sabía si tras su regreso a España,

Patricia había seguido metiéndose
coca...

• • •

Delante de un enorme plato de pollo vindaloo y una cerveza Cobra, Geraint Evans veía la vida de un color diferente. Su novia, Eliza, había pedido cordero al horno tandoori y otra cerveza. Los dos adoraban la comida hindú y cenaban en el restaurante Passage to India una vez a la semana. Compartían el arroz basmati como casi todo en la vida desde que se conocieron en la Universidad de Durham. Ella terminó medicina y trabajaba en el Community Hospital de

Whitby como anestésista. Él se había licenciado en Psicología compaginando los estudios con su trabajo policial. Eran una pareja perfecta: jóvenes, inteligentes, enamorados. Aún no se habían casado, a pesar de la insistencia de todos sus amigos, que se burlaban de la reticencia de él a pasar por la vicaría. A Eliza no le desagradaba la idea, aunque tampoco insistía demasiado. Vivían juntos y punto, no necesitaban nada más. Seguía tan enamorada de él como el primer día que lo vio en clase de Psicología Forense. Tan alto, con aquella mata de pelo castaño, los ojos nobles y honestos... todo un caballero

de County Durham.

Geraint cogió otra cucharada de arroz y la mezcló con la salsa de curry. Buscó con los ojos al camarero y le hizo una señal para que se acercara: «Otra ración y dos cervezas más, por favor». Eliza empezaba ya a estar llena, pero se tomó un sorbo helado de Cobra para intentar hacer algo de sitio. Por lo menos libraba al día siguiente...

—Me ha llamado un español que quiere saber lo que le ocurrió a Patricia Janz. Parece ser que mañana por la mañana vendrá a la comisaría para hablar conmigo.

—¿Un español? ¿Qué tendrá que ver

con esa chica un español? —preguntó Eliza.

—No tengo ni la más remota idea. Me ha dicho que es periodista y que eran muy amigos. A lo mejor quiere publicar la noticia del crimen en España. Parecía afectado, la verdad.

—Qué extraño, ¿no? —Eliza se recogió el pelo rizado en una coleta.

—Y tanto. Ha llegado hoy a Heathrow y se ha metido entre pecho y espalda el viaje en tren a York y el bus hasta aquí. Así que debe de estar muy interesado en el caso.

—A lo mejor es el asesino, Geraint. Y viene a ver si sabéis algo, como en las

películas de detectives.

Geraint rebañó con un trozo de pan de pita la escasa salsa que quedaba en el plato y sonrió con ironía.

—Sería maravilloso, pero lo dudo mucho. Si la hubiese matado él no creo que fuese tan idiota como para arriesgarse a venir hasta aquí. Estaría tan tranquilo en su país, disfrutando de la vida y quién sabe si planeando cualquier otro asesinato del mismo estilo.

—Yo que tú, estaría muy atento a las palabras de ese periodista. —Eliza lo miró con los ojos color avellana muy abiertos y la expresión de seriedad

convinciente resaltada por los gestos de las manos—. Incluso deberías intentar recoger alguna muestra de su ADN... El asesino siempre vuelve al lugar del crimen, Geraint. Por lo menos, eso dicen...

—Pero no para meterse dentro de la comisaría de policía, digo yo. —Le encantaba aquella extraña ironía de su chica: nunca se sabía si estaba hablando en broma o en serio—. De todos modos, mañana estaré muy atento a todo lo que diga ese tal Jaime Anido. Los periodistas no suelen ser gente de fiar, ni en España, ni aquí, ni en ningún sitio. — Apartó el plato y colocó dentro los

cubiertos, con el estómago a punto de explotar—. ¿Qué vamos a pedir de postre? ¿Helado de pistacho, como siempre? Yo, además, pediré un té indio con mucha canela...



La cama del hotel era una pasada: tenía incluso dosel, aunque el colchón era de viscoelástica. Lo único moderno en toda la habitación, que parecía anclada en los años cuarenta, con aquellos butacones blancos y la moqueta color rojo tudor. Las vistas desde los ventanales parecían espectaculares, pero estaba ya demasiado oscuro para apreciarlas, así

que cerró los cortinones. Ya no llovía. Anido se tendió vestido sobre el edredón festoneado de puntillas, mirando el techo todavía más blanco que los sillones, lleno de molduras chantilly y decorado con pequeñas flores de lis de color caramelo. La lámpara de lágrimas doradas era el colofón rococó a todo el conjunto. Era como estar dentro de la casa de muñecas de una niña cursi. Mientras decidía si le gustaba el lugar, se quitó las botas de motero y cogió la botella de Jack Daniels que había comprado en el *duty free*. En el mueble bar había botellines de Coca-Cola. Bien. Pasaría de cenar.

Eran ya las doce de la noche. Al día siguiente tenía que madrugar y no iba a ser capaz de dormir con el estómago lleno con algún indigesto sándwich de salchicha comprado en la tienda nocturna de un pakistaní. Fue al baño a coger uno de los vasos que estaban sobre el lavabo. Se miró en el espejo. Estaba ojeroso, con el pelo cano totalmente alborotado. Un aspecto lamentable. Se refrescó la cara con agua del grifo y volvió a la habitación, a la cama de color merengue.

El whisky pronto empezó a hacer el efecto deseado y, consecuentemente, Anido se encontró en un estado de

somnolencia cálido, agradable. Patricia acudió a sus sueños étlicos casi al instante, con la melena larga y blanca, los ojos azul turquesa, desnuda, su cuerpo escuálido marcado por el látigo. Jaime creía estar tocando la piel pálida, las finas líneas rojas que atravesaban su espalda, sus nalgas, los muslos fuertes. Sujetaba la cruz de San Andrés por las muñecas y los tobillos, con tiras de cuero. Ella lloraba y gritaba, se retorció, pero él no cesaba ni un momento de aplicar la pala sobre los pechos pequeños de niña, rojos bermellón por culpa del castigo. Luego, harto de los gritos, la amordazó con una bola negra y

roja y la folló sin miramientos, primero con la mano, luego con un consolador negro enorme. Terminó el castigo desprendiéndola de la cruz, colocándola de rodillas ante él y forzándola a realizar una felación salvaje que la ahogaba. Anido la obligó a mirarle a los ojos agarrándola del cabello mientras ella chupaba, obediente: observó satisfecho cómo caían las lágrimas del ahogo y perlaban la piel sudorosa. Imaginar aquella mirada le produjo un placer tan intenso que Anido perdió el control por completo.

Cuando se dio cuenta, estaba empapado y sudoroso, totalmente

borracho sobre la cama con dosel. Había manchado todo el edredón sin darse cuenta. A duras penas, con la cabeza dándole vueltas, se levantó y fue al baño a asearse un poco.

•••

Jueves, 10 de junio

El inspector jefe miró su reloj: eran las nueve y media. Los españoles no solían caracterizarse por su puntualidad, eso seguro. Sonó el teléfono. Había un hombre que decía tener una cita con el inspector jefe a las nueve y media, dijo su secretario. Bien. Que pase. Por

fortuna se había equivocado. Llegaba justo a su hora. No tardaron más de medio minuto en sonar unos golpes en la puerta.

Evans levantó la voz para hacerse oír.

—Adelante. Pase.

Cuando se abrió la puerta, vio a un hombre canoso, de estatura mediana, constitución fuerte, vestido como todos los fotógrafos del mundo: camisa blanca, pantalón caqui de Coronel Tapioca, Barbour verde en la mano, gruesas botas de senderismo. Se dirigió a él con decisión. Parecía una persona agradable.

—Soy Jaime Anido. —Su inglés sonaba todavía más fluido que por teléfono, y su acento, un poco menos marcado—. Teníamos cita hoy, lo recuerda... ¿verdad? Por el caso de Patricia Janz...

—Inspector jefe Geraint Evans. Encantado. —Le dio la mano, que el español apretó con fuerza—. Siéntese.

Anido se sentó en una de las sillas, frente al inspector. Le llamó la atención su semblante serio, su aire típicamente británico, un poco a lo Liam Neeson, pero algo más delgado. Rebosaba honestidad y limpieza por todos los poros. Nada que ver con todos aquellos

detectives alcohólicos y torturados de la novela negra británica. Aquel hombre parecía recién salido de Eton o de Oxford. Saludable y con la frente despejada. Podían haberlo elegido como modelo para la foto del policía perfecto.

La voz untuosa de Evans también le resultó sorprendente. Era agradable, como la de los reverendos en la iglesia dominical.

—Dígame, Anido. Ha venido hasta aquí desde España para preguntarme sobre el caso de Patricia Janz. Es curioso, porque ya sabrá que es un caso complejo y que poco le puedo informar sobre el asunto.

—Ya lo he visto en la prensa. Patricia era una gran amiga mía. Acabo de enterarme hace muy poco de su muerte. Aún estoy algo confuso. Me gustaría saber qué ocurrió realmente. Como sabe, soy periodista. Me interesa el caso. Me interesa saber qué ha pasado realmente con Patricia.

—Si no es indiscreción... me gustaría preguntarle cuál es la naturaleza exacta de su relación con la chica —dijo Evans—. ¿Cómo un español viaja tantos kilómetros para venir aquí arriesgándose a no sacar nada en limpio?

—Patricia fue mi «novia» —Anido

hizo el gesto de comillas con los dedos —. Salimos juntos una temporada en Londres. Nada serio. Luego yo me fui a España, y ella no pudo asumirlo... Así que perdimos algo el contacto. Yo seguía apreciándola... pero Patricia estaba muy enfadada conmigo, por supuesto. Así que no me extrañó no saber nada de ella durante algún tiempo. Pensé que seguía dolida... nunca me imaginé que, en realidad, estuviera muerta. Es... es algo impensable. No puedo quitármelo de la cabeza.

—¿Su novia? Pues es extraño. No hemos conseguido establecer ningún vínculo estable de Patricia en Londres,

al contrario que aquí. Es la primera relación «normal» de la que tenemos noticia.

—Lógico. Al haberme ido a España... no tenían por qué tener referencias... yo en Londres no conozco a mucha gente, la verdad. Patricia siempre era bastante discreta en todo lo que hacía. Tampoco me contaba mucho, ni me presentó a nadie, mucho menos a gente de su familia o entorno. —Anido procuraba disimular la tensión todo lo que podía, sabía que si revelaba lo que sabía, él y todos los de la hermandad tendrían que empezar a contestar muchas preguntas.

—¿Patricia se drogaba?

—La verdad, puede que lo hiciera.

No delante de mí, por supuesto. No soporto a la gente que se mete droga. Es superior a mí.

—Se encontraron rastros de cocaína en la autopsia. No eran recientes. Pero allí estaban. Ya sabrá que el cabello es una gran fuente de información.

—Podría ser. —Anido se encogió de hombros—. Ya le he dicho que no tenía demasiada constancia de las actividades de Patricia, salvo cuando quedábamos. Siempre tenía mucho dinero. Nunca supe de dónde lo sacaba. Ella decía que su padre estaba forrado y le pasaba una

asignación enorme. Además, solía trabajar en discotecas y demás, de gogó. Era una bailarina excepcional. Una chica muy sexy, ya sabe.

—¿Ha oído hablar alguna vez de El Ruiseñor y la Rosa?

A Anido la pregunta le pilló totalmente por sorpresa. Había ido a Whitby a enterarse de lo que había ocurrido con Patricia, y de repente, el inspector jefe lo estaba interrogando a él con la última pregunta que quería contestar. Levantó las cejas, intentando disimular su expresión de asombro con cara de póker.

—¿El Ruiseñor y la Rosa? ¿No es el

título de un cuento infantil, o algo así?

—Sí, el título de un cuento de Óscar Wilde, exactamente. Pero puede ser algo más. Algo en donde Patricia estaba metida. Algo gordo.

—No he oído hablar de nada así en toda mi vida. Insisto. Patricia no me hablaba de su vida privada ni de sus actividades.

Las sensibles antenas del inspector jefe detectaron una casi imperceptible vacilación en el tono de voz del fotógrafo. Estaba mintiendo, estaba seguro. El Ruiseñor y la Rosa. Había dado en el clavo... pero ¿en el clavo de qué, exactamente?

—Me gustaría saber cómo murió Patricia. —Anido cambió el tema de la conversación de repente, intentando esquivar más preguntas sobre la hermandad—. He visto en los periódicos la descripción del asesinato. Pero no estoy convencido de que la prensa diga la verdad.

Geraint Evans sopesó la posibilidad de enseñarle las fotografías del crimen. ¿Por qué no? No tenía nada que perder. Estaban estancados desde hacía meses. Quizá ver las fotos de su amiga lo preparara para ser más colaborador con la investigación, después de todo.

—Venga por aquí. Tengo todo el

caso expuesto en un corcho. Le aviso: las fotografías son terribles. Si usted tenía alguna relación amorosa con esa chica... no va a ser algo demasiado agradable de contemplar...

Evans abrió una puerta lateral del despacho y pasaron a la amplia sala de reuniones. El inspector jefe abrió las persianas y encendió la luz. Allí estaba el corcho, cubierto de fotografías y folios colgados con chinchetas. Anido se acercó con prevención. Reconoció desde lejos el pelo rubio, casi blanco, de Patricia, y entonces un mundo de horror lo invadió y lo dejó paralizado. Estaba vestida con un sudario recamado

con perlas, apoyada en la hierba; la cabeza, separada del cuerpo. Pálida, ni una gota de sangre en su cuerpo. La estaca penetraba el corazón, y Anido recordó las imágenes recién leídas de Lucy Westenra en el cementerio de Highgate. Traspasada por su novio con una estaca, la cabeza cortada, la boca llena de ajos.

El inspector jefe observaba a un boquiabierto Anido ante el corcho del horror que había conformado durante varios meses. Le gustó su reacción. Era evidente que estaba asombrado y que no había visto a Patricia muerta hasta ese momento. Decía la verdad, por lo menos

en eso...

—¿Qué le parece? Terrible, ¿verdad? —lo dijo con un sentimiento sincero—. Confieso que nunca he visto nada igual.

—¿La violaron?

—La autopsia dice que brutalmente. Fue atada y torturada durante horas. Tenía todo el cuerpo destrozado.

Anido se pasó las manos por la cara. Torturada y atada. Pero sin su consentimiento. El Ruiseñor y la Rosa. Entonces entendió la urgencia de Sue. ¿Sospechaban que alguien de la hermandad había matado a Patricia? ¿O era alguien de fuera? Puede que el

inspector jefe no supiera lo que significaba la hermandad, pero alguien le había indicado la dirección correcta. Por él no iba a saber nada, eso por supuesto. Pero tenía que poner sobre aviso al resto de los miembros. Y alguien tenía que encargarse de investigar entre ellos. Si el asesino de Patricia formaba parte de la hermandad, todos corrían mucho peligro. Tenía que ir a Londres inmediatamente. Hablaría con Sue nada más salir de la comisaría.

—Me gustaría estar en contacto con usted mientras esté en Inglaterra — interrumpió sus pensamientos el inspector Evans—. ¿Va a quedarse

mucho tiempo, señor Anido?

—Oh... —Anido dudó unos instantes—. Todavía no lo sé... Me marcho a Londres, a ver si puedo averiguar alguna cosa, ya sabe, ese golpe de suerte que de vez en cuando tenemos los periodistas.

—¿Dónde va a alojarse? —le preguntó Evans.

—Todavía no lo sé... —mintió Anido—. Pero le daré mi teléfono para que pueda llamarme cuando lo desee, inspector.

—Perfecto, muchas gracias —sonrió Evans—. Recuerde llamarme si encuentra algún detalle, por pequeño

que sea, que nos permita encontrar alguna luz. ¿De acuerdo?

—Descuide, inspector. Muchas gracias a usted por su tiempo.

Cuando Anido abandonó las dependencias policiales, Evans se sentó, pensativo. Comprendió que el fotógrafo español se había quedado muy conmovido por las fotos; ese hombre no la había matado, pero también supo que él sabía cosas que no había querido decirle. Eliza tenía razón, allí había gato encerrado. Y parte de su trabajo consistía en averiguar cosas que la gente no quería contarle.

Capítulo 31. Entierro de Lidia y encuentro con Sonia

La Coruña, jueves 10 de junio

Lúa se duchó y se alisó el pelo con las planchas. Era el día del entierro de Lidia Naveira y tenía que estar guapa para cubrir la noticia. Estaba preocupada por Jaime. No sabía nada de él desde que lo dejó en el aeropuerto. Gracias a Dios hacía buen tiempo: eligió un vestido vaporoso por la rodilla y unas sandalias etruscas. Antes de salir,

cogió el móvil y se decidió a llamar a Anido. Apagado o fuera de cobertura. Bien. Ajo y agua. Volvería a intentarlo después, desde la redacción. Todo aquello la tenía muy mosqueada. Era cierto que su relación no era precisamente formal, pero poco a poco ella se había ido colgando de aquel periodista de cabellos blancos y aspecto aventurero. Lúa acababa de separarse hacía poco tiempo y no tenía muchas ganas de emprender otra relación demasiado seria. Sin embargo... tenía que reconocer que Anido le había tocado un poco el corazón. Aquella desaparición no era normal en él. Claro

que Lúa no lo conocía demasiado... Jaime nunca hablaba del tiempo que había pasado en Londres. Ni de por qué abandonó la capital británica y se había asentado en La Coruña, un tipo tan inquieto como él.

Lúa se encogió de hombros y se perfumó. Light and Blue, un perfume ligero para el calor. Cogió el bolso y fue hacia el garaje a por el coche. Le esperaba un día largo. Como siempre. Por lo menos seguía haciendo sol. A ver cuánto duraba el buen tiempo...

• • •

El entierro de Lidia Naveira se

perfilaba como uno de los acontecimientos luctuosos más importantes del año en la ciudad. Desde primera hora de la mañana docenas de periodistas, cámaras y camiones de la televisión estaban apostados en el cementerio municipal de San Amaro. Lúa llegó temprano para conseguir aparcamiento: aquella zona era de las peores para estacionar de toda La Coruña, todavía más si se colapsaba por culpa del elevado número de personas que iban a acudir: políticos, altos cargos, todos con ansia de figurar y de ser vistos en actitudes muy humanas y compasivas para con la familia y contra

los violentos y asesinos que destruían la estabilidad social. Todo aquello era cuento, y cuento del bueno.

Lúa apostó a su becario en primera fila. Era muy importante conseguir buenas fotos de la llegada del coche fúnebre, y especialmente del dolor de la familia. Se había enterado, gracias a una amiga que trabajaba en el Ayuntamiento, de dónde tenían el nicho los Naveira. En la parte vieja del cementerio, la más bonita, no muy lejos de los panteones. Luego irían hasta allí, cuando llegase la comitiva. De momento, tocaba esperar hasta que el coche saliera de Servisa.

Pronto detectó el dispositivo

policial, Varios miembros de la Nacional de paisano sacaban fotos disimuladamente a los grupos de personas que se amontonaban en la puerta y las escaleras. Seguramente sospechaban que el asesino iba a acudir al entierro. «Si fuese yo, no sería tan tonta como para acudir, ni de broma». Pero bueno, ella no era una asesina y no tenía ni la más remota idea de cómo funcionaba la mente de un psicópata que mataba mujeres y las vestía de damas de cuento. Ella era periodista y estaba dispuesta a romper con la siguiente y espectacular crónica del Caso Naveira. Tenía que sentir las emociones de toda

la ciudad conmovida y luego plasmarlas en la pantalla con todo detalle. Por cierto, Anido seguía sin dar señales de vida. Todo aquello era muy raro.

Allí estaba la inspectora Negro. Le resultó raro verla vestida de calle, con un blusón holgado azul turquesa. Taconazos. Un bolso que desde su atalaya parecía bastante caro. Aún no la había llamado para darle ningún tipo de información. Tendría que llamarla ella para recordarle que las fotos de Lidia seguían en su poder, esperando a ser vendidas a algún medio sensacionalista que no dudase en publicarlas.



Valentina Negro colgó el teléfono y bajó las escaleras del cementerio buscando a los dos subinspectores. Al final, había conseguido llegar solo media hora tarde, a pesar del embotellamiento y las dificultades para encontrar un sitio. El dispositivo de vigilancia ya estaba dispuesto y organizado y solo faltaba la llegada del féretro para que se activase completamente. Estaba todo colapsado desde hacía ya un buen rato. Llamó a Velasco para localizar la presencia de sus policías. No había forma humana de distinguir a nadie entre el montón de

gente que se apretujaba e intentaba ver algo, lo que fuera.

—¿Dónde estáis? No consigo veros por ningún sitio.

—Aquí, inspectora, al lado de la capilla. En la pared.

Valentina vio una mano agitarse a la altura indicada. La cabeza pelada al uno, inconfundible, de Bodelón estaba al lado de la mano que saludaba. Se dirigió hacia allí trabajosamente, intentando pasar entre trajes y melenas mechadas de peluquería. Cuando llegó, vio a sus dos subinspectores comunicándose con las radios con los miembros del dispositivo.

—Menudo montón de gente, Dios. Es increíble. Media hora para encontrar sitio. Y espero que no me lo lleve la grúa. Que estos aprovechan la mínima para recaudar... —dijo Bodelón señalando el cuartel de la Policía Local que estaba enfrente del cementerio.

—Es una pasada. Está aquí todo el mundo: el alcalde, los concejales, el jefe superior... nadie pierde comba, vaya —apuntó Velasco—. Si el asesino está aquí, va a ser muy difícil detectarlo. Como no lleve un cartel sobre su cabeza con una flecha señalándolo...

Valentina vio entre la multitud los ojos de Lúa Castro fijos en ella. Otra

representante del mundo carroñero. Si esperaba que se acercase a ella y le comentase algo, iba lista. A Valentina no le gustaban los chantajes. La actitud de Lúa Castro había sido totalmente despreciable, así que tendría que cambiar un poco para recibir información que fuese a servirle de algo. Además, la inspectora dudaba de que algún medio fuese capaz de publicar aquellas fotos. Eran demasiado explícitas. Se fijó en que Lúa recibía una llamada telefónica y dejaba de mirarla. Mejor. Un problema menos en aquel momento. Casi al instante, una mano agarró su antebrazo con suavidad.

Valentina se giró. Era Christian Morgado.

—Inspectora... —La miró de arriba abajo, con admiración—. Estás guapísima, Valentina. Me encanta tu blusa. —Morgado cogió la tela con dos dedos, realizando una exagerada imitación de un modisto exquisito—. ¿Es de Chanel?

—Gracias, Christian. —Valentina sonrió, agradecida. Aquel hombre siempre la ponía de muy buen humor—. Es una pena que sea de Massimo Dutti. El sueldo de la Policía Nacional no está para Chanel, y menos con lo de la bajada de sueldo...

—Ni me lo recuerdes, inspectora. Ni me lo recuerdes... —Christian miró a su alrededor y sacudió la cabeza—. ¿Qué tal? Menudo sitio para encontrarnos, ¿no? Yo he traído a un compañero de la facultad, Luis, que es íntimo del hermano pequeño de Lidia. Está bastante fastidiado, porque la conocía mucho. Dice que era muy inteligente y encantadora. Y muy guapa. Me he fijado y está absolutamente todo el mundo en el entierro. Desde el alcalde hasta todos los medios de comunicación del país... Es enorme la conmoción que ha provocado la muerte de esa pobre chica...

—Sí, la verdad es que todo este tipo de sucesos provocan una marea solidaria, Christian. Y los políticos saben que salen ganando cuando se dejan ver en actitudes tan... consoladoras.

—Detecto un ligero tono de ironía en tu voz, inspectora. Pero por desgracia tienes razón. La mayoría de los que están por ahí vienen por curiosidad, por interés o simple y llanamente por morbo.

La voz de Valentina mostró un deje muy leve de tristeza.

—Sin embargo, yo estoy aquí por trabajo, Christian. Por cierto, he quedado hoy con Sonia, tu becaria,

dentro de un rato en la estación de autobuses. Así que tampoco puedo atenderte demasiado, lo siento.

—No te preocupes. Por cierto, ¿dónde has dejado al teniente Colombo?

La sonrisa de comisura de Morgado encantó a Valentina. Sabía perfectamente a quién se refería.

—No tengo ni idea de qué estás hablando, Christian.

—Por favor, Valentina. Me refiero a tu inseparable detective aficionado... el señor Javier Sanjuán.

—Pues no tengo ni idea de por dónde anda en estos momentos el señor Sanjuán, la verdad. —Valentina se

acordó sin querer del final de la conferencia y puso una mueca de disgusto, que no pasó desapercibida para el profesor—. Y por ahora no somos inseparables. Tampoco es para tanto...

—Me extraña que no esté aquí. Es el tipo de acontecimiento que no tiene pinta de perderse. A lo mejor está grabando algún tétrico programa sobre canibalismo... ¿No te da miedo? Tiene aspecto de morboso, inspectora. Todos esos libros que ha escrito sobre crímenes... brrrrr... solo de pensarlo tengo estremecimientos. —Morgado puso los ojos en blanco con total

comicidad.

—Por favor, no me hagas reír, no es el sitio adecuado. —Valentina lo agarró del brazo para hacerle callar, aunque en secreto le estaba encantando todo lo que decía sobre Sanjuán—. Además, tengo que irme. Y primero he de echar un vistazo por aquí...

—De acuerdo. Yo me voy con Luis también, antes de que lo pierda con toda esta gente... —Christian ladeó la cabeza y antes de que Valentina pudiera escaparse, añadió—: ¿Te gustaría venir a cenar conmigo un día de estos?

—¿Cenar? Pues claro, ¿por qué no? Cuando te apetezca, llámame. ¿Ok?

Estaré encantada... si no tengo nada mejor que hacer, claro... —La sonrisa de Valentina decía a las claras que había recibido la proposición con sumo placer —. Soy una mujer muy ocupada... La inspectora vio perderse a Morgado entre la multitud. Velasco había estado observando toda la conversación, así que en cuanto pudo, se acercó a Valentina con una sonrisa burlona en los labios.

—Un hombre muy atractivo, inspectora. Y muy bien vestido. Si no le gusta... ya sabe...

La piel blanca de Valentina enrojeció levemente.

—Manuel, no seas tan frívolo. Por favor. Además, creo que a Morgado no le gustan los hombres. Me parece a mí, vamos. Y déjame un momento que voy a controlar un poco el operativo. Basta de tanta cháchara... —Sonó su teléfono—. Es del laboratorio. A ver si tienen algo bueno...

Valentina se apartó durante unos segundos para hablar con Álvarez. Luego volvió.

—Bueno, chicos, parece que esto está controlado —dijo Valentina—. Voy a quedarme un rato más, y luego marcharé a ver a Sonia, la becaria de Morgado. Va a venir hoy de Pontevedra,

no estaba entusiasmada, pero le dije que era urgente hablar con ella. Velasco, en cuanto finalice el entierro acércate al laboratorio, tengo un mensaje de Álvarez, parece que ya tiene algo para nosotros. Aunque me ha dicho que no nos hagamos muchas ilusiones, nunca se sabe. Bodelón, cuando termines aquí ve a la comisaría y prepara un dossier sobre Mendiluce, luego te veré allá. — Valentina sentía que el tiempo volaba, y que aunque fuera necesario vigilar a los asistentes al entierro por puro protocolo de investigación, las cosas importantes no iban a suceder allí.

Javier Sanjuán abrió la ventana del hotel para fumarse un cigarrillo. Se apoyó en el alféizar. Otro día de calor. El tiempo estaba respetando su visita de una forma impensable en un principio. En La Coruña habían tenido una primavera totalmente pasada por agua. Sin embargo, no había necesitado usar la gabardina ni una sola vez. Era fantástico.

En la habitación aún se podía percibir el perfume de Raquel en algunos puntos aislados. Por sorpresa, la fragancia de Chanel volaba hacia las

aletas de su nariz. Y también sobre la almohada, donde era insultante. Menuda locura... Solo a él se le ocurría volver a liarse con su exmujer. Pero bueno. Había sido una noche sobresaliente, todo había que decirlo. Y además, no había hecho nada malo. Raquel estaba divorciada de nuevo. Como él, vaya. Desde el día de la boda de Raquel en el pazo de Adrán con su segundo esposo, no había vuelto a verla. Le llegó con conocer a su marido, un patán podrido de dinero, en aquel tiempo alto cargo de un ayuntamiento cercano. Un político que estaba haciendo carrera meteórica en el PSOE. Le pareció un tipo bastante

desagradable. Seguro que no era imparcial. Claro que él, en aquella época, ya tenía otra relación estable, pero Raquel Conde había sido su espinita clavada durante mucho tiempo. Cuando lo dejó, no lo encajó bien del todo. Podían haber sido un matrimonio perfecto, pero ella prefirió su carrera de abogada y su libertad. Lo de su libertad fue bastante paradójico: desde que se había ido de Valencia y entró a trabajar en un bufete en La Coruña no tardó seis meses en liarse con el político y casarse con él. Típico.

Y entonces la muy ladina había vuelto a colarse en su vida, en su

habitación y en su cama. Claro que la cama era la del hotel y eso resultaba un poco menos amenazador. No iba a volver a beber en su vida. Por lo menos, el rioja quedaba descartado por una buena temporada...

Buscó un lugar para tirar la colilla apurada casi hasta el filtro. Su mirada se tropezó con un papel roto en la mesilla, mientras buscaba el cenicero. Raquel le había dejado su nuevo número de teléfono móvil. Suspiró. Nunca entendería a las mujeres.

• • •

El coche fúnebre enfiló con lentitud la

cuesta de Orillamar, seguido por una procesión interminable de vehículos. Entre la multitud se alzó el silencio más absoluto cuando la comitiva entró al fin en el camposanto. Una señora empezó a aplaudir, y muchos más la siguieron al paso del féretro. Lúa Castro se dejó llevar por la emoción que embargaba a todo el mundo, especialmente cuando vio a la familia de la chica asesinada salir del coche. El padre, con aquel aspecto de patricio herido; la madre, con grandes gafas de sol, apoyada en sus hijos para no caerse. Allí estaban también el alcalde de la ciudad y varias personalidades más, con semblante serio

y compungido. Cuando entraron en el cementerio, Lúa se perdió con rapidez entre la gente que seguía el cortejo fúnebre. Tenía que estar en primera fila para no perderse ni el más mínimo detalle de lo que allí ocurriese. A su jefe le encantaba el estilo en que narraba las desgracias. Y a los lectores parecía que también, así que era necesario que respirara todo el ambiente de tristeza y pérdida irreparable desde el centro neurálgico de la noticia.



Álvarez lucía en su resplandeciente bata blanca una pequeña mancha roja, algo

que parecía sangre, pero que visto desde un poco más cerca, era sin duda un poco de *kétchup* que pertenecía a la hamburguesa que ya estaba dentro de su estómago, masticada y en pleno proceso de digestión. Velasco no hacía más que fijar su mirada en el punto rojo, que destacaba sobre todo lo demás, como si fuese la prueba de un crimen de teleserie dominical. Le entraron ganas de solicitar la prueba de ADN.

Sobre la superficie metálica, el analista había depositado algunas de las flores que habían aparecido sobre el cuerpo de Lidia.

—La mayoría de las flores son de

fabricación china, Velasco. Látex, plástico... El asesino puede haberlas comprado en cualquier floristería, o incluso por internet. Algunas no son fáciles de encontrar en la ciudad sin encargárselas, así que deberíais buscar por fuera. Especialmente los pensamientos, los geranios... En cuanto a las naturales, lo mismo. Pueden ser de cualquier floristería. He mandado analizar la tierra de las ortigas y las arroyuelas: no me extrañaría nada que las hubiese arrancado de cualquier sitio de por aquí, son muy abundantes. La rosas son de invernadero. Frescas. Probablemente compradas el mismo día.

—¿Qué me dices del vestido? — preguntó Velasco.

Álvarez cogió el vestido que estaba sobre una bandeja.

—El vestido puede aportar más pistas. Es de fabricación inglesa, el asesino dejó la etiqueta... lo cual es un dato muy extraño: ha sido cuidadoso en todo lo demás. Fíjese: The Dark Angel. He estado buscando en internet y con ese nombre aparece una tienda de vestidos de corte medieval, en Londres. Los diseños están realizados por una tal Christina Rossetti. Por lo que se ve, en Inglaterra hay gente que se casa disfrazada de esa guisa...

—Habrá que investigar esa pista a fondo —dijo Velasco, un poco más esperanzado—. Es importante. Aunque no creo que el asesino haya comprado el vestido en persona, nunca se sabe. No creo que haya muchos trajes de ese estilo.

—En efecto. Son exclusivos y suelen hacerse por encargo. Este en particular es de seda de damasco y perlas de río, bordado con hilo de plata. Tuvo que costar un pastón...



Dos horas más tarde, Valentina esperaba sentada en una mesa de la cafetería de la

estación de autobuses. Se suponía que el autobús de Pontevedra llegaba a la una de la tarde en punto. Pero aún no habían dado el aviso por megafonía. Su pensamiento voló hacia Sanjuán y la decepción del día anterior en la conferencia... No quería admitirlo, pero esa rubia despampanante con la que se fue el criminólogo le había provocado dolor de estómago. Valentina suspiró con resignación y acercó el café a sus labios. A lo mejor aquella chica no quería decir nada...

Absorta en sus pensamientos, vio entrar a una joven que llevaba puesto un sombrero borsalino verde botella con

una cinta blanca, un blusón amplio de color gris perla y unos vaqueros cortos. Tenía el pelo castaño, largo, y unos inmensos ojos verdes, casi transparentes. Sería una belleza clásica si no fuera por su extremada delgadez. A Valentina le recordó vagamente a aquella periodista que estaba tan de moda, Sara Carbonero. Pero mucho más guapa. De su hombro colgaban un gran portafolio de dibujos y un bolso de Tous. Parecía buscar a alguien. Valentina se levantó, haciéndole un gesto con la mano para que se acercara.

—¿Inspectora Valentina Negro? —
Valentina asintió—. Soy Sonia García.

La becaria de Christian.

—Encantada, Sonia, y gracias por atenderme. Tu ayuda es muy importante para nosotros. ¿Qué quieres tomar?

—Una coca light, si hace el favor. Con mucho hielo. Gracias. —La voz de la chica era dulce y un poco tímida. Se la notaba bastante tensa, así que Valentina fue hasta la barra a pedir la Coca-Cola, para dejar que fuese acomodándose unos instantes y se relajara.

Cuando volvió a la mesa, Sonia apuraba un Ducados con nerviosismo. Le temblaba la mano de manera evidente. Valentina se sentó enfrente de

ella y sonrió, señalando el tabaco.

—¿No es un tabaco muy fuerte? Es extraño ver a una chica fumando Ducados...

Sonia esbozó una media sonrisa tímida y se encogió de hombros.

—Es más barato. No me gusta el tabaco rubio. Me mareo si fumo rubio.

Se hizo un silencio cuando el camarero de camisa blanca y sudorosa llevó la Coca-Cola y un pincho de tortilla de aspecto reseco con un tomate cherry encima, sujeto por un palillo de madera. Sonia apartó la tortilla de su vista. Valentina observó que los brazos escuálidos estaban totalmente cubiertos

de lanugo.

—Inspectora... —Los ojos verde esmeralda la miraban con fijeza—. Voy a contarle todo esto porque Christian me ha convencido de ello. Pero yo llevo mucho tiempo haciendo lo posible por olvidar lo que pasó allí. No es plato de gusto, la verdad. —Apagó el cigarrillo contra el cenicero, con fuerza—. Por favor, no me presione demasiado.

—No te preocupes. Lo entiendo. No, no me trates de usted. No es un interrogatorio oficial ni nada parecido. Solo es una conversación, ¿cómo definirla...? A nivel meramente informativo.

—Gracias. Te agradecería que no le dijeras a nadie lo que voy a contarte.

—¿Cómo acabaste en medio de esa gente?

Sonia suspiró. Encendió otro cigarrillo.

—Vamos a ver... —expulsó el humo del Ducados con decisión—. Mis padres no tienen demasiado dinero. Somos tres hermanos, y dos en la universidad. Así que para pagarme los gastos, me metí en varias agencias de azafatas y para pasar modelos. Y además, se me da bastante bien la pintura. He expuesto varias veces, en exposiciones colectivas y cosas así, nada importante, pero me

ilusiona, ya sabes. —Sonia revolvió los hielos de la Coca-Cola—. Un día me llamaron de la agencia porque había un hombre que quería verme: le había gustado el curriculum y me ofrecía un trabajo muy bien pagado y muy fácil. Nada comprometido. Así que me entrevisté con él.

—¿Cómo se llamaba ese hombre? Valentina sacó su block de notas y el Pilot.

—Sebastián. Sebastián Delgado. Un hombre muy atractivo. Moreno, ojos negros, bien trajeado. El clásico tipo que viene del lumpen y pretende convertirse en un pijo prepotente, pero

yo al principio no me di cuenta. Me dijo que necesitaba a una chica de compañía para varias fiestas en una mansión de lujo. Una chica guapa que fuese entendida en arte, supiese hablar de cualquier tipo de cosa, todo eso que se espera de una acompañante. Todo muy decente, muy divertido y muy bien pagado. Ellos iban a proporcionarme la ropa y el transporte. Yo solo tendría que limitarme a estar allí y hablar con los invitados. Por supuesto, dije que sí. Iban a pagarme mil euros por estar seis horas en una superfiesta de ricos, bebiendo champán francés y conociendo a gente importante. Era perfecto.

—Me hago a la idea. Pensé que ese tipo de cosas solo ocurrían en Marbella y lugares parecidos... No tenía ni idea de que aquí también... ¿Y entonces? ¿Qué ocurrió?

—La primera fiesta fue una pasada. Fue en una de las mansiones que Pedro Mendiluce tiene en Poio, en la playa de Covelo, un pazo concretamente. Había más de cien personas, un montón de chicas guapísimas, modelos, futbolistas, gente de la televisión, empresarios...

—¿Cómo llegabais hasta allí?

—Yo fui en mi coche particular. Pero pusieron autobuses para las chicas. La verdad, yo salí de allí como en una

nube. Fue la mejor fiesta de mi vida. Conocí, además, a un par de personas que me consiguieron unos contactos bárbaros para exposiciones y demás.

—¿Cuándo fue la primera fiesta a la que asististe?

—En julio del 2008. Luego fui a cuatro fiestas más. Todas fueron maravillosas. Hasta el año pasado... en agosto. A partir de ahí, no volví nunca más.

—¿Qué pasó en esa fiesta exactamente?

Sonia observó que el cigarro se le había consumido casi entero, la columna de ceniza intacta y humeante. Lo apagó.

—Esta fiesta se celebraba en la casona que tiene Pedro Mendiluce en Mera, la que mira a la playa. Cuando llegué ya me di cuenta de que no iba a ser como las fiestas anteriores. Había muchos hombres mayores, algunos no eran de aquí. Había rusos, portugueses, rumanos, americanos... hombres de negocios. Mucho matón, también. Y muchas chicas. Pero no solo estaban las chicas habituales. Había chicas muy jóvenes. De los países del Este. Rusas, ucranianas, bielorrusas, checas... algunas casi adolescentes. Guapísimas, eso sí. Y vestidas de una manera...

—¿Qué quieres decir exactamente?

¿Que eran prostitutas?

—Yo... hombre. No me gusta decir eso, pero creo que sí. Muy jóvenes, y seguro que algunas menores de edad. La ropa que llevaban era indecente, como de película pornográfica. Algunas iban de colegialas, ya me entiendes, con trenzas, bragas de perlé y todo eso. Era repugnante ver a aquellas niñas ofreciéndose a los hombres... No te importa si me tomo otra Coca-Cola, ¿verdad?

Valentina asintió con la cabeza. Repasó con el bolígrafo el nombre de Sebastián Delgado. Aquello estaba poniéndose muy interesante. Prostitutas

menores de edad. Cuando Sonia volvió de la barra y se sentó, Valentina la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué hacía Mendiluce en esa fiesta? ¿Cómo se comportaba?

—Oh, era el perfecto anfitrión, como siempre. Con su copa en la mano y su puro. Sonriendo y hablando con todos, disfrutando del momento. Parecía muy orgulloso. Había habilitado una estancia con todo tipo de drogas y alcohol: aquellas niñas se metían raya tras raya... no te lo puedes imaginar. Entre las bebidas y la droga, todo aquello degeneró de una forma horrible. Se convirtió todo en una orgía salvaje.

—¿Estaba también el hombre que dijiste al principio? ¿Sebastián Delgado?

—Sí, Sebastián estaba en todas las fiestas a las que asistí. Creo que es el marchante de arte de Mendiluce, también le acompaña siempre una mujer rubia, de pelo corto, que no se separa de él ni un segundo. No se implicó con nadie en todo el tiempo. Solo mira, y si hace falta, interviene para arreglar algún asunto...

—Sigue contando. ¿Qué ocurrió después?

—De repente, todo el mundo pareció explotar en una especie de urgencia

sexual incontenible. La gente empezó a retirarse a las habitaciones: dos chicas o incluso tres con cada invitado. Muchos se pusieron a follar allí mismo, delante de todos, totalmente desfasados. A mí me agarraron dos hombres que parecían rumanos. Eran muy fuertes, unos animales. Me llevaron a una habitación... Yo me puse a gritar y a llorar. Me rompieron el vestido, me tiraron en la cama y me iban a violar cuando entraron Delgado y Mendiluce y me sacaron de allí. Se llevaron a los rumanos a otra habitación y les ofrecieron dos de las niñas japonesas disfrazadas de colegialas manga. Fue

asqueroso.

—¿No denunciaste?

—Mendiluce me suplicó que no lo hiciera.

—¿Te pagó dinero?

—Si no te importa, prefiero no hablar del tema. —Sonia encendió otro cigarrillo y se tomó parte de la Coca-Cola helada—. Ya ha pasado un año de eso y no he vuelto a saber nada de esa gente. Y espero no saber nunca nada más. La verdad es que Christian me ayudó mucho... Me fui a estudiar Bellas Artes a Pontevedra gracias a él. Tuve que ir al psiquiatra, tomar pastillas... Desde entonces, no he sido la misma

persona... Pero bueno. Poco a poco... Ahora estoy en Pontevedra con mi novio y mi perro y soy relativamente feliz.

—Entiendo, Sonia. Perdona por haberte hecho repetir todo esto. Debe de haber sido una experiencia horrorosa. Pero me has sido de una ayuda inestimable. Muchas gracias. Has sido muy valiente. ¿Tienes el teléfono de Delgado? ¿Una foto?

—Sí... aunque no sé si es el mismo que tiene ahora. No tengo ninguna foto, lo siento. —Sonia parecía realmente compungida—. Espero que cojáis al asesino de esa chica. Christian me ha dicho que estáis investigando la muerte

de Lidia. Pobre. Y ahora tengo que marcharme. He quedado con mis padres para ir de compras en un rato. Para una vez que vengo a Coruña...

Valentina sacó su tarjeta del bolso.

—Si te acuerdas de algo, llámame. Aquí tienes mi tarjeta. Y gracias, Sonia. Ni se te ocurra pagar la cuenta, por favor...

—Encantada de conocerte, inspectora. Sí, no te preocupes. Si me acuerdo de algo, te llamaré... lo prometo.

Las miradas de los hombres del bar siguieron la estela de aquella chica escuálida mientras salía por la puerta de

aluminio y cristal. Cuando la perdió de vista, Valentina miró su Moleskine. Sebastián Delgado. Subrayó de nuevo aquel nombre con el bolígrafo antes de cerrar la agenda y guardarla en el bolso.

Miró su reloj. Ya eran las dos de la tarde. Se preguntó si Morgado sabría algo de aquel hombre.

Capítulo 32. El poder de Mendiluce

Jueves, 10 de junio,
puerto deportivo de
La Coruña, 19:00 h

Los treinta y ocho metros de eslora de *El cónsul del mar* estaban amarrados en el flamante puerto deportivo, mecido por la suave cadencia del oleaje. A Pedro Mendiluce le gustaba muchas veces dormir en su yate, aunque estuviera anclado en puerto. Allí podía disfrutar de cierta privacidad a la hora

de realizar actividades que no tenía ganas de que trascendieran, ni siquiera entre la gente de su confianza. A nadie le importaba con quién se acostaba, ni tampoco los negocios que tenía entre manos en ese momento. Su padre siempre le había dicho, desde niño «que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha». Y él procuraba seguir el adagio al pie de la letra. Por no hablar de la adicción que había desarrollado a mirar los dos cuadros, producto de un robo muy importante en un museo holandés, que estaban situados enfrente de su cama. Le encantaba dormir viendo la tenue iluminación de las dos pinturas,

especialmente si a su lado, o mejor un poco más abajo, se encontraba alguna chica de las suyas muy dispuesta a complacerle. Las escogía muy hermosas, muy jóvenes y, fundamentalmente, muy ingenuas. Era su prototipo de mujer ideal. O más bien de mujeres ideales. Hacía tiempo que había llegado a un estado en el que tener a su disposición una sola chica le aburría. Después de aguantar a la intelectual de su esposa francesa acabó hasta el gorro de señoras listas. La cultura para los colegios y los curas. ¿Para qué quería él una tipa lista? Ya ponía él el cerebro. Ellas que pusieran lo demás. Dios había creado a

la mujer para el disfrute de la belleza. Eran hermosas y complacientes. Y poco más se les podía pedir. Sus amigotes, esos que las buscaban, encima, licenciadas con cultura, no eran otra cosa que unos acomplejados en busca de una tocapelotas. Todo eso acudía a su cabeza mientras pedaleaba en la bicicleta estática del gimnasio. Los potentes altavoces atronaban con la música de Verdi. *Simon Boccanegra* a todo trapo. La versión de Piero Capuccilli. En unos días se iría a Madrid para verla en el Teatro Real y quería tenerla bien repasada. Sudaba profusamente, pero subió el nivel de

resistencia según le indicaba el ordenador, para quemar grasa. Lo mejor de aquella máquina era que tenía una pantalla de televisión que incluía programas de paisajes que simulaban diferentes rutas. Había elegido subir el puerto del Naranco. No era precisamente una aventura deliciosa, con aquellas cuestas terribles del cuarenta y dos por ciento de inclinación, pero antes de la cena le iba bien hacer ejercicio. Y Verdi siempre ayudaba a subir cuestas, con aquella música llena de garra. No podía ganar peso, estaba en una edad muy complicada. Ni más ni menos que cincuenta años. Estaba fuerte

como un toro, y así tendría que seguir. Le gustaban mucho los vicios fundamentales de la existencia: comer, fumar, beber y follar. Y para mantener el tipo tenía que cuidarse mucho. No tenía demasiadas ganas de recurrir a las pastillas azules. Ni de sufrir un infarto en lo mejor de su vida. Luego se daría una buena sauna...

Esa noche cenaría allí, precisamente con un amigo que acababa de llegar de Amberes. Le llevaba un saco de diamantes tallados de contrabando desde Liberia. A un precio fantástico. Así que Daniel se merecía una noche bien regada de Dom Pérignon y alguna

chica especial de su gusto. A los amigos había que mimarlos, especialmente cuando se esforzaban tanto en proporcionarle buen producto desde fuera del país.

Llamó a su asistente para todo, Amaro. Amaro había sido amigo íntimo de su padre y estaba con él desde hacía años. Se encargaba de casi todo en el barco: cocinar, limpiar, vigilar... lo que hiciera falta. Un hombre de total confianza, de pocas palabras y con aspecto de aldeano, que albergaba una mente leal y bastante resolutiva. Había encargado una cena a base de ostras y percebes, y de segundo, steak tartar de

solomillo de ternera de primera calidad. Solo de pensarlo le rugía el estómago. Le encantaba la textura de la carne cruda en su boca. Redobló los pedaleos hasta que apareció el asistente, vestido de negro, con un mandil de diseño. Estaba preparando la cena, se disculpó por la leve tardanza. Se secaba las manos, recién lavadas, con un trapo.

—Amaro, hazme un par de llamadas a quien tú ya sabes. Pídeme a tres chicas. Que estén dispuestas para las doce de la noche. De las más guapas. Quiero una de las recién llegadas y dos más antiguas. No sé si me explico...

—En un momento, señor. Las quiere

a las doce aquí, ¿verdad?

—Exacto. Que sean puntuales. Me importa una mierda que estén haciendo otras cosas. Aquí a las doce. Bien vestidas. Que cuiden especialmente la ropa interior. No quiero que pase lo de la última vez. —Mendiluce empezaba ya a hablar entrecortadamente por el esfuerzo físico. Se puso una toalla alrededor del cuello para detener el sudor y bebió de la botella de una bebida isotónica que tenía al lado.

—No se preocupe, ahora mismo llamo. Estarán aquí a las doce, descuide.

—Bien. Dentro de un poco sube una botella de Tondonia reserva de la

bodega. Luego la abres para que se vaya aireando. ¿Ok?

—Sí, señor. El del sesenta y uno. Perfecto. Voy a seguir cocinando, si me permite...

• • •

Raquel estudiaba todos los puntos del caso con desgana. Tenían la partida ganada de antemano. Aquel profesor Dorado no tenía nada que hacer con su denuncia.

Le dio un sorbo al café cargado, aún le duraba la ligera resaca del día anterior. Folios y más folios de tonterías eruditas sobre el yacimiento romano.

Menudo coñazo. Nadie tenía por qué enterarse de aquel chanchullo. Era necesario hacer callar al profesor antes de que empezara a dar demasiado la lata con el tema en la prensa. En realidad, la cosa estaba bien caliente, pero no era necesario que trascendiese demasiado. Entre otras medidas, la inmobiliaria había untado a un técnico de Urbanismo y al director del Museo Arqueológico para que obviasen la presencia de unos esqueletos y un yacimiento arqueológico romano descubiertos tras la excavación del parking del centro comercial de la urbanización Ártabra. Un yacimiento de capital importancia a la hora de

concretar aspectos de los asentamientos romanos en la ciudad coruñesa. Quién sabe lo que podía haber allí abajo. Además de los esqueletos, se habían encontrado monedas, armas y un par de estatuas, algo impensable en aquel punto. Pero todo ello estaba sepultado en el más absoluto secreto.

Pero aquel listillo del profesor había levantado la liebre y allí estaban, a punto de sentarse en el banquillo de los acusados si la denuncia prosperaba. La inmobiliaria, los del Ayuntamiento... Y menos mal que solo era «aquello» lo que estaba en el juzgado. Aún no había salido a la luz todo el dinero que le

habían untado al concejal de turno. Los regalos. Los sobornos. Siempre existía el riesgo de que los medios se enteraran y se complicase más el caso; si eso ocurriera, ya buscaría algún modo de solucionar el problema. Habían salido airoso de temas mucho más complicados que aquel. No había pruebas suficientes de que el yacimiento romano hubiera existido. Al profesor Dorado podían darle un pequeño aviso. Aunque siempre cabía la posibilidad de que el juez ordenase paralizar las obras... Pero para eso tenían un perito que negaría con datos, pelos y señales que en aquel punto pudiese haber un

yacimiento arqueológico romano sin descubrir. Y el perito era creíble. Sumamente creíble.

Lo que la había desconcentrado un poco era la aparición en la ciudad de Javier Sanjuán. Hacía años que no se veían. Ella fue a la conferencia por un arrebató, y también para dejarse ver un poco. Pero bueno, le gustó ver que él seguía igual que siempre. No había cambiado nada. El profesor despistado. Tan inteligente para algunas cosas, tan poco espabilado para otras... Tenía que haber seguido casada con él: al final se había hecho muy famoso con aquello de la criminología. Nunca lo pensó.

Menudo fallo.

De todos modos, estaba segura de que iba a llamarla otra vez mientras estuviese en Coruña. Apostaría un millón de euros. Todos los tíos eran iguales: veían unas piernas largas, pelo rubio y una minifalda y caían a sus pies sin necesidad de más zarandajas. No le importaría volver a echarle un polvo, la verdad. Guardaba buenos recuerdos de cama de Javier Sanjuán. Otro sorbo de café, para intentar ahuyentar la imagen de su exmarido de juventud. Aquella época había sido realmente divertida. Ella aún era una chica idealista y algo boba. Gracias a Dios la vida la había

ido cambiando para mejor. Dios, qué ganas de fumar un cigarro. Pero no, tenía que dejarlo. Estropeaba el cutis. Y ella tenía una piel perfecta, sin arrugas, solo finas líneas de expresión, como decía su peluquera. Y desde que fumaba menos, batía sus propios récords en el gimnasio. Si todo lo de Ártabra salía bien, se aumentaría una talla de pecho más como premio. No estaba demasiado contenta con su talla ochenta y cinco. Quería una cien. Quería ser perfecta. Para eso había evitado tener hijos en su momento. No quería ver su cuerpo deformado por la maternidad. Claro, como su segundo marido no tenía que

llevar al niño nueve meses en el vientre...

Acabó el café y se tomó un caramelo sin azúcar. Procuró no agobiarse al volver a repasar todos los legajos que estaban delante de su nariz respingona. Le quedaba mucha noche por delante aún. Se pasó la mano por el pelo recién cortado: a Sanjuán no le gustaba demasiado su nuevo *look*, prefería su antigua melena rubia y lacia. Peor para él. A ella le encantaba aquel corte: la hacía mucho más joven, más esbelta y más dinámica. Una abogada de prestigio. Una especie de Mourinho de las leyes. Una triunfadora nata. Ya había

mucha gente dedicada a los pleitos pobres y a las causas perdidas. A ella no le gustaban aquellos jóvenes con peto de cualquier ONG que pedían clemencia para los países pobres en la puerta de la FNAC. No se daban cuenta de que perdían su tiempo y el de otros de una forma lamentable. Raquel no quería repetir la historia de su madre, toda la vida limpiando escaleras, aguantando carros y carretas para sacar a los hijos adelante. Ella no sería nunca una perdedora.

Siguió pasando folios y consultando los gruesos libros de legislación y de arqueología. Era ridículo, qué más daba

un yacimiento más o un yacimiento menos. Eran ya las doce de la noche y Raquel Conde seguía estudiando el caso que hubiese llamado mucho más la atención si no fuera por el asesinato de la chica aquella, la pelirroja. Por una parte, había que darle las gracias a la pobre niña. Gracias a ella, todo el jaleo de la supuesta corruptela había pasado bastante desapercibido.



Amaro llamó a Pedro Mendiluce a un aparte. Ya estaba peritando las piedras junto a un gemólogo de su total confianza, Carlos Iglesias, dueño de una

de las joyerías más importantes de la ciudad y también amigo íntimo.

—Señor, permítame. —Su voz sonó apagada y silenciosa—. Acaba de llamar la Policía Nacional. Una tal inspectora Negro. Dice que le gustaría mucho hablar con usted mañana, a una hora a la que le venga bien. Dice también que no es nada importante.

—Joder... ¿Otra vez la Policía Nacional? Hasta han conseguido este teléfono. —Un rictus de fastidio y rabia cubrió su cara—. ¿Qué le dijiste?

—Que estaba usted reunido y que la llamaría en cuanto supiese algo.

—¿Valentina Negro, has dicho?... no

me suena. Bueno, qué más da. Ya estoy acostumbrado. Un día sí y otro también. Venga, llámala dentro de un rato y dile que mañana, en mi casa de Mera, la espero sobre las doce del mediodía. — Emitió un quejido leve y prolongado—. Relax. Hoy es un día maravilloso. No dejaré que nadie me lo estropee... ¿Así que nada importante? Eso dicen siempre. Mañana llamaré a Manolo Castro, a ver qué puede contarme.

Pedro Mendiluce suspiró con resignación y volvió a sus negocios. Se atusó el largo cabello blanco, esta vez engominado y peinado hacia atrás. Cogió una copa de Dom Pérignon y se la

bebió entera de un trago sonriendo a sus dos invitados. Miró su Rolex Oyster Perpetual Submariner de oro blanco. Ya faltaba poco para que llegasen las chicas. A ver si esa vez eran de su agrado... tenía ganas de pasar una noche de placer. Nunca se sabía cuándo sería la última. Pensó en los Davidoff que tenía en la cava de puros. Mierda. No había llevado ninguno. Daba igual, seguro que había algo presentable para ofrecerles en la caja climatizada que estaba en su camarote.

Ania, Raisa y Gladys cruzaron la pasarela del yate tambaleándose sobre sus altos tacones, el alegre sonido de las

joyas y los pendientes acompañaba cada paso. Las tres destilaban clase y distinción. Ania era la típica rusa de ojos rasgados, cabello larguísimo y piernas también larguísimas. Raisa era castaña, de grandes pechos, piel lechosa y ojos verde esmeralda. Gladys contrastaba con las dos eslavas gracias al cabello rizado y los andares felinos de una diosa africana. A Pedro Mendiluce le gustaba la variedad. Y también le gustaban los tríos de chicas jovencitas. Amaro las estaba esperando, en la mano una bandeja con tres copas de líquido color ambarino. Al verlas pensó que su jefe estaría, esa vez, muy

satisfecho. Aquellas tres chicas eran verdaderas bombas entaconadas.

Capítulo 33. Avanza la investigación

Jueves, 10 de junio,
Londres, King's Cross

Sue Crompton esperaba con ansia la llegada del tren rápido de York. Era ya la una de la tarde y King's Cross bullía de gente que entraba y salía sin solución de continuidad. Unos se dirigían a sus trabajos. Otros engullían con rapidez un sándwich o una salchicha. Muchas maletas, turistas encantados de estar en Londres, el sempiterno griterío de

españoles e italianos llenos de excitación, el desfile de japoneses con sus cámaras incansables disparando cualquier escena susceptible de ser inmortalizada. Sue notaba las miradas de muchos de los turistas clavadas en su atuendo y en su culo. Se sintió bien. Y se sintió todavía mejor cuando la voz de la estación anunció la llegada del tren. Sue estaba muy excitada ante la perspectiva de volver a ver a su gran amigo español. Se preguntó cómo se tomaría el cambio de vida que había experimentado en el último año. Seguro que Anido no tenía demasiada idea de cómo había evolucionado la existencia de Sue

Crompton desde que él había vuelto a España.

Los negocios le iban fantásticamente bien: era la dueña de las tiendas de lencería y juguetes sexuales más famosas de todo Londres. Pink and Roses se había convertido en un mito para todos los amantes del buen gusto y la elegancia en un tema que siempre corría el riesgo de caer en el más absoluto despropósito. Había arriesgado y había ganado. Sus tiendas eran un goce para los sentidos. Nada de enormes miembros erectos de látex, cabinas oscuras llenas de personajes siniestros, mordazas malolientes de caucho... todo

era de una exquisitez y una perversidad que resultaba atrayente para muchas personas que jamás hubiesen pisado una *sex shop* como las que solían abundar en el Soho. Sue había tenido una idea innovadora, que era la de convertir una tienda de artículos sexuales en un lugar digno de una novela erótica, un castillo de Roissy en el corazón de Covent Garden. Había conseguido recuperar con creces todo el dinero que había invertido. Pensaba ya en exportar la idea a París y a Berlín, lugares en donde la demanda por internet estaba superando lo inimaginable.

Los ojos verdes, felinos, y la piel de

porcelana no pasaban desapercibidos en la estación. Los tacones negros, las medias de rejilla y la falda a juego de tubo ajustada con estampado de leopardo, tampoco. Jaime no necesitó más que unos pocos segundos para detectar la presencia de su amiga entre el montón de gente que esperaba a sus seres queridos. Agitó la mano libre para hacerse ver. Estaba más hermosa que nunca, era como una fantasía desatada de don Juan. Ella se acercó corriendo, tocándose el pelo teñido de negro carbón en un gesto coqueto, el rostro iluminado de franca alegría.

—¡Jaime! Cómo me alegro de que

estés aquí.

Lo miró y lo abrazó, aferrándose a él como una serpiente, con fuerza compulsiva. Anido logró separarla un momento para dejar la mochila en el carro. La miró de arriba abajo.

—Qué guapa estás, Sue. Has engordado. Te sienta bien.

—Tú también has engordado, cabrito. También te sienta bien. Venga. Vámonos. Tengo mucho que contarte. ¿Dónde vas a alojarte?

—En el Royal National Hotel.

—¿Qué? ¿En ese antro? Eso es algo verdaderamente trágico —Sue puso cara de incredulidad—. Ni de broma pasas

una noche ahí. Llama y cancela la reserva. Vas a venir a mi casa nueva. Está a cinco minutos, en Bloomsbury. Hay habitaciones de sobra para un regimiento.

Anido abrazó a Sue de nuevo.

—De Ealing Common a Bloomsbury. El cambio no está mal... De verdad. Estás espectacular. Me has dejado boquiabierto. ¿Te has casado con el primer ministro o algo parecido?

—¿Te acuerdas de aquella tienda de juguetes eróticos que iba a montar?

—Perfectamente. ¿Cómo no voy a acordarme? Menuda locura te dio...

—Bien. Al final la monté. Y ha

tenido mucho éxito. Y mejor no te cuento lo del dominio de internet. Una verdadera pasada.

—No me has contado nada... Me tienes totalmente desinformado. Por no hablar de lo de Patricia. No tienes perdón, Sue. —Jaime la miró con ojos de reproche—. Y tampoco lo de la hermandad. ¿Qué está ocurriendo? Hace siglos que no nos reunimos.

—No quería preocuparte. Pero la cosa ha estado bastante fastidiada.

—No querías preocuparme. Bien. ¡Joder, Sue! Algún día iba a acabar enterándome, ¿no te das cuenta? Tarde o temprano iba a volver a Londres. No

podías estar escondiéndome los problemas toda la vida. Y menos algo tan grave, joder.

—Deja de reñirme y vamos a mi casa. —Sue hizo con sus labios un mohín delicioso—. Allí te enseñaré lo que pasa en realidad. No es cuestión de ir contándolo por la calle. Tengo el coche en el parking. Ahora llamo yo al Royal National para encargarme de lo de tu reserva. Tengo un amigo filipino entre los recepcionistas que me lo arregla en un minuto. Y sin recargo, verás. Sigue gustándote el té Earl grey, ¿verdad? Tengo uno que me han traído de la India que te va a encantar.

Se acababa la tarde del lunes en La Coruña, y Valentina Negro se reunió en la sala de la comisaría desde donde se dirigía la operación Cisne Negro con Velasco y Bodelón. La inspectora saludó, se sirvió un café descafeinado en la máquina que estaba en una mesa auxiliar, junto al depósito de agua, se sentó y se aprestó a seguir con el trabajo. De manera refleja, se recogió la espesa melena negra en una coleta con la goma del pelo que llevaba siempre en la muñeca, al lado del reloj Nike.

—Bueno, chicos, ¿qué tenemos? —

preguntó.

Velasco le dio una carpeta con la palabra «Mendiluce» escrita con trazos gruesos.

—Aquí lo tiene, inspectora. Pedro Mendiluce en todo su esplendor —dijo Velasco.

Una serie de fotografías mostraban a un hombre alto, de unos cincuenta años bien llevados, elegante, pelo blanco, largo y poblado. Los ojos enormes, claros y separados, como los de una lechuza. Chaqueta cruzada de marinero. En compañía de políticos importantes y altos cargos del gobierno de Galicia. Una instantánea de *paparazzi* lo

mostraba tomando el sol en su enorme yate en compañía de una espectacular rubia, veinte años más joven. Todo muy glamuroso.

—Mendiluce es la versión «Coruña» de Flavio Briatore —dijo Bodelón—. Junto a sus negocios oscuros, una de sus fachadas legales es SOTMEN Inmobiliarias.

—¿Qué es exactamente SOTMEN Inmobiliarias? —preguntó Valentina.

—Es una de las pocas inmobiliarias coruñesas a las que no parece haberles afectado la crisis, inspectora —explicó Velasco—. Los dueños son dos socios de aquí, Luis de Soto y Pedro

Mendiluce. Pero Mendiluce tiene muchos más negocios que los inmobiliarios. Los legales son muy rentables: parques eólicos, importación de pescado, industrias químicas... todo lo que dé dinero. Es uno de los patrocinadores de la feria taurina coruñesa, creo que quiere traer a toda costa a José Tomás.

—Ya veo... —musitó Valentina—. Bien, mañana tendré el gusto de conocerlo. He concertado una cita con él.

Los dos subinspectores levantaron las cejas con curiosidad, y la inspectora continuó.

—Esta mañana, como os dije, he ido a entrevistarme con Sonia García, la becaria de Morgado. Lo que me ha contado ha sido algo... repugnante, por decirlo así, de forma suave. Mendiluce es un degenerado; se dedica a dar fiestas para la *jet set* de Galicia, donde las jovencitas son moneda corriente... Sonia escapó por los pelos de ser violada en una de esas fiestas. Y tenemos el nombre de su lugarteniente: Sebastián Delgado. —Los ojos de Valentina mostraban la excitación de saber que al fin tenían algo sólido en lo que basar la investigación—. Si juntamos esa peligrosa tendencia sexual

con el caso de Lidia... ¿qué tenemos?

Los dos subinspectores se miraron y sintieron también una sacudida interior. La respuesta era obvia.

—Tenemos a un hombre acostumbrado a vivir según sus caprichos... y a un esbirro que le consigue lo que desea... —dijo Bodelón—. ¿Es posible que Lidia fuera una de las chicas con las que contactó Delgado, y que algo saliera mal... y...?

Bodelón no terminó la pregunta, que más que a los demás se hacía a sí mismo.

—Exacto —dijo Valentina— Hay que averiguar si el novio que vio esa

vecina era Delgado. O alguien del entorno de Mendiluce. Tenemos que dar a esto prioridad absoluta.

—Mendiluce vive en Mera, en ese caserón imponente que se alza sobre la playa. Consiguió que el paseo marítimo pasase justo por debajo de la casa pero sin tocarle la finca. Es un tipo muy poderoso. Habrá que atarse los machos, inspectora —dijo Bodelón.

—Sí, conozco esa casa —asintió Valentina—. Me encanta. A mi padre y a mi hermano les gusta mucho ir a la playa de Mera, solemos ponernos de ese lado. Siempre me pregunté de quién sería semejante palacio... mira por dónde.

—Y ahora, esto es lo que tenemos en los archivos, en espera de que hablemos con Larrosa, que es quien mejor lo conoce —dijo Bodelón—. Su mujer, una francesa absolutamente forrada de pelias, desapareció hace unos años y no se supo nunca nada más de ella. Mendiluce siempre defendió que se había fugado con un artista muy joven, en una singular despedida a la francesa, claro. Pero hubo, y hay, sospechas muy fundadas de que él fue el que la hizo desaparecer de manera algo «delicada», ya me entiende. Había mucho dinero por medio. Se ha sospechado que la mujer está enterrada en la finca, abonando los olmos y los

castaños. Lo malo es que no hay ninguna prueba. Y el juez nunca autorizó a pasar el radar por la finca en busca del cuerpo. Que, por otra parte, pudo ser incinerado o pulverizado, o incluso pudo tirarlo al mar en un saco lleno de piedras...

—Desde luego, habrá que tener cuidado. —Valentina estaba empezando a comprender que Mendiluce no iba a ser un plato agradable de degustar—. No podemos dar un paso en falso, si Pedro Mendiluce tiene ese poder cada cosa que hagamos tiene que estar plenamente justificada. Así, si pisamos algún callo, podremos tapar la boca al

político de turno que se queje ante Iturriaga. ¿Está claro?

—Como el agua, jefa —dijo Bodelón—. La policía siempre ha intentado pillar a Mendiluce en un renuncio, pero no ha habido forma humana de hacerlo. Siempre lo tiene todo atado y bien atado. Hubo una temporada en la que lo acusaron de ser el dueño de un prostíbulo de lujo en el que se traían las chicas desde Albania, el famoso El Tacón Negro, ese que se ve desde la autovía. Un asunto turbio de trata de blancas. Pero al final, Larrosa solo pudo meter para dentro a un tal Roland, que cumple condena en la

cárcel de Teixeira. Un francés que parecía tener múltiples conexiones con Mendiluce, pero que se perdían en la nada... como todo lo relativo a ese señor. Lo dicho: creo que ha creado a su alrededor una maraña tan compleja como un laberinto, y coger el hilo adecuado se ha hecho algo casi imposible. Es muy inteligente. Yo diría extremadamente inteligente. De todos modos Larrosa podrá aportarnos más datos cuando venga. La verdad es que siempre le ha tenido muchas ganas.

—De acuerdo. Velasco, ¿tenemos algo del vestido o de las flores de Lidia? —preguntó entonces la

inspectora.

—Hemos averiguado que de ese mismo modelo se han distribuido cinco ejemplares en Londres en el último semestre: cuatro de ellos para bodas, y el último para el vestuario de una exclusiva escuela de teatro. Por teléfono se va a hacer imposible interrogar a los compradores. A lo mejor alguna novia, tras la boda, lo ha revendido. O subastado en la red. Es necesario ir a la tienda distribuidora para saber cuál de ellos es el que ha usado el asesino.

—En resumen —continuó—, el vestido, de momento, es lo único que tenemos, además de las flores de látex y

plástico que pueden venir de cualquier parte de China.



Lúa miró con ojos entrecerrados a su becario, que no quitaba las gruesas lentes de intelectual de la pantalla del ordenador mientras comía de una bolsa de Cheetos grasientos con una mano que limpiaba a continuación con un pañuelo de papel, a la vez que con la otra manejaba el ratón de forma rápida y habilidosa.

Ya tenía parte del suplemento del domingo perfilado. Pero le faltaban un montón de detalles. Las fotos, por

ejemplo. Y llamar a Valentina Negro. A ver si soltaba la gallina de una vez, la muy cabrona. Cada vez estaba más convencida de que iba a acabar haciendo un buen negocio con aquellas fotos robadas.

—Gafapasta. ¿Qué haces? ¿Mirar a ver si estás en las fotos de la última convención de Star Trek disfrazado de Klingon? ¿Me has pasado ya todas las fotos del entierro de Lidia? No las veo por ningún sitio. El domingo va a salir un especial del asesinato, apúrate, haz el favor. Y no dejes el teclado lleno de mierda. O de aceite. Qué asco. ¿Sabías que todas esas cosas que comes están

llenas de grasas trans?

—Tendrás que esperar, mujer explotadora. —Jordi se chupó los dedos ruidosamente y luego los secó en una toallita húmeda que sacó del cajón—. Ahora estoy con la conferencia de Javier Sanjuán de ayer, en el Congreso de Criminología. No te localicé, por cierto. Pensé que al final ibas a acercarte. Estuvo fantástico. Hablaba de la utilización de perfiles criminales para cazar a los asesinos en serie. Puso unas fotos impresionantes. Era como estar viendo *Mentes criminales*...

—¿La conferencia de ayer? Estoy tan obsesionada con el rollo del

asesinato que se me pasa todo lo demás. Es cierto, el congreso de criminología... qué cabeza, joder. Pero bueno, para eso te mandé a ti.

—¿No sabías lo de Sanjuán? Está en La Coruña.

—Ya, claro. Si tuvo que dar una conferencia y hay un congreso con señores criminólogos, pues estará en Coruña. Nada nuevo —dijo con cara de fastidio.

—Pero el congreso ya terminó ayer, y yo lo he visto esta mañana paseando por la calle Real. Le pedí un autógrafo para mi colección...

—¿Cómo no me lo has dicho antes,

animal? —Lúa se levantó, pensando muy rápido, y dio vueltas alrededor de su mesa de trabajo—. Hay que localizarlo y preguntarle qué opina del caso antes de que desaparezca. Hacerle unas buenas fotos. Dios, estoy totalmente espesa esta temporada... hay que hacerle una entrevista para el especial del domingo... ¿Dónde estará alojado? Voy a llamar a los hoteles. No, espera. Es profesor en la Universidad de Valencia, ¿no? Allí me darán su móvil, fijo. O en alguna de las editoriales de sus libros.

—El último lo tengo yo. La editorial es Aristas, creo. Es una pasada y

deberías...

Lúa lo interrumpió mientras se sentaba a buscar el teléfono de la universidad.

—Gracias, gafapasta. Si sigues así acabarás cobrando un sueldo y todo. Te estás haciendo insustituible. Editorial Aristas. Bien. Vamos a conseguir el teléfono de Sanjuán. La entrevista va a quedar de miedo en el suplemento del domingo.

• • •

Valentina subió al coche y se dirigió a su casa. Estaba cansada, pero esperanzada... ¿Sería posible que

Mendiluce siguiera con ese negocio aborrecible de jóvenes en alquiler y que Lidia estuviera metida en eso? Pero si se descubría que Delgado era el hombre con el que se veía Lidia... entonces, ¿no parecería lógico pensar que el entorno de Mendiluce podía haber tenido algo que ver con su desaparición y posterior asesinato? Y no olvidemos que Mendiluce era un entendido en arte... Valentina conducía con el piloto automático, totalmente absorta en sus reflexiones. Pero ¿qué sentido tendría matarla de ese modo...? De pronto, como un fogonazo, lo comprendió. Frenó en seco en un semáforo en rojo que

estuvo a punto de no ver.

—¡Claro...! ¡Ahora lo entiendo! —
dijo en voz alta.

La inspectora, súbitamente, como si asociara su idea a la valoración que pudiera hacer el criminólogo, se acordó de Sanjuán. «¿Qué habrá hecho hoy? No ha dado señales de vida. Claro que yo tampoco, la verdad».

¿Y qué opinaría él de su teoría...?

Capítulo 34. Amenazas de muerte

Anido se tomaba el té Earl grey con leche mientras Sue encendía el iMac en su despacho. Admiró la nueva casa de su amiga: decoración exquisita, muebles de anticuario, grandes maceteros con buganvillas, potos e hibiscos, una pecera inmensa. Pero lo mejor era la luminosidad y la paz que se respiraban allí dentro. A través de las cortinas pudo ver el parque privado lleno de sauces, robles, acacias, plátanos y enormes rosas blancas sobre el césped

perfectamente regado. Era como estar en el paraíso. En alguna parte a lo lejos se escuchaba un piano tocar música de Juan Sebastián Bach.

—Ven, mira. Aquí tengo los anónimos que hemos recibido. Espera. Te los imprimo para que puedas verlos mejor.

La impresora escupió, silenciosa, dos folios casi al instante. Anido dejó de mirar los extraños peces de vivos colores que nadaban con parsimonia entre pequeñas rocas y algas, que lo habían casi hipnotizado, y se acercó a la mesa blanca de despacho. Cogió los folios y leyó en alto el contenido de la

primera hoja:

«Si deseáis el fuego en la carne para morir de goce, entonces yo seré vuestro más ferviente siervo y haré realidad vuestros deseos más ocultos... ¡Cuidado, esnobs y degenerados, que el tiempo de rendir cuentas se acerca...!».

—¿De dónde coño ha salido semejante delirio? —Anido miró a Sue con cara de preocupación—. ¿Qué fecha tiene esto?

—Lo recibí en febrero de este año.

Poco después de la muerte de Patricia.

—Joder, qué fuerte. «Si deseáis el fuego en la carne...». Parece la obra de un trastornado religioso. De uno de esos puritanos que mataban a las brujas en Salem. Un miembro de la Santa Inquisición.

—Lee el otro. Es todavía peor. — Los ojos verdes de Sue reflejaban el mismo pavor que el mismo día en que los leyó por vez primera.

«Si valoráis la vida entonces tened cuidado, pues tanta perversión se merece el castigo más refinado y la

venganza más cruel... Es cierto que la especie humana está sobrevalorada, y vosotros sois la prueba de que la muerte de muchos apenas cuenta, y la de unos pocos es más bien un beneficio que los hipócritas nunca reconocerán.».

—Joder, joder. «La muerte de muchos apenas cuenta... la de unos pocos es más bien un beneficio...!» ¿Tú qué crees que significa? —preguntó desconcertado Anido.

—No tengo ni idea. Pero resultan

claramente amenazantes. Todavía más tras el asesinato de Patricia. Además, los mandaron al correo de la hermandad. Yo te digo que es alguien de dentro. Alguno de los nuestros. Nadie de fuera conoce ese correo. O por lo menos, nadie debería...

Jaime se quedó un rato en silencio.

—El inspector Evans me ha enseñado fotos del crimen, Sue. No puedo quitármelas de la cabeza. A Patricia la violaron y torturaron brutalmente. Y luego hicieron una especie de recreación literaria con ella. Le separaron la cabeza del cuerpo...

Sue lo interrumpió. No quería más

detalles.

—Lo leí en la prensa. Drácula. En Whitby. Salió en todos los periódicos. Gracias a Dios no salieron las fotos, pero la descripción del hallazgo del cuerpo sí. Y me pasé la noche siguiente sin pegar ojo.

—He visto las fotos del cuerpo, Sue. Decir que eran macabras era quedarse corto. La habían decapitado, le clavaron una estaca en el corazón, le llenaron la boca con cabezas de ajos... pero lo peor era que estaba totalmente maquillada, vestida con un sudario... parecía una muñeca de cera.

Sue cortó con un gesto la

descripción de Anido.

—Prefiero no saber más, Jaime. Bastante aterrorizada estoy con todo este asunto como para saber los detalles del asesinato con pelos y señales.

—¿Esos son los únicos anónimos que has recibido?

—Que yo sepa, sí. No sé si alguno de los otros miembros también ha recibido algo, pero si ha sido así, no me lo ha comunicado nadie. De todos modos, hace meses que no nos reunimos. Ahora sabes el porqué. Decidí pasar una temporada tranquila hasta que se calmaran las cosas. Tenía miedo de que la investigación policial nos tocara las

narices. Pero por ahora no parece que hayan encontrado una conexión directa entre Patricia y la hermandad.

—Es cuestión de tiempo, Sue. El inspector Evans sabe que existe algo llamado El Ruiseñor y la Rosa. Pero no sabe lo que es. Alguien se lo sopló en algún garito y tiene curiosidad por enterarse del asunto. A mí me preguntó si tenía alguna idea del asunto. Yo lo negué todo, está claro.

Sue sacudió la cabeza con amargura.

—Todo esto nos hace mucho daño. Hay muchos miembros que lo que menos desearían sería tener a la policía husmeando en su vida privada. Las

investigaciones de asesinato no dejan títere con cabeza, Jaime.

—Es cierto. Quizá lo mejor sería disolver la hermandad por una temporada.

—¿Disolver la hermandad? Eso jamás. Eso que ni se te pase por la cabeza. No hacemos nada malo ni ilegal. Solo pasarlo bien a nuestra manera. Además, como ya ha pasado bastante tiempo desde los anónimos... —La expresión de Sue se transformó en un mohín de alegría contenida—. Tengo que confesarte que he programado una fiesta en Garlinton Manor para mañana por la noche. Una fiesta de disfraces.

Aprovechando que estás aquí, claro. Tenemos que volver a nuestra rutina, Jaime. Me niego a que un loco nos joda la vida a todos nosotros.

—Sue, esto es una locura. Si el asesino de Patricia es un miembro de la hermandad, corremos todos un grave peligro. ¿No te das cuenta? Deberíamos empezar a buscar entre nosotros al sospechoso. Analizar uno por uno. Contárselo a la policía.

—Olvídalo, Jaime. Olvídate de la policía. Si se lo cuentas a la poli te expulsaré yo misma de inmediato. Por no hablar de que te granjearás un montón de enemigos poderosos. —Sue lo

envolvió en un abrazo cálido y manipulador, era como una gata ronroneante pegada a su espalda—. No te tortures más. Hoy es día de pasarlo bien. Y mañana. Especialmente mañana.

Sue le acarició amorosamente el cabello, revolviéndoselo. Luego empezó a masajearle las cervicales con sensualidad. Jaime se rindió casi al momento.

—Y luego nos iremos de compras. Aún me faltan varios detalles importantes para la sesión... Tu ropa, por ejemplo. Esta que llevas no me gusta demasiado... no es adecuada en absoluto.

Ella le desabrochó muy lentamente los botones de la camisa blanca de algodón, dejando a la vista el pecho masculino lleno de vello gris. Él la agarró de los brazos con fuerza y la atrajo hacia sí, sentándola a horcajadas sobre su regazo. Desde que la vio acercarse en King's Cross con aquella falda negra de pantera viciosa y las medias de rejilla no pensaba en otra cosa que en follarla salvajemente.

Sue notó la erección del fotógrafo y se subió la falda elástica todavía más hacia la cintura, para dejar al descubierto sus piernas duras y blancas y el carísimo liguero negro. Arqueó la

espalda, mostrándole el escote mientras su mano bajó hacia el pene para liberarlo de los pantalones. Sabía que aquella era la mejor forma de calmar a Jaime, hacer que olvidara su pulsión de correr hacia la policía y contar lo de la hermandad y los anónimos. Ella misma dirigió el miembro, totalmente duro, hacia su sexo. Cuando él la penetró, Sue gimió de placer abiertamente. Hacía demasiado tiempo que no follaba con Jaime, pensó. Le mordió la oreja y luego el cuello. Le agarró el pelo corto y plateado y tiró de él hacia atrás mientras cabalgaba, susurrando en su oído todo tipo de palabras perversas. Luego paró,

de repente, cuando notó que él estaba a punto de correrse. Lo miró a los ojos. Anido estaba sudando, casi fuera de sí por completo.

—Vamos al dormitorio. Allí estaremos bastante más cómodos. Además, tengo varios juguetes nuevos que te van a parecer muy interesantes...

• • •

Lúa estaba encantada de la presteza con que la editorial le había facilitado el móvil de Sanjuán. No le había costado más de un par de llamadas a Barcelona y ya lo tenía en su poder.

—Hola. Buenas tardes. ¿El señor

Javier Sanjuán, por favor?

—El mismo. Dígame.

—Soy Lúa Castro, periodista de *La Gaceta de Galicia*. Llevo el caso de Lidia Naveira, la chica asesinada. Me gustaría saber si podría hacerte una entrevista, fotos, todo eso. Tengo un especial para este domingo y me resultaría de mucha ayuda tu opinión... El asesinato desde el punto de vista de un criminólogo interesará muchísimo a los lectores. Sería muy importante para mí.

—No tengo ningún problema. Al revés, estaré encantado. Siempre y cuando me permitas hablar de mi nuevo

libro en tu entrevista... —Sanjuán rio su propia broma. Su voz sonaba jovial y cercana, mucho más que en televisión, pensó Lúa.

—Por supuesto que sí. ¿Estás aún en La Coruña?

—Sí, estoy en La Coruña. Tienes buenas fuentes, Lúa Castro.

—¿Cuándo te vendría bien entonces? ¿Hoy sería demasiado tarde? No quiero molestar, es que el especial sale el domingo y mañana por la noche tengo que tenerlo completamente acabado.

—En absoluto. Hoy a última hora estaré totalmente libre. Estoy alojado en el Hotel Meliá. Sobre las ocho y media

si quieres será perfecto. Avisáis en recepción, por ejemplo. O me llamas al teléfono.

—Perfecto. Gracias de verdad.

Javier encendió un Winston. Era jueves. Y era cierto, estaba totalmente libre. Algo, en verdad, un poco deprimente. Valentina Negro no le había llamado y, a fuerza de ser sincero, eso le había dolido. Pero siempre podía llamar a Raquel...

• • •

Lúa llamó a Jaime, pero el teléfono daba continuamente apagado o fuera de cobertura. Mierda. Tenía que contarle lo

de Sanjuán. Tenía ganas de hablar con él. Lo echaba de menos. Y tenía también que consultarle el destino de las fotos de Lidia. Cada vez estaba más convencida de que no podían quedarse durmiendo en un cajón, ya que la inspectora Negro no parecía por la labor de contarle nada. Nada en absoluto. Ni una llamada. Esperaría al día siguiente y la llamaría ella. Iba a darle una oportunidad. Solo una. Luego, ya lamentaría no haberse esforzado un poco, cuando las fotos estuviesen en boca de todo el país. Bueno, ya la llamaría Anido cuando pudiese. Miró el reloj Casio que le había regalado su sobrina. Eran las siete

de la tarde. Tenía que terminar una plana y saldría con su becario a hacerle la entrevista a Javier Sanjuán. Y tenía también que pensar en las preguntas que iba a formularle. Iba a salirle una entrevista casi sin preparar. «Hay veces en que este oficio es una mierda», se dijo.



Jaime se levantó muy despacio y encendió el teléfono. El sonido de tres mensajes rompió el silencio que reinaba en la casa mientras Sue dormía a su lado, desnuda y envuelta en la resbaladiza sábana de satén de color

negro. Dos eran llamadas perdidas de Lúa, y un tercero, un mensaje de texto en el que le pedía que la llamara, solo dos minutos antes. Se deslizó silenciosamente al enorme salón y cerró la puerta para no despertar a la mujer que, inquieta, había dado una vuelta en la cama, liándose todavía más con la sábana. Abrió la ventana para que pareciese que estaba en un lugar con mucho ambiente. El ruido de los automóviles y de conversaciones que aparecían y se desvanecían en un segundo invadió la sala. Anido llamó a Lúa mientras observaba los negros nubarrones que se cernían sobre Londres

y el ocaso ensombrecía los edificios de ladrillo de estilo eduardiano que podían verse detrás del jardín.

—Lu. Hola, guapa. ¿Cómo estás? ¿Pasa algo?

La voz de Lúa sonó apurada, un tanto cabreada, quizá.

—Jaime, benditos los oídos. No, no pasa nada. Estoy preocupada, eso es todo. De todos modos, quiero preguntarte una cosa.

Jaime se puso inmediatamente en guardia. Ellos no tenían una relación formal, se lo repetía a menudo. Sin embargo, se sentía algo culpable al estar, de alguna manera, engañándola. Su

difunta madre siempre decía que decir una verdad incompleta era peor que decir una mentira... Y él estaba luciéndose con un combinado especial de ambas cosas.

—Dime, Lu. Pregúntame lo que quieras.

—La inspectora Negro no me ha llamado. La muy puta. Quedó en hacerlo. Le dije que si no me pasaba información de primera sobre el caso Naveira no dudaría en vender las fotos de Lidia al mejor postor. Y no ha dicho nada de nada. El lunes hay una rueda de prensa. Vamos, Jaime, que voy a enterarme de lo que pasa del mismo modo que los

demás. ¿Qué hacemos? ¿Quieres que contacte con alguna agencia? ¿Alguna revista?

—No te precipites. Calma ante todo. ¿La has llamado tú? No, seguro. — Anido en el fondo sintió un gran alivio. No estaba preguntándole por su estancia allí. Ni por dónde estaba. Aunque, conociendo a Lu, no tardaría en mostrar curiosidad—. Primero habla con ella. A ver de qué pie cojea.

—No, no la he llamado. He estado dándole un tiempo prudencial. Pero ya ha pasado tiempo suficiente, así que...

—Primero habla con ella. Luego, según sea la reacción, me llamas y me

cuentas. Si puedes sacarles dinero a esas fotos, hazlo, Lu. Se supone que la policía no debería estar interesada en que el asesino cobrara notoriedad. Si esas fotos salen a la luz, el impacto va a ser brutal. No sé hasta qué punto es honesto hacer algo así, hostia. La familia va a quedar totalmente traumatizada...

—Jaime, las fotos las has sacado tú, coño. De todos modos, ahora tengo que dejarte. Voy con Jordi a hacerle una entrevista a Javier Sanjuán, el criminólogo. El que sale en la tele, vamos. Voy a preguntarle por el caso de Lidia. Es una casualidad que esté justamente en Coruña estos días...

—¿Sanjuán, el de los asesinos en serie? ¿Lo vas a entrevistar? ¿Ahora? — Jaime pensó rápido. No le dio tiempo a sopesar la decisión, la tomó en unos segundos—. Dale mi teléfono, dile que me llame, por favor. Necesito hablar con ese hombre.

—¿Con Sanjuán? ¿A santo de qué tienes tú que hablar con Sanjuán? ¡No te habrás metido en algún lío, Jaime! Te conozco, estás raro. Estás muy raro desde lo del asesinato de Lidia. Y ese viaje a Londres tan precipitado... joder, tío, dime qué pasa para que quieras hablar con Sanjuán. Estás preocupándome todavía más...

—Te lo prometo, te lo contaré todo más tarde. Ha habido un asesinato. Han matado a una gran amiga mía, una colega muy querida de cuando estaba yo viviendo aquí. No quise contártelo antes para no preocuparte. Además, no la conocías. Ha sido algo horrible. La policía está totalmente perdida. Por eso quiero hablar con él, por si puede arrojar alguna luz...

—Serás hijo de puta... te vas a Londres por el asesinato de una amiga y me dices que vas por trabajo... ¡cabrón!

—Lúa, coño. Me acabo de enterar de lo del crimen, joder. No vamos ahora a ponernos a discutir por esto, bastante

tengo ya.

—Tengo que irme a la entrevista. Está bien, Jaime. Le diré a Sanjuán que hable contigo. Si es importante para ti, lo es para mí y todo ese rollo. Luego me llamas y me cuentas qué demonios estás haciendo en Londres, si te da la gana, joder. De verdad... esta vez te has pasado cuatro pueblos.

Jaime se quedó con la palabra en la boca, los ojos seguían el recorrido acuático de un pez Neón blue tux de colorido fascinante que se escondió lentamente de su vista detrás de una roca negra.



Raquel Conde salió de la ducha y se envolvió en una enorme y suave toalla blanca. Había quedado a las diez de la noche, tenía tiempo de sobra para prepararse. Le esperaba una noche de jueves verdaderamente emocionante. Cena, champán francés, ostras... Nada que ver con las tristes noches de viernes con su exmarido. Todo el maldito día en la sede del partido. Y luego, cenar con aquellos brutos de los sindicatos y los concejales de los pueblos: algunos parecían salidos de una película española de los setenta, con sus

Mercedes horteras, las farias y los copazos de whisky Dyc. Gracias al cielo aquellos tiempos ya habían terminado. Su vida había cambiado, y su trabajo también. Solo faltaba ganar aquel caso para la inmobiliaria y sería todo perfecto. Luego, en agosto, podría irse a Cuba a pasar una semana. Se quitó la toalla del pelo y lo cubrió de crema protectora para el calor. Cuando estaba cogiendo el secador del armario blanco de Ikea sonó su teléfono móvil. Mierda. Se le iba a secar el cabello al aire.

—¿Raquel? Soy Javier. Hola. —Una pausa incómoda—. ¿Cómo estás?

Raquel sonrió. Lo sabía. Sabía que

Javier iba a caer en la tentación. No había podido evitarlo. Era una noche de jueves perfecta, pero con aquello el fin de semana se acercaba a la matrícula de honor.

—Hola, Javier. Qué alegría me das. Pensé que no ibas a llamarme antes de marchar...

—Se me ocurre invitarte a cenar esta noche, si no tienes otro plan, por supuesto.

—Oh, vaya. Qué pena. Sí, tengo otro plan. Precisamente hoy. Y no puedo posponerlo de ninguna manera. Es un plan... ¿cómo decirlo? De trabajo fundamentalmente. Lo siento, de verdad.

Tenías que haberme avisado antes. Pero podemos quedar otro día, si te parece.

—¿Qué tal mañana por la noche?

—Mañana por la noche no tengo nada, creo. Así que sería una idea fantástica. De todos modos, te mando un mensaje. Si me surge algo, te aviso con tiempo para que hagas otros planes.

—Reserva tú algún restaurante. Yo no tengo ni la más remota idea de adónde ir. Salvo el bar del hotel, por supuesto. —La voz de Sanjuán traslucía entusiasmo y alegría al mismo tiempo, lo que no pasó desapercibido a los oídos y al ego de Raquel.

—Perfecto. Te recojo sobre las

nueve, si te parece. Podemos dar una vuelta antes de cenar.

—Será genial. Puedes enseñarme sitios remarcables de la ciudad.

—No te preocupes. Soy la reina de los sitios remarcables, ya lo sabes. Y ahora te dejo, con gran dolor de mi corazón. Tengo que vestirme. Acabo justamente de salir de la ducha hace un minuto. Nos vemos mañana.

Javier notó que su corazón latía de forma apresurada, bombeando sangre y endorfinas a toda velocidad. Encendió un cigarrillo para templarse un poco. «Segundas partes nunca fueron buenas, Javier, lo sabes». Pero no podía

contenerse: Raquel había sido durante años el amor de su vida, la espina clavada. No era demasiado inteligente por su parte liarse de nuevo en la red de una sirena que lo había dejado tirado como una colilla. Era perfectamente consciente de que Raquel había inaugurado su carrera de desastres consecutivos y matrimonios fallidos a lo largo de su vida. Quién sabía si el destino lo había llevado a Coruña para paliar, de alguna manera, todo aquel desaguizado que había constituido su experiencia amorosa durante tanto tiempo.

Capítulo 35. Un descubrimiento sorprendente

Jueves, 10 de junio

Los empleados del Meliá les cedieron sin problema una de las salas de reuniones para hacer la entrevista. Lúa miraba a su becario con asombro: estaba como alorado. Parecía el fan de una estrella de Operación Triunfo. De repente, el gafapasta se había convertido en una especie de perro pastor de ojos rendidos de admiración. Lúa se

preguntaba muchas veces cómo podían aquellos chicos ser capaces de terminar la carrera de periodismo y el máster si en realidad aún no habían salido de la adolescencia. Pero bueno, gracias a él le iba a salir una entrevista bastante decente. Jordi era el típico apasionado de los programas de televisión sobre crímenes y misterio. Así que tener a uno de sus ídolos de la pequeña pantalla delante de las narices le estaba afectando seriamente. Era comprensible.

Lúa sacó el móvil, para grabar, y el cuaderno Moleskine y los puso encima de la mesa. Después harían la sesión de fotos en el paseo marítimo. Pero por lo

pronto tenía a Sanjuán repantingado en un sillón, mirándola con aquellos sorprendentes ojos castaños, inquisitivos y lánguidos al mismo tiempo.

—Bien. Empezamos. —Lúa encendió la grabadora y comenzó con la batería de preguntas. Dejaría para el final el asunto más importante: el asesinato de Lidia Naveira.

• • •

Raquel miró por la ventana. Afortunadamente seguía el buen tiempo. No había ni una nube, aunque el fresco de la noche la obligaba a llevar una

chaqueta y un fular, para no coger frío. Cogió el bolso de mano y se puso las altísimas sandalias romanas de tacón. Miró su Cartier: ya era casi la hora. A él le gustaba mucho la puntualidad. Raquel sabía que no soportaba a las mujeres que hacían esperar a los hombres mientras se arreglaban. Y ella no tenía el más mínimo interés en enfadarle. Notó la incomodidad de su ropa interior, el tanga negro de puntillas, que no era precisamente como una braga de algodón. Pero era muy erótico. A él le gustaba mucho que usara tanga y liguero cuando salían de noche. Le gustaba también exhibirla por antros oscuros e

incluso llevarla a casas de intercambio. Eso la volvía totalmente loca. Solo de pensar en ello podría mojarse. A ver qué tenía esa vez dispuesto para ella. Solo le había dicho que habría champán y ostras. Suficiente para ponerse su ropa interior más sugerente. Salió de casa y cerró la puerta con llave. Conectó la alarma y bajó en el ascensor. Cuando llegó al portal, el Mercedes CLC Sport Coupé negro ya estaba allí fuera, esperando, con las luces de intermitencia encendidas. Justo a tiempo.

Raquel subió al coche, las medias de cristal brillaban en la oscuridad. Él la

besó en la boca, mordiéndole los labios. La miró de arriba abajo con ojos brillantes de lascivia y arrancó el vehículo. Durante un buen rato el hombre condujo en silencio. Raquel vio que se dirigían hacia la oscuridad del castillo de San Antón.

—¿Adónde me llevas esta noche? Tengo mucha curiosidad... —El mohín coqueto de Raquel resultó sobreactuado hasta para ella, pero él no pareció apreciarlo. Estaba demasiado pendiente del escote: se dio cuenta de que ella no llevaba sujetador.

—Hoy toca noche en el mar, Raquel. —La mano de él se posó en la pierna y

empezó a subir sin recato alguno hasta llegar a las puntillas del ligero, y aún más arriba. Dirigió el Mercedes hacia el puerto deportivo—. Tenemos el yate para nosotros. Bueno, para nosotros... y para quien queramos llamar... ¿no te parece, querida?

Raquel abrió sus piernas de forma casi inconsciente al notar el contacto. Estaba ya totalmente excitada. Aquel hombre no tenía más que mirarla para dejarla a su merced. Y encima, el perfume que usaba la volvía totalmente loca. La mano estaba ya apartando la fina tira del tanga cuando la voz grave y bien timbrada le ordenó que se

desnudara.

—¿Aquí? —Raquel elevó el tono de voz—. Pueden vernos. ¡No estamos lejos del centro de la ciudad! Y aún hay mucho tráfico como para... —Miró por la ventanilla. Aún no había anochecido del todo. No muy lejos estaba la torre de control marítimo. Vio a una pareja muy animada que se dirigía al Náutico, posiblemente a cenar.

—He dicho que te desnudes, Raquel. Y no te lo voy a repetir. —La voz se hizo, de repente, violenta, muy dura. Ella notó que aquel juego la ponía todavía más caliente—. No tiene por qué verte nadie. Vamos por la parte de

atrás del paseo.

Se bajó la cremallera del vestido y se lo quitó por encima de la cabeza. Los pechos quedaron al aire, solo cubiertos por el grueso collar de cuentas negras y blancas que se había puesto.

—Ni se te ocurra taparte las tetas, Raquel, y no cruces los brazos. No te vayas a comportar ahora como una monja recatada, no te pega. Si alguien te ve así, mejor para él. Ahora, pon tu mano sobre mi polla y hazme una paja en condiciones. Así, muy bien. Eres una verdadera zorra, lo sabes, ¿verdad? Con la otra mano quiero ver cómo te tocas los pezones. Mastúrbate. No te

preocupes: hasta que no termines no vamos a ir al barco. Tenemos toda la noche por delante... Y hazlo bien. O doy la vuelta y conduzco hacia el centro de nuevo... —La sonrisa lobuna de Sebastián Delgado destacó en la oscuridad.

• • •

Lúa llevaba ya más de una hora hablando con Javier Sanjuán. Al final, ella también había acabado sucumbiendo al encanto del criminólogo. Le había sorprendido gratamente: era un hombre simpático y muy accesible. Eso sí, no paraba de

hablar con aquella voz dulce de leve acento valenciano. Cuando cogía la hebra era misión imposible pararle o meter baza. Se notaba a leguas que era profesor de universidad y estaba acostumbrado a dar lecciones magistrales a sus alumnos. Gracias a Dios tenía la grabadora conectada y todo el monólogo sobre los asesinos seriales y la psicopatía estaba bien registrado en el móvil. Aprovechó una pausa que Sanjuán empleó para beber un poco de agua y se lanzó de lleno al meollo de la cuestión. El asesinato de Lidia.

—¿El asesinato de Lidia es obra de

un psicópata? ¿Puede ser un asesino en serie?

—No hay datos suficientes para saber algo así. Para saber si es un psicópata tendríamos que tener más información. ¿Un asesino en serie? Tampoco tengo información sobre ese punto. Date cuenta de que no conozco muchos asesinatos en nuestro país con unas características similares a las de este. Un asesino en serie es un criminal que ha matado como mínimo a tres personas. Y este no es un crimen muy normal...

—Te refieres al cuerpo y el vestido, las flores, todo eso...

Sanjuán se dio cuenta al momento de que la periodista tenía información privilegiada. No habían trascendido demasiados detalles a la prensa de la escena del crimen. Tenía que andarse con ojo: era muy avispada aquella chica. Lo quería llevar al huerto, seguro.

—Me refiero precisamente a eso. Pero tampoco tengo mucha más información, Lúa. Lo siento. Más adelante, quizá. Pero ahora... es muy pronto aún...

—¿Se ha puesto la policía en contacto contigo para preguntarte? ¿No te han pedido asesoramiento?

—En cuanto a eso no puedo contarte

nada. Tendrás que llamar tú a la policía y preguntarles a ellos...

Lúa sonrió de oreja a oreja. Los ojos verdes y líquidos chispearon un instante. «Eso es un "sí", Sanjuán, eso es un "sí" de libro...», menuda hija de puta, la inspectora. «Seguro que está haciéndolo en secreto...», pensó.

—¿Tú crees que puede volver a matar, el asesino?

—Si te dijera que sí, no sería un criminólogo. Sería un adivino. En realidad, no tengo ni la más remota idea, Lúa Castro. La criminología trabaja con datos, con pruebas. Y en este momento no hay nada que afirme ni niegue este

punto. Ya te lo he dicho: no tengo datos suficientes como para aventurar ningún tipo de hipótesis.

Lúa notó cómo Sanjuán bloqueaba el acercamiento que había conseguido durante la entrevista de una manera tajante. Ya no se fiaba de ella, estaba muy claro. Tenía que pensar por qué. Las preguntas habían sido inocentes y las típicas que se les solían hacer a los criminólogos. Sin duda, estaba implicado en la investigación, más de lo que quería confesar en la entrevista... Si no, ¿qué hacía en Coruña a esas alturas?

—¿Hemos terminado? ¿Hacemos ya las fotos? —Javier se levantó del sillón,

con evidentes ganas de marcharse—. Me muero por fumarme un cigarrillo. No os importa, ¿verdad?

—Solo quiero pedirte un favor. Un amigo muy querido está en Londres. Parece que han matado a una conocida suya. La han asesinado, dice, de una manera horrenda. Y la policía está totalmente perdida con el caso. Me pregunta si podría hablar contigo sobre el tema...

—Por supuesto. Dale mi teléfono y que me llame. Eso sí, no prometo nada. Si la policía inglesa no tiene ni la más remota idea, imagínate yo, Lúa. Además, seguro que allí ya han consultado con

criminólogos y perfiladores. Los ingleses en ese aspecto están mucho más modernizados que nosotros...

• • •

Jaime Anido salía de la ducha y se disponía a vestirse e ir a cenar con Sue cuando en su móvil sonó el doble pitido de un mensaje de texto. Era de Lúa. El teléfono de Sanjuán, decía. Era impresionante, aquella chica. Eso sí, ni un beso de despedida, ni nada. Estaba enfadada con él, se daba cuenta perfectamente. Al día siguiente la llamaría para ablandarla un poco. Pero en ese momento lo que tocaba era llamar

a Sanjuán. Cogió su iPad y entró en el correo. Allí tenía toda la información del crimen que le había dado Geraint Evans, incluidas un par de fotografías policiales del cuerpo de Patricia. Llamó al número que le había dado Lúa. Sanjuán contestó casi al momento.

—Dígame.

—Hola. Buenas noches. ¿Javier Sanjuán?

—El mismo. ¿Eres Anido, el amigo de Lúa Castro que está en Londres?

—Sí, soy yo. Muchas gracias por acceder a prestarme ayuda. Tengo aquí algo que me gustaría que analizara. Han matado a una amiga muy querida. Un

asesinato que parece ritual. Algo muy extraño. Y además, han aparecido una serie de anónimos amenazantes tras el crimen. Esos anónimos no han trascendido a la policía... pero no estaría de más que usted los viera. Están dirigidos hacia otra amiga, conocida de la chica asesinada.

—Te doy mi correo electrónico. Mándame todo lo que tengas. Los anónimos, la información del crimen de que dispongas... todo lo que tú veas que me pueda servir. ¿Quién lleva la investigación?

—El inspector jefe Geraint Evans, de la policía de Whitby, en el norte de

Inglaterra. El asesinato no se cometió en Londres. Fue allí, aunque la chica era londinense, y los anónimos se dirigen hacia gente de aquí.

—Bien. Mañana te llamo y te cuento mi opinión sobre el asunto, ¿Ok?

—Perfecto. Le mando todo lo que tengo aquí, que no es poco. Le agradezco horrores que sea tan amable, Sanjuán.

—Tutéame, haz el favor. Que no estamos en clase.

Un cuarto de hora después, mientras se tomaba una cerveza y unos cacahuetes, Sanjuán encendió el portátil y entró en el correo electrónico. Ya

estaban allí los mensajes de Jaime Anido... cinco, ni más ni menos. Esperó a ver si aparecía alguno más. Aquella Lúa Castro era una chica muy espabilada y apuntaba muy alto a pesar de su juventud. Y seguro que a sus jefes les gustaba el descaro con que se desenvolvía en su profesión... aunque había un punto de codicia en ella que podía verse a leguas. Un punto desagradable, quizá. Ese aire de hiedra trepadora que la hacía a la vez interesante. El que era cómico era el fotógrafo becado. Ese sí que parecía el personaje de una serie de televisión de *freaks*... Sanjuán hizo doble clic sobre

el primer correo cuando vio que no iba a aparecer ninguno más por el momento.

Se puso las gafas y comenzó a abrir los correos. El primero contenía una serie de enlaces a periódicos ingleses sobre el asesinato de Patricia Janz. Iba a llevarle un buen rato mirar uno a uno, así que dejaría para más adelante la lectura de los tabloides y periódicos.

El contenido del segundo consistía en los dos anónimos amenazantes que tanto preocupaban a Anido. Los leyó por encima. Luego volvería a ellos, con más calma. Cuando abrió el tercero, no dio crédito a lo que veían sus ojos: era una foto de la escena del crimen de aquella

chica. Una imagen a todas luces tomada por la Policía Científica. En ella se podía ver el cuerpo de una chica joven, de cabello muy rubio y largo, que yacía sobre el césped recortado de un cementerio. Estaba vestida con una especie de sudario de color crema que dejaba ver la parte inferior de las piernas, la llamativa manicura roja de las uñas de los pies daba una nota de color al conjunto. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho, de donde sobresalía el extremo de una estaca de madera de color marrón. La cabeza estaba separada del cuerpo unos quince centímetros, más o menos. Un poco más

atrás, se podían ver lápidas aquí y allá, inclinadas sobre el suelo, medio derruidas.

Sanjuán bajó el botellín de cerveza y lo dejó sobre la mesilla, sin beber. Estaba atónito. Abrió otro correo: otra fotografía de la escena del crimen. Mostraba la cabeza decapitada de Patricia en detalle, ampliada. Estaba maquillada, con una especie de pasta teatral que la hacía todavía más pálida. Se podían ver las pestañas postizas, los largos y afilados colmillos, a todas luces falsos, de vampiro cinematográfico. De la boca roja y jugosa, maquillada con un color muy

subido de tono, casi sanguíneo, sobresalían cabezas de ajos. Era, sin duda, la perfecta representación de una vampira liberada de su prisión inmortal. Una *performance* artística impactante, si no fuera por el detalle principal: Patricia Janz estaba muerta, totalmente exanguinada. Sanjuán recordó de pronto que parte del libro de Bram Stoker transcurría en la abadía de Whitby. ¡Lucy! La chica a la que Drácula convierte en vampiro y que luego vaga por el cementerio de Highgate buscando presas para subsistir y vampirizar a su vez. Comprendió al momento que esas fotos mostraban una recreación de la

muerte de Lucy.

El último correo mostraba una fotografía del informe de la autopsia de la joven. Anido había fotografiado el informe original, en poder de la policía. Muy agudo, el tal Anido. Patricia Janz. Diecisiete años. Siguió leyendo con rapidez hasta llegar a la causa de la muerte: estrangulación manual.

El cuerpo había sido conservado en un lugar frío, posiblemente un congelador. Había sido violada y torturada de manera salvaje. El listado de sugilaciones, laceraciones y equimosis que presentaba el cuerpo era interminable. La decapitación y la estaca

habían sido actos postmortem, ya que las heridas no mostraban ninguna reacción vital.

El informe detallaba que no se encontraron muestras de ADN del asesino. No se encontró absolutamente nada. El asesino había sido un hombre muy cuidadoso.

Sanjuán se puso manos a la obra; se descalzó, apuró la cerveza, encendió un cigarrillo y se puso a leer atentamente los dos anónimos.

«Si deseáis el fuego en la carne para morir de goce, entonces yo seré vuestro más ferviente siervo y haré realidad vuestros deseos más ocultos...

¡Cuidado, esnobs y degenerados, que el tiempo de rendir cuentas se acerca!».

Sanjuán sabía que las palabras reflejan muchas cosas acerca de las personas que las escriben. No solo es importante lo que dicen, sino cómo lo dicen. Si alguien escribe textos suficientemente largos, es posible perfilar rasgos importantes del autor, tales como su nivel cultural, sus lecturas favoritas, su equilibrio emocional o patologías mentales, e incluso, en ocasiones, su lugar de nacimiento, su residencia o su profesión. Por desgracia, ambas misivas eran lamentablemente breves. Acostumbrado a trabajar

siempre con material escaso, Sanjuán no se desanimó y aplicó su mente con determinación.

—Veamos, ¿qué tenemos aquí? — Hablaba consigo mismo mientras activaba su grabadora digital, una costumbre que le resultaba muy útil para ir refinando sus hipótesis y conclusiones —. Por de pronto, está claro que el autor considera a los destinatarios como seres despreciables... «esnobs y degenerados», hum... ¿Por qué? Veamos: «degenerado» es obvio que se refiere a costumbres o prácticas reprobables, y eso casi siempre quiere decir sexo... Y en concreto ¿qué no te

gusta de esos degenerados, amiguito...? Parece que lo que te saca de quicio es que ellos desean «el fuego en la carne para morir de goce»... Ya veo, ¿y qué placer es ese de sentir «fuego en la carne»? Bien, durante siglos se torturaba a la gente aplicándole hierros candentes sobre la piel... herejes, brujas, endemoniados... ¿Es eso lo que hacen, se torturan...?

Sanjuán abrió los ojos... una idea acudió a su mente como un relámpago, y continuó hablando a solas en su habitación de hotel, preso de la excitación, teniendo como mudo interlocutor al autor de las amenazas.

—¡Claro! ¡Se torturan para darse placer! ¡Los amenazados se dedican a prácticas sadomasoquistas! Y, además, son gente fina, si no no los llamarías «esnobs», ¿verdad? Claro, te jode un montón que esos ricachos y *beautiful people* se dediquen a follarse a todo el mundo alcanzando límites insospechados... ¿Es eso, querido amigo? Bien... Sigamos, si te cabreas tanto, no entiendo por qué escribes «entonces yo seré vuestro más ferviente siervo y haré realidad vuestros deseos más ocultos». ¿Qué quieres, participar en la fiesta? —Sanjuán se levantó y se dio un golpe en la frente—. ¡No, claro

que no...! Ahora eres irónico... estás diciendo que te convertirás en su siervo no para darles placer, sino para matarlos... ¿verdad? Tal y como lo entiendes, el que goza sufriendo anhela en verdad el último de esos sufrimientos, que es la muerte. Al matarlos, cumples sus deseos más profundos... deseos que quizá no reconozcan, pero que sin duda tienen... Y tú, desde luego, no vas a tomarte la molestia de preguntarles si estás en lo cierto... Simplemente los matarás de un modo sádico, como ellos gozan... Por eso les adviertes de que «el tiempo de rendir cuentas se acerca».

Sanjuán se dirigió a la nevera y sacó otra cerveza. No había estado mal, pero él era el primero que dudaba de hasta qué punto esa información podía ser útil a la policía... a menos que la amiga de Anido, la receptora de esos mensajes, quisiera colaborar. Sentado de nuevo en su cómoda butaca, se dispuso a analizar el segundo mensaje:

«Si valoráis la vida entonces tened cuidado, pues tanta perversión se merece el castigo más refinado y la venganza más cruel... Es cierto que la especie humana está sobrevalorada, y vosotros sois la prueba de que la muerte de muchos apenas cuenta, y la de unos

pocos es más bien un beneficio que los hipócritas nunca reconocerán».

Este segundo mensaje era más inequívoco: «esa perversión se merece la muerte», y Sanjuán no pudo menos que sentir una sensación de familiaridad con la expresión «la especie humana está sobrevalorada»... ¿Dónde diablos había leído eso antes? El criminólogo minimizó la bandeja del correo y abrió un archivo titulado «Asesinos múltiples». Dentro de este aparecían dos nuevas carpetas: una en la que ponía «asesinos en serie», y otra en la que estaba inscrito el título de «asesinos múltiples en un solo acto»; hizo click en

esta última. Abrió un par de documentos, y en el tercero encontró lo que buscaba.

—Aquí estás, ¡te cacé!

Sanjuán leyó el documento, y rápidamente se hizo una composición de lugar: Pekka Eric, estudiante de dieciocho años de un instituto de Finlandia, que en noviembre de 2007 mató a siete estudiantes y a la directora del centro... Como suele ser habitual, un joven resentido y que odiaba a todo el mundo... Empezó a leer los textos que había dejado en la web antes de suicidarse, junto a fotos donde se le veía empuñando una pistola: «Soy un cínico

existencialista, un humanista antihumano [... Estoy preparado para luchar y morir por mi causa. Yo, como un selector natural, eliminaré a todos aquellos a quienes considere incapacitados, vergüenza de la raza humana [...]. Ya he tenido bastante. No quiero formar parte de esta mierda de sociedad...». Y sí, ¡ahí estaba! La frase: «La humanidad está sobrevalorada».

Sanjuán siguió hablando para su grabadora.

—¿Tú también eres un «selector natural»? Pues claro, por eso dices que «la muerte de muchos apenas cuenta, y la de unos pocos es más bien un

beneficio que los hipócritas nunca reconocerán». Cuando matas acabas con la escoria, ¿verdad? ¿Y qué más escoria que los esnobs pervertidos que se dedican al goce máximo de los sentidos, gente podrida de dinero que mira a los demás por encima del hombro cuando no son sino unos degenerados...? Sin embargo, tú no eres un asesino que mata a muchos y luego se suicida... no, claro que no, tú eres más inteligente... ¡Eres un asesino en serie! Entonces, ¿has matado antes o este es el primer crimen de tu serie?

De pronto Sanjuán sintió un escalofrío. Lucy... la heroína de una

obra literaria, *Drácula*. Vaga por el cementerio de Highgate buscando sangre fresca... ¡Y de nuevo Highgate... el cementerio londinense en donde estaba enterrada Elizabeth Siddal, la modelo de *Ofelia*...! Acababa de leerlo el día anterior, mientras estudiaba el simbolismo del cuadro de Millais. Siddal, la modelo prerrafaelita que había muerto tras una sobredosis de láudano... la que había posado para que Millais compusiera su *Ofelia*. ¡Aquello no podía ser una mera casualidad!

—¡Serás cabrón! —musitó, indignado, el criminólogo—. ¡¿También has matado a Lidia?! ¡¿Otra

representación de una obra de arte?!

Sanjuán lo comprendió súbitamente. La muerte de Patricia fue anterior a la de Lidia, y ambos crímenes ejemplificaban obras artísticas, primero una novela, después un cuadro... Con avidez releyó la autopsia de Lidia: también torturada y violada... Mismo modus operandi, misma victimología.

Sin embargo, en su cabeza surgió la duda.

—Pero ¿qué has ido a hacer a La Coruña? ¿No estabas en Inglaterra? ¿Habrás sido tan hijo de puta como para viajar a España para volver a matar? — Sanjuán sabía que los asesinos en serie

suelen matar en entornos próximos, aun cuando la gente crea que son muy viajeros... Bien al contrario, la mayoría de ellos buscaban a sus víctimas en su llamado «mapa mental», es decir, en los lugares asociados con sus rutinas de ocio y de trabajo, teniendo como base de operaciones su casa o su empleo. Sin embargo, estaba claro que ese sujeto, si realmente era el mismo asesino, había sido la excepción a la regla.

Además, había otras malas noticias. Ese sadismo, ese paroxismo en la tortura y violación revelaban un deseo brutal de poder y control, una necesidad sobrehumana de aniquilación de la

víctima, primero haciéndole sentir un dolor y un terror inimaginables, y luego transformándola en una macabra recreación suya de una obra de arte. Así, las chicas acababan, mediante la transformación final, en un pasaje de un libro o de un cuadro, en una manifestación del espíritu del propio asesino: dejaban de ser ellas para convertirse en una obra de su mente pervertida. La posesión absoluta.

Sanjuán apagó su grabadora, cansado y excitado al mismo tiempo. Se asomó a la ventana y encendió un cigarrillo. Miró al horizonte, a la inmensidad del océano Atlántico, y se

preguntó dónde estaría el asesino, si aquí o allí. Pensó que tendría que hablar de todo eso con Valentina Negro. No obstante, lo que hizo fue escribir a Anido:

Esos mensajes no son una broma. El que los hizo, muy probablemente, mató a Patricia Janz. La policía tiene que tomar cartas en el asunto. No te arriesgues a investigar por tu cuenta. Este caso podría tener otras ramificaciones que ahora no puedo detallarte. Tu amiga

debe tomar precauciones.
Quizá más adelante pueda
ser más explícito. Saludos.

El criminólogo cerró el portátil y cogió
el teléfono para llamar a la inspectora
Negro.

Capítulo 36. Un asesino en serie

Cuando sonó el teléfono, Valentina estaba sentada encima de su cama, leyendo mientras escuchaba *La Bohème* que le había prestado Helena, con los cascos puestos. Necesitaba un rato de tranquilidad en su cuarto. Necesitaba descansar el cerebro, tomar algo de distancia con la investigación, que empezaba a obsesionar todas las células de su cuerpo. Valentina era adicta a leer novelas policíacas. Y aquella noche tocaba un libro de Peter James que había

comprado en una escapada furtiva a la FNAC. *Una muerte sencilla*. La muerte de Lidia podía ser cualquier cosa, pero el adjetivo que la definía no era «sencilla» precisamente. Dios, qué fáciles parecían las investigaciones en los libros. Y todas se solucionaban al final, como era menester. Si las reales fuesen así, todo resultaría, en efecto, mucho más sencillo.

Dejó un momento el libro y volvió a pensar en Sanjuán. Tenía que reconocerlo: todavía no le había llamado porque estaba molesta con el modo en que había acabado la conferencia del día anterior, cuando

pasó de ella y se perdió con esa admiradora, o lo que fuera, que era claramente una mujer muy atractiva. Ese reconocimiento, sin embargo, le llevó a pensar que lo que había averiguado durante el día era realmente importante, y que si quería que lo ayudara Sanjuán en la investigación tenía que dejar a un lado sus decepciones personales y demostrar que su trabajo tenía absoluta prioridad.

Además, estaba el asunto de su hipótesis, esa idea que le había traspasado como un rayo cuando conducía: ¿podía ser todo ese escenario una forma de desviar la atención de la

policía? ¿Podían ser Mendiluce o Delgado autores de esa muerte y haberla disfrazado como la obra de un loco o un sádico? Pero por otra parte... ¿Por qué hacer algo tan rebuscado? Con hacer desaparecer el cuerpo, todo listo. Valentina resopló. Comprendía que necesitaba a Sanjuán para discutir esa idea; pero justamente, cuando se disponía a levantarse para llamarlo, escuchó el tono de *CSI Las Vegas* que tenía asignado al teléfono del criminólogo. ¿Qué hacía Sanjuán llamándola a las once de la noche? Se levantó rápidamente a coger el móvil, notando con cierta incomodidad que se

ponía nerviosa. Demasiado.

—Dime, Sanjuán.

—Buenas noches. ¿Estabas durmiendo? ¿Te molesto?

—Por supuesto que no. Son las once de la noche. Estaba leyendo. —Por el momento Valentina no quiso desvelar que ella había estado a punto de llamarlo. Lo dejó hablar.

—¿Leyendo? Vaya, lo siento, pero lamento interrumpir tu lectura. Necesito verte ahora mismo.

Valentina frunció el ceño.

—¿Ha pasado algo? Tiene que ser muy fuerte para arrancarme de mi cama en este momento, Sanjuán. Estoy en

pijama. Estoy agotada. Llevo un día de aúpa.

—¿Sí? ¿Ha sido un día interesante...? Pensaba que querías mantenerme al tanto de la investigación... Pero bien... —Sanjuán esperó un par de segundos, pero como vio que Valentina no decía nada, decidió continuar sin mostrar en su tono de voz que estaba algo contrariado—. Sí, ha pasado algo muy interesante. Es algo tan importante que necesito que vengas ahora mismo a verlo. No puedo esperar a mañana. Algo sobre el crimen de Lidia Naveira. No vas a creerlo cuando lo sepas.

—¿Dónde estás?

—En este momento, en mi habitación del Meliá.

—Voy ahora mismo. Lo que tarde en vestirme y llegar hasta ahí.

—Perfecto. Te espero en la cafetería.

• • •

Sue había reservado una mesa en la ventana del Cagney's Restaurant. Quedaba muy cerca de su casa y era un lugar que a Jaime siempre le había gustado mucho. Era un lugar pintoresco y acogedor, un homenaje a las películas y a los actores de cine negro, que

presentaba una atmósfera especial, aunque en realidad la comida no fuese nada del otro mundo. Sin embargo, estaba siempre lleno de gente y había que reservar con antelación. Sue era amiga del dueño, y para ella una simple llamada era una mesa sin más.

No hacía tanto calor aún como para cenar en la terraza, así que se sentaron dentro, a la luz de una vela que se derretía en un vaso. Ella estaba realmente preciosa: se había puesto un vestido verde esmeralda que realzaba la piel lechosa y el color de los ojos felinos. Un collar de coral contrastaba con la palidez y hacía juego con los

labios y la cuidada manicura rojo fuego. Anido se había fijado en las miradas de los otros comensales hacia ella cuando entró, contoneándose con aquella elegancia tan especial que la convertía en un personaje de cine negro muy a tono con el sitio.

El camarero les aseguró que el kebab, las hamburguesas y el pollo llegarían en poco tiempo. Mientras, tomarían una botella de Chianti y unos entrantes. Anido miraba el teléfono que había colocado sobre la mesa, por si al criminólogo le daba por mandarle algún mensaje o hacer una llamada. Estaba muy preocupado por aquellos anónimos

tan agresivos, tan extraños.

—Jaime. Deja de preocuparte. — Sue le acarició la mano por encima de la mesa—. Vamos a pasar una buena noche. Olvida los anónimos y todo ese asunto tan sórdido...

—¿Se me nota tanto que estoy preocupado? —Anido sonrió con tristeza. El camarero llegó con la botella de Chianti y las copas.

—Se te nota a millas que estás mal. Tienes que animarte. Mañana va a ser un día muy especial y no quiero que te sientas hundido. Ha llegado el momento de pasarlo bien, de disfrutar. Venga. Brindemos.

—Brindemos, Sue. Por la fiesta de mañana.

—Por la fiesta y por todos nosotros, Jaime. Porque nos vaya bien la vida. Por el triunfo. Y sobre todo, por el amor... —y le dedicó una expresión que Anido conocía muy bien: la que presagiaba placeres inconfesables.



Tres cuartos de hora más tarde, Valentina entraba en la recepción del hotel buscando el bar. Se había puesto, a toda prisa, su cazadora de cuero, unos vaqueros raídos y una camiseta, y recogido el pelo en una coleta alta de la

que se escapaban unos rebeldes mechones oscuros que le incomodaban todo el rato. Decidió demostrar a Sanjuán que no se había molestado en arreglarse para él. Ni una gota de maquillaje.

Allí estaba Javier Sanjuán, sentado delante de lo que parecía un gin-tonic. Estaba absorto mirando unos folios que tenía encima de la mesa. Valentina suspiró para coger fuerzas; estaba claro que ella sentía algo especial en presencia de ese hombre, y eso la irritaba: le hacía perder el control. Qué estupidez. Menuda semana. El día en el que se le ocurrió pedirle consejo a aquel

criminólogo los astros debían de estar situados en alguna configuración «peculiar», por decir algo. Se sentó enfrente de él, dejando el bolso y el casco de la moto en el asiento de al lado. Lo miró fijamente. Al fin él levantó la vista.

—¡Ah! Qué bien. Ya has llegado. ¿Quieres tomar algo? Aquí los gintonics están buenísimos. Les ponen pepino.

—Prefiero algo más suave. Una cerveza. Luego tengo que conducir la moto hasta casa.

—¿La moto? —Sanjuán ladeó la cabeza con sorpresa y miró el casco

apoyado en la silla, pero no dijo nada al respecto—. Bien, no te levantes. Ya te la pido yo. ¿Caña o botellín?

—Pídeme una caña. Y un café solo americano, por favor.

Sanjuán fue hasta la barra a pedir la cerveza y el café, al tiempo que pensaba que aquella chica era endiabladamente atractiva vestida con cualquier cosa. Hasta con una simple camiseta y unos *jeans*. Cuando volvió, Valentina estaba intentando mirar el contenido de los folios que estaban encima de la mesa, incorporándose de la silla sin disimulo.

—Inspectora, no seas impaciente. Todo a su tiempo.

—Dime, Sanjuán. ¿Qué es ese «algo» tan importante que no puede esperar a mañana? Venga, suéltalo. — Valentina había hecho un esfuerzo para que su voz sonara cordial y que no revelara que se había sentido herida tras lo de la conferencia.

—Todo lo bueno se hace esperar, Valentina. —Sanjuán parecía estar pasándoselo en grande. Tapó los folios con la carpeta mientras sonreía con expresión de júbilo en los ojos. El camarero llevó la cerveza y el café, que ella se tomó de un trago, sin ni siquiera echarle azúcar. Cuando se fue el camarero, Sanjuán se puso las gafas y

empezó a desplegar las fotografías.

—La recepcionista ha sido muy amable a la hora de prestarme la impresora. Si esto sigue así, tendré que ir a comprarme una. Ven, siéntate a mi lado. ¿Cómo tienes el ánimo a estas horas?

—¿A ti que te parece, Sanjuán? —Valentina bebió un trago de cerveza fría para quitarse el sabor amargo del café y se cambió de sitio—. Estoy sin cenar. Me has levantado casi de la cama. Tengo un sueño que me muero. ¿Algo más?

—Ya verás, verás como ha valido la pena el esfuerzo. —Desplegó los folios frente a la inspectora, uno a uno, con

lentitud. Las fotos de la escena del crimen de Patricia Janz aparecieron ante sus ojos asombrados. Unos segundos después, una boquiabierta y descompuesta Valentina miró a Javier Sanjuán con expresión anonadada.

—¿Qué es esto, Sanjuán? ¿De dónde has sacado estas fotografías?

—Te lo dije. Te dije que no podía esperar a mañana. ¿A que tenía razón?

• • •

El enorme *jacuzzi* del yate borboteaba silencioso, con un zumbido sordo apenas perceptible. Raquel, sin embargo, no disfrutaba mucho del baño. En aquel

momento se encontraba bajo el agua, desnuda, con las manos atadas con unas esposas que le hacían daño. Sebastián la estaba obligando a hacerle una felación mientras estaba sumergida, costumbre que a ella le horrorizaba. Pero no se atrevía a protestar. Tampoco tenía muchas opciones: o se la chupaba o él la mantendría allí abajo con sus manos de hierro hasta que estuviese a punto de ahogarse. Ya se lo había hecho otra vez, el muy degenerado. Ella aguantaba la respiración y hacía lo que podía, que no era demasiado. Sin duda, a aquel hombre lo que le ponía de aquella situación era el control que ejercía

sobre la vida y la muerte. O lo que fuera. A ella no le gustaba, era agobiante y claustrofóbico.

Sebastián le sacó la cabeza del agua con dureza, agarrada por el pelo, para que pudiese coger aire, y la miró a los ojos, que traslucían un intenso miedo a la muerte que no podía ni quería disimular. Detectar esa sensación lo puso todavía más caliente. La cogió de nuevo con ambas manos y volvió a sumergirla. Aquella chica era una bomba sexual. Tenía que aprender a disfrutar un poco del mundo submarino...

—No entiendo nada. —Valentina negó con la cabeza, pensativa. Lo que había escuchado de Sanjuán la había sumido en el más absoluto desconcierto —. ¿Lo que quieres decirme es que ha habido un crimen en Inglaterra que presenta las mismas características que el de Lidia Naveira?

—En concreto, en Whitby. Un pueblecito del norte de Inglaterra — apostilló Sanjuán—. ¿Has leído *Drácula*?

—Lo leí hace mil años. He visto las películas, claro. Christopher Lee, Bela

Lugosi...

—¿Recuerdas a la primera chica a la que Drácula vampiriza, Lucy Westenra?

—siguió el criminólogo.

—Muy vagamente. Espera, sí... La película de Coppola. La pelirroja sensual...

—Esa misma. Bien. En el libro, para librarla de la «maldición», por decirlo así, le clavan la consiguiente estaca en el corazón, le cortan la cabeza y le llenan la boca con ajos. Igual que aquí. Mira.

Valentina observó con suma atención las fotografías y se quedó profundamente impresionada.

—Hasta le ha puesto colmillos. Es increíble... en realidad, es perverso y asqueroso —dijo la inspectora.

—No le falta ni el más mínimo detalle, ¿verdad? Está maquillada, lleva pestañas postizas, un vestido... el escenario, la recreación artística... ¿No te resulta familiar?

—Joder, Sanjuán... —dijo casi protestando, porque intuía que esa nueva perspectiva no encajaba con su hipótesis —. Entiendo... Se trata de dos escenas del crimen muy elaboradas y preparadas... Son dos recreaciones quieres decir, ¿no?

A continuación, sin esperar la

respuesta de Sanjuán, preguntó:

—Por cierto... ¿Cómo te ha llegado esa información?

—Por el amigo de una periodista de *La Gaceta de Galicia* que está en Londres. La chica muerta parece ser que era conocida de él.

—¿Una periodista de *La Gaceta*?
¿Cómo se llama esa periodista?

—Lúa Castro. Acaba de entrevistarme esta misma tarde para un suplemento especial del domingo. Por eso me he enterado de todo esto.

—Ya. Lúa Castro. —Valentina hizo una mueca de disgusto—. Era previsible que Lúa Castro metiese las narices aquí

también. Menuda pájara.

—A mí no me cayó mal. Parece una periodista de raza, de esas que ya no quedan.

—A mí me parece una periodista sin escrúpulos. —Ante la mirada extrañada de Sanjuán se explicó—. Ha intentado chantajearme con fotos de la escena del crimen de Lidia. Ella y su amigo Jaime Anido, el fotógrafo *freelance*. Quería cambiar las fotos por información.

—Anido, ese mismo. Anido es el que está en Londres precisamente. Se puso en contacto conmigo porque está bastante asustado. Parece ser que otra amiga suya ha recibido unos anónimos

muy agresivos. Puede que escritos por el propio asesino...

—Estoy confusa. No sé adónde quieres llegar exactamente. ¿Crees que el asesino de Lidia es un imitador del asesino inglés?

—No. Lo que pienso de verdad es que hay un asesino en serie que actúa en ambos países, Valentina.

—Pero... ¿los asesinos en serie no suelen actuar dentro de un radio de acción determinado? Me refiero a que es extraño que vayan de país en país... y más siendo unos crímenes muy elaborados y complejos, como el de Lidia... no es algo muy normal, ¿no?

Necesita tener un sitio aquí, una base donde planificar el secuestro, donde retenerla hasta que deja el cadáver...

—En efecto, es un caso muy atípico. Pero fíjate: la victimología es la misma, el modus operandi parece que también. Esa chica permaneció unos días desaparecida hasta que encontraron su cuerpo en un cementerio. Fue violada y estrangulada, como Lidia. Exactamente igual. Pero bueno, mejor será que veas con tus propios ojos las misivas de amenaza que me remitió Anido.

Sanjuán sacó de su carpeta los anónimos y, mientras Valentina los leía, le explicó la interpretación que había

hecho de los acontecimientos.

—Si aceptamos que los anónimos los ha escrito el asesino, nos encontramos ante alguien profundamente lleno de ira. Alguien que se complace en meter miedo y en obtener lo que yo llamaría un «placer frío». Imagina ese miedo y eso le pone, por decirlo así. No es un loco, ni un psicótico. Ni un ángel vengador que se deja llevar por arrebatos de ira; es un vengador, sí, pero metódico e implacable. Esa venganza está supeditada a la expresión de su creatividad, al deseo de mostrar al mundo que es un artista genial. Si te fijas, los anónimos presentan frases

copiadas literalmente del manifiesto que aquel asesino finlandés, Pekka Eric, había realizado en internet antes de matar a siete compañeros y a la directora de su instituto.

—Sí, recuerdo el caso. Un adolescente trastornado por completo que primero anunció la masacre en *YouTube*, ante la pasividad de todo el mundo.

—En efecto. Una especie de justiciero que despreciaba a la sociedad y decidió cambiarla a su modo y manera. Que nuestro asesino haya copiado esas frases da a entender que tiene un objetivo que nosotros no

conocemos aún, pero un objetivo concreto al que quiere destruir. Pekka Eric, sin embargo, no cometió crímenes sexuales...

—No, simplemente se dedicó a ajusticiar a críos de su edad, es cierto —dijo Valentina.

—Bien. Pero nuestro amigo no es de esos. Es mucho más refinado. En el fondo, lo que quiere es disfrazar sus pulsiones perversas mediante una especie de justificación personal: si mato a la escoria, estoy liberando al mundo de la basura. Fíjate en las expresiones: «Fuego en la carne» o «Morir de goce», por ejemplo. Es una

persona muy violenta, pero muy controlada. Y ese control implica capacidad para seguir matando. Con Patricia Janz empezó su particular forma desquiciada de limpiar la humanidad... mediante el arte, su arte, ¿entiendes?

—«¡Cuidado, esnobs y degenerados, que el tiempo de rendir cuentas se acerca!» —Valentina leyó en alto—. En efecto, parece que se refiere a gente en concreto. Esnobs y degenerados. ¿De quién estará hablando en realidad?

—Yo diría que de gente rica, gente que vive una vida de lujo, o perversión. Gente que puede dedicarse a prácticas sexuales que él parece no aprobar,

prácticas sadomasoquistas. Pero que curiosamente lleva el propio autor de los anónimos al extremo con los asesinatos... No sé. Espero que Anido me dé más información sobre este punto.

—Veo lo que sugieres, Sanjuán, y en principio entiendo que es algo que no podemos descartar... Sin embargo, hoy hemos averiguado algunas cosas que debes saber; iba a decírtelo cuando te adelantaste y me llamaste, que conste.

—Valentina esbozó una media sonrisa para amortiguar el escaso interés que hasta el momento había mostrado en tenerle al día.

—¿De veras? —Sanjuán acusó el

golpe de esa desconfianza, pero decidió que en esos momentos los sentimientos tenían que dejarse a un lado. Empezaba a comprender... Valentina estaba molesta—. ¿Qué habéis averiguado, entonces?

Valentina le contó su encuentro con Sonia, la becaria de Morgado, la aparición en escena de Sebastián Delgado, el valido de Mendiluce. También le relató los peculiares gustos sexuales de este y el poder que tenía, como ya les había anticipado Morgado. Le explicó que, a su juicio, el descubrimiento de que Lidia había sido vista con un hombre mayor podía

constituir una pieza importante en el puzle final: ¿podía haber caído Lidia en la red de Mendiluce? Y si fuera así, ¿había sido Lidia una mujer que, a diferencia de las chicas rusas o albanesas que vivían aquí sin recursos, resultaba muy difícil de manejar?

—Entiendo... —dijo reflexivamente Sanjuán—. Lo que quieres decir es que Lidia podía haber amenazado a Delgado o Mendiluce con destapar su negocio inmoral al descubrirlo, asqueada, y siendo como era la hija de un hombre importante, piensas que se sintió a salvo de acciones de represalia... O quizá incluso peor, cuando empezó a temer por

su vida, ya era demasiado tarde. ¿Es esta tu hipótesis, Valentina?

—En efecto, Sanjuán —dijo Valentina—. Además, en Coruña no tenemos constancia de ningún anónimo...

—Eso es cierto... por ahora, claro. Pero entonces ¿por qué matarla de ese modo tan artístico...? ¿Por qué tomarse esas molestias...? —Sanjuán no esperó a que la inspectora le respondiera—. ¡Ah...! Ya veo... ¿Piensas que se trata de una muerte escenificada para despistar, para echar la culpa a un sádico psicópata?

—Así es, Sanjuán. —Y Valentina no

pudo menos de asombrarse de nuevo de la capacidad de Sanjuán para leerle la mente sin esfuerzo alguno—. Sin embargo, es cierto que esto que apuntas ahora supone un nuevo enfoque.

—¡Y tanto! Si es una escenificación, ¿cómo explicas los parecidos asombrosos con el crimen de Inglaterra, cometido meses antes?

—Bien, Sanjuán. —Valentina no quería discutir, pero entendía que seguía a su instinto al defender su postura—. Es posible que los crímenes sean parecidos... Pero aun así, también es posible que no los haya realizado la misma mano... ¿Puede ser que

Mendiluce supiera con anterioridad del crimen de Inglaterra y pretendiera hacer creer que hay un asesino en serie suelto? Mendiluce viaja mucho, tiene muchas fuentes. —Fue una inspiración que tuvo, y lo dijo sin más.

Sanjuán dio su parecer de manera clara y directa.

—Valentina, no lo creo en absoluto: el modus operandi y la firma del asesino son los mismos. Dos reproducciones artísticas, dos jóvenes del sexo femenino... Es verdad que Mendiluce es un erudito y mecenas, y probablemente traficante de arte, pero creo que realizar un crimen así, imitando uno anterior

para despistarnos, es un trabajo excesivo, y además, un riesgo, algo que no se comprende porque él podría haber hecho desaparecer a Lidia, en el mar, por ejemplo, lo cual le liberaba de muchos problemas futuros. No hay cadáver, no hay nada que investigar... ¿no te parece?

Valentina no podía sino reconocer ese hecho, sin embargo, su respuesta dejó una puerta abierta para ambos, y se sintió feliz de decirlo.

—Sí, Sanjuán, lo que dices tiene su lógica. Está claro que tenemos que considerar la hipótesis de un asesino en serie pero, créeme, hay algo siniestro en

Mendiluce. Y tengo la corazonada de que Delgado cortejó y, de algún modo, hizo daño a Lidia cuando esta no le siguió la corriente. Si averiguamos que el novio de Lidia era Delgado, no voy a soltar esa presa —dijo con firmeza.

—Está bien, lo entiendo, Valentina. Por otra parte —reflexionó en voz alta Sanjuán—, si Lidia estaba metida en asuntos sexualmente turbios, esto podría explicar por qué fue elegida como víctima... por «mi» asesino en serie, si este existe... ¿no te parece?

Valentina no contestó. Estaba todavía inmersa en todo lo que habían hablado. Sanjuán se dio cuenta y

prosiguió desgranando ideas.

—¿Qué es lo próximo que tendríamos que hacer, entonces? —Y lo dijo buscando la complicidad en la mirada de Valentina, un gesto que ella interpretó como un modo de renovar su alianza, algo que la hizo feliz. Se sentía algo mal en el fondo. Le había pedido ayuda y él estaba siendo tan amable...

—Por lo pronto, Sanjuán, se me ocurre que mañana tenemos una cita con Mendiluce, y creo que va a resultarnos un encuentro muy esclarecedor...

• • •

—El hijo de puta. Ha quitado la

pasarela. ¡Será cabrón!

Raquel permanecía descalza sobre el puente, con las sandalias en la mano. Tenía mucho frío. Estaba mareada. Quería irse de allí cuanto antes. Se miró el brazo, lleno de moratones.

—¿Y ahora cómo hago para salir de aquí? —dijo entre dientes.

Raquel buscó con la vista una forma de salir del yate, pero estaba totalmente atrapada.

Sebastián Delgado salió a cubierta vestido solo con los amplios *boxers* azul marino de Ralph Lauren.

—¿Adónde diablos crees que vas, Raquel? No me toques los huevos. Tú te

quedas aquí hasta mañana. Te llevo yo a casa y punto. ¿Qué te pasa ahora? No me jodas con el rollo de que no te gustó lo que hicimos.

—Vete a tomar por el culo, Sebastián. Déjame en paz. Quiero irme a dormir a mi casa, si no te importa. Así que haz el favor de poner la escalerilla y dejarme marchar.

—No me sale de los huevos que te vayas ahora. Ven aquí. Pedro me ha dejado el yate para toda la noche y vamos a aprovecharla. Joder, ¡que vengas de una vez!

Sebastián se acercó a Raquel y la agarró por el brazo con fuerza brutal.

Ella notó cómo cerraba los dedos en torno a sus magulladuras y se quejó abiertamente, soltando las sandalias, que cayeron sobre la madera brillante y pulida.

—No sé qué palabra no has entendido de «quiero marcharme a mi casa», Sebastián.

Él intentó besarla de nuevo, agarrándole la cabeza e inmovilizándola. A duras penas Raquel apartó la cara pero no fue capaz de liberarse del abrazo. Intentó pegarle un codazo en el vientre, pero Delgado ni siquiera lo notó. La agarró de las manos. A él le excitaba verla debatirse en vano.

Era como una gacela en las garras de un león.

—Eres una gata salvaje, Raquel. Me encanta que te resistas. Me pone todavía más cachondo, ya lo sabes. Y no, no te vas a ir a tu casa aún. Yo tengo ganas de más. Tenemos toda la noche por delante, así que déjate de estupideces. — Delgado la besó, primero de forma muy suave, luego brutalmente, mordiéndole los labios. Luego susurró—: Ahora no te hagas la estrecha, Raquelita, que nos conocemos bien... —Cuando notó que Raquel se estremecía, excitada, la mueca de lobo regresó a su rostro de nuevo.

Sebastián cogió la mano de ella y la llevó a su recién estrenada erección.

• • •

Cuando Sanjuán acompañó a la inspectora a la puerta del hotel, Valentina se paró un momento y le confió una última idea.

—Me preocupa que Lúa Castro acceda a toda esa información. Anido se la va a soplar, seguro. Es una chica muy avispada. No me apetece tener a la prensa encima, provocando el pánico al anunciar que hay un asesino en serie muy peligroso operando en la ciudad. Bastante tenemos ya...

—Eso no es algo que esté en tu mano evitar, Valentina. No se puede tener todo controlado, y menos a la prensa. Tendrás que mentalizarte, sobre todo porque Lúa Castro es íntima de Jaime Anido... que dispondrá de sus noticias como quiera...

—¿Íntima? Es poco. Son novios, Javier. Parecen dos pegatinas inseparables.

—Novios o no, Anido está ahora en Londres y seguro que está metido en un buen lío. Ese fotógrafo parece buena persona. Un poco inconsciente quizá. Él no parece darse cuenta de dónde se está metiendo. Pero bueno. Ya le advertí de que esos anónimos parecen ir muy en

serio. No son una broma.

—Sí... desde luego. —Valentina mantuvo la mirada de Sanjuán durante unos segundos. En realidad, no le apetecía demasiado volver a casa. Pero no se atrevió a decir nada. No tenía ganas de meterse en un jardín.

—¿Es esa tu moto? No sabía que te gustaran las motos... Si te soy sincero, es preciosa —dijo Sanjuán.

—Sí, es esa. Una Yamaha Virago del 98, tampoco es gran cosa... la compré de segunda mano. Además —Valentina se encogió de hombros en su gesto característico—, en Coruña no siempre hace buen tiempo, así que cuando lo

tenemos hay que aprovechar... En fin...
—Valentina no quería irse, y no lo disimulaba, ni quería hacerlo, pero Sanjuán no demostraba ningún interés aparente, y ella tampoco se vio con valor de decir nada—. ¿Hasta mañana entonces? —Sanjuán asintió. Se había quedado en silencio, mirándola. Valentina se sintió incómoda por la mirada tan escrutadora que parecía analizarla hasta el fondo de su ser—. ¿Te recojo a... las nueve y media, por ejemplo?

—De acuerdo. A las nueve y media. Inspectora, usted siempre tan interesada en que me levante temprano... —

Sanjuán ladeó la cabeza, sonrió y se acercó a Valentina. Luego se lo pensó mejor y decidió despedirse con un tímido gesto de la mano y su sonrisa de gato de Cheshire dejó ver un fugaz hoyuelo. Luego se metió de nuevo en el hotel, con rapidez.

Valentina montó en la Virago, algo decepcionada. Pero decidió acostumbrarse. Tenía que hacerse a la idea de que con aquel hombre la palabra «decepción» y la palabra «sorpresa» iban de la mano. Acudió a su mente la imagen de Patricia Janz. Un escalofrío helado la recorrió de arriba abajo. ¿Y si era verdad y un trastornado, un asesino

en serie, estaba matando chicas y recreando obras de arte con sus cadáveres? Todo aquello era demasiado complejo... Se puso el casco. Encendió la moto con estruendo y se dirigió a su casa por el paseo marítimo. A lo mejor el frío de la brisa nocturna la ayudaba un poco a espantar aquellos pensamientos tan sombríos.

Capítulo 37. La exclusiva

Londres, viernes 11
de junio

Para Jaime uno de los mayores placeres del mundo era pasear por el medio del bullicio de Covent Garden, sacando fotografías de los artistas callejeros y de los puestos de comida apetitosa. A media mañana, él y Sue pararon un rato en la plaza atestada de gente ante un cómico vestido de frac que había congregado a su alrededor a una multitud que no paraba de reír. Cerca de

allí había una orquesta de cámara y varios cantantes de ópera interpretando temas de Mozart y Puccini. Algunos artistas pintaban cuadros y otros hacían caricaturas a los turistas por unas monedas. Sue guió entre la gente a Jaime para enseñarle su nueva y flamante tienda de productos eróticos. El gran supermercado del amor de la perversión, como la llamaba ella. Cuando se acercaron, un joven moreno y delgado de aspecto bohemio y con una espesa barba estaba sentado enfrente de la puerta, bosquejando con rapidez al carboncillo a una joven delgada y etérea que curioseaba dentro. Anido hizo

varias fotos con la Canon: no quería que se le escapara aquella imagen tan hermosa. En aquellos momentos era cuando más se acordaba de la maldita inspectora Negro... y de su cámara desaparecida.

Cuando entraron en Pink and Roses, Jaime miró a su alrededor, totalmente fascinado.

—¿Esta es tu nueva tienda? Joder, Sue. Qué maravilla. Es... no sé qué decir. Mi inglés no es tan bueno para expresarlo en su justa medida...

—Gracias, Jaime. Es preciosa, lo sé. El fruto de muchos años de esfuerzo. Ven, vamos al almacén. Está justo en la

parte de atrás. Tengo que coger unas cosas para la fiesta de esta noche.

—Espera, déjame echar un vistazo. Me encanta aquel conjunto de ropa interior negra. Si no te importa, me gustaría llevárselo a una amiga de regalo...

—¿Una amiga? Jaime. Qué interesante. —Sue adoptó un tono falsamente cotilla, aunque sin duda estaba algo molesta—. No me digas que ya estás saliendo con alguien en Coruña... ¿Vas en serio con ella? Cuéntame, venga. No me cuentas nada.

Jaime se acercó al conjunto de puntillas y liguero negro sin contestar a

la pregunta de Sue. Era una delicia. A Lúa le iba a encantar, seguro. Se podía morir si la veía así vestida, por decir algo. Al lado de la ropa interior había un conjunto de bolas chinas, dildos y consoladores de extrañas formas y colores vivos. Más lejos, la colección de fustas de cuero y palas de azotar, mordazas, pinzas... todo realizado con un aspecto retro y exclusivo absolutamente tentador. La tienda estaba decorada con papel pintado suntuoso, de color granate, blanco y negro. Una joven atendía a los clientes vestida de negro, con un apretado corsé y zapatos de tacón de aguja bajo las medias de rejilla. Sue

lo había diseñado todo, hasta en el último detalle de los productos. Salvo los conjuntos de ropa íntima, en cuya creación había participado Stella McCartney por petición suya. Todo era exquisito y cuidado. El aroma de flores frescas y la música *chill-out* acompañaba a los compradores en aquella especie de supermercado del sexo perverso.

El almacén estaba situado en la parte de atrás de la tienda, en una callejuela muy estrecha de Covent Garden. Tras cruzar, Sue marcó la contraseña para quitar la alarma y dejó pasar a Jaime delante de ella. Dentro había dos

operarios colocando palés llenos de bolsas de plástico.

—Ven. Mira. —Sue cogió a Jaime de la mano y lo llevó hacia una puerta de metal que estaba escondida.

Al atravesar la puerta, Anido vio un vestidor gigantesco. Estaba lleno de trajes de estilo imperio, de fino algodón transparente; levitas de terciopelo, pantalones de Sans Culotte, túnicas, sandalias de tiras, botas altas, sombreros con escarapelas... un sinfín de disfraces que reflejaban los tiempos revolucionarios a la perfección. También vio unos maniqués con miriñaque, corsé y pelucas empolvadas.

Cogió su cámara y se puso a hacer fotografías al momento.

—¿Qué te parece? Es la ropa que he diseñado para la fiesta de hoy. En un rato vienen a llevárselo todo para Garlinton Manor. Estaba un poco harta de las fiestas de látex y de las máscaras negras. No podemos repetir siempre el mismo patrón, es aburrido y la gente acaba cansándose.

—¿Qué me parece? Impresionante. Tienes un gusto exquisito, Sue. Y gran imaginación. Y estás muy buena, además.

Anido la besó y la abrazó. No le había dicho nada del mensaje de Javier

Sanjuán sobre el asesino de Patricia. Esperaría a después de la fiesta. No quería de ninguna manera preocuparla más de lo que estaba ya.

Cuando salieron del almacén, no repararon en los ojos azules del joven pálido de pelo largo y oscuro que llevaba aún sus bártulos de pintura bajo el brazo. Durante un segundo eterno fulguraron, extraños, sin apartar ni un segundo la mirada de Sue.

• • •

«Jaime, joder. Vuelve. Tú eres el especialista en este tipo de cosas». Lúa suspiraba con desesperación delante del

ordenador, teléfono en mano. Había llamado a la inspectora Valentina Negro y ni siquiera le había cogido el teléfono. Esa zorra se creía que iba a esperar a la rueda de prensa del lunes para enterarse de las novedades del caso. Se iba a enterar de lo que valía un peine. Había decidido filtrar las fotos de Lidia a la revista que más dinero le ofreciese. Pero ninguna publicación quería enseñar aquellas instantáneas: no las iban a comprar sin verlas —y Lúa no quería que las vieran y estropeasen la exclusiva — y además, había un código deontológico que era necesario respetar. No era necesario mostrar el cadáver de

la chica, podía resultar un trauma para la familia y la consiguiente denuncia posterior, por supuesto.

Solo le quedaba un semanal de reciente creación que trataba todo tipo de crímenes sin demasiados escrúpulos, *Caso Abierto*. Aquella revista no le hacía demasiada gracia. A veces eran peores que un tabloide británico, pero se decidió sin pensar demasiado en las consecuencias. Buscó el teléfono en la agenda de un antiguo amigo que trabajaba de redactor en la publicación. Fito Peláez. Hacía un par de años que no se veían... pero bueno. Había que probar. No iba a perder nada.

Marcó el número. En unos segundos contestaba una voz grave y masculina que sonó engolada a través del teléfono.

—Lúa Castro. Benditos los oídos...

—Fito, hombre. Veo que no has borrado mi teléfono.

—¿Cómo voy a borrar el teléfono de la redactora más sexy de toda España? ¿Estás de broma? ¿Cómo te va? Cuéntame. ¿A qué debo el honor de tu llamada? —Se notaba que su alegría era sincera.

—Mira que eres zalamero... Nunca vas a cambiar, Fito. —Lúa no pudo evitar sentirse halagada, por más que ella creyera que, en efecto, era la

periodista más sexy, con diferencia—. Si me lo permites, voy a ir directa al grano: ¿cómo pagáis las fotos de exclusivas?

—Depende del tipo de fotos, claro. Creo que la cosa no está demasiado bien. Si me vas a ofrecer un *top-less*, me temo que los pagan bien poco. Lo mismo si se trata de algún cuerpo despedazado en la vía del tren. Eso ya no se cotiza casi nada.

—¿*Top-less*? Estás de broma. Hay varias fotos, aunque no son más exactamente. Son de Jaime Anido. ¿Te imaginas a Anido fotografiando pechos en la playa?

Fito rio con fuerza.

—Ese pedazo de cabrón. Anido. Es una pena que se haya ido a vivir a Coruña. Si siguiera de *paparazzi* le iría muchísimo mejor. Es uno de los mejores reporteros gráficos que he conocido nunca. Lo que ocurre es que es un vago impresionante... Y encima tú y tus malas influencias. ¿Qué tal le va?

—Jaime está en Londres, con un encargo. Ya sabes que tiene allí muchos contactos. Por eso te llamo yo. Las fotos son totalmente exclusivas. No las tiene nadie, que yo sepa. No es que sean gran cosa en cuanto a calidad, pero se ve perfectamente lo que hay.

—Estoy ansioso por saber de qué se trata. ¿A qué viene tanto misterio?

—Son las fotos del cuerpo de Lidia Naveira, la chica asesinada el otro día. Te aseguro que son dignas de ver, por decir algo. No tienen nada escabroso, te aviso. Ni sangre ni vísceras, ni similares. Pero son, te repito, dignas de ver.

—Joder. Qué fuerte. —Fito silbó con admiración—. ¿Cómo las conseguisteis? Imagino que estaría todo lleno de maderos, y la zona, acordonada.

—Jaime lleva siempre dos cámaras. De todos modos, nos pillaron con las manos en la masa. Le quitaron la cámara

con la que suele trabajar. Pero la de bolsillo... ya me entiendes, ni se les ocurrió pensar que había otra... —La voz de Lúa traslucía un leve deje triunfal.

—Lo que me estás contando me encanta, Lúa. Espera un momento. Voy a hablar con la jefa suprema a ver qué me dice. Te llamo en unos minutos. No se te ocurra moverte de ahí.

Al cabo de unos minutos que a Lúa le parecieron interminables, sonó el móvil.

—Lúa. Sí, mi jefa las quiere. Dice que está todo muy parado y nos va a venir bien una inyección de morbo en

vena. Si puedes mandar una... para ir haciendo boca... es que hoy por la tarde mandamos todo a imprenta y habría que escribir el reportaje también...

—Vale, os mando las fotos, pero por supuesto, me las pagáis ya. No voy a mandar una muestra para ver si os gustan o no.

—Lúa, no seas borde, mujer. Por supuesto que te las van a pagar. No te preocupes por el dinero. Te las compramos. Todas. Luego te llama la jefa y acordáis el precio.

—Perfecto. Dame tu correo. Te las mando en unos segundos. ¿Cuándo van a salir?

—El lunes por la mañana en todos los quioscos.

—Perfecto. Me viene bárbaro. Me encanta, Fito. Eres un cielo. De lo que no hay.

—A mandar, Lúa Castro. A ver cuándo te pasas por Madrid. Nos tienes muy abandonados.

—En cuanto el jodido de mi *boss* me dé el mes de vacaciones que me debe, me tienes por ahí... Por cierto. No filtréis las fuentes. Si se entera mi jefe de que tengo esas fotos me cruje por completo. No se las he dado porque sé positivamente que en *La Gaceta* nunca se iban a publicar. Venga, Fito. Muchas

gracias. Llámame para comentarme si te gustan... eso sí, te aviso. Son fuertes, cuando las veas vas a flipar, tío. Luego me cuentas.

Lúa envió toda la serie de fotografías de la escena del crimen. Ya estaba hecho. El lunes saldrían a todo color las fotografías en la revista. Y el lunes era el día de la rueda de prensa. Se iba a enterar la inspectora aquella...

Un rato después estaba preparándose un té rojo orgánico en la cocina cuando sonó de nuevo el teléfono. La voz excitadísima de Fito había subido de volumen, pasando de la gravedad de barítono casi a la de una soprano en

pleno éxtasis musical.

—Lúa. Qué fuerte. Pero qué pasada. Lo del cuadro... es una pasada auténtica. Es casi igual. Hasta las plantas del estanque. ¿Por qué no me lo dijiste desde el principio?

—¿A qué cuadro te refieres?

—Al de *Ofelia*, de Millais. ¿No os habíais dado cuenta?

—No tengo ni la más remota idea de qué estás hablando. ¿*Ofelia*, de Millais? ¿Qué quieres decir? No soy una gran aficionada a la pintura, vaya.

—El cadáver está vestido y colocado como en el cuadro de *Ofelia*, Lúa. Búscalos en internet y verás. Es una

imitación brutal y morbosa. Esas fotos tuyas son una verdadera bomba, Lúa Castro.

—Me dejas helada... —Lúa se quedó pensativa, considerando cómo afectaba eso a la investigación policial—. ¿Y los de la pasma ya lo sabrán? Me refiero a que... ¡el puto psicópata está peor de lo que parecía! Joder. ¿Cuánto crees que pueden valer las fotos? Yo no tengo ni idea de lo que suele pedir Jaime por ellas...

—Dame el teléfono de Jaime y lo llamo ahora mismo.

—Mejor hablo yo con él y le pregunto. Te llamo en cuanto sepa algo.

Y muchísimas gracias. Te lo agradezco mucho.

—Gracias a ti, Lúa. No sabes el favor que acabas de hacernos.

«Y tú a mí, Fito. Y tú a mí. No lo sabes bien. Mañana la edición va a romper», vamos a merendamos a todos los demás con el suplemento especial: "Brutal asesinato de una joven para recrear un cuadro famoso"», pensó. Buscó en internet, como le había indicado su colega. Era cierto: allí estaba Ofelia, flotando entre las aguas con toda la languidez del mundo, semiahogada y cubierta de flores. Entonces entendió tanto misterio a la

hora de filtrar información. La policía no quería que trascendiesen los detalles de la escena del crimen. Porque aquello, sin duda, era la noticia del año. Una imagen impactante: el cuadro en primera plana, al lado de la foto de Lidia. Lúa ya estaba viendo los titulares del domingo de *La Gaceta de Galicia* ante sus ojos chispeantes de emoción. «La Policía Nacional pide ayuda a un famoso criminólogo para resolver el caso del asesino del cuadro». A la gente le encantaba aquel tipo de noticias, llenas de morbo y suspense. Y ella estaba dispuesta a darles todo eso hasta que reventaran.

Antes de correr hacia la redacción, Lúa llamó a Jaime, emocionada. Quería contarle lo del cuadro, la recreación y la bomba informativa del domingo. Y lo de sus fotografías, que saldrían el lunes como absoluta primicia y le iban a proporcionar un buen dinero.

Pero el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura.

«Serás hijo de puta... Cuando vuelvas, te voy a cortar los huevos, Jaime Anido», su enfado, aunque contenido, iba en aumento.

Le entraron ganas de lanzar el puto móvil por la ventana.

Capítulo 38. Cara a Cara con Mendiluce

Viernes, 11 de junio

Valentina Negro no había dormido nada bien; su encuentro de la noche anterior con Sanjuán le había dado mucho en qué pensar. En su fuero interno temía que su intuición estuviese fallándole de forma clamorosa y que Mendiluce en realidad no tuviera nada que ver con el asesinato de Lidia. Estuvo dándole vueltas a la posibilidad de que su inmensa rabia, sus fobias, sus traumas, se estuvieran

entrometiendo en la lógica que debía presidir una investigación policial. A lo peor, el haber escuchado todas las barbaridades que Sonia le había narrado en el bar de la estación de autobuses era la principal causa de que desease con unas ganas demasiado intensas que Mendiluce fuera el asesino de la joven. Y eso no estaba nada bien. Valentina se dio cuenta de que aquel caso estaba martilleando en lo más profundo de su alma. Sin embargo, a las ocho de la mañana, cuando entró en la ducha para enfrentarse al nuevo día, se obligó a recordar que había una pista sólida que tenía que seguir: ese novio desconocido

de Lidia, ese Lobo Feroz del chat, podía ser Delgado, el esbirro de Mendiluce. Y estaba claro que le encantaban las chicas jovencitas... No, esa vía de la investigación no era algo que pudiera ignorar, con independencia del asco que le produjera el todopoderoso mecenas. Además, estaba el asunto de sus antecedentes, la sospecha que existía dentro de Lonzas de que se trataba, en realidad, de un asesino, que solo por su astucia y por la corrupción de los políticos había podido salir indemne de ese y otros muchos asuntos, todos ellos muy sucios. Lo de las prostitutas, por ejemplo. Y aquel juicio que se

avecinaba por culpa de la urbanización que suponían que estaba construida sobre un yacimiento arqueológico... Valentina no dejaba de pensar en cómo demonios aquel hombre podía salir siempre sin culpa de todas sus «hazañas». Ni siquiera el dinero salvaba a otros corruptos de la cárcel...

El día iba a ser movido. A las siete y media ya la había levantado Iturriaga preguntando por el caso; Dios. Qué hombre. ¿Es que no dormía nunca? Por lo que se veía, le estaban apretando las clavijas desde muy arriba y ella, recién despierta, tampoco pudo explicarse demasiado bien. Manuel Naveira no

paraba de incordiar. Tampoco era de extrañar... El día siguiente, sábado, sería como cualquier otro día de trabajo, porque Iturriaga le había ordenado que convocara una reunión del operativo del Cisne Negro, para analizar los avances de la investigación. Sanjuán estaría también, a pesar de los gruñidos y protestas de Iturriaga, y Larrosa, que ya había vuelto de sus cinco días de vacaciones. Valentina estaba dispuesta a indagar todo lo que pudiera para poder ofrecer algo sólido al día siguiente.

Fue hasta la comisaría en la moto, a coger el coche camuflado para ir hasta Mera. Le gustaba sentir el frío del

amanecer en el cuerpo mientras conducía su Virago. Luego cogió el Peugeot y se fue hasta El Timón, una churrería tempranera de Cuatro Caminos. Allí se tomó un café solo y unos churros calientes, recién hechos, mientras ojeaba *La Gaceta de Galicia*. Siempre resultaba agradable ver que la maldita Lúa Castro aún no tenía mucha idea del caso... aunque lo disimulaba muy bien con su habitual verborrea. Suspiró con alivio. Por lo menos los del operativo tenían un día más de tranquilidad... Ojalá todo siguiese así hasta el lunes en la rueda de prensa.

Valentina condujo con lentitud hasta

la puerta del Hotel Meliá. Tener que enfrentarse a la presencia de Javier Sanjuán le producía un nerviosismo que no quería reconocer ni en sueños. No sabía qué demonios le pasaba con aquel hombre: no era demasiado guapo, ni demasiado alto, ni tampoco parecía demasiado interesado en ella. Por no hablar de la rubia de marras de la conferencia... Sin embargo, había algo en él que la desarmaba, a su pesar. Y eso la sublevaba. Llevaba mucho tiempo tranquila, evitando con inteligencia todo tipo de problemas sentimentales, para dejarse llevar por una historia imposible con un famoso de la criminología. Sin

embargo, cuando lo vio en la entrada del Meliá, con sus pantalones chinos, el polo beige y su expresión de eterno despiste, no pudo por menos de sonreír. Le agradó verlo otra vez, y además, tan pronto. Sus ojos adoptaban una expresión dulce, y su boca se curvaba en una sonrisa ligera que reflejaba su interés, por más que ella quisiera ocultarlo como fuera. Valentina negó con la cabeza para sí, intentando adoptar una expresión más neutral. No le gustaba nada perder los papeles, y menos en una situación en la que había tanto en juego.

Sanjuán vio llegar el coche, entrecerró los ojos para asegurarse bien

y no cometer un error de identificación, y al ver a Valentina su rostro se iluminó, o eso le pareció a ella en el primer momento. Entró en el vehículo y consiguió darle dos besos, haciendo números para evitar clavarse el cambio de marchas en un costado. Valentina se estremeció durante unos momentos, sobre todo al darse cuenta perfectamente de que el criminólogo se había demorado unas décimas de segundo más de las necesarias en oler su perfume al besarla a la altura del cuello. Se quedó turbada. Lo mejor sería intentar mostrarse seria y profesional. Aquello no tenía ningún sentido...

Enfiló el coche hacia Mera, manteniendo a propósito todo el trayecto un silencio un tanto incómodo. Sanjuán la miraba de reojo con extrañeza: no estaba acostumbrado a que Valentina Negro fuese tan retraída. Por lo menos, con él... Hasta que en el parabrisas del coche no apareció la casona de Mendiluce, Valentina no articuló palabra.

—Ahí está nuestro Manderley, Sanjuán. Menuda casa tiene el cabrón...

—¿Te importaría, por favor, llamarme Javier? Mis amigos me llaman Javier...



Cuando Pedro Mendiluce acabó de enfundarse unos pantalones gris marengo de Carolina Herrera y una camisa impecable de Armani, ambas prendas elegantes y sobrias, y unos mocasines de Prada recién estrenados, el timbre de la puerta sonó con su tono estridente. Allí estaba la inspectora Negro, con puntualidad británica. Eso estaba bien. Mientras Amaro abría la puerta, se quedó en la habitación, para hacerla esperar. Se miró al espejo: estaba perfecto. El cabello gris leonino peinado hacia atrás, sus ojos claros y las

pestañas negras brillando en el azogue. Podía dejarse la perilla, parecería un conde italiano. Cuando, tras unos minutos de rigor, acudió a su cita, no pudo dejar de sorprenderse al ver a dos personas, no solo a una mujer. A su lado estaba Javier Sanjuán, el criminólogo que salía en aquel programa de televisión que hablaba de crímenes sin resolver. Avanzó hacia ellos. Le gustó aquella sorpresa. Sanjuán, un rival a su nivel, como decían las novelas decimonónicas. Y ella... Mendiluce quedó sorprendido por su belleza. Menuda hembra, pensó, siempre ávido de saborear el placer que le

proporcionaban las mujeres hermosas. Con el pelo oscuro de diosa griega, los ojos de fiera... ¿De qué color eran los ojos? ¿Grisés? ¿Azules? No pudo distinguirlo en un primer momento. Además, se adivinaban unos buenos pechos bajo la blusa, de postre. Bien vestida para ser una vulgar policía. Ropa barata pero con gusto. Eso era importante. El buen gusto era siempre lo más importante.

A pesar de que el criado del mecenas los había invitado a sentarse, Valentina y Sanjuán habían permanecido de pie, esperando su aparición.

—¿Pedro Mendiluce? Soy la

inspectora Valentina Negro, de la Policía Nacional. Él es Javier Sanjuán. Es...

—Sí, el criminólogo —la interrumpió rápido Mendiluce, sonriendo ampliamente—. Estoy encantado de conocerle, Sanjuán —dijo después de estrechar con calidez la mano de Valentina—. Veo muchas veces su programa. Me encantan los crímenes. Desde una perspectiva estética, por supuesto. Nada más y nada menos que como hacía Thomas de Quincey. Nunca para llevarlo a la práctica, por Dios... La muerte es desagradable, hay mucha sangre... todo eso. —La sonrisa de

dientes perfectos y brillantes de Mendiluce era como la de un galán de cine italiano de los años cincuenta—. Y también encantado de conocerla a usted, inspectora. —La miró sin disimulo—. ¿Ha pensado alguna vez en posar para algún pintor? ¿O en ser modelo? Posee usted una belleza exquisita, incluso extraña... —E hizo un gesto para que se sentaran sin apartar los ojos de la mujer. Valentina se sentó en una butaca próxima a él Sanjuán enfrente, en un sillón.

La inspectora no esperaba un comentario de esa naturaleza, y por ello tardó un par de segundos más en contestarle de lo que le hubiera gustado.

Se sintió incómoda. Y eso, sin duda, era lo que pretendía aquel hombre.

—Gracias, señor Mendiluce, pero no estamos aquí para alabar mi supuesta belleza. —Valentina endureció visiblemente al voz al decirlo—. En realidad, venimos a pedirle un poco de consejo. —La inspectora se dio cuenta de que había respondido de una manera demasiado seca y dulcificó la voz, intentando manipular a aquel hombre que la miraba intensamente, poniéndola algo nerviosa con la profundidad de sus ojos verdosos, separados como los de un ave nocturna—. Como es usted entendido en arte, mecenas de artistas...

—Es cierto. Miren —dijo Mendiluce, abriendo los brazos para que miraran el salón en el que estaban sentados—. Me encanta el arte. Salta a la vista, ¿verdad?

El salón de la casa de Mendiluce parecía un museo. Había cuadros con marcos gruesos de madera, estatuas, grabados... Sanjuán creyó reconocer un Degás y un Kandinski. Todo estaba situado con un buen gusto y una exactitud que lograba que todos los estilos distintos de pintura se amalgamaran para crear una atmósfera excitante y agradable. Se dio cuenta de que el olor era tan exquisito como todo lo que le

rodeaba. Dos grandes ramos de flores expelían un aroma embriagador. Aquel hombre era realmente un esteta.

Valentina prosiguió con su conversación, poco impresionada por las obras de arte en aquel momento.

—Sí, ya veo... Muy interesante. Pero la cuestión principal es que necesitamos su ayuda en ese aspecto...

—Hizo una pequeña pausa—. Conoce usted el caso de Lidia Naveira, ¿verdad?

—¿Quién no? No se habla de otra cosa en la ciudad. La chica que apareció en el estanque del parque.

—Esa chica... ¿cómo decirlo...? —

Valentina torció un poco la cabeza y lo miró fijamente—. La escena del crimen ha servido para recrear un cuadro bastante famoso.

—¿Un cuadro? ¿Se refiere a una pintura? ¿Qué tipo de cuadro? ¿Un psicópata culto, quiere usted decir?

—Algo así. —Sacó las fotos del portafolio y se las dejó a Mendiluce, observando su reacción al verlas. El hombre las cogió y las llevó hacia la gran mesa de caoba que ocupaba parte del gran salón. Estaba de espaldas, así que hurtó su expresión a sus invitados.

—¡Increíble! —Exclamó en voz baja, componiendo un gesto de

admiración que parecía genuino—. ¡Es *Ofelia*! El cuadro de Millais. Una recreación remarcable, dentro de lo que cabe, claro... fascinante. Fascinante de verdad.

Y luego añadió, como si en verdad ese hombre solo viviera para percibir la belleza de las cosas:

—La chica era una verdadera belleza prerrafaelita... muy hermosa...

Valentina no pudo evitar sentir un rechazo visceral, íntimo, al oír esas últimas palabras, como si Mendiluce hubiera añadido un poco más de ultraje a la escena del crimen y a la muerte de aquella niña.

—En efecto. Era muy guapa. Y muy joven también... —Valentina volvió a endurecer la voz y aprovechó para lanzar la indirecta, que no pareció hacer mella en Pedro Mendiluce, que seguía mirando las fotos totalmente anonadado. C cogió una lupa de un cajón.

—Realmente es algo muy extraño. Es exactamente igual... —Levantó la vista y los miró—. ¿Sospechan ya de alguien? Algún artista, ¿verdad?

—Por ahora no tenemos nada. Por eso venimos a usted, a ver si pudiera reconocer a alguien que fuese capaz de hacer algo así.

—Conozco a algún artista fascinado

con la muerte, pero no hasta tal punto... jamás matarían a nadie... digo yo, claro. No pondría la mano en el fuego por nadie, eso seguro... pero no son malas personas. Son eso, artistas...

—¿Y qué me dice de un amante del arte, de un mecenas...? A lo mejor ese amor por el arte y por las chicas pudo verse recompensado con un acto como este... —La inspectora decidió ser más franca, una vez que estaba claro que Mendiluce no iba a facilitarle las cosas.

Mendiluce no tardó más de un nanosegundo en ponerse a la defensiva.

—¿Está usted insinuando por un casual, inspectora, que yo puedo tener

algo que ver con semejante aberración estética? Además, en mi vida he visto a esta chica, me acordaría, téngalo por seguro. —Mendiluce no estaba acostumbrado a que lo atacaran, al menos impunemente, y su rostro adquirió en segundos el carácter del granito. Hizo una mueca de desprecio.

—Usted ha sido investigado por la policía... le recuerdo que ha sido sospechoso de asesinato. De su propia esposa —Valentina continuó, implacable.

—Ya estamos otra vez con lo de mi mujer. Ya lo he dicho por activa y por pasiva... ¡a todos ustedes!, ¡una y otra

vez! —Se levantó indignado, y se puso a andar alrededor de ellos—. La cabrona de mi esposa se fue con un artista joven, un chico que, para mayor abundamiento, había apadrinado yo mismo. ¡Era francesa y era una puta, inspectora! Yo no tengo la culpa de que se escondiera muy bien, la muy cabrona. —Mendiluce giró y dio unos pasos hacia un lado del salón, una especie de habitación cerrada con una cristalera. Era una cava de puros. Entró y eligió un Montecristo. Lo encendió. El humo invadió toda la sala, y fue entonces cuando volvió a recobrar parcialmente su ánimo sereno—. No han podido acusarme nunca de nada. Es

cierto que me gustan las chicas jóvenes, como a todos los hombres. ¿A usted no, Sanjuán? —Este no pestañeó—. Seguro que sí... Y el arte. —Hizo ademanes de asentimiento—. Es cierto, reconozco que me encanta el arte prerrafaelita, entre otros muchos... ¿Es eso un crimen? De ahí a matar... si todos los que aman el arte prerrafaelita y a las mujeres bellas matasen, el mundo sería un lugar impracticable. ¿No les parece? —Le dio otra chupada al puro, en ese momento un poco más nervioso. Se tocó el cabello, un tic que reflejó su inquietud.

—Eso es verdad. Por cierto, dicen

que tiene usted dos cuadros de Dante Gabriel Rossetti. Y un Burne-Jones... eso es una rareza en España. Especialmente porque se dice que uno de los cuadros pudiese haber sido el fruto de un robo. El robo de una colección particular muy destacada... —Sanjuán intervino en la conversación por vez primera.

—Ya quisiera yo. Soy un hombre rico, Sanjuán, pero no tanto como para tener Rossettis o Burne-Jones...

—Pero tiene un Degás... y también un Kandinski... no son cuadros precisamente baratos... —Sanjuán intentó que siguiera nervioso. Se había

dado cuenta de su repentina turbación.

—Veo que le interesa el arte, Sanjuán. Me alegro. Podría venir algún día a tomar algo a mi casa, será usted bien recibido. Le enseñaré mi colección de cuadros. —Sonrió de nuevo—. Ninguno es robado, lo siento por su programa de televisión. —La facilidad de Mendiluce para manipular la conversación y llevarla a su terreno era proverbial—. Usted también está invitada a venir, inspectora, por supuesto, sería un placer tan exquisito...

Mendiluce suspiró mientras se sentaba de nuevo y cruzaba elegantemente la pierna, pensando que

había reconducido la situación; desconocía que lo más duro se lo había reservado Valentina para el final. Ella lo taladró con la mirada, con una media sonrisa de triunfo aleteando en la comisura de los labios.

—Dígame, señor Mendiluce... Tengo entendido que un tal Sebastián Delgado trabaja para usted, ¿es así?

Mendiluce palideció al escuchar el nombre de su secretario personal. Aquello era extraño... Delgado acostumbraba siempre a hacer todas sus tareas en profundo silencio y con plena discreción. Nunca lo habían relacionado con él en ese aspecto...

—¿Qué? ¿Delgado...? —No pudo evitar el dudar un poco, lo que lamentó profundamente en silencio—. Sí, desde luego... Sebastián es mi secretario personal desde hace años... ya entienden, mi hombre de confianza... ¿Qué pasa con él?

—En realidad nada —dijo tranquilamente la inspectora—, solo queremos hacerle unas preguntas... Estoy muy interesada... ¿Cuándo podríamos interrogarlo?

—¿Interrogarlo? Por favor, señores, les aseguro que Delgado no tiene nada que ver con esa chica muerta... por favor... Qué estupidez. Es un hombre

cabal y honrado.

—No hemos dicho tal cosa, solo queremos hablar con él... No dudo que sea cabal, honrado y cercano a la santidad, así que no veo el problema para que interroguemos al señor Delgado... ¿Hay algún problema? — Valentina siguió hablando con toda naturalidad. Había notado las dudas del empresario. Solo un momento, pero muy perceptibles...

—No, no, desde luego que no... — Mendiluce apretó una tecla de su teléfono móvil, y al instante entró su mayordomo—. Amaro, avise al señor Delgado, que venga en seguida.

Sanjuán miraba a Mendiluce con la cara con la que un gato observaba a un polluelo de gorrión recién caído del nido. Había decidido ocupar el tiempo de espera para comprobar si aquel hombre poderoso tenía algún punto débil que valiera la pena recordar en su debido momento.

—Señor Mendiluce... como gran amante del arte... ¿qué cree usted que puede llevar a alguien a cometer un crimen así y recrearlo luego como un cuadro famoso, es decir, como una obra de arte? Por supuesto, no le pido una opinión como investigador policial, sino como un entendido, como gran

conocedor de las pulsiones que anidan en los artistas, personas muchas veces complejas...

Mendiluce le devolvió la mirada, frunciendo el ceño. Aquel tipo sabía de lo que hablaba. Valoró con cuidado la respuesta, para no dar pasos en falso.

—Bien, Sanjuán, ese cuadro en particular revela desesperación y locura, porque sabe usted que la modelo original del cuadro, Elizabeth Siddal, era una mujer emocionalmente muy frágil... Y estuvo a punto de morir al posar para el cuadro... —Mendiluce le dio otra chupada al puro, concentrado en la respuesta—. Por no hablar de que

Elizabeth se suicidó, como usted ya sabrá... —Fue a tirar la larga tira de ceniza a un cenicero de Sargadelos que había encima de una mesa—. De todos modos habría que considerar todo ese ambiente romántico del siglo XIX, todas esas pasiones que sucumbían ante el goce estético, cuando no se provocaban para lograr ese efecto sublime que todo artista aspiraba a crear en sus obras... No sé si me entiende.

—Creo que sí... —Sanjuán no estaba dispuesto a aflojar en ese momento—. ¿Diría usted, entonces, que la muerte de Lidia recrea una pasión que lo consume y que no puede canalizar de

otro modo...?

—Exacto. Muy acertado. Yo diría que sí... ese hombre quiere crear belleza mediante la muerte... No sé, es como si no pudiera disfrutar de los placeres de la vida, como si su única forma de placer fuera creando esa escena macabra... Pero claro está, Sanjuán, eso es meterme en su terreno, lo mío es solo una hipótesis de aficionado. —Y sonrió con complicidad al decir esto.

Sebastián Delgado irrumpió en el salón, con unos sobres en la mano. Miró con extrañeza a los dos invitados. Fuerte, muy moreno y con unos ojos

negros de mirada profunda, parecía el típico pijo ansioso por aparentar, o eso querían decir una ostentosa camisa azul de La Martina y unos pantalones vaqueros impecables. Parecía estar muy templado, y para confirmarlo exhibió una sonrisa magnífica cuando estrechó con fuerza exagerada la mano de los invitados, una vez que le fueron presentados por su jefe.

Valentina entró sin preámbulo alguno al fondo del asunto, quizá aguijoneada por el recuerdo de las tareas de Delgado relatadas por Sonia en la degeneración de chicas jóvenes.

—Señor Delgado, perdone que sea

tan directa, pero tengo curiosidad...
¿conoció usted a Lidia Naveira?

Delgado no esperaba un ataque tan brutal. De repente pareció desmoronarse durante unos segundos.

—¿Lidia Naveira...? ¿Se refiere a la chica que han encontrado muerta esta semana...?

—En efecto, señor, esa misma. La que ha aparecido salvajemente violada y estrangulada en el parque de Eirís...

Delgado, de cuya cara se había borrado todo rastro de relajación, no tuvo más remedio que aceptar ese cuerpo a cuerpo al que le sometía la inspectora. Todo él se tensó al

responder, y su cara parecía una máscara etrusca.

—¿Por qué habría de conocerla, inspectora?

—No lo sé, dígamelo usted. ¿La conocía o no?

—Desde luego que no, inspectora; tengo mucho trabajo en la gestión de los negocios del señor Mendiluce como para ir conociendo a crías y estudiantes... ¡Por favor, inspectora! ¿Qué quiere decir?

—Señor Delgado, no quiero decir nada. Sencillamente estamos investigando todas las vías a nuestro alcance... y nos han informado de que

Lidia tuvo relaciones, o al menos se la vio acompañada en varias ocasiones de un hombre mayor que ella... más o menos de su edad, señor Delgado, y con un físico sospechosamente parecido al suyo, por desgracia... aunque claro, eso no prueba que esa persona la matara, somos bien conscientes... Pero si existe esa persona y podemos tener acceso a ella... tendremos que interrogarla, de eso no hay duda. —Valentina puso acero en su voz al decir esto último.

—Pues lo siento, inspectora, ese hombre no soy yo... Y no crea que siento decepcionarla —dijo Delgado, poniendo cara de contestar con

sinceridad, pero sin lograr convencer en absoluto a ninguno de los que estaban en ese salón.

—Bien —Valentina se levantó, haciendo que el resto la imitara—. Eso era todo, señor Delgado... Por cierto, ¿le importaría darnos una fotografía...? Es para descartarlo y evitarle más molestias, ya me entiende...

—Yo... —Mendiluce se adelantó a Delgado—. Claro, inspectora, pase a mi gabinete. Ya se la doy yo. Por supuesto, tengo fotos de todos mis empleados.

Valentina siguió a Mendiluce camino del gabinete. Delgado y Sanjuán se quedaron a solas. El criminólogo sonrió

con candidez y se dirigió al hombre, que parecía bastante nervioso. Delgado sacó un paquete de Ducados y encendió un cigarro con compulsión, sin ofrecer a Sanjuán.

—Comprenda, Delgado, que toda pista ha de seguirse... Ese crimen ha sacudido a toda la ciudad... Aunque resulte molesto, se ha de preguntar a mucha gente que luego será inocente del todo... espero que lo entienda.

—Lo entiendo perfectamente, claro que sí —dijo Delgado, cuyo rostro estaba lejos de reflejar tranquilidad. El criminólogo observó cómo la pierna izquierda del hombre se movía con

rapidez mostrando un gran nerviosismo.

—Estamos seguros de que el asesino es un perverso, ¿comprende? Alguien que goza al poseer a chicas jóvenes y someterlas a vejaciones sin cuento... Un degenerado, un monstruo sádico y muy peligroso al que le gusta hacer daño. Y tenemos que darnos prisa en coger a ese hijo de puta antes de que vuelva a actuar. —Sanjuán miró fijamente a Delgado cuando arrastró cada una de esas palabras.

—De verdad, no insista. Entiendo perfectamente lo que está queriendo decirme.

Delgado se alejó todo lo que pudo

de Sanjuán, mientras su rostro se crispaba de ira. Felizmente para él, Mendiluce cruzó de nuevo la puerta con sus atildados ademanes de actor, seguido de la inspectora, que no había abandonado su semblante adusto mientras guardaba la foto en el bolso.

—Bien, señores —dijo Mendiluce con gesto serio, inevitablemente menos cordial que cuando entró en ese salón un rato antes—, espero haberles servido de ayuda... —El empresario se quedó un instante pensativo, y su semblante se transformó de nuevo, adquiriendo un tono irónico muy leve—. Sería un honor para mí que mañana me acompañaran a

una fiesta que doy en mi humilde pazo con motivo de una exposición que voy a ofrecer la semana entrante... Vendrá mucha gente del arte, y quizá ustedes encontrarán interesante asistir, dada la naturaleza de su investigación... Una exposición fascinante, verán. Un montón de artistas muy jóvenes y muy cotizados...

Valentina no pudo menos de admirar a ese hombre: era un lince. Su capacidad de reponerse, su ansia de control de toda situación no parecía tener límite. ¿Cómo podía tener tanta jeta como para invitarlos a una fiesta?

—Bien... —dudó—, la verdad es

que...

—Desde luego, estaremos encantados —la rescató Sanjuán con rapidez—. Gracias por invitarnos. Será un verdadero placer...

—Excelente —dijo de nuevo con su mejor sonrisa Mendiluce—. A las diez de la noche, por favor. Vestido elegante pero informal, ya me entienden...

Mendiluce recorrió todos los pasos del caminar de Valentina con sus ojos, y no pudo menos de repasar sus gruesos labios con la húmeda punta de la lengua. Menuda hembra. Una pena que fuese policía. Aunque una policía podía tener su morbo también... Cuando escuchó el

sonido del portón al cerrarse, Mendiluce fue hasta el bar y cogió una botella de Chivas Regal de doce años. Se sirvió dos dedos y se bebió el suave líquido del color del ámbar de un solo trago, a pelo. A continuación encaró con absoluta frialdad a Delgado, que había sacado otro Ducados de la caja.

—¡Joder, Sebastián! No habrás cometido alguna torpeza que yo no sepa... otra vez, ¿no? —Levantó entonces claramente la voz—: ¿Has dejado que alguien viera cosas que nunca nadie debió ver? ¡No me jodas, coño!

Delgado suspiró profundamente y

lanzó una bocanada de humo al suelo. Por una vez, no era capaz de sostener la mirada de su jefe.

• • •

—¿Qué te ha parecido nuestro amigo? —preguntó Valentina.

—Que tiene una mansión impresionante. Un palacio. Menudas vistas. Y menudo jardín. Parece una casa de la Toscana.

—Sí, el mítico jardín donde parece ser está enterrada la mujer. —Valentina sonreía mientras bajaban la pequeña cuesta hacia el coche, que habían aparcado a unos metros de la casa—.

Me refiero a él —insistió de nuevo—. ¿Qué te ha parecido?

—¿Qué me ha parecido? —Sanjuán permaneció unos segundos callado—. Es alguien complejo, capaz por una parte de cualquier cosa para conseguir lo que quiere, y por otra de mantener una fachada de respetabilidad, empleando una combinación al alcance de pocos: persuasión, placeres y... miedo. En suma, un león hambriento disfrazado de Silvio Berlusconi.

Valentina observó que las facciones de Javier Sanjuán permanecían totalmente serias mientras decía la última frase.

—Joder, qué buena descripción, Sanj... —Valentina logró rectificar a tiempo—. Javier... Aunque a mí me ha recordado más a Vittorio Gassman... Mendiluce es un hombre atractivo... no creo que le gustase mucho la comparación con Berlusconi y sus operaciones de estética... —Valentina a duras penas podía contener la risa—. Eso sí, tienes razón: en esa casa se puede oler el peligro a kilómetros. Ahora lo más urgente es averiguar si Delgado nos ha dicho la verdad. He quedado ahora con Bodelón y López... Voy a darles la foto de Delgado. Quiero que investiguen inmediatamente en el

edificio de Lidia. Que pregunten a los padres y a todos los vecinos de nuevo, en particular a la mujer que habló con Bodelón. Si Delgado nos ha engañado, voy a hacerlo picadillo.

Capítulo 39. Fotos comprometedoras

Viernes, 11 de junio

Lúa Castro dio los últimos toques al especial «Crimen de Lidia» del domingo y se relajó en la silla, estirándose. Luego, releyó el titular y la entradilla de la noticia con placer. Esa misma tarde la web recogería la exclusiva: «Lidia, asesinada por un psicópata culto»; «El asesino imitó un cuadro famoso en la escena del crimen», con la foto del cuadro de Millais a toda página. No

iban a esperar dos días para dar la primicia, no fuese que otro se adelantara. Aquello sería un bombazo. Estaba feliz: los de los otros periódicos no tenían ni puñetera idea de lo del cuadro. Estaba deseando que saliera ya, de una vez, y toda la ciudad se quedase de piedra con el reportaje. Lo mejor lo había dejado para el especial de dos planas del fin de semana, pero el entrante sería suficientemente espectacular como para vender el doble de ejemplares el sábado. Por no hablar de las visitas a la web. Se contarían por miles... Se estiró y bebió un poco de manzanilla que se había llevado del bar

de al lado de la redacción. No estaba muy dulce, así que buscó un sobrecito de sacarina que tenía guardado en el cajón. Estaba ocupada revolviendo entre bolígrafos y papeles cuando el director adjunto Carrasco se acercó a su puesto frotándose las manos de manera literal. Estaba eufórico. Lo que había conseguido Lúa era un verdadero triunfo. Cuando apostó por aquella chica había acertado de pleno. Y eso que mucha gente le había prevenido contra ella por su fama de trepa y su poco «ortodoxa» forma de proceder. A Carrasco eso le daba igual, porque lo cierto era que conseguía siempre lo que

quería. Y era lo suficientemente concienzuda como para haber descubierto lo mejor de todo: el cuadro de marras. Esa vez había logrado adelantarse a todos los demás medios en una noticia bomba. Se puso a su lado, sonriendo de oreja a oreja, mostrando su complacencia sin cortarse. Lúa volvió a mirar su atuendo con asombro; ya a primera hora, medio dormida, lo había detectado, pero con las horas podía analizarlo mejor: cada día llevaba ropa más cara y cada día resultaba más horrible su gusto. ¿Cómo podía ponerse unos Bikkembergs dorados con un jersey violeta? Y a su edad... ¿Qué se creía?

¿Que era un jugador de fútbol? Pero si tenía más de cuarenta años... Le salvaba que conservaba una mata de pelo envidiable y sin una sola cana, que si no...

—Lúa. De verdad. No tengo palabras... Me ha encantado tu planteamiento de lo de Lidia. Con delicadeza, sin pasarte, pero con el toque perfecto de morbo para un tema tan escabroso. Muy bien. Tengo que felicitarte, Lúa. Y lo del cuadro ese... es impresionante. Ha sido un puntazo. — Antonio Carrasco no solía felicitar a sus redactores pero, por una vez, Lúa Castro lo merecía con creces.

Lúa le sonrió con un pequeño toque de cinismo en la mirada.

—Gracias, jefe... —Bajó el tono para que no la escuchara nadie en la redacción, aunque a aquella hora casi todo el mundo estaba comiendo—. ¿Vas a subirme el sueldo este mes... por fin?

Carrasco puso cara de escandalizado. Sus ojos castaños se elevaron al cielo como si fuese un seminarista ante la visión de María Magdalena desnuda.

—Pero Lúa, con la crisis que hay da gracias a Dios de que no te lo bajen, hija. De verdad, cómo eres. Te doy una mano y me coges el brazo... —Puso

cara de incredulidad.

—Entonces podré irme de vacaciones en julio, ¿no? —Lúa intentó aprovechar el tirón de su éxito, sin poner demasiado énfasis. Sabía perfectamente que la respuesta iba a ser un «no» como una casa.

—¿Con lo de Lidia y lo de la denuncia de ese profesor sobre el hallazgo del yacimiento arqueológico a vueltas? Ni de broma, Lúa. Hasta que termine todo esto, nadie va a moverse de esta redacción. Pero nadie, no solo tú. Estamos en estado de sitio, bonita. Por cierto, hablando de lo del juicio de la inmobiliaria de Pedro Mendiluce...

Ahora que estás en racha... ¿No te importaría, en tus ratos libres, meter un poco esa nariz tan mona que tienes en ese tema? Mientras no sale nada más de Lidia Naveira... por ejemplo, no sé... eso que se anda diciendo por todos los corrillos...

Lúa suspiró y observó a Carrasco con la cabeza ladeada y una mueca.

—¿Qué es lo que me pides exactamente? Sobre ese tema se está diciendo de todo, desde el asunto de los esqueletos hasta el yacimiento romano que mantienen oculto... pasando por todo el dinero que supuestamente le han untado a los técnicos del Ayuntamiento y

a algún concejal para que dieran los permisos de obra. ¿Qué prefieres entonces? Porque hay para elegir, como ves.

—Lúa. Lo quiero todo. Todo lo que puedas encontrar. No me importa cómo lo consigas. Pero hazlo. Lo mismo que con Lidia.

—Lo haré si me das la tarde libre. *Quid pro quo*, jefe.

Carrasco se pasó la mano por la barba de dos días, pensativo. Lúa llevaba casi toda la semana trabajando sin parar. Bien se merecía un descanso.

—¿Has acabado ya el especial del domingo?

—He acabado el especial del domingo y también lo de mañana. Y lo de la edición en la web, por supuesto. He terminado todo lo que tenía que hacer, Jesús. Me hace falta un poco de tiempo para hacer varios recados... todo eso que hacemos las personas cuando no estamos trabajando. —«Ese tipo de cosas que tú no conoces ni de lejos», pensó Lúa. Carrasco era famoso en todo el periódico por su fanática obsesión por el trabajo y por controlar a sus subordinados con mano de hierro. Corría el rumor de que incluso había alquilado un apartamento justo enfrente de la redacción para no perder tiempo.

—Está bien. Toda la tarde para ti solita... siempre y cuando no aparezca nada nuevo... quiero que estés disponible, no me vayas a apagar el teléfono.

—De verdad... no puedo creerlo... ¿Cómo puedes decirme eso? —Lúa, ofendida, no daba crédito a las palabras de su jefe—. Dime cuándo ha sido la primera vez en la que yo haya tenido el teléfono apagado en horas de trabajo... ¡Que yo sepa, jamás!

—Bueno, mujer. Cálmate. No te me pongas así... Solo lo decía por si acaso se te ocurría desaparecer... no sería la primera vez que lo haces... —La mirada

asesina de Lúa lo hizo desistir. Se quedó callado unos instantes, que a la periodista le parecieron minutos—. Venga, vete, Lúa. Antes de que me arrepienta...

• • •

Primero comprobó que llevaba en el bolso las llaves del apartamento de Jaime Anido. El muy cabrón aún no le había contestado a las llamadas de teléfono, ni tampoco a los mensajes de móvil. De los correos electrónicos mejor no hablar. Era raro que contestase a alguno... Estaba realmente preocupada. Nunca desaparecía sin

dejar rastro, siempre daba alguna señal... además, aquella escapada a Londres tan extraña, tan repentina... Anido solía contarle todo, por eso cuando escondía alguna cosa, Lúa no tardaba en detectar que estaba pasando algo que no era de recibo. «De paso que riego las malditas plantas, echaré un vistazo por la casa». A lo mejor encontraba algo que pudiese darle una pista... «¿Qué me dijo? Ah, que tenía que ponerles agua destilada en el plato, nunca por arriba... por arriba había que pulverizarlas, porque les gusta la humedad. Bien, no es una tarea difícil siempre que haya dejado en casa agua

destilada, claro está... ¿Y la comida? ¿No comen moscas o algo así? No pienso ponerme a cazar hormigas por el campo, eso fijo...».

Lúa condujo su Toyota rojo hasta el barrio de los Rosales. Aún iba pensando en el carca de su jefe. No estaba muy convencida de que no la llamase por la tarde. Él era así: cambiaba de opinión cada cinco minutos, especialmente en lo que se refería a los días libres, las vacaciones y demás. Pensó en apagar el móvil del trabajo, pero no se decidió. Había dejado a Jordi *Gafapasta* de «vigilante del puesto». Si pasaba algo, la llamaría inmediatamente. La subida al

barrio se le estaba haciendo muy pesada por culpa del tráfico de la gente que se dirigía a comer a sus casas. Jaime le había dejado el mando del garaje para que no tuviese que dar vueltas buscando sitio. En eso había estado bastante ágil...

Cuando abrió la puerta del piso, Lúa notó el ligero olor a cerrado, típico de una casa que lleva varios días sin ventilar. Se apresuró a abrir las persianas y luego las ventanas del pasillo para que entrase el sol y la corriente renovase el aire del apartamento. Luego se acercó a la sala para ver el estado de las nepentes. A

Lúa le pareció que las jarras tan características de la planta estaban preciosas y enormes. Abrió las ventanas allí también, así podría entrar algún insecto incauto que sirviese de alimento a las plantas. Fue hasta la cocina. Sobre la encimera Jaime había dejado un vaporizador, una gran botella de agua destilada y un *post-it* amarillo con un *smiley* pegado en ella...

Tras regar y vaporizar las nepentes, Lúa se sintió cansada. De repente, notó cómo su estómago solicitaba algo de comer. Ya eran casi las dos de la tarde, y gracias a Dios que se le había ocurrido la feliz idea de tomar un café y

una tapa de tortilla a las once, cuando bajó con el becario a hacer unas fotos para un reportaje de un centro cívico que estaba casi al lado de la redacción local. Abrió la nevera y encontró un solitario yogur de fresa. Serviría hasta que llegara a su casa y se hiciera algo decente. Se sentó en la cocina, y estuvo mirando por la ventana la plaza Elíptica mientras se tomaba el yogur casi sin respirar. Por lo menos, durante un rato podría engañar el hambre.

Conectó la enorme pantalla plana con el mando para distraerse y buscó algún programa entretenido. La televisión encendida le hacía la ilusión

de que había alguien más en la casa. Luego fue hasta la habitación de Jaime y corrió las cortinas. La luz del sol iluminó las dos grandes y espectaculares fotos en blanco y negro que Anido había tomado de un temporal que destruyó el paseo marítimo hacía ya dos años. Lúa siempre miraba fascinada la altura de unas olas gigantescas que parecían dignas de un tsunami. Levantó una ceja. La cama estaba sin hacer. Muy propio de él. Sobre la colcha deshecha y las sábanas arrugadas, la cazadora de cuero de aviador que le había regalado ella hacía unos meses. Le había costado una pasta.

«Será cabrón... con lo que me ha costado y la tiene ahí tirada, la madre que lo parió...».

Lúa cogió la cazadora y se dirigió al armario para colgarla. Cuando corrió un fajo de camisas blancas vio que el panel trasero del armario estaba fuera de su sitio. Dio dos pasos hacia atrás, sorprendida. Luego dejó la cazadora sobre la cama y miró dentro con curiosidad. Estaba oscuro.

Fue hasta el recibidor y buscó una linterna en el primer cajón de la cómoda. Volvió al armario y enfocó dentro. Abrió los ojos, asombrada, al enfocar lo que allí había. Se metió en el

armario con cuidado de no romper la tarima y buscó una luz. Cuando encontró el interruptor, constató que detrás del panel corredizo había un pequeño habitáculo oculto del que no tenía noticia. Anido había escondido allí dentro un estudio fotográfico completo: trípodes, pantallas, bolsas con cámaras y objetivos y un potente Mac que nunca había visto, sobre una minúscula mesa de ordenador barata. A un lado, una impresora láser y múltiples carpetas, papel y discos duros para almacenar datos.

Lúa vio una gran bolsa negra de cuero semiabierta justo al lado de ella.

Tampoco recordaba haber visto aquella bolsa nunca... Sin poder dominar su interés, se acercó a fisgar qué había dentro. Cuando la abrió por completo miró su contenido con asombro. Había un verdadero arsenal de artilugios eróticos, a cuál más extraño. Metió la mano y empezó a sacarlos uno por uno: consoladores, grilletes, látigos cortos, *dildos*, *plugs*, pinzas, mordazas de bola, una gran máscara de látex... Lúa solo había visto ese tipo de objetos en las *sex shop* y en alguna película porno que Anido había intentado que viesen juntos, pero que a ella no le puso en absoluto. No se tenía por una chica pacata ni

recatada precisamente, pero aquello sobrepasaba con mucho todo lo que ella había pensado del fotógrafo. Se sentó en la cama con una pala de azotar en la mano. Lúa hizo una mueca: olía fuertemente a cuero. La periodista no era capaz de procesar lo que estaba viendo, pero no cabía duda de que aquello era algo desconocido para ella, algo que no tenía demasiado sentido. Sus relaciones sexuales siempre habían sido de lo más convencional: jamás había intentado introducir ninguno de aquellos objetos en sus escarceos eróticos... Sí, alguna vez había sido algo rudo, pero nada desfasado, todo dentro del juego, sin

violencia ni nada parecido... entonces... ¿por qué escondérselo de esa forma? Con decirle que le iba el rollo sado hubiese bastado... ¿Acaso pensaba que ella se iba a escandalizar? No, no podía pensar algo tan humillante... ¿O sí? ¿Y si la bolsa no era de él? ¿Y entonces qué hacía encima de su cama?

Lúa dejó las cosas dentro de la bolsa de nuevo, intentando que quedasen más o menos como le parecía que estaban en un principio. Su cabeza daba vueltas y más vueltas. No, decididamente, no entendía nada de lo que estaba pasando con Jaime. Sin

noticias de él, aquella bolsa tan comprometedora... ¿Por qué estaba aquella bolsa allí? A lo mejor tenía algo que ver con su marcha tan repentina...

Se sentó en la mesa y encendió el ordenador. Por fortuna, no estaba protegido por contraseña. Por lo visto, Jaime no era demasiado estricto en cuanto a la seguridad de sus ordenadores, y allí dentro... ¿quién iba a entrar? Lúa sintió un aguijonazo de culpa, pero solo duró unos segundos. En circunstancias normales nunca se le hubiese ocurrido entrar a fisgar en las cosas de Jaime. Pero después de tantos días sin noticias del fotógrafo, tenía el

presentimiento de que allí pasaba algo muy raro.

Entró en firefox y empezó a buscar en el historial. Los últimos días que navegó en la red mostraban muchas entradas a periódicos ingleses *online* que no conocía: *The Press, Durham Region...* Lúa se encogió de hombros y cerró el navegador. Aquello no iba a llevarla a ningún sitio. Decidió que era mejor buscar dentro de la biblioteca digital de Jaime. Nada más entrar, se desanimó por completo. Allí había un montón inimaginable de imágenes ordenadas en carpetas y clasificadas por temas. No iba a ponerse a mirar todas y

cada una de ellas, o le llevaría un siglo. Decidió olvidar la idea. Sin embargo, se le ocurrió que quizá, con suerte, antes de marchar, Anido habría mirado archivos que pudieran estar relacionados con su viaje... Por consiguiente, lo más lógico sería ir a las últimas imágenes vistas por él. Sin mucha convicción, Lúa fue a «Mis documentos» y desplegó la lista de archivos. Había varios documentos de Word que abrió y cerró inmediatamente. No tenían demasiado interés. No obstante, una película y dos imágenes llamaron su atención.

La película era un antiguo vídeo casero, digitalizado, donde Lúa pudo

ver a una chica muy joven, de pelo por los hombros, lacio y negro, y ojos verdes, con ropa que parecía de finales de los años ochenta, sonriendo mientras posaba con actitudes exageradas y cómicas en un parque a todas luces británico. «Parece Londres, un suburbio de Londres», pensó. Detrás de los árboles sin hojas, se dibujaban las figuras de los típicos pisos baratos del *county council*. «Una chica muy guapa, la verdad. ¿Quién será? ¿Por qué ha estado viéndola Jaime antes de irse?». Cerró el vídeo. A su pesar tenía, cada vez, más la mosca detrás de la oreja. Continuó con las imágenes.

Al hacer doble clic en una imagen llamada «ArcPat», ante sus ojos se desplegó una impresionante fotografía de estudio en la que una chica con el pelo cortado a lo paje permanecía atada con cuerdas a un poste de madera, vestida con un blanco traje monacal, con expresión perdida y los ojos fijos en un crucifijo que tenía delante de la cara. En la imagen se veía el cuerpo de cintura para arriba, en blanco y negro. Lúa reconoció al momento la iconografía de Juana de Arco. Aquella foto era realmente espectacular. ¿Sería de Anido? La expresión de la joven era doliente. El claroscuro dramático y los

ojos febriles mostraban el sufrimiento místico de una Juana a punto de ser enviada al más allá mediante el tormento de la hoguera. Lúa miró asombrada la composición y la extremada calidad: era una obra de arte en toda regla.

La siguiente fotografía, esa vez en color, llamada «Salpat», mostraba a la misma joven, semidesnuda, cubierta de velos transparentes que dejaban entrever su cuerpo, con pequeñas cadenitas de oro en los pies y en las manos como única vestimenta. Llevaba el mismo peinado a lo paje, el pelo rubio, casi blanco, pero en el cabello lucía una fina diadema dorada con una luciérnaga de

color zafiro, de estilo modernista, y de sus orejas colgaban grandes pendientes de color turquesa. Lo que más llamaba la atención de toda la imagen era que la cara de la joven se acercaba peligrosamente a la cabeza cortada, envuelta en sangre, de un hombre muy hermoso, barbado, que yacía sobre una bandeja de plata. Parecía a punto de besar con lujuria aquella cabeza cercenada con los ojos vidriosos de la muerte que, semiabiertos, parecía mirar a su vez los labios de la chica. Lúa sintió fascinación y repugnancia. Era Salomé con la cabeza del Bautista. Pero nunca había visto nada igual, tan

realista, tan asqueroso. Aquellas fotos no podían ser de Jaime. Él nunca se habría dedicado a aquella temática religiosa llena de morbo. No le interesaba la religión, al revés. No entraba en una iglesia ni siquiera en los funerales. Le gustaba fotografiar la belleza de las mujeres, no su aspecto oscuro... o eso pensaba ella hasta aquel momento...

Lúa decidió imprimir aquellas dos fotografías tan intrigantes. Tenía la corazonada de que aquella chica, y quizá también la del vídeo, tenían algo que ver con su marcha a Londres. Encendió la impresora, que estaba sin papel

fotográfico. Miró a su alrededor, dispuesta a encontrar algún folio o algo donde plasmar aquellas imágenes. Al lado del Mac, sobre el escritorio, había varias carpetas de plástico negras llenas de papel fotográfico. Abrió una al azar: no eran carpetas llenas de papel en blanco. Eran fotos. Las repasó, una por una.

Lo primero que le llamó la atención fue una fotografía tamaño A4 en donde un hombre con una máscara de cuero y vestido totalmente de negro parecía azotar con una fusta a una chica rubia de pelo larguísimo, también enmascarada con un antifaz, una joven muy delgada,

que estaba atada a una cruz de San Andrés. El hombre era Jaime Anido. A pesar de la máscara, reconocía su cuerpo sin ningún tipo de duda. Lúa siguió pasando fotos. Todas eran tremendamente explícitas. Algunas mostraban a varias personas, siempre enmascaradas, formando parte de una orgía sadomasoquista. Otras, a aquella chica, siempre con la cara cubierta, dispuesta en diversas posturas de sumisión, semidesnuda y atada, o arrodillada. En una especialmente impactante, una mujer morena de cabello largo y cuerpo espectacular cubierto apenas por un corsé con lazos de raso le

clavaba el tacón de la bota negra en la espalda y lo azotaba a la vez con un látigo. Lúa cada vez estaba más asombrada. Miraba las fotos con los ojos muy abiertos, y las disponía alrededor de la pantalla en la amplia mesa de escritorio. ¿Qué significaba todo aquel delirio? ¿Qué estaba haciendo Jaime en Londres exactamente?

Lúa encontró al fin el papel fotográfico debajo de todas aquellas carpetas. Notó que las manos le temblaban de la impresión. Imprimió las fotografías del ordenador. Se le había ocurrido una idea. Cruzó los dedos.

Ojalá Javier Sanjuán no se hubiese ido aún de La Coruña. Necesitaba urgentemente hablar con él...

• • •

Javier Sanjuán leía un libro mientras se tomaba tranquilamente un Bitter Kas en una terraza del paseo marítimo cercana al hotel. Estaba un poco decepcionado: hacía media hora que Raquel le había mandado un SMS diciéndole que no podía quedar con él por la noche. Estaba «indispuesta». Como si no la conociera... Vamos, que le había dado plantón sin cortarse un pelo y sin ni siquiera llamarlo por teléfono. Y él, que

contaba con un viernes de cena y copas, y quizá algo más interesante, tenía que enfrentarse de nuevo al tedio de la habitación del hotel. Pero bueno. Qué remedio... Como todo tenía una parte positiva, podría repasar y completar el perfil para la reunión en la comisaría del día siguiente. Valentina le había advertido un par de veces, con mucha intención, percibió él, que el inspector jefe Iturriaga no era muy amigo de los psicólogos forenses ni de los perfiladores. Así que tendría que sacar el tarro de las esencias para convencerlo de su teoría... nada nuevo bajo el sol. Estaba acostumbrado a que

muchos miembros de los cuerpos de seguridad considerasen su trabajo como una intromisión en un campo que tenían como propiedad privada.

Había dedicado la tarde a ir de compras: su plan de estar dos días en la ciudad se había trastocado hasta el extremo de tener que comprar un traje adecuado para la fiesta del día siguiente. Aprovechó también para hacerse con unas zapatillas y ropa de deporte, y varios libros para matar algún tiempo muerto. Estaba dudando entre dar o no una vuelta en el pintoresco tranvía amarillo que recorría todo el paseo y que veía pasar por delante de sus

narices cuando sonó el móvil. Lo cogió esperanzado, pensando que podía ser Raquel, que había cambiado de idea en el último momento. Pero aquel número era demasiado largo, aunque le sonaba. Y también la voz de periodista radiofónica que ponía Lúa Castro cuando hablaba por teléfono.

—¿Sanjuán? Soy Lúa Castro, de *La Gaceta*. Espero no molestar...

—No, no me molestas. Al revés. Encantado de hablar contigo, Lúa. Dime. ¿En qué puedo ayudarte?

Lúa vaciló un segundo. Luego continuó, con voz algo trémula.

—¿Estás aún en La Coruña? Me

gustaría hablar contigo... es un tema personal.

Lúa decidió no esconder, ni por un segundo, ni la preocupación ni la vulnerabilidad que sentía en el centro del pecho.

• • •

Sanjuán miró las fotografías, fascinado. Sin duda alguna, aquella chica rubia era Patricia Janz. Patricia como Juana de Arco. Patricia como Salomé. ¿Quién había ideado semejante parafernalia religiosa? Eran unas fotos que trascendían lo profesional. Eran *performances*, muy bien estructuradas.

Eran *performances* artísticas. Observó con fijeza a Lúa, que bebía su Martini Rosso a pequeños sorbos. Parecía bastante afectada.

—¿Estás segura de que estas fotos no son de tu novio? ¿No ha realizado nunca este tipo de trabajos?

—Jaime no es mi novio. —Lúa sacudió la cabeza. Parecía harta de explicar siempre lo mismo—. Es mi amigo —suspiró—. Jaime... —se encogió de hombros, pensativa—, bueno. No puedo explicarlo. Hace tiempo que lo conozco y no es su estilo. Esas fotos no son tuyas, lo puedo jurar sobre la Biblia. Ha hecho de todo para

revistas y periódicos importantes, incluso algún reportaje con modelos conocidas, ya me entiendes. A Jaime, que yo sepa... —Lúa antes no lo hubiera dudado, entonces se dio cuenta de que no estaba muy segura de lo que estaba diciendo—, le gustan, como a todos los hombres, las chicas muy guapas, espectaculares, sin trampa... la belleza formal, quiero decir. Nada complicado... nunca, jamás, lo he visto idear este tipo de... montaje. Ni tampoco hablar del tema. No, seguro. No soy suyas. Le gusta la naturaleza, la realidad. Nada de recreaciones de cuadros.

—Ya. Entiendo lo que quieres decir.

—Sanjuán se quitó las gafas y le clavó la mirada. Aquella chica parecía, de repente, muy perdida. No quedaba rastro alguno del desparpajo del día de la entrevista.

—Las fotos... tengo más. No como esas... las otras no son recreaciones, son más... no sé cómo explicarlo, la verdad. —Lúa no estaba muy segura de querer enseñarlas, pero al fin se decidió. Sacó la carpeta y se la dio al criminólogo—. Míralas tú mismo. Así me ahorro yo tener que contarte la temática.

Al repasar aquellas fotos, Sanjuán

asentía, como si estuviese viendo algo que le confirmara una realidad que a ella se le escapaba. Lúa intentaba analizar alguna de sus expresiones, pero la cara de póquer permanecía inescrutable.

—Te he traído todo esto porque estoy muy preocupada por Jaime. Muy preocupada. Desde ayer no sé nada de él. Ni una llamada. Ni un mensaje. Es como si se lo hubiese tragado la tierra. ¿Tú has sabido algo? ¿Te ha llamado o dicho alguna cosa más?

Sanjuán negó con la cabeza.

—La verdad es que no... salvo lo de ayer, nada.

Lúa se retorció las manos, nerviosa.

—Tengo un mal presentimiento desde que me dijo que se iba a Londres. Sé que está pasando algo raro. Y creo que lo que pasa puede tener que ver con estas fotos. ¿De qué hablasteis ayer? ¿Cuándo te llamo?

—Lúa... me temo que no puedo contarte de qué iba el tema de su consulta. Jaime me pidió por favor que no dijese nada. A nadie. —Sanjuán no quería ser indiscreto: si Anido quería contarle lo de los anónimos y el crimen de Patricia, ya lo haría él. Mientras Lúa no supiera nada, la información de los dos crímenes y su supuesta vinculación

estaría a salvo.

—Ya veo. Secreto profesional... —
La periodista lo miraba con los ojos claros y tristes, que suplicaban a gritos un poco de información.

—Puedes llamarlo así, Lúa. Pero estoy seguro de que Anido está bien y totalmente a salvo. De todos modos, si no te importa... déjame estas fotos para que pueda analizarlas a fondo. A ver si mañana por la tarde puedo decirte algo. ¿De acuerdo?

• • •

De vuelta en casa, mientras colocaba parte de la compra en la alacena, Lúa

pensó en Javier Sanjuán. Aquel hombre sabía mucho más de Jaime de lo que quería aparentar. Pero no había forma de sacarle nada. Ni siquiera mediante sus expresiones más lastimeras lo había ablandado... Al final, él se había quedado con las fotos, y ella seguía tan perdida como al principio.

Cuando, ya de noche, volvió a escuchar el sonido de «el móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura» se encogió de hombros, resignada. Ya llamaría Jaime cuando le diese la gana. Ella no iba a preocuparse más. Tenía bastante con el crimen de Lidia y su nuevo cometido: nada menos

que bucear en el oscuro y sucio mundo de Mendiluce y sus tentáculos de corrupción. Pero no pudo evitar que una profunda sensación de angustia la invadiera como si la avisara de que la vida de Jaime estaba en un serio peligro.

Capítulo 40. Fiesta privada

Freddy hablaba a gritos por teléfono, mientras hacía muchos aspavientos con la mano libre.

—¿Cómo que no puedes quedar conmigo hoy, Irina? ¿Qué te pasa? Le dije a Rubén que íbamos a vernos en La Postrería para tomar algo... Ya he quedado con todos allí...

El hilo de voz de Irina intentaba contemporizar a través del terminal.

—No puedo, Freddy, lo siento, de verdad. Es algo del trabajo. Quedamos mañana, por favor...

Freddy se quedó unos segundos en

completo silencio, mientras sentía que algo parecido a la sospecha estaba tomando forma en su cerebro. Estaba en la puerta de la cervecería Estrella de Cuatro Caminos, rodeado de gente que se apelotonaba en la entrada. Miró a su alrededor y se apartó un poco. Luego siguió hablando, en un tono todavía más contrariado que no se molestó en disimular.

—Irina, no lo entiendo. Ayer podías quedar sin ningún problema. Esta mañana podías quedar sin ningún problema. Y ahora, justo antes de salir, me vienes con «no puedo quedar, Freddy». —Freddy imitó a la perfección

su acento ruso con un deje de ironía—. ¿Algo del trabajo? ¿Qué, exactamente? Explícamelo...

—Una reunión con los jefes. Tenemos que ir todas a una entrevista para recibir directrices nuevas y mejorar el trato con los clientes. —Irina no mentía con mucha convicción y Freddy lo notó al instante en el ligero temblor de su tono, menos dulce de lo normal.

—¿Todas a una entrevista? Esa sí que es buena. Es muy tarde para una reunión, ¿no te parece? —La voz de Freddy se encargó de demostrar con creces lo poco que estaba

convenciéndolo aquel asunto.

—¿Estás celoso? ¡No quiero conmigo a un novio celoso, Freddy! Odio a los hombres celosos. No voy a permitir que te metas en mi vida de ese modo, te lo digo siempre. No lo soporto, ¿me oyes?

—No, no estoy celoso. Simplemente no me suena nada, pero que nada bien lo que me estás contando, ¿sabes?...

—No, no sé. No sé nada. —La voz cambió por completo. Irina soltó todo su carácter de repente—. Freddy, tengo que trabajar, y punto. No hay más que decir. —Luego soltó un par de exabruptos en ruso y colgó sin darle la mínima

posibilidad de respuesta.

Freddy miró la pantalla del Nokia, paralizado, estupefacto. Le había colgado el teléfono. No daba crédito. Aquel comportamiento no era propio de Irina. Hasta la voz le había sonado falsa. Estaba mintiendo. Seguro. Pero... ¿por qué? Miró la hora en el móvil. Irina salía del trabajo sobre las nueve de la noche y era imposible que a esas horas tuviesen una reunión con los jefes. Imposible. ¿Quién podía tragarse semejante bola? Joder, no hacían falta muchas luces... De todos modos, la cosa no iba a quedar así, no señor. Entró en la cervecería donde estaba tomando una

caña con Rubén, apartando a la gente que de malos modos abarrotaba el local. Cuando consiguió llegar al fondo de la cervecería, a la zona de fumadores, más de un cliente lo había insultado, pero él siguió adelante a toda prisa sin darse la vuelta siquiera. Allí estaba Rubén, haciendo el tonto, como siempre. Su mejor amigo, compañero de clase y un verdadero payaso. Estaba intentando rescatar sin éxito una aceituna del vaso de tubo donde la había echado al principio. Rubén era el feo del grupo, el más simpático, el de las ideas disparatadas. Una de sus teorías era que un par de aceitunas dentro del vaso le

daban mejor sabor a la Estrella Galicia. Cuando vio a su amigo tan alterado abandonó sus intentos, dejó la caña sobre la mesa y se giró hacia él, lleno de perplejidad.

—Joder, Rubén. Necesito que me dejes la moto. Un momento. —La voz de Freddy se convirtió en una súplica perentoria—. Solo un momento, por favor, tío... La necesito pero ya. Ahora mismo.

Rubén miró a Freddy con cara de asombro. Su amigo parecía desquiciado.

—Freddy. Cálmate. No tienes carnet. ¿Cómo coño quieres que te deje la moto?

—Sabes que sé conducir. Además, me ha dejado mi hermana la suya muchas veces. Déjame la Vespa, por favor. Tengo que hacer un recado urgente. Es algo muy serio.

—Vamos a ver, tío. ¿Qué parte de «no» no entiendes? Que no, que paso de dejarte la moto. Es nueva y me ha costado un pastón... Además, imagínate que te pasa algo. Nos cae el pelo. A los dos.

—Pues llévame tú, hostia. Tenemos que ir hasta Icaria antes de que salga Irina.

—Irina, Irina, joder, siempre Irina.
—Rubén puso cara de desesperación y

levantó los brazos haciendo un gesto exagerado—. Esa pava te tiene sorbido el seso, tío. ¿No te das cuenta? ¿Qué pasa ahora con Irina?

—Te lo cuento después. Ahora vámonos. ¡Coño, venga, espabila! Deja, pago yo todo esto.



Irina se miró al espejo de los vestuarios del solárium. Él le había dicho que tenía que ir muy maquillada. Los labios rojo Chanel. El pelo recogido en un moño. Un vestido ajustado, extremadamente ajustado. Él siempre le decía lo que tenía que hacer. Cómo tenía que vestirse.

Cómo tenía que actuar. Los hombres a los que tendría que...

Irina lo odiaba. Odiaba al «jefe» con toda su alma. «El jefe», como quería que lo llamaran. Pero tenía que obedecerle. Era la única forma de pagar la deuda. Él siempre decía que si no hacía lo que le mandaban, irían a Kazán a por su hermana. Su hermana tenía catorce años. Solo catorce años. Se bajó el vestido negro de terciopelo con tirantes de *strass* todo lo que pudo: no quería que sus compañeras la vieran vestida así. Se puso por encima una gabardina de color beige y salió rápidamente a la calle, sin despedirse de las otras chicas. El jefe

no solía llamarla por sorpresa, y menos cuando estaba en el trabajo. Pero esa vez era distinto: había una despedida de soltero importante y el novio quería expresamente una chica rusa y rubia. Otro cabrón. El día antes de casarse...

Lo que más odiaba era haber tenido que mentir a Freddy. Freddy era adorable. La quería. Se desvivía por ella. Y ella lo traicionaba una y otra vez... Cuando el jefe la llamaba, lo único que quería Irina era morir. Dejar a Freddy. No verlo nunca más. Pero no era capaz de hacerlo... Le gustaba demasiado. Se había colgado a lo bestia de aquel crío ingenuo y

atolondrado. Era el único tío que la respetaba desde hacía años.

Allí fuera estaba ya el Mercedes negro de aquel cabrón. Cuando ella se acercó, tambaleándose sobre las altísimas sandalias de tacón, él bajó la ventanilla del coche y la devoró con aquellos ojos llenos de lujuria que la aterraban.

—Estás preciosa. El moño es encantador. Pero quiero que te sueltes un par de mechones sobre la cara... muy bien. Abre la gabardina, quiero ver cómo vas vestida...

Irina miró a los lados para asegurarse de que nadie la veía y abrió

la gabardina, mostrando el minivestido negro, muy escotado y extremadamente corto. Él asintió, a todas luces complacido con lo que estaba viendo.

—Perfecto. Sube, muñeca. Nos vamos a dar una vuelta... hay mucho trabajo por hacer.



Freddy agarró el brazo de su amigo, clavándole los dedos con fuerza hasta que este protestó: le estaba haciendo mucho daño.

No podían creer lo que estaban viendo desde hacía unos segundos: Irina, guapísima, con una ropa más bien escasa

que pudieron ver perfectamente al abrirse ella la gabardina, saliendo de Icaria y subiéndose a un Mercedes de alta gama, conducido por un hombre moreno, vestido con un traje azul marino. Habían bajado de la moto para poder observar bien la escena.

—Joder, joder, qué fuerte... — Rubén, boquiabierto, miró a Freddy, que estaba casi temblando de furia—. Tío, la rusa te está poniendo los tarros pero bien puestos. Y con un pavo mayor y forrado de pelas, hostia. Menudo coche, un Mercedes clase E Coupé... a saber cuánto cuesta eso...

—No puede ser... No, no puede ser.

—Freddy sacudía la cabeza, anonadado por completo, los puños crispados—. No entiendo nada... ¿Quién cojones es ese tío? ¿Por qué no me ha dicho nada de él?

Rubén lo agarró por los hombros y lo sacudió.

—No seas imbécil, joder, Freddy... ¿Cómo que no entiendes nada? ¿Acaso no has visto lo mismo que yo? ¿Cómo te va a hablar de su otro novio? Tu novia rusa te la está pegando, hostia. ¡Joder, espabila, no seas huevón!

Freddy estaba demasiado absorto en las maniobras del Mercedes para responder a su amigo.

—¡Joder! Se van. ¡Se van! ¡Vamos detrás, venga! —Freddy seguía con la vista el Mercedes, que empezaba a enfilarse la cuesta pronunciada de la avenida Finisterre con lentitud.

—Tío, yo paso. Paso de meterme en movidas raras, joder. Bastante tengo ya con lo mío para andar por ahí haci...

Rubén sintió un empujón muy fuerte y se tambaleó, a pesar de sus casi noventa kilos de peso. Cuando pudo darse cuenta, vio asombrado que su amigo, tras arrebatarse ágilmente las llaves de la mano, estaba subido a la moto, siguiendo con agilidad la estela del Mercedes. Rubén se llevó las manos

a la cabeza y empezó a gritar con desesperación, corriendo detrás de Freddy y de su flamante Vespa, cuesta abajo. En unos pocos segundos, desapareció de su vista. Rubén se quedó quieto, las manos apoyadas en las rodillas, jadeando. Tenía que hacer más deporte. Y encima había quedado con su novia en La Postrería en menos de diez minutos. A ver qué le contaba a la Susi...

• • •

Irina miraba de soslayo a Sebastián Delgado, que conducía con la ventanilla bajada y el codo apoyado en ademán

chulesco mientras fumaba un puro. El olor del humo era insoportable, y ella hacía lo posible por no mostrar ninguna expresión de desagrado que pudiera incomodarle. De sobras sabía que cuando el jefe se enfadaba, se ponía muy violento. Y no le hacía ninguna gracia pasar de nuevo por una experiencia tan traumática como la vez anterior. La había encerrado en una habitación y la había golpeado con una bolsa de tela rellena de arena durante horas, hasta hartarse. En silencio. No le dijo ni una palabra, solo golpeaba con fuerza, una y otra vez, mientras le clavaba aquellos ojos de animal salvaje. Eso ocurrió la

primera vez, cuando llegó... Nunca más intentó plantarle cara. Desde aquel día solo verlo le daba pavor; lo único que podía decir en su favor era que nunca la había obligado a acostarse con él. A otras de las chicas sí, le constaba que a más de una, a sus favoritas las había «probado», pero a ella jamás. A ella quien la había estrenado era el «jefe supremo», Mendiluce. Había sido horrible, pero por lo menos no le había pegado; se comportó durante todo el rato como un amante solícito, a pesar de todo. Volvió a mirar al jefe con disimulo. Gracias al cielo parecía de buen humor.

Delgado conducía tranquilamente mientras saboreaba su puro, ajeno a la moto que lo seguía a muy pocos metros. Tenían tiempo de sobra: la despedida de soltero no iba a empezar hasta las doce de la noche. Pero quería llegar con algo de tiempo para que la rusa aquella tan sosa se entonara un poco antes de que llegaran los chicos. Un par de copas y alguna raya de cocaína bastarían para que aquella pacata perdiese un poco su timidez. En realidad, no entendía qué coño había visto su jefe en ella... era absolutamente ñoña. Muy guapa, pero ñoña. Menos mal que él mismo ya la había puesto a andar poco después de

que llegara: al principio era como una tabla de madera, no sabía ni siquiera bailar medianamente bien. Se giró para mirarla. Irina miraba al frente, sumida en sus pensamientos con expresión inescrutable. Bueno. Ya se animaría después... No le quedaba otra.

Cuando llegaron a la calle Costa Rica, Delgado aparcó en doble fila delante de la discoteca Acuarium. Freddy vio que Irina bajaba del Mercedes, ya sin la gabardina. Su cuerpo delgado y escultural estaba casi desnudo, tapado escuetamente con un cortísimo vestido negro de tirantes, con la espalda totalmente al aire. Las luces de la calle

se reflejaron en los brillantes del vestido y también en el collar de Swarovski que le había obligado a ponerse su jefe durante el camino. Delgado salió después, agarrando a Irina por la espalda. La llevó hacia las escaleras de la discoteca y ambos bajaron juntos hasta donde estaba el enorme portero musculoso, que los saludó con una inclinación de cabeza, sin cobrarles entrada. Freddy esperó fuera hasta que desaparecieron, observando todo con gran nerviosismo. No entendía qué estaba haciendo su novia vestida como una prostituta con aquel hombre que él no conocía de nada

y en una discoteca a la que últimamente solía ir gente de no muy buena reputación... o por lo menos eso decían sus amigos. Su móvil sonó de nuevo: llevaba sonando desde que salió detrás de Irina con la moto de Rubén. Rechazó la llamada. No le apetecía dar ninguna explicación. Le mandó rápidamente un mensaje de texto a su amigo diciendo que la moto estaba bien y que no se preocupara. Luego asomó la cabeza por las escaleras del Acuario. Estaba todo en silencio, solo el portero con la cabeza pelada y expresión de pocos amigos permanecía allí, de pie, custodiando los cortinones de la puerta

con los brazos cruzados, como una estatua persa. El corazón latía en el pecho de Freddy Negro hasta casi no dejarle respirar. Quería entrar, y a la vez estaba aterrado de lo que podía llegar a ver si lo conseguía... Irina... ¿cómo podía estar haciéndole algo así? Si el día anterior por la noche le había dicho que lo amaba con toda su alma... y luego le había mentado sin más, diciéndole que tenía una reunión de trabajo. Y entonces estaba dentro de aquella discoteca, con aquel hombre con aspecto de mafioso de las series de televisión.

El teléfono volvió a sonar. Rubén.

Freddy decidió cogerlo. Necesitaba a alguien con él, alguien que pudiese ayudarlo. Alguien que lo sacase de aquella pesadilla de alguna forma.

• • •

—Venga, Irina. Tómate la copa. Enterita. No estás bebiendo nada. Y si no lo haces luego la cocaína te va a dar un buen palo. —Delgado apuraba su copa de Glenfiddich mientras rebuscaba en un bolsillo del pantalón del traje la bolsita de droga.

—No quiero esnifar cocaína, jefe. Por favor. No lo soporto. Me pone muy mal... me sienta fatal, ya lo sabe.

—Tengo una coca para chuparse los dedos, guapísima. Y nos vamos a ir al baño en un momento tú y yo... ya verás lo buena que es. Y lo bien que te va a sentar... Y ni se te ocurra decir que no, Irina. Ya sabes lo que pasa cuando dices «no»...

Irina lo miró con los ojos inundados de ansiedad y se bebió un buen trago de su vodka Stolichnaya con zumo de naranja. Cuanto antes se colocara, antes terminaría todo aquel horror. Sebastián Delgado cogió dos pajitas negras de la barra y la agarró del brazo.

—Nos vamos al baño, Irina. Venga. Antes de que esto se llene de gente...

Apúrate, por favor. No me gusta que me vean meterme nada.

• • •

—Joder, Freddy. Menudo susto. Te has pasado tres pueblos. —Rubén miraba su Vespa con la misma expresión que una madre tras encontrar a su hijo en el centro comercial después de haberlo perdido durante una hora.

—Lo siento, Rubén. Lo siento, joder. No pude evitarlo...

—Perdónale ya y vámonos de aquí, no me gusta este sitio, hay mucha corriente. —Susana, la novia de Rubén se abrigaba con un echarpe: empezaba a

hacer bastante fresco.

—No podemos irnos hasta que Freddy vea a su Irina, Susi. Está ahí dentro con su «novio» rico, por decirlo así.

Freddy lo miró con cara de odio.

—No me mires así, imbécil. Yo no soy el que está poniéndote los cuernos. Es ella, la rusa. Si se veía venir, hombre... —El rostro pálido de Freddy se ensombreció todavía más—. Mira... vamos a entrar en el Acuarium y vamos a salir de dudas.

—En la puerta hay un tipo con cara de orangután de Borneo.

—No importa. Pregunto yo. —

Susana se bajó un poco el fular y se lo puso por los hombros en gesto coqueto, colocando su larga melena castaña por detrás de las orejas—. A las chicas todo eso de entrar en las discotecas se nos da muy bien. Esperad aquí...

Susana bajó los escalones con aire Cándido. Se acercó al portero, que seguía plantado en el medio de la puerta, y lo miró con sus grandes ojos color miel. Habló con él con cordialidad y luego volvió a subir, con semblante de sorpresa.

—Parece ser que hay una fiesta privada. Una despedida de soltero. Vamos, que han cerrado el local. Para

acceder hay que ser amigo del novio, tener entrada... todo eso.

Freddy miró hacia las escaleras con frustración.

—De verdad, no sé cómo vamos a hacer para entrar ahí...

Media hora después, el local empezó a llenarse de gente. Un montón de chicos jóvenes y no tan jóvenes, exageradamente pijos, bajaron las escaleras del Acuario. Se casaba el hijo de un reputado cirujano de la ciudad, también futuro médico, con una chica de la burguesía local, la de «Coruña de toda la vida». Y había querido celebrar por todo lo alto el

abandono de su libertad cerrando una discoteca para todos sus amigos. No les apetecía salir de Coruña a un puticlub, preferían llevar las chicas a su propio terreno. Y Carolo siempre había querido tener a una rusa rubia y lánguida bailando en su despedida. Bailando y lo que fuera menester, claro, que para eso pagaba un montón de dinero... Le habían enseñado varias fotos de chicas, pero él se quedó con Irina desde el primer momento. Era una belleza de ojos claros, semblante limpio y un aura de misterio que le pareció interesante. Sabía que sus colegas iban a llevarle a alguna más, pero él quiso hacerse un

regalo especial. Luego sería más complicado hacer ese tipo de cosas, estaría más vigilado, y también más ocupado estudiando el puto MIR. Esperaba que cuando la fiesta estuviese en lo mejor, Irina saliese semidesnuda a bailar en la barra que habían llevado para la ocasión. Se dirigió a la barra a pedir un Bacardí con Coca-Cola. Ya estaba bastante calzado, pero aquella noche era especial... quería estar ciego por completo. Un amigo lo abrazó, totalmente borracho, gritando, con el jersey por los hombros, medio caído. Carolo le siguió el juego durante unos segundos, luego fue a pedir más alcohol.

Delgado miraba con desprecio a aquella caterva de chavales borrachos y salidos como alces en una berrea. Eran patéticos. Sacó otro Montecristo, que le había regalado generosamente su jefe, y lo encendió, chupando el extremo con deleite mientras expulsaba el humo. Miró su Breitling falso: ya era la hora del espectáculo. Se bebió otro trago de whisky y fue a buscar a Irina a la parte de atrás de la barra. Sonrió: la rusa ya estaba bastante entonada. Lo que no sabía ella era que le había puesto un par de pastillitas en la bebida para entonarla todavía más. Un poco de escopolamina nunca iba mal para desinhibir a chicas

ñoñas como aquella...

Irina lo miró con los ojos entornados, vidriosos, las pupilas totalmente dilatadas. Sonrió con expresión boba, mezclada con un cierto deseo lujurioso que se adivinaba también en el contoneo de su cuerpo. Delgado se acercó a ella y le obligó a chupar el puro y a fumar. Sabía que ella odiaba el humo de los puros. Pero Irina chupó y exhaló el humo como si aquello fuese el placer máximo. Luego volvió a mirar a Delgado con deseo, y acercó sus labios a los dedos de él, rozándolos con la lengua. La sonrisa de Delgado se hizo todavía más lobuna. Ya estaba lista, la

muy puta. Todas las zorras del Este eran iguales: al principio se resistían y ponían cara de santas, pero luego veían un par de billetes y se sacaban la careta. Miró hacia el vestido carísimo de lentejuelas negras y decidió que no era suficientemente sexy. Lo cogió con las dos manos y lo rasgó con un golpe seco a la altura del sostén. Volvió a mirarla, esa vez más satisfecho. El escote se hizo mucho más profundo, el sujetador negro a la vista.

—Así estás más buena, Irina. Mucho más buena... —La cogió de la mano con cortesía—. Vamos hasta la barra... ¿La ves? —Irina asintió con sonrisa abobada

—. Tienes que subirte allí y bailar...

Irina se miró el vestido roto y se tambaleó, riéndose a carcajadas. Sentía la boca totalmente seca, casi no podía hablar, así que se tomó otro gran trago de vodka con naranja antes de que Delgado la alejase de su copa.



Media hora más tarde, Edmundo le dio un beso a su mujer y otro a su hija Eva. Salió de casa con el termo de café y la bolsa con el bocadillo y cogió el ascensor con desgana. Tenía por delante una noche bastante larga vigilando las obras del nuevo Museo de Ciencia y

Tecnología. Muchas veces los sin techo se metían allí, y otras veces también lo hacían los listillos de la prensa. Así que tenía que estar muy atento. Por lo menos no llovía, y hacía un tiempo estupendo. Eso lo ponía de muy buen humor.

Pero su humor cambió como un día de sol oscurecido por un eclipse cuando vio su flamante Volkswagen Touran tapado por un Mercedes de alta gama en doble fila. Lo que más odiaba del mundo era tener que salir a trabajar y que un puto Mercedes de mierda estuviese obstaculizándole el paso. Edmundo era un trabajador honrado, un segurata. Había cometido el error de comprarse

un piso carísimo al lado de una discoteca. Aún estaba pagando la hipoteca, después de diez años. Y todos los putos fines de semana ocurría lo mismo. Algún gilipollas dejaba su coche de alta gama mal aparcado. Se sentó en el asiento del conductor y empezó a pitar sin ningún tipo de miramiento: era la única forma de que el portero saliera del tugurio y viera el tomate. Su Touran tenía una bocina muy potente, y el sonido rebotaba por todo el barrio, molestando a los vecinos a aquellas horas intempestivas, que salían a la ventana a protestar. Como vio que no pasaba nada, arremetió de nuevo contra

el claxon con toda su alma. ¡Al fin! No había tardado más de dos minutos en aparecer el calvo de la lotería. Bajó la ventanilla.

—¿Quieres sacar el jodido Mercedes de aquí o prefieres que llame a la grúa? Estoy un poco hasta los cojones, ¿sabes?

El portero hizo un ademán tranquilizador con las dos manos, intentando disculparse.

—Perdone, de verdad. En un momento aviso al dueño y lo sacamos, no se preocupe...

—No tarde más de dos minutos o llamo a la policía. —Edmundo sacudió

su móvil por fuera de la ventanilla con ademán amenazador.



Freddy no perdió el tiempo: aprovechó su oportunidad y se escabulló dentro como una anguila al ver cómo el pelado enorme subía las escaleras y desatendía sus labores de cancerbero. Rubén lo siguió, agarrando a su novia con fuerza y abalanzándose escaleras abajo. Cuando cruzaron la gruesa cortina roja, vieron al portero con unas llaves en la mano subiendo los escalones de tres en tres para quitar el coche de allí. No los vio, estaba demasiado concentrado en

apurarse para que aquel loco dejase de tocar el claxon y alborotase a todo el barrio y luego a la Policía Local.

El local estaba lleno de gente. El volumen de la música de *reggaetón* era casi insoportable, y el humo del tabaco tan espeso que filtraba las luces de la pista como si se tratara de una niebla muy densa. Freddy intentó detectar la presencia de su novia estirando el cuello a izquierda y a derecha, pero recibía empujones por todas partes y no era capaz de distinguir más allá del polo de rayas azules empapado de sudor que tenía delante. Notó que le tocaban la espalda. Se volvió, esperanzado, para

sentir después una rápida decepción al ver la ancha cara de Rubén a pocos centímetros de la suya con la frente perlada de sudor. Susana iba detrás, a un par de metros, metiendo el codo para hacer sitio. Rubén le habló a gritos, intentando superar los decibelios.

—¿Has visto a Irina?

—¡No he podido ver nada! ¡Está todo petadísimo de gente! ¡Es una pasada!

—¿Y si vamos a la barra y pedimos unas copas? ¡Total, ahora que estamos aquí!

Freddy se volvió y asintió con la cabeza.

—¡Si te apetece, vete hasta la barra, yo continúo mirando por aquí a ver si la encuentro!

Rubén cogió de la mano a Susana y tiró de ella hacia la zona donde se suponía que estaba una de las barras de la discoteca. Encontraron una esquina en donde no había casi nadie, cerca de los servicios. Las trasnochadas bolas de espejos lanzaban sus destellos multicolores hacia donde se encontraban.

—¡Me estoy meando, Rubén! —le gritó Susana antes de ir rápidamente hacia el baño. Cuando llegó, una espectacular mulata salió tocándose la

nariz y sorbiendo hacia arriba con todas sus fuerzas. La mulata la miró de arriba abajo, sonriendo con condescendencia a los vaqueros, las bailarinas y el top de Susana, que no parecieron ser del agrado de aquella especie de Naomi Campbell. Cuando Susana salió, después de retocarse, dos chicos engominados y muy atractivos a la vista la piropearon, con las voces gangosas de ebriedad. Susana se colocó junto a su novio y lo cogió del brazo, dando a entender que no estaba disponible.

Una chica morena con el flequillo planchado, alta y delgada, vestida de conejita de Play Boy, llevaba una

bandeja con copas de cava y se acercó a ellos. Rubén cogió dos y le dio una a Susana.

—¡Menudo nivel, Rubén! ¡Es una fiesta tremenda! —Susana miraba a su alrededor y bailaba al son de la música, que había cambiado de estilo. Sonaba Beyoncé y su «Crazy in love».

Rubén escondió a su novia detrás de una columna.

—No te luzcas demasiado, estamos en una despedida de soltero y se supone que no debería haber chicas, salvo...

—¿Salvo?— Susana lo miró con picardía y bebió de la copa.

—Ya sabes, salvo las *strippers*, las

camareras... las chicas que animan, vaya...

—Ya, entiendo. —Miró a su alrededor, buscando a alguna mujer entre tantos hombres. Solo vio a dos o tres gogós bastante poco animadas que estaban dentro de unas jaulas al fondo y a la mulata, que conversaba con un hombre moreno que fumaba un puro sentado en la barra—. Lo que no entiendo es lo que hace aquí la novia de Freddy. No la he visto por ninguna parte...

—Mira, Susi. No quiero ser mal pensado, pero...

De repente, se escuchó una algarabía

tremenda en el otro lado de la discoteca. Muchos de los asistentes cogieron sus copas y fueron hacia allí. Susana se puso de puntillas para ver algo, pero era imposible.

—Rubén, vamos, quiero ver qué pasa. Por cierto... ¿dónde está Freddy?

• • •

La música subió de tono hasta un nivel ensordecedor. Lady Gaga atronaba su «Bad romance» cuando Freddy vio por fin a Irina. Una multitud de borrachos lo habían empujado hacia una especie de escenario donde habían colocado una barra de baile portátil. Sobre ella una

mulata espectacular bailaba y se contorsionaba, vestida solo con un bikini de pedrería color carne y unas botas blancas de charol con plataforma. Un señor bastante maduro, con un enorme bigote poblado, se aupó sobre la madera y le puso un billete de cien euros en el extremo de la braga. Ella saltó desde el escenario, que no parecía muy alto, a su lado y se lo llevó del brazo hacia un lugar apartado que había detrás. Luego, los aullidos y los gritos arreciaron. Irina estaba sobre el escenario, y una de las luces estroboscópicas de la pista la enfocaba directamente, tiñéndola de colores, azul,

rojo... azul de nuevo. Freddy la miró horrorizado: llevaba el vestido roto, rasgado hasta el pecho, el sujetador casi al aire y además se le podían ver perfectamente las pequeñas bragas negras desde donde él estaba. No era capaz de moverse ni de hablar: era como si lo hubiesen pegado al suelo con cemento armado.

Irina empezó a bailar con sensualidad, acariciando la barra. Se agachaba y se levantaba con lentitud, marcando las curvas de su espalda. Luego sus piernas se abrían y cerraban sin ningún pudor, de forma muy ágil, como si fuera una bailarina haciendo

ejercicios de calentamiento ante el espejo. El moño se soltó y su melena cayó hacia atrás en un gesto brusco de su cabeza: los hombres jalearon y gritaron su nombre como si estuvieran en el medio de un rodeo. Dio varias vueltas a la barra de metal, como si se tratara de un derviche giróvago en pleno trance, y al final se tiró a cuatro patas sobre la tarima, moviéndose como una gata en celo, sin preocuparse absolutamente nada de un vestido cada vez más roto. Sin perder un segundo, bajó hasta donde estaba sentado Carolo, en una butaca, rodeado de amigos, tiró sin más la pequeña mesa donde había varias

consumiciones y se subió sobre él, sentándose a horcajadas, trepando desde el suelo hasta su regazo. Carolo sonreía con aspecto bobalicón: estaba tan borracho que no se daba cuenta de casi nada de lo que estaba pasando.

Irina comenzó a quitarse el vestido. Los amigos jaleaban con fuerza cada movimiento de la chica y ella parecía responder con más y más intensidad en su baile de caderas. Ante los ojos de todos los asistentes, la chica subió el ajustado vestido roto por encima de la cabeza, mostrando su vientre liso y moreno, sus pechos firmes, prisioneros del sostén de raso negro, y unas piernas

largas y torneadas que hicieron las delicias del público, que no paraba de aplaudir y gritar. Cuando se quedó solamente en sujetador y una pequeña braga brasileña, acercó sus pechos a la cara del joven, que no dudó un momento en acariciarlos sobre la tela primero, y luego más profundamente. Carolo metió las manos dentro de las copas del sujetador y apretó, ante el delirio general. Delante de sus ojos, desenfocados por el alcohol y la coca, podía intuir aquellos tentadores pechos blancos y duros al tacto que lo estaban poniendo muy cachondo a pesar de su estado. Ella gimió y se contoneó de

nuevo, lanzando hacia atrás el cabello rubio y largo, que caía sobre la espalda casi hasta la cintura. Carolo buscó con torpeza el broche del sostén en la espalda de Irina. Quería verle las tetas a aquella rusa tan hermosa y tan caliente con urgencia. De pronto, alguien quitó a la chica de encima de sus piernas, y luego un golpe muy fuerte lo tiró de la butaca. Un segundo después, un dolor insoportable en la cara acompañaba al ruido que hacía su nariz al romperse, y Carolo cayó a un lado, sobre el suelo mojado de ron con Coca-Cola y sucio de la fiesta.

Todo el mundo se apartó con

consternación. Freddy cogió el jersey y se lo puso a Irina por encima, que permanecía de rodillas, con la mirada totalmente perdida y temblando de miedo, como si hubiese despertado de una pesadilla. Intentó ayudarla a levantarse, pero los finos tacones resbalaban una y otra vez en el parquet mojado. Quería salir de allí y sacarla de aquel lugar asqueroso. Pero no pudo. Sebastián Delgado aprovechó que Freddy estaba agachado levantando a Irina del suelo para pegarle una patada en el estómago que lo derribó como un saco. Freddy lanzó un grito de dolor. Luego Delgado siguió golpeando al

chico, ya caído, sin clemencia alguna, con una rabia infernal. Estaba totalmente fuera de sí. Aquel puto niño le había estropeado la fiesta, y en verdad que lo iba a pagar muy caro. Freddy se hizo un ovillo, intentando frenar los golpes que parecían lloverle de todas partes, pero el dolor era cada vez más y más intenso y pensó que no iba a poder soportarlo durante mucho más. Casi había perdido el sentido cuando su agresor paró. No supo cuánto tiempo pasó tirado en el suelo. Un rato después, la música se detuvo por completo en la discoteca. Alguien intentó incorporarlo con suavidad. Desde su cara hinchada, vio a

Rubén con el rostro pálido y descompuesto, y detrás de él, a dos miembros de la Policía Nacional, un hombre de mediana edad con semblante amable y una mujer muy joven, rubia, que lo miraba con expresión de lástima.

• • •

—¿Cómo estás? —Rubén lo agarró y lo sentó, sujetándolo por la espalda para que no cayera—. Menudo cuadro, neno...

—Bien, estoy bien, no te preocupes. —Intentó ponerse en pie, pero no fue capaz. Reprimió un gemido al moverse—. ¿Dónde está Irina? ¿Cómo está? —

La voz de Freddy traslucía una ansiedad desahorada. Intentó incorporarse, pero todo le dolía demasiado. Notó el acre y metálico sabor a sangre en su boca.

—Irina está bien, no te preocupes por ella. Ha ido al hospital.

—¿Al hospital? ¿Está bien? — Freddy intentó revolverse con gesto nervioso—. ¿Cómo que ha ido al hospital?

—Tiene una pequeña intoxicación, pero está perfectamente. Se pondrá bien, Freddy, cálmate, haz el favor. No te muevas. Hemos llamado a una ambulancia para que te vean... Y además, la policía quiere hacerte unas

preguntas. Creo que le has roto la nariz al futuro novio, el chico de la despedida de soltero, que es el hijo pequeño del doctor Azpiazu... ya sabes, el cirujano ese tan famoso...

Freddy se dejó caer de nuevo en el suelo, completamente derrotado. «Menudo marrón», pensó.. Cuando se enterase, su hermana lo iba a matar. Lo partiría en trozos muy pequeños, y luego, probablemente, los tiraría al mar.

• • •

El despertador marcaba en números rojos la una de la madrugada. Por lo general, Valentina intentaba ocupar sus

cada vez más numerosas noches de insomnio con la lectura. Así podía desconectar un poco de aquel caso que la llevaba por la calle de la amargura. Así no pensaba en Mendiluce y en su desagradable esbirro Delgado. Menuda banda de degenerados... prostíbulos, trata de blancas, sexo con menores... a saber qué más cosas eran capaces de hacer, tras aquella pátina de respetabilidad que habían fabricado a golpe de talonario.

En su iPod sonaba un concierto de Sibelius que le había recomendado su amiga Helena a cambio de que ella le pasase los cuartetos de cuerda de

Mozart. Las dos se intercambiaban música compulsivamente. A Valentina no le gustaba demasiado el rock ni los grupos modernos, a los que consideraba una banda de desustanciados. Siempre se sentía algo desplazada cuando todos sus amigos o sus colegas hablaban de los cantantes famosos y de acudir a conciertos de pop. A ella lo que le gustaba de verdad era la música clásica. Hacía poco que Helena la había introducido en la ópera y aquello sí que había sido un descubrimiento. Verdi y Puccini se habían convertido en una pasión absorbente que alimentaba no solo escuchando su música, sino leyendo

libros que la ayudaran a entender con sumo detalle el sentido y las historias de las obras que tanto placer le proporcionaban.

Embebida en la música, tardó un rato en darse cuenta de que el teléfono estaba sonando. Cuando vio en la pantalla el número de la comisaría, se extrañó. ¿Quién la llamaba a aquellas horas? ¿Habrían descubierto algo nuevo sobre Lidia?

Capítulo 41. Valentina libera a Freddy

Viernes, 11 de junio

—¿Dónde está mi hermano? —La cara de Valentina mostraba su honda preocupación—. No estará en los calabozos, ¿verdad?

—Buenas noches, inspectora Negro. —El subinspector Hermida sonrió con calidez a su inspectora favorita de la UDEV—. Tu hermano Federico está ahí dentro, en la sala de reuniones, con la oficial Castro. No, no está en los

calabozos. Ya le han tomado declaración. Creo que necesita ir a un hospital...

—¿Un hospital? No me jodas, Hermida. Quiero verlo ahora mismo. — La voz tembló un instante. Logró componerse—. ¿Cómo está? ¿Está mal?

—No te preocupes, Negro. Está perfectamente. Pero se ha llevado una buena paliza... Ha sido Sebastián Delgado, el perrito de Pedro Mendiluce, no sé si lo conoces... un verdadero cabrón. Tiene muy mala fama...

—Ya, ya lo sé. Me he enterado por el camino. ¿Dónde está el muy hijo de puta?

—¿Delgado? En el calabozo. A buen recaudo. Le ha dado bien a Freddy, además... de una forma bastante cobarde. Estaba en el suelo cuando lo cosió a patadas. De todos modos, tu hermano es un *crack*, creo que tiene una novia que está buenísima y que, además, baila de maravilla...

Valentina lo fulminó con una mirada asesina. Hermida se dio cuenta de que estaba dando en hueso e intentó paliar el daño de su pequeña burla.

—Inspectora, es normal. Todos hemos sido jóvenes y hemos estado enamorados. Yo también me he peleado para defender el honor de mi novia...

Pero bueno... Juventud, divino tesoro, ¿no te parece?

Valentina no se quedó a escuchar las opiniones del subinspector Hermida sobre la juventud. Abrió sin más preámbulo la puerta de la sala de reuniones. Allí estaba Freddy, la cara hecha un cuadro cubista, un ojo hinchado y semicerrado, la ropa rasgada, los pantalones sucios. La oficial Castro lo cuidaba con conmiseración, «como si la sabandija de mi hermano mereciese alguna piedad», pensó Valentina.

Freddy la miró con expresión culpable. Parecía a punto de llorar. Ella notó algo parecido a una aguda punzada

de dolor en la boca del estómago al ver aquella expresión desolada y sin esperanza en lo que quedaba sano del rostro de su hermano. De repente, comprendió que tenía que aguantarse con fuerza las ganas de llorar. «Hay que joderse con el imbécil de mi hermanito», pensó. «No quiero ni pensar en la cara que va a poner mi padre cuando lo vea así».



Media hora después, Valentina miró con una mezcla absurda de pena y reproche a Freddy, que permanecía sentado a su lado, en el más absoluto silencio.

—Ponte el cinturón, por favor. —

Valentina encendió el coche y esperó a que su hermano se colocara bien el cinto, cosa que hizo a regañadientes. El cardenal que tenía en el ojo se le estaba poniendo de un llamativo color rojizo —. Quiero que vayamos ahora mismo a urgencias y que te miren todo, de arriba abajo. No quiero arriesgarme a que tengas una lesión interna o algo parecido. Ya nos llega y nos sobra con lo que hay.

—No necesito ir a urgencias. Me encuentro perfectamente. —Freddy contestó con la mirada fija en su reflejo en la ventanilla.

—Y yo no quiero más tonterías por hoy, Federico. —Cuando lo llamaba por su verdadero nombre, Freddy sabía que su hermana estaba muy, muy cabreada—. Ya te he dicho que nos llega y nos sobra. Con lo de hoy, y con todo lo de esta temporada. —Le clavó la mirada unos segundos—. Estoy harta de ti, de Irina y de todo, ¡joder, ya! —Valentina golpeó el volante del Citroën con una ira que sobresaltó a su hermano, que pegó un respingo—. Y ahora haz el favor de contarme qué coño ha pasado en esa discoteca. Y no me mientas. Voy a enterarme de todo y prefiero que sea por ti antes que por otra persona... y pasa de

lo de la moto. Eso ya me lo sé.

Freddy negó con la cabeza, mordiéndose los labios, y volvió de nuevo a encerrarse en sí mismo. Se dedicó a pintar en la ventanilla con un dedo en un gesto automático. Valentina estaba empezando a perder la paciencia. Sin embargo, antes de que pudiera volver a recriminarle su silencio, su hermano empezó a hablar, musitando palabras, en voz baja.

—No te oigo, Freddy.

—Irina estaba allí, bailando, en una barra —empezó a subir el tono de voz, poco a poco—, estaba... casi desnuda, Valentina. Borracha y casi desnuda. Se

le veía el sujetador... y también las bragas. Y todos gritaban y jaleaban muy fuerte, como si fueran cerdos, los muy hijos de puta.

—¿Quieres decir que Irina estaba haciendo un *strip-tease* en una fiesta en el Acuario? Entonces lo que me contaron en comisaría era cierto... ¡por favor! Continúa, anda.

—Entonces se subió encima del cabrón de la despedida de soltero, el más hijo de puta de todos... y se puso a bailar... ya me entiendes. Como en las películas, muy sexy... El cabrón empezó a meterle mano en las tetas, por dentro del sujetador, sin cortarse un pelo, Val

—Freddy vaciló—, yo... no pude más, me quería morir allí mismo, todo eso tenía que parar de alguna forma... y después no recuerdo bien lo que pasó. Creo que le di una buena hostia al pavo de la fiesta y alguien empezó a pegarme hostias a mí, por todas partes, patadas... no sé, ya te digo, no recuerdo más... Luego vinieron los de la pasma... tus colegas, vamos.

—Ya. Entiendo. ¿Y no se te ocurrió contar hasta diez y llamarme, por ejemplo? —Su enojo se puso más de manifiesto—. ¿O era demasiado trabajo usar tu teléfono móvil?

—Había bebido un par de copas,

Valentina. No se me ocurrió... lo único que quería era que parara de comportarse así... era como si no fuese Irina en realidad... nunca la había visto... yo... —Freddy se derrumbó y se echó a llorar desconsoladamente, sacudiendo los hombros. Valentina le agarró un brazo mientras cogía el volante con una mano, para intentar darle ánimos.

—Venga. No es para tanto. — Valentina no sabía qué decir, en realidad. Entendía la situación por la que estaba pasando su hermano, pero no tenía ni la más remota idea de cómo solucionarla. Por otra parte, ver llorar a

su hermano avivó recuerdos muy dolorosos para ella y de inmediato su furia cedió terreno.

—¿No es para tanto? ¿Qué dirías tú si supieras que tu novia es una puta? Joder, Valentina, es... es horrible, yo la quiero, estoy enamorado de ella, y es una puta barata... ¿Cómo pudo engañarme así? No, no lo entiendo... — Los sollozos volvieron a reanudarse, esa vez en sordina.

Valentina sentía mucha pena. Su hermano era todavía un crío, y encima un crío enamorado. Un cóctel molotov de hormonas y sentimientos sin control.

—No te alteres con lo que voy a

decirte, por favor. Me han dicho que está ingresada en la residencia...

—¿Qué? —Freddy alzó la voz, alarmado al instante—. ¿Ingresada? ¿Qué quiere decir «ingresada»? ¿Qué le pasa? ¿Está enferma?

Valentina vio los ojos de su hermano abiertos como platos. Le hizo gracia ver que la preocupación por su novia, a pesar de todo, seguía intacta en su ridícula alma de paladín.

—Creo que tiene un coma etílico, o una intoxicación, no lo sé fijo. Ahora nos enteraremos. No te preocupes, no es nada grave. Sobrevivirá a esta y a muchas otras, no lo dudes.

El joven médico residente hablaba con Valentina con un punto de suficiencia, mientras Freddy esperaba dentro de una habitación, sentado en la camilla. Era un hombre guapo, con barba rubia acaracolada, y se sabía atractivo, por lo que seguramente su actitud habitual era así, pensó ella, un poco chulesca.

—Su hermano está perfectamente, señora Negro. —Valentina sintió una pequeña punzada al escuchar la palabra «señora», no creía que aquel hombre y ella se llevaran muchos años, y ella para nada tenía pinta de «señora», o eso creía

— No hay nada roto, solo una fisura en una costilla que hay que mirar, muchas magulladuras y el golpe en la cabeza que no parece ser nada... o eso dice el TAC. De todos modos, reposo y vigilancia durante un par de días, por si se encuentra mareado, siente náuseas, ibuprofeno si siente dolor... todo eso, ya sabe.

Valentina suspiró aliviada.

—Sí, ya sé. Muchas gracias. Son buenas noticias.

—Cuide a su hermano. —El doctor Álvarez sonrió con calidez al fin—. Es un chaval, y a veces uno se mete en líos que a nosotros nos parecen absurdos...

si olvidamos nuestra propia juventud, desde luego. —La sonrisa se hizo más amplia.

—Sí, es verdad. —Valentina solo se molestó en devolverle un rictus amable —. Bien, gracias, doctor. Tenemos que irnos. Yo tengo que trabajar dentro de unas pocas horas y me gustaría dormir algo antes.

Valentina acompañó a Freddy hasta la habitación de Irina. Estaba en la cama del fondo, totalmente dormida. El cabello húmedo esparcido por la almohada, la piel de color gris y la sonda nasogástrica le daban un aspecto muy preocupante. Freddy se acercó a

ella y se quedó mirando, paralizado, con las lágrimas corriéndole por las mejillas. Luego la besó en la frente, esquivando los cables y el gotero. Valentina había conseguido hablar con una enfermera que le explicó que hasta el día siguiente la chica no iba a despertar. Estaba hasta arriba de cocaína, escopolamina y alcohol. Un ciego del copón. Le habían lavado el estómago, tratado con carbón activado y solo quedaba esperar a que se le pasara el efecto del cóctel de drogas.

Valentina tiró de él hacia fuera de la habitación con suavidad, para no despertar a la paciente que dormitaba en

la otra cama. Era hora de volver a casa. Cuando bajaban los dos solos en el ascensor, Valentina volvió a preguntarle. Siempre lo hacía.

—¿Tú tenías alguna sospecha de que tu novia se metiese droga, Freddy? — Intentó no poner voz de inspectora de policía en un interrogatorio sobre estupefacientes, pero no fue capaz de evitarlo—. ¿Ha consumido cocaína contigo alguna vez? ¿Porros? ¿Pastillas?

Freddy movió la cabeza, mirando al vacío.

—Ya te he dicho una y mil veces que Irina jamás toma algo más fuerte que una cerveza. Casi siempre toma cortos y

claras. Y droga, nunca. Ni siquiera un par de caladas... O eso es lo que creía hasta hoy. Ahora no puedo decirte nada... en realidad, no lo sé. Valentina, no sé nada. —Los ojos de Freddy transmitían un dolor tan profundo y desgarrador que su hermana no quiso seguir preguntando. Ya hablaría con ella directamente cuando se despertara... Irina no le gustaba, pero el hecho de que en la sangre se hubiese encontrado una mínima cantidad de escopolamina no le hacía ninguna gracia. Era la droga de moda para robar o violar sin que la persona se diera cuenta. Era la droga de la anulación de la voluntad. Tendría que

hablar muy seriamente con Sebastián Delgado. Aquel hombre era como un puñetero grano en el culo.

• • •

Mendiluce repasaba en su despacho el estadillo que sus dos arqueólogos le habían confeccionado el día anterior. Miró un segundo por la ventana: el mar estaba en calma, y desde su silla giratoria se podían ver las estrellas en toda su plenitud. Distinguió sin demasiado esfuerzo la Osa Mayor. De joven había ligado mucho con aquel truco barato... Enseñar las estrellas. Parecía mentira, pero a las chicas les

gustaba mucho la astronomía. Especialmente a su segunda esposa, la muy cabrona.

Se consideraba un hombre afortunado. Acarició con cariño, como hacía siempre que tenía un golpe de suerte, el trozo de madera que llevaba en el bolsillo de su pantalón. Si las «autoridades competentes» supieran que debajo del aparcamiento subterráneo de la urbanización Ártabra se encontraba un yacimiento romano en un estado increíble, se tirarían de los pelos... No solo era el mayor yacimiento, sino que encima tenía todos aquellos cacharros perfectamente conservados. Leyó de

nuevo el estadillo por encima: torsos, estatuas, juguetes de niños, tumbas, varios tipos de armas, una moneda para pagarle a Caronte la travesía por el infierno... Esa moneda la llevaría él como amuleto, al lado del trozo de madera de cedro.

«Bah. A la gente no le interesa ni la cultura ni el arte, ni nada parecido. Qué más da. Con tal de darles fútbol y más fútbol, ya están contentos. Además, los museos ya están llenos de huesos y moneditas... Que se jodan. Yo sí que sé cómo disfrutar de todo esto. Yo y mis clientes, que pagarán fortunas por un par de piedras talladas...».

El sonido del móvil interrumpió el cuento de la lechera.

—Raquel, querida... dime. ¿Qué haces despierta a estas horas?

• • •

Quince minutos más tarde, Mendiluce encendió un puro para tranquilizarse. Que el imbécil de su secretario le hubiese dado una paliza al hermano de la inspectora maciza no le había puesto de muy buen humor. Por él, Delgado podía quedarse en los calabozos de Lonzas por una buena temporada. Pero aquella boba de Raquel era una sentimental, en el fondo Delgado estaba

portándose como un inconsciente. Tendría que ponerle freno de alguna manera: era muy efectivo y un gran secretario y servidor. Pero a veces parecía un adolescente salido y sin cerebro que podía complicarle mucho la vida.

Por lo menos, Delgado pasaría la noche en el calabozo. No dejó ni de broma que Raquel fuese a buscarlo hasta el día siguiente, cuando pasara a disposición judicial. En el trayecto desde Lonzas a los juzgados, en un coche de la Nacional, podría meditar un poco en lo estúpido que era cuando se dejaba llevar por sus impulsos

violentos. Le había dicho mil veces que cualquiera podía partir una cabeza; solo los elegidos sabían elegir bien cuándo y cómo hacerlo. Y Mendiluce sabía de sobra que el punto fuerte de Delgado no era su inteligencia. Cuando le sacó del fango de una vida de delincuente juvenil solo le hizo esta advertencia: «Mira lo que hago y sé fiel como un perro, y te haré rico. Traicióname o empieza a pensar por tu cuenta, y te hundiré». Sí, esa pequeña lección le iría muy bien, acabó de reflexionar Mendiluce.



Lúa abandonó a su suerte al gafapasta,

que bailaba sin freno, avergonzándola, y salió fuera del *pub* Twenty Century para poder hablar mejor por teléfono. Allí dentro no podía oír nada por culpa de la música atronadora. Robbie Williams a toda voz desgranando su hit «Supreme» no era el mejor acompañamiento para una conversación privada.

Miró la pantalla. Era Arturo Cardador, un Policía Nacional de turno de noche que tenía ella siempre de mano. Era una fuente inagotable de noticias y rumores que ella celebraba muchas veces invitándolo a cenar o a algo más, si cuadraba. Era un hombre atractivo que a Lúa la atraía

poderosamente, desde el día en que había intentado detenerla por romper el cordón de seguridad en una amenaza de bomba cerca del Ayuntamiento.

Lúa se preguntó qué querría Arturo a unas horas tan intempestivas...

Cuando se enteró de lo de la paliza al hermano de Valentina Negro en el Acuaris no pudo cerrar la boca de asombro. Ya era bastante curioso que el tal Freddy se liase a hostias en medio de una despedida de soltero, pero que el secretario de Mendiluce hubiese llegado a las manos con él por culpa de una puta podría ser una buena noticia en el periódico. Tendría que investigar más a

fondo el porqué de todo aquel jaleo.

Capítulo 42. Garlinton Manor

Inglaterra, condado
de Oxfordshire,
viernes, 11 de junio

Los tejados rojos y las altas chimeneas de Garlinton Manor aparecieron en todo su esplendor tras un bosque de hayas. El Jaguar verde se detuvo ante la verja herrumbrosa que cerraba el paso a la enorme avenida floreada de lavanda. El olor suave y delicado inundó el vehículo casi al instante. Sue bajó y se acercó a

un panel. Tecleó una serie de números y volvió al coche. La reja se abrió con un chirriar de goznes digno de la mansión de *Ciudadano Kane*. Delante de ellos un conejo asustado brincó hacia los matorrales con agilidad. Un gran lago de agua verdosa aparecía a la derecha, en donde una pareja de cisnes negros entrelazaba el cuello delante de una garza real. Anido lamentó estar dentro del coche. Le hubiese gustado fotografiar aquella escena tan peculiar.

Cuando el Jaguar se acercó por el camino de grava hasta bordear el impresionante edificio, Jaime observó que la plaza ya bullía de actividad

febril. Varios enormes camiones de catering estaban detenidos en la amplia escalinata que llevaba al portón de entrada. Hombres y mujeres vestidos de uniforme azul marino subían bandejas y bolsas, a la vez que otros transportaban grandes palés con cajas de madera y los introducían en la casa por una rampa colocada en un lateral de la loggia de entrada.

Sue condujo hacia la explanada habilitada como aparcamiento que se encontraba en la parte de atrás del edificio. Dentro de él ya había varios Aston Martin estacionados elegantemente, y también cuatro lujosos

Bentleys, que contrastaban con la humildad de dos Alfa Romeo, un Rover y un Volkswagen escarabajo de color amarillo chillón. Aparcó justo detrás del Volkswagen. Anido miró al cielo encapotado. Las fieras fauces de una gárgola empezaban a filtrar pequeños hilos de agua cristalina. Por el momento solo lloviznaba, pero estaba a punto de caer una buena. En una de las puertas laterales rodeadas de hiedra espesa, había un hombre bajo y notablemente grueso, vestido con un traje blanco y un sombrero Panamá. Llevaba unos zapatos de charol brillantes blancos y negros que llamaban la atención desde bien

lejos, como el bastón blanco de pomo dorado que llevaba en su mano izquierda y la corbata de color verde pistacho con un gran alfiler coronado por un diamante. Cuando vio a Sue y a Jaime se acercó a ellos dando saltos de alegría, con una gran sonrisa bajo el mostacho, bien cuidado. A Anido, sir Thomas Hampton siempre le había recordado a Hércules Poirot en versión dandy, pero desde que se había casado y había duplicado su barriga, era su vivo retrato en la caracterización que de él hizo Peter Ustinov.

—Sue, Jamie. ¡Qué alegría veros! —
Sir Thomas no escondía su pluma

evidente. Al revés, potenciaba su amaneramiento con todo tipo de gestos a cada cual más exagerado. Miró a Sue de arriba abajo y la abrazó con la fuerza de un oso pardo—. No puede ser. Has engordado. ¡Por fin! Pero por favor... ¡Estás mucho más guapa, Sue, si eso es posible! —Sir Thomas se separó un poco para verla mejor—. No me pongas mala cara. Antes estabas en los huesos... mírate ahora... —Sir Thomas miró al escote sin disimular ni un pelo—. Insuperable, debería decir.

—Dicen por ahí que nunca se es lo suficientemente rica ni se está lo suficientemente delgada, sir Thomas.

Pero gracias de todos modos. Me alegro de ser la única persona del mundo a la que le quedan bien los kilos de más — replicó con una gran sonrisa Sue.

—¿Kilos de más? Anda ya. Fíjate en mí. Yo sí tengo un sobrepeso importante. Mira: casi no me sirven los anillos. — La gruesa mano de sir Thomas estaba llena de sellos de oro que parecían incrustados en los dedos—. No ha favorecido mucho a mi figura el casarme con un escocés que cocina como los ángeles... el amor verdadero engorda, no cabe duda. Sue, tú lo que tienes que hacer es buscarte un marido amoroso que te trate bien. Amor y buenos

alimentos, como yo, es lo único que hace falta. —La agarró del brazo con cariño, ronroneando a ojos vista—. Ya he constatado que tus tiendas están triunfando en Londres. Me encantan. Mi marido es adicto a la ropa interior de Stella McCartney. Se gasta verdaderas fortunas que redundan directamente en tu beneficio y amenazan mi cuenta corriente... Pero está empezando a llover. —Unas gotas gordas y húmedas empezaron a golpear el suelo de piedra con fuerza—. Entremos antes de que la lluvia estropee estos carísimos zapatos de charol. Les tengo mucho cariño... Ahora os enseñaré las reformas que he

llevado a cabo este último mes. A ver qué os parecen. He gastado un dineral en cuadros y obras de arte de rabiosísima actualidad, que ha elegido mi esposo, por supuesto, para eso es marchante de arte y cuenta con un gusto exquisito, para darle un toque mucho más moderno a la decoración de la casa.

Los tres caminaron hacia la casa, mientras el anfitrión seguía contando las novedades, enormemente satisfecho de poder dar a conocer a Sue y Jaime todas sus buenas ideas, que pronto serían causa de deleite para la hermandad.

—He construido una gran mazmorra medieval con todos sus artilugios

correspondientes. He reformado las caballerizas para los que estén interesados en «jugar a los ponys», ya me entendéis... —guiñó un ojo—, y también remozado el viejo molino y el armero. Luego nos damos una vuelta por el jardín, si os parece. Lo ha rediseñado Charles de arriba abajo. ¡Ahí Hemos repoblado el lago con todo tipo de aves, hasta cisnes negros traídos de Nueva Zelanda. Una maravilla, de verdad... Por cierto —la voz engolada bajó hasta convertirse en un susurro cómico-, ya ha llegado J, el hombre del Gobierno, ya me entendéis. Y no se ha traído a su mujer. ¿Qué os parece? —Sir Thomas

rio a carcajada limpia, lo que hizo que varios de los trabajadores lo mirasen con curiosidad.

Siempre que subía la escalinata Anido observaba, fascinado, la casa. Garlinton Manor era un imponente edificio isabelino construido en una fortísima piedra oscura que llevaron de una cantera vecina, con almenas y torreones incontables y también con ventanas de altísimas ojivas que le otorgaban un aire de cuento gótico acentuado por los cargados nubarrones que poblaban el cielo inglés. Perteneecía a la familia de sir Thomas y había permanecido deshabitado y medio en

ruinas durante una buena temporada. Cuando sir Thomas lo rehabilitó, había pensado en convertirlo en un hotel de lujo, pero su pertenencia destacada en la hermandad lo llevó a reconsiderar su decisión. Así que una parte de la temporada la mansión se alquilaba para bodas, banquetes y celebraciones de gente adinerada, y al mismo tiempo, en el más absoluto secretismo, también servía para albergar las «celebraciones sado» de El Ruiseñor y la Rosa. Parte del atractivo de Garlinton Manor, además de su innegable belleza romántica, estaba en la creencia popular de los lugareños de que el fantasma de

un salteador de caminos ahorcado recorría las habitaciones por las noches asustando a los clientes, la soga aún colgado del cuello, creencia que sir Thomas había esparcido por doquier para atraer a clientes ansiosos por ver algún espectro de la época isabelina deambulando por los amplios pasillos llenos de humedad pretérita. Oficialmente nadie lo había visto, pero sir Thomas no había dudado en organizar un congreso de esoterismo y magia el año anterior para darle todavía más renombre al sitio. Lo que nadie podía ni siquiera sospechar era que detrás de aquellas actividades sociales y

totalmente respetables, en Garlinton Manor se celebraban las orgías secretas de la hermandad. Era el tipo de cosas que sir Thomas Hampton consideraba muy divertidas. Le encantaba sorprender a todo el mundo con sus excentricidades.

La habitación olía a antiguo, pero también a incienso y a vainilla. A Jaime siempre le había fascinado la cama con dosel rojo tudor en la que solía dormir cuando acudía a las reuniones de la hermandad. Sobre la colcha crema de flores azules ya estaba dispuesto su disfraz: una levita negra, pantalones de color negro hasta la rodilla, botas de montar, chaleco negro floreado con

ribetes de color oro. Y lo mejor, un tricornio con escarapela blanca, roja y azul y una fusta de cuero cuya piel olía desde varios metros. Abrió el ventanal de arco gótico y miró hacia abajo con un poco de vértigo. La habitación no era muy diferente a como había sido seis siglos atrás: los muebles eran recreaciones modernas casi perfectas del estilo isabelino. La gárgola cornuda seguía escupiendo agua a través de su lengua llena de musgo. A lo lejos, tras la ventana con mainel, se podían ver kilómetros y kilómetros de campiña salpicada de bosques cubiertos de niebla y la parte superior del tejado de

un campanario gris que pertenecía a un pueblo cercano donde solían ir él y Sue a tomar el té y pastelitos con nata.

Encendió el teléfono: tenía cinco llamadas perdidas de Lúa. Era extraño. A lo mejor había pasado algo importante... pero no había tiempo. En ese momento no. Tenía que vestirse y prepararse para la fiesta que iba a empezar en menos de una hora. Ya hablaría con ella al día siguiente. Observó que había un estante lleno de libros lujosamente encuadernados: sir Thomas estaba siempre hasta en el último detalle. Los repasó: *La atadura*. *Historia de O*. *La filosofía en el*

tocador. Muy apropiado para la ocasión. También vio una mesa de palisandro en donde un opalino Absinthe Glass de diseño oriental esperaba aburrido, al lado de un ramo de daturas, a que alguien lo llenase del verde líquido tan adorado por los simbolistas y la bohemia parisina.

Llamaron a la puerta. Un pequeño paje vestido de Sains-Culotte, enmascarado con una careta de estilo veneciano blanca y negra, asomó la cabeza y metió en la habitación un carrito dorado cubierto por una tela de seda brillante.

—Señor Anido. —Jaime detectó un

leve acento paquistaní en la voz femenina—. Le traigo máscaras para que elija la que más le guste. Y también una palmatoria, que tendrá que llevar encendida para orientarse por la mansión. También tiene ahí juguetes: puede elegir, como máximo, tres. Ya sabe que el punto de encuentro es a las seis en la biblioteca, con la correspondiente máscara cubriendo el rostro, como dicen las normas.

—Muy bien. Así lo haré. Muchas gracias.

El paje se fue con una reverencia. Jaime empezó a despojarse de su camisa de Timberland y sus pantalones de

Coronel Tapiocca. Había llegado la hora de transformarse en otra persona. Había llegado la hora de tomar posesión de su pseudónimo habitual en la hermandad y comportarse como la ocasión requería.



Anido se miró al espejo de pie que estaba colgado en el amplio y no demasiado iluminado corredor del ala norte. El traje le quedaba casi perfecto. Salvo el chaleco, que le apretaba un poco. Había engordado un par de kilos desde la última vez que le tomaron las medidas en la hermandad. Pero estaba imponente, con sus botas de montar

lustrosas y engrasadas, la levita bordada de grandes bolsillos y los pantalones negros a juego. Palpó sus tres objetos favoritos que llevaría a la fiesta: una gruesa pala de azotar con unos remaches de plata que sobresalían amenazadores, una fusta y un látigo. Los tres objetos de cuero negro. Se encontraba lleno de excitación. No pensaba ya en los anónimos ni en el asesinato de Patricia, ni tampoco en el peligro que corrían. Solo en la fiesta, en la orgía de vicio que estaba a punto de empezar. En la habitación había una botella de absenta Green Moon: el Hada Verde había acariciado sus venas hasta el último

rincón de su cuerpo, haciéndole olvidar todas sus preocupaciones.

Bajó las escaleras hacia el segundo piso con la palmatoria en la mano. Luego se introdujo por una gran sala blanca, adornada con revestimientos de madera, que desembocaba en una oscura puerta. Al franquearla, el largo pasillo, iluminado por una especie de teas muy bien imitadas que no producían humo, estaba lleno de oscuras imágenes de caballeros y damas de la época isabelina, que lo miraban desde los marcos con ojos inquietantes. Jaime lo recorrió con lentitud, observando las obras de arte. Uno de los cuadros más

llamativos retrataba a un hombre de cabello largo y ojos oscuros, perilla, camisa abierta abullonada y el cuello bordado de puntillas. Jaime se paró a contemplarlo: nunca lo había visto. De haber estado antes, se hubiese fijado, porque aquel hombre llamaba poderosamente la atención. Un pendiente de azabache colgaba del lóbulo de su oreja. Los labios, de color escarlata, eran gruesos y húmedos, casi perversos. Los ojos, como brasas incandescentes que seguían su mirada por dondequiera que Anido se moviese. Detrás de la figura masculina, que sujetaba un medallón en la mano con la figura de una

doncella, se alzaba un muro de fuego rojo furioso que parecía a punto de envolverlo. No, nunca había visto aquel cuadro hasta ese momento. Se acercó y lo iluminó con la vela, totalmente fascinado por la mirada de aquel joven. Pero al aproximarse se dio cuenta de que había detalles en el cuadro que no parecían propios de la época isabelina. El estilo de pintura era mucho más moderno, las pinceladas parecían expresionistas, demasiado gruesas, desdibujadas y atrevidas para una obra del siglo XVI. Y de repente, Anido se fijó con total consternación en el retrato de la doncella, pintado en tonos mucho

más sutiles, cálidos y amarillentos, el toque delicado de un pincel exquisito. Era una joven pálida, vestida con un traje de época y un tocado en la cabellera rubia. Pero el rostro... Anido pensó por un momento que estaba volviéndose totalmente loco. No podía ser cierto. Aquella cara... Acercó el velón encendido que llevaba en la mano y sintió un escalofrío. El rostro de la medalla que sujetaba aquel hombre, iluminado por la llama ardiente de la vela, era el vivo retrato de la cara de Patricia Janz.

Jaime buscó con desesperación un detalle que le diese una pista del nombre

del autor de aquella obra. La firma del pintor. Tenía que estar en algún sitio. Normalmente, las firmas que indicaban la autoría estaban abajo a la derecha. Pero no encontró absolutamente nada que pudiese darle una pista de quién había creado aquella pintura tan extraña... Anido, de repente, se encontró mareado. Aquello tenía que ser producto de la absenta. O de su imaginación desbordada por todas las vivencias de aquellos días convulsos...

El ruido de la campana de la capilla de la Mansión llamando a los asistentes a la fiesta le sobresaltó de repente. Volvió a mirar el retrato: sin duda era

Patricia. O alguien que se le parecía de una forma inaudita.

De otra habitación salió una pareja de mujeres que reían acaloradas, vestidas de Maravillosas revolucionarias, con sus máscaras y velones, y una bolsita de terciopelo colgando de la muñeca. Anido se separó del cuadro misterioso con el corazón palpitando. No quería que nadie viese lo mismo que estaba viendo él. No quería entrar en un pánico profundo. No era el momento. Aquello debía de ser, en realidad, producto de la absentia, se repitió. La puta Hada Verde estaba jugándole una mala pasada. No cabía

duda. No podía ser Patricia. La chica del medallón no podía ser Patricia. No era posible.

Vio a Sue avanzando con rapidez hacia él por el fondo del pasillo, su espectacular traje negro y plata de María Antonieta ocupaba parte del corredor, la máscara en la mano. Se apartó para dejar paso a las dos Maravillosas después de saludarlas con respeto. Anido dio unos pasos hacia ella, alejándose de aquel retrato que lo había consternado. Luego le enseñaría el cuadro. Entonces había que bajar a la fiesta. Era el momento de dar rienda suelta a todas sus pasiones, tanto tiempo

reprimidas y escondidas bajo una máscara de respetabilidad. Sus demonios pugnaban por salir, y allí abajo había mucha gente que estaba muy dispuesta a hacerlo muy feliz. Todos se enmascaraban para desenmascararse en realidad...

—Jaime, querido. Tengo en la biblioteca esperando a tu *bellissima italiana*. Está desando conocerte. ¡Corre, ven! —Lo agarró de las dos manos y tiró de él, que parecía el comendador de piedra, totalmente paralizado—. ¿Qué haces ahí parado? ¡Ponte la máscara! Por favor... Estás pálido, como si acabases de ver el

fantasma de la mansión. ¡Con lo atractivo que estás con ese traje! ¿Te pasa algo?

—Ha sido la absenta. Tenía que haber metido algo en el estómago antes de tomarla... —contestó el fotógrafo.

—Solo se te ocurre a ti beber un licor de setenta grados sin haber comido nada,. No me extraña que estés tan pálido. Venga, en la biblioteca hay pasteles deliciosos y mucha fruta. En el momento en que tomes algo te sentirás mejor. Llevamos sin comer desde el mediodía...

El olor a almizcle y el perfume de las flores se hacían casi sofocantes. A lo

lejos sonaba, tenue, música de Wagner. La muerte de Isolda. Las velas iluminaban el rostro y las vestiduras de los participantes, que bebían animadamente, mientras camareros vestidos de época servían Moët Chandon y cócteles afrodisíacos. Al fondo se podía ver una gran mesa con todo tipo de frutas exóticas y dulces. Sir Thomas, vestido de emperador de Francia, la corona de laurel en la cabeza y la capa de armiño con el Toisón de oro en los hombros sobre la túnica de terciopelo granate, estaba orgulloso de cómo se había organizado la última reunión de la hermandad. La idea de Sue

de hacer un baile de máscaras basado en la Revolución francesa y el marqués de Sade era espléndida. Su joven y escuálido marido revoloteaba alrededor de uno de los apuestos camareros, que tenía la piel brillante y morena de un dios hindú. Eso le ponía muy caliente, hasta tal punto que apuró la copa de champán y se acercó a mirar el ataque de Alexander con más detenimiento. Su esposo siempre le había recordado a Sebastian, el lánguido personaje de *Retorno a Brideshead*, con aquella desocupada melancolía que lo hacía tan absolutamente atractivo. Se sentía muy dichoso al haber encontrado a aquel

chico tan hermoso, tan perverso y de gran creatividad, y de ser amado sin ambages por él. Claro que su fortuna también tenía mucho que ver en aquel asunto, a pesar de que Alexander no parecía apreciar demasiado que su árbol genealógico se perdiera en la época de los Plantagenet. El humo de los puros y de las pipas de agua estaba convirtiendo la biblioteca en un lugar casi irrespirable, pero eso le daba más gracia al asunto. Pronto estarían todos tan ebrios y desatados que empezarían a surgir los encuentros sexuales de una forma salvaje. A sir Thomas lo que más le gustaba era mirar: no tenía un interés

especial en formar parte de la orgía en sí misma.

Vio a Jaime Anido hablar animadamente con una joven morena con el pelo lacio que vestía de hombre, con el pelo recogido en una coleta baja. Era la nueva pareja de Anido, la chica romana que escribía libros eróticos, disfrazada del Divino Marqués... una belleza sumamente elegante. Tenía un aire a aquella cantante italiana tan famosa... ¿Cómo se llamaba? sir Thomas no recordó su nombre. Y sumisa hasta la muerte... Aquel encuentro entre Anido y la italiana iba a ser algo digno de ver. Tomó nota mentalmente de que

era uno de los platos fuertes de la velada. Sue, mientras, aspiraba el hachís de un narguile al lado de un musculoso húsar de gran bigote pelirrojo y ojos azules que brillaban de deseo cada vez que veían el generoso pecho de Sue subir y bajar por efecto del apretado corsé. Sir Thomas fumó una calada de su Cohiba y la exhaló con placer exquisito. Aquella, sin duda, iba a ser la mejor fiesta de toda la historia de la hermandad.

La mano de Jaime pellizcó con fuerza desmesurada un pezón de Floria bajo su camisa floja, evitando la amplia tela que hacía de lazo en el cuello de la

chica. Ella continuó besándolo, introduciendo todavía más la lengua en su boca. Ni una queja. Anido estaba maravillado. Aquellos pezones se notaban erectos y jugosos al mínimo tacto y parecían crecer con el pequeño castigo que les había aplicado. La chica, en efecto, estaba muy dispuesta a seguirle el juego... Se separó un momento. Ella estaba con los ojos cerrados, totalmente abandonada. Los abrió con expresión de sumo placer.

—Floria, perdona un momento. Ahora mismo vuelvo. No te vayas...

Jaime buscó a Sue con la mirada, entre el montón de máscaras que ya

estaban empezando a animarse y a formar parejas y grupos. Quería intimidad con aquella joven. No le apetecía, en aquel preciso momento, formar parte de la orgía multitudinaria. Necesitaba una habitación para los dos. La nueva mazmorra de la que había hablado sir Thomas sería perfecta. Allí estaba, acariciando con lujuria a aquel húsar de grandes patillas y una erección de caballo que se notaba en el pantalón ajustado a la ingle. Se acercó a ella y la llamó a un aparte. Habló en susurros.

—¿Dónde está la mazmorra de la que nos habló sir Thomas esta mañana? La necesito ahora mismo.

—Mmmmm —Sue hablaba lentamente, el efecto del champán y el hachís provocaba que sus ojos brillasen bajo la máscara—. Tu italiana es un bomboncito, ¿verdad? —Sue arrastraba las palabras algo trabajosamente—. Espera un momento... ¿Dónde está sir Thomas? Allí está. Napoleón Bonaparte. Le pega mucho el disfraz... Ahora hablamos con él, vente conmigo.

Sue se acercó a sir Thomas, que estaba terminando el puro con delectación, de pie ante todos sus comensales, siguiendo los compases de la música con el cetro real.

—Jaime necesita estrenar la

mazmorra, sir Thomas. —Sue miró hacia atrás, lanzándole un beso al húsar pelirrojo para que no se olvidase de ella. El hombre también se encontraba en un estado bastante lamentable—. Floria quiere inspirar su nuevo libro de poesía erótica en sus actividades perversas con nuestro amigo, ¿verdad, Jaime?

—Algo así. Me gustaría que alguien nos llevara hasta allí, si eso es posible.

—Yo mismo os guiaré. Cógete a tu chica y vamos a la mazmorra. Te aseguro que vas a llevarte una agradable sorpresa...

Cuando sir Thomas abrió la pesada

puerta de madera con la enorme llave de metal oxidado, Anido tuvo ante sí la mazmorra más hermosa que jamás hubiese imaginado. Estaba llena de velas aromáticas que iluminaban tenuemente toda la estancia de piedra. Dos grandes teas ardían en el techo ingente, ofreciendo con sus llamas temblorosas un espectáculo de luces y sombras que bailaban sobre la brillante armadura que estaba apoyada en un lado de la habitación. Agarró de la mano fuertemente a Floria, que entró con decisión, fascinada por la belleza siniestra de los múltiples objetos que allí estaban dispuestos: unas argollas en

los muros de angosta piedra, cadenas colgadas del techo que llegaban hasta el suelo, potros de tortura... Una gran cruz de San Andrés presidía el centro de la estancia, y, al lado, dos mesas llenas de objetos diferentes capaces de causar el placer más extremo o el dolor más intenso. O ambas cosas a la vez, pensó el fotógrafo. Pinzas, esposas, agujas, mordazas, *dildos*, consoladores de todos los tamaños imaginables, enemas, látigos... el instrumental era variado y de un gusto exquisito. Y Floria se acercó a una de las mesas, llena de fascinación. Su piel de alabastro reflejaba el rubor de las teas ardientes. ¿O era ella,

emocionada al ver toda aquella parafernalia siniestra? Anido estaba cada vez más y más excitado. Excitado como jamás lo había estado en toda su vida... Aquella chica parecía todavía más exquisita que su anterior pareja, Patricia Janz...

A ambos lados de la mazmorra, se encontraban colgados de la pared dos retratos isabelinos. Uno de un hombre y otro de una mujer. Parecían hermanos. Los dos eran rubios, delgados, elegantes. La mujer llevaba un lebril en sus manos repletas de anillos, y miraba al espectador con expresión perversa en sus ojos azules y achinados. El hombre,

de pelo ralo y pajizo retirado por un sombrero de terciopelo, sujetaba la correa de un galgo que estaba sentado a sus pies. Aquellos dos retratos le daban un toque todavía más perverso a la estancia: los espectadores mudos y eternos de todas las sevicias que allí iban a llevarse a cabo.

Sir Thomas se despidió con un ademán afectado de sus dedos gordezuelos y entornó la puerta tras de sí.

Una vez cerrada a cal y canto, se dirigió a unos paneles de madera que estaban situados al lado de la mazmorra. Presionó un saliente de madera y los

paneles se movieron, descubriendo un pequeño pasadizo. Entró y recorrió un pasillo húmedo y oscuro. Al final del túnel había un pequeño cubículo donde se encontraban una butaca y una cámara de vídeo. También había botellas y copas para sentarse cómodamente y observar el espectáculo. Sir Thomas corrió un pequeño pedazo de madera: aquel trozo dejaba al descubierto dos agujeros que coincidían exactamente con los ojos del caballero del cuadro.

Cuando vio a Anido abofetear con saña a Floria hasta hacerle sangrar el labio, rasgarle la ropa y sujetarla, con gran violencia y sin hacer demasiado

caso de sus súplicas, a la cruz de San Andrés, conectó la cámara y se acomodó, dispuesto a disfrutar de toda la escena.



Media hora después, las gotas de sudor caían profusamente del cuerpo pálido y desnudo de la joven, mezcladas con gotas de sangre producto del castigo que Anido le infligía sin piedad. Floria se retorció de dolor, contorsionándose sobre la cruz de madera como una serpiente. No podía emitir ningún sonido, pues en la boca tenía una mordaza de bola que le impedía proferir

cualquier queja. Aun así, conseguía hacer oír los gemidos de protesta cuando los latigazos se producían en algún lugar demasiado sensible. Los pechos altivos mostraban ya un par de finas rayas de color escarlata, como si hubiesen sido envueltos en los larguísimos tentáculos de una carabela portuguesa. Jaime se había quitado la levita y aflojado la camisa empapada para poder maniobrar con más comodidad. Cuando consideró que la flagelación había sido suficiente para empezar a romper a la italiana, dejó a un lado el látigo y cogió la pala de cuero con remaches. Se acercó a Floria y la

desató. Ella lo miró con ojos suplicantes de *madonna* dolorosa, pero Anido no pensaba tener ni un minuto de piedad con ella. La obligó a arrodillarse ante él, con la cabeza baja y las manos a la espalda. Miró a su alrededor, buscando algún modo nuevo de atarla. Sobre la mesa había un juego de grilletes, imitación exacta de las cadenas utilizadas en el medievo pero por dentro forrados de tela gruesa para no dejar marcas. Los cogió. Pesaban mucho. Cuando cerró el collar en torno al fino cuello de Floria, esta gimió e intentó resistirse. En vano. Luego colocó sus brazos hacia atrás en una postura

totalmente incómoda que provocaba que la espalda tuviese que permanecer arqueada y que el pecho saliera emergente hacia delante. Así, los dos pezones se ofrecían ante él apetecibles como dos fresas recién recolectadas. Los acarició primero y los golpeó después con la pala de cuero, una y otra vez, no demasiado fuerte, pero lo suficiente como para causar un dolor tremendo.

Floria emitió un sonido apagado detrás de la mordaza. Los ojos suplicantes se abrieron todavía más.

—¿Qué te pasa, zorra? ¿No te gusta?
—La abofeteó y la tiró al suelo—. ¿No

era esto lo que buscabas, puta italiana? ¿Qué te creías? ¿Que venir aquí era lo mismo que asistir a una de tus lecturas poéticas?

Anido la agarró, totalmente fuera de sí, y la colocó sobre el potro. Ante él se ofrecían las nalgas lechosas y duras de la joven. Le separó las piernas bruscamente. Quería ver su sexo expuesto ante él.

Su brazo empezó a golpear las nalgas con la pala de cuero. Los remaches quedaban marcados con nitidez mientras las incendiaba con sus golpes. Jaime paró de golpear cuando observó que el color rojo había

invadido absolutamente toda la superficie de la delicada piel. Su mano exploró los labios de Floria, penetrando en la vagina con toda su fuerza. Aquella chica era una auténtica zorra: estaba empapada por completo. El flujo vaginal invadió sus dedos haciendo que su pene se pusiese todavía más duro.

Anido le quitó la mordaza e inmediatamente la sustituyó por su mano, antes de que ella pudiese protestar o decir nada.

—Chúpala. —Le ordenó—. Eres una perra. Estás mojada como una perra. No quiero que dejes ni una gota.

Floria comenzó a chupar dedo a

dedo, mostrando una gran habilidad para llevar a Anido a la más profunda excitación solo con su lengua. Totalmente ido, la agarró por la coleta y tiró su cabeza hacia atrás.

—Como veo que chupas muy bien, ahora quiero que me comas la polla, puta. Y no se te ocurra quitar tus ojos de mis ojos, o recibirás todavía un castigo mayor que hasta ahora... Pero antes, voy a ocuparme un poco de ese coñito mojado que estamos desatendiendo...

Cogió uno de los consoladores más grandes y lo encendió ante sus ojos.

Sir Thomas estaba disfrutando de lo lindo con aquella escena: la chica atada,

sobre el potro, totalmente expuesta a los caprichos de su torturador. Anido era todo un *crack*, un sádico escondido bajo aquella personalidad tan cortés y sensible. Un hallazgo. Por eso la pobre Patricia Janz siempre quería compartir con él las fiestas... era comprensible. Tomó un pequeño sorbo de whisky escocés y siguió disfrutando del encuentro. Lo bueno era que estaba grabándolo para su propio placer.

Mientras, Floria se ahogaba con el miembro de Anido penetrando cada vez más profundamente en su garganta. El consolador zumbaba de manera sorda, y las vibraciones provocaban en la joven

espasmos inevitables que la llevarían al orgasmo de manera inminente. Anido se dio cuenta de ello y sacó el pene de su boca.

—¿Quién te ha dado permiso para correrte, puta?

• • •

En las caballerizas, Sue se había despojado ya de su aparatoso traje negro de seda y se había calzado las botas de cuero y el corsé negro de cordones que dejaba sus senos libres en la parte superior. Llevaba una máscara de látex y pequeños brillantes que le cubría casi toda la cara, con orejas de gata en la

parte superior. Su húsar estaba desnudo, arrodillado. Sue le había puesto una brida y un bocado y, sin gran esfuerzo aparente, una especie de cola de caballo incrustada entre las nalgas musculosas. Estaba agarrándolo por el collar con remaches y le obligaba a lustrar las botas, sucias de estiércol, con la lengua, desde la punta hasta el tacón. Un poco más allá, se podían escuchar gemidos de placer que surgían de entre un montón de paja: dos mujeres se estaban follando de manera salvaje con arneses y consoladores gigantes, mientras otros tres hombres enmascarados se masturbaban sobre ellas. Aquellos

gemidos excitaban a Sue todavía más, y redobló los fustazos sobre las nalgas del hombre, que rugía con fuerza cada vez que la fusta alcanzaba sus partes más delicadas. Era maravilloso calibrar el aguante que tenía su húsar... especialmente cuando castigaba su sexo sin escrúpulo alguno por el intenso dolor.



La noche estaba ya muy avanzada cuando algunos de los participantes se retiraron a gozar de sus parejas o sus grupos en la privacidad de las habitaciones. Algunos dormían tirados

en las butacas o en las chaiselonge, aún abrazados a sus torturadores o víctimas agotados por la intensidad de la velada. Una delicada Josefina de cabellos cortos y vaporosa túnica rasgada y sucia por los bordes buscaba, copa en mano, botellas de champán que aún tuviesen algún resquicio del dorado líquido, las sandalias romanas resbalando en el suelo de piedra manchado de fluidos y demás inmundicias, rastros de la perversión de la fiesta.

Jaime había perdido la noción del tiempo y el espacio. No sabía cuánto llevaba encerrado en aquella mazmorra claustrofóbica que olía a flores, sexo e

incienso. Se encontraba inmerso en un trance del que le estaba resultando muy difícil, casi imposible salir. Lo único que deseaba era golpear y vejar a aquella chica con toda la saña de la que podía ser capaz. Floria no aguantaba más. Intentaba por todos los medios que Anido parase, detuviese aquel ataque tan feroz y brutal. Pero no podía. Estaba amordazada, cegada y colgada de unas cadenas que le estaban destrozando brazos y piernas. Su piel aparecía lacerada ya por demasiados lugares, pero la cara de Jaime no parecía reflejar ningún tipo de sentimiento. Era como un autómatas extraño y sádico, ebrio de

sangre. Veía en aquella chica a su amada Patricia, la joven del retrato, la chica decapitada en el cementerio. Deseaba que volviese a la vida, y a la vez solo quería que aquella imagen se desvaneciese de una vez de su mente. Se acercó a la joven que colgaba, ya sin fuerzas, y la bajó de su prisión. Ella se deslizó en el suelo frío, destrozada por el castigo y el dolor infinito. Pero Jaime no había terminado aún con ella.

Sir Thomas abrió la puerta rápidamente y entró corriendo con su marido para detener a Jaime. Estaba sobre Floria, sofocándola con las dos manos aferradas en su cuello, sin ser

capaz de evitar el impulso de destrozar aquella piel translúcida. Estaba totalmente desquiciado, ido, sumido en un trance del que no podía salir. A duras penas sir Thomas y su esposo consiguieron aflojar aquella presa casi mortal, tirándolo al suelo y gritando su nombre mientras lo golpeaban para espabilarlo. Los ojos de Anido reflejaban una profunda estupefacción cuando se dio cuenta de lo que había hecho: Floria apenas podía moverse, y menos hablar. Estaba totalmente inerme, sangrante como un Cristo momentos antes de la crucifixión.

—Alex, por favor, llama al médico

—dijo alarmado sir Thomas—. Vamos a llevarla a la enfermería en seguida. Y que traigan algo para calmar a este hombre. Se le ha ido la mano de una forma... joder... Jamás hemos tenido ni un problema con él, al revés... ¡Corre, venga, joder! ¿A qué esperas?

Alexander corrió por el pasillo y llamó por un interfono que había en el recibidor. Por si ocurría algo parecido o cualquier tipo de urgencia tenían establecido un protocolo médico y habían habilitado una enfermería con todo lo necesario. En poco menos de un minuto aparecieron varios miembros del *staff* con batas verdes y colocaron a la

inconsciente Floria en una camilla, con un gotero en el brazo. Había perdido mucha sangre, pero lo peor era todo el tiempo que había permanecido sin poder respirar..

Sir Thomas estaba sentado en el suelo, al lado de un destrozado Jaime Anido, que poco a poco volvía a recuperar la cordura, entre jadeos. Estaba temblando de arriba abajo. No podía comprender qué era lo que le había ocurrido en aquella celda, aquella noche. Jamás había perdido el control en ninguna de las sesiones. Jamás. Nunca. Sin embargo, encerrado en aquella mazmorra se había convertido en un

verdadero monstruo, obviando cualquier regla o sentimiento humano. Obviando todas las reglas del sexo consensuado y del verdadero BDSM. Era un ser despreciable y vil, y de repente se sintió como si hubiese cometido el peor de los crímenes. Una enfermera le dio una pastilla y un botellín de agua. Se los tomó como un autómata. Miró a sir Thomas con ojos de profunda desesperación.

—¿Qué cojones te ha pasado, Jaime? ¿Cómo has perdido la cabeza de esa forma? Sabes que ese tipo de cosas no están permitidas en la hermandad. ¡Lo sabes perfectamente! —le recriminó

sir Thomas.

Se hizo un silencio. Jaime no podía contestar. No tenía ni idea de lo que había ocurrido. Era como si de repente lo hubiese poseído un ser ominoso y aborrecible, un ser que moraba en el fondo de su alma, dormido durante años, y que de repente se mostró en toda su gloria homicida.

Sue llevó a su amigo a la habitación, ayudada por un enfermero y por sir Thomas. Lo metieron en la cama, y él se dejó hacer con mansedumbre. Ya le estaba haciendo efecto el tranquilizante, y en cuanto su cabeza tocó la almohada, se quedó dormido de inmediato. Sue lo

arropó con cariño y suspiró. Miró a sir Thomas sacudiendo la cabeza.

—No sé qué le pasa a Jaime, Tom. Está llevando muy mal lo de Patricia. Lo está llevando mal hasta tal punto que ha ido a Whitby a hablar con la policía que lleva el caso. Se pasa todo el tiempo reconcentrado y muy deprimido. No deberíamos haberle permitido venir en ese estado. Pensé que una sesión de la hermandad iba a hacerle olvidar todo y relajarse, pero obviamente me equivoqué.

—Ah. Así que nuestro Jamie ha venido a Inglaterra a investigar lo de Patricia. —Sir Thomas no pudo evitar

un aire de alarma ante esa noticia—. Está loco en verdad. ¿Qué quiere conseguir? Espero que no nos meta en ningún lío... —Y luego añadió, como si ese comentario hubiera sido en extremo insensible hacia la antigua miembro de la hermandad—: La pobre Patricia. Una lástima. ¿No se sabe nada aún de quién pudo asesinarla...?

—No, todavía no se sabe nada, a menos que la información haya sido protegida por la policía... Thomas, tengo que comentarte algo bastante grave que pudiera estar relacionado con la muerte de Patricia y con nosotros, con la hermandad. —Sue adoptó un gesto más

grave y miró fijamente a los ojos de sir Thomas—. Estuve pensando mucho tiempo cómo planteártelo. No encontraba la manera...

—No me asustes, Sue, que ya tenemos bastante con lo de hoy para encima darme malas noticias.

—He recibido un par de anónimos amenazantes contra nosotros. Muy agresivos. Horribles. Había callado hasta hoy. Había preferido no concederles demasiada importancia, pero Jaime se los ha enviado a un criminólogo muy famoso en España y este le ha dicho que la persona que los ha enviado va muy en serio. Y que

podría ser el asesino de Patricia Janz... por lo que puede que estemos todos en peligro.

Sir Thomas se quitó la corona de laurel que ceñía sus sienes. Estaba provocándole un intenso dolor de cabeza. Miró a Sue con preocupación y la abrazó con fuerza.

—Mándame esos anónimos, Sue. A ver qué se puede hacer. Tenemos amigos muy poderosos entre nosotros, no te preocupes. Mejor que no trascienda demasiado el asunto o tendremos que desaparecer durante una temporada... tampoco pasaría nada, mujercita. —La cara de Sue reflejaba pavor y

desencanto a la vez. Él la agarró de la barbilla—. Un año sabático nos vendría bien a todos, especialmente a Jaime, visto lo visto. Espera. Voy a ver cómo está nuestra Floria...

Sir Thomas hizo un par de llamadas y salió fuera de la habitación con sigilo, para no despertar a Anido, que ya roncaba profundamente. Un rato después, llamó a Sue a un aparte.

—Está mucho mejor. Le han curado las heridas, que no son pocas. Y respira perfectamente. Dice que no nos preocupemos, aunque creo que está realmente afectada.

—¡Joder con la poetisa italiana! Sí

que es dura, la chica —la voz de Sue reflejaba una profunda admiración.

—Voy a acostarme. No puedo tenerme en pie después de tantas emociones. Voy a localizar a Alexander. El muy perversillo seguro que ha encontrado algún plan por ahí que le haya puesto otra vez en marcha... Pero yo no puedo seguir. Estoy agotado.

—Espera, Tom. Aún no me has dicho cómo detectasteis que a Jaime se le había ido la mano. ¿No estaban encerrados en las mazmorras?

Sir Thomas miró a Sue con expresión picara.

—Algún día te explicaré las

completísimas medidas de seguridad con las que hemos dotado esta mansión, querida Sue. Algún día... pero no hoy. Permíteme que me retire. ¿Te quedas con él?

—Un poco, a ver si sigue durmiendo como ahora. Luego me iré también a dormir. Ha sido un día demasiado movido, en serio...



Jaime atravesaba un oscuro pasillo, corriendo, muerto de miedo. Oía pasos detrás de él, acentuados por el eco lóbrego que retumbaba en sus oídos. En las paredes, cuadros arcanos reflejaban

amenazantes escenas de fuego y muerte. En uno de ellos, un diablo cornudo y sonriente atravesaba con una lanza en llamas a un grupo de hombres desnudos, los músculos desgarrados en tensión, los colores ocres de la sangre seca desparramada hasta fuera del lienzo, hasta sus pies, que corrían sin descanso, huyendo con rapidez de aquel infierno de colores al óleo. Había armaduras oxidadas por doquier, que parecían dispuestas en cualquier momento a atacarlo, y brazos que sujetaban antorchas llameantes y se movían al paso de su cuerpo, que avanzaba con angustia hasta alcanzar el fondo del

pasillo. Al final, una gran estancia, en donde no había ni armaduras, ni brazos con teas, ni cuadros amenazadores. La sala estaba construida en piedra desnuda, sin ventanas, con una especie de altar muy antiguo en el centro. Una tela de terciopelo negro parecía cubrir un cuerpo humano que estaba totalmente inmóvil.

Rompía aquella soledad la presencia de un hombre encapuchado y cubierto por una larga capa negra que se encontraba delante del altar de piedra. A sus pies había una llama que parecía surgir de un pozo de brasas. En su mano derecha tenía aferrado un puñal cubierto

de sangre que goteaba, como la sangre del cuadro del pasillo.

Lo llamó. Jaime no sabía si la figura embozada había dicho su nombre u otro nombre cualquiera, pero se acercó hacia él sin poder evitarlo. Su corazón latía hasta casi explotar. La mano derecha del desconocido apuntaba hacia él con decisión, mientras la izquierda alzaba el puñal hacia lo alto.

El hombre subió al altar y retiró el paño de terciopelo. Bajo él yacía Patricia Janz aún viva, atada, amordazada y mirándolo con los azules ojos abiertos presa de absoluto pavor. Él se quitó la capucha: era el hombre

del retrato, con el pelo largo, las ojeras estragadas, los labios del color de la sangre recién extraída.

Cuando elevó el puñal sobre el pecho desnudo de Patricia, Jaime emitió un alarido espantoso.

—¡Jaime! Por favor, despierta. ¡Despiértate, joder, por favor! —Sue lo sacudía con fuerza y acabó por lanzarle el agua del vaso a la cara para espabilarlo.

Se incorporó de repente. Aún estaba bajo los efectos de la horrible pesadilla, pero notó el agua helada correr por sus mejillas hasta el pecho desnudo. Miró a Sue y la reconoció, emitiendo un suspiro

de alivio que sacudió sus entrañas de forma visible.

—Has tenido una pesadilla, Jaime. Ha sido solo una pesadilla. Cálmate, venga.

La voz de Anido sonó entrecortada y vacilante.

—Ha sido horrible, Sue. Una pesadilla horrible. Estaba Patricia en ella, iban a matarla...

—Jaime. Cálmate, por Dios. Ya está. Ya estás despierto. —Sue lo hizo acostarse de nuevo y le colocó las almohadas de manera que estuviese cómodo.

Anido la miró y le aferró el brazo

—¿Cómo está Floria? Dime la verdad. ¿Le he hecho algo malo? No sé qué me ha pasado, Sue. En serio.

—Está bien, Jaime. Floria está bien. Dolorida y magullada, pero bien. No te preocupes.

El enfermo suspiró de nuevo y elevó los ojos al cielo. Volvió a tirarse en la cama, totalmente agotado y vencido.

—Jaime, tiene que mirarte un médico. O un psicólogo. Tú no estás bien. ¿No te das cuenta? Lo de Patricia te está trastornando por completo. Tienes pesadillas todo el rato. Y eso no puede ser. Lo de hoy no puede volver a repetirse. ¿Me entiendes, Jaime?

—Sí, desde luego. —Hablaba despacio, con voz queda—. Mañana discutiremos eso. Pero ahora vete a dormir, Sue. Debes de estar agotada.

—Si te tomas esta otra pastilla que te voy a dar, me iré; me dijeron que te la diera si la anterior no te bastaba para descansar. Te hará estar grogui hasta mañana al mediodía. Venga, traga.

Anido asintió y se la tomó obedientemente, acompañada con el agua con la que Sue rellenó el vaso de una vasija metálica que había al lado de la cama y que parecía una antigüedad carísima. Tras unos pocos minutos, Jaime pareció tranquilizarse del todo y

volvió a dormirse.

Cuando Sue salió con cuidado de la habitación, el sol empezaba a acariciar con sus rayos dorados la plácida extensión de campiña que podía contemplarse desde la ventana. Había dejado de llover. Jaime no escuchó el agradable trino de los pájaros ni el arrullo de las palomas torcaces que anidaban cerca de allí, contentas por la llegada del nuevo día. Estaba durmiendo con la placidez química que solo ofrecen las pastillas a las mentes febriles e insomnes.

Segunda parte: El cisne negro

«La lógica del Cisne Negro hace que lo que no sabemos sea más importante que lo que sabemos».

El cisne negro.

Nassim Nicholas Taleb

Capítulo 43. Dos hipótesis

Sábado, 12 de junio

Cuando Sanjuán bajó a desayunar en la mañana del sábado, eran las siete y media de la mañana, y solo unos pocos huéspedes estaban ocupando las mesas, así que no tuvo ningún problema en elegir su favorita, una pequeña, al fondo, que tenía una vista fantástica sobre el paseo marítimo. Después de que hubiera llenado su plato con ensalada de frutas, queso curado y lonchas de jamón, recibió a la camarera que se acercó con el café con una sonrisa. Sanjuán se la

devolvió, agradecido, y empezó a comer con parsimonia, saboreando primero un delicioso zumo de naranja que previamente se había servido en una de las mesas que había al principio del comedor. Mientras desayunaba, meditó cuánto tiempo le llevaría llegar andando hasta la comisaría de Lonzas, donde una hora y media más tarde tendría lugar la reunión del operativo Cisne Negro, a la que había sido invitado. Le iría bien ese paseo matutino para despejar la cabeza. Luego le pediría un mapa a la recepcionista. Seguro que no estaba demasiado lejos...

Al iniciar con paso ágil el paseo

hacia Lonzas, después de que la recepcionista lo hubiese mirado con asombro al afirmar que quería ir a la comisaría andando («le va a llevar bastante más de media hora, eso seguro»), le había dicho), agradeció la sensación agradable de desentumecer sus músculos, así como una ligera brisa que se había levantado en la playa del Orzán. Se había acostado tarde. Después de su entrevista con Lúa Castro sus ideas se hicieron más firmes y pasó varias horas redactando las notas sobre el perfil que iba a plantear al equipo de investigación. Era consciente de que Valentina Negro tenía mucho interés en

investigar la conexión Delgado-Lidia-Mendiluce, y no se lo podía reprochar. Mendiluce le pareció, para decirlo brevemente, un exquisito degenerado. Ese hombre no tendría reparo alguno en cometer todo tipo de salvajadas con chicas jóvenes, no con niñas pequeñas, porque estaba claro que le gustaba el sexo adulto, a juzgar por el modo en que había mirado a la inspectora durante el encuentro del día anterior. Lidia era una chica joven, pero mujer al fin, y se incluía perfectamente dentro de sus apetencias, de eso no le cabía ninguna duda. Sin embargo —continuó reflexionando Sanjuán mientras

caminaba—, ¿era un asesino? ¿Necesitaba matar para traspasar los límites ordinarios del placer sexual? No lo creía, aunque sí creía firmemente que podría matar —u ordenar hacerlo— si se trataba de proteger sus negocios o si había que tomar cumplida venganza de alguien que le hubiera ofendido gravemente. En tal caso, ¿era Lidia conocedora de algún secreto negocio del mecenas, que le costó la vida? ¿Fue Delgado el ejecutor de esa terrible decisión? Sanjuán caminaba y a cada rato miraba el plano, intentando no perderse en el laberinto de calles que conformaban aquella ciudad tan caótica.

El mar estaba por todas partes: La Coruña era una península y los primeros días moverse por ella resultaba bastante complicado, hasta que uno se hacía con referencias que ayudaban a la orientación. Cuando se ubicó, continuó caminando. El buen tiempo ayudaba a que aquel paseo fuese realmente esclarecedor. Volvió a sumergirse en sus pensamientos. También había otra posibilidad: que Delgado se hubiera metido él solito en un lío, a espaldas de Mendiluce, y que luego no hubiera sabido salir de él sin causar la muerte de la chica... Sí, eso era posible... «¡Pero no! —se rebatió a sí mismo—.

¿Por qué entonces crear un escenario homicida tan elaborado, nada menos que un cuadro inglés del siglo XIX, que costaba un trabajo infinito reproducir y que supuso una grave exposición por la que podría haber sido capturado? No tiene sentido...».

Sanjuán pensaba que el homicida de Patricia Janz y el responsable de la muerte de Lidia eran la misma persona. Una jugada arriesgada, sin duda, porque suponía sacar la investigación de los confines de La Coruña y emprender una complicada labor de colaboración con la policía británica, pero no veía alternativa a esa penosa consecuencia.

Así pues, entre sentimientos encontrados de excitación por la caza al asesino y pesadumbre por el trabajo que se avecinaba, llegó a la conclusión de que se había perdido. Miró a su alrededor. Estaba en una pequeña plaza totalmente vallada por las obras. Estaba perplejo. Podía jurar que había seguido el plano, justo por donde la recepcionista le había indicado, a la perfección. Cuando vio a una señora mayor, muy tempranera, paseando a su yorkshire, le preguntó el camino a la comisaría. Ella le indicó como pudo por dónde tenía que seguir, y cuando se despidió, le dijo con una voz llena de retranca:

—Ay, filliño. Te quedan aún veinte minutos largos... yo que tú me tomaría un café por el camino...

Cuando al fin vio los muros que rodeaban el gran edificio de Lonzas emitió un largo suspiro de alivio. Miró su reloj: llegaba justo a tiempo. Después de identificarse en la entrada fue acompañado al interior, donde iba a tener lugar la reunión del operativo Cisne Negro. La mañana del sábado daba un aire tranquilo al lugar, pero él sabía que en las horas siguientes iban a tomarse decisiones que marcarían el camino de la investigación de modo definitivo.

Cuando entró Sanjuán ya estaban presentes Valentina, el inspector Carlos Larrosa, los subinspectores Bodelón y Velasco y los dos policías, López y Garcés, además de una de las auxiliares administrativos en plantilla, Verónica, que estaba ahí para tomar notas, por petición expresa de Iturriaga. López, un salmantino moreno, de treinta y seis años, espigado, no disimulaba nada su interés por la joven, quien al fin había decidido tomarse con buen humor trabajar en sábado, una vez que había hecho el esfuerzo de levantarse

temprano.

Valentina estaba cansada. Al igual que el criminólogo, ella también había dormido muy poco, pero por diferentes razones. Para la inspectora su familia era *su* responsabilidad, y el episodio de la noche de ayer la había preocupado de modo extraordinario. Su hermano salía con una *scort*, eso ya era un problema suficientemente grave, pero que, además de ser puta y de las caras trabajara o se relacionara con Delgado superaba su imaginación. ¿Cómo iba a poder manejar eso? Ella pensaba que Delgado *podía ser* el asesino de Lidia... ¡y resultaba que su hermano se había

convertido en su enemigo, saliendo con la que sin duda era una de *sus* chicas y destrozando la fiesta que había organizado! Valentina sabía por experiencia que los tipos de la calaña de Delgado no olvidaban fácilmente las ofensas, y eso incluía, sin lugar a dudas, que le jodieran sus negocios o le hicieran ser el hazmerreír de los colegas de profesión. Y eso era exactamente lo que había logrado Freddy al protagonizar esa ridícula escena de amor, «salvando» a la joven *stripper* de las garras de los viciosos del club. Y además, rompiéndole la nariz al hijo del cirujano aquel tan prepotente... Se había

cargado una fiesta de gente de mucha pasta de la ciudad, y la reputación de Delgado en esos momentos estaba en el sótano. Un sudor frío mojó la espalda de Valentina, y pensó que su primer caso verdaderamente importante, el que sin duda iba a marcar su futuro profesional, no podía complicarse más. No obstante, ella era una mujer acostumbrada a sacar coraje ante las situaciones más adversas, y sintió el agradable efecto de la adrenalina cuando pensó, con una determinación que endureció solo por un instante sus ojos de gacela, que si Delgado quería guerra ella se la daría con creces.

Así pues, cuando se acercó al criminólogo fue capaz de sonreír ligeramente, con naturalidad, como si no hubiese pasado nada, y en un instante rogó que el maquillaje que se había aplicado esa mañana sirviera para disimular, aunque fuera un poco, su cansancio, porque siempre que veía a Sanjuán deseaba, por puro instinto, resultarle atractiva. Valentina se había puesto esa mañana un polo ajustado de Ralph Lauren de color rojo y unos pantalones pitillo beige. Se molestó en vestir sandalias de tacón de tiras de cuero marrón claro, aunque nunca se sentía demasiado cómoda con los

tacones en el trabajo. Se dieron la mano de una manera muy profesional. Valentina evitó mirarlo demasiado fijamente. No quería que se le pudiesen notar allí sus debilidades, delante de todos sus compañeros de trabajo.

La inspectora presentó a Sanjuán al resto del equipo. Todos parecieron encantados de conocerlo. Garcés no se cortó en demostrar lo mucho que admiraba su trabajo: había leído todos sus libros y para él era un honor que participase en la investigación. En alguno de los otros, sin embargo, no era difícil percibir un cierto escepticismo acerca de lo que podía aportar

exactamente a la investigación. Larrosa saludó efusivamente al criminólogo, y a pesar de que le dijo que nunca había leído nada escrito por él, pues lo suyo era la calle, no los libros, estaba encantado de que pudiera colaborar con el equipo, pues su instinto, curtido con su larga experiencia, le había dejado bien claro que el crimen de Lidia iba a ser realmente un inmenso dolor de cabeza. Aliviado por no dirigir la investigación, admiraba a Valentina y pensaba que si hubiera dispuesto de la mitad de la energía y el entusiasmo que atesoraba la joven inspectora, no hubiera dicho que no. Pero estaba allí,

un sábado por la mañana, después de haber pasado unos días en Canarias, alejado de todo... Y no había sido un regreso fácil. Iturriaga le había llamado con un ruego: ¿podría pasarse el sábado y ponerles al día de lo que sabía acerca de su viejo conocido Mendiluce? ¡Joder! ¡El único nombre que no quería oír por nada del mundo, y ahí estaba de nuevo! Un tipo que se había reído en sus propias narices, que casi le había matado, que había tenido la sangre fría de matar a su esposa y posiblemente a su amante como quien se deshace de muebles viejos... Larrosa no podía evitar temblar cada vez que recordaba

todo el maldito asunto que había marcado su carrera, más por su propia conciencia que por sus efectos prácticos en su valoración como profesional, porque todos en la policía de La Coruña sabían que Mendiluce era un tipo con muchos tentáculos, y supieron comprender que Larrosa había tropezado con obstáculos que no pudo superar.

Iturriaga entró en la sala con aire descansado. La camisa *sport* de finísimas rayas rojas y blancas y los vaqueros le daban un aire muy *casual*, pero llevaba en el rostro el semblante serio de alguien que sabe la gravedad

del asunto que se lleva entre manos. Dijo un «buenos días» a todos y se dirigió de inmediato a donde estaba Sanjuán, le dio la mano y agradeció su colaboración con un entusiasmo que incluso a Valentina le pareció bastante real. Todos se sentaron cuando Iturriaga les rogó que lo hicieran. Él estaba en un extremo de la mesa ovalada de reuniones; en el otro extremo estaba Valentina. A la derecha de esta se sentó Sanjuán, y a su lado, Larrosa. A la izquierda de la inspectora estaban los dos subinspectores y los dos policías. Verónica tenía su portátil abierto y se había sentado entre medio de dos sillas

vacías, equidistante de Larrosa e Iturriaga, preparada para tomar nota de lo que se dijera en la reunión del operativo. El jefe tomó la palabra:

—Bien, es sábado y, obviamente, estamos aquí, así que gracias a todos por venir. Pero ya sabéis que no hay tiempo que perder. Ayer estuve reunido con García Moreno —miró a Sanjuán—, es el jefe superior de policía de Coruña —aclaró para él.

—Ya lo conozco. Es un gran amigo mío —contestó llanamente Sanjuán.

Iturriaga lo miró con asombro por un instante y continuó.

—Pues bien, Moreno está realmente

preocupado. Manuel Naveira lo llama a diario, y parece ser... —Iturriaga puso una clara mueca de disgusto—, que le ha dicho que si no obtenemos resultados pronto se va a encargarse él de contratar a gente que lo haga a su satisfacción. Y de ponernos verdes de cara a la prensa. Según el padre, no estamos haciendo nada. Por supuesto, no hace falta que os diga que lo último que necesitamos es a un montón de detectives privados y expolicías husmeando por ahí y revolviéndolo todo. Así están las cosas, señoras y señores. Le dije a Moreno que estábamos siguiendo varias pistas, pero que por desgracia en estos momentos no

teníamos nada sólido... Que solo habían pasado cinco días desde que se descubrió el cadáver de Lidia y que necesitábamos más tiempo. Bien —se interrumpió unos momentos y miró fijamente a Valentina—, él parece comprender la situación, como es lógico, pero me dijo que no sabía cuánto tiempo iba a poder contener al padre de la chica y que teníamos que mover el culo con rapidez... Así que terminamos la reunión más o menos bien, por decir algo... —Desvió la mirada, más distendida, al resto del equipo—. Pero dejó claro que el lunes había que ofrecer una rueda de prensa donde mostráramos

confianza y aseguráramos a la gente que el asesino de Lidia no iba a escapar de esa atrocidad. Al principio me mostré reacio. En realidad, quería algo más de tiempo, pero esta mañana me he dado cuenta de que no podemos ni debemos aplazarla más.

Iturriaga hizo una pausa dramática, fijando sus ojos negros en todos los asistentes.

—Supongo que aún no habrán leído *La Gaceta* de hoy, ¿no? —Los gestos de negativa de su equipo fueron unánimes—. Verónica, por favor, ¿quiere leer el artículo de Lúa Castro que avanza el especial de mañana?

La administrativa se aclaró la garganta, abrió el periódico y se dispuso a leer con una voz dulce que López encontró muy agradable, a pesar de la hora:

—«Lidia, asesinada por un psicópata culto»; «El asesino imitó un cuadro famoso en la escena del crimen». «El cuerpo de Lidia sirvió para recrear la escena de la muerte de Ofelia, del *Hamlet* de Shakespeare».

Todos miraron a Verónica con asombro y se removieron en sus asientos. Todos menos Sanjuán, que ya había leído la noticia en la web la noche anterior. Verónica continuó leyendo:

—«La policía no tiene ni la más mínima idea de quién puede ser el asesino de Lidia Naveira». Su padre, Manuel Naveira, dice textualmente: «Son todos una banda de ineptos incapaces de seguir una pista seria. Incluso han llegado a insinuar que mi hija podía formar parte de una red de prostitución».

Iturriaga los miró a todos con expresión adusta.

—Era inevitable que Lúa Castro se enterase de lo del cuadro más tarde o más temprano. Y ahora lo sabe toda la ciudad y si me apuran, todo el país va a estar pendiente de nosotros. El asesino

ha conseguido lo que quería: ser famoso. Las televisiones, los periódicos, las revistas, van a poner este crimen como noticia más destacada. Es morbo, puro morbo, carnaza para la opinión pública. Y más cerca del verano, que no hay nada que decir. Nos van a machacar, señores. Tenemos que espabilar o esto se va a convertir en un circo.

Todos entendieron la gravedad del asunto. Pero no se trataba solo de que toda la investigación se les fuera a ir de las manos. Había algo más, y fue Valentina la encargada de poner voz a esa idea, cuando Iturriaga, con un gesto, la invitó a que dirigiera la reunión.

—Bien, por encima de todo no tenemos que olvidar que una joven, casi una niña, fue asesinada de un modo brutal. Esa es la realidad que está detrás de todo esto, y es algo que tenemos que tener siempre presente. No pararemos hasta capturar a ese hombre, al Artista. Y cuanto más presionados estemos más debemos ceñirnos a un trabajo policial bien hecho. Así que vamos al grano —dijo de modo resuelto la inspectora—. Garcés, ¿qué tenemos sobre los delincuentes sexuales que has revisado?

—La verdad —Garcés parecía algo apesadumbrado—, no creo que esta línea nos lleve muy lejos. He revisado

el historial de los nueve delincuentes sexuales que están en libertad condicional o bien con condenas cumplidas de toda Galicia que tuvieran antecedentes por delitos de sexo y violencia. Uno de ellos se especializaba en mujeres mayores, y la violencia se limitaba a lesiones producidas por el forcejeo para dominar a las ancianas en el momento del ataque. Otros dos estaban ingresados en un hospital el fin de semana que desapareció Lidia, así que no pudieron participar en nada de esto. Dos más viven fuera de Galicia, y he comprobado sus coartadas: estaban lejos de aquí, como lo demuestra el

hecho de que estaban trabajando el viernes de la semana pasada, el día del secuestro. Al resto los he entrevistado: ninguno tiene antecedentes por agredir a una mujer menor de 20 años y, francamente, su conocimiento del arte dudo que supere las viñetas de los tebeos... Estoy seguro: ninguno de estos tiene nada que ver con el Artista.

—Gracias, Garcés. Era algo que todos suponíamos, pero había que comprobarlo. Como sabéis —miró a Bodelón—, el fragmento de chat que pudimos recuperar del ordenador de Lidia incluía parte de una conversación entre Lidia y Lobo Feroz, lo que nos dio

a entender que Lidia podía haber tenido algún tipo de relación con un hombre mayor. Después, las entrevistas a los vecinos, en particular a una mujer, dejaron claro que, en efecto, Lidia salía con un hombre mayor, apuesto, con el que tenía discusiones. Después de conversar con Morgado, el profesor experto en arte, supimos que Pedro Mendiluce, viejo conocido de esta casa —Valentina puso un acento irónico en esas palabras—, es un experto en arte del siglo XIX, época a la que pertenece la recreación que realizó el Artista. No solo esto: sabemos que Mendiluce es un «exquisito degenerado» —miró a

Sanjuán—, que disfruta particularmente haciendo el amor con muchachas muy jóvenes... y, esto es lo más importante, tiene un «secretario» encargado de reclutar chicas para fiestas privadas. Esas fiestas pueden ser legales o no serlo, según la edad de las chicas que participen y lo que se consuma en ellas, diría yo también. Algo más que cava y unos puros... Pero por mediación de Sonia, una becaria de Morgado que asistió a una de esas fiestas, tenemos claro que es muy fácil que en ellas tipos pudientes de aquí, podridos de dinero, tengan relaciones con jovencitas de la edad aproximada de Lidia... o más

jóvenes todavía.

—¿Está diciendo, inspectora, que Mendiluce podría estar detrás del crimen de Lidia? —preguntó Garcés, quien, inmerso en sus pesquisas con los delincuentes sexuales en los últimos días, estaba poco al tanto de las últimas ideas de Valentina.

—Lo que digo es que Mendiluce, a) es un hombre violento, como ahora Larrosa nos comentará, con experiencia en el manejo de negocios sucios; b) es un degenerado: le gusta el sexo perverso y violento con jovencitas; las fiestas que organiza no solo compran voluntades y silencios de los políticos, sino que le

procuran un gran placer, y c) es un experto en pintura inglesa del XIX. Sanjuán y yo fuimos a conocerlo ayer, y reconoció de inmediato el cuadro de *Ofelia* de Millais. Su casa parece un museo, y como sabéis, es un mecenas y marchante muy reconocido en el mundillo de las exposiciones y la compraventa de objetos de arte. Cuando interrogamos a Sebastián Delgado ayer, este negó toda relación con Lidia. Sin embargo —Valentina no pudo evitar mostrar una medio sonrisa de triunfo—, parece que este caballero nos ha engañado... ¿no es así, Bodelón?

—En efecto —contestó el

subinspector—. Con la foto de Delgado en la cartera, López y yo fuimos hablar con la familia, les preguntamos si habían visto alguna vez a ese tipo... Aquí pasaron momentos un poco complicados —su vista descendió un poco, porque sabía que no había manejado bien el asunto—, porque, en efecto, Manuel Naveira conocía a Delgado. Resulta que él también colecciona arte y había estado varias veces en casa de Mendiluce haciendo negocios, y claro está, conocía a Delgado, que es la mano derecha de Mendiluce. ¡Uf...! — Bodelón hizo un gesto expresivo con las manos mientras revivía lo que sin duda

fueron momentos difíciles—. Naveira se volvió loco cuando le sugerí que su hija podía haber salido a escondidas con Delgado... Cosa que entiendo. Naveira sabe que Delgado es un putero, alguien muy peligroso que no duda en seducir o comprar voluntades de jóvenes para nutrir su propio vicio y las fiestas de Mendiluce... Seguro que fue esto lo que luego averiguó Lúa Castro cuando preparó el reportaje: Naveira le diría que pensábamos que Lidia formaba parte de sus orgías, o que estaba en una red de prostitución, qué se yo, cualquier cosa...

—Tranquilo, Bodelón, no veo cómo

podía usted evitar que Naveira sacara sus conclusiones. Había que preguntar lo que usted preguntó, y punto —dijo Iturriaga, quien estaba ya harto de Manuel Naveira y sus salidas de tono, por mucho que comprendiera su irreparable pérdida y su dolor.

—Gracias, jefe —contestó, aliviado, Bodelón—. La cuestión es que tuvimos más suerte con la vecina a la que había interrogado la vez anterior: confirmó que ese hombre mayor al que había visto en compañía de Lidia, discutiendo con frecuencia, era Delgado. —Y se quedó muy atento, mirando el impacto de esto en sus compañeros que, a excepción de

Valentina, desconocían ese extremo.

—Gracias, Bodelón y López. Buen trabajo. Así pues, el esbirro de Mendiluce nos mintió —concluyó Valentina—. Por favor, Larrosa —se dirigió al viejo policía, que asistía expectante pero triste al desarrollo de la reunión—, ¿podía ilustrarnos qué relación tienen ambos y de qué modo la actuación de Delgado puede obedecer a planes concebidos por su patrono?

—Desde luego, inspectora. Como sabéis, Mendiluce mantuvo durante tres años una red de prostitución en La Coruña y otros lugares de la provincia. Mujeres del Este eran contratadas o

engañadas para ejercer la prostitución, todas muy jóvenes, entre los dieciséis y los veinte años: esta última es la edad límite por arriba. Sus familias contraían deudas allá en Rusia o Rumanía, y las chicas se veían obligadas a prostituirse en orgías que montaba en un viejo pazo, un lugar precioso que su familia tiene en Povel, Poio, al lado de la playa... y en otros lugares también. Aquello pudimos cerrarlo, aunque, como siempre, Mendiluce salió indemne, y solo se pudo acusar con éxito a un cómplice de la mafia marsellesa, el francés René Roland, que cumple pena de prisión. Por otra parte, durante la investigación de

esa red de prostitución averiguamos que su mujer había desaparecido, conjuntamente con un artista, Bello, que durante un tiempo fue protegido de Mendiluce. Bello se puso en contacto con nosotros y nos dijo que estaba viviendo en París y que la mujer de Mendiluce no estaba con él; pero ese último extremo nunca pudimos probarlo. Ya sabéis que pensamos que Mendiluce la mató; entre bromas y veras decimos que tiene el cuerpo enterrado en el jardín, pero probablemente hace tiempo que la pobre pasó a engordar los peces del Atlántico... En fin, contestando a su pregunta, inspectora: Delgado bien pudo

ser el ejecutor de su mujer. Se trata de un hombre implacable, un perro de Mendiluce, alguien a quien este sacó de un reformatorio cuando tenía dieciocho años y que durante los últimos veinte le ha profesado una fidelidad a prueba de todo. Delgado mataría por Mendiluce, no una vez, sino mil. Mendiluce le ha dado un poder y un estatus que este ladronzuelo ignorante no sabía siquiera que existían. Es un tipo cruel y sanguinario y, como Mendiluce, un degenerado. Sabéis que estoy convencido de que Delgado intentó matarme cuando vio que estaba acercándome demasiado a su jefe... —

su voz se entrecortó ligeramente—, pero no pude apresararlo. Algunas personas de la Xunta se pusieron nerviosas y empezaron a sonar ciertos teléfonos... en fin —su semblante mostraba el dolor de la derrota—, que tuvimos que cerrar en falso la investigación.

—Gracias, Larrosa —Valentina hablaba sin dudar, con precisión y rapidez, y Sanjuán no podía sino admirarla en secreto—. Así pues, Delgado es —la inspectora enumeraba con los dedos—, un asesino, un vicioso, alguien que probablemente salió con Lidia... Creo que esto nos lleva a algún sitio. —Se quedó un momento en

silencio—. Ahora bien, como vais a enteraros de todas formas, prefiero deciros yo algo que sucedió ayer — Valentina suspiró—. Mi hermano Freddy y Delgado tuvieron ayer una pelea en la discoteca Acuaris. Sé que suena increíble, pero es así. Por lo que se ve, Freddy, acertado como siempre, sale con una de las chicas de Delgado. —Sus compañeros la miraron con cara asombrada, entre la pena y un cierto jolgorio interior—. Es un problema personal, pero que queda al margen de todo. Lo digo porque no quiero que penséis que tengo algún interés privado en perseguir a Delgado. Ese interés

existía antes del episodio de ayer noche. Y habéis escuchado por qué es importante seguir esa línea de trabajo. Mis problemas con mi hermano los resolveré en mi casa.

Valentina esperó unos segundos, aguardando alguna pregunta o comentario de su equipo, pero nadie dijo nada; los gestos de una cierta risa soterrada habían cesado, todos comprendían, al fin, que la inspectora tenía que hacerse cargo de un adolescente difícil y de un padre minusválido.

—Inspectora —preguntó Garcés—, ¿por qué Mendiluce o Delgado tendrían

interés en matar a Lidia, una chica de una familia importante de aquí? — Valentina sabía que esa era, con mucho, la pregunta más difícil de contestar, pero no tenía nada mejor que decir por el momento que lo que contestó en voz alta:

—En realidad, no lo sabemos. La idea general es que Lidia pudo averiguar cosas que las otras chicas no averiguaron, o bien si las sabían, estaban dispuestas a olvidarlo por miedo o por interés. Cosas que Lidia sí estaba dispuesta a contar. Ahora bien — continuó Valentina, y Sanjuán se enderezó ligeramente en su asiento—,

esta no es la única vía de investigación que tenemos. Hay... otra hipótesis, que yo personalmente no descarto y que creo que debemos considerar con la misma seriedad que la vía Mendiluce. Sanjuán nos pondrá ahora en situación. Javier... —Miró Valentina a Sanjuán con un semblante muy serio, invitándolo a hablar con una inclinación de cabeza.

—Gracias, inspectora —contestó el criminólogo, al tiempo que ponía junto a él unas cuartillas con anotaciones—. En realidad yo también comprendo la importancia de investigar al mecenas y a su entorno. Sabemos ahora que Lidia estuvo en contacto con Delgado, y que

junto a este siempre está el sexo sucio y la violencia. Delgado parece un psicópata que, extrañamente, mantiene un vínculo de fidelidad a su amo —algo que, como sabéis, no suelen hacer los psicópatas, que solo se reconocen a sí mismos como personas a las que ser fieles—, y todos hemos escuchado a Larrosa decir que, en efecto, Delgado mataría sin dudar a Lidia, o a cualquiera, si a eso vamos, por Mendiluce. La cuestión es, sin embargo, que hay dos factores que complican esta posibilidad.

Sanjuán estaba satisfecho; como profesor, siempre le complacía que su

auditorio le prestara toda su atención, y en esos momentos los policías de la comisaría de Lonzas eran todo oídos. Así pues, continuó exponiendo sus ideas.

—El primer factor es el crimen de Whitby. —Los policías, salvo Iturriaga y Valentina, levantaron ostensiblemente las cejas, en señal de sorpresa—. Hace seis meses, una chica joven, Patricia Janz, de una edad similar a la de Lidia, resultó brutalmente violada, torturada y asesinada. La escena del crimen componía una recreación de una obra de arte, por así decirlo... Esta vez, un fragmento del libro de Bram Stoker,

Drácula. Supongo que todos ustedes lo conocen...

Sanjuán les comentó las semejanzas en el *modus operandi* de ambos crímenes. Que, en su opinión, no podía ser una casualidad que dos asesinatos que recrearan una obra de arte —una novela el primero, un cuadro el segundo — no tuvieran detrás a un mismo autor. Destacó también que las dos recreaciones pertenecían a un escenario inglés y que el cementerio de Highgate estaba implicado en ambas, ya que se trataba tanto del lugar en que Lucy Westenra apareció decapitada con la estaca en el corazón, razón, como del

cementerio en el que la modelo del cuadro de Millais, Elizabeth Siddal, fue enterrada.

—Pero lo más importante — continuó el criminólogo—, no es solo el modus operandi, sino la firma del Artista. Como saben, la firma del asesino refleja su mundo de fantasías, las necesidades que queman sus entrañas y que exigen hacerse realidad mediante el crimen y el control que esos actos proporcionan... Pues bien, aquí veo dos elementos esenciales de esa firma. Primero, el asesino goza de un sexo depravado, es un torturador, un sádico... Todos ustedes han leído la autopsia de

Lidia... —Los policías asintieron sin pestañear—. Esa joven fue violada de un modo salvaje y luego sometida a un ritual de violencia y dolor. El Artista quiso que sufriera, y su mundo enfermizo recibía savia nueva con cada minuto que pasaba. Estamos ante alguien que no siente nada con el sexo convencional; desde luego, si me preguntan si puede tener un orgasmo con una mujer, yo diría que sí; eso es algo que se consigue simplemente por pura estimulación. Pero si me preguntan si ese sexo significa algo para él, les diría, claramente, que no. La tortura y la muerte son ingredientes esenciales de su excitación

auténtica, y todo eso trasciende el sexo convencional.

—Sanjuán, ¿quiere decir entonces que estamos ante un tipo violento, alguien que puede tener antecedentes? —preguntó Iturriaga.

—No, no lo creo. Si estoy en lo cierto, el Artista tiene una enorme capacidad de control en su vida ordinaria... la meticulosidad con que ha preparado cada uno de los detalles del crimen lo prueba. Aunque dado el nivel de violencia en ambos asesinatos, no descartaría la existencia de algún crimen anterior... Pero igualmente enmascarado con su peculiar concepción del

asesinato. Si, como creo, es un asesino en serie, cierto es que podrían existir asesinatos anteriores sin resolver de los que él fuera el responsable, aunque quizá sin tanta elaboración.

—Es cierto —intervino Valentina—. Velasco ha procurado seguir los accesorios de la víctima en la escena del crimen de Lidia, y está claro que se tomó con mucha seriedad la labor de no dejar ninguna pista; solo él sabrá cuánto le costó escoger y encontrar cada pieza del vestido de Lidia, cada una de las flores... Ese tipo ha vivido ese crimen como una obsesión.

—Exacto —volvió a tomar el hilo

del discurso Sanjuán—. Y este es el segundo punto de su firma: la obsesión. Este hombre no es solo un artista, quiere ser El Artista, el hombre que demuestra que su idea de la creación sobrepasa los límites mediocres de una sociedad que no lo comprende y que nunca aceptaría su discurso de cómo construir ese arte... esta es, a mi modo de ver, la parte central de los dos crímenes: si la sociedad no valora su modo de entender el arte, él entonces les devolverá su desprecio creando obras «sublimes» mediante la muerte de algunos de los miembros de esa sociedad... Así pues, toda esa violencia y tortura reflejan dos

impulsos que nacen de lo más profundo del asesino: por una parte, su deseo sexual pervertido, que necesita de la tortura, del sadismo y del brutal horror psicológico que produce en sus víctimas; y por otra parte son la expresión de una venganza, del desprecio más absoluto a esa sociedad...

—Uf... —soltó un bufido Velasco —, ¡vaya tipo! ¿Y dónde tenemos que buscar a alguien así...? —preguntó.

—Déjenme primero que les cuente otra cosa. Tenemos cartas escritas por el Artista —los policías pusieron cara de asombro—. Creo que el asesino de

Patricia Janz escribió unas cartas amenazantes a una amiga de otro viejo conocido de ustedes... Jaime Anido.

Ahora la conmoción fue total. Sanjuán explicó la llamada de teléfono de Anido y su petición de que investigara los anónimos que había recibido Sue. Sanjuán los leyó y puso el énfasis en señalar la semejanza con las declaraciones de Pekka, el asesino múltiple finlandés que escribió «la humanidad está sobrevalorada...».

—En esos anónimos —continuó Sanjuán—, vemos que él desprecia y amenaza a los que yo entiendo que son, claramente, seguidores de prácticas

sadomasoquistas. Ayer tuve una entrevista con Lúa Castro, que parece ser que es la novia de Anido, al menos en La Coruña —dijo esto con una cierta sorna, que a Valentina no le pasó en absoluto desapercibida—. Me enseñó estas fotos que encontró en un cajón del despacho de Anido. —Sanjuán se las pasó a Valentina, que mostró con su cara de sorpresa que no sabía nada, y esta a su vez las cedió a su equipo—. Ahí pueden ver a Patricia Janz... Como ven, es una joven de extraña belleza... una mujer joven inmersa en el mundo oculto del sexo límite... Y el hombre al que ven en una de sus fotos es Anido.

—Pero Sanjuán... —preguntó

Velasco— ¿cómo es que amenaza a seguidores de prácticas sadomasoquistas si él mismo se dedica a torturar y matar...? ¿De qué va ese tío?

—Bien, es una práctica corriente en ciertos asesinos seriales: proyectan sobre sus víctimas sus propios demonios. El mensaje del crimen, la historia que nos cuenta el Artista con la muerte de Patricia Janz es: «todos vosotros sois basura, ignorantes que no comprendéis mi arte, mi genialidad... y entre todos, vosotros sois los peores, a pesar del dinero y de la apariencia de respetabilidad que tenéis... solo sois

degenerados, y yo os daré la versión real de vuestros juegos patéticos...».

—Bien, Sanjuán, pero ¿cómo encaja esto con el asesinato de Lidia? —preguntó, realmente fascinado, Iturriaga —. Lidia no tenía nada que ver con ese mundo... —Y diciendo eso fue disminuyendo el tono de su voz, como si empezara a dudarlo.

—Vamos, Sanjuán —protestó Bodelón—, no creerá de verdad que Lidia se dedicaba a esas cosas...

—Bueno, lo que hemos averiguado acerca de la relación entre Lidia y Delgado nos pone en otra perspectiva... ¿no les parece? Si el Artista no es

alguien del entorno de Mendiluce, no tendría por qué saber hasta qué punto Lidia coincidía o no con esas prácticas de sexo extremo. Simplemente podría haber visto a Lidia en ese entorno y haberla elegido como otra víctima receptora de su mensaje de ira y reconocimiento que pretende que todos comprendamos. Por otra parte, el origen de los vestidos de Lidia, según investigaron ustedes, es precisamente Inglaterra, ¿no es así? Este es un nuevo factor que vincula ambos crímenes.

—Pero, si es el mismo asesino, ¿cómo es que actúa en dos países...? ¿Por qué venir a España a matar...? —

preguntó Valentina—. Necesita un lugar en donde torturarlas y luego... lo que quiera que haga con el cuerpo...

—La verdad, no lo sé... La única idea que se me ocurre es que es alguien que tiene un vínculo con ambos lugares, Inglaterra y La Coruña. Es más... ¿por qué no pensar que es un español que vive en La Coruña y que en aquellos días de la muerte de Patricia Janz estaba en Inglaterra?

—Sí... digamos que es posible, Sanjuán. —Valentina estaba entonces en pleno examen policial de los hechos, buscando llegar hasta la última deducción lógica que pudiera extraer—.

Pero en tal caso tendría que haber conocido a Patricia Janz, no pudo tratarse solo de una excursión a Inglaterra para seleccionar una víctima y luego matarla y huir. Tú lo has dicho: planifica al detalle su crimen. Ese hombre debía de estar o haber estado mucho tiempo o muchas veces en Inglaterra, ¿no crees?

—En efecto —concluyó Sanjuán—. Esa es la razón por la que considero que es imprescindible ir a Inglaterra a investigar sobre el terreno.



La reunión terminó con debates

acalorados. Todos sabían que seguir la pista a un asesino en serie era complicar la investigación del crimen de Lidia de un modo extraordinario. En comparación, la vía de Mendiluce y Delgado parecía mucho más nítida, más familiar a lo que es el trabajo habitual de un homicidio. Pero el análisis que había presentado Sanjuán no podía, sencillamente, dejarse a un lado. Las víctimas eran muy parecidas en edad y belleza; en ambas había habido secuestro, violación, tortura y, finalmente, muerte. Ambas habían sido objeto de una *performance* —palabra que Sanjuán empleó en los debates que

siguieron a su exposición y que explicó a satisfacción de todos—, recreando obras de arte que, para colmo, concluyen con su heroína —Lucy Westenra y Elizabeth Siddal— en el mismo cementerio de Highgate. Y, lo más importante, según el criminólogo en ambos escenarios del crimen se podía apreciar la misma motivación esencial: la de mostrar a todos que él era el Artista por excelencia, por más que la sociedad solo le mostrara su desprecio e incomprensión. El crimen salvaje de sus manos le devolvía un poder insuperable, había comentado Sanjuán: por una parte se vengaba de la sociedad matando a

jóvenes que él consideraba falsamente virtuosas, pero que, en verdad, ramera mentirosas en su concepción; y por otra al matarlas y recrearlas en sus *performances*, las poseía como ningún otro asesino había hecho antes nunca: eran suyas del todo, porque él las había transformado en otras mujeres, en protagonistas del arte, de su arte. Él era su creador: después de violadas y asesinadas, él se había quedado con sus almas.

Así las cosas, Iturriaga aprobó el plan que Valentina expuso: ella y Sanjuán irían a Inglaterra dos o tres días, para investigar el crimen de

Patricia Janz junto a la policía de Whitby, que era la que llevaba el caso, tratando de encontrar una conexión con el asesinato de Lidia y de paso investigar el origen de aquel vestido que los traía de calle. Mientras tanto, Valentina interrogaría al día siguiente a Delgado, atornillándole; si había mentido, lo que a todas luces parecía que era así, iba a sudar tinta china para dar una buena razón. No iban a abandonar la vía de Mendiluce, aunque Valentina sabía que Delgado podría inventar cualquier excusa y que pillarle en una mentira estaba muy lejos de conectarle con el crimen, máxime a un

tipo tan experimentado en los bajos fondos como él.

Pero en esos momentos era todo lo que tenían. Garcés, López y Bodelón se ocuparían de seguir de manera discreta a Mendiluce y Delgado, y Velasco quedó como apoyo y contacto de Valentina en su viaje a Inglaterra, para lo que pudiera necesitar.

Iturriaga agradeció a Sanjuán su ayuda y le explicó que, desgraciadamente, la policía no podía hacerse cargo de sus gastos en el viaje a Londres.

—No se preocupe, nunca tuve tal esperanza... —contestó Sanjuán—. Para

mí es motivo de satisfacción ayudarlos, créame. —Y casi sin quererlo, miró de soslayo a Valentina, que estaba a su lado.

—Perfecto, Sanjuán. Mucha suerte, entonces —le dio la mano para despedirse y se quedó con Valentina en la sala de reuniones con el fin de redactar el contenido de la rueda de prensa que él iba a protagonizar el lunes, por deseo expreso del jefe superior García Moreno. Mientras tanto, Valentina y Sanjuán estarían ya en Londres. Antes de abandonar Lonzas, Valentina tendría que ocuparse de contactar con el inspector jefe Evans,

responsable de la investigación de Patricia Janz, y contarle su plan. Y también de buscar un vuelo desde La Coruña hasta el aeropuerto de Heathrow.

Sin embargo, antes de que acabara ese ajetreado sábado, Valentina pensó que le quedaba un acto social que le producía excitación y repugnancia a partes iguales: ir con Sanjuán a la fiesta de Mendiluce esa misma noche.

Capítulo 44. Doble ataque

Sábado, 12 de junio,
Londres, barrio de
Bloomsbury

A través de la fina piel de los párpados se podía ver el rapidísimo movimiento de los ojos. Sue alargó de forma casi instintiva la mano para tranquilizar a Anido en su sueño agitado, pero los dedos apenas tocaron la frente del fotógrafo. Estaba ardiendo. Jaime se había recuperado lo suficiente como para volver a Londres con ella en el

coche, pero al llegar a casa, se arrastró hacia la cama como pudo, se tomó un somnífero con un trago de whisky y se quedó profundamente dormido. De eso habían pasado ya doce horas... Sue esperaba con ansia la llegada de su médico particular. Aunque, la verdad, más que un médico, lo que necesitaba su amigo en aquel momento era mucho reposo y una buena sopa. Hasta el día siguiente no iba a estar la señora que hacía la comida y se encargaba de la casa... pero podía pedir comida china, por ejemplo. Sue no podía dejar de darle vueltas a la cabeza. Lo que había ocurrido en Garlinton Manor no tenía

explicación. Por lo menos, para ella. Sabía que Patricia Janz era la favorita de Jaime, pero lo que no podía entender era que su muerte le hubiese provocado un trauma tan grande, capaz de hacerle perder el control de aquella forma tan inesperada. Jaime era una persona sensible, era cierto. Pero durante la temporada que habían pasado juntos, jamás había dado ningún signo de debilidad o de trastorno, en ninguna de las sesiones a las que habían asistido. Sue no entendía qué estaba pasando. Estaba sumida en una total confusión. Desde la muerte de Patricia todo había cambiado, era como si una sombra

funesta se dedicara a intentar destruir todo lo que rodeaba a la hermandad. Fue hasta la cocina y puso el antiguo calentador de agua en el fuego para hacerse un té. Mientras esperaba a que el aparato pitase, cogió una lata de Earl grey del aparador y puso en una tetera tres cucharadas. Miró por el ventanuco de la cocina: estaba anocheciendo rápidamente. Los números romanos del gran reloj blanco y negro que estaba colgado de la pared indicaban ya las seis de la tarde. El doctor Williams tenía que estar al caer. Cuando el calentador anunció con su particular sonido que el agua estaba hirviendo, la

vertió con cuidado en la tetera y se sentó en la mesa de la cocina a esperar que la infusión estuviese lista. Estaba agotada. Preocupada. La fiesta habría salido perfecta si no hubiese sido por el percance de Jaime. Una cosa así podía costarles muy caro. Menos mal que la chica era de confianza, cualquier otra persona podía denunciarlos, hacer saltar las alarmas, provocar una investigación... no quería pensar en las consecuencias que un acto así podría tener para la hermandad.

El timbre sonó en el otro lado de la casa con fuerza. Gracias a Dios. En una hora tenía que ir a la tienda a cerrar la

caja. La dependienta, Moira, le había pedido permiso para salir antes y ella no había podido negarse. Tenía una cita importante con un novio nuevo. Moira nunca era capaz de conservar una relación durante más de un mes, así que esa cita la tenía totalmente loca.

Sue fue hacia la gran puerta blindada. El doctor Williams le sonrió a través de la mirilla. Era un hombre mayor, de más de sesenta y cinco años, médico de la familia de Sue desde hacía mucho tiempo. Una persona de confianza. Abrió la puerta y la abrazó con cariño.

—Hola, Sue. He venido en cuanto he

podido. Lo siento de veras. Llevo una tarde muy ocupada...

Sue lo llevó hasta la habitación de Jaime. Luego se acercó a la cama y agarró la mano que sobresalía entre las sábanas revueltas, acariciándola. Anido se movió con inquietud, hasta que ella le habló con voz queda para despertarlo. Cuando Anido abrió los ojos, vio ante él la cara descompuesta de Sue y detrás de ella, a un hombre mayor, grueso, en bata blanca, de aspecto venerable, que abría un maletín y sacaba un fonendo. Aquello le pareció casi tan irreal como los sucesos que su mente no quería recordar, los sucesos de Garlinton Manor.



«La pobrecita e ingenua Moira. Me esperará, pero yo no apareceré. Sé oler a una mujer desesperada a kilómetros. Un par de pintas en un *pub* y ya está dispuesta para quedar al día siguiente... otro día será, Moira, pero yo hoy tengo una cita más importante. Tu jefa es mucho más apetecible que tú... Tengo todo preparado para ella. Y para su amigo el fotógrafo. Los dos van a conformar una obra de arte genial. Serán los protagonistas de algo totalmente increíble... Claro que a su pesar, pero el arte es así, muchas veces injusto, como

la vida...».



Media hora después, Edward Williams se despedía de Sue en el portalón eduardiano del edificio. El viento agitó un poco su escaso pelo blanco, antes de que se pusiera la gorra verde de tela.

—Lo dicho. No creo que sea nada grave. El corazón está bien, y todo lo demás parece estar perfectamente. Sin duda las intensas emociones de estos días le han provocado un *shock* terrible y una bajada de defensas. Vigílalo unos días. Oblígale a tomar las pastillas que te he dado. Dale bien de comer. Yo creo

que si duerme y se alimenta, en pocos días estará como nuevo... Aunque si ves algún síntoma más, avísame de inmediato. Ya sabes, si le sube la fiebre, delira más... aunque a mí me pareció que estaba bastante presentable. Tiene un poco de fiebre, pero con tomar el antitérmico, listo.

—Gracias, Edward. —La voz traslucía un gran alivio y a la vez, agradecimiento—. Eres un cielo. ¿Cómo te pago la visita?

—No me debes absolutamente nada, Sue. Por favor... Un día de estos me invitas a cenar y así quedamos empatados...

—Gracias, de verdad. —Sue lo abrazó y le dio dos besos—. Te llamo pronto. De todos modos estaremos en contacto... Y ahora tengo que dejarte. Me tengo que ir a la tienda a cien por hora. En un rato se me va a ir la chica y alguien tiene que cerrar y hacer la caja.

—No olvides llamarme si ves algún cambio en tu amigo...

Jaime se había incorporado. Estaba tiritando a pesar del calor de la habitación. Sue corrió hacia él y lo abrigó con las mantas. Luego se sentó encima de la cama, a su lado.

—¿Cómo estás ahora? —La voz preocupada de Sue enterneció a Anido,

que se dejó hacer mansamente.

—Mejor, Sue. Bastante mejor. Me parece que hasta tengo un poco de hambre.

—Eso es fantástico. Escucha. Yo ahora tengo que ir a la tienda. Moira me ha pedido permiso para salir antes y voy a sustituirla. Pediré comida china antes de salir, si te apetece...

—Ahora que lo dices, me muero por la comida del chino de Covent Garden, preciosa. Pide rollitos y sopa de tiburón, por favor. Y costillas de cerdo.

—Y también pediré gambas con guindillas, no te preocupes.

Sue se incorporó para marcharse,

pero en ese momento Jaime la agarró del brazo con fuerza para que no se levantara de la cama. La miró con una expresión que la asustó.

—Sue, no te vayas aún. Tengo que decirte algo importante. Algo para lo que no tengo ninguna explicación. Cuando estaba en Garlinton... escucha, por favor. Vi algo muy raro. Yo... es que no sé cómo empezar a contarlo sin que me tomes por loco. Sue... había un cuadro muy extraño en el pasillo...

Sue le acarició la cara con ternura y se soltó de su mano.

—Cariño. Tranquilízate. En serio. Tengo que salir un momento a cerrar la

tienda y a hacer la caja. Luego hablamos del cuadro, durante la cena me cuentas lo que pasó allí. ¿De acuerdo? Me tengo que ir, tengo que hacerle el relevo a Moira... es urgente...

—De acuerdo. No tardes demasiado, por favor... —La voz gimiente de Anido hizo que Sue notara una punzada de dolor en el estómago.

Cerró el gran portalón con llave y se alejó con rapidez hacia el lugar en donde había aparcado el Jaguar. En el momento en el que el espectacular deportivo iniciaba la marcha, otro vehículo aparcado en la acera opuesta arrancó y la siguió de forma sigilosa, a

unos metros, muy lentamente. Pero Sue no fue consciente de ello. Continuó conduciendo hacia Monmouth Street de forma mecánica, absorta en sus pensamientos, en su mundo poblado de oscuras premoniciones. ¿Qué había querido decir Jaime con lo del cuadro? Era algo que no parecía tener mucho sentido. Seguro que eran alucinaciones. Producto de la fiebre, quizá.

Moira la esperaba en la tienda, retorciéndose las manos de nerviosismo. Sue sonrió al verla tan inquieta. Parecía mentira que una chica tan guapa tuviese problemas de autoestima, pero Moira los tenía, y por arrobos. Era hija de

afroamericano e irlandesa, y la mezcla había creado un físico espectacular, una chica no muy alta, pero de piel como el chocolate y grandes ojos verdes, que mucha gente creía producto de lentillas de colores. Sue la había elegido para atender al público porque era educada y culta y le daba al negocio un toque de exotismo que atraía a muchos clientes. El único problema que parecía tener Moira era su escaso acierto con los hombres, por eso Sue había aceptado sin problemas que saliera antes para ir a su cita con aquel nuevo príncipe azul.

—¿Cómo estoy? —Moira se separó para que su jefa pudiese contemplar el

atrevido modelito. Llevaba unos pantalones de piel negra ajustados, unas sandalias rosas de tacón de Sergio Rossi y un top de piel palabra de honor por el que asomaban sus abultados pechos.

—Estás guapísima, Moira, como siempre. Venga, vete ya. No hagas esperar al señor «comosellame».

—Se llama Joaquín, es español. Se dedica a invertir en bolsa o algo parecido...

—Pues eso, Joaquín. O como se diga. Cuidado con los españoles. — Sonrió con picardía—. Ya sabes la fama que tienen... Mañana me cuentas qué tal te fue. ¿Ok? Y ahora vete de una vez,

que vas a llegar tarde.

Sue se sentó delante de la mesa de escritorio que tenían en el medio de la gran tienda. Miró su reloj: faltaba solo un cuarto de hora para cerrar y dentro solo se encontraban tres clientes que pasaban el tiempo curioseando todos los estantes y armarios llenos de productos. Llamó al restaurante chino para hacer el pedido de la cena, solicitando que se lo llevaran más o menos a las ocho y media a su domicilio. Luego miró complacida el contenido de la caja registradora antigua: el día había sido muy productivo, por lo que pudo observar. Vio el listado de ventas. Se

habían vendido dos corsés de cuero de Kunza. Increíble. No se podía quejar... cada uno de los corsés costaba una pasta... claro que el diseño era perfecto, y estaban cosidos a mano... Una chica rubia de mirada traviesa se acercó con una regla de madera en la mano en la que se podía leer «*teach me a lesson*» para preguntar el precio. Sue sonrió, aquel tipo de cosas le resultaban fascinantes. Hasta la cría con aspecto más inocente escondía una posible compradora de sus perversos accesorios. La chica rubia fue su última cliente del día. Cuando salió con su bolsa negra de la tienda, la regla

perfectamente empaquetada, Sue colocó el cartel de «cerrado» y bajó la cortina de acero de la puerta por la mitad. Se dispuso a hacer la caja con rapidez, para ir cuanto antes junto a Jaime Anido. Además, empezaba a tener bastante apetito.

Un ruido muy sutil la puso en guardia. Un ruido leve, que creyó escuchar en la puerta de atrás, la que llevaba al almacén. Sue cerró inmediatamente la caja. Uno de sus mayores miedos era que alguien entrase a última hora con intención de atracar. Aunque aquella zona era una de las más seguras de todo Londres, nunca se sabía.

Rebuscó en uno de los cajones del escritorio una defensa eléctrica que guardaba siempre y cogió el spray de pimienta de dentro del bolso. Estuvo durante un rato expectante, pero no escuchó nada más. Volvió a abrir la caja y cogió el dinero de la recaudación. Una jornada muy provechosa: exactamente 1.256 libras y 6 peniques. Se repitió a sí misma el mantra «no tengo miedo a nada ni a nadie» que solía decirse de pequeña cuando la asaltaban los terrores nocturnos en su humilde casa del *county council* de Ealing Common. De pronto, escuchó otro ruido, esa vez más fuerte, detrás de la puerta. Sue se acercó con

cautela a la puerta y la abrió: la calle de atrás estaba desierta, salvo un vagabundo que rebuscaba en los contenedores y tiraba el contenido al suelo con gran estrépito. Suspiró aliviada. Entornó la puerta con sigilo. Se dio cuenta de que el corazón le latía a cien por hora. «Seré tonta. Parece mentira, por un simple sin techo me muero de miedo», se tranquilizó.

«Ahora, eso es, acércate... puta de lujo —pensó—, dentro de poco sentirás de verdad el auténtico horror, y no esos juegos donde te dedicas a fornicar como una cerda... Eso es... Un poco más... Ya casi te tengo... —Sus aletas de la

nariz se expandieron y dejó de respirar —. ¡Ahora!».

El ataque fue fulgurante. Por el rabillo del ojo, Sue vio que las cortinas de color púrpura de un probador se movían y algo oscuro y rápido salió de dentro. En un segundo, estaba sobre ella: la tiró al suelo. Sue escuchó un ruido seco al caer sobre su brazo. Al mismo tiempo, el atacante intentó ponerle una bolsa en la cabeza. Sue consiguió zafarse a pesar del terrible dolor que tenía en el hombro. «¡Joder! ¡Me ha roto un brazo!», pensó.

—¡Quieta, zorra, o te mato! —la voz siseó, amenazante. Sue se revolvía una y

otra vez, pateando con fuerza, pero el hombre se tiró encima y la inmovilizó con su peso. El dolor del brazo era cada vez más fuerte, pero ella no cesaba de moverse, hasta que él le retorció la muñeca con saña. Sue lanzó un grito de dolor que su atacante amortiguó colocando al fin la bolsa negra y apretando a la altura del cuello. Luego, algo golpeó la cabeza de Sue y la dejó semiinconsciente, incapaz de luchar ni un segundo más.

Ella sintió que la arrastraban por los pies. Intentó decir algo, pero sus labios se movían en un susurro imperceptible. El dolor en la cabeza la había dejado

totalmente embotada, ni siquiera notaba ya el brazo roto.

Su atacante la cogió en brazos y la elevó en el aire. Una especie de vértigo le provocó unas náuseas terribles, y Sue intentó luchar una vez más, debatiéndose inútilmente contra aquellas manos que la apresaban con una fuerza tremenda. Volvió a escuchar la voz que la mandaba callar con un tono todavía más amenazador y lleno de ira, y todo su cuerpo se estremeció de arriba abajo. Escuchó el seguro de las puertas de un coche abriéndose y notó cómo la depositaba con cuidado sobre una manta o algo similar. De pronto, sus pies

quedaron inmobilizados, y el dolor insoportable del hombro volvió cuando las manos agarraron sus muñecas y tiraron de ellas hacia atrás para sujetarlas con cinta de embalar.

En el medio de la atroz pesadilla, Sue escuchó un grito. Oyó una fuerte detonación, que resonó en las paredes de aquel callejón oscuro, y ruido de pasos y carreras. Empezó a golpear al aire con los pies atados y a moverse como una poseída, arrastrándose por la manta, y con la mano sana, hasta notar el vacío de nuevo. Cayó al suelo e intentó rápidamente quitarse la capucha que la mantenía en la más completa ignorancia

de lo que sucedía a su alrededor.

De repente, escuchó el ruido de un vehículo arrancar a toda velocidad y dos detonaciones más que la hicieron encogerse sobre sí misma en posición fetal. Luego siguió intentando arrancarse la capucha fuertemente apretada contra el cuello, hasta que escuchó una voz que la sobresaltó y la hizo gritar de miedo. Una mano la agarró y alguien la abrazó con mucho cuidado, a pesar de sus intentos desesperados para soltarse.

—Tranquila. —La voz era grave y con un marcado acento del norte—. Soy de la policía. Tranquila. Está usted a salvo. Por favor, no se mueva. Voy a

quitarle la capucha de la cabeza, cálmese. No tenga miedo.

«No es la misma voz —se dijo Sue, temblando convulsivamente, sin control—. No es la misma voz, gracias a Dios». Percibió que las manos empezaban a desatarle la cuerda de la bolsa con suavidad. Cuando pudo quitársela, ante su rostro desencajado aparecieron unos ojos azules de expresión inteligente que le infundieron calma al momento.

—Tranquila —repitió la voz, con mimo—. Soy el inspector Geraint Evans, de la policía de York. Cálmese. Está a salvo, no tema. ¿Cómo se

encuentra?

—Me duele mucho el brazo. —Sue recuperó su aplomo para contestar, una vez que su corazón había dejado de bombear sangre como si hubiera enloquecido—. Creo que me lo ha roto. Ese hombre estaba en la tienda... Me atacó. Ha estado a punto de... ¡Oh, Dios mío...! —Empezó a llorar desconsoladamente.

—Vamos, todo ha pasado ya... —Evans cogió con fuerza la mano del brazo sano y con sumo cuidado la ayudó a levantarse—. Voy a pedir ayuda. He cogido la matrícula de la furgoneta. Y una ambulancia para usted. Está

tiritando. Necesita cuidados médicos. Espere un segundo.

—Inspector Evans, o como se llame. —Sue recordó los anónimos con absoluto pavor y tembló como una hoja —. No quiero ir al hospital. Por favor, escúcheme bien. Tenemos que ir a mi casa. Ahora mismo. Jaime... ¿No me entiende? Puede estar en peligro.

Evans miró hacia su brazo con preocupación.

—¿Y su brazo? ¿Podrá aguantar el dolor? Hay que reducir la fractura cuanto antes. —El inspector jefe se quitó la chaqueta y se la puso por encima.

—¡A la mierda mi brazo, joder! Mi brazo puede esperar... ¿Dónde tiene el coche? Porque habrá traído coche, ¿no?

• • •

«Mierda. Joder. Mierda. Puta zorra. No puede ser... jodida zorra. ¿Cómo cojones ha podido...? ¿Y los disparos? ¿La policía? Joder, la policía aquí no lleva armas, o eso decían los muy cabrones».

Tocó el claxon con violencia, una anciana se había quedado parada en el medio de un paso de cebra y la sobresaltó. Vio a un par de transeúntes hacerle gestos de reproche, pero no

quiso devolverlos. Tenía prisa. Mucha prisa. El tiempo suficiente para cambiar las placas de matrícula falsas de la furgoneta y silenciar a su segundo objetivo. Aquel fotógrafo era muy peligroso; podía saber demasiadas cosas. Si quien había desbaratado su plan era un policía, y de eso no cabía duda, esos dos estaban siendo seguidos de alguna manera. Tenía que actuar con mucha rapidez antes de que le resultara imposible acercarse a él. Era un riesgo: podían tener vigilado también a Anido, pero no tenía más remedio que arriesgarse. Si era lo suficientemente astuto, no lo atraparían.

Miró por el retrovisor. Nada. Ni una sirena centelleante. Aún no lo habían descubierto. Menudos gilipollas. Ya estaba en Russell Square. Tenía que buscar un sitio en donde dejar la furgoneta y cambiar las placas sin llamar demasiado la atención.

Le jodía tener que dejar su *performance* para otro momento. Con lo perfecta que podía haber quedado. Lo importante, lo primordial, era acabar con testigos molestos que pudiesen complicarle las cosas. «Bien, la zorra de Sue se ha librado —pensó—, pero ahora su amiguito sabrá cómo trato yo a los degenerados».

Jaime se recostó en la cama y colocó las almohadas. Se encontraba mucho mejor después de dormir tantas horas seguidas, aunque el dolor sordo seguía martilleándole con fuerza en las sienes y continuaba notando las piernas muy débiles. Necesitaba beber y comer algo con urgencia. Menos mal que Sue había pedido comida china y faltaba poco para que saliera de la tienda. Se levantó, se puso las zapatillas con torpeza, un albornoz azul marino, y se dirigió a la cocina, a hacerse un té. Sacó la leche de la nevera y puso el calentador de agua.

Cuando sonó el timbre de la puerta, Anido estaba ya vertiendo el agua sobre la bolsita de PG. «La comida... ¡Qué pronto! —pensó extrañado—. Sue debe de estar ya a punto de llegar». En la pantalla del timbre vio en blanco y negro a un hombre con la cabeza tapada con una gorra de visera y unas bolsas en la mano. Le abrió la puerta del portalón desde arriba. Mientras subía el repartidor de comida china, Anido dejó la puerta abierta y fue hasta la habitación a buscar la cartera para pagar la cuenta. Cuando se dio la vuelta en el pasillo, vio que el hombre con visera había entrado y estaba apuntándole con

una pistola.

—¿Qué? ¿Quién cojones...? ¿Qué quieres? ¡No...!

Escuchó un estallido y notó un golpe seco, algo que ardía en su estómago y le hizo caer al suelo, retorciéndose de dolor casi al instante. Sintió la sangre pegajosa corriendo entre sus dedos. Otra explosión, mucho más cerca, y escuchó sus propios estertores al respirar. Después, le pareció caer por un pozo sin fondo hasta que la oscuridad nubló su mente y lo envolvió en una calidez extraña. Ya no le dolía nada... solo había una luz muy brillante a lo lejos que parecía llamarlo con su deliciosa

belleza...



Geraint Evans respiró profundamente por la nariz y aspiró el típico y molesto olor de hospital a desinfectante. En media hora, un intento de secuestro en pleno Covent Garden y un hombre herido de bala en Bloomsbury. Y ambos relacionados con el caso de Patricia Janz. Vio entrar a los de urgencias llevando con rapidez a un enfermo hacia los ascensores. Evans esperaba pacientemente a que terminasen de curarle el brazo a Sue Crompton. Gracias a Dios pudo intervenir justo a

tiempo. Pero lo peor fue cuando llegaron a la casa de ella y encontraron a su amigo inconsciente en el medio de un gran charco de sangre. Sue se puso histérica al ver al fotógrafo tirado en el pasillo. La ambulancia llegó justo a tiempo para poder estabilizarlo y evitar, al menos momentáneamente, que muriera. Evans miró con pesar su camisa recién estrenada de Hugo Boss manchada de sangre.

El hombre estaba muy grave. En realidad, los médicos le habían dicho que su vida pendía de un hilo. Con un tiro en el estómago y otro en el pecho casi a quemarropa, cuando llegaron las

asistencias para llevarlo al hospital ya había entrado en coma. Aquellos dos estaban ocultando algo: desde que Anido subió a Whitby a hablar con él, le había dado el pálpito de que aquel español podía ser un vínculo hacia la resolución del caso que se le resistía desde las pasadas navidades. Olfato policial puro y duro. Por eso les había puesto un dispositivo de seguimiento. Un dispositivo un tanto escueto, solo él y un sargento que le prestaron los de la policía de Londres. Hubiesen sido necesarios dos policías más... Pero sirvió de algo: por lo menos pudo salvarle la vida a la mujer. Los días

anteriores notó que no solo los estaba vigilando la policía... había alguien más, alguien que no era precisamente de las fuerzas del orden. Eso le había alertado. Pero no lo suficiente.

Al cabo de un rato, un enfermero llevó a Sue en una silla de ruedas. Evans observó que ya tenía el brazo inmovilizado, y también que lo miraba desde la silla de ruedas con los ojos verde esmeralda aún totalmente vidriosos de temor. No pudo por menos de pensar que Sue era toda una belleza, a pesar de la palidez enfermiza que había adquirido su rostro.

—¿Cómo está? ¿Mejor ahora? ¿Más

tranquila?

—Sí, un poco mejor. Me han dado algo para calmar el dolor del brazo. Y me he tomado un tranquilizante. Tengo roto el húmero, pero bueno. Podía haber sido peor. Gracias a usted. No sé cómo lo hizo, pero entró en el momento más oportuno... —Sue trató de reprimir unas lágrimas que asomaban sin freno—. Ahora quien me preocupa es Jaime... Hay que avisar a su familia en España... —Evans asintió en silencio.

—¿Quiere un café o un té de la máquina?

—Un té me vendría bien. Gracias.

Evans fue hacia la zona de máquinas

que había al final del pasillo a buscar dos té con leche. Se daba cuenta de que no era el momento de hablar con aquella chica. Pero no podía tardar mucho más. «Tiempo que pasa, verdad que huye» — volvió a recordarse—. Al día siguiente por la mañana, cuando estuviera más calmada, tendría que interrogarla a fondo. Allí había mucha miga por descubrir. Quería saber qué había pasado en aquella mansión. Mucho dinero y seguro que mucho vicio... solo con ver los coches que habían entrado después del de Anido... hasta un Rolls Phantom Coupé. No había muchos Rolls Phantom como aquel, así que Evans

había podido averiguar sin demasiada dificultad que dentro de aquella casa había estado un famoso cantante de rock inglés, bastante mayor ya, el pobre... Cogió los dos té y se acercó de nuevo a Sue. Antes de llevarla de nuevo a su casa, llamó a un colega de la Policía Metropolitana. Tenían que ponerle inmediatamente un guardia en la puerta de casa a aquella mujer día y noche. Si no, su vida correría serio peligro. Y estaba seguro de que Sue tendría algo que decir, algo que podría ser crucial en la investigación del asesinato de Patricia Janz.

Capítulo 45. Fiesta en la mansión de Mendiluce

Pedro Mendiluce observó, pensativo, el anillo de su Cohiba mientras las volutas de humo espeso subían hacia la gigantesca lámpara de techo en forma de medusa que había hecho llevar especialmente de Murano. A su alrededor, el enorme almacén de la planta baja del pazo que habían habilitado como sala de exposiciones bullía de actividad: la orquesta de cámara estaba situada al fondo, en una pequeña tarima de madera, y ya se podía

escuchar al oboe dando el tono de afinación y el sonido caótico de los demás instrumentos ensayando escalas y frases musicales. Chefs y camareros completamente vestidos de negro con mandiles immaculados preparaban las mesas que mostraban especialidades culinarias de todo tipo. Había desde un hombre dedicado exclusivamente a servir sushi recién hecho hasta una mesa con todo tipo de pan artesano y quesos importados de Francia e Italia. Los camareros colocaban grandes velas aromáticas y bouquets de flores naturales. Mendiluce quería que aquella fiesta fuese un regalo para los sentidos.

Iba a acudir desde Ginebra un posible comprador de toda la serie de cuadros del pintor Manel Quintela, un negocio redondo que podía aportarle la friolera de 700.000 euros por unos cuadros que él consideraba absolutamente lamentables. Y de paso mostrarles a los de la pasma que aquellas fiestas que solía organizar no tenían nada fuera de lo corriente, o ilegal. Conocía a la perfección la mente humana: un poco de champán rosado y unos canapés originales ofrecidos por camareras y camareros exquisitos, y en poco tiempo todos cambiaban los esquemas por otros más edulcorados. Quería que todos

vieran a Mendiluce como benefactor del arte en la ciudad, como mecenas, como un hombre generoso y afortunado que no dudaba en ofrecer lo mejor de su casa y su fortuna para hacer feliz a la gente. Nada de chicas jóvenes ni vicios secretos. Allí todo iba a estar a la vista de todos. Política de puertas abiertas para que la inspectora Valentina Negro y su amigo metomentodo fuesen conscientes de que él era un hombre serio, cabal, concentrado en sus negocios y apasionado de la pintura. Valentina Negro... se había tomado alguna molestia para averiguar el pasado de aquella chica de aspecto tan

obstinado. Lo de Vigo, por ejemplo. Aquello había estado bien, muy bien. Una inspectora agredida por un violador hasta el punto de haber estado de baja y en terapia psiquiátrica... Aquello le daba unos matices deliciosos a la extraña belleza de la inspectora Negro. Disfrutó mucho cuando pudo ponerse en contacto con el Charlatán. Aunque después de la conversación, casi tuvo que tomarse una aspirina por el dolor de cabeza... menudo personaje peculiar... Estaba estudiando tercero de derecho en la cárcel. Era lo que tenía la reinserción: había que facilitar la vuelta a la calle de los delincuentes

arrepentidos. Aunque, la verdad, no le dio la impresión de que Antonio Rodríguez Fuentes, alias el Charlatán, estuviese muy arrepentido...

Volvió a chupar el Cohiba con deleite al pensar en el Charlatán y recrearse en lo que le había contado. Miró a su alrededor: todo parecía en orden. Solo faltaba media hora para que empezase la inauguración y quería que todo fuese perfecto, engrasado como el carillón de una iglesia suiza. Cuando vio a Sebastián Delgado discutiendo a gritos con uno de los encargados del catering, Mendiluce frunció el ceño. Se le estaba atragantando el puro. Aquel hombre era

un esbirro fiel, sin duda, pero llevaba una temporada totalmente desfasado. Le perdían las faldas, y encima no sabía contenerse. Iba de marrón en marrón. Primero lo de Lidia Naveira. Luego, lo del hermanito mimado de la inspectora, Freddy Negro. Aunque eso no era culpa de Delgado, sino de la imbécil de la rusa de los huevos. En cuanto saliera del hospital iba a leerle la cartilla personalmente a aquella zorrita. ¿A quién se le ocurría echarse de novio al hermano de una inspectora de policía? Por otra parte, Delgado no podía ni debía estar en la fiesta. No quería que la Negro se encontrase con él. En todo

caso, quería disfrutar en su plenitud esa noche, así que alejó de su mente cualquier idea negativa y se dispuso a atender a sus invitados.



Valentina se miró al espejo. Tenía que reconocerlo, era espectacular. Había dudado mucho a la hora de ponerse aquel vestido. Era de su madre: lo había comprado hacía años en Madrid, en el barrio de Salamanca, para acudir a un cóctel. Fue indecentemente caro. Pero su padre había insistido, porque estaba preciosa con él. Solo se lo puso un par de veces antes de... Suspiró frente a la

puerta del armario y se armó de valor. Sí. Llevaría el vestido. Aunque fuera demasiado sexy y para nada su estilo habitual, mucho más sobrio. No estaba acostumbrada a vestir de un modo tan atrevido, y todavía menos a utilizar las armas femeninas en su beneficio. Prefería con mucho usar su pistola HK USP Compact. Pero aquella noche era especial. Quería que Mendiluce le prestase mucha atención. No le habían pasado desapercibidas las miradas que le lanzaba el día anterior mientras hablaban. Se la comía con los ojos. Quería observar cómo reaccionaba...

Sin embargo, por mucho que

quisiera mentirse a sí misma, lo que Valentina quería en realidad era que el criminólogo la viese tal y como se estaba viendo ella en el reflejo: el cabello negro recogido en una cola de caballo alta, que caía hasta media espalda; un vestido negro de raso por debajo de la rodilla, con un profundo escote en uve, la espalda totalmente descubierta. Sandalias de tacón plateadas. Un mini bolso de terciopelo para las llaves y la cartera. Por si hacía frío al salir, un echarpe de color rojo con bordados en hilo de color plata. Las uñas pintadas de escarlata. La piel pálida, sutilmente maquillada: solo con

un poco de colorete sobre los altos pómulos de tártara, el eye liner negro cruzando los párpados, y los labios de color rojo sangre. Desde luego, era verano y parecía un verdadero vampiro, tan blanca... Ojalá tuviera más tiempo para ir a la playa... Casi hacía dos años que no la pisaba. Entre la rehabilitación de su padre y los continuos problemas que daba su hermano habían pasado dos años horrorosos. Se fijó en cómo las venas azules entreveraban sus muñecas delicadas de una forma casi fantasmal. Tenía que haber ido al solárium... pero, ¿cuándo? Sumergida en aquel caso, no podría tener vida propia hasta que la

muerte de Lidia Naveira tuviese un culpable metido en la cárcel. Volvió a mirarse, y se dio cuenta de que la figura que le devolvía la mirada en el azogue con los ojos brillantes no era ella misma en realidad. Era un alter ego muy bello, otra mujer de un mundo distinto al que nunca pertenecería. Valentina, de repente, se consideró demasiado elegante para ir a una simple inauguración, pero era demasiado tarde para cambiar su *look*. Miró su pequeño reloj: eran ya las nueve y aún tenía que ir a buscar a Sanjuán al hotel. Agradeció que su padre hubiese salido a tomar unas cañas con sus amigos, no quería por

nada del mundo que la viera con el vestido de su madre. Seguro que se ponía a llorar. Siempre decía que él no tuvo mucho que ver en la concepción de Valentina, ya que ambas eran como dos gotas de agua. Ella nunca le creía. Su madre había sido muchísimo más hermosa que ella.

• • •

Sanjuán esperaba en la puerta del Hotel Meliá la llegada de Valentina fumando un Winston. Había tenido que ir por la tarde a comprar un traje decente para la fiesta: el que tenía no le convencía en absoluto para el evento. Así que se hizo

con una chaqueta y un pantalón gris marengo con finas rayas de un gris más claro, de Hugo Boss, todo muy *british* y muy *cool*, según el vendedor; una camisa rosa palo y una corbata de seda de color rosa cruzada de gruesas rayas gris perla. Por lo menos se había llevado de Valencia los zapatos negros de cordones de Paul Smith...

Estaba dándole la última calada al cigarro cuando le pitaron desde un Citroën C3 de color azul. La cabeza de Valentina apareció, sonriente, al bajar la ventanilla. A Sanjuán le costó reconocerla con la tirante coleta y el maquillaje. Nunca se había imaginado a

Valentina con un vehículo tan desenfadado: la hacía con una berlina seria, de color oscuro. Pero allí estaba, casi irreconocible, tan atractiva que se le cortó el habla.

Ella lo miró con aprobación.

—Estás muy bien con ese traje, Sanjuán. Me gusta el gris. Te queda fantásticamente. Además te da un aire muy serio, muy doctoral... —Le hizo un gesto con la barbilla, indicando la puerta—. ¡Venga! ¡No te quedes ahí parado, Javier! Sube ya, o llegaremos tarde.

Sanjuán subió al coche intentando no mirar al escote de Valentina, que se

ofrecía a su vista con tenue palidez. Ella, a diferencia de otros días, le sonreía de forma abierta y encantadora. Parecía muy contenta. Arrancó el Citroën a trompicones, acelerando de repente y frenando después con rudeza. El coche se caló.

—Perdona. —La sonrisa rutilante volvió a aflorar de nuevo, desarmando ya por completo a Sanjuán, que no sabía si sentir más miedo de aquella sonrisa o del infierno sobre ruedas que le esperaba hasta llegar a la casa de Mendiluce—. No estoy acostumbrada a conducir con unos tacones tan altos. De verdad, es un rollo. No te lo puedes

imaginar. Por eso prefiero mil veces ir en moto... Lo bueno de los coches es que se puede escuchar música. Por cierto... ¿Te gusta la ópera?

• • •

Lúa Castro aparcó su Toyota en Mera y decidió subir la cuesta que llevaba a la mansión de Mendiluce andando. Seguro que arriba ya no había sitio, y hacía una tarde preciosa para caminar. La puesta de sol anaranjada acentuaba las líneas del *skyline* de la ciudad a lo lejos. La marea estaba bajando, y las olas lamían la orilla con placidez. Aún había gente paseando por la playa a aquella hora.

Sintió la brisa acariciar sus hombros desnudos y se puso por encima del top palabra de honor dorado la fina chaqueta. Eran las nueve y media: esperaba que el becario llegase a tiempo del otro encargo fotográfico que le habían pedido. Así podría hacer las fotos y largarse. Y ella procuraría quedarse un rato más. Tener acceso a la mansión de Pedro Mendiluce en una fiesta en la que se esperaba la asistencia de más de cien personas era un regalo de los dioses. No tenía precio. ¿Carrasco quería información de primera mano? Pues iba a tenerla.



Raquel Conde hizo un mohín de desagrado delante de la mesa temática del sushi. El japonés le devolvió la mirada de asco con otra mirada enigmática y gatuna que la hizo escapar de allí. Odiaba el pescado sin cocinar. Y odiaba todavía más la salsa de soja y el jengibre que acompañaban a aquel plato que le sabía a algas crudas. Se acercó a la mesa del jamón serrano cinco jotas. Buscó con la mirada la presencia de Sebastián Delgado, pero no fue capaz de detectarlo en el enorme salón lleno de camareros. Una mano le agarró el

hombro con suavidad, desde atrás.

—Estás preciosa con ese minivestido rojo, Raquel. ¿Carolina Herrera?

—Efectivamente, Pedro. Carolina Herrera. —Raquel se dio la vuelta y besó en las mejillas a Mendiluce, detectando el dulce aroma de Antaeus mezclado con el fuerte olor del puro—. Y tú, como siempre, de Dolce & Gabbana... me encanta cómo te queda ese traje blanco de rayas diplomáticas con la corbata amarilla. ¿De dónde la has sacado? Es nueva, ¿no? Por cierto... ¿Qué tal va todo? ¿Preparado para el gran acontecimiento artístico del año?

Solo faltan cinco minutos... ¿no estás nervioso?

—Todo preparado y bajo control. Todo, sí... menos tu amigo Delgado.

—¿Qué le pasa ahora a Sebastián?
—Raquel cogió del brazo a su anfitrión con familiaridad, mientras lo incitaba a pasear alrededor de las mesas llenas de viandas.

—¿No lo sabes? —Mendiluce la miró con sus enormes ojos claros echando chispas—. ¿Cómo no vas a saberlo? Si lo has sacado esta mañana de los calabozos...

—Eso sí. Que ayer le pegó una paliza a un niño, no es nada nuevo.

—El niño es el hermanito mimado de la inspectora Valentina Negro.

—No lo sabía... —Raquel no estaba acostumbrada a que la policía fuese un tema demasiado importante en las conversaciones laborales. Aquello era nuevo—. ¿Y qué problema hay con esa inspectora?

—Precisamente la inspectora Valentina Negro vino ayer por la mañana con tu ex preguntando por Delgado y su relación con Lidia Naveira. — Mendiluce torció la sonrisa y esperó a ver el efecto que producían aquellas palabras en su abogada—. ¿Qué te parece?

—¿Mi ex? —Los ojos se abrieron una cuarta con sinceridad bien estudiada —. No sé a cuál de ellos te refieres... gracias a Dios tengo muchos «ex», Pedro...

—No disimules. Tu exmarido Javier Sanjuán. El «azote» de los criminales. Por lo que se ve, está ayudando a la policía con el caso de esa chica asesinada. Tampoco me extraña: la tal Valentina es una mujer impresionante. Yo mismo me ofrecería a ayudarla en todo lo que ella quisiera... sin dudarlo un segundo. —Y al decir esto su lengua salió ligeramente de sus labios, lamiéndolos.

A través de la capa de maquillaje, Mendiluce vio cambiar el color de la cara de Raquel Conde. Primero más pálida, luego colorada como un fruto maduro.

—¿Te refieres a Javier? —La comisura del labio de Mendiluce se curvó con complacencia, lo que no pasó desapercibido a Raquel—. Sí, ya sé que está en Coruña. Lo vi el otro día... no tenía ni idea de que estuviese colaborando con nadie, la verdad. Pero... No entiendo nada. ¿Qué tiene que ver Sebastián en este asunto?

—Le están buscando las cosquillas, querida. Y a mí de paso, claro. Ya sabes

que soy una presa codiciada desde hace tiempo. Se han enterado, a saber cómo, de que Delgado estuvo saliendo con ella por ahí durante un par de meses.

—¿Sebastián con Lidia Naveira? — La sorpresa quebró ligeramente la voz de Raquel—. No. Estás de broma. A Sebastián no le suelen gustar ese tipo de crías. Perdona que te diga, pero Lidia era más «tu estilo», por decirlo así.

Mendiluce obvió la pulla con elegancia.

—Sí, querida mía... con Lidia Naveira. No le suelen gustar ese tipo de crías hasta que le gustan. —Mendiluce puso cara de hastío antes de continuar.

Aquel tema le desagradaba hasta el infinito—. Lidia estuvo aquí varias veces, como invitada. En las fiestas, ya sabes. Que hayan encontrado una conexión con Sebastián es un marrón suficiente como para tener a la inspectora y sus devotos acólitos metiendo sus morros de sabueso todo el día en esta casa. Por cierto... Tengo algo que te va a gustar. Los he invitado. Una jugada maestra, o eso creo. A tu ex y a su amiguita la policía. Un hombre muy interesante, tu Javier... ¿Cuánto duró el matrimonio? ¿Un par de años? —Mendiluce chasqueó la lengua y sonrió—. Hiciste mal negocio dejándolo

para casarte con Manolo... visto lo visto, claro...

Raquel se encogió de hombros. No le gustaba que le recordasen el pasado. Le evocaba malos recuerdos. Recuerdos de cuando era una don nadie, ingenua y pobre como una rata.

—La pasión no dura para siempre, Pedro. Ya lo sabes. Lo sabes tú mejor que nadie... —Enarcó una ceja y miró a Pedro Mendiluce con curiosidad—. Así que los has invitado... ¿Cómo dijiste que era esa inspectora? Me refiero a su físico, claro... —Mendiluce sonrió con satisfacción íntima, porque él se sentía feliz manipulando tanto las voluntades

como los sentimientos de quienes le servían.



—Me encanta la galería. Es una pasada. Fíjate en la lámpara en forma de medusa... eso tiene que haber costado un pastón. —Jordi, el becario, apuntó el objetivo de su Canon hacia el techo de cemento con las vigas de madera y las tuberías de plástico al aire, intentando encuadrar a la vez la gran lámpara de cristal multicolor de Murano, para lograr el efecto de contraste de los dos estilos contrapuestos que había ideado uno de los arquitectos de SOTMEN. La

inauguración ya había empezado, y la gente se agolpaba en las mesas, dispuesta a beber y a comer hasta hartarse. Algunos preferían disfrutar de los cincuenta cuadros de los que constaba la exposición, la mayoría de ellos de artistas jóvenes con un futuro prometedor, apadrinados por Mendiluce y sus dotes de mecenazgo.

Lúa vio a un camarero con copas de Martini blanco y a otro con altas copas de un champán que no parecía, a primera vista, precisamente barato.

—Menudo nivel, gafapasta. Fíjate en las mesas, cada una tiene un tipo de comida diferente... yo me pido el

sushi... ¿y tú? —De repente se cansó de ver al becario sacar fotos del techo sin hacerle caso a ella, y le recriminó con voz cansina—... Jordi, de verdad. Saca fotos de todo lo que te guste. De la medusa también, si quieres. Pero por favor, sácame también fotos de la gente guapa. Para eso estamos aquí. La decoración está muy bien, pero lo que quiere el lector del periódico es ver a los VIP de la *city*.

—Sí, mujer gruñona y explotadora. Te obedeceré antes de que caiga sobre mí tu ira sin fin. —Jordi miró a su alrededor, primero para contentar a Lúa, luego, totalmente interesado—. Fíjate.

¿No querías ver a un VIP? Allí tienes a Javier Sanjuán.

—¿Sanjuán? ¿Dónde? ¿Qué me dices?... ¿Está invitado? Tengo que hablar con él ahora mismo...

—Allí, al lado de la puerta. Está ahí, al lado de la entrada, acompañado de una diosa morena. Mi madre... —Jordi puso los ojos como platos.

Lúa miró hacia la puerta y vio a Sanjuán hablando cordialmente con dos señoras de avanzada edad. A su lado, una joven con un vestido de raso negro muy escotado que insinuaba una figura escultural. A Lúa le costó unos segundos reconocer a la inspectora Valentina

Negro. No podía ser... si hubiese sido unos centímetros más alta, podía pasar por una modelo o una actriz de cine. Aún estaba boquiabierta mirando la transformación de la inspectora cuando Javier Sanjuán la vio y se acercó a ella, con una media sonrisa en los labios, casi sin despedirse de las dos mujeres. Valentina siguió la trayectoria de Sanjuán y cuando se dio cuenta saludó a Lúa con un gesto e inmediatamente le dio la espalda sin ni siquiera acercarse. Lúa, por el rabillo del ojo, la vio pedir dos copas de champán a una camarera. Su desprecio evidente no le pasaba desapercibido. Jordi, a su lado, miraba

a Valentina sin disimulo, totalmente fascinado.

Sanjuán le dio dos besos. Parecía exultante.

—Pero bueno, qué casualidad... ¡Lúa Castro de nuevo! Parecemos condenados a encontrarnos en todas partes. ¿Ya sabemos algo de nuestro fotógrafo desaparecido?

Lúa no pudo disimular su preocupación ante la pregunta del criminólogo.

—Absolutamente nada, Sanjuán. Ayer volví a llamar, pero sigue sin cogermelo el teléfono. Yo ya paso de llamar más... estoy muy confusa, ¡y

cabreada!

—Es normal que te preocupes. Pero no te desanimes. Seguro que tu fotógrafo es un hombre de recursos. De todos modos... ¿No puedes contactar con alguno de sus amigos de Londres? ¿No te dejó otro teléfono de contacto?

—Nada de nada. Pero me das una idea. Puedo mirar en su agenda a ver si encuentro algo... algún contacto...

—En cuanto tengas noticias de él, házmelo saber, por favor. Estoy muy interesado en el caso de tu novio. Y ahora disculpa. Tengo que acompañar a la inspectora Negro. No quiero dejarla sola demasiado tiempo... —Sanjuán no

quiso preocuparla más. Era un tema delicado, y él mismo estaba empezando a considerar que allí ocurría algo más de lo que quería darle a entender a la periodista.



Valentina bebió un sorbo de champán mientras miraba a Lúa perderse entre los invitados. Le acercó la otra copa a Sanjuán.

—Menuda pájara. Encima tengo que encontrármela en todas partes. No me la quito de encima desde la muerte de Lidia... Parece que le gustas, Javier — dijo eso con toda intención.

—¿Yo? ¿A Lúa Castro? —Sanjuán la miró con sorpresa—. ¡Qué va! Lo que le pasa es que está preocupada por su novio, que no le da señales de vida. Me pregunta a mí, como si yo tuviese alguna idea de lo que le puede estar pasando a Anido. A saber por qué no le coge el teléfono... De todos modos, es comprensible. Yo también estaría preocupado.

—¿Anido no le coge el teléfono? Qué raro, ¿no? —Valentina meditó un segundo y luego se encogió de hombros, despreocupada—. Ya sé que va a sonar algo crudo, pero no me interesan demasiado las andanzas de Anido. Es un

fotógrafo sin escrúpulos, capaz de cualquier cosa por una foto morbosa. Solo con acordarme de lo de Lidia se me pone la piel de gallina. Y ella... Lúa Castro es otra joya del mismo estilo que su novio, como le llamas tú.

—No seas demasiado severa, Valentina. Lúa es una periodista de raza, de esas que ya no quedan. Y sí, es cierto que por una parte te han fastidiado la investigación con lo de las fotos y después destapando lo del cuadro, pero, por otra, y todo hay que decirlo —la miró con su habitual expresión indescifrable—, lo de su amigo el fotógrafo en Inglaterra ha sido toda una

revelación, y quizá en breve tengamos que preocuparnos mucho más de él — dijo subrayando esa última observación.

—Eso es cierto... —concedió ella sin mucha gana—. Pero prefiero no seguir hablando de Lúa Castro. Vamos a dar una vuelta por la exposición. Le tengo muchas ganas a Mendiluce. Al que no he visto por ningún sitio es a su esbirro. Estará recordando sus hazañas de ayer... Además, tengo hambre. Todo lo que hay en esas mesas tiene un aspecto succulento. Y no quiero beber más sin comer algo antes... luego tengo que conducir, recuérdamelo.

—Si quieres conduzco yo, Valentina.

De verdad, no me importa. —Sanjuán dijo eso porque sabía que Valentina adoraba ponerle el corazón en la boca cuando ella conducía—. Te aseguro que no tendría ningún problema en hacerlo...

• • •

Lúa ve cómo Mendiluce sonríe al alcalde de La Coruña con gesto obsequioso y le pasa la mano por el hombro para gozo de los fotógrafos, incluido Jordi, que está en primera fila, sacando fotos sin parar. Ambos posan de esa guisa para los medios delante del cuadro que a

juicio de los críticos simboliza el espíritu de la exposición: Mendiluce señala «Serie Blanco Rasgado II», de Manel Quintela, como uno de los exponentes más avanzados del arte de Galicia, e incluso de todo el país. Lúa solo ve un enorme lienzo de color crema con unas manchas blancas y otras marrones desperdigadas al azar. Luego le toca al alcalde de Oleiros, que afirma estar orgulloso de que un mecenas tan importante sea vecino del concello y aporte tanto a la

comunidad. Manuel Quintela parece desbordado: aún no ha terminado la carrera de Bellas Artes, pero ya está convirtiéndose en un referente a lo largo y ancho de todo el país. «No está nada mal el tal Quintela —piensa Lúa—. Si se recortase un poco menos la barba y no vistiera como un facha con esos zapatos castellanos, tendría un polvo». Lúa ve cómo Quintela toma la palabra y algunos invitados dejan de comer y acuden, formando un círculo, a escuchar

su discurso y el de algunos artistas que también exponen y que pretenden, a su vez, vender alguna obra. «A saber todo el dinero que se lleva Mendiluce con todo eso. Debe de ganarles el 200 por cien a todos estos artistas de pacotilla», Lúa reflexiona mientras bebe un sorbo de Martini rosso. Pedro Mendiluce toma la palabra, todo encanto y elocuencia, atractivo como un actor italiano, con ese traje blanco inequívocamente mafioso de rayas diplomáticas y la corbata

amarilla, la punta del pañuelo a conjunto asomando, juguetón, en el bolsillo. A Lúa le parece estar asistiendo a un episodio de Los Soprano en versión local y con un catering realmente apetitoso.

Deja la copa casi llena de Martini con disimulo encima de la bandeja de un camarero y se escabulle entre la gente. En la puerta principal hay dos guardias de seguridad, pero ella quiere ir al baño. Lo necesita con urgencia, y por desgracia están todos ocupados. No se

encuentra demasiado bien, dice. Aletea las pestañas sobre los ojos líquidos, hace un par de mohines mimosos y los dos guardias le enseñan encantados el camino a otro baño, dentro ya de la mansión de Pedro Mendiluce.

—Si ve que se encuentra peor, avísenos y llamaremos a un médico...



Raquel se miró en el espejo del baño y sacó del bolso rojo la polvera, para retocarse. Luego repasó las pestañas con

rímel y también la raya de los ojos. Estaba casi perfecta. Perfecta para encontrarse con Sanjuán. Ya lo había visto, acompañado de aquella mujer. Una inspectora de policía. Javier tenía debilidad por las mujeres guapas: «apostarí a que estaba intentando tirársela con la disculpa de ayudarla con el asesinato de Lidia Naveira», pensó maliciosamente. La barra roja acarició sus labios y luego los juntó con fuerza para fijar el color. Aquella inspectora no tenía nada que hacer. Javier siempre estaría totalmente colgado por ella. Comía en su mano.

Estaba saliendo del baño cuando

escuchó su nombre en un susurro. Entre las sombras brillaban los ojos de Sebastián Delgado, que estiró la mano para agarrarla por el brazo y atraerla hacia él.

Raquel se soltó con brusquedad.

—Tenemos que hablar, Sebastián. Ya me ha contado Pedro que tus hazañas de ayer —el tono irónico era detectable a pesar de los susurros— dieron justo en el clavo. El hermano de una inspectora de la Nacional. Y también lo de Lidia Naveira. Qué fuerte, joder. Liado con una cría de... ¿cuántos años? ¿Dieciséis?

—Lidia no era precisamente una

niña, Raquel. Era una mujer muy espabilada. ¡Que no! ¡Joder, ya! ¡Si cada vez que hago de chófer de una chavala voy a ser sospechoso de matarla, apaga y vámonos, hostia!

Raquel se acercó a él todavía más, agarrándolo por las solapas del traje azul marino, clavando la mirada fijamente, con violencia.

—Júrame que no has tenido nada que ver con la muerte de esa chica...

Delgado negó con la cabeza, desesperado.

—Joder, ya estamos otra vez. ¿Cómo coño iba yo a matar a Lidia? A mí no me obsesiona una mocosa hasta el punto de

matarla, eso lo sabes de sobra. Raquel, el día de su asesinato yo estaba en Madrid, ¿recuerdas que te llamé desde allí? Aunque Lidia fuese una pelirroja muy cachonda, tengo otras tías que están mucho más buenas y que son más inteligentes cerca de mí... como tú, por ejemplo.

Delgado intentó besarla en la boca, agarrándola por la cintura, pero ella lo esquivó y se liberó. Él volvió a insistir. No tenía muchas ganas de hablar de Lidia Naveira. Prefería hacer cosas más productivas, ya estaba perdiéndose lo mejor de la fiesta. Miró a su alrededor para constatar que no había nadie cerca

y empezó a besarla y lamerle el cuello con sensualidad. Raquel, a su pesar, se excitó con la situación.

—¿Quieres follar? Allí hay un sillón muy confortable... Nadie se va a enterar. Venga Raquel... lo estás deseando, zorra...

Ella accedió. Aquello era un aliciente añadido al placer de tocarle un poco los huevos a Sanjuán.

—Luego, en un rato. Ahora no puedo. Tengo cosas que hacer ahí dentro. En media hora más o menos, subo.

• • •

—Toma. Te he cogido sushi. Y también pude alcanzar las brochetas de frutas. A duras penas, claro. Un señor casi me clava el palillo de madera... Vas a tener que agradecérmelo toda la noche, Valentina. Traspasar esa barrera humana ha sido un acto heroico.

—Gracias, Javier. Fíjate. Es horrible. Si la gente sigue comiendo así, no van a dejar nada. Se supone que vienen a ver la exposición, ¿no? — Valentina cogió un langostino y se lo llevó a los labios con delicadeza.

—Me temo que la gente viene a este tipo de eventos a comer, por lo general... bueno. Sobre todo a beber.

Fíjate en ese tipo de ahí, el de la calva brillante: está ya lo suficientemente colocado como para tener que apoyarse en una silla... No creo que sepa apreciar demasiado el nivel de los cuadros.

—Es cierto. Y mira quién está detrás de él. Nuestro asesor artístico favorito.

En cuanto Christian Morgado detectó la presencia de Valentina y Sanjuán se acercó, con la copa de vino en una mano y una carpeta en la otra. Valentina observó que la elegancia de Morgado rompía las convenciones habituales: se había puesto una chaqueta de terciopelo azul oscuro, unos vaqueros rotos y, en

vez de corbata, un fular de Loewe de un atrevido color amarillo que contrastaba con el azul de sus ojos de Husky y actuaba a modo de faro: se podía ver desde bastante lejos. Christian se detuvo a unos metros y miró a Valentina con indisimulada admiración y la boca abierta.

—Valentina. Estás... preciosa. Increíble. Estoy impresionado... Y... ¡Qué vestido, por favor! Es ideal.

Valentina sonrió de oreja a oreja, encantada.

—Tú también estás muy bien, Christian. Ese fular pasa desapercibido, pero por lo demás... —dijo con malicia.

Sanjuán bebió un sorbo de champán rosé, molesto al ver cómo Morgado se la comía con los ojos sin cortarse un pelo.

—Veo que nos hemos puesto todos muy elegantes para la ocasión.

—Por supuesto. Las fiestas de Pedro Mendiluce son siempre un delicioso compendio de lujo, arte y bajas pasiones que merece todo nuestro esfuerzo creativo delante del espejo, Sanjuán. Hablando en serio, no es que me apetezca mucho estar aquí, pero tengo que hacer la crítica de arte para *La Gaceta de Galicia*. Bueno, no me apetecía... hasta ahora, por supuesto. Es

fantástico haberos encontrado... Por lo menos así hay gente interesante con la que poder hablar. Estas inauguraciones pueden llegar a ser mortalmente aburridas si no hay nadie con quien compartir los cotilleos... Y por cierto... ¿A qué se debe ese arretrato de nuestro anfitrión? No sabía que Mendiluce fuese fan de tener a la policía dentro de sus sacros dominios...

—Ayer estuvimos por aquí haciendo unas preguntas... y por lo que se ve, le caímos bien los dos. —Valentina tenía los ojos chispeantes. Sanjuán no era capaz de distinguir si era por culpa del champán o era la presencia de Morgado

la que los hacía brillar de aquella forma.

—Por cierto, el vino está buenísimo, Valentina. Te lo recomiendo. Mendiluce será lo que quiera, pero no se puede negar que tiene buen gusto. ¿Habéis visto ya la exposición?

—Aún no. Estamos esperando a que se despeje todo esto un poco... aún hay mucha gente alrededor de los cuadros. Y alrededor de las mesas. —Valentina bebió otro sorbo de champán mientras clavaba sus ojos grises en los de Morgado.

—Creo que hay un par de obras muy interesantes. Las demás... Puff.. —Christian hizo un gesto de desagrado con

la carpeta—. Me temo que horribles, como siempre. Pero si el señor Mendiluce apadrina a un artista, ya se sabe que acabará vendiendo una lata llena de cáscaras de nuez a un precio desorbitado. Pero así es la vida... y así se la hemos contado —dijo, imitando al presentador de televisión que hizo famosa la frase—. Y por cierto, ahí tenéis al anfitrión, vestido de *El padrino*, acompañado de su flamante fichaje inmobiliario: la nueva abogada de Pedro Mendiluce. Una mujer muy bella. Me recuerda a Jean Seberg con ese corte de pelo. Aunque el vestido deje mucho que desear. Un poco

atrevido para una fiesta de este estilo...

Sanjuán se volvió, siguiendo la mirada de Christian, para llevarse una de las sorpresas más grandes de su vida. Raquel Conde, con un escotado y cortísimo vestido rojo fuego, permanecía al lado de Mendiluce, que charlaba con un hombre bastante mayor. Raquel lo miraba con una sonrisa condescendiente. Luego se acercó al grupo, dejando atrás al empresario. Javier Sanjuán, durante unos segundos de estupor, no fue capaz de procesar la información que estaba recibiendo.

—Hola, Javier. —La sonrisa se hizo más amplia. Y más cínica, percibió el

criminólogo. La conocía muy bien. Aunque cada vez la notase más cambiada.

—Raquel... hola. ¿Qué tal estás? — Sanjuán titubeó un instante, sin saber qué decir—. No sabía... Te presento a Valentina Negro. Y a Christian Morgado...

Raquel la miró con un cierto desprecio, intentando con todas sus fuerzas que la expresión pareciese humillante.

—Ya. La inspectora Negro. Una policía, ya me han informado de todo. Encantada... —Adelantó con desgana una mano para estrechársela a Valentina,

que había reconocido rápidamente a la mujer rubia de la conferencia—. A Christian ya lo conozco. Viene alguna que otra vez por aquí a hacer sus críticas para el periódico, ¿verdad, encanto? Dos besos, Christian. Y otro a ti, Javier.

Raquel besó ligeramente en la boca a Sanjuán, cogiéndolo de sorpresa. Valentina miró con asombro su gesto. Javier Sanjuán y ella tenían algo. Ya lo había sospechado el día en el que se fueron juntos, pero aquel beso confirmaba sus sospechas. Respiró hondo. Aquello había sido un golpe muy bajo. Sanjuán había estado toda la noche derritiéndose como una onza de

chocolate al sol cada vez que miraba hacia ella. Y ahora aparecía la rubia de marras y le plantaba un pico. Sin cortarse. Menuda puta.

Sanjuán permanecía aún boquiabierto.

—¿Trabajas para Mendiluce? No me habías dicho nada, Raquel.

—El otro día no estabas muy interesado en preguntarme por mi trabajo, Javier... ¿o no te acuerdas? Pasamos una noche muy divertida. —Y al decir esto Raquel adoptó su expresión más maliciosa a propósito.

Valentina miró con odio contenido a Raquel. No pudo evitar responder a la

puya dirigida a Sanjuán.

—Quizá no lo suele pregonar porque no se siente demasiado orgulloso de su trabajo...

—Qué encantadora es tu amiguita, la inspectora Negro... bien. Sí, por supuesto que estoy orgullosa de mi trabajo. —Miró entonces de frente a Valentina—. Gano mucho dinero y soy la mejor en lo mío, así que tengo motivos para estar muy orgullosa de trabajar con Pedro. ¿Verdad que sí? —Y al decir esto miró a Mendiluce, que se aproximaba.

En efecto, Mendiluce se había acercado al ver a Raquel Conde enfrentándose a la inspectora. Aquello

era divertido. El lenguaje del cuerpo de la abogada era tan evidente que hasta un memo podría darse cuenta de que estaba retándola. Y seguro que Valentina entraba al trapo de sus provocaciones. Raquel, cuando quería, era una verdadera zorra.

—Dime, Raquel. ¿De qué hablas con estos encantadores invitados?

—Nada importante, Pedro. Era todo una simple conversación de cortesía...

Los saludó uno a uno.

—Hola, Christian. Muchas gracias por venir, y, por favor, hazme una buena crítica para que venda mucho. Sanjuán. Es un honor. Valentina... no tengo

palabras. Eres, sin duda, la mujer más hermosa de la fiesta. Con permiso de Raquel, por supuesto... ¿Usted qué opina, Sanjuán?

Sanjuán observó que Mendiluce quería ponerle en un aprieto. Y solo había pronunciado un par de palabras... Menudo nido de víboras era aquel lugar.

—Déjeme decirle que no suelo juzgar a las personas solo por su aspecto físico, señor Mendiluce. En la actualidad, la belleza está bastante sobrevalorada. Además, conozco a una mujer guapísima que está en la cárcel después de estrangular a sus hijos con el cable del cargador del móvil...

Mendiluce frunció el ceño.

—Qué desagradable historia, Sanjuán. Siempre olvido que es usted criminólogo... Pero bueno, no se puede ser perfecto. —Se volvió hacia sus invitados con gesto elegante—. Permítanme que me lleve a la inspectora Negro conmigo durante un par de minutos. Así podemos dejar a Sanjuán y a Raquel que hablen de sus cosas del pasado. Tienen que ponerse al día... Valentina, por favor, acompáñeme. Voy a hacerle una visita guiada por la exposición. Espero que le guste el arte... —Mendiluce le ofreció el brazo, sin reparar en que la inspectora tuvo que

ocultar el dolor de las brasas que le quemaban el interior.

Valentina se recompuso de inmediato y vio al fin la oportunidad que había estado esperando toda la noche servida en bandeja.

—Me encanta el arte, Mendiluce. Aunque no entiendo demasiado, la verdad. Y mucho menos de arte contemporáneo... la mayoría de las obras me parecen... como diría yo... de gusto dudoso.

—No se preocupe, inspectora. Yo le explicaré los entresijos de «mis» cuadros. Algunos son remarcables, por decir algo... Y siempre podrá leer la

crítica que va a hacernos el señor Morgado el martes en el periódico. Va a ser muy enriquecedora, ¿verdad, Christian? —Miró al profesor con aire de condescendencia—. Como siempre...

Morgado sonrió levemente. No pareció en ningún momento sentirse afectado por el tono ofensivo de Mendiluce. Al revés, se lo tomó todo con mucho humor.

—Por supuesto, Pedro. Muy enriquecedora. En efecto. No en vano esa es la palabra que más se ajusta a ti...

• • •

Lúa recorre los pasillos de la mansión a hurtadillas. Antes de acudir a la fiesta, ha buscado los planos de la casa en internet, así que tiene, más o menos, una idea de por dónde se mueve, aunque no es difícil perderse en la oscuridad de los tortuosos pasillos. Desde una vidriera de colores en la que se puede ver una estilizada imagen del arcángel San Miguel domeñando al dragón, Lúa puede ver en la noche las luces del pueblo de Mera a sus pies y el romper de las olas mansas en

el acantilado. Los colores del cristal se reflejan en su cara por un instante, antes de que escuche voces masculinas cerca y se escabulla detrás de una columna para no ser vista. Un guarda de seguridad alto, negro, y Sebastián Delgado, el factótum engominado de Mendiluce, charlan al fondo del pasillo mientras fuman. Lúa se aprieta contra la pared, hasta que el sonido de las voces mengua y se amortigua con la distancia.

Lúa sabe que el despacho de

Mendiluce está en el piso superior del pazo orientado hacia la playa. No debe de estar lejos de donde ella se encuentra, así que intenta abrir las puertas de las habitaciones, que no están cerradas con llave. Algunas están llenas de cajas polvorientas. Otras muestran estanterías con cajas numeradas. Sin duda, expedientes. Abre una gran puerta de madera y ve un lujoso estudio de pintura, lleno de caballetes, pinturas, estatuas y varios lienzos listos para ser

transportados. Le gustaría entrar en esa habitación y ver lo que hay, pero no tiene tiempo. Su objetivo es el despacho de Pedro Mendiluce. La casa está envuelta en un silencio sepulcral. Al torcer una esquina, al fondo del pasillo hay una puerta entreabierta. Lúa se dirige hacia allí con sigilo, deslizándose como una gata. Es el despacho del empresario. Al entrar, huele a sándalo y a madera antigua. Lo primero que le llama la atención es un haz de suave luz

color crema que ilumina lo que a ella le parece una estatua griega, o romana. Pero Lúa no está acostumbrada a ver el color, la policromía. Ella siempre ha asociado una estatua clásica con el frío color del mármol. Sin embargo, el hombre caído y cabizbajo con un torque rodeando su cuello tiene el cabello del color de la paja, y los ojos azules como el mar. Su cuerpo, musculoso y fino, conserva la mayor parte del color carne original, a pesar de los desconchados en

las rodillas, en el codo y en varios dedos de los pies. La figura, de pequeño tamaño, es de una belleza sobrecogedora, y Lúa saca del bolso una pequeña cámara y la fotografía. Luego se dirige hacia la mesa de madera de caoba oscura y pesada, que está llena de carpetas y documentos, la mayor parte de ellos ordenados cuidadosamente. No guarda la cámara de fotos. Puede hacerle mucha falta.



Sanjuán observaba a Raquel con un cierto aire de reproche que no pudo evitar. Ella le devolvió la mirada envuelta en una sonrisa tan afilada como la expresión de sus ojos azules.

—No sé de qué te escandalizas, Javier. He cambiado mi vida, eso es todo. Las tonterías de juventud no sirven para cuando tienes que hacerte un nombre. Todo eso de las mujeres maltratadas, niños desvalidos... queda ahora para una ONG, no para mí. Me cansé muy pronto de ser una abogada de pleitos pobres. Ahora gano mucho dinero. Y soy muy feliz, además...

«Excusatio non petita, accusatio

manifesta», pensó inmediatamente el criminólogo. No quería discutir con Raquel. Se daba cuenta de que había experimentado una evolución diferente a lo que él habría deseado. El otro día se había acostado con la Raquel que había amado hacía tiempo, pero esa Raquel no existía ya. Solo quedaba la carcasa, sin rastro de la mujer que lo deslumbró en un congreso con su inteligencia y simpatía.

—Hay miles de empresas en donde trabajar, Raquel. No sé... pero Mendiluce no tiene precisamente muy buena fama... —En el fondo, sabía que no tenía nada que decir o reprochar.

Hacía muchos años que ya no estaban juntos.

—Qué tontería. Pedro es un hombre honesto y muy rico. Y esa riqueza crea muchísimas envidias en ciertos estamentos que son totalmente infundadas, Javier. Sabes que en España ser un triunfador significa, de inmediato, que eres un arribista o un corrupto. Además, tú solo llevas aquí un par de días. Y encima, únicamente conoces la versión de tus amiguitos los policías. Versión que es totalmente parcial e interesada.

Sanjuán no respondió. Permaneció en silencio, mirándola con nostalgia, y

suspiró, a su pesar.

—Has cambiado mucho, Raquel.

—A lo mejor el problema está en que tú no has cambiado nada, Javier. Si no te importa, voy a coger otra copa — dijo esto sonriendo, quitando de inmediato la gravedad que había tomado la conversación—. ¿Quieres champán? Está delicioso. Pedro lo trae importado especialmente desde París.



Valentina se detuvo delante de un cuadro de gran formato, un expresivo conjunto de galaxias y planetas en tonos anaranjados y bermellones que formaban

una elipsis interminable. Aquel no era precisamente de los cuadros más horribles de la exposición. Mendiluce, con la disculpa de contarle los entresijos de los artistas y sus cuadros, permanecía todo el tiempo a su lado, devorándola con los ojos, recorriendo cada centímetro de su piel como si fuese un león relamiéndose delante de una apetitosa gacela. Valentina se daba cuenta de que aquel hombre parecía acostumbrado a no tener demasiados escrúpulos a la hora de tomar todo lo que le apetecía sin tener que esperar demasiado. El empresario hizo un gesto con la mano, y uno de los camareros

acudió sin tardar un segundo.

—Abre una de las botellas de Perrier Jouët, por favor —pidió al camarero sin quitar la mirada de Valentina.

—Al momento, señor.

—Valentina, veo que ya ha terminado la copa. Si me permite, le ofreceré un champán delicioso del que solo tengo diez botellas.

—Se lo agradezco infinitamente, Mendiluce. Pero después tengo que conducir. No puedo beber demasiado...

—La inspectora se asombró del aire ligero de sus palabras, exactamente lo que pretendía, que enmascaraba sus

auténticos sentimientos de rechazo hacia el magnate.

—Tutéame, Valentina, por favor. —
El camarero apareció con una bandeja con dos copas de cristal ribeteadas de hilo de oro y la botella metida en un recipiente de plata lleno de hielo. El propio Mendiluce las llenó del líquido ambarino—. Este champán no embriaga nada más que los sentidos, inspectora. Es delicioso. Sería una pena que no lo probase, es una oportunidad única. —Le acercó la copa de champán y ella la cogió sin mayor resistencia—. Brindemos. Por la pintura y la poesía.

—Por la pintura y la poesía...

Mendiluce se disculpó un momento. «La compañía y el champán carísimo bien merecen otro puro», pensó.

Valentina aprovechó para lanzar una ojeada a la sala: cada vez había menos gente a la luz de las velas. A pocos metros de ellos, Sanjuán seguía hablando, el semblante grave, con la abogada de Mendiluce. Ella parecía estar dispuesta a acostarse con él allí mismo. O eso intuía Valentina, muerta de celos. Muy cerca, Morgado discutía acaloradamente con uno de los pintores de la exposición, mientras tomaba nota de algo en unos folios que lleva en la carpeta.

Valentina bebió otro sorbo. Era cierto, estaba delicioso. Para distraer el alfiler de fuego que sentía clavado en el pecho, continuó mirando la exposición. El siguiente cuadro.

Aquel cuadro no era como los anteriores. Era figurativo, expresionista, extraño. Obsesivo. Una mujer morena de rasgos finos, piel lechosa y ojos muy verdes, pálidos como la hierba recién cortada, mostraba delante de ella, oferente hacia el espectador, una bandeja de plata con la cabeza cortada de un hombre barbudo que tenía los párpados entrecerrados y las cejas muy pobladas. La sangre del cuello rebanado

manaba en cataratas interminables de la bandeja hacia el suelo, manchando de rojo los siete velos blancos que rodeaban a la mujer. La expresión era totalmente ambigua. Sonreía como la Gioconda, y sus ojos profundos perseguían al espectador hasta el desasosiego. Su torso estaba desnudo y de sus pechos blanquísimos salían lenguas de fuego en donde se quemaban los condenados del infierno. Detrás, al fondo, en el cielo nocturno, un ángel vengador con una gran espada de fuego en la mano parecía dirigirse a ella, señalándola con gesto violento. Valentina recordó al momento las

fotografías que Sanjuán le había mostrado, las que Lúa encontró en casa de Anido. Había un singular parecido entre aquellas fotografías y el cuadro. Un parecido lejano, pero...

Mendiluce observó a Valentina, su espalda definida y sinuosa al aire, totalmente absorta en el cuadro. La ceniza del puro cayó al suelo.

—Inspectora... permítame que le haga una pregunta. Se me ha ocurrido de camino hacia aquí...

Valentina no podía apartar los ojos del cuadro. Estaba totalmente hipnotizada. Era como una obra de crudo arte medieval transportada al

presente. Se giró hacia su anfitrión, con la mente llena de preguntas. Pero solo hizo tres:

—¿Quién es el autor de este cuadro? ¿Está aquí, en la fiesta? Me parece una obra impresionante. Es Salomé, ¿verdad? No entiendo mucho de pintura, como ya he dicho, pero me parece una pintura maravillosa.

—Por desgracia no está aquí... El cuadro me lo ha mandado mi marchante de Londres y me ha explicado que el autor ha querido permanecer en el anonimato. Ya sé que es algo extraño, pero no lleva firma. Como puedes ver, no está a la venta, como los otros...

Pero dejemos ese tema por un instante. Me he cansado ya de tanto hablar de arte. —Valentina notó a Pedro Mendiluce tenso por primera vez en toda la noche. Buscó al camarero con la vista y le hizo un gesto para que les sirviera más Perrier Jouët—. Tengo un par de preguntas personales que hacerte, si no te molesta... Son pura y simple curiosidad. No siempre se puede hablar de tú a tú, en una cierta intimidad, con una inspectora de policía... —La expresión de Mendiluce era distinta, beatífica. Pero ella se puso en guardia al ver la punta de la lengua rosada del empresario recorrer los labios gruesos,

húmedos, mientras chupaba el habano con sensualidad. Valentina levantó las cejas, expectante, en guardia. No entendía aquel cambio de actitud tan repentino.

Mendiluce la agarró por la cintura, alejándola del cuadro hacia el camarero, que ya se acercaba con la bandeja. La orquesta de cámara atacó un cuarteto de cuerda de Haydn. Por fin inició el tuteo.

—Tengo curiosidad... ¿Por qué una mujer tan hermosa, tan bella como tú se ha molestado en hacer una oposición a un cuerpo de seguridad? Es decir... estudiar los temas, las pruebas físicas... la academia de Ávila. Un engorro...

podías haber sido actriz, por ejemplo. O modelo... a estas alturas estarías forrada de dinero.

—Por favor... —Valentina se sintió halagada, a su pesar—. No me considero tan bella como para ser modelo, y la vocación de actriz requiere unas cualidades que se me escapan por completo. El desparpajo, querer vivir otras vidas, todo ese cúmulo de tópicos que salen en las revistas y que a mí me parecen excesivamente frívolos. Y lo más importante, me gusta mi profesión. Es muy estimulante.

—No lo dudo, no —los ojos fieros brillaron con intensidad—. Estimulante

de verdad. Tiene que serlo. Porque pertenecer a la Policía Nacional, y más siendo una inspectora, puede hacer sentir el poder en toda su plenitud... — Mendiluce señaló la palabra «poder» con una inflexión de voz que a Valentina le pareció incluso obscena. Su incomodidad iba en aumento.

—¿Qué quieres decir exactamente...?

—No disimules, Valentina. —Se acercó todavía más a ella, que recibió el golpe del delicioso perfume masculino mezclado con el leve sudor del cuerpo del empresario—. Di la verdad: te gusta saber que con una decisión tuya puedes

mandar a la cárcel o destrozarle la vida a una persona solo por tu propia voluntad...

—Me temo que tienes demasiada imaginación, Mendiluce. La vida de un policía es algo más prosaica que todo eso. Y más encontrándose en un Estado de derecho, te recuerdo...

—Prosaica. Ya. Yo no diría eso, no señor. —Bebió otro sorbo de champán—. Bebe, Valentina. No dejes que se desperdicie una copa de Perrier Jouët. Este champán está hecho para alguien de tu belleza y arrojo... Bien. ¿Por dónde íbamos? Prosaica. Claro que sí... pero dime. Confiésate. No temas, no voy a

decírselo a nadie. —Mendiluce se convirtió de repente, sin transición apenas, en un ser rijoso, en una especie de cobra inflada y repulsiva a los ojos de Valentina, que retrocedió instintivamente, pero sin poder dejar de escuchar su voz ni por un momento—. ¿No sientes placer sexual cuando detienes a alguien? Y más siendo como eres una mujer tan hermosa... Cuando detienes a un hombre, me refiero, por supuesto. ¿Nunca has detenido a un violador o a un criminal con tus propias manos? Apostaría a que sí... Cuéntame, Valentina... —Mendiluce saboreó durante unos segundos la bomba que iba

a soltar a continuación—. Lo del Charlatán tuvo que ser algo tan brutal... una sensación de poder tan embriagadora...

Valentina palideció. ¿Cómo podía ser que aquel hombre...? Mendiluce sonrió cuando vio que el champán de la inspectora temblaba en la copa. Estaba disfrutando de todo el control que le producía saber que ella estaba, en aquel momento, en una situación de extrema fragilidad.

—No me digas que no fue una aventura excitante. Creo que le pegaste una buena patada en los huevos cuando estabas totalmente desnuda e inerme

delante de él. ¿O no fue en los huevos? ¿Dónde fue? Me ha dicho un pajarito que pasasteis un buen rato juntos. Creo que presume en la cárcel de que te puso a cien con sus artes amatorias... Cuando salga, tiene muchas ganas de verte, inspectora.

—Yo... creo que hace ya mucho tiempo de eso. —Valentina intentaba salir de aquella situación, pero no se le ocurría nada lo suficientemente bueno como para cortar la conversación de un modo educado. No quería que Mendiluce notase que no soportaba hablar de aquello, e instintivamente comprendió que en ese terreno jamás

podría ganarle—. La verdad, no recuerdo bien lo que pasó. Fue todo muy rápido. Y no me parece que este sea el lugar ni el momento...

—¿Rápido? No es eso lo que tengo entendido... Creo que el Charlatán disfrutó bastante antes de que pudieses atraparlo. Parece ser que el operativo lo grabó todo y...

La voz de Javier Sanjuán interrumpió de repente el discurso de Mendiluce.

—Sacar una botella de Perrier Jouët y no ofrecer a todos los invitados amantes del champán francés es una verdadera descortesía, Mendiluce. Ya sé

que no soy tan guapo como la inspectora, pero no me importaría probar un poco... —Sanjuán miró primero al, a todas luces, frustrado Pedro Mendiluce y luego a la inspectora con una sonrisa que traslucía la inocencia más desarmante.

Valentina le devolvió la mirada con los moteados ojos grises que le proclamaban a gritos su agradecimiento infinito.

• • •

Lúa ya había sacado fotos de casi todo lo que había encima de la mesa del despacho. Especialmente de la agenda

de Mendiluce, donde encontró una serie de cinco números que estaba escrita justo debajo de una palabra subrayada: yacimiento. También se fijó especialmente en el expediente guardado en una carpeta negra: Raquel Conde. Sotmen. Urbanización Ártabra. Ese era exactamente el sitio en donde decían que había un campamento romano. Fantástico. Había casi terminado de hacer las fotos cuando escuchó voces que se acercaban por el pasillo. Lúa se metió entre la enorme silla de despacho la mesa y se escurrió debajo con rapidez. Escondida en la oscuridad, no podía ver casi nada. Cuando la puerta se

abrió por completo, agachó la cabeza y se encogió en el agujero, con temor. Pudo ver por un resquicio que había por debajo unos altos tacones rojos y unos zapatos de hombre negros, brillantes.

Raquel Conde y Delgado entraron en el despacho y cerraron la puerta con cuidado. Luego él le quitó el vestido rojo por encima, con prisas, dejándola en tanga, sujetador y medias con ligero, todo del mismo color. Raquel estaba muy cachonda después de beber y putear a su exnovio. Así que se puso de rodillas mientras él se apoyaba en la mesa y empezó a lamerle el pene de forma muy salvaje. Lúa podía escuchar

desde su escondite el ruido que hacía ella con la boca y los gemidos de él, cada vez más fuertes. Se puso colorada de repente. Aquello no estaba en sus planes...

Delgado puso sus manos en la cabeza de Raquel para forzar que chupara más profundamente. Ella no protestó. Luego la apartó y la tiró de forma brutal sobre el sillón del despacho, de espaldas. Le rompió el tanga y la penetró desde atrás, mientras se sacaba el cinturón. Las manos de él desabrocharon el sujetador y lo lanzaron lejos. Luego rodeó el cuello de Raquel con el cinturón de cuero, tratándola

como si fuera una perra, sin ningún miramiento. Ella protestó cuando sintió que el cuero apretaba su garganta con fuerza, pero él, como siempre, hizo caso omiso de sus quejas. A aquella puta le gustaba mucho el sexo duro, y él estaba dispuesto a proporcionarle todo el repertorio de guarradas para tenerla bien satisfecha. Mientras la taladraba de forma salvaje, tiraba de la correa con fuerza, de forma que ella cada vez respiraba con más dificultad. Se agarró el cuello para intentar aflojar el trozo de cuero, pero él no cejó en sus embestidas ni su mano tembló un segundo. Sabía que ella estaba cerca del orgasmo, y un poco

de asfixia le iba a ir muy bien.

Los dos se corrieron muy pronto, a la vez, entre gemidos y gritos apagados. Luego cayeron uno encima del otro, agotados. Lúa oía las respiraciones agitadas de ambos. Luego escuchó la conversación.

—Si se entera Pedro de esto, nos corta la cabeza, Sebastián... —Raquel reía nerviosamente, mientras se ponía el sujetador de nuevo y recogía las bragas del suelo.

—Señorita Conde. La sal de la vida está en la variedad. Si siempre folláramos en los mismos sitios, acabaríamos aburriéndonos...

—Joder, pero en el despacho... con todos los expedientes clasificados... Imagínate que nos cargamos la estatua esa del galo que tanto le gusta...

—Bah, ese trozo de mármol no vale nada. Si lo sacaron hace poco del yacimiento. Ni que Coruña fuese Mérida, joder, Atapuerca, o como quiera que se llame ese sitio.

—Venga, apúrate. Antes de que venga alguien y nos pille aquí medio desnudos... —le urgió Raquel.

Cuando se fueron, Lúa salió, medio entumecida, de debajo de la mesa. Le dolían todos los huesos por culpa de la postura tan incómoda que se vio

obligada a mantener durante el rato que había durado el polvo.

«Así que Raquel Conde y ese tal Delgado están liados, qué interesante — Lúa sacudió la cabeza—. Menudo par de degenerados. Un poco más y se la carga. Muy esclarecedor todo. Especialmente lo de la urbanización. Creo que esa estatua puede dar mucho que hablar...».

Lúa miró que todo estuviera como lo había encontrado y salió del despacho tan sigilosamente como había entrado.

• • •

—Gracias, Sanjuán.. Te lo

agradezco mucho. Ni te imaginas lo mal que lo estaba pasando... —El alivio de Valentina se podía contemplar en su caída de hombros y en su respiración acompasada, después del disgusto. Se había apoyado en la pared para relajarse un poco.

—Puedo imaginármelo. Estabas tan pálida como la columna que hay a tu lado. —Sanjuán bebió un sorbo de Perrier Jouët con sumo placer. Estaba delicioso—. Pero no te creas... en realidad solo vine por un poco de champán. No era justo que tomaseis toda esa joya vosotros dos solos —sonrió con picardía—. Pero... ¿Qué te decía el

degenerado ese? Te estaba mirando con una cara de vicioso que asustaba desde lejos...

—Ya te lo contaré en otro momento. Es una historia muy larga. —Valentina lo miró con ansia. La sola mención de aquel tema la ponía enferma—. Pero ahora tengo que decirte algo. Algo sobre uno de los cuadros. Sanjuán. Cuando empecé a preguntar por ese cuadro fue cuando él me «atacó» por así decirlo. Como si quisiera apartarme de ahí de alguna forma. Me ha dicho que el autor es anónimo, pero que el cuadro viene de Londres. ¿Qué te parece?

—Tengo aquí el tríptico de la

exposición. Dime cuál es. Desde aquí no lo veo.

—Es el número 13. Se titula *Siete velos*. Quiero que lo veas, pero disimula, por favor. Me recuerda a las fotos que te dio Lúa, las fotos de Anido.

—¿Siete velos? ¿Salomé quieres decir?

Valentina asintió. Sanjuán se quitó las gafas de pasta y miró con atención el tríptico. Era el único cuadro del folleto que no tenía imagen. Miró a su alrededor, para ver dónde estaba Mendiluce. Por el momento, entretenido con un grupo de señoras mayores, muy bien trajeadas que parecían reírle todas

las gracias. Tuvo una idea. Se acercó a Morgado, que seguía en plena discusión con el pintor Jorge Carballo, que gesticulaba con una cerveza en la mano sin darle tregua ni un segundo.

—Por favor, Christian. Te necesito unos segundos. Me conviene algo de tu sabiduría artística, como siempre.

Morgado se disculpó un momento. Luego acompañó a Sanjuán hacia el lado de la sala en donde estaban los cuadros de la exposición.

—Estoy interesado en el cuadro número 13. Pero... sin que Mendiluce se entere, ya me entiendes. Quién es el autor, de que época puede ser... todo

eso.

—¿No viene el nombre del autor en el tríptico? Confieso que aún no he tenido tiempo de ver todos los cuadros. De hecho pretendía volver otro día de esta semana para verla con más tranquilidad.

—No. No viene ni el autor, ni el precio, al contrario que en los otros...

—No sabía que estabas interesado en comprar cuadros, Sanjuán. Eres una caja de sorpresas.

La sonrisa de Cheshire de Sanjuán no dejó traslucir ninguna respuesta concreta.



Lúa estaba perdida en el laberinto de pasillos. Había intentado salir por donde había entrado, pero la presencia de un fornido guardia de seguridad frustró sus intenciones. Buscaba algún lugar alternativo de huida. Miró su reloj: eran casi las once y media de la noche y tenía que aparecer en la exposición antes de que Jordi la echara de menos. O se fuera sin ella... Buscó el móvil en el bolso. Efectivamente, tenía dos llamadas perdidas del becario. Y ninguna de Anido, por supuesto. La periodista empezaba a estar preocupada. ¿Y si no

encontraba la salida? Podían descubrirla allí y correría serio peligro si lo hacían. Tenía que ir pensando ya en alguna buena disculpa, si eso ocurría.

Daba vueltas y más vueltas y siempre acababa en la vidriera de San Miguel, o cerca del vigilante, que no parecía querer moverse de la puerta de salida. Lúa se metió en una habitación enorme de azulejos blancos, que albergaba una vieja cocina bilbaína, que parecía abandonada desde hacía años. Entró con curiosidad y se acercó a una especie de elevador de pinta inestable que había en una abertura de la pared. Sin duda era el antiguo ascensor de la

cocina del piso superior, por donde subía el servicio. Los botones de llamada estaban completamente nuevos. Lúa fue a cerrar la puerta de la cocina y, sin pensarlo mucho, se metió en el ascensor, desesperada por encontrar una salida, la que fuera. Cerró la reja de hierro colado con fuerza y apretó el botón negro en el que se podía leer una «B» blanca, muy gastada. Para su sorpresa, el ascensor funcionó a la primera. Comenzó a descender en silencio, totalmente engrasado, la maquinaria en perfectas condiciones. El descenso de aquel artefacto fue eterno. Lúa empezó a temer que aquello fuese

una pesadilla horrible. No había luz en el túnel estrecho y tampoco ninguna puerta en el descenso que pudiese darle alguna referencia, o tranquilizarla. Estaba ya a punto de sufrir un ataque de claustrofobia cuando el ascensor se detuvo. Lúa abrió la reja intentando no hacer ruido. Cuando salió, la oscuridad era menos densa. Había aquí y allá luces amarillas de emergencia en el techo. Dio dos pasos hacia adelante, sintiendo los pies y las sandalias romanas totalmente mojados y luego retrocedió, asustada: había estado a punto de caer a un pozo. Se agachó y miró con cuidado hacia abajo. Se podía ver a pocos metros una

especie de galería por donde se filtraba la claridad. Unas escaleras pintadas de óxido pero con aspecto fuerte invitaban a bajar. Lúa descendió, escalón a escalón, muerta de miedo.

Allí abajo, en un túnel que supuraba humedad y moho, había un pasillo de piedra granítica lleno de mazmorras que parecían recién salidas de una película de terror sobre la Inquisición. Gotas de agua salada caían del techo lleno de verdín sobre su pelo. Lúa miró a su alrededor: aquel lugar tétrico no era una construcción moderna. Aquello parecía remontarse a varios siglos atrás. Quizá el pazo había sido construido sobre una

cárcel o algo parecido... Sin embargo, el túnel que partía de las mazmorras era totalmente nuevo, de cemento, de eso no había duda. Recordó que en la documentación que había recogido sobre la mansión de Mendiluce había un viejo mapa de la zona donde figuraban aquellos subterráneos, pero aparecían tapiados y cegados. Lúa Castro se armó de valor y avanzó. Miró a través de los ventanucos de las celdas de hierro oxidado, pero no pudo ver nada. Estaban sumidas en la más profunda negrura. Siguió hacia adelante, casi en la oscuridad, procurando no resbalar en las piedras y el cemento cubiertos de algas.

Aquí y allá charcos de agua con alguna lapa la hacían andar con mucho tiento para no empaparse los pies. Pronto llegó a una especie de habitación abovedada de donde surgieron por sorpresa otros tres túneles. Lúa cogió el primero al azar, cruzando los dedos. Anduvo unos cinco minutos hasta que se dio de bruces contra una pared de ladrillo. Desanimada, volvió a desandar el camino hasta la bóveda, muerta de miedo. ¿Y si estaban todos tapiados?

Eligió el túnel de la izquierda. Al cabo de casi quince minutos de angustia, respiró aliviada. El aire del mar sacudió su pelo castaño y la tranquilizó. Al

fondo pudo ver el Atlántico, negro como el petróleo, y las luces del pueblo a lo lejos, que la invitaban a seguir.



Sanjuán se acercó al cuadro y al momento se dio cuenta de qué era lo que había querido decir Valentina. Recordó las fotografías de Lúa Castro. Salomé otra vez. El cuadro era realmente bueno. Se podría decir que tenía el mismo estilo que aquellas fotos... salvando las distancias estilísticas. Se fijó en la cabeza cercenada. Era extremadamente real, casi repugnante.

Buscó con la mirada a Morgado, que

parecía igual de fascinado que él.

—No es el tipo de cuadro que yo pondría en el salón de mi casa, pero es una verdadera maravilla. La pincelada es sutil, casi artesana. Pero el tratamiento del color y la figura... yo diría que impresiona. El mejor de la exposición, con mucha diferencia.

—No te suena el autor, ¿verdad?

Morgado acercó su cara al marco, tratando de encontrar la firma por algún sitio, sin resultado. Negó con la cabeza, sin apartar los ojos de la figura de Salomé.

—No, me suena mucho el estilo, pero lo único que puedo decir es que no

es de aquí, seguro. No hay casi nadie en Coruña que sea capaz de pintar así... Pero bueno. Haré averiguaciones y en cuanto sepa algo, te llamo.

Sanjuán giró la cabeza para buscar a Mendiluce, que seguía enfrascado en la animada charla, a la que se habían sumado dos hombres mayores de pelo blanco. Sacó su móvil del bolsillo y, disimuladamente, fotografió varias veces el lienzo. Valentina tenía razón: aquel cuadro podía significar algo. Pero... ¿qué exactamente?

• • •

Lúa miró con tristeza su top dorado de

Ralph Lauren. Le había costado una pequeña fortuna. Por no hablar de las sandalias de cuero de Armani que había comprado en un viaje a Milán, en las rebajas. Pero la única forma de salir de allí era nadando.

La periodista advirtió con alivio que la distancia que había desde el final del túnel, escondido en un repecho del acantilado, hasta el mar no era demasiado grande. Lo malo era que después tendría que cruzar desde las rocas hasta la cala a nado. El acantilado allí era demasiado escarpado para arriesgarse a trepar a esas horas hasta una zona más segura. Si perdía pie

mientras escalaba, podía romperse la cabeza.

Menos mal que la marea estaba baja, y el mar, tranquilo como una balsa de aceite. No tendría ningún problema si bordeaba las rocas con calma y no se metía en aguas profundas, meditó con esperanza. Se volvió un momento hacia el pazo de Mendiluce, que se veía a poca distancia de allí, iluminado para la fiesta. Aquellos subterráneos parecían perderse por toda la zona... No podía parar de pensar en todo lo que había visto esa noche. ¿Quién habría reconstruido los túneles y con qué motivo? ¿Qué pasaba en realidad en la

urbanización Ártabra? Lo más peliagudo era cómo iba a conservar la cámara y el móvil sin que se estropearan. Se le ocurrió una idea: primero llamó a Jordi, para que la esperara con el coche cerca de la cala de O Xunqueiro, cerca del faro. El becario contestó con alivio: llevaba un buen rato muy preocupado, buscándola. Luego, cogió la tarjeta de memoria de la cámara y la tarjeta SIM del móvil y las metió dentro de la polvera del maquillaje, después de deshacerse del recipiente interior para hacer sitio. Con suerte, la cajita de plástico que cerraba herméticamente para conservar bien el producto no iba a

defraudarla. Luego introdujo la polvera en el pequeño neceser de plástico, y todo dentro del pequeño bolso, que se ató al pantalón, rogando que el agua no penetrase dentro. Escondió el móvil, la cámara y las sandalias detrás de una roca, cerca de la salida del túnel, en un sitio del que estaba segura se iba a acordar cuando volviera a buscarlas. Y por fin, poco a poco, metió el pie dentro del agua totalmente helada, ahogando un grito de dolor. Apretó los dientes y se armó de coraje. Aquella machada iba a costarle una buena pulmonía.



Sanjuán y Valentina se despidieron de Morgado, que, afortunado, había aparcado su Mini en la parte de atrás de la mansión, a pocos metros de la puerta principal, y caminaron hacia el Citroën con parsimonia, disfrutando de la noche estrellada. Valentina miró hacia Sanjuán, que parecía absorto en sus pensamientos, y permaneció en silencio. Cuando estaban cerca del coche, Valentina usó el mando para abrir y las luces parpadearon. Sanjuán pareció entonces despertar de su ensoñación.

De pronto, a su lado, se deslizó un Mercedes negro E 350 AMG sedán. Raquel conducía el potente vehículo, y

su acompañante, un hombre moreno, miró hacia Valentina con una expresión de odio que no pasó desapercibida para Sanjuán. Valentina ladeó la cabeza al ver mejor a Sebastián Delgado. Luego reconoció a Raquel Conde por el inconfundible cabello rubio platino. Valentina no pudo evitar el sarcasmo.

—Quién lo iba a decir... Tu amiga tiene muy buenas relaciones, Javier. Vaya, vaya. Ni más ni menos que Sebastián Delgado. Ya decía yo que durante toda la noche el lobo no había asomado la patita por debajo de la puerta... estaba con caperucita roja...

—Mi «amiga» como dices tú es...

bueno, Raquel es en realidad mi exmujer, Valentina. Salimos juntos y nos casamos cuando ella estaba viviendo en Valencia. Pero ese tema se terminó ya hace tiempo... —Sanjuán pareció darse cuenta al fin de las palabras de Valentina, y se molestó consigo mismo porque las suyas habían sonado sospechosamente a justificación—. ¿Sebastián Delgado, dices? Sí, es verdad... no te ha mirado de modo muy agradable, por cierto.

—Menudo hijo de puta, pegarle a un chico indefenso en el suelo. Pobre Freddy. Cada vez que lo veo me dan ganas de pegarle tres tiros... —

Valentina cambió de tercio para no cabrearse más—. Pero bueno, menuda noticia. Así que Raquel es tu ex... Siento decirlo, Javier, pero no tuviste mucho ojo al elegir esposa... —dijo con malicia, pero muy aliviada al comprobar que Delgado había tomado posesión de su rival.

—Raquel ha cambiado mucho. No es la misma persona que yo... O por lo menos, la imagen que da ahora es radicalmente distinta. No sé... Imagino que el tiempo pasa para todo el mundo —el tono de Sanjuán ya era neutral, como indiferente.

—Pero bueno, no nos pongamos

tristes ahora —Valentina no quiso hacer más sangre—. Hace una noche preciosa y yo estoy agotada de tantas emociones. Por cierto, tengo curiosidad... ¿En qué pensabas antes, cuando veníamos hacia aquí? Estabas totalmente concentrado...

—¿Un penique por tus pensamientos? —Sanjuán sonrió cansinamente. En realidad pensaba en el complicado viaje a Inglaterra que les esperaba y en el hecho de que el cuadro que ambos habían visto en la mansión de Mendiluce viniera de allí, del mismo lugar que las fotos que le había proporcionado Lúa; Sanjuán no creía en las casualidades—. Me parece que,

ahora más que nunca, ese viaje es del todo necesario, ¿no te parece?

Valentina miró a los ojos del criminólogo y creyó adivinar la razón de ese comentario. El cuadro de Salomé y las fotos de Lúa... Entendió instintivamente que había una conexión perversa, una línea de maldad que unía a La Coruña con Inglaterra, aunque en ese momento no pudiera comprenderla en absoluto. En todo caso, ella se había comportado con mucha astucia en la fiesta y estaba satisfecha. Sus sospechas sobre Mendiluce y su entorno habían quedado bien ocultas, y eso era una ventaja a la hora de dar el primer golpe.

Al día siguiente, por ejemplo. Cuando
tuviera en su despacho a Sebastián
Delgado...

Capítulo 46. Conversaciones de domingo

Domingo, 13 de junio

Valentina se revolvía en la cama, inquieta. Soñaba. El largo vestido de novia, muy anticuado, le venía grande. Intentaba ajustarlo a su cuerpo, pero era imposible. Se caía una y otra vez, primero un hombro, luego el otro. Una de las mangas transparentes se rompió solo con tirar de ella con suavidad. La tela era áspera y amarillenta como la de una mortaja ya usada mil veces. Con la

manga en la mano se desesperó: solo quedaban unos minutos para la boda. Su madre entró con prisa, con un pequeño ramo de flores en la mano: margaritas, violetas, rosas rojas como la sangre y pálidas también, nomeolvides, narcisos y una gran amapola con el corazón negro. Valentina agarró el ramo, que se desmoronaba entre sus manos, mientras su vestido se caía una y otra vez, impidiéndole avanzar. Su madre la agarró de la mano y la arrastró con fuerza hacia el altar de la pequeña iglesia románica, sin importarle si podía correr con aquel vestido enredándose entre sus piernas. Iba descalza y los

guijarros afilados en el suelo frío le hacían mucho daño. Sus pies estaban ensangrentados cuando llegó al altar, que estaba gris, sucio de polvo. Valentina pudo ver perfectamente un cáliz de oro sobre la superficie de mármol. Su padre estaba allí, muy elegante, y podía andar. Su hermano permanecía apoyado en un uno de los asientos de madera: con semblante huraño la avisaba con gestos para que huyese del altar. Al lado de su padre, Sebastián Delgado repartía puros entre los fieles que estaban sentados en los bancos. Pedro Mendiluce la esperaba con un anillo en la mano y una sonrisa

encantadora. Era el padrino de boda.

Valentina intentó escapar de la iglesia, pero su madre la agarraba con manos de hierro crispadas en sus brazos. Gritó cuando vio al Charlatán acercarse a ella, los ojos brillantes de lujuria, vestido con un frac negro y una enorme datura blanca en el ojal. Cuando su madre la hizo aproximarse con fuerza sobrehumana hacia él, a pesar de su resistencia, que resultó en vano, hasta casi tocar la flor, Valentina se despertó jadeando, con el corazón golpeándole el pecho. Miró el despertador. Eran las siete de la mañana. Había dormido solo tres horas.

Hacía casi un año que se había librado de las pesadillas, por fin. O eso creía ella. Hasta esa noche. No podía permitirse volver a caer en el tiovivo del insomnio. Le había costado demasiado salir de todo aquello como para retroceder otra vez al punto de partida.

Se levantó, todavía en un estado semionírico. Abrió la puerta de su habitación con sigilo y se asomó al pasillo, que permanecía en completo silencio. ¿Por qué los seres a los que más amaba compartían la pesadilla con sus peores demonios?, se preguntó con angustia. No entendía aquel sueño.

Pensó que habría una relación entre volver a tener la pesadilla y la tensión que le producía el caso que entonces acaparaba todas sus energías. Luego tendría que llamar a su amiga Helena... a lo mejor ella podía explicarle algo.

Cuando entró en la ducha y sintió, complacida, cómo el agua tibia se perdía en todos los pliegues de su cuerpo desnudo, agradeció aquel ritual, como si de esa forma pudiera purificarse, borrar toda la inmundicia con la que tenía que enfrentarse.

Ya en Lonzas, una hora después, Valentina llamó al móvil de Sebastián Delgado para pedirle que acudiera a la

comisaría. Lo despertó. La inspectora había sido parca en palabras pero convincente al transmitirle la idea de que le convenía acudir a la cita. Delgado, bien conocedor de la psicología humana en lo que a tratar con la policía se refería, entendió que se evitaría problemas si accedía a ver a Valentina, así que quedó con ella a las doce y media.

Sebastián Delgado acudió a la cita vestido con unos elegantes vaqueros negros, una camisa de finas rayas blancas y rojas y una chaqueta azul marino de Burberrys. Quería dar la impresión de seguridad, y en realidad él

se sentía muy seguro de sí mismo, aun contando con el mal rato que la inspectora iba a hacerle pasar por todo el asunto de su hermano, aquel mequetrefe que fastidió con sus celos ridículos la despedida de soltero de Carolo, y por ende, un cierto beneficio económico que esperaba obtener. Pero Delgado, que había crecido en la vida marginal de La Coruña, a la que fue arrojado por un padre que se olvidó de su existencia cuando él apenas tenía ocho años, sabía cómo adaptarse a las circunstancias comprometidas cuando era necesario. Y tenía claro que un enfrentamiento con la Negro no le era

conveniente en absoluto, porque su instinto —que había aprendido a afilar desde temprana edad en las calles y reformatorios— le decía que ella era una mala enemiga. Mendiluce se lo había dejado muy claro, y Delgado rara vez desoía sus consejos. No solo porque lo admirara como un triunfador al que deseaba desesperadamente emular, sino porque le reconocía una inteligencia que él comprendía que no estaba a su alcance.

Delgado apareció en el despacho de Valentina acompañado de un policía. Esta le dio las gracias y pidió al secretario de Mendiluce que se sentara

enfrente de su mesa.

—Gracias por venir, Delgado. Un domingo por la mañana, me hago cargo de que es un engorro.

Sebastián miró las tenues pero profundas ojeras de la inspectora. Seguro que había pasado una buena noche después de la fiesta, la muy zorra.

—No hay de qué, inspectora.

—¿Tiene idea de por qué quería verlo? —El tono de la voz era neutro, casi informal.

—A decir verdad... —Delgado no quería parecer sumiso, pero pensó que era mejor contemporizar y pasar página pronto—, supongo que tiene que ver con

el desgraciado incidente con su hermano. Créame, inspectora, todo fue un malentendido... Había mucha gente, todo estaba confuso y pensé que alguien se metía con la chica que bailaba... Comprenda, yo...

—Déjelo, Delgado. —Valentina lo interrumpió; su compostura era del todo profesional, y no traslucía emoción alguna que revelara que había sido su hermano quien había recibido una paliza —. No lo he llamado por eso. Por ahora nadie ha presentado cargos, así que por mí el asunto está cerrado.

Delgado la miró, desconcertado. Estaba convencido de que su visita a

Lonzas tenía relación con el incidente en el *pub*. Todas las alarmas sonaron, atronadoras, en su cerebro de reptil. Instintivamente, se puso en guardia.

—No entiendo, entonces... ¿Qué quiere, inspectora...?

—Es muy fácil, Delgado. Quiero saber por qué me mintió el otro día en casa de su jefe cuando me dijo que no había visto nunca a Lidia Naveira. — Valentina había decidido realizar un interrogatorio directo y sin concesiones. Primero, porque pensaba que era el mejor sistema para acobardarlo, pero también, y en un segundo lugar muy próximo al primero, porque en el fondo

de su ser ansiaba verlo agonizar.

—¿Que yo le mentí...? —Delgado puso cara de inocencia y de sorpresa lo mejor que pudo, aunque él bien sabía que aquella era una partida perdida de antemano.

—Delgado. —El rostro de Valentina se endureció—. No me haga perder el tiempo ni paciencia. Tenemos testigos fiables que lo vieron a usted discutir varias veces con Lidia en los alrededores de su casa, y otras veces recogerla y llevarla. Espero una explicación...

Delgado comprendió que había cometido una imprudencia dejándose ver, fuera del coche, en casa de Lidia,

pero en aquellos momentos no tenía forma de saber que ella iba a morir asesinada. ¡Vaya mierda! Delgado acusó el impacto, y por un momento su cara reflejó estupor. ¡Siempre tenían que pasarle a él ese tipo de movidas! Pero pensó rápido, así que de inmediato puso su mejor sonrisa y dijo:

—Está bien inspectora... Es verdad, el otro día me asusté... ¡Joder, tiene que entenderlo! Un crimen así... lo primero que me salió de la boca era decir que no la conocía... Además, no quería que mi jefe pensara que me había metido en algún lío, ya me entiende...

—Delgado, de verdad... —

Valentina negó con la cabeza, escrutándolo con la helada mirada gris —, no me parece de naturaleza tan asustadiza... Pero digamos que por ahora me creo esa explicación. Queda por saber su relación con ella. — Valentina no quería darle la ventaja de que supiera que ella estaba al tanto de las orgías de su jefe que él ayudaba a preparar, y por lo tanto no podía presionarle en ese punto.

—Bien, la verdad es que la conocía del Golden Fish... ya sabe, la discoteca de Santa Cristina... ella iba con frecuencia con amigos, y yo también... Nos veíamos, nos lo pasábamos bien, ya

sabe, ella era una chica muy desenvuelta. —Delgado se arrepintió al instante de haber dicho eso, sugiriendo frivolidad en el carácter de la fallecida —. Quiero decir, muy sociable... Yo conseguí su teléfono y la llamé, quedamos cinco o seis veces... eso fue todo. Poco más.

—¿No le pareció un poco joven para usted? —preguntó Valentina con cierta ironía. Se daba cuenta perfectamente de que Delgado soltaba una mentira detrás de otra.

—Bueno sí, la verdad... pero yo nunca pretendía... ya sabe... nunca me lo hubiera planteado. —Delgado hubiera

dado mucho dinero en ese momento por tener el don de palabra y de convicción de Mendiluce—. Simplemente me caía bien, era muy divertida. Salíamos a tomar algo, a dar una vuelta, ya sabe. Nada más...

—¿Dónde estuvo la mañana del viernes día cuatro, entre las siete y las nueve? —Valentina le dio a entender, con ese cambio de registro, que no se había creído ni media palabra de su explicación. Pero para esa pregunta Delgado estaba sobradamente preparado, aunque decidió mostrar una cierta indignación.

—¡Joder, inspectora...! ¿No creerá

que yo tengo algo que ver con su muerte?

—No creo nada, Delgado. Por ahora, lo único que sé es que me ha mentido. Conteste, por favor.

—Bien, pues resulta que estaba en Madrid, viendo una galería que tiene unos cuadros que le interesan a Mendiluce, y de paso visitando a algunos amigos... Bien. Llegué a Madrid la noche del jueves y... —sonrió ligeramente al decir esto— por supuesto le puedo darle los nombres de las personas que lo atestiguarán. Que son muchas, además.

—Está bien. —Valentina no movía

un solo músculo de su cara—. Llame mañana a comisaría para dar esos nombres y pregunte por el agente Bodelón, él sabrá qué hacer. Otra cosa... No tendrá usted idea de por qué la mataron, ¿verdad? Lo digo porque usted parece conocer a todo el mundo aquí, se ve a las claras que usted es muy popular —Delgado acusó el tono de hostilidad con que su interrogadora dijo esto último.

—¿Cómo voy a poder imaginar una razón para un crimen así? ¡Por Dios, inspectora, si era solo poco más que una niña!

«Hijo de puta», pensó Valentina,

pero no lo traslució al exterior.

—Quiero decir que usted se mueve en el mundillo del arte, ya sabe, donde hay gente bastante rara... y supongo que ya ha leído el periódico de hoy. —Valentina le puso delante un ejemplar de *La Gaceta de Galicia*, con el especial dedicado al «crimen de Ofelia»—. El asesino parece muy aficionado al arte...

—Sí, ya lo vi en los periódicos... pero, en serio, inspectora, quien la haya matado no es alguien que frecuente los círculos donde yo me muevo. Créame, lamento mucho que la hayan asesinado, era una chica estupenda. —Y al decir esto Valentina apreció un tono que la

desconcertó, como si el guardián de un degenerado como Mendiluce pudiera sentir de verdad la muerte trágica de una chica que, por muchos errores que hubiera cometido, hasta muy poco tiempo antes de ser asesinada había estado jugando con muñecas.

—Bien... Creo que eso es todo... — Delgado empezó a levantarse, pero no terminó de hacerlo—. Espere, una cosa más. ¿Qué le dice el nombre de Lobo Feroz? Por supuesto, no me refiero al cuento...

Entonces Valentina sintió una punzada en el estómago: veía en los ojos de Delgado que estaba tocado de

verdad. Ese cabrón sabía lo que le estaba preguntando.

—¿Lobo Feroz...? No entiendo, inspectora... —Valentina se quedó esperando que hablara más; Delgado continuó después de varios segundos de un silencio embarazoso—. No... Ni idea de lo que puede significar eso.

Valentina decidió apretar el acelerador.

—Vamos, Delgado, no me joda. —Elevó el tono de su voz, se levantó y se puso de pie a su lado, apoyando una mano en la mesa e inclinándose hacia su interrogado—. Sabemos que Lidia chateaba con un tipo que se llamaba

Lobo Feroz. Parecía que ella dudaba, que tenía cierta reserva, como si no quisiera dar un paso en falso... ¿No era usted ese lobo? ¡Mírese! ¿Acaso no es usted el típico guaperas sinvergüenza que va detrás de las jovencitas...? ¿No le ponen las niñas, Delgado? — Valentina estaba furiosa, y se acercó todavía más al rostro de Delgado, totalmente lívido—. ¿Cree que me he tragado toda esa mierda de que usted es un secretario artístico o algo así...? ¡¿Qué sabe en realidad de Lidia Naveira...?! — Valentina se quedó unos segundos junto a Delgado, luego se alejó, recuperó en unos momentos la

calma y volvió a sentarse sin apartar la mirada de su turbado oponente.

Valentina esperaba, mirando a Delgado de forma obsesiva, buscando una grieta en aquel cabrón que le diera un indicio, un camino. Este tenía los ojos inyectados en sangre, colmados de odio; los labios le temblaron durante un instante muy fugaz en la cara roja, pero en breves segundos volvió a recuperar una media sonrisa. Delgado se había curtido entre matones, ladrones y policías, y esa escuela se notaba.

Se encogió de hombros.

—Inspectora, no tengo nada que decir. Lo siento de verdad. No sé más de

lo que le he dicho. De todos modos... asegúrese de comprobar mi coartada.

—Está bien, Delgado, márchese. Pero si descubro que ha vuelto a mentirme, o si algún día llego a saber que me ha ocultado información que resultara vital para detener al asesino de Lidia, búsquese un agujero profundo y escóndase en él, porque, créame —la voz de Valentina era pura amenaza—, no querrá que lo encuentre.

Cuando Delgado se marchó, Valentina decidió bajar a la cafetería a por un café. Tenía que relajarse. Aquel energúmeno la sacaba totalmente de quicio. Luego subió de nuevo y encendió

el ordenador de su despacho. Necesitaba con urgencia dos plazas en un vuelo a Londres. Y también un hotel decente para pernoctar. Nada de *bed and breakfast*. O al exquisito de Sanjuán podía darle un ataque...

• • •

—¿Cómo estás de tiempo hoy por la tarde? —Lúa puso su voz más absurdamente manipuladora para ver si surtía algún efecto. Como siempre, lo hizo. Notó cómo el gafapasta se derretía desde el otro lado del teléfono.

—¿Para qué necesitas mi tiempo, oh diosa de la belleza? Soy todo tuyo a

partir de las cuatro. Tengo que comer con mis hermanos, hoy viene mi abuela de la aldea y va a hacer carne asada...

Lúa lo interrumpió. No le interesaba para nada el menú familiar.

—¿Tú no tenías una canoa en el apartamento de Santa Cruz?

—Sí, efectivamente. Tengo una canoa. Bueno, es de mi hermano Juan, pero la suelo utilizar yo la mayoría de las veces...

—Necesito que me lleves cerca de la cala de Punta Bufadoiro.

—¿Me vas a hacer remar después de la carne asada de la abuela? Cómo te pasas, Lúa Castro... ¿A O Xunqueiro

otra vez? Mira que la has cogido con el farito de Mera... ¿No te llegó con lo de ayer por la noche? Casi te congelas. No sé cómo puedes tener ganas de volver.

—Yo te ayudo a remar, no te preocupes. No creo que sea muy difícil, si sabes hacerlo tú, yo también. ¿Te recojo a las cuatro y media en tu casa?

Lúa mordió el bolígrafo con saña mientras pasaba en su ordenador las fotos de la tarjeta de memoria. Estaba orgullosa de sí misma: había conseguido salvarla, al igual que la tarjeta SIM del teléfono. Lo malo era que tenía que volver a comprar otro recambio de aquellos polvos sueltos tan buenos que

le habían costado bastante dinero... Pero valió la pena: allí, delante de sus ojos, estaban las fotografías de algunos de los documentos del despacho de Pedro Mendiluce. Y la estatua romana que, según aquellos dos, había salido del yacimiento. A la vuelta empezaría a estudiar aquellas fotos. En ese momento lo importante era rescatar la cámara antes de que se estropease, o alguien pudiese encontrarla allí.



La doctora Di Maio llegó a la unidad de cuidados intensivos diez minutos antes de la hora, después de dos días de

escapada con su marido en Brighton. Se cambió y se dispuso a leer todos los expedientes de los ingresados mientras tomaba un capuchino de la máquina. Le extrañó ver un policía uniformado y armado en la puerta. En cuanto vio a Sally, la enfermera jefe, le preguntó el porqué de la vigilancia.

—Tirotearon a un español ayer por la noche. La policía tiene miedo de que el agresor lo intente otra vez. De todos modos... —Sally negó con la cabeza, desesperanzada— no creo que dure mucho tiempo más. Con las heridas que tiene lo raro es que esté aún vivo.

—Qué desastre... me voy dos días y

esto se convierte en un caos. —La doctora intentó quitarle algo de dramatismo al asunto. Sopló para enfriar el café. Si cada vez que un paciente de cuidados intensivos moría iban a deprimirse, su vida podía convertirse en un valle de lágrimas. Sonrió con ternura a su enfermera preferida—. Venga, Sally. Ánimo. ¿Qué más tenemos?

Cuando Sally se decidió a contarle el ingreso de un niño con meningitis aguda que parecía tener una remota esperanza de salvación, la alarma del monitor de Jaime Anido comenzó a sonar con una serie de pitidos intensos e insoportablemente agudos. Sus

constantes vitales empezaron a fallar. La frecuencia cardíaca se disparó de forma alocada. Todos corrieron hacia él, un enfermero con el desfibrilador, un médico con una jeringuilla cargada de adrenalina.

Al cabo de casi media hora de intentos infructuosos, desesperados, la doctora Di Maio miró su reloj.

«Hora de la muerte, una y media de la tarde».

El policía encargado de vigilar a Anido llamó inmediatamente al inspector jefe Evans.



Freddy estaba sentado delante del plato, sin hablar, con la cabeza baja. Durante la comida no había articulado palabra, ni tampoco había sido capaz de tragar ni un trozo de pizza. Valentina había encargado la tropical con piña, su favorita, para animarlo un poco, pero Freddy solo miraba el plato sin dar señales de vida. Valentina y su padre se miraban con preocupación. La hermana rompió el silencio que había reinado desde el principio.

—Freddy... No estás comiendo nada... —Se dio cuenta de la obviedad, pero no encontró otra forma de romper las barreras de su hermano—. ¿Te

encuentras mal? ¿Quieres que vayamos a urgencias?

Freddy la miró un instante fugaz y musitó un «no» hacia la pizza, que ya se había enfriado.

—Estoy bien. No tengo hambre, eso es todo...

Enrique Negro movió su silla de ruedas, se acercó a su hijo y lo abrazó.

—Freddy, hijo... ya sé que lo de Irina te ha sentado muy mal... pero no puedes tomártelo así... Ya verás como todo se arregla pronto...

—Por favor. Dejádme en paz. No quiero hablar de Irina. No quiero hablar de nada.

Freddy se levantó de la mesa, tiró la servilleta sobre el plato y se fue a su habitación, dando un portazo.

Valentina lo vio marchar con pena. «Pobre Freddy. Tiene que estar pasándolo fatal. Por no hablar de mi padre... Qué desastre».

—Hija, por favor, habla con él. Nunca lo había visto tan mal desde el accidente. —La cara de Enrique Negro era un poema.

Valentina asintió.

—Después. Después hablaré con él. Ahora déjalo que rumie un poco en su cuarto. Tampoco hay que agobiarlo. Lo ha pasado muy mal.

—No entiendo qué hace saliendo con esa chica rusa, Valentina. De verdad... y no es mala chica, o eso me parecía al principio, pero esto... esto no se puede consentir. Hay un montón de chicas de su edad, españolas, tanto o más guapas que ella, y además, chicas decentes, estudiosas. Chicas normales. No bailarinas de *strip-tease* o lo que quiera que sea la tal Irina.

—Papá, Freddy es muy joven. Lo superará al fin. Todos hemos pasado esa época horrible del primer amor, las decepciones... en el momento nos parece que vamos a morir de dolor, pero luego aparece otra persona y todo

cambia...

—Sí, hija, sí. Pero Freddy... ha sufrido con lo de mamá, ha sido muy duro —suspiró—. Es un chico muy inestable. A mí me tiene confundido. A veces se comporta como un adulto y de repente, vuelve a ser un niño caprichoso. Además, una cosa es que esté enamorado y otra muy distinta que ande por ahí pegándose con la gente por culpa de su novia.

Valentina asintió. Su padre tenía toda la razón del mundo. Y menos mal que el tal Carolo no iba a presentar una denuncia de momento: no quería que su novia se enterara de la naturaleza de la

despedida de soltero, y si salía a relucir todo en los juzgados a ella no iba a parecerle precisamente demasiado bien.

—El amor es algo inexplicable, papá. Mientras él siga enamorado, poco podremos hacer. Lo único prohibirle que salga con ella, y no veo la forma de hacer algo así, porque en el momento en que le prohibamos que siga con Irina será mucho peor, ya sabes lo tozudo que es... Es mejor que se vaya mentalizando poco a poco de que Irina no le conviene. La verdad es que va a sufrir mucho si siguen juntos, visto lo visto.

—Eso es lo que tienes que decirle, Valentina. A ti te hace caso, ya lo sabes.

Aunque te parezca que no, Freddy te admira mucho.

—Papá, voy a hacer café. Luego hablaré con él, no te preocupes más. —
Valentina intentó animar a su padre—.
Antes de irme a Londres pienso dejarlo como nuevo... Por cierto... ¿Qué quieres que te traiga de allí?

• • •

Jordi remaba con todas sus fuerzas, mientras Lúa miraba al becario desde la parte de atrás de la canoa. No estaba mal el gafapasta: tenía unos buenos bíceps que se marcaban a través de la camiseta color naranja de Mazinger Z. Y

cuando no llevaba las gafas, lo cierto es que tenía unos ojos negros impresionantes. Si no fuera tan *freak* y tan arrastrado... a lo mejor tenía un polvo y todo.

—Tú dirás, Lúa, dónde quieres que este tu esclavo te lleve con su canoa...

—Jordi, no gastes tu energía con tonterías. Mira, ya estamos llegando al sitio, creo —Lúa dudó un momento—. Gira hacia esas rocas y echa el ancla por ahí cerca...

Lúa se quitó el top de tirantes y el short. Se había puesto el bikini y sonrió al ver al gafapasta mirar hacia ella con asombro al verla de tal guisa. Luego se

lanzó al agua sin dudar un momento. Cuando salió a la superficie tras la zambullida, Jordi seguía con los ojos abiertos como platos.

—Jordi, tengo que coger unas cosas ahí arriba, en las rocas. En cuanto te haga una señal, te acercas todo lo que puedas y me echas una mano. ¿Ok?

—De acuerdo, mi sirena. Haré todo lo que tú me digas sin dudar un instante... —El becario sonrió como si fuera el esclavo preferido de la princesa, que era justamente como se sentía en aquel momento.



Desde su biblioteca, situada en un torreón que, por supuesto, había construido sin los pertinentes permisos municipales, Pedro Mendiluce había seguido con curiosidad las evoluciones de la canoa que había pasado por delante de su pazo. Encendió uno de sus Cohiba mientras miraba por el amplio ventanal que ofrecía unas vistas espectaculares de toda la bahía de Mera.

Cuando observó que la canoa se estaba acercando demasiado a un punto concreto, se acercó al telescopio que tenía estratégicamente situado para ver las chicas guapas en la playa y lo ajustó. En la barca había un hombre y una

mujer: a la chica creyó reconocerla. Parecía la periodista de sucesos de *La Gaceta*, la que había ido a la fiesta, pero no estaba seguro del todo. Luego ella se desnudó (cosa que él agradeció con un breve soplido) y se tiró al agua en bikini. Por lo visto, la hija de su contacto en la Nacional era una mujer de bandera... quién iba a decirlo.

Lo siguiente que vio no le hizo demasiada gracia. Habían gastado mucho dinero reconstruyendo el túnel para que llegase algún curioso a merodear por la zona. La mujer subió por las rocas hasta llegar casi a la altura de la salida del túnel. Pero se detuvo

antes y se metió detrás de unos arbustos. Ahí la perdió de vista por un rato. Luego salió de nuevo y bajó con agilidad hasta el agua, en donde esperaba ya la canoa, muy cerca de las rocas. Ella le dio algo al chico y se metió en el agua. Se subió de nuevo a la barca, que inició su lenta marcha hacia la playa de Mera.

Mendiluce le dio una larga chupada al Cohiba y volvió a sentarse en su butaca preferida. Aquella visita le había dado mucho que pensar. No le gustaba que la gente anduviese husmeando por sus propiedades. Tendría que tomar medidas para evitarlo.

Capítulo 47. Londres

«Nothing clears up a case so much as stating it to another person».

Sherlock Holmes

Lunes, 14 de junio,

7:00 h

aeropuerto de

Alvedro, La Coruña

Javier Sanjuán bostezó disimuladamente. Eran las siete de la mañana y el aeropuerto estaba casi desierto. Se moría por un café. Pero la

«inspectora O'Neill» quería facturar las maletas antes de hacer nada, y allí estaban, esperando a que abriese el mostrador de Iberia. Faltaba más de una hora para que el vuelo estuviese listo, y salvo una limpiadora con su carrito y un par de ejecutivos con sus maletines, no había mucha más gente en la amplia sala.

Valentina miraba el reloj, mientras movía la pierna con impaciencia.

—¿No tendría que estar ya abierto? Solo falta una hora para que salga el vuelo... —Valentina arrastró su maleta mientras taconeaba con decisión subida a sus altos zapatos grises. Se había

puesto un traje de chaqueta ajustado que nunca había tenido la oportunidad de estrenar, y la falda de tubo la incomodaba a la hora de tirar del equipaje con soltura.

Sanjuán observó de nuevo con asombro la enorme maleta de Valentina. ¿Qué llevaría allí dentro? Se había acostumbrado a viajar con lo mínimo y le sorprendía ver que no todo el mundo era igual de austero. Además, en Londres había tiendas, si necesitaba algo, con comprarlo allí...

—¿Y si nos sentamos a tomar un café mientras esperamos a que abran el mostrador? La cafetería está abierta...

—Sí... Tienes razón —Valentina concedió, a regañadientes—. Total, aquí no hacemos nada.

A Valentina Negro no le gustaba volar. Era un secreto inconfesable que no solía contarle a nadie, pero la verdad era que en el aire se sentía totalmente insegura. Por lo general, viajaba en coche o en moto, evitando siempre que fuera posible el engorroso trámite de coger un avión. Y allí estaba, a punto de embarcarse en uno y con muchas ganas de beberse un buen chupito de whisky. O de tomarse una tila. O de meterse entre pecho y espalda un lexatin, como hacían algunas de sus amigas. Pero se limitó a

pedir un simple café con leche y se tragó sus fobias. Confiaba en que Sanjuán no se diera cuenta de que volar le resultaba insoportable. A Valentina le gustaba tan poco como volar que la gente se fijase en sus debilidades.

—Qué ganas de fumar un cigarrillo... —suspiró Valentina con envidia, observando la cajetilla que Sanjuán había colocado encima de la mesa, al lado del móvil, ambos objetos formando un perfecto conjunto equilibrado.

—¿Fumas? —Sanjuán la miró con sorpresa. No la había visto fumar ni un cigarrillo desde que la conocía.

—Lo he dejado hace algún tiempo. Antes acostumbraba a fumarme una cajetilla diaria... —Valentina tomó un sorbo de café y lo miró con expresión de culpabilidad—. El estrés del trabajo... todo eso. Por cierto, Javier...

—Dime, inspectora. —El tono de voz dulce de Valentina les sonó como un conjunto de campanas celestiales a los oídos de Sanjuán.

—¿Te molestaría demasiado ir a cogerme un cruasán y de paso comprar el periódico en la librería? Tengo ganas de seguir leyendo las majaderías de tu amiga Lúa Castro.

Sanjuán adoraba las librerías de los

aeropuertos. Eran un compendio de literatura barata, periódicos diversos, peluches imposibles y productos típicos tan absurdamente caros que probablemente estuvieran fabricados con invisibles hilos de oro. Fue al estante de los periódicos y las revistas para coger *La Gaceta*. En un expositor de metal que había a poca distancia, pudo ver el último número de *Caso Abierto*, recién salido de la imprenta: las fotos tan familiares para él del cuerpo de Lidia Naveira y la escena acuática en el estanque lo golpearon como un puñetazo. Aquello era desmoralizante. ¿Cómo se podía tener

tan poca ética para hacer algo así? Cogió la revista y la unió al periódico. A Valentina ver aquello no iba a hacerle ninguna gracia, desde luego.



El enfado de Valentina es tan grande, tan intenso, que le ha hecho olvidar su pánico al avión. Cuando se da cuenta, está mirando por la ventanilla el inmenso cielo azul celeste, el rastro congelado de una estela blanca y algodonosa de otro avión a pocos kilómetros de su reflejo en el cristal. Si tuviera

cerca a Lúa Castro la mataría con sus propias manos, sin compasión alguna. Pero tiene que dominarse, cosa que hace a duras penas. Ya le cantará las cuarenta a Anido si tienen la oportunidad de verlo. Se distrae viendo cómo Javier Sanjuán intenta resolver el sudoku del periódico: Valentina ve sin mayor problema la disposición de los números que faltan, pero no piensa darle ni una sola pista. Vuelve a mirar por la ventana, ve el ala blanca y roja, con unos números arcanos

pintados en color negro, y se pregunta cómo es posible que semejante mole esté suspendida en el aire sin caerse. Valentina Negro vuelve a sentir miedo otra vez.



Sanjuán vio los nudillos apretados y blancos de Valentina haciendo fuerza contra el reposabrazos y sonrió interiormente. Por su semblante de agobio era obvio que no le gustaba nada volar, pero no había manifestado ni un ápice de miedo. Hasta el momento. Estaban aterrizando en Heathrow y el

avión se movía constantemente entre las nubes, dando molestos bandazos que hicieron que a más de uno se le escapase un grito de susto. Miró su reloj: el vuelo solo se había retrasado un cuarto de hora escaso. Con suerte, el inspector Evans estaría ya esperándolos en la terminal.

...

Londres, Heathrow,
09:15 h.

Geraint Evans esperaba entre la multitud que se agolpaba en la terminal tres con

un cartel en la mano. Se sentía ridículo con su elegante traje azul marino y el cartoncito, pero era lo único que se le había ocurrido para darse a conocer a sus dos invitados. Tenía que reconocer que se encontraba en un extraño estado de estupefacción desde el momento en que Jaime Anido había llegado a su comisaría de Whitby. Seguirlo a Londres había sido una idea genial. Meses sin una sola pista sobre el crimen de Patricia Janz, y de repente, con la llegada del fotógrafo, se había precipitado absolutamente todo... Lo que peor llevaba Evans era no haber podido evitar la muerte del fotógrafo.

Pero por lo menos, Sue Crompton estaba viva. Aquella chica tenía mucho que explicar. Estaba empeñada en no soltar prenda, pero tendría que empezar a decir la verdad. Ya había muerto una persona... Se preguntó qué sabría la policía española. Estaba perplejo con lo que le había dicho Valentina Negro — ¿cómo se pronunciaría en realidad su nombre?— el sábado por teléfono. Un asesinato similar al de Patricia, pero en el norte de España. Iba con un psicólogo criminalista que ayudaba en la investigación. Evans tenía el palpito de que aquella visita iba a ser crucial para esclarecer el vacío que había planeado

sobre el caso desde el principio.

El vuelo había aterrizado sin mayor problema y los pasajeros empezaban ya a desfilas a cuentagotas por la salida de la terminal. Evans empezó a descartar a parejas con niños o a turistas demasiado mayores. Un par de veces estuvo a punto de acercarse a varios candidatos, pero resultaron no ser ellos. Al fin salió una pareja. Ella era una mujer joven, de cabello oscuro y ojos penetrantes. A él lo reconoció al momento: había buscado en internet el nombre de Javier Sanjuán y le sorprendió que un criminólogo tan famoso en España se estuviera ocupando del caso Janz. La mujer lo miró con

semblante interrogativo, y él agitó el cartel en el aire.

—¿Inspector Geraint Evans? —El inglés de Valentina no era perfecto, pero era lo suficientemente bueno para hacerse entender—. Yo soy la inspectora Valentina Negro. Y él es Javier Sanjuán.



Evans condujo su viejo Rover por la autovía hacia Londres mientras se ponían al día de las novedades. La noticia de la muerte de Jaime Anido los dejó totalmente noqueados.

Valentina no salía de su asombro. Se sintió de pronto muy culpable por el

cabreo de las fotos y por todo lo que habría querido decirle a la cara.

—No puede ser... es terrible. Anido era un sinvergüenza, pero no merecía semejante cosa...

—¿Un sinvergüenza? ¿En qué sentido? —Evans había considerado a Anido una buena persona durante el poco tiempo que lo trató. Aquello le extrañaba.

—Era un fotógrafo... como diría, con una ética demasiado flexible, un oportunista. —Sanjuán no quiso sonar excesivamente crítico con el fallecido —. Fotografió el cadáver de Lidia Naveira en la escena del crimen y luego

no tuvo ningún problema en hacer circular las imágenes... Luego las verás, acabamos de comprar la revista en el aeropuerto. —Sanjuán se acordó de repente de Lúa Castro. La pobre había intuido todo el tiempo que algo iba muy mal, y por desgracia, había acertado. Después la llamaría para darle la noticia.

Evans conducía con un ojo siempre en el cuentakilómetros. No quería arriesgarse a ser pillado por los innumerables radares que salpicaban aquí y allá la autovía. Reflexionó en voz alta.

—Sin embargo, su llegada a Londres

fue el detonante de todo. No olvidemos que gracias a él nos hemos puesto en contacto... Lo cierto es que estoy deseando conocer todos los detalles del caso. —Evans parecía muy excitado. Su olfato de sabueso le decía que estaba sobre una buena pista al fin—. Llevo desde las navidades totalmente obsesionado con el asesinato de Patricia Janz. ¿Es posible que haya un crimen en España con las mismas características? Creo que primero podemos ir a mi hotel... allí tengo todo el expediente del caso Janz. Luego espero que me acompañéis a la casa de Sue Crompton, la amiga de Jaime. Esa mujer sabe

muchas cosas, cosas que no quiere decir y me gustaría saber por qué. Tengo que convencerla para que hable, su vida corre grave peligro si el asesino sigue suelto.

Sanjuán miró hacia los típicos adosados ingleses, que se apelotonaban a lo largo de la M4. A lo lejos, un par de edificios altos, casas sociales, anunciaban la cercanía del centro de Londres. La noticia de que tanto Sue como Anido hubieran sido atacados lo había sumido en una honda preocupación. El Artista se movía rápido. Había fracasado con Sue, que sin duda era su objetivo prioritario.

Anido había sido una víctima necesaria, por su relación con Sue y... con Patricia, eso lo tenía claro. Pero su ansia de matar no iba a detenerse. Sintió de pronto la angustia de estar en una carrera en la que la meta era evitar uno o más nuevos crímenes, con el inconveniente de haber salido en una posición retrasada respecto al asesino.

—Su vida y quizá la de muchos otros, inspector. Si no me equivoco, Sue Crompton ha recibido unos anónimos que por alguna razón no ha querido enseñarle, pero que han llegado hasta nosotros gracias a Anido. Antes de ir a visitarla, conviene que los lea

detenidamente.



Sue miró desde la cocina hacia el grueso policía que custodiaba la puerta de entrada con los ojos medio cerrados de tanto llorar, y él le devolvió la mirada con una sonrisa que pretendía ser acogedora pero que quedó en una simple mueca. Le estaba preparando un té con leche mientras ella se hacía un rooibos para intentar relajarse. Cada vez que salía al pasillo veía la sangre en la pared y se ponía a llorar de forma desconsolada. Habían estado a primera hora de la mañana los de la científica

analizando las trayectorias, pero ¿para qué? Anido estaba muerto; el cuerpo, frío en el depósito, con una etiqueta en el dedo gordo del pie. Preguntas y más preguntas. La policía de Londres también quería saber cosas... como Evans. Sue se retorció las manos, desesperada. Sabía que tenía que contactar con la familia de Jaime, pero no tenía ni idea de por dónde empezar. Además, en un rato llegaría el inspector jefe Evans a hablar con ella de nuevo. Evans le había salvado la vida, como mínimo. Así que siempre iba a estarle agradecida. Pero aquel hombre estaba acercándose demasiado a su

organización. Y ella no podía ni debía decir más... ¿Y si salía todo a la luz? No podía permitirlo. Era necesario proteger el anonimato de todos sus amigos.

El asesino de Jaime había intentado secuestrarla. ¿Con qué fin? ¿Para hacerle lo mismo que a la pobre Patricia? Cogió la lata de Earl grey y no pudo evitar que volvieran a caerle las lágrimas. Pobre, pobre Jaime. Su mundo se desmoronaba delante de ella y no podía hacer nada para evitarlo. Cogió un pañuelo de papel y se limpió la cara. Desde luego, tenía una pinta horrible.

Cuando sonó el timbre de la puerta,

Sue, perdida en el limbo de sus pensamientos, pegó un respingo que casi hizo caer la taza. El policía miró la cámara de seguridad y vio al inspector Evans con otras dos personas. Abrió la puerta.

—Es el inspector, señora. No se preocupe. Está todo bajo control.

•••

Londres, Bloomsbury,
10:30 h

Sue hizo té para sus tres invitados y lo llevó al salón con ayuda de Evans, que

cargó con una bandeja de *scones* y pastas que a los ojos de Sanjuán presentaban un aspecto delicioso. Parecía totalmente agotada. Las ojeras horadaban su piel perfecta, y los ojos aparecían enrojecidos del llanto. A todos les dio pena aquella mujer que aún parecía en estado de *shock*, a pesar de la entereza que mostraba en todo momento. Evans les había contado con todo tipo de detalles el intento de secuestro que había sufrido en su tienda de Covent Garden. Era normal que aún estuviese totalmente aterrorizada. Y más sabiendo que el Artista había asesinado a Jaime Anido en su propia casa.

Evans se echó tres enormes cucharadas de azúcar en el té y ofreció a los demás leche y sacarina, como un perfecto anfitrión. Luego se levantó y sacó el móvil de su chaqueta: era Keith Servant, inspector de homicidios de la policía Metropolitana. Quería también estar presente en la reunión con la policía española. Keith no tardó más de un cuarto de hora en llegar. Era un hombre alto de típicas facciones británicas, ojos claros y un llamativo cabello color zanahoria que tenía aspecto de no caerse jamás. Tras las presentaciones, se sentó con ellos y declinó tomar té. Acababa de tomarse

uno en la comisaría.

Evans rompió el hielo dirigiéndose a Sue con un tono suave pero firme. No quería que se cerrase desde el principio, como temía. Aquella mujer estaba pasando por un momento horrible, pero era el único vínculo que tenían con el posible asesino de Patricia y de Jaime Anido.

—Sue... Ya sé que no es fácil para ti pasar por esta situación, después de todo lo que ha ocurrido estos días. Pero es necesario que nos ayudes. El asesino de Jaime está suelto y mucho nos tememos que pueda volverá matar. Hay vidas en juego, Sue. Tienes que darte

cuenta de que eres nuestro único vínculo, la única pista que tenemos en este momento.

Sue asintió y miró hacia todos los presentes con decisión.

—Ya lo sé. Lo entiendo perfectamente. Pero a mí todo esto me ha cogido totalmente por sorpresa. No tengo ni la más remota idea de por qué ese hombre me atacó el otro día. Ni tampoco de por qué ha... disparado a Jaime. De verdad. No lo sé. Estoy perdida... —Se cubrió el rostro con la mano para ocultar las ganas de llorar otra vez.

—Necesitamos que nos digas todo

lo que viste el otro día. Necesito saber si viste al hombre que te atacó, Sue.

—No pude ver nada. Él... me puso una capucha en la cabeza cuando me atacó. Yo no pude verlo... solo sé que olía bien, a perfume caro. Y también a sudor. —Sorbió ligeramente la nariz—. Es lo único que recuerdo... Estaba dentro de los probadores, escondido... no sé el tiempo que llevaba allí dentro. No lo sé... Moira había quedado con un chico y salió antes, por eso me quedé yo cerrando la puerta.

Evans le hizo una seña al inspector, que inmediatamente llamó por teléfono a la comisaría. Quería a los de huellas en

la tienda de Sue sin perder un minuto.

—¿Está la tienda abierta, Sue? Así podemos mandar a los de huellas a que hagan su trabajo.

—Sí, está abierta. La abrió Moira esta mañana temprano.

—¿Recuerdas de qué probador salió? Intenta hacer memoria.

—No, fue todo muy rápido. De repente estaba encima de mí... no, no me acuerdo...

—¿La encargada de cerrar la tienda es Moira? ¿Todos los días? —Keith Servant intervino por vez primera.

—Sí. Menos ese día en concreto. Moira salió antes porque tenía una cita

con un español al que acababa de conocer hacía poco...

Sanjuán la miró con curiosidad. En realidad, llevaba un buen rato sin quitar los ojos de aquella mujer, cosa que a Sue estaba empezando a ponerla muy nerviosa. Aquel hombre parecía traspasarla con la mirada.

—¿Un español? Qué curioso, ¿no?

Sue asintió, mientras se llevaba la mano hacia el brazo escayolado, para intentar colocarse más cómodamente.

—En realidad, Moira me llamó ayer para decirme que el hombre no había acudido a la cita...

—Yo que ustedes hablaría con

Moira también. No creo que sea casual que Moira saliese antes esa noche, ¿no les parece? —dijo Sanjuán.

Ambos asintieron. Keith Servant volvió a llamar, esa vez a uno de sus subordinados directos, para que hablase con Moira. Y si hacía falta, que llamasen a los del Pro-fit para que hiciesen un retrato robot del hombre de su cita.

Sanjuán miró de nuevo a Sue con la cabeza ladeada. Valentina se dio cuenta al instante de que iba a empezar a presionarla con la información que le había proporcionado Jaime Anido.

—Sue... La inspectora Negro y yo

acabamos de llegar de España porque tenemos la sospecha de que el asesino de Jaime y de Patricia Janz puede estar actuando también allí... Bien. ¿Lo oíste hablar en algún momento? ¿Pudiste fijarte en el acento?

—No habló casi nada. Espera... sí. Habló una vez. Me mandó callar. Pero no detecté ningún acento extranjero... la verdad, en eso no puedo ayudar mucho.

—Pero sí puede ser de gran ayuda que muestres a los inspectores aquí presentes los anónimos que has recibido no hace mucho tiempo, amenazándote de muerte a ti y a otras personas relacionadas contigo.

Sue palideció a ojos vista. Los dos inspectores se revolviéron en sus asientos al escuchar la información. Esperaban que reaccionase positivamente, así que se adelantaron, expectantes. Sue abrió los ojos, sorprendida, mirando a Sanjuán como si estuviese viendo a una especie de mago.

—Yo... yo no... —Sue se dio cuenta de que no iba a poder esconderse más tiempo detrás de su silencio—. ¿Cómo diablos sabes lo de los anónimos?

—Jaime se puso en contacto conmigo hace unos días para preguntarme qué podían significar. Estaba muy preocupado, y con razón,

dadas las circunstancias. Un gran error por tu parte no haber consultado ese tema con la policía, Sue. Lo que me extraña es que aun ahora, después de todo lo que ha pasado, no te decidas a contar todo lo que sabes.

Sue lo miró con aspecto desolado. Lo que le estaba diciendo Javier Sanjuán le estaba haciendo mucho daño, pero lo peor era que era cierto. Se levantó del sillón en donde estaba y se disculpó.

—Ahora mismo vengo...

Valentina siguió con la mirada a Sue. El rostro de aquella mujer se le hacía extrañamente familiar desde el primer

momento. Estaba intentando procesar a toda velocidad cuándo o dónde podía haberla conocido... pero era imposible. Valentina nunca había estado en Londres. Prefería viajar a lugares a donde no tuviese que ir en avión. Jamás la había visto, eso seguro. Pero la sensación no desaparecía. Al revés. Su intuición estaba avisándola de algo, pero no era capaz de comprender qué era con exactitud. Se concentró y respiró profundamente, tratando de relajarse.

Sue volvió al poco tiempo con folios en la mano y se los dejó leer a los dos inspectores. Sanjuán asintió con la cabeza e intentó darle ánimos con una

sonrisa acogedora. Luego prosiguió.

—Como pueden observar, los anónimos están escritos en plural. Se dirigen a varias personas. A un conjunto de personas. —Sue lo observaba con semblante demudado—. En mi opinión, Sue, no estás contando todo lo que sabes. Mi teoría es que ese asesino es un hombre con un retorcido complejo de justiciero. Desea librar a la humanidad de seres a los que considera perversos, seres que él desprecia. Personas que, según él, realizan prácticas sucias. Incluso pecaminosas. Y cuando digo esto me estoy refiriendo a gente que realiza prácticas sadomasoquistas, por

ejemplo. —Sanjuán observó atentamente a Sue. Ella se sentó de nuevo en el sofá. Su semblante revelaba una gran consternación. La lucha interna empezaba a desatarse, aunque ella insistía con tozudez en permanecer en silencio.

Evans asintió con la cabeza. Luego añadió:

—¿Te dice algo el nombre de El Ruiseñor y la Rosa?

Sue se dejó caer hacia el respaldo del sillón, hundida por completo. Negó con la cabeza e intentó hablar, pero solo pudo emitir un suspiro.

Evans prosiguió.

—Cuando Anido fue a Whitby, y preguntó por las circunstancias del asesinato de Patricia me resultó bastante... curioso, por así decirlo. Así que decidí montar un dispositivo de seguimiento. Ese es el motivo por el cual hoy estás aquí, Sue. Os estábamos siguiendo a los dos. Por eso pude abortar el intento de secuestro. Aunque no me perdonaré jamás lo de Anido... Pero bueno. —Evans se tocó el pelo castaño, haciendo un esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas—. En resumen. Os seguimos hasta Garlinton Manor. Un lugar interesante, muy interesante. Las matrículas de los coches

revelaron la presencia allí de gente importante. Gente cuya identidad entendemos que no quieras que trascienda por múltiples razones...

Sanjuán lo interrumpió, acercándose a Sue para intentar convencerla.

—Sue, es importante. La vida de mucha gente está en juego. La vida de tus amigos está en juego. Lo de Jaime ya es irreparable pero todos tememos que ese hombre pueda volver a actuar muy pronto. No puedes ocultar esa información a los demás...

Sue se volvió hacia él con los ojos llenos de lágrimas. De repente, empezó a hablar, decidida.

—Sí, es verdad. Somos una especie de organización secreta, El Ruiseñor y la Rosa. En ella hay gente muy importante, actores, políticos, hasta ministros. Nos reunimos en Garlinton Manor para... bueno. Para lo que sea que hagamos, eso no le importa a nadie. Todo es legal y consentido. No hacemos daño ni molestamos. Y no, no puedo dar nombres ni destapar nada. Los estatutos aseguran el más absoluto anonimato de los miembros.

—Sue, Sanjuán tiene razón. Debes darnos los nombres. Esto es algo serio. Han muerto dos personas. Sin duda Patricia también pertenecía a El

Ruiseñor y la Rosa, por supuesto... — Evans empezaba a verlo todo claro por primera vez desde el inicio del caso. Aquella sí era una buena pista. De las mejores, además.

—Sí. Patricia pertenecía a la hermandad. Solía ser la pareja de Anido. Y ahora los dos están muertos... —Las lágrimas de Sue recorrieron sus mejillas, sin control. Empezó a sollozar, totalmente vencida. Evans suspiró con alivio, sin acabar de creérselo del todo. A ver si así se decidía a hablar de una vez...

«Piensa, Valentina, piensa... ¿Dónde has visto esa cara antes?». Valentina

movía la pierna con nerviosismo. Tenía bastante memoria para las caras y para las voces, así que sabía que no estaba equivocándose. No estaba equivocándose, pero no podía concretar por qué conocía el rostro de Sue Crompton.

Sanjuán se fijó en que Valentina estaba totalmente concentrada en sus pensamientos. Le extrañaba que no hubiese intervenido en la conversación, pero comprendió que algo la distraía hasta tal punto que su mente estaba muy lejos de allí.

—¿Qué ocurre, inspectora? —
Sanjuán le tocó el brazo con disimulo.

Valentina miró para él sobresaltada.

—Nada. No ocurre nada... —Bajó la voz un instante— No logro recordar dónde he visto antes a esta mujer. Y se supone que nunca la he visto... Yo nunca he estado en Londres, así que es imposible... —De repente, se dio cuenta—. Ya está. En las fotos de Anido. Muy cambiada. Está muy cambiada, pero es ella... Tiene que ser eso. Las fotos. Las fotos que te pasó Lúa Castro, pero...

—Sí, ahora que lo dices es cierto... es ella, es verdad. —Sanjuán observó con detenimiento el hermoso rostro de Sue, los ojos verdes, la piel ahora enrojecida por el llanto... y comprendió

de repente que Valentina tenía razón. Había algo más. Algo que inexplicablemente se les había escapado y que tenían delante de sus narices.

—Tienes razón en lo de las fotos... pero no solo ahí. —Sanjuán subió el tono de voz sin darse cuenta—. Valentina, ¿la has visto en el cuadro que te llamó la atención en la fiesta de Mendiluce! El cuadro de Salomé, ¿te das cuenta?

Valentina, asombrada, asintió mecánicamente. Era cierto. El cuadro número 13. El cuadro que no tenía firma. La mujer que ofrecía con complacencia al espectador la ensangrentada cabeza

del Bautista era un reflejo preciso de Sue Crompton, aunque tamizado por una expresión turbadora que reflejaba el mundo insondable del Artista.

Capítulo 48. Claroscuro de hierro

«—Cuando venga a encadenarte, quizá te obligue a ponerte en cuclillas.

O palideció.

—No tendrás más remedio...»

Historia de O. Pauline

Réage

Londres, Kensal
Green, 11:30 h

Floria avanzaba trabajosamente con su bicicleta por la recta de Kilburn Lane

intentando que la compra del Tesco y los libros no se deslizaran fuera de la cesta. Cuando llegó a la altura del *pub* Paradise se bajó y decidió sujetar la bicicleta con el candado a una farola. Al bajar, notó una punzada de dolor en las nalgas y maldijo por quinta vez en el día a Jaime Anido mientras se colocaba el pantalón vaquero gastado de Zara en su sitio.

Estaba muy contenta: la amable librera de Waterstones acababa de conseguirle dos libros que llevaba mucho tiempo anhelando: una nueva edición de *La divina commedia* prologada y comentada por un *carissimo*

profesor suyo de la universidad, Marco Lopilato, y una biografía de Gabrielle D'Annunzio, bastante rara y difícil de encontrar fuera de Italia. No podía esperar a llegar a su casa para verlos. Tenía que ser ya. Así que dejó su bici allí fuera y se metió en el *pub* dispuesta a tomar un refrigerio mientras miraba sus adorados ejemplares, recién llegados de Roma. Buscó una mesa al lado de la ventana. Le encantaba ver pasar a la gente y dejar que el tiempo volara mientras se tomaba un bloody mary. Allí los hacían especialmente bien, con su larga rama de apio, bien cargados de salsa Perrins y tabasco.

Floria llevaba en Londres más de un año y medio y se había adaptado perfectamente a la rutina inglesa, aunque a ratos se daba cuenta de que añoraba su vida familiar casi desesperadamente. Al fin y al cabo, era italiana. Y a su perro. Añoraba muchísimo a su precioso teckel, *Luchino*. En una hora llamaría a sus padres... Se puso debajo del aire acondicionado. Estaba sofocada por culpa del paseo en bicicleta, pero no quería quitarse el pañuelo del cuello. Las marcas eran demasiado evidentes. Miró el menú de la carta que había encima de la mesa. A lo mejor comía allí mismo... No. Mejor en el café que

había al lado de su casa. Tenía terraza, y hacía un día bastante bueno.

Floria había huido a Londres huyendo de la fama. A los diecinueve años, tras ganar en Bolonia un premio de poesía, escribió un libro polémico sobre sexo sadomasoquista que la catapultó a la fama en cuestión de meses. El libro, titulado *Claroscuro de hierro* narraba las experiencias sexuales de una poetisa adolescente «curiosa y espabilada» — así decía la solapa interior— que, tras mantener una relación tormentosa con un hombre mayor que ella, que la inició, decidió sumergirse en el mundo oscuro de las mazmorras como esclava para

complacerle. Cuando al fin todo terminó, Floria aún no había terminado el primer curso de filología en la Universidad de Bolonia y estaba destrozada. Su novio la había abandonado por otra sumisa más joven que ella. El palo fue mayúsculo, así que decidió plasmar su dolor en aquel manuscrito que ella creía impublicable. Pero acabó enseñándoselo a regañadientes a Marco Lopilato, que concluyó que la obra podía ser un éxito de ventas a pesar de lo escabroso del tema. Tenía razón: cuando el libro vio la luz, constituyó una bomba tan incontrolable que Floria, de la noche a

la mañana, se convirtió en Italia en objeto de controversia general. Salió en tertulias televisivas y en todos los periódicos. Parte de la Iglesia se echó las manos a la cabeza. Algunos la consideraban una prostituta barata; otros, una chica atrevida y con arrestos. Al final, Floria se vio sobrepasada por tanta presión y decidió dejar a su familia en Roma y mudarse a Londres a estudiar durante un tiempo, hasta que pasara la fiebre. Se matriculó en la universidad y se buscó un trabajo de dependienta a media jornada, que dejó a los pocos meses, al encontrar otro de traductora, mucho más adecuado para ella. Una vez

asentada en Londres, no tardó mucho en contactar con la hermandad. Más bien, esta contactó con ella: Sue había leído el libro, fascinada, y en cuanto se enteró de que estaba viviendo en Londres hizo lo posible para localizarla.

Al principio, Floria no estaba demasiado convencida de ingresar en El Ruiseñor y la Rosa. Tenía miedo de que su presencia allí trascendiera a los medios italianos. Quería tranquilidad para estudiar y para terminar su segundo libro de poesía. Aquella relación la había dejado profundamente herida y no tenía demasiadas ganas de sumergirse en el mundo del sado otra vez. Pero Sue la

convenció poco a poco, y Floria se dejó embaucar por aquella mujer tan fascinadora y llena de vida que la introdujo en los ambientes selectos de la ciudad. Al final, la joven poetisa no pudo resistir más. Se rindió a sus impulsos al comprobar que todos los componentes de la hermandad podían permanecer en el más absoluto anonimato. No quería tampoco participar demasiado activamente, pero las reuniones en Garlinton Manor resultaron irresistibles desde el primer día.

Todo había ido bien hasta que aquel español desquiciado casi la mata. Floria

recordaba haberlo visto en las sesiones con Patricia Janz, la chica a la que habían asesinado en Whitby el diciembre anterior.

Había intentado quitarle algo de hierro al asunto, pero en vano. No era una primeriza, no se asustaba por cualquier cosa, pero la pérdida de control de aquel hombre la hizo reflexionar. Iba a darse de baja de la hermandad. Había visto la muerte en la mirada de Jaime Anido y no quería volver a repetir la experiencia. Cuando llegó a casa y vio las marcas en su espalda y en su cuello, se asustó de verdad. A partir de ese momento se

buscaría un novio normal, un universitario inglés, rubio y divertido, para salir por los *pubs*, beber cerveza y pasarlo bien. Ya estaba bien de tanto sado y tanta parafernalia. El sado solo le acarreaba un problema tras otro. Llamaría a Sue para abandonar todo aquel asunto de una vez. Sabía que no iba a gustarle la noticia, pero no era su problema. Desde la muerte de Patricia, se daba cuenta de que había muy pocas chicas sumisas de confianza que diesen la talla, pero que se arreglasen como fuera. No, definitivamente no era su problema.

Floria se sentó en una mesa

decorada con cuadros de ajedrez y adornada con una gran vela blanca, al lado de la ventana. Le encantaba aquel lugar. En la esquina había un enorme ángel de madera, con grandes alas, que siempre le recordaba a Roma. Fue a pedir a la barra el bloody mary. Dejó la bolsa de la compra debajo de la mesa, y los libros encima, a la vista. Siempre iba a aquel *pub*, tan acogedor y luminoso. Cogió un ejemplar de *The Sun* para echarle un vistazo por encima antes de desempaquetar sus libros y sumergirse un buen rato en la lectura. Cuando la camarera puso el bloody mary sobre la barra, Floria sonrió,

contenta, y fue a recogerlo con expresión de felicidad. Había decidido cambiar de vida, y aquello la había puesto de muy buen humor. Floria pensaba que una vida sin cambios era una vida muerta. Y ella quería vivir... Lo único que temía era dejar el sado y perder la inspiración poética. Pero eso no tenía por qué pasar. Se colocó la melena castaña detrás de las orejas y comenzó a pasar las hojas gastadas del periódico.

En ningún momento reparó en los ojos claros, febriles, que la observaban desde la puerta de una casa, justo enfrente del *pub*.

«¿Ahora pretendes esconder con tu

blusón de manga larga las marcas de tu sordidez, querida? Sé que estuviste en esa fiesta, *putana*. Lo sé todo de ti. Eres una golfa desde tu nacimiento. Escribes literatura para degenerados. Por eso te fuiste de Italia. Allí no te querían, Floria. Allí no quieren a putas como tú... Ni allí ni en ningún sitio...» reflexionó el Artista.

•••

Londres, Bloomsbury,
11:30 h

Evans miró a Valentina y a Sanjuán con

rostro perplejo. No entendía una palabra de lo que estaban hablando. Ni él ni tampoco Sue, ni Keith Servant, que permanecían sentados esperando a que los dos españoles terminasen su agitada conversación. De repente, ambos se dieron cuenta de que los otros los miraban con expresiones que iban desde la curiosidad de Evans hasta el aspecto más bien sombrío de Sue, que se había dado cuenta al momento de que estaban hablando de ella. Y eso no le hacía ninguna gracia, tal y como estaban las cosas.

—Perdón, de verdad... no nos dimos cuenta. —Sanjuán se disculpó con

expresión culpable, con un gesto de las manos que indicaba que no se habían percatado de que toda la conversación había transcurrido en español.

—Sue, una pregunta... —Valentina rompió su silencio, interrumpiendo las disculpas del criminólogo—. ¿Alguna vez has posado para un pintor? ¿Te han pintado un retrato... no sé, algo parecido? ¿Conoces a algún artista?

Sue negó con la cabeza antes de contestar.

—No. He estado en sesiones de modelaje y también en alguna película... nada importante, la verdad... —Se detuvo, pensativa—. No. Nadie me ha

pintado jamás un retrato. Y sí, conozco a varios artistas. Pero ninguno pinta retratos al óleo, precisamente. Son bastante más modernos que eso.

Sanjuán sacó su Nokia y buscó las fotografías que le había sacado al cuadro en la fiesta de inauguración de Pedro Mendiluce. Al instante lamentó no haberlas impreso en La Coruña, aunque en la pantalla podían verse bastante bien. Le enseñó el cuadro número 13, como le llamaban él y Valentina. Los dos inspectores se inclinaron también, para observar mejor la imagen.

Sue miró la fotografía, pero no alcanzó a ver nada de una forma clara, y

así se lo hizo saber a Sanjuán. Este pensó en una solución plausible.

—¿Tienes un ordenador? Puedo enviártelo al correo. O todavía mejor, a través del bluetooth...

—En mi despacho hay un ordenador e impresora.

Minutos después, Sanjuán volvía al salón con copias de la fotografía para que todos pudiesen verla con exactitud. Detrás de él, una demudada Sue taladraba la imagen con ojos de asombro. Definitivamente, era ella. Era ella la que sujetaba en la bandeja de plata una sanguinolenta y repulsiva cabeza cortada. De pronto volvió a

sentir el mismo pánico que días antes la había inundado cuando tuvo que luchar por su vida en el probador de su tienda. Pero... ¿de dónde había salido aquel cuadro? ¿Cómo podían tenerlo unos españoles que habían aparecido como salidos de la nada?

Evans miró a Sue y luego al cuadro, y asintió casi sin darse cuenta, apreciando el parecido como si se tratase de un crítico de arte.

—Increíble. ¿De dónde ha salido este cuadro? ¿Cómo es posible que un cuadro que está en La Coruña refleje de una forma tan exacta la cara de esta mujer?

Floria miraba las noticias con desgana. Aquellos tabloides siempre hablaban de lo mismo: los príncipes, sus novias; Harry Potter, Victoria Beckham, fútbol y más fútbol... menudo coñazo. Capello. ¿A quién le interesaba Fabio Capello? Bebió un sorbo del picante bloody mary y pasó otra página. Se disponía a leer los sucesos, que siempre contenían algún que otro crimen escabroso, cuando sonó su teléfono móvil. Era su padre. Floria contestó con rapidez: tenía ganas de contarle que por la noche iba a asistir por vez primera al Wigmore Hall, a un

concierto del barítono inglés sir Thomas Allen. La había invitado Charles, un colega de la facultad que tenía dos entradas. Su padre era un fanático de la ópera y quería ponerle los dientes largos. Estaba tan concentrada en la conversación que no leyó el titular que encabezaba la página de sucesos.

Fotógrafo español asesinado a balazos en Bloombury. El tiroteo se produjo en la casa de la dueña de las famosas tiendas eróticas Pink and Rose.

Y luego continuaba:

La policía investiga el crimen en relación a un intento de secuestro en Covent Garden que se produjo el día anterior, y hace un llamamiento con cualquier posible testigo del crimen en la calle...

Un hombre mayor que entró en el *pub* observó que Floria estaba enfrascada en la conversación telefónica y le pidió el periódico para leer. Floria sonrió y se lo dio. Sí, había terminado de leerlo, más o menos. No, no le importaba que lo cogiera, no había problema alguno...

Fuera, los ojos llenos de obsesión

estaban ocultos tras unas gafas de espejo. No se habían separado ni un segundo de la figura de la joven que miraba pasar a la gente desde la ventana, mientras bebía un zumo de tomate y leía el periódico con parsimonia.

Tenía mucha paciencia. Floria di Nissa estaba allí, esperando por él. Lo recibiría con ansia, como la amante recibía al amado en el *Cantar de los cantares*.

• • •

Javier Sanjuán observó que Sue Crompton cogía un cigarrillo de una

elegante caja de madera de palisandro con la mano temblorosa y se apresuró a ofrecerle fuego. Era comprensible que estuviese desmoronándose. Había pasado por mucho en muy poco tiempo. Aun así, parecía poseída por la mítica flema británica, salvo en pequeños detalles que delataban su profundo nerviosismo. Sue lo miró agradecida y le ofreció otro cigarro de la caja, que Sanjuán aceptó sin dudar.

—No sabemos por qué ese cuadro está en Coruña, y tampoco sabemos quién lo ha pintado... —Sanjuán expresó su perplejidad con un movimiento de cabeza—, pero nos

llamó la atención por unas fotografías que tenía Jaime Anido en su poder, unas fotografías de Patricia Janz en las que también salía caracterizada como Salomé... Las fotos nos las dejó la novia de Jaime. Estaba muy preocupada, y con razón, con su repentino viaje y su negativa a cogerle el teléfono. No era algo típico de él, parece ser que siempre estaban en contacto sin mayor problema...

Keith Servant lo interrumpió.

—¿Unas fotografías de Patricia Janz? ¿Por qué tenía Jaime unas fotografías de Patricia?

Sue respondió a la pregunta de

inmediato.

—Patricia y Anido eran «pareja de baile», por así decirlo, en las reuniones de la hermandad. Anido estuvo viviendo en Londres durante una temporada y yo creo que se enamoró perdidamente de ella. Y a ella tampoco le desagradaba, pero Pat era una persona extraña, poco dada a excesos sentimentales... No sé. Cuando Anido volvió a España... creo que a Patricia no le sentó demasiado bien el asunto. En las reuniones posteriores, siguieron formando pareja, así que debieron de mantener el contacto... —Sue se esforzó para recordar más detalles. De repente

acudió a su cabeza algo que Patricia le había contado hacía ya tiempo—. Por otra parte, ahora que lo pienso, Patricia sí modelaba de forma habitual para pintores y fotógrafos. Estaba muy metida en ese mundo de farándula...

—Seguramente, Patricia le mandó las fotos a Jaime y cuando se enteró de su muerte, Anido las consideró importantes por algo... tampoco es extraño: son unas fotografías muy inusuales. —Valentina reflexionó mientras pensaba en aquellas fotografías. Eran de estudio. Muy cuidadas, muy estudiadas. La luz, la perspectiva, los detalles no eran obra de

un aficionado. Eran obra de alguien que podía vivir perfectamente de su trabajo artístico—. Esas fotografías no tienen firma. No sabemos quién las hizo...

Sue dudó, mirando a Valentina.

—¿Pudo sacarlas Jaime cuando estuvo en Londres? Es... era un fotógrafo excepcional.

—Lúa, su novia, afirma que no son obra de Jaime. De ninguna manera. No es su estilo. Si se hubiera dedicado a ese tipo de fotografía, se las hubiera enseñado, estaba muy orgulloso de su trabajo, parece ser. —Sanjuán rebuscó en la carpeta—. De todas formas, las hemos traído. Podéis echarles un vistazo

para salir de dudas.

El sonido de un móvil interrumpió la conversación. Keith Servant se levantó y salió de la sala para hablar más tranquilamente. Al rato volvió a entrar, con cara de satisfacción.

—Moira ha accedido a ayudarnos para componer un retrato robot de su cita desaparecida. Efectivamente, no ha dado señales de vida. El teléfono móvil no está operativo. Puede ser una casualidad, pero hay que intentarlo. Ya he dado orden de que investiguen ese teléfono... Lo siento, Sue, pero nos la hemos llevado a Scotland Yard durante un rato. Yo me voy ahora mismo para

allá. Por cierto —se dirigió hacia Evans —, las placas de la matrícula de la furgoneta del agresor de Sue estaban dobladas. Perteneían a un Renault robado hace dos años en Leeds.

—De todos modos hay que mirar las grabaciones de las cámaras de seguridad. Puede que encontremos algo... —la voz de Evans no pareció demasiado entusiasta—, aunque buscar una Peugeot Partner blanca en Londres es como buscar una aguja en un pajar...

•••

Londres, Kensal

Green, 12:05

Sentada al sol picante de la tarde, en la terraza del Salam Cafe, Floria abrió el paquete con los libros mientras esperaba a que le sirvieran el almuerzo. Había pedido un *capuccino* y *falafel* con ensalada. Después de comer traduciría unos textos que tenía pendientes y luego se arreglaría para ir al concierto con Charles. Le gustaba Charles. Era un chico adorable, culto y, lo mejor de todo, era un chico normal. Sin más trascendencia. Sin complicaciones. El Hombre Ideal para empezar la *vita nuova*. Además, la invitaba a conciertos

que tenían las entradas agotadas y luego irían a cenar por ahí... ¿Qué más se podía pedir?

Floria cogió *La divina commedia* en sus manos. Abrió el libro y lo olió con placer. Amaba el olor del papel nuevo, las hojas recién estrenadas, el tacto de aquel ejemplar grueso y de tapa dura que tantas ganas tenía de leer. Se acordó de un juego que solía hacer de adolescente: abrir un libro y señalar un punto al azar, con el dedo. Cerró el ejemplar y lo abrió de nuevo, sin mirar la página. Puso su pequeño dedo índice sobre uno de los versos y luego leyó.

*A vizio di lussuria fu si rotta,
che libito fé licito in sua
legge,
per tòrre il biasmo in che era
condotta.*

*(Se inclinó tanto al vicio de
lujuria,
que la lascivia licitó en sus
leyes,
para ocultar el asco al que era
dada.)*

Floria sonrió quedamente. Era el canto V, uno de sus preferidos. El que narraba con angustia horrible el infierno de los enamorados que penan sus culpas allí

hasta la eternidad. Amaba especialmente la historia de Paolo Malatesta y Francesca, atravesados de una estocada mortal por su amor adúltero. Pero aquel verso en concreto se refería a Semiramis, la emperatriz de la lujuria y el desenfreno. Muy adecuado para ella. Sonrió, más por la coincidencia con su vida que porque creyera en esa premonición, ya que, ante todo, ella amaba el arte y a los poetas.

El camarero le llevó a la mesa la ración de *falafel* y el *capuccino* en una taza. Floria se repantingó en la silla y dejó que el sol acariciara su piel, su cabello. Se sacó las gafas de sol y cogió

un trozo de croqueta de garbanzos. Se moría de hambre.

•••

Bloomsbury, 12:00 h

Sue analizaba las fotografías de Patricia Janz con el ceño fruncido en señal de preocupación. Era Patricia, no había ninguna duda. Y tenía razón la inspectora: no eran fotos de Jaime Anido. Jaime tenía un estilo totalmente diferente, más natural, menos rebuscado. Lo inquietante eran las semejanzas de las fotos de Patricia con el cuadro en el que estaba ella reflejada. Todo aquello

no tenía ni pies ni cabeza... Se las pasó a Geraint Evans, que también las miró con semblante de perplejidad.

Evans las dejó en su regazo y empezó a reflexionar en alto.

—En suma: a estas alturas tenemos tres asesinatos y un montón de fotografías. Dos mujeres han muerto, una aquí, y otra en La Coruña. Las dos han sido violadas y torturadas y una vez muertas han formado parte de una especie de siniestra *performance*. El asesino o asesinos no han dejado ninguna huella o prueba forense... Bien. Lo que no me encaja aquí es la muerte de Jaime Anido. Si los dos asesinatos

han sido obra de un mismo asesino de mujeres, por alguien a quien tú llamas el Artista, lo que aún está por ver —dijo esto mirando con intención a Javier Sanjuán—, no es lógico que haya matado a un hombre... No ha sido cuidadoso. Cualquiera podría haberlo visto. Además, están las balas que ha dejado tras de sí... con suerte las pruebas de balística nos dirán algo positivo. Sería un punto sólido para comenzar.

Sanjuán pensó con rapidez.

—Puede que esté perdiendo el control. Puede que esté en una fase en la que no sea capaz de calcular los pasos

tan bien como antes. Y puede también que Jaime hubiese visto algo, o supiese algún dato que pudiese incriminarlo directamente... —De repente, tuvo una idea—. Sue. ¿Tienes las pertenencias de Jaime aquí, en tu casa?

Sue asintió, sin hablar.

—¿Podríamos verlas?

—Sí, por supuesto. No trajo mucho.

El iPad, una mochila, la cámara de fotos...

Sue, con ayuda de Evans, llevó todo lo que encontró de Jaime Anido a la sala de estar. Valentina cogió la mochila y sacó prenda a prenda. Sanjuán cogió la cámara y empezó a mirar las fotografías

que Anido había realizado durante su viaje.

Evans encendió el iPad, pero estaba protegido por una contraseña.

—Luego se lo llevaré a los de informática, a ver qué pueden hacer para entrar... ¡Mierda! Sue... ¿No sabrás la contraseña de la tableta, por casualidad?

...

Sanjuán se puso las gafas para observar con detenimiento una de las fotografías.

—Sue... esta fotografía está hecha en Covent Garden, ¿verdad?

—Sí. Justo delante de la tienda. ¿Por qué?

Sanjuán le acercó la cámara para que pudiese ver la fotografía.

—Jaime hizo varias fotos de este pintor que estaba dibujando algo... ¿Te suena?

Sue miró la foto y asintió.

—Sí. Ese chico de barbas estuvo delante de la tienda durante unos días, bosquejando a los clientes. Yo no le dije nada. Me pareció muy chic. Y además, era una escena que daba mucho glamour...

—¿Podríamos imprimir estas fotografías para verlas mejor? — Sanjuán apagó la cámara y sacó la tarjeta de memoria—. Otra cosa... ¿Y si

se las enseñamos a Moira?

...

Centro de Londres,
13:00 h.

Keith Servant conducía y miraba de reojo a una preocupada Moira, que se había puesto una fina chaqueta roja sobre el atrevido corsé que utilizaba en la tienda para ir a la comisaría. Aquella chica era un bombón, y eso que a él solía gustarle mucho más el típico producto nacional de pelo claro. La piel de ébano brillante y aquellos labios tan

sensuales le llamaron la atención desde el primer minuto. Pero estaba de servicio, y no era cuestión de pedirle una cita nada más verla... La tal Sue Crompton tenía buen gusto: Moira era una belleza, y, además, la tienda estaba de puta madre. Todo muy elegante y nada ofensivo. No había grandes penes de plástico o revistas guarras, como en otras tiendas a las que él había ido en sus años mozos. Keith intentó poner una sonrisa tranquilizadora mientras procuraba que no se notara demasiado que le apetecía pasar una noche romántica con aquella mujer tan pausada. Por fortuna, ya estaban

llegando a Scotland Yard.

Sonó el teléfono. Era Evans. Habían descubierto una fotografía en la cámara de Jaime Anido y querían que Moira la analizase con atención.

Keith pidió que las mandasen inmediatamente a su correo electrónico. Luego aceleró, despreocupándose de los radares.

...

Londres, Kensal
Green, 13:30 h

Floria encendió su ordenador portátil y

se dispuso a trabajar un poco. Desde su amplio ventanal se veía el pequeño parque que había delante de su apartamento de Kilburn Lane. No era un apartamento demasiado grande, pero a ella le llegaba de sobra. Abajo estaban el estudio y la cocina, y en la parte de arriba, el dormitorio, el salón y el baño. Lo había decorado con fotos de su familia, con láminas de cuadros impresionistas, con pequeños detalles que le recordaban a su casa en Roma. Y con flores. Floria las adoraba. Todas las semanas iba al mercado a comprar un buen ramo para alegrar un poco su estudio.

Dejó la taza con el humeante café al lado, un poco apartada del teclado, y consultó los correos electrónicos. Había uno de su hermana pequeña, Anna Viola. Le mandaba fotografías de Lucchino jugando con ella entre los cipreses, cada vez más enormes, en el jardín de su casa romana. Sonrió al verlas. Su padre jugando a las cartas con su madre y sus amigos delante de una botella de *grappa*. Lucchino intentando subirse infructuosamente al regazo de su madre con sus pequeñas patitas para robar un trozo de *prosciutto*. Floria las miró con una mezcla de tristeza y felicidad. Cada día añoraba más a su familia. Era muy

feliz en Londres, pero la vida en Italia no tenía nada que ver. Aquello era insustituible.

Leyó el correo que Charles, le mandaba desde su trabajo en Virgin. Estaba lleno de emoticones con grandes sonrisas y corazones. Era un cursi, y aquello le encantaba.

A las nueve en Marble Arch, preciosa. Contesta cuanto antes. O le regalaré las entradas a mi compañero de piso, que se muere por ir.

Floria sonrió y contestó al mensaje.

Ponte muy elegante, o no nos dejarán pasar. A las nueve en Marble Arch. Mile baci.

Tomó un sorbo de café, que ya estaba algo más frío. Por lo menos se había hecho con una cafetera italiana fantástica y podía tomar el café casi como en casa. Abrió uno de los archivos y se decidió a traducir un par de textos de un autor galés totalmente desconocido para ella. Tenía que entregarlos la semana siguiente, así que le interesara o no el estilo del autor, no le quedaba otro remedio que hacerlo. Era su trabajo. Y tenía que reconocer que le gustaba

mucho.



Ya en Scotland Yard, Moira cogió las dos fotografías en las que se veía al pintor de cuerpo entero y las estudió detenidamente. Luego, negó con la cabeza.

—No, no parece él... Estoy casi segura... Este chico tiene una barba poblada, castaña... Joaquín iba perfectamente afeitado. Con un traje muy exclusivo. Bien peinado, reloj caro, pelo muy negro... este chico parece más joven, un bohemio. Además, recuerdo perfectamente haberlo visto

deambulando por la tienda y pintando al aire libre durante unos días... si fuese Joaquín, me hubiese dado cuenta...

Keith insistió. Le dejó dos ampliaciones de la cara, que habían impreso también.

—Moira, concéntrate. Ese hombre puede haberse disfrazado. Intenta quitarle la barba en estas ampliaciones. ¿Cómo tenía los ojos Joaquín?

—Eran claros. Verdes, creo, como los míos. Más oscuros que los de Sue, por ejemplo...

—El pintor también parece tenerlos claros, aunque no se distingue muy bien. Intenta imaginártelo sin la barba, Moira.

Por favor, haz un esfuerzo... fíjate en los detalles: las cejas, la nariz, la estatura...

Moira volvió a concentrarse un rato en las fotografías, esa vez con más insistencia. Su cuerpo revelaba emociones intensas durante ese tiempo, como si una verdad inquietante tratara de abrirse camino con dolor en la oscuridad. Al cabo de un minuto, empezó a hablar, aunque la incredulidad y el miedo se lo ponían difícil.

—Las cejas se parecen. Mucho. Finas, oscuras. No parecen cuadrar con el color de la barba, más clara... tienes razón, la barba parece falsa. Los ojos... sí. Podría ser él... pero no puedo

asegurarle del todo. La barba me despista por completo.

Keith le preguntó a John Pinchen, el técnico de fotografía.

—¿Se le puede quitar la barba con algún programa informático? ¿Ajustarlo a la descripción de Moira?

El joven contestó, mascando chicle sin dejar de mirar la pantalla.

—Por supuesto, jefe. En unos minutos lo tendrás sin barba, con el pelo corto y con aspecto pijo. Puedo hacer lo que quiera con él. Hasta convertirlo en el príncipe de Gales...

Un rato después, en casa de Sue, Geraint Evans contestó al teléfono. Era

Servant. Geraint miró a todos los presentes asintiendo, mientras caminaba, y su voz adquiría un tono de nerviosismo muy evidente. Le dio la enhorabuena a Servant. Luego colgó.

—Moira ha reconocido al tipo de la barba. Le han modificado todo el aspecto con un programa informático y parece que sí, es él. Su cita «española» es, con toda probabilidad el pintor al que fotografió Jaime Anido. Ahora falta saber si también es su asesino. Están tomándole declaración a Moira: dónde y cómo lo conoció, qué le contó, detalles de su aspecto, su acento... a ver qué pueden sacar. Con todo eso, empezarán

a buscar en los ambientes artísticos. Por lo menos, ya tenemos una cara. Y eso va a facilitarnos mucho las cosas... — Evans parecía animado, quizá por primera vez desde que se inició todo ese maldito embrollo.

De pronto, Sue se derrumbó por completo y rompió a llorar, desconsolada. Aquel hombre estaba obsesionado con destruir todo lo que había a su alrededor con una constancia diabólica. Acosaba a los suyos, engañaba a Moira, vigilaba su casa y su tienda... no podía más. No sabía qué hacer. Estaba aterrorizada. Valentina se sentó junto a ella y la abrazó para

calmarla. Para todos los investigadores presentes en esa sala se había hecho evidente una conclusión tenebrosa, y ella decidió que alguien tenía que expresarla.

—Sue. ¿Te das cuenta ahora de lo importante que es que comuniques todo esto a los otros miembros de la hermandad? Tienes que hacerlo cuanto antes. Es necesario que sepan que hay un asesino muy peligroso detrás de todos vosotros, capaz de cualquier cosa. Ha podido hacerle daño también a Moira... Te das cuenta, ¿verdad? No hay tiempo que perder... —Valentina imprimió un tono de urgencia a sus palabras. Ella

misma sentía que estaban en una carrera contrarreloj.

—Sobre todo las mujeres, son las mujeres las que están en peligro. El asesino va tras ellas, me temo. — Sanjuán quiso reforzar la gravedad de las palabras de Valentina.

Sue la miró con los ojos llenos de lágrimas y asintió.

—Tenéis razón. Voy a llamar a la junta directiva. La regla más importante del club es el anonimato. Necesitaré el permiso de todos los miembros... eso ha de llevarme algo de tiempo, lo siento. Algunos no están en Londres. Ni siquiera en Inglaterra... Además, yo no

tengo ni las direcciones ni los teléfonos de todos... —Sue se levantó y se dirigió hacia su despacho—. Discúlpenme un momento. Prefiero que las llamadas sean en privado, si no les molesta. —Y al decir eso Sue caminó hacia el gabinete con la sensación de que estaba viviendo una pesadilla monstruosa de la que no podría escapar.

...

Londres, Kensal
Green, 14:10 h

Un dedo acariciaba la sonriente foto de

la contraportada del libro *Claroscuro de hierro*.

«Floria, querida Floria. Eres muy hermosa, Floria. Tienes un precioso y brillante cabello castaño, y unos ojos dulces como el azúcar de caña. Y esa boca. Esa boca roja de *putana*... tengo muchas esperanzas puestas en esa boca sonrosada, en esos labios tan provocadores. ¿Cómo serán tus pechos, Floria? ¿Serán de verdad "pequeños, duros y respingones", como afirmas en tu libro de zorrита? No deberías escribir unos libros tan perversos, amiga mía. Y menos a tu edad. Eres una puta y una pervertida, Floria, aunque te creas una

enamorada del arte y una exquisita. Tu vida es una afrenta a los artistas de verdad».

El Artista leyó en alto: «Después de azotarme sin piedad con su fusta, mi amo introdujo sus dedos en mi coño, que estaba totalmente mojado. Eso le complació. Luego invitó a su amigo a que me follase el culo sin más preámbulos. El dolor me partió por la mitad, pero yo solo quería hacer feliz a mi amo y señor, que acercó su glande hacia mi boca. Yo la abrí, ansiosa, esperando recibir aquel cáliz y beberlo hasta el final...».

«Eres un ser repugnante, Floria. ¿No

lo ves? No hace falta leer mucho más para darse cuenta de lo que eres... una zorra, pura basura, un alma enferma que necesita redención».

El Artista cerró el libro con lentitud, con cariño. Miró la portada, en la que aparecían una rosa negra, un látigo y una máscara veneciana de encaje. El colmo del mal gusto, pensó.

«Ya falta muy poco, Floria. Dentro de poco tú y yo seremos uno solo. Formarás parte de mí, de mi carne y de mi sangre. Serás una forma consagrada, purificada. Te libraré de toda la inmundicia en la que has participado desde niña. Te haré inmortal, Floria di

Nissa».



Sue había contactado ya con tres de los cinco componentes de la junta directiva y les había expuesto todo con la máxima crudeza. Habían accedido al momento. Los otros dos estaban fuera de cobertura. Les había mandado mensajes al móvil y por correo electrónico. Solo faltaba que dieran su aprobación para empezar a avisar a todo el mundo. Si el asesino está cebándose en los miembros de la hermandad, todos se encontraban en serio peligro. La muerte de Patricia había consternado a la hermandad: la de

Anido terminaría por destrozarla. Lo que había pasado en Garlinton Manor con él y la escritora italiana tampoco tenía demasiado sentido. Los de la junta directiva, encabezados por sir Thomas Hampton, ya habían decidido tras el incidente su expulsión inmediata con gran dolor de corazón. Lógico. No se podía permitir una falta tan grave a todas las reglas de la hermandad. Sue pensó, con ironía, que no se podía expulsar a un muerto.

De repente se levantó de la silla y corrió hacia el salón. Acababa de recordar algo que su inconsciente traumatizado se había encargado de

esconder en lo más profundo de su cerebro después del intento de secuestro y la muerte de su amigo. Al llegar, miró hacia sus invitados con expresión de alarma.

—No sé cómo se me ha podido olvidar, pero creo que es importante... Acaba de venirme a la mente una cosa: el otro día, cuando fui a la tienda a sustituir a Moira... él estaba en la cama y me agarró. No quería que me fuese, tenía que contarme algo.

Todos miraron hacia ella con expectación. Sue respiró hondo y siguió hablando con énfasis nervioso, casi histérico.

—Jaime, en la última reunión de Garlinton Manor, perdió los papeles por completo. Estaba totalmente fuera de sí. Se puso muy... enfermo y agredió a una de las chicas. Estaba muy preocupado, arrepentido por su comportamiento. Nunca lo había visto así, de verdad. Quiso explicarme qué era lo que le había ocurrido, pero yo salí de casa, tenía mucha prisa por llegar a la tienda para sustituir a Moira... le dije que me lo contara todo después. Pero antes de marchar, me habló de un cuadro.

Sanjuán se incorporó levemente, lleno de curiosidad.

—¿Un cuadro?

—Sí. Un cuadro en un pasillo de Garlinton Manor. No sé si eso servirá de algo. Pero algo vio Jaime en ese cuadro que pudo ser el causante de su absoluta pérdida de control...

Sanjuán se levantó con una decisión firme en su rostro grave.

—Creo que es necesario que vayamos a Garlinton Manor a ver ese cuadro. Es urgente. ¿A qué distancia está de Londres? ¿Sería posible ir hoy mismo?

—No está muy lejos, a buen ritmo puede llevarnos dos horas, —contestó Evans—. Apretándole un poco, incluso menos.

Sue cogió el móvil para llamar a sir Thomas por segunda vez.

...

Londres, Kensal
Green, 15:00 h

Floria cerró la puerta con llave y miró al cielo. Tenía cinco minutos escasos para llegar a la peluquería. Iba con el tiempo justo. Miró hacia el cielo: estaba cubriéndose de espesos nubarrones. Iba a caer una buena tormenta. Meditó volver a por un paraguas, pero decidió arriesgarse. «Solo voy a peinarme, no

me llevará demasiado...».

Desde su furgoneta, perfectamente aparcada en el sitio designado para la carga y descarga, el Artista observó a Floria salir y cruzar la calle con prisa. No la siguió. No valía la pena. Ella tendría que volver en algún momento de la tarde. Además, había aparcado justo enfrente de su casa. Un lugar perfecto desde donde podía observar los movimientos de la joven con total comodidad.

«No te escapes muy lejos del nido, pequeño gorrión italiano. Tengo para ti un precioso ramo de flores. ¿Te gustan las flores? ¡Claro que sí! Flores para

Floria. Rosas rojas, recién cortadas. Luego tú y yo podremos disfrutar de una tarde romántica, a la luz de las velas».

El Artista cogió un envoltorio de plástico y sacó de él un sándwich de lechuga, beicon y huevo cocido. Luego abrió una lata de Coca-Cola light y se acomodó en el asiento. Miró hacia atrás, con cariño, a la nevera portátil de plástico duro que permanecía inmóvil en el suelo de la furgoneta y golpeó la tapa con la palma de la mano.

«Ten paciencia. Ya falta poco. Solo un rato más, amigo mío».

Volvió a subir el volumen del reproductor de música. Frank Sinatra

repetía por enésima vez con su voz aterciopelada e inconfundible:

«...I've got you deep in the heart of me, so deep in my heart, that you're really a part of me, I've got you under my skin».

El Artista celebró con placer el acompañamiento perfecto de Count Basie siguiendo el compás de la música con la mano. Cuando Sinatra terminó de cantar, aplaudió.

...

Kensington, 15:50 h

Valentina observa las espesas

nubes de tormenta mientras el Jaguar de Sue vuela por la A-4 sorteando el tráfico con una rapidez endiablada. Evans no parece muy preocupado por el límite de velocidad: luego hablará con sus colegas de tráfico a ver si puede solucionar el problema. Valentina piensa en Sue: se ha quedado en Londres. No se veía con fuerzas para viajar después de todo lo que ha pasado. Sir Thomas y su marido se han comprometido a guiarlos por el edificio y a atenderlos en todo

lo que sea posible. De todos modos, Sue ha sido tan amable como para confiarles el coche. Pobre... un intento de secuestro y un asesinato en su propia casa. Parece una mujer de una entereza impresionante. Sin duda estaba enamorada de Jaime Anido. Eran amantes, Valentina se ha fijado en que las cosas de Anido estaban en la habitación de Sue... Piensa en cómo le dirán a Lúa Castro que su novio ha sido asesinado en la casa de su amante londinense. Puede que por la misma

persona que mató a Lidia.

Todo lo que está ocurriendo le parece un sueño. Mira la hora en el lujoso salpicadero del coche y se da cuenta, de repente, de que aún no han comido. No tiene hambre. Está demasiado nerviosa como para sentir nada más que una ansiedad que le aprieta la boca del estómago. Conoce esa sensación, la ha tenido otras veces. Es la señal inequívoca de que empieza la caza.

Mira a Sanjuán, que está hablando animadamente con

Evans, sentado en el asiento del copiloto. En el fondo envidia su capacidad para desenvolverse en inglés. Ella se defiende, pero no tan bien ni de lejos... Los dos discuten sobre el Artista. Evans opina que la escena del crimen de los dos asesinatos no es obra de la misma mano. El de Patricia es mucho más morboso, más truculento. Sin embargo, todo lo que rodea al cadáver de Lidia es algo delicado, mucho más sutil. Flores, un vestido caro... Sanjuán le contesta desde la

experiencia como criminólogo: los asesinos modifican su modus operandi según las necesidades. El Artista varía su estilo según el diferente tipo de obra que quiere expresar...

Las nubes aparecen cada vez más amenazantes. Valentina se pregunta si ha llevado algún chubasquero en la maleta.

—¿Qué opinas, inspectora? —

Sanjuán se volvió hacia el asiento de atrás.

Valentina permaneció un rato en silencio. Luego intentó expresar lo que

había estado rumiando durante la conversación de los dos hombres.

—Creo que los dos tenéis parte de razón. Hay sutiles diferencias entre ambos crímenes, de eso no hay duda... pero por otra parte, hay demasiadas coincidencias... no tiene sentido que haya dos asesinos que maten igual, ¿no? —reflexionó—. A mí lo que me llama mucho la atención es que haya un cuadro del Artista en la casa de Mendiluce... No creo que Mendiluce esté conectado con la hermandad del Ruiseñor y la Rosa, ¿no os parece? Aunque igual que lo estaba Anido... también podía estarlo Mendiluce... —Valentina sacudió la

cabeza—. Pero no. De todas formas tendremos que preguntarle a Sue. La verdad, a mí me parece que tiene más pinta de gustarle el sexo más privado... más íntimo. Nada de orgías sadomasoquistas. Es un degenerado, pero de otra clase. —Valentina se acordó de su voz, su expresión asquerosa al acercarse a ella y hablarle del Charlatán, y enrojeció de repente.

Evans habló sin quitar la vista de la carretera.

—Mendiluce era el empresario del cuadro, ¿no? Otro posible sospechoso del asesinato de Lidia...

—Sí. Un degenerado, pero exquisito.

De todos modos, él y su secretario son unos cerdos que utilizan a las mujeres única y exclusivamente para su placer perverso, así que no veo mucha diferencia con los actos del Artista. — Valentina no hacía más que darle vueltas a todo aquel galimatías sin ver por ningún lado la solución—. Lidia no está tampoco relacionada con la hermandad, que nosotros sepamos. Si el Artista solo mata a miembros de El Ruiseñor... ¿Por qué matar a Lidia?

Sanjuán respondió.

—Sin embargo, la disposición del cuerpo, la inspiración artística no pueden ser una mera casualidad... Si me

apuradas, el asesino de Lidia podría ser un *copycat*, pero en realidad, mucho me temo que ese tipo de asesinos solo salen en las películas. En la realidad es casi imposible que ocurra algo así... yo insisto: la firma de los dos asesinatos parece idéntica. Dos chicas jóvenes torturadas, dos recreaciones artísticas muy evidentes, ningún rastro forense...

—Es cierto. Todo esto es un enigma que no parece tener ni pies ni cabeza. Pero por favor, ahora vamos a centrarnos en lo que tenemos que hacer en Garlinton Manor. —Evans decidió centrar más la conversación. Los dos españoles parecían llevarle siglos de

ventaja y necesitaba más datos para estar a la altura.

—Tenemos que buscar un cuadro con un estilo parecido al de las fotos. Y al de los asesinatos. No sé si me explico... Vampiros, iconografía religiosa, prerrafaelitas... —Sanjuán intentó plasmar sus ideas de una forma comprensible para Geraint Evans—. Es importante que no estén firmados... Sue ha dicho que Garlinton es una mansión enorme y encima está llena de obras de arte. Es como un gran museo. No va a ser fácil porque habrá que ir cuadro por cuadro analizando si hay algo que pueda haber trastornado a Anido tanto como

para desquiciarse. El marido del dueño es marchante de arte y el que ha decorado toda la mansión, así que podrá echarnos una mano.

Evans asintió, moviendo la cabeza.

—Entiendo. Cuadros con un estilo peculiar, que sean parecidos a las fotos de Salomé y Juana de Arco, o el cuadro de Sue. No va a ser fácil, tienes toda la razón... Por cierto, tenemos que echar gasolina. Voy a parar y de paso coger un *capuccino* para llevar. ¿Os apetece uno?

Valentina celebró el ofrecimiento.

—Un *capuccino* es una idea excelente, Evans.

...

Londres, Kensal
Green, 16:30 h

Floria corre hacia casa, tapándose el pelo perfectamente alisado con la capucha de algodón de su sudadera azul. Están empezando a caer las primeras gotas de lluvia, y a lo lejos, un trueno retumba entre los edificios eduardianos de Kensal Green. Al llegar, para guarecerse cuanto antes, abre corriendo la puerta y sube las

escaleras de dos en dos. Si se le moja el pelo, se le estropeará el peinado en un segundo. Y ella quiere estar presentable para el concierto y la cena. Y para lo que pueda llegar después. No mucho, porque el cuerpo de Floria está traspasado de rojos latigazos muy evidentes. No le avergüenzan, al revés, le gusta ver las marcas de su pasión en su espalda y en sus nalgas. Pero no le apetece demasiado dar explicaciones. Y menos a Charles, que la ve como una chica pura, dechado de

virtudes. ¿Qué pensaría si viera los cardenales que pintan sus caderas y sus muslos de un intenso color morado? Ni hablar. Hasta que no se le curen las marcas, Floria no piensa dejar que Charles le quite la ropa.

Floria sube al baño, se desnuda y abre la vieja cortina de colores chillones de la ducha, después de ponerse un gorro de plástico para proteger el cabello del agua. Antes de que abra el grifo, suena su móvil. Floria suelta un juramento y

baja al estudio, envuelta en una toalla, buscando su bolso con el teléfono. Es su amiga Ciara. La llama desde Edimburgo. Acaba de subir a Escocia en un viaje relámpago con su novio, Manu. Ciara le cuenta entusiasmada todo lo que está viendo nada más bajar del autobús. Es una ciudad preciosa, digna de ver.

—Floria, tienes que venir... ¡Te va a encantar! Es como un cuento de hadas...

• • •

—¿Cuánto cuestan? —el Artista

escoge las rosas más grandes y más bellas de la floristería más cara de Kensal Green. Son rosas inglesas, reventonas, de un llamativo rojo tudor, agranatado. «Son rojas como la sangre», piensa. Rojas como los gruesos labios de Floria. Rojas como sus pezones cuando clave sus dientes en ellos, cuando los atraviere con unas agujas afiladas que esperan dentro de la furgoneta...

—Voy a llevarme una docena de ellas, gracias.

El Artista sonríe a la floristera, una joven inglesa de cabello rubio ceniza y aspecto agradable. Ella le devuelve la sonrisa y el cambio mientras admira los hermosos ojos del Artista, ojos expresivos, luminosos, concentrados.

Su madre siempre le decía que tenía los mismos ojos que su padre.

Cuando sale de la floristería, sabe que ya falta muy poco para agasajar a Floria di Nissa con sus rosas rojas como la sangre. Rosas para un delicado

ruiseñor. Muy apropiado...

•••

Garlinton Manor,
condado de
Oxfordshire, 17:15 h

Evans se bajó del coche, estiró las piernas con disimulo y miró a través de la verja oxidada de Garlinton Manor. El lugar estaba desierto. La puerta, cerrada. No había ni un alma, salvo un corzo que miró hacia él y luego desapareció entre los árboles. Sobre su cabeza caían finas

gotas de lluvia. Un trueno sonó a lo lejos. Evans corrió de nuevo hacia el coche. Cogió el móvil y llamó a sir Thomas para que alguien acudiera a abrir el portalón enorme.

—El lugar es impresionante. —
Valentina bajó la ventanilla y sacó la cabeza para ver mejor los torreones que se atisbaban a través de la vegetación. Volvió a meterse—. Dios. Lluve a cántaros...

—El sitio es precioso —dijo Evans—. Lo malo es que aquí siempre llueve, inspectora. El día de la fiesta también cayó una buena.

La verja se abrió con un gemido de

los goznes y Evans condujo con rapidez hasta el aparcamiento. Allí estaba sir Thomas, envuelto en un anorak enorme, esperándolos con su marido, un hombre mucho más joven que él, delgado y moreno, vestido con unos pantalones pitillo, unas botas de agua y un chubasquero de color verde. Se acercaron a ellos resguardados por un enorme paraguas negro.

—Encantado. Soy sir Thomas Hampton. Y este es mi marido, Alexander. Pasen, pasen a mi humilde morada. Los ayudaré en lo que pueda: Sue me ha informado de todo y estamos estupefactos. La noticia de la muerte de

Jaime nos ha dejado destrozados... Ojo con los charcos y el barro, por favor. Veo que no vienen preparados para las inclemencias de la campaña inglesa... —Sir Thomas observó la falda de tubo gris, la elegante camisa de corte masculino y la chaqueta ajustada de Valentina, y luego los altos zapatos *peep toe*, y sonrió ligeramente.

Evans asintió e hizo las presentaciones mientras se dirigían a la enorme escalinata. Luego lo puso al día de lo que estaban buscando. Buscaban un cuadro cuya temática pudiese causar un *shock* a Jaime Anido.

Sir Thomas agarró a su marido por

el brazo.

—Alexander es el especialista en arte en esta casa. Todo pasa por sus manos. Aunque no entiendo cómo un cuadro puede causarle a nadie algún tipo de trauma, la verdad. Y menos a Jaime Anido...

Alexander negó con la cabeza.

—Por más que pienso, no se me ocurre ninguno. La mayoría de los cuadros que compramos para Garlinton son obra de gente joven, emergentes y artistas con proyección, ya me entendéis... en el fondo, inversiones para el futuro. Hay algunos muy buenos... otros, no tanto. Yo superviso

las compras, pero muchos de ellos me los envía el marchante. Me fío por completo de él, es un hombre entendido y serio.

Sanjuán intervino.

—Buscamos un cuadro sin firma, de estilo... no sabría definirlo... entre prerrafaelita y expresionista, si eso es posible... puede que con una temática religiosa o literaria... algo muy dramático. —Le preguntó directamente a sir Thomas—. ¿Dónde estaba alojado Anido el día de la... fiesta? —Sanjuán dudó un momento al emplear esa palabra.

Sir Thomas sonrió con su cara

redonda, achinando los ojos.

—Oh, por favor, la orgía, no se corte usted, no nos avergonzamos... —Hizo memoria, concentrándose—. Anido, que yo recuerde, estaba en el tercer piso, en una de las habitaciones del ala norte.

—Jaime le dijo a Sue que había visto un cuadro en un pasillo, un cuadro que contenía algo importante... Lo más lógico es que empecemos desde su habitación, ¿no? Y a partir de ahí, por los lugares en donde pudo estar Jaime —sugirió Valentina.

—Efectivamente, inspectora. Como puede imaginarse, todo Garlinton está lleno de pasillos y de cuadros. Desde

arriba hasta las caballerizas, pasando por la casa de la servidumbre y los pabellones. Nos espera una buena caminata. Aún no hemos instalado el ascensor. Hasta dentro de un par de meses no van a venir los técnicos... hemos pedido ya todos los permisos, pero el papeleo es imposible —se quejó sir Thomas, que tenía el hábito de detallar cosas sin importancia en situaciones complicadas, como si eso le permitiera mantener un mejor control del estrés.

—Hemos traído unas fotos que pueden servir de ayuda. Son fotos probablemente sacadas por el autor del

cuadro. Y también tenemos la imagen de otro cuadro que debería coincidir en estilo con el que estamos buscando. — Sanjuán los urgió, mientras les daba copias de las fotos que llevaba en una carpeta.

Valentina se detuvo un instante a mirar con asombro el enorme hall y las escaleras señoriales que llevaban a los pisos superiores. Todo estaba decorado con un gusto increíble, respetando por completo el edificio original. Alfombras, lámparas, los robustos muebles, cuadros enormes rodeados de lujosos marcos... el lugar era, sencillamente, impactante.

—Por estas escaleras, por favor...

—Sir Thomas subió con inusitada agilidad por las escaleras tapizadas de verde aguamarina, seguido de su marido, que estudiaba las fotografías con gran concentración.

Alexander se paró en el medio de las escaleras y se volvió hacia Javier Sanjuán.

—Son obras muy originales, no hay duda. El cuadro es espléndido, aunque ver a Sue en él te da escalofríos. No sé, el estilo no me es del todo desconocido, pero no puedo decir de quién es todo esto, lo siento. Y probablemente tengan razón, alguna obra tendremos por aquí

del mismo autor... pero es que hay cientos, como pueden comprobar.

—Intente hacer memoria, por favor... Es urgente... —Valentina empezaba a darse cuenta de que aquella iba a ser una labor complicada. Había cuadros por todas partes. Desde los muros de piedra, al lado de los tapices y las armaduras, los ojos crueles de antepasados de sir Thomas los escrutaban con malicia algunos, otros con miradas dulces de doncellas virginales. Había bodegones mezclados con series abstractas, escenas de caza al lado mismo de remedos de Jackson Pollock, un gran Roy Lichtenstein que

parecía original... era una colección ecléctica y desordenada que parecía un caos, pero que contenía un orden y un gusto que amalgamaba todo aquel lujo conformando una especie de singular museo.

Sanjuán suspiró.

—Hay muchos más cuadros de los que pensaba. Va a llevarnos un buen rato. ¿No tienen un catálogo, una lista de todas las obras... algo donde consultarlas sin tener que mirar una por una?

—Aún no. —Alexander hizo un ademán de disculpa y puso cara de circunstancias—. Lo siento, de verdad.

Es algo que tengo pendiente desde hace meses, pero no he tenido tiempo... con la reforma, las obras, todo eso... Estamos exhaustos, hemos pasado una temporada muy intensa.

Sanjuán se encogió de hombros, invadido por la resignación y una profunda inquietud causada por su reloj interno, que le decía que cada segundo contaba.

—Qué se le va a hacer... lo mejor será que empecemos a buscar cuanto antes.

• • •

Londres, Kensal
Green, 18:00 h

—Sí, ya me falta poco. Solo ducharme y arreglarme, Charles. Ya... es que Ciara me ha liado un montón de tiempo... si... está en Edimburgo, una pasada. Tengo muchas ganas de ir. Dice que es precioso, como una ciudad de película. Se nota que no ha visto *Trainspotting*. Edimburgo aparece con su peor cara, ¿no crees? ¿Si me gusta esa película? Me encanta, por favor... ¿A ti también? Menos mal, pensé que no le gustaba a nadie... es tan sórdida...

Floria habla por teléfono mientras busca en su viejo armario el vestido negro que se ha comprado la semana anterior en unas ofertas de Oxford Street. Luego mira por la ventana y observa el resplandor de un relámpago a lo lejos. El problema va a ser qué tipo de calzado puede ponerse que no desentone demasiado... si sigue lloviendo así, va a ser un problema. Desde su casa a la parada del metro hay un buen trecho y no quiere mojarse.

—¿Al cine? Genial. Me encanta ir al cine. ¿Mañana? Mañana no sé si podré... mejor el jueves, los jueves no tengo nada que hacer por la tarde. Pero de eso podemos hablar dentro de un rato... sí... claro. No te preocupes. Venga, un beso. Que aún tengo que ducharme, maquillarme... ya sabes. Sí... claro. Otro beso, adiós...

El Artista hace rato que ve la luz encendida del estudio de Floria desde su privilegiada situación. En cuanto oscurezca un poco más, solo un poco, llevará su precioso ramo de

rosas a esa joven que lo espera con impaciencia. No hay que demorarse demasiado, las flores pueden marchitarse, son perecederas y frágiles, como la vida de la dama italiana que vive en ese apartamento tan pequeño.

El Artista prepara una botella de vidrio, pequeña, llena de un líquido incoloro, y un pañuelo blanco immaculado de Uno. Tiene que ser ágil para atrapar a su gorrión sin dañarlo. Necesita la dosis exacta para que despierte pronto. Es

necesario que Floria esté bien despierta para poder disfrutar de todo su ser, para llevarla al límite... Sin embargo, a ese hombre exquisito le gusta que primero estén indefensas ante él para prepararlo todo de forma perfecta. Mientras dura el sueño de la Bella Durmiente, el Artista ultima su paleta de colores y sus pinceles de dolor...

• • •

—Esta fue la habitación que ocupó Jaime el viernes pasado... —Sir

Thomas abrió con fuerza la gruesa puerta de madera y les enseñó la cámara. Allí no había ningún cuadro que pudiese pertenecer al hombre que estaban buscando: solo unos grabados antiguos y un retrato de familia muy deteriorado que pedía a gritos una restauración.

Sir Thomas continuó.

—Y por ese pasillo a la derecha hay unas escaleras por donde debió de bajar forzosamente... Podemos empezar desde aquí y dividirnos en varios grupos. Yo iré con la inspectora y Sanjuán, y Evans puede ir con Alexander. Cuando encontremos algo «sospechoso» nos

llamamos... ¿Ok?

Todos asintieron y se pusieron en camino.

Al cabo de media hora, Valentina empezó a sentir la incomodidad de los altos tacones *peep toe*. Menuda ocurrencia, ponerse esos zapatos. No pensaba que fuesen a caminar tanto. Habían recorrido los pasillos y salones del piso de arriba, analizando todas las obras de arte, y se habían reunido todos en las escaleras. Nada de nada. Volvieron a separarse.

Sir Thomas encendía las luces del pasillo a su paso: las teas iluminaron los retratos con luces y sombras fantasmales

que a Valentina le parecieron dignas de una película de terror. Se notaba que habían decorado toda aquella parte de la mansión para impresionar a los visitantes. No pudo reprimir un escalofrío al ver todos los retratos isabelinos que parecían escrutarla desde sus marcos dorados, ennegrecidos por el paso del tiempo y el humo de las velas. Parte de las teas se habían fundido y sir Thomas se disculpó, mientras iba a llamar a alguien para que llevase una linterna.

—Este lugar es... un poco tétrico, ¿no? —Valentina descartó la figura de un hombre anciano con gorguera y un

mapa detrás, muy elegante. Miró a Sanjuán, que observaba otro de los retratos, el de una mujer pálida y engreída, totalmente vestida de terciopelo, que sujetaba un halcón en su muñeca y lucía un parche de cuero en un ojo.

Sanjuán comprobó la firma en la esquina y se giró hacia Valentina.

—El sentido del humor de sir Thomas es algo siniestro, Valentina... —el tono de voz de Sanjuán adquirió un ligero tinte de burla. Levantó una ceja—. No tendrás miedo, ¿verdad, inspectora? No tienes por qué tenerlo... estás bien acompañada...

Valentina protestó al momento, picada en su amor propio.

—Sanjuán, conserva tu valentía masculina para cuando realmente esté en un apuro... no frente a unos cuadros viejos... —Se apartó de Sanjuán y se dio la vuelta, algo molesta, aunque en el fondo divertida. Al girarse, Valentina cruzó su mirada con unos ojos extrañamente vivos que parecían brillar en la oscuridad. Dio unos pasos hacia atrás para poder observar mejor aquel retrato. De la tela emanaba una fascinación perversa que no parecía provenir del siglo XVI, sino de una mente enferma, atormentada. Los labios

gruesos, húmedos, estaban a punto de proferir cualquier blasfemia. El cabello enmarcaba unas facciones consumidas por la fiebre. Aquel hombre estaba rodeado por el fuego del infierno, pero su mano, sin alterarse, acercaba al espectador un medallón con un retrato delicado, un rostro que Valentina reconoció de inmediato. Se acercó a Sanjuán y le aprisionó el brazo con la mano, apretando con fuerza.

—Javier. ¡Mira! El cuadro. Creo que lo he encontrado.



Londres, Kensal
Green, 18:30

Las rosas ya están preparadas. Las ha rociado, una a una, con el líquido dulzón de la botella de vidrio, y por la furgoneta se expande ese olor penetrante tan característico. Abre la ventanilla de cristal tintado, no quiere sufrir en sus carnes el efecto del narcótico, aunque se ha puesto una máscara protectora. Repasa por última vez todo el proceso. Todo tiene que ser perfecto, sin ningún

fallo. El ritual tiene que cumplirse, sincronizado como los movimientos de un bailarín de ballet clásico. Él lo ha aprendido de memoria: cualquier distracción, cualquier fallo en el proceso puede resultar fatal. Un cabello, una célula, saliva, una huella. No hay que dejar nada tras de sí, nada salvo la belleza de la muerte en todo su esplendor...

• • •

Floria sale de la ducha envuelta en una gran toalla negra, una

toalla que le regaló Sue Crompton el primer día que acudió a su tienda a comprar. Ha comprado muchas cosas en la tienda. Es preciosa. Le encanta la ropa interior de encaje imposible que solo se puede encontrar ahí. Los juguetes osados, los aceites de perfume exquisito, las esposas de cuero... Por una temporada, Floria va a dejar de lado las esposas de cuero. Los grilletes, los dildos, el corsé negro... Todo eso va a desaparecer de su mesilla. Charles no es como

ella. Charles es un chico honesto. Huele a agua de colonia fresca. Su mente es un refugio para sus problemas, para sus traumas.

Floria sube las escaleras con los pies mojados de la ducha. Nunca se seca del todo, siempre deja alguna parte de su cuerpo húmeda. Por costumbre. Por vagancia. No lo sabe, le da igual. Le gusta sentir el frescor sobre su cuerpo desnudo. Se sienta en el tocador de su habitación y se pone dos gotas de Chanel n.º 5 en el cuello y

dos en las muñecas. Luego destapa el tarro de crema Sisheido y se hidrata con cuidado la piel del rostro y del escote, antes de maquillarse. Busca en el joyero unos pendientes largos que compró en un mercadillo en Florencia, cerca del ponte Vecchio. Quedarán perfectamente con su vestido negro y su largo cuello. Su madre siempre dice que su precioso cuello es herencia familiar. Su abuela era veneciana... lástima no haber heredado los ojos azules tan

*característicos en toda la rama
materna.*

• • •

Sanjuán observó el cuadro, boquiabierto. Allí, delante de ellos estaba el retrato de Patricia Janz de nuevo, como una repetición constante y ominosa. Vestida de época, con un tocado de perlas en el cabello rubio, pero es Patricia, sin duda. Buscó una firma con rapidez, pero no encontró nada que pudiese parecerse a la signatura del autor.

—Está muy oscuro. Valentina. ¿Tú ves alguna firma? ¿Puedes ver algo?

—No. Nada. No hay nada. En todo el lienzo no hay nada. Es él. Es su estilo. Es como el cuadro de casa de Pedro Mendiluce, el mismo estilo de color, de pincelada... todo. Tiene que ser él. ¿Cómo es que nadie se dio cuenta de que estaba Patricia aquí retratada?

—El pasillo está muy oscuro, no se me ocurre ninguna otra explicación. No me extraña que Anido se pusiera enfermo. A lo mejor se dio cuenta de lo que estaba pasando. Valentina, escúchame. —Sanjuán, de repente, pareció muy preocupado y la miró fijamente a los ojos—. Este hombre... el Artista... pinta a las mujeres de la

hermandad a las que va a matar, fíjate. Primero Patricia. Luego Sue, aunque lo de Sue fue un intento frustrado... ¿Quién nos dice que no hay otro cuadro aquí que muestre a su siguiente víctima?

Valentina solo necesitó un segundo para comprender que la idea de Sanjuán era más que probable y sintió en su garganta una sequedad repentina.

—Joder, Sanjuán. Es verdad. Hay que hablar ahora mismo con Alexander, ¡rápido!

• • •

Alexander negó con la cabeza, consternado.

—¡Es increíble! Lo siento muchísimo. No sé cómo no me he dado cuenta antes. Este cuadro me ha parecido una maravilla desde el primer día que lo vi...

—¿Quién es el autor? Tienes que saberlo, querido, el cuadro no tiene firma... ¿no? —Alexander volvió a mover la cabeza, negando—. ¿Cómo que no lo sabes? —Sir Thomas no podía creer lo que oía. Alexander era como una enciclopedia en todo lo que respectaba a autores modernos y no sabía quién era el autor de esa obra. Era imposible.

—Este cuadro... déjame pensar —

Alexander se urgió a recordar por unos segundos, que a los demás les parecieron dos horas—. ¡Espera...! Creo que ya lo tengo... Creo que es un regalo.

¿Se lo mandaron a Anthony Potts, el marchante, ya hace muchos meses?... Lo llamaré a ver qué dice. Nos regalan muchos, especialmente artistas noveles que quieren exponer en un sitio como este... Ya saben, aquí viene gente muy influyente que puede hacer mucho por el autor de un cuadro que les gusta. Pero estoy casi seguro, Potts me lo confirmará —dijo, cogiendo su móvil.

—Es fundamental que sepamos

quién ha pintado este cuadro. Y si hay más cuadros de ese tipo en la mansión. Pregúntele a ese tal Potts, Alexander, por favor. Porque la presencia de Patricia Janz indica que el Artista primero pinta a las mujeres de la hermandad y luego las convierte en sus víctimas. Sir Thomas —la voz de Sanjuán indicaba cada vez más urgencia—, hay que llamar a Sue. ¡Hay que avisar inmediatamente a todas las mujeres de la hermandad! Están en peligro. Todas tienen que tomar precauciones extra. Pueden estar en el punto de mira del asesino en cualquier momento. ¡Por Dios, hay que hacerlo ya!

Tiene que dejarse de anonimatos y permisos de la junta directiva. ¡Llámelas y convéenzala!... —Sanjuán empezaba ya a hartarse de tantas demoras imposibles. Miró a Evans en busca de ayuda. Este asintió con un gesto.

—Sir Thomas, la situación está bastante clara. En este momento, ustedes son el blanco de un asesino. Lo siento mucho por su hermandad, pero no van a tener otro remedio que avisar a todo el mundo. Incluso puede que en esta casa haya más cuadros en los que ese hombre refleje su próximo objetivo.

Sir Thomas se acarició la barbilla con gesto adusto.

—Tienen razón... No insistan. Voy a llamarla ahora mismo. Esto es una cuestión de vida o muerte. No hay más que decir.

...

Londres, Notting
Hill, 18:45 h

Anthony Potts metió los dedos entre el cabello mojado de aquel hermoso apolo que había conocido en un lugar de ambiente la noche anterior, mientras el agua de la ducha corría, hirviendo, entre los dos. Acarició con la esponja

empapada la espalda definida del joven, que lo miró con la lascivia típica que ofrece la juventud atrevida y fogosa. Se besaron, intercambiando lenguas con sabor a champú de avena.

Potts escuchó el sonido del móvil dentro del bolsillo de sus vaqueros y protestó. Justo en ese momento... Iba a salir de la ducha su puta madre, pensó.

Siguió con su tarea, explorando los recovecos apetecibles de Vincent con absoluto abandono. Ya llamarían más tarde, si es que les daba la gana de hacerlo.

• • •

—He hablado ya con Sue. Está de acuerdo. Va a avisar a todas las chicas que pueda, especialmente a las que viven en Londres, pero no tiene todos los teléfonos, ni todas las direcciones de correo. Los tiene Mark Cummings, va a intentar ponerse en contacto con él inmediatamente. —De repente, sir Thomas se dio cuenta de lo complicado que era acceder a los miembros de la hermandad. Habían guardado tanto el anonimato que aquello se había convertido en un rompecabezas sin solución.

—Potts no contesta, el muy cabrón.
—Alexander miró el móvil, cabreado—.

¡Joder, contesta, coño! Voy a mandarle un SMS. A ver si puede leerlo...

—No podemos perder más tiempo. Hay que buscar algún otro cuadro del Artista en Garlinton. A lo mejor hay más de uno. Hay que mirar por todas partes. Alexander, cariño, procura hacer memoria. Tú tienes que saber más o menos dónde están los cuadros... —Sir Thomas estaba ya totalmente sobrepasado.

—No todos, por desgracia. Algunos los han colocado los decoradores, ya lo sabes, Tom. —Miró hacia los demás—. Nos hemos gastado un pastón en decoradores, la verdad. La mansión es

muy grande y yo no pude supervisarlo todo. Hemos querido convertirla en una especie de museo... Dios. No sé dónde puede haber más cuadros de ese estilo... estoy bloqueado. Joder. Potts, cabrón. ¿Quieres contestar de una vez?

—Calma. Vamos por partes. —Sir Thomas, recuperado el aplomo, intentó calmar a su marido, que empezaba a parecer un remolino de histeria—. Llama a los decoradores, si hace falta, y pregúntales. Mientras, nosotros seguiremos buscando. Hemos revisado ya los dos pisos superiores. Nos quedan la planta baja, las mazmorras, las caballerizas, la casa de la servidumbre y

el pabellón de caza. Venga, manos a la obra. No hay tiempo que perder.

...

Londres, Kensal
Green, 19:15 h

Un relámpago iluminó durante unos instantes Kilburn Lane. Las nubes que cubrían el cielo eran tan espesas que parecía de noche. Luego, el trueno retumbó por toda la calle, haciendo saltar las alarmas de varios de los vehículos que estaban allí aparcados. El Artista metió con cuidado el ramo de

rosas rojas dentro de una funda de plástico. No podía arriesgarse a que el agua de lluvia las estropeará. Cerró la cremallera y se quitó la mascarilla de la boca. Respiró el aire purificado de tormenta que entraba por la ventanilla, libre de contaminación, de humo, gracias a la lluvia.

Notó cómo todo su cuerpo se tensaba.

Estaba listo. Había llegado la hora.

...

Garlinton Manor,
Oxfordshire, 19:30 h

Valentina y Sanjuán avanzaron por las caballerizas, mirando los cuadros uno por uno con nerviosismo creciente. La reforma de sir Thomas las había convertido en un enorme salón multiusos, de techo de madera y mesas para banquetes y celebraciones. Ya no quedaban restos de la orgía de la hermandad. El equipo de limpieza lo había arreglado todo al día siguiente, cuando el último de los invitados salió por el portón. Valentina contestó al teléfono: era Evans comentando que en las mazmorras no parecía haber ningún cuadro parecido a los del Artista.

—Evans dice que abajo no hay nada.

—Valentina tropezó al meter uno de los altos tacones en una junta del suelo de piedra. Sanjuán, al verlo, esperó por ella—. Definitivamente, esto de los *stilettos* no está hecho para la labor policial, Sanjuán... —Valentina sonrió forzadamente y se apoyó en el criminólogo. Se inclinó y se quitó los zapatos. Luego se quejó con expresión culpable—. Estoy harta. Prefiero ir descalza...

Javier Sanjuán miraba asombrado todo el proceso. Aquella mujer siempre le sorprendía.

—¿Quieres que le pidamos a sir Thomas algo para tus pies? Puedes

hacerte daño... Te recuerdo que aquí se celebró una fiesta hace un par de días. Pueden quedar restos de cristales...

—No hay tiempo para eso —
Valentina le urgió—. ¡Vamos!... —
Sanjuán no se movió, mirando primero los pies de Valentina y su cuidada pedicura y luego a ella—. De verdad, Sanjuán. Tendré cuidado. Apúrate. Nos falta mirar aquella pared y luego el pabellón de caza.

Valentina acabó por darle la razón a Sanjuán cuando atravesaron el camino de gravilla hacia el coqueto pabellón de caza. Pisó una piedra puntiaguda y soltó un sonoro «¡Joder!» mientras cojeaba

durante un momento. Pero apuró el paso y optó por meter los pies en el suave césped húmedo para no hacerse daño.

El pabellón de caza era un pequeño palacete de dos pisos, de corte neoclásico, con un tejado verde a dos aguas. Las puertas estaban abiertas, y dentro había una mujer joven de cabello castaño con un uniforme azul claro quitando el polvo con un plumero, y un hombre calvo subido en unas escaleras limpiando cristales. Sanjuán llamó a la puerta y entró sin más, seguido de Valentina, que se sacudió los pies con las manos, llenos de briznas de hierba.

—Espera un segundo, Javier. Tengo

que limpiarme un poco los pies...

—¿Son españoles? ¡Vaya, qué casualidad! —La mujer dejó de limpiar el polvo y les sonrió—. Yo también. Soy de Lugo... me llamo Sabela.

—Yo soy de La Coruña. ¡Qué casualidad, somos casi vecinas! Me llamo Valentina... y él es Javier. —Valentina meditó un instante. Luego le preguntó. No tenía nada que perder—. Tenemos un problema. Estamos buscando un cuadro determinado, y no sabemos por dónde empezar. Este pabellón es más grande de lo que parece, ¿no? ¿Podrías servirnos de guía?

—No se preocupen, yo puedo

ayudarles. Manolo y yo llevamos más de seis meses aquí de guardeses. ¿Cómo es el cuadro que estáis buscando? Puedo presumir de conocerlos todos... no en vano los limpio todos los días...

Sanjuán contestó, pensando con rapidez.

—Ese es el problema. Que no sabemos cómo es el cuadro. Lo único que podemos intuir es que tiene que haber un retrato femenino en él...

—Bien. Eso es algo... En el piso de arriba, en la habitación principal, hay dos retratos femeninos, una señora muy elegante de pelo blanco, con un perrito en los brazos, un cuadro precioso... y

otro, más recargado, con una chica en un columpio... todo con mucho colorido, ya me entendéis...

El hombre que limpiaba los cristales dejó su tarea y también intervino.

—Hay más retratos en la habitación más pequeña, la que está orientada hacia el oeste, y también en el salón... pero no me suena que haya ninguna mujer... ¿no, Sabela?

Valentina y Sanjuán no esperaron la contestación y subieron las escaleras, casi sin respiración. Primero fueron a la habitación principal. Efectivamente, había dos retratos femeninos. Pero ninguno parecía obra del Artista.

Valentina se acercó a comprobar la firma. Ambos la tenían en la parte inferior derecha. Salieron de la habitación y recorrieron las otras habitaciones. Nada. Sanjuán estaba ya un poco harto de ver ciervos perseguidos por jaurías de fauces hambrientas y de antepasados de sir Thomas, los rostros altivos eternizados de aburrimiento.

Oyeron a Sabela hablarles desde el piso de abajo, pero no entendieron lo que quería decirles.

Cuando al fin bajaron, Sabela les comunicó que había tenido una idea.

—Hay un cuadro bastante grande en

el sitio que sir Thomas llama «el armero». Tienen que salir por la puerta principal y dirigirse por un camino de tierra hacia la parte de atrás. Es un cuadro llamativo. A mí me encanta... lo que ocurre es que... bueno, a la mujer del cuadro no se le ve la cara: tiene el rostro tapado... no sé si les servirá de algo.

Sanjuán cogió de la mano a Valentina y tiró de ella, arrastrándola hacia la puerta.

...

Londres, Notting

Hill, 19:45 h

Potts contestó al teléfono con evidente tono de cabreo. Estaba desnudo, con el pelo rubio mojado y harto de que el soniquete del móvil y los mensajes de texto interrumpieran el polvo del siglo que tenía ya reluciente, limpio y metido en la cama, esperando por él.

—Joder, Alex. Por un día que consigo echar un polvo... ¡Si no fueras uno de mis mejores clientes, te soltaría una buena reprimenda!

—Potts. Escúchame un momento. Es urgente. ¿Te acuerdas del cuadro ese que parece la recreación de una miniatura de

Nichollas Hilliard, pero en formato grande?

—Espera... sí. Sí, me acuerdo, el del hombre joven con una miniatura en la mano, un cuadro remarcable, precioso. ¿Por? ¿Qué ha ocurrido?

—¿Recuerdas de dónde ha salido?

—El cuadro fue un regalo que os enviaron de forma anónima hará más de medio año. Me pareció muy bueno, así que no lo dudé. El que lo mandó quería que formase parte de la colección de Garlinton. La única condición del regalo era que se expusiera allí.

—Ya, entiendo. Eso más o menos lo tenía controlado... ¿Sabes si mandó más

cuadros parecidos a ese?

—Sí. Mandó otro. Hace poco, además. Espera un segundo, que mire en el libro de entrada y te digo el día en que lo envió...

—Escucha, Anthony. Lo que quiero es que... ¡Joder! ¡Anthony! ¡Cojones! —Miró a su marido y a Evans, con desesperación—. ¡Se ha ido el muy cabronazo, a ver no sé qué libro de entrada! Potts. ¡¿Quieres contestarme de una puta vez?!

• • •

La armería tenía un solo cuadro, colgado en la pared. La sala estaba llena de

estanterías con antiguas escopetas, enormes espadas colgadas, cabezas de ciervos y gamos disecados y varias armaduras que podían remontarse a la época de Enrique VIII. Valentina y Sanjuán avanzaron con lentitud hacia el fondo de la habitación.

Valentina observó el cuadro y luego miró a Sanjuán, que se rascaba la barbilla con ademán perplejo.

—Tiene que ser este. Fíjate, no tiene firma. —Sanjuán señaló la esquina inferior derecha. Estaba vacía—. Pero... ¿Qué coño está describiendo?

Valentina volvió a mirar el lienzo a la vez que cogía el teléfono para llamar

a los demás. No cabía duda de que era el estilo de los otros cuadros, pero con sutiles variaciones. La llama brillante del cabo de una vela iluminaba el cuerpo curvilíneo, casi serpenteante, de una mujer de cabello oscuro, recogido en un moño sujeto con pequeñas flores rojas. La dama se tapaba el rostro con el dorso de la mano, en una postura dramática exagerada, similar a las que adoptaban las actrices en las películas de cine mudo. En la otra mano, empuñaba una daga afilada y llena de sangre. La guarda del puñal presentaba un escudo que a Valentina se le hizo muy familiar: sobre un fondo de color

bermellón, dos llaves, una de oro y otra de plata entrecruzadas, coronadas por una tiara dorada. Las gotas rojas, brillantes, de sangre fresca, caían desde la punta del puñal sobre el vestido blanco y negro de corte imperio, y también sobre la boca abierta de un hombre tirado en el suelo, muerto. El hombre iba vestido con una levita napoleónica. Su rostro congestionado y los ojos abiertos sin expresión ni vida mostraban al espectador la agonía de la muerte.

Colgado del cuello, la mujer llevaba un colgante que parecía también una gota de sangre, pero que era en realidad una

pequeña rosa roja con un rubí.

El fondo del cuadro mostraba un amanecer amarillento formado por llamas dibujadas de forma sutil, y a lo lejos, el perfecto contraste lo daban la silueta negra de un ángel que enarbolaba una espada, y una gran cúpula con una cruz.

Sir Thomas, Alexander y Evans llegaron a los pocos minutos.

—Ya hemos hablado con Potts. Los dos cuadros son regalos anónimos. No tiene ni la más remota idea de quién es el autor. Es muy bueno, espectacular... Y tiene razón. Este cuadro siempre me ha encantado. Es uno de mis favoritos...

—Alexander miró la pintura, fascinado
—. Por eso lo colocamos aquí.

—¿Alguien tiene alguna idea de qué significa o a qué se refiere el cuadro? —
Sanjuán no hacía más que darle vueltas a la cabeza, pero no era capaz de asociar la iconografía a nada conocido. Ni a un cuadro, ni a una escena bíblica... nada
—. La mujer... no se le ve la cara...
¿Hay alguien en la hermandad que pueda parecerse en algo a ella?

Sir Thomas se esforzó por comparar la figura con alguna de las chicas de El Ruiseñor y la Rosa.

—No, creo que no... chicas con el pelo castaño o negro hay muchas...

Valiente cabrón. En realidad puede ser cualquiera...

—¿Y si le mandamos la foto a Sue?
A lo mejor Sue puede decirnos algo...

...

Londres, Kensal
Green, 19:55 h

Floria se miró al espejo, contenta con lo que veía. Sonrió. Lo único que desentonaba un poco eran los zapatos de salón que tenía obligatoriamente que ponerse, por culpa de la lluvia. Hubiese preferido mil veces sus finas sandalias

de tiras. Pero el vestido era divino y solo le había costado setenta libras. Lo bueno de la lluvia era que le obligaba también a llevar una chaquetilla de lentejuelas, y así, de paso, podía tapar los moratones y las marcas que le había infligido el cabronazo de Anido. Las otras veces las había lucido con orgullo; esa vez no. No lo había pasado bien. No quería que Charles las viera e hiciera preguntas indiscretas.

Bajó al estudio a por un bolso pequeño a juego. ¿Dónde lo había puesto? ¿Y el paraguas? Se quedó quieta un momento, pensativa. Luego miró su pequeño reloj de pulsera de Swatch. Le

quedaban diez minutos para salir pitando y coger el metro. Si tardaba más, tendría que coger un taxi...

...

Garlinton Manor,
Oxfordshire, 20:00 h

—Sue dice lo mismo: puede ser cualquiera de las chicas. Casi todas tienen el pelo castaño y largo... — Evans suspiró con ansiedad—. Dice que concretemos más. Que con eso no puede saber quién puede ser.

—Vamos a ver. —Sanjuán intentó

poner algo de orden—. Una mujer vestida como Josefina, que acaba de matar a un hombre a puñaladas. ¿No le suena a nadie? No. Bien. ¿Carlota Coday, la asesina de Marat? No, Marat murió en una bañera. Y este hombre no está en una bañera... Vamos a verlo desde otro punto de vista. A lo lejos hay una cúpula y un ángel. ¿Dónde hay cúpulas y ángeles?

—¿En Praga, por ejemplo? — Alexander apuntó, sin mucha convicción.

—¿Praga? Sí, puede ser. O Viena... o Budapest... —Sanjuán se desesperó—. Europa está llena de ciudades con

cúpulas. Podemos buscar en internet...

Valentina le daba vueltas en su mente al pequeño escudo de la daga. Había visto aquella imagen mil veces. En el colegio de monjas, seguro. En cientos de sitios. Claro. Por favor...

—Es el escudo del Vaticano. Fijaos: la tiara, las llaves de san Pedro...

—¿Qué? —Sir Thomas se acercó al cuadro para ver mejor—. ¿Dónde está el escudo del Vaticano?

—En la guarda de la daga — Valentina lo señaló con el dedo—. Es el escudo del Vaticano. Está muy claro, ¿no? Por lo menos para mí.

Sanjuán se dio una palmada en la

pierna.

—¡Pues claro! ¡El Vaticano! ¡El ángel con la espada es el que está en el Castel Sant'Angelo! ¡La cúpula del Vaticano! ¡Es Roma, joder!

Valentina asintió, sin quitar la vista de la mujer del cuadro.

—Es Roma. En efecto —miró a Sanjuán, con los ojos brillantes—, pero la cúpula no es la de San Pedro. Es la de la iglesia de Santa Andrea della Valle. Ahora ya sé lo que significa el cuadro. ¡Es *Tosca*! —Valentina asentía mientras todo cuadraba en su mente—. El cuadro representa la ópera de Puccini... ¡*Tosca*! —Se giró ansiosa hacia sir

Thomas—. ¿Hay alguna cantante de ópera en la hermandad? ¿O... no sé, alguna mujer italiana?

Sir Thomas palideció mientras cogía el teléfono para llamar a Sue.

—Sí, efectivamente, hay una chica con esas características. Se llama Floria. Es romana. La nueva pareja de Jaime Anido. Precisamente, la chica a la que agredió Jaime el otro día... Es cierto. Es *Tosca*. ¿Cómo hemos podido estar tan ciegos? Lo hemos colgado aquí sin fijarnos siquiera en lo que había pintado...

—Floria. ¡Es ella, sin duda! El nombre del personaje de la ópera es

Floria. Floria *Tosca*... Muere al final de la ópera precipitándose al Arno desde el Castel Sant'Angelo... El Artista no ha podido ser más claro. —Valentina respiró al fin, resignada porque había que enfrentarse a la amenaza de otro crimen inminente, y tiró los zapatos al suelo en un gesto de abandono. Luego se los colocó de nuevo en los pies, con un suspiro de dolor.

Sanjuán se mordió el labio y asintió. Una ópera seguía la lógica del asesino de tocar todos los palos artísticos.

—Menudo cabrón... *Tosca*, como Salomé, como Juana de Arco, Ofelia o Lucy Westenra... todas mueren de una

forma salvaje y dramática... al igual que sus víctimas.

...

Londres, Bloomsbury,
20:05 h

Sue buscó con ansiedad el teléfono de Floria. Había que avisarla cuanto antes. ¿Dónde podía estar? En la agenda en su despacho, seguro. Corrió hacia la mesa y se sentó en la silla giratoria. Revolvió los cajones hasta que se dio cuenta de que la agenda de la hermandad estaba dentro de un cajón cerrado en el

escritorio del salón. Había ido varias veces a la tienda. Y su correo electrónico, seguro que también. Si no, llamaría a Mark Cummings.

«La llave. Por favor. ¿Dónde he puesto la llave?». Sue buscó de nuevo en los cajones de su despacho, sacando papeles y todo tipo de cosas inservibles que nunca hubiera imaginado, hasta que encontró la pequeña llave del escritorio dentro de una cajita de plástico de color amarillo.

Cuando consiguió averiguar el número, sus dedos temblaban al macar las teclas, al tiempo que rezaba para que Floria lo cogiera de inmediato.

...

Londres, Kensal
Green, 20:10 h

El Artista se acercó al portal, bajo la lluvia. En sus manos llevaba el ramo de flores cubierto por la bolsa de plástico negro. Al llegar al porche cubierto, sacó las flores de la bolsa y las dejó a la vista, lejos de su rostro. Su dedo enguantado se dirigió hacia el timbre de la puerta.

El teléfono sonó en el piso de arriba. Floria subía ya a contestar cuando el viejo timbre de la puerta atronó el

apartamento con su sonido anticuado. *¡Cazzo!* Iba a llegar tarde al concierto si se retrasaba un segundo más. Dudó qué hacer. Subió corriendo y miró el móvil: era Sue Crompton.

Floria vaciló un segundo, pero en ese momento no estaba de humor para hablar de cómo se sentía; seguro que Sue llamaba para interesarse por ella; no quería perder un tiempo precioso en una charla que en ese instante no le apetecía en absoluto. La llamaría al día siguiente. Así que decidió atender la puerta.

Floria bajó las empinadas escaleras con cuidado. Primero miró por la mirilla

para asegurarse de que el que llamaba no fuera un vendedor o publicidad. Un gran ramo de enormes rosas rojas ocupaba parte de la lente, medio empañada por los años. Palmoteó, encantada. A lo mejor eran de Charles...

Abrió la puerta. Mojado por la lluvia, había un hombre de intensos ojos claros, cubierto por una gorra y vestido con un chubasquero amarillo, que sostenía en sus brazos un enorme ramo de rosas rojas. Entró en el pasillo del hall, avanzando unos metros.

Floria miró el ramo con admiración contenida.

—¿No se habrá equivocado? Es que

no espero ningún ramo de flores...

—Usted es Floria di Nissa, ¿no? —
El hombre acercó las rosas a su nariz—.
Son para usted. Son preciosas. —El
hombre se acercó todavía más a Floria,
clavando las flores en su rostro de forma
agresiva—: Huélasas. Aspire su aroma.
Jamás le han regalado unas rosas tan
bellas como las que hay en este ramo, se
lo aseguro... —Se las entregó
súbitamente. Antes de que cayeran al
suelo, Floria las cogió en sus manos,
estrujando el envoltorio de papel de
estraza.

De repente, notó que sus piernas
empezaban a flaquear. Olió el

embriagador aroma de las rosas, un olor extrañamente dulce y penetrante, distinto a todo. Se mareó y sintió náuseas. Sus ojos desenfocados vieron a aquel hombre cerrar la puerta de entrada y acercarse a ella. La agarró con delicadeza antes de que cayera al suelo.

Floria notó cómo el ramo se deslizaba de sus manos. Intentó cogerlo, pero no pudo. No tenía fuerza en las manos. Algún pétalo se desprendió de la flor.

Luego, nada más. Solo aquella mirada obsesiva que pareció acompañarla hasta la más profunda sima del sueño, y la intuición íntima e

inexplicable de que, al despertar, nada volvería a ser como antes.

Capítulo 49. Contrarreloj

«Ha più forte sapore la conquista violenta che il mellifluo consenso...»

Scarpia.

Tosca. Puccini

Garlinton Manor,

20:10 h

Geraint Evans daba instrucciones a dos policías de uniforme para que custodiaran los dos cuadros mientras llegaba la Policía Científica para llevárselos de Garlinton Manor al

laboratorio. Podían ser una valiosa fuente de información sobre el autor y, por ende, posible asesino de Patricia Janz y Jaime Anido. Sir Thomas no había puesto ningún impedimento, al revés: cuanto antes estuviesen aquellos cuadros fuera de su casa, mejor. Había descubierto que su contenido era un símbolo del horror que se cernía sobre sus propios amigos y no era capaz ni de mirarlos. Antes de irse, Evans cogió el teléfono de Potts para ponerse en contacto con él al día siguiente sin falta. El marchante podría ponerle en contacto con más gente del mundo del arte, personas que podrían identificar el

estilo de aquellas pinturas y, con suerte, asociarlo con algún artista en concreto.

Valentina y Sanjuán se despidieron de sir Thomas y su marido con un apretón de manos y se dirigieron al aparcamiento caminando despacio, en silencio. Estaba anocheciendo. Había dejado de llover, y el olor a hierba fresca resultaba muy relajante después de las emociones de la tarde. Cuando llegaron a la altura del Jaguar, Sanjuán se paró y miró a Valentina con admiración.

—¿Cómo supiste que el cuadro tenía que ver con una ópera? Ha sido increíble...

Valentina le sonrió, agradecida. No estaba acostumbrada a que Sanjuán fuese tan efusivo.

—Gracias, Javier, pero no tiene mucho mérito. Me encanta la ópera. Y además, me encanta Puccini. A decir verdad, no he sido muy ágil. Debería haberme dado cuenta al momento, solo con ver el cuadro. Es una recreación perfecta del segundo acto. Se podría decir que simboliza la ópera entera...

Valentina interrumpió su explicación al oír su teléfono móvil. Miró la pantalla: era el número de la comisaría de Lonzas. Contestó rápido, ansiosa por saber si ya habían comprobado la

coartada de Delgado.

—¿Inspectora? Soy Bodelón. ¿Qué tal las cosas en Londres? ¿Alguna novedad?

—Ya te contaré a la vuelta, Daniel, ahora no puedo explayarme demasiado, pero sí, hay novedades. Para empezar, una bastante fastidiada. Anido, el fotógrafo... le han disparado tres tiros.

—¿Lo han asesinado? No me joda, inspectora. —La voz de Bodelón reflejó pena y sorpresa al mismo tiempo.

Valentina suspiró.

—Sí, murió ayer por la tarde. Parece ser que su muerte tiene algo que ver con el Artista. Pero de eso os informaré en

cuanto tenga un rato. Ahora estamos muy liados. —Valentina miró hacia sus compañeros un momento fugaz y prosiguió la conversación—. ¿Y vosotros? ¿Cómo vais? ¿Habéis investigado los movimientos de Delgado?

—Sí. Por activa y por pasiva, y por desgracia... no ha mentido, inspectora. Toda la coartada es perfecta. Efectivamente, el día del secuestro de Lidia estaba en Madrid. Y también cuando el asesino dejó su cuerpo en el estanque. Tenemos billete de avión, hoteles, alquiler de coche, todo.

—Ya. —La decepción de Valentina

no fue demasiado intensa. Después de todo lo que estaba pasando en Inglaterra ya no estaba muy segura de que Delgado fuese el asesino de Lidia. En realidad no estaba segura de nada—. Habrá que descartarlo, entonces. También hay que mirar dónde estuvo Mendiluce y asegurarse bien... por si acaso. Esos dos siguen dándome muy mala espina.

—Ok, inspectora, nos pondremos a ello. Aquí está la cosa muy alborotada con la aparición de las fotos de Lidia en la revista *Caso Abierto*. ¿Las ha visto, jefa?

—Sí. La compró Sanjuán en el aeropuerto. Imagino cómo estará la

familia...

—El padre ya ha llamado a no sé cuánta gente y quiere denunciar al autor de las fotos, a la policía, a la revista... a todo Dios, en suma.

—Es normal. La muerte de una hija de esa forma tiene que ser algo horrible, y todavía más si salen los detalles escabrosos en la prensa, a la vista de todo el mundo. Pero bueno. Eso no es cosa nuestra, por desgracia... Ahí sí que no podemos hacer nada. Lo único el juez...

—Por cierto, los del laboratorio han enviado un informe sobre parte de las flores naturales encontradas en la escena

del crimen. Las ortigas son de la zona, inspectora, pero poco más. El análisis de las partículas de tierra indica que pueden haber sido recogidas en cualquier parte del norte la provincia. Sin embargo, las margaritas han dado mejores resultados.

—Explícate. —Bodelón había capturado el interés de Valentina.

—Son del monte de San Pedro. La tierra, la clase de abono, los rastros de césped, el tipo de margarita... todo eso coincide con las que plantan los jardineros del Ayuntamiento en el monte de San Pedro.

—Bueno, algo es algo. Por lo menos

sabemos que conoce la ciudad. Lo cual no es mucho, teniendo en cuenta que con el Google Earth puedes estudiar casi cualquier parte del mundo desde tu casa... Pero bueno. Cuando vuelva nos ponemos al día y sacamos conclusiones. Ahora tengo que dejarte, Bodelón. Llamaré cuando esté más liberada, creo que me vuelvo a Londres en un minuto...

—¿A Londres? ¿Por? Entonces... ¿dónde está exactamente, inspectora?

Cuando se dio cuenta, Valentina ya había colgado.

• • •

Londres, Kensal Green, 20:20 h

El Artista subió en brazos a Floria a su habitación y la depositó encima de la cama con mucho cuidado. La miró con atención. Seguía dormida. Los labios de color rosa, los ojos perfectamente delineados, el colorete... aquel vestido negro tan elegante... ¿Dónde iría a pasar la noche el gorrión italiano? La puta no había tenido suficiente con lo del viernes, saltaba a la vista. Necesitaba más.

Le subió el vestido. No llevaba medias. Mejor. El tanga negro con

pequeños bordados resultaba muy atractivo. Seguro que el sujetador hacía juego con él. El Artista cogió una navaja afilada y le rasgó el vestido con pericia. Efectivamente, el sujetador hacía juego con el tanga... y sonrió pensando lo bien que conocía a las mujeres que pregonaban la indecencia como si fueran heraldos del pecado.

El Artista cortó el tanga y lo deslizó, quitándoselo de forma muy lenta. Luego, hizo lo mismo con el sujetador. Acarició la piel elástica y suave de los pechos, pellizcó los pezones oscuros, comprobando su dureza. Le dio la vuelta al cuerpo desnudo y observó con

evidente placer el castigo al que la habían sometido en Garlinton. Soltó un pequeño gemido de aprobación. Su mano recorrió los latigazos de la espalda y las nalgas con deleite, deteniéndose en la dureza de las cicatrices más antiguas que adornaban su piel. Bajó hasta los pies y los liberó de los zapatos de salón. Una vez que la tuvo desnuda, sacó de su mochila un rollo de cinta americana de color plateado y una mordaza.

Cuando Floria, todavía sumida en el profundo sueño del cloroformo, estuvo perfectamente atada y silenciada, el Artista buscó en su bolso las llaves del

apartamento. Escuchó de nuevo el sonido del móvil de Floria y pegó un respingo. Luego lo cogió y miró quién la llamaba esa vez. Antes la había llamado Sue, la gran zorra... «Charles». Pobre Charles. El Artista lo sentía: su putilla estaba muy ocupada en aquel instante.

Encontró las llaves.

Luego bajó a su furgoneta a por los útiles que le faltaban para su obra de arte.

...

Londres, Marble Arch,
20:40 h.

Charles miró su parche de nicotina y se bajó la manga de la camisa de rayas a la altura de su reloj de pulsera. Miró la hora otra vez. Eran las nueve menos veinte, y había quedado con Floria a las ocho y media. Movi6 la pierna con nerviosismo y se atusó el cabello rubio. Tenían menos de un cuarto de hora para llegar a Wigmore Hall. Acababa de llamarla hacía unos minutos y no contestaba. Esperaría cinco minutos más. Era algo preocupante. ¿Habría cambiado de idea? No, imposible. Cuando habló con ella por la tarde, no detectó ningún problema. Todo lo contrario, parecía muy emocionada con

el concierto. A lo mejor el metro había tenido algún retraso en las líneas, algún accidente... Decidió bajar a preguntar a información. Por lo menos así saldría de dudas.

...

Londres, Bloomsbury,
20:45 h

Sue volvió a llamar a Floria, sin resultado. Estaba empezando a preocuparse. Sin motivo, por supuesto. Floria podía estar en el cine, o en clase. O con su novio. O en el gimnasio. Había

miles de razones por las que Floria podía no tener el teléfono a mano. Y si lo pensaba bien, había otro motivo por el que Floria podría haber decidido no contestar: estaba enfadada por lo que había ocurrido en Garlinton Manor. No la culpaba. Anido había estado a punto de matarla, de estrangularla de forma salvaje. Había perdido la razón por completo. Suerte tendrían si no denunciaba a la hermandad...

Se había preocupado todavía más al ver en su enorme pantalla de televisión el retrato robot del supuesto asesino de Jaime en las noticias de las ocho. Toda la policía metropolitana lo estaba

buscando.

Decidió mandarle un mensaje de texto a Floria.

«Floria. Es urgente. Ponte en contacto conmigo por favor. Es una cuestión de suma gravedad».

A ver si así conseguía que la chica se pusiese en contacto con ella. No era mucho más lo que estaba a su alcance, y enviarle ese mensaje la ayudó a sentirse un poco más tranquila. Recordar lo que le había pasado a ella en su propia tienda aún la traumatizaba todavía más. Sabía perfectamente que aquel psicópata podía aparecer de la nada y convertir su vida en una pesadilla en solo unos

segundos.

Cuando sonó el teléfono, Sue saltó de alegría.

Pero, para su decepción, no era ella. Era Keith Servant. Ellos también habían llamado a Floria a su móvil, pero no contestaba. Necesitaba la dirección de Floria di Nissa con urgencia. No había forma de encontrarla. Floria acababa de cambiarse de casa y la nueva dirección no figuraba en ningún sitio. ¿No conocía a nadie que la tuviera? ¿Algún miembro de la hermandad?

• • •

Scotland Yard, 20:50 h.

Keith Servant se acarició la cabellera pelirroja, consternado. Luego, aplastó con sus manazas un vaso térmico y lo lanzó sin demasiado éxito contra la papelera, salpicando el suelo. ¿Dónde coño vivía Floria di Nissa? En una ciudad con más de ocho millones de habitantes, aquella sí que era una buena pregunta. Los estudiantes extranjeros solían cambiar de piso cada poco tiempo, cada vez que encontraban un sitio mejor. Y no siempre se apuntaban en el Ayuntamiento, ni siquiera

proporcionaban su nueva dirección a la universidad.

Floria di Nissa había estado viviendo durante ocho meses en un apartamento en Croydon. Habían buscado por su número de seguridad social y hasta ahí lo tenían claro. Llamaron al teléfono que salía en la guía en esa dirección. En ese momento el apartamento de Croydon estaba ocupado por dos estudiantes daneses que no tenían ni idea de quién había estado allí antes. Los daneses le dieron el teléfono de su casera, por si Floria hubiese dejado su nueva dirección a efectos de recibir correspondencia. Servant llamó

a la buena señora. Una mujer bastante anciana que no parecía demasiado cabal. Su marido era el que llevaba los alquileres y en aquel momento no estaba en casa. No, no se acordaba de que aquella chica hubiese dejado una dirección en la que pudieran contactar con ella. Y si lo había hecho, lo sabría su marido, ella ya no se acordaba bien...

«Llame luego. A ver si mi esposo puede ayudarlos».

Qué remedio.

Floria no tenía carnet de conducir. Hasta el día siguiente la universidad no podría facilitarles su dirección en el

caso de que la tuvieran. ¿Aquella chica trabajaba? ¿Dónde? Donde fuese, a aquella hora seguro que ya habían cerrado. Menuda mierda. La chica más famosa de Italia por sus libros guarros tenía que estar de incógnito en Londres, concluyó Servant, con cierto fatalismo.

Servant había llamado también a la policía italiana para que contactara con la familia, en el caso de que la tuviera. Era posible que ellos supieran en dónde se alojaba, salvo que la joven fuera muy celosa de su intimidad. Servant pensó cuánto habían cambiado las cosas desde su juventud y recordó cómo el año que había pasado en Francia después de

dejar el primer año de universidad, mientras encontraba su camino en la vida, deambulando, había tenido que dar siempre a sus padres la nueva dirección cada vez que se mudaba. Pero, claro está, él siempre había sido un joven responsable, y entonces estaba buscando a una chica que, gracias a su habilidad para describir pornografía disfrazada de poesía, había ganado una fortuna a una edad en la que difícilmente se puede apreciar el valor del dinero ganado sin esfuerzo.

El policía se obligó a centrarse en el presente. Habían enviado a todas las cadenas de televisión el retrato robot

del Artista, por si alguien era capaz de reconocerlo. La BBC lo difundió en su telediario de las ocho, y en días sucesivos bombardearían a los londinenses con aquella cara en la televisión y en la red. Servant no tenía demasiada fe en los retratos robot. Además, por los testimonios de Evans y de Sue Crompton aquel tipo se disfrazaba para no ser identificado.

...

Londres, Wigmore

Hall. 21:00 h

Charles se sentó, incómodo, preocupado. Intentó leer el programa del concierto, pero lo único que podía hacer era fijarse en el sitio vacío que había a su lado. Miró hacia atrás, por si en el último momento, en el último instante, Floria aparecía por el patio de butacas. Pero no apareció.

Apagaron las luces de la sala. Por megafonía avisaron al público para que desconectase sus teléfonos móviles. Charles le quitó el sonido y lo dejó encendido, a la vista.

Sintió una punzada de decepción cuando el pianista, Geoffrey Parsons,

salió al escenario, y el público aplaudió con fuerza. Sir Thomas Allen lo siguió al momento. Era el mejor concierto de la temporada en Wigmore, y Floria no había acudido a la cita. Ni siquiera lo había llamado para disculparse. Era algo extraño. No tenía explicación...

Cuando Parsons atacó la partitura de «Now sleeps the crimson petal», Charles se relajó a duras penas y se acomodó mejor en la butaca. En el intermedio volvería a llamar a Floria...

...

Oxfordshire, 21:15 h

Valentina hacía grandes esfuerzos para no quedarse dormida en el ergonómico asiento de cuero del Jaguar. Empezaba a sentir algo de hambre. Llevaban casi todo el día sin comer, salvo el desayuno y las pastas que les había servido Sue con el té. Necesitaba desesperadamente ducharse y cambiarse de ropa. Y cenar algo.

Evans conducía a velocidad de crucero, batiendo todos los récords de la tarde. Habían hablado con Sue, que estaba muy preocupada. Aquella chica no contestaba a las llamadas de teléfono. Y nadie parecía saber su dirección, lo

que convertía su búsqueda en el conocido problema de encontrar la aguja en el pajar. Encima a aquella hora las administraciones estaban cerradas. Además, Floria acababa de cambiarse de casa hacía poco y aún no había dado la nueva dirección. Eso le dificultaba las cosas a la policía, pero también al Artista, o eso suponía Valentina, no con mucha convicción.

Las luces de los coches deslumbraban sus ojos. Necesitaba un poco de descanso antes de llegar a casa de Sue. Tenía que haber alguna forma de conseguir la dirección de aquella chica, se dijo, como si sus deseos pudieran

obrar, a fuerza de ser repetidos, el milagro de una solución evidente, que entonces se burlaba de sus fatigadas mentes.

...

Londres, Kensal
Green, 21:45 h

El Artista escuchó gemir a Floria di Nissa bajo la mordaza. Miró hacia ella, pero seguía aún inconsciente. Daba igual. Esperaría. Ya faltaba poco para que se disipase el efecto de la anestesia y entonces sería el objeto de toda su

atención. De ninguna manera querría que lo considerase un maleducado. Pero en ese momento estaba ocupado. Tenía que dejarlo todo listo para la *performance*. Bajo la gorra, el hombre llevaba un gorro de plástico que le tapaba el cabello por completo. En las manos, unos guantes ajustados de látex. Se había puesto un traje protector para no dejar ningún rastro en el apartamento.

Colocó el trípode en el medio de la habitación, con la cámara sobre él, y buscó con gran detenimiento cuál podría ser el mejor ángulo.

Luego abrió la gran bolsa negra y sacó todos los velones. No había nada

más poético en el mundo que la luz de las velas. Seguro que Floria sabría apreciarlo. Fue colocándolos en el suelo y sobre los muebles. Un suave olor a lavanda y a rosas se extendió por la habitación.

De la bolsa negra extrajo también un estuche no muy grande. Aquella chica estaba acostumbrada al dolor. Gozaba con el dolor. El Artista era un hombre muy considerado con todas sus amadas: iba a complacerla en todo cuanto pudiera. Incluso más.

El teléfono de Floria volvió a sonar. Lo cogió para ver quién era esa vez. El tal Charles no parecía pillar las

indirectas...

«Lo siento, Charles, quienquiera que seas. Pero Floria está ocupada. En este momento, no puede ponerse...». El intruso imitó perfectamente la voz de un contestador automático antes de anular la llamada. Después, apagó el teléfono para que nadie lo molestara más. Quería obtener la máxima concentración. Sabía, por experiencia, que la obra de arte surgía como resultado de poner toda el alma en el proceso creativo. Estaba convencido de que había nacido para dar al mundo una lección moral sobre lo que significaba la perversión en la corrupción de los niños y la sociedad.

Si había gente empeñada en transformar en religión lo obsceno y lo degradante, él convertiría lo degenerado en algo bello, exponiendo con rudeza la podredumbre interior de quienes se rebozaban en ese lodazal. La belleza de su arte no haría sino poner en evidencia la perversidad del material empleado para su obra, es decir, a los propios degenerados. Pensar en su sagrada misión le produjo un sentimiento todavía de mayor exaltación, y viendo el cuerpo desnudo de la joven italiana se estremeció, poseído por el temblor de paroxismo que antecedió el principio de su liberación.

...

Londres, Bloomsbury,
22:20 h

—Llevo un buen rato llamándola y no me coge el teléfono. Y ahora lo ha apagado. Es imposible contactar con ella. —Sue sacudió la cabeza con desesperación—. Le he mandado varios SMS y tampoco. No sé... a lo mejor está en el cine. Es una chica muy aficionada a ir a todo tipo de espectáculos.

—Servant y su equipo están buscando la dirección, para ir a avisarla directamente a su casa... También han

llamado ellos y no ha cogido el teléfono. Tampoco vamos a preocuparnos demasiado, tiene razón, Sue. —Evans intentó contempORIZAR—. Puede estar en cualquier parte con el teléfono apagado. El cine, el teatro, con un novio...

Sanjuán negó con un gesto de su cabeza.

—Yo sí me preocuparía. Y mucho. El Artista falló al intentar secuestrar a Sue... y ahora tiene que estar totalmente descontrolado, fuera de sí. Necesita volver a matar. Muy pronto. Esa chica corre grave peligro, hay que ponerla sobre aviso ahora mismo, y también establecer un dispositivo de vigilancia

mientras ese hombre esté suelto.

—Lo importante ahora es localizarla cuanto antes. —Valentina pensó rápido. ¿Cómo localizar a una chica joven si no se dispone de su dirección y no contesta al teléfono?—. ¿Alguien ha pensado en mirar en las redes sociales? Mi hermano *postea* casi a diario todas sus cosas en Facebook, o en Tuenti...

—Inspectora, ¡buena idea! —Evans miró a Sue; esta entendió al momento y se levantó para ir a su despacho. Al poco tiempo llamó a Evans, que la ayudó a transportar un pequeño MacBook hasta la sala. Sue lo encendió y luego se lo pasó al policía, quien lo

colocó sobre sus piernas—. Vamos a ver si esa chica tiene perfil en alguna red social. Con suerte, tendrá algún amigo que pueda decirnos su dirección.

...

Londres, Kensal
Green, 22:30 h.

Floria sueña, inquieta. Su inconsciente intenta espabilarla como un grito sofocado, pero un peso enorme la mantiene sujeta a la cama como si sobre su cuerpo reposara una manopla

gigante de acero que la aplastara sin piedad. Sueña con el mar, un gran tsunami que se abalanza sobre ella, ola sobre ola en una montaña inmensa y amenazante de la que no puede escapar. Es de noche, y ella corre por la arena suave, pero la masa de agua corre más que ella, la alcanza, la envuelve con un frío abrazo de algas putrefactas, la ahoga, la posee hasta que tiene que escapar del sueño y volver a la realidad con el corazón a punto de explotar. Floria se despierta, el dolor

martillea sus sienes con una intensidad insoportable. El sabor metálico en la garganta, algo en su boca que no la deja articular palabra, los brazos y las piernas sujetos en una dolorosa contorsión la trastornan. Intenta librarse de las sujeciones sacudiéndose con un estremecimiento de todo su cuerpo, pero es imposible: la cinta es fuerte y está perfectamente adherida a sus muñecas y tobillos. Floria abre los ojos de repente, con un esfuerzo sobrehumano, y se da

cuenta de que la pesadilla continúa. Pero está totalmente despierta, desnuda y atada sobre su propia cama, en su habitación.

A los pies hay un hombre sentado, que la mira con fijeza, los ojos febriles y el aspecto desencajado. En su mirada se puede leer una obsesión intraducible, una determinación que Floria no ha visto jamás en una persona cuerda. Solo cuando iba a visitar a su anciana abuela a la residencia vio alguna vez a algún enfermo

con una expresión de alucinado parecida. Intenta hablarle, pero su boca está amordazada: solo escucha un gemido intenso y largo que sale de su garganta ahogada, un gemido que parece complacer al hombre, pues al oírlo sonríe con aspecto plácido y se levanta, acercándose a la cabecera con la silla en la mano. Se sienta a su lado, de manera familiar, y su mano blanca de pianista se acerca a su mejilla, acariciándola con suavidad.

El hombre saca algo de un

estuche negro.

Segundos después, algo atraviesa su pezón izquierdo, algo afilado que en un momento desaparece, dejando el pecho de Floria ardiendo, presa de un dolor insoportable.

Floria quiere gritar, totalmente aterrada. Gritar como nunca en su vida. Pero no puede. Cabecea y se contorsiona, mientras de su garganta sale un ruido gutural y ronco que reverbera a lo largo de todo su cuerpo.

Los ojos siguen mirándola,

*relajados pero fijos, sin vida.
Ojos de dolor, de frío helado.
El hombre vuelve a buscar en el
estuche, y es entonces cuando
Floria sacude con
desesperación absoluta todo su
ser, intentado alejarse de
aquellas manos blancas que se
acercan de nuevo, armadas con
unos pequeños alicates afilados
que parecen tomar vida al
entrar en contacto con la piel...*

• • •

Marble Arch, estación del metro, 22:40 h.

Charles mira su teléfono, preocupado, angustiado. No se puede creer que Floria le haya dado plantón y no lo haya llamado. No es su estilo. No es que la conozca demasiado, pero no, definitivamente no es su estilo. Y menos tras hablar con ella por la tarde: estaba muy ilusionada con el concierto. No paró de repetirlo. Y de las ganas que tenía de ir al cine

con él... No, no es posible. Le ha pasado algo. Está seguro. O eso o ha estado tomándole el puto pelo durante un mes. Y si es así, quiere saberlo.

Floria vive en Kensal Green. No le coge de camino, Charles reside en Knightsbrigde, pero no importa, se acercará a su casa un momento para salir de dudas. No pasará nada si no quiere recibirlo, pero por lo menos, se libraré de la congoja que le aprieta el pecho.

Charles sale de la estación de metro y busca un taxi, pero no

encuentra ninguno a mano. Ve uno entre el tráfico, pero dos chicas risueñas, con minifalda y tacones, lo llaman y se le adelantan por un pelo. Toca esperar...

•••

Londres, Bloomsbury,
22:45 h

—Servant, soy Evans. Estamos metidos en el Facebook de esta chica. Hemos encontrado unos cuantos amigos

londinenses que puede que sepan su dirección, pero necesitamos localizarlos. No tenemos manera de entrar en los perfiles. Y esta chica tiene más de 250 amigos... casi todos italianos.

—Bien —contestó el inspector desde la casa de Sue—. Nosotros hemos intentado contactar con la familia pero no hay forma. Parece que todo lo que tenga que ver con Floria di Nissa esté totalmente blindado. De todos modos, la policía de Roma se pondrá en contacto con nosotros cuando los localice. Han contactado con unos familiares que dicen que los padres de Floria están de

vacaciones en Marruecos. Por desgracia, ellos tampoco tienen la nueva dirección de Floria. Dime los nombres de los amigos de la chica. Malo será que no contactemos con ninguno.

...

Londres, Kensal
Green, 22:50 h

El Artista está en trance. Parte de su obra ya está terminada. La chica tiembla como una hoja en otoño bajo su poder. Tiembla de miedo y de dolor. Pero ahora

tiene que bailar para él, como la zorra que es, la pura y puta hija de Sodoma. Ya se ha puesto la ropa que le ha llevado. Está realmente hermosa, la piel iluminada por la tenue luz de las velas, los pies descalzos, el pecho apenas cubierto... El Artista oye su música interior, una sinfonía oscura de narcisos y corales, de moras y rosas marchitas, y quiere que ella baile para él antes de su postrer sacrificio, antes de que le llegue el momento de besar los labios putrefactos de la

muerte...

—Perfúmate, hija de Babilonia.

Quiero que estés perfumada mientras danzas, quiero que disimules el olor de podredumbre que emana de tu sexo.

Ella obedece, el tintineo de las finas cadenas la acompaña mientras se envuelve en el perfume que él le obliga a ponerse. No lo reconoce. Es un profundo olor a datura que resulta embriagador, extraño. Luego, él la obliga a acercarse tirando con fuerza del extremo de la cadenita que la sujeta, y

ella siente un dolor insoportable, así que obedece. La arrodilla delante de él y la obliga a aliviar con sus labios la erección, cada vez más intensa, que parece a punto de explotar.

—Eres una verdadera puta, Floria di Nissa. Eres una verdadera hija de Sodoma. Cuando me demuestres todo el alcance de tu degeneración, todo el pecado que guardas en tu cuerpo infecto, bailarás para mí... Y entonces yo te liberaré, te lo prometo.

Floria lo oye hablar, pero no

entiende lo que dice. Sus ojos aterrados solo pueden ver la hoja del cuchillo que juguetea delante de su cara.

•••

Londres, Marble Arch,
22:55 h.

Charles se mete en el taxi con rapidez. Ha tardado un buen rato en encontrar uno libre. Mira el reloj y se hunde en el asiento trasero del coche.

Gracias a Dios a esa hora casi no hay tráfico y espera no tardar demasiado en llegar a Kensal Green. Piensa en lo que le va a decir Floria cuando llegue, si está en casa. Puede que lo insulte, o que se ría de él... no, ella no es así. Algo grave tiene que haber pasado para que le haya dado semejante plantón. A lo mejor algún problema familiar... No, no pierde nada por ir a verla. Si no está, cogerá el metro antes de que cierre, de vuelta a casa. Saca su móvil para cerciorarse

de que no ha recibido ninguna llamada de Floria.

Luego vuelve a sumirse en sus pensamientos, mientras el vehículo recorre Londres, iluminado ya por las luces de la noche. Cuando suena el teléfono, lo coge con rapidez. Es un número extraño, largo, como el de una compañía telefónica.

«Bah, que me llamen luego. No voy a cogerlo... a lo mejor me llama Floria justo en ese momento, no voy a

arriesgarme...».

•••

Scotland Yard, 23:00

h

—Tengo un nombre: Charles Burns.

—La voz de Servant suena llena de excitación a través del teléfono móvil—.

Es uno de los amigos que más postea en el muro de Floria. Ya tenemos su teléfono móvil. Lo estamos llamando, pero... no lo coge —dijo al tiempo que miraba a uno de sus ayudantes, que le hacía gestos negativos con la cabeza—.

Menuda nochecita, ¡joder, dónde estará esa italiana...! —se desesperaba el policía.

—¿Habéis podido entrar en su cuenta? ¡Qué cabrones! ¿Cómo lo habéis conseguido? —preguntó Evans, mientras miraba hacia sus acompañantes con incredulidad e intentaba dar un toque distendido a una situación que a todos se les hacía más angustiosa a medida que corrían los minutos.

—Secreto profesional, Evans. En el norte no estáis tan avanzados como en Londres. —Servant esbozó una sonrisa—. En realidad, Charles no tiene la privacidad activada, todo el mundo

puede acceder a parte de su muro. Vosotros también deberíais poder hacerlo sin problema... Por cierto, a tenor de las fotos, ese chico debe de estar bastante colgado de Floria.

—Quizá estén juntos... —Evans cruzó los dedos. Eso podía ser un buen motivo para que Floria no contestara al teléfono ni a los mensajes...— y por eso ninguno de los dos contesta...

—Bien, no nos desesperemos —dijo Servant, más pensando en sí mismo que en los demás—. Vamos a volver a llamar mientras seguimos buscando. A lo mejor las fotos nos dan alguna indicación de dónde puede vivir Floria.

...

Londres, Kensal
Green, 23:00 h

Floria gime sobre su cama, boca abajo, atada. Una soga le rodea el cuello y baja, primero, hacia sus muñecas, y luego, hacia sus pies desnudos.

Ella ya ha bailado, le ha dado lo mejor de sí. Se ha vaciado por él, de una forma apasionada, entregada, casi poética. Él la ha obligado a besar los labios de la muerte, a

*introducir la lengua en la
oquedad blanda y corrupta de
un cadáver. El Artista ya tiene
lo que quiere, guardado a buen
recaudo en su cámara y en su
alma oscura.*

*Pero aún falta un último paso
para que Floria di Nissa sea
purificada, liberada de una vida
indigna y corrupta, dedicada al
servicio del mal.*

*El Artista mira con desprecio el
cuerpo desnudo y mancillado
que gimotea y apenas puede ya
moverse. Luego se acerca a él,
lamentando tener que utilizar*

los guantes de látex. Si pudiera quitárselos tan solo por un momento... poder tocar esa piel, la sangre roja que adorna los pezones, que cae entre las piernas...

Pero no lo hace, y se acerca al cuerpo desnudo y lloroso, sin un ápice de piedad en el brillo de sus ojos.

•••

Londres, Bloomsbury,
23:30 h

—Sue, ¿te suena este *pub*? —Evans señaló en la pantalla una foto en la que Charles y Floria sonreían a la cámara mientras sostenían dos pintas de Guinness en la mano. Un pub espacioso y con mucha luz, con la figura de un ángel de gran tamaño en una esquina—. Me resulta familiar, pero no consigo ubicarlo...

—No, no lo conozco. Recordaría esa estatua —contestó Sue, convencida.

Valentina, que estaba junto a ellos mirando la pantalla, señaló una pestaña en la red social, que se extendía por debajo de la foto.

—Ahí abajo puede que ponga algo

interesante. Es donde se comentan las fotografías, por lo menos es lo que hace mi hermano con las fotos que se saca con su novia... —Valentina sintió una punzada al recordar a Freddy, pero pensar en su familia era algo que en ese momento no podía permitirse.

Todos leyeron con rapidez los comentarios de Floria, Charles y sus amigos. Uno de ellos señaló el lugar. Según su amiga Chiara, aquel *pub* estaba justo al lado de casa de Floria. The Paradise, ese era el nombre. Los comentarios estaban fechados la semana anterior. El miércoles.

Evans se dio una palmada en la

frente.

—¡The Paradise, joder! Kensal Green. Estuve una temporada viviendo en Londres y tenía un colega que me llevó una vez allí. Estoy seguro de que no me costará encontrarlo. ¡Vamos para allá ahora mismo!

Los investigadores se movieron todos a una, en un intento por ganar el pulso a un tiempo que se agotaba. Sue se levantó y fue hasta su despacho. Al volver, le acercó de nuevo a Evans la llave del Jaguar.

• • •

Londres, Kensal Green, 23:30 h

Charles bajó del taxi y caminó unos metros hacia el portal de Floria. Miró hacia las ventanas de su estudio. La luz estaba encendida. Estaba despierta, entonces. Sintió una pequeña punzada de dolor. Probablemente estuviese con alguien. En aquel momento, Charles consideró una solemne tontería haber llegado hasta Kensal Green, y a él mismo el mayor gilipollas de Londres.

Se fijó en que la luz de la habitación, en el piso de arriba, también estaba encendida... aunque no parecía una luz

normal. Vio sombras en la pared, ondulantes, que parpadeaban. Era como una luz eclesial, tenue, amarillenta. Levantó una ceja, extrañado. Las sombras en la pared duraron unos instantes, y luego, todo pareció calmarse.

Charles continuó mirando hacia las ventanas del apartamento. Unos minutos después, se apagó la luz del estudio de Floria.

«Va a acostarse».

En un arrebato de valor, Charles se acercó a la puerta. Cuando su dedo iba a tocar el timbre, la puerta de la casa de Floria se abrió de par en par. El hombre

de la gorra salió con rapidez y cayó literalmente sobre él, atropellándolo en su huida. Charles, por instinto, trató de agarrarlo, pero el hombre empezó a correr con agilidad. Charles trastabilló y estuvo a punto de caer, pero consiguió levantarse para perseguir a aquel hombre, que ya había alcanzado una furgoneta blanca.

—¡Eh! ¡Deténgase! —le gritó Charles al tiempo que trataba de darle alcance.

Por toda respuesta, el fugitivo se volvió hacia el joven y, de pronto, sonó un disparo.

Charles se encogió y cayó al suelo.

Luego palpó su cuerpo para ver si había recibido algún balazo.

En ese momento, la furgoneta blanca dio la vuelta con un chirrido de las ruedas y voló hacia donde estaba tirado.

Al verla precipitarse hacia él, Charles empezó a rodar con rapidez hacia la acera. Cuando la furgoneta estuvo casi encima, Charles giró sobre sí mismo, se dio impulso y se lanzó hacia los bolardos, que impidieron en el último momento que la furgoneta pudiese atropellarlo. El vehículo los esquivó a duras penas.

En unos segundos, había desaparecido.

Charles se levantó, recuperó el aliento y corrió hacia la casa de Floria. La puerta permanecía abierta, así que subió las escaleras de dos en dos, con precipitación, gritando su nombre.

No hubo respuesta.

El joven miró en el estudio y en el baño. No había nada. Le sorprendió un extraño olor a perfume, a almizcle, a rosas... no supo detectar ni qué era, ni de dónde procedía. Luego subió corriendo a la habitación, sin dejar de llamarla a voces.

No pudo pasar del marco de la puerta.

En el interior pudo ver a Floria,

iluminada suavemente por la luz de las velas. Vestida apenas con unos velos de seda que rodeaban su cuerpo, estaba tendida en el suelo, el cabello suelto, unos largos pendientes color turquesa caían sobre su pecho desnudo. Su boca estaba entreabierta, y muy cerca de su brillante melena castaña, una cabeza humana reposaba sobre una bandeja de plata. La mano de Floria se perdía entre los rizos mugrientos de la cabeza putrefacta. La boca parecía acercarse anhelante a los labios grisáceos, sin vida.

Charles comprobó con horror que una fina cadena colgaba de sus pezones

ensangrentados, se perdía en el escaso vello del pubis y luego bajaba hacia los pies. No entendió nada de lo que estaba viendo allí. Solo pudo darse cuenta de que Floria era una muñeca sin vida, el rostro lívido, congelado en una mueca de dolor.

Apartó la mirada y se alejó de la habitación. Luego se sentó y vomitó en las escaleras. Intentaba comprender lo que había visto, pero no lograba procesarlo.

Cuando consiguió recomponerse, marcó el número de la policía. Miró su reloj sin proponérselo: eran, exactamente, las doce de la noche.

Capítulo 50. Salomé

«La princesa inquieta,
de cabellos rubios y mirada verde,
aún sueña que muerde
los cárdenos labios de Juan, el asceta».

La muerte de Salomé.

Emilio Carrere

Valentina se colocó el traje protector azul con parsimonia. Luego, los protectores para los zapatos. Respiró profundamente. Ya sabía lo que le esperaba: habían sido los primeros en llegar a la escena del crimen, minutos antes que un coche patrulla de la policía

metropolitana que recibió el aviso de Charles. Lo encontraron llorando, sentado en las escaleras de entrada, en estado de *shock*, las manos cubriendo el rostro. Cuando los vio, no fue capaz de articular palabra. Solo señaló hacia arriba con un gesto de la cabeza y siguió llorando en silencio.

Al principio no entraron en la escena del crimen. Los tres se quedaron paralizados en la puerta. Aquella estampa no dejaba lugar a dudas: era la perfecta recreación de Salomé dispuesta a besar la cabeza decapitada del Bautista. Evans llamó por teléfono al inspector Keith Servant, que ya estaba

de camino, y requirió la presencia urgente del patólogo y los del SOCO; es decir, de la Policía Científica británica. Luego Evans, con un cuidado exquisito para no modificar absolutamente nada de lo que hubiese dejado allí el asesino, se acercó al cuerpo.

—Está muerta... —Sacudió la cabeza, apesadumbrado—. Joder. Hemos llegado tarde. Hijo de puta. Pobre chica...

—¿Qué hay de la cabeza...? —Valentina no sabía cómo llamar con exactitud a aquel horror de color gris que parecía a punto de besar la boca de Floria. Vio sangre en la base del cuello

cortado y le entraron arcadas, que consiguió dominar a duras penas. Todo aquello era repugnante.

Evans se acercó y se agachó para observarla más de cerca.

—Yo diría que es humana, sin duda, no es un muñeco ni nada parecido... Y además, está bastante deteriorada.

—Por lo que se ve, nuestro amigo no ha dudado en matar a otra persona para «completar» la *performance*. —Sanjuán estaba consternado ante la crueldad que mostraba el nuevo crimen del Artista. Se sentía derrotado, vencido. Todo el día que llegaba ahora a su fin había sido como una montaña rusa cuyo final les

arrojara a tierra con una sacudida atroz. Había temido esa conclusión, pero en su fuero interno pensó que tenían posibilidades de evitarla. Entonces esa esperanza yacía allí, dentro de aquella imagen macabra que, sin embargo, desprendía un deje sutil de belleza arcana, de salvajismo bíblico que resultaba fascinante.

Valentina musitó, mientras recordaba el argumento de la ópera de Richard Strauss.

—Salomé, la princesa que pidió la cabeza de Juan el Bautista en una bandeja de plata para poder besar sus labios... —No pudo dejar de sentir una

incongruencia esencial: que algo tan bello como la ópera sirviera de argumento a un crimen tan execrable.

—Si no me equivoco, el Artista ya ha recreado un libro, *Drácula*. Un cuadro, *Ofelia*. ¿Y ahora? Se podría decir que varias cosas a la vez, ¿no? Desde cuadros a obras de teatro, películas, una ópera... —Sanjuán estiró la cabeza para contemplar mejor la escena. Luego hizo una mueca—. Esos pañuelos de seda deben de querer simular los siete velos... El Artista no cede, va en busca de sensaciones cada vez más poderosas. —Y alejando la vista del lugar, miró a sus compañeros y

dijo—: Está perdiendo el control. Intentó matar a Sue y no lo logró, esta es su víctima sustituta. El mismo día que atacó a Sue asesinó a Anido. Está fuera de sí. El barroquismo de esta escena es como el compositor que está escribiendo el *in crescendo* final. Creedme, haríamos bien en cogerlo cuanto antes.



El Artista aparcó la furgoneta después de cruzar el río, en un callejón oscuro detrás de la central de Battersea. Bajó y se cercioró de que no había nadie. Luego quitó las placas falsas de

matrícula. Se acercó caminando hasta el río y las tiró al fondo. En Londres no iba a utilizarlas más. Luego volvió a la furgoneta y cogió el libro de Floria, *Claroscuro de hierro*. Lo lanzó con fuerza. Flotó un momento en las turbias aguas del Támesis y luego se hundió con lentitud.

Luego subió de nuevo a la furgoneta y la arrancó. Era hora de volver a casa. Había mucho que hacer aún.

Encendió el reproductor de música y tarareó, sonriendo con animación, el principio de la ópera *Salomé*, «*Wie schön ist die Prinzessin Salome heute Nacht!*».

La policía ya tenía que haber descubierto su obra. Bien. La princesa Salomé estaría muy bella aquella noche. La luz de las velas siempre resultaba perfecta para resaltar la piel de un cuerpo desnudo y mancillado.

Esperaba que pudiesen apreciar su esfuerzo. Había trabajado más rápido, más concentrado, sin demasiado tiempo. Pero el resultado, a su exigente juicio, era magnífico. Una muestra perfecta del mal vencido. Y la italiana, una embajadora de la impudicia menos en el mundo... ¿Quién sino los degenerados y los que se regodean en el sexo de las bestias iba a echarla de menos? Quizá

aquel imbécil que quiso entrar en el apartamento...

El Artista emitió un gruñido a modo de carcajada frustrada. Casi se lo carga... una pena no haber tenido más tiempo para acabar con él. Miraría la prensa al día siguiente para ver quién era aquel tipo con suerte.

• • •

Servant hablaba con Charles, que continuaba sentado en las escaleras de la entrada. Se dio cuenta al momento de que el joven se encontraba en estado de *shock*. Intentó hacerle recordar el número de la matrícula de la furgoneta,

pero no hubo forma. En aquel momento no se acordaba de nada, solo de que le habían disparado, y después, intentado atropellar. Y de lo que había allí arriba...

El detective inspector Servant había visto en su vida muchas cosas truculentas, pero ninguna tan inexplicable como lo que había en la habitación del apartamento. No era un hombre demasiado culto; tras un año en la universidad, a la vuelta de su estancia en Francia, comprendió que los libros no eran lo suyo. Su vocación de policía se había curtido en las calles de Liverpool desde muy joven, y cuando al

fin fue a Londres y ascendió a inspector, se había encargado por lo general de homicidios más o menos «normales». Hombres que agredían a sus mujeres, ladrones, violadores, todo tipo de delincuencia. Pero nada como aquello. En ese momento entendía la visita de los dos españoles. Si el asesino estaba actuando en los dos países, era necesaria una colaboración muy estrecha entre ambos cuerpos. En dos días había matado a dos personas. Probablemente, hacía poco que había secuestrado y asesinado a otra chica en España. Y meses antes, en el norte de su propio país, en Whitby, a otra más. En total, que

se supiera, cuatro asesinatos, sin contar aquella cabeza cortada. Como a todos los que estaban ahí, la muerte de la chica italiana, a la que habían intentado salvar a toda costa, le había sacudido de arriba abajo. Sentía una mezcla de emociones difícil de definir: ira sorda, compasión, tristeza infinita... Pero si alguna cualidad tenía Servant era la de ser un hombre práctico, así que se obligó a no seguir reflexionando y subió a inspeccionar la escena del crimen mientras dejaba a un policía a cargo de un Charles totalmente conmocionado.

Evans, Sanjuán y la inspectora Negro ya estaban vestidos con los trajes

protectores, esperando por él. Cuando estuvo listo, todos entraron en la escena del crimen con absoluta precaución. El sitio no era demasiado grande, y la Policía Científica ya estaba recogiendo las posibles evidencias.

—Poco tiempo, por favor. Cuanta menos gente merodeando por aquí, mejor. —El agente del SOCO Werner Bradley, un hombre totalmente rapado, con un pendiente y barba de chivo, les dirigió el paso hacia el cuerpo de Floria para que molestaran lo menos posible a los otros agentes que estaban agachados o buscando huellas y no contaminasen la escena.

Valentina volvió a sentir aquella extraña sensación que la había acompañado el día de la aparición del cuerpo de Lidia. La sensación de estar en el medio de una pesadilla agobiante, de asistir a la obra de una mente enferma y perversa. Aquella chica había sufrido lo indecible: a simple vista, los pezones perforados, llenos de sangre, daban fe de ello. Miró a Sanjuán, que analizaba la escena con la cara de un llamativo color macilento.

—¿Algo que añadir?

—Ya lo he dicho, Valentina. Es obra del Artista. Avisó previamente con el cuadro, aunque allí anunciaba un

argumento diferente para su crimen. Sin embargo se nota que no ha tenido tanto tiempo como con Lidia o con Patricia... La escena no está tan cuidada. Al fallar con Sue, se ha visto obligado a improvisar y hacer con Floria lo que pretendía hacer con Sue. Al mismo tiempo, su ansia de matar se intensifica, ha creado un guiñol de terror en un apartamento ajeno, no la ha secuestrado para hacerla objeto de sus sevicias y luego matarla. Se ha expuesto mucho creando su obra en el domicilio de Floria. Lo ha hecho todo en muy breve tiempo, en vez de tomarse muchas horas o días, quién sabe.

—Es cierto: a las otras las secuestró y las llevó a su guarida. Tuvo mucho más tiempo. —Servant asintió—. Sí, esta vez parece que ha sido menos cuidadoso. A lo mejor ahora ha dejado algo que podamos analizar. Además de la cabeza, claro. —Hizo un gesto de incredulidad. Aquello le sobrepasaba—. Ya he llamado a Scotland Yard para que busquen crímenes sin resolver. Con suerte tenemos algún cuerpo sin cabeza... ¡Valiente hijo de puta! Pero ahora le seguimos la pista. Ya tenemos algo, después de tantos meses...

Valentina se agachó para mirar el cuerpo más de cerca.

—Las marcas de la espalda y las nalgas no parecen recientes. No las ha hecho el Artista. Tienen yodo, están desinfectadas... deben de ser de la «fiesta» en Garlinton Manor. Las otras chicas tenían marcas de latigazos... sin embargo, Floria no parece tenerlas...

—Seguramente consideró que eso podía «gustarle» demasiado. Así que cambió su modus operandi por algunas variantes que, sin duda, le habrán parecido más crueles... —dijo Sanjuán.

En ese momento entró la patóloga, Kat Peary. Una mujer mayor, de media melena blanca, delgada y con aspecto serio. Se apartaron para darle paso. La

mujer se acercó al cuerpo de Floria y a la cabeza cortada para certificar la muerte de la joven, que era evidente. Se inclinó para tomar el pulso en la muñeca de la mano inerte, llena de pulseras de cuentas. Luego observó los labios de Floria y se acercó a ellos para olerlos. Se dirigió a Servant.

—Creo que la sedaron con cloroformo... —Luego apartó con suavidad la cabeza de Floria para observar el cuello. Asintió con la cabeza varias veces. Después observó las heridas del pecho y de la vulva. Le dio la vuelta al cadáver e introdujo un termómetro digital en el recto para

comprobar la temperatura del cuerpo. Luego lo sacó y lo comprobó.

—Ha muerto hace muy poco tiempo, hora, hora y media. Creo que la han estrangulado desde atrás, con una cuerda muy fina, pero eso lo dirá la autopsia con más seguridad.

La patóloga miró también con detenimiento la cabeza rodeada de greñas sucias y apelmazadas con sangre. Acercó un palo de algodón a la boca, que sacó de una bolsa de plástico.

—Me parece que la obligó a besar la cabeza cortada. Los labios están llenos de carmín, fíjense.

Sanjuán experimentó de repente unas

ganas horribles de salir de allí y aspirar un poco de aire fresco. Las velas habían convertido la habitación de Floria en una cripta asfixiante, y el olor a putrefacción que salía de aquella cabeza era cada vez más insoportable. Miró a Valentina.

—¿Nos vamos de aquí? Ahora solo falta esperar a los resultados de la científica y de la autopsia. Nosotros no podemos hacer mucho más...

Valentina también se sentía vencida por un dolor sordo que la traspasaba, pero de manera extraña comprendió, justo también en esos momentos, echando un último vistazo a la chica

muerta antes de mirar a Javier, por qué se había hecho policía. Tenía la virtud de sacar de su sensibilidad de mujer una reserva de fuerza que conocían bien quienes trabajaban a su lado, que la admiraban y la envidiaban a partes iguales. Así pues, en ese momento selló un pacto consigo misma: iba a coger al Artista aunque para ello tuviera que dejar la vida en el intento.

Sanjuán no pudo menos de percibir algo de esa lucha interior de su compañera, que respetó con su silencio.

—Me has leído el pensamiento, Javier. Quiero irme al hotel y darme una ducha cuanto antes. No puedo más.

Mañana nos espera otro día bastante movido y necesitamos descansar algo.

• • •

El hombre que creaba arte con las manos ensangrentadas entró en su estudio, ya casi vacío, en Acton Town. Ya lo tenía todo empaquetado. Solo quedaba bajarlo a la furgoneta y emprender camino.

Esperaría al día siguiente. Tenía que reposar para estar lúcido. Había ido enviando todo poco a poco: los cuadros, sus útiles de pintura, sus posesiones más preciadas. Todo ello ya estaba a buen recaudo, Le daba pena abandonar

Londres, pero su estancia allí había terminado.

No podía arriesgarse a que lo cogieran. No tenía mucha fe en la policía inglesa, pero tampoco era cuestión de confiarse demasiado. Además, en Inglaterra estaba vigente la cadena perpetua. No quería pasar toda su vida en la cárcel de Whitemoor, escribiendo baladas como Óscar Wilde y pintando estupideces en la pared de ladrillo de la celda, desayunando *porridge* y haciendo pesas mientras esperaba una extradición que nunca llegaría.

Pero en ese momento estaba muy

cansado para pensar en eso. El nivel de endorfinas empezaba a bajar peligrosamente. El Artista cogió una botella de champán rosé que había guardado en la nevera. Allí lo esperaba, para celebrar su éxito en la intimidad.

Cuando el rosado líquido burbujeó en la elegante copa de cristal, el Artista brindó por Floria. Había sido la perfecta hija de Sodoma para su obra.

Sería muy difícil encontrar a otra que pudiera superarla.

• • •

Evans se ofreció gentilmente a llevar a Valentina y a Sanjuán al Hotel Park

Lane, en Piccadilly. Al día siguiente los recogería a primera hora para reunirse en Scotland Yard y concretar las líneas de investigación. Valentina también quería hablar personalmente con la encargada de la tienda que había confeccionado el vestido de Lidia y con dos de las mujeres que lo habían comprado y vivían en Londres. Tenían mucho trabajo por delante y necesitaban perentoriamente dormir algo.

Pasaban ya de las tres de la madrugada cuando al fin Valentina pudo quitarse los incómodos zapatos de tacón. Ya desharía la maleta cuando tuviese tiempo. No era capaz casi ni de buscar

una camiseta entre toda la ropa que había llevado. Había quedado con Sanjuán en el comedor a las siete y media de la mañana para desayunar y quería aprovechar aquellas cuatro horas de sueño. Se dio una rápida ducha caliente antes de acostarse.

Ni siquiera tuvo tiempo de abrir la colcha. Se tiró encima de la cama y se quedó dormida en un momento. Su último pensamiento consciente fue que tenía que llamar a casa para saber algo de su padre y de Freddy.

• • •

Sue Crompton lloraba en silencio,

sentada en su despacho. Acababa de recibir la llamada del inspector Geraint Evans.

Primero Patricia. Luego Jaime. Y ahora Floria.

Ella estaba viva de milagro.

Al día siguiente llamaría a los miembros de la hermandad para disolverla de inmediato. Las mujeres corrían un peligro inminente, pero ¿quién podía confiarse, hombre o mujer, ante semejante loco?

Lo mejor sería desaparecer una temporada, hasta que cogieran a aquel asesino que parecía obsesionado con cazarlos uno a uno. Cogió el teléfono y

llamó a Moira. Le rogó que fuera a dormir con ella esa noche. Evans solo le había dado unos breves detalles de cómo había muerto Floria, le dijo que había sido asesinada «como en la historia de Salomé», pero ella se imaginó todo el horror de la escena de la hijastra de Herodes con la cabeza del Bautista y sintió desfallecer. El Artista estaba ahí fuera, en algún lugar, y nadie podía sentirse a salvo.

Capítulo 51. Siguiendo el rastro

A las siete y cuarto de la mañana, Javier Sanjuán ya está sentado en una de las coquetas mesas de madera del comedor del hotel. No ha dormido demasiado. Los sucesos del día anterior dieron vueltas y vueltas delante de sus ojos, impidiéndole pegar ojo en toda la noche. Quiere quitarse la imagen de Floria, asesinada y torturada; quiere olvidar la

cabeza cortada y la sangre, la luz amarilla de las velas proyectando sombras inquietantes en la pared de aquel apartamento de una joven estudiante... quiere olvidarlo todo, sacarlo de las profundidades de la mente, pero no es capaz. Está incrustado a fuego.

Sanjuán, para distraerse, juguetea con el mechero que tiene en el bolsillo del vaquero mientras mira a los turistas japoneses que, educadamente, guardan cola para esperar que

el camarero les sirva unas tostadas. Todos llevan sus cámaras, sus sombreritos, sus sonrisas alegres, que son el preludio de un magnífico día de turismo. Ya ha dejado de llover, y entre las nubes blancas luce un sol radiante. Mientras los observa con una media sonrisa, se pregunta qué preferirá Valentina para desayunar. ¿Té inglés? El café no tiene una pinta demasiado apetecible... El bufé, sin embargo, es bastante completo. Y a pesar de todo lo ocurrido la noche

anterior, tiene hambre. Lleva casi veinticuatro horas sin comer nada sólido, y el cuerpo al fin y al cabo pide combustible.

Valentina entra en el restaurante cinco minutos después. Sanjuán ya se ha levantado para coger los platos, y cuando la ve llegar, experimenta una inesperada punzada en el abdomen. Es tan hermosa, tan brillante, que varios de los hombres de la sala se dan la vuelta para mirarla sin disimulo. Se ha puesto un

vestido camisero, de color azul, ceñido a la cintura por un pequeño cinturón de cuero trenzado. Lleva el pelo suelto y perfectamente liso, y unas sandalias planas de tiras azules que dejan al descubierto sus pies de estatua griega, los dedos atravesados por dos tiritas de color carne. Cuando lo ve, sonríe abiertamente y lo saluda con la mano.

Sanjuán hace lo posible para disimular su turbación cuando Valentina se acerca y él detecta el fresco olor a perfume de

verano. Después de toda la sordidez de la noche, Valentina se ha presentado como una ráfaga de aire fragante en la vela de un barco detenido en el océano.

—Me muero de hambre, Sanjuán.
—*La sonrisa es cada vez más amplia e irresistible, piensa él—*. ¿Qué vas a desayunar? Mataría por unas tostadas con mantequilla y huevos revueltos. Y un buen café. Pero me temo que eso no va a ser posible. El café aquí tiene un aspecto lamentable, fíjate. ¿Has visto zumo de naranja por alguna parte? Me

encanta tomar zumo con sabor a medicina en los hoteles... ¿A ti no?

• • •

Las ojeras de Geraint Evans eran tan evidentes que se podían ver casi desde la puerta del hotel. La noche anterior había sido muy larga: después de llevar a Sanjuán y Valentina al hotel, volvió a Kensal Green a continuar con la investigación del asesinato de Floria di Nissa. No cabía duda de que era el mismo asesino que había acabado con la vida de Patricia Janz. Eso complicaba extraordinariamente las cosas. La sospecha de que pudiese también actuar

en España era todavía más horrible. Un asesino en serie ya es una noticia pésima, pero que además actuara en dos países elevaba al infinito los problemas. Se miró en el espejo del coche y se peinó el espeso pelo castaño con la mano mientras esperaba a que los dos españoles recorriesen el camino desde la entrada del hotel hasta el coche. «Para ser españoles, son muy puntuales», pensó mientras lo ponía en marcha para adelantar tiempo. Eran las ocho y cuatro. En media hora tendrían una reunión en Scotland Yard para poner en claro todas las líneas de investigación. Ya había llamado a Keith

Servant. Los esperaba ya con todo preparado.

Cuando llegaron a New Scotland Yard, a tiempo pese al tráfico casi impracticable a aquellas horas, Valentina no pudo evitar un estremecimiento al ver el famoso cartel y el todavía más famoso edificio ante sus ojos. Era un lugar mítico, moderno, acristalado, aunque por dentro fuese en realidad como cualquier otra comisaría: agitación febril, agentes de uniforme, prisas, bebidas de máquina y los habituales dramas que llenaban siempre la vida diaria de la policía de cualquier lugar del mundo. Miró a Sanjuán, que

también parecía estar emocionado.

—No todos los días está uno en Scotland Yard, ¿verdad, Valentina? — Sanjuán la miró y le apretó la mano en una especie de arrebató, que cogió a Valentina por sorpresa.

—Es algo increíble. Sé que parezco un poco ingenua, pero estar aquí es algo emocionante para mí... Recuérdame que luego llame a mi hermano para contárselo. Tengo ganas de saber cómo anda todo por casa... —El recuerdo de su casa no consiguió empañar del todo su felicidad por pisar la sede central de la policía más famosa del mundo.

Keith Servant y su equipo ya habían colocado las fotografías de la escena del crimen de Floria en el enorme corcho que había en el medio de la sala de reuniones. Al lado, las fotografías del cuerpo de Patricia, y también las de Jaime Anido, que Valentina no había visto hasta ese momento y que le causaron un gran impacto. Apuntó mentalmente que había que llamar a Lúa para darle la mala noticia. A ninguno de los dos le caía demasiado bien, pero tener que comunicar a alguien que un ser querido había muerto no era plato de

gusto. Y todavía menos en aquellas circunstancias.

Sanjuán se fijó en que todos los hombres del equipo de homicidios clavaban sus ojos en Valentina cuando entró en la zona de trabajo. Ella obvió las miradas con una media sonrisa y tomó asiento en una de las sillas, por cierto, bastante más cómodas que las que solían tener en Lonzas. Sanjuán se sentó al lado, esperando que Servant empezase la reunión con su equipo. Tras los sucesos del día anterior, toda la investigación había dado un vuelco vertiginoso. Ya no tenían que buscar al asesino de un fotógrafo español. Ahora

se enfrentaban a un asesino en serie desquiciado que ya había matado en Inglaterra a cuatro personas, contando con el propietario de la cabeza, y probablemente a una quinta en España. Un asesino que pintaba cuadros y torturaba a mujeres hasta la muerte. Sin piedad.

La reunión discurrió con bastante rapidez: a la espera de los resultados forenses de la escena del crimen y de los de la autopsia, que tardarían varios días, las pesquisas se centrarían en el mundo del arte. Dos de los miembros del equipo de Servant, dos hombres bastante jóvenes con aspecto de noveles,

irían a peinar marchantes y entendidos con fotos de los cuadros y el retrato robot, lo cual parecía, a priori, una misión imposible en una de las ciudades en donde la producción artística era masiva. Otra de los policías, una mujer rubia y alta de nariz respingona, iba a interrogar a los amigos de Floria para averiguar si ella había recibido algún anónimo o estaba preocupada por algo. El ordenador ya estaba en el departamento de informática para ser analizado, pero aún era demasiado pronto para tener algo consistente. Evans se encargaría de hablar con Potts, el marchante de sir Thomas. Él era el

que había recibido los cuadros de Garlinton, y eso lo convertía en la línea de investigación principal. Otro miembro del equipo se dedicaría en cuerpo y alma a casos sin resolver por todo el país en los que hubiese aparecido un cuerpo sin cabeza.

Evans explicó la presencia de Valentina y Sanjuán en la investigación. En España, como todos sabían, se había producido un crimen muy similar a los de Patricia y Floria. Y también había aparecido un cuadro, pintado muy probablemente por el mismo asesino. Añadió que gracias al viaje de ambos, la policía inglesa había tenido

conocimiento de la vinculación de los asesinatos y la asociación de los cuadros con el autor de las muertes.

Valentina se levantó para explicar los detalles del crimen de Lidia Naveira, la aparición del cuerpo en el estanque y su imitación del cuadro de Rossetti, al tiempo que Evans repartía entre sus colegas copias de las fotos de la escena del crimen que había llevado Valentina. Luego comentó la existencia de un cuadro en el que aparecía Sue Crompton, la víctima fallida de secuestro, y cómo las temáticas de los cuadros podían repetirse en las *performances* criminales del Artista,

que era como llamaban al asesino entre ellos. Este punto, sin embargo, no estaba del todo claro, ya que el cuadro de Patricia Janz que habían encontrado en Garlinton Manor no presagiaba su muerte como la Lucy de *Drácula*. Desde La Coruña habían concertado una entrevista con la dueña de la tienda en donde fabricaban los vestidos como el que llevaba Lidia en el momento del hallazgo del cuerpo.

Luego Evans presentó a Sanjuán, al que calificó de «asesor especial de la policía de La Coruña» para investigar esos crímenes. El criminólogo se levantó y se dirigió a la pizarra de papel

que estaba alojada en un rincón de la sala. Se sentía cómodo con un rotulador entre las manos, debido a su labor docente habitual. Escribió, en primer lugar, los nombres de Patricia Janz y Lidia Naveira, y dibujó una flecha que partía de debajo de cada uno de los nombres hasta alcanzar un punto común en el medio de la hoja, donde escribió «*The Artist*».

—Gracias, inspector Evans. Como han oído, creemos que opera un mismo asesino en serie en España y en Inglaterra, si bien he de decirles que el inspector Evans tiene sus reservas al respecto. —Sanjuán miró con deferencia

a su anfitrión—. Pero mi opinión es que, si bien es cierto que la *performance* en el caso de Lidia es más sutil y, digamos —dudó unos segundos en encontrar la palabra adecuada en inglés—, «considerada» con respecto al cadáver, lo que sabemos del *modus operandi* en los crímenes de Patricia y Lidia los vinculan con claridad: secuestro, violación, tortura, muerte. Por no hablar del hecho extraordinario del aspecto general de su firma homicida, que como saben es que representa una obra artística, ya sea un libro, un cuadro o lo que le inspire su víctima.

A continuación escribió los nombres

de Floria di Nissa y de Jaime Anido en la parte inferior de la hoja y trazó dos flechas desde el Artista hasta ellos.

—La conexión entre ambos crímenes y el acaecido ayer con Floria resulta, por ello mismo, obvia: a pesar de que aún no tenemos los datos de la autopsia, la inspección ocular de ayer dejaba claro que la chica italiana había sido sádicamente torturada antes de ser asesinada en una peculiar representación de la historia de Salomé, que tanto puede simbolizar una historia como un cuadro o una obra de teatro. La conexión del Artista con España se ve reforzada por el hecho de que hallamos en casa de

un mecenas de La Coruña un retrato de Salomé con el rostro de la súbdita británica Sue Crompton, que posee una tienda lujosa de objetos sadomasoquistas en esta ciudad, como quizá algunos de ustedes ya conozcan al encargarse allí habitualmente sus compras de aniversario. —Una risa comedida se oyó en la sala; era habitual en el criminólogo español el empleo de cierto sentido del humor, algo que aliviaba la dura carga de los crímenes en la psicología de los investigadores—. Bien, Sue era, pues, la víctima elegida en primer lugar por el asesino, y no Floria. Ya conocen que solo la intuición

de Evans la salvó de tener el fin de Salomé, fin que por desgracia no pudo evitar la chica italiana. —Bajó un poco la voz, porque era consciente de que su horrible muerte aún flotaba en el ánimo de la sala, junto a una ira contenida por no haber podido impedirla—. Hay que entender la muerte de Anido como un crimen colateral: el asesino no quiere hombres, solo mujeres para sus *performances*, pero creemos que el fotógrafo sabía cosas de él que el Artista quería silenciar. Ahora pensamos que Patricia le habló de él. Anido probablemente conocía su identidad, o la sospechaba, o en todo caso sabía

cosas que nos hubieran llevado a detenerle, tarde o temprano. ¿Cómo sabía el asesino que Anido estaba en Londres? No lo sabía, pero pensamos que lo averiguó cuando estaba acechando a Sue Crompton para preparar su secuestro. Así pues, Anido murió porque se metió en la investigación, y esto le honra: querer saber cosas de la muerte de su amiga y dar la vida por ello es un fin que consolará a sus amigos y familiares, al menos eso espero. —Sanjuán pensó por unos momentos en Lúa y recordó que todavía no la había llamado para darle la noticia—. ¿Por qué está interesado

solo en mujeres? Esto nos lleva al punto esencial del perfil, según mi opinión. — Sanjuán pasó la hoja y escribió en la siguiente dos palabras con trazos grandes: «*Hate*» (odio) y «*Sin*» (pecado)—. Este hombre —la motivación sexual deja a una mujer fuera de la lista de sospechosos—, tiene un odio patológico a la gente que realiza prácticas sadomasoquistas. Las considera una inmundicia, una perversión y, por extensión, a los que las llevan a cabo unos degenerados. No hace falta que les recuerde que todas las víctimas londinenses formaban parte de la hermandad de El Ruiseñor y la Rosa

que, como saben, es una sociedad sado muy exclusiva de esta ciudad. Probablemente el Artista supo de la existencia de esta sociedad a través de Patricia Janz, y ella le pasó información sobre El Ruiseñor y la Rosa sin ser consciente de que aquél la quería para cebarse en sus miembros, o quizá él ya sabía de su existencia y buscó a Patricia adrede para obtener esos datos, quién sabe...

—Hay otra posibilidad, Sanjuán...

—Valentina levantó una mano a la altura de su rostro para llamar su atención—. Se me acaba de ocurrir mientras hablabas... Quizá el Artista no sabía

nada de esa vida privada de Patricia... quiero decir que quizá se enamorara de ella, sin más, y luego ella, confiada en su amor, le enseñara sus «preferencias sexuales» y le hablara de la hermandad, y... bueno... digamos que eso no acabó de gustarle, y realmente le enfureció...

Sanjuán no pudo menos de asentir y apreciar la idea de la inspectora.

—Sí, es una posibilidad. Es posible que el descubrimiento de las necesidades sexuales de Patricia destapara en él un ansia de matar, algo que estaba dormido y que, en medio de la profunda decepción al saber que su novia era así, le incitara a iniciar la

cadena de asesinatos. Pero en todo caso —continuó con aplomo—, ya sea por causa directa del dolor que sufrió cuando se enteró de la peculiar sexualidad de Patricia Janz o porque la presencia de Patricia convenía a unos fines premeditados, lo cierto es que el Artista arrostra una vieja herida, una existencia traumática que hunde sus raíces en la violencia y la sexualidad desviada. Esto queda claramente reflejado en los anónimos que envió a Sue y que fueron la razón de que conociéramos en España la muerte de Patricia Janz, ya que Anido estaba muy preocupado y me los envió. —Sanjuán

los leyó en voz alta. Todos escuchaban en silencio, alguno tomando notas—. No cabe duda de que es un asesino que lleva a cabo una misión —siguió hablando Sanjuán, con una seguridad que cautivó, una vez más, a Valentina—. Como saben, el asesino en serie de esta categoría puede ser muchas veces un psicótico, un esquizofrénico o un paranoico, alguien que va perdiendo el contacto progresivamente con la realidad, o ya lo ha perdido por completo. Desde mi punto de vista creo que estamos más bien en la primera posibilidad: su necesidad de matar se acrecienta, la violencia es más

exacerbada, hay mayor desequilibrio en la *performance*, a modo de gran guiñol; eso quedó ayer claro con la escena del crimen de Salomé. Además, se atrevió a ir a la casa de la víctima, con el riesgo que eso conlleva. —Sanjuán había logrado captar todo el interés de la sala; nadie movía un músculo. Valentina se sintió extrañamente orgullosa de su compañero de pesquisas—. No estoy diciendo —continuó— que este hombre haya perdido la cabeza. Es, a pesar de todo, meticuloso, y hace lo posible para que no lo detengamos, pero mi opinión es que el Artista vive un drama interior que le quema, y los crímenes solo le

sirven como recurso temporal para dominar su propio desequilibrio. Al revés, yo diría que con cada crimen se desequilibra un poco más, es como beber agua salada: durante un minuto sacias tu sed, pero al poco tiempo esta se multiplica.

—Sanjuán, dice usted que la motivación criminal del Artista es el odio hacia los «pecadores», los pervertidos sexuales... sin embargo, esto dejaría fuera a Lidia, la chica muerta en España, ¿no es así? Ella no era miembro de la hermandad, supongo —intervino Servant.

—Bien, sí y no... En efecto, Lidia

no tenía nada que ver, o al menos eso pensamos, con la hermandad de Sue Crompton, pero en cambio tenía una cierta conexión, extrañamente, con la mansión del mecenas donde apareció el cuadro de Salomé que retrata a Sue. Valentina puede contar eso mejor... — dijo, invitándola a hablar.

—Sí —Valentina empezó buscando sus palabras entre el inglés más aséptico posible—. Lidia había salido antes de morir con Sebastián Delgado, el secretario del mecenas, un millonario sin escrúpulos llamado Pedro Mendiluce. Un tipo que vive corrompiendo voluntades con su dinero

pero que es un extraordinario amante y coleccionista de arte, pinturas en particular. Pero hay algo más: también es un perverso sexual, le encantan las jovencitas, y sabemos que en su mansión organiza *soirées* privadas donde gente bien de Galicia acude a tener sexo con chicas muy jóvenes, quizá incluso menores. Pues bien —continuó—, el secretario es un exdelincuente, un sujeto de la misma calaña que su jefe, ávido de servirle y de servirse con el sexo que agrada a Mendiluce. Y esta es la cuestión: Lidia y Delgado salieron juntos, de esto no nos cabe duda, tenemos testigos que los vieron

pelearse.

—Gracias, Valentina —Sanjuán siguió con su exposición—. Y esta es la cuestión: Mendiluce y Delgado son también, digamos, unos «degenerados», también organizan encuentros sexuales grupales donde chicas del Este, políticos, gente con dinero, famosos y famosillos se dedican a tener sexo con chicas muy jóvenes y a golpearlas, como ha dicho Valentina.

—Ok, ya veo —le interrumpió Servant—. Entonces, su teoría es que el Artista está matando a chicas que practican ese tipo de actividad sexual, tanto en Londres como en La Coruña,

¿no es eso?

—En efecto, Servant. La conexión es evidente: este hombre se mueve entre estos dos lugares, pero persigue un mismo fin: matar jóvenes que practican un sexo sucio y que para él simbolizan todo lo que más odia.

—Estamos recibiendo muchas llamadas a raíz del retrato robot publicado ayer, pero por ahora no tenemos ninguna pista sólida —intervino Evans—. La idea es centrarnos en los ambientes artísticos de la city, porque es obvio que nuestro asesino es un pintor —dijo dirigiéndose a sus hombres—. Tenemos que patear cada galería, cada

escuela de pintura, cada rincón donde se exponga un puto cuadro, alguien lo conocerá...

—Sí, en efecto —dijo Sanjuán— es un artista, pero un artista fracasado, o quizá no haya querido triunfar...

—¿Qué quiere decir, exactamente?
—preguntó Evans.

—Bien, observen que los marchantes no dudaron en enviar los cuadros de Patricia, Sue y de Floria a sus clientes, convencidos de que eran obras de calidad. El asesino es bueno pintando, aunque el tema por el que nos concita aquí no nos ponga en la mejor disposición para apreciarlo. Con esto

quiero decir que el Artista no vivirá en un hotelucho de mala muerte, porque habrá podido tener éxito en alguna profesión relacionada con el arte. Eso explica su férreo control de los crímenes: ha estado planeándolos durante mucho tiempo, y eso implica control, capacidad de dominio y de funcionamiento en una vida normal y competitiva. Pero si su estilo no se conoce, si ningún marchante nos dice, al ver los cuadros, «Ah, es, claro está, una obra de fulanito...» es porque este hombre no es un pintor profesional, no vive de su arte. —Sanjuán puso énfasis en estas palabras y se apasionaba cada

vez que penetraba en la psicología del Artista—. Sin embargo, es muy bueno, porque los marchantes aceptaron las obras sin rechistar. El arte es su pasión privada y la emplea para mostrar sus demonios, no para vivir.

—¿Entonces...? ¿No debemos buscarlo en esos ambientes del arte? —preguntó, desconcertado, Evans.

—No creo que sea algo inútil, siempre puede haber gente que lo haya visto por ahí, porque sea asiduo en ciertos ambientes artísticos... pero, la verdad, no creo que nos lleve hasta él, sobre todo porque el retrato robot no es algo del todo fiable. Recuerden que se

disfrazada con barba, o con peluca... no sabemos a ciencia cierta.

Valentina lo miró sorprendida y admirada. ¡No le había dicho nada de eso! También pensó, un poco molesta, en meterle un buen puntapié en la entrepierna al terminar la reunión.

—No, yo lo buscaría en la *City* moderna, en despachos de diseñadores de arte, ya saben, en ambientes donde se trabaje en campañas de publicidad, diseño por ordenador, promociones de ONG y partidos políticos... Creo que el Artista tiene entre 25 y 35 años, vive solo, viste informal pero con ropa cara, es un amante del arte en todas sus

manifestaciones y pasa mucho tiempo en su casa, trabajando en su ordenador, eso le deja mucho tiempo para sus actividades privadas. Probablemente es un artista *freelance*, se ocupa cuando necesita dinero. No es rico, pero vivirá en algún sitio cómodo en un barrio con sabor, digamos, multicultural, donde viva mucha gente con mucha trashumancia, muchas etnias, ya saben... quiere pasar desapercibido. Irá andando, en moto o en bicicleta, un coche es algo que le ata y le identifica, y donde vive no podrá aparcarlo. Prefiere alquilar una furgoneta o cualquier otro vehículo si le hace falta para sus fines.

—¡Vaya...! —Evans puso cara de admiración—. Esto complica aún más las cosas...

—No tiene por qué ser así —intervino Servant—. Podemos hacer copias de los cuadros e ir a preguntar a empresas importantes, quizá reconozcan el estilo... Es una posibilidad, ¿no? —preguntó, mirando a Sanjuán.

—Sí, es una gran idea. Pero hay que darse prisa, porque la aparición del retrato robot en los medios debe de haberlo puesto sobre aviso. Y además... considero que puede el siguiente crimen se produzca otra vez en España.

Todos miraron hacia él con asombro.

Sanjuán hizo un gesto que quería decir algo así como «Es lógico, ¿no?».

—Primero mata a Patricia Janz en Whitby. Luego se produce el segundo crimen, Lidia, en La Coruña. Más adelante vuelve para matar a Sue, aunque falla gracias al inspector Evans... Entonces se dirige hacia su siguiente objetivo, Floria di Nissa. Por alguna razón que se nos escapa, me parece correcto decir por ahora que mata en lugares alternos. Y dada la naturaleza del asesinato de Lidia, puede que tenga un lugar en España en donde operar tranquilamente. Una casa, un bajo... un sitio en donde haya podido

ocultar su furgoneta... que puede ser suya, o alquilarla para la ocasión.

• • •

Valentina le dio un pequeño puñetazo en un hombro a Sanjuán mientras buscaban un taxi para ir a Candem, a la tienda The Dark Angel, Ltd. Él la miró con sorpresa al sentir el golpe.

—No me dijiste tu nueva teoría sobre el Artista, Sanjuán. La de que no hay que buscarlo en los ambientes artísticos. No me tienes informada de los progresos...

Sanjuán sonrió y puso cara de contrito.

—No te lo dije antes porque se me ocurrió en ese momento, sobre la marcha. ¡De verdad, no te enfades! No pegué ojo en toda la noche, estuve dándole muchas vueltas al asunto... Es algo obvio, ¿no? Es un pintor excelente, si fuese conocido no habría ninguna duda de quién es. Eso quiere decir que se dedica a otra cosa, indudablemente relacionada, pero no tiene la pintura como profesión.

—Tengo que reconocer que has estado fenomenal. Los ingleses te miraban con la boca abierta. ¿Te fijaste en las caras de Servant? Boqueaba como un pez fuera del agua...

—Valentina. Por favor... Gracias, pero si sigues así, voy a ponerme rojo. Mira. Ahí hay un taxi, y parece que está libre... Llámalo tú, anda. Seguro que a ti te hace más caso... —Sanjuán sonrió con aspecto de no haber roto nunca un plato— por razones obvias.

Sanjuán se rio interiormente cuando ella lo miró con ojos indignados. Por lo menos así había conseguido disimular un poco la turbación que le habían producido los halagos de Valentina.



Lúa Castro estudiaba con detenimiento los planos de la urbanización Ártabra

delante de una humeante taza de café solo. En alguna de aquellas parcelas en construcción se escondía algo gordo. Algo que Pedro Mendiluce no quería que se hiciera público, o podía caérsele el pelo. Y perder mucho dinero, algo que no le gustaba precisamente al empresario. Los documentos que había fotografiado Lúa en el despacho de Pedro Mendiluce no dejaban lugar a dudas: allí había algo, algo muy interesante. Un yacimiento romano que probablemente fuese uno de los más grandes del norte de España. Porque si no, no podía explicarse la presencia de aquella estatua policromada y casi en

perfecto estado de conservación. Lúa había mandado la foto a un amigo historiador que vivía en Barcelona, y la respuesta fue categórica:

«O es una falsificación, que es lo más probable, o es verdadera. Ojo, Lúa. Si es verdadera, constituiría el hallazgo de uno de los yacimientos más importantes en este país desde hace cincuenta años».

Mendiluce nunca tendría una falsificación en su despacho iluminada con un foco de luz difusa. A menos que la falsificación fuese obra del mismísimo Bernini.

Lúa estaba absorta pensando en cuál

debía ser su próximo paso cuando sonó el teléfono y vio el número de Sanjuán, precedido por el prefijo del Reino Unido. No supo si alegrarse o preocuparse.

Un rato después, Lúa apagó el teléfono y fue hasta la sala de estar. Se sentó y cogió un marco que había encima de la mesa. Era una foto de Anido y ella de escalada en los Dolomitas el año anterior. Los dos vestidos con ropa de nieve, sonrientes, con las cejas y las pestañas llenas de estalactitas blancas, muertos de frío pero absolutamente felices.

Se puso a llorar, temblando de dolor.

Luego se abrazó a la fotografía y se dejó caer en el sillón, hundiendo la cara en uno de los cojines.

Al cabo de una hora llamó al periódico. Necesitaba cogerse unas horas antes de ir a trabajar. No quería que nadie la viese en aquel estado. Pero decidió no quedarse en casa a llorar. Su modo de hacer frente a las grandes calamidades que le habían sucedido en su joven biografía siempre había sido levantarse y caminar, en un sentido tanto literal como metafórico. Podían decir muchas cosas de ella, pero ni siquiera sus enemigos la acusarían de ser cobarde o remilgada. Todos estaban de

acuerdo en que Lúa Castro, periodista de *La Gaceta de Galicia*, era una mujer de armas tomar, una investigadora de raza. Ese carácter había subyugado a Jaime, y sin duda a él no le habría gustado que ella se hubiera quedado en su casa, llorándole. Jaime Anido siempre decía que le gustaba ser fotógrafo porque no quería perderse nada que la vida pudiera ofrecerle de interesante. Y ahora Lúa tenía algo entre manos que realmente le interesaba.

• • •

Valentina miraba casi con ansia las pintorescas casas de diferentes colores

de Candem High Street. Era una pena no poder hacer algo de turismo: el mercadillo era un conjunto irresistible de todo tipo de baratijas a cada cual más estrambótica. Pero el tiempo apremiaba, y tenían cita con la dueña de la tienda The Dark Angel a las doce de la mañana. Quedaban cinco minutos, y estaban totalmente desorientados con tanto puesto de comida, olor a aceite de palma y a saber qué extraños manjares exóticos que no podían clasificar, ropa, discos, juguetes... Era un mundo caótico y alegre que Valentina recibió con placer después de los sucesos lúgubres de la noche.

—¿Dónde está el número ciento ochenta y ocho? —Sanjuán sopló. Intentaba distinguir los números de los edificios entre los tenderetes y los paseantes, sin demasiado éxito.

—Creo que ya la veo. Está cerca de la estación del metro, mira. Es aquella tienda del escaparate negro y las letras blancas.

La dueña de la tienda ya estaba esperándolos detrás del mostrador. Una mujer de mediana edad, ojos azules del color del mar, pelo largo, teñido de rojo y aspecto de pin up. Dejó a un empleado a cargo del negocio y se introdujo con ellos en la trastienda, un lugar acogedor

y zen, de olor a incienso y música relajante, decorado con biombos chinos, donde se tomaban las medidas a los clientes y la gente esperaba en un ambiente relajado.

—Quieren un té, ¿verdad? No admitiré una negativa, así que pónganse cómodos, por favor... —dijo con su voz grave.

Valentina se fijó en las manos de Christina Rossetti mientras ponía el hervidor y colocaba la tetera y las tazas de porcelana. Eran manos blancas y largas, pero encallecidas, deformadas de coser durante años.

Acercó la bandeja con el té y se

sentó frente a ellos, invitándolos a hablar. Valentina, después de unas breves frases de agradecimiento por su disponibilidad, sacó de su carpeta las fotos del vestido de Lidia.

—Christina, necesitamos saber los nombres de los compradores de este vestido.

—Sí, las fotos. Ya las he visto por internet —lanzó un suspiro—. Este vestido es una de mis joyas más preciadas. El favorito de la colección de hace dos años. Lo llevó bastante gente en su boda... Una pena que acabara formando parte de un... —Volvió a suspirar y empezó a servir el té chino en

las pequeñas tazas—. Quieren saber quién compró los vestidos, ¿verdad? Les mandé el listado hace poco... pero de todos modos, puedo explicarles quiénes fueron los compradores uno por uno. Llevamos un registro de todas las manufacturas.

Valentina sacó el retrato robot del Artista y se lo enseñó.

—¿Alguno de los compradores fue este hombre? ¿Alguien que pudiera parecersele?

—No, no. Nada de eso. Fueron todas mujeres... Esperen un momento...

Christina fue hacia un escritorio y cogió un folio con los nombres y las

direcciones de todas las compradoras del vestido.

—De aquí salieron cinco vestidos. Se hacen a mano. Tomamos las medidas, hacemos las pruebas... tenemos los teléfonos de todas las compradoras. Salvo uno, que fue para una escuela de teatro bastante exclusiva... —Ante el gesto de Valentina, ella se anticipó, sonriendo—. Sigue allí, me permití comprobarlo por ustedes. Por supuesto, lo utilizan para interpretar a Ofelia... Los otros fueron trajes de boda.

Sanjuán intervino.

—Cuatro mujeres se casaron con ese vestido... ¿La gente suele quedárselo o

luego lo revenden?

—Las chicas suelen quedárselo, por lo general... Son muy caros y están hechos a medida. No es fácil que le sienten bien a todo el mundo.

—Nos mandó los teléfonos de las compradoras a España. Y le damos las gracias. Pero no pudimos localizar a una de ellas... —Valentina leyó el nombre—: Se trata de Margaret Morton.

—Ah, Margaret. Claro. —Christina adoptó un tono de voz más bajo—. Margaret... se casó y se divorció al poco tiempo. Meses. Un gran error... Su marido le puso los cuernos el mismo día de la boda con su hermana... Sí, puede

ser. Margaret Morton. Una mujer encantadora. Vino por aquí para decirme que el vestido la había gafado. Al final, puede que tuviese algo de razón. —Se encogió de hombros—. Por supuesto que no la han localizado. Se fue de su casa cuando dejó a su marido. Ahora está viviendo en otro sitio...

—Por casualidad, no tendrá su nueva dirección...

—No, pero sí tengo el teléfono, por suerte. Me lo dejó por si encontraba a alguien que quisiera comprar el vestido. Ella quería deshacerse de él a toda costa.

Keith Servant miró con desesperación en el ordenador el número de empresas de diseño que había en la ciudad. Aquello iba a ser un trabajo de chinos, pero no había otro remedio que empezar por alguna parte. Si al menos tuviesen una miserable pista que sirviera para reducir el número de búsquedas, ya sería algo.

Cuando empezó a imprimir el listado se deprimió todavía más. Cogió un donut y le dio un mordisco compulsivo, llenándose los labios de azúcar glas. Luego tomó un trago de café hirviendo y

se limpió con una servilleta de papel antes de coger el montón de papeles que salía de la impresora. Habría que proceder con una cierta lógica. Llamarían una por una y les enviarían el retrato robot y las fotos de los cuadros. Puede que en dos o tres años consiguieran algo positivo..., pensó con resignación.

• • •

Margaret Morton estaba a punto de salir a hacer deporte cuando Sanjuán llamó al timbre de su coqueto adosado de piedra y tejado a dos aguas en Acton Town. Abrió la puerta vestida con unas mallas

ceñidas y una camiseta de *The muppet show*^[2].

—No los esperaba tan pronto. Pero pasen, por favor. ¿Quieren un té?

Media hora más tarde, Valentina y Sanjuán salieron de la casa con una dirección.

Al no recibir ninguna llamada de The Dark Angel, Margaret Morton había donado el vestido a una tienda de beneficencia del barrio. Se llevaba muy bien con las dueñas, dos ancianas encantadoras que solían montar rastrillos benéficos. No quería tener aquel vestido en su casa, le traía mal fario. Estaba gafado, sin duda. Así que

acabó por regalarlo. No era normal que el día de la boda su marido se enrollase con su hermana en los baños del restaurante... pero tal y como ella relató el incidente, estaba claro que era una mujer que cuando tomaba decisiones ya no echaba la vista atrás.

Sanjuán miró a su alrededor. Todas las calles le parecían iguales, con aquellas casitas adosadas de piedra y los jardines bien cuidados, llenos de flores.

—¿Y ahora por dónde vamos? Me he perdido en el medio de la explicación de la buena señora.

—Era encantadora, la verdad, pero

yo voy a morir ahogada si me tomo otro té más.

Valentina cogió su móvil y buscó en Google Maps para ubicarse. ¿Dónde estaba aquella tienda? Confiaba en que no demasiado lejos. Gunnersbury Avenue. Bien. Allí estaba. Aún tenían unos diez minutos de paseo, más o menos.

La Red Rose Charity shop estaba cerca de la estación de metro de Acton. Cuando Sanjuán y Valentina entraron, había dos o tres clientes deambulando entre los montones de ropa usada, las máquinas de escribir antiguas, gorros militares, teléfonos viejos y un montón

de trastos acumulados en el suelo y las estanterías de la tienda. Se dirigieron a una de las señoras que había en el mostrador, al fondo de todo. Era, en efecto, una encantadora anciana de pelo color violeta, el perfecto prototipo de señora inglesa.

Sanjuán lanzó la mejor de sus sonrisas e hizo las presentaciones. Luego le pidió a Valentina la fotografía del vestido.

La anciana no tardó ni cinco segundos en reconocerlo.

—Este vestido... precioso, precioso. Una maravilla. Nunca tuvimos nada tan lujoso aquí. Como pueden ver,

lo que hay para vender... no es demasiado caro... Me lo trajo esa chica tan guapa, Margaret. Una desgracia lo de su boda, ¿no les parece?

—¿No recordará quién lo compró, por casualidad? —Valentina no quería entrar en ninguna conversación intrascendente y fue directa al grano, mientras cruzaba los dedos y enseñaba el retrato robot—. ¿No sería este hombre...?

—Me acuerdo de que el vestido lo compró una pareja, un chico y una chica. —La anciana se puso las gafas de ver y analizó el retrato robot—. Puede ser... algún parecido tiene, sí, pero... no

puedo asegurárselo, la verdad. El pelo era más corto, la cara más angulosa...

—Dice que iba con él una chica. — Sanjuán la interrumpió-. ¿Recuerda cómo era?

—Sí. Era rubia, de cabello largo. Delgada. Los dos venían mucho por aquí a comprar. Hace tiempo, claro. Ahora ya no los veo nunca... De todos modos, le preguntaré a mi hermana. Ella viene más tarde...

Valentina sacó una foto de Patricia Janz y se la enseñó.

—Sí, efectivamente. Es esta chica. Creo que el vestido lo compró para casarse... ¿no? Qué bonita historia, ¿no

les parece?

• • •

Valentina llamó a Servant nada más salir de la tienda.

—Puede que ambos viviesen en Acton Town, Servant. El vestido... lo compraron Patricia y él en una tienda de caridad. Aquí, en Acton. Patricia vivía en Acton, que sepamos... ¿Y si eran vecinos?

Servant redujo la búsqueda de empresas a Acton Town. Era una manera como otra cualquiera de empezar a buscar por algún lado. Si el Artista había visto que toda la policía de

Londres lo estaba buscando no iba a perder mucho tiempo en desaparecer, o quizá no, pensó. «A lo mejor tiene una madriguera y decide ocultarse, —caviló Servant—. Quién sabe. —Pero no se hizo muchas ilusiones—. Alguien que viaja a España a matar tendrá allí un lugar seguro». Maldijo por lo bajo y decidió que ya era hora de que la suerte empezara a sonreírles en este maldito caso.

Capítulo 52. Estrechando el cerco

Martes, 15 de junio,
La Coruña

Lúa Castro se miró al espejo. Tenía los ojos hinchados de llorar. A ver cómo arreglaba aquel desaguizado: maquillaje y un antiojeras que le había costado un pastón y que casi nunca utilizaba. Con parsimonia, se refrescó la cara y volvió a mirarse, esperando quizá que el agua del grifo hiciese algún efecto milagroso en sus ojeras grises y sus párpados

entrecerrados. Pero todo siguió igual que al principio. Resignación.

Miró su reloj. Había quedado con Carlos Larrosa en media hora en una cafetería cercana a la comisaría de Lonzas. Larrosa era muy amigo de su padre y, además, era el hombre que más sabía de los chanchullos de Pedro Mendiluce de toda la policía de Coruña. Le caía bien Larrosa. Era la típica buena persona que le caía bien a todo el mundo. Bueno, a casi todo el mundo. A Mendiluce puede que no le hiciera demasiada gracia aquel inspector. Le había destapado toda la corruptela de la trata de blancas en el prostíbulo de la N-

VI y eso lo había jodido vivo. Recordaba muy bien cuando salió todo a relucir. Ella había cubierto parte de la información para *La Gaceta*. Y también recordaba el posterior intento de asesinato de Larrosa. A nadie le cupo duda alguna de que aquello provenía del entorno de Mendiluce, del mismo modo que tampoco nadie se sorprendió de que no se pudieran obtener pruebas válidas de su implicación ante un tribunal.

• • •

—Hola, Daniel. ¿Cómo va todo por Coruña? ¿Estás en la comisaría?

Bodelón golpeó con el bolígrafo la

mesa mientras miraba la pantalla del ordenador.

—Bien, inspectora. Todo igual que ayer... Sí, estoy en la comisaría. Harto de buscar floristerías por internet y de recitar pedidos de flores raras sin ningún éxito. Estoy deseando saber qué está pasando en Londres.

—Mañana por la mañana lo sabrás de primera mano. Te llamo para pedirte un favor. Mira a ver si puedes encontrar plaza en el primer vuelo de mañana a Coruña o a Santiago, da igual. A la hora que sea. Nos volvemos. Hay mucho trabajo que hacer. Por ejemplo, apretarle las tuercas a Pedro Mendiluce.

El Artista ha vuelto a matar, Bodelón.
Casi delante de nuestras narices.

—¿Cómo? ¿En Londres?

—Sí. Y Sanjuán tiene la teoría de que ahora se dirige hacia La Coruña. O por lo menos hacia España. Parece ser que mata de forma alternativa en los dos países. Consíguenos ese vuelo, por favor. Es urgente. Ahora te dejo, voy a llamar a Iturriaga para ponerlo al corriente. Confírmame el vuelo cuanto antes. ¿Ok?

Valentina miró a Sanjuán con envidia. Tenía unas ganas enormes de fumarse un cigarrillo, y él parecía estar saboreándolo de verdad en la puerta del

restaurante en Piccadilly. Londres se había convertido en una especie de ciudad trampa para los fumadores. No se podía encender un cigarro en ningún sitio. Valentina suspiró con resignación. Pronto sería así en España también... así que no le tocaba otra que aguantar sin fumar.

—Tenemos aún toda la tarde, Javier. ¿Qué hacemos? Yo necesito un descanso. Y tengo que llamar a mi padre y a mi hermano. A ver cómo va todo...

Sanjuán exhaló el humo del cigarro y la miró, pensativo. Luego sonrió.

—Ya sé dónde vamos a ir. Si no me equivoco, te va a encantar. Hay que ir ya

mismo, antes de que cierren. Vamos a coger un taxi. ¿O prefieres ir en el metro?

• • •

Lúa le dio un pequeño sorbo a su café mientras Larrosa terminaba de hablar por teléfono. Luego, la miró con ojos compasivos.

—Siento mucho lo de Jaime Anido, Lúa.

—Las noticias vuelan, por lo visto... —Lúa se colocó el pelo por detrás de las orejas y sonrió con tristeza —. Gracias. Prefiero no hablar del tema, por ahora, Carlos... —Sintió cómo las

lágrimas acudían a sus ojos de nuevo, y se las secó con disimulo.

—Te entiendo. Venga. Anímate. Métete de lleno en tu trabajo, Lúa, eso es lo mejor. Te lo digo por experiencia. A los adictos como tú y yo, es lo que nos salva. Claro que yo ya no soy lo que era, hija. Pregúntaselo a tu padre. Manolo y yo pasamos unas buenas historias juntos...

—Ya sé. Mi padre siempre me cuenta cuando fuisteis a Vigo en un cutre Renault cinco turbo a por el Choto, el narco que quería sobornaros al pasar cerca de la frontera con Portugal... Es fantástico...

—Lo que pasamos daba para escribir un libro, hija. Pero bueno. Cuéntame. Pregúntame. Vamos al grano.

—Tema Mendiluce, Carlos. Tu favorito, ya lo sé.

—Joder con Mendiluce. —Larrosa no pudo evitar que le embargara una emoción ambivalente al escuchar de nuevo ese nombre: la del dolor por el fracaso y la esperanza de que alguna vez pagara por sus crímenes—. Es el condimento de todas las salsas. ¿También le tienes ganas? Pues aquí estoy, soy tu hombre ideal en este momento. No creo que haya nadie que le tenga más ganas que yo.

—No es que le tenga ganas precisamente a él. No lo conozco de nada, salvo sus saraos y sus continuas intervenciones en la prensa. Vamos a ver. Voy a ser sincera contigo, Carlos. —Lúa lo miró fijamente a los ojos—. En el entorno de ese hombre hay una noticia bomba. Pero prométeme que no vas a meter mano por ahora. A cambio yo te contaré todo lo que vaya encontrando. ¿Ok? Luego, será todo para ti.

—Vaya, vaya. Ya tienes algo, si no me equivoco. Has salido a tu padre. Una pena que no te hicieras policía...

—Gracias, Carlos, pero no tengo

vocación. —Le agradeció el cumplido con una sonrisa—. Para formar parte de un cuerpo armado hay que ser de una pasta especial. Y yo no la tengo, mi padre ya lo intentó. Bien. —Lúa bajó la voz—. El otro día estuve en la fiesta de la inauguración. Esa de los cuadros, fastuosa, fantástica, todo lo que quieras. Pero yo me escabullí desde los baños hasta el mismísimo despacho de Mendiluce.

—Hostia, Lúa. ¿No fuiste demasiado atrevida?

—Eso mismo pienso yo, a toro pasado, pero bueno. Tenía curiosidad. Y descubrí algo. Algo que me llamó mucho

la atención. Algo como esto, mira... —
Lúa le enseñó las fotografías de la estatua, que había pasado a su móvil.

—Una estatua. ¿Y?

—Una estatua romana, Carlos. Una verdadera joya, parece ser. De la que nadie tiene noticia. Ya he preguntado por ahí y todos aseguran que debe de ser una falsificación. Pero Mendiluce no pone falsificaciones cutres en su despacho iluminadas con un foco.

—Si fuera producto de un robo no la tendría a la vista, digo yo. La puede ver cualquiera que entre allí.

—Eso es cierto... pero con quitarla... o decir que es una

falsificación, o que no tiene valor, listo. La tiene ahí para su total disfrute. Es un sibarita, ya lo sabes. Y yo no estoy diciendo que sea producto de un robo, Carlos.

—¿Entonces?

—Estoy segura de que en las obras de esa urbanización hay algo. —Lúa sintió el escalofrío familiar, mientras hablaba de sentirse cerca de una exclusiva formidable, de una noticia con la que todo periodista sueña—. Algo gordo. Un yacimiento romano que va más allá de las cuatro piedras de la muralla que han dicho los técnicos del Ayuntamiento. Carlos, puede que ahí

abajo esté el yacimiento romano más importante del norte de España. Creo que Mendiluce ha untado a los del Ayuntamiento para que hagan la vista gorda y que él pueda, por una parte, expoliar el yacimiento para su uso personal, y por otra, seguir con la urbanización sin que nadie paralice las obras. ¿Qué te parece?

—Me parece, Lúa, que si eso es cierto vas a armar un buen lío... — Larrosa sonrió con malicia, y a continuación sopesó cada una de las siguientes palabras, como si las saboreara, después de un tiempo muy largo sintiendo la boca amarga—. Y sí,

voy a ayudarte. Porque, efectivamente, si podemos pillarlo por ahí, será solo el principio de su caída. Sobornar a los políticos y a los técnicos del Ayuntamiento es algo muy, muy feo...

• • •

Londres

Keith Servant aparcó el Dacia Logan, después de dar mil vueltas, y dejó la tarjeta de la policía metropolitana bien a la vista para evitar el cepo. Miró a Evans. Había preferido acompañarle que estar mano sobre mano esperando los resultados de la autopsia y los

informes forenses y del laboratorio.

Por lo menos el número de empresas de diseño e impresión en el barrio no era muy alto. Ocho en total. Luego, si no tenían éxito, harían un barrido por Hammersmith y Ealing. Y así sucesivamente. Servant sacó el listado de empresas y lo repasó. Empezarían por First Step, la que les quedaba más cerca. Estaba en el centro comercial de High Street.

—Tenemos que ir hasta High Street Market. Es por ahí a la derecha... creo... —Miró a su alrededor con despiste. No conocía aquel barrio demasiado bien.

Evans había estado pensativo durante todo el trayecto. De repente lo miró con ojos brillantes de excitación.

—Tengo una idea, Servant. Si es verdad que este tipo es un artista... ¿Qué hacen los artistas?

Servant se encogió de hombros, perplejo.

—No sé... ¿pintan, por ejemplo?

—Sí, señor. Pintan, esculpen, todas esas cosas. Y para hacerlas, necesitan comprar materiales. ¿No te parece? Lienzos, óleos, lápices... Ese tipo de parafernalia que utilizan para crear. Necesitamos una tienda que venda todo eso. Puede que comprase al por mayor,

pero para las urgencias necesitaría ir a una tienda cercana... En Acton no debe de haber demasiadas. Busca en internet. Rápido.

Servant asintió. Aquella era una idea muy acertada. Cogió su Blackberry y buscó tiendas de arte en Acton. La más importante estaba en High Street Market, en el centro comercial del barrio, donde se concentraban todas las tiendas del lugar. Así podrían matar dos pájaros de un tiro.

• • •

¿Cómo estás, papá?

Enrique Negro movió la silla hacia

la ventana para encontrar mejor cobertura.

—Hola Valentina. Bien, estamos bien. Por aquí todo igual... sin novedad en el frente.

—¿Y Freddy? ¿Cómo está Freddy?
—La voz de Valentina reflejó la preocupación que sentía todo el tiempo por su hermano, que la molestaba como un zumbido continuo dentro de su cabeza.

—Tu hermano está algo mejor, hija.

—¿Sabemos algo de la Irina esa de marras? —como siempre, Valentina endureció la voz instintivamente cuando mencionó a la novia de su hermano.

—Ayer llamó a tu hermano y estuvieron hablando cerca de tres horas por teléfono. Ya te imaginas. Un número. Cosas de críos. Pero parece que la cosa va algo mejor entre los dos...

—¿No habrá vuelto con ella?

—Me parece que siguen juntos, hija. Pero no te preocupes, son jóvenes y tienen que aprender a arreglar sus problemas, y eso, a su edad, lleva tiempo... —Enrique Negro sabía que su hija era muy poco flexible en todo ese asunto, y aunque comprendía que ella obraba llevada por su sentido de la responsabilidad ante su familia, ahora que su madre estaba muerta, había

decidido dar a Freddy la oportunidad de cometer errores, porque sabía que ese era el único camino para crecer y madurar.

Valentina lo interrumpió, furiosa.

—No puede ser... No me jodas, papá. ¿Después de todo lo que ha pasado, va y vuelve a salir con Irina? Dios. No entiendo nada, de verdad. — Valentina hablaba cada vez con un tono de voz más alto—. No se puede ser tan cabezota, es que no se puede... Pero ¿no se da cuenta de que esa chica no es precisamente una santa? Por no decir otra vez lo que pienso de verdad, papá, que es una puta de lujo... y del entorno

de esos depravados, encima...

—Freddy está enamorado. Contra eso, poco podemos hacer tú y yo... Acuérdate de cuando te colgaste de aquel jugador de baloncesto cuando estabas en COU, Val, tampoco había forma de hacerte entrar en razón. — Enrique intentó calmar a su hija. No podía estar tan pendiente de su hermano. No era sano para ella—. Valentina, hija, no te preocupes tanto por él. Ya es mayor, sabe lo que hace. Y si no lo sabe y se equivoca es cosa suya.

Valentina comprendió que su padre no compartía sus ideas porque él no conocía toda la basura que rodeaba a

Mendiluce. Respiró hondo para intentar calmarse, y decidió que ese no era el momento para entrar en una discusión más profunda.

—Está bien. Pero no se va a librar de que le lea la cartilla en cuanto llegue a Coruña. ¿Dónde está ahora?

—Está en su habitación. Estudiando, por lo que se ve...

—¿Estudiando? ¡Ja! Ojalá fuese verdad, a ver si es capaz de aprobar alguna asignatura, el muy... —Se obligó a no decir una palabra más—. Por cierto, llego mañana a las diez y media, papá.

—¿Mañana ya? ¿Qué tal en

Londres? ¿Has solucionado algo de la investigación?

—Mañana por la mañana ya me tendréis ahí. Sí, creo que hemos dado un paso de gigante. Ya te contaré. Es demasiado complicado para hablarlo por teléfono... Venga, un beso. Nos vemos mañana. Cuídate mucho... — Cuando colgó a Valentina la embriagó, como otras muchas veces, un sentimiento de culpa irracional, una punzada en su alma que se le había clavado desde que murió su madre y que se resumía en la idea grabada a fuego de que tenía que estar al lado de su padre y su hermano cuando había que hacer frente a algo

potencialmente peligroso, por lejano que este riesgo fuera. Porque si su familia estaba en peligro, ella no dudaría en enfrentarse con quien fuera para defenderla.



Servant sonrió a la chica morena y pizpireta que hacía las labores de recepcionista en First Step y seguidamente le enseñó la placa policial para que le prestase algo de atención. Ella colgó el teléfono con cara de asombro y se quitó disimuladamente el chicle de la boca.

—Nos gustaría hablar con el

encargado...

—Encargada, no encargado. Sí. Sí que está. Sally. Ahora mismo la llamo...

—puntualizó la chica, mientras levantaba el teléfono.

Sally King salió, nerviosa, de su despacho. La Policía Metropolitana. ¿Qué quería la policía de ellos? Hizo un rápido examen y descartó cualquier tipo de acto delictivo en las cuentas... Estaba todo bien, o eso creía. Se dirigió a los dos hombres basculando el cuerpo entre una pierna y otra, con gesto crispado.

—Soy el inspector Servant, de homicidios. Y él es el inspector jefe

Evans.

—¿Homicidios? Dios mío. ¿Ha pasado algo grave? —Sally retorció las manos con fuerza.

—No se preocupe. —Servant notó el nerviosismo de la joven y sonrió para tranquilizarla—. Solo venimos a ver si reconoce a este hombre... —Le dio una copia del retrato robot—. Creemos que se dedica al diseño o al arte. Puede que trabaje como *freelance*... y a la vez esté disfrazado.

Sally los miró y luego contempló el retrato robot durante un rato. Negó con la cabeza.

—A bote pronto no conozco a nadie

así... de todos modos, déjenmelo. Preguntaré a mis empleados. Yo no soy muy buena fisonomista, la verdad...

Servant le acercó su tarjeta.

—Se lo agradeceríamos muchísimo. Si puede preguntar por ahí, sería de gran ayuda. Necesitamos encontrar cuanto antes a ese hombre...

• • •

Valentina miró a Sanjuán con la cara totalmente iluminada, como una niña al ver los regalos de Navidad.

—¡Es Baker Street! ¡Me encanta! ¡Es genial! ¡Siempre quise venir a Baker Street! ¿Cómo lo has sabido?

Sanjuán sonrió, haciéndose el interesante. Estaba encantado de verla tan feliz.

—Te recuerdo que soy perfilador, inspectora. Leo las mentes de los criminales y de las inspectoras de policía sin demasiada dificultad... Si apuramos, creo que aún estamos a tiempo de entrar en uno de los turnos de visita en el Museo de Sherlock Holmes. Está justo en el 221...

• • •

Evans miró el gran cartel de la enorme tienda que ocupaba parte de High Street Market. ACTON TOWN ARTS AND

CRAFTS SHOP. Si aquel hombre era pintor y vivía en Acton, tendría que haber ido allí más de una vez.

Los dos inspectores entraron, mirando hacia todas partes. El lugar era un paraíso para los artistas: óleos, pasteles, pinturas, acuarelas, lienzos, libretas, bolígrafos, rotuladores... Todo en grandes cantidades, y todo carísimo, como pudo constatar Evans al mirar los precios. Aquel no era un hobby barato, precisamente.

Se dirigieron hacia la caja registradora, en donde una chica negra y gruesa atendía a los clientes al ritmo de música rap. Un montón de pantallas

mostraban todos los ángulos de la tienda para espantar a posibles amigos de lo ajeno. Ambos le enseñaron la placa, y al momento apagó la música ambiental.

—Somos de homicidios. Policía Metropolitana... ¿Podríamos hablar con el encargado, por favor?

La chica negra sonrió, enseñando una hilera de dientes blancos perfectamente alineados.

—Yo soy la encargada. ¿En qué puedo ayudarles? ¿Ha pasado algo?

Servant sacó la copia del retrato robot y la puso sobre el mostrador.

—Queremos saber si conoce a este hombre. Puede que en este retrato esté

disfrazado, así que no tiene por qué ser así exactamente. Pero es lo mejor que tenemos y, créame —Servant la miró directamente a los ojos—, necesitamos encontrarlo cuanto antes.

La mujer miró con atención el retrato robot. Después de unos segundos interminables, levantó la mirada y asintió.

—Sí. Me parece que lo conozco, aunque no podría jurarlo... No sé; si es quien pienso viene muchas veces aquí, a comprar materiales. Aunque es verdad que su aspecto no es del todo exacto al de este dibujo... Esta barba despista bastante... —Dudaba, pero al final se

decidió—: Sí, me parece que es él.

Evans notó como su corazón se aceleraba por momentos.

—¿Sabe, por casualidad, cómo se llama?

—Sí. Creo que es español, aunque no tiene casi acento. Habla un inglés perfecto... Si mal no recuerdo, se llama Héctor.

—¿El apellido? ¿Recuerda el apellido? —Evans estaba apretando los puños para no traslucir demasiada excitación.

—Ni idea. Él siempre pagaba al contado. Nunca con tarjeta. Aquí casi nadie paga con tarjeta, porque

mantenemos una política de no...

Servant la interrumpió, excitado.

—¿No tiene ningún empleado que pudiese conocerlo? ¿Saber dónde vive?

La mujer negó con la cabeza.

—Es este momento, no. Estoy buscando gente, la tienda es muy grande y hay muchos ladrones que se aprovechan... Hace un mes tuve que despedir al último empleado, Joseph, quien le solía atender. Puedo darles su teléfono, si quieren. Vive aquí al lado. Es un chico un poco especial, ya lo verán. Un encanto. Un poco... retardado para su edad, por eso lo tenía aquí. Pero un encanto. Y tiene una gran memoria.

—Nos será de mucha ayuda, gracias. Y si sabe algo, o recuerda algún detalle, por favor, llámenos.

Servant le dejó la tarjeta y cogió el número de móvil del empleado que le dio la mujer. Cuando salieron, volvieron a escuchar el estruendo de la música de rap detrás de ellos.

• • •

La Coruña

Lúa repasó el nombre del preso a quien iba a entrevistar mientras conducía hacia la cárcel de Teixeiro: Reneé Roland. Según Larrosa, era el cabeza de turco de

Mendiluce. Estaba totalmente jodido, cabreado y hastiado. Y solo porque le habían caído cinco años de cárcel por trata de blancas, proxenetismo, tráfico de droga... menudencias. La gente se quejaba por todo, desde luego. Algo de razón tendría para estar muy cabreado pues, según Larrosa, Pedro Mendiluce lo había abandonado a su suerte, tirado como un perro, después de que le hiciera todo el trabajo sucio. Roland apechugó con todos los cargos que deberían haber recaído sobre su jefe con la promesa de que lo sacaría de la trena de inmediato y, además, lo untaría bien de pasta. Y ya habían pasado casi dos

años y Roland seguía allí, pudriéndose en la cárcel sin ni siquiera haber logrado el tercer grado. Ni un miserable día de permiso. Larrosa había seguido su trayectoria y conocía su situación y su cabreo monumental. Así que Lúa consideró a aquel hombre como el perfecto candidato a ser un confidente adecuado para su investigación. En ese momento sintió que se había puesto de nuevo en marcha y encontró un bálsamo para su dolor en la excitación de su trabajo.

• • •

Londres

—Sí, por supuesto que lo conozco. Es Héctor. —Un joven de veintipocos, con aire ausente y vestido de cualquier modo, miraba atentamente el retrato robot, y poco después asentía—. Era un tipo muy agradable, español, creo. —De repente pareció comprender—. No es posible. He visto este retrato robot ayer en las noticias de la noche. En la televisión... ¿este es el asesino que están buscando? —preguntó, con total incredulidad.

—En efecto. Es él. Ha matado a varias personas, Joseph. Necesitamos tu

ayuda.

Servant miró hacia él y lo animó a seguir hablando.

—No, no puede ser Héctor. No le haría daño a nadie... Es un tío guay. Simpático. Siempre que venía a la tienda se portaba genial conmigo... Yo le ayudaba a empaquetar todos los pasteles al óleo, los gastaba de forma compulsiva... No, no puede ser verdad. Héctor no puede haber matado a nadie, y menos a alguna chica... Era muy tímido con ellas, muy cariñoso. Lo que me dicen es imposible...

—Joseph, a lo mejor no es él el asesino... Pero puede que esté

relacionado de alguna manera... — Evans intentó evitar por todos los medios que el chico se cerrara—. Y necesitamos saber su apellido y dónde vive... Tú sabes dónde vive, ¿verdad?

—No, nunca me lo dijo. Sé que vivía por aquí, por el barrio, cerca de la estación de metro. Pero no, no me lo dijo... y su apellido tampoco. Héctor... pero no sé más. De verdad. Puedo preguntar si quieren... tengo amigos que me parece que lo conocen.

—Por favor, hazlo. Necesitamos su apellido, Joseph. Es muy urgente... Llama ahora a tus amistades, por si lo saben, ¿quieres? Nosotros te esperamos

aquí.

Joseph Harris desapareció en una de las habitaciones del minúsculo apartamento mientras los policías se quedaban en el salón. Servant cogió su teléfono móvil.

• • •

—Tenemos el vuelo mañana a las siete y media de la mañana, Sanjuán. Acuérdate. No podemos beber demasiado o nos quedaremos durmiendo la resaca en el hotel... —Valentina miró la pinta de Guinness que tenía delante de los ojos. Era enorme. Jamás podría terminarse todo aquello—. ¿Cómo le irá

a Servant con la investigación? No han dado señales de vida en toda la tarde... Si no llama él, lo llamaré dentro de un rato.

Sanjuán bebió un sorbo de su pinta y agradeció el sabor amargo de la cerveza negra.

—Me encanta esta ciudad. ¿A ti no?

—Es preciosa. Nunca había estado aquí, pero quiero volver en otras condiciones. Me muero por ir a Covent Garden. Ir a la ópera en Londres... tiene que ser una pasada. Y a algún musical. Y a los museos.

—Yo estuve una semana, la última vez. Hace dos años. En un congreso de

criminólogos. Es una ciudad fascinante. Nunca me canso de venir aquí. Por eso sabía lo del museo de Sherlock Holmes. Pensé que te gustaría... —Sanjuán encontraba en la compañía de Valentina un cúmulo de sensaciones que él no se atrevía a llamar felicidad, pero que le estaba embargando. No solo era que la hallaba extraordinariamente atractiva, como todos quienes la conocían; era algo más, algo especial que emanaba de su interior, como una fragilidad que no permitía que saliera a flote, como si aquella inteligencia y plenitud física estuvieran para cobijar un alma muy sensible, siempre en estado de

equilibrio precario.

—¿No te aburre viajar solo? Lo bueno de los viajes es poder compartir lo que estás viendo con otras personas, o eso pienso... —Valentina bebió otro trago de la cerveza. Al principio le había parecido muy amarga, pero luego empezó a cogerle gusto.

—Yo siempre viajo solo. Desde que me divorcié, claro. Bueno, antes también, ahora que veo. Mi ex no era muy amiga de los viajes y encima se molestaba cuando tenía que ir a dar alguna conferencia por ahí fuera... Bueno. Eso fue mi segunda ex, creo recordar... A la primera sí que le

gustaban los viajes... —Sanjuán adoptó un tono cómico para dar a entender su nutrida historia de matrimonios.

—¿Dos ex? —Valentina empezó a reír sin mucho disimulo—. ¿Te casaste otra vez después de lo de Raquel? ¡Qué bueno! Se ve que eres el hombre ideal...

—No tiene demasiada gracia, inspectora. Creo que aprendí mediante la experiencia que yo no sirvo para formar parte de la institución matrimonial. Y ahora... —Sanjuán la miró fijamente, adoptando la voz de Anthony Hopkins como el doctor Lecter en *El silencio de los corderos*—, *quid pro quo*, Clarice. ¿Cómo es que una

mujer como tú está soltera y sin compromiso?

Valentina se rio y torció la cabeza con curiosidad maliciosa.

—¿Una mujer como yo? ¿Qué quieres decir con eso, Javier?

—Está claro. Una chica joven, brillante, guapa... los hombres tienen que estar locos por salir contigo...

—Sí, ya los ves. Todos haciendo cola para entregarme su amor... Anda ya, Sanjuán. Ojalá fuera así... — Valentina suspiró y bebió otro sorbo de Guinness—. La verdad es que llevo una temporada bastante solitaria. Entre lo del accidente de mis padres, los

cambios de destino, mi hermano... No estoy mucho por la labor de ligar con nadie. Además, a los hombres les dan mucho miedo las inspectoras de policía...

Sanjuán sonrió levemente y levantó una ceja.

—No me extraña, Valentina. Eres una mujer terrible... A mí me produces un respeto inmenso... ¿Puedo confesarte una cosa?

—Adelante. Tú mismo. Luego sufrirás las consecuencias...

—Cuando te conocí te puse un mote... un mote simpático, por supuesto...

—¿Un mote? Era lo que me faltaba, Sanjuán. Qué falta de seriedad por tu parte. ¿Cuál es el mote, entonces?

—La inspectora O'Neill... — Sanjuán puso cara de culpabilidad al decirlo.

Valentina soltó una carcajada ruidosa.

—¿La inspectora O'Neill? No puede ser. No. Yo no soy así, Javier... Por favor, qué bueno... No se lo digas a Velasco y a Bodelón, porque seguro que el mote triunfa en Lonzas... ¡Pero qué cabrón!

• • •

La Coruña

Lúa se sentó en el otro lado del cristal, nerviosa. Tamborileó con los dedos en la mesa y buscó un chicle en el bolso. No lo encontró. Los había olvidado en casa. Mientras esperaba a Roland, pensó en Jaime. Había que localizar a su padre. Vivía en Águilas, Murcia. ¿Cómo decirle que su hijo había muerto? Lúa no lo conocía de nada... ¿Y el cuerpo? ¿Qué iba a pasar con el cuerpo? No quería que acabase enterrado en una tumba cualquiera, sin nadie que fuese a llevarle flores. ¿Tendría que ir ella a Londres, o se ocuparía su padre? Lúa se

sintió del todo perdida... pero en un segundo olvidó esas cuitas y se puso en guardia.

Roland apareció en seguida, acompañado de un funcionario de prisiones que se fue casi al momento. Se sentó y clavó la mirada oscura en aquella chica de grandes ojos verdes, casi transparentes, y largas pestañas negras. Hacía mucho tiempo que no hablaba con una mujer, y menos todavía con una mujer hermosa. Se acarició los bíceps tatuados y definidos en un gesto inconsciente y se acercó al cristal, llevado por una gran curiosidad. ¿Qué demonios querría aquella chica de él?

—Soy Lúa Castro. Soy periodista de *La Gaceta*. —Lúa sonrió. La mejor de sus sonrisas, estudiada para derretir al más duro de los hombres. Le enseñó el carnet de prensa—. Vengo a hablar contigo porque me han dicho por ahí que puedes ayudarme en una cosita.

—¿Quién te lo ha dicho, muñeca? —Roland se relamió ante la sonrisa rutilante. Volvieron las ganas de ligar que hacía tanto tiempo había reprimido.

—Un amigo. Dejémoslo así. Un amigo que le tiene muchas ganas a alguien que tú conoces... y conoces mucho, además.

—Mmmm. Déjame pensar. Alguien a

quien yo conozco. Conozco a mucha gente...

—No creo que les tengas muchas ganas a todos... ¿no?

—A algunos más que a otros, Lúa. Eso tenlo por seguro.

—Mi amigo me ha dicho que estás aquí por culpa de Pedro Mendiluce.

Roland, aunque intuía por dónde iban los tiros, le clavó de nuevo la mirada, escrutando su cara. ¿De qué coño iba aquella periodista? Pero Lúa no se arredró. Continuó con la conversación como si delante de ella no hubiese un hombre enorme con aspecto de matón sin escrúpulos que la miraba

con sus furibundos ojos negros como si pudiese partirla en dos en un segundo.

Roland masculló entre dientes.

—¿Pedro Mendiluce? Valiente hijo de puta...

—... Y también dice que no ha colaborado demasiado contigo desde que estás aquí dentro... Vamos, que te ha dejado tirado como un perro, mientras tú te llevas toda la culpa de sus... digamos... chanchullos...

—Al grano, muñeca. Al grano. Déjate de recordarme los buenos tiempos y dime lo que quieres.

—Quiero información. Quiero joder a tu amigo Pedro Mendiluce. —Lúa

hablaba entonces con inusitada firmeza —. Nadie sabrá de dónde ha salido lo que quieras contarme. Será absolutamente confidencial.

—¿Cómo sé que no te manda él para joderme más todavía?

—¿Tengo cara de ser amiga de Pedro Mendiluce? Creo que él no te puede joder más todavía, Roland. Y sin embargo, yo tengo amigos por ahí, amigos poderosos que quizá puedan echarte una mano en eso de la condicional...

—Eso que has dicho me gusta, Lúa, pero perdona que no me crea demasiado el cuento... No estoy para bromas,

guapa —Roland bajó la voz mirando a su alrededor con disimulo—, ese tipo pasa de mí como de la mierda. Me dijo que si cargaba con las culpas de lo del prostíbulo, me pagaría un montón de pasta y luego me sacaría de aquí en unos meses. Y mírame. Estoy hasta los cojones de mirar la puta pared de la celda y de las putas pesas en el gimnasio. ¿Entiendes?

• • •

Londres

Mientras Joseph Harris hacía sus llamadas, Servant había ordenado que

buscaran todos los sujetos que se llamaran Héctor y que vivieran en Acton Town. Se mordía las uñas con impaciencia.

—¿Tenéis el listado de todos los Héctor censados en Acton Town? ¿Aún no? Joder. Hay que darse prisa. Ya, ya sé que son muchos, pero de ahí hay que sacar algo, hostia ya. Ese jodido asesino vive en Acton y se llama Héctor. No puede haber demasiados, que además se dediquen al arte, o a lo que cojones se dedique ese tío... ¡Quiero ese listado en cinco minutos, joder!

Servant colgó el teléfono y se sentó en el sofá. Evans lo miró y se encogió

de hombros. Él llevaba más de medio año buscando al asesino de Patricia Janz, pensando todos los días y a todas horas en cómo echarle el guante a aquel hijo de puta. En los momentos de mayor tensión sabía ser admirablemente cerebral. Para él esa actitud era como una religión: desesperarse era el camino seguro para cometer errores. Y entonces, después de dos nuevos crímenes del Artista, Evans estaba decidido a no cometer ninguno más.

El móvil de Servant sonó, y este lo cogió de inmediato.

—Soy Sally King... ¿me recuerda? La dueña de First Step... Acaban de

estar aquí hace un rato...

—Sí, por supuesto, Sally. ¿Algo nuevo? ¿Ha recordado algo?

—Yo no, pero mi recepcionista sí. Ella ha reconocido al hombre del retrato robot. Ha trabajado varias veces para nosotros, la última no hace mucho.

—¿Saben el nombre? —Servant le hizo un gesto a Evans con la mano. Este se giró completamente hacia él, expectante.

—Sí. —Sally hizo una pausa, como si leyera algo. Luego continuó—. Ese hombre se llama Héctor. Héctor del Valle.

Cuando Joseph Harris regresó al

salón y empezaba a murmurar un «lo siento, pero no he podido averiguar...», los policías ya no estaban ahí.

• • •

La Coruña

Durante el viaje de vuelta, Lúa escuchaba sin perder detalle en el manos libres la conversación con Roland, que había grabado de principio a fin en el móvil aunque él no se hubiese dado cuenta del proceso.

«Yo no estaba metido en el ajo de las constructoras. En eso estaban Sebastián Delgado, y también la

abogada rubia, Raquel Conde. Yo escuchaba sus conversaciones, muchas veces hablaban de algo que había en Ártabra pero no decían abiertamente lo que estaba ocurriendo allí. Por lo menos Raquel. Yo creo que ella no sabía en realidad lo que pasaba en la obra. Pero Delgado sí. Ese tal Delgado es una serpiente, ten cuidado con él. Era el encargado de domar a las putas que venían del Este... Las molía a palos con un calcetín relleno de arena, para aterrorizarlas...».

»Tú tampoco eras un santo, Roland...

»Yo nunca les puse la mano encima.

A mí los tíos que maltratan a las chicas me parecen unos hijos de puta. Los mataría con mis propias manos...

»Sigue con Delgado. Me interesa mucho lo que estás contando —a la periodista no le interesaba nada la filosofía vital del francés.

»Delgado iba mucho a la obra con dos técnicos del Ayuntamiento. Apúntate estos nombres, Lúa Castro. Adolfo Requejo y Roberto de la Fuente. Son los que acompañaban a Sebastián siempre que había alguna movida. Cuando se empezó a excavar el parking... estaban allí día sí y día no. No son trigo limpio. Eso te lo digo yo. Conozco a la gente

solo con verla. Por eso te cuento todo esto, Lúa. Me gustan las chicas como tú, valientes, decididas... Vendrás a verme más veces, ¿verdad, Lúa?».

• • •

Londres

Valentina llevaba ya dos pintas de Guinness y empezaba a notar el efecto del alcohol. Miró hacia Sanjuán, que volvía de la barra con dos vasos de media pinta de cerveza tostada inglesa.

—Prométeme que esta va a ser la última, Javier. O si no, mañana en el avión me va a dar vueltas la cabeza. Y

yo odio los aviones. No me gusta volar. No quiero imaginarme un vuelo con resaca...

—La última. Prometido. Yo tampoco estoy muy acostumbrado a tomar pintas de cerveza, no te creas. Pero un día es un día, ¿no te parece? Además, tenemos tiempo de sobra para dormir. Son las siete de la tarde. Por cierto, ya me cuentas de que no te gustaban los aviones...

—¿Tanto se me nota? —Valentina frunció el ceño de forma cómica.

—En absoluto. Pero no pudiste librarte del «momento turbulencias», Valentina. Estabas pálida como una hoja

de papel...

—Tú tampoco tenías buena cara, Sanjuán... —Valentina bebió un sorbo de cerveza y la saboreó con placer. Se relajó. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien y quería disfrutarlo. A pesar de los sucesos del día anterior y de que su trabajo a veces fuese ingrato, incluso horrible, necesitaba liberarse durante un rato.

Sanjuán la miró con curiosidad y torció la cabeza, pensativo. Luego lanzó la pregunta.

—Aún no me has dicho una cosa.

—No me has preguntado nada... —

Valentina lo miró con extrañeza.

—Eso es inexacto, Valentina. En la fiesta de Mendiluce. Te hice una pregunta y me dijiste que algún día me lo contarías. Bien. Ese día ha llegado. La pregunta es: ¿Qué te dijo Mendiluce delante del cuadro para que tú...? Bueno, tu turbación era evidente...

Valentina suspiró con fuerza y se apoyó en el respaldo del sillón del *pub*. Luego se encogió visiblemente y cruzó los brazos, a la defensiva.

—¿Es una pregunta de examen, profesor?

Sanjuán notó al instante la incomodidad de Valentina.

—Si no quieres contármelo, no pasa

nada, de verdad...

—No es algo que vaya contando por ahí a todo el mundo, por eso me extrañó que Mendiluce estuviese al tanto... — Valentina se decidió. A lo mejor aquella era buena hora para quitar «telarañas del desván». No podía estar toda la vida llevando ese peso. Recordó a su amiga Helena, que siempre le decía que estaba huyendo de unos fantasmas que le impedían encarar la vida. Se armó de valor y arrancó—. ¿Te acuerdas del Charlatán, el violador en serie de Vigo?

—Por supuesto que me acuerdo. La Policía Nacional me encargó un perfil bajo manga, que luego salió en todos los

periódicos... un tipo peculiar, creo. Parece ser que hablaba hasta debajo del agua...

Valentina bebió otro sorbo de la cerveza.

—Dímelo a mí, Sanjuán. Dímelo a mí... Yo leí el perfil que habías escrito y tuve una idea. Basándonos en él, organizamos un operativo para cazarlo... un operativo que salió como el culo, por cierto. Otra inspectora, ¿Edurne, se llamaba? Si, era Edurne... y yo hacíamos de «cebo» con micrófonos, todo eso... Puedes imaginártelo perfectamente... —Valentina cogió fuerzas y continuó—. Antes de que

apareciese el furgón con los compañeros, el tipo surgió de la nada con una navaja, me la puso en un costado y me llevó a una especie de fábrica de conservas en ruinas que había cerca de la ría de Vigo.

Sanjuán la miraba con los ojos muy abiertos de asombro, totalmente en silencio. Había oído aquella historia muchas veces, la mítica inspectora que cazó al Charlatán cuando estaba a punto de violarla... Pero jamás pudo imaginarse que la oiría de los labios de Valentina Negro.

—Todo lo que pasó allí... Javier. Fue horrible. El tipo estuvo en un tris de

violarme y matarme. De hecho, técnicamente me violó, el muy cabrón. —Valentina dijo esto último como si le doliera cada palabra al ser expulsada hacia el exterior, al tiempo que se tocaba el pelo y lo llevaba hacia atrás, en un gesto típico de ella en situaciones de ansiedad. Su melena volvió a caer casi al instante—. No te puedes imaginar lo mal que lo pasé. Todos me buscaban por la dichosa nave, pero él me había encerrado en su guarida. Tenía un colchón... Me mandó desnudarme mientras me decía burrada tras burrada. Tenía hasta pastillas de Viagra, el muy hijo de puta. Y sí. Hablaba sin parar.

Era locuaz como un comentarista deportivo. —Se obligó a sonreír forzadamente.

Sanjuán estaba plenamente atento a cada gesto y palabra de la inspectora.

—¿Cómo hiciste para librarte de él?
—preguntó.

—Eso es lo mejor de la historia, Sanjuán. Yo no llevaba pistola... pensé que podría descubrirla, y que quizá pudiese quitármela, no sé, no quería correr ese riesgo... ¿Te lo puedes creer?

—Valentina rio nerviosamente mientras se acordaba de la ocurrencia que había tenido—. Le lancé una bota de tacón. A la cara.

—¿Una bota de tacón? —Sanjuán abrió todavía más los ojos—. Impresionante. Me dejás de piedra...

—Sí. Había mandado al zapatero que les pusiese unos tacones y punteras de metal. Pesaban mucho aquellas botas, ni te lo imaginas... Como arma arrojadiza fueron insuperables. Le hice una buena cicatriz en la cara. Y luego, un poco de espray pimienta que llevaba escondido, para aderezar... —Valentina se encontraba mucho mejor en ese momento, y casi soltó una carcajada.

—Joder, Valentina... así que eras tú... Es increíble.

—¿Yo?

—Pero por favor, si eres famosa...

La famosa inspectora que capturó al Charlatán es ni más ni menos que Valentina Negro. Estoy alucinado, de verdad. Y además, después de haber leído mi perfil... eso es un punto increíble, Valentina. Es que no me lo puedo creer...

—Por eso, cuando vi que eras tú el que venía a dar la conferencia al congreso de criminología, decidí consultarte lo de Lidia Naveira... ¿He contestado a tu pregunta, profesor? — Valentina adoptó de nuevo ese aire de alegre altanería que tanto gustaba al criminólogo—. De ese tema es de lo que

empezó a hablarme Pedro Mendiluce. De primera mano además. No me sorprendería saber que hubiera ido a hablar con el mismo Charlatán, total, encuentro de degenerados... En fin, Sanjuán, me cogió de sorpresa, no era capaz de reaccionar. Ya te he dicho que nunca suelo hablar del tema...

Valentina notó, de repente, un alivio inmenso, como si se hubiese quitado un gran peso de encima. Al fin y al cabo, como le había dicho su terapeuta una y mil veces, tomárselo con humor era la mejor manera de pasar página sobre aquel tema tan escabroso.

Keith Servant fumaba compulsivamente fuera del coche mientras esperaba, teléfono en mano. Había pasado medio minuto, pero a Evans y a él les estaba pareciendo más de una hora.

La voz del otro lado del teléfono sonó triunfante.

—Héctor del Valle. Aquí está. Lo tenemos, inspector. Avenue Road, ciento noventa y ocho. Es cierto, vive en Acton Town...

—Lo tenemos. —Se dirigió a Evans—. ¡Ya está localizado! Vive en Avenue Road.

Evans buscó la posición en su móvil.

—Está a dos manzanas de aquí. Muy cerca. Sargento, quiero un operativo en condiciones en cinco minutos. Ese tío es muy peligroso. Necesito también a los de Operaciones Policiales y a un buen par de tiradores. Pásame ahora mismo con el superintendente. ¡Espabila, joder!

Media hora más tarde, dos furgonetas llenas de policías aparcaron en el inicio de Avenue Road. La calle estaba formada por una hilera de coquetos adosados de piedra y jardines fragantes, todos iguales. Era un lugar tranquilo, y solo se ajustaba parcialmente a la descripción del barrio

que había ofrecido Sanjuán en su perfil.

Los de Operaciones Policiales se acercaban, agachados y armados hasta los dientes, al número 198 de forma escalonada. Al otro lado de la calle se habían apostado dos francotiradores. Evans y Servant iban detrás, sigilosos, con los chalecos antibalas puestos.

—Quietos. Hay alguien. Fijaos. Están abriendo la puerta de fuera...

Un hombre joven, moreno, alto, de melena larga, abrió la puerta y salió con dos enormes bolsas de basura. Se acercó a un contenedor de obra tapado con una lona verde, y miró hacia los lados. Los policías se agacharon aún

más para no ser vistos. Luego las tiró. Volvió a entrar y cerró la puerta.

—Lo tenemos localizado. Ahí está. Es él. Vamos a cogerlo por sorpresa... —Servant avisó a todos por radio—. Vamos a entrar. ¡Venga, rápido!

Los agentes especiales se acercaron con gran rapidez y abrieron la puerta usando un ariete. En unos segundos desaparecieron dentro de la casa. Servant corrió hacia la puerta y subió las escaleras, apuntando con su arma, seguido de Geraint Evans, que le quitó el seguro a su pistola mientras esperaba un poco más abajo. Se escuchó un ruido ensordecedor y gritos de auxilio

mezclados con las órdenes tajantes de los policías.

Unos segundos después, cuando Servant alcanzó el primer piso, vio a varios agentes apuntando a un hombre que los miraba con los ojos totalmente llenos de terror, de rodillas, con las manos detrás de la cabeza. Se había orinado encima, del miedo. Servant guardó su pistola y se acercó a aquel hombre para verlo mejor. Luego, soltó un juramento y le pegó un enorme puñetazo a la mesa de la cocina. Decididamente, no estaban teniendo demasiada suerte.

Aquel hombre no era el que

buscaban.



Valentina miró a Sanjuán con cara de decepción en el hall del hotel. Colgó el teléfono con aspecto abatido.

—Ya han averiguado el nombre del Artista, Javier. Parece ser que se llama Héctor. Héctor del Valle. Pero cuando han ido a detenerlo, no estaba ya en la casa. Ha huido. Han montado un operativo de la leche y a quien han cogido es a un tipo amigo suyo que dice que le ha dejado el apartamento para tres meses... dice que se ha ido a Roma a pasar una temporada...

—¿Y tú te lo crees? No. Yo te digo que ha huido a Coruña. Estoy totalmente convencido. ¿Han chequeado ya los vuelos a España?

—Están en ello... No creo que haya dado su nombre, precisamente... no es tan tonto, creo yo... ¿no te parece? Mira, ya ha llegado el ascensor de colorines que tanto te gusta...

Entraron, y Sanjuán apretó el botón del quinto piso del ascensor psicodélico del Hotel Marylebone. Aquel lugar tenía una decoración de lo más peculiar, totalmente setentera. A él le parecía precioso, y Valentina tenía sus dudas al respecto. Lo consideraba demasiado

retro. Pero era céntrico y elegante. Y, además, no era demasiado caro.

—No me lo puedo creer, Sanjuán. Han estado a punto de cogerlo. El tipo se fue esta tarde a primera hora. Dice su amigo que pasó por su casa sobre las cuatro a dejarle las llaves y luego se fue en una furgoneta blanca. Todo coincide. De verdad... lo tenían tan cerca...

Sanjuán metió la tarjeta magnética y abrió la puerta de su habitación.

—No me apetece demasiado dormir... es temprano. Aún son las diez. ¿Hacemos una incursión en el mueble bar?

—Buena idea. Hay zumo de tomate.

—¿Zumo de tomate? Vaya por Dios, inspectora. ¿A estas horas?

—Creo que es bueno para las resacas, Sanjuán. Después de dos Guinness, dos medias pintas, y un gin-tonic, me merezco un buen zumo de tomate, o mañana no habrá quien me levante... Dios, Sanjuán. —Valentina miró a su alrededor y admiró la disposición perfecta de todos los componentes del equipaje del criminólogo—. De verdad. No se puede ser más ordenado. En mi habitación no se puede entrar en este momento...

Sanjuán abrió el minibar y sacó dos zumos de tomate. Los agitó.

—Coge los dos vasos del baño, Valentina, por favor. Y pásales un agua... No me fío demasiado de la limpieza de los hoteles...

Valentina gritó desde el baño.

—Me «encantan» las cortinas de la bañera. Son de color rosa fucsia, por favor... Son imposibles, de verdad... No sé cómo te puede gustar la decoración de este sitio.

Valentina llevó los dos vasos y Sanjuán vertió el zumo en ellos. Se sentaron encima de la cama. Luego levantó el suyo y brindó.

—Por ti, Valentina. La inspectora más hermosa de todo el cuerpo policial.

Valentina se puso roja como el zumo que tenía en la mano.

—No trae buena suerte brindar con bebidas sin alcohol, Javier. ¿No lo sabías?

—Eso se soluciona fácilmente. Espera un segundo.

Cogió un pequeño botellín de vodka del mueble bar y añadió un poco a cada uno de los vasos.

—¿Ves? Ahora es un bloody mary con todas las de la ley. Solo falta el tabasco.

Valentina levantó su vaso y brindó. Luego se bebió el zumo de un buen trago. Se dio cuenta de que la mirada de

Sanjuán era extraña. Estaba quieto, clavándole los grandes ojos castaños. Ella se sintió turbada.

—¿Tú no bebes, Javier?

—Sí. —Sanjuán se acercó a ella de repente y la besó en los labios con suavidad. Luego volvió a mirarla con aquellos ojos hipnóticos—. Ya te he dicho que no me fío demasiado de esos vasos, Valentina. —Su voz era ronca y su mano empezó a acariciarle la espalda, hasta llegar con la punta de los dedos a la tira del sujetador—. Prefiero beber el zumo de tu boca, si no te importa...



Frank Smith no creía que lo que le estaba pasando fuese algo real. Al revés, le parecía estar viviendo una pesadilla, un mal sueño. En un rato había pasado de tener un apartamento gratis para unos meses a estar detenido en la parte trasera de un coche patrulla, camino de Scotland Yard, tras haber sido apaleado, aplastado, apuntado con fusiles, amenazado... Aquello no podía ser verdad. Se hubiese pellizcado, pero no podía. Estaba esposado y rodeado de agentes especiales que lo miraban con aspecto de perros furiosos, como si él

fuese un peligroso terrorista.

—Quiero un abogado. Conozco mis derechos. Quiero hacer una llamada...

—Ahora, dentro de un rato. Cuando lleguemos a Scotland Yard tendrás el puto comodín de la llamada. —Servant torció la cara y crispó la mano en un gesto de rabia. Aquel tipo era un pobre diablo, seguro. No era el puto Artista. Se les había escapado. Miró la pantalla de su Blackberry. Estaba esperando que le enviaran informes de todos los aeropuertos, por si había algún billete a nombre de Héctor del Valle. Si el criminólogo español estaba en lo cierto, Del Valle iba camino de España, a

refugiarse en su guarida en Coruña. Joder. Habían estado a punto de cazarlo. Por un par de horas...

Cuando sonó el teléfono y Evans le dijo que habían localizado un billete para Santiago de Compostela en un vuelo desde el aeropuerto de Gatwick a nombre de Héctor del Valle, Servant no dio crédito a lo que estaba oyendo. El vuelo salía en menos de media hora.

—A Gatwick. Nos vamos a Gatwick, ¡coño! ¡Da la vuelta ahora mismo!

• • •

Valentina abrió los labios y se dejó ir

por completo. No tenía fuerzas para resistirse, ni ganas. Las manos de Javier Sanjuán parecieron multiplicarse de repente. Ella se apretó contra él y el beso se hizo más y más profundo. Notó cómo se aflojaba su sujetador y sintió una sensación extraña. Se estremeció cuando empezó a sentir que acariciaba sus pezones bajo el vestido mientras la seguía besando con fuerza salvaje. Luego Sanjuán empezó a besar su cuello y a desabrochar de forma desesperadamente lenta los botones del vestido. Ella buscó su cuerpo y le subió el polo, hasta quitárselo. Luego se desabrochó lo que faltaba del vestido y

lanzó lejos el sujetador blanco. Los cuerpos volvieron a juntarse, y Sanjuán sintió con lujuria que ella clavaba sus pechos pesados en él mientras buscaba su boca para volver a besarlo. Valentina le mordió los labios con fiereza. Sus ojos brillaban de deseo cuando se agachó para bajarle los vaqueros y los boxers negros. Luego ella se quitó las bragas y se subió encima de él, dejando sus pechos a la altura de la boca de Sanjuán, que no dudó un segundo en disfrutar de aquel manjar exquisito que se ofrecía ante sus ojos. Los pechos de Valentina eran grandes pero perfectos, con los pezones oscuros y gruesos, que

hicieron que Sanjuán se excitara todavía más. Su erección parecía a punto de explotar cuando ella se agachó y se introdujo el pene en la boca. Él gimió, absolutamente sobrepasado, mientras Valentina empezaba a chupar y a lamer con delicadeza.

Sanjuán no aguantó más. Cogió a Valentina y la tiró sobre la cama. Luego la penetró sin miramientos y notó la excitación de ella al momento. Valentina arqueó la espalda y empezó a moverse rítmicamente ante las embestidas. Sanjuán estaba ya a punto de correrse cuando ella clavó las manos en su espalda, en un paroxismo de placer

subrayado por gemidos bien fuertes que lo llevó a él al orgasmo entre espasmos.

Luego ambos se relajaron, sudorosos, despeinados. Valentina, aún jadeante, se preguntó qué demonios acababa de pasarle. No era un comportamiento propio de ella. Miró hacia Sanjuán, que respiraba con fuerza, aún bajo los efectos del orgasmo.

Luego buscó con la vista el paquete de Winston del criminólogo. Aquello bien merecía un cigarrillo...

• • •

Cuando llegaron a Gatwick, Evans, Servant y otros cinco policías corrieron

a lo largo de la terminal norte a toda velocidad. Ya habían hablado con la policía del aeropuerto para que tuviesen retenido a todo el pasaje, que ya había facturado y estaba metido dentro del avión. Algunos protestaban por el retraso. Otros se revolvían inquietos en sus asientos. ¿Qué coño pasaba, que estaba todo el pasaje dentro y no salían de una vez?

Evans y Servant entraron en el avión y miraron uno por uno a todos los pasajeros. La policía del aeropuerto y la tripulación se lo había dicho por activa y por pasiva. El asiento 5C estaba vacío. Héctor del Valle no había cogido

aquel vuelo. Pero ellos quisieron verlo con sus propios ojos. Héctor del Valle podía estar allí dentro, en otro sitio, disfrazado. Era un puto camaleón. Podía haberse cambiado la apariencia por completo y pasar así desapercibido.

Cogieron la documentación de todos los pasajeros masculinos, que permanecían en un incómodo silencio mientras eran examinados.

Nada.

Había vuelto a tomarles el pelo. El muy cabrón no estaba allí. Había sido una maniobra de distracción de lo más zafia. Y ellos habían caído como unos verdaderos pringados.

Evans suspiró con resignación y buscó una pastilla de menta en su bolsillo. Por decirlo en el argot hípico, tenían que reconocer que el Artista les llevaba varios cuerpos de ventaja. Como siempre.

Capítulo 53. Lost in translation

Miércoles, 16 de junio, Londres

Valentina se despertó en medio de la noche, con el sabor de la cerveza aún en la garganta. De la cerveza y del cigarrillo. No. No podía ser cierto. Había vuelto a fumar.

De repente, todos los acontecimientos de la tarde anterior acudieron a su mente. La fuga del Artista. El *pub*. Las cervezas. Y luego...

lo del hotel.

Alguien respiraba a su lado, casi pegado a su oído. Sanjuán dormía como un tronco con el brazo atravesado sobre ella. Valentina se desveló por completo. Intentó darse la vuelta y ponerse más cómoda, pero no era capaz de moverse. No quería despertarlo.

Hacía tanto tiempo que no dormía con un hombre que no se acordaba de lo que tenía que hacer...

Valentina miró su reloj: eran las cinco de la madrugada. Tampoco había mucho más tiempo para dormir. Tenía que volver a su habitación, ducharse y hacer la maleta. Bajar a desayunar y

coger un taxi a Heathrow a toda leche para coger el vuelo.

Valentina apartó con cuidado el brazo de Javier Sanjuán, que se dio la vuelta en pleno sueño y siguió durmiendo plácidamente. Intentó acostumbrar sus ojos a la oscuridad. ¿Dónde había puesto la ropa? El vestido estaba en el suelo, hecho un guiñapo. ¿Y las bragas?

Buscó con cuidado con el pie. A lo mejor estaban entre las sábanas. ¿Y si no las encontraba? Qué vergüenza. Solo de pensar en Sanjuán cogiéndolas cuando despertase la hizo ruborizarse hasta las orejas.

Desistió de buscarlas y se levantó con sigilo. Se vistió y buscó las sandalias, que habían volado en plena refriega. Recogió el bolso, con la tarjeta magnética. Tropezó con la mesilla de noche, pero Sanjuán no se despertó, por fortuna.

Luego salió, y cerró la puerta con sumo cuidado. Buscó en su bolso la tarjeta magnética de su habitación, que estaba justo enfrente de la de Sanjuán.

Valentina pensó que un caballo estaba galopándole dentro de la sien, sin clemencia. Necesitaba un paracetamol y una botella de Aquarius de litro.

Sin solución de continuidad, a su

mente acudieron más detalles. Le había contado en el *pub* a Javier lo del Charlatán, como si nada. Y encima no parecía que se lo hubiera tomado muy en serio, aunque se consoló pensando que su acompañante quizá quiso quitarle dramatismo en su beneficio. Y lo que era peor, había fumado un par de cigarrillos, después de lo que le había costado dejar el vicio...

Menudo desastre. Valentina respiró hondo y abrió la puerta.

La cabrona de Helena había acertado con las malditas cartas, para variar...

...

Petersfield

El Artista se desvió de la A-3 y se dirigió hacia Petersfield. Cuando vio un descampado solitario cercano al pueblo se dirigió hacia allí. Hacía una preciosa noche estrellada. Se bajó de la furgoneta y dejó su mochila en el suelo.

Allí, en el medio de la nada, pudo contemplar las estrellas con un estremecimiento de frío. Estaba al lado de un gran lago, silencioso, oscuro, profundo. Encendió la linterna.

Hurgó en la caja de herramientas. Se

agachó y desatornilló las matrículas. Las tiró al lago, lejos de la orilla. Después se puso unos guantes de protección, abrió la puerta de la caja y subió. Cogió uno de los bidones de gasolina y empezó a verter el combustible por todos los rincones del vehículo, con la linterna sujeta entre los dientes. Sintió nostalgia al pensar en el destino de sus pertenencias: sus pinturas. Su caballete. Su ropa. Todo sería consumido al instante por las llamas.

Cuando acabó con el primer bidón, lo guardó y abrió el segundo. Fue hasta la cabina y procedió a rociar todo con meticulosidad.

Cuando toda la furgoneta apestaba a gasolina, se quitó los guantes y los tiró en el asiento del conductor. Luego encendió su Zippo plateado y lo lanzó hacia dentro de la cabina.

En unos segundos, todo se iluminó. El crepitar de las llamas anaranjadas despertó a unos pájaros, que levantaron el vuelo bruscamente, ruidosos y asustados.

El hombre se quedó unos segundos admirando la belleza del fuego. Luego cogió la mochila y emprendió camino hacia el pueblo, a buen paso.



La Coruña

Adolfo Requejo salió de su despacho en el Museo Arqueológico. Tenía ganas de tomar un café. Una reunión a las ocho de la mañana no le había dejado desayunar en condiciones: dos horas escuchando memeces de políticos no eran plato de gusto para nadie. Presupuestos y más presupuestos. Recortes monetarios. Si tenía un sitio por allí para una enchufada a la que no querían en el Negociado de Multas. Aunque fuese de telefonista, daba igual. O para llevar los cafés. A ver si se iban todos a tomar viento fresco y lo dejaban en paz de una

puñetera vez. No necesitaba a ninguna enchufada limándose las uñas. No había ningún puesto presupuestado en donde meterla.

Cuando vio a Lúa Castro bajar de su Toyota intentó esconderse entre dos caravanas de turistas, pero ella ya lo había detectado nada más salir por la puerta del Castillo de San Antón. Aquella periodista era una verdadera sanguijuela: olía la sangre a kilómetros y luego, una vez que te cogía, nunca te soltaba la vena. Eso sí, estaba buenísima. Menudas caderas. Y aquella falda ajustada...

Lúa sonrió de oreja a oreja.

«Sonrisa de Judas», pensó. Pero al Requejo aquel ya le tenía tomada la medida desde el día en el que lo pusieron allí a dedo. Sabía perfectamente con quién se jugaba los cuartos. Un mindundi que tuvo que aprobar la carrera de Derecho a base de jamones. Se acercó, taconeando ruidosamente sobre la acera.

—Querido Adolfo... Cuánto tiempo, de verdad. Dos besos...

—Lúa. ¿Tú por aquí, tan temprano? Pensé que los periodistas no madrugabais tanto... —La besó y la miró con descaro. Luego le devolvió la sonrisa de la forma más cínica posible.

—Adolfo, por favor. ¿Desde cuándo no madrugamos los periodistas? Estamos siempre al filo de la noticia, bien lo sabes. Pero... ¿Qué hacemos aquí de pie? Vamos a movernos un poco. ¿Te apetece tomar un café? Invito yo...

—Ahora mismo iba a tomar uno, fíjate tú. Acabo de salir de una reunión con la concejala de Interior. Ya sabes de qué te hablo. Dos horas sin poder salir ni a mear... Qué tía, ¡desde las ocho de la mañana sin parar ni un segundo, menudo coñazo!... Yo creo que tiene una sonda para no tener que moverse de la silla.

—Te veo muy quemado, Adolfo —

Lúa le vaciló—. Aunque no me extraña. Dos horas con Piluca es más de lo que el ser humano puede aguantar.

• • •

Plymouth

El Artista esperó con paciencia a que llegara su turno en la cola que se había formado para comprar el billete para el *ferry* con destino Santander. El enorme barco hacía sonar su bocina fuera, en el puerto, anunciando una pronta salida.

Toda precaución era poca, y por eso había cambiado su aspecto físico de nuevo. Se había teñido el pelo de rubio.

Completó el disfraz con unas lentillas oscuras, gafas de sol y una gorra de béisbol. Cambios poco llamativos, pero suficientes para no parecerse absolutamente en nada a su retrato robot. Que por otra parte era una verdadera cagada. Podían haber afinado un poco más en el dibujo. Pero ¿qué podía esperarse de los programas informáticos de la policía metropolitana...? Un adefesio. Ahora, la barba le quedaba muy estilosa, eso había que reconocerlo.

Con el billete en la mano, se fijó en que alrededor de la pasarela había un joven y rubicundo policía controlando el personal, aunque su actitud no parecía

demasiado estricta a la hora de solicitar información a la gente que subía.

«Espero que ese pánfilo de cara sonrosada no me toque demasiado los cojones a la hora de subir». No tenía miedo. La foto y el nombre del carnet no tenían nada que ver con su antigua identidad londinense. En el pasaporte falso que estaba guardado en la cartera no figuraba su verdadero nombre. Había tomado precauciones. Así que el rubicundo policía británico solo leyó un inofensivo «Luis García González» en el documento, que pronto volvió a deslizar dentro de su mochila, antes de subir a su camarote.

Londres

La sargento Sheila Watson repasaba en su ordenador todos los crímenes sin resolver de los últimos meses en los que hubiese desaparecido la cabeza de un cuerpo masculino. Su búsqueda abarcaba la de cualquier cadáver en cualquier parte del Reino Unido, aunque ya solo con el área metropolitana de Londres había tirado una hora sin demasiado éxito, y eso que estaban utilizando el nuevo programa de búsqueda, el Holmes 2.

Evans se acercó con un café en un vaso de plástico. Tenía una idea. A lo mejor podía ayudar. Se sentó al lado de Sheila.

—Si el primer crimen del Artista fue en Yorkshire, quizá fue ahí donde empezó a maquinarse todo su proyecto homicida. Busca en el noreste de Inglaterra. A partir de Whitby, busca hasta Newcastle, Middlesborough, Sunderland... luego haremos un barrido más hacia el centro: Durham, York...

Sheila empezó a centrarse en crímenes sin resolver acontecidos en todas aquellas localidades.

La Coruña

Lúa se limpió los restos del cruasán de la comisura de los labios y decidió que había llegado el momento del ataque.

—Mira, Adolfo. Yo sé que eres un hombre con muchos recursos y muy bien informado.

—Ya. No exageres, Lúa —hizo un gesto con la mano—. Como digo siempre: «Yo no sé nada».

Lúa estaba decidida a sorprenderle, así que disparó sin avisar.

—¿Qué puedes contarme de las

obras de SOTMEN en As Xubias? En la urbanización Ártabra, concretamente.

Requejo mantuvo su rostro imperturbablemente paralizado. Esbozó media sonrisa y miró a Lúa con la expresión de un beato en pleno proceso de ascensión al cielo.

—¿SOTMEN? ¿Qué tengo yo que ver con SOTMEN? Estás equivocándote, Lúa. Para informarte sobre las obras y demás donde tienes que ir es a Urbanismo. Yo soy el arqueólogo del Ayuntamiento.

—Oh, sí, claro. A Urbanismo. —Lúa levantó una ceja—. Pensaba ir después. Pero tú me ofreces más confianza. Sobre

todo porque me han surgido bastantes dudas de carácter histórico... y esas dudas puedes solventármelas como director del Museo Arqueológico, ¿quién mejor que tú?

Requejo le dio un sorbo a su café doble y asintió.

—Está bien. Pregunta. Tienes a tu disposición todo mi conocimiento, Lúa.

—Eso es genial, porque tengo una duda y me gustaría que me ayudases a esclarecerla. No es que mis conocimientos sobre arqueología sean muy extensos, pero me ha dicho un pajarito que en As Xubias hay un yacimiento romano bastante extenso.

Especialmente para ser de esta zona, donde no suele encontrarse nada tan succulento. Está, y fíjate, es curioso... — Lúa puso cara de misterio— debajo de la obra de SOTMEN, concretamente, en el aparcamiento subterráneo del centro comercial.

—¿No me digas? ¿Confirmado? Es la primera noticia que tengo al respecto. —Los ojos de Requejo se abrieron como platos.

«Eres muy buen actor, so cabrón», pensó al instante la periodista.

—No me jodas, Adolfo. Mientes muy mal.

—Lúa... Por favor. ¿Me estás

hablando de la denuncia que ha puesto José Dorado? Por favor. No insultes mi inteligencia. ¿Quién puede creerse semejante paparrucha? Además, y tú bien lo sabes, José Dorado es un historiador de segunda fila. Ya es muy mayor... —Hizo un gesto de desprecio con la mano—. Un yacimiento romano... No me hagas reír, Lúa. Se supone que eres una periodista de carrera, no una ingenua que va detrás de cualquier chisme...

Lúa sonrió ante la provocación. Era de libro.

—¿Un historiador de segunda fila? A mí no me lo parece. Cierto que ya es

mayor, pero decir que un catedrático de la Universidad de Santiago que ha escrito más de veinte libros y es considerado una eminencia en lo suyo es un historiador de segunda fila es un poco fuerte, ¿no te parece? Adolfo, cuando el río suena, agua lleva, ¿no crees?

—Si ahí hubiese algún indicio, alguna prueba fehaciente de que existe un yacimiento romano o cualquier tipo de vestigios arqueológicos en As Xubias, yo sería el primero en remover Roma con Santiago para que esas obras se paralizasen y empezara la excavación bajo mis órdenes. Para mí sería un éxito profesional, date cuenta. Por otra parte,

creo que ese profesor tuyo va a retirar la denuncia. O eso se oye por los mentideros, querida amiga...

Lúa escrutó su cara con atención. Parecía totalmente sincero. Se echó hacia atrás en el asiento del bar, asintiendo en silencio.

—Desde luego, Lúa, no pensé que me tenías en tan baja estima. —La voz de Requejo reflejó un apabullante tono de reproche.

—Es mi trabajo, Adolfo. A veces es un poco jodido. Además, solo preguntaba, ya lo sabes...

• • •

Freddy cruzó la calle corriendo, con el semáforo en rojo para los peatones. Llegaba tarde a clase, para variar. Se encogió de hombros. No tenía ninguna gana de prepararse para lo que se le venía encima. Iba a suspenderlo todo. Menos educación física y alguna asignatura perdida por ahí, lo demás era un fracaso absoluto. Se veía falsificando las notas. Tenía un amigo que era un as en informática, lo haría sin problema, seguro. De la paga extra que le habría prometido su padre si aprobaba todo en junio, mejor no hablar. En vez de suspender cinco, suspendería dos, por ejemplo... Su padre no se iba a dar

cuenta, y además, se pondría hasta contento. Lo malo era su hermana, la sabueso. A ella no se le escapaba una... Claro que con lo ocupada que estaba con lo del asesinato de aquella chica, a lo mejor hasta podía colar...

Estaba a punto de entrar en el colegio de los Dominicos cuando vio a Irina esperándolo en la puerta del patio. Desde el «incidente» en la disco no habían quedado. Únicamente habían hablado por teléfono. Freddy se había negado en redondo a verla, pero con poco éxito. No debía de haber sido muy convincente, porque allí estaba, apoyada en la pared, con aquellos ojos enormes

que lo miraban como un cachorro abandonado antes del sacrificio en la perrera.

Solo con verla sintió que le flaqueaban las piernas. Aquella era *su* Irina de nuevo, la verdadera, la chica transparente y vulnerable que lo volvía loco. En sus conversaciones, ella había intentado convencerlo de que lo que había ocurrido en realidad era que alguien con muy mala leche la había drogado. Ella no era así. De ningún modo.

Freddy quiso resistirse a creerla cuando le contaba toda aquella sarta de mentiras, pero en vano. No pudo. Si su

hermana tenía razón, daba lo mismo. No podía. De ninguna manera. Estaba demasiado colgado.

—Hola, Freddy. —Una pausa en la que ella volvió a mirarlo con ojos de cordero degollado, la voz todo azúcar y miel y cabello de ángel—. ¿Podemos hablar? Por favor... solo un rato.

Freddy se derritió como un trozo de chocolate en un microondas a la máxima potencia. Atinó a farfullar una respuesta.

—Sí, claro. Por supuesto. Irina... no hace falta que me lo pidas así...

—He traído el coche. ¿Te espero aquí a que salgas de clase?

—No, mi niña. Nos vamos ahora

mismo. Paso de ir a clase... ¿Y tú? ¿No vas a trabajar?

—Tengo permiso hasta mañana por la mañana...

•••

Canal de la Mancha

Valentina duerme, con los auriculares puestos, conectados al iPhone. Sanjuán mira por la ventana, el cielo azul infinito, las nubes a lo lejos. Un avión cruza a algunos kilómetros del suyo, dejando la estela blanca tras de sí.

Se vuelve con cuidado para verla dormir. Está preciosa. Es ahora, cuando

está dormida, cuando no tiene el ceño fruncido ni el aspecto intenso y preocupado que muestra desde el día en que la conoció. Está relajada. El pelo negro, recogido en una cola de caballo, le cae por el hombro con suavidad. Sanjuán tiene ganas de tocarlo, de acariciarlo. Su mano sube en silencio hasta el hombro y coge un mechón de cabello entre los dedos. Se acerca a ella: Valentina huele a manzana verde y a rosa blanca, un olor fresco pero afrutado que Sanjuán no es capaz de definir con exactitud. Pero es delicioso.

A través de los auriculares, Sanjuán reconoce a Eric Satie, la *Gimnopedie*

número tres.

• • •

Londres

Sheila Watson miró hacia Evans con una comedia expresión de triunfo.

—Tiene razón. Creo que ya lo tenemos, inspector jefe. Mire esto...

La fotografía del cuerpo sin cabeza de un sin techo apareció en la pantalla del ordenador. Evans se inclinó sobre el hombro de la sargento y leyó el texto inferior:

«Expediente 3223. Josh Cooper.

Indigente asesinado de dos disparos en el pecho en un suburbio de Sunderland. El cuerpo, decapitado postmortem, apareció dentro de un contenedor el 02-01-2010».

Al lado del cuerpo, Evans se fijó en la fotografía del indigente, fichado por pequeños hurtos en supermercados. El cabello hirsuto, la barba poblada y gris, las cejas gruesas, las arrugas... Asintió, los ojos fascinados, fijos, clavados en la pantalla.

—Sargento Watson, tiene razón. No hay ninguna duda, la cabeza de ese hombre es la cabeza del Bautista.

Canal de la Mancha

El Artista ha sacado su MacBook Air de la mochila y se ha conectado, en cubierta, a la red Wi-Fi del *ferry*. Hace un día espléndido. El olor a mar, a algas, a sal, le embriaga, como siempre. Las gaviotas graznan sin cesar alrededor del barco. Unos niños gritan excitados al ver delfines mulares jugueteando en el agua, y sus padres los sujetan por la cintura para que no se caigan por la borda.

A ratos se acuerda de su apartamento

de Acton y lamenta haber tenido que dejarlo. Antes de marcharse lo ha desinfectado y limpiado de arriba abajo, aunque no puede estar seguro de que no haya dejado algo que pueda ser rastreado... Es el problema que da la moderna tecnología policial. Pero hizo todo lo que estaba en su mano, incluso se preocupó de bajar del altillo los muebles originales que había cuando lo alquiló: las alfombras, las mesas, el taquillón... Todo. Puede que hayan quedado restos de su presencia, pero no serán demasiados. Sonríe cuando piensa en su amigo Frank Smith. Le ha dejado su apartamento gratis durante seis

meses... menuda maldad. Algún día llegarán hasta él y se quedará en la calle. Le está bien empleado, por pánfilo... Además, le daban más encargos que a él en aquella empresa de diseño en donde lo había conocido.

El Artista consulta su correo electrónico. No tiene ningún mensaje. Luego escribe con rapidez:

Pronto llegaré a Santander.
Todo sin novedad. Nos
vemos.

Luego entra en «Elementos enviados» y borra el mensaje. Cierra el ordenador. Lo que le apetece en ese momento es

disfrutar del paisaje. Y sobre todo, disfrutar de la gente que pasea en cubierta. Un grupo de ornitólogos españoles empieza a situar sus trípodes para las cámaras de fotos. Todos, con sus prismáticos en la mano, discuten sobre las especies que están viendo a lo largo del viaje.

Abre su mochila y busca un cuaderno y carboncillo. Es un día luminoso, y él está lleno de inspiración.

Capítulo 54. Bailando con el diablo

Miércoles, 16 de junio.

—¿Dónde estás, Lúa? —La voz de Carrasco apremiaba siempre; incluso a través del teléfono. Lúa suspiró y contestó con el manos libres.

—Camino de Santiago de Compostela, jefe. A punto de llegar, acabo de pasar el peaje de la autopista. Voy a la facultad de Historia, a hablar con el profesor que puso la denuncia

contra SOTMEN, José Dorado.

—De eso mismo quiero hablarte yo, Lúa. De José Dorado. Nos acaban de filtrar que ha retirado la denuncia.

—¿Qué? No me jodas. No puede ser verdad. Hace un rato estuve con Adolfo Requejo y me dijo lo mismo: que el profesor José Dorado iba a retirarla, porque no se sostenía por ningún sitio, bla, bla, bla. ¿Y sabes una cosa? Cada vez estoy más convencida de que ahí hay gato encerrado.

—Yo también, Lúa. Pero sin denuncia no hay mucho de donde sacar...

—De acuerdo, pero ya he llegado a

la salida de la autopista, y ya que estoy aquí voy a hablar con ese señor. Me ha dado una cita entre clase y clase, y no voy a dejarlo colgado. ¿No te parece?

—Adelante, Lúa, adelante, pero tampoco te agobies si no sacas nada, ¿eh? —Carrasco sabía que Lúa no estaba pasando un buen momento tras la muerte de Jaime Anido, y no quería agobiarla demasiado—. Y recuerda que aún hay que seguir esa investigación sobre Lidia. No la dejes de lado, por favor...

—Soy una mujer, Carrasco. Puedo hacer dos cosas a la vez. Y si me apuras, hasta tres...



La cara del inspector jefe Iturriaga era todo un poema. Aunque Valentina ya lo había puesto sobre aviso de todas las novedades, cuando escuchó en la sala de reuniones los acontecimientos de viva voz y en directo fue cuando se dio cuenta exactamente de la complejidad del asunto. En menos de un minuto había pasado de una palidez espectral al granate más furioso según Valentina desgranaba los sucesos que habían ocurrido en Londres: la vinculación de los cuadros a los asesinatos, la muerte de Jaime Anido, otra *performance* del

Artista, la pista del vestido de Lidia que llevó directamente a Patricia Janz, el cuadro de Mendiluce, el asesinato del indigente en el norte de Inglaterra... y, sobre todo, la firme convicción de Sanjuán de que Héctor del Valle volvería a España para matar de nuevo.

—Lo primero y más importante es saber cuál es la verdadera implicación de Pedro Mendiluce en todo esto. ¿Por qué tiene justamente ese cuadro en la exposición? ¿Cómo ha llegado hasta él? ¿Hay alguna relación entre el Artista y Mendiluce, o la posesión del cuadro es una mera casualidad? Esto último parece muy improbable, pues hasta

ahora los cuadros siempre han podido relacionarse con los objetivos del asesino y han sido encontrados en lugares «simbólicos». —Valentina miraba hacia su boquiabierto equipo mientras apuntaba todas las posibilidades—. Sabemos que Pedro Mendiluce está hoy en Madrid. Eso habrá que verificarlo. Una de sus empleadas me ha dicho que está en el Teatro Real viendo una ópera, *Simon Boccanegra*. No será algo demasiado difícil de comprobar... Bodelón... entérate de qué avión ha cogido y si en realidad lo ha cogido, claro. Y luego llama a los compañeros de Madrid para

que nos hagan el favor de ir hasta el teatro. Recalca que lo hagan con prudencia y sin llamar la atención. No quiero que se sienta acorralado o vigilado. Tampoco es cuestión de tocarle demasiado las narices. Y... cuanto antes mejor, Bodelón.

—De acuerdo, inspectora. —
Bodelón asintió mientras tomaba nota—.
En cuanto terminemos.

—Velasco, búscame a todos los Héctor del Valle que puedas encontrar en La Coruña. Por ahora, no nos queda otro remedio que pensar que ese es su verdadero nombre. Sabemos que es un especialista a la hora de camuflarse,

puede que se haya cambiado la identidad, pero no quiero dejar ningún cabo suelto, por muy improbable que parezca.

—Inspectora. —Iturriaga se pasaba los dedos por la barba, cada vez más preocupado—. En suma, ¿me está diciendo que ese hombre, Héctor del Valle, un peligroso asesino que ya ha matado, que sepamos, a cinco personas, incluida Lidia por lo que se ve, ha desaparecido de su casa de Londres y está en paradero desconocido, pero que probablemente haya venido a esta ciudad? —Iturriaga sintió un escalofrío al hacer esa pregunta, que no se molestó

en disimular delante de sus investigadores—. ¿Y también que cada vez que va a matar a alguien avisa pintando un cuadro con motivos «simbólicos», por así decirlo?

—En realidad no sé si «avisar» es la expresión correcta, ya que no tenemos constancia de que advierta o «avise» a la policía, a la víctima o a otras personas relacionadas. Pero en un sentido amplio, al menos por lo que ahora sabemos, podemos decir que antes de matar hace una pintura donde su víctima aparece reflejada, sin que comprendamos en estos momentos si sigue algún criterio para ubicar el

cuadro «premonitorio». Y con respecto a su estancia entre nosotros, en efecto, señor, Sanjuán ha apuntado la teoría de que mata en lugares alternos. Patricia, en Inglaterra. Luego, Lidia en España. Posteriormente vuelve a Londres y mata a Floria di Nissa.

—Así que ahora toca aquí de nuevo... —dijo Iturriaga, con un tono que dejaba bien a las claras la magnitud de la amenaza que se cernía de nuevo sobre La Coruña, si Sanjuán estaba en lo cierto.

—Pero ¿qué sentido tiene que el Artista mate en dos países? —preguntó Velasco—. ¿Por qué tomarse tantas

molestias y exponerse mucho más a cometer errores?

Sanjuán intervino por vez primera.

—En realidad no es el primer asesino en serie que mata en varios países. Todo depende de sus circunstancias, de su estilo de vida, de su profesión... de lo que pretenda al matar. Por ejemplo, seguro que recordáis el caso de Volker Eckert, un camionero que hace unos años se descubrió que había matado a cinco prostitutas, tres de ellas en España, en Cataluña, y dos en Francia. Además, se supo que en su juventud había asesinado a una compañera de estudios en

Alemania. Si estoy en lo cierto, el Artista mata en ambos países porque, al igual que Eckert, posee los recursos, los conocimientos y la motivación necesario para hacerlo. Claro está —apostilló, con la mirada perdida—, que ahora todavía no comprendemos por qué ha introducido ese juego macabro de alternar los crímenes.

Todos, en efecto, recordaban el caso del asesino alemán, y era innegable que en su pensamiento ese precedente daba mucha más credibilidad a la actuación en los dos países del asesino que anhelaban capturar más que otra cosa en el mundo.

Sanjuán continuó, dirigiéndose entonces a Iturriaga.

—Inspector, ese hombre está inmerso en una especie de furia homicida que lo impele a matar de una manera cada vez más urgente y sádica. Sin embargo, mantiene intacta su capacidad de control inicial por lo que respecta a la planificación y ejecución de los crímenes. Sigue sin dejar rastro, ni tampoco pruebas forenses. Aún no tenemos los resultados de la autopsia de Floria, pero apuntaría a que en ella no encuentran absolutamente nada que pueda vincularse al asesino... Por otra parte, la existencia de un cuadro en La

Coruña, además del asesinato de Lidia, apunta a que este es su territorio favorito de actuación en el presente momento por alguna razón que se nos escapa. Puede que sea natural de aquí, que viva temporadas en la ciudad...

Valentina chasqueó los dedos. Repentinamente había tenido una idea.

—Si es así, deberíamos buscar por alguna parte un cuadro en el que estuviese retratada Lidia Naveira... ¿No os parece?

Sanjuán miró a Valentina con admiración. ¿Cómo no se le había ocurrido eso antes?

—Es cierto, inspectora. Si todos los

crímenes están relacionados con un cuadro, deberíamos buscar el que represente la muerte de Lidia. Pero... ¿Dónde?

—Deberíamos buscar en las casas de Mendiluce... —Valentina sugirió—. Igual que había dos cuadros en Garlinton Manor, puede haber otro por la casa, o incluso en su yate...

Sanjuán siguió la idea de Valentina con rapidez.

—Teniendo en cuenta que la gente a la que mataba en Inglaterra pertenecía a una especie de club «sexual» de gente que se juntaba para organizar fiestas eróticas, puede que la existencia del

cuadro en casa de Mendiluce tenga algún tipo de lógica en la mente del asesino y no sea casualidad. Mendiluce se caracteriza precisamente por sus fiestas de alto contenido sexual... Claro que, por otra parte, no tenemos constancia de que ahí se produzcan prácticas sadomasoquistas... —Sanjuán sacudió la cabeza—. No sé. No lo tengo claro. Lo que no acaba de cuadrar es la muerte de Lidia. Las mujeres que forman parte de sus performances suelen, a su juicio, merecer algún tipo de castigo. Pero... ¿Lidia? ¿Por qué matarla? Que nosotros sepamos, Lidia Naveira, salvo su supuesta relación con Sebastián

Delgado, no tenía otra vinculación con Mendiluce, ¿no?

—Quizá no hemos profundizado lo suficiente en la vida de esa chica... — Valentina asintió, pensativa, mirando primero a Sanjuán y luego a Iturriaga—. A lo mejor Lidia Naveira no es esa chica formal y estudiosa que todo el mundo quiere hacernos creer...

—Pues con la que está cayendo después de la publicación de las fotografías de la escena del crimen en la prensa, cualquiera se acerca al padre a menos de cuatro metros de distancia. Ya nos ha denunciado por negligencia. Se puede decir que ha denunciado a todo el

mundo. —Iturriaga suspiró. Aquel caso hería muchas sensibilidades, y eso significaba siempre problemas para él, en forma de llamadas de gente importante, y de exigencias de resultados por parte de sus superiores —. Pero tienen razón. Hay que profundizar más en la vida de Lidia Naveira y en su relación con el ambiente de Pedro Mendiluce. A ver cómo hacemos para que Manuel Naveira no se sienta demasiado incómodo y se dedique a llamar a todos los políticos de turno para que nos paren los pies...

—Otra cosa más —añadió Sanjuán — Está bien que busquemos el cuadro

de Lidia, porque puede darnos alguna luz sobre el caso. Pero no nos engañemos: Lidia está muerta. Si mi teoría es cierta y el Artista va a cometer su próximo crimen en esta ciudad... — Sanjuán miró a Valentina fijamente, y luego a Iturriaga—, entonces debería preocuparnos bastante más buscar el cuadro que retrate a su siguiente víctima.

Todos quedaron mudos unos segundos. Fue Valentina quien hizo la pregunta que todos tenían en mente.

—Pero Sanjuán, ¿cómo podemos buscar un cuadro en el que está retratado alguien que no sabemos quién es?

—Es cierto, comprendo que es una

locura... Pero ¿no valdría la pena buscar un cuadro que pensemos que haya sido pintado por Del Valle, y ver entonces si conocemos o incluso tenemos la oportunidad de identificar a esa persona? Si lo encontráramos pronto, quizá el Artista no llegara a tiempo esta vez.

• • •

El profesor José Dorado, catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Santiago de Compostela, terminó sus explicaciones a un pequeño grupo de alumnos del doctorado. Luego recogió su *pen drive* y sus libros y se dirigió al

despacho, con semblante cabizbajo. Había concertado una cita con una periodista que quería saber los términos y el porqué de la denuncia contra SOTMEN, los datos concretos, sospechaba que allí había algo gordo, como le había comentado ella por teléfono. Aquella chica parecía saber algo.

No estaba demasiado orgulloso de lo que estaba pasando, pero tenía ya sesenta y seis años y, a decir verdad, no tenía ni fuerzas ni deseos de meterse en batallas que él pensaba que no podía ganar. Había luchado ya demasiado en otra época como para volver a empezar.

En realidad, jamás pensó que aquella denuncia fuese a darle tantísimos problemas. Y él tenía una mujer y una hija casada. Y un nieto de cinco años. Que se mojaran otros. Él no. Definitivamente, no.

Vio a Lúa esperando en la puerta. Por la conversación telefónica que habían tenido dedujo que aquella periodista era bastante espabilada. Pero él no podía contarle nada, tal y como estaban las cosas. Solo que había retirado la denuncia. Y tampoco quería saber más. La voz masculina que lo llamó el domingo por la tarde parecía conocer detalles de su vida, de la vida

la de su mujer, y lo que era todavía peor, cualquier movimiento de su hija y su nieto. Dónde trabajaba, qué hacía, horas de llegada y salida... todo. No le hizo falta escuchar nada más.

Pensó unos segundos. Sí. Le daría a Lúa Castro la documentación de la que disponía. No le cabía duda de que una periodista espabilada podría encontrar algo allí que la incitase a investigar un poco. Rascar bajo la primera capa de SOTMEN Inmobiliarias y profundizar hasta los cimientos. Esa información podría haberla obtenido ella buscando en los mismos sitios donde él buscó; simplemente iba a ahorrarle tiempo y

trabajo. Le pediría que no le citara de ningún modo. Esa idea le consoló parcialmente y curó un poco su orgullo herido de hombre amedrentado.



Se secó las lágrimas de los ojos e intentó recomponerse. Freddy intentaba asimilar poco a poco todo lo que Irina acababa de decirle, pero era demasiado doloroso. Ella permaneció en silencio, los ojos bajos delante de su café con leche.

Freddy se levantó y fue a pagar. El camarero de la coleta del Drowsy Duck lo miró, preocupado. Los dos siempre

iban a aquel *pub* y los conocía perfectamente: eran la pareja que destilaba más azúcar de todos los asiduos. Y allí estaban: por primera vez desde que los conocía, presentaban los dos un semblante preocupante y sombrío.

—¿Qué pasa, Freddy? ¿Algún problema, tío?

Freddy negó y apartó la mirada. No tenía ganas de hablar.

—No te preocupes. No es nada. Cóbrame los dos cafés, por favor.

Tenía que hablar con su hermana con urgencia. Lo que le había contado Irina era algo muy grave. Demasiado grave

como para lidiar con ello él solo.



Lúa llegó a *La Gaceta de Galicia* agotada y frustrada, pero con una carpeta llena de información. Al final, era cierto: aquel profesor había retirado la denuncia. Ya no se iba a celebrar el juicio contra SOTMEN por construir, supuestamente, encima de un yacimiento arqueológico.

Estaba convencida de que a José Dorado lo habían amenazado gravemente. No tenía lógica que, de repente, sin sentido alguno, hubiese reculado de una forma tan extraña. El

profesor Dorado había pasado veinte años de su vida estudiando los yacimientos romanos en Galicia y estaba convencido de que en Brigantium hubo un asentamiento que contaba con gran vitalidad y un recaudador de impuestos, no solo con un faro guía para la navegación. Y también estaba convencido, a la luz de las excavaciones que había realizado hacía unos años, de que la vivienda de ese cónsul no estaba en la ciudad Vieja, sino en As Xubias. Pero la compra por SOTMEN de los terrenos al Ayuntamiento y su recalificación para construir viviendas había destruido todo su trabajo anterior.

Y a una aparejadora amiga que había trabajado en las obras durante un tiempo, le habían hecho llegar monedas y algún trozo de alfarería antes de despedirla. Esos hallazgos le confirmaron lo que él más temía: que alguien había encontrado la casa del cónsul y el pequeño asentamiento y lo estaba tapando para que no se detuviese la obra. Y quizá también porque lo que allí había era de gran valor.

Pero todo eso no importaba ya: según Dorado, contra un gran empresario con tanto poder como Mendiluce era una tontería enfrentarse. Estaba cansado, viejo y no le apetecía

luchar más. Por eso había quitado la denuncia. Total, no iba a prosperar... Su abogado le había aconsejado retirarse a tiempo para no pagar las costas.

Y ella se chupaba el dedo, claro.

Lúa miró todos los legajos y suspiró, resignada. Allí tenía un montón de trabajo por hacer mientras no se producía ninguna novedad sobre el caso Naveira. Mejor así: se mantendría ocupada y no pensaría demasiado en Jaime Anido.

Miró su reloj: eran las dos de la tarde. No había casi nadie en la redacción, salvo un redactor de local que ultimaba una noticia para la edición

online y dos fotografías pasando las fotos y catalogándolas. Decidió abrir su correo, mirar la correspondencia y luego irse a comer. Ya miraría por la tarde con más detenimiento todo lo que le había dado el profesor.

Estuvo a punto de borrarlo como spam cuando leyó el asunto, pero al final no lo hizo.

Una oportunidad única para una periodista especial.

Podía ser publicidad, pero también podía ser para ella. Cuando abrió el mensaje, Lúa Castro permaneció boquiabierta durante unos segundos,

mirando la pantalla.

Ante sus ojos estupefactos, apareció una fotografía de Lidia Naveira flotando en el estanque. Una foto que jamás había visto hasta entonces. Una foto tomada en la escena del crimen, en plena noche.

Debajo, una frase la hizo palidecer de terror.

Lúa... ¿Te gustaría bailar conmigo a la luz de la luna llena?

Capítulo 55. Valentina y Lúa cierran heridas

Miércoles, 16 de
junio

Valentina abrió la puerta de su casa, muerta de hambre, y le sorprendió el absoluto silencio que reinaba allí. Miró la hora: las tres de la tarde. A aquella hora ya habrían comido, seguro. Pero no era normal que su padre no tuviese la televisión puesta ni que su hermano no hubiese puesto la música diabólica que le gustaba a todo volumen. ¿Habrían

salido?

—¿Hola? ¿Alguien en casa? —Dejó la maleta en el pasillo mientras observaba que las llaves de su padre permanecían encima del recibidor. No había salido.

Enrique Negro la llamó desde el salón.

—Val, estamos aquí. Menos mal que has llegado.

Valentina notó el tono triste de su padre y se apresuró. Allí estaban los dos con cara de funeral.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué no me habéis llamado antes? —Como siempre, Valentina sentía la necesidad de estar

junto a los suyos en cada circunstancia adversa que les pudiera acontecer. Sabía que eso no era posible, pero no podía evitarlo.

—No queríamos molestarte, hija. Ven, siéntate un momento. No es nada grave. Bueno... para tu hermano sí lo es. Acaba de contármelo todo...

Valentina se sentó al lado de su hermano y vio el semblante, demudado y gris y los ojos rojos de llorar. Entendió al momento qué pasaba.

—Es Irina, ¿verdad?... Freddy, yo ya...

Enrique la interrumpió al momento.

—Val, déjale que te cuente antes de

precipitarte. Es algo muy importante. No solo como hermana: también como policía puede afectarte. Por cierto, Val... ¿has comido?

Ella negó con la cabeza.

—No. No he tenido tiempo.

—Emma ha dejado un *tupper* en la nevera para ti, por sí venías a comer. Venga. Os dejo solos. —Y girando su silla de ruedas, desapareció por el amplio pasillo hacia la cocina, donde se dispuso a prepararse un café.

Valentina miró a Freddy, que a duras penas aguantaba las lágrimas. Sintió unas horribles ganas de abrazarlo y consolarlo, pero se contuvo. Primero

quería saber qué estaba ocurriendo. Prefirió adoptar un tono más neutro, pero tierno y calmado.

—Dime, Freddy. ¿Qué ha pasado con Irina esta vez?

Las lágrimas volvieron a surcar las mejillas de Freddy y Valentina no pudo más. Lo abrazó con fuerza, y él empezó a sollozar sin freno, temblando de forma incontrolable. Era como un niño pequeño, desvalido y abandonado. Lo dejó llorar hasta que se calmó y volvió a preguntarle. Le secó las lágrimas con cariño, y él se dejó hacer.

—A ver, hermanito. Tranquilo. Yo estoy aquí para apoyarte, ya lo sabes.

Venga. Cuéntame. Qué ha pasado que te resulta tan doloroso.

Freddy dejó de llorar e intentó calmarse un poco. Apretó los dientes y luego lo disparó todo casi sin respirar.

—A Irina la están obligando a prostituirse, Val. Dicen que si no hace lo que ellos le mandan, irán a Kazán a por su hermana pequeña y le harán lo mismo que a ella... Tiene catorce años, se llama Tanya. Y también que matarán a sus padres. La obligan a mandar algo de dinero a Rusia y a decir que es muy feliz aquí, en su trabajo de Icaria. Pero ella no quiere ser prostituta, ¿entiendes, Valentina?

Su hermana tardó unos segundos en reaccionar.

—Espera. A ver. Repite, por favor. ¿Dices que a Irina la están prostituyendo ilegalmente bajo coacción? Pero... ¿estás seguro de lo que me estás diciendo? Es una acusación muy grave...

—Sí. Estoy seguro. Me lo ha jurado y perjurado. Y yo la creo. Dice la verdad, la conozco perfectamente.

Valentina musitó, mientras asentía.

—Entonces Sebastián Delgado es el chulo, eso ya estaba claro... y Mendiluce, el organizador de todo, como siempre... a saber cuántas chicas

están coaccionadas como ella...

—Y también me ha dicho que tiene mucho, mucho miedo. Miedo por ella. Y también por mí.

—¿Por ti? ¿Por qué exactamente?

—No ha querido decírmelo.

—¿Estás amenazado tú también y no ha querido decírtelo? —Valentina notó cómo todo su cuerpo se tensaba—. Freddy, esto es algo muy grave. Necesito hablar con ella de forma urgente. Dame su teléfono, por favor.

Freddy negó con un apurado gesto de las manos.

—No puedo, Val. No puedes hablar con ella. Me hizo prometer que no iba a

decirte nada.

—Freddy. Por favor. Tienes que confiar en mí. —Valentina le sujetó la cara con las manos—. Si quieres de verdad a esa chica, tienes que confiar en mí al cien por cien. Somos la única oportunidad que tiene Irina para salir de eso, ¿comprendes? —Valentina lo sacudió con fuerza—. Por una vez, Freddy, te lo suplico. Por favor. No seas tan tozudo...

• • •

Londres

Geraint Evans prefería estar en

cualquier otro lugar del mundo antes que en una sala de autopsias. Solo de pensar en entrar en la fría sala de disecciones sentía un terrible vacío interior y las pertinentes ganas de vomitar que anticipaban los hedores de un cadáver. Sin embargo, Keith Servant conservaba el sentido del humor: Evans lo notaba tan animado como si estuviese preparándose para jugar un partido de fútbol entre comisarías en vez de estar vistiéndose con el traje protector de color verde, los guantes y las botas de agua. La patóloga los avisó cuando estuvo todo preparado, y los dos entraron en la sala, en donde los

esperaba el cuerpo semidesnudo y alabastrino de Floria di Nissa tendido en una de las mesas de acero y protegido completamente por plásticos. Evans se fijó en la etiqueta que colgaba de su dedo gordo y se torturó una vez más por no haber llegado a tiempo para salvarla. Por muy poco. Aquella chica estaría viva si hubiesen sido más rápidos... Pero de nada servía darle vueltas al pasado. En ese momento lo importante era que el cuerpo de Floria les contase algo, algo importante, que pudiese ser útil para cazar al Artista. Cuando terminasen con la autopsia, iban a interrogar de nuevo al amigo de Del

Valle, Frank Smith, aunque estaban cada vez más seguros de que decía la verdad. El asesino le ofreció el apartamento gastándole una broma bastante macabra, muy de su estilo. Y luego, él y Servant habían quedado con los testigos de Acton Town en la comisaría para realizar un nuevo retrato robot más ajustado a la verdadera fisonomía del asesino. La recepcionista de First Step, Emily, había resultado ser de una gran ayuda. Y también los de la tienda de pinturas. En cuanto lo tuvieran listo se lo mandaría a la policía de La Coruña y a la Interpol. Exhaló el aire con fuerza y miró a su alrededor. En otra de las

mesas se encontraba la cabeza del indigente, preparada para su examen. Aunque la autopsia del cuerpo ya se había realizado en su momento en Sunderland, los patólogos iban a examinarla a fondo también por si podían encontrar alguna pista. La forense Kat Peary comenzó a liberar el cuerpo de Floria de los plásticos protectores con un cuidado infinito, y el inspector Geraint Evans, inmediatamente, preparó su estómago para lo peor.

• • •

Lúa cogió el teléfono con manos

temblorosas y llamó a Jordi.

—¿Dónde estás? —susurró. Casi no le salía la voz.

Jordi se dio cuenta al momento de que algo pasaba. Aquel no era el tono típico de Lúa Castro, fuerte, animado y vital.

—Estoy casi llegando a la redacción... ¿Qué te pasa?

—Ven, por favor. Corriendo. Quiero que veas una cosa... Date prisa, Jordi. Es urgente.

Veinte minutos después, Jordi miraba la pantalla del ordenador de Lúa con la boca abierta.

Jordi se rascó la cabeza, perplejo.

—¿Cuándo has recibido esto?

—Ahora mismo. —Lúa tuvo que vencer una sensación de miedo y aprehensión para continuar hablando—. Es una foto del cuerpo de Lidia Naveira en la laguna de los patos... y mira. Fíjate bien. En la esquina inferior pone la fecha. Y la hora. Lunes, 7 de junio. A las cuatro y media de la madrugada. ¿Te das cuenta de lo que significa eso?

—Hostia. Es una foto tomada por el asesino, Lúa. Eso seguro. Pero... ¿por qué te la manda a ti precisamente?

—¡Joder, Jordi, no tengo ni puta idea! —Lúa levantó la voz, casi histérica—. Tengo miedo, ¿entiendes?

Creo que ese tipo va a venir a por mí. Quizá no le ha gustado lo que he escrito sobre él en el periódico, qué se yo. ¿Quién coño puede saber lo que piensa un psicópata? Pero eso no importa, lo único que importa es que me manda la foto. Mira lo que me ha escrito: «Lúa... ¿Te gustaría bailar conmigo a la luz de la luna llena?».

Jordi entró en pánico al instante, al leer lo que, sin duda, parecía una invitación.

—Lúa, lo mejor será que llames inmediatamente a la policía. Pero ya, sin tardar un segundo.

—Voy a llamar a mi padre. A ver

qué me dice...

—Lúa, déjate de estupideces. A quien tienes que llamar ahora mismo es a la inspectora Negro. Y al criminólogo. ¿No te das cuenta? Ese tipo quiere bailar contigo a la luz de la luna. ¡Lo mismo que hizo con Lidia, joder! No es una broma. —Jordi estaba en ese instante más nervioso que la propia Lúa.

—¡De acuerdo, vale! No insistas más. Llamaré a la Negro.

—Ahora, Lúa. Hazlo ahora mismo. Que te conozco. Ya sé que la inspectora Negro no es santo de tu devoción, pero me temo que no te va a quedar otro remedio...

Valentina comía en silencio, sentada en la mesa de la cocina. Meditaba la forma de hablar con Irina. Cómo enfocar la entrevista sin que ella se atemorizase o saliese disparada. Sabía que la chica rusa no la tenía precisamente entre sus amigas más íntimas, pero lo que le había contado a Freddy era demasiado grave como para dejarlo pasar más tiempo. Ya se explicaba lo que había pasado en la despedida de soltero del Acuario... el hijo de puta de Delgado la había atiborrado a vodka, coca y a escopolamina para que se soltase e

hiciese lo que él quería. En suma, para convertirla en una puta de lo más arrastrado. Irina era una víctima más de aquellos degenerados. Estaba algo arrepentida por haberla criticado tanto, pero eso no quitaba para que siguiese pensando que aquella chica no era una novia demasiado adecuada para Freddy. Su implicación con aquel grupo de cabrones no la hacía una compañía demasiado deseable, la verdad. Mendiluce y Delgado como jefes...

Valentina Negro quería ver entre rejas a Delgado cuanto antes. Un cabrón con pintas, un sinvergüenza de la peor especie. Amenazar a las chicas con la

muerte de sus familias o el secuestro de sus seres queridos... eso solo lo hacían los más ruines. Por no hablar de la paliza que le había dado a su hermano. Eso jamás lo perdonaría.

Sonó el teléfono e interrumpió sus pensamientos. La pantalla del iPhone mostró el número de Lúa Castro.

Cinco minutos después, la comida casi sin tocar, Valentina salía por la puerta a toda prisa con el casco en la mano. Se iba directamente a la comisaría de Lonzas.

• • •

Londres

Kat Peary sacudió la cabeza mientras se quitaba el uniforme y las botas y se preparaba para liberarse con una buena ducha hirviente de los espantosos fluidos de la muerte. Por lo general, era una mujer muy serena y fría. Por sus manos habían pasado todo tipo de desgracias, cuerpos accidentados, asesinatos, niños devorados por alguna grave enfermedad... Pero siempre se indignaba cuando le hacía la autopsia a una chica joven víctima de algún violador desalmado. La crueldad con la que aquel asesino había tratado a Floria

di Nissa la consternó... Aquel hombre también la había violado sin clemencia alguna: había profundos desgarros vaginales y anales que podían ser fruto de la introducción de algún objeto que el agresor debía de llevar consigo. Sin embargo, lo peor de toda aquella tortura debió de ser el momento en el que le obligó a besar los labios de la cabeza cortada, forzándola a actuar como la princesa Salomé con la cabeza del Bautista. Y después de someterla a todo aquel infierno, la mató, estrangulándola con una soga.

Kat Peary llevaba muchos años trabajando como patólogo forense, pero

nunca a lo largo de toda su carrera había visto nada tan refinadamente cruel y espantoso como aquello.

Ahora faltaban los resultados de toxicología. En el cuerpo de Floria no habían encontrado ni huellas, ni fluidos, ni un simple cabello. Evans le confirmó que en las escenas del crimen anteriores en Whitby y en España tampoco habían encontrado absolutamente nada. Era meticuloso en grado extremo. Y también muy refinado. Por lo que decían los del laboratorio de la policía, había dominado a la chica impregnando los pétalos de un ramo de rosas con cloroformo. Nunca había visto nada tan

retorcido: Floria abrió la puerta de su casa y se encontró con unas rosas espléndidas... Las flores fueron el prelude de su trágico final. Para la índole perversa de la mente del asesino, aquello quizá fuese incluso una atención romántica.



Lúa esperaba, nerviosa, a la puerta del despacho la llegada de la inspectora, moviendo la pierna con rapidez convulsa, mientras sentía la boca totalmente seca. Se metió una pastilla de limón en la boca y la mordió casi al instante, presa de la ansiedad. Cuando la

vio aparecer por el pasillo con su cazadora marrón y el casco, sintió un alivio inmediato que no se molestó en disimular.

—Inspectora, yo...

—Hola, Lúa —la miró brevemente y abrió con llave la puerta del despacho —. Pasa, venga. Espero que sea verdad lo que me has contado por teléfono, ahora no podemos perder ni un minuto con juegos o trucos periodísticos. — Valentina la miró con severidad, aunque a raíz de todo lo sucedido en su fuero interno había decidido darle una nueva oportunidad. Desde que regresara de Inglaterra tenía la sensación de que el

mundo se dividía entre el terreno casi fantasmal en el que habitaba el Artista y el lugar donde estaban todos los demás, y de que era necesario aunar esfuerzos para poder derrotarlo. No obstante, se trataba de un engaño de su imaginación, porque la historia de Irina y su hermano le había hecho recordar de modo doloroso que hay mucha más gente deseosa de habitar el suelo donde moraba el asesino.

Lúa la miró con expresión suplicante.

—Inspectora, no, no es ninguna treta. Ahora mismo va a comprobarlo. He impreso el mensaje, pero de todos

modos podemos entrar en mi correo y así podrá verlo con sus propios ojos. Me lo ha mandado al correo del trabajo, no al personal.

—Bien. Espera un momento, voy a encender el ordenador. Siéntate.

Minutos después, Valentina contemplaba en silencio la fotografía de Lidia Naveira que había sido obtenida, sin duda alguna, en la escena del crimen. Era de noche, un primer plano... y no, no parecía un montaje. Además, el estilo del anónimo era muy propio del Artista. Y la cara descompuesta de Lúa Castro mostraba un terror demasiado creíble como para ser falso. Valentina escrutó a

través de los grandes ojos de Lúa, que parecían inmersos en un pánico real y urgente.

—Entenderás que envíe esta foto a los del departamento de informática para que comprueben que no es un photoshop... —Lúa asintió, demudada—. De todos modos, Lúa, te creo. Es una foto del Artista, sin duda.

—¿El Artista?

Valentina asintió, en silencio. Luego se levantó y le dejó el sitio en la silla para que utilizara el ordenador.

—¿Puedes entrar en tu correo, por favor?

Lúa tecleó hasta acceder a su cuenta

del periódico. Luego le mostró el mensaje a Valentina. Tras unos segundos, la inspectora miró el reloj y llamó a los de informática.

—Necesito a alguien para que me rastree un correo, si eso es posible... Sí, es urgente. Gracias. Bien. Mañana entonces. Perfecto. —Se dirigió a Lúa—. A ver si los de informática pueden seguir el rastro, aunque si es un correo del asesino, dudo que haya sido tan descuidado como para dejar alguna pista de su ubicación. Por cierto... ¿Te dice algo el nombre «rope»? El correo emisor es rope@gmail.com.

—Absolutamente nada. Ya me había

fijado. No tengo ni idea, la verdad... —
Lúa se quedó callada unos momentos.
Luego se armó de valor. Más que
cualquier otra cosa necesitaba saber qué
había pasado en Inglaterra—.
Inspectora, cuando me llamó Javier
Sanjuán el otro día... ya sabe, para
contarme lo que le había ocurrido a
Jaime... me dijo que estaban en
Londres. La verdad, me gustaría saber
qué pasó en realidad. Quién lo mató. Por
qué. Jaime siempre fue un hombre
pacífico. No tenía enemigos.

Valentina vaciló. No era fácil
explicarle lo que había pasado sin
herirla demasiado. Buscó las palabras

adecuadas con tino.

—Lúa... Yo... lo siento. De verdad. Siento lo de Jaime. Mucho más de lo que te imaginas. Lo que ocurrió en Londres lo sabrás en su momento, por ahora comprenderás que no puedo contar te nada. Solo puedo decirte que la muerte de Jaime tiene algo que ver con la muerte de Lidia Naveira. Nada más. Así que necesito que te tomes muy en serio lo del anónimo.

—No hace falta que insista. No puedo esconder que estoy muerta de miedo. Ahora... Por favor, le ruego que no cambie de tema. Quiero saber cómo murió exactamente. —Lúa había tardado

mucho en llegar a ese estado mental en que podría soportar la verdad, y no estaba dispuesta a cejar en su empeño.

—Lúa, no estoy segura de que quieras saberlo todo. Puede hacerte mucho daño. —Valentina se sorprendió a sí misma adoptando un tono casi de compañera y decidió que no quería hablar de otro modo: hacía lo que pensaba que era lo correcto.

—No me importa. Quiero saberlo. Desde el primer momento detecté que le pasaba algo muy extraño. Pero él no quiso decirme nada. Me mintió todo el rato. Pero eso ahora ya no importa mucho...

Valentina se compadeció. Por primera vez veía a Lúa como una chica normal, un ser humano vulnerable, lejos de aquella periodista sin escrúpulos que intentaba lograr una exclusiva por encima de todo.

—Lúa... Jaime murió en casa de una mujer llamada Sue. Eran amantes. Creo que tienes derecho a saberlo. Le dispararon dos tiros. Entró en coma y murió al día siguiente. No sufrió nada... si eso te resulta de algún consuelo.

A Lúa se le llenaron los ojos de lágrimas, pero aguantó el golpe como pudo.

—Ya. Entiendo. No se preocupe. No

pasa nada. En realidad no éramos novios... por lo menos técnicamente. Teníamos una relación abierta... Todo eso—. Lúa torció la cabeza para disimular el llanto que volvía a caer por sus mejillas. Se limpió las lágrimas con disimulo.

—Antes de irte te daré la cámara de Jaime. —Valentina sintió un ramalazo de culpabilidad al acordarse de la conversación que mantuvo con el fotógrafo y le pareció pueril toda aquella pelea con él, comparado con el hecho inquebrantable de su muerte.

—Gracias, inspectora. Yo... yo siento mucho lo que pasó, de verdad. Lo

de las fotos y todo eso. Fuimos unos inconscientes.

—No es a mí a quien tienes que pedir disculpas. Y yo no soy quién para juzgarte. Pero me preocupas mucho, Lúa. Necesitas protección inmediatamente. Ese hombre es muy peligroso, mucho. Es mejor que lleves un escolta mientras no lo detengamos.

Lúa la miró con sorpresa. A continuación, negó con la cabeza.

—¿Un escolta? ¿Yo? Ni de broma, inspectora. Ni de broma. No podría moverme con tranquilidad. Yo soy una periodista, no una concejala. Necesito espacio para hacer mi trabajo.

Imposible. Además, sé cuidar perfectamente de mí misma. Si tengo algún problema, hablaré con mi padre.

Valentina se quedó sorprendida por la aparición súbita de la intrépida periodista. Había superado el trance de regresar a la vida de Anido por unos minutos, y ahí estaba de nuevo ella, dispuesta para la pelea. No pudo evitar admirarla por vez primera.

—Lúa, por favor. No es una broma. Ese hombre... es peligroso. Es brutal. No tiene piedad. No quiero que andes por ahí sin supervisión. —Valentina no estaba dispuesta a soportar una nueva muerte, no en su ciudad, no con Lúa. De

ningún modo, por eso había levantado la voz, con un tono claramente imperativo. Pero estaba claro que no conocía del todo a Lúa Castro.

—Definitivamente, no, inspectora Negro. Me gusta ser libre, y con un señor todo el día detrás de mí estaría hasta los cojones de todo. No. Ya me cuidaré yo las espaldas, eso téngalo por seguro.

Ambas estaban mirándose a los ojos, de pie, junto a la mesa, a tres pasos de la puerta de salida. Valentina apretó los dientes unos segundos, pero luego relajó su rostro, resignada y admirada por su valor.

—Bien. Yo no puedo obligarte. Pero ten mucho cuidado. A la mínima sospecha, llámanos. Insisto. Ese hombre es peligroso, Lúa. Si cambias de opinión... ya sabes. Aquí estoy para todo lo que necesites. —Se volvió hacia su asiento, detrás de la mesa, se sentó y la miró, hablando ya con plena normalidad—. Por cierto, mañana los de informática van a seguir el rastro del correo. Si me hace falta alguna información, te llamo, ¿Ok? Estate disponible.

—Perfecto, inspectora. Y ahora me voy. Tengo mucho trabajo pendiente.

—Al salir pregunta por el agente

Iglesias. Hago una llamada y en un par de minutos te darán la cámara.



—Las cejas eran un poco más finas, inspector. Y oscuras. —Emily señalaba la pantalla del ordenador mientras hablaba con Evans y mascaba chicle furiosamente—. Y los ojos más claros. Eran verdes, muy brillantes, expresivos. En realidad Héctor es un hombre atractivo, la verdad, a pesar de... Bueno. Ya me entienden, ¿no? —dijo, poniendo cara de consternación, como si un rostro bello no pudiera esconder un alma perversa.

Evans asintió mientras miraba al técnico del Pro-fit, que cambiaba la fisonomía del retrato según le iban indicando los testigos. Emily era la más participativa del grupo. Joseph Harris y la dueña de la tienda de Arts and Crafts, Linda, se limitaban a aprobar con gestos lacónicos los avances que Emily aportaba, con la complacencia de Servant, que la animaba a seguir ayudando al especialista, que sudaba la gota gorda para ajustarse a las rápidas descripciones de la joven de cabello oxigenado.

De repente, Joseph se acordó de un detalle: Héctor tenía varias cicatrices en

la muñeca izquierda. Evans al momento pensó en cortes de autolesión o intentos de suicidio.

—Vaya. Qué pena... Nuestro amigo al final va a ser una pobre alma torturada.

Media hora más tarde el retrato estaba listo. El técnico lo imprimió, con un deje de orgullo en la comisura de los labios.

Servant cogió una de las copias y la levantó a la altura de sus ojos.

—Ahora hay que mandarlo inmediatamente a la Interpol. Y también a la inspectora Negro... Si Sanjuán está en lo cierto, ahora ella va a necesitarlo

más que nosotros —dijo a su equipo, sabedor de que el Artista les había dado esquinazo, y quizá en ese momento anduviera por las calles de La Coruña.



Iturriaga paseaba por su despacho, alzando la voz por momentos. Había quedado con su mujer en media hora, pero las noticias de Valentina lo habían retenido en la comisaría. Lo del anónimo del Artista a Lúa Castro era, ya de por sí, bastante grave. Pero las acusaciones de la tal Irina hacia el entorno de Mendiluce consiguieron excitarlo todavía más.

—Inspectora, lo que me está contando es algo muy grave. Otra vez Mendiluce en el punto de mira por culpa de la prostitución. ¿Se da cuenta de que el asunto es peliagudo? Es la palabra de esa chica, que puede no ser absolutamente nada de fiar, todo sea dicho, contra la de Pedro Mendiluce. O la de Sebastián Delgado, en suma. Tanto monta...

—En efecto, inspector jefe. No lo dudo. Puede que esa chica no sea de fiar. Pero hay una cosa que está clara: además de nitrato de amilo, había rastros de escopolamina en la analítica que le hicieron el día del incidente en la

discoteca Acuario. Usted sabe que la escopolamina no es una droga de recreo, como pueda serlo la coca. Nadie toma escopolamina por placer. Normalmente, la introducen en la bebida de la víctima para engañarla y poder manipularla a gusto.

—Eso es cierto, Valentina. No lo niego. Nadie toma escopolamina para pasar un buen rato. De todos modos, esas acusaciones son muy graves. Estaríamos hablando de mujeres, extorsión, chantaje, proxenetismo... Si Irina le ha dicho a su hermano la verdad, puede que haya más chicas amenazadas y explotadas, como ella... Y, lo que es

peor, vuelve a ponernos enfrente de un montón de problemas —dijo, abatido—. ¿Sabe lo que quiero decir?

Valentina asintió. Sabía que Mendiluce tenía contactos importantes, relaciones con gente poderosa de La Coruña y de toda Galicia. Sabía perfectamente que Larrosa fracasó en su intento de capturar a Mendiluce porque este tuvo protección de altas instancias. Sin embargo, estaba dispuesto a ir a por todas. En esa ocasión ella no iba a arredrarse; si alguien quería pararla, tendría que mostrar sus cartas.

—De todas las maneras, si usted no me ordena lo contrario —Valentina miró

con intensidad a su jefe, quien primero resistió la mirada y luego la bajó— mañana por la mañana voy a hablar con Irina, inspector. He conseguido que mi hermano la convenza para que tengamos una pequeña charla. Ella dice que quiere salir de ese mundo, pero no se atreve. Tiene mucho miedo a que le hagan algo a su familia. Y tal y como se las gastan... yo también lo tendría. No la culpo. Y sí, la creo. Creo que dice la verdad. Está completamente enamorada de mi hermano. Me ha costado verlo, pero he de rendirme a la evidencia. — Valentina suspiró, resignada.

—Bien, de todos modos,

esperaremos a mañana. A ver de qué pie cojea la chica.

Valentina torció la cabeza y se mordió el labio inferior.

—Yo he tenido una idea. No sé si Irina estará de acuerdo con ella. Pero... a lo mejor encontramos la forma de sacarla de ahí... Por cierto, jefe, cambiando de tema. Ya hemos recibido el retrato robot del Artista. Acaban de mandárnoslo de Londres, recién hecho.

Iturriaga lo miró con curiosidad unos segundos y luego se lo devolvió.

—Hay que distribuirlo en todas las comisarías y también a los demás cuerpos de seguridad: Policía Local,

Guardia Civil... ¿Se encarga usted, Valentina? —La detuvo antes de que saliera—. Ah, me olvidaba. Encárguese también de que alguien vigile a esa Lúa Castro. No me hace ninguna gracia que esa periodista ande por ahí sin protección policial.

• • •

No estaba cómodo. Durante toda la tarde tuvo la sensación de que alguien lo miraba por la espalda. Se sentía extrañamente vigilado. La sensación se había acrecentado en el momento en el que traspasó la puerta del Teatro Real. Cuando su amiga Nevenka Arnaltes se

acercó a él para acompañarlo al palco del que era propietaria, intentó liberarse de aquella incomodidad pensando en la ópera que iba a presenciar. Ni más ni menos que a Plácido Domingo interpretando a Simon Boccanegra por primera vez en Madrid.

Nevenka dejaba siempre a su marido en casa (él aborrecía la ópera) y llevaba al privilegiado palco a su gran amigo y amante secreto, Pedro Mendiluce. Por lo menos, Pedro sabía apreciar una buena representación, además de las otras actividades todavía más succulentas que llegarían después. Mucho más que su aburridísimo y adinerado esposo...

Ninguno de los dos fue consciente de la vigilancia de dos policías de paisano que abandonaron la representación unos minutos después de que se alzara el telón.

• • •

Brest

Se decidió a pasear por cubierta, abrigado con un chubasquero azul marino. Estaba casi desierta. Solo una pareja de jóvenes se besaba, apoyada en la barandilla, ajena a la llovizna y a la humedad que se metía hasta lo más profundo de los huesos. Se acercó a la

barandilla blanca de metal y miró hacia abajo. La niebla envolvía por completo el barco, que se deslizaba por las tranquilas aguas del océano Atlántico. Respiró con fuerza y se empapó del olor a algas y a mar. Un olor que invariablemente añoraba cuando se encontraba lejos de su casa. Dejó que las minúsculas gotas de agua mojaran su cara, y se relajó. Le gustaba ver al *ferry* deslizarse sobre el mar oscuro, entre la bruma, escuchando el breve chapoteo de algún pez o la sirena del barco, que avisaba de su presencia al vacío más profundo. A lo lejos se oyó la bocina de un pesquero, y al cabo de un rato, el

potente y tranquilizador aviso de un faro. Quizá a aquella hora de la noche ya estaban cerca de Brest.

El Artista sintió, de repente, un profundo anhelo de volver a casa. Allí había alguien que estaba esperándole. Alguien que necesitaba comprender su arte. Alguien que merecía más que nadie formar parte de su arte.

Tercera parte:

Paroxismo

«Soy el espectro de un desgraciado al que sepultasteis en las mazmorras del castillo de If».

El conde de Montecristo.

Alexandre Dumas

Capítulo 56. Decisiones arriesgadas

Jueves, 17 de junio

Irina apretó el cojín contra su pecho, con fuerza, para protegerse.

—No. No, no puedo hacer eso, Valentina. No me pidas semejante cosa... por favor.

Valentina sabía que la idea podía resultar descabellada a primera vista. Aquella chica estaba muerta de miedo, amenazada, aterrorizada. Pedirle que llevara un micrófono oculto que grabase

sus actividades para incriminar a Sebastián Delgado y a todos los cómplices era arriesgado. Pero le había dado muchas vueltas a todo el asunto, obligándose a ser objetiva. E Iturriaga había aprobado al fin la idea. Ahora tocaba el siguiente paso. ¿Cómo convencerla de que era la solución perfecta para todos sus problemas? Si lograban anular la red de prostitución, ella y su familia quedarían libres de las amenazas.

—Sé que vas a correr un cierto peligro, Irina. Lo sé perfectamente. Pero es necesario. Eres la primera de las chicas que se ha atrevido a denunciar lo

que está pasando. Date cuenta de que también puede ser el camino de la libertad de muchas de ellas. No solo el tuyo y el de tu familia.

Irina escuchaba en silencio con la cabeza baja, cada vez más hundida en el sillón de su apartamento. Había accedido a hablar con Valentina solo porque era la hermana de Freddy, pero nunca se imaginó que aquella mujer fuese capaz de proponerle algo semejante. Miró su taza de café. Se había enfriado.

—Irina, piensa un momento. Si logramos detenerlos, podrás liberarte de tu esclavitud. Podrás llevar una vida

normal, como cualquier chica. Tu familia no tendrá nada que temer en el futuro.

Irina escondió la cara con las manos y volvió a negar con la cabeza.

—Tengo mucho miedo, inspectora. Mucho miedo. Usted no sabe lo que es capaz de hacer el jefe. —El acento dulce se quebró en un sollozo—. Si me descubre, me matará.

—¿Quién? ¿Pedro Mendiluce?

—No. El jefe es Sebastián Delgado.

Valentina asintió, torciendo el gesto. Mendiluce dejaba que su lugarteniente diera la cara ante los negocios sucios, como siempre. De nuevo tenía a alguien

que le cubría las espaldas, como anteriormente había hecho el francés en el caso que llevó Larrosa. Valentina sabía que Delgado suponía una amenaza bien real y que nadie podría sentirse a salvo si ese psicópata se ponía realmente furioso.

—Comprendo. —Valentina se acercó a ella, la agarró por los hombros con fuerza, y se obligó a hacerle una promesa cuyo cumplimiento sintió que no podía asegurar, pero se perdonó a sí misma diciéndose que, en realidad, tarde o temprano Irina tendría que enfrentarse a Delgado si no quería ser una puta hasta los treinta años, momento

en el que la pasaría a un lupanar de mala muerte hasta que se pudriera—. No va a pasarte nada. Estaremos todo el tiempo vigilando. No va a matarte, no te preocupes. En el caso improbable de que te descubrieran intervendríamos al instante. ¿No te das cuenta de que no tienes que hacer nada? Solo ser tú misma, actuar como siempre... Lo único que te resultará distinto es que nosotros estaremos grabando todo lo que ocurra.

—Inspectora... yo... no quiero volver a esas fiestas. De ninguna manera. Yo le prometí a Freddy que nunca más me acostaría... —Irina sacudió la cabeza mirando al suelo y se

quedó callada durante unos instantes. Luego prosiguió—: La próxima fiesta es este sábado por la noche. En la casa de Pedro Mendiluce en Mera. Es muy pronto. No estoy preparada, inspectora.

Valentina suspiró de manera inaudible y apretó todavía más a Irina para consolarla. Le agarró la barbilla y la obligó a mirarla a los ojos.

—Irina. Escúchame. Sí estás preparada. Sabes que para conseguir tu libertad tienes que deshacerte por completo de tu contrato con esa gente. Y la única manera de hacerlo es que acaben todos en la cárcel. Cuanto antes. Si no accedes a sus deseos, te obligarán

por la fuerza, volverán a amenazar a tu familia o algo peor. Créeme, sé cómo te sientes, y lo piensa Freddy también. Pero tienes que ayudarnos. Te necesitamos. Es la única manera. Gracias a tu ayuda, podremos liberarte a ti y a las otras chicas, eso es lo importante. —Valentina adoptó un tono imperativo, casi sin proponérselo.

—Déjame pensarlo. Primero tengo que hablar con Freddy. No quiero que se entere por terceras personas. No sería justo.

—No te preocupes, Irina. Yo hablaré con él también. Lo convenceré. Lo único que tendrás que hacer será pasearte

entre las chicas y sus clientes y sacarles algo de información.

• • •

Lúa terminó de leer una parte de los legajos que le había entregado el profesor Dorado y se frotó los ojos. Aquello era grande. Muy grande. Si todo lo que había allí escrito era cierto, debajo del aparcamiento subterráneo de la urbanización habían encontrado, contra todo pronóstico, un yacimiento romano de capital importancia. Probablemente del siglo I después de Cristo. Dorado sostenía que allí abajo estaban los restos de la casa del

recaudador de impuestos del asentamiento en la ría de La Coruña. Si eso fuese cierto, Patrimonio tendría que meter mano en el asunto y paralizar las obras de inmediato. Mendiluce perdería millones de euros.

¿Por qué no había intervenido nadie entonces? Aquello era demasiado extraño. Recordó cómo, hacía más de tres años, por culpa del hallazgo de un par de pedruscos sin importancia habían paralizado la construcción de la piscina del Castrillón durante más de seis meses. Ella misma había cubierto la noticia cuando era una joven becaria. Se había montado una buena. ¿Por qué en

ese momento no pasaba lo mismo que entonces?

Carrasco la sorprendió apareciendo súbitamente por detrás de la silla. Pegó un respingo. Lúa odiaba aquella costumbre tan habitual de su jefe. La ponía muy nerviosa.

—Lúa, guapa. ¿Cómo vas con lo del yacimiento romano? Ya sabes que para el suplemento de sucesos del fin de semana quiero algo bien sabroso. Lo del domingo pasado estuvo muy, pero que muy bien.

—¡Joder! ¡Jefe! Pues claro. Voy de maravilla. Como siempre. Pero por favor... no me des esos sustos. Siempre

lo haces.

—Te noto un poco desconcentrada desde ayer, Lúa. Y también asustadiza. —Sacudió la cabeza y la miró con un cierto deje de ternura—. Entiendo que lo de Jaime ha sido muy fuerte y que tienes que estar bastante tocada. —Carrasco le puso las manos sobre los hombros, con aire protector—. Si necesitas unos días...

—No. No necesito unos días. ¿Tú me ves cara de necesitar unos días? Definitivamente no, jefe. Lo único que necesito es trabajar en paz durante un rato.

—¿No ves como estás estresada?

Mira qué tono de voz...

—Jefe, lo que necesito justamente en este momento es poder hablar con Raquel Conde, la abogada de Pedro Mendiluce. Si quieres un reportaje completo para este domingo, tendremos que meter opiniones de las dos partes. Y nos falta la parte legal...

—¿Raquel Conde? ¿La abogada de Mendiluce? ¿La rubia cachonda? —Lúa lo miró con ojos de reproche ante el comentario machista—. Es una idea fantástica, Lúa. Procede, procede...

Una media hora más tarde, Lúa consiguió contactar al fin con la secretaria de Raquel Conde. Al

principio le dio una cita para dos semanas después, pero cuando nombró lo del especial del domingo y la urbanización Ártabra, la misma Raquel la llamó al cabo de cinco minutos justos. Menuda pájara. Recordó de pronto que su contacto en la Nacional le había dicho que Raquel fue la que sacó a Sebastián Delgado de los calabozos cuando lo detuvieron por pegarle la paliza al hermano de la inspectora Negro. Menuda mafia, Mendiluce y sus amigos. Los tentáculos alcanzaban absolutamente todos los estamentos de la sociedad. Había que andar con tiento con ellos.

Salió de la redacción con prisas, hacia su Toyota. Había quedado con Raquel en su despacho en media hora. Llamó a Jordi para que en cuanto terminase de hacer las fotos de un congreso de médicos fuese pitando para allá. Mientras encendía el coche, no se le escapó la presencia cercana de uno de los dos lugartenientes de la inspectora Negro, apoyado en la puerta de un Seat León de color gris. El pelado de músculos de acero. ¿Qué se creían? ¿Que no iba a darse cuenta del dispositivo de seguimiento? Desde luego, podían haber sido más discretos y poner a algún agente que pudiese pasar

más desapercibido... Agarró con fuerza el volante y respiró con fuerza para tranquilizarse un poco. Luego se encogió de hombros. Lo que sí era seguro era que iba a darle bastante trabajo...

• • •

—He quedado con la chica esa de *La Gaceta de Galicia* en cinco minutos, Pedro. —La voz de Raquel traslucía excitación y triunfo—. Sí, Lúa Castro. Ya. ¿Que tenga cuidado con ella...? Estás de coña... ¿no? Dorado ha quitado la denuncia y poco más se puede pedir para que todo sea perfecto. No te preocupes ni por un segundo. A esa me

la meriendo yo en un santiamén... Luego te llamo, venga. ¿Dónde estás? ¿Ya has llegado al aeropuerto de Alvedro? Genial. Cuando termine con la periodista te llamo y hablamos.

Raquel colgó y fue al baño a retocarse. Se ajustó la blusa de Armani y la estiró. Se miró al espejo de perfil y de frente. Luego cogió su neceser y distribuyó las pinturas sobre la superficie de mármol. Quería estar impresionante para la foto del periódico.

• • •

Una hora después, Pedro Mendiluce

miró, pensativo, la pantalla de su móvil, como si esta pudiese revelarle algún arcano, mientras Amaro conducía su BMW 730d. Javier Sanjuán quería hablar con él. Era muy urgente. No, no podía esperar. Necesitaba su opinión sobre un cuadro y nadie sabía qué cosas más que de repente requerían su atención inmediata. Se acarició la barbilla, extrañado. ¿Qué diablos querría Sanjuán de él? Si era algún tema policial, ¿por qué no iba Valentina Negro o alguno de sus estúpidos colegas? Miró por la ventanilla y vio la niebla que, lentamente, iba cubriendo la ciudad a lo lejos. Se estremeció, y ese

era el modo en que su fina intuición le avisaba de que se avecinaban problemas.

• • •

Lúa miró con asombro cómo Raquel Conde posaba para las fotos con la maestría de una modelo profesional, sentada en un sillón negro, de diseño, enfrente de ella, separadas ambas por una mesa de cristal y aluminio en forma de cubo. Ofreciendo su mejor perfil. Sonriendo. La pierna torneada y morena cruzada, los zapatos carísimos apuntando hacia el objetivo de Jordi, que estaba disfrutando como si estuviese

en el medio del rodaje de un episodio de *Sexo en Nueva York*. Cuando el gafapasta terminó, la periodista se acercó a ella anclando la mejor de sus sonrisas en su mandíbula mientras el fotógrafo revisaba su trabajo con complacencia.

—Bien, Raquel. Muchas gracias por ofrecerme un rato de tu tiempo. Ya sabes que el domingo sacamos un especial sobre la urbanización Ártabra. Os va a venir muy bien la publicidad: lo de la venta de pisos está muy parado con la crisis, ¿verdad? —La sonrisa de Lúa se hizo más amplia al ver la expresión amable y ligeramente cínica de Raquel

— Me gustaría que me respondieses a alguna pregunta... Ya sabes. Simples cuestiones que yo llamaría «rutinarias» pero que pueden dar mucho juego. — Lúa encendió su grabadora—. ¿Empezamos?

• • •

—Joder, Sebastián. Esa Lúa Castro me parece a mí que sabe demasiado... —A través del móvil, la voz de Raquel no sonaba tan segura y templada como una hora antes—. Por cierto... ¿qué le pasa a Pedro? No me coge el teléfono.

—Mendiluce está muy ocupado. Creo que tiene una reunión que le

preocupa con tu ex.

—¿Con Javier Sanjuán? Qué pesado, ¿no?

—Exacto. Parece que se han hecho muy buenos amigos, querida mía. Bueno, dime, ¿qué te preocupa tanto de la Lúa esa?

—Me ha hecho preguntas muy directas y muy jodidas sobre el yacimiento.

—¿Qué tipo de preguntas?

—La que más me ha preocupado ha sido la del lugar exacto en donde se podría haber encontrado la casa del cónsul...

—Esa es fácil de saber, Raquel.

Solo con que haya hablado con el profesor Dorado, al que por cierto, yo me he encargado de tranquilizar un poco, ya está.

—¿Y cómo coño sabe el tipo de objetos que podrían haberse encontrado en el yacimiento? Eso no lo sabe nadie. Y menos Dorado. Pero ella parecía muy convencida de lo que decía... Habló de monedas, de cerámicas, de alguna que otra estatua muy valiosa... —Raquel no tenía motivos para estar tan tranquila como aparentaba estar Delgado, y eso la enojaba.

—¿No sería un brindis al sol? Ese tipo de cosas se pueden encontrar en

todos los yacimientos romanos del mundo, ¿no? Vamos, Raquel, tranquilízate.

—No en Galicia, Sebastián. No lo sé. Es una sensación, nada más. Pero no me ha gustado nada de nada. Es una metomentodo. Y no me pidas que me tranquilice, te lo repito: esa tía sabe lo que hace. Hay que tenerla vigilada.

—Es solo una periodista de *La Gaceta*, Raquel, ¡joder! No te preocupes. Pedro tiene muchos recursos. Si vemos que se desfasa o se pasa de la raya, un par de llamadas y la metemos en vereda... —Delgado ya estaba aburriéndose. Para él Lúa no era mayor

motivo de preocupación que cualquier otra mujer que quisiera pasarse de lista, y él siempre había sabido ponerlas firmes a todas—. Venga, ánimo. ¿Quieres que nos veamos después? — Sus ojos brillaron por la lascivia.

—¿Hoy por la noche? ¿No íbamos a quedar mañana? —A Raquel siempre le sorprendía el deseo inacabable de Delgado, algo que, odiaba reconocer, la tenía enganchada.

—Mañana voy a estar muy liado, Raquel. Organizar la fiesta del sábado en casa de Pedro me va a llevar todo el día y parte del siguiente.

—Bien. No es mala idea. Cuando

salga del despacho. Recógeme sobre las ocho y media entonces. —Cuando colgó se notó excitada al pensar en el encuentro con su amante, pero sintió al mismo tiempo una cierta tristeza, una mezcla agri dulce habitual en la relación que mantenía con él: ansiaba su desenfreno sexual, esa capacidad que tenía para llevarla al límite del placer, pero odiaba su vulgaridad y su falta de espíritu, y por ello ella misma se reprochaba muchas veces entregarse a un ser tan despreciable como Delgado. No pudo menos de acordarse de Sanjuán. ¡Dios mío, qué diferentes eran esos dos hombres! Por un instante se

maravilló al pensar en lo caprichoso del amor y del deseo. Lo de Sanjuán era una lástima, pero se consoló pensando que no podría ser feliz con alguien cuyas ambiciones eran disfrutar de una vida tranquila entre sus libros y sus amigos. No. Ella aspiraba realmente a tener mucho dinero y, con el tiempo, mucho poder. Como mucha gente, solo que ella tenía la honestidad de reconocerlo.



Sanjuán se bajó del taxi y miró a su alrededor. El mar estaba agitado, y la niebla envolvía la mansión de Pedro Mendiluce dándole un aspecto

fantasmagórico a través de los árboles. Reprimió un escalofrío al sentir la humedad calarle los huesos. Valentina le había rogado que se encargase él en persona de preguntarle a Mendiluce «delicadamente» sobre el cuadro del Artista en su poder. Valentina no quería llamar demasiado su atención: el asunto de las «putas durmientes», como las llamaba el inspector jefe Iturriaga estaba en pleno proceso, y demasiadas visitas a la mansión podrían despertar sospechas y alarmar al empresario. Según Valentina, aquel hombre respetaría mucho más un acercamiento «intelectual» al asunto del cuadro, y más

todavía viniendo de Sanjuán, que la agresividad de un par de agentes de la Nacional que le instaran a entregarles la obra de arte. Quizá así incluso podrían conseguir que se abriese un poco más y sacarle algo provechoso. Por muchas vueltas que le diese, no entendía el porqué de la presencia de un cuadro de Del Valle en aquella casa. Valentina le comentó por teléfono también que el Artista le había mandado un anónimo a Lúa Castro. La periodista estaba aterrorizada, y no era para menos. Aunque hubiese renegado de la protección policial, seguro que Lúa no las tenía todas consigo.

—¿Tú crees que deberíamos filtrar a los medios el retrato robot del Artista, Javier? Iturriaga piensa que afirmar con certeza que hay un asesino en serie operando por la zona puede alarmar demasiado a la población y ser algo contraproducente —le había preguntado la inspectora.

—¿Contraproducente? —Sanjuán se había extrañado por la pregunta. Probablemente Iturriaga había recibido algún toque desde arriba: los políticos siempre tenían un miedo atroz a todo lo que oliese a asesinos seriales. Por supuesto que había que difundir el retrato robot. Si su teoría era cierta y

Del Valle había huido a Coruña, el hecho de que la prensa publicase su retrato tendría que ponerlo muy nervioso. Por no hablar de que alguien podría reconocerlo y avisar a la policía... ¿Por qué algo que a él le parecía tan obvio a la policía le costaba tanto verlo con claridad?»

Apretó el timbre y esperó durante un rato, hasta que escuchó un chasquido y Amaro le abrió el portalón con gran esfuerzo.

—Está estropeada la puerta. —Se disculpó—. Siento haberle hecho esperar, señor Sanjuán. Pase, por favor.

Avanzaron en silencio a través del

jardín. Sanjuán admiró la armonía del lugar, repleto de estatuas, relojes de sol y bebederos para los pájaros que surgían aquí y allá entre los cipreses oscuros y la hiedra que trepaba por los muros de granito. También la presencia de un par de guardias jurados armados hasta los dientes, camuflados entre los árboles. Y cámaras de seguridad. Amaro tecleó la clave y abrió la puerta de entrada a la casona.

—El señor Mendiluce lo espera en su despacho del mirador, en el piso de arriba. Lo acompañaré hasta allí.



Valentina dibujaba compulsivamente cuadros en su bloc de notas con el Pilot azul, como hacía siempre que estaba nerviosa. Irina había accedido a acudir a la fiesta del sábado. Qué remedio le quedaba, por otra parte... Si Delgado la obligaba a ir, por mucho que hubiese prometido por activa y por pasiva a su hermano que nunca más volvería a prostituirse, tendría que obedecerle o pagaría las consecuencias. A menos que no estuviese tan coaccionada como había afirmado... Valentina notaba con incomodidad que no podía simpatizar con aquella chica aunque comprendiese que no era más que una víctima a la que

había que liberar de sus captores. Seguía sin gustarle para su hermano. Era una fuente inagotable de problemas de piernas largas y cabello rubio. De todos modos, había que reconocer que era una chica muy valiente, y eso la honraba. No todo el mundo tenía los arrestos necesarios para meterse dentro de un nido de víboras con un micrófono oculto para destapar una trama de prostitución... Al final, como en la ópera *La Traviata*, vislumbraba la romántica posibilidad de conseguir la redención por el amor. Quizá era cierto que estaba enamorada de Freddy... Aunque su hermano no estaba demasiado

por la labor de apoyarla en la aventura. Cuando se enteró de los planes, entró en cólera y le dijo cosas que aún le dolían al recordarlas, aunque ya le había perdonado. No obstante, tuvo que explicarle con claridad que salir con una chica como Irina tenía sus inconvenientes. Y que si él había tomado la decisión de continuar con ella después del episodio del *pub* y de saber toda su vida, entonces tendría que madurar deprisa y enfrentarse a las consecuencias.

Tras hablar con Iturriaga sobre sus planes ante la fiesta del sábado para que obtuviese la pertinente autorización del

juez, los técnicos de la Policía Judicial estaban preparando el dispositivo para grabar todo lo que ocurriese allí de la manera más discreta posible. Con ese tema paralizado hasta el sábado por la noche, Valentina se sumergió de nuevo en el caso Cisne Negro, preguntándose qué tal le iría a Sanjuán con Pedro Mendiluce. Se tocó el pelo y se echó hacia atrás en la silla de su despacho. No había hablado con él de lo que pasó en Londres. En realidad, tenía miedo de hacerlo... En el momento en el que el avión aterrizó en el aeropuerto de Alvedro, le había dado la sensación de que el criminólogo había marcado un

poco las distancias. Una sensación casi imperceptible, pero suficiente para que ella se diera cuenta de que la vuelta a rutina podría significar el retorno a la cruda realidad. Si era sincera consigo misma, a Valentina aquel hombre le gustaba. Y mucho. Le había contado lo del Charlatán... y eso era algo que solo había compartido con su amiga Helena después de mucho tiempo y muchas dudas. Pero era la primera vez que se abría de aquella manera tan repentina, y al sentir aquella vulnerabilidad desasosegante, Valentina sacudió la cabeza e intentó concentrarse. Los sentimientos podrían distraer su mente y

convertirse en un estorbo justo en el momento menos oportuno.

Miró una vez más el tablón en donde habían colocado las fotografías de los crímenes y el resto de pruebas. Aunque Sanjuán se había comprometido a recorrer galerías de arte para intentar encontrar a algún galerista que conociese a Héctor del Valle o por lo menos su estilo, y así acercarse de alguna forma al supuesto cuadro del Artista en el que tendría que figurar su próxima víctima, ella también buscaría por su cuenta. Había quedado con Christian Morgado a las siete de la tarde para enseñarle la obra del Artista. Quizá

él conociese a alguien que pudiera darle algún indicio de quién era realmente aquel asesino.



Mendiluce le dio una larga chupada a su habano y clavó su mirada de águila en los ojos de Sanjuán, que le devolvieron una nebulosa impenetrable a través de las gafas de Armani. El criminólogo se fijó en la magnífica estatua iluminada por una luz estratégica y en las estanterías de diseño que albergaban libros antiguos. La alfombra persa hacía juego con la mesa de caoba y el escritorio. La estancia olía a puro y a

sándalo, y todo el conjunto tenía un aire retro muy años cincuenta que agradó a Sanjuán, que se sintió cómodo en su butaca a pesar de la radiografía intensa a la que estaba siendo sometido por los ojos sagaces.

—Es una pena que no pueda usted disfrutar de las vistas, Sanjuán. — Señaló la ventana ojival con un ademán amplio—. La niebla es demasiado espesa... Pero bueno. Me temo que no ha venido aquí a admirar el paisaje. Dígame. ¿En qué puedo ayudarle?

Sanjuán apagó su cigarrillo y empezó a sacar del portafolio parte de las fotografías policiales. Las desplegó

sobre la mesa de caoba maciza en orden, de manera que Mendiluce pudiese analizarlas a gusto. Luego se volvió hacia él.

—Señor Mendiluce... ¿Cómo suele usted comprar los cuadros para sus exposiciones? ¿Los elige usted mismo, tiene algún intermediario, un marchante...?

Mendiluce enarcó una ceja mientras lanzaba una mirada de reojo a las fotografías.

—Una marchante, para ser exactos. Angélica. Es de Madrid, pero viaja por todo el mundo... Tiene un ojo estupendo, se lo juro. Es una

cazatalentos importante.

—Sí, me hago cargo. ¿Angélica qué más?

—Angélica Kopa. Su padre era alemán. Una mujer fantástica.

—¿Fue ella la que le consiguió los cuadros de la exposición que acaba de inaugurar?

—Sí, fue ella. Casi todos, sí.

—El cuadro número trece, el anónimo, ¿también?

Mendiluce lo miró, extrañado. De nuevo salía el cuadro a relucir.

—Sí, ese también. Lo traje de Londres.

—¿Conoce las circunstancias en las

que consiguió el cuadro?

—Sí, por supuesto. Unas circunstancias bastante peculiares, ahora que lo dice. Ese cuadro fue un regalo. El autor, un español desconocido, se puso en contacto con ella y se lo envió sin cobrarle nada. Dijo que se estaba dando a conocer y necesitaba proyección y mecenazgo. Que había oído hablar de mí y de la exposición... todo eso. Es un cuadro fascinante, por cierto, por eso lo incluí entre los demás.

—Sí, lo es. Pero... ¿no se preocupó usted de averiguar quién era el autor de esa obra tan llamativa?

—No, no me preocupé, pero tiene su

explicación, créame. El autor le dijo a Angélica que quería provocar la curiosidad entre los críticos al permanecer en el anonimato. Una nueva estrategia de marketing, según él. Enviar cuadros a exposiciones y galerías seleccionadas, y una vez generada la expectación, darse a conocer con una exposición de toda su obra. Pero... Permítame que le pregunte yo ahora, Sanjuán. ¿Qué tiene ese cuadro de especial para que haya venido a esta casa a interrogarme sobre él?

Sanjuán lo invitó a mirar las fotografías que había dispuesto sobre la brillante superficie de la mesa.

Mostraban distintos planos de los dos cuadros de Garlinton Manor.

—Como entendido en arte, no le costará encontrar ciertas similitudes, paralelismos... entre el estilo del cuadro número trece y estas fotografías.

Cogió una de las láminas y la analizó durante casi un minuto, asintiendo.

—Es cierto. Es una recreación de una miniatura de Nicholas Hilliard. Creo recordar que se titula *Desconocido frente a un mar de llamas*. Precioso, y sí, es el estilo del cuadro número trece, como le llama usted. —Mendiluce cogió la segunda fotografía y sonrió—:

Indudablemente, está representando la ópera *Tosca*. ¿El estilo? Una especie de imitación de Alphonse Muchá, pero más gótico, más gore. Me gusta. Es muy, muy bueno, de verdad. Tiene una expresividad única, poco habitual... — Mendiluce cogió las otras fotos, que eran ampliaciones de detalles de los cuadros, y tras observarlas con fijeza, preguntó con curiosidad—. ¿De dónde ha sacado estas fotografías? ¿Dónde se encuentran estos cuadros?

—En este momento están en Scotland Yard. En el laboratorio. Los técnicos están analizándolos... ya que son las pruebas de varios asesinatos.

—¿Scotland Yard? ¿Asesinatos?
¿Qué quiere decir exactamente con
«asesinatos»? —Su evidente expresión
de placer había desaparecido, sustituida
por la inquietud.

—Por eso estoy aquí, señor
Mendiluce. Para ver si usted tiene
alguna idea de quién puede ser el autor
de estos cuadros. Porque el que los
pintó es, posiblemente, el asesino de
cinco personas. Cuatro en Inglaterra y
una aquí.

—¿Se refiere al asesino de Lidia
Naveira?

—He dicho «posiblemente». No lo
sabemos seguro. Pero es necesario que

hable usted con Angélica cuanto antes para ver si conoce al autor. —Sanjuán dijo eso sin mucha convicción, pues estaba seguro de que Angélica desconocería a su enigmático artista y donante, tal y como el marchante de Inglaterra no llegó a conocer a quien le dio los cuadros para Garlinton Manor —. La policía piensa que el nombre del pintor es Héctor del Valle. ¿Le suena de algo?

Pedro Mendiluce sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta marinera y se secó el sudor de la frente. Negó con la cabeza.

—No tengo ni la más remota idea de

quién puede ser Héctor del Valle, Sanjuán. Es la primera vez que escucho ese nombre.

Sanjuán analizó la expresión del empresario: no parecía estar mintiendo, a pesar de que mostraba un ligero agobio que no le pasó desapercibido. Decidió seguir presionándolo un poco más. Era el momento de sacar el retrato robot.

—Me gustaría enseñarle también otra cosa... —Sanjuán buscó en el portafolio y sacó el retrato. Lo colocó sobre la mesa, delante de Mendiluce. Se fijó en que el Montecristo se había apagado en el cenicero—. Es muy

importante que ponga toda su atención...
¿Conoce a ese hombre del retrato?

Mendiluce cogió el papel y lo acercó a su cara, mirándolo con fijeza. Palideció ligeramente e hizo un gesto extraño, pero luego lo dejó en su sitio y negó una y otra vez.

—No. Definitivamente no. No lo conozco de nada. —La mirada vidriosa de Pedro Mendiluce pareció querer decir lo contrario por un momento fugaz. Luego se recompuso. Miró a Sanjuán con expresión sincera—. Nunca he visto a este hombre, Sanjuán. Lo siento.

—De todos modos, comprenderá que la presencia de uno de sus cuadros

en su exposición es algo preocupante...

—Sanjuán le dio cancha a Mendiluce, quería comprobar si iba a colaborar o prefería entorpecer la investigación.

—Lo entiendo. —Mendiluce reflexionó en alto tras unos momentos en silencio—. Está claro que el asunto es bastante peliagudo, por lo que veo. Si ese hombre ha matado a Lidia y a más gente, necesitarán ese cuadro... Si quiere, lléveselo ahora mismo. Entrégueselo a la policía, haga lo que quiera con él. Yo no quiero tenerlo delante de mí. Es una obra manchada de sangre.

—Se lo agradezco. —Sanjuán le dio

la mano a Mendiluce, que la estrechó sin demasiado entusiasmo—. Ah. Antes de que me vaya. Me gustaría decirle una cosa.

—Sí. Dígame. Le escucho.

—Tenga mucho cuidado.

—No se preocupe por mí, Sanjuán.

Lo tendré. Aunque se lo parezca, no es fácil entrar en esta fortaleza...



Valentina sonrió con admiración mientras Morgado hacía un café en la cocina. Aquel ático era realmente precioso. Se asomó a la terraza, desde la que se podía ver la luz de la torre de

Hércules velada por la persistente neblina. Luego entró de nuevo a través de la puerta de cristal. El bulldog francés negro y blanco de Morgado la miró con curiosidad con sus ojos saltones, sentado cómodamente en las orejeras de una butaca de diseño.

—Me encanta tu casa, Christian. Y también el perro. Es precioso.

Christian contestó desde la cocina, elevando la voz.

—Gracias, Valentina. Es cierto, la casa es muy confortable. La compré hace tres años y me la decoraron los del estudio Acero. Son amigos míos. El mérito es exclusivamente de ellos... —

Entró con la bandeja del café y la dejó sobre la mesita—. El perro es algo borde. Pero al fin y al cabo es como todos los canes: Como le des un poco de pienso te seguirá hasta el fin del mundo.

—Yo soy más de gatos, Christian. Pero hay que reconocer que el perro es precioso.

En cuanto Morgado se sentó, el perro saltó del sillón e intentó subirse al regazo de su amo. Valentina vio en las estanterías varios CD de ópera entre innumerables libros de arte y arquitectura.

Morgado lo acariciaba mientras no apartaba el ojo de su invitada.

—Se llama Lord Byron... Pero siéntate, por favor, Valentina. No estés ahí de pie.

Valentina se dio la vuelta con un CD de Cecilia Bartoli en la mano.

—¿Te gusta la ópera? A mí me encanta.

—Por supuesto. A toda la gente decente le gusta la ópera, inspectora. Pero ven, se va a enfriar el café. Y cuéntame. ¿Qué es eso tan importante para lo que necesitas mi inestimable ayuda?

Valentina resopló y sacó las fotografías de los cuadros de la carpeta. Se las dio.

—Christian, necesitamos encontrar cuanto antes al autor de estos cuadros. Antes de que asesine otra vez. Ya ha matado a cinco personas y tememos que vuelva a actuar. Necesitamos localizar un cuadro que sea parecido a estos dos. Puede que en él esté retratada la próxima víctima del Artista...

Morgado miró las fotos de los cuadros y luego a Valentina.

—Es el asesino de Lidia. ¿No?, el artista, quiero decir.

—Eso parece, y justamente nosotros le llamamos así, el Artista, un nombre muy apropiado, creo yo. ¿Te suena el estilo de las pinturas?

—Sí. Me suena mucho. —Pasaron unos segundos y Morgado continuó—. Por ejemplo, te diría que me recuerdan al cuadro que tiene Mendiluce en su exposición, el anónimo. ¿Me equivoco?

—Exacto. El cuadro de Salomé. Ahora mismo está Sanjuán en su casa preguntándole por su origen. Pero espera un segundo, hay otra cosa muy importante: tenemos el retrato robot del asesino. —Valentina lo extrajo de su cartera y se lo dio.

—¿Te suena de algo?

Morgado lo miró durante un rato, en silencio. Luego asintió con lentitud.

—No te podría decir... Espera. Sí.

Me suena. Pero no me viene a la cabeza... Déjame pensarlo, por favor. ¿Puedo quedármelo? Tendría que enseñárselo a varias personas... Pero no lo he visto en la prensa. Deberíais publicarlo cuanto antes...

—Por supuesto que puedes quedártelo. Para eso te lo he traído. Y las fotografías también. Y sí, tienes razón en lo de la prensa, Sanjuán dice lo mismo que tú. Pero mi jefe aún es un poco reacio a la hora de filtrarlo a los medios... —Valentina lo miró con expresión de súplica—. Es muy importante, de verdad. Si puedes echarnos una mano con esto te lo

agradecería toda la vida, Christian.

—Me conformaría con una invitación a cenar, Valentina. Yo te invito y cocino. Tú solo tienes que poner tu presencia... y una buena botella de vino. Podemos intercambiar nuestros conocimientos operísticos durante la velada.

Valentina enrojeció ligeramente.

—Estaré encantada, Christian. En cuanto pase todo esto, por favor. Ahora me resulta imposible. No tengo tiempo ni para ver a mi padre, créeme.

• • •

El Artista cogió la llave de debajo del

felpudo y abrió la puerta de la cabaña. Ya era de noche. Había conducido durante toda la tarde hasta llegar al pequeño pueblo de Lians. Entró y vio con agrado que estaba todo limpio y completamente ordenado, exactamente como la última vez. Fue hasta el coche y cogió la mochila y varias bolsas con comida. Luego cerró la puerta y subió a la habitación del piso superior. Se desnudó con rapidez y se tiró encima del edredón. Estaba agotado. Cenaría más tarde. En ese momento solo quería dormir.

• • •

Lúa dio vueltas y más vueltas en la cama. No podía conciliar el sueño. Y no quería pensar en Jaime Anido y todavía menos en el anónimo que había recibido el día anterior. Si pensaba en todo ello fríamente, no saldría de su casa nunca más. Lo peor de todo era que tenía que entregar ya el especial del domingo y no tenía en sus manos ninguna prueba concluyente. La única forma que encontró de lograr algo decente era metiéndose en el medio de todo el fregado cuanto antes.

Entonces tomó una decisión. Había tenido una idea, atrevida, es cierto, pero en ese momento de su vida había

aprendido a arriesgarse más, como si quisiera quitarse mediante el sentido del peligro el dolor que todavía la atenazaba. Claro que eso podía ser contraproducente, algo que Lúa siempre se obligaba a recordar, como si fuera un seguro de vida. Se levantó y fue a hacerse un café bien cargado. Luego fue al armario y buscó unos pantalones negros, una camiseta negra de manga larga y una cazadora de cuero del mismo color. Bajó al trastero a por una potente linterna que le había dejado Anido hacía ya varios meses y que ella olvidó devolverle.

Se anudó las botas de senderismo y

se miró al espejo. Solo le faltaba un gorro para que no se la pudiese ver en la oscuridad. Aquella noche de niebla tocaba hacer una pequeña incursión en Ártabra. Disimuladamente apartó una cortina de su apartamento para ver en dónde estaban situados los del dispositivo policial. El coche camuflado no estaba demasiado lejos del suyo. Tenía que darles esquinazo pronto o serían un verdadero estorbo.

Capítulo 57. Lúa Castro pasa a la acción

Madrugada del viernes 18 de junio

Lúa condujo con la vista puesta en el Seat León gris, que la había adelantado varias veces, haciendo veraz el adagio que decía que un buen seguimiento siempre iba por delante del objetivo. Pero, por favor. Estaban insultando a su inteligencia. ¿Cómo podían pensar que no iba a darse cuenta de que la estaban siguiendo? Si llevaban el mismo

camuflado que había utilizado su padre alguna que otra vez, cuando auxiliaba en tareas de seguimiento. Como para no llamar la atención.

Decidió que ya era hora de despistarlos y se metió de lleno en el barrio de Matogrande. Estacionó en doble fila en el medio de la barahúnda de coches. La gente daba vueltas y vueltas, ya que esperaba con ansia encontrar un sitio para poder acceder a los *pubs* en la hora punta de salida nocturna. Lúa salió del coche, tras dejarlo en doble fila y se metió en un *pub* con mucha rapidez. Al poco tiempo volvió a salir y echó un vistazo con

disimulo: el Seat León estaba atrapado a algunos metros de donde estaba ella, en un pequeño atasco provocado por un Alfa Romeo que esperaba la salida de otro vehículo para aparcar.

Se metió en el Toyota a toda prisa, lo encendió y se escabulló en unos segundos. Aceleró, esquivando a dos chicos medio ebrios que se habían puesto delante de su coche, y torció la esquina a toda velocidad. Luego se metió por otras dos calles para despistar, una en dirección prohibida, y enfiló la avenida de Camilo José Cela en dirección a As Xubias mirando todo el tiempo por el retrovisor. Ni rastro.

Sonrió. El Seat León aún debía de estar parado en el medio del atasco. Peor para ellos.

Había estudiado con detenimiento los planos que le había dado el profesor Dorado y las fotos que sacó en el despacho de Mendiluce y sabía más o menos por dónde debería, en buena lógica, estar situado el supuesto yacimiento. Bajo la obra del parking del centro comercial, recordó. Tocó la cámara que tenía en el asiento del conductor. Por lo menos la Canon de Jaime tendría un buen uso póstumo. Aunque pensar en ello la entristeció, Lúa sintió esa energía especial que

siempre la acompañaba cuando seguía rastros que llevaban a una buena historia. Quizá no fuera una periodista ejemplar en todos los ámbitos, pero no cabía duda de que su arrojo y decisión representaban lo mejor del periodismo de verdad. Lúa tenía miedo, pero comprendía que la alternativa a no sentirlo era morirse como periodista, hibernar en el escritorio con noticias ramplonas y, con ello, renunciar al reporterismo auténtico que llevaba en la sangre. Lo tenía claro: prefería correr riesgos y atisbar el triunfo del trabajo espectacular y bien hecho a pasar por la vida como una sombra.

Cuando llegó a As Xubias, levantó la cabeza y miró las altas vallas que cercaban la obra de la urbanización. Habían derribado todo el antiguo y pintoresco pueblecito pesquero y ya no quedaba nada del pasado, salvo vallas de madera y metal y edificios modernos, horribles, con forma de cubo. Se dio cuenta de que no iba a ser fácil colarse allí, y además, con toda certeza, tenían guardias de seguridad por todo el perímetro. De todos modos, tenía una idea. Solo faltaba que resultase productiva. Cuando era pequeña iba muchas veces a jugar a aquella zona y recordaba perfectamente que en la vía

del tren que corría paralela a la obra había una caseta de los operarios de mantenimiento, construcción que seguía en el mismo sitio que antaño, medio derruida, pero que nadie se había molestado en derribar del todo. Era de lo poco que se había conservado de la zona, al pertenecer a RENFE. No era muy alta. Recordó que tenía unas escaleras herrumbrosas por las que subían ella y sus amigos para jugar y luego lanzarse al agua. Por allí seguro que encontraba una buena atalaya para acceder dentro de la obra. Además, la niebla taparía cualquier movimiento extraño.



Pedro Mendiluce bajó al garaje donde tenía todos sus vehículos de colección y escogió el más moderno. Un Mercedes SLS AMG con alas de gaviota que había comprado unos meses atrás. Una maravilla de color plateado que lo volvió loco nada más verlo en un fugaz viaje a Alemania. Necesitaba conducir de inmediato para relajarse. Dar una vuelta con el coche, ir al yate a pasar la noche, rodearse de lujos y silencio. Completamente solo. Un poco de tranquilidad. La visita de Javier Sanjuán lo había desestabilizado por completo.

Hasta tal punto que notaba las manos temblorosas y la frente casi ardiendo. Sin embargo, cuando olió el aroma de la tapicería de cuero negro y observó aquel salpicadero iluminado, digno de un Boeing, se calmó de inmediato. Respiró hondo y se puso los guantes de cuero con parsimonia. Aplazó sus ganas de fumarse un puro. No quería atufar de humo el espléndido aroma del vehículo recién estrenado.

Había dado órdenes estrictas de que nadie lo molestase, a menos que fuese algo muy grave o un cataclismo de proporciones insólitas. Miró el Rolex Oyster: eran las dos de la madrugada.

Encendió el coche y el rugido del motor lo hizo suspirar de placer. Aquello era mejor que un buen polvo con una oriental virgen de quince años.

Cuando empezó a rodarlo por la carretera, las potentes luces antiniebla apenas podían abrirse paso para ver el asfalto. Mendiluce no aminoró la velocidad. Se sabía el camino de memoria. Luego llamó a Sebastián Delgado con el manos libres.

—Sebastián. Buenas noches.

Delgado había contestado al teléfono completamente desnudo, en pleno fregado sexual, dejando a Raquel atada con unas esposas a una silla con y una

evidente erección que apuntaba sin rumbo fijo, como el cañón de un revólver en las manos de un desquiciado.

—Jefe... yo...

—Me importa un carajo lo que estés haciendo, Delgado. Si estás tirándote a Raquel, que se fastidie. Ya seguirás después. Ahora quiero que me escuches muy bien. La fiesta de mañana... ¿Cómo va todo?

—Va fantásticamente, jefe. — Delgado ya no se asombraba de cuánto lo conocía Mendiluce; desde que entrara a trabajar para él le había dado mil pruebas de que no podía engañarlo ni

mentirle, porque siempre acababa averiguándolo—. Ya tengo a todas las chicas reclutadas y disponibles. Y la mayoría de los invitados ha confirmado su asistencia.

—Bien. Muy bien. Pero hay que cambiar un par de cosas.

—Dígame, jefe.

—El lugar. No quiero que sea en mi casa de Mera. Tenemos a los maderos todo el tiempo cerca, tocándonos mucho los huevos, Sebastián. Avisa a todo el mundo cuanto antes y como sea. La fiesta de mañana se va a celebrar en el chalet de Bergondo. No está tan bien acondicionado, pero no importa. Hay

sitio y el lugar es hermoso. Quiero que instalen una carpa en el jardín. Y si hace falta, llevas a la gente en autobuses, ¿de acuerdo? Empieza ahora mismo a trabajar. Mañana lo quiero todo listo. Yo estaré en el yate. Si hay algún problema me llamas por el teléfono B, ¿Ok? No quiero que nadie me moleste. Ya me entiendes.

—Sí, jefe.

Cuando Delgado se vistió y salió por la puerta de casa, Raquel intentó liberarse de sus cadenas agitando sus muñecas de forma infructuosa. Luego gritó con rabia, insultándolo. Aquel cabrón la había dejado desnuda y atada

a la silla, en una postura realmente incómoda. Encima, no dudó en chulearla desde la puerta, el hijo de puta.

—Vete pensando en todas las guarradas posibles que quieres que te haga, ahí sentada hasta que yo vuelva, Raquelita. No te preocupes, no tardaré mucho. No te me escapes, ¿eh?



Lúa caminó por la vía del tren hasta llegar a la desvencijada caseta. Se aupó con fuerza hasta alcanzar el primer peldaño y luego subió las escaleras oxidadas con mucho tiento. Las finas gotas húmedas hacían que sus manos no

se sujetaran con fuerza en la resbaladiza barandilla metálica, y cuando perdió pie y estuvo a punto de caer, el corazón se le subió a la boca en un segundo. Al fin consiguió trepar hasta el tejado a dos aguas de la caseta, lleno de tejas de pizarra medio sueltas e inestables. Se sentó con cuidado y apuntó con su linterna hacia la valla de obra. No tendría demasiado problema en rebasarla, la dificultad estaba en caer sana y salva al otro lado.

Poco a poco fue deslizándose hasta el borde de la valla metálica y asomó la cabeza. El haz de luz iluminó un montón de sacos de cemento, apoyados y

apilados, que subían aproximadamente hasta la mitad. A su juicio, podría caer desde allí sobre los sacos y no hacerse demasiado daño...

Intentando no deslizarse por las tejas de pizarra, Lúa se colgó poco a poco del borde de cemento hasta que sus piernas rascaron la pared, intentando lograr algún apoyo en los antiguos ganchos de metal y vidrio que en su época habían sujetado los cables de la luz. Cuando logró la estabilidad, se agarró a los asideros de metal con fuerza y descolgó su cuerpo hasta la valla, dejándose caer a continuación sobre los sacos de cemento, formando una nube de polvo

gris.

Durante un rato, Lúa se quedó allí sentada, jadeante, tosiendo por culpa de las partículas de cemento. Repasó su anatomía y constató que todo estaba en orden, salvo un pequeño dolor sordo en el trasero. Luego se levantó con sigilo y apagó la linterna. No quería anunciar su presencia tan pronto.

Intentó acostumbrar sus ojos a la oscuridad. La niebla seguía sin disiparse y apenas podía ver la estructura de vigas y cemento de los edificios y adosados en construcción aquí y allá. Lo primero que hizo fue buscar alguna escalera en las inmediaciones. Cerca había una pequeña

escalera de mano de aluminio, muy ligera: la colocó sobre los sacos de cemento y constató con alivio que llegaba hasta la parte del muro sin mayor dificultad. Tenía que preparar la huida para no perder demasiado tiempo, por si ocurría algún imprevisto.

Sacó del bolsillo un plano que había confeccionado conjugando la información que sacó del despacho de Mendiluce con los datos del profesor José Dorado y encendió la linterna, escondiéndola debajo de su cazadora. Lanzó una ojeada a su alrededor y se dirigió con decisión hacia la derecha. Si estaba en lo cierto, por allí tendría que

estar la obra del parking.

• • •

—*¡As cuarenta, ostia xa!* —Uxío golpeó la mesa con ademán triunfal. Aquello era definitivo. Iba a joderlo vivo. Estaba imparable.

—*¡No me jodas, cabrón! ¿Otra vez?* —Óscar soltó un par de juramentos más y terminó de fumarse lo que quedaba de colilla del cigarro. Luego miró los cincuenta euros que había sobre la mesa y calculó con la mente los puntos que tenía en su montón de la baraja. Aquel hijoputa siempre lo desplumaba cuando les tocaba pasar la noche en el mismo

turno de vigilancia en la urbanización. Uxío cogió la botella de whisky y se sirvió otro chupito para celebrar su triunfo.

—¿Quieres más licor, neno?

—Venga. Otro poco. Aún nos quedan cinco horas de guardia. Nos da tiempo de sobra de coger el punto y bajarlo después.

Los dos apuraron sus chupitos, ajenos por completo a la sigilosa sombra que se movía rápidamente, rompiendo la monotonía de las cámaras borrosas de la sala de pantallas situadas justo detrás de la mesa en donde estaban jugando los dos vigilantes.

Lúa sintió todo su cuerpo lleno de sudor, y por un momento pensó que cualquier ruido mínimo que hiciera iba a escucharse como un cañonazo, pero se obligó a centrarse en lo que tenía que hacer segundo a segundo y volvió a retomar el control. Se deslizó con agilidad por un hueco que había debajo de la verja cerrada que protegía la entrada del aparcamiento subterráneo. Luego, encendió de nuevo la linterna y buscó algún lugar que le resultara sospechoso de esconder algo. La luz provocaba en las paredes silenciosas enormes sombras chinescas amenazantes que asustaron a la periodista, pero de

nuevo se negó a dejarse llevar por su imaginación desbocada. Se paró al escuchar el ruido que hizo una gran rata con sus repugnantes zarpas al detectar su presencia y escapar corriendo. Luego caminó despacio hacia un túnel de cemento y ladrillo que parecía sin terminar. Se asomó y vio unas rudimentarias escaleras formadas por ladrillos incrustados y no dudó en bajar por ellas.

Había bajado unos cuantos escalones con mucho cuidado e iluminando cada paso con la pequeña luz, cuando se encontró de narices con una pesada puerta de metal cerrada a cal

y canto. La empujó con todas sus fuerzas, pero le fue imposible moverla. No había forma de abrir aquello. Alumbró las jambas a lo largo hasta que encontró un panel con botones: sin duda la clave para abrir la puerta.

Se apoyó en la pared contraria para pensar durante un momento. No había llegado hasta ahí para abandonar al primer contratiempo. Nadie ponía una puerta de seguridad como aquella si no había nada que esconder detrás. ¿Cuál sería la combinación adecuada para abrirla? Había diez números, las posibilidades eran infinitas...

El Artista se despierta en medio de la noche, confuso. Muerto de calor, retira la sábana y el edredón y se da la vuelta, intentando conciliar el sueño.

Al cabo de unos minutos desiste y se levanta de la cama. Va a la cocina y prepara un café en la cafetera italiana. Enciende su portátil. Al cabo de un rato, asiente con complacencia. Una serie de fotografías de Lidia Naveira aparece en la pantalla del MacBook. En esas fotos,

Lidia está viva, atada, amordazada, desnuda. Una cuerda atenaza su garganta con fuerza. Sus ojos verdes, aterrados, suplican piedad.

Sonríe y toma un sorbo de café. Su dedo toca la pantalla, recorriendo el contorno de la imagen con deleite. Luego busca en su mochila el cuaderno de dibujo. Coge un carboncillo y se dispone a dibujar con maestría. Luego retoca con sanguina. Y al final, le da una pequeña nota de color con pastel.

En Matogrande, en el coche camuflado, los dos agentes se encontraron totalmente perdidos en un momento.

—Dónde se ha metido? —Garcés cerró los puños, frustrado, mientras se elevaba en el asiento del Seat para ver mejor la calle—. ¡Joder, nos ha dado esquinazo en cinco minutos!

—¡Qué cabrita... Se metió en el *pub* para despistarnos y luego salió como una exhalación! —Su colega femenina, Isabel, sonrió para sus adentros. Aquella periodista era una verdadera lagartija, y eso le gustaba mucho—. Seguro que ha

salido del barrio. Vamos a dar una vuelta a ver si localizamos el coche por ahí, no será difícil. No hay muchos Toyotas de ese color, ámate.

—Como la perdamos, la inspectora Negro nos cortará la cabeza, verás.

• • •

Lúa estuvo a punto de desistir y buscar por otro lado, pero su intuición martilleaba una y otra vez en su oído, como un Pepito Grillo insistente. Allí detrás había algo. Lúa conocía de sobra las construcciones de los parkings como para saber que ninguno guardaba los útiles y los bloques de piedra detrás de

una puerta de alta seguridad. Se estrujó las meninges con fuerza. Ya que había llegado hasta allí, tenía que arriesgarse.

«Joder, la agenda de Pedro Mendiluce». Lúa recordó de repente que el día en el que pudo colarse en el despacho del empresario, fotografió parte de la agenda que tenía encima de la mesa. Una de las páginas tenía un listado de números que podría coincidir perfectamente con una clave. O podía también ser cualquier cosa, pero no tenía nada que perder. Sobre todo porque en la misma página había escrito una palabra subrayada: «Yacimiento». Intentó recordarlos, pero no fue capaz.

Se acordó de que se la había enseñado al gafapasta para ver si aquellas cifras tenían algún significado. Le había contestado algo así como «Si cualquier clave o sucesión de números tuviese algún significado oculto yo lo sabría, muñeca, soy un as para las cifras».

«¿Estará Jordi despierto a estas horas?», se preguntó. Seguro que se acordaba de los números, estuvo un buen rato dándole vueltas al asunto sin sacar nada en claro. Sacó el móvil del bolsillo y lo llamó. A los pocos segundos, la voz dormida y pastosa de Jordi contestó al teléfono.

Lúa habló bajito para que el eco del

túnel no proyectase su voz demasiado lejos.

—Jordi, tienes voz de resaca.

—¿Lúa? ¿Eres tú? Estaba durmiendo, joder.

—Perdona, pero te necesito urgentemente. ¿Te acuerdas de las cifras que te enseñé el otro día, las de la agenda de Mendiluce?

—¿Dónde coño estás? Te oigo fatal. Parece que estés metida dentro de una cisterna. Qué decías de Mendi... ah, sí. Los números de la agenda. En los que ponía «Yacimiento».

—Ahora no puedo explicarte donde estoy —Lúa susurró, apurada—.

¿Cuáles eran las cifras, te acuerdas? Por Dios, Jordi, ¡espabílate! ¿No ves que no hay tiempo?

—Espera un momento, mujer, no seas impaciente. Déjame unos segundos, que me duele mogollón la cabeza. Si no recuerdo mal, primero había uno ocho. Luego un cinco. Luego dos sietes, y luego otro ocho. Creo que era algo parecido... No me acuerdo bien, princesa, aún me dura el efecto cubata.

—Gracias, Jordi. Luego te llamo. Tengo que dejarte.

Lúa cruzó los dedos mentalmente. Sabía que Jordi tenía una memoria espectacular, pero aun así era consciente

de que ese intento era un tiro al aire, y en ese momento no tenía otra opción que confiar en que esa fuera la clave y que Jordi la recordara correctamente. Aguantando la respiración, marcó las cifras que le había dictado el becario. Esperó unos segundos. Luego, una luz roja empezó a parpadear en la parte superior de la puerta y esta se abrió sola, con suavidad, lentamente.

Lúa no tuvo tiempo de celebrar su ingenio: iluminó con la linterna el interior de la enorme estancia llena de polvo y abrió la boca de asombro. Dentro de la habitación, totalmente cubierta por plásticos blancos, el haz de

luz dejó ver una vasija trabajada con esmero que reflejó el foco con un chisporroteo dorado. Detrás, al fondo, entre un montón de fardos embalados, dos figuras femeninas, estáticas, a tamaño natural, la miraron con inquietantes ojos pálidos de mármol. Lúa avanzó despacio y pudo ver que el suelo estaba acordonado por zonas. A la derecha, un montón de platos y vasijas estaban a punto de ser envueltos y numerados. Sacó la cámara y empezó a hacer fotografías con celeridad. No quería que nadie la sorprendiera allí dentro. Pensó que tenía la exclusiva del año: se hallaba en el medio del

yacimiento romano que habían descubierto los obreros de Pedro Mendiluce y que había denunciado el catedrático en Arte Clásico José Dorado. Cuando los de Patrimonio se enterasen, el escándalo iba a ser mayúsculo.



Uxío se levantó para ir al baño. Se estaba orinando después de las cervezas y los chupitos de whisky de la partida de cartas. Al pasar por delante del panel de seguridad, se fijó en que una de las luces que indicaban el estado de la puerta de entrada al yacimiento, la que les habían

indicado que vigilasen con más celo, estaba parpadeando.

—Coño, Óscar. Una de las puertas de acceso al yacimiento está abierta, fíjate.

—Es imposible. Hace una hora que hice la ronda y esa puerta estaba perfectamente cerrada, como debe ser.

—El vigilante se levantó y cogió la pistola que había dejado encima de la mesa; un arma que era ilegal llevar pero que Mendiluce le había exigido que portara; quería que uno de ellos pudiera echar mano de fuerza letal si las cosas se complicaban—. De todos modos, voy a echar un vistazo. Seguro que es un

fallo técnico, no tengo constancia de que esta noche fuese a venir ninguno de los arqueólogos. Los únicos que saben la clave son ellos y los jefazos. Dudo mucho que haya podido entrar alguien.

Uxío acercó su cara a las pantallas, fijándose especialmente en las que mostraban diferentes puntos del yacimiento.

—Mira las cámaras de la excavación. ¿No ves algo moviéndose por ahí? ¿No ves una luz?

Óscar asintió, sintiéndose de repente muy agobiado. La agradable embriaguez del licor se le pasó en un segundo.

—Joder, sí, ahora que lo dices, ahí

hay alguien. Está moviéndose hacia el pozo, hostia. ¡Vamos, corre! Apúrate y coge la pipa. Antes de que se nos escape.

• • •

Lúa pasó a la siguiente sala moviéndose con mucha cautela. En el medio había una enorme excavación, una especie de pozo de varios metros de ancho y no muy profundo. Observó unas escaleras de metal que llevaban al fondo y, sin pensarlo, empezó a bajar escalón a escalón, con la linterna sujeta entre los dientes. Cuando llegó al fondo observó que todo estaba tapado con gruesos

plásticos. El camino practicable se señalizaba con cuerdas sujetas a pequeñas estacas de madera clavadas en la tierra.

Levantó uno de los plásticos con la punta de los dedos, llena de curiosidad. Reprimió un grito cuando las cuencas vacías de una calavera le devolvieron la mirada. Se armó de valor y enfocó con la linterna. Había huesos aquí y allá, ennegrecidos y sucios de tierra. Aquel tétrico lugar era una especie de cementerio. Sin darse un segundo para pensar en lo horrible del lugar, apuntó con su cámara y disparó docenas de veces, frenética, pero procurando

mantener el pulso firme.

Después consideró que ya había visto todo lo necesario y empezó a subir la escalera rápidamente. No era una mujer aprensiva, pero la visión de los restos humanos le había encogido el corazón. Estaba muerta de miedo. Cuando llegó arriba, se sentó en el borde y respiró hondo para calmar el corazón acelerado. Fue entonces cuando escuchó el ruido de pasos que se acercaban hacia donde ella estaba.

«Joder, joder, joder. Viene alguien». Lúa se levantó y apagó la linterna. Luego se escabulló hacia una cavidad en la sombra, justo a tiempo de ver dos

focos de luz que entraban por el otro lado de la excavación. Se apretó contra la pared rugosa todo lo que pudo, rezando porque no la descubriesen. Cuando escuchó dos voces masculinas, se encogió todavía más en la oscuridad. También era mala suerte...



Garcés movió la cabeza, desesperado. ¿Dónde se había metido aquella periodista endemoniada?

Isabel sacó un chicle de menta de la guantera y empezó a mascar con fuerza. Acababa de dejar de fumar hacía un mes y aún sentía los efectos del mono.

—¿Ves el coche por alguna parte?

Por aquí no está.

—Nada. Vamos a llamar a alguna patrulla. Tenemos que localizarla. No me gusta nada esta situación. Esa chica nos ha dado esquinazo a propósito, no me extrañaría que fuese a meterse de lleno en algún lío. Ya lo dice su padre, es una inconsciente.

—¿Su padre? ¿Lo conoces?

—¿Quién no conoce a Manuel Castro? Por favor, Isabel. Fue toda una institución en la comisaría, ahora está en segunda actividad. Por eso, con más razón, tenemos que encontrarla. No la podemos perder así como así.

Lúa tuvo una idea. No podía arriesgarse a que la pillaran con la cámara de fotos llena de material comprometedor. Con sumo cuidado, cambió la tarjeta de memoria de la Canon por otra de repuesto que tenía en el bolsillo. ¿Dónde podía guardar la buena? ¿Dentro del sujetador? Sí. Allí nadie iba a meter la mano, eso seguro. Luego esperó a que las voces se alejaran para salir de su escondrijo y correr hacia la salida con toda la rapidez que le proporcionaban sus piernas.

Lúa avanzó precipitadamente, casi

sin ver el camino. Solo quería correr, correr sin freno hacia donde ella creía que estaba situada la salida. Cuando tropezó y se le cayó la cámara al suelo, ni siquiera quiso darse la vuelta para recogerla.

—¿Has oído eso? —dijo uno de los vigilantes.

—Sí, ha sido por allí. Venga, vamos. Aquí se ha colado alguien, me cago en...

Lúa escuchó las imprecaciones de los dos hombres y pasos atropellados. Escondida detrás de una de las columnas del inacabado parking, intentó localizar de dónde llegaban las voces, pero no fue capaz. Miró a su alrededor. A unos

metros había una especie de puerta formada por tablones de madera mal sujetos. Parecía medio abierta, así que esperó unos segundos y luego se abalanzó sobre ella. A duras penas consiguió hacerse un sitio entre la hoja y la pared, pero consiguió salir de allí dejándose un trozo de cazadora y de piel en la punta de un clavo, un dolor que apenas llegó a sentir porque la adrenalina había invadido hacía tiempo su sistema nervioso. La niebla en el exterior del aparcamiento era cada vez más espesa, y Lúa no pudo encontrar una referencia para situarse. ¿Dónde coño estaba? Se desesperó. Había perdido

absolutamente la orientación.

—¡Mira tú quién está aquí! ¡Óscar, he encontrado al pajarito! —A su lado surgió la voz de un hombre, y Lúa notó cómo por detrás de ella una mano intentaba aprisionarla. Se revolvió con fuerza y empezó a dar patadas sin ton ni son, cogiendo por sorpresa al vigilante, que no esperaba un ataque tan fiero por parte de aquella chica que parecía tan poquita cosa. Lúa notó cómo el hombre se doblaba por la mitad con un bufido de dolor. Le había dado una patada en los testículos.

Ante la amenaza de la aparición del tal Óscar, Lúa empezó a correr como

una loca hasta donde creía que estaba colocada la escalera que significaría su salvación. No escuchó a nadie seguirla, así que al cabo de un minuto se tranquilizó y paró para intentar orientarse. Un respiro de la bruma le dio al fin una referencia: a lo lejos atisbó la sombra del Hospital Teresa Herrera y de los eucaliptos que lo rodeaban por detrás. Bien. Solo tenía que ir hacia el lado contrario de aquel en el que estaba...

Lúa avanzó rápidamente hasta que consiguió encontrar el montículo de sacas de cemento. Respiró aliviada y se aprestó a trepar por ellos hasta llegar a

la escalera de aluminio.

Cuando iba a iniciar la ascensión, escuchó, a pocos centímetros de su oído, el inconfundible sonido de un revólver al amartillarse.

—¿Adonde decías que ibas, guapa?

Capítulo 58. El cautiverio de Lúa

Viernes, 18 de junio

—Siento haberte hecho esperar. —
Delgado se dio cuenta de que la expresión de Raquel no presagiaba nada bueno. Parecía estar a punto de estallar una ciclogénesis explosiva—. Te lo juro... no sabía que iba a tardar tanto...

—Delgado acarició con suavidad los pezones erizados de Raquel, intentando calmarle el enfado.

—Eres un hijo de puta, Sebastián.

Podías haberme desatado antes de marchar. He estado más de dos horas esposada a una silla incomodísima. Pasando frío. No es lo que yo entiendo precisamente por una noche de pasión. Ni yo ni nadie en su sano juicio. Desátame, ahora mismo. ¡Cabrón!

Delgado sonrió, con los ojos brillantes de deseo ante el enfado de Raquel, que permanecía atada mirándolo con desprecio. No iba a resultarle demasiado difícil transmutar aquel odio en un buen polvo. Sabía perfectamente cómo tratar a las mujeres como ella: cuanto más fría, mejor, más receptiva al cabo de un rato. Ya se encargaría él de

poner aquel hielo al rojo.

Sebastián la cogió por el pelo y tiró hacia atrás la cabeza. Luego la besó, mordiéndole los labios con lascivia. Cuando notó los gemidos de Raquel, bajó su mano hasta el sexo y acarició el clítoris inflamado con la habilidad que daban muchos años de práctica.

• • •

Lúa intentó, una vez más, con todas sus fuerzas, soltarse las esposas que la tenían atada a una cañería de plástico, pero lo único que consiguió fue hacerse daño en las enrojecidas muñecas. Intentó adoptar una postura más cómoda y

respirar por la nariz. Aquellos dos animales la habían dejado atada, amordazada y encerrada en el baño de una de las casetas de obra el resto de la noche. Estaba muerta de sed y tenía unas ganas horribles de orinar, pero allí estaba, totalmente sola y abandonada a su suerte. Mierda. Había estado a punto de lograrlo, pero no pudo sino lamentar haber cometido un error mayúsculo al actuar con tanta precipitación. Lúa consiguió con alivio mover la pierna dormida para mitigar un poco el dolor. Intentó tranquilizarse. Analizar con calma la situación en la que se había metido. Que no pintaba nada bien, por

cierto.

Dorado tenía razón: lo que habían encontrado en Ártabra era algo único, extraordinario y muy valioso. Al no haber hecho público el hallazgo, el cabrón de Mendiluce mataba varios pájaros de un tiro: no tenía que detener la obra, y por tanto, perder millones de euros. Saqueaba la excavación sin control alguno del estado. Lúa se dio cuenta de que lo poco que había visto en su incursión podría alcanzar un valor incalculable en el mercado negro. A saber qué más habían encontrado. La estatua que vio en el despacho, por ejemplo. Mendiluce era un esteta y un

egoísta: quería disfrutar esos tesoros en privado, que fuesen solo para él. Se acordó de la tarjeta de memoria de la cámara que estaba escondida en el sujetador. Era fundamental que aquellas fotografías vieses la luz. Tenía que hacer algo con la tarjeta, protegerla. ¿Y si la registraban a fondo? Por el momento solo le habían quitado el teléfono móvil y las llaves del coche. Los seguratas acabarían encontrando la cámara que se le había caído cuando huía. Por lo menos, en la Canon ya no había ninguna foto comprometedor... ¿Y lo que había visto? Negaría haber visto nada. Pero la puerta de la excavación estaba abierta.

Lo mejor era decir que la encontró así. Que les cayera el marrón a los dos cabrones aquellos.

• • •

Delgado cabalgaba hacia el orgasmo como un poseso después de escuchar los evidentes gemidos de placer de Raquel, cuando sonó de nuevo su teléfono móvil.

—No lo cojas, joder, ni se te ocurra... —Raquel redobló su movimiento de caderas y clavó las uñas y las piernas en la espalda de Delgado para impedirle cualquier huida hacia el sonido que salía del bolsillo de su pantalón. Cuando al fin Sebastián cayó

casi inerte sobre ella, Raquel se giró hasta deshacerse del abrazo y cogió una botella de agua que había encima de la mesilla. Estaba sedienta. Delgado se dio la vuelta y se estiró con pereza. No tenía ninguna gana de levantarse.

—Contesta la llamada, gandul. — Raquel le pellizcó el brazo fibroso—. A ver si es algo del jefe y tú ahí, tirado como un fardo.

—¡Dios, cómo te gusta mandar! — Delgado se incorporó y buscó una cajetilla de Ducados para fumarse un cigarro—. Haz el favor de alcanzarme el móvil, está en el bolsillo del pantalón.

En ese mismo momento, el teléfono

volvió a sonar.

Cinco minutos después, Sebastián Delgado volaba escaleras abajo, colocándose bien la camisa, rumbo a As Xubias.

• • •

—Menudo par de torpes. Una periodista acampando en medio de la obra y vosotros... ¿qué cojones estabais haciendo mientras? —Delgado hablaba con un tono de voz apagado y amenazador que mantenía a los dos vigilantes firmes, en su sitio y bastante acojonados—. No os pago para que os pajeéis en los baños, hijos de puta. Este

garito huele a tabaco y a alcohol que tira para atrás. Os va a caer el pelo, imbéciles.

—Jefe, nosotros...

—Os he contratado porque me suponía que mantendríais una cierta seriedad en el trabajo. Pero veo que no.

—Sacudió la cabeza mientras los miraba con ojos helados—. ¿Cómo coño ha entrado esa chica aquí? Y lo que es peor... ¿cómo cojones ha entrado en el yacimiento? No me extrañaría que hubieseis dejado la puerta de seguridad abierta de par en par. ¿Por qué no os pusisteis a repartir entradas fuera, como si esto fuese la puta cueva de Altamira?

Es lo único que os faltaba...

—Jefe, la pillamos con las manos en la masa. —Uxío se disculpó—. Se coló saltando desde una caseta que hay al lado de las vías del tren. Eso no ha sido culpa nuestra. Nosotros no somos quienes apilan las sacas de cemento justo debajo de...

—Eso a mí me importa tres cojones. —Delgado no estaba dispuesto a justificar ese error mayúsculo. Tanto él como Raquel habían puesto mucho trabajo para sacar un buen pellizco de todo el asunto, algo que Mendiluce había aprobado, porque a esas alturas un poco más de dinero no era la principal

de sus obsesiones. Solo les había exigido que no la cagaran—. Tenéis cámaras por toda la obra. Tenéis todo tipo de facilidades. Según vosotros, era totalmente imposible que alguien entrase ahí sin que os dierais cuenta. Y hay que joderse. ¡Una puta periodista de *La Gaceta* va y os roba la cartera!

Óscar intervino, intentando apaciguar a su jefe.

—Hemos encontrado su cámara. Se le cayó cuando intentaba huir.

—¿Cámara? No me jodas. ¿Encima la muy zorra sacó fotos? Lo que me faltaba.

—No le dio tiempo, jefe. La cámara

tiene un par de fotografías del parque de Eirís, algunos policías, poco más. No hay nada de hoy.

—Bueno. Dadme la cámara. Voy a mirarlo todo yo mismo. Y su móvil. De vosotros no me fío ni un pelo... ¿Dónde está ella?

—Está encerrada en la caseta de obra del fondo. La de los adosados. Amordazada y esposada.

—Bien. Cogedla ahora mismo. Antes de que vengan los obreros, hay que sacarla de aquí. Nos la llevamos en cinco minutos en el maletero de mi coche... Venga. Y ponedle una capucha O algo en la cabeza. Por si acaso.

Valentina se paró en la puerta. Contempló su café hirviendo en el vaso de plástico y luego miró de refilón a Javier Sanjuán, que charlaba animadamente con Isabel, la policía reclutada por Iturriaga para reforzar el operativo Cisne Negro, dentro de la sala de reuniones. Isabel, una joven agente riojana recién incorporada de la academia de Ávila, estaba estudiando tercero de Criminología y parecía encantada con la presencia de Sanjuán. Era una chica estupenda, una joven animosa y divertida. «Y además,

atractiva», pensó Valentina. Aunque no fuese precisamente una belleza clásica, con el pelo castaño crespo y la nariz aguileña, emitía unas vibraciones tan agradables que resultaba difícil que le cayese mal a alguien. Valentina sintió una pequeña punzada de celos al ver que Sanjuán parecía disfrutar de la conversación tanto como ella. Isabel escribió varias cosas que le había apuntado el criminólogo en su agenda antes de que fuera a los vestuarios a ponerse el uniforme.

Sanjuán vio a Valentina en la puerta y sonrió. Estaba ansioso por informarla personalmente de la conversación con

Mendiluce y de su éxito a la hora de conseguir el cuadro del Artista sin ningún tipo de problema.

—¿Quieres un café? ¿Bajamos a la cafetería? —Valentina había terminado el suyo casi de un golpe, y tampoco le haría ascos a un cortado de verdad, no de la máquina.

—Me encantaría. Así te cuento lo de tu amigo Mendiluce con pelos y señales.

Valentina movió la cabeza con admiración indisimulada.

—Javier, eres un verdadero encantador de serpientes. ¿Cómo te las arreglaste para que te lo entregara sin poner ninguna pega?

—Inspectora Negro... es solo cuestión de tener un poco de mano izquierda... —Sanjuán posó su mano imperceptiblemente en la cintura de Valentina para acompañarla fuera de la sala—. Tengo que confesar que no fue demasiado difícil. Cuando le conté lo del asesino en serie casi me lo envuelve para regalo... ¿Qué te parece?



Lúa notaba el suave vaivén del coche mientras viajaba, encogida, en el maletero del Mercedes de Sebastián Delgado. Estaba asfixiándose. Los hijos de puta no le habían quitado la mordaza,

y aunque no estaba demasiado apretada, lo estaba lo suficiente para que no pudiese respirar metida en un sito tan estrecho. Y encima le habían colocado una especie de tela sobre la cabeza para que no pudiese ver nada. Menos mal que no tenía claustrofobia... ¿Adónde coño la llevaban?

Delgado conducía el Mercedes negro por la sinuosa carretera de Bens con un rictus de preocupación en la boca. Miró por el retrovisor para ver si lo seguían aquel par de patanes que había contratado para la seguridad de la obra. Sí. Allí estaban. Menuda metedura de pata. Ese día debía de estar

borracho... Pero se los había recomendado un colega que le parecía de fiar. Y él siempre se fiaba de sus colegas.

Aún no se había atrevido a llamar a Pedro Mendiluce para comentarle la intrusión de aquella metomentodo dentro de la obra. Primero iba a encargarse de que ella le contara todo lo que había averiguado. Luego ya vería qué podían hacer con ella. Lúa Castro. El padre de aquella chica encima era madero, y además, amigo de su jefe. Un marrón de la peor especie. Y encima tenía que encargarse de todo lo de la fiesta del día siguiente. Avisar a las chicas que

faltaban de que se iba a celebrar en otro sitio. El catering. Los autobuses... Joder. Menudo día le esperaba. Pero lo peor iba a ser comentarle a Mendiluce lo de la periodista. Cuando la dejase encerrada a buen recaudo en su destino, dormiría un par de horas y, con calma, pensaría qué hacer. No era cuestión de precipitarse.



Valentina le dio *La Gaceta de Galicia* a Javier Sanjuán, abierta por la página donde estaba publicado el retrato robot de Héctor del Valle, a todo color y ocupando casi toda la plana. A Sanjuán

no le cogió de sorpresa. Por la mañana había visto en el comedor del hotel que el retrato salía también en las noticias de la televisión gallega.

—Me alegro de que Iturriaga al fin entrase en razón, Valentina. Enhorabuena.

—Era cuestión de tiempo. No era demasiado lógico tener en nuestras manos esta información tan importante y no utilizarla, ¿no te parece? —Valentina entrecerró los ojos. Luego lo señaló con un dedo acusador—. De todos modos, seguro que tú has tenido algo que ver en esto, Javier Sanjuán. Confiesa. Ayer cuando le llevaste el cuadro a la

comisaría lo dejaste bastante asombrado.

Sanjuán sonrió, complacido.

—Inspectora, por mucho que insistas, no pienso revelarte mis pequeños trucos para convencer a los inspectores jefe especialmente tozudos. Pero déjame un momento el periódico. Vi el retrato por la mañana en televisión, pero aún no he podido echarle un vistazo a *La Gaceta*.

—¿Tú crees que dará resultado? — La mirada de Valentina revelaba un cierto escepticismo—. Me refiero a lo de publicar el retrato. Este hombre es un verdadero camaleón. En el momento en

que lo vea, cambiará su aspecto por completo. Así, lo pondremos sobre aviso y será mucho más difícil de localizar.

Sanjuán leyó la noticia muy por encima y luego se fijó en la expresión de Valentina.

—¿Qué quieres que te diga? Por una parte tienes toda la razón. Vamos a ponerlo sobre aviso. Pero por otra, imagínate que alguien lo reconoce. Piensa. Si mató a Lidia y le envió el cuadro a Mendiluce —y no me cabe duda después de lo de ayer de que ese envío tiene algún significado, aunque aún no sepamos cuál es—, el Artista

debe de tener contactos, o conocidos en la ciudad. Además, así se sentirá amenazado por vez primera. Hasta ahora, ese hombre pensaba que podía actuar en todas partes con total impunidad. Pero será en este momento cuando se dé cuenta de que no lo tiene tan fácil como antes. Y puede que así cometa algún error.

Valentina suspiró y removió el azúcar del café.

—Eso es cierto. Es necesario mover ficha, aunque nos arriesgamos a que decida desaparecer para siempre...

—Mucho me temo que eso no va a ocurrir, Valentina. Lo sabes tan bien

como yo. Ya has visto con tus propios ojos lo que hace... y cómo disfruta con ello.

Valentina asintió. No quería pensar demasiado en el peligro que significaba aquel hombre si de verdad había vuelto a La Coruña.

—Por cierto, hay que subir ahora mismo. La reunión es importante. El equipo ha perdido esta noche a Lúa Castro y tengo que reconocer que estoy muy preocupada. Lo del anónimo no me ha hecho ninguna gracia.

—Lúa Castro ¿perdida? —Sanjuán volvió a sentir un pinchazo interno, como cada vez que intuía que el peligro

era inminente.

Valentina le explicó lo sucedido; cómo todo indicaba que Lúa había dado esquinazo a los policías que la seguían... aunque a lo peor había que contar con la posibilidad de que no fuera una desaparición voluntaria. Y entonces le habló de la visita de la periodista y de la carta que había recibido. Valentina se sentía culpable, quizá porque había sido muy crítica con el proceder de Lúa Castro, aunque sabía que ella había insistido en que llevara una escolta con todas las de la ley, lo que la periodista había rechazado de plano.

—En fin... —Sanjuán suspiró, mostrando una clara preocupación—. Confiamos en que Lúa sepa lo que hace, ya que ha sido ella misma la que se ha evaporado de la escolta encubierta que le pusiste; por lo menos da esa impresión. Por cierto... ¿te importaría enseñármelo, inspectora? Me refiero al anónimo...



El Artista calentó el agua en el microondas y luego metió la bolsita de té en la taza agrietada. Buscó algo para desayunar en la alacena. Encontró unas galletas abiertas y algo reblandecidas.

Pero no importaba. Le servirían igual. Luego fue hasta la sala y encendió el ordenador. Esperó los cinco minutos de rigor y llevó las galletas y la taza de té hasta la mesa en una bandeja de plástico.

Estaba satisfecho. Despejado. Hasta el momento, todo iba según lo previsto. El guión se cumplía de una forma tan férrea como si él mismo fuera el director de una obra de ficción. Se estiró y empezó a desayunar mientras leía la prensa. Alzó una mano despreocupada para coger una de las galletas hasta que la dejó sobre la mesa, anonadado.

Aquello era un golpe muy bajo.

Su retrato en la primera página de todos los periódicos. ¿De dónde coño había salido? ¡Qué rápidos habían sido! El nuevo inquilino de su piso... seguro que les había dado la descripción completa. ¿Y por qué habían averiguado que estaba en La Coruña? ¡Podía haberse ido a cualquier parte de este jodido mundo! ¿Habían conectado los crímenes de Inglaterra con el de Lidia? Eso no lo esperaba... Todo iba a ser mucho más complicado a partir de entonces.

El hombre al que llamaban el Artista perdió el control por primera vez en

mucho tiempo y tiró al suelo la bandeja con la taza de té y las galletas, lleno de ira. Luego intentó retomar el dominio de sus actos con mano de hierro. Respiró profundamente hasta tranquilizarse. Pocos segundos después, empezó a recoger todo con parsimonia.



Garcés expresó sus disculpas con aspecto abatido. No sabía cómo aquella chica se había dado cuenta del seguimiento. Lo habían hecho por el libro. Isabel asentía a su lado con la misma expresión compungida en su rostro pícaro y sus ojos color miel. El

resto del equipo ya se había acomodado en las sillas con pala de la sala de reuniones y miraban todos a los dos policías, que se veían ojerosos y muertos de sueño.

—Su padre es policía, Garcés. Y ella se las sabe todas. Es lista como un ajo, así que desde el primer momento debió de detectar el dispositivo y por eso se escabulló en cuanto pudo. — Carlos Larrosa intentó consolarlos.

—¿Fuisteis a su casa a ver si estaba allí? —preguntó Valentina.

—Estuvimos en todas partes, inspectora, hasta en el periódico esta mañana. Ni rastro.

—Bueno, por ahora, tranquilidad. Puede estar en cualquier parte. Luego la llamaremos, a ella o al periódico. Lo grave hubiese sido que le hubiese ocurrido algo delante de nuestras narices, pero si ella quiso escaparse, es su responsabilidad... en parte. Cumplimos con nuestro deber hasta donde fue posible... Aunque recibir un anónimo del Artista no es precisamente una buena noticia para nadie. Esa chica debería tener más cuidado. Y nosotros también... —Valentina no quiso seguir alarmando a su gente con el anónimo. Era muy pronto para pensar en que a la periodista le hubiese ocurrido algo

grave. Sin embargo, en su fuero interno, notaba un fuerte sentimiento de inquietud. Sacó de la carpeta varios folios con membrete de la policía y los dejó encima de la mesa—. Bien. Voy a comentar las novedades y luego nos pondremos con lo de la fiesta de mañana en casa de Mendiluce. Lo primero es decir que el cuadro ya está en el laboratorio. Ayer nuestro empresario favorito se lo donó a Javier Sanjuán de una forma... ¿cómo decirlo? ¿Generosa y altruista?

Larrosa levantó una ceja y no pudo por menos de apostillar.

—Sí, con la generosidad y el

altruismo que lo caracterizan. Menudo pájaro. Se cagó por la pata abajo, el cabrón, en cuanto supo que había un asesino rondando sus pertenencias.

—A ver si los del *CSI* logran averiguar algo de ese cuadro —continuó Valentina—. Por cierto, me ha llamado el inspector Evans para comentarme que los suyos están buscando ADN en el apartamento de Acton Town en donde vivía Héctor del Valle. Parece que el Artista limpió todo de forma exhaustiva, pero aun así esperan sacar algo. Si vivió allí durante una temporada, ha tenido que dejar rastros a la fuerza. ¡Ah! Luego cotejarán los rastros con los que hayan

podido encontrar en la casa de Floria. Aunque son bastante escépticos al respecto. Ese hombre no deja nunca nada detrás de él que pueda incriminarlo. Por cierto, ¿sabéis cómo entró en casa de Floria?

Los miembros del equipo negaron con la cabeza.

—Bien. Encontraron pétalos de rosa impregnados de cloroformo. Servant cree que se hizo pasar por el empleado de una empresa de reparto de ramos de flores... ella le abrió la puerta de su casa, él le ofreció el ramo de rosas... —
Valentina se detuvo un momento. Todo aquello era perverso hasta en los

detalles más nimios—. Otra cosa. Imagino que ya habréis visto todos esta mañana los medios de comunicación.

—Sí, inspectora. —Velasco le enseñó *La Opinión* y *El Ideal Gallego*—. Sale en todos los periódicos en primera página. Hasta en los gratuitos que reparten por la calle, eso es importante.

López sacudió la cabeza. No tenía demasiada fe en los retratos robot.

—Especialmente porque así nos llamarán cientos de jubilados que hayan creído ver al Artista en el medio del parque o comprando en el centro comercial... veréis. Vamos a tener un

montón de llamadas falsas.

Valentina se encogió de hombros.

—Sí, es cierto. Tendremos un montón de llamadas y correos y casi todos serán falsos. Siempre pasa, pero es necesario publicarlo en todas partes. Cuanta más gente lo vea, mejor. Bien. Velasco: ¿Podrías llevarle hoy durante el resto del día el retrato robot a tu amigo Adolfo Miñeiro, el galerista, y de paso pedirle que lo distribuya por ahí entre sus amigos? Llévale también fotos de los cuadros del Artista. A ver si reconoce el estilo. Aunque visto lo visto, nadie parece saber nada de él por los alrededores. Es desesperante.

Bodelón: quiero que te encargues de montar un sistema para filtrar las posibles llamadas que recibamos sobre el hombre del retrato. Recluta a algún policía que tengas por ahí de mano, y a Verónica, la auxiliar administrativo. Isabel y Garcés... a dormir un poco. Os necesito frescos y descansados. López... vete hasta la casa de Lúa Castro a ver si detectas algún movimiento. Sin llamar la atención, ten cuidado. Bastante la hemos cagado ya. Quiero a todo el mundo aquí a las cuatro de la tarde para preparar lo de mañana. Ya he quedado con los técnicos para montar el dispositivo de grabación en la fiesta.

Jordi observaba desde su silla el sitio vacío de Lúa con gran preocupación. Se había quedado intranquilo después de la llamada nocturna y la había llamado a primera hora, pero el móvil daba apagado o fuera de cobertura todo el tiempo. Miró la hora: eran las 10 de la mañana y ya tendría que estar allí sentada. Esperaría un rato más. Si no llegaba pronto tendría que ir hasta su casa. Lúa tenía en su cajonera una llave, guardada dentro de una cajita, por si algún día se la olvidaba dentro de casa o la perdía. Se lo había confiado a Jordi

desde la muerte de Anido, se fiaba de él.

Carrasco se acercó al becario con cara de pocos amigos.

—¿Qué sabemos de Lúa, Jordi? Tendría que estar aquí hace media hora. Acaba de llamarme la concejala de Urbanismo. Dice qué dónde se ha medito la periodista. Tenía una cita con ella a las nueve y media.

—¿Por qué tendría que saber yo algo de Lúa? —Jordi intentó salirse por la tangente.

—Porque al ser su esclavo, te suponía enterado del paradero de tu ama. —Carrasco disfrutaba atormentando a Jordi, un poco celoso de

que Lúa lo hubiera acogido bajo su protección—. Y porque tiene la maldita costumbre de no avisar a nadie cuando falta. Por eso te lo pregunto.

—La respuesta es negativa, director adjunto. No tengo ni la más remota idea de dónde puede estar Lúa Castro. Se habrá quedado dormida, yo qué sé... tendrá resaca...

—La resaca la vas a tener tú cuando le pida a la jefa de personal la carta de despido... ¿Te ha llamado?

—No. Repito. No tengo ni la más mínima idea de dónde está.

—Cuando hables con ella dile que dejar plantados a concejales del

Ayuntamiento no es el estilo que llevamos en este periódico. —Y se alejó, visiblemente enfadado.

Una hora más tarde, muy nervioso, Jordi llamó por teléfono a la policía. Quería hablar con la inspectora Valentina Negro.

• • •

—Levántate. Quieres ir al baño, ¿no? —Óscar la agarró de un brazo y la ayudó a incorporarse.

Lúa asintió con la cabeza. «Y también un poco de agua, por favor» pensó. Se moría de sed. Tenía la garganta en carne viva.

—Voy a soltarte y a quitarte la mordaza. Y pórtate bien. No quiero sorpresas. Luego te daré algo de comer. ¿Ok? No quiero oír una palabra. Estate calladita y todo irá sobre ruedas.

El vigilante procedió a desatarla y luego la acompañó al baño, que estaba en la misma habitación en donde la tenían confinada. Lúa se giró e intentó hablar con aquel gigante de pelo blanco, pero el hombre se limitó a señalarle el camino. Entró en el baño y cerró la puerta. Al fin. Estaba orinándose, no aguantaba más. Luego rebuscó en el sujetador hasta encontrar la tarjeta de memoria. Miró a su alrededor, tenía que

darse prisa. Luego la atarían de nuevo y no podría librarse de ella.

El baño era de reciente construcción y estaba sin acondicionar. Aún se veían los restos de cal y cemento en los azulejos sin limpiar. La habitación contaba con un retrete, un lavabo y una ducha que ni siquiera tenía cortinas. ¿Dónde podría esconderla?

—¿Te falta mucho? Vete terminando, bonita. Ya llevas un buen rato en el baño. —Óscar se impacientaba, a pesar de que solo llevaba allí dentro tres minutos.

Lúa se agachó al lado del lavabo y colocó la pequeña tarjeta azul en el

suelo. Había un hueco detrás del desagüe de cerámica. Palpó con cuidado y luego introdujo la tarjeta hasta que desapareció. Luego retiró la mano llena de restos de cemento y contestó a Manolo, abriendo el grifo a la vez para disimular.

—¡Ya voy, un segundo! ¡Ya he terminado!

Al salir, su vigilante le dio un botellín de agua y ella lo bebió casi de un golpe. Luego la empujó de nuevo hacia la habitación.

—Ahora te daré un bocadillo y luego te ataré otra vez. Venga. Date prisa. No tengo todo el día para

perderlo contigo.



Raquel se disculpó un momento con el concejal de Urbanismo y se retiró a una esquina para hablar con tranquilidad por teléfono.

—Dime, Sebastián. Ahora estoy muy liada.

—Raquel, tenemos un problema. Un marrón de los gordos. Lúa Castro, la periodista de *La Gaceta*... la han pillado merodeando por la obra.

Raquel bajó la voz.

—No me jodas. Te lo dije. Te dije que esa chica era un incordio. ¿Sabes si

ha visto algo?

—Según los vigilantes, no, pero no me fío un pelo de ellos. Son un par de incapaces. Lo importante ahora es que Pedro no se entere de que tenemos a la periodista. O nos meteremos en un buen lío.

—Sácale lo que puedas. Probablemente no haya visto nada, pero hay que asegurarse bien. Apriétale las tuercas a esa zorra. Luego hablamos, venga. Estoy con el de Urbanismo... ya me entiendes. Tengo que dejarte.

• • •

Valentina suspiró, aliviada. Por lo

menos en casa de Lúa no había señales de lucha o algo peor. Miró a Jordi, que parecía haber recobrado un poco de color después de haber abierto la puerta del apartamento y constatar que todo estaba intacto.

—Desde que Lúa recibió el anónimo con las fotos del cuerpo de Lidia, la verdad es que no me llega la camisa al cuerpo, inspectora. Y lo de hoy me tiene muy preocupado. Ella nunca falta al trabajo sin avisar, tiene que estar muy enferma para hacer algo así...

—¿En qué estaba Lúa metida, además de cubrir lo de Lidia Naveira?

—Estaba en lo de la urbanización

Ártabra. La denuncia del profesor Dorado, el supuesto yacimiento romano... Todo eso. Lo último que hicimos juntos fueron las fotos a la abogada de Pedro Mendiluce, Raquel Conde.

Valentina se volvió rápidamente hacia Sanjuán, que estaba curioseando entre los papeles que tenía Lúa en la sala de estar. El criminólogo miró por encima de las gafas al escuchar el nombre de Raquel.

—Entonces Lúa estaba investigando a Pedro Mendiluce... vaya, vaya. Qué sorpresa... —Sanjuán siguió mirando los documentos que estaban

desperdigados sobre la mesa, en desorden—. Lo que hay aquí parece muy sabroso: un estudio arqueológico sobre la posibilidad de la existencia de un yacimiento romano bajo el solar en el que están edificando una urbanización. Lo firma el profesor Dorado, catedrático en Historia Antigua... Era en esto en lo que estaba metida, ¿no?

Jordi asintió.

—Para el especial del domingo, sí. Iba muy avanzada, o eso me dijo. Íbamos a cagarnos por la pata cuando nos enterásemos de todo, esa fue la expresión que utilizó.

Valentina se tocó la barbilla,

mirando a su alrededor. Luego fue hasta la habitación y vio la cama sin deshacer. No había ni rastro de que hubiese dormido allí. En la cocina, ni un plato de desayuno. Ni una taza de café. Nada de nada. Luego fue hasta el recibidor. No vio el bolso ni las llaves. Ni el móvil.

—Creo que no ha dormido esta noche en su casa. Si hubiese salido temprano no habría dejado todo tan ordenado... ¿Sabes si tenía algún novio por ahí...? Ya me entiendes. Algún amigo...

—Yo solo conocía a Jaime Anido. Nada más. Lúa no suele tener

demasiados amigos. De todos modos, sí que pasó algo extraño. Esta noche me llamó. Serían las tres de la madrugada.

—No son unas horas muy normales para llamar a alguien por teléfono —dijo Valentina—. ¿Te llamó un par de horas después de que se escabuliese? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Se lo estoy contando ahora, ¿no? Yo tenía una resaca del copón, inspectora. Pero me acuerdo perfectamente lo que me preguntó. Hace unos días me enseñó un listado de números. Al lado estaba escrita la palabra «yacimiento». Me llamó para que le recordara los números. ¿Sabe?,

tengo muy buena memoria. Se los di y me colgó el teléfono casi al momento, hablaba muy bajo, y se oía fatal, como si estuviese dentro de algún sitio sin cobertura.

Sanjuán se apartó un momento y susurró a Valentina:

—Necesitaríamos ver el ordenador de Lúa Castro. A lo mejor ahí tenemos alguna clave de dónde pueda estar... Si llamó preguntando por esos números de madrugada, debía de estar metida en algún lío, muy probablemente en el yacimiento.

—De acuerdo. Pero tenemos que tener en cuenta también que puede estar

en poder del Artista, Javier. El anónimo... Recuerda lo de Sue. Primero, el anónimo... luego... — Valentina le contestaba también con un tono de voz bajo, no quería alarmar al becario, que parecía realmente preocupado por Lúa.

—Es cierto. El Artista... —Sanjuán asintió pensativo—. A decir verdad, a mí el anónimo me ha parecido un divertimento. Una forma de llamar la atención. No sé, honestamente... no me cuadra Lúa como víctima. No es... desde su punto de vista, la víctima idónea; Lúa es una mujer «honesta». No pertenece, que sepamos, a ninguna

organización sado, no participa en fiestas perversas, o por lo menos, no nos consta... no sé. ¿Tú qué piensas?

—Puede que tengas razón. Pero yo tengo que barajar todas las posibilidades. De todos modos, si llamó a Jordi por la noche, es necesario hablar cuanto antes con la compañía telefónica de su móvil. A ver si nos pueden localizar más o menos en dónde se encontraba en el momento en el que efectuó la llamada... y así podremos salir de dudas.

• • •

El vigilante tapó los ojos de Lúa con una

tela negra. Mientras permanecía atada y en silencio, sentada en una silla, no pudo evitar que la asaltara un temblor incontrolable, que dominó a duras penas. No quería que la vieran muerta de miedo. ¿Qué coño iban a hacer con ella?

A los pocos minutos, escuchó que la puerta se abría y oyó unos pasos. El ruido de las patas de una silla al ser arrastrada. Una voz nueva, de aire chulesco, con un ligero acento del sur de Galicia.

La bofetada casi la tira al suelo. Notó cómo le ardía la mejilla y se mordió los labios para no insultar a su

agresor con saña.

—No nos gustan las chicas que meten las narices donde nadie las llama.

La segunda bofetada acabó con Lúa en el suelo. Luego, una patada en el estómago la dejó sin respiración durante un momento. Permaneció encogida en posición fetal hasta que el hombre la obligó a levantarse incrustando los dedos en su brazo y la guió hasta la silla de nuevo.

Escuchó el ruido de un mechero, y el humo de tabaco negro inundó la estancia.

—Ahora vas a contarme todo lo que has visto, Lúa. —Ella se estremeció al

escuchar su nombre en aquella voz, cada vez más fría y más cruel—. O tendré que utilizar métodos más expeditivos que un par de golpes.

—¡Vete a tomar por el culo, cabrón! Además, no sé de qué me hablas. —Lúa no fue capaz de morderse la lengua. Al momento se arrepintió. Se dio cuenta de que su furia no le convenía en absoluto.

—Mmmm, qué palabras tan feas... y además, poco adecuadas para una periodista... —Lúa notó, aterrorizada, que el hombre le acariciaba la mejilla y luego bajaba por el cuello hasta el escote. Dejó la mano allí por un momento y luego siguió bajando hasta

acariciar la copa del sujetador. Ella se revolvió, furiosa. Sebastián Delgado retiró la mano y volvió a sentarse en la silla que había colocado enfrente de Lúa. Para su fortuna, ella no pudo apreciar la sonrisa de hiena que tenía pintada su captor en la cara—. No te preocupes, bonita. Esos humos no te van a durar mucho. Dentro de un rato estarás cantando absolutamente todo lo que yo te pregunte. Hasta dónde echaste tu primer polvo... y con quién. Así que empieza a contarme... ¿Qué viste en tu paseo nocturno por la obra?

• • •

Pedro Mendiluce respiró el aire del mar y escuchó con placer el entrechocar de los palos de los veleros en el puerto deportivo.

Encendió el móvil que había tenido apagado durante todo el día y se estiró ruidosamente en cubierta. Más relajado, tiró el resto del puro al agua y acompañó a la explosiva dominicana a la pasarela. El taxi ya estaba esperándola.

La niebla había desaparecido. Vio la torre de Control Marítimo, y a lo lejos, la luz intermitente del faro de Mera. Se preguntó cómo iría la preparación de la fiesta del día siguiente. Empezaba a

animarse: había organizado lo que él llamaba una «Fiesta bunga bunga», con sus mejores chicas y sus clientes más exclusivos. Menuda banda de cerdos, hijos de la doble moral más desvergonzada. Mejor para él. Todas aquellas orgías le servirían más adelante para tenerlos a todos cogidos por los huevos. Pagaban sus bajas pasiones con favores que a él le serían de mucha utilidad en el futuro para sus negocios más turbios. Imbéciles... Él jamás hubiese caído en una trampa tan obvia. No se daban cuenta de que la mayoría de ellos estaban en sus manos. Altos cargos, políticos influyentes,

empresarios, miembros de la curia eclesiástica, deportistas... Todos intentaban mantener una vida de intachable moral, pero luego se metían de todo y hacían lo que fuera por convertirse en unos degenerados en cuanto se cerraba la puerta de su casa y veían a un par de jovencitas contoneándose. Pero así era la naturaleza humana, tal y como a Mendiluce le gustaba reflexionar, quizá para sentirse mejor que sus clientes, al comprobar que su sinceridad y lucidez en comprender de qué iba la vida era lo que le daba una gran ventaja. Los demás eran débiles porque se ufanaban en

negar lo que eran; les gustaba sentirse seres inmaculados cuando asistían a recepciones o se miraban al espejo por las mañanas. Eso los condenaba ante tipos como él. Los seres superiores, los que saben juzgar la naturaleza humana y no piden perdón por ello.

Mendiluce bajó de nuevo y llamó a Sebastián Delgado. Quería verlo al momento. Saber si estaba ya todo listo para el día siguiente, los prolegómenos, los asistentes, los planes. Todo.

• • •

Irina lloraba en silencio en su apartamento. Estaba muerta de miedo.

No quería participar otra vez en una de aquellas fiestas horribles. No quería desnudarse nunca más delante de hombres mayores y babosos, ni tampoco follar con ellos una y otra vez. Y además, con un micrófono oculto... Pero era la única manera de salir de allí, tenía razón la inspectora. Sí quería tener una vida normal, un novio normal, solo había un camino, y ese camino pasaba por la fiesta del sábado por la noche.

Cogió el móvil intentando que no se le notara la voz llorosa. Era Narcia, una de las chicas que iban a ir a la fiesta, la rumana que más la había ayudado cuando entró en aquel mundo.

—Hola, Iri. ¿Cómo estás? ¿Preparada para lo de mañana? Ya sabes que vamos a sacarnos un buen dinero. Me han soplado que va a acudir un montón de peces muy gordos...

—Hola. Sí, preparada. Aunque creo que tengo un poco de fiebre. No sé, no me encuentro bien...

—Anímate, mujer. Tómate algo. Una aspirina, lo que sea. Vamos a pasarlo muy bien, verás. Tú piensa en el dinero y cierra los ojos con fuerza, como te dije en su momento. Además, van a pasarnos un poco de coca de la mejor, como siempre. Eso anima mucho. Por cierto... te cuento —Narcia puso voz de intriga

—, me han soplado también que la fiesta no va a ser en donde siempre. Vamos a cambiar de sitio. Creo que a un chalet en Pontedeume o en Bergondo, pero aún no lo sé seguro...

—¿Cómo? ¿No va a ser en la mansión? —Irina se alarmó.

—Parece ser que no. Están en obras o algo parecido. No sé, no importa. Pero bueno. Da lo mismo un sitio que otro. Lo único que me interesa es que esta vez van a darnos mucho dinero, Iri.

—Ya. Claro. El dinero... pero... ¿Cuándo piensan decírnoslo? Tendremos que saber adónde nos llevan, ¿no?

—En cuanto sepa algo, te llamo.

Pero mujer, si no vas a tener que ir en tu coche... van a llevarnos en un bus, tranquila. Cuídate ese catarro, o mañana no vas a tener perro que te ladre... Un beso, querida.

En cuanto Narcia colgó, Irina marcó con rapidez el teléfono de Valentina Negro.

• • •

Valentina frunció el ceño. La idea que había tenido Sanjuán de sonsacarle a Raquel Conde era buena. Ella era la última persona a la que Lúa entrevistó sobre el tema de la urbanización. Pero a la inspectora no le hacía demasiada

gracia que Sanjuán estuviese en contacto con su ex, una lagarta de la peor calaña. ¿Cómo podía haberse casado con una tipa así? Se veía a leguas que no era precisamente una persona honesta. No entendía a los hombres... ¿Era tan difícil ver la mezquindad si se interponían un buen cuerpo o unos bonitos ojos azules? Quizá sí...

A través del cristal de la puerta, Valentina vio a Velasco y a Bodelón comentar algún detalle de las notas y las fotografías que habían cogido de la casa de Lúa. La investigación de la periodista era amplia y algo caótica, pero la inspectora confiaba en que entre los dos

podiesen sacar algo en claro rápidamente de todo aquel maremágnum de datos que, a priori, no parecían llevar a ningún sitio concreto. Había enviado a López a la delegación de *La Gaceta* a echar un vistazo al ordenador del periódico, y de paso a preguntarle a Carrasco detalles sobre los últimos pasos de Lúa Castro.

Valentina miraba al informático que intentaba descifrar la clave del ordenador de la periodista. Estaba preocupada: desde que recibió la llamada de Irina comentándole que la fiesta de las putas no iba a ser en la mansión de Mendiluce, se había dado

cuenta de que el mecenas estaba con la mosca detrás de la oreja. Tendrían que averiguar dónde iba a ser la fiesta y trasladar allí el dispositivo. A ver si Irina conseguía informarlos pronto, les ahorraría un tiempo precioso. Sería un engorro tener que seguir al autobús de las chicas. Valentina esperaba también con impaciencia la llamada de Carlos Larrosa. Estaba intentando localizar al padre de Lúa, misión casi imposible hasta esos momentos. Justo aquel día le había dado por apagar el móvil. Estaba convencida de que el padre de Lúa podría ser de mucha ayuda, dadas sus conexiones con Pedro Mendiluce.

Sanjuán revisaba con tranquilidad toda la documentación que habían conseguido en la casa de la periodista. Una exclamación lo interrumpió.

—Ya está. Ya tengo la clave, inspectora. ¡Al fin! —El informático hizo un gesto de triunfo levantando los dos brazos al aire.

—Genial, Alfonso. Eres un *crack*. No sé qué sería de nosotros sin ti, de verdad. Ahora entra en los documentos, a ver qué tiene. Y en las fotografías — indicó Valentina.

Alfonso García empezó a buscar en los documentos de Lúa Castro. Pronto encontró una carpeta en la que ponía

«Ártabra».

—Imprímelo todo. No sabemos qué puede resultarnos de utilidad. Cuando lo tengas, dáselo a Velasco y a Bodelón para que hagan un barrido rápido.

Momentos después, cuando vieron las fotografías del despacho de Mendiluce, se miraron entre sí en silencio. Era cierto. Quizá Lúa Castro había llegado bastante más lejos de lo que era conveniente para su seguridad personal.

• • •

—Joder, Manuel. ¿Dónde coño te has metido? Tu hija ha desaparecido.

¡Coño! Te necesito aquí ahora mismo.
—Carlos Larrosa hablaba de modo imperativo.

Castro soltó una pequeña carcajada.

—¿Lúa? ¿Mi hija? ¿Desaparecida?

Estás de coña. Lúa desaparece cuando quiere. Yo no me preocuparía lo más mínimo. Estará pasándolo bien con algún novio nuevo o en casa de alguien, sin ánimo para hablar con nadie. Ella es muy suya. Además, lo de Anido la tiene todavía un poco aturdida, ya me entiendes.

—Manuel, por favor. Tu hija hizo esta noche una llamada y no se ha vuelto a saber nada más de ella. En su trabajo

están que trinan. ¿Es que no sabes que ha recibido un anónimo del asesino de Lidia Naveira? ¡Joder! Si te llamo por algo será, ¿no te parece?

Manuel Castro enmudeció durante unos segundos, y su semblante palideció.

—Es la primera noticia que tengo. No me había dicho nada.

—Y no solo eso. Está metida hasta el cuello en el asunto de Ártabra, Manolo. Y bien sabes a qué me refiero. Nos conocemos desde hace muchos años. Es tu hija, es igual que tú. No mide las consecuencias de sus actos. Hace siempre lo que le da la gana. Y además, mete las narices en todas partes con su

descaro habitual. Creo que su desaparición tiene más que ver con tu amigo Mendiluce y sus asuntos que con el asesino de Lidia, fíjate bien. Da igual: las dos cosas son bien jodidas. Elige.

Larrosa escuchó a su amigo resoplar por el auricular del teléfono.

—En un rato estoy ahí.



Lúa llora en silencio, sentada en el suelo de la habitación. Aquel hombre ha estado a punto de violarla. Y de torturarla. Menos mal que alguien lo llamó por teléfono cuando empezó a

contarle todo lo que le apetecía hacer con ella si no largaba lo que había visto allí abajo, en el yacimiento. «¿Has visto los huesos, Lúa? ¿Tuviste miedo? Los tuyos pasarán desapercibidos en el enterramiento...».

«Salvada por la campana, Lúa, pero solo por ahora. Tienes que hacer algo. O te matarán».

Lúa sabe que tiene que salir de allí como sea, pero no puede quitarse las esposas ni la venda de los ojos. Ni siquiera puede moverse. Su vida corre peligro.

*Ha subestimado a esa gente y
ha cometido un grave error.*

*Si por lo menos su padre
pudiese hacer algo...*

• • •

Manuel Castro se mesó los cabellos con desesperación al descubrir el follón en el que se había metido su hija. Miró a Larrosa y a Valentina Negro, y después se dirigió a Iturriaga con la voz agarrotada en las cuerdas vocales. Todavía era policía, pero destinado en segunda actividad, fuera del tajo, aunque siempre al cabo de la calle de todo lo que sucedía. Su figura en la policía fue

siempre controvertida. Por una parte, algunos nunca le perdonaron que se llevara bien con Mendiluce y sospechaban que en alguna ocasión le había ayudado dándole información privilegiada. Por su parte, el padre de Lúa nunca había negado esa amistad, ¿para qué? Eran del mismo pueblo y se conocían desde niños. En cierto sentido, ambos eran parecidos, y en parte Castro envidiaba a Mendiluce, aunque él nunca había llegado a poner su ambición por encima de sus tareas importantes; eso sí, algún regalo de su amigo de vez en cuando, pero... ¿eso a quién coño le importaba? Otros, en cambio, lo

defendían, y estaban dispuestos a jurar que nunca se vio que dejara tirado a un compañero.

—No tenía ni idea de que Lúa estaba investigando los negocios de Mendiluce. Nunca me cuenta nada del trabajo. Lo último que supe fue que se encargó de cubrir lo del asesinato de esa chica, nada más. Y también me enteré de la muerte de su novio, el fotógrafo. Yo creo que eso la ha trastornado un poco. Lúa nunca llora, ¿saben? Parece muy fría, pero no lo es. Y cuando la vi después de la muerte de Anido parecía más entera que nunca. Y eso me preocupó... — Castro hablaba con total sinceridad,

desconcertado; si Lúa estaba investigando a Mendiluce, ¿cómo era que este no le había llamado para discutir el asunto? Sabía que su amigo no dañaría a su hija, y si era capaz de hacerlo, entonces era que Pedro Mendiluce no lo conocía en absoluto, porque en ese caso... iría a por él.

—Manuel. —Larrosa le puso la mano en el hombro y lo miró con algo parecido a la compasión mezclada con dosis de irritación—. Vamos, eres muy amigo de Pedro Mendiluce. Y conoces a muchos de los que se relacionan con él. Por Dios. Reacciona.

—Carlos, soy amigo de Mendiluce,

en efecto. Pero tampoco soy tan amigo como piensas... ¡Joder! ¡No me cuenta cada cosa que hace! —Aunque no lo pretendió, su voz sonó a disculpa.

Larrosa lo agarró por el brazo y lo llevó a un aparte.

—Me da igual el nivel de amistad que le profeses, Castro. En eso no voy a meterme. Pero no me tomes por tonto. Haz el favor de darle un toque a tu amigo. Pregúntale. Averigua de qué pie cojea. —Miró a Iturriaga de soslayo y luego se encaró seriamente con él, susurrando con fiereza—: Ya sé que destaparía muchas cosas que no quieres que se sepan, pero creo que eso ahora

importa bien poco. ¿No crees?

Castro lo miró largamente. Conocía a Larrosa desde hacía muchos años y supo leer en sus ojos que llevaba tiempo guardándose aquello dentro, con dolor. Tenía razón en sentirse así. Cuando Larrosa investigaba a Mendiluce, él le había ayudado a escurrir el bulto. Pero eso no significaba que no le importara su hija, ni mucho menos. Solo era que la vida le había enseñado a ser prudente.

—¿Y si mi hija está en las manos del asesino de Lidia? ¿Y si no es Mendiluce el que la ha raptado?

—Coño, Manuel. Acaban de llamarnos de Movistar y nos han dicho

que la última llamada que hizo de madrugada fue desde el entorno de As Xubias. Más o menos, el punto exacto no pueden saberlo, pero el margen de error era bastante corto. Lúa estaba en Ártabra, metida hasta el cuello en sabe Dios qué. Las ruinas del parking, dice la inspectora. Hemos encontrado documentación en su casa.

—Está bien. Voy a hablar con él ahora mismo. A ver qué me dice... Luego, dependiendo de lo que me cuente, me pondré en contacto con un par de topos que tengo de mano. Está claro que quien le hace el trabajo sucio a Pedro es su esbirro... Así que habrá

que profundizar por ahí. —Lo miró a los ojos, sin más, proyectando toda su alma en ellos—. No soy tan cínico como piensas, Carlos. Hay muchas cosas que no sabes... Además, Lúa es lo único que me queda en el mundo. ¿Qué crees? ¿Que soy un desalmado? Siempre he sido un buen padre para ella. Y sigo siendo un buen policía, a pesar de todo. Haré todo lo que sea necesario para encontrarla. Tenlo bien claro, Carlos. Tú y los demás. Tenedlo bien claro.

• • •

—Sebastián. Voy a hacerte una pregunta. Y contéstame, por favor, con

total sinceridad.

Delgado notó el tono severo de su jefe a través del móvil, y empezó a temblar.

—Dígame, jefe.

—Acaba de llamarme Manuel Castro. Mi amigo. El Policía Nacional que me filtra la información. Bien. Me ha dicho que su hija, Lúa Castro, ha desaparecido. Ya sabes... la periodista de *La Gaceta*.

—¿Desaparecido? ¿Y qué tiene que ver esa chica conmigo? Jamás la he visto, creo yo...

—Me ha dicho su padre que estaba investigando lo de la urbanización. Ya

me entiendes... Por teléfono no quiero hablar de eso. Pero solo te voy a preguntar una cosa, y una sola vez. ¿La tienes tú? ¿Sabes algo de esa chica? Porque como sea algún problema tuyo, Sebastián, y no me lo hayas dicho, te prometo que esta me la pagas.

—Joder, Pedro. Me conoces desde hace muchos años. Sabes que no es mi estilo... Yo no hago desaparecer a mujeres. Esa chica estará por ahí, de pendoneo con algún novio. Como todas las chicas de ahora.

• • •

En cuanto terminó de hablar con Javier

Sanjuán, Raquel salió del despacho y cerró la puerta blindada con doble vuelta. La policía sabía algo del tema Lúa Castro, no cabía duda. Si no... ¿por qué la había llamado su ex para preguntarle, con su voz seductora y su encanto más azucarado, si tenía alguna idea de dónde podía estar la periodista? Sabían que la última entrevista que hizo fue precisamente a Raquel Conde, abogada de Pedro Mendiluce, y la letrada que se encargaría de la defensa en el posible juicio sobre el maldito yacimiento. El yacimiento de los cojones. Mendiluce se habría ahorrado muchos problemas si hubiese dejado

seguir el procedimiento habitual. Después de esquilmarlo de manera conveniente, dejar algo para contentar a los de Patrimonio y punto pelota. Pero la avaricia estaba empezando a acarrearles demasiados problemas. Como la Lúa aquella metomentodo.

Casi siempre salía la última del trabajo, cuando todos se habían ido ya a sus casas. Recorrió el pasillo oscuro y bajó por las escaleras. El ascensor antiguo le daba algo de miedo. Llevaba mucho tiempo intentando convencer a Mendiluce de que cambiasen el despacho a alguno de los edificios nuevos, más modernos y acogedores.

Aquella casa era por lo menos de principios del siglo XX. Aunque estuviesen rehabilitándola y ya pareciese otra cosa, seguía manteniendo un punto siniestro y lúgubre que a Raquel no acababa de convencerla. Además, ni siquiera tenía garaje. Tenía que aparcar su Mercedes en una plaza alquilada en un parking privado en un edificio todavía más antiguo, en un callejón de la calle de atrás. Por lo menos, ya no llovía, y la niebla se había disipado hasta dejar paso a un cielo estrellado. La luna lucía su cuarto creciente como una brillante rodaja de fruta blanquecina.

Raquel caminó hasta la puerta del garaje, que estaba semiabierta.

«Siempre tiene que haber un gilipollas que deje la puerta abierta. ¡Imbéciles! Voy a buscarme otro sitio para meter el coche, este garaje es una porquería. Además, tiene goteras. Ni siquiera tiene luces de posición...».

Cuando entró, miró a su alrededor, extrañada. Notó una cierta pesadez en el ambiente. Un olor distinto. Sacudió la cabeza para espantar fantasmas y se dirigió al coche con paso resuelto. Incómoda, paró y volvió la cabeza. Solo el ruido de las cañerías y las goteras que caían al otro extremo rompía el silencio.

Siguió andando, los tacones haciendo eco en el cemento desconchado. Al llegar a la altura del Mercedes, sacó del bolso el mando del vehículo y abrió la puerta.

De repente, de detrás de la columna surgió una figura que le hizo dar un respingo. El bolso cayó al suelo y Raquel gritó, asustada.

—¡Joder, Raquel, soy yo, coño! — Sebastián Delgado se agachó para recoger el bolso rojo de Carolina Herrera.

—¡La madre que te parió, cabrón! ¡Me has dado un susto de muerte!

—¿Quién creías que podía ser,

boba? ¿Un violador? ¡Ya te gustaría!
Con lo zorra que eres, seguro que disfrutabas y todo...

—¡Ja! Qué gracioso eres. —Raquel se apoyó en el coche para calmarse un poco. Sacó un cigarro del bolso y lo encendió. Soltó el humo con fuerza—. ¿Qué haces aquí? ¿No se supone que tenías que estar preparando la fiesta de los puteros de mañana?

—Tenemos que hablar. De Lúa Castro. Esa sí que es una zorra de cuidado. No sé qué hacer con ella, Raquel. Acaba de llamarme Pedro para preguntarme si sé algo. Su padre es íntimo y encima su confidente de la

policía. Por supuesto, le he dicho que no tengo ni idea de dónde puede estar esa chica.

—Ya. Menudo embolado... ¿Qué es lo que sabe Lúa en realidad? ¿Le apretaste las tuercas?

—Aún no lo sé. Creo que sabe bastante. No, no he podido tocarle un pelo... me llamó Pedro, para variar, justo cuando iba a hacerlo. Me tiene acribillado. Se le ocurrió salir de su «retiro espiritual» y ver en persona cómo iba lo de la fiesta. Un coñazo. Lo que más me preocupa de la tipa esa es que haya sacado fotografías. La cámara no tenía ninguna en la tarjeta... y el

móvil tampoco. Aun así, no me fío un pelo... Es lista como ella sola. No me extrañaría nada que hubiese ocultado alguna otra tarjeta de memoria en algún sitio.

Raquel lo miró con ojos brillantes, perversos. Sus dientes brillaban en la oscuridad del garaje como perlas húmedas.

—Se me ocurre una cosa: unta de pelas a esos dos mataos de los vigilantes... que le saquen si tomó alguna foto. Que se la carguen de un tiro y que la hagan desaparecer. Así tú no tienes las manos manchadas de sangre. ¿Qué te parece? O espera. Tengo algo

mejor todavía... —Su voz adquirió un claro tono perverso—. ¿No era ella la que llevaba lo del asesino de Lidia Naveira? Pues que se la carguen y luego imiten cualquier cuadro con ella... Así mi ex se encargará de babear detrás de la inspectora Negro durante otra larga temporada... ¿Lo entiendes?

—No me jodas, Raquel. No quiero cargarme a esa chica. Es la hija de un amigo de Pedro. Además —Delgado mostró algo parecido a la empatía—, está muy buena. Y es valiente. Me gusta. Imagínate que se entera Mendiluce...

—Qué más da. Una periodista menos en el mundo. Además, Pedro no tiene

por qué enterarse de nada. Ahora resulta que te has vuelto un cobarde sentimental, hay que joderse. —Raquel apretó el botón de la luz del garaje y abrió la puerta del Mercedes—. Entra. Vamos. Te llevo. Por el camino te contaré cómo podemos hacer... ¿Tú no tenías un amigo rumano que te hacía los «recaditos»?

El Mercedes negro de Raquel arrancó con su potente ronroneo. Ninguno de los dos ocupantes vio el fulgor enfermizo de unos ojos claros que continuaron clavados en el coche hasta que abandonó el garaje.

Se levantó. Frustrado. Enfurecido.

Había aparcado su furgoneta cerca del coche de Raquel Conde. Había estado muy cerca. Tenía en su mano el pañuelo con cloroformo. Todo iba sobre ruedas hasta que aquel cretino entró en el garaje a joderlo todo. Había pensado recrear una *performance* genial con aquella gacela rubia y delicada. Un ser traslúcido con un alma de ciénaga.

«Así que quieres matar a Lúa Castro, amiga mía, y luego decir que he sido yo... —Guardó sus herramientas en una bolsa de cuero negro y se dirigió hacia la furgoneta—. Eso no está bien, Raquel. Matar a una chica inocente que hace su trabajo... no está nada bien. Y

lo que es todavía peor, zorra. Quieres cargarme a mí el muerto intentando convertirte en una imitadora cutre de mi arte sublime... Mereces un escarmiento, querida. Un pequeño castigo. Pero no te preocupes. No tardaré mucho en aplicártelo. Ten paciencia».

Capítulo 59. *Copycat*

«Hablamos de lúgubres presagios. Y
fúnebres proyectos.»

Bohemia. Francisco

Villaespesa

Sábado, 19 de junio

Lúa intentó dormir tirada en el suelo. El otro vigilante había aparecido unos minutos para llevarla al baño y darle otro bocadillo de queso de barra y pan reseco, que no quiso comer. No era capaz de tragar absolutamente nada. Por lo menos no le habían puesto la mordaza

tan apretada como al principio.

A pesar de la postura incómoda, con una mano esposada a los barrotes de la calefacción, consiguió colocar bien la manta que le habían dejado. No hacía frío, pero ella se encontraba helada, como si estuviese metida dentro de una cámara frigorífica. A ratos sufría temblores incontrolables que hacían resonar las esposas con un ligero tintineo metálico.

Estaba segura de que aquella gente iba a matarla. No tenía sentido que la tuviesen allí retenida sin motivo ni fundamento. El hombre que la había intentado interrogarla el día anterior no

había vuelto a aparecer.

¿Dónde estaba metida? Había intentado escuchar algún sonido para orientarse, pero aquel lugar estaba sumido en el más absoluto silencio. Miró su reloj, por lo menos no se lo habían quitado. Eran ya las cuatro de la madrugada y le dolía todo el cuerpo.

Cambió de postura de nuevo y se sentó contra las barras de la calefacción. Volvió a sacudir las esposas, sin éxito. Se las habían apretado muy bien a la muñeca. No había forma humana de salir de allí. Ni siquiera cortándose el dedo pulgar, como había visto una vez en una película...

Irina observaba con atención las instrucciones del técnico de la policía, Antonio Fuentes. Había colocado un micrófono minúsculo en la rosa negra y forjada de una preciosa horquilla del pelo, que se camuflaría con otras horquillas iguales en un moño alto. Lo único que tenía que hacer era mantener la horquilla bien colocada en su sitio y poco más. La metió en una cajita y se la dio. Sonrió para tranquilizarla.

—Trátala con cuidado, Irina... y no la extravíes. No sabes el tiempo que me ha costado colocar el micrófono ahí y

que no se vea. Ha sido un trabajo digno de una película de 007. —Irina sonrió tímidamente la gracia, sin demasiadas ganas. Guardó la caja con la horquilla y esperó de pie las últimas instrucciones de Valentina Negro, que conversaba con los otros policías para ultimar los preparativos del operativo para la noche.

Valentina se acercó a ella, sonriendo con calidez para tranquilizarla.

—No te preocupes. Aunque aún no sepamos dónde va a celebrarse la fiesta, no vamos a perderte así como así. Hemos hecho un barrido de las propiedades de Pedro Mendiluce que no

estén demasiado alejadas de la ciudad, capaces de albergar una fiesta de esas características, y no hay demasiadas posibilidades. Bergondo o Pontedeume. No hay más. Luego tendríamos, más lejos —Valentina leyó el listado que tenía en la mano— Poio y también un par de sitios en Lugo, pero no me cuadran... ¿Te suena alguno de estos lugares?

Irina afirmó con la cabeza.

—Una chica me llamó y me dijo que a lo mejor se celebraba en Bergondo, pero que no era seguro. Con suerte, a lo largo del día me lo comunican, inspectora.

—Perfecto. Lo que necesito es que estés muy relajada, Irina. Compórtate como siempre. Intenta preguntar, pero de forma discreta. Indaga. Haz que las otras chicas te cuenten su historia, los chantajes a los que están siendo sometidas. Da nombres, o procura que los digan en alto. Pero recuerda, no pasa nada. No se te ocurra presionar a nadie ni forzar la situación. ¿Entendido? Y ánimo. Vas a hacerlo muy bien...

Cuando López salió para llevar a Irina de vuelta a su apartamento, Valentina llamó a Carlos Larrosa.

—¿Cómo vamos con lo de Lúa, Carlos?

—Tengo a su padre haciendo por ahí unas gestiones, inspectora...

• • •

—Cuánto tiempo, Castro. Qué bien te trata la vida... —El Sorcho sonrió, enseñando sus dientes destrozados por muchos años de uso y abuso del polvo marrón.

—Sí, mucho. Muy bien, gracias a Dios. A ti también te trata bien, por lo que veo... —Castro señaló los coches del pequeño lavado y engrase de barrio en donde trabajaba el Sorcho. Todos relucían a base de esponja y mucho esfuerzo manual—. Me alegro mucho...

—Hizo un gesto con las manos, que intentaba ser de ánimo.

El Sorcho elevó sus ojos achinados al cielo y entró en una especie de éxtasis místico un tanto forzado.

—Gracias a Dios, sí señor. Porque Dios es amor, oficial. Desde que encontré a Dios, todo ha cambiado en mi vida, ¿entiendes? Tú también deberías de encontrar al Señor.

—Claro, claro que sí. —Castro miró las facciones arrugadas y su cuello plegado, como de tortuga, intentando descifrar si aquel hombre hablaba en serio o estaba tomándole el pelo. Hacía un año que no lo veía, y el cambio era

notorio. Pero las informaciones que le habían dado sobre él un par de horas atrás no tenían precisamente que ver con la caída del caballo en el camino de Damasco. Más bien con el inicio de una relación con una rumana ocho años mayor que él e igual de fea y desdentada. Daba igual, el Sorcho había encaminado su vida de una forma ejemplar, sin desatender sus labores como confidente de la policía, tras abandonar el feo vicio de la heroína y la delincuencia de poca monta por un trabajo honesto de lavacoche.

—¿Qué necesita, jefe? ¿Un lavado para el coche? El primero es gratis, por

ser para usted.

—Necesito información, Sorcho, no que me laves el coche, joder. —Castro bajó la voz y lo llevó casi a rastras al fondo del garaje. Luego se sentaron dentro de la mugrienta garita en donde cobraban los lavados.

—La información es poder, jefe. Y cuesta dinero, ya me entiende... ahora tengo muchos gastos, desde que mi vida transcurre por los cauces puros y santificados, necesito comprar ropa nueva, zapatos, veterinario... ¿Sabe que he adoptado un cachorro en la perrera?

Castro empezó a impacientarse. El tiempo corría en contra de su hija, en el

caso de que aún estuviese viva. Aunque nada señalase lo contrario, y había que tener esperanza, no podía perder tiempo con las zarandajas de aquel tarado. Sacó un fajo de billetes de cien euros.

—¿Así te vale? —Castro vio la codicia en la mirada del Sorcho y se alegró interiormente. Ya empezaban a entenderse—. Bien, amigo. Necesito que me averigües dónde tiene ahora Sebastián Delgado su guarida, su picadero, el sitio dónde se lleva las putillas, en suma. El lugar o los lugares donde hace sus negocios sucios. Ya me entiendes.

—¿Delgado? —El Sorcho entró casi

en un estado de pánico—. No quiero saber nada de ese hijo de puta. Es un cabrón. La última vez que lo vi, me amenazó con cortarme la lengua si hablaba con la policía.

—¿Ah, sí? No me jodas. —Castro se levantó y cogió al Sorcho por los hombros del mono lleno de grasa, arrastrándolo de la silla, que cayó al suelo. Acto seguido, lo tiró contra la pared con violencia.

—Mira, Sorcho. No me vengas ahora con mariconadas. Sal ahí fuera y entérate. Te vas a llevar mil euros si me dices algo sabroso, joder. En una hora, más de lo que ganas en dos meses. Y si

no me traes nada, ya sabes cómo me las gasto, desgraciado... —Castro le atenazó el cuello con una mano y apretó con fuerza—... Delgado te cortará la lengua, pero yo voy a romperte la cara y los putos cuatro dientes que te quedan sanos, y así, tu nueva novia se va a llevar una buena sorpresa cuando vea tu careto después de la cirugía.

—¡JODER, JEFE!, dentro de una hora tendré la información para usted, pero por favor, ¡SUÉLTEME EL CUELLO O ME VA A MATAR! —Atinó a expectorar el exdrogadicto ente jadeos, los dedos huesudos como los de un esqueleto clavados en las muñecas de

hierro de Castro para intentar aflojar la presa.



—Quiero un libro de arte. Un libro de pintura, mejor dicho. Con muchas láminas. Cuadros conocidos. Todo eso. Que sea caro, además.

El joven dinámico y sonriente de la Fnac la miró con cierta condescendencia. Aquella mujer rubia tan elegante, con su falda de tubo y su blusa ceñida, seguro que quería el libro para hacer un regalo. Pero de arte no parecía tener demasiada idea.

—No se preocupe. Yo la ayudaré. La

sección de arte está al fondo.

Media hora más tarde, Raquel salía del establecimiento con dos enormes libros de arte que pesaban como si fueran de plomo. Habían costado una pasta, pero le resultarían muy útiles para improvisar una escena del crimen adecuada. La muerte de la periodista entrometida iba a servirle para putear un buen rato a su ex y todavía más a la inspectora engreída, que se las iba a ver bastante mal para resolver el caso. Así acababan con la amenaza que pendía sobre ellos si Lúa Castro cantaba todo lo que había visto en la obra. Y lo que era todavía mejor: así Pedro Mendiluce

nunca se enteraría de los chanchullos de Delgado y de ella en la urbanización Ártabra.

• • •

Según pasaban las horas, Sebastián Delgado se encontraba más y más tenso. La muy cabrona de Raquel lo había liado durante la noche para montar una buena con la muerte de Lúa Castro. La idea era muy brillante, pero solo en teoría. Bastante tenía ya con ultimar los preparativos de la fiesta y con sus propios problemas como para perpetrar a la vez un asesinato a sangre fría y andar por ahí arriesgándose a ser

descubiertos con el cuerpo. Desde luego, no le seducía la idea de matar a aquella chica sin más. Y no se fiaba de los dos vigilantes jurados de la obra. Para controlarla podrían valer, pero si la mataban los pillarían en menos que canta un gallo. Menuda pareja de torpes. Lo mejor sería llamar a alguno de sus sicarios, un profesional, para que le pegara un tiro y luego la tirase al mar en un saco con piedras en cualquier acantilado de Arteixo. Raquel a veces tenía unas ideas demasiado perversas hasta para él. Además, dudaba que la policía atribuyese el crimen al mismo asesino que mató a Lidia. No eran tan

tontos. Aquella inspectora era bastante más sagaz de lo que pensaba Raquel. Él había visto sus ojos de cerca cuando lo interrogó en su despacho sobre Lidia, y sabía perfectamente que Valentina Negro era una enemiga formidable.

Delgado repasó en su mente la lista de invitados mientras subía al despacho de Raquel. A la fiesta acudirían unos quince hombres, todos ellos altos cargos, empresarios influyentes, políticos de renombre y hasta un miembro de los Legionarios de Cristo bastante mediático. Todos estaban ya avisados del cambio de lugar. La carpa, instalada. El catering, listo. La

decoración de las habitaciones, ultimada. Los trajes de las chicas, también, y los maquilladores y peluqueros. Solo faltaba controlar la hora a la que llegarían los servicios de limpieza cuando terminase todo y poco más. Organizar las fiestas le gustaba y ya estaba acostumbrado a hacerlo. Matar a alguien, no tanto. Aunque no fuese a matar a Lúa con sus propias manos, la orden iba a salir de él.

Cuando entró en el despacho sin llamar, Raquel estaba consultando los libros de arte con una sonrisa en los labios. Al verlo, se levantó y corrió a besarlo en los labios, alegre y animada

como un cachorrillo.

—Ya sé lo que vamos a hacer con la periodista. Mira esta lámina. ¿A que he tenido una buena idea?

Sebastián se acercó a la mesa y vio uno de los libros de Raquel abierto por la página central. Una lámina de papel grueso mostraba *La maja desnuda* de Goya, espléndida en su blancura, el cuerpo turbador, la mirada firme. Delgado no era un entendido en arte, pero sabía disfrutar de la belleza femenina aunque fuese la obra de un pintor que llevaba varios siglos muerto.

—Un cuadro precioso. Buenas tetas. La chica tiene un polvo, a pesar del

peinado.

—¿No te das cuenta de lo que quiero decir? —Raquel se impacientó.

—La verdad es que no, Raquel. Me lo imagino... pero no le veo la gracia por ningún sitio.

—No seas tonto, Sebastián. Fíjate. No hay nada que hacer. Solo poner unas almohadas y el cuerpo desnudo en esa postura, y ya tenemos un cuadro, como hizo el asesino con Lidia. Algo sencillo, sin más complicaciones. Con dejar el cadáver en un sitio alejado y avisar a la policía si no la encuentran, arreglado.

—Joder, Raquel. Esto no me gusta. Mira, esas ideas de película no nos

llevarán a nada bueno. Llamamos al sicario, que le pegue dos tiros y la haga desaparecer sin más trámite. —Delgado no estaba dispuesto a ceder en ese asunto fácilmente.

—Eso no tiene gracia. En cuanto sepan que estaba investigando lo nuestro, los de la pasma nos caerán encima como buitres hambrientos. Hazme caso, querido. Esta idea es genial, los despistaré por completo, y además, lo que nos vamos a reír cuando la encuentren... —Sus ojos adquirieron un brillo inquietante al decir eso.

Delgado se alejó dos pasos de Raquel y endureció la voz, casi

histórico.

—Van a darse cuenta de que no es obra del mismo asesino, verás. La policía no es tonta. ¡Raquel, esto no es una puta película!

Raquel no respondió de inmediato. Se acercó a él, insinuante y manipuladora como una cobra, su busto mostrado en su nacimiento por dos botones desabrochados, y tomó su mano para llevarla al corte de su falda. La dejó allí. Su tono de voz era sugerente y decidido.

—Sebastián... pensarán que es un *copycat*. ¿No ves las películas y las series de televisión? Los *copycat* son

asesinos que copian a otros asesinos. A nadie se le va a ocurrir relacionar el crimen con la construcción de Ártabra, ¿te das cuenta? Es una idea brillante.

Delgado comprendió que en el fondo tenía algo de razón. En el momento en el que los maderos supiesen que aquella chica estaba metida hasta el cuello en el asunto no iban a dejarlos tranquilos ni un día más de su existencia. Y así podrían tenerlos despistados durante una buena temporada. Además, empezaba a sentir, a su pesar en aquel momento, ese calor húmedo que solo Raquel parecía estar capacitada para generar en él.

—Bien —dijo con voz queda,

resignado, retirándose de nuevo de Raquel, sin entrar en el cuerpo que generosamente le brindaba la abogada —. Voy a darle entonces un toque a Razvan. Es verdad, puede que tengas algo de razón. Que haga lo que quiera con ella, y luego que la deje por ahí tirada imitando el puto cuadro.

«Y con lo jodidamente psicópata que es, seguro que nos hace precio por follarse y luego eliminar a una fiera como Lúa. A lo mejor hasta lo hace gratis y todo...».

• • •

Razvan Petrescu conducía por la A-6 su

BMW serie 3 gris grafito procurando no pasar de los ciento noventa kilómetros por hora. Regresaba a Madrid después de hacer un pequeño «recado» en Medina del Campo cuando recibió la llamada de su amigo Sebastián Delgado. Al escuchar las condiciones del encargo, sus ojos del color de la mica se iluminaron por vez primera en todo el día.

Petrescu era un hombre muy duro. Pétreo, como su apellido. Impenetrable. Fibroso, curtido a golpe del ejército primero y luego a base de pesas y gimnasio. De profesión, asesino a sueldo. Sicario al mejor postor. Para él,

una forma perfecta de ganarse la vida. Sonreía poco, y la naturaleza de su trabajo lo obligaba a permanecer en una especie de limbo en el que la humanidad aparecía y desaparecía de su alma de manera intermitente, según el momento y el lugar. Su única debilidad conocida eran los pájaros. Los adoraba. Llevaba a sus viajes unos prismáticos para relajarse observando las aves, los nidos, el vuelo de las bandadas de estorninos, las cigüeñas en los tejados de las iglesias, un azor posado con elegancia en un cable de la luz... Poco más lo unía con la naturaleza o con la piedad. Petrescu había perdido hacía mucho

tiempo el contacto con su corazón, si es que alguna vez lo había tenido.

Delgado le había solicitado un servicio «especial». Y él había aceptado con gusto. Hacía tiempo que no recibía un encargo tan succulento. Como le había dicho Delgado con ironía, «deberías de pagarme a mí por poner a tu disposición semejante bombón de chocolate, Razvan».

Y tenía razón. Ya era hora de que alguien le propusiese un trabajito divertido. Llevaba una temporada demasiado seria, sin muchas variaciones. Se estaba anquilosando. Y aquello requería una cierta planificación

creativa, por lo que le habían contado.

Mientras pensaba en lo que le esperaba al llegar a su destino se dio cuenta de que se había distraído. Miró la velocidad: había bajado a ciento ochenta. Aceleró. Estaba ansioso por llegar a La Coruña.



El Sorcho miró hacia los lados, muerto de miedo. Luego se apoyó en el muro lleno de pintadas que llevaba hacia la puerta en donde los sin techo esperaban por el cazo de sopa y el bocadillo de las monjitas del Hogar de Sor Eusebia. Esperó unos cinco minutos y lo vio

aparecer por la esquina del Museo de Ciencia y Tecnología. Allí estaba, con su enorme mochila naranja y su pelo largo hasta los hombros. El parche en el ojo. El perro detrás, con el rabo color canela entre las patas. Crisanto Espinoza había trabajado para Delgado durante mucho tiempo. Pero se hartó de ser esclavo cuando Delgado lo obligó una vez más a llevar coca desde su país y lo pillaron en el aeropuerto. Desde aquel momento se la juró. Tres años en una cárcel española le sirvieron para perder un ojo en una pelea y para pensar mucho. Y si bien Delgado tuvo a bien ayudarlo en lo que pudo cuando salió, su

odio seguía alimentándose en secreto. Tres años perdidos, sin poder mandar dinero a casa, sin poder vivir nada más que entre los barrotes de la cárcel, en la lavandería, en el gimnasio. Tuerto. Su mujer lo dejó. Nunca más volvió a ver a los niños. Y todavía peor: un expresidiario no tenía muchas oportunidades de encontrar un buen empleo, ni siquiera recolectando fruta... así que tuvo que volver a hacer trabajos para Delgado. Y en esas estaba. Intentando salir de allí.

En cuanto estuvo a su altura, el Sorcho le hizo una seña y le enseñó un par de billetes en su mano mugrienta.

Crisanto lo miró con su ojo rasgado y miró también hacia el dinero. Sonrió.

El teléfono de Manuel Castro sonó cuando estaba llegando a Lonzas en su coche con Carlos Larrosa.

La voz de Castro era una mezcla de preocupación y alivio.

—Creo que ya sé dónde pueden tener metida a Lúa... No es seguro, pero es una posibilidad.

• • •

El subinspector de los GOES, Antón Louro, asentía en silencio ante las explicaciones de Carlos Larrosa y Manolo Castro. Valentina movió la

pierna con nerviosismo. Esperaba con impaciencia la llamada de Bodelón y Velasco, que se habían acercado hasta los pisos de Bens en donde sospechaban que tenían retenida a la periodista. Si era verdad la información del contacto, aquel sitio era uno de los favoritos de los esbirros de Delgado, donde hacían parte de los negocios turbios. Un edificio blanco, solitario, que pertenecía a una inmobiliaria de Madrid y que había sido alquilado por una empresa de limpieza que no tenía nada que ver con Mendiluce. El colombiano había dicho que muchas veces había ido allí con Delgado cuando pasaban la cocaína para

las fiestas y las prostitutas, hacía algunos años.

—No creo que sea una operación a priori demasiado compleja. Los pisos parecen accesibles. A menos que dentro tengan alguna medida de seguridad excepcional, podemos estar listos para actuar en poco tiempo. Ahora solo falta averiguar en cuál de los pisos está el objetivo... —pensó en voz alta Valentina.

• • •

Petrescu devoró el centollo bajo la mirada complaciente de Sebastián Delgado. Cuando terminó, bebió un

largo sorbo de Godello frío y encendió el puro Cohiba que Delgado le había dejado encima de la mesa, al lado de la servilleta. Pidieron un café.

Luego Delgado sacó de un sobre la fotografía de Lúa Castro. Razvan sonrió al verla.

—Es preciosa. Me gusta.

—Es toda tuya, Razvan. Disfrútala.

Delgado sacó de su cartera la lámina de La maja desnuda y la deslizó por el mantel.

—Tienes todo lo necesario en la furgoneta.

Petrescu volvió a sonreír. Le encantaba su trabajo. En verdad era un

hombre privilegiado.



Bodelón reprimió un bufido cuando a través de sus prismáticos vio llegar el BMW y enfilarse la carretera hacia el edificio blanco, pasado de moda, que había al pie de una curva, entre los eucaliptos.

—Mira. ¿Qué te parece? ¿No es un coche demasiado caro para el glamour que destila esta zona?

Velasco cogió las lentes y miró a su vez.

—Tócate los huevos. Ese coche es una pasada auténtica. A ver adonde se

dirige. Eso puede ser importante.

El BMW paró delante de uno de los portales. Un hombre rubio, delgado, alto y bien vestido con un traje gris de corte impecable, con aspecto de comercial de joyería, bajó del coche y miró hacia el portal que tenía más cerca. Acto seguido se sacó el móvil del bolsillo y llamó. Mientras esperaba, pareció distraerse mirando a un par de urracas que revoloteaban entre los árboles.

Al cabo de un rato, la puerta del portal se abrió, y de ella salió un hombre corpulento. Empezaron a hablar y a gesticular. Luego entraron en la casa.

—Ninguno de ellos es Delgado. —

Velasco no pudo disimular la decepción de su voz.

—No importa. Anota la matrícula del BMW. A ver quién es ese individuo. Y vamos a coger también la del Golf que está aparcado justo en la calle posterior.

—Espera. Fíjate. Por ahí viene una furgoneta de reparto. Lleva los cristales tintados, creo.

La furgoneta aparcó delante del portal y de ella descendió un hombre joven y calvo. Parecía vestido de vigilante jurado. Entró también en la casa y luego, al cabo de unos minutos, volvió a salir, pero esa vez no cogió la furgoneta, sino que caminó hacia el Golf

y lo arrancó.



—El BMW pertenece a una mujer: Berta Fernández García. —Garcés miró a Valentina con cara de póquer—. Aquí no consta ni una multa, ni una miserable infracción... nada.

—El conductor no era Berta, precisamente. Así que la matrícula no nos lleva a ningún sitio. No importa. Por lo menos hay movimiento por la zona. Los chicos dicen que los demás pisos parecen desiertos. Mira también las otras dos. Una es de un Golf que está aparcado en la calle de atrás. Es el

único vehículo que hay a la vista. La otra es la de la furgoneta que acaba de llegar.

Garcés buscó en el programa de tráfico el propietario del Golf y de la furgoneta.

—Inspectora.

—Sí, dime.

—A ver qué le parece esto. Los dos son propiedad de Cementos FAMENSA. Interesante, ¿verdad?

Valentina sentía que estaba perdiéndose algo. Salió de dudas cuando Larrosa se levantó y se acercó al ordenador de Garcés.

—Inspectora, esa empresa es una de

las muchas que son propiedad de Pedro Mendiluce.



Lúa no podía más. Llevaba horas allí encerrada. Tenía hambre y sed. No entendía por qué la tenían allí retenida. No tenía ningún sentido. Aquel hombre que la había interrogado no volvió más, para su alivio. Solo había visto un momento a uno de los vigilantes de la obra, que le llevó un poco de agua y nada de comer. ¿Cuánto tiempo más pretendían seguir con ella encerrada en aquel cuchitril?

Escuchó ruido, voces. Luego, la

puerta se abrió.

Un hombre delgado, vestido completamente de negro, con un pasamontañas, entró en la habitación. Llevaba una bolsa de deportes, que dejó en el suelo. La miró en silencio con los ojos más fríos que ella jamás había visto en su vida.

Lúa se dio cuenta de lo que iba a pasar. Intentó gritar pidiendo socorro. Pero no pudo emitir ningún sonido. Estaba paralizada de terror.

Capítulo 60. El asalto

Sábado, 19 de junio,
19:00 h

El hombre de los ojos fríos se paró unos segundos, clavándole la mirada, analizando a su presa como un halcón a una paloma torcaz. Lúa notó cómo su cuerpo empezaba a transpirar y a temblar sin control. El corazón se había desbocado, pero intentó dominarse a duras penas. En el fondo de su cerebro una señal le decía que no iba a servirle de mucho demostrar miedo. Al revés.

Luego, el hombre se acercó a una esquina de la habitación y cogió una mesa de madera que había allí, olvidada. La colocó en el medio sin esfuerzo. Sacó un estuche de terciopelo negro y lo dejó en una esquina de la mesa.

—¿Qué quieres de mí? —Lúa consiguió emitir un sonido ahogado de su garganta seca.

Él no contestó. Se limitó a sacar un rollo de cinta de color marrón y a dejarlo al lado del estuche.

Cuando terminó de colocar todos los utensilios, el hombre se volvió hacia Lúa. Tenía una pistola en la mano. Habló

por primera vez, una voz bien timbrada y metálica con un imperceptible acento del este.

—Voy a quitarte las esposas. Luego quiero que te desnudes completamente. Acto seguido, te subirás encima de la mesa, boca arriba. Hazlo todo sin protestar. O te dispararé en las rodillas y te subiré yo mismo. Después, tú y yo hablaremos de unas fotografías que sacaste en cierto yacimiento. La gente está muy enfadada contigo, Lúa Castro...

• • •

Irina salió de la bañera, la fina piel

colorada del calor del agua hirviendo. Le quedaba una hora para estar lista. Daba lo mismo, en cuanto llegase a la fiesta, tendría que volver a vestirse y a maquillarse al gusto de Sebastián Delgado y de los otros cerdos que iban a disfrutarlas.

Ya había llamado a la inspectora. El microbús la recogería a las nueve de la noche. Aún no les habían comunicado oficialmente el lugar exacto de la fiesta, pero sus amigas estaban casi seguras al cien por cien de que iba a ser en el enorme chalet que Mendiluce tenía en Bergondo, un lugar apartado y hermoso en el medio de un bosque. Carlos

Larrosa, Velasco y Bodelón estarían cerca de ella en todo momento. De hecho, los tres policías se encontraban cerca de su casa, vigilando dentro de coches camuflados.

Freddy no la había llamado en todo el día. Estaba furioso. Sabía lo que iba a pasar. Su hermana habló con él para calmarlo y convencerlo de que era necesario aquel paso antes de conseguir una vida normal para Irina. La joven reprimió unas lágrimas y respiró hondo antes de abrir la puerta del armario para buscar unos vaqueros y una camiseta amplia.

Una vez vestida, se sentó delante del

espejo de su cuarto y empezó a recogerse el cabello en un moño alto y complicado. Como el que hacía su madre.

La caja con la horquilla esperaba al lado del cepillo del pelo.

• • •

La inspectora Valentina Negro se ajustó el chaleco antibalas y las botas, escondida detrás del BMW. Luego revisó su pistola y la metió en la funda. Observó que los GOES se deslizaban con lentitud, cargando con sus pesados fusiles hacia los portales delanteros del edificio, escondiéndose entre las

sombras del atardecer. Sobre la colina, entre los eucaliptos, un tirador con un Mauser SG 66 vigilaba las ventanas y el portal por si fuese necesaria su intervención.

A su lado, Manuel Castro mascaba chicle furiosamente mientras mascullaba por lo bajo.

—Hijos de puta. Como le hayan hecho algo a Lúa... los mataré a todos uno a uno. Le cortaré los cojones a Delgado con mis propias manos... Cabrón...

La radio sonó, la voz de Antón Louro estaba rodeada de estática.

—Estamos preparados. Avanzamos

hacia el objetivo.



Lúa levantó la cabeza como pudo y vio acercarse un cúter afilado hacia sus ojos. Estaba sujeta a la mesa por cinta de embalar, manos y pies totalmente fijos a la tabla.

Aquel hombre parecía estar disfrutando de los prolegómenos de su tortura.

—¿Por dónde empiezo? Me han pagado también para que te folie... así que podríamos empezar por el placer. Luego el dolor... ¿O prefieres las dos cosas juntas? Permíteme decirte que lo

haría todo gratis. Estás muy buena... —
Acarició sus pechos con las manos enguantadas. Luego, el vientre, y al final, los muslos. Introdujo un dedo en su vagina, suavemente. Subió la mano hasta la boca de Lúa, que torció la cabeza, muerta de terror.

—¿Qué prefieres, Lúa? ¿Chuparme el dedo? —Jugueteó con los labios de ella—. ¿O que te corte un ojo con la cuchilla?

Cuando ella abrió la boca y empezó a chupar el dedo, la cuchilla se alejó de su campo de visión.

—Así está mejor. Luego me dirás algo de esas fotos que sacaste. Hay

cámaras en el yacimiento, lo sabes, ¿verdad? Graban día y noche. Gracias a ellas, vieron tu cámara, y la luz del flash. Vieron la luz del flash. Muy mal, Lúa. Las fotos con flash nunca salen del todo bien, deberías saberlo... sigue, sigue chupando. Ahora dos dedos... Tienes que practicar, porque dentro de un rato chuparás algo mucho más interesante que los dedos de mi mano.

• • •

Dos de los GOES alcanzaron el edificio entrando por la trampilla del tejado y avanzaron con cautela para no resbalar. Luego saltaron a una terraza y los perdió

de vista. Los que estaban en la calle alcanzaron la puerta de entrada y permanecieron allí durante unos segundos.

Valentina sacó la pistola de la funda y miró hacia Castro, los músculos totalmente en tensión. Luego miró para la rueda del coche que tenía justo al lado.

—Lo que más me jode es tener que estar aquí quieto mientras son ellos los que entran en la casa, coño. —Castro escuchó el ruido del aire de las ruedas del BMW al salir a presión—. ¿Qué haces, inspectora?

—Algo que aprendí de mi hermano

pequeño. A veces tiene buenas ideas...



Uxío esperaba detrás de aquella puerta con una mezcla de curiosidad y miedo. Sabía lo que se avecinaba y albergaba un deseo secreto de ser testigo de la tortura, violación y muerte de aquella chica. Pero no se oyó nada. De detrás de aquella puerta de madera solo se filtraba un silencio sepulcral.

Al cabo de un rato, desistió. La habría amordazado. O Dios sabe. De repente le entraron ganas de dar una vuelta. De tomar el aire. De fumar un cigarrillo. Así que cogió la cajetilla y el

mechero y bajó las escaleras, dispuesto a salir al fresco de la tarde.

De repente, la puerta de la calle reventó en mil pedazos. Uxío se quedó paralizado en el medio de las escaleras, pero reaccionó al ver que unos hombres gritaban y se apostaban armados hasta los dientes, los cascos negros, los chalecos antibalas... No cabía duda.

Subió las escaleras a toda velocidad y sacó la pistola. Los cabrones de los GOES. Los habían encontrado. Disparó, casi sin apuntar, tres tiros y se metió en la casa. Cerró la puerta y, con todas sus fuerzas, empujó un sillón contra ella para impedir el paso, bloqueando la

entrada. Fuera escuchó un par de disparos como respuesta, y el ruido de las botas subiendo las escaleras con gran estruendo. Algo golpeó la puerta con una fuerza descomunal.

«¿Joder... y ahora qué hacemos? Tengo que avisar al que está dentro ahora mismo».

No hizo falta. En unos segundos, la puerta que encerraba a Lúa se abrió y el rumano salió de la habitación, armado con una Beretta en una mano y parapetado detrás de una Lúa totalmente desnuda, desencajada y con restos de cinta adhesiva por todo el cuerpo.



Mendiluce se puso la americana de rayas verdes y amarillas de Moschino y se miró al espejo. Hacía juego con la pajarita amarilla. Tenía el día sublime, así que decidió vestirse como un esteta decadente para la fiesta. Aunque él no participara (en el fondo le horrorizaban aquellas manifestaciones grupales tan obvias de los instintos sexuales) le gustaba observar cómo todos aquellos peces gordos caían en sus redes. Luego se encargaría de pedirles, de solicitarles, de extorsionarlos si hacía falta. Todo de una forma educada y con

buenas formas. Y siempre de manera indirecta.

Buscó entre sus perfumes alguno inspirador. Era hora de probar la fragancia que le había regalado una amiga florentina. La tenía olvidada en un armario, sin estrenar. Era un presente especial, por su cincuenta cumpleaños, que encargó en una exclusiva tienda de perfumes en la ciudad del Arno.

Mendiluce destapó el tarro de cristal y se embriagó con el olor a cedro, cardamomo y vainilla. Desde luego, era el perfume ideal para su «día sublime».



—¡Han atrancado la puerta! A tomar por el culo el factor sorpresa. —Antón reuló escaleras abajo con rapidez. Quería saber si los que estaban en el tejado habían encontrado algún camino para entrar en el piso. Si no, tendrían que subir el ariete. Habló por radio con ellos. Estaban en la terraza del piso de al lado. Podían entrar en cualquier momento por allí. Esperaban órdenes.

Valentina vio al subinspector Louro salir y hablar por la radio. Se dio cuenta de que el asalto al piso había fracasado en primera instancia. Agarró a Castro, pero este se le escurrió bruscamente con la pistola en la mano. No podía aguantar

más allí quieto, sin hacer nada. Lo vio moverse con sigilo hasta pegarse a la puerta trasera de la furgoneta.

Ella permaneció parapetada detrás del coche. Por el momento, su presencia no serviría de nada más que para estorbar.

Se abrió una ventana. La voz del rumano rompió el silencio de la tarde.

—¡Si quieren que esta zorra siga viva, quiero que salgan todos de aquí! O me la cargo de un tiro. Quiero verlos a todos agrupados y con las armas en el suelo. ¡Y saquen a aquel imbécil de entre los árboles! ¡Lo quiero ahora mismo fuera! ¡Digo el tirador! Se ve el

reflejo del telescopio a kilómetros. —El sicario no perdía la compostura, sus pulsaciones bajas como las de una serpiente.

Valentina vio fugazmente en la ventana a Lúa Castro, desnuda y sujeta por el cuello por un brazo que la asía con fuerza.

El subinspector Louro detectó el acento rumano. Aquello no estaba saliendo según lo previsto. Había que improvisar. Llamó por radio al tirador para que se retirara.

Miró hacia arriba y gritó.

—¡No dispare! Ya está. Ya viene hacia aquí. Haremos lo que usted nos

diga.

—Bien, muy bien. ¿Quién está al mando de esta mierda de operación?

—Yo estoy al mando. Soy el subinspector Louro.

—Louro, escúcheme bien. No voy a negociar. No voy a esperar. Ahora mismo quiero a todos sus hombres desarmados y esposados delante de esta ventana. También quiero ahí a los dos que tiene en la terraza intentando entrar aquí. ¡Sin trampas!

Todos se miraron, extrañados. Louro apretó los dientes. Aquel hombre no era un aficionado. Llamó a los dos miembros del operativo que faltaban y

les ordenó que se reunieran con el grupo.

Valentina se tiró en el suelo con agilidad y se apretó contra el asfalto. Por fortuna, el tipo no la había visto. O eso parecía. Y tampoco a Castro, que permanecía escondido detrás de la furgoneta de reparto, fuera del campo de visión del rumano.

—Ahora va a bajar una persona que los ayudará a hacer todo lo que yo he dicho. Venga, ¡armas al suelo, esposas fuera! ¡O la mato, joder! La cabeza de Lúa asomó por la ventana con un cañón apuntando a su sien.

La puerta se abrió y Uxío salió del

portal, con un pasamontañas en la cara, armado con un fusil semiautomático. Empezó a esposar a todos los miembros del operativo, que habían tirado sus armas al suelo formando un montón.

—Los quiero a todos sentados y tranquilos. Venga, con rapidez. ¡Ahora mismo, cojones!

Los policías obedecieron. Cuando terminaron, Uxío esposó al último. Pasó una cuerda entre las esposas y los dejó a todos perfectamente inmovilizados. Cuando Petrescu vio todo bajo control, descendió por las escaleras, con Lúa desnuda y aterrorizada, la pistola clavada en su cabeza.

Petrescu se dirigió hacia su coche con calma. Uxío lo acompañó, protegiéndole la retaguardia. Ninguno de ellos contaba con la presencia de Manuel Castro, que había aguantado la respiración escondido detrás de la furgoneta. Lleno de ira al ver a su hija así, desnuda y en manos de un cabrón degenerado, dejó su escondite y disparó sin avisar, derribando a Uxío de un tiro certero en la cabeza.

En ese mismo momento, Valentina se levantó y apuntó a Lúa y a Petrescu desde el capó del coche.

—¡Suéltala o te mato, cabrón! —
Valentina aprovechó la sorpresa para

intentar acojonar al rumano, que de repente, sorprendido y confuso, no vio la situación tan clara como unos instantes antes. Pero Petrescu era un hombre forjado en la violencia desde bien joven y no estaba acostumbrado a perder: apretó todavía más la pistola contra la sien de la periodista, que empezó a llorar en silencio, y miró a su alrededor al escuchar pasos. Manuel Castro se acercaba por detrás con la pistola apuntando directamente a su cabeza.

La voz sonó fría como el acero templado.

—Como te acerques un poco más, le

reviento la cabeza. —Petrescu observó con el rabillo del ojo las ruedas de su BMW totalmente desinfladas. Tendría que buscar otra vía de escape. Había sido aquella zorra, seguro. Se mordió los labios, lleno de rabia. No soportaba que una puta como aquella se le adelantase. Era una puñalada en su ego masculino.

Castro se acercó todavía más, desobedeciendo las órdenes.

—Si la matas, no tendrás nada con qué negociar, imbécil. Y lo sabes. No tienes nada que hacer. Estás jodido. Suelta el arma. Déjala. ¡Ahora!

Lúa se movió al escuchar la voz de

su padre, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Papá? ¿Eres tú? ¿Estás ahí?

El rumano sonrió con ironía, sin perder un ápice de su aplomo; veía solo un resquicio de la figura de Castro, quien se mantenía a su espalda. No quería dejar de tener enfrente el operativo de la policía, que todavía consideraba su gran amenaza.

—Me gustan las situaciones tiernas. Así que «papá». Si quiere volver a jugar al papá y a la niña con su hijita, haga lo que le digo o me la cargo ahora mismo. La reviento delante de su papi. Así que hagan el favor la zorra esa y usted de

apartarse de mi camino. Entreguen las armas y la chica vive. Sigán apuntándome y la chica muere. ¡Venga, joder! ¡Y tú, la zorra morena!: quiero las llaves de uno de los coches de la policía ahora mismo. Conducirás tú, tengo ganas de tener chófer.

Lúa emitió un gemido cuando notó el cañón clavarse con más fuerza. El sicario la agarró contra sí cubriendo su cuerpo con el de la joven. Valentina no se movió de su sitio. Siguió apuntando a las dos figuras que durante todo el rato formaban una sola. No encontraba ningún resquicio para poder disparar sin herir a Lúa.

Petrescu empezó a sudar profusamente.

—Te he dicho que muevas el culo, ¡zorra! ¡Tira la pistola! ¿No me oyes? ¡Coge las llaves y vete a buscar un coche de la policía o mato a la puta delante de su padre!

Valentina asintió y levantó los brazos con lentitud, en señal de rendición.

—Así me gusta. Obediente. Ahora pon la pistola en el suelo y tírala hacia donde estoy yo. —La voz del rumano expresaba el tono firme que daba tener el triunfo en la mano.

Valentina se agachó sin perderlo de

vista, tomándose su tiempo para que el sicario perdiese un poco más los nervios. Cuando iba a dejar la pistola en el suelo con su mano derecha, llevó su otra mano, mientras se agachaba, a la pernera del pantalón, donde tenía oculta una pistola de pequeño calibre. El rumano, al verla, reaccionó, gritando de nuevo:

—¡Ni se te ocurra cometer ninguna estupidez más, zorra! O te mato a ti primero, ¿entiendes lo que te digo!?

Manuel Castro, aprovechando esa mínima distracción, levantó su viejo revólver y lo amartilló en una milésima de segundo. El ruido del arma al

amartillarse hizo que el sicario se diera la vuelta con la rapidez de un felino y disparase dos tiros al policía, que cayó al asfalto, profiriendo un quejido ahogado. Lúa lanzó un grito desgarrador y se revolvió con desesperación. Mordió al rumano en un brazo con fuerza y consiguió desasirse unos segundos, pero el hombre trató a duras penas de agarrarla contra sí, totalmente desquiciado. Lúa no atendió a razones: siguió luchando como una gata, pataleando y gritando sin control. Petrescu, consumido por la ira y la tensión, levantó su arma para acabar con ella.

Valentina Negro vio al fin unos centímetros desprotegidos de la cabeza de Petrescu y entonces dejó de dirigir su comportamiento con su cerebro consciente. Años de entrenamiento y el arrojo demostrado desde que era una niña tomaron el control. Aunque todo ocurrió en décimas de segundo, su corazón no se aceleró. Se levantó con rapidez, sujetó la pistola semiautomática con ambas manos, apuntó y apretó el gatillo, en un gesto interiorizado mil veces.

Valentina disparó a matar.

La detonación lanzó al hombre al suelo y la pistola cayó de su mano.

Valentina corrió hacia él y le pegó una patada al arma para alejarla, pero Petrescu no reaccionó. Permaneció inmóvil, los ojos color mica abiertos, inexpresivos. Un ligero temblor sacudió sus extremidades durante un segundo.

La mancha color púrpura se abrió paso en su frente.

Valentina se agachó y puso su mano en la carótida.

Nada.

Miró hacia Lúa, empapada en sangre, que sollozaba con fuerza mientras intentaba tapar la herida en el vientre de su padre, totalmente ajena a su desnudez. Luego cogió la radio y

llamó a una ambulancia.

• • •

Óscar Castelo detuvo su coche en el momento en el que detectó la presencia de la policía delante de la casa. No solo había varios furgones y coches de la Policía Nacional. También había tres unidades de la Policía Local y dos ambulancias que esperaban a poca distancia de la zona.

Un helicóptero azul de la Nacional sobrevolaba la zona a poca altura. Óscar conservó la suficiente sangre fría como para aparcar con toda la tranquilidad que pudo reunir para no salir corriendo

y sumarse al montón de gente que se apiñaba ante la cinta policial, intentando ver algo de lo que ocurría.

—¿Saben qué ha pasado? —Óscar preguntó con aspecto inocente a una pareja de periodistas, un chico y una chica, que sacaban fotos sin demasiada fortuna. Los furgones estaban situados estratégicamente para que no pudiesen ver nada.

—Creemos que han liberado a una compañera periodista que estaba retenida. No sabemos todos los detalles en realidad, pero parece que han muerto los dos secuestradores.

Óscar intentó disimular su sorpresa

y su miedo cerval, que hizo temblar sus rodillas.

—¿Liberado? ¿Me hablas de un secuestro? Qué fuerte, ¿no? ¿Quién mató a los secuestradores? El fotógrafo se encogió de hombros.

—Mucho no sabemos aún, pero por ahí corre el rumor de que hay un policía herido y que la que ha disparado ha sido una inspectora de la Nacional, Valentina Negro, creo que se llama, o algo así... no lo sé con seguridad.

Óscar asintió y le dio las gracias. Luego, volvió a su coche intentando no salir corriendo a toda velocidad. Era necesario mantener la calma. Y era

necesario también que Sebastián Delgado tuviera conocimiento de toda esa catástrofe cuanto antes.

Capítulo 61. En la boca del lobo

Sábado 19 de junio

21:10 h.

CHUAC: Complejo

Hospitalario

Universitario A

Coruña

Iturriaga estaba harto de contestar al teléfono. Desde que se había corrido la voz de lo ocurrido en el operativo para liberar a Lúa, medio país se había

puesto en contacto con él. Y él lo único que quería en aquel momento era saber cómo estaba Manuel Castro y si iba a recuperarse de sus heridas. Estaba tentado de apagarlo. No tenía ganas de explicar lo ocurrido a todos sus jefes entre la gente que esperaba en urgencias.

Miró a la inspectora Negro. Se había quitado el chaleco antibalas y permanecía de pie, estatuaria, los brazos cruzados, esperando el informe de los médicos delante de la gran puerta que daba acceso a los quirófanos.

Intentó mandarla a casa, pero ella no hizo caso. Quería seguir al pie del cañón. Conocía poco a Valentina Negro,

pero lo suficiente como para saber que matar a un hombre, aun en aquellas circunstancias, tenía que haberle afectado mucho. Pero no parecía inmutarse. Según ella, aún faltaba el seguimiento de la rusa, Irina. Aquella chica iba a correr peligro infiltrándose como topo en la fiesta, y no iba a estar ella cómodamente en su casa «recuperándose» mientras transcurría todo el asunto. Irina confiaba en la policía, y ella tenía que responder. Y punto.

Iturriaga analizó una vez más lo ocurrido, en silencio. Lo único diáfano de todo aquello era el extraordinario

disparo de Valentina; una vez más la admiró y recordó que en su expediente de policía en prácticas en Ávila ya constaba de modo destacado esa habilidad. Por supuesto, había sido una decisión muy arriesgada; Lúa podía haberse quedado en el sitio, muerta por un disparo de la policía, y eso hubiera sido un marrón de primera. Pero todo salió bien, así que no tenía nada que reprocharle. En casos así, si se acierta se cumple con el deber, y si se yerra, la carrera de uno se termina. Los de la científica se habían llevado los vehículos y las pocas cosas que encontraron en la casa para analizarlas.

Aún no habían identificado a ninguno de los dos secuestradores: no estaban fichados y sus huellas dactilares no figuraban en ningún lugar. En cuanto Lúa se recuperara, tendrían que interrogarla. Pero los médicos no les habían permitido acceder a ella aún: todo lo que le había pasado desde el secuestro hasta su liberación y tener que ver a su padre al borde de la muerte la había dejado muy tocada. Se encontraba en estado de *shock*.

Sin duda, todo aquello provenía del entorno del empresario. Iturriaga negó con la cabeza, apesadumbrado. Mendiluce y su codicia. Aquel hombre

era capaz de pervertirlo todo con su mera presencia. Hasta el momento, se las había arreglado para permanecer impune y muy lejos de todos sus chanchullos, pero quizá había llegado el momento que habían esperado tanto tiempo. Quizá había cometido su último error.

Cuando salió el cirujano para comentar el estado de Castro, Iturriaga se acercó a Valentina.

—Manuel Castro está estable dentro de la gravedad. Le hemos extraído la bala que tenía alojada cerca de la columna vertebral. Hoy ha vuelto a nacer: unos milímetros más y no lo

cuenta. También tiene el cúbito y el radio destrozados, pero eso es un problema menor. Es un hombre fuerte: se recuperará; con esfuerzo, pero lo logrará. ¿No hay ningún familiar a quien comentarle esto?

Iturriaga respondió, negando con la cabeza.

—Castro enviudó hará unos siete años, Lúa es hija única. No tengo conocimiento de otros familiares cercanos.

El rostro de Valentina se iluminó. El alivio que sentía en aquel momento era inmenso. Miró a Iturriaga, que recuperaba el color por momentos y se

liberaba también de la pesada carga que había sentido mientras duró la operación quirúrgica. La inspectora Negro miró su reloj.

—Jefe. Me voy ahora mismo. Es tarde. Tengo que estar presente en el operativo. Con su permiso.

Iturriaga la vio marchar, tan resuelta como siempre. Se preguntó si detrás de esa fortaleza no se escondía una gran ternura, acorde con esa belleza que se le antojó inalcanzable. Pero dejó pronto sus ensoñaciones, suspiró y deseó que todo saliera bien. Con lo que le había costado conseguir que el juez aprobase las escuchas y la grabación, no podían

arriesgarse a fracasar.

...

Bergondo. Chalet de
Mendiluce, 22:00 h

Pedro Mendiluce saboreó el humo de su Cohiba desde el porche de su inmenso chalet. Aparentemente, todo estaba perfecto. Miró a su alrededor con empacho de satisfacción: el paisajista había logrado una pequeña obra de arte japonesa en su jardín, transformándolo en un lugar apacible y delicado. Era lo primero que iban a ver sus invitados al

llegar. Podrían apreciar así su gusto exquisito y, a la vez —y eso era algo que le producía a Mendiluce un placer secreto que él mismo consideraba un tanto mezquino—, que estaba tan podrido de dinero que cualquiera de sus mansiones era un ejemplo de buen gusto y exquisitez, muy lejos del prototipo del constructor hortera, putero y con gruesas cadenas de oro destellando en la camisa abierta.

Vio llegar, a lo lejos, la primera de las limusinas negras. Al fin empezaban a llegar sus ilustres invitados. Iba a sorprenderlos con una costumbre que había aprendido en su última estancia en

Italia. Celebrarían «Encuentros bunga bunga», con las veinte chicas disfrazadas de policías, enfermeras o colegialas. Todas para uno. O uno para todas. Podían sortearlas... O lo que se les ocurriera sobre la marcha. Cuando sus amigos estaban cargados de alcohol y polvo blanco, les daba igual una que otra.



Las chicas parloteaban nerviosas en el cuarto habilitado como camerino. Una mujer de mediana edad les repartió a todas varios trajes, para que pudieran cambiarse a lo largo de la fiesta según

las instrucciones. Irina abrió la bolsa de plástico de la tintorería y sacó un atrevido conjunto de enfermera-paratodo, con cofia, ligueros, bata blanca ceñida y una minúscula minifalda de plástico. Suspiró, resignada. Por lo menos así podía conservar el moño tal cual lo había colocado en casa. Su amiga Tatiana tampoco había tenido mejor suerte: el traje de policía con grilletes de plástico, gafas de aviador y minishort no era mucho más decente que el suyo. La chica, que no aparentaba tener más de quince años, hizo un mohín de disgusto: Tatiana estaba en una situación parecida a la de Irina, y

aquellas fiestas eran de lo que más la horrorizaba de todo lo que se veía obligada a hacer. A su alrededor, algunas de las jóvenes lanzaban pequeños gritos de sorpresa al descubrir su disfraz para el «momento bunga bunga», que constituiría —o eso pretendían— el fin de fiesta más espectacular de toda la historia de los encuentros organizados por Mendiluce.



Valentina se acomodó en el asiento como pudo. Ella y Larrosa estaban apretujados en la estrecha caja del furgón camuflado, los cascos puestos,

observando las manipulaciones del agente Antonio Fuentes, encargado de las transmisiones. El técnico intentaba sintonizar perfectamente la señal de audio. Fuera, un par de agentes vestidos de paisano recogían ramas de árboles y las apilaban en un claro del bosque, para disimular.

Larrosa se inclinó hacia el lugar en donde estaban los auriculares y cogió un par. Se los puso y protestó. No recibía ninguna señal.

Se los dio a Antonio Fuentes.

—¿No puedes darme otro pinganillo? Aquí no se oye nada.

—Yo tampoco oigo nada, Fuentes.

—Valentina se quitó los cascos y miró al técnico, que se afanaba para sintonizar el receptor de sonido, con semblante concentrado.

—¿Y si acercamos la furgoneta al chalet?

—Inspector, este sitio es ideal. Si nos acercamos más nos arriesgamos a que nos vean a través de las cámaras de seguridad de la finca. Un poco de paciencia, por favor.

Pronto las voces de las chicas inundaron los auriculares. Valentina les hizo un gesto para que guardaran silencio.

—Chist. Creo que acaba de entrar

Sebastián Delgado. A ver qué dice...

Escucharon la voz inconfundible de Sebastián Delgado: «Muy bien, perfectas. Estáis perfectas. El traje que acaban de daros es para la sesión de la última hora, acordaos. Por ahora seguid así. Ya están llegando los primeros invitados, así que podéis ir saliendo ya. Por cierto, me gusta tu moño, Irina. Pareces una muñequita rusa...».

La voz de la joven sonó tan irónica como convincente.

—Gracias, jefe. No lo toques por favor, me ha costado más de una hora conseguir que se mantenga en su sitio...

Al cabo de unos segundos, se

escuchó la voz de Tatiana que susurraba con rabia mientras las manos crispadas rompían un lápiz de ojos.

—¡El día que pueda, te cortaré los huevos con mis propias manos, cabrón!

• • •

—Gracias por venir, amigo mío. — Mendiluce adoptó una actitud meliflua, sinuosa. Acompañó al juez Serrano hacia las mesas del jardín en donde había instalado una carpa con bebidas, bandejas repletas de delicatessen y unas pequeñas copas colmadas con cocaína. Al lado de las copas, tuteros de plata y espejos para poder cortar la droga al

gusto del consumidor. Las velas perfumadas iluminaban aquí y allá, y rompía el silencio campestre la voz de una soprano acompañada de una orquesta de cámara que tocaba a lo lejos, en un pequeño palco improvisado.

El juez se frotó las manos con excitación delante del banquete.

—Eres un *crack*, Pedrito. No falta detalle. Desde luego, todo tiene muy buena pinta. —Miró con lujuria a una sonriente camarera vestida de animadora deportiva que le ofreció una bandeja con cócteles—. ¿Dónde están los otros?

—Llegas pronto, Borjita. Eres el

primero. Aparicio está a punto de llegar, me ha llamado para comentarme que ya sube la cuesta.

—¿Aparicio? No me jodas. Fantástico. Pensé que no iba a volver más. De hecho, la última vez que hablé con él me había dicho que a esta en concreto no venía. Sospechaba que varios sacerdotes de los Legionarios estaban metiendo las narices en sus actividades, y ya sabes que la cosa está bastante cruda desde que le descubrieron al Maciel todas sus «cosillas»...

—Aparicio siempre ha sido muy poco discreto, Borja. Acuérdate de

cuando paseaba con su «novia» sin cortarse demasiado delante de toda su feligresía. Le vendría bien un poco más de discreción a la hora de desfasarse, teniendo en cuenta que es un sacerdote bastante conocido. —Sonó su teléfono. Miró el número—. Pero bueno, sírvete lo que quieras. Tengo que dejarte, precisamente acaba de llegar nuestro cura favorito y voy a recibirlo...



La teoría de Geraint Evans siempre volvía a su mente, una y otra vez. Había algo que no cuadraba. Se le manifestaba de una forma insidiosa, pero no con

demasiada claridad. Era algo frágil, difuso, que parecía evadirse justo cuando estaba a punto de ser concretado en una idea con algo de sustancia.

No entendía qué era lo que fallaba. Quizá nada. Tal vez estaba poseído por un exceso de celo, o un extraño miedo a que todo hubiese resultado demasiado fácil.

Sanjuán se acercaba a la cita con Morgado con muchas dudas y pocas certezas sobre cómo preguntarlas. Ni él mismo sabía qué buscaba en ese encuentro. Sin embargo su intuición le decía que le hacía falta un poco de luz. Pero... ¿qué podría decirle en realidad

un profesor de Arte sobre el significado psicológico de esas obras? Se dio cuenta de que tendría que ser muy habilidoso para encontrar alguna pista a partir de las intuiciones «artísticas» que Morgado pudiera proporcionarle, y no tanto por sus aportaciones psicológicas, en lo cual solo era un aficionado.

Sanjuán suspiró profundamente. A lo mejor estaba siendo demasiado duro consigo mismo; pero no. Definitivamente no. El runrún persistía siempre que intentaba acallar su intuición con las ideas más razonables. Volvió a darle otra vuelta: si el crimen estaba conectado con el simbolismo de

la obra, entonces la personalidad del asesino bien pudiera reflejarse en ellas. Y si de las obras emanaban perfiles de personalidad diferentes, entonces, concluyó Sanjuán, podría haber la posibilidad de que el asesino de Londres y el asesino de Coruña no fuesen la misma persona, como decía Evans... lo cual a él le parecía muy improbable. Se dijo una vez más que los modus operandi y la firma de los asesinatos (la violencia expresiva, que refleja las fantasías y necesidades emocionales del autor) eran extraordinariamente parecidos: las violaciones, el sadismo, las propias

víctimas, tan iguales... No relacionarlos estaba fuera de lógica por completo. Sin embargo, un sentido de precaución se había disparado en su cabeza y había provocado ese encuentro con Morgado: había aprendido que no debía dejarse llevar por una idea única, por muy sensata y aplastante que esta pareciera. «Nada resulta más engañoso que un hecho evidente», decía Sherlock Holmes. Sanjuán lo explicaba bien en sus clases: a ese error lo denominaba «efecto de túnel», y no quería por nada del mundo caer en ese paso en falso de novato, algo que ya había advertido también Edgar Allan Poe en el relato

que inauguró la moderna literatura policíaca: *Los crímenes de la calle Morgue*.

Valentina lo había llamado hacía un rato, poniéndolo más o menos al corriente de los sucesos con Lúa: más o menos, porque la radio del taxi informaba de la muerte de al menos dos personas en el incidente, y Valentina, al parecer, había omitido los detalles más escabrosos de la liberación.

En el momento en que él le mencionó a su vez si le importaría que fuese a hablar con Morgado sobre los crímenes, de alguna manera no le sorprendió demasiado que ella le

respondiese que también había contactado con él para solicitarle que estudiara los cuadros del asesino de Londres y sus posibles vinculaciones artísticas en la ciudad. Así que no encontró en Valentina ningún impedimento policial para solicitar un poco de información. Y allí estaba, de nuevo dentro de un taxi, esta vez camino de un restaurante en donde había quedado con el profesor de la Escuela de Arquitectura. Prefirió no pensar en un pequeño detalle que le resultó algo incómodo en un primer momento. Valentina había ido a hablar con Christian y no le había comentado nada.

No era normal en ella...

—Es aquí. —El taxista se volvió hacia él, indicándole el lugar. Sanjuán pagó la carrera y le dio propina. Cuando salió del coche, el frío de la brisa del mar le hizo arrojarse con su fina chaqueta. A veces olvidaba que no estaba en Valencia.

• • •

Mendiluce bebió un sorbo largo de champán. Luego dejó la copa sobre la mesa y se acercó a Arturo Durán, que había sentado sobre su regazo a una Irina semidesnuda y apenas cubierta por una chaquetita de raso y un largo collar

de perlas falso, que parecía extrañamente locuaz. Durán le hablaba al oído en susurros, y ella respondía en alto, entre risas, mientras se tocaba la nariz para recolocar bien los restos de cocaína.

—Arturo. —Mendiluce se sentó al lado de la parejita y cruzó la pierna, recostándose cómodamente—. Me encantó lo tuyo del otro día en la radio. Eres todo un comunicador. No sé cómo no te cerraron el tenderete. Mira que meterte con el conselleiro de Cultura y llamarlo putero, diciendo que se gastaba la Visa oficial en zorras...

Durán acarició con suavidad el largo

cuello de Irina y miró a su anfitrión con aspecto orgulloso.

—¿A que te gustó el puntazo? Soy el azote de los corruptos gallegos desde mi pulpito radiofónico. Y a tu salud, si no te importa, voy a meterme otra rayita de este género tan bueno que has traído para la fiesta. ¿De dónde lo has sacado?

—No tengo ni la más remota idea. De ese tipo de asuntos se encarga Sebastián Delgado... Por cierto, ¿dónde estará metido el muy capullo? Hace un buen rato que no lo veo por aquí...

• • •

Delgado se metió un trago de whisky de

veinte años de un golpe. Sintió cómo el licor ardía mientras bajaba por el esófago, pero no le importó. Cuando terminó el contenido del vaso, cogió la gruesa botella de cristal esmerilado y se sirvió otro tanto. Encendió la televisión. La llamada de Óscar lo había dejado helado, atónito. Durante la tarde había estado totalmente absorto en los preparativos de la fiesta y, aunque estaba algo extrañado por el silencio del rumano y los vigilantes, no le dio demasiada importancia al asunto.

Estaba escondido en uno de los pisos superiores de la finca, en la desierta habitación del servicio. Buscó

con el mando una emisora local que ofreciese un boletín de noticias. No hizo falta: en un canal del TDT pudo ver imágenes del conocido edificio y de los vehículos de la policía. Luego, una ambulancia salía de la zona, mientras el locutor narraba la muerte de dos secuestradores en una arriesgada operación policial, dos hombres aún sin identificar que tenían retenida a una periodista en un piso adosado.

Si Lúa Castro había salido ilesa (y todo hacía indicar que sí) iba a cantar todo lo que había visto en el yacimiento. Iba a cantar que los vigilantes la habían secuestrado. Iba a cantarlo todo, la muy

zorra. Y a poco que tirasen del hilo, iban a meterlo para dentro. A él, y a continuación, a Pedro Mendiluce. ¿Cómo podría mirarlo después a la cara? Por su culpa todo el negocio se había ido al garete. Y por culpa de la cabrona de Raquel y sus ideas de tarada.

Se sirvió otro whisky doble. Sacudió la cabeza con desesperación. Aquello no podía estar pasándole. La puta de la inspectora Negro otra vez. Se tomó el whisky de un trago y luego tiró el vaso, que estalló con violencia. Lo único que tenía en mente era una idea fija: huir de allí cuanto antes con Óscar, que estaba metido en el marrón hasta la

cadera, como él.

Tenía que pensar rápidamente en la manera de desaparecer.

• • •

Valentina miró a sus compañeros con asombro.

—Joder, es Arturo Durán. Tito Durán y su voz inconfundible. Dios mío. Qué pasada. No me lo puedo creer. El amigo de los ciudadanos es también «el amigo de las niñas».

Los policías escuchaban el diálogo totalmente asombrados. Aquel hombre dedicaba las mañanas radiofónicas a fustigar a toda cuanta figura pública

cayese en su diana, acusándola de amoral, corrupta, o destapando con descaro sus comportamientos poco adecuados...

—Irina... ¿cuántos años tienes, preciosa?

—Tengo dieciséis —mintió ella con descaro—, recién cumplidos.

—Se te notan las carnes tersas, que rebotan... Así me gustan a mí las niñas, Irina. Como tú. Frescas, duras, en plena juventud.

—¿Otra raya, Arturo? Yo voy a meterme otra... ¡Es taaaaaaaan buena!

—Venga. Otra raya. Llámame Tito, preciosa. Es verdad, Pedro siempre trae

la mejor coca de Galicia para sus fiestas. Y las niñas más guapas de todo el mundo, no sé de dónde las saca... ¿De dónde eres, por cierto? No te había visto en la fiesta anterior.

—De San Petersburgo...

La voz de Arturo Durán sonó un poco achispada.

—Tú y yo vamos a irnos a San Petersburgo de vacaciones cuando quieras, muñeca. Vamos a irnos de farra a tu preciosa ciudad. Total, los gastos va a pagarlos la emisora, como siempre.

• • •

Sanjuán esperaba con paciencia infinita

a que Christian Morgado terminara de coquetear con la camarera del *pub* Vela. A aquella hora, las once y media de la noche, el lugar estaba bastante tranquilo. La trompeta delicada de Chet Baker, con sus suaves ecos opiáceos, contribuía a lograr un ambiente acogedor, solo roto por el ruido de las bolas de billar al entrechocar o las exclamaciones contenidas de dos lanzadores de dardos que jugaban casi en silencio mientras apuraban los cubatas.

Morgado volvió al fin con las copas y se sentó enfrente del criminólogo. Sanjuán ya había preparado todo el material de estudio para analizarlo

conjuntamente con Morgado desde el punto de vista estrictamente artístico.

—Bien. Vamos a trabajar. — Morgado sacó unos folios de la carpeta que había llevado y se los dio a Sanjuán —. He estado estudiando las fotos de todas las escenas del crimen. Valentina —y cuando nombró a la inspectora, Morgado pareció deleitarse con cada sílaba de su nombre a propósito, pensó Sanjuán—, también me pidió ayuda. A ver si podía encontrar coincidencias del estilo de artistas coruñeses con los cuadros del Artista, pero por ahora la búsqueda ha sido infructuosa. Sin embargo, lo tuyo ha sido más «sencillo»,

por así decirlo. —Entrecomilló con los dedos la palabra para enfatizar la expresión—. No ha sido precisamente agradable, pero bueno. Estoy empezando a cogerle gusto al asunto este de la investigación criminal... —Esbozó una sonrisa triste.

—Ya. Entiendo. La verdad es que nunca te acostumbras...

—He estado buscando diferencias entre las tres escenas del crimen. Siempre desde el punto de vista de un crítico de arte. Y en efecto, sí, tienes razón. Hay diferencias. Sustanciosas diferencias. Pero también hay similitudes que no se pueden dejar de

lado.

Sanjuán asintió, mientras daba un trago a su gin-tonic.

—Dime qué has visto.

—Bien... dejando de lado que cada escena represente una diferente expresión artística, a saber un libro, un cuadro y una ópera, por ejemplo... aunque esto podría discutirse... sí, podría decirse que las dos escenas de Inglaterra son mucho menos elaboradas que la del crimen de Lidia. Menos cuidadas. Por ejemplo, la de Patricia Janz. Si el asesino hubiese sido más estricto, el cuerpo tendría que haber aparecido en Londres, no en Whitby. En

un ataúd, no en el medio del campo. Este crimen, más que la obra de Stoker, me pareció que aspiraba a representar una película de vampiros que hacía la productora Hammer, ¿te acuerdas? — Sanjuán asintió, citando a Christopher Lee y a Peter Cushing como sus actores perdurables, cosa que agradó a Morgado —. En sus momentos de decadencia. De la escena de Salomé, mejor no hablar. Menuda chapuza. Los siete velos... parecen sacados de un *atrezzo* de los chinos. Impactante, eso no se puede negar, la cabeza del mendigo... De todos modos, la elección de todos los motivos artísticos corresponde a un

patrón común, que no es otro que el miedo simbolista a la *femme fatale*. —Y al decir esto, puso realmente cara de estar disfrutando de compartir lo que consideró que era un auténtico hallazgo.

Pero, para su sorpresa, esa revelación no era novedad para Sanjuán; por ello este asintió con rapidez.

—Efectivamente. La mujer lúbrica. Ya lo he pensado. El castigo a la evidente sexualidad de la mujer vampiro, la empusa, en el caso de Lucy Westenra, o el final trágico de Salomé, que también corresponde a la lujuriosa irrefrenable capaz de matar solo por un beso. El sacrificio de dos Mantis,

devoradoras de hombres.

Morgado miró a Sanjuán con cierta admiración.

—Así es, un análisis perfecto, Sanjuán.

—Y es ahí donde a mi empiezan no a cuadrarme las cosas. Lidia-Ofelia, por ejemplo. Porque Patricia Janz y Floria eran miembros de una hermandad que realizaba prácticas sadomasoquistas y ambas podrían, en la mente del asesino, merecer la tortura y la muerte. Pero... ¿Ofelia? En la obra de Shakespeare es una chica joven e ingenua. Y su muerte es injusta a todas luces, causada por la locura de Hamlet.

Morgado cogió su copa y la miró al trasluz, pensativo. Luego asintió.

—Tienes razón, pero... a lo mejor en la muerte de Lidia, más que en la obra de Shakespeare, has de bucear en la vida de la modelo del cuadro.

—Te refieres a Elizabeth Siddal.

—Exacto. Date cuenta de que los tres crímenes representan tres símbolos del *fin de siècle*, al igual que los cuadros y las fotografías del Artista. La Siddal es la modelo pelirroja que muere en trágicas circunstancias. La sobredosis de láudano. El suicidio por amor, al sentirse abandonada por su marido, Rossetti, tras parir a un hijo muerto. La

exhumación de su cuerpo a la luz de las antorchas en el cementerio de Highgate para recuperar el libro de poemas de Rossetti... Por cierto, ¿sabías que la leyenda dice que el cuerpo estaba incorrupto y que el pelo rojo había crecido hasta inundar el ataúd? Son paparruchas victorianas, por supuesto. Pero quizá ayuden a entender el significado de la escena del crimen. ¿Te das cuenta de que tanto Lucy Westenra como Elizabeth Siddal son exhumadas y permanecen «incorruptas» en sus tumbas en el mismo lugar, el cementerio de Highgate? Y eso no es todo. *Salomé*... y ahora me refiero a la obra de teatro.

Óscar Wilde la escribió pensando en Sara Bernhardt. ¡Y también *Tosca*, ahora que lo pienso!... —Morgado estaba entusiasmado, su cerebro en plena ebullición de asociaciones deslumbrantes, tal y como Sanjuán lo percibía—. La Bernhardt también interpretó *Tosca*, pero no la de Puccini, sino la de Sardou... todo esto viene a cuento porque la diva solía dormir en un ataúd y hacía gala de ello... —Morgado subió el tono de voz, excitado por sus argumentos—. Tenías razón cuando decías que tenía que haber ciertas conexiones artísticas. Las hay. El mito de «La muerte y la doncella» es una de

ellas. O la eternidad a través del cuerpo incorrupto, no sé. Ya se me ocurrirán más. Ese hombre es muy astuto... En todo caso, Sanjuán, me da la sensación de que en el caso del crimen de Lidia la simbología del Artista puede estar igualmente relacionada con Elizabeth Siddal y con la Ofelia de Shakespeare al mismo tiempo.

—¿Tú crees que el Artista se ha inspirado a la vez en la modelo del cuadro y en la prometida de Hamlet a la vez?

Morgado asintió.

—En efecto. Fíjate. Ambas comparten un trágico destino, como

Lidia: la joven muerta en la flor de la vida, el suicidio por amor, la pureza mancillada... todo ese tipo de cosas. A lo mejor, por alguna razón que desconocemos, el Artista no consideró a Lidia tan merecedora de un castigo «postmortal» tan cruel como el de sus compañeras y por eso se esmeró mucho más a la hora de recrear un cuadro tan exquisito. No sé. —Morgado le dio un trago largo a su copa y miró a Sanjuán con aspecto cansado—. La verdad, creo que estoy empezando a divagar.

Sanjuán asintió en silencio. Morgado tenía razón. Quizá la policía no había investigado el mundo de Lidia Naveira

con toda la profundidad que requería el asunto. La habían catalogado desde el primer momento como una buena chica, buena estudiante, pocos novios. Pero... ¿y su vinculación con Sebastián Delgado? Sería necesario buscar más allá de la superficie en la vida de aquella chica pelirroja. Sea como fuere, si el razonamiento de Morgado era correcto, el Artista consideraba a Lidia menos corrupta que a las otras víctimas, lo que no la había librado de una muerte igual de sádica que las sufridas por las otras, pero sí le había procurado una escenografía más benévola... Realmente esa idea era de una sutil perversidad (el

asesino cuidando el contexto artístico del crimen para hacerlo corresponder con el grado de «corrupción» de sus víctimas), pero tuvo que reconocer que tenía mucho sentido.

• • •

Irina había logrado escabullirse un momento de los brazos de pulpo del locutor de radio y se acercó a una de las chicas que conocía de una fiesta anterior, hacía meses. Gladys, una caribeña de cuerpo espectacular que no se soltaba de la copa de Rioja y que devoraba percebes como si fuesen pipas.

—Irina, cuánto tiempo... —La voz pastosa y el abrazo agobiante de los brazos musculados eran de esperar—. Pero toma. Un poco de champán. Tienes la copa vacía.

—Gladys. ¿Cómo estás? No estuviste en las últimas fiestas... No te veo desde hace un montón de tiempo. Pero... estás guapísima. Me encanta tu vestido.

—Ya. Entre tú y yo, es de las rebajas de Blanco, superbarato. No me has visto porque estuve enferma. Me rompí una pierna, ¿te lo puedes creer? Resbalé al salir del barco de Pedro, en cubierta. Estábamos organizando una «fiesta» —

guiñó los ojos al decir esa palabra—, con los concejales de varios ayuntamientos y empresarios del ladrillo, ya sabes, esas tan famosas en su barco, y en plena faena, me caí. Fue un desastre, de verdad. Ahora me río, pero en el momento...

—Pobre... —Irina le hizo un cariño un poco soso—. Imagino que debiste de pasarlo fatal.

—Pues no te creas, querida. Al final salí ganando. Como me porté muy bien, Pedro dio por condonada mi deuda y me dejó libre como un pájaro. Pero yo sigo aquí, al pie del cañón... —Gladys cogió otra botella de vino y se sirvió media

copa. Aquella mujeronna podía beber como un cosaco sin emborracharse—. Me encanta este trabajo, niña. No puedo dejarlo. Lo único que me ha dado miedo ha sido lo del asesinato de la chica esa...

Irina levantó las antenas al momento, llena de interés.

—¿De qué asesinato hablas?

—Irina, por Dios. ¿No te has enterado? —El rostro de Gladys se ensombreció—. La chica aquella, la jovencita pelirroja que venía algunas veces a las fiestas... es la que apareció asesinada el otro día en el parque de Eirís. Lidia Naveira... Pero... ¿de

verdad que no te suena?

Carlos Larrosa miró hacia Valentina con ojos de alarma, sujetándose el pinganillo para que no se le cayera.

—¿Has oído lo mismo que yo?
¡Joder!

—Sí. Lidia Naveira en las fiestas de Mendiluce. Chist. Calla. Espera a ver que más dice... —le interrumpió Valentina.

«... Era la favorita de Pedro, se veía a leguas. Nunca se acostó con ningún invitado. Permanecía siempre al lado de él, callada, misteriosa. Muy bien vestida. Pedro la miraba como si fuese el amor de su vida. Luego, al cabo de un

rato, desaparecía. Nosotras la llamábamos La Cenicienta, porque a las dos de la madrugada se iba con Sebastián en el coche. De repente, no volvimos a verla más. Hace meses de aquello, quizá más de un año... y luego vi la foto en los periódicos. Era ella, la misma chica. Sin duda... Pero niña, levántate, nos llaman. Está ahí Delgado con cara de muy pocos amigos. Creo que ha llegado el momento de que nos cambiemos de ropa».

Capítulo 62. Punto de no retorno

«Yo amo a tus rameras y yo amo a tus
hampones
y la desolación de las negras canciones
que salen del siniestro fondo de tus
burdeles,
y son tus asesinos mis amigos más
fieles,
porque sé la piedad de la mano
homicida
que libra de este lento suplicio de la
vida».

El amor de la noche.

Emilio Carrere

Domingo, 20 de junio,
Bergondo, 01:00 h

Irina se probó los zuecos blancos de tacón imposible. La falda, también blanca, de plástico barato era tan corta y ajustada que al menor movimiento se le subía casi hasta el ombligo, mostrando el tanga de hilo dental de color rojo. Luego se ajustó las medias de rejilla al muslo. «Enfermera para todo, pensó. Es asqueroso. Si Freddy me viera así, nunca más volvería a dirigirme la palabra».

Llegaba lo más duro de la fiesta: el momento de la encerrona. No veía la forma de escabullirse de todos aquellos cerdos que habían estado rondando como buitres alrededor de las chicas, eligiendo en secreto o abiertamente a su favorita para la orgía. Daba lo mismo: la fiesta iba a terminar, según había oído, con la celebración de un «bunga bunga», un coito generalizado y asqueroso con todos los participantes implicados. Y ellas tendrían que hacer todo lo que los cerdos quisieran. Incluso liarse entre ellas. Era repugnante.

Sentada a su lado, Prune se ató la blusa azul por debajo del pecho con un

nudo y luego se colocó la falda de tablas de tamaño irrisorio. Sonrió a Irina con cariño. Tenía los ojos castaños llenos de lágrimas y el rímel corrido. El maquillaje no había podido disimular su cara casi infantil ni sus mejillas pecosas.

—¿Qué te pasa, Prune? —Irina le limpió el rímel con un pañuelo de papel.

—No quiero follar con ese señor mayor que se ha encaprichado de mí. Huele mal. Me da asco. Se llama Lorenzo. Y dice que es un hombre muy importante y que si hago lo que él me dice me dará mucho dinero. Te juro que me muero. Está gordo. Y le huele el

aliento a puro... ¡Puaj!

Irina asintió.

—Te entiendo. Es verdad que es muy importante, es Lorenzo Marante, un directivo de la SEAT de Madrid... y es muy asqueroso, es cierto. —Irina trataba de mantener el ánimo subido, en parte para que Prune no se desmoronara—. Pero habla con Sebastián, a ver si puede buscarle otra chica...

—Ya lo hice, pero está como loco. Nunca lo he visto así. Me amenazó con romperme las piernas si no obedezco lo que me dicen. Dice que me falta mucho para pagar la deuda, y que además, me ha buscado un buen trabajo en Zara. Que

me calle y se la chupe a Lorenzo, y punto.

—Joder, qué cabrón es... Te lo juro, algún día las ha de pagar todas juntas.

—Ese día espero estar yo delante, Irina. No te imaginas cómo lo aborrezco. Lo peor es cuando me folla. La última vez me pegó una paliza y me dejó los dos ojos morados porque se empeñó en que no lo satisficiera lo suficiente. Nunca está contento con nada... —Abrió su bolsito y sacó una pastilla. Se la tomó y le ofreció otra a Irina, que negó con la cabeza.

Irina la miró con compasión. Aquella chica era casi una niña.

—¿Cuántos años tienes ahora, Prune?

—Tengo dieciocho... —Bebió un largo trago de agua de un botellín de plástico.

Irina levantó una ceja.

—Dime la verdad, Pru. No los aparentas ni de broma.

Sebastián Delgado interrumpió la conversación. Su rostro mostraba una gran crispación, una ira profunda que descargó con saña contra las dos chicas. Le dio un puñetazo a la mesa en donde tenían el maquillaje.

—¿Ya estáis vestidas? ¡Pues dejaos de tanta charla y a atender a los

invitados! ¡Esto no es un puto salón de belleza, joder! Y tú, Irina de los cojones. No hables tanto y folla más. Hoy no has hecho nada provechoso, hostia... ¿Qué crees? ¿Que no me he dado cuenta? Quiero ver cómo te trabajas al director de Industrias Roca en cinco minutos. Haz todo lo que sea necesario para ponerlo a tono. Y te aviso. Déjate dar por el culo esta vez. O te daré yo mismo, y te aseguro que no va a gustarte tanto...

• • •

Morgado pidió otras dos copas, insistente, aunque Sanjuán no tenía

demasiadas ganas de tomar otra. Corría el riesgo de sufrir una resaca inmensa al día siguiente y no estaba por la labor. Pero Christian parecía estar en su salsa en aquel *pub*, que empezaba a llenarse de gente y a cambiar la música por temas más comerciales, para disgusto de Sanjuán.

—¿Cuánto tiempo más piensas quedarte en Coruña, Javier? ¿Hasta que Valentina atrape a ese asesino?

Se encogió de hombros.

—En realidad, no lo sé. Pronto tendré que volver, imagino. Tengo mucho que hacer en Valencia. Iba a quedarme aquí un par de días y ya llevo

casi dos semanas.

—Ya. Es normal. Esta ciudad es muy acogedora... —Sanjuán pudo atisbar una media sonrisa en la cara de Morgado—. Y la inspectora Negro también lo parece...

—¿Valentina? Sí, en efecto. Es una mujer excepcional.

A Morgado se le iluminaron los ojos cuando empezó a desgranar todas las virtudes de Valentina Negro.

—Excepcional no es la palabra. Es maravillosa. Guapa a rabiar, inteligente, con personalidad... —Bebió un sorbo de su Bacardi con Coca-Cola y miró al criminólogo, que permanecía con el

mismo semblante imperturbable—. De hombre a hombre, Sanjuán... No me negarás que es una verdadera diosa. Una pena que sea policía. Es la mujer más bella que he visto en años. En suma, yo la definiría como una tía buenísima con un cerebro superior. Un poco moralista de más, pero ese es el toque de pimienta... Algo que no es nada fácil de encontrar en estos tiempos. ¿No te parece?

Sanjuán continuó sin inmutarse, sin entrar al trapo que Morgado le enseñaba de una forma poco disimulada.

—Valentina es una chica interesante. Y la verdad, como policía es muy buena.

En realidad, no me la imagino en otra profesión.

—¿No?... puede ser, sí. Tienes razón. Solo de imaginármela con el uniforme y la pistola me pongo...

Sanjuán empezó a sentirse muy incómodo con aquella situación tan «confesional». No había quedado con Christian Morgado para loar las virtudes de Valentina. Se dio cuenta de que aquel hombre estaba colado por la inspectora y de que el alcohol le estaba dando alas a la lengua. Miró su reloj.

—Creo que es hora de irse a casa, Christian. Mañana tengo que madrugar, y la verdad, la música que están poniendo

ahora está empezando a producirme dolor de cabeza.



Larrosa no salía de su asombro.

—No me lo puedo creer. Alfonso Mayo. El concejal de Rehabilitación del Ayuntamiento... su mujer es amiga de la mía desde hace años. Son un matrimonio muy feliz, joder. ¿Pero qué coño le pasa a la gente? ¿No son capaces de tener la polla quieta dentro del pantalón durante un rato?

—Por lo que se ve, no. Cuando Iturriaga escuche todo esto... va a darle un ataque. Y otro al juez. Corrupción de

menores, prostitución, trata de blancas, tráfico de drogas... —A Valentina nada de lo que estaba escuchando la cogía de sorpresa, pero la sola enumeración de los presuntos delitos resultaba embarazosa. Lo que más le llamaba la atención era la voz de Delgado. Parecía totalmente fuera de sus casillas. ¿Se habría enterado ya de la liberación de Lúa Castro? Valentina sonrió interiormente. A lo mejor su cabreo monumental era por eso...

• • •

Alfonso Mayo, un hombre ya mayor pero según él, en plena forma, calvo, con el

pelo graso más largo por la nuca, y de barriguilla incipiente, besó a Irina en la boca, un beso largo y húmedo que casi la hizo vomitar.

La agarró con fuerza y la sentó sobre sus rodillas. Irina notó la erección y tuvo unas enormes ganas de salir corriendo de allí. Él la miró con expresión suplicante y de lujuria.

—Irina, por favor. Responde con un poco más de entusiasmo a mis besos. — La miró de arriba abajo con ojos de sapo, el escote prominente, la falda cada vez más encogida, las medias de rejilla blancas con ligero en las largas piernas — Pero mira qué buena estás, Irina. —

La mano subió por la nalga y empezó a acariciar el hilo dental—. Me pones totalmente burro, preciosa. Ya sabes lo que quiero de ti... romper ese culito tuyo tan prieto...

Irina fingió un gemido apagado bastante creíble.

—Yo también quiero que me folles, Alfonso. Pero antes... no te importa contarme un par de cosas, ¿verdad? — La mano bajó hacia el duro pene del concejal y empezó a moverse rítmicamente con fuerza—. ¿Desde cuándo eres amigo de Pedro? Es que me gusta saber cosas de él...

—Joder, pobre chica. Ese tipo es repugnante. —El técnico miró a los dos inspectores con cara de consternación.

Valentina empezaba a sentirse realmente mal. Apretó los dientes. Comprendía que hacer pasar a la novia de su hermano por semejante trance era algo asqueroso, pero no habían encontrado, o eso quería pensar para su descargo, otra forma de liberarla de sus obligaciones que destruir la red de prostitución desde dentro. El comportamiento de Irina estaba siendo ejemplar, pero Valentina no podía

quitarse de encima el sentimiento de culpa que le provocaba asistir en primer fila a semejante acto de depravación. Se daba cuenta de que Irina se estaba inmolando por amor a su hermano, y ella era la causante principal de su descenso a los infiernos.

Iturriaga asintió con pesadumbre.

—Esas chicas... joder. Es horrible. No entiendo cómo pueden soportar toda esa mierda. Pero espera... Escuchad: creo que le está sacando algo importante.

«Sí, Pedro me pidió de favor que pasáramos por alto las casas protegidas que había en As Xubias, mi tesoro.

Bajamos el nivel de protección... ¡Diossss, qué bien haces las pajas, putilla!... pero total... ¿A quién le importaban aquellas cuatro casetas derruidas? A mí no, por supuesto. Les dimos cuatro perras a los dueños en dinero negro... y apartamentos en la nueva urbanización. Aceptaron todos encantados... sigue así, pero ahora acaríciame los huevos, venga...».

Los policías escucharon perfectamente los gemidos de placer del concejal a través de los auriculares y pusieron cara de circunstancias.

Valentina se quitó los cascos y cogió la radio. Avisó a Bodelón y a Velasco

para que se apostaran en la carretera de salida de la finca y sacaran fotografías de los vehículos y, a poder ser, también de los invitados.

•••

Bergondo, 3:30 h

Sebastián Delgado había pensado detenidamente qué era lo que iba a hacer mientras supervisaba a todas aquellas zorras díscolas. A la mínima se le desmadraban. Especialmente la tal Irina, la hija de puta más grande de todas. Aquella noche no parecía muy por la labor... ya la arreglaría, ya. Antes de

marcharse iba a ponerla fina.

Primero llamó a Óscar para planificar la huida. Al final de la fiesta y sin llamar la atención de Mendiluce, emprenderían camino hacia Ferrol. Allí el vigilante tenía un amigo pescador que podría llevarlos hasta Portugal en barco. Ir por carretera era demasiado arriesgado: si la policía descubría que estaban implicados, pondrían controles por todas partes. Y eso no tardaría mucho en suceder: en cuanto hablaran con la familia de Uxío, el otro vigilante que había resultado muerto en el asalto, y le dijeran para quién estaba trabajando. Delgado meditaba

desaparecer durante una buena temporada en algún país sudamericano. En principio, viviría gracias al dinero que tenía en varias cuentas, producto de los innumerables chanchullos en Ártabra. Luego, ya se buscaría la vida. Sabía perfectamente que en cuanto Mendiluce fuese consciente del desastre que se había montado, y que acabaría a lo peor con sus huesos en chirona, su ira iba a ser terrible, y jamás iba a perdonárselo. Los tentáculos mafiosos de Pedro Mendiluce eran muy largos y no tenían piedad. Él mismo se había encargado muchas veces de aplicar la justicia de su jefe y no quería sufrirla en

sus carnes de ninguna manera.

Lanzó una larga mirada a los participantes. Todos estaban ya metidos en faena. Algunos habían subido a las habitaciones para tener más privacidad, pero otros estaban follando allí, delante de todos, sumándose al orgiástico «bunga bunga» que había organizado Mendiluce. Miró a su alrededor. No vio a su jefe, lo más seguro era que hubiera subido a su habitación con alguna de sus favoritas.

Siempre terminaban tan pasados que acababa dándoles igual. O peor, lo que ocurría era que les ponía más fornicar en el medio del salón o en los jardines.

Todos, salvo la putilla rusa. Estaba parloteando con el miembro de los Legionarios de Cristo.

Aquello no era normal. Por lo general, aquella rusa no era nada locuaz y siempre había procurado no implicarse mucho con los clientes que la solicitaban o los invitados, que la encontraban muy atractiva pero no demasiado simpática. Pero esta vez había algo diferente en ella: no hacía otra cosa que darle a la lengua y sonsacar. No era su estilo. No, definitivamente, allí había algo que no le cuadraba en absoluto.

Bergondo, 04:00 h

Mendiluce observaba en la sala de pantallas las evoluciones de todos sus invitados mientras se fumaba uno de sus mejores Montecristo. A él aquellas fiestas no le ponían en absoluto en el aspecto sexual, pero tener en sus manos grabaciones con las que luego poder defenderse en caso de apuro, o conseguir alguna que otra prebendilla, era algo que no le venía nada mal.

Puso una mano en el hombro de Amaro, que permanecía vigilando que

todo el proceso siguiera su curso de una forma adecuada. Mendiluce no se fiaba para ello nada más que de su fiel criado.

—Cuando terminen, discúlpame con los invitados. Diles que he tenido que salir por una urgencia. Habla con Delgado. Que esté enterado de que esta noche me voy a quedar aquí a dormir. Estoy muy cansado. —Expulsó una gran bocanada de humo, que subió hacia el techo con parsimonia—. Me retiro ya. Si hay alguna novedad, avísame.

Amaro asintió. Cuando Mendiluce se marchó seguido de la olorosa humareda de su puro, marcó el número de Sebastián Delgado.

05:00 h

Óscar acercó la pequeña furgoneta Renault hasta la verja de la finca con las luces apagadas y toda la prudencia de la que fue capaz. Cuando llegó, ya estaba Delgado en la puerta, esperando por él.

Delgado metió la cabeza dentro del coche.

—¿Lo tienes todo preparado? — Óscar asintió—. Perfecto. Me faltan un par de recaditos por hacer y nos vamos. Tengo que estar hasta el final de la fiesta, pero no creo que esto dure mucho

más. Alguno está ya de coca y Viagra hasta reventar. Mendiluce está en sus aposentos, así que pronto nos pegaremos el piro de aquí.

—¿Dónde te espero? ¿Aquí fuera?

—No, mete la furgoneta dentro.

Dejaré la puerta abierta con la disculpa de que la gente va a empezar a marcharse en un rato. Luego nos vamos a mi casa a coger un par de cosas y después a Ferrol. No quiero estar localizado ni un minuto más. ¿Has conseguido las tarjetas para el móvil sin registrar que te encargué?

• • •

Irina notó la ligera vibración de su móvil en el bolsito de mano en donde había metido el maquillaje para retocarse. En las fiestas, estaba terminantemente prohibido utilizarlo, pero ella lo había disimulado en la cartera aquella noche por si ocurría algo. Se levantó de la cama en donde roncaba Luis Aragón, el director general de Roca, con mucho sigilo. Lo miró con desprecio absoluto. Menudo cerdo repugnante... Pero aquella noche era la última de su vida en la que hacía aquello. No soportaba más el olor a sexo en las habitaciones, las manos de aquellos hombres sobre su piel, las

barbaridades que le decían y que le obligaban a hacer.

Miró la pantalla: la foto de Freddy y ella, sonrientes y abrazados, parpadeaba al ritmo del vibrador del móvil. Joder. Corrió hacia el baño del pasillo para contestar antes de que la viera nadie.



Valentina tragó saliva cuando escuchó la voz de Irina hablando con alguien por teléfono. Escuchó por lo bajo el nombre de su hermano. Lo que les faltaba. No podía ser. Menudo idiota. ¿Es que no podía estar quieto ni un solo día?

Cuando Delgado entró de nuevo en el salón observó que dos de los invitados, subidos en una gran mesa rústica, organizaban turnos con tres de las prostitutas cambiando de posturas y de actividad. Delgado puso cara de asco: aquello parecía una película porno casera y mal coreografiada. En el jardín también había visto varios grupos, sumergidos en la más absoluta embriaguez, que intentaban realizar un «bunga bunga» entre risas, con escaso resultado. Recorrió el chalet para cerciorarse de que todo estaba bajo

control. Hasta el último momento quería disimular: así su desaparición pasaría inadvertida durante más tiempo. ¿No contestaba al teléfono? Estaba durmiendo. ¿No iba a trabajar? Lógico, estaba exhausto. Cuando lo echaran en falta, ya estaría lejos de allí.

Se paró en la puerta de un baño. Escuchó dentro una voz que hablaba muy bajo, entre susurros. Reconoció la voz de Irina. Pero no había contestación de otra persona. ¿Estaba hablando por teléfono la zorrita? Tenían los teléfonos totalmente prohibidos... Se quedó quieto, escuchando.

—No, Freddy, no. Por favor. Déjame

en paz. Ahora no puedo...

Delgado pegó la cara a la puerta. La voz se escuchaba nítida en el eco del baño a través del hueco de la puerta entreabierta.

—Por favor, Freddy. No puedo, de verdad. —Irina estaba muy asustada, pero trataba de que Freddy no lo notara—. Ahora estoy ayudando a tu hermana. Te voy a colgar. Habla con ella. Corro peligro, ¿no te das cuenta? No te importa dónde estoy. Pero no puedo hablar contigo. Lo están grabando todo...

Todos los músculos de Delgado se tensaron. Aquella zorra estaba hablando con el hermano de la inspectora. «Lo

están grabando todo». Hija de puta.
¡Hijas de puta!

Irina salió del baño casi de puntillas. Un segundo después, una mano cubría su boca con brutalidad. Un golpe en la cabeza la dejó al momento sin sentido.

Irina cayó suavemente al suelo. Luego, Delgado la arrastró por los pies por el pasillo hasta el ascensor que llevaba al garaje. La incorporó y la cogió en brazos. Si alguien los veía, diría que estaba borracha y pasada de coca.

• • •

—¿Qué ha pasado? —Larrosa escuchaba ruidos que no podía situar, pero ninguna voz.

—No tengo ni idea. —Valentina estaba empezando a ponerse muy nerviosa—. Estaba hablando por teléfono, y de repente, nada. Joder. ¿Le habrá ocurrido algo?



Delgado llevó a Irina al garaje y la introdujo en un pequeño habitáculo destinado a guardar herramientas. La ató y la amordazó con cinta americana para no correr riesgos. Luego subió hacia una de las habitaciones en donde Mendiluce

guardaba todo tipo de aparatos. Escogió un detector de micrófonos ocultos y miró si funcionaba.

Volvió a bajar al cuartito y lo cerró con llave. Irina seguía sin sentido. Encendió el detector.

El aparato empezó a pitar como un loco al acercarlo a la joven. Delgado sopló con fuerza y sacó una navaja del bolsillo. Empezó a quitarle toda la escueta ropa, prenda a prenda. Luego, las medias y los zuecos. Pero el detector seguía con las luces encendidas, avisando de la presencia de un radiotransmisor en el cuerpo de Irina.

Delgado le metió los dedos en la

vagina, por si acaso. Nada. Estaba desesperado. Acercó el aparato hacia la cabeza, y la luz verde parpadeó furiosamente. Le quitó el gorrito de enfermera y lo apartó de ella, chequeando con el dispositivo. Nada. Seguía igual. Luego, procedió a liberarla de los pendientes, sin resultado.

Ya desesperado, se fijó en el recogido del pelo. Le dio la vuelta al cuerpo y empezó a rebuscar en el cabello.

«Las horquillas, joder. Está en las horquillas».

Las quitó una a una, hasta que

encontró en la nuca una horquilla negra rebuscada, coronada por una flor negra de metal. Acercó el aparato, que se iluminó como un árbol de Navidad.

«Te pillé, zorra. Estás compinchada con la inspectora de los cojones. Pues vas a ver lo que hago con tu horquilla, puta».

Delgado fue hasta el inodoro que había en el cuartito del garaje y tiró la horquilla dentro. El aparato detector de micrófonos volvió a la normalidad al momento.

Delgado cogió el teléfono y llamó a Óscar.

—Tráete la furgoneta, rápido. Nos

vamos de aquí. Pero antes tengo que hacer un recadito...

• • •

—Hemos perdido la señal, inspectora. —Antonio se desesperaba con los botones de la radio.

Valentina sintió los sudores de la muerte. Tenía un presentimiento funesto, aunque no se atrevía a manifestárselo a los otros.

—No puede ser. No puede ser, ¡joder! Intenta recuperarla, Antonio.

—Imposible. Es como si el micrófono no existiera. No recibo absolutamente nada.



Irina abrió los ojos. Notaba un terrible dolor en la sien y una confusión tremenda atenazaba su cerebro. No sabía ni dónde estaba ni qué le había ocurrido. Lo último que recordaba era que estaba en un baño hablando con Freddy. Luego, nada más.

Cuando logró acostumbrar la vista, se dio cuenta de que estaba metida en la caja de una pequeña furgoneta de reparto. Las ventanillas que daban a la cabina estaban tapadas. No podía escuchar nada. Solo el ruido del motor. Miró hacia abajo: tenía unos pantalones

vaqueros y una camiseta que no reconoció como suyos. Y el pelo rubio caía suelto sobre sus hombros y su espalda. Ni rastro del moño ni de las horquillas...

Se dio cuenta al momento de que la habían descubierto y se espabiló por completo. Intentó liberarse, pero estaba totalmente inmovilizada. Sintió un miedo atroz. ¿Qué iban a hacer con ella?

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas y cayeron a la manta que separaba su cuerpo del frío metal.

• • •

Velasco repasó las imágenes de la

cámara para ver si estaba todo en orden. Habían salido ya cuatro coches. Los habían fotografiado todos. Escuchó la voz susurrante de Bodelón desde el otro lado de un árbol.

—Creo que viene una furgoneta... venga, apura. Antes de que se nos escape.

Después de fotografiar la matrícula, volvieron otra vez a la oscuridad del bosque.

• • •

La furgoneta se detuvo. Delgado abrió la puerta con violencia y subió a la caja. Luego le dio una patada en el estómago

a Irina, que se encogió como un ovillo, intentando no sucumbir al terror.

—¡Puta! ¿Qué creías? ¿Que no iba a pillarte, cabrona? Zorra, hija de puta... vas a ver.

Irina boqueaba en el suelo como un pez fuera del agua, intentando coger aire cuando cayó la segunda patada. Vomitó parte del escaso contenido de su estómago. Delgado la miró con desprecio y asco y esperó unos segundos a que se recuperara. Sacó del bolsillo el teléfono de la joven rusa y se lo puso delante de los ojos.

—Mira, puta. Este es tu teléfono. Te suena, ¿no? Tiene que sonarte, porque

acabas de llamar hace un rato a tu novio con él. Ahora mismo vas a llamar a ese cara de mono y le vas a decir que esté donde esté, tienes que verlo urgentemente. Y le vas a decir también que te espere justo donde yo te voy a decir. ¿Entiendes? Y lo vas a hacer, Irina, porque si no lo haces, mañana a primera hora, cuando Freddy salga de su casa, voy a pegarle un tiro en la cabeza delante de ti. Y luego daré orden de que se carguen a tu madre y a tu hermana. ¿De acuerdo? Así que elige. O una cosa, o la otra.

Irina miró a Delgado con los grandes ojos azules velados por el pánico, y

asintió.

—Bien, putita. Vas a decirle a tu novio que quieres quedar con él en... vamos a ver... sí, en la dársena de Oza. Al principio. Es un buen sitio. Que vaya allí lo antes posible. ¿Entendido? — Irina asintió—. Perfecto. Ahora voy a quitarte la cinta de la boca, pero quiero que permanezcas callada hasta que yo te ponga el teléfono en la oreja. Como me des algún problema te vuelvo la rodilla. Y luego, la otra.

Irina volvió a asentir con cara de desesperación. En cuanto le quitó la mordaza, abrió la boca y respiró con ansia, aunque sin desobedecer las

órdenes de Delgado. La mejor sonrisa de hiena de su captor acompañó todo el proceso de búsqueda del número de Freddy. Cuando lo encontró, pulsó la pantalla y puso el móvil al lado de la oreja de la joven rusa.

• • •

Freddy se arrebujo en su fina cazadora bomber roja y blanca. Hacía fresco. Eran ya las seis y media de la madrugada y no sabía qué diablos hacía allí solo, alejado de la civilización, esperando por una Irina que a saber por qué lo había citado en el sitio más estrambótico de toda la ciudad. Los

bares del puerto de Oza estaban ya cerrados. Y él se había gastado todo lo que le quedaba de la paga semanal en un puto taxi para llegar hasta aquel lugar solitario.

¿Qué coño le pasaba a Irina aquella noche? Primero le contestó de una forma extraña, entrecortada. Luego, colgó. Al cabo de un rato, cuando él ya estaba a punto de meterse en la cama, volvió a llamar, citándolo en Oza, cerca del puerto. ¿Por qué? No entendía nada.

Llevaba un cuarto de hora esperando, y su inicial perplejidad estaba ya dando paso a una mezcla soterrada de preocupación y cabreo.

Sacó su móvil y miro la pantalla, por si había algún mensaje nuevo. Nada. Empezó a caminar despacio para entrar un poco en calor. A lo lejos, un faro iluminaba con luz mortecina los restos de la noche. Por allí no había absolutamente nadie. Si Irina tardaba diez minutos más, se iría a casa. Estaba muerto de sueño, y además, aún le duraba el efecto de los cubatas que se había tomado con sus colegas durante la madrugada.

Caminó hasta llegar casi a la altura del antiguo pantalán. No habían pasado cinco minutos cuando una furgoneta sin luces y algo destartalada se puso a su

altura y se detuvo. Freddy miró con curiosidad hacia el interior y pudo atisbar dos siluetas masculinas. La ventanilla del pasajero se abrió.

Quedó paralizado cuando vio el cañón de una pistola salir y apuntar hacia donde él estaba.

La voz de Sebastián Delgado salió del interior, mientras el conductor, un hombre corpulento, bajaba del vehículo con rapidez portando un rollo de cinta de embalar en la mano, que empezó a desplegar con un ruido seco.

—¿No querías ver a tu novia, Freddy? —le espetó Óscar, disfrutando al contemplar su cara de perplejidad—.

Pues aquí la tienes. Tan puta y tan viciosa como siempre. Está esperando por ti...

• • •

Valentina sentía como si una mano de hielo apretara su corazón con una angustia que no la dejaba pensar con claridad. No era normal haber perdido el contacto con Irina de aquel modo tan repentino, y tampoco lo era que no hubiese contactado con ellos desde su desaparición. No aguantaba más dentro de la furgoneta del operativo.

—Salgo un momento a tomar el aire, inspector. Si hay alguna novedad,

avísame.

Llamó por radio a Velasco. Tenía que hacer algo productivo, o los nervios iban a devorarla viva. Comenzó a pasear en círculo con rapidez por el descampado, rompiendo pequeñas ramas con las botas del uniforme.

—Alfa dos, conteste. Aquí Alfa uno. Velasco, contesta por favor... ¿Ha salido ya el coche de Sebastián Delgado?

Velasco salió levemente de su escondrijo para responder a la pregunta.

—Aquí alfa dos. No, inspectora. Ni el de Pedro Mendiluce, que sepamos. Aún quedan dentro muchos invitados.

Valentina respiró hondo. Su instinto estaba preso de los peores presagios, pero no podía permitirse caer en el pesimismo tan fácilmente. Llevaban casi cuarenta minutos sin saber nada de Irina. Sin embargo, todo podría tener una explicación adecuada plausible y nada dramática. Frotándose los brazos, se concentró todo lo que pudo en analizar objetivamente la situación,, como había aprendido a hacer cuando la tensión del momento le oprimía el pecho. Si Irina estaba en peligro inminente deberían irrumpir en la hacienda: lo que habían grabado ya bastaba para hacer puré a Delgado y su red de prostitución

encubierta, y muy probablemente tendrían también una base legal para incriminar a Mendiluce. No obstante, una operación de rescate conllevaba sus riesgos, entre ellos que la mafia conectada con Delgado y Mendiluce tomara venganza con los familiares de Irina y de las otras chicas si estas se avenían a colaborar. Si los capturaban in fraganti y sentían la presión de la ley estaba segura de que buscarían el mejor modo de no empeorar las cosas, y eso pondría a salvo a las familias de las chicas. Por otra parte, una irrupción violenta siempre podía dar lugar a un tiroteo si alguien se ponía nervioso.

Cuando se disponía a entrar en el furgón, sonó su teléfono. Lo cogió en un instante y miró la pantalla. Un número oculto. Sin más, apretó la pantalla.

La voz de Delgado la hizo estremecerse.

—Inspectora. Buenas noches. Ya se imagina quién soy, ¿verdad? Enhorabuena. Su idea ha sido un éxito, inspectora Negro. Imagino que lo tendrá todo perfectamente grabado. Las putas, la droga... todo eso. Irina ha colaborado mucho y me lo ha contado todo, querida mía.

Valentina volvió a sonar como el acero, como aquel día en que lo

interrogó en la comisaría.

—¡Delgado, esta vez has ido muy lejos! ¡Suéltala, o esta vez iré a por ti!

Pero Delgado tenía ya muchos problemas y no iba a dejarse intimidar esa vez fácilmente.

—Cálmese, inspectora. Un poco de calma no le vendría mal. No se preocupe, Irina está en muy buena compañía. No íbamos a dejar que estuviese sola en este trance tan dramático, ¿verdad?

—¿Qué cojones quieres decir, Delgado?

—Escúchelo usted misma, amiga mía. —El auricular enmudeció durante

unos instantes eternos. Luego, un grito de dolor rompió el silencio. Un grito desgarrador.

Valentina reconoció al momento aquella voz. Era la voz de Freddy. Y en un instante comprendió que estaba asistiendo al nacimiento del peor día de su vida.

Capítulo 63. El hijo del diablo

«La bestia a la puerta brama
estremecida,
en sus ojos queda la noche otoñal
y lejana, aquella noche de mi vida,
con sus dos caminos. ¡Y seguí el del
mal!».

Rosa de Pecado. Clav.
XXI. Ramón María Del
Valle-Inclán

Domingo, 20 de junio

—¿Reconoces esa dulce voz, inspectora? Seguro que sí. Es tu hermano, que ha venido a hacerle compañía a la zorrita de su novia. Lo que no sabe es que Irina acababa de follarse a dos tíos por lo menos. ¿Verdad, Irina? —Miró a la joven con sorna—. Vaya. No puede contestar. Está amordazada. Si no, nos daría detalles muy sabrosos de lo bien que pasó la noche. —Delgado estaba disfrutando, de eso no cabía duda. Valentina le había jodido la vida, pero él se encargaría de hacérselo pagar de un modo atroz.

Valentina asistió anonadada a aquel

despliegue de maldad. La voz de Delgado penetraba en su oído como un fino estilete, depositando la redoma de veneno gota a gota hasta las heces. Intentó tranquilizarse. Su hermano estaba en serio peligro en manos de aquel loco, y su vida y la de Irina dependían desde aquel momento de lo que ella pudiese hacer o decir.

—¿Qué es lo que quieres, Delgado?

Después de un silencio en el que solo se escuchaba la respiración fuerte del hombre a través del auricular, Delgado siseó con un deje de cinismo en la voz.

—Un poco de paciencia, inspectora.

Dentro de un rato volveré a llamarla. Para ese momento, quiero que esté en el faro de Mera en media hora. Ya sabe. El faro que está cerca de la casa de Mendiluce. Escúcheme con atención: la quiero totalmente sola. Si veo más movimiento del debido, los mato de un tiro. A los dos. ¿Entendido? Perfecto. Veo que sí. Luego haremos un pequeño intercambio. Usted se queda en mis manos, y ellos quedan libres. ¿De acuerdo? Y aviso, inspectora. La quiero a usted sola. Nada de trucos.

Delgado colgó de repente. Valentina miró su móvil con ojos de desesperación. No podía perder más

tiempo. Palpó el bolsillo de su pantalón y comprobó que allí estaba la llave de su moto. Corrió hacia la carretera, hacia el descampado en donde habían dejado los coches.



Velasco estiró las piernas, muerto de aburrimiento. Desde su puesto de vigilancia, tras la furgoneta destartalada, no había visto salir a nadie más de la fiesta. Miró su reloj: eran las siete y diez, y el sol estaba ya abriéndose paso perezosamente entre las nubes. El inconfundible ruido de una moto le llamó la atención. Reconoció a Valentina

inmediatamente, lanzada por la cuesta abajo como una kamikaze.

Velasco, admirado, se dirigió a su compañero.

—Bodelón, joder. Esa era la inspectora. ¿Adónde va tan rápido? Se va a pegar una buena hostia conduciendo así. Tiene que estar pasando algo...

Bodelón cogió la radio y llamó a Carlos Larrosa. Se miraron con perplejidad cuando este les dijo que habían perdido el contacto con Irina, pero no tenía conocimiento de que estuviese ocurriendo nada grave.

Sin perder tiempo, los dos agentes se montaron en el coche y se lanzaron a

toda velocidad por la carretera detrás de Valentina, intentando alcanzar la moto que se había perdido en la distancia.



Dejaron la furgoneta cerca de la entrada de la casa de Pedro Mendiluce, en un oscuro callejón sin salida. Luego bajaron unos metros hasta ponerse a la altura del muro grueso que aislaba del mundo la mansión del empresario. Delgado abrió con llave la pequeña puerta de hierro perlada de salitre que había en un lateral del muro. Era un lugar del que solo tenían la llave Mendiluce, Amaro y él. Solían entrar

por allí cuando no querían miradas indiscretas de ningún curioso. Delgado empujó a Freddy e Irina con el cañón de la pistola. Los dos chicos, aterrados y amordazados, entraron por la pequeña puerta a trompicones.

—Óscar —ordenó Delgado—, vete a por la lancha y me esperas ya sabes dónde. En cuanto termine con todo esto, iré por los túneles hasta la salida del acantilado que usamos siempre, la que está cerca de la playa de Espiñeiro. Procura colocarte cerca, y si es necesario te alcanzaré nadando. Dame una hora, incluso menos. Te haré una señal con la linterna cuando esté listo.

Óscar asintió y volvió a por la furgoneta. La lancha estaba en el puerto de Santa Cruz, pero el mar estaba en calma y no tardaría demasiado en llegar a toda máquina hasta el faro de Mera. Luego, cuando llegasen a Ferrol, los estaría esperando un amigo con un pesquero con rumbo a Portugal. No entendía aquella pérdida de tiempo. Si Delgado quería vengarse de aquella zorrita que había servido de soplón a la policía, con pegarle un tiro ya estaba...

• • •

Cuando llegó al faro de Mera, Valentina aminoró la velocidad. Luego se bajó de

la moto y miró a su alrededor. El edificio estaba totalmente desierto a aquella hora. Solo un par de gaviotas planeaban en el cielo, celebrando el amanecer con sus quejidos. A lo lejos se veía la torre de Hércules acariciada por los primeros rayos de la mañana, y también el perfil de una ciudad que poco a poco se desperezaba sin demasiada convicción. Era domingo. A Valentina la atenazaron fugaces recuerdos de la infancia, cuando paseaba con sus padres hasta el Seixo Branco y ella y su hermano buscaban luciérnagas al anochecer, cerca del faro. Pero eso solo fue un segundo, porque de inmediato

ensó todo su cuerpo y obligó a su mente a alcanzar el nivel de máxima alerta.

Sacó con cautela su pistola y caminó unos pasos, acercándose entre los tojos a la torre blanca y rodeándola para comprobar si había alguien por allí cerca. Le dio una patada a la puerta de pintura desconchada pero esta no se movió. Estaba cerrada a cal y canto.

El reloj marcaba las ocho menos veinte. La angustia empezaba a penetrar en todas las células del cuerpo de Valentina como si estuviese engulléndola un oscuro chapapote. ¿Y si Delgado la había mandado allí para nada? ¿Por qué no la llamaba de una

vez?

El teléfono rompió el silencio y ella lo cogió al momento.

—Inspectora, confío en que esté ya en el faro de Mera. Muy cerca del objetivo.

—Delgado, déjate ya de juegos estúpidos. Sí, estoy en el faro, pero aquí no hay nadie. —No pudo evitar el tono lleno de odio y amenaza—. Suéltalos. Dejaré que te vayas y saldaremos cuenta en otro momento. Pero si les haces daño, te aviso de lo que sucederá: primero te buscaré, luego te encontraré y finalmente te mataré. Te lo juro, hijo de puta.

—Querida Valentina... —Delgado

había dejado atrás el tiempo en que podía haber sentido miedo de un juramento así, porque su odio era superior a cualquier amenaza que pudieran hacerle: la inspectora había destrozado su existencia, su alianza fiel con Mendiluce, su pequeño reinado donde él era un dios, y en ese momento tendría que pagar por ello. Así pues, no perdió el temple en absoluto—. No estás en disposición de exigir. Al revés, tienes que obedecer todo lo que te digo y ordeno, o ejecuto a tu querido hermano de un tiro ahora mismo.

Valentina se mordió la lengua. Aquel hijo de puta tenía razón. Tenía que ser

más lista y no dejarse llevar por el corazón, así que respiró hondo y se obligó de nuevo a concentrarse en lo que tenía que hacer allí.

—Bien. ¿Qué quieres que haga ahora?

—¿Estás sola, no? —Delgado empezó a tutearla con un tono burlón—. Espero que no se te haya ocurrido llevar contigo a ninguno de tus estúpidos compañeros. Como te decía, estás cerca, muy cerca. Aunque aún no te quemas. ¿Estás en el faro?

—Sí. En la puerta.

—Muy bien. Estás en la puerta. Ahora coge tu pistola y pégale un tiro a

la cerradura. Porque supongo que habrás traído una pistola, ¿no, inspectora?

Valentina asintió entre dientes.

—Sí, tengo una pistola.

—Cuando hayas abierto la puerta, entra en el faro y métete en una pequeña habitación que hay a la izquierda. Allí verás una trampilla que está cerrada con un candado. Ábrela y baja por la trampilla. Llegarás a un túnel. Hay una red de túneles muy antiguos que recorren todo el acantilado desde el faro hasta la mansión de Mendiluce. Tendrás que seguir por el subterráneo durante un rato hasta que llegues a una encrucijada, inspectora. Ten cuidado. Es un túnel muy

inseguro y viejo. Puede esconder alguna sorpresa desagradable.

—¿Qué hago cuando llegue a la encrucijada?

Delgado soltó una carcajada.

—Querida inspectora... Intenta acertar cuál es el camino correcto. Yo no puedo ayudarte más. Como dicen en las películas... sigue el camino de baldosas amarillas... Te aviso: acertar el camino correcto es la única forma de que Romeo y Julieta tengan una oportunidad...

Valentina soltó un juramento en sordina cuando se dio cuenta de que Delgado había cortado la comunicación

de nuevo.



Sebastián Delgado se aseguró de que nadie de la casa de Mendiluce los hubiera visto antes de abrir el portón que llevaba a los viejos túneles subterráneos y que estaba camuflado en una esquina disimulada del enorme garaje en donde Mendiluce tenía guardada la colección de coches antiguos.

Tras asegurar la puerta con un enorme pasador de hierro, obligó a Freddy y a Irina a caminar más deprisa por un pasillo desangelado de cemento,

iluminado por luces de emergencia amarillas que destacaban en la penumbra. Delgado los empujó sin miramientos hacia el fondo, en donde pudieron ver una puerta metálica, de aspecto macizo, pintada de color granate. Era la puerta que separaba las propiedades de Pedro Mendiluce de las mazmorras y los túneles abandonados desde hacía varios siglos. Túneles que había descubierto el empresario en unas obras tiempo atrás y que utilizaba para sus trapicheos y negocios sucios.

—Venga, parejita. Más rápido... No tengo todo el día para vosotros. Daos un poco de prisa, joder. Tenéis que estar

contentos: voy a llevaros a vuestro nido de amor...

• • •

Javier Sanjuán dio una vuelta más en la cama, pero no consiguió ni encontrar una postura cómoda ni conciliar el sueño. El sol se filtraba ya por las rendijas de la gruesa cortina de colores. Tenía que bajar a desayunar, pero le daba demasiada pereza. Morgado lo había convencido para que fuesen al bar del hotel a tomar un café antes de retirarse y él había aceptado un poco por compromiso. Al salir del *pub* le dolía la cabeza y lo único que le apetecía era

meterse en la cama y dormir, pero Christian había insistido tanto que no fue capaz de escabullirse.

Pensó en todo lo que habían hablado. Sin duda aquel capullo estaba enamorado de Valentina Negro hasta las cachas, y no le extrañaba en absoluto. Valentina era una mujer muy especial. Muy suya, en efecto, pero única. Y en realidad, a él también le gustaba mucho la inspectora. Sanjuán llevaba mucho tiempo intentando evitar cualquier tipo de implicación amorosa y no estaba muy contento con aquellos sentimientos que intentaban aflorar sin que él fuese capaz de controlarlos. El recuerdo de la noche

compartida con la inspectora en Londres le golpeaba todo el sistema nervioso mucho más de lo que desearía y, como siempre en los últimos años de su vida amorosa de mierda, eso era algo que le producía un temor irrefrenable. Sanjuán sabía perfectamente que era un cobarde y un miserable. Que era capaz de renunciar a una mujer como Valentina por miedo a sufrir una nueva decepción y la pérdida de una libertad que había aprendido a apreciar más que cualquier otra cosa. Además... estaba convencido de que a Valentina le gustaba Morgado más de lo que ella quería demostrar. Morgado era un hombre muy bien

parecido. Y los dos vivían en la misma ciudad... era casi imposible que no acabasen coincidiendo.

Quizá ya era hora de volver a casa. Él ya había ayudado en todo lo posible a la hora de capturar al Artista. Y, en realidad, en Valencia tenía mucho que hacer. Pronto se reincorporaría a las clases en la universidad, y además, le esperaban cursos y conferencias a lo largo del mes de julio que requerían una cierta preparación y estudio.

Decidido. Se iría la semana siguiente, el martes o miércoles. No podía posponer su marcha durante más tiempo.

Valentina rompió el candado de la trampilla con una pala que había apoyada en una pared. La abrió. Las escaleras oxidadas por el tiempo y la humedad se perdían en un agujero siniestro que no parecía tener fin. La inspectora metió el pie y empezó a bajar con decisión, la pequeña linterna sujeta en la boca, agarrándose con fuerza a los barrotes para no caerse. Al cabo de unos minutos de descenso interminable, sus pies no encontraron más peldaños. Se dejó caer al vacío, rezando para que la distancia con el suelo no fuese

demasiado grande. Por fortuna, no lo era. Cayó al suelo y resbaló. Valentina soltó un pequeño grito cuando notó el frío de la piedra golpear su cuerpo. La linterna rebotó en la roca pero siguió encendida.

Se incorporó y levantó la linterna para ver qué era lo que la rodeaba. La potente luz del foco iluminó unas antiguas vigas de madera en el techo de lo que parecía el túnel de una mina. Las paredes y el suelo supuraban salitre y agua de mar. El olor era insoportable: una mezcla de algas podridas, moho y agua estancada que la obligó a taparse la nariz y respirar por la boca. Empezó a

caminar con rapidez, la pistola en la mano, procurando no resbalar en el suelo verdoso y lleno de musgo.

• • •

Delgado sujetó bien a Irina a la argolla de hierro con una soga gruesa y luego hizo lo mismo con Freddy, que se debatió inútilmente, intentando desasirse de la atadura sin éxito. Una vez que comprobó que los dos estaban bien sujetos al fondo del pozo, les quitó las mordazas. Miró su Breitling falso y sonrió con un rictus de triunfo.

—Querida Irina, querido Freddy. Ahora ya podéis gritar y pedir auxilio. A

lo mejor la inspectora Negro llega a tiempo de salvaros. Tengo que deciros una cosa: os tengo preparada una sorpresa. No me gusta que luego digan por ahí que no soy un buen anfitrión...

Delgado salió del fondo del pozo que estaba al lado de las mazmorras trepando por una escala de hierro que estaba sujeta en la pared. Luego entró en uno de los cubículos y giró con esfuerzo una enorme y antigua llave de agua atascada por el óxido. Un fuerte chorro de agua marina cayó con fuerza dentro del pozo en donde los dos chicos estaban atados. Delgado se asomó. Irina y Freddy lo miraban desde abajo con los

ojos abiertos, asombrados. Llenos de terror.

—No creo que tarde mucho en llenarse la piscina, amiguitos. Así que... yo ahora me voy. Por mí, podéis gritar todo lo que queráis... —Delgado sonrió sádicamente—. A lo mejor así tu hermana consigue llegar a ver cómo os cubre el agua por completo.

Los pasos de Sebastián Delgado resonaron por un momento en el eco del túnel. Luego, el silencio, roto por el ruido del chorro de agua helada que caía sin remisión dentro del pozo.

Freddy miró a Irina, que lloraba en silencio. El agua ya le llegaba por

encima de los tobillos. Empezó a gritar con desesperación. A lo mejor su hermana mayor podía oír sus gritos...

• • •

Valentina llegó, casi sin resuello, al final de su claustrofóbico viaje por un túnel de piedra y ladrillo que se estrechó por momentos, provocando una angustiada sensación de estar enterrada en vida. Solo la zozobra de presentir el peligro inminente que estaba corriendo su hermano le daba fuerzas para seguir adelante sin desfallecer.

De repente, el túnel se ensanchó y Valentina entró en una especie de sala de

piedra abovedada que contenía algo que parecía maquinaria militar, muy antigua y cubierta de telarañas. El haz de luz iluminó los ojos rojos de una enorme rata que huyó al momento y se perdió entre las sombras. Enfocó con cuidado toda la estancia. La sala tenía tres aberturas que daban a otras tres galerías interminables. Con aprensión comprendió que había llegado a la encrucijada de la que habló Delgado. Se paró y respiró hondo. ¿Cuál de los tres pasadizos tenía que coger? Avanzó hacia la puerta desvencijada que le quedaba más cerca. Había recorrido más de un kilómetro desde que entró en el faro,

pero en aquel momento, en la oscuridad, no era capaz de orientarse. ¿Dónde estaba? ¿Cerca del mar? Probablemente. Las gotas de agua salada caían desde la bóveda y se estrellaban con fuerza contra el suelo de piedra.

Se detuvo e intentó calmarse. Tenía que haber alguna señal que indicase el camino a seguir. Si Delgado conocía aquellos túneles, era porque se utilizaban para algún asunto turbio, y por tanto no podían correr el riesgo de perderse en el laberinto de galerías que parecía horadar toda la colina. Calculando la distancia que había recorrido desde el faro, no tenía que

estar muy lejos de la mansión de Mendiluce.

De repente, le pareció escuchar un grito. Un grito no muy lejano, pero amortiguado. Expectante, intentó contener la respiración para escuchar mejor. Otro grito, una voz distinta, más clara. Su corazón empezó a latir con furia. Eran ellos, seguro. Freddy e Irina. Estaban vivos.

Intentó distinguir de dónde llegaban los gritos. Del túnel que estaba más a la derecha, se convenció.

Enfundó la pistola en la sobaquera y corrió con todas sus fuerzas por el pasadizo angosto, gritando a su vez,

intentando hacerse oír por encima de todo.

• • •

Freddy intentaba soltarse de sus ligaduras, contorsionándose hasta hacerse daño en las muñecas. Pero era imposible. Estaban tan apretadas que ya no sentía la circulación en las manos. El agua les llegaba ya a la cintura y seguía subiendo con gran rapidez. Su novia temblaba de frío y de pavor mientras gritaba y gritaba sin parar, la garganta ya rota del esfuerzo.

A pesar del ruido del agua que caía a chorro a su lado, Freddy creyó oír una

voz que gritaba a lo lejos. Era su hermana. ¡Seguro que era ella! Redobló los gritos con total desesperación. Cuando se dio cuenta de lo que pasaba, los ojos de Irina mostraron, por primera vez, un atisbo de esperanza.



Valentina corría y gritaba al mismo tiempo, la linterna alumbraba el suelo de forma caótica. De pronto, creyó escuchar los gritos con mucha más fuerza, al otro lado de la pared. Pegó la cabeza a la estructura húmeda de ladrillo. Era cierto, pudo reconocer claramente la voz de Freddy llamándola

a ella. Luego, la de Irina, menos clara. Valentina gritó con todas sus fuerzas de nuevo. Un silencio, y su hermano respondió a sus gritos.

Estaba cerca.

Corrió hacia el final del túnel hasta perder el aliento.

Dobló una curva cerrada y en ese momento el mundo entero se cayó a sus pies.

El túnel estaba totalmente tapiado por una pared de ladrillo. Era un camino a ningún sitio. Era la sentencia de muerte de Freddy e Irina. Valentina sintió que un cuchillo al rojo traspasaba su corazón. Gritó, enloquecida de dolor,

el nombre de su hermano.



El agua ya les llegaba a la altura del pecho. A Freddy le parecía que el chorro era cada vez más caudaloso, más helador. Si Valentina no llegaba, morirían ahogados sin remedio.

—Irina. —Freddy la miró con intensidad, como si quisiera absorber la esencia de su novia con la mirada—. Te quiero. Te quiero como a nada en el mundo. Me da igual todo lo que haya pasado esta noche. De verdad.

Irina notó sus ojos humedecerse una vez más. Pensaba que ya se había

quedado sin lágrimas. Le devolvió la mirada con una angustiosa mezcla de desamparo y ternura.

—Freddy, yo solo quería ayudar a tu hermana. Perdóname. Sabes que yo también te quiero.

Irina empezó a hablarle en ruso, con dulzura. Veía cerca la muerte y estaba empezando a dejarse llevar. Freddy se dio cuenta y reaccionó al momento con coraje. No podía permitir que aquel hijo de puta les ganara la partida.

—¡Irina, por favor! ¡No te rindas ahora! Mi hermana está ahí, en algún sitio. Va a venir a rescatarnos. ¡Irina, por Dios, grita otra vez! Irina... Hazlo por

mí...

• • •

Valentina corrió a toda velocidad hacia la habitación abovedada. Ya le daba igual resbalar o no, corría sin freno hacia la encrucijada. Cuando llegó, estaba sin aliento. Se paró, apoyada en la pared de ladrillo. Intentó escuchar. No oyó nada.

Miró de nuevo hacia los otros dos túneles, presa de la más absoluta desesperación. No podía perder más tiempo. No podía equivocarse. Se convenció de que Freddy era un luchador nato, de que todavía estaba

vivo. Y se recordó una vez más que no iba a fallarle a su madre, que había jurado, delante de su tumba, cuidar de su hermano. Y si no cumplía su promesa, entonces mataría también a su padre. Valentina empezó a llorar. Ni siquiera había llorado el día del accidente. Ni tampoco en el entierro de su madre. Notó las lágrimas correr por sus mejillas de una forma tan virulenta que la sorprendió.

Al principio, pensó que era fruto de su imaginación. En el fondo del pasadizo más alejado, vio un destello de luz. Duró solo unos segundos, pero fue suficiente como para que se diese cuenta

de que allí había algo extraño. Se enjuagó las lágrimas y dio unos pasos hacia dentro del subterráneo. El destello de luz otra vez. No lo dudó. Avanzó unos metros en la penumbra, y de pronto, una ráfaga de aire frío le llevó la voz de su hermano. Lo oyó gritar de una forma mucho más nítida, más cercana. Valentina Negro volvió a empuñar la pistola en un gesto automático y empezó a correr a grandes zancadas hacia la oscuridad.

• • •

Delgado contemplaba desde su escondite con deleite cómo el agua casi

llegaba ya al cuello de los dos adolescentes. La hija de puta de la inspectora no iba a tener tiempo de salvarles la vida a aquellos dos por mucha prisa que se diera. Estaba a punto de escapar de allí y huir para siempre cuando escuchó el eco inconfundible de unos pasos. Unos pasos que por momentos se acercaban más y más hacia el pozo. Las luces de emergencia y una pequeña lámpara llena de polvo que colgaba del techo iluminaron a la inspectora Negro, que corría empuñando la pistola y gritando el nombre de su hermano. Delgado dudó un segundo. Para él era mucho más seguro marcharse

en seguida. Pero las ansias de venganza fueron mucho más fuertes que las de huir. Cuando vio a Valentina asomarse al pozo calculó que a Freddy y a Irina les quedaban como mucho dos minutos de vida, y entonces decidió salir para disfrutar de su venganza, empuñando la pistola.

Delgado no pudo evitar una sonrisa triunfal.

—Querida inspectora. Haz el favor de tirar el arma. O te mataré a ti también.

• • •

Valentina vio horrorizada cómo el agua

llegaba a la barbilla de su hermano. Iba a tirarse al pozo, dispuesta a liberarlos, cuando la fría voz de Delgado taladró sus oídos. Se giró y lo vio delante de ella, sonriente, apuntándola con un revólver. Valentina subió la pistola en un acto reflejo, apuntándole a su vez.

—¡Te voy a matar, hijo de puta!

Delgado la miró con desprecio.

—A tu hermanito no le quedan nada más que unos segundos, inspectora Negro. Yo que tú tiraba la pistola y hacía algo por salvarlo... ¿No te parece? A él y a la putilla de su novia...

La risa sardónica de Delgado sacó a Valentina de sus casillas. Apuntó a

Sebastián Delgado entre las cejas, a matar, pero por el rabillo del ojo vio cómo el agua estaba a punto de alcanzar la boca de Freddy, que se debatió una vez más con fuerza desesperada. Sabía que aunque ella disparara primero era muy probable que Delgado disparara a su vez y que la alcanzara, y entonces, estando herida o muerta, ya no podría hacer nada por su hermano.

En ese momento, Sebastián Delgado decidió emprender la huida. Ya había visto bastante. La inspectora sufriría hasta el final la muerte lenta de su hermano sabiendo que había sido él el causante de su dolor. La venganza se

había cumplido.

—Adiós, inspectora. Volveremos a vernos, no lo dude...

Delgado la saludó con la mano, con sorna, y sonrió de nuevo, sin dejar de apuntar con la pistola. Empezó a retirarse hacia el fondo de la gruta, andando hacia atrás, para no perderla de vista. Valentina lo miraba desaparecer, llena de impotencia.

Todo sucedió con rapidez.

La cara de Delgado mostró la sorpresa primero, luego se desencajó en un intenso dolor.

Miró hacia su pecho con asombro. Una gran mancha de sangre empezó a

inundar su camisa, hasta el momento impoluta. Dejó caer la pistola y se tambaleó como una marioneta. La punta de un arpón afilado asomó a la altura de su corazón. Sus ojos abiertos mostraban mucha más incredulidad que terror. Estaba herido de muerte, lo supo al momento, y en esos últimos instantes de su vida se preguntó por qué estaba muriendo y quién le estaba matando.

Pero esas preguntas no iban a obtener respuesta. Delgado se derrumbó. Lo último que pudo escuchar antes de morir fue una voz que le resultó vagamente conocida, que se perdía entre la oscuridad que ya le estaba

engullendo. Una voz ronca que susurró cerca de su oído con odio infinito:

—¡Muere de una vez, hijo del diablo!



Valentina vio caer a Delgado al suelo, de bruces, y luego unos ojos brillantes que la miraron desde las sombras. Alguien salió huyendo a toda prisa, se escuchaban sus pasos rápidos en el suelo de piedra, pero ella no tenía tiempo de nada, salvo de sacar a su hermano de allí. Se quitó con rapidez las botas y se tiró al pozo.

El agua salada llegaba ya casi a la

boca de los dos chicos, que levantaban la cabeza todo lo posible para evitar tragarla. Freddy gritó, para hacerse oír sobre el chorro que seguía vertiendo litros y litros sin piedad.

—¡Valentina, salva primero a Irina! No aguanta más.

Valentina miró a la joven, que estaba a punto de cerrar los ojos y dejar caer la cabeza. Asintió y se sumergió, intentando palpar bajo el agua oscura las ataduras que la mantenían sujeta a una argolla. Sacó una navaja de su cinturón y comenzó a cortar la gruesa cuerda con toda la celeridad que le permitían el agua congelada y la falta de luz. Salió un

momento a coger aire y volvió a sumergirse de nuevo, hasta que al fin logró soltar a la joven de la soga a la que estaba sometida. Irina no pareció reaccionar, pero las sacudidas de Valentina y una buena bofetada en la cara hicieron que abriese los ojos de repente.

—¡Irina, Irina, escúchame! Agárrate a la escalera, corre. Por Dios.

—Valentina, no siento las manos. No tengo fuerzas. No puedo... —balbuceó la joven.

—Irina, ¡por favor! Tengo que desatar a Freddy. ¡Vamos, inténtalo...!

Valentina logró que se asiera durante

unos segundos a la escala de hierro. El agua llegaba ya a la boca de su hermano. Entonces volvió a sumergirse para cortar la soga. Las manos heladas perdieron la navaja en la oscuridad.

Intentó desatar la cuerda con los dedos, pero los nudos estaban demasiado apretados. Volvió a salir. Freddy la miró con ojos de terror. El agua ya le había cubierto la boca y aunque levantaba el cuerpo todo lo posible, ya no era capaz casi de respirar.

Valentina intentó levantarlo, esforzándose para que cogiese una buena bocanada de aire. Luego volvió a

sumergirse, en un vano intento de encontrar la navaja en el fondo del pozo. Tanteó con desesperación. La encontró. Freddy ya tenía toda la cara cubierta de agua.

Valentina tuvo que volver a salir a coger aire. En ese momento, se dio cuenta de que el chorro de agua, que hasta ese momento era potente y caudaloso, empezaba a hacerse más y más débil. Escuchó una voz conocida que gritaba desde arriba. Era Velasco.

—¡INSPECTORA!

El grito dio nuevos bríos a Valentina.

—¡VELASCO!! AQUÍ ABAJO!

¡AYÚDAME A SACAR A MI HERMANO!

Valentina se sumergió y cortó la cuerda, frotando el filo con angustia y fuerza hasta que esta cedió. Notó que alguien empujaba hacia arriba el cuerpo inerte de Freddy. Bodelón sujetaba la cabeza de su hermano sobre el agua, mientras Velasco ayudaba a Irina a salir del pozo.

Cuando lograron subir a Freddy a la superficie, Valentina se dio cuenta de que no respondía. Su cabeza cayó de lado, un fino hilo de agua salía de su boca. Le rompió la camiseta y empezó a golpear con fuerza su pecho para hacerle

un masaje cardíaco.

—¡Venga. Rápido, por Dios! No puede estar muerto. Solo lleva unos segundos bajo el agua. Venga, Freddy. ¡No te vayas, cabrón! No me hagas esto, por favor.

Bodelón empezó a hacerle la respiración boca a boca, mientras Irina lloraba en silencio, sentada en el suelo, tiritando, totalmente inconsolable.

Valentina empezó a rezar. No podía ser. Aquel cabrón no podía salirse con la suya. Apretó el pecho de su hermano con las dos manos, rítmicamente, con fuerza, mientras de sus ojos volvían a caer lágrimas de angustia, de miedo

atroz.

Durante unos minutos eternos, el cuerpo de Freddy pareció haber perdido cualquier hálito de vida. Su hermana seguía apretando su pecho sin cejar un solo segundo, ante las miradas de desesperanza amarga de sus compañeros. Ella se daba cuenta de que estaba comportándose de una forma absurda, pero continuó hasta perder el sentido del tiempo y el pulso de sus manos.

Cuando Freddy empezó a toser y a expulsar agua por la boca, los sollozos de Valentina Negro rompieron el silencio. Se tiró encima de su hermano,

llorando, sin poder dominar su emoción.

Ninguno de ellos vio a Óscar, que, boquiabierto, observaba, escondido detrás de una de las puertas herrumbrosas de las mazmorras, a su jefe, muerto, traspasado por un arpón de pesca.

Capítulo 64. Ecos del pasado

Domingo, 20 de junio

Valentina reprimió a duras penas un escalofrío. La manta térmica que la abrigaba no conseguía calmar la sensación insoportable de frío helador que la acompañaba desde que había bajado a aquellos horribles subterráneos. Sentado a su lado en el asiento trasero de un coche patrulla, un Velasco totalmente empapado bromeaba para intentar relajar un poco a la inspectora, que se encontraba todavía bajo los efectos del brutal esfuerzo

realizado y la enorme tensión de lo acontecido durante la interminable noche.

—¿Quién me deja un móvil? — Valentina intentó no castañetear demasiado los dientes al hablar—. El mío murió en el pozo. Está totalmente inservible por culpa del agua. —Esbozó una sonrisa triste—. Joder, era un iPhone... Tengo que llamar a mi padre cuanto antes. Estará muy preocupado, el pobre. Sin noticias de sus hijos durante toda la noche...

Garcés se volvió un segundo hacia ella y sonrió. Iba conduciendo.

—Inspectora, ahora mismo le dejo el

mío. Lo llevo en el bolsillo. —Se llevó la mano al bolsillo de la cazadora y lo cogió—. Bodelón, ¿puedes dárselo tú? Sin tocar, ¿eh? Que luego te vicias...

Mientras Valentina hablaba con su padre y le contaba de una forma un tanto peculiar y en voz baja todo lo que había pasado para no asustarlo demasiado, Velasco la observaba con cara de admiración. No cabía duda de que la inspectora Negro tenía un par. Ya se lo habían avisado cuando llegó a su equipo: aquella mujer era de otra pasta. En Coruña toda la policía sabía que cuando estuvo destinada en Vigo había capturado a un violador en serie

poniendo en riesgo su vida, y viéndola actuar, Velasco estaba seguro de que el violador tuvo que pasarlo bastante mal.

Valentina había querido ir con su hermano y la chica rusa en la ambulancia, pero Freddy parecía estar recuperándose muy bien, estaba orientado y consciente, y habían conseguido convencerla para que fuese con ellos al hospital detrás de la ambulancia.

Valentina le devolvió el teléfono a Bodelón.

—¿Os importaría parar un momento en mi casa? Es en el paseo de los Puentes. Voy a cambiarme de ropa y a

llevar a mi padre al hospital. Tenemos un coche adaptado... Así podré darme una ducha caliente. No quiero pillar una pulmonía justo ahora...

La inspectora tenía que hacer un gran esfuerzo para coordinar sus ideas y sus acciones. El asesinato de Delgado delante de sus narices se repetía delante de sus ojos una y otra vez. Alguien había actuado como una especie de ángel salvador al matarlo, propiciando que ella pudiese llegar a tiempo al pozo para liberar a Freddy y a Irina. Pero... ¿quién? Hubiera apostado a que era alguien que conocía a Sebastián Delgado y lo odiaba. Matar con un

arpón era una decisión que revelaba la existencia de un asunto personal. También concluyó que era alguien que conocía aquellos túneles lo suficiente como para hacerle señales luminosas, porque Valentina estaba convencida de que había sido aquel desconocido el que la había guiado, para luego surgir de la oscuridad y arponearlo por la espalda sin más contemplaciones.

Miró a Velasco, que empezaba a tiritar a pesar de estar envuelto en una manta térmica, y percibió que un enorme sentimiento de gratitud trababa su voz.

—Gracias, chicos. Nunca podré agradeceréroslo lo suficiente. ¿Cómo

conseguisteis llegar hasta las mazmorras a través del subterráneo con tanta rapidez?

Velasco sonrió.

—No nos lo puso muy fácil. La seguimos hasta el faro como pudimos, porque hay que reconocer que condujo como una verdadera kamikaze. Vimos la puerta abierta y entramos detrás de usted. Seguimos por los túneles: cuando estudiamos en profundidad el legajo que tenía Lúa Castro en su apartamento, descubrimos que había husmeado en la casa de Pedro Mendiluce. Esa chica tiene muchas agallas, pero poco cerebro. Tenía unos planos antiguos de la

mansión en los que pudimos ver parte de los subterráneos.

—Lúa Castro se metió hasta la cocina, por así decirlo, inspectora, —intervino Bodelón—. Anduvo revolviendo por toda la casa, sacó fotos del despacho y hasta de la agenda del propio Mendiluce y luego encontró, nadie sabe cómo, una salida hasta los túneles. Es una anguila esa chica. Se mete en problemas casi sin parpadear. Tuvo que salir nadando desde la salida del túnel hasta una cala próxima...

—Así que hay varias salidas y entradas y dan a la casa de Pedro Mendiluce... —Valentina pensó al

momento en el asesino misterioso.

—Sí. Por lo que parece, esos túneles están ahí desde hace más de cien años. Dicen que los utilizaron los nazis para esconderse y huir a Argentina después de la guerra. Pero se suponía que tenían que estar tapiados y cegados hace mucho tiempo. Creemos que Mendiluce se ha encargado de volver a ponerlos en funcionamiento para alguno de sus chanchullos.

Velasco continuó, emocionándose.

—Escuchamos los gritos. Luego la vimos en el pozo, con los dos chicos... pero fue Bodelón el que tuvo la brillante idea de cerrar la llave de paso que

estaba dentro de una de aquellas celdas tan siniestras.

Bodelón miró para atrás desde su asiento, en su cara amable una gran sonrisa.

—Fuimos providenciales, inspectora. No puede negarlo. Los dos esperamos un ascenso fulgurante. Yo llevo ya muchos años sin un aumento de sueldo...

Valentina suspiró. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Cada rato le sobrepasaba el recuerdo de la angustia que había experimentado cuando su hermano estuvo a punto de perder la vida. Intentó disimular su emoción:

gracias a los dos policías, había conseguido sacar de allí vivos a Irina y a su hermano. Y gracias también a aquel desconocido que la había ayudado ejecutando sin piedad a Delgado delante de sus narices. Intentó sentir pena por aquel sicario, pero no fue capaz. Se sentía secretamente complacida de haberlo visto morir de una forma tan cruel delante de ella, aunque eso a sus ojos no fuese demasiado loable ni la convirtiera en una buena policía, y lo que era peor, ni siquiera contribuía a hacerla buena persona.

Sabía que pronto tendría que pasar por una investigación de asuntos

internos. Había abandonado el operativo en cuanto recibió la llamada de Delgado... Y podían pensar que ella misma había matado a aquel hijo de puta, aunque sin duda la científica pronto daría validez a su versión del asunto.

—Inspectora. Ya hemos llegado a su calle. ¿A qué altura es?



Enrique Negro esperaba a su hija en la puerta, nervioso. Hasta que lo llamó por teléfono, había pasado una noche de perros. Creyó escuchar la puerta sobre las cinco de la madrugada, pero cuando

se levantó vio que la habitación de Freddy estaba vacía. Había estado llamándolo, lleno de inquietud: el teléfono apagado o fuera de cobertura. Irina, lo mismo. Sabía que Valentina estaba en el trabajo, en unas escuchas o algo parecido. Su hija nunca le decía exactamente lo que iba a hacer. Y él tampoco quería oírlo. Pero cuando le dijo que iba a buscarlo porque Freddy e Irina estaban en el hospital, pensó lo peor. Por mucho que Valentina le hubiese jurado y perjurado que los dos estaban bien, que solo iban a estar en observación, a Negro le inundó la cabeza la peor de sus pesadillas. Pensó

al momento en aquella tendencia natural que parecía tener su familia para rondar las tragedias más espantosas. Cuando vio a Valentina tiritando en la puerta, despeinada, descompuesta, con la ropa mojada, la manta alrededor de los hombros y uno de sus compañeros de la policía justo detrás, sintió cómo el corazón le estallaba en el pecho.



El médico tranquilizó a Valentina y a su padre.

—Freddy está progresando muy bien. Pero vamos a tenerlo en observación un par de días. Además,

hay que hacerle algunas pruebas más: cerebrales, pulmonares, cardíacas... Nunca se sabe. Este tipo de accidentes son muy traicioneros. —La cara de angustia de Enrique Negro hizo que el doctor Pedro Marañón suavizase algo el tono—. Pero no se preocupen: la cosa va muy bien. En cuanto a la chica, probablemente le demos el alta dentro de poco tiempo. Sufre una severa hipotermia, pero no es grave.

Valentina respiró, aliviada. Su mano atenazó el hombro de su padre, que la cogió con cariño y la besó.

—¿Podemos pasar a verlo?

—Por supuesto. Los llevo hasta la

habitación.

Valentina miró un momento a su padre.

—Vete tú. Yo tengo que hacer un recado importante. En un rato volveré. ¿Ok?

• • •

Lúa estaba harta de estar metida en aquella habitación de hospital. Se encontraba llena de energía, recuperada y fuerte, y con ganas de ir a trabajar y escribir aquel artículo que iba a llevarla directamente a un aumento de sueldo. O a algún otro periódico importante, fuera de la ciudad, como fichaje estrella. Los

médicos le habían dicho que su padre estaba fuera de peligro, así que estaba muy, muy contenta. En realidad, tenía que reconocer que le debía la vida a la inspectora Negro. Cada vez que se acordaba del trance por el que había pasado se le ponía el cabello completamente erizado. Aquellos hijos de puta...

No le sorprendió ver entrar a una palidísima Valentina Negro en la habitación. De hecho, lo que le sorprendía era que no hubiese ido horas antes a verla. Se incorporó en la cama, ajustándose el exiguo camisón hospitalario. Valentina se acercó y miró

hacia la otra cama, ocupada por una anciana de cabello gris, que dormía plácidamente, ajena a todo. Valentina corrió la cortina para tener un poco de intimidad y se sentó en la silla que había al lado de la cama.

Sonrió con aspecto amigable.

—¿Cómo estás. Lúa?

—Mucho mejor, inspectora. —Lúa la miró fijamente con sus grandes ojos líquidos. Observó las profundas ojeras que surcaban los ojos de la inspectora. Valentina se dio cuenta de que la mirada traslucía agradecimiento y admiración a partes iguales—. Gracias. Me has salvado la vida. Aquel psicópata iba a

torturarme ya matarme. Yo...

Valentina le cortó de raíz. Aquellas manifestaciones le producían mucha turbación.

—Olvídalo, Lúa; hice lo que tenía que hacer. Tu padre fue el que arriesgó su vida por ti, agradéceselo a él.

—Inspectora... —Lúa miró hacia los lados, abrió la cortina para cerciorarse de que no había nadie en la habitación, ningún familiar de su vecina —. Antes de nada. Necesito un gran favor.

—Dime. Haré lo que pueda.

Lúa bajó la voz y adoptó un tono misterioso.

—Lo he visto. He visto el yacimiento. Está debajo de la obra del aparcamiento subterráneo, en Ártabra. Entré por la noche y me cazaron los dos vigilantes. Uxío y Óscar, pude escuchar sus nombres. He sacado fotos, inspectora. No sé cómo han salido, pero tengo las fotos. Escondí la tarjeta de memoria en el baño de la casa en donde me tenían retenida. En concreto, en la parte de atrás del lavabo.

Valentina movió la cabeza, asombrada por el arrojito de la reportera.

—Lúa, has corrido un gran peligro. ¿No tienes más cabeza? Podían haberte matado... Pero desde luego, eso que

dices son grandes noticias. —Valentina comprendió de inmediato que estaba estrechando el cerco al imperio de Mendiluce, y no podía evitar sentir de nuevo que la tensión volvía a sus músculos, aunque se encontrara en ese estado de agotamiento.

—Es importante que encuentre esas fotos, inspectora. Ahí abajo hay algo muy gordo, incluso un enterramiento.

—De acuerdo, Lúa. Avisaré a alguien para que la busque ahora mismo. Pero tienes que darte cuenta de que ahora mismo esta tarjeta de memoria es una prueba muy importante. No solo contra la gente que te secuestró, sino

contra estamentos mucho más altos... Si esto prospera, vas a armar una buena. — Valentina sonrió—. Entiendo que es el pasaporte para tu éxito, Lúa, y creo que te lo mereces. —Le cogió una mano en señal de aprobación y cariño—. Arriesgaste mucho para conseguir esas fotos.

—Inspectora. No soy tan trepa como usted cree. —La periodista le devolvió la sonrisa—. Es cierto que las fotografías son muy importantes para mí. Pero casi matan a mi padre por culpa de esas fotos. Quiero que todos los implicados en esto lo tengan crudo. Eso es lo que quiero. —Su voz se hizo

inusitadamente dura—. Que acaben todos en la cárcel. Desde el primero hasta el último. Desde el cabrón de Mendiluce hasta el otro guardia de seguridad que me tocó los huevos.

Valentina asintió. La Lúa que tenía delante de sus ojos era una persona mucho más compleja que la imagen frívola que se había formado de ella cuando la conoció junto a Anido. Valentina se dijo a sí misma que no era una buena idea dejarse llevar por las primeras impresiones, que la gente merecía una segunda oportunidad. Al verla tan receptiva, consideró llegado el momento de hacerle varias preguntas.

—Lúa. Estuvimos en tu casa. Vimos toda tu investigación sobre el yacimiento. Nos la llevamos a Lonzas para estudiarla para ver si podíamos sacar algo en claro.

Lúa se encogió de hombros.

—Me lo imagino. No importa.

—Te lo digo porque han ocurrido cosas... bien. Descubrimos que estuviste en los túneles que hay bajo la casa de Pedro Mendiluce. ¿Viste a alguien?

—No, no había nadie. Me costó mucho salir de allí, encontré un camino que daba justo hacia el mar, en los acantilados. Imagino que si hubiese sido

invierno, o con temporal, me hubiese resultado imposible alcanzar la playa nadando.

—Otra cosa... ¿Cuántos hombres pudiste ver durante tu secuestro?

Lúa recapacitó.

—Los dos guardias de la obra de Ártabra, Óscar y Uxío... ha muerto, ¿verdad? —Valentina asintió—. Cuando me liberasteis mi padre le pegó un tiro, qué bruto es... Luego estaba también el hombre de acento raro, el que quería violarme y torturarme. Parecía ruso, o rumano, no sé. Y luego hubo otro más. A ese no pude verle la cara.

—¿Cómo era la voz? ¿Pudiste

detectar algún acento, alguna característica...?

La periodista se pasó la mano por la cara, sintiendo una ligera punzada de pánico. No le hacía demasiada gracia recrear aquellos instantes, pero menos todavía que aquella gente quedara impune.

—Creo que era de aquí, tenía acento gallego. Del sur. No sé, no podría decir... una voz grave, chulesca. No pude verlo, inspectora, me taparon los ojos con una venda. Recuerdo que fumaba tabaco negro... Un momento...

—Sus ojos se avivaron—. ¡Sí, ahora lo recuerdo! Era olor a Ducados, seguro.

Mi padre lo fumó durante muchos años.
Reconozco el aroma de esa marca.

Valentina asintió, pensativa.
Ducados. ¿Sebastián Delgado? ¡Cómo
no! Se preguntó cómo era posible que su
ciudad natal fuera el escenario ideal de
todos los tejemanejes y corruptelas de
un tipo tan despreciable como
Mendiluce y un delincuente sin
escrúpulos como Delgado. ¿Qué le
había sucedido a la clase política de
Galicia? Pero al fin ella era policía,
pensó, y lo suyo era detener a los
criminales. Otros tendrían que
encargarse de elevar el sentido cívico
de los políticos. Su mayor prioridad en

ese momento era encontrar las pruebas pertinentes.

—Está bien, Lúa. Voy a pedir ahora mismo que busquen la tarjeta de memoria, si no la han encontrado ya.

—Gracias, inspectora. Por favor, avísame cuando la tenga, me sentiré mucho más tranquila.

—Gracias a ti, Lúa. Creo que has destapado algo muy gordo. Has sido muy valiente.

Lúa apreció el cumplido. Torció la cabeza, esbozando una sonrisa.

—A veces creo que estoy un poco loca, inspectora Negro. No me vendría mal un poco de cordura.

La cortina de la cama se apartó con timidez y la cara de Jordi apareció de repente, y tras él, un ramo enorme de flores que parecía haberle costado medio mes de sueldo. Lúa enrojeció como una colegiala de quince años. Valentina comprendió que aquel era el momento de dejarla tranquila. Le esperaban unos días bastante duros, y la presencia de Jordi quizá era algo más que una mera visita de un colega de trabajo.

• • •

Conchita Fraga cortaba cebollas para pochar delante de la vieja televisión

Sony Trinitron y se enjugaba las lágrimas con el dorso de la mano. Regentaba una vieja pensión en la calle Riego de Agua desde hacía muchos años. Los domingos, tortilla y callos, que hacía ella con sus propias manos con la receta que había heredado de su abuela. La crisis no estaba afectando demasiado a su negocio: siempre había clientes fieles que acudían a la pensión Avenida atraídos por sus buenos precios y su trato amable y casero. A sus pies, Cuqui, el yorkshire terrier, dormitaba sobre una manta, una zapatilla robada de Conchita cerca de su hocico.

Conchita, una señora gruesa, de pelo

ensortijado y facciones agradables, se limpió la mano en el mandil de cuadros y cogió el mando de la televisión para cambiar de canal. Con todo aquel jaleo del TDT no se entendía demasiado bien, pero se había hartado de ver la enésima repetición del anuncio de la teletienda.

«A ver si dan el tiempo en alguna cadena. Si hace buena tarde, me daré un paseo hasta la playa con Cuqui». Conchita apretó el botón hasta que llegó a una emisora local que estaba ofreciendo las noticias de la una de la tarde. Siguió cortando cebollas y miró hacia las patatas, que tenía sumergidas en un bol lleno de agua. Aún le quedaba

un buen rato de trabajo cortando verduras.

Subió la voz cuando empezaron a hablar del asesinato de la chica aquella tan guapa, Lidia Naveira. A Conchita aquel crimen la había conmocionado. No se perdía absolutamente ninguna de las noticias dedicadas a la muerte de la joven: parecía mentira que en una ciudad tan tranquila hubiese alguien capaz de hacer algo así. Una niña en la flor de la vida.

Cuando vio la imagen ampliada del retrato robot del asesino de Londres apodado el Artista, dejó el cuchillo sobre la tabla de cortar y prestó toda su

atención al locutor. Rodeó, hipnotizada, la mesa camilla y se acercó a la pantalla. Buscó las gafas que llevaba colgadas del cuello por un cordón rojo. Se las puso.

«No puede ser». Conchita negó con la cabeza, los ojos entrecerrados, la nariz cerca de la pantalla parpadeante. «No puede ser el niño. Pero... tiene que ser. ¡Dios mío! Es igual que su madre. Y los mismos ojos que el padre. La boca, la barbilla... ¿Qué edad tendría ahora el chico? A lo mejor, sí, veintiocho, veintinueve años...».

Cogió un bolígrafo bic azul y apuntó a toda prisa el teléfono que permanecía

fijo en la pantalla, fijo como los ojos del retrato que la taladraban desde la tumba, veinte años después...



Iturriaga le dio un Nokia algo antiguo a la inspectora con el ceño fruncido.

—Mañana te conseguiré algo mejor, pero por ahora esto te valdrá para estar conectada... —La miró con resignación, aquella chica era imposible—. Valentina, te hablo en serio. Vete ahora mismo a casa a descansar. No te quiero aquí. No has dormido en toda la noche. En el estado en el que estás, no me vales para nada. Mañana a primera hora

haremos una reunión del operativo, avisa a tu amigo Sanjuán. A las nueve y media, por ejemplo. Es una orden. ¿Entendido? Después de todo lo que ha pasado, lo mínimo que necesitas es comer algo y meterte en la cama. No quiero superhéroes en Lonzas, inspectora. Mírate la cara en el espejo. ¡Si no te tienes en pie!

Valentina cogió la caja del móvil con una mueca.

—De acuerdo, inspector. Me voy a dormir. Es verdad, no puedo más. Estoy hecha polvo. —Levantó los brazos en señal de rendición—. ¿Ya han encontrado la tarjeta de memoria de

Lúa? Por favor, si hay alguna novedad, avíseme. Dormiré un par de horas y luego ya...

Iturriaga dejó de tutearla y adoptó un semblante grave.

—Inspectora, le he dicho que es una orden. ¿Entendido? No creo que sea tan difícil de entender.

• • •

Isabel cogió un par de tallarines con los palillos chinos del recipiente de plástico mientras veía de nuevo la cinta n.º 5 del entierro de Lidia. Había cientos de personas. ¿Cómo esperaban que fuese a detectar a alguien que se pareciese al

retrato robot del Artista? Encima paparse todo aquello en domingo, con el buen día que estaba quedando. Sanjuán afirmaba que en un gran número de casos, los asesinos solían acudir a ese tipo de eventos para disfrutar todavía más de su hazaña, absorbiendo el dolor de los familiares con evidente placer. Así que allí estaba, apuntando el nombre de cualquier posible sospechoso que saliese en las fotos o en los vídeos tomados aquel día.

A su lado Garcés anotaba todas las llamadas de gente que aseguraba conocer al hombre del retrato que salía en la prensa. Ya tenían más de cien, y a

su juicio, ninguna que pudiera ser medianamente creíble. Desde que lo habían visto en la caja de Mercadona comprando hasta que era un hombre que paseaba a sus perros por El Portiño de forma habitual. Por no hablar de los correos... muchos eran tan abiertamente falsos que rozaban lo cómico.

—¿Quedan tallarines, Isabel?

—Toma, o me los comeré todos.

Tampoco es cuestión de ponerse una como una vaca. Joder, que ganas tengo de salir. Ir a tomar el sol, algo de vida, coño. Estoy más gris que el papel reciclado.

Sonó el teléfono una vez más.

Garcés lo señaló, con la boca llena de tallarines.

—¿Puedes cogerlo, Isa? Por favor...

Isabel contestó a regañadientes. Era una señora que decía llamarse Concha Fraga. Al cabo de medio minuto, los gestos de la policía alertaron a Garcés, que dejó el plástico con los tallarines encima de un folio en blanco. Esperó a que colgase, con expectación.

Isabel se incorporó, dispuesta a salir a toda velocidad. Su instinto de policía le había dado una buena sacudida. La mujer con la que acababa de hablar parecía saber muy bien lo que decía.

—Vámonos a ver a esta señora.

Dice que conoce al hombre del retrato robot. Dice también que hace muchos años que no lo ve, desde que era niño. Pero que es él, sin duda.

—¿Él? ¿Quién es él?

—Esta señora está segura de que el hombre es un tal David. David García del Valle. ¿Qué te parece?

• • •

Marta Torres colgó la radiografía del cuadro en la pantalla para observarla con atención. El laboratorio había pasado mucho tiempo cogiendo muestras de aquel óleo para analizarlo de arriba abajo, sin dejar un resquicio. Tipo de

pintura, restos de ADN, huellas dactilares, todo. Ahora le tocaba a ella, la «experta» en reflectografía y radiografía de obras de arte. Y la verdad, estaba disfrutando con aquel encargo. Había ido desde Oviedo especialmente para aquel trabajo y estaba gozándolo por completo. Era domingo, no tenía por qué estar ahí, pero Iturriaga le había pedido que se diera toda la prisa que pudiera. Y Marta aceptaba con resignación que muchos de sus fines de semana fueran de todo menos excitantes. Su sobrepeso y su extraordinaria timidez no le facilitaban las cosas, y todavía menos su fama de

rata de biblioteca, aunque su mirada era dulce y se consideraba una amiga leal. Así que, sin nada mejor que hacer, no dudó en dedicarse a su única pasión que, según pensaba ella muchas veces, coincidía felizmente con la profesión que había elegido.

Le había fascinado el estilo de aquel retrato de Salomé. Era macabro, expresivo, exquisito. La pincelada fina, la técnica perfecta. Hasta el último detalle evocaba la pintura prerrafaelita con sutil delicadeza, pero con un toque perverso, expresionista, que ofrecía al que lo mirase un retazo de la mente oscura y reptiliana de la princesa. Marta

se había enamorado de aquel cuadro, aunque como policía estaba informada de que el pintor era un asesino desalmado que había matado ya a cinco personas, que ellos supieran. El talento y la maldad en aquel caso iban de la mano, y eso era algo para lo que debía estar preparada.

Sin embargo, era difícil estar preparada para lo que se pudo descubrir tras la digitalización de las placas radiográficas: Lo que allí podía verse tenía todo el aspecto de ser un *pentimento* en toda regla, un arrepentimiento del Artista, que luego, para ahorrar lienzo, pintó por encima de

algo más antiguo. Debajo del retrato de Salomé había algo nuevo, otro retrato. El retrato de un hombre. Una especie de caricatura siniestra de *La Muerte de Marat*, solo que menos formal que el cuadro de David, más sangrienta y menos plácida. Y la cabeza de Marat no llevaba un pañuelo en la cabeza, sino el cabello caído sobre la frente. Y en su mano tampoco había una pluma, sino un puro habano.

La inscripción del banco de madera no dejaba lugar a dudas: aquel hombre no era Marat.

«A Mendiluce. De David».

Marta sacudió la cabeza con

estupefacción. El cuadro era un retrato de Pedro Mendiluce.



Javier Sanjuán miraba las olas del mar mientras se fumaba melancólicamente un cigarrillo. Había llamado a Valentina, pero su teléfono daba todo el rato comunicando o fuera de cobertura. Estarla durmiendo, claro. La noche anterior tenía el dispositivo de seguimiento de la fiesta en el chalet de Mendiluce.

Había reservado un vuelo para el martes. No había vuelta atrás. Tenía que volver a casa. Estaba cansado de dormir

en un hotel, quería volver a dormir en su cama. Ir a Jávea a tomar el sol. Recoger a su gata, que había dejado en la casa de campo de unos amigos. Aprovechar el tiempo antes de volver a las clases. Disfrutar un poco de la vida, lejos de tanta sangre y tanta enfermiza intensidad.

Su móvil sonó, pero no reconoció el número. Era Valentina Negro. ¿Cómo decirle que se iba el martes a primera hora? Pero no tuvo oportunidad de hacerlo. La voz de Valentina, apresurada, urgente, no le permitió siquiera pensar en la manera de empezar a despedirse.

—Javier. Tienes que venir ahora

mismo. Marta, la técnica de rayos, ha descubierto algo muy importante en el cuadro de Salomé. Y por cierto, agárrate fuerte: una mujer ha reconocido el retrato robot y parece ser que hay que dar bastante crédito a sus palabras. Es increíble. Tenías toda la razón, Sanjuán. El asesino de Londres ha crecido aquí. Ah, otra cosa... ya te contaré, pero prepárate.

Valentina hizo una pausa:

—Sebastián Delgado ha muerto. Lo han asesinado.

Sanjuán colgó, estupefacto. En cinco minutos se puso los zapatos y salió en busca de un taxi para la comisaría de

Lonzas. Quizá tendría que quedarse unos días más.

Capítulo 65. Deuda pendiente

«¡David, coge tus pinceles... venga a Marat...! Oí la voz del pueblo. Obedecí».

Jacques Louis David

Domingo, 20 de junio

Concha Fraga estaba emocionada. Siempre había querido ir a una comisaría de policía, pero aquello sobrepasaba sus expectativas: habían ido a buscarla hasta la pensión en un

coche patrulla dos jóvenes muy atentos, vestidos con sus uniformes. Era muy aficionada a las series de policías, y a pesar de haber estado toda su vida trabajando desde niña, Concha había ocupado muchas de sus horas libres leyendo novelas de suspense y de amor. Así que, a pesar del asunto que la llevaba allí, ese era un día especial para ella. Después de entrar en Lonzas le habían presentado al que parecía el jefe de todo, un señor alto de severa mirada y barba oscura e incipiente. Y en ese momento esperaba tranquilamente tomándose un café descafeinado de la máquina que le había llevado Isabel, una

policía encantadora que la guió hasta una sala de reuniones.

Valentina la miró a través del cristal. El pelo teñido, cardado de peluquería. Los ojos pintados de azul, el aspecto inequívoco de buena mujer.

—Parece la última persona de la que me esperaba recibir información sobre el Artista.

—Es cierto. —Iturriaga asintió—. Pero ha sido la llamada más creíble de todas las que hemos recibido hasta ahora. Hay que reconocer que Isabel estuvo muy atenta... Pero mira. Ahí está Sanjuán. —Lo saludó con un gesto de la mano, con una sonrisa que intentaba ser

agradable—. Pobre hombre. La verdad es que lo estamos exprimiendo... Lo hacemos trabajar hasta un domingo por la tarde. ¿Ya le has contado lo que ocurrió ayer?



Velasco rebuscó detrás del lavabo, intentando meter la mano enguantada por el resquicio donde había indicado Lúa Castro. Desde luego, era avispada aquella chica. La dichosa tarjeta de memoria estaba bien escondida: los de la científica no la habían encontrado durante su primera incursión en el piso. Consiguió tocarla con la punta de los

dedos, pero no era capaz de agarrarla bien.

—Bode, ¿me traes unas pinzas, por favor? No puedo alcanzarla. Está demasiado lejos y no me cabe la mano. No puedo maniobrar, se me escapa, la muy cabrona...

Tras un par de intentos infructuosos, Velasco pudo atrapar con unas pinzas largas la tarjetita azul de a parte de atrás de la porcelana.

—Aquí está. Al fin. ¿Tienes la cámara? Vamos a ver si las fotografías siguen en su sitio...

• • •

—Se llamaba Sara. Sara García Del Valle. Una chica muy joven, muy guapa. Y muy inteligente también. He traído una fotografía. La foto se hizo en la terraza de la mansión, que era enorme. Estamos varias de las que trabajábamos en casa de Pedro Mendiluce en aquella época.

Todos miraron la foto por turnos. Había cinco chicas de diferentes edades. Era invierno, y todas llevaban gruesas bufandas de lana y chaquetas y gorros de colores a la moda de la época. Se podía reconocer a lo lejos el pueblo de Mera. Señaló con la uña algo descascarillada y pintada de rosa a una de las chicas, la más alta y sonriente, de larga melena

lacia. Parecía tener unos veinte años.

—Esta era Sara. Un encanto de chica. Entró a trabajar cuando tenía veintiuno o veintidós años. Creo que esta foto es de 1980, pero no estoy segura.

—¿De dónde era? —Valentina interrumpió a Concha—. ¿Era de Coruña?

—No, qué va. Era de cerca de Betanzos. Creo que de Oza dos Ríos. Tenía problemas en casa, con su padre, y se vino a trabajar a la gran ciudad. En aquella época, Mendiluce ya se había separado de su primera mujer, una actriz de variedades... Fue un gran escándalo,

porque duraron menos de un año. Él nunca ha durado demasiado tiempo con ellas, ya me entienden... las usa y las tira, como si fueran un *kleenex*.

Sanjuán asintió.

—¿Qué hacía usted en casa de Mendiluce?

—Yo era la cocinera. Recuerdo muy bien cómo me contrataron: Mendiluce acababa de heredar una fortuna. Su padre era un empresario potente, y su madre pertenecía a la alta sociedad madrileña. Ambos murieron en un accidente de avión en Argentina. Pedro era hijo único: heredó una fortuna, la casa de Mera, los negocios de su

padre... tenía veintipocos años, acababa de llegar de Madrid, donde había estado viviendo después de estudiar en la universidad y casarse. Menos a Amaro, despidió a todos los sirvientes de sus padres y cogió a todo el personal a su gusto. Puso anuncios en el periódico, y nos presentamos bastantes chicas. Ya saben: había muerto Franco, todas teníamos ansias de libertad, de trabajar, de ser independientes... todo eso, ya se imaginan. Mendiluce pagaba muy bien y el trato era exquisito. Sara entró al poco tiempo de haberlo hecho yo. Era la ayudante del secretario que tenían en aquel entonces. Eran otros tiempos... —

Concha pareció ensimismarse un segundo en sus recuerdos—. Sí, Sara era una chica dulce, encantadora y, además, recuerdo que sabía taquigrafía y contabilidad.

—¿Qué pasó después? —Valentina cada vez tenía más curiosidad.

—Oh, estaba claro que Mendiluce iba a encapricharse de ella. En aquellos tiempos, Pedro era un hombre muy atractivo, y aún lo es... Algunas veces lo veo en la televisión o en la prensa y sigue siendo un señor apuesto, aunque no sé si se habrá operado algo... ya me entienden... —Sonrió con gesto de complicidad—. Pero en aquella época

era como un actor italiano, un Mastroianni, seductor, agradable, impecablemente vestido... A mí me encantan aquellas películas en blanco y negro... Pues así era Pedro. Un galán, que decía mi madre. Sara se resistió poco tiempo. Un par de meses. Luego, pasó a ser su favorita. Yo creo que a él le gustaba aquella mezcla de candidez e inteligencia. Y lo guapa que era, claro. Era preciosa, una muñeca. —Concha se detuvo unos segundos, buscando la frase adecuada—. Así que acabaron... ya me entienden. En secreto, claro. A Pedro le daba vergüenza que lo vieran con una chica de pueblo, por muy guapa que

fuese. Él aspiraba mucho más alto, no a una pueblerina sin dinero ni beneficio alguno.

—Entonces, se hicieron novios, por así decirlo. —Iturriaga intervino por vez primera en la conversación.

—Si usted quiere llamarlo así... en realidad, todos lo sabíamos. La ascendió. Sara llevaba todas las cuentas de la casa. Ya les he dicho que era una mujer muy inteligente, espabilada. Aprendió inglés. Se hizo su secretaria imprescindible, su amante. Se enamoró como una niña de Pedro. Y mientras, él le ponía los cuernos, claro... Aunque Sarita prefería no saber. Ella lo quería

de verdad, pero él solo la estaba utilizando. En resumen: Sarita se quedó embarazada. Todos sabíamos que el hijo era de Pedro, pero él no quiso saber nada del asunto. Quiso que abortara en Londres, ella se negó, por supuesto.

—Tuvo el hijo, claro... —Sanjuán empezaba a atar cabos.

—Sí. Daviciño. Un crío precioso, como la madre. Desde ese momento, Mendiluce empezó a repudiarla. No de una forma demasiado evidente. Yo creo que él la quería bastante más de lo que quería reconocer. Pero la aparición de aquel niño resultó fatal para Sara. Según crecía, Mendiluce empezó a

despreciarla más y más. Aunque aún aguantó bastante tiempo trabajando para él, la verdad. No entendíamos cómo podía soportar aquel trato.

—¿Mendiluce llegó alguna vez a admitir que era hijo suyo? —preguntó Valentina.

—No, nunca. Lo odiaba. —Concha pareció necesitar unos segundos, y luego continuó—. A ella la llamaba puta en público. Decía que no era su hijo, que ella se había acostado con más hombres y que apechugara con lo zorra que era. Eran sus palabras, las recuerdo bien, perdonen ustedes. La pobre Sara... aun así, seguía estando perdidamente

enamorada. El niño creció en la casa de Mendiluce, aunque sin saber que aquel hombre era su padre. Recuerdo que dibujaba muy bien... hacía retratos de todos, hasta de los perros. Era tan listo como su madre. O más...

Valentina miró con intención a Sanjuán, que le devolvió la mirada asintiendo. Luego alentó a Concha para que siguiera con la historia.

—Sara aguantó casi diez años entre vejaciones y malas caras. No sé cómo pudo... Pero luego Pedro conoció a su segunda mujer, la francesa. Una belleza de revista y podrida de dinero, como a él le gustaban. Empezó a cortejarla de

una forma evidente. Sara se hartó y tuvieron una bronca terrible... Fue algo espantoso. Ella amenazó con denunciarlo a la policía si no reconocía al niño como suyo. Sara era muy peligrosa, conocía muchos de los chanchullos en los que estaba metido Mendiluce. En la casa el ambiente ya no era el del principio ni por asomo. Todos estábamos mal, a disgusto. Mendiluce se había vuelto un tirano vicioso. Organizaba fiestas con prostitutas continuamente. Nos trataba mal, nada que ver con el joven agradable y elegante del principio. Yo achaqué el cambio a la amistad con Sebastián

Delgado, un joven de la calle, un delincuente de la peor calaña, que no sé por qué, parecía fascinar a Pedro... Decía que él le haría un hombre, que con él tendría una oportunidad de llegar a ser algo.

—Conocemos a Delgado, Concha.
—«Conocíamos, mejor dicho», pensó Valentina.

—¿Sí? Pues entonces sabrán que es un degenerado, un hombre sin alma. Pues bien. Después de la bronca de Sara, Mendiluce mandó a Delgado que se encargara de ella.

Como Concha se quedó callada, con una expresión de dolor y de ira que de

pronto le ensombreció la cara, Sanjuán la invitó a seguir.

—¿Qué quiere decir eso exactamente?

—Delgado la llevó a su habitación y la encerró allí. Estuvo violándola durante una semana. Le pegó paliza tras paliza. Y luego la echaron de casa sin contemplaciones, a patadas. A ella y al niño... Le dieron dinero para comprar su silencio, y la amenazaron con matar al niño si denunciaba. Después de eso, yo me despedí. Me fui, no aguantaba ni un minuto más en aquella casa. Además, yo ya me había casado con Manolo, un marino, y no tenía necesidad de estar

pasando penalidades...

—¿Qué fue de Sara y del niño?

—Sara se fue a Inglaterra con su hijo. Lo último que supe de ella era que había aparecido muerta en la habitación del hotel donde trabajaba. Un accidente, o eso se dijo. Nadie quería reconocerlo, pero todos sabíamos que se había suicidado por despecho y por qué no pudo superar el dolor que sentía. Del niño nunca supe nada más.

Iturriaga torció la cabeza y preguntó, interesado.

—¿Por qué dice que lo sabían todos?

—Porque Sara se mató el mismo día

de la boda de Pedro Mendiluce.



Concha se despidió y se metió en el coche patrulla. Cuando el Citroën arrancó, Valentina se volvió hacia Sanjuán, intrigada. Lo miró con preocupación. Lo notaba raro. Ausente. Como si rehuyese mirarla directamente a los ojos. Sanjuán, por su parte, aprovechó que se hallaban en la calle para encender un cigarrillo.

—¿Piensas lo mismo que yo?

—¿Que Héctor del Valle es el hijo de esa chica y Pedro Mendiluce? Sí, no me cabe duda. Se llaman casi igual...

David García del Valle... Es interesante que no quisiera cambiar su apellido. — Sanjuán se quedó reflexionando unos momentos—. ¿Te das cuenta? Todo esto nos coloca en un escenario completamente distinto... Pero Valentina, por favor, cuéntame lo de Sebastián Delgado. —Sanjuán mostró un vivo interés, otra vez conectado al mundo—. Estuve llamándote esta mañana, pero no hubo forma de contactar contigo. Tenías el teléfono apagado.

Valentina lo tomó del brazo y se alejaron unos metros más de la entrada de la comisaría, en parte para no

molestar a los que entraban o salían, en parte para disponer de más privacidad.

—Ayer Delgado descubrió lo del operativo. Secuestró a Irina y luego a mi hermano.

Sanjuán abrió los ojos, sorprendido.

—¿A Freddy?

—Sí. Y eso no es todo. Intentó matarlos, Javier. Los ató a un pozo lleno de agua y estuvo jugando conmigo para que llegase justo a tiempo de verlos morir ahogados. Los tenía ocultos en unos túneles que conectan el faro de Mera con su casa, un laberinto digno de una novela de Dumas. —Valentina esbozó una sonrisa tragicómica—.

Como ves, estuve muy ocupada, Javier. El teléfono acabó bastante pasado por agua...

Sanjuán sintió un escalofrío al ver la expresión de la joven, que volvió a revivir con pánico aquellos momentos tan dramáticos que la perseguían una y otra vez. Pero también el criminólogo se estremeció por la mirada directa de los ojos de Valentina, como si ella le reclamara, de algún modo, que participara en ese dolor y tuviera que hacer algo al respecto.

Valentina le narró con intensidad lo ocurrido durante la madrugada en los túneles de la mansión de Mendiluce.

Cuando llegó al asesinato de Delgado, Sanjuán la interrumpió.

—¿Con un arpón de pesca y por la espalda? —Sanjuán asintió, meditabundo—. Eso es una venganza, sin duda. Y encaja perfectamente con la motivación dramática expresada en sus cuadros. En su delirio homicida quiere ser un artista cada vez que mata... No hace falta mucha imaginación para ver aquí una representación de la obsesión de Achab con su odiada Moby Dick... un demonio al que el viejo marino quiere enviar al infierno, porque ella destruyó su vida...

—Sí. Pero al hacerlo salvó la vida

de mi hermano y también la de Irina. Y le estaré eternamente agradecida. Qué horror, ¿verdad? Estar agradecida a un asesino... pero no puedo evitarlo, Javier. No puedo. —Valentina puso su mano en el brazo de Sanjuán y este sintió más que nunca que ella lo necesitaba en esos momentos. Una incómoda y sutil punzada de culpa se instaló en su pecho.

Mientras le contaba todo lo sucedido después, la llegada de Velasco y Bodelón y cómo su hermano había estado a punto de morir, Sanjuán observó las ojeras y la cara pálida de Valentina. Estaba destrozada. No, no era

aquel el momento de decirle que se iba. No tenía valor para hacerlo. En realidad, lo único que le apetecía hacer en aquel instante era abrazarla con fuerza y consolarla. Pero no lo hizo. Mentalmente tomó nota de que anularía su pasaje de avión. En ese momento no podía marcharse.

—Pero subamos —dijo Valentina—. Tenemos que mirar el cuadro de Salomé. Vas a alucinar cuando veas lo que hay debajo de la pintura... —Sonó el teléfono y Valentina lo sacó del bolsillo del pantalón del uniforme, y se lo enseñó a Sanjuán—. Fíjate. El iPhone se cayó al agua... con toda la agenda. Un

desastre... —Valentina contestó a la llamada.

—Inspectora Negro. Ah, hola, Velasco. Dime. Fantástico. ¿Ya habéis visto las fotos? Bien. ¿Cuánto tardaréis? Estaremos en el laboratorio, con la técnico de rayos, en lo del cuadro. Perfecto. —Se volvió a Sanjuán de nuevo—. Dice Velasco que las fotos son increíbles. Les va a caer el pelo a todos cuando salgan a la luz. Lúa hizo un trabajo de primera. Por cierto, mañana por la mañana tenemos una reunión del operativo para poner todo en claro y sacar conclusiones. Vendrás, ¿no? Estás invitado...

Sanjuán asintió. Se sentía un poco perdido. Sabía que tenía que volver a casa, *tenía* que volver a casa. Pero se daba cuenta de que aquel no era el momento adecuado. Sonrió de una forma algo forzada.

—Pues claro que iré, Valentina...

—Una cosa importante, Sanjuán. En el operativo de ayer, el de Mendiluce, una de las chicas desveló que Lidia Naveira iba a las fiestas, aunque no participase de manera activa en ellas. Estaba al lado de Pedro, que parecía adorarla durante el tiempo que estaba presente...

Sanjuán hizo un gesto de

asentimiento.

—Te lo dije, Valentina. Lo sabía. Está claro: el Artista no mata por que sí. Siempre tiene una justificación en su mente retorcida.

—Por cierto... ¿Qué tal con Morgado? ¿Te aclaró alguna cosa?

—En realidad, me aclaró varias cosas importantes, Valentina...



Marta Torres los recibió con una sonrisa. No estaba acostumbrada a que su trabajo generase tanta expectación. Para acompañar esa memorable ocasión, se había puesto un elegante vestido

largo, aunque disimulaba su formalidad con pendientes llamativos y zapatos planos. Tenía todo preparado para que pudiesen ver con todo detalle el *pentimento* que escondía bajo el óleo aquel cuadro tan enigmático. Cuando entraron todos en el laboratorio y se sentaron en las sillas que había preparado para la ocasión, apagó la luz y encendió la del proyector, que iluminó con su tono blanquecino las caras de los asistentes.

Marta manipuló un par de aparatos y la radiografía apareció ante los ojos de los policías. Sanjuán reconoció al momento el cuadro de Jacques-Louis

David. De hecho, lo había visto en el Museo de Bellas Artes en un viaje que había realizado a un congreso en Bruselas hacía ya bastantes años. El dibujo era nítido, y la copia, casi perfecta. Las facciones de Mendiluce sustituían de forma exacta la cara inexpresiva de Marat. El puro encendido parecía una broma macabra muy del gusto del Artista, referida sin duda alguna a la costumbre de Mendiluce de estar siempre con un Montecristo en la mano. Sanjuán reflexionó: el nombre del pintor... David. David García del Valle. Aquello no podía ser una mera coincidencia. Había escogido aquel

cuadro por dos razones: el nombre del autor y el destino ominoso del protagonista... apuñalado en la bañera por Charlotte Corday. La voz agradable y bien timbrada de Marta Torres lo sacó de su ensimismamiento.

—Es un cuadro icónico, muy famoso. En su momento representó el paso del neoclasicismo a la modernidad. Todos ustedes conocen la figura de Jean-Paul Marat, uno de los líderes de la Revolución francesa, y responsable de guillotinar a todos los que no creían en los postulados más radicales. Pues bien, el pintor Jacques-Louis David era muy amigo de Marat, el cual solía escribir

los nombres de los futuros ajusticiados en la guillotina metido en la bañera para aliviar su alergia al gluten, o eso se cree... Y está claro que el Artista pintó el cuadro de *Salomé* por encima del de Marat a propósito. No es un arrepentimiento: los *pentimenti* suelen estar inacabados. Y en este caso, el cuadro de Marat está terminado hasta el más mínimo detalle, o eso parece a la vista de la radiografía. Fíjense en el papel que lleva en la mano: en el cuadro original la nota era una carta de su asesina, Charlotte Corday. En este hay anotados los nombres de tres víctimas femeninas: Patricia Janz, Lidia Naveira

y Sue Crompton. Es curioso, porque en el cuadro de David la nota acusa a Corday inequívocamente de su asesinato, no como aquí. En cuanto a la inscripción del cajón de madera, no hay duda alguna —prosiguió la analista—. Pone «A Mendiluce. De David», imitando el original en el que ponía «A Marat, de David». Yo afirmaré sin dudar que ambas pinturas, la de *Salomé* y la de Marat, son obra de la misma mano. El estilo es el mismo. Los materiales. Y también afirmaré que ambas son bastante recientes.

Valentina se mantenía despierta a duras penas. Sabía que aquello era muy

importante: al fin estaban estrechando el círculo. Todos estaban muy nerviosos, excitados, los nervios a flor de piel. Después de lo que les había contado Concha Fraga, todos los datos apuntaban a que el Artista era el hijo de Pedro Mendiluce. David, el mismo nombre que el pintor revolucionario. No podía ser casualidad. Un hijo repudiado y despreciado que clamaba venganza. Necesitaba comer algo y dormir. Y necesitaba sobre todo sacar del hospital a su padre y llevarlo a casa. Llevaba todo el día allí metido. Freddy estaba ya fuera de peligro, y no quería que pasase la noche en la incomodidad de aquella

habitación.

Cuando vio entrar a Velasco y a Bodelón con la cámara en la mano y un gesto de victoria, esbozó una ligera sonrisa. En cuanto viese las fotografías, se iría inmediatamente a recoger a su padre y luego se metería en la cama para dormir diez horas seguidas. El lunes iba a ser un día muy duro.

• • •

Irina salió de su cama con sigilo y vio por el pasillo a Valentina con su padre. Sin duda se iban para casa ya. Eran las diez de la noche. La inspectora había pasado a verla un rato antes para

cerciorarse de que seguía bien. Nunca había simpatizado con la hermana de Freddy, pero todo había cambiado. Esperó hasta que cogieron el ascensor y se puso una bata de Valentina que le había llevado el padre de Freddy. Luego se escabulló hasta la habitación.

Freddy estaba incorporado en las almohadas, la piel blanca y fina del rostro, pálida como la de un romántico, se confundía con el color de la sábana. Aún tenía el semblante descompuesto. Iba a ponerse los cascos para escuchar música cuando vio a su novia, que le hacía gestos desde la puerta. Le habían dicho que no se levantase, solo para ir

al baño. Pero él se sentía mucho mejor, ya recuperado. Se levantó con rapidez, asegurándose de que la enfermera no los veía.

—Vamos a la escalera de incendios. Allí no nos verá nadie, estaremos solos.
—Irina lo agarró del brazo y tiró de él hacia la salida de emergencia que estaba al fondo, al lado de la sala de espera. En cuanto se cerró la puerta, lo besó con pasión.

Freddy la agarró por la cintura y respondió al beso con toda su alma.

Irina le acarició la mejilla con ternura. Luego susurró.

—Perdóname, Freddy. Por mi culpa

casi te matan. Soy una maldición para ti. Tienes que odiarme a muerte... Perdona, por favor.

—Irina, no es tu culpa. —Volvió a besarla con ternura adolescente—. ¡No, amor, cállate! Perdóname tú a mí. He sido tan injusto contigo... Nunca me lo perdonaré. No sabía lo que pasaba hasta ahora... —Freddy la sentó en las escaleras con cariño y luego se acomodó a su lado. La apretó contra su pecho y le acarició el cabello.

—Nunca nos separaremos, Irina. Nunca. Lo juro.

Volvió a besarla, acariciando sus labios con absoluta entrega.

En su apasionamiento no vieron que la puerta se abría con sigilo. La enfermera esbozó una sonrisa cuando los vio semidesnudos y abrazados, apoyados contra la pared, unidos en un abrazo interminable.

Luego cerró la puerta con cuidado.

«Todos hemos sido jóvenes alguna vez», se dijo mientras se alejaba sonriendo.

Capítulo 66. El cebo

Domingo, 20 de junio,
chalet de Mendiluce
en Bergondo

Pedro Mendiluce había dormido durante todo el día. Cuando se despertó, los invitados ya se habían ido, y las chicas también. Todo estaba en completo silencio, y él decidió aprovechar aquel rato de tranquilidad para salir a dar una vuelta por los jardines de la finca a fumarse un puro. Admiró los castaños y los olmos que llevaban allí desde el

tiempo de sus abuelos, y el enorme pino donde solía jugar él cuando era muy pequeño. El tiempo pasaba demasiado rápido, pensó. Aquel lugar siempre lo llenaba de melancolía.

Ya había anochecido. Mendiluce notaba una sensación anómala. Algo extraño en el ambiente, algo nuevo, desagradable. Como si una presencia pegajosa estuviese observándolo en la oscuridad. Varias veces durante su paseo se dio la vuelta. El hormigueo en la nuca, la intuición de que había alguien allí fuera. No era capaz de librarse de aquella molesta corazonada. Tiró el puro al suelo y lo aplastó con el pie. No

le estaba sentando demasiado bien, y era un Cohiba que le había regalado la alcaldesa de Oleiros... recién importado de Cuba.

Sebastián Delgado no daba señales de vida. No era normal. A aquella hora ya tenía que estar despierto y dándole perfecta cuenta de los resultados de la fiesta. Había sido un éxito absoluto. Sus invitados habían quedado totalmente satisfechos del comportamiento de las niñas. Y muchos de ellos, dispuestos a hacerle favores y concederle todo tipo de prebendas hasta la celebración del siguiente «bunga bunga». Mendiluce estaba contento, pero la sensación

agridulce no desaparecía, a pesar de que él intentaba convencerse de que todo eran figuraciones suyas. Nada real, nada tangible. Sintió un escalofrío y algo parecido a la culpa intentó asomar por entre los pliegues de su alma oscura. Lo acalló, como hacía siempre. En el fondo, aquellas chicas deberían estarle eternamente agradecidas. Las había sacado del fango de sus países de mierda para llenarlas de dinero. Se relacionaban con lo mejor de la comarca. Les había buscado un trabajo de tapadera que les iba de perlas. Podían mandar dinero a su casa si hacía falta. ¡Qué más daba si eran menores o

no! En sus países estarían muertas de hambre, malviviendo, buscando algún trozo de pan o metidas de lleno en cualquier guerra entre sus propios hermanos. Bajo su protección, podían disfrutar de todo tipo de privilegios, solo tenían que acudir a sus fiestas y hacer algún recadito de vez en cuando...

Un ruido entre los árboles lo distrajo de sus pensamientos, Una rama rota, ligeros pasos. Mendiluce prestó atención. «Será alguno de los perros, el encargado de la finca los habrá soltado para que den un paseo».

Lanzó un largo silbido, pero solo le respondió el silencio. Sus hombros se

contraieron en un leve estremecimiento. Estaba refrescando.

Miró su reloj. Ya era hora de encender el teléfono y volver a su mansión. Tenía hambre. Y también cosas pendientes que hacer allí.

• • •

Raquel colgó el teléfono y lo dejó encima de la mesita de cristal, pálida como una muerta. Fue hasta el bolso a coger un cigarrillo. Se sirvió una copa de vodka y se sentó en el sillón de la sala de estar de su apartamento.

Sebastián Delgado estaba muerto. Lo habían asesinado. Y Óscar quería dinero

por su silencio, para poder darse el piro fuera de España. Encendió un cigarro con la mano temblorosa. Menudo cabrón. La estaba chantajeando. Y ella tendría que ceder si quería ahorrarse muchas complicaciones. No quería que la implicaran con el secuestro de Lúa. De ninguna forma. Aquello podía destrozarle la vida, aunque en realidad no hubiese pruebas de que ella había tenido algo que ver. No podía arriesgarse.

Cuando volvió a sonar el móvil pegó un respingo. A ver cómo le decía a Pedro que Sebastián Delgado estaba muerto. Atravesado por un arpón en los

túneles que había debajo de su propia casa.

...

Lunes, 21 de junio,
08:00 h

El inspector Larrosa le dio un pañuelo de papel para que se enjugara las lágrimas. Vanessa Cordero acababa de reconocer el cuerpo de su marido, Uxío Viqueira, en el depósito de cadáveres de la residencia sanitaria y lloraba desconsolada, sentada en una silla de plástico en el frío pasillo de baldosas

verdes.

—De verdad... no lo entiendo. Llevaba varios días sin pasar por casa... En él era normal. Trabajaba de noche, a veces le cambiaban los turnos, dormía en el trabajo... No puedo creer que esté ahí, muerto.

Volvió a esconder la cara entre las manos. El pelo rubio teñido con raíces negras le llegaba hasta los hombros, que se sacudían en cada sollozo. Luego se calmó y asomó la cabeza dentro del carricoche, en donde a ratos lloraba un bebé entre lazos y puntillas de color rosa.

Carlos Larrosa había vivido tantas

veces aquella situación que ya no le afectaba tanto como al principio. Su alma tenía callo, un callo grueso y duro que le protegía del dolor de los demás. Pero aquella chica de polígono, con aspecto ingenuo, le daba algo de pena. A primera vista Vanessa no parecía saber nada de los chanchullos de su marido. Ella lo miró con ojos de pena intensa, el rímel acompañaba a las lágrimas en las mejillas surcadas.

—Era un buen padre, inspector. Uxío no era mala persona. Solo quería más dinero para la niña. Tenemos una hipoteca que pagar... y en el sitio donde estaba ahora de vigilante le pagaban

muy bien, inspector. Muy bien. Dinero B, claro, nos venía de perlas.

Larrosa se tragó la pena por aquella chica y decidió empezar la batería de preguntas. No servía de nada prorrogar aquel interrogatorio hasta que a ella se le agotasen las lágrimas.

—Vanessa, escucha. Tu marido... tu marido estaba metido hasta el cuello en varios negocios ilegales. Y en un secuestro. Y lo que es mucho peor, que el intento de asesinato de una chica joven, casi de tu edad. Tienes que ayudarnos a comprender qué pudo pasar para que acabase metido en semejante fregado.

Vanessa negó con la cabeza una y otra vez.

—Uxío no. ¿No lo entiende, inspector? Uxío era buena persona. Jamás le haría daño a nadie... y menos a una mujer. —Se secó otra lágrima negra que manchaba su cara— Seguro que fueron los otros. Sus amigos. El hombre que lo contrató por culpa de Óscar.

—Háblame de ellos, Vanessa. Así podremos ayudarte, aunque solo sea para limpiar el buen nombre de tu marido, si no tuvo nada que ver con esto.

—Sebastián y Óscar, inspector, esos dos buscaron la ruina de Uxío. Sebastián

era el que lo contrataba muchas veces. A lo mejor desaparecía varios días pero volvía siempre con un buen fajo de billetes. Y Óscar Valero era el que iba con él a los recados... el que trabajaba con él por la noche en la obra de Ártabra, pero a mí nunca llegó a caerme demasiado bien. Él y Óscar se conocían desde el colegio. Yo estuve con ellos un par de veces... no me parecieron buena gente, inspector. Malas vibraciones... —Vanessa meció el carricoche con suavidad para hacer callar a la niña.

Larrosa asintió, animándola a seguir.

—¿Sebastián Delgado, quieres decir? ¿Un hombre alto, moreno, de pelo

oscuro, engominado...?

—El mismo, un tipo chulo, una mala persona. Tiene un Mercedes negro muy potente.

—Ya. Creo que me conozco el percal...

• • •

Miró la tortilla francesa y las tostadas con desgana. Las apartó de su vista. No podía tragar ni un bocado. Pedro Mendiluce se tomó el café solo, cargado, de un trago y se levantó de la mesa.

La llamada de Raquel le había consternado profundamente. Primero, lo

del secuestro de Lúa Castro. Allí estaba, delante de sus ojos, en primera plana de *La Gaceta de Galicia*. Sin duda obra de Delgado. Las preguntas se amontonaban en la mente del empresario. ¿Por qué motivo? ¿Por qué no le había dicho nada? Valiente hijo de puta. Sabía que su padre, Manuel Castro, era íntimo amigo suyo... Y encima Castro estaba en el hospital, debatiéndose, según la prensa, entre la vida y la muerte. Ahora comprendía el porqué de la llamada preguntando por su hija. Estaba en poder de Delgado. Manuel Castro tenía razón. Lúa debió de meterse en la obra. La pillaron. Y Delgado prefirió callar como

un zorro antes de confesárselo a su jefe...

Luego, el asesinato del mismo Sebastián. Por la espalda. Con un arpón. En los túneles, cerca de su propia casa. Y encima, la presencia de la policía. ¿Cómo habían descubierto el subterráneo? ¿Qué hacía allí Delgado? Raquel no tenía muchos datos, pero le había asegurado que sabía de primera mano que la pasma estaba en el medio de todo aquello.

A poco que empezaran a investigar, todo apuntaría directamente hacia él. Hacia Pedro Mendiluce. Y lo que menos le apetecía era lidiar con un montón de

policías hambrientos de atraparlo como una jauría de lobos.

Llamó por teléfono a un par de amigos que ya estaban preparados por si eso ocurría. Ordenó que tapiaran el yacimiento de inmediato. Antes de que la pasma lo descubriese, que sacaran todo lo que pudieran, lo llevaran a un lugar seguro y adiós muy buenas. Ya se encargaría él de esconder convenientemente lo que había en su casa que pudiese inculparle. Prefería sacrificar el yacimiento que acabar con los huesos en la cárcel. Aunque el culpable de todo sería Delgado. Total, ya estaba muerto... ¿Qué importaba que

cargase con toda la responsabilidad?

Se dirigió a su despacho, arriba en el torreón. Tenía mucho que hacer. Preparar el yate para un largo viaje, por ejemplo.

Encendió el ordenador y abrió el correo.

Cuando leyó el mensaje que provenía de un mail desconocido, rope@gmail.com, se quedó de piedra:

¿Cuándo descansa de verdad el espíritu? En el perverso nunca, ya que su alma es maldita para siempre. En el justo, cuando aplaca la sed

de su bendita venganza.

• • •

La sala en donde iba a producirse la reunión del operativo bullía de actividad frenética. Un técnico arreglaba el reproductor, que parecía estropeado. Isabel entró carretando un par de sillas. Las contó, quería cerciorarse de que había asientos de sobra. Un par de miembros de la Benemérita charlaban en tono bajo, sentados al fondo de la habitación. Verónica, la administrativa, se preparaba para tomar nota de lo que allí se dijera.

Iturriaga repasaba en su mente, con

semblante concentrado, los puntos a tratar, que eran muy numerosos. Toda la implicación de Mendiluce en la trata de blancas, el secuestro de Lúa Castro, lo del hermano de Valentina Negro y su novia, la misteriosa muerte de Delgado, el tema del yacimiento...

Esperaba la llegada del juez López-Córdoba y también del fiscal jefe, Aurelio Olmos, un hombre recién designado para el puesto. Había estado en la fiscalía de Lugo durante cuatro años y se había ganado fama de ser muy estricto y capaz. Invulnerable a las tramas de corruptela. También iba a asistir el comandante del puesto de la

Guardia Civil de Oleiros. Tenían que idear la forma de hacer batidas por los túneles sin que Mendiluce sospechara nada.

Al fin habían conseguido descubrir quiénes eran los dos hombres que tenían secuestrada a Lúa Castro: un rumano buscado por la Interpol desde hacía ya tiempo. Razvan Petrescu. Un asesino a sueldo famoso en toda Europa por sus métodos de ejecución bastante expeditivos. El otro era Uxío Viqueira, un coruñés de mediana edad que en su juventud había estado en el punto de mira de la policía, pero que llevaba ya bastante tiempo tranquilo,

aparentemente, claro. Quizá en plena crisis económica el ansia de dinero le pudo más que otra cosa... Ya lo había llamado hacía un rato Larrosa desde el hospital, para contarle los resultados de su conversación con la desolada mujer. Todo aquello iba a causarles un sinfín de problemas administrativos, papeleo, investigaciones... Menos mal que Manuel Castro ya estaba fuera de peligro. Había que reconocer que la intervención providencial de Castro y de la inspectora Negro salvó una operación bastante catastrófica.

• • •

—¿Tenéis las fotos y la declaración de Lúa? —Valentina se ajustaba el polo azul del uniforme mientras caminaba hacia la sala a paso rápido. Luego se recogió el pelo en una coleta alta y lo ató con la goma que llevaba sempiternamente en la muñeca. Velasco la seguía mientras repasaba las hojas que llevaba fuera de la carpeta. Bodelón apuraba un café solo de la máquina, que hervía en el vaso térmico. Tocó por enésima vez el sobre de plástico que llevaba en su bolsillo para comprobar que tenía a buen recaudo la tarjeta de memoria de la cámara de Lúa.

—Está todo en orden, inspectora. La

tarjeta sigue aquí.

—Muy bien. Hoy es un día importante, chicos. —Valentina se notaba descansada y a pleno rendimiento después de haber dormido profundamente durante casi ocho horas. Saludó a Sanjuán, que esperaba en la puerta su llegada con un ligero gesto de la mano. Cada vez que lo veía, experimentaba una punzada de nervios que no era capaz de dominar, y eso que lo intentaba con todas sus fuerzas. Él esbozó una sonrisa y abrió la puerta a los tres policías. Cuando entraron, Valentina vio a Garcés, Isabel y López sentados al lado de dos guardias civiles,

que reconoció al momento. Eran un cabo y un guardia del cuartel de Oleiros, había coincidido con ellos más de una vez, aunque no recordaba sus nombres. Uno de ellos, el más bajo, se llamaba Eugenio. El otro... ni idea.

Iturriaga estaba de pie, delante de la pantalla blanca. Su semblante traslucía preocupación desde lejos. Alguien le comunicó por la radio la llegada del juez y del fiscal jefe. El inspector salió al momento para recibirlo y darle la bienvenida a Lonzas.

• • •

El fiscal jefe Aurelio Olmos miró al

grupo de policías que había quedado completamente en silencio cuando entró en la sala de reuniones. Aquel hombre imponía: un metro ochenta de estatura, cabello gris cortado a cepillo... tenía todo el aspecto marcial de un marine norteamericano, y sus cejas oscuras sobre aquellos ojos claros y circunspectos tampoco ayudaban a suavizar su semblante. Se sentó al lado de Iturriaga y sacó de su cartera de cuero marrón unos folios y una pluma.

Respiró profundamente. Aquel caso era de los más complejos a los que se enfrentaba desde que lo habían destinado en Coruña. Meterle mano a un

hombre tan poderoso como Pedro Mendiluce ya era un tema delicado pero, además, la presencia de un asesino serial peligroso y quizá fuera de control actuando por la zona era algo mucho más grave. Miró al inspector jefe Iturriaga, que se levantó y se dirigió al centro de la sala.

—Buenos días a todos y gracias por venir. Les presento al fiscal jefe de la Audiencia Provincial, el señor Aurelio Olmos. Al juez López-Córdoba ya lo conocemos todos... Gracias por estar aquí. Como saben, la gravedad de los asuntos que nos ocupan hoy es de tal magnitud que les he pedido a ambos que

asistan a la reunión. No perdamos más tiempo. Inspector Negro, por favor... —Hizo un amplio gesto con la mano para invitar a Valentina a que saliese a la palestra. Valentina se levantó con decisión.

—Por favor, Garcés. ¿Puedes ocuparte de las fotografías y todo ese tema?... La tarjeta la tiene Velasco... Gracias. Bien. —Valentina hizo una pausa y miró a los presentes—. Todos sabemos que durante estos días han ocurrido una serie de sucesos bastante graves. Y todos esos sucesos, por desgracia, tienen un denominador común: Sebastián Delgado. Desde el

secuestro de Lúa Castro y su liberación hasta la muerte del propio Delgado, pasando por las escuchas en la fiesta de Pedro Mendiluce...

—No olvide el secuestro de una de las chicas de la fiesta y de su hermano, inspectora, y el intento de asesinato de ambos. —Aurelio Olmos la miró con aquellos ojos intimidantes mientras la interrumpía.

—Precisamente ahora iba a hablar de ello, señor fiscal. Pero procedamos por orden. Tenemos pruebas de que el secuestro de Lúa Castro fue obra de Sebastián Delgado. Hemos analizado el teléfono de Delgado y el de los dos

fallecidos: hay llamadas al sicario rumano y también al guardia de seguridad, Uxío Viqueira. Tenemos varios SMS y mensajes grabados en los móviles de ambos, que vinculan a Delgado con el secuestro y con una supuesta trama para asesinarla y dejar el cuerpo abandonado como si fuese obra del Artista.

El fiscal levantó la ceja, extrañado.

—¿Querían matarla y fingir que había sido un crimen del asesino de Lidia Naveira? ¿De dónde ha salido eso?

—Ya lo comprobará usted mismo... Incluso el contenido de la furgoneta que

incautamos en Bens apunta a ello. Una idea bastante descabellada, propia de unos delincuentes sin escrúpulos. Delgado contrató al sicario para que la ejecutara sin dejar rastro y luego dejase el cadáver en algún sitio visible para confundir a la policía. Imagino que al llevar ella el caso de Lidia en los periódicos, pensaron que resultaría creíble. El verdadero asunto fue que Lúa descubrió que en Ártabra están explotando un yacimiento arqueológico bajo manga. No han declarado su existencia para no paralizar las obras, y además, pensamos que Mendiluce se está haciendo con piezas valiosas para

venderlas luego en el mercado negro. Garcés... ¿puedes pasar las fotos del yacimiento, por favor?

En aquel momento, Carlos Larrosa llamó a la puerta y entró, disculpándose. Después de interrogar a la mujer de Uxío, fue a visitar a Manuel Castro, que estaba ya fuera de la UCI, recuperándose, detalle que comentó en alto antes de sentarse en un sitio libre.

El semblante del fiscal se hizo todavía más grave después de contemplar las diferentes fotos del yacimiento que les había cedido Lúa Castro. Empezaba a darse cuenta de hasta qué punto muchos funcionarios

públicos e incluso políticos podían estar implicados en aquel asunto tan peliagudo. Sacudió la cabeza con incredulidad. A saber cuánto dinero bajo manga habían recibido los encargados de supervisar la obra... habría que investigar todas las cuentas y todos los bienes de cualquier sospechoso de estar implicado en el caso. El arqueólogo municipal, el concejal y los técnicos de urbanismo... Ninguno iba a librarse de un examen exhaustivo.

—Como sabemos ahora, Delgado era el encargado de supervisar la seguridad de la urbanización y fue el que contrató a los dos matones que ejercían

como guardias de seguridad la noche en la que Lúa Castro entró en la obra. Guardias sin licencia, por supuesto. ¿No es así, inspector? —prosiguió Valentina.

Larrosa se levantó para explicarse, secándose el sudor con un pañuelo.

—Así es, inspectora. Acabo de hablar con la mujer de Uxío Viqueira y me ha asegurado que su marido jamás hizo ningún tipo de curso o estudio para ser guardia de seguridad. Tampoco tenía permiso de armas, que ella supiera. La verdad es que estaba perpleja con todo lo que había pasado. Su marido le decía que estaba trabajando de noche en una obra pero no le daba más explicaciones.

Y yo creo que es totalmente sincera.

Valentina continuó:

—Sebastián Delgado era, también, el encargado de reclutar a las chicas que acudían a las fiestas de Pedro Mendiluce. Señor fiscal, como podrá deducir de las grabaciones que el otro día efectuamos en la última de las orgías, la trata de blancas está a la orden del día. Y lo que es peor, hay chicas menores de edad, coaccionadas y obligadas a acostarse con los invitados. Bodelón... ¿puedes dejarle al fiscal una lista de los nombres de los invitados?

Bodelón le acercó el listado con los nombres de las personas conocidas que

podieron identificar mediante las grabaciones. Aurelio Olmos le echó un vistazo rápido. A los pocos segundos, la dejó encima de la mesa y miró a López-Córdoba con cara de circunstancias.

—En efecto. Hay nombres muy conocidos. Prohombres de la sociedad. Políticos. Miembros de la jerarquía católica... —resopló, resignado—. Esto es muy grave. ¿Hasta qué punto está Pedro Mendiluce implicado en esta trama?

—Por ahora no tenemos pruebas —contestó Valentina—, salvo que la fiesta se celebró en su casa, que no es poco... él, personalmente, no participó en

ninguna de las orgías, que nosotros sepamos. Nuestro topo, Irina, afirma que nunca participa, se limita a observar.

—Necesitamos interrogar a todas esas chicas...

Iturriaga lo interrumpió.

—Hay que tener en cuenta, señor fiscal, que muchas de ellas están amenazadas. Otras de las jóvenes, aunque parezca mentira, van de forma voluntaria, no tienen mayor problema en acudir. Ganan mucho dinero, más en un día de lo que nosotros podemos ganar en un mes. Esas, dudo mucho que estén dispuestas a hablar con la policía. Lo mejor será empezar por las que estén

coaccionadas y descontentas. Luego, cuando las otras sepan que estas han cantado, quizá se animen si les dejamos quedarse en España.

Valentina asintió.

—Irina puede darnos los nombres de las más indicadas y la forma de contactar con ellas. Bien. Sigo. Y ahora es cuando llego al fondo del problema. Con todo esto en la mano, creo que podríamos ir directamente a por Pedro Mendiluce... Sin embargo, hay otro punto sumamente importante que hay que tener en cuenta.

—Adelante, inspectora. —El fiscal se acomodó, cada vez más interesado.

—El asesino de Lidia Naveira... El Artista, para entendernos. Señor fiscal, ese hombre ha matado ya, que sepamos, a cinco personas en Inglaterra y aquí.

—¿Qué tiene que ver el Artista con Mendiluce, inspectora? ¿A dónde quiere llegar?

Valentina lo miró con seriedad. Sabía que lo que iba a decir sonaba absolutamente increíble.

—Creemos que el Artista es el hijo no reconocido de Pedro Mendiluce, señor fiscal.

• • •

Mendiluce meditaba dentro de la sauna,

totalmente desnudo. Las gotas de sudor caían sobre la tarima de madera, fruto de la elevada temperatura del lugar. Necesitaba urgentemente un masaje para relajarse, así que después de la sauna, ya estaba esperándolo una chica japonesa que tenía siempre a mano, Suzie.

Sabía que estaba viviendo una de las situaciones límite que solían acometer su vida cada cierto tiempo. Pero Pedro Mendiluce nunca perdía el control de sus actos ni dejaba que nada ni nadie cambiase el rumbo de su existencia. Ni siquiera la presencia amenazante de su hijo enloquecido o la policía metiendo

las narices en sus dominios. Porque estaba seguro de que el asesino de Sebastián había sido su hijo David, de alguna manera constituido en una especie de vengador desquiciado. El mensaje recibido dejaba claro que estaba loco. El retrato robot... era su hijo, sin duda. Y el cuadro de Salomé. Sabía que era suyo desde el principio, desde el momento en que el marchante lo recibió como un obsequio. La policía sospechaba de David. Por eso Sanjuán había ido a su casa a tomarle el pulso y a llevárselo, con aquel disimulo tan ladino propio del criminólogo...

Había reforzado la seguridad del

edificio y de la entrada de los subterráneos. Cámaras. Vigilantes. Su casa era una fortaleza inexpugnable en aquel momento. Si alguien intentaba entrar allí, él lo sabría de inmediato. Además, tenía muchos recursos a la hora de defenderse. Si su hijo pretendía atacarle, él no iba a ponérselo fácil. No era una jovencita desprotegida...

Se relajó y miró la temperatura de la sauna. Luego cogió el cazo con agua y lo vertió sobre las brasas. La espesa cortina de humo con olor a eucalipto lo relajó de inmediato. Pedro Mendiluce dejó vagar su mente hacia una imagen recurrente que lo perseguía desde hacía

unos días. La melena roja de Lidia Naveira, entre sus dedos. Su cuerpo joven, exacto, firme. Su mirada verde mar, su sexo virginal, los muslos duros de una chica de dieciséis años. Aquel cabello rojo con olor a flores que lo embriagaba con su distante lujuria.

A los diez minutos, salió de la sauna y se dio un baño helado en la piscina. Cuando salió del agua, la pequeña japonesa de cabello hasta la cintura lo esperaba con una toalla en la mano y una sonrisa de eterna sumisión en los labios de *geisha*.



Garcés leyó un listado con un resumen de las llamadas y los correos que habían recibido sobre el retrato robot de Héctor/David del Valle.

—Hemos recibido más de trescientas llamadas y unos cien correos electrónicos. El único que nos pareció verídico fue el de Concha Fraga. Los demás, gente a la que le había parecido ver, o gente a la que le parecía conocer... —Encogió los hombros con resignación—. Es un trabajo de chinos decidir contra reloj cuáles son más o menos creíbles. La capacidad de fabulación de las personas puede ser infinita cuando se trata de reconocer a

alguien a quien no han visto nunca...

Valentina tomó la palabra.

—Gracias, Garcés. Es evidente que la difusión del retrato en prensa ha tenido éxito, ya que gracias a eso la señora Fraga nos ha sido de inestimable ayuda al identificar a David de forma convincente. Le hemos enviado a la policía inglesa todos los datos que nos aportó para que hagan un seguimiento de la trayectoria de ese hombre, desde que su madre se suicidó, hasta ahora. Y tenemos que reconocer que la idea de difundirlo en Coruña fue de Javier Sanjuán, que fue la persona que desde el primer momento defendió que el Artista

actuaba en los dos países. Sanjuán, si no te importa...

Sanjuán se levantó, agradeció a Valentina su cumplido con una pequeña inclinación de cabeza y se dirigió al ordenador portátil para insertar un *pen drive*. Había preparado una serie de proyecciones a toda prisa para ilustrar sus teorías de una forma convincente.

—Cuando asesinó a Lidia Naveira, el Artista ya había matado a dos personas en Inglaterra. Al mendigo cuya cabeza conservó para la performance de Floria, y a Patricia Janz. —Olmos levantó la ceja con desagrado al ver la cabeza decapitada en una de las fotos de

la autopsia—. Luego vino aquí para comenzar su venganza contra Pedro Mendiluce, primero, en la persona de Lidia Naveira. Lidia salió en la conversación de una de las chicas de la fiesta del sábado. Era un secreto a voces entre ellas que aquella chica solía acudir a las orgías con Mendiluce, aunque sin participar activamente, que sepamos, claro. Puede que Lidia fuese una de sus favoritas, o incluso que fuese una especie de «novia». Tras asesinar a Lidia, volvió a Londres. Allí había desarrollado una patología que enfocaba directamente a los amigos sado de Patricia Janz, su primera víctima

importante. La que protagonizó su primera *performance*, si queremos decirlo así.

Valentina intervino:

—El inspector jefe Evans dice que Patricia y David del Valle eran novios, más o menos. O eso es lo que han averiguado en Acton Town preguntando a los vecinos. Además, fueron juntos a comprar el vestido de la *performance* de Lidia a la tienda de segunda mano... y ella se lo probó.

—Lo que refuerza la idea de que el descubrimiento de las actividades sadomasoquistas de Patricia quizá fue lo que destapó por fin la furia homicida

latente de David —continuó Sanjuán—. El ansia incontenible de castigar con la muerte a las mujeres que no llevasen una «vida ordenada», por así decirlo. Todo eso, está claro, tiene una explicación. David vivió hasta los diez años en la mansión de Pedro Mendiluce, expuesto a las orgías y a la vida degenerada que llevó el empresario. Fue también testigo de las múltiples vejaciones a las que fue sometida su madre durante el tiempo que estuvo allí. Por no hablar de su posterior suicidio... Eso debió de marcarlo a fuego. —Hizo una pausa y respiró profundamente—. Bien. Continúo, teorías psicológicas aparte con las que

pueden estar o no de acuerdo. Tras matar a Jaime Anido y a Floria, y al presentir que la policía estaba siguiéndolo de cerca, quemó las naves y volvió a La Coruña para terminar su misión. Misión que empezó al matar a Sebastián Delgado, agresor y violador de su madre, por la espalda y sin ningún tipo de vacilación. Lo mató con un arpón, intentando quizá crear una especie de «arte fugaz» literario: el capitán Ahab y Moby Dick, su némesis... algo así. Ahora, le resta lo fundamental por hacer... —Miró a todos los presentes, imprimiendo un tono de absoluta convicción en sus palabras—.

Lo que quiero decir en realidad es que estoy convencido de que el próximo movimiento del Artista será acabar con su propio padre. Y si la policía detiene a Pedro Mendiluce justo ahora, puede que la conexión que tenemos con David García del Valle, o lo que es lo mismo, con el Artista, se desvanezca para siempre. Ha venido aquí con una misión determinada, que es la de borrar de la faz de la tierra al que para él es el ser más abyecto...

Sanjuán se detuvo unos momentos, y mientras su audiencia extraía las conclusiones de su exposición, concluyó:

—Cuando mató a Lidia fue, en realidad, su primer crimen contra Mendiluce. De algún modo averiguó que este se había encaprichado de la joven, y eso bastó para condenarla ante los ojos del asesino. ¿Acaso no era Lidia Naveira otra mujer seducida y deseosa de complacer al monstruo de su padre? Entonces, Lidia debía morir, y esa muerte sería el primer aviso para su padre de que la hora de ajustar las cuentas se acercaba.

Pasaron unos segundos llenos de electricidad, y el fiscal preguntó, meditabundo:

—Entonces, su teoría es que

dejemos a Pedro Mendiluce obrar a su antojo para cazar al Artista...

—En efecto. Yo lo seguiría muy estrechamente. Escuchas telefónicas, vigilancia intensiva... ese tipo de cosas. Pero libre y con protección policial encubierta. Dejemos que el Artista se confíe, se acerque a él. Es la mejor forma de atraparlo.

Aurelio Olmos miró a Sanjuán asintiendo, pensativo. Lo que decía el criminólogo tenía bastante sentido. Podrían así cazar dos pájaros de un tiro, pero por otra parte, no avisar a Mendiluce del peligro que corría no le pareció algo demasiado justo u

honorable por su parte. Y así lo dijo.

Sanjuán se esperaba aquella pregunta.

—Señor Olmos. No me considero la persona indicada para decir algo así, pero en mi opinión Mendiluce ha adquirido por su comportamiento graves deudas con la sociedad coruñesa, y en realidad de toda Galicia, y servir de cebo solo sería un pequeño gesto de compensación... ¿no le parece?

• • •

Raquel fue al banco Atlántico con una estilosa pañoleta cubriéndole la cabeza, las gafas de Dolce & Gabbana, su

estrecha falda de tubo y sus Jimmy Choo repiqueteando en el suelo de mármol. Allí Delgado y ella escondían más de sesenta mil euros en dinero negro, bien seguros en una caja fuerte alquilada. Bajó en el ascensor con el encargado, la llave custodiada en el fondo del bolso de Louis Vuitton.

Al abrir la caja fuerte, Raquel acarició el montón de dinero con su mano enguantada y empezó a contar billetes. Cuando consideró que había reunido los suficientes, sonrió al encargado, que cerró la caja de nuevo.

Salió al sol de la mañana con una mueca petrificada en el rostro oculto por

las enormes lentes de color malva. Aquel dinero pasaporte para su tranquilidad.

• • •

El fiscal jefe miró a los presentes con cara de aprobación.

—Señores, tengo que reconocer que estoy impresionado. Están haciendo un trabajo magnífico. Es la primera vez que la policía es capaz de meterse en el entorno de Pedro Mendiluce de una forma tan directa. Y no solo eso... La investigación del asesinato de Lidia Naveira, con todo el trauma que ha supuesto para la sociedad coruñesa...

Sí, me complace felicitarlos. —Su semblante se ensombreció—. Pero ahora llega lo peor, que es intentar atrapar a ese hombre tan peligroso sin que Mendiluce sufra daño alguno.

—Pierda cuidado, señor Fiscal. No quiero ni imaginarme los titulares de la prensa: «El importante empresario Pedro Mendiluce, víctima de un peligroso asesino en serie ante la pasividad de la policía». —Iturriaga movió la cabeza, preocupado—. Eso no puede ocurrir de ninguna manera. Lo primero que haré será hablar con el juez para que nos permita acceder a los teléfonos y los correos de Mendiluce

cuanto antes. Luego organizaremos un dispositivo para vigilarlo lo más estrechamente posible. No podemos perder ni un minuto más si queremos cazar a David García del Valle antes de que vuelva a actuar.

—De acuerdo, pues —dijo el fiscal, con un gesto de afirmación en sus manos mientras se levantaba—. Y con suerte, arrestaremos luego a Pedro Mendiluce, y con él, sacudiremos fuerte el árbol de los corruptos hasta que todos hayan rendido cuentas ante la justicia. Se lo prometo.

Capítulo 67. Visita inesperada

«Las rubias son como la nieve virgen donde destacan las huellas sangrientas».

Alfred Hitchcock

Lunes, 21 de junio

Valentina Negro anotaba en una agenda los nombres de tres de las amigas de Irina que podían estar dispuestas a declarar. Tatiana Grigorieva era una de ellas: salía en la grabación de la fiesta y, a pesar de su juventud, muchas veces

había intentado rebelarse y soliviantar a las otras chicas en contra de su destino funesto, pero nunca logró mucho más que unas miradas de miedo y el silencio sepulcral de unas mujeres aterrorizadas por los malos tratos de Sebastián Delgado. Pero ahora Delgado yacía en el depósito de cadáveres, y eso le pareció definitivo a Valentina, que confiaba en que muerto el perro, se acabaría la rabia, y algunas de las chicas coaccionadas accederían a contar todo lo que les había pasado para acabar en aquella situación, como Prunella Lorenzo, por ejemplo, otra de las menores que habían participado en la

orgia cuyo nombre también apuntó. Irina estaba ya mucho más recuperada: le habían dado el alta, y Valentina había propuesto que se fuese a vivir unos días a su casa para recibir unos cuidados que se tenía bien merecidos. Después de todo lo ocurrido, no podía por menos de acogerla con cariño. Se había portado como una heroína, poniendo en riesgo su vida a cambio de proporcionarles información, y eso la redimía por completo a ojos de una Valentina, que se sentía un poco mezquina al haberla despreciado inicialmente, aunque se consoló pensando que el entorno del que provenía no presagiaba nada bueno.

Irina la miraba con ojos de admiración. Aquella chica les había salvado la vida a los dos con un arrojo que ella no estaba acostumbrada a contemplar, y menos en una mujer. Su vida transcurría en ambientes más normales por el día, como el solárium, o en la sordidez de la existencia nocturna que se había visto obligada a llevar a base de palizas y coacciones. Sin embargo, en ese momento, parecía que su vida podía dar un giro completo y todo gracias a Freddy y a su hermana, una policía que la trataba por fin de una forma más cálida, menos distante. Se sentía, por primera vez en mucho

tiempo, feliz.

El juez había aceptado la propuesta de la policía sin dudar un minuto, y el dispositivo conjunto con la Guardia Civil ya estaba instalándose alrededor de la casa de Mendiluce. Había puesto a Velasco y a Bodelón a controlar las escuchas telefónicas y los correos, mientras Garcés seguía con las llamadas sobre el retrato robot. A lo mejor tenían suerte y alguien lo veía por algún lugar, aunque con la capacidad de camuflaje que podía desarrollar, era algo bastante complicado. A esas alturas, ya tendría barba, o el pelo teñido. O a saber qué nuevo aspecto...

Isabel y López estaban en los alrededores de la casa de Mendiluce. La inspectora acababa de hablar con ellos: habían detectado algo de movimiento en la mansión. Coches blindados, furgonetas... Aunque aún no había trascendido la muerte de Delgado a la prensa, quizá el empresario no las tenía todas consigo en aquel momento. Mejor para él. La idea de Sanjuán era brillante, como casi todas las que solía tener, pero muy arriesgada. No quería cargar sobre sus hombros una muerte más.

Valentina suspiró. Sanjuán. Llevaba unos días con un comportamiento bastante extraño. Incluso algo esquivo.

Desde que habían vuelto de Londres no habían hablado casi... Claro que los acontecimientos se habían precipitado de una forma que nadie había podido prever. Valentina sintió un hormigueo recorrer su cuerpo, el hormigueo que le indicaba que estaba casi a punto de terminar con aquel caso que le estaba llevando la vida. Había vuelto a La Coruña convencida de que no iba a enfrentarse nunca más con complejos casos criminales o con delincuentes psicópatas, porque esa ciudad era una de las más tranquilas de toda España.

Ni en sus peores pesadillas habría imaginado que acabaría matando a un

asesino a sueldo a sangre fría para liberar a Lúa Castro, ni que tendría que ser testigo de la muerte atroz de su hermano y la novia de este.

• • •

Lúa agarró la mano de su padre, que apretó con fuerza al sentir la cálida mano de la periodista. Manuel Castro abrió los ojos con esfuerzo y la miró con agradecimiento. Aunque débil, ya podía hablar, y había pasado las últimas horas en duermevela, ya que el dolor no lo había abandonado por completo.

—Lúa, mi niña favorita...

—Hola, papá. —Lúa sonrió con

alivio al verlo tan fuerte y tan recuperado—. Te quiero mucho, lo sabes, ¿verdad? Gracias a ti... me has salvado la vida.

—Dale las gracias a Valentina, hija. Menuda puntería tiene la muy cabrona. No tenía ni idea de que era tan buena con la pistola... Larrosa estuvo aquí y me lo ha contado todo.

—Los dos estuvisteis muy bien. No sé qué más decir. Te he traído bombones... —Lúa sacó una caja envuelta en papel de regalo.

Castro rio e hizo una mueca de dolor.

—Cuando me cure el intestino los

comeré, hija. Mejor será que te los comas tú. Necesitas engordar, has perdido peso... ¿Cuándo vuelves al trabajo?

—Mañana por la mañana vuelvo a la redacción. Valentina me ha prometido que si me porto bien, seré la primera en saber cómo va todo lo de la búsqueda del asesino de Lidia.

Manolo Castro palideció todavía más de lo que estaba.

—Hija, por favor. Ni se te ocurra volver a meterte en líos. Por lo menos espera a que esté algo más recuperado...

Raquel miró el reloj que estaba colgado en la pared, al lado de las estanterías de madera maciza. Eran ya las ocho y media de la noche. Los demás se habían ido a las siete de la tarde. Ella no. Estaba esperando a Óscar, y en su caja fuerte del despacho tenía veinticuatro mil euros para él. Era todo lo que estaba dispuesta a darle, y tendría que bastar para que el compinche de Delgado ahuecara el ala y dejara de amenazarla ante la justicia como cómplice de su amante en el secuestro e intento de asesinato de Lúa Castro.

Raquel llevaba sin pegar ojo desde el sábado. Cuando se enteró por las noticias de la noche del asalto de la policía al apartamento donde estaba retenida Lúa, había llamado de inmediato a Delgado pero este no le había cogido el teléfono. Le supuso muy ocupado, y no le quedó más remedio que aguardar en su casa, en espera de noticias. Y cuando estas llegaron, la situación fue todavía a peor. La llamada de Óscar supuso un verdadero *shock*. Delgado muerto asaeteado por un arpón. Al principio no podía entender lo que le decía, pero a poco había comprendido todo muy bien. Haciendo honor a su

estirpe de rata, Delgado se largaba de España sin tan siquiera avisarla de toda la mierda que había caído sobre ellos. Pero antes de irse quería una vendetta personal con la inspectora Negro. Y le había salido el tiro por la culata.

«Bien —reflexionó una vez más Raquel mientras encendía un Marlboro light— el cabrón ha tenido su merecido». Pero ella, en realidad, si Óscar desaparecía con viento fresco, podía todavía estar en posición de jugar bien sus bazas. Nadie podía relacionarla con el secuestro de Lúa, una vez muertos Uxío y Delgado, porque Mendiluce no estaba al tanto de que ella hubiera

ideado la operación. Por otra parte, no tenía nada que ver con las «putas durmientes» de su jefe y de Delgado, ni con esas bacanales que montaban con la *crème* de la sociedad gallega... Ella era solamente su abogada, y como tal lo representaba en contratos mercantiles y juicios, pero nunca intervino directamente en sobornos o amenazas; de eso se encargaba Delgado. Además, si su jefe, como todo apuntaba, estaba en el punto de mira de los maderos por el asunto de la trata de blancas y los sobornos a los capitostes que se beneficiaban a las niñas rusas, en realidad ella iba a serle más necesaria

que nunca.

La verdad, la cosa se había complicado de una forma que nunca había imaginado. Subió la persiana del despacho, que acostumbraba a cerrar para poder concentrarse mejor. Ya era de noche. Encima llovía a cántaros. Pequeños ríos de agua corrían con fuerza calle abajo, sorteando las ruedas de los coches. Encima no había llevado paraguas... por no hablar de su falda de tubo y sus zapatos de tacón. Unos Jimmy Choo que había comprado en Madrid el invierno anterior. En las rebajas, claro, pero al fin y al cabo, eran Jimmy Choo. Y muy caros. Mirando por la ventana se

preguntó qué era lo que sentía por la muerte de Delgado, y llegó a la conclusión de que se había enganchado a él solo por el sexo, por esa lascivia brutal que compartían y que ningún otro hombre había sido capaz de despertar en ella. Pero eso era todo. Sabía que era un ser despreciable, y en algún momento llegó a tenerle miedo. «No, querido — se dijo para sí— estás mucho mejor muerto», al tiempo que aplastaba la colilla en el cenicero dorado de su mesa. Estiró los brazos y se desperezó. Estaba muerta de agotamiento y de hambre. «Debería cenar algo si no quiero acabar con un bajón importante»,

pensó.

Raquel fue al baño. Luego se lavó las manos y se miró al espejo. Se peinó con los dedos el corto cabello rubio platino, la gomina ya endurecida. Sacó del bolso un pintalabios de Chanel. Infrarouge, y se retocó los labios y las mejillas. Estaba muy pálida. Los últimos acontecimientos la habían afectado de modo ostensible. Su estómago le envió una punzada feroz de aviso. No había metido nada en el cuerpo desde el pequeño tentempié que había ingerido a las once de esa mañana, solo dos cafés cortados, recordó. Nada más. Si no comía algo sólido de inmediato, su

cerebro iba a colapsar por falta de glucosa. Miró su reloj Cartier y vio que aún quedaban dos horas antes de que llegara Óscar, a las once de la noche. Decidió bajar un momento a tomar algo, porque aún quería revisar varios fajos de documentos con el propósito de destruir todo lo que pudiera incriminarla si la policía registraba su despacho, cosa improbable, pero ella no había llegado tan alto siendo una ingenua o una inconsciente, así que se estaba obligando a ser lo más cuidadosa posible.

Cogió el bolso de Louis Vuitton. Sebastián Delgado le había asegurado

que era verdadero: se lo había comprado en París y le había costado una fortuna. Pero ella no se fiaba demasiado... Bueno. Daba igual. Era precioso. Si era de imitación, había que reconocer que era una imitación exacta. Se aseguró de llevar también el móvil y la cartera. Cerró el despacho con doble vuelta de llave. No quería correr el riesgo de que alguien entrase a fisgar los documentos del bufete.

Raquel bajó al portal y miró desde dentro a través de los cristales de la puerta. Vio cómo una ráfaga de viento arrastraba una bolsa de plástico con fuerza mientras la lluvia repiqueteaba en

los parabrisas de los coches aparcados delante. Cubriéndose el pelo con una carpeta corrió hasta la entrada iluminada de la cafetería, procurando evitar los charcos que se habían formado con el chaparrón. Entró, y el olor a comida y a tabaco le satisfizo. Después de tantas horas trabajando y con aquel tiempo, un bar acogedor y sin demasiada gente era lo mejor que se podía pedir. La televisión estaba encendida, y Raquel instintivamente prestó atención por si aparecía alguna noticia que le concerniera, pero mostraba un programa del corazón, así que se relajó y celebró que el sonido estuviera demasiado bajo

como para molestarla. La cafetería estaba casi vacía. Los compañeros del bufete solían ir allí a menudo a desayunar o a tomar las cañas, pero ella no acostumbraba a codearse demasiado con ellos. Y menos en bares sin demasiada clase. Como aquel.

En el interior, solo había un hombre metiendo monedas compulsivamente en la máquina tragaperras, dos señoras mayores tomando un café al fondo y un obrero del Ayuntamiento con su mono de trabajo y su gorra sentado delante de una Estrella Galicia y unos cacahuetes. Raquel pasó por su lado y se fijó en las manos: tenía las uñas negras, de grasa o

algo parecido. Se sentó en la barra y le pidió a la señora una cerveza light, una tapa de tortilla y unas croquetas de bacalao. Encendió un cigarro con satisfacción, mientras llenaba el vaso con la cerveza. Al momento se sintió francamente mejor. Exhaló el humo y bebió un buen trago con avidez. La encantadora dueña le puso unas aceitunas, que ella agradeció con un gesto amable y una sonrisa. Por lo menos le subiría la tensión un poco. Cogió *La Gaceta de Galicia*, ya arrugada del uso, y la ojeó por encima mientras esperaba la comida. La edición lunes no comentaba nada de la muerte de

Delgado, y tampoco había oído ninguna noticia al respecto. Estaba claro que la policía quería proteger la acción realizada del conocimiento público, por alguna poderosa razón. Intuyó que tenía que ver con las pesquisas a tanto pez gordo que se había pringado follando a las putas el sábado anterior. Los maderos no querían que saltara la liebre hasta que todo estuviera bien atado.

De repente se sintió incómoda. Le había parecido notar la mirada penetrante del obrero clavada en ella con intensidad. Cuando Raquel giró la cabeza, el hombre ya no estaba. Se dirigía hacia el baño con paso cansino.

No le gustaban absolutamente nada los mirones, y mucho menos que la observaran cuando estaba tan tranquila pensando en sus cosas.

Comió despacio, mientras miraba la pantalla plana que tenía justo delante de los ojos. Parecía mentira que toda aquella *troupe* de *freaks* que gritaban desaforados en aquel programa estuviesen ganando el triple que ella solo por insultarse en público y airear los trapos sucios. La vida no era justa, desde luego. Siguió comiendo, fascinada a su pesar por las imágenes que emitía la televisión. Cuando terminó las dos tapas y la cerveza, pagó y se preparó de

nuevo para subir otra vez. No le apetecía absolutamente nada. Suspiró con resignación. Estaba deseando darle el dinero a Óscar y cerrar esa brecha en su seguridad personal; claro que tendría que confiar en que no se volviera avaricioso y siguiera pidiéndole más dinero. Pero en tal caso ella encontraría la solución. Pensó en lo a gusto que iba a sentirse al meterse en su bañera de casa y luego al leer un rato antes de dormir. Se había comprado el último de Sanjuán: al pensar en él volvió a preguntarse una vez más qué pensaría de ella si supiera lo mucho que había cambiado en esos años... Algún reflejo

muy profundo se negaba a extinguirse cuando pensaba en él, era como un destello de conciencia que, sin embargo, Raquel no permitía que durara mucho. No, pensó; seguro que su libro era demasiado truculento para dormir bien... no. Cogería otro. Algún *best-seller* sin mayor trascendencia.

Había dejado de llover. Caminó rápido, llegó al portal, lo abrió y subió las escaleras. No quería coger el ascensor para subir a un primero. El edificio era antiguo. Bien situado en el centro de la ciudad, pero pasaba ya de los ochenta años. El ascensor solía tardar un buen rato en bajar desde los

pisos altos aunque estuviese renovado recientemente. Así que los zapatos negros resonaron por las escaleras, iluminadas por la tenue luz de un tubo fluorescente que se encendía y apagaba rítmicamente, ofreciendo sus últimos estertores de luz.

Raquel percibió aquel olor extraño desde el primer momento. No estaba allí cuando ella salió de la oficina. Miró a su alrededor y no vio nada. Sin embargo, el olor dulzón persistía. Se encogió de hombros. Habría pasado por allí una limpiadora o algún operario del edificio con un producto para matar insectos. O un potente limpiador. Alguna

explicación razonable tendría que tener aquello. Siguió caminando por el pasillo solitario hacia la puerta del despacho.

Sacó la llave y la introdujo en la cerradura bien engrasada. Le dio la vuelta y los puntos de anclaje se movieron a la vez.

De pronto, una oleada de perfume dulzón y una presencia se materializaron detrás de su cuerpo con rapidez. Todo transcurrió en unos segundos. Algo taponó su boca y su nariz con brutalidad, impidiéndole respirar. La sustancia inundó sus fosas nasales, sus pulmones, su cerebro. Sus ojos lagrimearon irritados. Empezó a salivar sin control.

Sus extremidades ya flaqueaban cuando notó que alguien la agarraba con fuerza para que no cayera. Raquel, sin embargo, se sintió flotar en una especie de embriaguez deliciosa y agobiante antes de sumirse en el profundo sueño del cloroformo...

La sensación era agobiante, angustiosa. No era capaz de abrir los ojos. Le escocían. Los párpados parecían sellados por un indolente sopor. Notaba a lo lejos cómo su cabeza caía sobre el pecho y no era capaz de levantarla. Pesaba demasiado. Consiguió entreabrir un poco los párpados, venciendo aquel sueño

pesado. Una sombra indefinida deambulaba por la habitación, moviendo cosas, haciendo un ruido que parecía multiplicarse hasta el infinito en el fondo de su cerebro. Intentó espabilarse un poco, pero el sueño volvió a vencerla.

• • •

Raquel despertó de pronto. Sintió una sensación vertiginosa, una sacudida salvaje en la pituitaria. Abrió los ojos y vio una botellita bajo su nariz y una mano enguantada que la sujetaba. El sonido de una voz se abrió paso entre la nebulosa pesadez de su cerebro

embotado. Sus ojos confundidos vieron que el reloj de pared de su despacho señalaba las nueve y media de la noche.

—Buenas noches, Raquel. Me alegra ver que estás despierta... al fin.

Raquel consiguió poco a poco fijar la vista en el hombre que estaba sentado enfrente, a horcajadas en una silla de su despacho. Cuando fue capaz de procesar lo que estaba viendo, se revolvió con violencia, pero al mismo tiempo fue consciente de que no podía moverse: sus pies y sus manos estaban sujetos. Estaba atada. Su asombro creció cuando se fijó en el hombre que sonreía delante de ella: llevaba la cabeza cubierta por un

gorro quirúrgico de colores que le tapaba el cabello. Ocultaba su cara con una especie de máscara negra que le llegaba hasta la boca, pero no la tapaba. Vestía un mono de trabajo azul y amarillo. Por la indumentaria reconoció vagamente al tipo del bar, el obrero que la miraba con molesta insistencia. El terror más absoluto apareció en un instante de lucidez. Volvió a intentar liberarse pero era imposible. Al tomar consciencia de su cuerpo, se dio cuenta de que el dolor en sus muñecas estaba alcanzando una magnitud insoportable. Sacudió las manos con violencia para liberarlas pero casi al mismo tiempo su

respiración se cortó. Alrededor de su cuello se ceñía una atadura que bajaba por la espalda hasta alcanzar las esposas que sujetaban las muñecas. Estaba atrapada. Inmovilizada. Totalmente a merced de aquel hombre.

—Yo que tú mantendría una actitud más tranquila, Raquel. No va a beneficiarte nada en absoluto esa postura tan agresiva. —La voz era educada, incluso parecía cariñosa—. Perdona por el detalle de la máscara. Soy un chico muy tímido...

—¿Quién eres? ¿Cómo sabes mi nombre?

—Cuántas preguntas... Se nota que

la ampolla ha conseguido despertarte por completo... muy bien. Eso me gusta. Vayamos por partes, como decía mi queridísimo Jack el Destripador. — Sonrió todavía más abiertamente—. Tu nombre... Por favor. Eres una mujer muy conocida, querida. Y lo sabes. Una abogada de éxito. Exmujer de Javier Sanjuán, además. Inmersa desde hace poco en el mundo corrupto y lujoso de Pedro Mendiluce. Su fichaje estrella. Cualquiera que lea la prensa sabe que eres la única que puede hacer algo por salvar el futuro tan precario de tu jefe... Sí, querida. Ya me he puesto al día en tus cosas. Muy por encima, claro, no he

tenido demasiado tiempo... hay otros asuntos más importantes que hacer, más enriquecedores. De todos modos sé que esa urbanización está muerta, tan muerta como tu amigo Delgado. Y tu jefe Mendiluce va a tener auténticos problemas. Imagino al inspector Larrosa frotándose las manos al fin, en justa recompensa por las humillaciones que mujeres hermosas como tú le han infligido abusando de la maquinaria legal... ¿No es así, querida? —El hombre parecía estar disfrutando cada vez más—. Con las ganas que le tiene a Mendiluce, al fin creo que va a encontrar la paz.

—Hijo de puta. —Raquel casi le escupió el insulto, porque no era una mujer que se arredrara fácilmente.

—Querida. Qué lenguaje. No es digno de una mujer tan exquisita como tú: traje de chaqueta de Armani, zapatos de Jimmy Choo... una delicia. Lástima que el bolso sea de imitación. Una imitación perfecta, claro que sí, amiga mía. Pero hay pequeños detalles que reflejan siempre la diferencia... Aunque tú eso ya lo sabías, ¿no es verdad?

—¿Quién eres? —La voz de Raquel tembló imperceptiblemente en sus labios. Cada vez tenía más miedo de aquel hombre, de su voz amable, de su

postura indolente, aunque hacía un esfuerzo sobrehumano por no demostrarlo.

—Cuando te dije que íbamos a ir por partes, solo te pedía que tuvieses un poco de paciencia, Raquel Conde. Entiendo que estés algo confusa por culpa del cloroformo. —El hombre hizo un cómico gesto de súplica con las manos—. Perdona por haber usado ese método tan expeditivo, pero yo lo encuentro absolutamente encantador. —La voz subrayó cada sílaba de las dos últimas palabras—. En serio. No he podido evitarlo. El cloroformo siempre tiene un toque sutil y decimonónico que

recuerda a todos los grandes... ¿cómo decirlo? A todos los grandes... ¿criminales? ¿Asesinos en serie? No. Sería un atrevimiento por mi parte compararme con ellos. Yo solo soy un simple aficionado, un diletante. Un crítico, en realidad. No soy más que un crítico. ¿Te gusta la ópera, Raquel?

El miedo era cada vez más intenso. Raquel había detectado un deje en el tono de voz que le produjo un estremecimiento. Sintió unas incontenibles arcadas que consiguió someter con gran esfuerzo.

—Veo que no. Una pena. Verdi mejoró notablemente el *Otelo*

Shakesperiano dándole a Iago una pátina de elegancia que lo hace mucho más creíble. La música lo dice todo, querida. Deberías escucharlo entero... Aunque el *Otelo* para ti sería demasiado intenso, me temo. Te veo más como «La viuda alegre»... una simpática opereta vienesa te pega más. Bien. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí. Quién soy. —Se levantó de la silla y se dirigió a la gran mesa de madera de caoba. Raquel lo siguió con la mirada, presa del pánico. Sobre ella había una gran bolsa de cuero negro. La cogió—. Lástima que estés atada. Podrías llamar perfectamente a tu ex y preguntarle quién soy. Creo que me ha

bautizado con un nombre ideal, tengo que reconocer que me parece fascinante. Javier Sanjuán, o eso al menos es lo que dice la prensa, me llama «el Artista». ¡Qué personaje! Ha detectado a la perfección cuáles son mis intenciones. El Artista. No entiendo a Las mujeres como tú, Raquel. ¿Cómo se te ocurrió dejar a un hombre tan brillante? Claro, qué cosas tengo. Si poco después te casaste con aquel rico empresario de La Coruña para desplumarlo... En aquel momento no había color, es comprensible. Una chica ambiciosa, una hiedra trepadora... —La mano enguantada dejó en el suelo la bolsa de

cuero y acarició su mejilla con delicadeza. Ella no se movió ni un milímetro, a pesar de la repulsión—. ¿Qué ocurrió? Menudo fallo de cálculo, querida. Ahora serías la esposa de un escritor de éxito... pero tampoco puedes quejarte. No te va nada mal... Mejor dicho: no te iba nada mal... hasta hoy.

El sudor corría profusamente por las axilas de Raquel y debajo de los pechos. Temblaba, ahora sí, de una forma indisimulable. Su mente se colapsó al escuchar el nombre. El Artista. El asesino. El violador de mujeres que luego creaba escenarios con los cuerpos. Javier no había querido darle

demasiados detalles, pero la prensa había sido muy gráfica. El retrato en la prensa. Los ojos se le llenaron de lágrimas que corrieron por las mejillas, arrastrando el poco rímel que le quedaba, dejando los surcos totalmente visibles.

—No llores, querida. No hay por qué llorar. Tú y yo vamos a escribir en un rato un nuevo capítulo glorioso para la historia del arte actual. —El Artista recogió una lágrima con su dedo enguantado—. Vas a pasar a la historia, como siempre has deseado, Raquel. Y vas a pasar a la historia gracias a mí, a mis atenciones. Voy a darte un final

trágico y hermoso. Intenso también, no lo dudes. Muy intenso. Tú a mí vas a ofrecerme un placer exquisito, y yo a ti... ¿Cómo podría expresarlo? —El Artista permaneció en silencio durante unos segundos, regodeándose en sus palabras—. Voy a llevarte a unos límites que jamás hubieses imaginado que existieran. Comprenderás que Delgado no te obsequió más que atenciones zafias. Lo verás en un rato, no te impacientes. Nada que ver con tus actividades «de salón»...

El teléfono de Raquel sonó dentro del bolso.

—Perdona. Voy a ver quién te llama,

amiga mía. A lo mejor es importante...

El Artista miró el bolso, que había dejado sobre una butaca y buscó el móvil dentro. Cuando lo encontró, sonrió.

—Es tu jefe, Pedro Mendiluce. No creo que le importe esperar un rato... Bien. Ahora vamos a lo nuestro, querida.

Abrió la bolsa de cuero y empezó a sacar objetos y disponerlos sobre la mesa de madera maciza. Los sollozos de Raquel se hicieron más y más audibles. Él se acercó con una especie de mordaza de bola roja en la mano.

—Perdona mi rudeza, Raquel. Pero

no estoy dispuesto a que despiertes con tus gritos a algún vecino de sueño ligero. No vamos a ser tan poco solidarios. —Se situó detrás de ella y le incrustó en la boca el aro con la mordaza sin ninguna contemplación. Luego se dio la vuelta y la miró.

—Estás preciosa, querida. Preciosa. No te muevas. —El intruso fue hacia la bolsa y sacó una cámara de fotos compacta—. En momentos como este, me gustaría haber traído la cámara réflex. Pero no puedo quedarme tanto tiempo contigo... —Oprimió el botón de disparo y obtuvo una fotografía de Raquel atada y amordazada, los grandes

ojos azules abiertos y velados por las lágrimas, los brazos fuertemente atados detrás de la silla, el cuello tenso por la soga que le impedía respirar bien—. Pero dentro de un rato estarás todavía más hermosa... Por cierto. ¿Te gusta Hitchcock? A mí me encanta... Se podría decir que es mi director favorito. ¿Qué película te gusta más de él? ¿*Los Pájaros*? ¿*La ventana indiscreta*?... — El Artista dejó la cámara encima de la mesa de nuevo—. Déjame adivinarlo. —Y a continuación se acercó al oído izquierdo de Raquel y le susurró algo.

El Artista miraba hacia su presa con avidez. El olor de la transpiración de

Raquel le ponía todo el vello de punta. Era la pura y deliciosa imagen del miedo. Y eso era solo el principio. Pronto sería la viva imagen del terror más absoluto, del pánico. Del dolor. Miró a la bolsa de cuero y sacó de ella un cuchillo de caza. Se acercó a la figura que temblaba, sollozaba e intentaba respirar, lo que conseguía a duras penas por la nariz congestionada. El cuchillo empezó a rasgar la blusa negra de Armani.

—Es una blusa muy cara, Raquel. Lo siento muchísimo. Lo digo en serio. Pero no te va a servir para nada a partir de ahora. Ummm... ¿Qué veo aquí? Un

sujetador negro de encaje. ¿A quién ibas a ver después, zorrita? ¿A alguien especial? Es precioso, muy buen gusto... deja entrever tus pezones perfectamente, en la justa medida... me encanta, desde luego.

La mano acarició el pecho por fuera de la tela con delicadeza, como temiendo abarcarlo en plenitud. Luego apartó el encaje y los dedos rebuscaron dentro, agarrando el pezón, rozándolo una y otra vez. El pezón se erizó y pareció crecer, endureciéndose y tomando un hermoso color oscuro. La mano abarcó el pecho y siguió manoseando, cada vez de forma más

ruda. Raquel empezó a agitarse con violencia.

La bofetada le cruzó la cara, que ardió de dolor en un segundo. El cuchillo afilado rompió el sujetador, las copas, las tiras, y el resto de la blusa cayó al suelo. Ropa hecha jirones colgaba de sus brazos y su cintura. Raquel balbuceó algo detrás de su mordaza.

El Artista negó con la cabeza, observándola con la cabeza ladeada.

—No te comunicas bien, Raquel. En el estrado lo haces mucho mejor... Pero no te preocupes. Dentro de un rato te quitaré la bola de la boca. Pero solo la

bola. El simpático arito que te sujeta los dientes y te obliga a tener esa adorable boca totalmente abierta no va a salir de ahí... no quiero percances. Entiéndeme. Eres una chica muy arrojada y capaz de cualquier cosa. Por eso tomo mis precauciones... ¿Qué te parece? Por cierto... ¿Nunca te han dicho que tienes unos pechos perfectos? Seguro que cabrían dentro de una copa de cava... un poco pequeños para mi gusto, eso sí. Pero el color, la forma, esos pezones que parecen suplicarle al cielo... Me incitan a que use estas bellezas que he traído solo para ti. —El hombre volvió a rebuscar en la bolsa de cuero—.

Espera, no te impacientes... aquí están.
Una pequeña perversidad que he
comprado en Londres, querida.

Cuando Raquel sintió sus pezones
traspasados por los dientes agudos de
unas pinzas de plata quiso gritar, pero su
alarido se perdió en el fondo de su
garganta seca y ardiente. Abrió los ojos
por completo, como si fuesen a salirse
de sus órbitas. El Artista sonrió con
complacencia y tiró suavemente de la
cadenita que unía ambas pinzas. El dolor
volvió en oleadas a invadir la cordura
de Raquel hasta llegar al paroxismo. Sus
gemidos ahogados subieron de
intensidad. El Artista volvió a empuñar

el cuchillo, rasgando su falda de tubo de arriba abajo.

—Querida Raquel, ya ves que con un solo gesto ya te tengo entregada, totalmente en mis manos. Esta cadenita es la llave de tu dolor y de tu obediencia total. A partir de ahora quiero que hagas todo lo que te diga, preciosa. Te cuento: me gustan mucho las chicas sumisas y colaboradoras. Aunque no creo que el asunto te pille de sorpresa... —Ella lo miró con desesperación—. Fantástico. Veo que entiendes lo que quiero decir. Ahora voy a coger ese tanguita negro de encaje tan fino y voy a romperlo... —El cuchillo voló de nuevo, cortando un

extremo del tanga primero, el otro después. Tiró lentamente del encaje hasta sacarlo por completo. Lo levantó en el aire y lo observó, dejándolo caer al suelo después—. Muy bien. Perfecto. Abre las piernas. Quiero ver qué tienes ahí tan escondido. Perdona. Qué torpeza. Había olvidado completamente que tienes los pies atados... —El Artista se agachó y desató el nudo que aprisionaba los tobillos—. Ahora sí. Por cierto, que zapatos más elegantes... jugaremos después con ellos un ratito... Ese tacón puede dar mucho juego. —La voz cambió, volviéndose de repente muy severa—. No quiero volver a repetirme,

Raquel. Abre las piernas. —Ella obedeció de inmediato—. Muy bien. Muy bien. Estás depilada. Es... es maravilloso. Como si me hubieses leído la mente. —El Artista acarició los labios mayores con delectación durante unos instantes que a ella le parecieron eternos. Luego se volvió y se dirigió hacia la bolsa. Ella lo siguió con la mirada, cada vez más y más poseída por un pánico atroz. Volvió a acercarse de nuevo, agachándose delante de ella. La miro a los ojos y sonrió con delicia.

—Tengo otra sorpresa para ti, Raquel. Esas dos bellezas tienen una amiguita a juego... —El dedo se detuvo

en el clítoris y jugueteó con él—, para este hermoso lugar.

Ante los ojos aterrorizados de la mujer, apareció otra pinza de plata, más pequeña. La mano enguantada desapareció y, segundos después, Raquel sintió el dolor más agudo y terrible que había sufrido en toda su vida. Su cuerpo se estremeció en una convulsión agónica mientras el Artista sentía cómo el placer empezaba a inundar todo su cuerpo. Él notó cómo su pene se hinchaba bajo el mono de trabajo ante la visión de aquella mujer traspasada y totalmente indefensa. Se bajó la cremallera del pantalón. La

erección surgió ante la mirada vencida de Raquel, que intentaba respirar con fatiga a la vez que procuraba no desmayarse ante las oleadas de dolor que la atenazaban.

El hombre le quitó al fin la bola roja de la boca. Ella respiró aire con avaricia, mientras la saliva corría por su barbilla sin control.

—Has sido muy obediente, Raquel. No esperaba menos de ti, querida. Luego seguiremos por este camino, pero hay mucho más donde explorar. No vamos a terminar la fiesta cuando aún estamos empezando la sesión... Estoy seguro de que estás de acuerdo conmigo, Raquel.

En efecto, estamos hechos el uno para el otro...

Raquel, totalmente desnuda, estaba de nuevo amordazada, atada boca abajo encima de la mesa de su despacho. Las nalgas y los muslos presentaban unas delgadas líneas rojas que daban fe del castigo al que el Artista la había sometido durante casi un cuarto de hora. Ella ya ni siquiera era capaz de emitir una lágrima más. Solo podía actuar como una autómatas, intentando desdoblarse de todo lo que estaba ocurriendo. Él la había obligado a lamer sus propios zapatos tras violarla con el tacón de uno de ellos. Cuando notó

cómo el pene volvía otra vez a posarse entre sus nalgas, ella casi ni reaccionó. El dolor era casi delirante, insoportable, atroz. Las manos atenazaban los pezones, ahora sin las pinzas, machacando la sensible zona con dedos de hierro. La penetración en el ano fue todavía más brutal que la anterior. El Artista gemía, ebrio de placer absoluto mientras la taladraba sin piedad, utilizando su miembro como si fuese un hierro candente.

Él se retiró y la soltó de las ataduras que la sujetaban a la mesa. Raquel cayó al suelo de rodillas, casi sin fuerzas para tenerse en pie. Se acercó a ella y le

retiró la mordaza por completo. La acarició con ternura, con cariño de amante.

—Muy bien, Raquel. Eres una verdadera puta. Una zorra sin escrúpulos. Pero me has dado todo lo que podías darme... te has entregado a mí en cuerpo y alma. Y ahora mereces un premio por todo lo que has hecho en esta noche tan especial.

El Artista fue hacia un rincón y cogió un traje verde que estaba envuelto en un plástico de tintorería.

—Vas a ponerte este sujetador blanco, este traje verde, y vas a estar preciosa, ya lo verás.

A duras penas, Raquel se levantó, con las piernas temblando, casi a punto de ceder. El Artista la ayudó, agarrándola de un brazo, con cortesía, a caminar hacia la silla negra de piel. Poco a poco, ella consiguió ponerse primero el sujetador pasado de moda, estilo cruzado mágico, y por fin el vestido ajustado color verde botella, mientras él observaba todo el proceso con la minuciosidad con que un entomólogo analizaría un insecto extraño.

—Siéntate, Raquel. En la silla. Ponte cómoda. Así, muy bien. Relájate. Perfecto.

Luego rebuscó en el bolsillo del mono y sacó una corbata color crema de cuadros Burberry, traspasada por finas rayas marrones.

—Querida amiga. Solo un par de minutos más y habremos terminado. Quieres que todo esto termine, ¿verdad que sí? Muy bien. Perfecto.

La voz de él traslucía un deseo intenso, absoluto, bajo la amable pátina de cortesía. Le habló con el mismo tono que lo haría un médico a una niña en la cama de un hospital.

—Ahora quiero que abras las piernas otra vez, querida. Así, muy bien. Eres tan hermosa... —El Artista sacó un

condón y se lo colocó cuidadosamente. Se acercó a ella y la penetró de nuevo, esa vez con extrema suavidad. Raquel gimió de dolor—. Tranquila, Raquel. No es nada... ya verás.

Él empezó a bombear despacio, haciéndole el amor. Aguantó las ganas de besarla y morder sus labios para no dejar ningún rastro de ADN, por pequeño que fuera. Luego, totalmente excitado, rasgó el vestido hasta el pecho, bajó las copas del sujetador para dejar los pechos al aire, cogió la corbata y rodeó el frágil y castigado cuello. Raquel sintió que la fina tela apretaba su garganta, primero poco a

poco, luego de una forma brutal. Todo su cuerpo se tensó con absoluta urgencia. El Artista comenzó a violarla con fuerza, y a la vez, apretó más y más los extremos de la corbata, que empezó a incrustarse en la piel blanca, congestionando la cara. Ella intentó defenderse, clavando las uñas en la gruesa tela del mono de trabajo. Pero su esfuerzo era inútil: su agresor apretaba cada vez más, en un *in crescendo* de placer que no podía ni quería detener.

Cuando él se corrió, en un estremecimiento poderoso, indescriptible, las petequias estallaron en los ojos azules de Raquel, y sus

manos, que apretaban con fuerza los brazos del asesino, cayeron inermes a los lados de la silla de cuero. Él la miró, agotado, la frente perlada de sudor. Jamás en su vida había sentido algo parecido. Era lo más cercano a ser Dios que un ser humano podía llegar a experimentar.

Se tiró al suelo, jadeando sin control. Pero tenía que reponerse. Aún le quedaba un rato de trabajo antes de marcharse de allí. Era necesario terminar la obra de arte. Esa vez no sería tan elaborada como las otras... pero iba a ser igual de efectiva. Seguro. Incluso más.

El Artista buscó en su bolsa de cuero hasta encontrar una pequeña cadena de oro con un crucifijo. Se dirigió hacia el cuerpo inerme. Era hora de finalizar la obra.

Al fin.

• • •

Eran las once y diez de la noche cuando Óscar se dirigía sigilosamente a la oficina de Raquel. Había estado unos minutos fuera del edificio, tomando precauciones. No era que desconfiara de la abogada, no tenía ningún motivo para hacerlo, pero habían sucedido tantos desastres en los últimos dos días que

instintivamente sentía la necesidad de andar con mil ojos. Cuando llegó al primer piso vio con satisfacción que salía luz de su oficina. Se acercó suavemente y tocó tres golpes secos y discretos; no quería usar el timbre. Esperó unos segundos, pero nadie contestó. Volvió a llamar, con idéntico resultado. Pensando que quizá estaba en el baño y no lo oía, volvió a golpear con más fuerza y... para su sorpresa la puerta se abrió. Entró unos pasos en el recibidor del despacho y observó, mirando hacia la cerradura, que el pestillo estaba sujeto por un trozo de cinta aislante, de modo tal que la puerta

estaba solo encajada en el cierre, pero no cerrada. Aquello le sorprendió, pero no tenía en esos momentos tiempo para ocuparse de los detalles de seguridad del despacho de su anfitriona.

—¿Raquel, estás ahí?

Óscar siguió avanzando. De la habitación que albergaba el despacho de Raquel salía una luz cálida y pequeña, seguramente de su lámpara de mesa. Volvió a llamarla hasta que llegó a la puerta, de cristal inglés, que abrió lentamente.

Óscar contuvo la respiración, aterrizado.

—¡Oh, no! ¡Dios! ¡Joder!

Su primer impulso fue correr, escapar de toda esa pesadilla en la que se había convertido su vida en los últimos días, pero cuando ya estaba abandonando la oficina se detuvo, lo pensó mejor y decidió que necesitaba el dinero. ¡Quizá lo había dejado en algún cajón del despacho!

Soportando una aprehensión indescriptible, Óscar se obligó a ver el rostro desencajado de Raquel, roto como una muñeca, con la lengua grotescamente asomando entre su boca y la corbata, que casi le cortaba la garganta. Sus piernas estaban abiertas; la falda rota y subida hasta la cintura;

los pechos, desnudos, oprimidos en parte por el sujetador. Casi loco de pánico se dirigió a los cajones, los abrió y rebuscó inútilmente: ahí no había nada. Miró a su alrededor, buscando el bolso. Tampoco lo encontró.

—¡Joder, Raquel! ¿¡Dónde coño has puesto el dinero!?! —Óscar hablaba a la muerta presa de la desesperación. De pronto sintió un vértigo extraño y pensó que iba a desfallecer lleno de ira y de tristeza al mismo tiempo, cuando divisó una caja fuerte solo superficialmente simulada en una de las paredes en las que reposaba el lateral de un sofá. Como guardia de seguridad y ladrón de poca

monta, estaba acostumbrado a saber dónde estaban las cajas fuertes, pero encontrar una en ese momento era la peor noticia: no tenía las herramientas adecuadas para abrirla.

—¡Mierda! —Golpeó con furia la mesa y volvió a maldecir—. ¡Me cago en la puta!

Comprendió que tenía que irse cuanto antes. Si lo pillaban allí tendría muchos más problemas que añadir a los que ya le agobiaban. «¡Las huellas!», pensó. Con la manga, se apresuró a limpiar los tiradores que había tocado para sacar los cajones y se dispuso a marcharse, lejos de esa visión del

infierno.

Salió tan rápido que olvidó cerrar la puerta. Los pasos de Óscar resonaron unos segundos en las viejas escaleras. Luego, el ruido brusco del portal al cerrarse.

Capítulo 68. De entre los muertos

«Estoy citado
con una muerta,
y un día de estos me ha de llamar...»
La Cita, Amado Nervo

Martes, 22 de junio

Le sobresaltó el timbre del teléfono. Sanjuán miró el reloj: eran las seis y media de la madrugada. Era el teléfono de la habitación del hotel, no su propio móvil. Su mano palpó el auricular hasta

agarrarlo con la torpeza de la somnolencia.

—Diga. —La voz de Sanjuán sonó a sus propios oídos bastante pastosa. Dio una vuelta en la cama y se incorporó, apoyándose en el codo.

—¿Señor Sanjuán? Perdone que lo moleste. Soy el recepcionista. Acaban de traer un paquete para usted, nos dicen que es urgente que lo vea ahora mismo.

—¿Tiene que ser ahora mismo? Son las seis y media de la mañana...

—Sí, es importante. O por lo menos eso es lo que dice el chico que acaba de dejarlo. Tiene que verlo cuando antes...

—Está bien. Que lo suban, por

favor. Ahora mismo estoy listo...

Sanjuán se levantó, aún atontado, y bebió un sorbo de la botella de agua mineral que tenía en la mesilla. Fue al baño y se mojó el rostro con agua, para espabilarse. Estaba con el pijama puesto, pero no se cambió de ropa. En cuanto viese lo que quiera que fuese que le enviaban, se volvería a la cama a dormir un poco más.

No tardaron ni un minuto en llamar a la puerta. Fuera, un trajeado recepcionista moreno y reluciente aun a aquellas horas lo esperaba con un paquete delgado de tamaño mediano, envuelto en papel marrón de embalar.

Sanjuán abrió la puerta, dio las gracias al empleado y lo cogió, parpadeando al ver la intensa luz del pasillo.

—¿Qué diablos será esto? Yo no recuerdo haber pedido nada... — Sanjuán habló en alto con el fin de despertarse ya por completo. Buscó una dirección, o una tarjeta, pero el paquete, que no era demasiado pesado, no llevaba ningún tipo de remitente.

Sanjuán se sentó en el borde de la cama y comenzó a desembalarlo. Entonces sí le había picado la curiosidad. Rasgó el papel marrón de arriba abajo, de forma que el contenido del envoltorio quedó a la vista

inmediatamente.

Era un cuadro. Un esbozo, sin terminar. No era un óleo; parecía pintado con acuarelas de colores tenues pero bien definidos. En él se podía ver una gran galaxia en blanco y negro que ocupaba todo el papel. En el medio de la espiral infinita, el bosquejo de una mujer que miraba directamente al espectador, una mujer rubia, con un moño en forma de bucle doble que parecía rivalizar con las curvas de la espiral bicolor. La mujer llevaba un vestido antiguo de color azul con puntillas. De su cuello pendía un colgante de oro que terminaba en lo que

parecía un medallón conformado por dos iniciales: P y M, y en sus manos sostenía un ramo de flores que Sanjuán creyó reconocer al momento. Eran las flores del ramo de Lidia. Como también reconoció los ojos azules, casi transparentes, que lo miraban desde la lámina enmarcada. Sanjuán miró el conjunto de la pintura, estupefacto.

Era Raquel Conde. Raquel transmutada, por obra y gracia del Artista, en Carlota Valdés.

Sanjuán empezó a comprender. Una fría mano de hierro atenazó su corazón. «No. No puede ser. Raquel no...», imploró.

Cuando reaccionó, un instante después, se lanzó a por su teléfono móvil, que estaba encendido, sobre la mesilla de la habitación.

No tardó más de unos segundos en marcar el número de Valentina Negro.



Solezito Zaldivar estaba muy contenta de haber venido a España. Aunque el trabajo fuese tan incómodo como para tener que levantarse todos los días a las cinco de la madrugada, no le importaba. Le gustaba madrugar, aunque limpiar le gustase bastante menos, por supuesto. Tenía estudios de Psicología, pero le

había sido imposible buscar trabajo de lo suyo. Pero bueno, limpiar tenía sus cosas buenas: al terminar su turno, le quedaba tiempo para acudir a la academia de informática y también para pasear con su novio, Ricardo. Los dos habían planeado irse ya a vivir juntos a un piso de alquiler. Luego, cuando ganasen más dinero, podrían incluso tener un bebé...

Solezito pensaba en todas aquellas cosas para distraerse mientras subía en el ascensor, cargada con sus útiles, a limpiar las oficinas de Abogados SOTMEN Consulting, S.A. Por lo menos aquella oficina siempre estaba como los

chorros del oro, no como la otra, la de los notarios, la que solía limpiar a continuación...

Cuando vio la puerta abierta se extrañó. Miró la hora. Eran las siete menos cuarto. Aún era muy temprano: la recepcionista solía llegar sobre las ocho y media o nueve de la mañana. Nunca antes...

Llamó a la puerta. Nada.

—¿Hay alguien ahí?

«¿Se habrán dejado la puerta abierta?». Solezito entró con cautela, temiendo la presencia de algún ladrón. Sabía que en el despacho principal había una caja fuerte escondida y sintió

algo de miedo, una sensación lejana pero que se hacía presente por momentos. Miró despacho a despacho con precaución hasta llegar al último, el de la abogada principal, Raquel.

Cuando vio lo que allí había, soltó un grito ahogado, dejó caer los utensilios de limpieza y salió corriendo, absolutamente poseída por el terror.

Capítulo 69. *Frenesí*

Martes, 22 de junio

Keith Servant se pasó la mano por el pelo rojo mientras esperaba con paciencia a que la bolsita de té cumpliera los cinco minutos de rigor dentro de la taza. Luego se levantó a por un poco de leche que guardaban en la pequeña nevera, y dos terrones de azúcar. Revolvió con lentitud y sopló para enfriarlo. Se sentó en la mesa y saludó a una inspectora, Kelly, que llegaba tarde, con cara de prisa matinal. Luego cogió un donut y le dio un buen

mordisco.

Aún no había dado el primer sorbo al té cuando sonó su teléfono. Servant lo cogió, limpiándose las migas del donut que habían caído sobre su camisa de cuadros.

—Inspector Servant.

Servant escuchó y acto seguido cogió rápidamente un bolígrafo y una libreta y empezó a tomar nota. Asentía muy concentrado.

—¿Eskrima filipina? ¿Sayoc kali? ¿Muai thai? Nunca he oído hablar de eso... ¿Cinturón negro de kárate? Eso ya me suena más, por supuesto... ¿Está seguro, Héctor del Valle? Ya veo... uno

de sus mejores alumnos. Entiendo... No, iré yo mismo al gimnasio. ¿Tienen fotografías? ¿Sí? Vídeos también... Perfecto. No tardaré. En una media hora estoy ahí, muchas gracias por su ayuda.

Servant tomó nota mentalmente: en cuanto se cerciorase de que aquella información era cierta, tenía que llamar a la inspectora Negro. Si aquel asesino estaba en España, tenían que saber que era más peligroso todavía de lo que pensaban en un principio.

• • •

—Quiero verla, Valentina. —
Sanjuán la miró con los grandes ojos

que destelleaban un ansia febril, la vena de la frente palpitaba con fuerza—. Joder, Valentina. ¿No te das cuenta? Necesito ver la escena del crimen. ¡No hemos llegado hasta aquí para quedarme ahora fuera, en el portal!

Valentina se interponía entre él y el portal del bufete.

—Sanjuán, es horrible. Lo que vas a ver no va a gustarte. No quiero que...

Sanjuán la interrumpió, el tono de voz, siempre tan plácido de repente sonó mucho más agresivo.

—¿Te crees que me gustó ver a las otras, Valentina? Cuando fuiste a pedirme ayuda... ¿Qué pensabas? ¿Que

iba a desmayarme al ver una escena del crimen? ¿Estás de broma? Raquel ha muerto por mi culpa. Tendría que haber pensado que las mujeres de Mendiluce estaban en peligro, lo mismo que las de Garlinton Manor...

—Tú no tienes ninguna culpa, Javier, por favor... —Valentina comprendió que sus esfuerzos eran vanos. Sanjuán estaba desde el principio metido en la investigación y no podía ni debía evitar que subiera a la escena del crimen. Aunque el cadáver que estaba allí expuesto en una *performance* sádica y absurda fuese el de su exmujer.

—Quiero subir. Necesito subir. Esto

ya se ha convertido en algo personal, Valentina. La que está ahí arriba es Raquel Conde, y es necesario que vea su jodida nueva obra para saber más de ese asesino. Además, es a mí al que ha enviado el cuadro... ¿no te das cuenta? Tengo que subir.

Valentina asintió. Hiciera lo que hiciera, no iba a convencerlo. En el fondo tenía toda la razón. Quizá él podría ver algo que a los demás se les estaba escapando, lo que ya había ocurrido otras veces.

Sanjuán se puso el traje protector y subió hasta el primer piso, seguido de Valentina. En la puerta respiró hondo.

Dentro ya estaban los de la Científica sacando fotos y buscando todo tipo de pruebas; se notaba el bullir de los técnicos que entraban y salían del despacho. Sanjuán caminó hacia la escena del crimen como un sonámbulo. No. Ya no sentía nada por Raquel, desde hacía años. O eso creía. Pero seguía considerándola su amiga, a pesar de todo, y lo peor, era la sempiterna espina clavada. La principal razón de su cobardía habitual a la hora de enfrentarse al amor y a las relaciones, que evitaba como su gata huía del agua. No sabía si el gran palo que se había llevado con Raquel había constituido un

trauma insuperable o era la disculpa que su corazón ponía cuando prefería refugiarse en su trabajo, meterse en el caparazón protector antes que dar cualquier paso para ser medianamente feliz.

Todo eso pasaba por su mente a toda velocidad mientras se armaba de valor para enfrentarse al peor momento de su vida.

Cuando cruzó el umbral, los policías pararon un segundo al verlo entrar. Valentina hizo un gesto para que se apartaran un momento del cuerpo.

Sanjuán se apoyó en la puerta. Por un momento pensó que iba a

desvanecerse allí mismo. Sintió unas náuseas implacables. Pero en un segundo se recompuso con un esfuerzo sobrehumano. Obligó a su cerebro a adoptar un modo de supervivencia, pero casi no hizo falta. De inmediato su mente comenzó a comprender lo que estaba ocurriendo allí, más allá de la presencia de aquellos ojos muertos, abiertos, enormes, llenos de petequias de color bermellón. Unos ojos que hacía solo unos días lo miraban con deseo y que ya no verían nada más.

El *flash* de una cámara iluminó por un momento el rostro de cera.

Agarró el dintel de la puerta con

fuerza y entró, acercándose al cadáver. El mensaje del Artista estaba claro esa vez. El desvencijado cuerpo de Raquel, sentado en la enorme silla giratoria negra, llevaba un vestido verde botella, abierto a la altura del pecho. La abertura en forma de triángulo invertido dejaba ver el sujetador pasado de moda, los pechos expuestos, sobresaliendo por encima de una forma cruel. Lo peor era ver cómo la lengua salía fuera de la boca, apartada hacia un lado de la comisura, en un patético intento de remarcar la posible muerte por estrangulación. En el cuello, una corbata de cuadros tipo Burberry se hundía

brutalmente en la delicada piel bronceada y dejaba ver un pequeño crucifijo de oro entre la tela color crema.

Sanjuán venció su repulsión inicial y se acercó todavía más. Observó cómo el Artista había pintado los ojos de Raquel con sombra de ojos de color verde, a juego con el vestido. Observó la lengua, pegada a la piel para que se mantuviese en su sitio. Reconoció el leve olor a cloroformo y la irritación en los labios y en la nariz de la abogada. Se volvió hacia Valentina, que estaba mirándolo con atención.

El criminólogo titubeó unos

segundos. No encontraba la forma adecuada de expresar sus ideas entre la confusión mental que le producía ser testigo de aquella atrocidad. De pronto, decidió adoptar un aire de circunstancias, como si estuviera hablando tranquilamente en una clase, y preguntó:

—Valentina... Te gusta el cine, ¿no?

—Sí... por supuesto. Me encanta.

Me... ¿Qué quieres decir?

Pero aquello era demasiado, y Sanjuán sintió de nuevo que el mundo se abría a sus pies. La miró a los ojos con una intensidad casi vesánica. Luego volvió a mirar el cuerpo de Raquel.

—¿No te das cuenta? Está todo perfectamente claro, diáfano. ¿No lo ves? —casi gritó, impaciente.

—No, no lo veo —dijo Valentina, algo molesta—. ¿Qué quieres decir, Sanjuán? ¿Que el Artista ha recreado la escena de una película?

Sanjuán asintió. No podía apartar la vista de la corbata, del crucifijo. De la lengua fuera, sujeta con pegamento por el autor de aquel horror.

—¡Sí, joder! Es *Frenesí*. ¡La película es *Frenesí*, Valentina! De Alfred Hitchcock... ¿No te das cuenta?



Las cámaras que Mendiluce había mandado instalar en la entrada a los túneles mostraban la figura borrosa de un guardia civil de uniforme que deambulaba con una linterna en la mano. El empresario soltó uno de sus bufidos habituales, que para sus conocidos significaban impaciencia y frustración a partes iguales. Luego observó otra de las pantallas: fuera de la casa, un coche camuflado, muy probablemente de la policía, esperaba entre unos árboles.

Menuda banda de incapaces.

Mendiluce encendió un Montecristo y se dirigió hacia su despacho. Había estado meditando cómo responder a

aquel mensaje de correo electrónico. Responder, sí, porque sabía bien que ante semejante delirio no debía permanecer en silencio. Sería mucho peor. Lo estaba amenazando, y el autor de la amenaza era un hombre extremadamente peligroso. Prefería mil veces jugar en su terreno que esperar a que actuase.

Se sentó delante del ordenador y empezó a pensar en la forma adecuada de comunicarse con él. El teléfono del despacho sonó, pero no le hizo caso. Quiquiera que fuese, que llamase más tarde...

Maite González, ingeniera química y miembro de la Policía Científica desde hacía ya cinco años, se agachó con infinito cuidado y miró el sujetador blanco con suma atención. Cogió una pinza de su maletín y un sobre de pruebas. Para sus ojos entrenados y sagaces, aquel cabello negro casi invisible era del tamaño de un enorme pastel de boda. Una prueba. Una jodida prueba. Cogió el pelo con la pinza y lo levantó hacia sus ojos. Tenía raíz. El bulbo piloso era una bonita fuente de ADN. Lo introdujo en el sobre con

habilidad y sonrió.

—Tenemos un cabello. Corto y negro. No parece pertenecer al cuerpo... la chica es rubia natural... y el pelo es negro como la noche. Lo mejor de todo es que está completo, así que la extracción del ADN resultará mucho más fácil.

Valentina asintió. Ya sabían quién era el Artista, pero un cabello les iría de perlas para establecer la comparación de ADN en el caso de que consiguieran detenerlo. Los de la científica de Londres tenían varias muestras recogidas en el apartamento de Del Valle. Solo era cuestión de cotejarlas...

De pronto, sonó su móvil. Valentina salió de la habitación a toda prisa, quitándose la máscara y apartando el gorro, para contestar sin contaminar el escenario. Era un número británico. Seguro que Evans, o Servant...

—¿Un pelo? —Sanjuán miró hacia la pinza y arqueó la ceja, extrañado. No era muy propio del Artista. No había dejado nada en ninguna de las escenas anteriores. Nunca había cometido ese tipo de error, era extremadamente escrupuloso... Se concentró en la escena y miró con atención. Pero sí, era un pelo. La técnico lo agitó delante de sus gafas, y no cabía ninguna duda. No era

de Raquel. ¿Podría ser una transferencia? Era algo que no podía descartarse, porque en aquel despacho entraba bastante gente, y quién sabía si ese pelo pertenecía a alguna otra persona que no tuvieran controlada.

Xose García entró en la habitación, dispuesto a hacer el primer análisis del cuerpo. Se aproximó y echó una ojeada al cuello y a la cara congestionada del cadáver. El forense chasqueó la lengua y olisqueó la boca y la nariz. Miró los ojos, uno a uno, abriéndolos por completo con su mano enguantada en látex. Luego sacó un termómetro, dispuesto a tomarle la temperatura rectal

al cuerpo.

—Huele a cloroformo que apesta. El muy cabrón debió de atontarla a base de bien... —García levantó el vestido delicadamente. Antes de introducir el termómetro, vio los muslos atravesados por pequeñas líneas rojas. Se fijó en los genitales, los analizó durante unos segundos y sacudió la cabeza.

—La han violado. Y torturado salvajemente. A primera vista la muerte parece por estrangulación, con la propia corbata. Qué horror. Pobre mujer... Por cierto. Ahora que lo pienso... ¿No había una película de Hitchcock donde un psicópata mataba a las mujeres

estrangulándolas con una corbata?

Sanjuán, que seguía el examen del forense como si estuviera mitad en el mundo mitad fuera de él, hizo un gesto de afirmación.

—Sí. *Frenesí*. El asesino ha recreado una escena de esa película... El asesinato de la dueña de una agencia matrimonial, y lo ha hecho muy fielmente, además. —De repente, se calló. Había vuelto a sentir una sacudida de culpabilidad que le estremeció de arriba abajo. Tenía que haberse dado cuenta. Tenía que...

Valentina se asomó a la puerta y llamó a Sanjuán. «Ya es hora de sacarlo

de ahí —pensó— o puede hundirse sin remedio». Él obedeció mansamente. Parecía encontrarse en estado de trance.

—Acabo de hablar con Servant. Iba de camino a un gimnasio de artes marciales en donde parece ser que entrenaba Del Valle. El dueño del gimnasio lo ha reconocido en el retrato robot. Acaba de llegar de vacaciones de Japón, o algo parecido, así que no pudo ponerse antes en contacto con la policía. En suma, que el dueño del gimnasio tiene fotos de Del Valle y vídeos de nuestro amigo, incluso compitiendo...

—¿Artes marciales, dices? — preguntó Sanjuán, sin mostrar gran

interés—. Hay mucha gente que practica artes marciales, ¿no?

—Pero no artes marciales «al uso», Javier. Parece ser que Del Valle es una especie de máquina de matar. Es especialista en eskrima filipina, o «kali» como la llaman ellos. Y también en algo llamado Muai thai, Silat y encima es cinturón negro de kárate. Tengo que preguntarle a Bodelón qué coño significa todo eso.

Sanjuán pareció al fin conectar de nuevo con el mundo, y dijo lo que le parecía que era una conclusión ineludible, notando de nuevo cómo se estremecía.

—Lo que significa exactamente es que David del Valle ha estado preparando su venganza durante muchos años. Y ahora ha llegado su gran momento. —Sanjuán recordó de repente lo sucedido durante la madrugada—. Valentina, escúchame. —La agarró por el brazo hasta hacerle daño—. ¡El cuadro! Cuando lo veas te darás cuenta de lo que quiero decir. Espera... le saqué una foto con el móvil. Fíjate. ¡Tienes que reconocer el cuadro!

Sanjuán buscó, casi temblando, en el Nokia, hasta encontrar las fotografías. Luego se lo pasó a Valentina. En un principio la inspectora de policía no fue

capaz de reconocerlo. Pero a los pocos segundos, se hizo la luz en su cerebro.

—¡Joder! ¡Qué lenta estoy, es *Vértigo*! ¡Una de mis películas favoritas! ¡Kim Novak se sentaba delante de ese cuadro al principio de la película, en un museo! Otra vez Hitchcock... Nuestro amigo conoce y admira su obra, no hay duda.

—Sí. Otro Hitchcock, en efecto. — Sanjuán asintió, resignado e impotente —. Carlotta Valdés, Valentina. La mujer muerta que parecía haber poseído el alma de Madeleine-Kim Novak... Tenéis que ir a coger el cuadro, está en mi habitación.

Cuando vieron llegar a los de huellas, Valentina tomó a Sanjuán del brazo y lo sacó de allí. Ya habían visto bastante. Antes de salir del bufete, habló con el inspector de la científica para que fueran al hotel a coger el cuadro y llevarlo a Lonzas cuanto antes.

Cuando bajaron, Valentina se fijó en que Lúa Castro estaba detrás de la línea de protección formada por el plástico amarillo, con otros periodistas. Notó los *flashes* y las cámaras clavados en ella y en Sanjuán. Aquello se les estaba escapando de las manos: había que detener al Artista antes de que matase a nadie más o empezarían a rodar cabezas.

Mendiluce le pegó un puñetazo a la pared. El dolor de su mano no fue capaz de tapar el que le había producido la noticia del asesinato de Raquel Conde. Los del bufete llevaban intentando contactar con él toda la mañana. La limpiadora fue la que descubrió el cuerpo en su despacho, aunque la policía ya estaba intentando localizarla en su casa desde primera hora de la mañana.

El mecenas intentaba mantener la calma a duras penas. Estaba recibiendo demasiados golpes en muy poco tiempo

como para encajarlos con una sonrisa complaciente. Estaba furioso. En un principio, lo de Delgado le había afectado de una forma mucho menos intensa. El cabronazo se había metido hasta el cuello en un marrón y quería huir a la francesa, sin despedirse, así que... uno menos. Pero lo de Raquel... Eso era una putada máxima. En aquel caso, la pérdida personal era tremenda, pues la apreciaba en lo que valía, pero la pérdida laboral era todavía mayor. Raquel estaba al tanto de todos sus chanchullos, de sus negocios legales y no tan legales. Se conocía al dedillo todos los entresijos de su imperio.

Raquel era su baluarte, su defensora a ultranza. Una abogada de primera clase, sin escrúpulos, totalmente entregada a la causa. Además, le complacía verla, siempre exhuberante y sugestiva, y a él le agradaba cortejarla precisamente porque invariablemente se resistía a sus avances con la mejor de sus sonrisas. Mendiluce cerró los ojos mientras imaginaba el cálido cuerpo de su abogada, y le consumió la ira.

«Ha sido ese cabrón, ese hijo de la gran puta. Primero Lidia. Luego Sebastián Delgado. Y ahora Raquel. Elimina sin piedad a la gente que me rodea. Está claro que me arroja esas

muerdes a la cara para decirme que yo seré el siguiente objetivo de su lista. Pero eso lo veremos, David. Lo veremos».

Mendiluce cogió el móvil con la tarjeta prepago que había conseguido en un locutorio de Madrid sin mayor problema, el que utilizaba para sus chanchullos habituales, y llamó a un gran amigo suyo. Necesitaba dos gorilas entrenados y capaces. No quería correr ningún riesgo cuando mandara a su hijo bastardo al infierno, de donde nunca debió salir.

• • •

Velasco protestó con un gesto de la mano y se quitó los cascos.

—Joder. Mendiluce solo habla por teléfono para hacer pedidos de delicatessen a Fauchon y de botellas de vino al Corte Inglés. Me extraña que este cabrón no esté haciendo o recibiendo ninguna llamada interesante, además de las que ha recibido preguntando por lo de Raquel Conde. Su móvil parece el de una hermanita de la caridad...

—Paciencia, colega. Paciencia. — Bodelón se levantó a estirar las piernas. Él también estaba un poco cansado del trabajo de oficina y especialmente del

teléfono fijo de Mendiluce, que no paraba de recibir llamadas sobre la muerte de la abogada. Estaba empezando a dolerle la cabeza—. Voy a bajar a la cafetería a por unos cafés. ¿Te apetece uno?

Velasco asintió.

—Coge café también para la inspectora y para Sanjuán, que vienen por ahí... Va a hacerles falta. Menuda pinta traen, fijate. No me extraña. — Bajó la voz hasta el susurro—. Creo que la tal Raquel Conde fue pareja de Sanjuán hace algunos años.

Bodelón frunció el ceño, extrañado.

—También es casualidad que justo

cuando está él en Coruña, colaborando con nosotros...

Velasco miró a su compañero con intención.

—Después de lo que has visto... ¿tú crees que el Artista hace las cosas de forma gratuita? Yo te digo que lo hizo a propósito para enviarle el mensaje de «no vas a poder conmigo», el muy cabrón. Por cierto, suelta la gallina y dame el euro para el café, no seas cutre...

• • •

Lúa escribía furiosamente en el ordenador. El asesino de Lidia se

costraba una nueva víctima en la persona de Raquel Conde, famosa abogada coruñesa. ¡Y ella había sido la última periodista que la había entrevistado! Por supuesto, saldría la entrevista póstuma a la pobre víctima... Por una parte sintió pena por ella: parecía la típica abogada prepotente y creída, pero al fin y al cabo, no merecía una muerte así por muy insoportable que fuese. Y por otra, un alivio infinito al darse cuenta de que el Artista no iba a ir a por ella. El mensaje que recibió del asesino aparentemente solo la animaba para que siguiese informando al público de sus actos horribles y no la señalaba como su

objetivo... ¡Ufff!, menos mal... suspiró mientras escribía.

Lo mejor de todo era que se habían enterado de que la tal Raquel había sido pareja del criminólogo que estaba ayudando a la policía con el caso de Lidia. ¿Qué pensaría Sanjuán de todo aquello? Su propia exmujer, asesinada delante de sus narices...

Se estiró en la silla y jugueteó con el bolígrafo. Haberse enterado de ese detalle tan succulento iba a ser una jugada maestra para el reportaje del día siguiente. Lo único que necesitaba era saber qué había hecho esa vez el Artista con el cuerpo. Lúa pensaba muy rápido:

a lo mejor había imitado cualquier otro cuadro famoso... ¿Se lo preguntaría a Valentina Negro? Mejor no. Había logrado su respeto con mucho trabajo como para perderlo de repente, comportándose de nuevo como una trepa sin cerebro. Tendría que pensar otra cosa para enterarse. Su contacto en la Nacional podría servirle...



Sanjuán, ya en la comisaría, buscó en el ordenador el retrato de Carlotta Valdés y se lo enseñó a Valentina, que tenía delante el original del Artista. Su café se había enfriado al lado del ratón.

—Los dos son casi iguales, dentro de lo que cabe, pero hay sutiles diferencias: fíjate en el colgante de Raquel. Hay dos iniciales, la P y la M. Pedro Mendiluce, la razón de su castigo y su muerte.

Valentina miraba el retrato, enmarcado solamente con un paspartú de color crema. El estilo era el propio del Artista, con aquellas elipses vertiginosas que simbolizaban la película de Hitchcock. Pero el retrato era más elegante, más fino, menos expresionista que los que había realizado en Londres.

Valentina hizo una mueca de

desagrado ante el retrato.

—La mirada de Raquel es igual que la de Carlotta Valdés. Me da hasta grima mirarlo... Los otros cuadros eran perversos, pero este... lo es mucho más... no sé, quizá porque esa expresión serena se contrapone a la terrible imagen del asesinato, tan grotesca...

Sanjuán cogió aire y espiró con fuerza, mientras asentía imperceptiblemente ante la reflexión de Valentina, todavía con su mente en un pozo oscuro. Tenía que meterse de lleno en todo aquello, bloquear las fangosas sensaciones que amenazaban con apoderarse de su mente y hundirlo en la

ciénaga. Su intuición lo llamaba desde el interior del pecho y lo culpaba directamente de lo ocurrido, con martillazos incesantes que no parecían tener el más mínimo interés en parar de sonar. Algo le decía que Raquel había muerto por su culpa, por su presencia en el caso. Era una broma macabra del Artista... Sin embargo, el collar decía abiertamente que la ejecución de la abogada era consecuencia de su perversión y su lujuria, y sobre todo, de su unión con el causante de su desgracia: Pedro Mendiluce. Él no tenía nada que ver. Además... ¿Cómo iba a saber David García del Valle que Raquel y

él...? No. Era imposible.

Valentina observaba la lucha interior de Sanjuán sin poder hacer nada para evitarla. Lo único que se le ocurría era que había llegado la hora de cazar a aquel degenerado para impedir que siguiera matando de una forma tan cruel. Iturriaga ya la había llamado, inflamado en cólera. ¡No se podía consentir que un asesino en serie perfectamente identificado por la policía anduviese a sus anchas por toda la zona sin que nadie lo viera o sin que sus agentes pudieran detenerlo! Quería a todo Dios peinando la zona: Mera, los putos subterráneos, los pueblos cercanos, los

chalets, los apartamentos de verano, el monte, todo. Ya había recibido llamadas que amenazaban con sacarlos a todos del caso y llamar a los de la UDEV de Madrid, que según él, iban a hacerlo muchísimo mejor que ellos. ¡Y una mierda! Justo en ese momento. Cuando habían llegado tan lejos, que ya casi lo tenían, nadie iba a detenerlos. Consiguió convencer a su jefe, pero seguro que no iba a tener mucho tiempo. Al siguiente fallo, iban a darles una buena patada en el culo. A todos. Y Valentina albergó el sutil sentimiento de que aquel hombre estaba jugando con ellos desde el primer día y les llevaba la partida bien ganada.

Salía siempre con varios cuerpos de ventaja, como un purasangre ante unos viejos percherones.

Valentina comprendió que Sanjuán tenía razón. Todo el odio del asesino se dirigía hacia Pedro Mendiluce. El colgante del cuadro, el retrato de Marat... El empresario iba a ser su objetivo principal, e iba a serlo de forma inminente. Aquel hombre no podía parar de ejecutar su venganza. Le había preguntado a Bodelón qué tipo de artes marciales eran las que practicaba David del Valle en el gimnasio de Londres, y este le habría explicado que todas estaban dirigidas a poder deshacerse de

cualquier adversario de una forma rápida y expeditiva. Eskrima filipina, Sayoc Kali, Silat, técnicas ninja... lucha con cuchillos, defensa personal extrema. Un entrenamiento destinado a convertirse en un asesino letal. Nada que ver con un pintor lánguido y sensible...

Valentina suspiró. La mente enferma y obsesiva del Artista solo albergaba ya un pensamiento: ver a Pedro Mendiluce muerto a sus pies. Confiaba, sin estar muy convencida, en que esa obsesión enfermiza lo llevara a cometer un error. Intuyó que las horas siguientes iban a ser muy importantes. El asesino estaba ahí

fuera, ideando ya su próximo ataque. Tomó en sus manos las fotos de la escena del crimen de Raquel Conde y volvió a preguntarse cuándo iba a terminar esa pesadilla.

Capítulo 70. Regreso al hogar

«Esta noche los fantasmas del pasado a mi balcón tres veces han llamado».

La visita lúgubre.

Enrique González Martínez

Martes 22 de junio

Mendiluce mira por la ventana de la enorme biblioteca, una visión fugaz. Una gran ola acaba de romper en las rocas que conforman el acantilado

que había justo a los pies de su mansión. Ve a lo lejos a dos chicos, con un traje de neopreno desprendido por la cintura, que corren empapados en el paseo marítimo, huyendo del agua, bajo la lluvia, que arrecia en ese instante con fuerza.

Juguetea un momento con el bastón de puño de marfil. Siempre le fascinó aquel bastón, desde que era un niño y su madre se lo había dejado para que jugase, siempre con el aviso de que tuviese mucho cuidado.

Luego, lo deja apoyado en la escalera de caracol que lleva a las estanterías más altas. La biblioteca está llena de volúmenes de los siglos XIX y XX, primeras ediciones de Larra, de Dickens, de Dumas. Su padre era un gran coleccionista de libros raros, de novela gótica y decimonónica. Mendiluce recuerda cómo su hijo David solía corretear por la biblioteca y devoraba los libros de su abuelo en secreto, el hijo repudiado que ha vuelto de la nada para cobrar

venganza. Un perturbado, no hay duda. Un nido de traumas infantiles, un hijo de la gran puta de su madre, Sara. Un Edmundo Dantés transformado en psicópata que mata a sus mujeres y, como obsesión final, que busca su cabeza.

Mendiluce se aguanta las ganas de encender uno de sus puros. Recuerda, de repente las palabras de su padre: «En la biblioteca no se fuma, es sagrado». Se sienta en la antigua mesa de caoba, recién restaurada. La pantalla

ultramoderna del ordenador es el único contraste con el ambiente retro que gobierna la estancia, desde las baldosas ajedrezadas hasta las estanterías y vitrinas de fastuosa madera noble.

Relee el correo de su hijo. «Ahora, además de pintor, también es poeta» —reflexiona con sarcasmo—. Hay que joderse».

¿Cuándo descansa de verdad el espíritu? En el perverso nunca, ya que su

alma es maldita para siempre. En el justo, cuando aplaca la sed de su bendita venganza.

Hijo de puta, desagradecido. Si supiera que he comprado sus cuadros para que no se muriese de hambre...

Mendiluce empieza a teclear. Ha llegado la hora de la verdad.

Querido David, hijo mío.
Sé por qué estás aquí. Sé que estás furioso y que me culpas de todos tus

males, en particular imagino que te atormentan cosas que viste u oíste aquí, en casa, cuando eras pequeño. Es verdad que no fui un hombre justo con tu madre, no siempre la traté bien, pero sabrás que conmigo nunca os faltó nada, y al final todo se hizo muy difícil para ti y tu madre, en buena parte por mi falta de cordura, es cierto, pero si tomó la determinación de marcharse fue por

decisión suya... Ciertamente es que también cometí un grave error en confiar el cuidado de tu madre a Sebastián Delgado; le di órdenes estrictas de que la protegiera en todo momento, y luego supe que no había sido así... Créeme que luego le di su merecido a ese bellaco. En fin, David, quiero decirte que el tiempo me ha hecho más sabio y estoy muy arrepentido de los errores que cometí

con tu madre y contigo en especial. En aquella época yo no me sentía un padre, compréndelo, era joven y quería ansiosamente experimentar todo. Pero ahora soy otra persona, mucho menos arrogante y más crítico de mí mismo, y soy capaz de humillarme ante ti si es necesario para pedirte perdón. Necesitamos vernos, después de tantos años, para cerrar estas viejas

heridas. Estoy seguro de que puedo hacer mucho para ayudarte en tu carrera profesional. Sé que pintas y puedo decirte que estoy orgulloso de ti. ¡Incluso tengo varios cuadros tuyos! Acude hoy a las siete de la tarde aquí, a la casa en donde creciste, y te esperaré con los brazos abiertos para compensarte de todos los malos recuerdos. Tienes que venir hoy si quieres

verme, porque mañana he de ausentarme.

Tu padre.

Enviar.

Mendiluce se acuerda de Raquel y un estremecimiento lo recorre de arriba abajo. Ha consultado los periódicos en la red. Toda la ciudad está aterrorizada, conmocionada con el terrible asesinato de otra joven a manos del Artista. Su hijo.

En el fondo, Mendiluce se sabe el causante de tanto daño. Él

engendró a ese demonio. Por su culpa, su hijo ha matado a dos mujeres inocentes, a las que él apreciaba, amaba. Los ojos de águila de Mendiluce destilan odio y culpa al mismo tiempo. Su hijo es un asesino despreciable de mujeres, un hombre desquiciado y atormentado que, no contento con eso, ha asesinado por la espalda a su lugarteniente, a su hombre de confianza... Pero él va a terminar con esa pesadilla. Si pudo engendrarlo, él mismo podrá enviarlo a la tumba.

Mendiluce se acerca al timbre interior y llama a Amaro.

—Amaro, dile al cocinero nuevo, a Eduardo, que deje lo que tenga entre manos y que suba un momento. Lo necesito ahora mismo.

• • •

David García del Valle leyó con ansia el correo de Mendiluce. Sus facciones se transformaron en una mueca feroz durante una milésima de segundo. Acto seguido, se levantó de la silla y se relajó paseando por la pequeña habitación de la parte alta de la cabaña. Luego volvió

a sentarse, tecleó otro mensaje y lo envió.

Había llegado el momento.

• • •

Lúa cogió su móvil con tanta ansia que casi se le cayó al suelo al ver el número de Arturo Cardador, su contacto en la policía.

—Al fin, hombre. Eres imposible de localizar, Arturito.

—Te recuerdo que trabajo de noche y suelo dormir hasta tarde, cuando me dejan los de las obras, claro... Ya he visto tus llamadas perdidas, chica impaciente. Y ya sé por qué me llamas.

Quieres datos del último asesinato del Artista. ¿A que sí?

—Me has leído la mente. ¡Pues claro que quiero datos! Hay que actualizar la web ahora mismo, antes de que se entere todo el mundo y salga en todas las noticias. Date cuenta de que este crimen es *trending topic* en todo el país.

—¿*Trending* qué?

—Déjalo. —Lúa hizo una mueca y levantó sus ojos incandescentes hacia el cielo, en señal de resignación—. Pero... ¡vamos, suéltalo! ¿Qué sabes? No me cuentes que la fallecida es abogada de Mendiluce, que eso ya lo sé. Y también sé que fue pareja del criminólogo Javier

Sanjuán.

—¡Coño, si casi lo sabes todo, qué cabrita!

—Lo que no sé es lo más importante. Le llaman el Artista porque realizó una *performance* con el cuerpo de Lidia.

—Y con las otras también. —Arturo se dio cuenta de que el silencio de Lúa significaba que no tenía ni idea de que el Artista había actuado en Inglaterra—. ¡Coño, Lúa! No me jodas. ¿No sabías que el asesino mató a dos mujeres en Londres?

De repente, se hizo la luz en el cerebro de Lúa Castro. Jaime. Por eso habían ido la Negro y Sanjuán a

Londres, por eso sabían que Jaime había muerto. Porque el Artista fue el asesino, seguro... Con todo lo de Ártabra y el disgusto no había pensado en averiguar qué había pasado en realidad. Ni siquiera había entrado en los periódicos ingleses... ¡Joder, había que ser bien torpe para no haberse dado cuenta antes! ¡Eran los links que tenía Anido en su ordenador!

Cardador la sacó de sus pensamientos.

—Lúa, me llaman del cuartel, tengo que dejarte.

—Joder, ¡dime antes cuál es la performance del Artista! —le pidió,

ansiosa.

Arturo bajó la voz y adoptó un tono misterioso.

—Me han soplado que esta vez copió una película de Hitchcock, *Frenesí*, creo que se llama... No puedo ayudarte más.

Cuando Lúa vio en YouTube escenas de la película, se dio cuenta al momento de cuál era la que había elegido el Artista para su obra de arte y no pudo evitar sentir cómo el horror la invadía entera.

• • •

Todos miraban el plano de los

subterráneos, inclinados sobre la mesa. El capitán de la Guardia Civil que habían puesto al mando del operativo, Abel Villa, los había conseguido milagrosamente en el Archivo Municipal del Ayuntamiento de Oleiros. Valentina recorría con el dedo el camino que había seguido desde el faro el día de la muerte de Delgado. Cuando llegó a la estancia en donde se dividían los túneles, señaló el único que no habían explorado.

—El del medio está tapiado. —
Valentina revivió durante un segundo el momento de pánico que había sufrido cuando vio la pared de ladrillo

bloqueándole el paso—. El de la derecha es el que da a las mazmorras de Mendiluce, donde Delgado intentó matar a mi hermano... y tiene un añadido más moderno que desemboca directamente en los acantilados. Por allí escapó Lúa Castro el día de la fiesta. Ahora lo que nos falta es saber si el de la izquierda llega hasta algún sitio donde pueda esconderse Del Valle... Si él es su hijo, habrá recorrido en sus años de niño toda esa zona, conocerá cada esquina como la palma de su mano... No podemos dejar que nos gane sabiendo algo que nosotros no sepamos.

Abel asintió y observó con atención

con sus pequeños ojos oscuros como canicas el recorrido del tercer túnel. En el viejo plano aquel túnel era mucho más largo que los otros. Salía del perímetro de los acantilados para perderse hasta más allá del pueblo de Mera.

Valentina indicó el final del túnel, que estaba señalado con una pequeña cruz roja.

—Es curioso. Llega casi hasta Canide.

—Lo que está marcado con la cruz es el pueblo de Maianca. Concretamente San Cosme. La iglesia románica. Seguro que ese túnel era por donde escapaban

los curas a hacer sus fechorías. —Abel sonrió con picardía y le guiñó un ojo a Valentina, que no estaba muy por la labor de hacer bromas.

De pronto, la radio interrumpió la conversación. Era Isabel, que estaba vigilando la salida de la mansión de Pedro Mendiluce.

—Alfa uno. Aquí alfa dos. Tenemos novedades, inspectora.

—Adelante, alfa dos.

—La primera es que acaba de llegar un furgón negro a la mansión hace unos minutos. Y la segunda, es que parece que Mendiluce está saliendo de la casa en su Mercedes rojo, el de las alas de gaviota.

Menudo coche, tendría que verlo.

—Me hago cargo. ¿Estás segura?

—Está pasando por delante de nosotros. Lleva un gorro de capitán de barco, creo... Lo he visto entrar en el coche desde lejos. Los cristales son tintados, inspectora, así que ahora no lo distingo demasiado bien.

Valentina pensó durante unos instantes.

—Bien. Dile a López que lo siga de forma discreta y que nos informe de por dónde va. Tú quédate ahí por ahora, ¿de acuerdo? Yo me reuniré contigo en un rato.

—De acuerdo, inspectora.

Valentina llamó a Bodelón y a Velasco. Los quería atentos y dispuestos para seguir a Pedro Mendiluce a dondequiera que fuese su destino. Detrás de él podía aparecer en cualquier momento Del Valle dispuesto a tomar cumplida venganza.



Mendiluce miró por la ventana de su despacho cómo se alejaba el Mercedes rojo. A los pocos segundos, el Fiat camuflado de la policía emprendió la marcha detrás de él.

—Han picado, Amaro. Míralos. Lo de ponerle a Eduardo la gorra de capitán

de yate ha colado, como ya suponía. Qué memos que son —sonrió, satisfecho—. Perfecto. Ahora, haz pasar a nuestros dos invitados, por favor.

Mendiluce se sintió íntimamente poderoso cuando entraron en el despacho los dos matones que había contratado. Sonrió de oreja a oreja al ver a Liu Contreras, la menuda peruana medio china especialista en artes marciales, una gran amiga que ya le había hecho varios recados anteriormente, y a Nikolay, una enorme masa de músculos atiborrada de esteroides que trabajaba en un céntrico gimnasio coruñés y que se había curtido

en la mafia rusa antes de recalar en tierras gallegas. No quería correr ningún riesgo.

—Muy bien, gracias por venir tan pronto, sé que tenéis muchos compromisos, pero sabéis que cuando os llamo es porque que no confío en nadie más. He visto últimamente demasiados inútiles que se creen tipos duros y luego no valen una mierda. — Mendiluce estaba recordando con amargura a los capullos del secuestro de Lúa y al que fuera su secretario, Sebastián Delgado. ¡Qué decepción había sentido con él! Tantos años enseñándole para que acabara como un

pringado y asesinado por la espalda.

—Ya sabéis de qué va esto, ¿no? Preferiblemente quiero que lo atrapéis vivo, pero si hace falta acabar con él por alguna razón, no quiero ninguna duda. Ha matado ya a mucha gente, así que es muy peligroso, os aviso. Tiene muchos recursos. —Mendiluce quería asegurarse de que esa pareja letal entendiera que el asunto no iba a ser ninguna excursión de domingo.

Liu Contreras sonrió con dulzura y habló, como siempre, con las mínimas palabras posibles. Eso le gustaba a Mendiluce: esa mujer era fuego en la cama y una áspide sigilosa cuando

asesinaba. Al mecenas le sorprendía esa duplicidad, y cuando se la follaba ese lado oscuro lo volvía loco, como bien se reflejaba en el pago que le daba.

—No se preocupe, señor Mendiluce. Somos profesionales y lo sabe bien. No va a tener ningún problema. Jamás le hemos fallado.

Mendiluce asintió, complacido.

—Muy probablemente entrará por los túneles. Si no me equivoco, usará la entrada de la vieja cocina que está en este piso, por el ascensor del servicio. Solía utilizarla cuando era pequeño, aunque pensaba que yo no me daba cuenta. Esperadle allí. Amaro os llevará

al sitio. Yo aguardaré en la biblioteca.



López conducía el Fiat Stilo dejando que un par de coches lo separasen del lujoso Mercedes, que llamaba la atención de los pocos paseantes que caminaban bajo la lluvia que había vuelto a arreciar. El vehículo ya había entrado en La Coruña y se dirigía a poca velocidad por la avenida del Pasaje directamente hacia el centro de la ciudad.

—Estamos llegando al mirador de los Castros, inspectora. Creo que se dirige hacia el centro...

—Velasco y Bodelón van para allá también. No lo pierdas de vista... —
Valentina a su vez estaba conduciendo rumbo al puesto de observación cercano a la casa de Mendiluce—. Yo estaré en media hora con Isabel, más o menos. Dios, cómo llueve. No veo ni por dónde voy.

Valentina giró el mando del limpiaparabrisas para darle más velocidad a la varillas. Luego pitó con impaciencia a un coche que iba delante y lo adelantó en la línea continua.

«Lo único que me faltaba es que me pillara la Guardia Civil...».

Del Valle se paró y lanzó una mirada a su alrededor, parpadeando bajo la fuerte lluvia. No había nadie en las inmediaciones de la iglesia de San Cosme de Maianca, que permanecía perfectamente cerrada, silente en el medio del bosque de eucaliptos. Con sigilo, rodeó el pórtico de la iglesia de piedra para confirmar su soledad. No había nadie tampoco visitando las tumbas de sus familiares en el cementerio que rodeaba el templo románico casi por completo.

Luego se dirigió, caminando sobre la

hierba empapada, hacia uno de los antiguos panteones modernistas que había en una esquina del camposanto. Miró hacia arriba, hacia el friso que contenía grabado en piedra blanca el nombre de los ocupantes de las tumbas, aunque sabía con certeza que no estaba equivocado.

En letras góticas se podía leer con claridad: «Familia Mendiluce».

Del Valle sacó una palanca de metal de su bolsa negra y la aplicó a la vieja y desconchada puerta de madera, medio podrida por la humedad de años y años. Se abrió sin mayor inconveniente, obedeciendo a la fuerza de los brazos,

con un quejido herrumbroso y prolongado.

Volvió a cerciorarse de que nadie lo veía y se metió en el panteón. Hacía mucho tiempo que nadie entraba allí. No necesitó la linterna, un tragaluz con una vidriera dejaba pasar la claridad a duras penas. Sobre el altar polvoriento había un jarrón descolorido lleno de flores de plástico envueltas en telarañas y un crucifijo de metal mohoso y abandonado. Las tumbas de mármol estaban sucias, hasta tal punto que no se podían leer los nombres de los ocupantes.

Al fondo del panteón, había un hueco

con una escalera de cobre, ya recubierta de una pátina de cardenillo. Bajó con cuidado al piso inferior del panteón, en donde había cuatro tumbas abiertas y abandonadas esperando a sus nuevos huéspedes con paciencia de siglos. Del Valle sacó la linterna e iluminó los ojos rojos de un ratón, que desapareció en unos pocos segundos. Se encaminó directamente hacia una losa blanca que había en el fondo, con una argolla de metal en su superficie. Ambas destacaban por ser mucho más modernas que el propio panteón. Tiró de la argolla. La losa se abrió con facilidad a un oscuro túnel de donde surgió frío y

humedad.

Segundos después, David había desaparecido. La losa de mármol volvió a quedar perfectamente encajada en su sitio.

El viento golpeó con fuerza la puerta del antiguo panteón y dejó entrar una ráfaga de lluvia que mojó uno de los ramos amarillentos y secos de las flores que habían servido de homenaje a los difuntos padres de Mendiluce años atrás.

• • •

—Mendiluce ha subido al yate, inspectora. Sí, está en la dársena.

Llevaba dos enormes maletas de Louis Vuitton, como si fuera a salir de viaje. —Velasco no podía por menos de admirar todo el despliegue de lujos que poseía el empresario—. Ha subido corriendo, con su gorra de marinero puesta, y tampoco me extraña. Lluve a cántaros.

—¿Va a salir con el barco? Pero si hace un día horrible... —Larrosa acababa de incorporarse al operativo y seguía con atención desde Lonzas las evoluciones de Mendiluce mientras lanzaba un ojo a las posibles llamadas que recibía o hacía el empresario—. No, no es posible. Acabo de pasar por

Riazor y había un temporal de mil demonios. Nadie en su sano juicio sale a navegar hoy, con la mar tan jodida que hay. La flota pesquera está amarrada en el puerto...

—Ya estoy llegando a Mera, y en efecto, es una pasada, las olas trepan por el acantilado y llegan casi hasta la puerta de la casa de Mendiluce... — apostilló Valentina—. Carlos, busca el pronóstico para dentro de unas horas. A lo mejor la cosa cambia... aunque lo dudo.

Larrosa buscó en internet la previsión del tiempo en la mar en la web de Meteogalicia.

—Alerta amarilla hasta mañana, como mínimo. Qué extraño, ¿no? ¿Habrá ido a llevar alguna cosa al yate...?

—A lo mejor lo que pretende es huir de la ciudad, pero con este temporal, tiene que saber que no va a llegar muy lejos, ¿no? —Valentina frunció el ceño. Estaba empezando a impacientarse.



Del Valle se deslizaba con rapidez a través del túnel, en la oscuridad. Conocía el camino. A veces encendía la linterna durante unos segundos, para asegurarse de que el trayecto estaba libre. Lo había recorrido muchas veces

cuando era pequeño. Los descubrió cubrió por casualidad, un día en el que decidió seguir a Sebastián Delgado. Le intrigaba que apareciera y desapareciera de la casa sin más, llevando paquetes o apareciendo con diferentes fardos. David empezó a refugiarse en los túneles en los momentos en los que no soportaba más aquella vida. Lo hacía cuando veía llorar a su madre, o cuando sentía llegar a todas aquellas mujeres con ropa extraña, y luego a los invitados en sus grandes coches... casi siempre hombres mayores, con traje, que bebían y fumaban y luego organizaban aquellas orgías interminables, en las que su

madre también se veía obligada a participar.

«Hijo de puta. Voy a por ti y lo sabes, ¿verdad? Lo sabes. Por eso me has escrito ese mensaje tan falso y tan cabrón. Jodido hijo de puta. "Tengo varios cuadros tuyos". Sí, especialmente el de Salomé. Pero no se te ha ocurrido ver más allá, eso seguro... Has hecho daño a mucha gente, pero eso está a punto de acabarse». —Del Valle mascaba la ira a medida que se acercaba a su objetivo. Había vivido la mayor parte de su vida para llegar hasta allí y se dijo que debía ser paciente y, sobre todo, controlarse, dominarse por encima

de todo, no era el momento de cometer ningún error.

Se detuvo un instante, jadeando a causa del esfuerzo. Había llegado a la sala abovedada en donde se dividían los túneles.

Prestó atención. Había creído escuchar un ruido muy leve en el subterráneo que llevaba hasta la mansión. Se detuvo y apagó la linterna. Sabría arreglárselas muy bien sin ella.

• • •

Eugenio reprimió un escalofrío cuando escuchó las patas de algún animal rascar el suelo resbaladizo del subterráneo. Ya

le valía a Abel, mandarle hacer guardia en semejante sitio lúgubre. Se quitó la gorra y se secó el sudor. No le hacía ninguna gracia estar allí dentro, vigilando aquellos pasadizos húmedos y siniestros. A ver si llegaba la hora del relevo y podía irse a casa, darse una ducha y comer algo. Tocó la Beretta para tranquilizarse y respiró hondo. Odiaba las ratas. Él era guardia civil, pero había cosas que le producían un asco infinito. Y una de ellas eran las ratas. Bichos asquerosos... Tenía que haber alguna por allí cerca. Algo estaba haciendo un ruido extraño en la curva del túnel.

Eugenio se acercó con tiento hacia aquel ruido, que de repente se había convertido en rítmico y más fuerte. Sacó la pistola. Las ratas no hacían nada parecido...

De pronto, desde el suelo, un fogonazo de colores lo deslumbró. Un extraño humo grisáceo y espeso comenzó a envolverlo, y Eugenio empezó a toser, ahogándose. Algo le golpeó con fuerza en la cabeza y lo dejó sin sentido.

Del Valle lo arrastró por las piernas y le quitó la radio y la pistola.

Luego lo ocultó en una de las mazmorras, encajando con facilidad una

gruesa puerta de metal que a otro hombre le hubiera costado cerrar diez minutos, cuyas llaves ya hacía muchos años que se habían perdido.



De repente, Valentina sintió un palpito. ¿Qué hacía Mendiluce dentro del yate, sin dar señales de vida durante tanto tiempo? Miró su reloj: había pasado cerca de una hora desde que el cebo había entrado en el yate. Saludó a Isabel, que permanecía apoyada en el tronco de un eucalipto, escondida a pocos metros de la puerta de la mansión, que estaba cerrada a cal y canto. Isabel

sonrió, achinando los ojos castaños, y se acercó. Aquella chica morena y delgada parecía confiada como el cachorro de un San Bernardo, pero Valentina había leído en su expediente que tenía una proyección muy buena como policía de calle. Incluso se había infiltrado en el movimiento okupa de Barcelona con muy buenos resultados. Nadie jamás sospecharía de una chica tan cándida y abierta, con una sonrisa tan noble, y esa combinación de cualidades la hacía particularmente efectiva.

—Aquí Alfa uno. Velasco. ¿Sabemos algo de Mendiluce? ¿Algún movimiento en el yate?

—Alfa dos. Aquí no se mueve nada, inspectora, esto está bastante muerto.

Valentina sacudió la cabeza.

—No sé, no me parece normal. Isabel, ¿tú qué crees?

Isabel reflexionó durante un instante. Luego adoptó una expresión preocupada.

—¿Y si Del Valle consiguió entrar en el barco antes de que llegase Mendiluce, y lo esperó allí...? Se supone que es un hombre capaz de hacer eso y más, ¿no?

Valentina miró a Isabel como si hubiese escuchado un oráculo funesto y empezó a preocuparse seriamente.

—No es muy descabellado lo que

dices... y para escapar, solo tendría que tirarse al agua por el otro lado del barco, ya que en el puerto el mar está relativamente tranquilo...

Valentina aferró la radio y empezó a hablar con rapidez.

—Velasco, escucha con atención. Imagínate que Del Valle se ha metido ahí dentro y lo estaba esperando para... ya me entiendes. Hay que entrar. Ahora mismo, además. Me importa un pimiento que se dé cuenta de que lo estamos vigilando. Quiero que entréis ahí ahora mismo y comprobéis que ese hombre está vivo y no corre ningún peligro. ¡Es una orden!

Eduardo comía unas almendras saladas mientras se tomaba un whisky de malta de treinta años como si fuera Coca-Cola. Había puesto una película porno casera, de las muchas que tenía Mendiluce, en la pantalla plana gigante y sentía ya unas ganas tremendas de hacerse una paja. Sin embargo, el lugar le imponía algo de respeto, y su mano aún no había volado hacia la cremallera del pantalón para agarrar el pene, que pugnaba con fuerza por salir de su prisión de tela. Hacerse una paja en el yate del jefe era algo demasiado fuerte,

aunque lo fuerte de verdad eran aquellas películas de las orgías... nunca había visto nada parecido: porno casero pero del bueno... Si pudiese llevarse alguna para casa, podía ponérselas a su churri para calentarla un poco...

Cuando vio a una mulata despampanante de enormes pechos hacerle una cubana a un joven apuesto de grandes ojos verdes que a él le pareció sospechosamente parecido a un antiguo jugador del Deportivo que ahora jugaba en la Premier, decididamente su mano bajó hacia la cremallera del pantalón. Eso ya no podía aguantarlo, y al fin venció su inhibición producto de

estar en el santuario marítimo del jefe. La bajó y desabrochó el botón de metal.

Pero la erección desapareció como por encanto cuando escuchó los gritos y un hombre tiró la puerta abajo. En unos segundos, tres pistolas le apuntaban, y Eduardo tiró las almendras al suelo y levantó los brazos, muerto de miedo.

• • •

Del Valle sacó la pistola y caminó despacio por el corredor de cemento que unía los túneles con la mansión de su padre. La presencia de un guardia civil en la entrada del subterráneo le había preocupado.

«¿Y si es una trampa de la policía?».

No. A su padre le gustaba tanto la policía como a él. Si fuera una trampa, no señalarían el túnel con un miembro de la Benemérita...

Hacía muchos años que no atravesaba aquel túnel. Confió en que todo siguiera igual que siempre. Avanzó unos pasos y miró hacia arriba. En efecto, allí seguía la escalera de metal que tendría que llevar hasta el antiguo ascensor.

Pegó un salto, se agarró a la escala y trepó por ella con agilidad. Luego alcanzó el pasadizo, que estaba tenuemente iluminado por luces de

emergencia amarillas. Al fondo vio el ascensor del servicio. No había cambiado nada. Seguía allí, como entonces. Se dirigió con paso firme hasta el ascensor y pulsó con la mano enguantada el botón negro y gastado que subía hacia el tercer piso.

• • •

—JODER! ¡NO DISPAREN! —

Eduardo miró a los tres policías con cara de susto mayúsculo. Se dio cuenta de que su aspecto era realmente patético, los pantalones caídos sobre los zapatos, los calzoncillos al aire.

Bodelón relajó la postura y se

acercó a él sin dejar de apuntarle.

—¿Dónde está Mendiluce? ¿Quién es usted?

El cocinero tartamudeó, muerto de miedo.

—Soy Eduardo, el cocinero de la casa de Mendiluce... He venido a hacer unos recados al yate.

—Deja de contar milongas y dinos la verdad, imbécil. Tu jefe corre un grave peligro, así que dinos ahora mismo dónde cojones está. ¿No ves que te hemos seguido desde Mera hasta aquí? ¿Qué coño iba a hacer un puto cocinero con el Mercedes de su jefe? — Velasco perdió la paciencia y cogió con

fuerza al cocinero por la nuca, zarandeándolo sin contemplaciones. Luego lo tiró sobre el sillón.

Eduardo vio las caras de pocos amigos de los tres policías y empezó a pensar seriamente en la forma más adecuada de salir de aquel atolladero. No quería traicionar a su jefe, pero tampoco meterse en follones con la pasma.

La película porno continuaba desarrollándose en la enorme pantalla LCD, mostrando a la mulata espectacular en otra de sus contorsiones sexuales sobre el joven futbolista. López lo reconoció al momento.

—¡Joder! ¡Pero si es Josito Barraza, el jugador del Deportivo! Mira tú... qué bien se lo está pasando el muy cabrón...



Escuchó el clic al amartillarse y sintió el cañón helado del enorme revólver en la sien al salir del ascensor a la antigua cocina de azulejos blancos. Del Valle no se movió. Se lo esperaba, en realidad.

—Levanta las manos, donde yo pueda verlas. —La voz grave de un hombre resonó en la habitación, y Del Valle obedeció con tranquilidad, elevando las dos manos. El ruso lo cacheó y encontró rápidamente una

pistola automática, que desapareció en la parte de atrás del cinturón de cuero.

—Venga, camina.

Del Valle se dirigió hacia la puerta, los músculos en tensión, preparado para actuar en cualquier momento. Cuando la atravesó, el cañón de la pistola en ese momento clavado entre los omóplatos, vio que en el pasillo aún seguía en su sitio la vidriera neogótica de San Miguel y el Dragón que le fascinaba de niño, con aquel hermoso ángel alado que aplastaba la cabeza del diablo, presto a asaetearlo. Una metáfora muy significativa... David flaqueó durante unos segundos interminables. Recorrer

de nuevo aquel pasillo hizo que acudiera a su memoria toda su infancia de golpe. La expresión dulce de su madre cuando lo llevaba a la biblioteca, las risas con la señora Concha, que lo cuidaba mientras Sara estaba trabajando, los libros de ilustraciones que podía alcanzar con sus manitas... Su padre, que a veces le acariciaba el pelo descuidadamente, cuando se metía en su despacho a jugar debajo de la gran mesa de caoba... Su padre, Pedro Mendiluce, a quien por un tiempo consideró un dios y que luego se convirtió en el culpable de la agonía y el suicidio de su propia madre, la única que lo había querido en

toda su vida... ¿Cómo pudo convertirse ese hombre en un ser tan mezquino y despreciable? ¿Cómo pudo torturar a su madre mientras se alejaba de él considerándolo simplemente un bastardo? Esas preguntas le habían obsesionado durante muchos años, mientras él buscaba su camino en medio de la confusión en Inglaterra, pero en esos momentos se dijo que ya había pasado el tiempo de contestarlas. No había llegado hasta ahí para obtener respuestas, sino para hacer justicia.

El ruso lo empujó hacia la puerta de la biblioteca, tratándolo con rudeza. Del Valle ni se inmutó al sentir el golpe de la

recortada en el riñón. Por lo visto la china también quería hacerse notar. David del Valle se giró y la miró con aquellos extraños ojos de fuego. Ella, a cambio, le sonrió con benevolencia y volvió a darle otro golpe con la culata, más fuerte aún.

Cuando Del Valle cruzó la puerta de la biblioteca y vio la silueta de su padre, que esperaba de espaldas delante de los enormes ventanales, se dio cuenta de que su destino estaba sellado por completo.

• • •

—No, inspectora, Mendiluce no está

en el yate. Es el cocinero, Eduardo. Nos ha dado gato por liebre, el muy cabronazo. Lleva su ropa, su chaqueta cruzada de marinerito... Es la hostia, joder. ¡Es que se parecen un huevo! Le dijo que se paseara por cubierta un rato, pero llovía demasiado y nuestro cocinero se acomodó en el salón para ver películas porno mientras se merendaba una botella de whisky del caro. Dice que no sabe dónde está Mendiluce, que él lo dejó en la mansión.

Valentina pensó rápido. Mendiluce se había dado cuenta del seguimiento y había ideado una maniobra de distracción. Pero... ¿para qué? ¿Por qué

querría hacer algo así, enviar a un doble a su yate para que todos pensaran que...?

—¡Para tenderle una trampa a su hijo! —La respuesta le sobrevino como una exhalación. Mendiluce lo sabía todo. Valentina notó un repentino y enorme vacío bajo sus pies ¿Cómo podían haberlo subestimado de tal forma?

—¡Joder! ¡Velasco, os quiero a todos en Mera ahora mismo! Traed refuerzos. Tenemos que entrar en la mansión. Mendiluce está dentro. ¡Y puede que Del Valle también!

Valentina miró a Isabel, que se había

puesto en guardia, presta a actuar de inmediato.

—Ponte en contacto con Eugenio, el guardia civil que está en el túnel. Pregúntale si ha visto algo raro.

Isabel usó la radio, pero nadie contestó a su llamada.

—Alfa cuatro, por favor, conteste.
Silencio.

—Conteste, alfa cuatro. —Miró a Valentina con cara de preocupación—. Nada, inspectora. No contesta nadie.

Valentina observó el alto muro que cerraba la mansión y la puerta blindada, con una cerradura que parecía a prueba de misiles.

—¡Isabel, al coche! Conduzco yo. Nos vamos al faro. Es la única manera que veo de entrar ahí, por los putos túneles.



—Hola, padre.

Mendiluce estaba de pie, frente al escritorio de la biblioteca, ojeando distraídamente un libro. Cuando los oyó llegar y llamar educadamente a la puerta, se dio la vuelta, dijo «pasad» y se enfrentó a su hijo, flanqueado por los dos matones que no dejaban de apuntarle con sus armas ni por un momento. Estaban a un metro uno del otro.

—David... —Mendiluce sonrió con cinismo. Lo miró de arriba abajo, notando la tensión y el odio soterrado que desprendían todos y cada uno de los poros de la piel—. Has venido a la cita. No esperaba menos de ti. —Al decir esto dio la vuelta a su escritorio de caoba y se arrellanó en su sillón. David permanecía de pie, enfrente, a buen recaudo gracias a los dos asesinos al servicio de su padre. Mendiluce se fijó en el cabello recién rapado, que resaltaba aquellos ojos tan parecidos a los suyos; en la camiseta negra ajustada de manga larga que marcaba los finos abdominales y los bíceps inflados, y en

los pantalones cargo del mismo color. Las botas negras de cordones eran también de estilo militar. Parecía un marine, o un soldado de fortuna, más que un pintor o un artista...

—Sabes de sobra que no podía faltar, «papá». Pero yo creía que íbamos a estar los dos solos en nuestro primer encuentro... —La voz de David sonó firme. Miró a sus dos acompañantes con desprecio.

—Son de plena confianza, David. Podemos hablar de nuestras cosas con ellos delante.

—Yo, en cambio, no opino lo mismo, padre. No me siento cómodo con

dos desconocidos apuntándome con una recortada y un revólver.

—Ese es tu problema, querido David. Créeme, te acostumbrarás... Ellos solo oyen y ven lo que les diga, puedes considerarlos como estatuas. Y ahora, por favor, siéntate y hablemos.

Por toda respuesta, el Artista lo miró fijamente a los ojos.

Capítulo 71. Venganza

Martes, 22 de junio

Mendiluce abrió un cajón del escritorio y sacó un puro, aunque nunca fumaba en la biblioteca, aquel momento bien se merecía una excepción. Lo encendió con evidente placer, dándole vueltas hasta que la llama acarició y prendió con suavidad el habano. Luego exhaló el humo, disfrutando de la presencia de su torpe hijo, que, evidentemente, creía que iba a entrar en la casa y acabar con él sin más, imbécil...

—Siempre has sido un idealista,

David. Y un ingenuo. Lo que no sabía era que, además, te has convertido en un enfermo mental peligroso, un loco, un asesino de mujeres inocentes... pero siéntate, por favor.

David continuó de pie, observando fijamente a su padre. Los ojos claros emitieron un extraño fulgor.

—¿Inocentes? Ninguna de ellas era inocente, padre. Primero contaminaste a Lidia con tus manos sucias de vicioso, convirtiéndola en una puta rastrera. Y segundo... ¿Cómo puedes atreverte a decir que Raquel Conde era inocente? Menuda zorra. Ella y tu lacayo Delgado querían matar a esa periodista, Lúa

Castro, fingiendo que era obra del Artista. ¿Sabías ese pequeño detalle de tu abogada «inocente»? En realidad era una ramera insaciable que estaba robándole a manos llenas y una ambiciosa sin escrúpulos. Ah, me olvidaba... Delgado... no sabes cuánto me gustó acabar con él por la espalda con el arpón... —Los ojos de David refulgían como plata mientras narraba la muerte del secretario—. Merecía haber sufrido mucho más. Si vieras cómo se retorció en el suelo... Disfruté hasta el último espasmo de su agonía.

Mendiluce acusó el golpe y se levantó de la butaca. Se acercó

lentamente a su hijo, fuera de sí. Quería golpearlo y machacarlo allí mismo. De repente había perdido todo su autocontrol, y los sucesos de aquellos días se agolparon en su cerebro provocando su ira; nadie le había hablado nunca como estaba haciéndolo David. Levantó la mano, dispuesto a abofetearlo como si aún siguiese siendo un crío.

Del Valle observó cómo sus dos guardianes se distraían durante un instante al ver el movimiento brusco de Mendiluce hacia él y aprovechó la situación. No tuvo que pensar qué hacer: toda su vida se había preparado para

eso. Con un gesto sinuoso, desarmó primero a la mujer, dándole en la cara un golpe seco y brutal de su puño, y luego al ruso, con una patada brusca en la mano. Se escuchó el ruido de los huesos al romperse y el grito de sorpresa de aquel armario, que dejó caer la pistola al suelo, muerto de dolor.

A continuación. Del Valle le pegó una patada a la pistola, lanzándola lejos. Liu Contreras lo miró con asombro mientras se agarraba la mandíbula dolorida: estaba como hipnotizada, siguiendo los movimientos letales de su adversario como si presenciara un ballet. Cuando quiso reaccionar y se tiró

a por la escopeta que estaba cerca de sus pies, Del Valle fue mucho más rápido y la apartó con un movimiento de pantera. Volvió a golpear a Liu Contreras en el mismo lugar, lanzando su puño de arriba abajo. Ella, conmocionada, emitió un gemido ahogado y apoyó una rodilla en la tarima de madera. El enorme ruso consiguió recobrarse y lo enganchó por el cuello con el brazo sano, apretando con fuerza descomunal.

Liu recobró el aliento y, llena de ira, sacó un puñal de su cinturón, dispuesta a destriparlo allí mismo.



Valentina le pegó una patada a la puerta del faro, que seguía abierta desde el día en que ella disparó a la cerradura, y entró con rapidez, seguida de Isabel. Las dos se metieron en el túnel sin dudar un segundo, y avanzaron con cuidado de no resbalar en aquel suelo endiablado. Cuando llegaron a la sala abovedada. Valentina mandó esperar a Isabel. La entrada a la mansión estaba cerca y podía haber algún peligro.

Caminó unos pasos por el túnel, pero no vio nada. Pasó de largo, sin mirar, delante del pozo en donde su

hermano había estado a punto de morir. Llamó a Isabel para que avanzase detrás de ella. Pronto llegó hasta las mazmorras e iluminó con la linterna las escaleras de metal que llevaban hacia la casa.

Un grito las sobresaltó. Valentina sintió cómo el corazón se le subía a la boca cuando alguien golpeó con fuerza la puerta herrumbrosa de una de las mazmorras. La cara de Eugenio asomó por el ventanuco, entre los barrotes.

—¿Inspectora? Por favor, ¡ábrame la puerta! Inspectora, ¡soy yo, Eugenio, de la Guardia Civil de Oleiros!

Isabel se lanzó hacia la puerta y la

abrió, haciendo un gran esfuerzo. Los goznes estaban oxidados y se resistieron a moverse después de tantos siglos de inactividad. Desde dentro, Eugenio la ayudó, apoyando todo su cuerpo en la puerta.

—En realidad no sé qué pasó. —El guardia se tocó la cabeza y notó un chichón enorme y sangre en la mano—. Alguien me golpeó y me encerró aquí...

Valentina lo agarró y lo empujó hacia las escaleras de hierro.

—Del Valle. Ha sido Del Valle, seguro. Tenemos que subir. O va a matar a Mendiluce, si no lo ha hecho ya...

Nikolay, muerto de rabia y dolor, con la mano inservible, apretaba desde atrás el manajo de músculos que conformaba su brazo contra el cuello de David, que notaba cómo empezaba a desmayarse ante la falta de oxígeno y riego sanguíneo. La peruana avanzaba hacia él con el enorme cuchillo de monte y una sonrisa gélida en la blanca cara fantasmagórica.

De la manga larga de su camiseta ajustada surgieron dos pequeñas agujasafiladísimas, como los colmillos de una serpiente. Del Valle, a punto de ahogarse

por culpa de aquella presa de cemento, culebreó todo el cuerpo y lanzó el brazo en un último aliento. La mano de Del Valle se dirigió, veloz como la pata de una araña, hacia arriba y hacia atrás, directamente contra la cabeza del ruso que estaba intentando asfixiarle, y clavó las dos finas agujas en la cara de su agresor con violencia, al mismo tiempo que disparaba las piernas con fuerza para apartar con las gruesas botas el cuchillo que ya rozaba su vientre. Nikolay lo soltó al momento y se llevó las manos a la cabeza. Le había clavado algo en la mejilla, cerca del ojo. ¿Qué coño era aquello? ¿Por qué le ardía

tanto la cara?

El ruso se tambaleó y se dobló por la mitad, echando espuma rosada por la boca. Notó que su cuerpo empezaba a fallarle, sus piernas no le sostenían, de su boca manaba una baba que no podía siquiera tragar. Cayó al suelo, paralizado, incapaz de moverse, de respirar.

Del Valle ni siquiera lo miró. Se quedó totalmente quieto, recobrando fuelle, mientras observaba a la peruana, que adoptó una postura de ataque con el cuchillo. Liu empezó a sudar profusamente. Sin embargo, David la seguía con la vista sin inmutarse, con el

rictus de la insania marcado en sus ojos.

Cuando ella atacó con un grito ensordecedor, él la esquivó con la gracia de una pluma. Liu se dio cuenta tarde de que había perdido la posición y de que él se había apartado del radio de acción del cuchillo con solo un par de movimientos. Luego, una pequeña estrella de metal voló hacia la garganta de la mujer y se le clavó con un ruido seco a la altura de la carótida.

Lo último que vio Liu Contreras antes de morir entre horribles contracciones fue a Pedro Mendiluce apoyado en la pared, con una pistola en la mano, apuntando fijamente a su hijo.

Valentina se agachó. Al lado de la puerta del pequeño montacargas había una bolsa negra de cuero, abierta. Miró en su interior con suma cautela. Allí dentro había una palanca de hierro, un pasamontañas, cuerdas, una linterna y un par de cuchillos.

«Del Valle», pensó. Luego llamó el montacargas mientras hablaba por radio. El sonido era tan deficiente que apenas entendía nada de lo que decía Larrosa.

—¡Necesitamos refuerzos, joder! ¿Dónde coño estáis? Hay que entrar en la casa de Mendiluce, ¡por mí como si

metéis un ariete medieval a la puta puerta! Del Valle está dentro, Carlos. Repito, está dentro. Ha dejado una bolsa aquí abajo.

Larrosa contestó, visiblemente nervioso.

—Ya hay dos patrullas intentando entrar, inspectora. Un poco de paciencia, por favor.

—No hay tiempo, Carlos. ¡Hay que pararlo o matará a su padre! Ahora vamos a meternos en una especie de montacargas, ahí te escucharé todavía peor de lo que lo estoy haciendo...

Valentina se dio cuenta de que los tres no cabían en el montacargas.

Tendrían que hacerlo uno a uno.

—Subo yo primero. Luego Isabel y luego tú. ¿Ok? Mucho cuidado. Él puede estar arriba, emboscado...

• • •

Mendiluce apuntó entre los ojos de su propio hijo. Una pequeña luz roja temblaba en la frente de David del Valle, señalando el punto por donde iba a entrar la bala.

—No te muevas, David. Ni se te ocurra. Al mínimo movimiento, dispararé.

David lanzó una rápida ojeada a su alrededor. Los dos matones contratados

por Mendiluce agonizaban entre estertores: la peruana ya casi no emitía sonido alguno, el ruso intentaba respirar infructuosamente. La parálisis de los músculos les impedía ya hacer cualquier movimiento desde hacía unos segundos.

—El curare es un veneno muy cruel, pero efectivo. —Del Valle sonrió con una candidez que contrastaba con la mente que había sido capaz de originar tanta destrucción—. Una forma de matar pasada de moda, pero que aprecio en lo que vale. Mueres por asfixia, pero no pierdes el conocimiento, lo que hace el tránsito más encantador de lo normal. — Mendiluce lo miró con miedo y con

desprecio—. No pongas esa cara tan desagradable, papá. Soy tu hijo, sangre de tu sangre, ¿recuerdas? —Del Valle señaló a su alrededor con un gesto—. Fue aquí, en esta biblioteca, donde aprendí a leer. Los libros de mi abuelo. Las novelas que tanto le gustaban. Veo que aún las conservas. Me alegro. Tienes que saber que han sido una gran fuente de inspiración para mí... — David se movió ligeramente hacia donde estaba su padre.

—No te acerques ni un paso, David. O dispararé. No va a temblarme el pulso.

David dio otro paso hacia Pedro

Mendiluce.

—No me importa morir, padre. Ya he cumplido mi misión en esta vida. La de destruir a todos los que te rodean, la de purgar todos tus pecados...

Mendiluce empezó a recular hacia detrás del escritorio, mientras su hijo poco a poco iba acercándose a él de forma amenazante.

La pistola seguía apuntando hacia la frente de Del Valle, el punto rojo cada vez más fijo entre los dos ojos implacables. Mendiluce sentía un odio feroz, herido en lo más profundo: quería darle su merecido, que sufriera, devolver el golpe del daño que le había

hecho. Pegarle un tiro no era suficiente. Su voz se crispó en un desprecio total.

—¿Vas a intentar lanzarme una de tus armas envenenadas? Eres un cobarde. Me das asco. No puedes decir que eres hijo mío.

—¿Cobarde? —Del Valle sintió que una ira atroz le consumía—. Yo no fui el que tiró a mi madre fuera de esta casa, después de que estuviera en manos de tu lacayo durante una semana, cabrón. Yo no fui el que le engendró un hijo y luego lo tiró a un vertedero, como si fuera un perro. No puedes llamarme cobarde, padre. Por tu culpa han muerto muchas personas. —La voz se hizo más fría si

cabía, hiriente, sádica—. Se puede decir que tú mataste a Lidia Naveira, papá. Piénsalo. Ella era una chica pura. Pero tú la mancillaste, a una niña de dieciséis años, una virgen, y la convertiste en una cualquiera... aprovechando que su padre era amigo tuyo, aprovechando la cercanía de su amistad para abordarla y pervertirla. Tú sí que eres despreciable, papá. Cuando ella murió, en realidad ya estaba muerta... Igual que Raquel. No merecían vivir, padre. Ninguna de esas putas merecía vivir...

«¿Cómo diablos sabe todo eso?», se preguntó.

Al fin se decidió. Mendiluce leyó la

locura en los ojos de su hijo. Cuando iba a apretar el gatillo para dejar de escuchar aquella letanía de horrores, Del Valle se lanzó sobre él saltando sobre la mesa como un gato salvaje.

Mendiluce disparó, pero erró el tiro por encima de la cabeza de su atacante, y la bala se estrelló contra uno de los amplios cristales, rompiéndolo en mil pedazos. La lluvia entró por el agujero, y el viento agitó las cortinas de color borgoña mientras los dos hombres se enzarzaban en una pelea mortal sobre la enorme mesa de escritorio.



—¡Eso ha sido un tiro! —Eugenio empezó a correr hacia donde había sonado la detonación. Valentina e Isabel lo siguieron por el pasillo enmoquetado a toda velocidad.



La pistola cayó sobre la mesa. Del Valle, subido encima de su padre, apretó el pequeño dispositivo que tenía escondido en la mano y nuevas agujas envenenadas se acercaron peligrosamente a los ojos de Mendiluce, que agarró la mano de su hijo con todas sus fuerzas para detener aquel infernal artilugio. Con un esfuerzo sobrehumano,

Mendiluce apartó las agujas y se movió lo suficiente como para liberarse del abrazo de Del Valle y agarrar el bastón que había dejado al lado de la mesa un rato antes. Consiguió golpear a su hijo en la cara con el pomo de plata y marfil y se tiró al suelo.

David del Valle vio a su padre en el suelo, indefenso, y no lo pensó. Quiso rematarlo allí mismo.

Cuando se dio cuenta, su padre había desenvainado un afilado estoque del bastón y él mismo, al lanzarse sobre Mendiluce con las agujas enfiladas a su yugular, se atravesó el hombro izquierdo con su propio peso. Del Valle lanzó un

grito desgarrador, mezcla de impotencia y de rabia, mientras con el brazo sano trataba de apretar el cuello de su padre, quien clavó todavía más el estoque dentro de su cuerpo, con saña desesperada. Daba igual: el Artista actuaba como un autómata programado para matar a su objetivo, incapaz de detenerse por nadie ni por nada.

Mendiluce aprovechó el momento para desasirse del abrazo de su hijo y lanzarse contra la pared, fuertemente aturdido, intentando escapar de la habitación. Pero Del Valle, poseído por una determinación homicida, se arrancó del hombro el estoque y recuperó en un

segundo la pistola de su padre, que seguía encima de la mesa. La aferró con la mano izquierda, temblando de ira. La adrenalina había bloqueado sus terminaciones nerviosas. No sentía dolor, solo un profundísimo odio que necesitaba saciar viendo el cadáver de su padre ensangrentado ante sus ojos.

Mendiluce vio la muerte en la mirada de su hijo y el miedo le paralizó cuando el cañón de su pistola se dirigió hacia su cara.

—¡¡ALTO, POLICÍA. DAVID, SUELTA LA PISTOLA O DISPARO!!
¡¡SUÉLTALA!! ¡¡AHORA!!

Valentina apuntaba a Del Valle con

mano firme. No iba a permitir que matase a nadie más. Isabel se acercó por la derecha y Eduardo por la izquierda, tratando de rodearlo.

Del Valle miró a Valentina. La reconoció. Era la mujer que salvó a los dos críos de morir ahogados. Luego se desentendió de ella y volvió a apuntar a Mendiluce. No había ido a esa cita a vivir, sino a matar. La luz roja del láser voló entre las cejas de su padre y se posó en el medio de la amplia frente.

Valentina se estremeció durante una milésima de segundo, cuando supo por su mirada que aquel hombre había sido el que había salvado a su hermano de

una muerte segura. Su corazón detuvo el dedo en el gatillo.

Se escuchó una detonación. Y luego otra.

Del Valle lanzó una última mirada a su padre, que tenía el pecho ensangrentado, y disparó errando el tiro, sacudido por el impacto. Luego cayó, grácil sobre el suelo de madera.

Isabel, que hacía segundos que no respiraba, inhaló aire con fuerza y bajó la pistola humeante, todavía sujeta por las dos manos crispadas en las cachas.

Todo había terminado.

Capítulo 72. Curare

Martes, 22 de junio

Un plástico doblado señalaba con un número dos pintado en rojo la segunda prueba: la pequeña silueta dibujada en el suelo de la biblioteca donde había estado el cuerpo de Liu Contreras. Xosé García se rascaba la cabeza con perplejidad, mientras seguía con la mirada a los dos enfermeros que sacaban en camilla el cuerpo de David García del Valle. Los de la Científica recogían huellas y casquillos y sacaban fotografías de la ventana atravesada por

el balazo.

Fuera, Pedro Mendiluce fumaba uno de sus habanos mientras hablaba con Amaro, antes de emprender la marcha hacia la comisaría. Valentina esperaba con los brazos cruzados a que terminase de darle instrucciones al mayordomo para poder llevárselo a Lonzas para interrogarlo. El forense salió detrás de los camilleros y se paró a hablar con Valentina.

—Inspectora, todo lo relacionado con este caso no deja de ser sorprendente. Estoy seguro de que los dos guardaespaldas de Mendiluce murieron a causa de algún alcaloide muy

potente. Esa especie de estrella «ninja» que tenía la china clavada en la garganta estaba impregnada en una pasta negra y pegajosa, al igual que las dos agujas que tenía en la muñeca el asesino. No he visto nunca nada parecido. —Se dio cuenta de que desde que había empezado aquel caso no paraba de repetir la frase —. Pero por los inequívocos síntomas de parálisis, especialmente en la cara, pienso que se trata de algo similar al «curare», el veneno de las cerbatanas de los indígenas del Amazonas y de Asia. Ya nos lo confirmarán los del laboratorio... Una forma bastante horrible de morir: el alcaloide te

paraliza los músculos. No puedes respirar, pero nunca pierdes el conocimiento. No se me ocurre de dónde puede haber sacado el tóxico. No es fácil de encontrar en Europa.

—¿Curare? —Valentina estaba igualmente sorprendida—. Como en las novelas, ya veo. Del Valle siempre buscó una forma cruel de matar, y ahora no iba a ser menos.

Valentina hizo un gesto con la cabeza. De forma inconsciente, sintió alivio al ver pasar el cuerpo inerte del Artista por delante de ella, hacia el coche fúnebre que esperaba fuera. Aquel hombre que yacía inmóvil había sido

para ella una sombra mortífera, letal. Durante mucho tiempo había dejado un rastro de sangre tras de sí. Habían muerto por lo menos nueve personas a causa de su delirio criminal. Ya era hora de avisar a sus familias de que la pesadilla había concluido. Buscó con la mirada a su equipo: Velasco, López, Bodelón e Isabel charlaban cerca, en el pasillo, bajo la vidriera de San Miguel. Eugenio había sido trasladado al hospital, por si el humo de aquella pequeña bomba o el golpe que le había propinado Del Valle en las mazmorras fuesen motivo de alarma.

Los rayos del atardecer

revoloteaban en los cristales y teñían las facciones satisfechas de los policías de reflejos de colores vivos. Casi no podían creerse que aquel caso, que había empezado con el cuerpo de una chica pelirroja flotando en un estanque, hubiera terminado.

El juez López-Córdoba se acercó a Valentina con la cara iluminada.

—Inspectora Negro, enhorabuena. Usted y su equipo han hecho un trabajo de primera. Tengo que felicitarla efusivamente. No solo ha cazado a ese psicópata tan peligroso, sino que encima nos ha puesto a Mendiluce en bandeja... —Miró al empresario, que seguía dando

instrucciones a su sirviente haciendo grandes aspavientos—... Y mira que lo teníamos enfilado desde hacía tiempo sin poder meterle mano... ¿Quién iba a decirnos que la justicia triunfaría sobre este hombre sin escrúpulos mediante la investigación de un asesino en serie? — El juez sacudió la cabeza enfáticamente, le gustaba subrayar las cosas de modo ampuloso, pero eso no restaba sinceridad a sus palabras de elogio a la policía.

Ella lo miró con seriedad. Si hubiesen llegado un poco antes se habrían ahorrado aquel rosario de muertes.

—Teníamos que haberlo capturado hace días. Esto ha sido una masacre, señor juez. Del Valle ya no era capaz de controlar su furia sanguinaria. Si Isabel no hubiese disparado, Mendiluce no estaría ahora contándolo.

—Lo importante es que todo ha terminado por fin, inspectora. Eso es lo único importante. Ese hombre ya no va a seguir matando... gracias a usted y a su equipo.

Valentina tenía bien presente a Sanjuán, en realidad mucho más presente de lo que en ocasiones desearía, y esa vez no fue una excepción.

—En realidad, si no hubiese sido por Javier Sanjuán nunca lo habiésemos logrado...



Valentina se dirigió hacia Pedro Mendiluce, que hablaba por teléfono con gran nerviosismo. Le hizo un gesto con la cabeza para que la acompañara. Dos policías iban con ella.

Mendiluce tapó unos segundos el auricular con la mano.

—Necesito un abogado, inspectora. Y estoy buscándolo. El mejor, claro está. Como puede comprender, la muerte de Raquel ha trastocado todos mis

planes. Si me permite unos minutos, ahora mismo la acompañaré con gusto a la comisaría o a donde quiera llevarme... —Hizo un esfuerzo por sonreír y recuperar la compostura habitual.

Valentina asintió.

—Cinco minutos, Mendiluce. Ni uno más.

Lo dejó a su aire. Ni siquiera le apeteció analizar qué clase de personaje actúa así después de los acontecimientos que había vivido solo unos minutos antes; sencillamente, lo borró de su mente. Era hora de llamar a Sanjuán para comentarle todo lo que había

ocurrido.



Sanjuán confirmó con un clic del ratón su vuelo desde Alvedro para el día veinticuatro a las nueve de la mañana. Se iría el jueves a primera hora. Con Del Valle en el depósito, poco le quedaba ya por hacer en La Coruña. Inspiró con fuerza y cerró la página de Iberia. Cogió la cajetilla y sacó un Winston. Luego se asomó a la ventana, su lugar favorito de meditación desde que estaba en la ciudad.

Al hablar con Valentina se había dado cuenta del alivio infinito que sintió

al saber que estaba sana y salva, y de que Del Valle había muerto por fin, y fracasado en su intento de matar a su padre. No se alegraba de su muerte, ni mucho menos, pero por lo menos a partir de ese momento no podría hacer daño a nadie más. Sin embargo, meditó, ¿quién era el verdadero monstruo en esa historia que había vivido tan de cerca? ¿Era peor Del Valle que su padre, torturador de su madre y causante de su suicidio, y el que gracias a sus coacciones y abusos había arruinado la vida de tantas jóvenes? No, Del Valle era un ser desquiciado, porque había sido profundamente herido cuando

estaba intentando comprender el mundo. Lo que había recibido de su padre no fue sino horror y desprecio. ¡Sabe Dios qué cosas tuvo que presenciar en casa de Mendiluce! Sanjuán recordó que Concha Fraga había relatado que el mecenas «había entregado» a Sara para que Delgado hiciese lo que deseara con ella, y que estuvo violándola durante una semana. Un escalofrío recorrió todo el cuerpo del criminólogo. ¿Qué habría pensado y sentido ese niño durante esa semana? ¿Cómo lo miró a los ojos su madre cuando hubo salido de esa tortura brutal? «No —concluyó Sanjuán— el niño que partió junto a su madre camino

de Inglaterra era ya un proyecto de vida truncado por la semilla del odio y la locura».

Sanjuán constató que había dejado de llover en un rato. Vio las grandes olas rompiendo en las rocas de la playa del Matadero. Un nombre muy adecuado para aquel día, en el que Raquel había sido inmolada en nombre de una venganza propia de una mente completamente perturbada. Raquel... los ojos se le llenaron de lágrimas. Sanjuán pensó en la chica noble y con ganas de comerse el mundo que había compartido con él la vida durante unos años que él sintió perfectos en su idealismo. En el

momento en el que el Artista la estranguló, de alguna manera también mató una parte de su existencia en la que aquella mujer había sido un ser delicioso, una persona que compartió junto a él momentos de pasión y de alegría, alguien que ya no pudo encontrar en los últimos meses de relación que tuvieron y que definitivamente era solo un recuerdo cuando volvió a encontrarla en Coruña.

«Mejor no profundizar en ello demasiado. No tiene ningún sentido hacerlo», se dijo. Sin embargo, las ganas de huir de Coruña se multiplicaban cada segundo que pasaba.

Y se multiplicaban todavía más al pensar en la inspectora Valentina Negro. Pensaba en ella pero rápidamente intentaba bloquear cualquier tipo de sentimiento. ¿Para qué? Él se iría a Valencia de nuevo, y nunca más tenían por qué volver a verse...

Sanjuán decidió distraerse un poco. Abandonó la ventana y se repantingó en la silla, delante del ordenador, dispuesto a leer la crónica de Lúa Castro para *La Gaceta de Galicia*.

El Artista actúa de nuevo, y esta vez en pleno centro de la ciudad.

«Aún no ha trascendido la muerte de Del Valle a los medios», pensó. Siguió leyendo:

La abogada del bufete de Pedro Mendiluce fue asesinada entre las ocho y las once de la noche de ayer en su oficina por el asesino en serie apodado el Artista por la policía...

Sanjuán lanzó una exclamación. La periodista de las siete vidas parecía saber arreglárselas muy bien sola para enterarse de todos los cotilleos morbosos. Siguió leyendo, unos párrafos

más abajo:

La muerte de Raquel Conde, expareja de Javier Sanjuán, el afamado criminólogo que está colaborando activamente en la resolución del caso...

Suspiró y se saltó ese párrafo para leer el siguiente; era inevitable que todo el mundo acabara enterándose del pasado.

El Artista recreó una película de Alfred Hitchcock en su intento de conformar una de sus habituales macabras obras de arte.

Aquella chica no se perdía una, desde luego.

Sanjuán dejó de leer cuando vio una foto suya al lado de Valentina Negro saliendo del bufete y le dio una calada al siguiente cigarrillo, que se consumía, abandonado en el cenicero. Tenía que empezar a hacer la maleta. El miércoles iba a tenerlo muy ocupado. La reunión en Lonzas con el fiscal y todos los miembros del operativo, el entierro de Raquel y, como colofón, la despedida. Iturriaga los había invitado a todos a cenar en su chalet de Canide para celebrar la noche meiga de las hogueras. La noche de San Juan.



Valentina miraba por el cristal el interrogatorio de Pedro Mendiluce a cargo de Iturriaga y Larrosa. Suspiró y miró su reloj. Eran cerca de las once de la noche. Aún quedaba mucho trabajo por hacer. Acababa de hablar por teléfono con Keith Servant y con Geraint Evans: los dos iban a viajar a Coruña en los días posteriores para cerrar los casos de Anido, Floria di Nissa y Patricia Janz, las víctimas británicas de Del Valle.

No acababa de sentirse satisfecha, aunque sabía que tenía que estarlo, y

mucho. Su primer caso, y lo había resuelto con creces. Sin embargo, la muerte de Del Valle no la hacía sentir demasiado bien. Le hubiese gustado cogerlo vivo, pero su vacilación a la hora de disparar había propiciado la intervención de Isabel, que lo había tiroteado certeramente. No la criticaba, todo lo contrario: había cumplido admirablemente con su deber. Había sido más rápida que ella. Había salvado la vida de Mendiluce por milésimas de segundo. Pero no podía por menos de lamentar aquella muerte. Quedaban muchos interrogantes en el aire que quizá él hubiese podido resolver. Como

por ejemplo, quién pudo informar a Del Valle desde Coruña de los movimientos de las personas cercanas a Mendiluce mientras él estaba en Londres... Aunque estaba la alternativa de que él fuera con frecuencia a Coruña y realizara las labores de seguimiento e información sin que nadie se diera cuenta. Esto último también podía ser una posibilidad bien real: ¿quién lo conocía aquí y por qué nadie iba a sospechar de él? Valentina recordó que Del Valle era en verdad alguien cuidadoso, maestro en disfrazarse... ¿quién sabía cuánta energía había empleado en desarrollar un plan al que había consagrado su vida

de forma tan obsesiva!

Valentina suspiró de nuevo y cogió el móvil. Era hora de llamar a Lúa Castro y darle una buena alegría. «Una promesa es una promesa»; recordó con dulzura esa enseñanza en los labios de su madre.



Lúa sonrió con los ojos chispeantes a Jordi, que descorchó con habilidad la botella de cava, aguantándose las ganas de agitarla y rociarse como si estuvieran los dos en el podio de una carrera de Fórmula 1. Luego vertió el líquido burbujeante en las copas de plástico que

había comprado en Mercadona. Aprovechando que la mayoría de los compañeros se habían ido a sus casas, se habían encerrado en el archivo de la sección, dispuestos a celebrar el éxito de la exclusiva. Valentina Negro acababa de llamar a Lúa para contarle la exclusiva de la muerte del Artista. Era la exclusiva de su vida. Estaba exultante, pletórica, y sus pechos subían y bajaban presos de la excitación, porque no había nada en el mundo tan erótico para Lúa como una primicia sensacional.

—Por ti, Lúa. —Jordi la miró con ojos de cordero degollado tras las gafas

de pasta negra; además, él mismo podía sentir la brutal electricidad erótica que en esos momentos envolvía todo el cuerpo de la periodista—. Por la exclusiva de la inspectora Negro. Y por el bombazo de la urbanización Ártabra.

—Y por ti también, Jordi. Por el día en que me llevaste en barca hasta la cala de O Xunqueiro.

Entrechocaron las copas y bebieron el contenido de un trago. Los ojos de Lúa lo estaban taladrando, como si fuera un pastel a punto de ser devorado.

—Y otro brindis por mi padre, que me salvó la vida. Y bueno, también por Valentina Negro. Al final, la inspectora

ha resultado ser bastante mejor persona de lo que parecía...

Jordi resopló, juguetón, dispuesto a llevar a Lúa a la acción.

—No me nombres a la inspectora, que me pongo muy malo. Menudo pivón... Mi madre. Qué ojos tiene. Y qué... ejem...

Lúa le aplicó un fuerte pellizco en el hombro.

—¡Joder, Lúa, no te enfades, la cosas como son...! ¡Yo no tengo la culpa...!

Los labios de Lúa lo hicieron callar. Cuando Jordi notó cómo en el medio del beso se deslizaba un poco de cava desde

la boca de la periodista hasta la suya, entró en un trance que lo llevó directamente al jardín del Edén y pensó, en su éxtasis, que su plan había funcionado a las mil maravillas.



Pedro Mendiluce miró el estrecho calabozo de Lonzas, el catre, la oscuridad, y lanzó un largo suspiro. Allí ni siquiera le apetecía fumar uno de sus magníficos puros. No en un sitio como ese.

Aún no habían terminado de interrogarlo. Seguirían el día siguiente muy temprano. De repente, echó en falta

a Raquel. Ella lo hubiese sacado de allí a la media hora justa... O eso prefirió pensar.

Escuchó ruidos detrás la puerta, y también voces masculinas. Se tendió en el catre, maquinando la manera de salir indemne de aquel embrollo. Le habían presionado bien. Pero él se zafaba echando toda la culpa sobre el difunto Sebastián Delgado. Y tampoco estaba mintiendo de una forma descarada. En realidad. Delgado era el culpable de todo lo que le había pasado en los últimos días. Ese cretino se había dejado grabar en la fiesta y pillar con las manos en la masa en el secuestro de

Lúa. Se reprochó haber sido tan generoso con él y se juró no volver a cometer un error semejante... cuando saliera de allí.

Miró a la pared. Se fijó en las innumerables pintadas que los anteriores ocupantes habían realizado para dejar constancia de su encierro. Su dedo recorrió un corazón dibujado con todo detalle, con su flecha y dos nombres en su interior, Roberto y Manuela. Luego leyó otra pintada más pequeña, grabada en la pared con el canto de un objeto romo:

«Maderos cabrones».

Mendiluce se quedó mirando un rato

aquella frase. Luego, resignado, se dio la vuelta y se tapó la cabeza con la colcha de color ratonero que le habían dejado. Estaba totalmente destemplado. Pero no le apeteció rebajarse y pedir otra manta.



Lúa tecleaba sin apartar la vista de la pantalla del ordenador. Tenía que darse prisa para que salieran los detalles de la muerte del Artista en la edición en papel del día siguiente antes de que cerraran las rotativas. Aún estaba con la boca abierta. David García del Valle. Hijo no reconocido de Pedro Mendiluce. Por lo

visto, antes de ser derribado por la policía, se cargó a dos guardaespaldas del empresario delante de sus narices. Un acto de violencia brutal y audaz. Y antes de matar a Raquel Conde, también fue el causante de la muerte del secretario de Mendiluce, Sebastián Delgado, al que atravesó con un arpón en circunstancias no del todo claras. Aquello parecía una vendetta en toda regla. Tenía que hablar con Javier Sanjuán para que le explicase cuáles eran las verdaderas motivaciones de aquel asesino que primero mataba en Londres y luego había vuelto para provocar una carnicería. Se fijó en el

enorme reloj de la redacción: eran casi las doce de la noche, no era procedente llamarlo a aquella hora. Lo haría al día siguiente, con más calma.

La edición *online* ya mostraba los primeros retazos de su exclusiva.

Última hora: el Artista, abatido a tiros por la policía en la mansión de Pedro Mendiluce. El asesino en serie mató a dos personas antes de intentar acabar con la vida del conocido empresario coruñés.

Lúa volvió a leer el titular y sonrió.

A ver si así Carrasco le subía por fin el sueldo.

Capítulo 73. Amok

Miércoles, 23 de
junio

Iturriaga, sentado en la sala de reuniones, tomaba nota en una libreta de todos los puntos a tratar, con el pecho henchido de satisfacción. Con lo complejo que era atrapar a un asesino en serie, y todavía más a un asesino que actuaba en dos países, y ellos lo habían conseguido en un tiempo récord. Ya había recibido la felicitación del ministro de Interior mediante un

telegrama. No cabía en sí de gozo.

Recordó el día en que había decidido confiar en la inspectora Negro y se infló todavía más. Era cierto, aquel día había poca gente disponible, y Larrosa había claudicado antes de tiempo, dejándole vía libre a la inspectora. Pero eso no le quitaba mérito a su elección. Había apostado fuerte, con la oposición de más de un mando superior que consideraba a Valentina una chica problemática y con tendencia a saltarse las normas, y había ganado. Al final su «tendencia habitual a saltarse las normas» como figuraba en su expediente, resultó ser bastante

efectiva...

Cuando entró Sanjuán, seguido de Velasco, Iturriaga, haciendo una excepción a su actitud siempre reservada, se aproximó animoso hacia él para darle la mano.

• • •

Valentina terminó de redactar el informe para sus superiores. Tenía que haberlo escrito la noche anterior, pero estaba tan agotada que prefirió hacerlo a primera hora de la mañana. Lo imprimió. No le dio tiempo siquiera de repasarlo, porque Isabel fue a buscarla al despacho. Todo el mundo estaba ya en la sala, esperando

por ella.

La inspectora ladeó la cabeza. Le intrigaba ver a Isabel tan entera después de haberle descerrajado dos tiros a Del Valle la tarde anterior. No pudo evitar preguntarle cómo estaba.

—¿Por lo del Artista? —Se encogió de hombros—. Lo llevo bien, inspectora. Era un hijo de puta, un asesino de mujeres. Además... —Isabel ensombreció su habitual expresión alegre—, Del Valle no me dio ninguna opción; no podía consentir que cometiera un nuevo homicidio... —Y bajando la voz, añadió volviendo a su sonrisa habitual—..., por muy cabrón

que fuera esta vez su víctima.

Valentina la miró con una mezcla de admiración y tristeza inexplicable.

—Sí. Tienes razón, Isabel. Del Valle era un verdadero hijo de puta.

Medio minuto después, las dos entraban en la sala, y todos los presentes prorrumpieron en aplausos. Isabel se sentó para dejarle a Valentina toda la gloria. La cara de la inspectora se convirtió en un poema. Primero pálida, luego roja como un tomate. De refilón vio al fiscal Olmos y también a Sanjuán, que aplaudía con fuerza y la miraba con ojos brillantes, aunque continuaba sin abandonar aquel semblante de profunda

tristeza que lo atenazaba desde que asistió a la terrible escena del crimen que había preparado el Artista, según decía, «una escena dedicada especialmente para él». Pero en ese momento, con Del Valle ya muerto, jamás podrían resolver aquel enigma.



Larrosa explicaba con todo detalle lo que había contado Mendiluce en la sala de interrogatorios entre la noche anterior y la mañana. Estaba exultante. Tantos años sufriendo, siempre dos pasos por detrás, y al fin lo había visto contra las cuerdas. Por primera vez.

—Mendiluce ha resultado ser una mina de oro. Ha estado totalmente participativo y sincero. Daba gusto hablar con él. En suma, confirmó que David García del Valle es hijo suyo y de Sara García Del Valle, una antigua asalariada que trabajaba y vivía en su casa, y que finalmente se marchó con el niño a trabajar a Inglaterra. De todos modos, le hemos cogido una muestra de ADN para cotejarla con la de David, aunque está muy claro que dice la verdad. Desde que su madre se lo llevó a Londres siendo un crío, no volvió a verlo, aunque tenía noticias de su talento para la pintura. De hecho, parece ser

que Mendiluce compró para su colección algún que otro cuadro de su hijo, ya que le parecía un artista excelente, aunque no se dedicara profesionalmente a la pintura.

Valentina le indicó con un gesto que iba a intervenir.

—En efecto, nuestros colegas de Londres nos han dicho que solo unos pocos conocían esa faceta suya, y aún eran menos los que lo consideraban un pintor de mérito, aunque según me ha comentado Servant ha encontrado un par de galerías de arte fuera del circuito de las importantes que lo tenían en mucha estima, pero apenas exponía alguna obra

de vez en cuando.

Valentina le hizo un gesto a Larrosa para que continuara.

—Mendiluce afirma que Del Valle le confesó en la biblioteca haber matado a Lidia Naveira, a Sebastián Delgado y a Raquel Conde. Le dijo lo del arpón en los subterráneos que hay bajo la casa. También que Delgado y Raquel habían planeado el asesinato de Lúa Castro mientras se encontraba retenida y la posterior representación del crimen como si fuese obra del Artista. Ahora bien, no le explicó cómo lo supo, seguramente Del Valle siguió a Raquel para comprobar su rutina habitual y

escuchó alguna conversación entre ellos.

Valentina, que había estado muy pendiente de Sanjuán en la explicación de Larrosa, apreció la expresión demudada del criminólogo, que había palidecido como un muerto al escuchar los prolegómenos de la muerte de la que fuera su mujer.

El fiscal también miró a Sanjuán. Tenía un montón de preguntas que hacerle sobre David García del Valle.

—Señor Sanjuán. Sé que su contribución al caso ha sido muy importante. Visto lo visto, yo diría que crucial. Pero me gustaría que me resolviese un par de dudas que tengo

sobre ese hombre y su locura, si es que puede decirse que está loco, claro está... No sé lo que opinarán ustedes, los especialistas.

Sanjuán asintió, recuperando la compostura.

—Contestaré a lo que pueda, señor fiscal. Aunque me temo que ese hombre seguirá siendo un enigma para todos nosotros en muchos aspectos, particularmente ahora que ya no podrá contestar nunca a ninguna pregunta.

—¿Qué pudo pasarle en realidad a Del Valle para empezar semejante carrera de asesino?

Sanjuán intentó desbrozar sus ideas

del modo más sencillo posible, evitando adoptar un aire profesoral.

—Yo creo que el hecho crucial fue la niñez de Del Valle. Lo que debió de sufrir en la casa de Mendiluce, con su madre maltratada y quizá prostituida de forma habitual, lo marcó para siempre. La cocinera de aquellos años, Concha Fraga, nos explicó que Mendiluce la tenía en consideración durante los primeros años, pero que posteriormente, y sobre todo al nacer David, la fue relegando en sus tareas de secretaria personal y en su relación afectiva, llegando a un punto en que actuó con extrema crueldad, como ya sabemos. En

mi opinión, Sara Del Valle amaba de verdad a ese truhán, y probablemente esa crueldad la destrozó mucho más porque durante un tiempo pensó que ese hombre la quería y la necesitaba. Darse cuenta de que solo había jugado con ella y, peor aún, que la había utilizado como secretaria y puta de lujo, debió de destrozarla por dentro. Cuando se fue a Inglaterra estaba ya herida de muerte.

»Luego del suicidio de su madre, Del Valle no era sino un adolescente solo, en Londres, en manos de los servicios sociales... Debió de ser terrible para él. Creo estar en lo cierto si digo que el odio hacia su padre se

gestó durante muchos años, mientras vivía con familias de acogida... No sé. Ya nos lo dirán los investigadores británicos, que están en ello. Luego descubrió su talento y empezó a dedicarse al arte mucho más en serio.

»El catalizador de toda esa violencia interior debió de ser el *shock* que sufrió al enterarse de que Patricia Janz no era tan buena chica como parecía. Yo creo que se enamoró de una forma brutal y apasionada. Después de su madre, quizá Patricia fue su primer amor. Lo que ocurrió no lo sabemos, pero puede que al descubrir que ella en realidad era una «viciosa», todos los

traumas que había acumulado desde la infancia en la casa de Mendiluce salieran a la luz y provocaran un furibundo episodio de «amok».

Todos lo miraron con curiosidad.

Isabel fue la primera en satisfacerla.

—¿Qué significa exactamente «amok»?

—Significa «Furia ciega homicida», y describe a los sujetos que sienten una profunda turbulencia interior, un estado de rabia salvaje, que los dirige a matar hasta que cesa esa profunda conmoción. Normalmente se aplica a casos de asesinatos de mucha gente en un solo episodio, pero creo que el estado mental

enfebrecido de Del Valle se parecía mucho al de esos asesinos múltiples. Muchos se suicidan después de cometer los crímenes, y mi impresión es que morir estaba dentro de los planes del Artista, si con ello mataba a su padre. Por eso la presencia de los policías en el último momento no hizo en absoluto que depusiera su actitud, aun a sabiendas de que iba a morir.

—Pero aun así, matar a Patricia Janz de un modo tan horrible... Patricia no le había hecho nada... —comentó el fiscal.

—Por supuesto, Patricia no había cometido ningún crimen... pero sí para él. Al enamorarse de ella y descubrir

que su amada hacía las mismas cosas que había presenciado quizá en casa de su padre, toda su tristeza y sentimientos de fracaso se tornaron en una furia homicida: piénselo señor fiscal, Mendiluce había hecho de su madre una puta... ¡y acababa de descubrir que su novia también lo era! Así pues, Del Valle decidió acabar con Patricia de un modo creativo, haciendo realidad todas sus fantasías sádicas y artísticas. Eso le permitiría, al mismo tiempo, demostrar que no era un fracasado, sino un verdadero, un auténtico Artista. El intento de asesinato de Sue y el que desgraciadamente culminó con Floria no

fueron sino la prolongación de esa ira incontenible y sádica que había despertado Patricia, y su delito fue que formaban parte de esa sociedad de perversión igual que Patricia. Jaime Anido no fue sino un testigo molesto que había que silenciar, ya que estoy seguro de que sabía cosas de Del Valle por mediación de Patricia, de la que saben fue un compañero sexual muy intenso en las orgías de la Hermandad del Ruiseñor y la Rosa.

Sanjuán se detuvo unos segundos, ante la expectación de todos, y continuó.

—Culpó al fin de modo consciente a su padre de todos sus problemas,

especialmente de la muerte de su madre, y decidió acabar de una vez con él y con su entorno de vicio y perversión. Así que una vez satisfechas sus ansias homicidas en Londres, se trasladó aquí para terminar su obra. Y la verdad, casi lo consigue...

Olmos continuó con las preguntas.

—Otra cosa que no entiendo es qué hacía Lidia Naveira en el entorno de Pedro Mendiluce. Una chica joven, estudiosa, un perfil tan responsable... no me entra en la cabeza.

Intervino Valentina.

—Eso tiene una explicación más fácil. A muchas chicas muy jóvenes les

gustan los hombres poderosos... los que hacen parecer a los chicos de su edad unos perfectos patanes. A ella le gustaba el arte, la cultura... Mendiluce no es tonto, y además, es un hombre refinado, capaz de seducir con su conversación y su trato exquisitos. Por otra parte, no debemos olvidar el lujo que lo rodeaba, y para una chiquilla todo eso podía constituir un gran atractivo, aunque ella procediera de una buena familia. — Valentina suspiró, porque en realidad ¿quién podía saber a ciencia cierta por qué se enamora una adolescente? Por otra parte, había algo que la preocupaba, y lo dijo en voz alta para obtener el

beneplácito de sus jefes—. Lo que más me preocupa es que Lidia era menor, así que, salvo que opinen lo contrario — miró a su jefe y al fiscal—, creo que todo el asunto de sus vínculos con Mendiluce no debería salir a la luz.

Iturriaga reflexionó unos instantes y fue el primero en hablar.

—A mí me parece bien, si el señor fiscal no se opone, inspectora. —Miró a Olmos, quien asintió—. Ni tampoco tienen por qué saberse sus vínculos con Sebastián Delgado... Este hombre está muerto, y nadie va a preguntar por esa relación.

—Es muy probable que Delgado

insistiera en acostarse con ella. Lidia era una chica muy hermosa, una belleza muy exótica... Quizá incluso quiso convencerla para que entrara en su red de prostitución, a saber... —Sanjuán añadió, pensativo. En realidad, Lidia seguía siendo para él un punto borroso en todo aquel rompecabezas. Una pieza que encajaba un poco a la fuerza en el puzle, una pieza cuyos colores y forma casi coinciden, pero que no acaba de resultar convincente.

—Y esto nos lleva a Delgado —continuó el criminólogo—. Una vez en Coruña, Del Valle consideró que tenía que eliminar a todos los perversos que

rodeaban a su padre primero, y al propio Mendiluce después. A Delgado le tenía muchas ganas desde que era niño... por las razones que ya sabemos. Por eso su muerte fue particularmente infamante: atravesado con un arpón, como un bicho al que se da caza.

Larrosa intervino, interrumpiéndolo.

—Mendiluce afirmó que Delgado y Raquel estaban liados en secreto desde hacía tiempo. Cómo se enteró el Artista de ese detalle es un misterio añadido. Quizá cuando empezó a seguir a Raquel...

Sanjuán no evidenció ninguna emoción al continuar con sus

explicaciones, pero en su interior algo se removió y le produjo angustia. Valentina reconoció que su voz en ese momento era un poco más apagada.

—Del Valle condenó a Raquel Conde por su evidente perversidad y falta de escrúpulos. No todas las personas que estuviesen cerca de Mendiluce merecían ser ejecutadas según su juicio sumarísimo. Solo las que él consideraba «dignas» de su trato especial. David del Valle llegó a creerse invencible. Mataba una y otra vez y la policía no era capaz de pararlo, así que se confió. Cada vez se veía más omnipotente en su impunidad, como si

Dios estuviese guiando sus pasos vengadores, convertido en su brazo ejecutor.

Aurelio Olmos asintió. Lo que decía Sanjuán tenía mucho sentido.

—Podemos estar seguros, entonces, de que las declaraciones de Pedro Mendiluce son ciertas en lo que respecta a su hijo. Ahora falta cotejar las pruebas de ADN.

Velasco hizo un gesto para hablar.

—Los del laboratorio ya tienen procesada la secuencia del cabello encontrado ayer sobre el cuerpo de Raquel. Ahora solo falta compararla con las muestras de Del Valle... Si dan

positivo, tendremos por fin una prueba irrefutable de su presencia en la escena del crimen.

Iturriaga volvió a mirarlos con orgullo.

—Quiero darles la enhorabuena a todos. He recibido esta mañana un telegrama del ministerio del Interior. Nos felicita el propio ministro.

Se oyó un murmullo de aprobación entre los policías. Sanjuán se levantó y empezó a recoger sus cosas.

—Siento tener que marcharme ya, pero en un rato va a ser el entierro de Raquel Conde y me gustaría acudir.

Iturriaga asintió con un gesto, se

levantó y se acercó a Sanjuán. Le tendió la mano y le dijo en voz queda.

—Jamás podré agradeceréselo lo suficiente, su participación en este caso. No nos falte esta noche.

Sanjuán esbozó algo parecido a una sonrisa.

—No, no faltaré. Siempre me ha gustado mucho celebrar la noche de San Juan...



Lúa emitió un gruñido de satisfacción cuando colgó el teléfono. El director acababa de felicitarla con grandes aspavientos y quería verla al día

siguiente en el periódico, en Sabón. Seguro que querían subirle el sueldo. Se lo merecía. Hasta había puesto en riesgo su pellejo para conseguir aquellas noticias tan sabrosas.

Se estiró en la silla, dispuesta a hacer el vago el resto de la mañana, hasta que de repente se acordó de que tenía que ir a cubrir el entierro de Raquel Conde.

Llamó a Jordi por teléfono para emplazarlo en el cementerio de San Amaro en menos de tres cuartos de hora. Por supuesto, el gafapasta obedeció. Era capaz de abandonar una sesión de fotos con Scarlett Johansson desnuda solo

para estar con ella.

Y tenía que reconocer que eso a ella le subía mucho el ego.

• • •

Sanjuán tiró el cigarrillo apagado en una papelera que había en la puerta del cementerio de San Amaro. Luego se acercó a saludar a Erika, la hermana menor de Raquel, que lo miró con sorpresa y fue a abrazarlo con fuerza. A Sanjuán le dio un vuelco el corazón al verla: era igual que su hermana, pero con el pelo largo, más oscuro, y el aspecto mucho más desenfadado. Pero el parecido saltaba a la vista y hacía daño.

Erika le dio dos besos, apretándolo contra ella. Lo miró, y él se dio cuenta de que tenía los ojos rojos e hinchados de tanto llorar.

—Javier. Por Dios. ¡Cuánto tiempo, por favor! ¡Qué ganas tenía de verte!

—Hola, Erika. Yo también tenía ganas de verte. —La apartó un segundo y sonrió—. No has cambiado nada... Estás igual que siempre.

—No digas eso... estoy horrible. Mira qué ojeras. —Esbozó una mueca forzada que quería ser risa, pero que quedó en nada—. Es horrible, Javier. Había cambiado mucho estos últimos tiempos. Su relación con Mendiluce

estaba convirtiéndola en una mujer desconocida... Pero, a pesar de todo, aunque pensaba que podía meterse en algún lío, nunca pude imaginar que acabaría así.

—Sí... La vi varias veces mientras estuve en Coruña. Me di cuenta de cosas.

—El dinero la volvió distinta. Y ese ser repugnante con el que solía salir, Delgado. Cada vez que la veía con él... Te he visto en el periódico, Javier. Has estado colaborando con lo de ese asesino... —De pronto Erika empezó a sollozar—. Si hubiese seguido casada contigo, nunca habría pasado algo así.

Sanjuán la abrazó y la consoló.

—Ahora ya descansa en paz, Erika.

Todo ha sido un cúmulo de terrible mala suerte. —Sanjuán volvió a notar en su pecho la sensación de culpa, dura y rugosa como el cemento, que llevaba persiguiéndole desde el día de la muerte de Raquel.

—Raquel siempre quiso que la incineraran, pero el juez no lo ha permitido, por si hace falta... ya me entiendes. Podemos sentirnos satisfechos porque nos la hayan dado tan pronto.

El marido de Erika se acercó con cara de circunstancias, dio la mano a

Sanjuán, en silencio, y rodeó por los hombros a su esposa.

—Cariño, ya viene el coche fúnebre. Vamos.

—Te dejo, Javier. Tengo que hablar con el cura y con los operarios...

Sanjuán se fijó en que había poca gente esperando en la puerta del cementerio. Cinco o seis personas, probablemente sus compañeros de trabajo, por sus trajes de rayas y las faldas de tubo elegantes. Los padres de Raquel habían muerto hacía algún tiempo, y la única familia que le quedaba en la ciudad era su hermana y su cuñado, que se habían encargado de

todos los trámites del entierro. Sanjuán vio con pena cómo colocaban el ataúd en un carro con ruedas y lo bajaban por las escaleras hacia el pasillo principal del cementerio, adornado con estatuas de ángeles que lo escrutaban desdeñosamente desde sus altares de mármol. Desde detrás de una fila de tumbas, vio a Lúa Castro y a Jordi, que lo miraron con aspecto grave. Jordi, a instancias de la periodista, bajó la cámara de fotos cuando él pasó.

Sanjuán llevaba una rosa en la mano. La dejaría en la tumba como homenaje a un pasado que regresó durante unos días para volver a romperle el corazón.

Christian puso la voz engolada, como si se tratase de un ministro.

—Enhorabuena, inspectora Negro. Estoy realmente impresionado. Acabo de leer las noticias en internet. Por cierto, en la foto sales mucho más favorecida que en la realidad. Tengo que decirte que para ser una sabuesa de provincias... no está nada mal.

Valentina sonrió. Christian y sus guasas siempre la ponían de buen humor.

—Gracias, profesor. Y haz el favor de llamarme Valentina. Que quede claro: no he sido yo la que lo ha cazado. Ha

sido Isabel, una compañera. Lo de ser de provincias vamos a dejarlo...

La voz de Morgado sonó casi seria por el móvil.

—No te quites méritos, Valentina. Sé perfectamente que has sido tú la que ha cazado al Artista. La única y genial Jessica Fletcher de Lonzas.

—Por favor, Christian. Jessica Fletcher... Ya me gustaría ser tan sagaz como Angela Lansbury. Déjalo en «La mujer policía».

—¿Qué dices? Eres demasiado joven para acordarte de esa serie, Valentina. Yo era un crío muy pequeño cuando la ponían, sobre finales de los

setenta... Pero bueno, vamos al grano. Ya hablaremos otro día de series favoritas. ¿Qué haces esta noche? Te recuerdo que es San Juan... Si no tienes compromiso, me gustaría invitarte a la fiesta que hacemos unos colegas de la universidad... Vamos a tener sardinas, cerveza, vino barato y muchas hogueras para saltar. Suena prometedor.

—Lo siento, Christian, pero hoy mi jefe nos ha invitado a todos a su chalet para celebrar el éxito del caso, por decirlo así. Y he dado mi palabra de boy scout de que no faltaré. Otro día...

—Vaya. Qué lástima. Llego tarde. Pero bueno, ahora que supongo que

estarás un poco más liberada, podré invitarte algún día a cenar, digo yo...

—Cuando quieras. A partir del viernes. Aún hay mucho trabajo que hacer, muchos cabos que atar... todo eso. Jessica Fletcher, ya sabes.

Cuando colgó, un cuarto de hora después, Valentina se dio cuenta de que era la primera vez que sonreía desde hacía muchos días.



Irina notaba la cara iluminada, feliz. Hacía casi un mes que no hablaba con sus padres ni con su hermana pequeña, pero aquella tarde se había resarcido

con creces desde casa de Freddy. Estaba tan contenta... Hacía dos años que no los veía, desde que había llegado a España buscando un camino en el que prosperar. Y había que poner remedio a eso. Al fin se sentía libre, podía contarles cosas, ser ella misma, sin cortapisas ni mentiras. La muerte de Delgado la había convertido en otra persona. Y también podía disfrutar de una familia más o menos normal, como la de su novio, después de dos años de penalidades. Había llegado el momento de viajar. Volver a su tierra, ver a sus amigos, al perro al que tanto añoraba. En el momento en el que terminase de

declarar, se iría de vacaciones y se llevaría a Freddy con ella, si le dejaba su hermana, claro... Aunque después de todo lo que había pasado, se lo merecía. Se lo merecían los dos.

Por la noche habían quedado con los amigos de Freddy para ir al Orzán a las hogueras. Nunca había disfrutado de una noche de San Juan en La Coruña, estaba siempre o trabajando, o encerrada en casa. Pero por vez primera en muchos años la fortuna parecía estar de su parte. Irina se había puesto unos vaqueros raídos, unas All Star, una camiseta y una sudadera, ropa que iría a la lavadora nada más llegar a casa, para evitar que

el olor a ceniza y a sardinas apestará toda la habitación. Estaba harta de tacones y vestidos ceñidos, de maquillaje excesivo y de aquella obligación de estar siempre sexy. Aquel día no hacía ninguna falta. Lo que le apetecía era estar cómoda y apoyarse en el hombro de Freddy mientras bebían cerveza y se hacían unos cubatas después del churrasco. Por eso abrió los ojos como platos cuando vio salir a Valentina de la habitación, los ojos y los labios pintados, las largas piernas apenas cubiertas con una vertiginosa minifalda vaquera, y un blusón de color crema bastante escotado, adornado con

un collar de perlas finas de bisutería.

—Estás preciosa, Valentina. — Acostumbrada a verla de uniforme, o con ropa claramente masculina, la joven rusa no daba crédito a la deslumbrante belleza de Valentina, ya que siempre se encargaba de disimular lo máximo posible su atractivo físico.

—Gracias. —Valentina le ofreció una sonrisa cálida—. Tú también, mucho mejor que con esos vestidos y los tacones imposibles. —Le enseñó las sandalias de tacón—. No sé cómo puedes andar con algo así. Es insoportable. Menos mal que no voy a llevar la moto, ¿te imaginas con esta

minifalda? Por cierto, ¿dónde está Freddy?

—Está en la cocina, con tu padre. Están discutiendo porque no quiere darle un par de botellas de ron Bacardi que hay en el bar para el botellón de después.

Valentina se rio.

—Papá es abstemio convencido después de lo del accidente. Pero yo sé que no vais a coger el coche... para ir a la playa no va a haceros falta. Así que voy a la cocina a convencerlo de que le deje las botellas, y si no, ya me las arreglaré yo para darle alguna bajo manga... Que no se diga que los Negro

somos unos tacaños.

Capítulo 74. La noche de San Juan

«He cometido el peor de los pecados que un hombre puede cometer. No he sido feliz. Que los glaciares del olvido me arrastren y me pierdan, despiadados».

El Remordimiento.

Jorge Luis Borges

Miércoles, 23 de junio

Iturriaga esperaba con paciencia sentado

al volante de su flamante Audi A6 a que saliera Valentina del portal de su casa. A su lado, Sanjuán, que pugnaba por mantener bien escondida su tormenta emocional, intentaba poner cara de póquer y responder con cierta gracia a todos los comentarios de un Iturriaga exaltado y muy distinto al que estaba acostumbrado a tratar habitualmente. Tenía unas ganas locas de fumarse un cigarrillo, pero no se atrevió a pedirle a Iturriaga permiso para hacerlo en el recién estrenado vehículo que aún olía a nuevo.

Cuando al fin salió, diez minutos después, Iturriaga masculló algo

ininteligible al observar el conjunto de minifalda y blusón escotado que Valentina se había puesto para la cena. Levaba una fina chaqueta de color azul. Al entrar en el asiento de atrás, enseñó con orgullo una botella de Rioja que llevaba escondida en el enorme bolso.

—Es un reserva fantástico que tenía mi padre guardado para una ocasión especial. Se lo he robado sin que se entere. —Rio con una carcajada cristalina—. Y creo que la ocasión lo merece de verdad.

—Pero Valentina, no tenías por qué traer nada, en serio... —Iturriaga sacudió la cabeza y puso el intermitente,

dispuesto a salir de la doble fila en cuando pasara una gran cantidad de coches. El tráfico era intenso, y las calles estaban repletas de críos y no tan críos que transportaban grandes palés de madera en los contenedores, camino de las playas.

—No sabía que en Coruña hubiese tanta tradición. —Sanjuán miró hacia atrás para hablar con Valentina, intentando no fijarse de una forma demasiado evidente en el escote que se ofrecía ante sus ojos. De repente, se acordó de Londres y sintió una oleada de deseo, que frenó como pudo—. Pensé que era una fiesta típicamente

mediterránea...

Valentina frunció el ceño de forma cómica.

—¿De verdad que no sabías que aquí es la fiesta más importante del año? ¡Si salen las hogueras todos los años en televisión!, Sanjuán, por favor.

Sanjuán se encogió de hombros y esbozó una media sonrisa.

—¿De veras? Lamento exhibir mi ignorancia, lo cierto es que soy un poco desastre para esas cosas...

• • •

El chalet de Iturriaga estaba situado justo a un lado de la pequeña cala de

Canide. Desde la amplia terraza ajardinada, se podía vislumbrar una hermosa vista de La Coruña, y curiosamente, también de la bahía de Mera y, por tanto, de las posesiones de Pedro Mendiluce. Valentina pensó en el empresario, confinado en la celda, mientras bebía un sorbo de vino tinto en una copa, y experimentó una gran satisfacción, como si al fin, por unos instantes, hubiera algo de justicia en el mundo. Las luces de la casa estaban apagadas. Después de todo lo que había pasado allí dentro, la calma parecía reinar al fin en aquella mansión, aunque, reflexionó, quizá quedarán entre sus

muros los lamentos de tantas almas atormentadas que habían escrito su historia con episodios de dolor y violencia.

Hacía una noche perfecta para celebrar la llegada del verano. Los negros nubarrones ya habían descargado toda su fuerza el día anterior, y la luna casi llena iluminaba el mar con un precioso reflejo dorado. Valentina vio que, a lo lejos, las primeras hogueras, las más pequeñas, empezaban a iluminar puntos dispersos a lo largo de toda la costa. Siempre le había gustado aquella noche, desde muy pequeña, cuando bajaba con sus padres y su hermano a

ver las hogueras por toda la ciudad. Al llegar a la playa, quemaban el ramo del año anterior y alguna prenda de ropa vieja para deshacerse de las energías negativas, como decía su abuela. No se había olvidado de la vieja tradición, y en el bolso llevaba una camiseta gastada para tirar a la hoguera.

Uno de los dos perros de Iturriaga, una basset, se le acercó, moviendo el rabo. Valentina se agachó para acariciarla, pero ella buscaba algo sabroso de comer. El olor a churrasco y a sardinas se estaba expandiendo por toda la finca, y el estómago de Valentina empezó también a solicitar algo de

alimento. La perra jugueteó un momento entre sus piernas y luego salió corriendo hacia las puertas de vidrio que daban hacia el jardín.

Sanjuán salió fuera a buscarla. Se detuvo y la admiró un momento: era como una diosa celta bajo la luz de la luna. Ella sonrió y bebió otro trago de vino.

—Valentina. —Se dirigió a ella con solemnidad. Estaba mucho más animado que por la mañana, la copa de vino blanco en la mano—. ¿Qué haces aquí sola? La cena ya está lista. Me han mandado a buscarte antes de que esa pandilla de devoradores que tienes por

compañeros de trabajo acaben con toda la comida que hay en la mesa.

—Estoy mirando el mar. Está precioso. Me encanta cómo huele, a salitre y a algas. Y las hogueras. Fíjate. Allí hay un par de ellas. En la cala que está debajo del faro.

Sanjuán se acercó y se colocó a su lado.

—La verdad es que la noche está preciosa.

Valentina señaló hacia la bahía de La Coruña.

—Sir Francis Drake, el pirata inglés maldito, vino por aquí para intentar conquistar la ciudad con el *Golden*

Hind, su famoso galeón, la *Cierva Dorada*. Bonita manera de distraerse, venir hasta Coruña a tocar las narices, ¿verdad? Pero al final acabó huyendo como una rata con todo su poderío de cañones y tropas. María Pita fue la causante de su derrota... una mujer, ¿te imaginas? Qué humillante.

—Es verdad, la heroína coruñesa...
—dijo Sanjuán, que recordaba vagamente ese episodio.

—Ni siquiera lo dejamos desembarcar en la ciudad al pobre pirata, así que tuvo que variar la ruta de su flota e irse a saquear otras tierras.

Sanjuán se dio cuenta de que la

mirada de Valentina brillaba y la sonrisa se había acentuado con la cercanía de él. Estaba tan hermosa que le hacía daño mirarla, así que decidió ponerse a salvo y agarrarla del brazo para llevarla a la mesa de madera que habían instalado debajo de una carpa, al lado de la piscina.



—Por la inspectora Negro, la mujer que ha logrado capturar al Artista... — hizo una pausa dramática a propósito— y también a Mendiluce, esperemos... — Iturriaga se levantó del banco y brindó con una copa de cava. Los demás se

levantaron y brindaron con él.

—Y por Javier Sanjuán. Sin él aún estaríamos mirando las fotos de la escena del crimen sin enterarnos de nada. —Valentina no pudo evitar el chascarrillo. Todos volvieron a entrechocar las copas, riéndose, mientras la mujer de Iturriaga, Sofía, entraba en la casa para buscar en el frigorífico más bebidas y el postre. Isabel la acompañó, seguida de su novio, que era un policía local bien parecido y muy dispuesto a hacer todo tipo de churrascos con habilidad, como demostraban los huesos casi pelados que roían los dos perros, un poco

apartados de la mesa.

—Ya es la hora de encender la hoguera, ¿no? Son casi las doce de la noche... —Velasco parecía emocionado como un niño pequeño con la perspectiva de encender el fuego. Echaba de menos a Bodelón, que no había podido ir a la cena al tener que cuidar a su prole, ya que su mujer hacía guardia. Y también a su novio, que en dos semanas volvía de Cataluña a pasar unos días. No podía contar los minutos para verlo.

—Espera a que tomemos el postre, Manu. Luego te dejaremos encender la hoguera a ti solito. —Un divertido

Iturriaga encendió un cigarrillo y expelió el humo con placer. Larrosa se levantó. Quería ir con su mujer a pasear por Coruña y se le estaba haciendo muy tarde.

—Tengo que irme, me espera mi santa mujer en la playa de Riazor. Y con el tráfico y las calles cortadas, voy a tardar un buen rato en llegar hasta allí.

Todos empezaron a insistir en que esperase un poco. Ya estaban algo achispados y con ganas de juerga, así que Larrosa tuvo que llamar a su esposa y decirle que iba a retrasarse un poco.

—No pienso beber un trago más. Me ha dicho un pajarito que la Guardia

Civil ha colocado un control en la entrada de la ciudad...

Iturriaga lo miró con los ojos fulgurantes.

—¿Y te lo tenías tan callado? ¡Serás cabrón!

Valentina se levantó de la mesa un momento para ir al baño y retocarse el maquillaje. Se fijó de camino en que el chalet de su jefe estaba decorado con gusto y sobriedad, reflejando casi su forma de ser al milímetro. Maderas oscuras, rústicas, piedra casi sin tallar. Estaba segura de que los toques de color y los cuadros vanguardista eran detalles que se le habían ocurrido a Sofía para

provocar un poco de caos en el orden marcial de su marido.

Cuando se miró al espejo, se vio distinta: la mirada brillante y las mejillas sonrosadas del vino y la emoción. Sacó un lápiz de labios del bolso.

Mientras se pintaba los labios, se dio cuenta de que la embargaba un deseo profundo y extraño, quizá producido por los vapores del alcohol, el delicioso cava que Iturriaga les había servido una y otra vez.

Necesitaba sobre todas las cosas hacer el amor con Javier Sanjuán.

Sanjuán se miró los pantalones y los sacudió. Había saltado la hoguera.

—Tiene que ser un número impar, recuerda, le dijo Velasco. —Pero no las tenía todas consigo de que hubiese salvado las llamas sin ningún percance grave en los vaqueros. Valentina lo agarró por el brazo y le lanzó otra de las miradas intensas que llevaba toda la noche procurándole, o eso era lo que a él le pareció mientras comían.

—¿Vamos a dar un paseo? Aquí abajo hay una cala preciosa. ¿Te has fijado? El chalet da justo a las escaleras

de madera. Es como tener una playa particular. La verdad es que el refugio de Iturriaga es precioso. La gracia es que desde aquí se ve perfectamente la casa de Mendiluce. No hay forma de librarse de él...

Sanjuán asintió. El paisaje era hipnótico. Y la noche no demasiado calurosa, pero con una chaqueta se aguantaba bien el fresco.

—Vamos entonces. Así me despejo un poco...

Los dos salieron por la puerta de atrás del muro y empezaron a bajar las empinadas escaleras de madera rodeadas de hiedra que daban a la cala

solitaria. La luna, llena y espléndida, ya estaba muy alta en el cielo, y rielaba en el mar, creando un sinfín de perlas plateadas sobre la oscuridad. Eran las doce de la noche, y los fuegos artificiales de la playa de Riazor empezaron a pintar a lo lejos el cielo de colores y el aire de sonidos que iban y venían según la brisa.

Valentina se sentó en un tronco caído en el medio de la playa, al lado de una fogata abandonada que aún humeaba. Sus moteados ojos grises reflejaron por un momento las brasas y luego se clavaron en Sanjuán que permanecía de pie, mirando los fuegos, sin decidirse.

Ella golpeó el tronco, animándolo a que se sentara a su lado. Permanecieron un rato en silencio.

El corazón de Sanjuán empezó a golpearle el pecho cuando Valentina acercó su cara a la suya y lo besó con delicadeza. Él no respondió al beso al principio.

«Joder, me voy mañana».

—Valentina, yo, tengo que...

Pero Valentina no hizo caso y siguió besándolo, con los ojos cerrados y cada vez de forma más apasionada, mordiéndole los labios, de modo que Sanjuán abrió la boca y se dejó llevar, totalmente embriagado con el aliento de

Valentina y su lengua, sus manos que recorrían su cuerpo, sus pechos firmes y grandes, que él se encargó de liberar bajo aquella blusa que llevaba provocándole toda la cena...

Valentina parecía presa de un deseo frenético, brutal. Le quitó la chaqueta y la camisa, y los dos cayeron sobre la arena, semidesnudos y poseídos por un afán devorador que luego, días más tarde, Sanjuán achacaría principalmente a las tensiones terribles que habían soportado durante los últimos tiempos.

Valentina bajó hacia los pantalones y los desabrochó, mientras lo miraba con una expresión totalmente perversa en los

ojos, que sorprendió a Sanjuán. Luego, le quitó los bóxer y se introdujo el pene erecto en la boca.

Sanjuán lanzó un largo suspiro y agarró con fuerza la espesa melena negra de Valentina, desfalleciendo al ver y sentir la boca acariciar su miembro una y otra vez.

Al cabo de un rato, Valentina trepó por su cuerpo y volvió a besarle con profundidad, recorriendo su boca con delectación, mientras su mano acariciaba el pene primero con suavidad, luego con más fuerza, llevándolo al éxtasis con lentitud. Sanjuán se volvió totalmente loco. Los

pezones oscuros de Valentina se mostraron delante de sus ojos con todo su esplendor, y él los atrapó con sus dientes y empezó a chupar y a succionar, perdido en un descontrol de los instintos más primitivos. Ella clavó las uñas en su espalda, en su nuca, acarició el pelo, apretándolo contra ella como si quisiera fundirse en su cuerpo por completo. Luego, se sentó encima de él, penetrándose ella misma sin más preámbulos, guiando con la mano el pene hasta la entrada de la vagina e iniciando una frenética cabalgada hacia el orgasmo, los pechos llenos bamboleándose libres.

Sanjuán gimió ante semejante espectáculo, presa del más absoluto placer. Valentina continuó su cabalgada durante unos minutos interminables, hasta que Sanjuán la apartó suavemente y la tiró sobre la arena húmeda y fría. Ninguno de los dos notó el fresco de la noche: rápidamente él volvió a penetrarla con fuerza, mientras lamía su oreja y le susurraba al oído cosas ininteligibles. Valentina volvió a morderle los labios, y apretó sus piernas fibrosas sobre las nalgas de Sanjuán, haciendo que la penetración fuese más y más profunda, y más rápida, hasta que el orgasmo simultáneo acalló los gemidos

y los suspiros de pasión desbordada.



—¿Dónde están Sanjuán y Valentina?

—Isabel lanzó una de sus miradas pícaras a su alrededor, mientras se tomaba un chupito de Baileys a pequeños sorbos.

—Es verdad. ¿Dónde estarán? — Velasco empezó a seguirle la broma. Todos habían notado cómo la miraba él durante la cena. No le había quitado ojo de encima, y no era nada anormal: Valentina estaba deslumbrante aquella noche. Garcés se encogió de hombros y le pasó el brazo por el hombro a su

novia. ¿Qué más daba dónde estuvieran los dos? Ya eran mayorcitos para cuidarse solos...

Sofía sonrió y fue a por agua para los perros, que saltaban nerviosos alrededor de ella. No dijo nada, pero los había visto bajar a la cala justo antes de que empezaran los fuegos artificiales.



Valentina se puso el blusón y la fina chaqueta azul. Estaba empezando a notar algo de frío después de estar tirada en la arena durante un buen rato. Sonrió a Sanjuán con entrega, feliz, exultante después de haber hecho el amor con él.

Pero él parecía ausente. De pronto, se había quedado en silencio, y la miraba de soslayo, sin atreverse a enfrentar la mirada.

—¿Qué te pasa? —Valentina se acercó. Ya estaba vestido, sentado en el tronco. Removía los rescoldos de la hoguera con una rama que encontró al lado del fuego, sin consumir.

—Valentina... yo... —lo soltó de pronto, como un mazazo—. Me voy mañana por la mañana a Valencia. No había tenido la oportunidad de contártelo antes, lo siento.

Valentina acusó el golpe, pero no lo demostró.

—¿Mañana? ¿Ya? ¿Tan pronto?

—Sí. —Sanjuán se sumió en un silencio espeso y triste que duró unos segundos—. Lo de Raquel ha sido muy duro para mí. Necesito salir de aquí. Meditar lo que ha pasado. Tengo mucho que hacer en Valencia, además.

Valentina sacudió la cabeza, extrañada

—¿Mucho que hacer? ¿De repente? Pero si estás en tu año sabático...

—Tengo consultas que atender. Preparar congresos, conferencias, el programa de televisión... Date cuenta de que llevo aquí un montón de tiempo.

—Ya. —Valentina empezó a darse

cuenta de lo que estaba diciendo Sanjuán, de su tono de voz frío, distante, pero su mente se negaba a procesarlo. Y menos después de haber follado apasionadamente hacía un momento...

—... tengo que recoger a mi gata, que está en casa de unos amigos...

—¿Gata? No sabía que tenías una gata... —Valentina tragó saliva. Sentía como si el suelo fuese a tragársela de un momento a otro, hacia un abismo sin posibilidad alguna de salvación.

—Pero... imagino que volveremos a vernos pronto, ¿no? —Se escuchó el tono de voz y le sonó patético, tembloroso. Quería morir.

Sanjuán la abrazó durante unos segundos. Ella dejó los brazos muertos, a los lados del cuerpo. Luego la miró con una mezcla de pesadumbre forzada, inexplicable para ella. Dirigió la vista hacia el mar.

—Valentina, yo... no creo que volvamos a vernos de nuevo. —Se enfrentó a la mirada gris de Valentina, a los ojos que parecían a punto de llenarse de lágrimas, pero fue capaz de decirlo, a pesar de que algo en su vientre había formado un nudo duro como el hierro—. No creo que sea una buena idea seguir con esto...

Valentina se levantó del tronco y

permaneció unos segundos de pie, mirándolo sin hablar. Luego se alejó, caminando rápidamente por la arena hacia las escaleras de madera.

La vio subir hasta la puerta de cristal blindado y abrirla.

Cuando la cerró tras de sí, Sanjuán sintió como si sobre su cuerpo inerte hubiesen cerrado un ataúd.

Cuarta parte: Redención

«Lleno de anhelo elevo mi mirada a una
mujer

desde la profunda negrura de la noche;
pero la insidia de Satanás, ¡ay!,
hace que mi corazón palpite siempre
para atormentarme.

¿Puedo yo, desdichado,
llamar amor a este sombrío fuego que
siento arder aquí dentro?»

El holandés errante.

Richard Wagner

Capítulo 75. La ofensa

Santiago de
Compostela,
noviembre del año
2000,
Centro Galego de Arte
Contemporánea

—No, ni de broma. —Pedro Mendiluce negaba con grandes aspavientos y amenazaba con levantarse de la mesa en donde se habían reunido —. Si nombran a este impresentable director del museo, retiro los fondos y

todas las subvenciones. ¿A quién se le ha ocurrido proponerlo?

Los otros lo miraban con asombro, casi sin atreverse a articular palabra. Al fin, la conselleira de Cultura, María Xosé Navas, se atrevió a enfrentarse a un Mendiluce furioso, con el cabello revuelto y la vena del cuello marcada hasta casi explotar.

—Es el candidato idóneo, Pedro. Por favor, siéntate y tranquilízate. Ya sabes que aquí se terminará haciendo lo que tú quieras, pero siéntate. Hablemos, por favor.

—No hay nada que hablar. — Mendiluce accedió al fin a sentarse, de

mala gana—. Este tipo no, y punto. Si vais a utilizar mi dinero y mis fondos artísticos, se hará lo que yo diga, joder. No creo que os cueste tanto aceptar a mi candidata. Es lista, es guapa y además, es licenciada en Historia del Arte, con un MBA. No creo que haga falta nada más.

—El curriculum de...

—El curriculum me la trae al fresco, ¡joder! Quiero que metáis a mi candidata y punto. Al otro, que le den morcilla, por mucho curriculum y mucho talento que tenga. No quiero verlo ni en pintura, ¿de acuerdo? —y dijo esto acompañado de un gesto de su mano derecha,

señalando con el dedo índice a la conselleira, que soportaba la humillación tragando saliva, la cara roja.

Pedro Mendiluce miró luego a los asistentes a la reunión con ojos furiosos, haciendo ostensible su desprecio a todos ellos. Luego buscó en su bolsillo de la chaqueta de Calvin Klein un Cohiba y lo encendió.

—Bien. Ahora que al fin estamos todos de acuerdo, vamos a sentarnos a negociar.

Capítulo 76. El encuentro

Londres, Octubre de
2008, Barbican Centre

Cuando estaba recogiendo sus papeles y el portátil, vio acercarse a aquel hombre bien parecido, delgado, vestido de negro, con aquellos enormes ojos claros, esbozó una media sonrisa y esperó a ver qué tenía que ofrecerle.

—Me llamo Héctor del Valle —se presentó en perfecto castellano, y le estrechó la mano con fuerza—, y soy de La Coruña. Aunque vivo en Londres

desde hace años ya... —El joven tenía una voz bien timbrada, agradable, aunque revestida de un ligero deje metálico—. He seguido muy de cerca tus trabajos desde hace tiempo, y me encantan. La ponencia de hoy ha sido maravillosa —sacó una cámara—, la he grabado.

Se sintió halagado. Le gustaba aquel chico. Era muy atractivo, y además, parecía mirarlo con una especie de ansia febril que él sabía detectar perfectamente al vuelo.

—Gracias, es un honor. Por lo menos le ha gustado a alguien. Los británicos suelen ser gente muy poco

entusiasta, salvo en el fútbol, claro — dijo, esbozando una media sonrisa muy acogedora y ofreciéndole la mano.

—La similitud entre el doctor Mabuse y Hannibal Lecter ha sido impactante, ¡todo un hallazgo mezclar los fotogramas de las facciones de Rudolf Klein-Rogge con las de Anthony Hopkins! Yo siempre lo había pensado. De hecho, tengo una serie de dibujos sobre el cine de Fritz Lang y el expresionista en general que me gustaría que vieras... si no te importa, claro. — La voz de Héctor pareció suplicar durante un instante fugaz— No te robaré mucho tiempo.

Sus ojos le lanzaron un relámpago de coquetería intensa. Sonrió, esa vez de forma mucho más abierta.

—No tengo nada que hacer hasta mañana por la mañana. Estaré encantado de ver tus dibujos. Y si quieres, luego podemos ir a comer juntos. Conozco un restaurante italiano maravilloso, cerca de St. Martin-in-the-Fields...

Capítulo 77. San Amaro

HAMLET: ¿A quién van a enterrar ahí?

SEPULTURERO: A una que fue mujer, señor; pero está muerta, descanse en paz.

Hamlet, acto V escena

1. Shakespeare

Lunes, 20 de
diciembre

Manuel Naveira bajó las escaleras del cementerio con un enorme ramo de flores que había comprado, como hacía

siempre, en la floristería que estaba enfrente de San Amaro.

Todas las semanas iba por lo menos una vez a visitar la tumba de su hija. La rutina de pasear por el camposanto siempre cubierto de flores, de ver los magníficos panteones neogóticos, las estatuas de ángeles modernistas, el mar al fondo, todo ello lo relajaba, porque iba a hablar con su niña, que descansaba en paz en la tumba de su familia. Una tumba de la que él estaba orgulloso: el ángel sedente había sido esculpido en uno de los talleres modernistas más famosos de Barcelona y llevado desde allí por su bisabuelo. Recordó con

media sonrisa cómo Lidia, cuando era pequeña, iba al cementerio y trepaba al regazo del ángel hermoso sin miedo alguno. Su niña... Saludó a uno de los operarios, que caminaba cansinamente empujando una carretilla llena de flores y restos de coronas. Luego fue a por una de las regaderas de plástico de color verde y la llenó de agua. Tenía que darse prisa. El cementerio iba a cerrar en veinte minutos y no le hacía ninguna gracia quedarse dentro de aquel recinto, en la tétrica y única compañía de los cipreses y las estatuas angélicas que salpicaban aquí y allá el bosque helado de nichos.

El padre de Lidia se estremeció de frío. Una nube negra tapó por un momento el sol, provocando que una sombra oscura cubriese todo el lugar. Bajó la cuesta, protegiendo el ramo de la brisa que llegaba del mar, y avanzó hacia la tumba de Lidia, que estaba situada justo a un lado del pasillo central, muy cerca de la tumba del héroe infantil Juan Fernández Darriba, el niño que salvó de morir ahogada a una pequeña en 1986. Ella se salvó: el niño murió tras el rescate. Nunca faltaba una flor en su humilde lápida.

Caminó hacia el lugar con una rara sensación de incomodidad, que se hizo

más evidente cuando vio la lápida blanca cubierta por un ramo de flores. Se acercó. El ángel melancólico y marmóreo que custodiaba la tumba de su hija miraba al suelo de forma perenne, con el ceño fruncido, apoyado en su antorcha apagada detrás de una cruz, ajeno a todos los acontecimientos terrenos, así que no pudo contarle qué hacían allí aquellas flores tan cuidadosamente dispuestas, atadas con una cinta de color rojo.

Hacía una semana que Manuel no iba al cementerio. Las flores parecían estar ya algo marchitas, pero aún conservaban gran parte del color. Algunos pétalos

desprendidos estaban desperdigados por el viento a lo largo de la antigua lápida.

Algún amigo de Lidia, quizá...

Manuel Naveira se acercó a la lápida de su hija con un peso enorme sobre su espalda, fruto del dolor de la pérdida. Siempre lo llevaba, pero aquella tarde parecía haberse hecho más ominoso.

Se agachó a recoger el ramo para poner el suyo en su sitio. Cuando lo miró con atención, Manuel Naveira se dio cuenta de que aquellas flores tenían algo especial. Las había visto antes.

Estuvo a punto de soltarlo, de tirarlo a la basura con asco al comprobar lo

que consideró durante unos segundos una especie de broma macabra, pero se contuvo. A lo mejor aquello quería decir algo, algo que a él se le escapaba en aquel instante.

Dejó sus flores en la tumba de su hija, demasiado turbado como para rezar las oraciones y hablar con ella como hacía siempre. Volvió a mirar el ramo y reconoció las violetas, las amapolas, las rosas blancas y las irritantes ortigas.

Tenía que hablar con la policía.

• • •

—Valentina, acaba de llamar Manuel Naveira. Dice que quiere hablar contigo

cuanto antes.

Valentina se dio la vuelta en la ruidosa cama del hotelito modernista y miró la hora en el reloj de pulsera que había puesto en la mesilla de nogal. Aún no eran las cinco y media de la tarde.

—¿Naveira? Está bien, Velasco, aunque no sé qué puede haber de urgente... todo acabó hace tiempo. — Hizo un mohín perezoso—. Estoy de libranza, en Oporto. Dile que mañana lo llamaré en cuanto me incorpore.

La mano de Christian Morgado acarició los hombros de Valentina y luego bajó hasta la cintura desnuda, haciéndole cosquillas. Ella intentó

apartarla entre risas.

—Ok Inspectora. De todos modos, no se olvide, dice que es importante.

Valentina colgó el teléfono y se dio la vuelta. Miró a Christian, que se había incorporado intentando hacer poco ruido con el colchón, y observó con satisfacción que la miraba con ternura.

Valentina empezó a reírse a carcajadas.

—Por favor. ¡Me estás poniendo una cara de bobo terrible! Haz el favor de mirarme de otra forma. ¿No sabes hacer nada mejor que eso? A mí se me están ocurriendo un montón de cosas...

Él acentuó a propósito todavía más

la cara de cordero degollado y luego la cogió por la barbilla y la besó con suavidad.

—¿Quién llamaba?

—Del trabajo. Velasco. Era el padre de Lidia, Manuel Naveira. Quiere hablar conmigo.

—Pobre hombre. ¿Lo viste el otro día, en la televisión? Sigue totalmente traumatizado por lo de su hija... es normal, claro. —Recorrió con los dedos la larga melena oscura y se acercó todavía más a Valentina, su voz convertida en un susurro sensual—. Pero imagino que lo que quiera podrá esperar hasta mañana por la tarde... ¿no te

parece?

Volvió a besarla, esa vez más intensamente. Su mano acarició los pechos y luego bajó hasta los muslos. Valentina no tardó demasiado tiempo en olvidar la imagen triste, obsesiva, de Manuel Naveira.

Capítulo 78. Santiago de Compostela

Santiago, lunes, 20
de diciembre, 13:00 h

El avión de Iberia se acercaba al aeropuerto de Santiago, y Javier Sanjuán se despertó cuando atravesó una zona de turbulencias. Faltaban veinte minutos para aterrizar, según pudo deducir cuando miró su reloj. «Bueno, aquí estoy de nuevo», pensó mientras sentía cómo una desazón profunda invadía todo su cuerpo. Aceptar esa conferencia en

Santiago de Compostela, invitado por su amigo, el prestigioso catedrático de Psicología Jorge Sobral, no había sido una decisión fácil de tomar. Habían pasado más de seis meses desde que Sanjuán se viera implicado en la investigación del Artista, pero ese tiempo no le había servido para mitigar ni un ápice el sentimiento de fracaso con el que abandonó La Coruña.

El criminólogo se puso la mano en las sienes, todavía se sentía con resaca. La tarde y noche del día anterior había estado celebrando con sus amigos de Jávea las cercanas fiestas navideñas. Empezaron bebiendo piña colada en el

Montgo-DiBongo, un célebre local situado en la fastuosa bahía, donde las noches de verano se hacían eternas junto al rumor reposado de las olas y la claridad de una luna, que podía tocarse con los dedos de la mano. Claro que era pleno invierno, así que la tertulia la hicieron en una terraza protegida del exterior, y luego la continuaron en un restaurante de tapas de exquisita calidad, La Trastienda, ya en el interior del pueblo. El vino tinto hizo su aparición junto con el foie y los quesos curados, y su amigo José Martínez, jefe de la Policía Local de Denia, quien había conocido muy bien a Raquel

Conde en la época en que era la mujer de Sanjuán, le hizo una pregunta aprovechando que estaba a su lado, en un tono discreto.

—¿Cómo llevas lo de mañana? Quiero decir... ¿Tienes el corazón en su sitio, o vas a ir a ver si arreglas algo?

José comprendía el duro golpe que había recibido su amigo, tanto más por cuanto que durante algún tiempo después del abandono de Raquel y el posterior divorcio, se había preocupado por presentarle a diversas chicas, sin ningún éxito. Pero a Sanjuán esa pregunta lo dejó sin saber qué decir porque, francamente, su vida emocional había

sido un auténtico caos desde que abandonara Galicia el verano pasado. Había intentado olvidar a Valentina con todas sus fuerzas, pero no lo había logrado ni un solo día. Había querido llamarla mil veces, pero nunca se atrevió. Todavía peor: muchas de sus noches habían sido pasto frecuente de pesadillas en las que caminaba por el pasillo vacío que llevaba a la oficina de Raquel y, al abrir lentamente la puerta de su despacho, se encontraba con la brutal imagen de su asesinato: los pechos sobresaliendo en la blusa pasada de moda, la lengua fuera de la boca contorsionada en una mueca de horror;

los ojos abiertos mirando al vacío... Cuando quería escapar de esa prisión e imaginarse con Valentina, cuando podía abrir un poco de luz e interrogarse sobre su futuro, la respuesta que combinaba sus miedos y sus dudas conseguía finalmente oscurecerlo todo. Por no hablar del modo en que se despidió de Valentina, a la que prácticamente echó de su lado después de que hicieran el amor. ¿Qué mujer en sus cabales podría querer volver a tener algo serio con un impresentable como él?

Así que cuando terminaron en el local de tapas y regresaron a la playa del Arenal para seguir bebiendo en el

popular Champagne, Sanjuán solo deseaba olvidar que al día siguiente tendría que coger un avión hacia un lugar muy cercano al que le encaraba a sus peores temores, y a pesar de que en ese lugar se enfrentó al Artista con éxito, no era el crimen lo que lo ahuyentaba, sino hallarse cerca de una mujer que lo había consternado por completo, y a la que él había ofendido de un modo patético. Así las cosas, Sanjuán se dejó llevar por los reflejos dorados que iluminaban la barra larguísima del local, coronada al fondo por un televisor de plasma. Contempló el variopinto grupo de ingleses, franceses, alemanes y

españoles que llenaban el *pub*, se dedicó a contar chistes y a hablar en los diferentes idiomas exigidos en las diversas conversaciones... y no quiso acordarse de nada más.

• • •

—¡Jorge! —Sanjuán se acercó y le dio un abrazo a su amigo. Un metro ochenta, recio y una personalidad cincelada por su fino humor y su vasta cultura, Jorge Sobral representaba la cara más conocida de la Psicología Social en España, aunque su aplicación en el trabajo no le impedía disfrutar de los pequeños placeres de la vida, cosa

que a Sanjuán le producía siempre una sana envidia.

—¿Cómo estás, querido? —Jorge lo ayudó con la maleta y lo acompañó al aparcamiento en el exterior—. Te agradezco mucho que hayas podido al fin venir. Amelia tiene muchas ganas de verte, y todo el mundo espera con expectación tu conferencia. Fue una pena que no nos viéramos cuando estuviste en La Coruña este verano, pero estaba en Brasil impartiendo un doctorado.

—Lo sé, Jorge, no te apures, me lo dijo Amelia. Además, apenas tuve tiempo para nada, ya sabes que el azar quiso que me metiera en la investigación

del Artista —dijo Sanjuán, sin querer hablar mucho de esos días.

—Sí, lo sé, pero de eso tendrás que hablarnos en la cena, Amelia te matará si no lo haces —dijo con tono socarrón.

—En realidad yo no hice gran cosa... la policía de La Coruña hizo un trabajo extraordinario, créeme. —Se arrebujó en el abrigo azul marino de Armani—. Menos mal que llevas la capota del descapotable puesta, hará muy buen tiempo y todo lo que quieras, pero yo tengo un frío que me muero —apostilló, mientras subían al Renault Megane y se aprestaban a dirigirse a la ciudad.

Manuel Naveira llegó a su casa y deshizo el ramo sobre la mesa del salón, manipulándolo con mucho cuidado. Luego se sentó y se cubrió el rostro con las manos. Suspiró profundamente. No quería derrumbarse. No quería pensar en su hija muerta, en el estanque, ni en cómo su mujer lo dejó a los tres meses, muerta de pena, culpándolo de todo. No quería pensar en el significado de aquel extraño ramo de flores. Pero aquel palpito extremo podía más que sus miedos y sus deseos. Volvió a mirar las flores. No podía ser verdad.

Se hizo un café descafeinado en la cocina y volvió a la desierta sala de estar. Cogió de una gaveta de plástico todo lo que había recopilado sobre la muerte de Lidia. Su vida se había convertido en una obsesión por aquel asesinato. Recortes con todas las noticias de los periódicos, los informes de la autopsia, todo lo que había tenido que ver con el asesino de su hija. Con el hijo de puta que se la había llevado, violado y torturado hasta arrebatarse el último aliento. Con la muerte del Artista pensó que la vida volvería poco a poco a tener un sentido para él, aunque esos seis meses habían probado lo contrario.

Y en ese momento aparecía algo que le exigía de nuevo el esfuerzo de abrir una herida que nunca se había cerrado del todo.

No supo cuánto tiempo estuvo inmerso en aquel infierno de datos. De repente, se dio cuenta de que no había casi luz en la sala. Cuando terminó de repasar el montón de folios, fotografías y recortes, fue hasta la habitación de su hija y cogió un grueso libro de arte moderno. Buscó el cuadro de Ofelia y se sentó en el sofá con el tomo sobre las rodillas. Luego fue señalando las flores con el dedo, una a una, mientras las comparaba con las que descansaban

sobre el papel de estraza. Al final leyó de nuevo el desglose de todas las flores que había debajo de la ilustración.

«Rosas de mayo, ortigas, margaritas, violetas, narcisos, amapolas...».

Un nudo en el estómago lo avisó de algo ilógico: aquellas flores coincidían casi punto por punto con las del cuadro. No todas, pero sí «casi» todas.

Notó que su corazón iniciaba una carrera hacia el abismo y corrió al baño a buscar un tranquilizante. Lo tomó frente al espejo y constató la profundidad de sus ojeras.

«Cálmate, Manuel. Esto es una broma de mal gusto, nada más. Te has

vuelto un paranoico».

Puso la televisión para intentar distraerse. Sintetizó las noticias locales, en un gesto mecánico.

Cuando se dio cuenta, estaba con los ojos clavados en la pantalla. Vio la foto de Javier Sanjuán, el criminólogo que ayudó a resolver el caso del Artista. Iba a dar una conferencia en Santiago de Compostela justo esa noche.

«Sanjuán es el que colaboró en el caso de Lidia, el que ayudó a resolver el caso».

Se abalanzó sobre el periódico, que aún no había tenido tiempo de leer. Buscó hasta encontrar la reseña de la

conferencia, que se celebraría en el rectorado de la universidad a las ocho de la noche: *Aplicaciones de la Criminología Forense*.

Tenía que ir a Santiago de inmediato. Si no podía hablar con la inspectora Negro, hablaría con el criminólogo que los ayudó.



Manuel Naveira dejó el coche en el parking de Xóan XXIII y cogió del maletero el ramo de flores, metido dentro de una pequeña bolsa de deportes. Luego se dirigió con paso rápido hacia el rectorado, esquivando a

la gente que se apiñaba en la Rúa de San Francisco. Miraba el reloj con desesperación. Eran las diez de la noche: rezaba para que aún no se hubiese ido Sanjuán del edificio al terminar la conferencia.

Llegó sin aliento a la plaza del Obradoiro, que estaba iluminada por las luces de Navidad y bullía de paseantes que admiraban la catedral, peregrinos que celebraban el fin del año Xacobeo, estudiantes ociosos... *flashes* de cámaras aquí y allá, música de villancicos, niños paseando con sus padres, todo lo cual mareaba a Naveira, que se paró jadeante en el medio de la

plaza, al ver al fin el palacio de San Jerónimo, sede del rectorado.

Cuando se acercó a la portada antiquísima, se le cayó el alma a los pies. Estaba cerrada a cal y canto. Se giró con rapidez hacia la Rúa do Franco; recordaba que por allí había otra entrada.

—¿La conferencia de Javier Sanjuán? —preguntó, jadeante, a una señora muy elegante, envuelta en una estola de zorro plateado, que hablaba en la puerta con un señor mayor de cabellos grises. Se fijó en que dentro había varios grupos de personas charlando.

—¿La conferencia? Acaba de terminar hace media hora. Lo siento. Ha estado muy interesante.

Naveira movió la cabeza con pesar, casi hablando para sí.

—Necesitaba ver a Javier Sanjuán con urgencia. Es muy necesario que hable con él.

El hombre mayor observó el apuro de Manuel Naveira y decidió ayudarle.

—Acaba de irse con unos amigos. Me comentaron que cenarían en un sitio que se llama A Tafona do Peregrino. El restaurante de un hotel que está en...

—No se preocupe. Sé dónde está, conozco el sitio —sonrió—. No tiene ni

idea de lo agradecido que le estoy.

• • •

Manuel Naveira se paró delante de la puerta del restaurante A Tafona do Peregrino y miró hacia el interior. La acogedora iluminación dorada le dio fuerzas. Luego entró con decisión. Lo atendió una chica joven, agradable, que lo invitó a pasar a una mesa de las antiguas caballerizas de la tahona, convertidas en uno de esos restaurantes con encanto, tan apreciado por las guías turísticas que celebraban la calidad por encima de lo ostentoso.

—No, no voy a cenar. Estoy

buscando a una persona. Si no le importa... será un momento.

Naveira lanzó una mirada rápida a los comensales y detectó con rapidez a Javier Sanjuán en compañía de una pareja. Ya habían empezado a tomar los postres y el café y hablaban animadamente. Se acercó a la mesa con cierta vacilación y se situó en el campo visual de Sanjuán.

El criminólogo lo vio y se quedó unos segundos perplejo. Aquel hombre le sonaba muchísimo... pero... ¿de qué? Se fijó en el pelo furiosamente rojo, como un vikingo, y cayó en la cuenta.

—Perdonad un segundo. —Sanjuán

se levantó de la mesa y dio unos pasos hacia Manuel Naveira con la mano extendida. Lo había reconocido por el color de pelo.

—Usted es Manuel Naveira, si no me equivoco. El padre de Lidia.

Naveira asintió, apretándole la mano con fuerza.

—Sí, soy yo. No he tenido hasta ahora la oportunidad de darle las gracias en persona, señor Sanjuán. Cuando lo intenté... ya se había ido a Valencia.

—No importa, por Dios. Comprendo lo mal que lo debe de estar pasando...

—Se fijó en la bolsa de deportes y luego

en las manos de Naveira, que temblaban en exceso.

—Perdone que lo interrumpa en medio de la cena, Sanjuán. Necesito hablar con usted con urgencia, será solo un minuto.

—No se preocupe, estamos ya terminando el café... Siéntese con nosotros. Mis amigos son de plena confianza. Si quiere tomar algo...

Naveira negó con la cabeza, dio la mano a Jorge y a Amelia mientras Sanjuán se los presentaba, y se sentó.

—Solo será un momento. No quiero molestarlo. Quiero que se fije en este ramo de flores, por favor.

Naveira abrió la bolsa, sacó las flores y se las dio a Sanjuán, que las cogió con cuidado. Luego las examinó, pero con el papel de estraza no podía ver nada.

—Perdone un momento... —Sanjuán se levantó de su asiento, se acercó a una mesa vacía y desenvolvió el ramo, desperdigando todas las flores en el papel.

El tono de su voz cambió, se hizo más serio.

—¿Dónde ha encontrado esto? — Manuel Naveira fue hacia la mesa contigua, donde estaba sentado el criminólogo.

—Sobre la lápida de mi hija, esta tarde, aunque por su aspecto deben de tener cuatro o cinco días. ¿Qué le parece?

Sanjuán movió la cabeza y se puso las gafas para ver las flores con más detalle.

—Amapolas, rosas de mayo, violetas, nomeolvides... —Se quitó las gafas, el ceño fruncido—. Es el ramo de Ofelia.

—Eso es lo que yo pienso — Naveira suspiró y se relajó—. Por lo menos no estoy loco.

—Puede ser una broma de mal gusto... hay gente para todo.

«¿Quién podría hacer algo así, tan cruel, tan despiadado?», pensó mientras miraba a un Naveira que parecía cautivo de un alivio extraño. Por lo menos su conmoción al hallar el ramo en la tumba de Lidia estaba justificada: Sanjuán estaba también impresionado.

Naveira lo soltó de repente, todo seguido, sin parar.

—Señor Sanjuán. Yo... yo llevo mucho tiempo estudiando el asesinato de mi hija. Yo no creo que ese hombre, el hijo de Pedro Mendiluce, la matara. Siempre he pensado que fue alguien de nuestro entorno, alguien conocido. Nadie me lo quita de la cabeza. Alguien

que la conocía y la siguió. No ese inglés. No me lo creo.

—Del Valle confesó los crímenes, señor Naveira... y no era inglés, era de aquí. —Sanjuán volvió a notar aquel trozo de cemento en el estómago que llevaba persiguiéndolo desde el asesinato de Raquel. Aquel extraño palpito insidioso que había introducido Geraint Evans cuando discrepó de su teoría sobre el asesino.

—Sí era de aquí, pero había crecido en Londres, ¿no? Y además, Del Valle está muerto, Sanjuán. Muerto y enterrado. No confesó nada a nadie. Eso fue lo que se supone que le dijo a su

padre.

—Encontraron ADN de David del Valle en la escena del crimen de Raquel Conde...

Naveira negó, los ojos entrecerrados.

—En el cuerpo de mi hija no encontraron nada.

—¿Le ha enseñado este ramo a la policía?

—No. Llamé hace un rato a la inspectora Negro, la encargada del caso. Me dijeron que hasta mañana por la tarde no se incorpora, está de libranza.

Sanjuán sintió una ligera turbación al escuchar el nombre de Valentina por

primera vez en muchos meses.

—Bueno, pues sería una buena idea que fuera mañana a ver a la inspectora... Yo no sé cómo podría serle de ayuda en estas circunstancias.

—Sanjuán... sé que lo que voy a decirle va a parecerle una estupidez. Pero me gustaría que viniese a mi casa y viese todo lo que he recopilado sobre el caso. Y también que le echara un vistazo a la habitación de mi hija. Está todo como el día en el que desapareció. No he movido ni uno de sus libros...

Sanjuán se dio cuenta de la profunda desesperación que atenazaba el alma de aquel hombre desgraciado. No le

costaba nada ir a su casa... salvo que, al hacerlo, tendría que volver a La Coruña, algo que temía y deseaba al mismo tiempo con todo su ser. Al fin pudo más el deseo.

—De acuerdo. Mañana por la mañana, si le viene bien, iré a visitarlo.

—Si puede estar a las nueve y media, sería fantástico. Luego tengo que irme a trabajar. Lo dejaré a su aire. Espere. Tome mi teléfono. Por si pasa algo.

Naveira recogió el ramo de flores, lo empaquetó de nuevo con el papel de estraza blanco y lo introdujo en la bolsa de deportes. Luego le dio la dirección

de su casa a Javier Sanjuán, se despidió de los otros comensales y salió del restaurante.

No sabía por qué, pero sintió que su angustia intolerable le había dado una pequeña tregua por primera vez en muchos meses.



Sanjuán ya había relatado los hechos más sobresalientes a Jorge y Amelia durante la cena, satisfaciendo su curiosidad por conocer más de lo que habían podido saber a través de la prensa y la televisión. Amelia González era catedrática de Derecho, y Jorge lo

era de Psicología, así que los dos hacían una pareja particularmente dotada para las preguntas incisivas y los comentarios inteligentes.

Sanjuán, que se había sentido lleno de una extraña energía al decidirse a volver a La Coruña y ayudar a Manuel Naveira, confió a sus amigos el secreto del extraño objeto que había llevado a este a buscarlo en Santiago.

—Es curioso... —Jorge escrutó a su amigo hasta el fondo—, pero si dices que vas a ir a Coruña es porque puede que ese hombre tenga algo de razón...

Sanjuán se quedó unos segundos en silencio. Amelia aprovechó para

arrebujarse en su cazadora camel de cuero y sugerir un nuevo lugar para tomar una copa.

—Creo que el Dado Dada sería el sitio ideal para llevar a Javier, ¿no te parece, Jorge?

• • •

Salieron del coche. Eran ya las doce de la noche y hacía mucho frío, o al menos eso pensó Sanjuán, porque sus anfitriones no aparentaban sentirlo demasiado. Jorge llevaba un traje oscuro y una gabardina con la que él se hubiese congelado allí mismo, y Amelia vaqueros, un jersey azul marino

ajustado, chaleco gris y un fino colgante de plata que colgaba de su pecho; sus botas negras de medio tacón se dejaban oír en la acera húmeda. Ambos formaban una pareja estupenda: el porte informal pero elegante de Jorge casaba bien con la belleza griega de Amelia.

Habían conseguido aparcar cerca del *pub*, así que no tuvieron que caminar demasiado. A Sanjuán le encantaba el *jazz*, y sus amigos lo sabían, así que se encontró a sus anchas en aquel tugurio de luz tenue, poca gente, fotografías en blanco y negro de grandes intérpretes y un hombre en el escenario del fondo que tocaba lánguidamente un saxofón.

Ocuparon una de las mesas más apartadas, y una vez pedidas las bebidas, Amelia miró a Jorge y decidió que tenía que darle una mala noticia a su amigo, cuanto antes mejor. Había escuchado con mucha atención el relato pormenorizado que Sanjuán les había hecho de todo lo acaecido durante esos días de vértigo, y dado que se sentía tan angustiado, les había contado también sus sentimientos profundos hacia Valentina y lo miserable que había sido con ella. Les relató el efecto devastador que le había causado la muerte de Raquel, y cómo en aquellos días se había sentido incapaz de tener una

relación decente con la inspectora. Pero Amelia, siempre práctica, suspiró y pensó que era mejor moverse para resolver los problemas, y si su amigo estaba viviendo en la angustia, solo podría hallar una salida si se sentía impulsado a actuar. Así que disparó:

—Javier... ejem... quería comentarte una cosa. Resulta que conozco mucho a la madre de Christian Morgado, Ana Salazar. Vive aquí. Es amiga de mi madre desde hace siglos... Hemos coincidido muchas veces, forman un grupo de señoras que suelen reunirse para jugar al mus. La cuestión es que hace un par de meses me contó que

estaba muy contenta, que parecía que su hijo al fin había sentado la cabeza, cerca ya de los cuarenta... —Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. En fin, Javier, que Christian sale desde el verano con Valentina Negro.

Sanjuán se puso lívido, a su pesar. ¡Había temido escuchar aquella noticia un millón de veces! Pero nunca había querido averiguarlo. Notó que le faltaba el aire, pero se recompuso en un instante.

—¿De veras...? ¡Joder! ¿Sale con ese baboso con ínfulas? ¡No es posible...! —Por unos momentos se había quedado sin palabras. ¿Qué más

podría añadir? Imaginarse a Valentina con un lechuguino como aquel le rompía el alma.

Jorge acudió en su auxilio.

—Javier, si esa chica es como dices que es, ese no le durará dos telediarios. Simplemente, se está dejando querer... Vamos, bebe un poco y recupera el color... —Le dio una palmada amistosa en el hombro y le acercó el gin-tonic. Era un buen momento para animarlo.

—Propongo un brindis: por los amores que perdemos y que luego... ¡seguro recuperamos después de que nos den una buena patada en el culo!

—¿Tú crees, Jorge? —preguntó

Sanjuán con una expresión medio cómica, medio derrotada, dándose cuenta de lo triste que era ver que se había condenado él mismo con la mayor de las penas: el autodesprecio por su cobardía.

—¡Seguro, amigo! Si no conoceré yo a las mujeres... —Y guiñó un ojo a Amelia, quien asintió, esperanzada en que Sanjuán hiciera algo por su vida de una vez.

—¿Sabes... Amelia... si viven juntos? —preguntó temeroso Sanjuán, con la mirada suplicante por un «no». Amelia puso cara de circunstancias.

—Ni idea, Javier. Espera... su

madre me dijo algo así como que su hijo estaba muy ilusionado por vez primera, y que pensaba pedirle a Valentina algo muy importante... supongo que querrá tenerla a su lado, pero de eso podemos deducir que ahora no lo están, supongo.

—Bueno, Javier —intercedió Jorge—, lo mejor que podrás hacer mañana, ya que vas a Coruña, es pasarte por ahí y verla, ¿no crees?

Sanjuán resopló.

—No sé, Jorge, no sé si seré capaz de hacer semejante cosa... y sobre todo tengo miedo de que me pegue dos tiros, ¿no veas cómo apunta la cabrona!

Los tres amigos se rieron. Siguieron

bebiendo, y a las dos de la madrugada dejaron a Sanjuán en el Hostal de los Reyes Católicos, en el marco majestuoso de los aledaños de la Catedral. Jorge se ofreció a llevarlo mañana a Coruña y a traerlo si era menester. Cuando Sanjuán subía a pie las escaleras de madera entre las paredes de piedra del imponente hotel, se tambaleó. Estaba un poco bebido, pero no estaba seguro de si lo estaba lo suficiente para conciliar el sueño esa noche.

Capítulo 79. Coincidencias fatales

La Coruña, martes, 21 de diciembre, 8:30 h

Cuando vio partir el Megane de su amigo Jorge, Sanjuán lanzó un prolongado suspiro y se enfrentó de nuevo a la puerta del hotel donde había pasado los días más intensos de toda su existencia. Allí seguía el portero con traje, y enfrente, la fuente de los dos surfistas, el paseo marítimo y el mar, que parecía alborotado e inquieto.

Escuchó de nuevo el canto de las gaviotas, y se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos aquella ciudad.

Cogió su pequeña maleta con ruedas y entró en el hotel. Allí estaba la simpática recepcionista, que sonrió de oreja a oreja al verlo de nuevo, reconociéndolo. Le dio exactamente la misma habitación que había ocupado en junio, una individual para fumadores.

Cuando llegó, lo primero que hizo fue abrir la ventana y fumarse un cigarrillo, retomando las buenas costumbres. Se apoyó en el alféizar y se impregnó de la helada brisa marina y el

penetrante olor a algas del océano Atlántico. Aquel olor le evocó recuerdos que se esforzó en reprimir con todas sus fuerzas, pero no fue capaz. La Coruña mostraba entonces su cara más triste, más amarga, más gris. Recordó el día en que rechazó a Valentina con total frialdad, en aquella cala de Mera. Hacía calor, las hogueras crepitaban y él había respondido a la pasión de aquella chica con la más absoluta cobardía. Y encima luego no había tenido los cojones de coger el teléfono y llamarla, aunque fuese para ver cómo estaba. La verdad, merecía con creces lo que le estaba pasando y más. Lo peor era que se daba

cuenta de que, aun estando en la misma ciudad que ella, no era capaz de reunir el valor suficiente como para hablar con ella ni para tomar un miserable café. Terminó de fumar el cigarrillo y miró la hora. Tenía que ponerse en camino hacia la casa de Naveira. Menos mal que no estaba lejos.

Bajó a la calle y sintió la humedad y el frío invernal. Las luces de Navidad apagadas en los árboles del paseo producían un contraste melancólico a aquella hora de la mañana. Sacó de la cartera el papel donde había apuntado la dirección de Manuel Naveira. Por lo menos no tenía ni un poco de resaca,

como había temido antes de quedarse profundamente dormido la noche anterior.

«Pedro Barrié de la Maza». Allí estaba la calle, bien cerca del hotel. Eran las nueve y veinticinco minutos, así que subió las escaleras que llevaban al portal de aquella casa. Llamó al timbre y le abrieron sin preguntar quién era. Sanjuán subió en el ascensor hasta el piso 6B. Manuel Naveira ya estaba esperándolo en la puerta, con un aire emocionado que conmovió al criminólogo.

Le dio la mano.

—Buenos días, señor Sanjuán.

Gracias por venir... Gracias, de verdad. No sabe cómo se lo agradezco. Pero pase, por favor. ¿Un café?

—Buenos días. Y sí, agradecería un café, muchas gracias.

Sanjuán entró en el enorme salón, decorado con cierta ampulosidad. Se fijó en los cuadros de vanguardia que había colgados de la pared, en las macetas enormes con plantas exuberantes y en el árbol de Navidad adornado con muy buen gusto, con las luces de colores encendidas, que parpadeaban cada pocos segundos. Le extrañó ver adornos navideños en aquella casa silenciosa y llena de dolor.

Se acercó al abeto, que estaba cerca de la ventana que permitía ver la playa del Orzán solitaria, por la que paseaba una chica que lanzaba la pelota a su perro.

Naveira entró con dos tazas de café con leche humeante y unas pastas.

—Dentro de dos días vienen mis hijos, gracias a Dios. Y familiares... No soporto tanta soledad. La casa se me viene encima. Pero sentémonos. El café está delicioso, ya lo verá...

Sanjuán tomó el café en silencio. Ya había desayunado en Santiago, así que no tomó más que una pasta. Manuel Naveira terminó, se levantó y cogió todo lo que había recopilado desde la muerte

de su hija. Lo puso encima de la mesa, al lado de las tazas de café.

—Señor Sanjuán. Aquí tiene todo lo que yo he juntado desde el pasado junio. Imagino que no será nada diferente de lo que usted ha vivido de primera mano. — Su voz adoptó un tono de derrota, casi suplicante—. Verá, en realidad no estoy seguro de que pueda haber algo... Ayer me trastorné al ver el ramo de flores que le enseñé, pero esta mañana me he preguntado si no le había hecho venir en balde. Sin embargo, solo para quedarme un poco más tranquilo, le estaría eternamente agradecido si usted echara un vistazo. No quisiera tener la comezón

de que dejé sin investigar todos los cabos, compréndame, se lo ruego.

Sanjuán asintió, comprensivo. En realidad había accedido con presteza a su petición más por ceder al sentimiento irracional de estar cerca de Valentina, aunque no pudiera verla, que por su convicción de que pudiera descubrir algo nuevo. El Artista ya era historia. Pero una vez ahí, ¿qué mal había en investigar un poco? También él había sentido meses atrás, cuando se resolvió el caso, una extraña inquietud en su interior que no supo explicar.

—No se apure, Naveira. Esto lo hago con gusto, tampoco tengo esta

mañana otra cosa que hacer.

—Muchas gracias, Sanjuán. Ahora le llevaré a la habitación de Lidia.

Sanjuán lo acompañó por el pasillo hasta la habitación de Lidia. Estaba cerrada.

Cuando entró, la sensación de mausoleo lo golpeó como un mazo en el pecho. Olía a cerrado, como si solo se airease de vez en cuando. Era como si allí dentro el tiempo no fuese a transcurrir nunca más.

Naveira lo miró con intensidad e hizo una inclinación de cabeza.

—Tengo que irme a trabajar. Dentro de un rato vendrá la asistenta a limpiar y

a hacer la comida. No lo molestará. Si quiere puede quedarse a comer, solo dígaselo. Yo por desgracia no podré acompañarle, he de atender una cita inexcusable. A la tarde, si puede y lo desea, después de las seis, podemos vernos. Lo dejo solo. Disponga de todo lo que quiera... Si necesita un ordenador, hay uno en la habitación de Lidia. Puede entrar sin contraseña.

—No se preocupe. Yo le llamaré para darle noticias, si no me encuentra cuando regrese.

• • •

Valentina abrió un paquete de patatas

fritas con sabor a sal y vinagre y se comió un buen montón. Miró a Christian, que conducía muy concentrado, fijándose en los límites de velocidad con exactitud matemática.

—¿Quieres patatas? —Valentina le acercó el pequeño paquete azul—. Ayúdame o voy a comérmelas todas y me pondré como un tonel... Y dale un poco al acelerador, anda. Vamos muy despacio —le indicó acariciando su brazo, haciendo una mueca traviesa.

—Val, te juro que si me como una patata a estas horas de la mañana, me muero. Y no, no pienso ir más rápido. Ya no estamos en Portugal, lista. Puede

pillarnos un radar móvil y no me apetece perder los puntos...

Valentina le dio un trago a su Coca-Cola zero y lo miró con una expresión indefinida. Luego sonrió de oreja a oreja.

—Cuando paremos a echar gasolina ¿me vas a dejar conducir a mí? —Soltó una carcajada al ver la expresión de Morgado—. Te recuerdo que entro a trabajar a las cuatro de la tarde...

• • •

Sanjuán repasó todo el legajo de la recopilación que había realizado Naveira, pero no encontró nada nuevo, o

excepcional. Era todo lo mismo que habían investigado ellos con algún añadido de la prensa británica sobre Del Valle, entrevistas al dueño del gimnasio en donde se entrenaba, una foto de Patricia Janz con él... La asistente lo sobresaltó cuando abrió la puerta de la calle, pero agradeció que le preparase otro café. Había pasado más de tres horas repasando todo aquel montón de documentos.

Volvió a ordenar el legajo y lo introdujo de nuevo en la gaveta.

Necesitaba tomar un poco el aire.

Sanjuán avisó a la asistente y salió a dar una vuelta por el paseo. Buscó unas

escaleras para bajar hasta la playa. Durante un buen rato paseó al lado del mar. La marea estaba bajando, y era agradable caminar por la arena compacta mientras escuchaba romper las olas con aquel sonido relajante. Estaba ya convenciéndose de que su trabajo de esa mañana no iba a dar ningún fruto; aquel ramo podía ser obra de cualquier obseso de los asesinos seriales, los que están todo el día navegando por esas webs de crímenes que hacían furor en internet. De hecho, había visto ya en la red a la venta camisetas con el retrato robot de Del Valle impreso y diferentes leyendas bastante originales sobre los

crímenes, venta que Manuel Naveira había intentado detener sin éxito.

Se estaba engañando: estaba allí por Valentina Negro, por si surgía la más mínima posibilidad de ponerse en contacto con ella. A lo mejor encontraba algo nuevo, una disculpa para poder hablar, romper el hielo...

Una ola acarició sus pies y casi mojó sus zapatos, sacándolo de su ensimismamiento. Se dio cuenta de que había llegado hasta la Coraza. Respiró hondo y decidió dar la vuelta y volver de nuevo a la casa de Manuel Naveira.

La asistenta le abrió la puerta y Sanjuán pudo oler el embriagante aroma

de la carne asada. Ella insistió en hacerle otro café, que pidió cortado y con dos terrones de azúcar.

Quedaba una última cosa antes de abandonar: decidió armarse de valor para entrar en la habitación de Lidia.

Una vez dentro, Sanjuán intentó no dejarse influenciar por aquel ambiente tan sobrecargado. No pudo evitarlo, corrió por completo las cortinas de color azul cielo y abrió la ventana, permitiendo que la brisa marina aireara aquella especie de catafalco y el sol iluminase toda la amplia estancia.

Se sentó encima del nórdico color crema, apartando un enorme perro de

peluche, y se relajó. Había dejado la puerta abierta, así que el aire frío empezó pronto a circular, refrescando su mente.

En las paredes había varios posters de Lady Gaga y uno de Alejandro Sanz, firmado. Una foto de Ruth Beitia saltando en unos campeonatos informaba de su amor por el atletismo, y una lámina enmarcada del pintor Alma Tadema, de su amor por el arte. La mesilla de noche conservaba el despertador de dígitos luminosos y el vaso de agua, cuyo contenido se había evaporado hacía ya meses.

Sanjuán terminó de mirar las láminas

y los posters y se acercó a la estantería blanca, que estaba llena de libros. A Lidia le gustaba la lectura, el arte... «Era una joven especial» pensó Sanjuán. Por eso le había gustado a Mendiluce.

Se fijó en que estaba ordenada por temáticas. Los libros de texto los tenía debajo de todo. Más arriba, un montón de libros sobre música, cine y arte, clasificados por tamaño. Sanjuán suspiró y cogió al azar uno de los libros sobre arte clásico.

Tenía mucho trabajo por delante.

• • •

Valentina besó a Morgado en los labios

y bajó del coche para coger su maleta. Luego entró en casa. Miró el reloj: aún tenía tiempo de sobra para comer antes de entrar a trabajar por la tarde. Menos mal que había poco que hacer. Solo seguir investigando el robo de una sucursal bancaria, afortunadamente sin heridos, que se había producido una semana atrás.

Sonrió satisfecha mientras metía la pesada maleta dentro del portal. Le había encantado Oporto, una ciudad decadente pero espectacular. Y Christian había estado más atento y encantador que nunca. Y su hermano parecía al fin dispuesto a dedicarse a estudiar en serio

desde que se había cambiado a una FP...

Por primera vez en muchos años, su vida parecía encaminada y feliz.

• • •

Sanjuán se dejó llevar por la intuición. No pensaba hacer una investigación criminológica de todo aquello. La policía ya había ido a aquella habitación a coger pruebas, analizar el ordenador, el diario, las redes sociales... Continuó buscando en la biblioteca de Lidia y cerró la puerta para ver los libros que estaban detrás. La bata rosa de la joven estaba colgada de la puerta y le impedía

ver bien el resto de ejemplares. La quitó y la puso encima de la cama.

El retrato estaba pegado con celo detrás de la bata. Por eso no lo había visto antes, porque la puerta estaba abierta. Lo miró con atención: era un dibujo muy fino, exacto, un esbozo al aire a carboncillo que mostraba a Lidia sonriendo, con algunos mechones de cabello cayéndole por delante de la cara. Obra de un buen dibujante. Sanjuán lo despegó con cuidado de la puerta y lo llevó a la luz del sol.

«Estoy volviéndome paranoico yo también».

No podía evitarlo. Aquel dibujo le

recordaba vagamente al cuadro de *Vértigo* que había recibido meses antes, el día de la muerte de Raquel. En realidad no tenía nada especial, pero la mano... los trazos, la forma del dibujo...

Lo dejó encima del escritorio de Lidia y se sentó en la silla a reflexionar.

«Si aquel retrato era realmente del Artista, ¿por qué no representaba a Lidia en una *performance*?», se preguntó. Se estrujó las meninges durante un rato, sin quitar la vista de los ojos en blanco y negro de Lidia, que lo miraban con dulzura desde el papel grueso.

Se repitió a sí mismo lo que siempre

decía a sus alumnos: «Hay que hacer las preguntas esenciales». Si aquel dibujo era del Artista, y eso estaba por ver... era porque el Artista conocía a Lidia Naveira. Y la había dibujado del natural.

Entonces podía ser que el padre de Lidia tuviese razón y el asesino de la chica fuese un conocido de ella. No, no cuadraba. Porque la presencia de Del Valle en Coruña había resultado definitiva. Él había dicho a Mendiluce que había matado a Lidia y a Raquel. ¿Podía haberle mentado? ¿Por qué, por amor de Dios, iba a hacer una cosa así? ¿O quizá Mendiluce se lo había

inventado? Era absurdo, no ganaba nada con ello: Lidia y Raquel eran mujeres a las que apreciaba. ¿Para qué iba a proteger a otra persona inventándose que el asesino muerto era el responsable de esos crímenes? Por otra parte, el cuadro que había recibido Mendiluce enviado por su hijo, esa Salomé tenebrosa, incluía en su arrepentimiento las iniciales de Lidia Naveira junto a las de Patricia y Sue.

Pero mientras hacía esas reflexiones no podía evitar verse asaltado por el presentimiento de que había tocado algo nuevo, algo diferente. Algo que no terminaba de sosegarse con la

explicación conocida de los hechos. El ramo de flores. Aquel retrato. ¿Qué estaba pasando allí?

Volvió a la estantería y siguió repasando los libros.

Sección de cine. Una pegatina blanca con gruesas letras rojas en rotulador señalaba los ejemplares que trataban sobre historia del cine. A Sanjuán le complació el orden que había aplicado aquella chica a su biblioteca. Empezó a buscar algo que le llamase la atención.

Chaplin. No. Descartado.

Orson Welles. Tampoco.

Woody Allen... dudoso.

Alfred Hitchcock...

Sanjuán se fijó en que había por lo menos tres libros sobre Alfred Hitchcock. Luego vio, medio escondido, *Vértigo y pasión*, el ensayo de Eugenio Trías, y lo cogió al momento. *Vértigo*, la película del cuadro... Carlotta Valdés, Raquel pintada como Carlotta en el cuadro que le llevaron a su habitación. Se sentó en la cama, pasando hojas al tuntún. Lidia había subrayado varios párrafos. Más tarde los leería. De repente, un sobre blanco cayó al suelo.

Sanjuán lo cogió y lo abrió. Dentro había un díptico informativo y detrás, el recibo de una matrícula. Abrió el

díptico y lo leyó con atención. Trataba sobre un curso de libre elección de la Universidad de A Coruña.

«El arte como puerta hacia el misterio».

Sanjuán siguió leyendo, su instinto cazador cada vez más agudizado.

«... Durante una semana, horario de tarde... se celebrará en el Museo de Arte Contemporáneo MACUF... Curso impartido por el profesor titular de la Universidad de A Coruña, Christian Morgado Salazar... febrero del año 2010...».

Morgado. Sanjuán leyó el nombre una y otra vez. Christian Morgado.

Morgado nunca dijo que conociese a Lidia Naveira... ¿Qué quería decir aquello en realidad?

Siguió leyendo el contenido del curso. Uno de los puntos estaba resaltado por un rotulador fosforescente amarillo.

«Hitchcock y la coartada para el placer innombrable».

Sanjuán respiró profundamente al leerlo, como si aquel título encerrase una puerta secreta hacia algo que no era aún capaz de entender.

Sin embargo, el recibo de la matrícula a nombre de Lidia Naveira era un hecho objetivo. Lidia y Morgado se

conocían.

Sanjuán siguió buscando en el ensayo de Trías por si había algo más. Abrió la portada y encontró una dedicatoria escrita a bolígrafo con una letra elegante y rebuscada.

«Espero que disfrutes de este libro. Un beso muy grande, guapa».

La firma era del todo legible: C. Morgado.



Christian Morgado se puso el pantalón del chándal y una camiseta, para estar cómodo. Fue a la nevera, se sirvió un zumo de naranja y luego se acercó hasta

su dormitorio. Allí abrió la pequeña caja fuerte que tenía escondida detrás del espejo de la coqueta y sacó un pequeño joyero de terciopelo. Al admirar el elegante anillo de oro blanco, diamantes y un zafiro que iba a regalarle a Valentina cuando quedase con ella para cenar el viernes por la noche, sonrió complacido. A lo mejor ella pensaba que era algo precipitado, pero él era de la opinión de que cuando algo funcionaba bien, no valía la pena perder más tiempo.

El pequeño estuche se cerró con un «plop». Volvió a introducirlo con cariño dentro de la caja fuerte.

Lo dejó al lado de un largo mechón de cabello rojo atado con un lazo de terciopelo negro.



Sanjuán encendió el portátil de Lidia. En efecto, como había dicho su padre, no tenía contraseña, se podía acceder sin mayor problema a internet. Sanjuán tecleó Christian Morgado y lanzó un pequeño gruñido. Más de mil entradas. Habría mucha paja que quitar de allí.

Durante un buen rato navegó entre cursos, seminarios de arquitectura, presentaciones de libros y un sinfín de críticas de cine y ópera que tenía que

leer a toda velocidad para descartar. No sabía lo que estaba buscando, pero seguro que en algún lugar de aquel mar de información podría encontrar algún dato, algún detalle, algo que pudiese guiarlo hacia el punto que su mente de criminólogo estaba pidiendo a gritos identificar.

La asistente lo avisó de que ya estaba la comida en la mesa, y Sanjuán decidió respirar durante un rato, relajarse, dejar que su mente se olvidara por un momento de aquel asunto. Se levantó y aspiró el olor del guiso de carne con agrado. La verdad era que tenía mucha hambre.

Valentina entró en su oficina con una sonrisa en el rostro que no pasó desapercibida a sus compañeros.

—¿Qué tal el finde, inspectora Negro? Estás resplandeciente...

—Bien, muy bien. De cine, Velasco. Me ha encantado Oporto, es una ciudad preciosa, pintoresca, decadente... y se come de maravilla.

—Ya. Una ciudad pintoresca. Por eso tienes el cutis tan brillante... es obra del pintoresquismo.

Valentina levantó una ceja y lo señaló con el dedo acusador.

—¿Qué intentas insinuar, Velasco?
Son las cremas que acabo de
comprarme...

Velasco aguantó una carcajada.

—Nada, no insinúo nada, inspectora.
No tengo ganas de que me abra un
expediente disciplinario... Por cierto,
ayer por la noche Sanjuán dio una
conferencia en Santiago, le he guardado
el periódico para que lo vea. Pensé que
le gustaría saberlo... —No pudo evitar
decir esto con un sentido marcado de
ironía, que Valentina captó al instante.

La inspectora palideció a ojos vista,
y, sin querer, lanzó una mirada asesina a
Velasco y a su periódico. Luego

recuperó la compostura e intentó sonreír.

—¿Sanjuán? Vaya. Una pena. Justo ayer que yo estaba fuera...

Valentina Negro trató de no pensar demasiado en el hecho de que su corazón se había puesto a galopar furiosamente.



Sanjuán volvió a sentarse delante del ordenador de Lidia después de fumarse un cigarrillo en la ventana. Había comido rápido porque estaba deseoso de regresar a la habitación de Lidia, y se había llevado el café a la habitación para no perder más tiempo. Retomó su

tarea de «buscar la aguja en el pajar», como la había bautizado, tecleando entonces Hitchcock-Morgado.

Esa vez no tardó demasiado en aparecer algo más sabroso. Una crítica de Morgado en *La Gaceta de Galicia* sobre la exposición del museo parisino Pompidou que había tratado sobre el director inglés. Sanjuán recordaba muy bien aquella exposición celebrada unos años atrás en el famoso centro. Concretamente en el año 2001. Era una maravillosa retrospectiva de Hitch en la que se analizaban las influencias del arte moderno y contemporáneo en sus películas, al igual que el impacto que

estas habían tenido en las otras artes, particularmente en pintura, escultura y fotografía. La exposición contenía una sucesión deslumbrante de fotogramas, posters de películas, objetos personales del director, películas con su familia, todo ello junto a obras de arte modernas que mostraban influencias de su cine o que podían haber influido en él.

El título de la exposición: Hitchcock y el Arte: Coincidencias Fatales.

Sanjuán leyó con rapidez las teorías sobre la influencia de la iconografía romántica y victoriana en sus películas. Luego se detuvo en la célebre frase de Truffaut que citaba Morgado:

«Hitchcock filmaba los besos como si fuesen asesinatos, y los asesinatos como abrazos amorosos». Sanjuán se detuvo unos segundos. Empezaba a sentir una extraña sensación de agobio, un palpito cada vez más oscuro, preciso, que le produjo incomodidad y miedo. Continuó leyendo, y esa vez era texto escrito por el propio Morgado:

«La influencia de los prerrafaelitas o los simbolistas en la mujer glacial hitchcockiana ha sido estudiada ya muchas veces. Sin embargo, yo me quedo con la imagen helada de Kim Novak en la bahía de San Francisco, una Ofelia moderna rodeada de flores

abocada a la tragedia por culpa de su destino cruel...».

Sanjuán continuó leyendo, ya fascinado por completo.

«...Hitchcock se adelanta a nuestros deseos, más aún, nos enseña a no temerlos, a aceptarlos como algo propio de nuestra psicología, y podemos hacerlo confiados porque sabemos que tenemos la coartada de su arte inmenso para disfrutar sin sentirnos culpables o malignos. En esta exhibición en el Pompidou no solo descubrimos sabrosas influencias del mundo del arte que el director inglés asimiló y plasmó en el cine repetidamente mediante secuencias

sabiamente construidas que potenciaban el suspense, sino que él mismo ejerció como creador de una moral autónoma al cincelar en puro arte expresiones supremas de la dominación mediante el crimen. En *Frenesí*, por ejemplo, el espectador se sobrecoge no tanto por el destino infausto de la pobre Brenda, la directora de la agencia de viajes que niega sus servicios a Robert Rusk, el asesino de la corbata, debido a sus gustos sexuales "extraños", cuanto porque le permite entrever, por solo unos instantes, el gozo inmenso que debe de sentir aquel cuando penetra ese cuerpo soberbio de inglesa orgullosa y,

anudando la corbata hasta el paroxismo, se apropia para siempre de esa escena de su vida. El individuo que asiste a esta liturgia, fascinado, se queda en estado de *shock*: el arte y el crimen se han unido en un todo inextricable y se produce una explosión avasalladora de placer sin adjetivos morales, porque la verdad de lo sentido está por encima de cualquier otra consideración».

Sanjuán repitió en alto la frase para sí.

«El arte y el crimen se han unido en un todo inextricable y se produce una explosión avasalladora de placer sin adjetivos morales, porque la verdad de

lo sentido está por encima de cualquier otra consideración».

Y entonces lo comprendió todo.

Capítulo 80. Redención

Martes, 21 de
diciembre, 15:05

Sanjuán buscó el número en los contactos del teléfono. Por fortuna no había borrado el de Keith Servant. Dudó durante unos segundos. Empezó a hablar en alto, intentando aclarar sus vacilaciones.

—Esto es una locura. Un delirio producto de los celos. No puede ser verdad. ¿Por qué iba Morgado a matar a Lidia Naveira? No tiene ningún sentido.

Pero... ¿por qué no dijo que la conocía?
¿Por qué no nos lo comentó en aquella comida?

Esperó nervioso, golpeando con un bolígrafo el escritorio de Lidia mientras escuchaba los pitidos de la señal. El inglés respondió con una exclamación en el momento en que se dio cuenta de quién lo llamaba.

—Por Dios, cuánto tiempo, señor Sanjuán. De verdad que estoy encantado de hablar con usted. Desde que estuvo aquí con la inspectora Negro no habíamos vuelto a saber nada y...

Sanjuán estaba demasiado ansioso como para ponerse a hacer

presentaciones o ceremonias de saludo. Lo interrumpió.

—Servant. Escúcheme. Necesito un favor. O más bien dos favores. Ambos relacionados con el caso del Artista.

—Por supuesto, le ayudaré en lo que pueda ahora mismo. Pero... el Artista...

—Su voz sonó muy sorprendida de repente—. ¿Ese caso no lo había cerrado ya la policía de La Coruña?

—En efecto. Pero es necesario aclarar algunos puntos que han surgido ahora... —Sanjuán puso su voz más persuasiva—. Necesito que averigüe si un profesor de la Universidad de A Coruña, Christian Morgado —lo

deletreó—, estuvo en Londres impartiendo algún curso, o alguna ponencia sobre arte, cine... Londres o Inglaterra, da lo mismo... —Esperó a que Servant terminase de anotar lo todo para proseguir—. Y también me gustaría que me dijera con exactitud si hay alguna manera de saber si David del Valle se encontraba en Londres los días cuatro, cinco y seis de junio de este año. Pregunte, si puede ser, en el gimnasio, la empresa donde trabajaba... ya me entiende. Es muy urgente.

—No se preocupe, Sanjuán. Ahora mismo voy a ponerme a trabajar. En este momento estoy bastante liberado...

Sanjuán respiró hondo y cogió un Winston de la cajetilla. Se levantó y fue hasta la ventana, para no llenar el cuarto de humo. La asistenta ya se había marchado, y estaba solo en el piso.

Reflexionó si lo que estaba haciendo era el fruto de un palpito real o producto del intenso odio que sentía durante aquellos instantes hacia Christian Morgado. Solo imaginárselo saliendo con Valentina le hacía temblar de rabia. Pero eso era culpa suya, no de Valentina, y menos de Morgado, que aprovechó la coyuntura que él mismo le había dejado en bandeja. Tenía que salir de dudas de una vez.

Cogió el móvil y llamó a Christian Morgado.

• • •

Morgado cambió de canal con cara de hastío y dejó el libro que estaba leyendo encima de la mesa de centro del salón. Lo esperaba una tarde sumamente tediosa. Valentina trabajaba hasta tarde y no se verían hasta el miércoles por la noche. Y él, de vacaciones, no tenía absolutamente nada interesante en qué ocuparse.

Se estiró. Iba a prepararse algo de beber cuando sonó su teléfono. No reconoció el número, pero la

inconfundible voz de Javier Sanjuán resonó en el auricular al momento.

—¡Coño! ¿Sanjuán? ¡Benditos los oídos que te escuchan! Sanjuán escuchó aquel tono alegre y confiado, y lo maldijo en silencio.

—Qué tal, Christian. ¿Cómo te va la vida? —«Bastante bien, seguro, hijo de puta», pensó.

—Hombre, vamos tirando. Las navidades son siempre unas fechas muy aburridas, Sanjuán. Pero bueno... ¿Qué te trae por aquí?

—Pues... nada en realidad. Ayer di una conferencia en Santiago, y hoy me he pasado por Coruña para recordar viejos

tiempos —vaciló un momento, luego se lanzó—. ¿Te apetecería tomar una copa? No hemos hablado desde el día aquel en que fuimos al *pub* aquel... Vela se llamaba, ¿te acuerdas?

—Pues claro que me acuerdo... Me encantaría, Sanjuán. Además, no tengo otra cosa mejor que hacer. Valentina trabaja hoy hasta las tantas y no le apetece salir de noche. Acabamos de volver de Oporto justo hoy por la mañana.

La puñalada trapera, no por esperada, menos dolorosa. Consiguió reponerse a duras penas.

—Genial, entonces. ¿Te recojo en tu

casa? Yo estoy alojado en el Meliá. Puedo ir caminando hasta ahí.

—De acuerdo. Puedes subir a tomar algo, estaré en casa toda la tarde. ¿Qué hora es ahora? Las tres y media pasadas... puedes pasarte sobre las ocho y media más o menos, si te parece... Tengo un whisky buenísimo. Me lo acaban de regalar en una cesta de Navidad.

Sanjuán miró la pantalla del móvil con cara de circunstancias y pensó en las posibilidades que había de que estuviera cometiendo una locura. Tenía solo cinco horas para recibir noticias de Servant. Pero mientras esperaba, no

tenía tiempo que perder.

Empezó a imprimir la crítica sobre Hitchcock del museo Pompidou. Luego cogió el libro de Trías y metió el retrato de Lidia al carboncillo entre dos folios para protegerlo. Todo fue a parar a su portafolio. Luego fue a la sala y cogió la bolsa de deportes donde estaba guardado el ramo de flores.

Escribió una nota a Manuel Naveira y la dejó en el recibidor:

«Creo que he encontrado algo. Mañana lo llamaré sin falta».

Luego cerró la puerta blindada sin hacer ruido y cogió el ascensor.

Intentaba concentrarse en la grabación del asalto al banco, pero Valentina no era capaz siquiera de fijar la vista en las evoluciones de aquellos atracadores con peculiares caretas de carnaval, como las de los Peliqueiros de Laza, que habían causado sensación en la comisaría. Suspiró. Por una parte quería que Sanjuán la llamara. Por otra, prefería que pasara aquel día cuanto antes para estar segura de que había vuelto a Valencia sin dar señales de vida. Se puso a rumiar, el bolígrafo mordido en la boca, mientras volvía durante un

momento a recordar la funesta noche de San Juan, cosa que evitaba hacer siempre con absoluta tozudez.

La noche de la playa había conformado un antes y un después en su forma de afrontar las relaciones amorosas. Valentina se hartó. Había decidido cerrar su corazón a todo y a todos. Estaba hasta los cojones de confiarse para luego sufrir y recibir palos.

Y entonces apareció Christian.

Valentina se dejó llevar por unos sentimientos que le resultaron fáciles y complacientes. Con Chris no había dudas, ni falsedades, ni claroscuros.

Todo era sencillo. Se gustaban, lo pasaban bien, sin más complicaciones. Era un hombre atractivo, divertido, culto, generoso. Y lo que era más importante: estaba colado por ella.

Se tocó el pelo y se retiró el mechón de la cara.

Volvió a mirar la pantalla del móvil con una punzada en las tripas. Algo muy en el fondo de su cerebro le decía que Sanjuán iba a llamarla. Y que no iban a ser buenas noticias.

•••

Hotel Meliá María

Pita, 19:45 h

Sanjuán esperaba, moviendo la pierna con los nervios a flor de piel. Los cigarrillos se agolpaban en el cenicero, y a pesar de que había tratado de ventilar infructuosamente, el humo empezaba a apestar la habitación.

Cuando sonó el móvil, pegó un respingo. Miró la pantalla. Era un número de una centralita británica. Lo cogió con rapidez.

Sanjuán empezó a apuntar en un papel todo lo que Servant le estaba narrando. Luego le pidió por favor que se lo enviara al fax del hotel con el

papel timbrado de Scotland Yard.



Valentina vio el número de Sanjuán en su móvil y se quedó totalmente paralizada. Lo había borrado hacía meses, presa de la rabia y sobre todo para no caer en la tentación de llamarlo, pero lo recordaba perfectamente, estaba clavado en su memoria. «Lo sabía», pensó.

No fue capaz de contestar. Se quedó quieta, sin hacer nada, mirando la luz que se encendía y se apagaba al compás de la música, avisando de la llamada. Al cabo de un rato, paró.

Luego recibió la confirmación de un mensaje de voz, pero no lo escuchó. No pudo reunir el valor suficiente. La funesta sensación que llevaba en su pecho desde que había entrado en la comisaría se acrecentó de repente. ¿No le había bastado con destrozarle el corazón? ¿Por qué tenía que aparecer de nuevo cuando había alcanzado la estabilidad?



No le extrañó que no le cogiese el teléfono. Le había dejado un mensaje de voz. Pero era necesario que contactase con ella de alguna otra forma.

Escribió una nota manuscrita a Valentina y luego bajó a la recepción del hotel.

Un rato después, ya con todo lo que él quería hacer solucionado, bajó las escaleras del pórtico de entrada y cruzó la calle hacia el paseo marítimo, dispuesto a subir andando hasta la torre de Hércules. Eran las ocho y cuarto. En menos de veinte minutos podía llegar a la casa de Morgado.

• • •

Morgado contestó el telefonillo y vio a Sanjuán en blanco y negro en la cámara del portal. Esperó unos segundos,

observándolo por la pequeña pantallita parpadeante. Luego apretó el botón gris, pensativo.

Sanjuán subió hasta el ático, en la planta sexta del moderno edificio de apartamentos. Su anfitrión lo esperaba ya en la puerta, y le ofreció una sonrisa del todo acogedora. Lo saludó con un breve gesto de la mano. Sanjuán se fijó en que estaba vestido como si fuera la falsificación perfecta de un profesor recién llegado de Oxford: pantalones chinos, camisa de franela, un jersey verde de pico de cachemir. Del perchero colgaban una chaqueta marrón de cuadros de tweed y una gorra a juego.

Escuchó unos leves ladridos desde una habitación, y la pata de un perro rascó una puerta, intentando salir.

Al entrar en el apartamento el criminólogo no pudo evitar una punzada de envidia. Ya el recibidor estaba decorado con un gusto exquisito, casi minimalista. Las notas de color las daban los enormes cuadros figurativos y abstractos —nada de láminas— que ocupaban gran parte de las paredes pintadas de un blanco immaculado, y un gran taquillón de anticuario. Lo acompañó a la sala de estar, cogiéndole el abrigo y colgándolo del perchero de madera noble.

Morgado había decorado el salón con una biblioteca enorme de color crema, llena de libros y una mesa de centro redonda de diseño; un sofá de lectura italiano y sillones tipo chaise longue de color chocolate. El televisor Loewe, montado en la pared, estaba en el fondo, y todo el suelo estaba cubierto de mullidas alfombras de color crema y marrón.

El salón acristalado estaba justo enfrente de la torre de Hércules. Cada vez que la linterna del faro más antiguo del mundo daba una vuelta para avisar a los barcos del peligro, iluminaba la estancia con una luz amarilla que

resultaba acogedora, especialmente en noches de invierno como aquella. Morgado bajó la intensidad de la lámpara y la habitación quedó casi en penumbra, con un punto de luz añadido de otra lámpara veneciana que estaba en el suelo.

Se sentaron junto a una mesa baja, con vistas al exterior a través del gran ventanal. Sanjuán dejó una cartera de piel que llevaba junto al sillón italiano. Morgado se disculpó por los gemidos del perro, que había dejado dentro de una de las habitaciones para que no los molestase.

Sanjuán no pudo evitarlo: se fijó con

disimulo en una foto que había sobre la mesa: Morgado abrazado a una Valentina que parecía sonriente y feliz delante de la basílica de San Pedro, en el Vaticano. Sintió un dolor lacerante durante unos segundos y se arrepintió de su curiosidad. Lo que él había podido tener y no había sido capaz de conseguir.

Morgado lo miró con extrañeza durante unos segundos y luego hizo un gesto para invitarlo a hablar.

—¿A qué debo el honor de tu visita, Javier?

—En realidad es un tema algo... complejo, Christian, pero confío en que entre los dos podamos aclararlo... —

Sacó un cigarrillo...—. ¿Puedo fumar? —Ante el asentimiento de Morgado, encendió el Winston—. Antes que nada, permíteme que te felicite por lo de tu relación con Valentina, es una gran chica. —Sanjuán procuró decir eso con la mayor naturalidad, aunque un fuego abrasador lo consumía por dentro—, y creo que hacéis una pareja estupenda.

—Oh, ya te has enterado, claro... — Morgado sonrió—. Vaya, las noticias vuelan... Muchas gracias, Javier. Sí, es una mujer muy especial, la verdad es que estoy loco por ella. Es... ¿cómo decirlo?, fascinante: es fuerte y poderosa, pero al mismo tiempo tiene

una feminidad arrebatadora... No hay muchas mujeres así disponibles y solteras. No iba a dejarla escapar... — Morgado fue hacia el bar que tenía instalado a un lado de la sala y sacó dos vasos de cristal grueso y una botella de whisky. Luego desapareció un momento en la cocina y volvió con los vasos llenos de cubitos de hielo. Le alcanzó uno y lo llenó de licor.

Sanjuán tenía que hacer grandes esfuerzos por conservar una cara plácida; no podía desviarse del guión, o todo se iría a la mierda en cuestión de segundos. Intentó convencerse de que su autocontrol estaba al ciento por ciento y

le dio un buen trago al whisky de color miel, que le quemó la garganta.

Carraspeó.

—Sí, entiendo lo que quieres decir. Sabrás que Valentina y yo pasamos unos días muy intensos el pasado mes de junio, cuando investigamos el caso del Artista, y creo que llegué a conocerla bien, aunque no sea una persona demasiado transparente por lo que respecta a su mundo interior... Sí —suspiró—, es una mujer en todo punto admirable. Y una policía extraordinaria. Solo un necio no podría apreciarla en lo que vale, y tú, Christian, estás muy lejos de serlo, claro está...

—Vaya, gracias, Javier. Celebro que tengas un buen concepto de mí... — Christian estaba un poco desconcertado. No sabía exactamente lo que pretendía Sanjuán, pero pretendía algo, así que decidió averiguarlo, al tiempo que se dio cuenta de que podría divertirse un poco con aquel juego. Movi6 los cubitos en el vaso y continu6 con su discurso:

—Por cierto, espero no ser indiscreto... pero he de confesarte, ahora que se han aclarado las cosas, que durante esos días estuve un poco celoso de ti... ya me entiendes, pens6 que tú querías conquistarla, y que Valentina te correspondía... —Bebió un sorbo del

vaso—. En fin, ya sabes, rivalidad entre machos alfa, la lucha por la hembra y el territorio... —Sonrió al decir eso—. Esas cosas que vemos en los documentales y que reconocemos asombrados que compartimos con casi todos los mamíferos... —Lo señaló con cara de satisfacción—. Javier, reconoce que estaba claro que ella no era para ti... Entiéndeme, quiero decir que ella sabe dónde pisa, y prefiere a alguien que pueda entenderla, que la acepte como es, pero que no se conforme con eso. Ella es poderosa y frágil a un tiempo, pero también necesita que alguien pueda llevarla a nuevas cotas de conocimiento,

más allá de lo que haya aprendido en la policía, un mundo muy limitado, por otra parte, como tú bien sabes. —Morgado parecía lanzado, exultante, poseído por una extraña energía al hablar de Valentina.

Sanjuán, lejos de amilanarse, vio cómo se abría una gran grieta en el punto central de toda aquella perorata vanidosa que intentaba humillarlo, y decidió aprovecharla.

—Justamente quería hablarte de esto, Christian. Verás. —Hizo una pequeña pausa y sonrió—. Es cierto. Yo ya he aceptado que no soy el hombre adecuado para Valentina. Sí, tengo que

reconocerlo, durante un tiempo creí que podía hacerla feliz, pero me di cuenta al fin de que no valgo para ese cometido. Sin embargo, llegué a quererla mucho. Y todavía la quiero... aunque ya no me coge el teléfono —Sanjuán sonrió de nuevo, esa vez con tristeza—, y por eso me gustaría asegurarme de que está en buenas manos, ¿comprendes?

—Oh, ya veo... qué tierno... — Christian le devolvió la sonrisa, acompañada de un ligero toque de burla —, ¿te sientes responsable de ella o algo así, como un padre...? Lo entiendo perfectamente. Desde luego, ella te admira... —el tono de voz cambió, se

hizo muy sutil—, ¿o debo decir admiraba? Es cierto —continuó Morgado—, aprendió muchas cosas de ti, y tú te preocupas por su bienestar... Me parece todo un detalle, Javier... es bonito. —Se levantó, divertido, y se acercó al ventanal—. ¿Te gusta lo que ves? Tengo una buena casa, mi sueldo me permite una vida digna y en el futuro heredaré terrenos y otras propiedades de mi madre... Y, por lo demás, la respeto y la quiero con locura, que es lo importante. No hace falta que te diga que es increíblemente hermosa... ¿verdad? —Sonrió sabiendo que estaba haciendo sangre—. ¿Es eso suficiente para ti?

Sanjuán acusó el golpe, pero se rehízo y vio el momento de profundizar. Había lanzado el capotazo y el toro había embestido, poniéndose en posición. Se levantó y se puso cerca de él, junto al ventanal. Detrás del cristal se podía ver el mar en calma. La luz del faro seguía con su canción intermitente, iluminando la cara de Morgado con un contraluz dramático.

—Oh, todo eso me parece formidable, sé que puedes darle una vida muy agradable y muy interesante... Especialmente eso, interesante —recalcó—: tú eres un hombre muy culto y divertido, Christian. Eso es bueno para

ella. No es eso lo que me preocupa. Lo que realmente me preocupa, profesor... —Sanjuán endureció la voz de repente —, es saber si Valentina une su destino al de un asesino.

Morgado, que sonreía plácido y frívolo, mudó su rostro, incrédulo, en una mueca de pura estupefacción. Tardó unos segundos en contestar.

—¿Un... asesino? ¿Qué coño estás diciendo, Sanjuán? —Entonces lo nombró por su apellido, detalle que el criminólogo registró con satisfacción.

—Has escuchado perfectamente lo que he dicho —se acercó un poco más, sus rostros estarían a unos cincuenta

centímetros. Sanjuán empezó a recalcar como un salmo las palabras—. Un asesino, un patético y cruel asesino de mujeres indefensas.

Mientras Morgado estaba sin capacidad de reacción, Sanjuán recogió la cartera, que estaba a dos pasos, y sacó unos papeles.

—¿Reconoces este dibujo, Christian? —le espetó, al tiempo que le mostraba el retrato de Lidia hallado esa mañana en su habitación.

Morgado entendió, de súbito, que se hallaba en una situación de extremo peligro, y decidió aplicarse y retomar el control cuanto antes.

—¿Debería...? ¿Por qué? ¿Quién es...?

—Vaya... Me extraña que dudes. ¿No recuerdas a Lidia...? No lo entiendo, juraría que lo que tengo en la mano es un dibujo tuyo...

El faro iluminaba la palidez de Morgado, cada vez más evidente.

—¿Mío...? ¿Por qué tendría que ser mío...? ¿Estás de broma?

—Porque eres un pintor excelente, Christian. Eres capaz de reflejar el alma de las mujeres con muy pocos trazos... Es extraño que no hayas podido triunfar como artista... Y ahora cuéntame... ¿Por qué nos ocultaste que conocías a Lidia

Naveira?

Como Morgado no articulaba palabra, siguió Sanjuán, implacable.

—¿Esto tampoco te suena? —
Sanjuán extrajo una fotocopia del portafolio, y leyó: «Espero que disfrutes de este libro. Un beso muy grande, guapa». Y curiosamente... ¿quién lo firma?... ¡Pues tú, cretino! Lo firmas tú, joder. —Lo dijo con rabia, mostrándole la fotocopia del autógrafo de Morgado en el libro de Trías sobre *Vértigo*.

Sanjuán lo cogió por las solapas, indignado y furioso. Indignado porque ese hijo de puta había matado a Lidia y con toda probabilidad también a Raquel,

y furioso porque estaba acostándose con Valentina, él, un jodido asesino de mujeres, cuando debería ser suya. En esos momentos quiso hacerle patente el dolor de las víctimas, su justa ira que clamaba desde sus tumbas. Era un amante despechado a causa de su cobardía, pero también era un hombre que reprochaba los crímenes de la bestia a su cara. Todavía agarrado por las solapas, lo empujó hacia la pared, haciendo caer un jarrón con pinta de ser muy caro al entarimado perfectamente pulido.

—¡Y tú la mataste, hijo de puta, para demostrar lo jodido gran artista que

eres!, ¿verdad? ¡Y luego a Raquel!
¡¿Pero qué coño tenías contra ellas...?!
Era por Mendiluce, ¿verdad? Eran
mujeres de Mendiluce y por eso tenían
que morir, ¿no? —Como Morgado, las
venas henchidas en el cuello, no decía
nada, aunque sus ojos emanaban
destellos de fuego, Sanjuán prosiguió—:
¡Di algo, maldito cabrón! ¿Cómo
convenciste a Del Valle para que te
siguiera el juego...?

Entonces Morgado reaccionó, se
sacó de encima a Sanjuán de un empujón
y se recompuso la ropa. Empezó a
hablar con la voz agitada, pero
rápidamente retomó el dominio de sí

mismo.

—Sanjuán, eres un jodido paranoico. ¡Y ese jarrón valía una pasta, coño! ¡A ver si tienes más cuidado!

Al ver que la expresión furiosa de Sanjuán no desaparecía, Christian Morgado se quedó pensativo unos segundos y al final concedió.

—¡Sí, de acuerdo, Sanjuán...! ¡Conocía a Lidia! Pero yo no la maté, por supuesto... —Estaban los dos antagonistas de pie, pero más distanciados, Morgado dando unos breves paseos por la habitación—. Y en cuanto a Raquel, ¿qué coño tengo que ver con ella? Escúchame, Sanjuán. En

fin, es un poco engorroso hablar de ello... Yo... verás, tuve un lío con Lidia... —bajó sin querer el tono de su voz—; era una locura, ella tenía solo dieciséis años, yo treinta y dos, compréndelo... ¿qué habría pensado la policía si se lo hubiera dicho? ¡Habrían armado un revuelo, se habría sabido y me hubieran expulsado de la universidad...! ¡Eso es todo, coño, me tiré a Lidia...! No seré el primero... ni tampoco el último que se acuesta con una alumna jovencita... —Y su cara adoptó un gesto de placer prohibido—. Y, por Dios, Sanjuán... que era adorable. Te lo juro.

Sanjuán calló durante unos segundos.

Luego levantó la voz en tono jovial.

—Eres genial, Christian... Está bien, te creo. —Se dio cuenta de que Morgado había salido del abismo, así que decidió elegir una nueva estrategia, más relajada—. ¿Dónde la conociste?

—¿Eh...? Pues en un curso que di abierto, sobre el arte y temas misteriosos, ya sabes, esas cosas que gustan a mucha gente variada y mucho más a las adolescentes sensibles... Esas clases dan dinero a la Universidad porque se matriculan muchos alumnos, y ella se apuntó. Nada nuevo.

—Ya. ¿Era sobre Hitchcock? Lo

digo por el libro de Eugenio Trías que le firmaste...

—Bueno, no solo, pero sí, habla un apartado importante sobre Hitchcock... ella no lo conocía demasiado, pero vimos un par de películas en el seminario, *Vértigo* y *Frenesí*, y quedó fascinada...

—¿Fascinada? Vaya, un maestro obsesionado extendiendo su evangelio...

—Sanjuán tomó su cartera y sacó una nueva hoja, se acercó a Morgado y la apretó contra su pecho, al tiempo que recitaba de memoria una parte del texto de la crítica que había leído anteriormente en internet:

—«El arte y el crimen se han unido en un todo inextricable, y se produce una explosión avasalladora de placer sin adjetivos morales, porque la verdad de lo sentido está por encima de cualquier otra consideración».

De nuevo endureció su voz.

—No me jodas, Christian, no soy un vulgar madero a quien puedes marear con tus artimañas. «Placer sin adjetivos morales», ¿no se trata de esto? Aprovechaste tu cuenta pendiente con Mendiluce para crear tu propio arte, ¿no? Matando a sus mujeres ¡Querías demostrar a todo el mundo lo jodidamente bueno que podías ser! ¡Se

trata de eso, ¿no?! —Morgado no dijo nada. Sanjuán estaba otra vez lleno de ira, dando vueltas a su alrededor como un león enjaulado y furioso—. ¡Hitchcock se contentó con simular la muerte, con trascender la moral para lograr el gozo absoluto, pero solo en las películas, cabrón, él era un artista, no un asesino...! Tú quisiste ir más allá, crear arte con la misma muerte, traspasar el límite de toda creación y sentir la experiencia del artista y del asesino a la vez, ¿no? ¡Contéstame de una vez, hijo de puta!

Pero Morgado no picó, volvió a separarse de Sanjuán, y le dijo con tono

educado:

—Lo lamento, Sanjuán, pero me temo que esta conversación ha terminado. Vete con tus ideas paranoicas a quien quiera comprártelas. Todo esto está muy bien para tu programa de televisión, pero nada de lo que dices se sostiene por ninguna parte. Creo recordar que salió en la prensa que el ADN del Artista encontrado en la escena del crimen coincidía con el de Del Valle.

Sanjuán sabía desde que concertó la cita con Morgado que eso era verdad. No había ninguna prueba que lo incriminara directamente. Del Valle

había confesado las muertes de Lidia y de Raquel; se había hallado un cabello de aquel en la escena del crimen de *Frenesí*; nadie podía presentar una sola prueba concluyente de que Morgado fuera el asesino de esas dos chicas. Y no condenan a nadie por negar que se conoce a alguien que sí se conoce.

Por ello Sanjuán decidió jugarse el todo por el todo.

—Está bien, Christian. Lo reconozco. Soy un paranoico... Pero no me negarás que la Valentina inspectora de policía encontrará muy interesante que tú negaras conocer a Lidia, y que además te la tiraras cuando tenía

dieciséis años solamente... Y que Iturriaga, el fiscal Olmos y el juez López-Córdoba verán con mucha suspicacia tus opiniones encendidas sobre Hitckcock, y en particular tus comentarios de *Frenesí*... cuando una de las escenas del crimen del Artista es precisamente el asesinato más sádico de esa película... Qué casualidad, ¿no? Así como que yo recibiera un cuadro que representa a la heroína de *Vértigo* con la cara de Raquel... ¡Qué casualidad también que Lidia tenga un libro sobre esa película con tu autógrafo...!

—¿Un cuadro...? Vaya, no sabía nada de eso —Sanjuán creyó percibir un

deje mínimo de sarcasmo en esa respuesta de Morgado...—. Pobre. Debió de ser muy duro para ti... — Morgado caminó imperceptiblemente hasta la puerta del salón y le cortó la salida a Sanjuán con su cuerpo.

—No, claro, no sabías nada... — Sanjuán se dio cuenta de esa maniobra, pero no podía hacer otra cosa que seguir con su plan; ya no había vuelta atrás—. Pero en fin, y esto es lo mejor... toda la policía se morirá de risa a mi costa cuando sepa que estuviste en Londres un semestre y... ¡oh, otra casualidad!, ¡allí tuviste como devoto alumno a David García del Valle! —dijo eso mostrando

la copia mandada por Scotland Yard de un listado de alumnos en el curso impartido por Morgado—. ¡Sí, Christian, todos se morirán de risa y me tomarán por loco...! —Sanjuán seguía a Morgado, quien ya estaba cerca de una cómoda sobre la que reposaban costosos marcos de fotografías, repujados en plata maciza, pero que se detuvo un instante al oír esto último—. ¡Y acabarán de partirse el culo —Sanjuán volvió a elevar y endurecer de voz—, maldito hijo de puta, cuando sepan que Del Valle no pudo matar a Lidia porque esos días estaba trabajando en Londres...! —Y le enseñó un nuevo fax

de Keith Servant, moviéndolo con violencia en el aire, delante de las narices del profesor de arquitectura.

Morgado ya no dudó más. Metió la mano en el cajón de la cómoda y extrajo de él una pistola, con la que encañonó a Sanjuán de inmediato, sin vacilación.

—Sanjuán, no voy a dejar que me jodas más, la conversación ya me está tocando los cojones, y perdona por la expresión. —Sanjuán miraba el cañón que le estaba apuntando—. ¿La pistola? Por favor. Me subestimas. Se te ve venir a kilómetros... Te felicito, sabueso. ¡El gran Sanjuán! Al final ha resultado que de verdad eras muy listo, como decían

por ahí... pero me temo que vas a quedarte con las ganas de que otros se enteren... —Por un momento sintió pánico, se acercó a Sanjuán y se puso a registrarlo como un loco, en busca de un micrófono oculto. Al no hallarlo, suspiró, aliviado—. Vaya, has venido aquí a pelo... Vienes por tu cuenta... ¿por qué? ¿Por qué no has ido a la policía si sabías todo eso?

Sanjuán, resignado, se encogió de hombros.

—¿Quién iba a creerme? El caso del Artista ya estaba cerrado... Del Valle confesó las muertes... Y Valentina, es cierto, no está loca por verme...

Una policía alta, de pelo rapado, entró en la sala y preguntó por la inspectora Negro. Valentina se levantó de su silla y se aprestó a firmar la carta, que miró con extrañeza. La abrió.

El corazón le dio un vuelco. Era de Javier Sanjuán.

«Valentina, supongo que estarás sorprendida de leer esta nota, aunque quizá supieras que venía a Santiago por los periódicos. Sé que me porté como un cretino integral, pero ahora no pretendo tratar ese tema. Hay algo mucho más importante. Pasa por mi habitación del

Hotel Meliá, AHORA. Por favor. Es MUY urgente. He firmado una nota autorizándote a entrar. Si te das prisa en estudiar con atención lo que te he dejado allí, quizá te dé tiempo de encontrarme con vida...

Javier Sanjuán».

Valentina leyó la nota con los ojos abiertos de asombro. Se fijó sobre todo en la última frase: «... Quizá te dé tiempo de encontrarme con vida...».

¿Qué quería decir aquello? La releyó con calma. No parecía ninguna broma. ¿Por qué estaba en peligro?

Se decidió a escuchar el mensaje de VOZ.

Unos minutos después, Valentina corría escaleras abajo hacia su moto.

• • •

Llegó a la recepción del hotel con semblante preocupado y enseñó su placa, explicando a su vez que quería entrar en la habitación de Javier Sanjuán, aunque no hacía demasiada falta. Su uniforme la precedía, eran conscientes de que Sanjuán había dejado una nota autorizándola, y su expresión de gravedad hizo que la recepcionista la atendiese sin perder un momento. Llamó a un camarero del hotel, que le acompañó a la habitación y abrió la

puerta.

Valentina dio unos pasos hacia las mesas que estaban contra la pared. Sanjuán había quitado la lámpara y las había juntado para crear una especie de altar.

Había dispuesto para ella un extraño montaje que no era capaz de entender.

Lo primero que le llamó la atención fue un retrato al carboncillo. Lo cogió y lo miró con atención. No estaba completo, pero era suficientemente bueno como para ver las facciones de Lidia Naveira perfectamente dibujadas.

«¿Un retrato de Lidia? ¿De dónde lo ha sacado?».

Valentina analizó el dibujo durante unos instantes, sopesando con extrañeza si aquel carboncillo tenía algún significado especial. Algún significado que a ella, de momento, se le escapaba por completo. Lo dejó sobre la mesa con cuidado.

Luego miró las flores, dispuestas sobre un folio blanco. Las reconoció al momento. Las había estudiado durante días. «Rosas de mayo, amapolas, nomeolvides, violetas». No. No podía ser cierto. Leyó una nota que Sanjuán le había dejado en la parte inferior del folio:

«Este ramo llevaba varios días en la

lápida de Lidia. Manuel Naveira te llamó ayer, pero creo que estabas en Oporto».

En Oporto. ¿Cómo se había enterado Sanjuán? ¿Habría llamado a la comisaría?

Valentina notó que la opresión en su pecho crecía y crecía hasta casi impedirle respirar. ¿Qué significaba todo aquello? el Artista estaba muerto, había visto su cuerpo en el depósito de cadáveres.

Cogió el libro *Vértigo y pasión. Vértigo*. El retrato de Raquel. Carlotta Valdés. Lo abrió por la primera página y leyó la dedicatoria.

Valentina tuvo que sentarse en la silla cuando el nombre de Morgado saltó hacia sus ojos como una brasa incandescente.

Con las manos temblorosas, cogió el recibo del curso y lo leyó, recorriéndolo con la mirada de arriba abajo una y otra vez para cerciorarse de que aquello era verdad. Lidia Naveira en un curso de Chris en el MACUF. La conocía —notó cómo se abría el suelo bajo sus pies—, Chris la conocía y nunca se lo había dicho. ¿Cabía la posibilidad de que hubiese mucha gente en ese curso y no la recordara? No, él tenía una memoria casi fotográfica, ¿cómo olvidar a una

chica pelirroja y tan llamativa? Leyó los términos de la matrícula, «máximo veinte personas», imposible. La conocía.

Su corazón iba cada vez más rápido. «Hitchcock y la Coartada para el Placer Innombrable». Su cerebro procesaba a toda velocidad, convertido en un puzle macabro de piezas que parecían dar vueltas y vueltas hasta encajar en una figura nueva y terrible.

Cogió aire con ansia y siguió por orden. Sanjuán había dispuesto todo *in crescendo* para hacerle comprender con claridad el camino que estaba siguiendo.

«La influencia de los prerrafaelitas o

los simbolistas en la mujer glacial hitchcockiana ha sido estudiada ya muchas veces. Sin embargo, yo me quedo con la imagen helada de Kim Novak en la bahía de San Francisco, una Ofelia moderna rodeada de flores destinada a la tragedia por culpa de su destino cruel...».

La crítica de Chris de una exposición en el Centro Pompidou. *Ofelia y Vértigo*. Los prerrafaelitas. Pero no. No tenía lógica. Esa conclusión era la conclusión normal y corriente de cualquier crítico de cine amante de los prerrafaelitas, no de alguien sospechoso de... Intentó relajarse, convenciéndose a

sí misma de que todo aquello tenía que tener una explicación sencilla, tranquilizadora.

Aún quedaban dos faxes.

Valentina vio el membrete de Scotland Yard y el nombre de Keith Servant. Empezó a leer con la ansiedad dibujada en su cara.

«... En las fechas que me ha consultado, efectivamente, David García del Valle estaba en Londres. Lo he comprobado en dos frentes: la empresa con la que colaboraba, que afirma haber estado en contacto con él durante todos esos días, presencialmente, y con el dueño del gimnasio, que asegura sin

duda alguna haber ido a cenar con él y con otros después del entrenamiento ese fin de semana. Hay fotos de la cena, por lo que parece».

«Podía haberle dado tiempo de ir y volver... en un vuelo...». Valentina estaba procesando todo a gran velocidad, imaginando opciones diferentes a la terrible conclusión que se desprendía de la exhibición que le había preparado Sanjuán. «¿Cómo se me pasó comprobar esas fechas? No puede ser. ¿Cerramos el caso sin cotejar las fechas?», se preguntó, incrédula.

El último fax constaba de dos páginas. Valentina se enfrentó al papel

con absoluto pavor. Evans contestaba afirmativamente a otra pregunta de Sanjuán.

«Sí, en efecto. Christian Morgado estuvo en Londres varias veces. Por ejemplo, participando en 2008 en una mesa redonda en la Universidad de Londres sobre "Tendencias Pictóricas en el Arte Actual: ¿Un Camino sin Salida?". Una conferencia en el Barbican Center sobre Alfred Hitchcock y el arte, y lo más importante: impartió al año siguiente en la University of The Arts un seminario sobre pintura realista española del siglo XIX... le adjunto la matrícula de Héctor del Valle, Sanjuán».

Valentina leyó, estupefacta.

«No sé qué quiere decir todo esto, pero, Sanjuán, está usted en lo cierto. Del Valle no pudo matar de ninguna manera a Lidia Naveira».

Valentina cogió el teléfono y llamó a Christian Morgado.

No obtuvo respuesta.



—Por lo menos, satisface mi curiosidad... ¿qué hiciste para convertir a Del Valle en un asesino? ¿Por qué querías vengarte de Mendiluce?

Morgado seguía apuntándole. Asintió y empezó a hablar sin perder de

vista a Sanjuán, que había levantado las manos en señal de rendición.

—Bueno, fue todo muy casual... El hijo de puta de Mendiluce me hizo una mala jugadita de las suyas... Impidió que me dieran el puesto de director del Centro Galego de Arte Contemporánea que todos habían ya acordado que iban a concederme, para enchufar a una de sus amantes, y luego se dedicó a putearme, denigrándome e impidiendo que las principales galerías expusieran mis cuadros... ¿entiendes? —Los ojos de Morgado adquirieron un extraño brillo —. Impidió que mi arte se conociera... Nunca me perdonó que fuera demasiado

crítico con una exposición que él montó sobre «Nuevos Valores del Arte Gallego». ¡Ja! Toda la bazofia de artistas ungidores de políticos oportunistas, todos los estómagos agradecidos estaban ahí... La mayoría de las obras eran pura basura, pero eran trovadores de los que tenían el dinero, y ahí estaban todos recogiendo el fruto de su falta de escrúpulos... Yo creía en esa época que la gente sabría apreciar el arte en mayúsculas, pero Mendiluce resultó tener mucho poder... y a la gente le importaba el arte un carajo, la verdad. —Sanjuán vio un segundo de infinita tristeza en su rostro—. Ya movía

voluntades y braguetas, sabía muchas cosas de mucha gente importante, y todos decidieron sepultarme en el anonimato. Mi vida artística se había acabado.

Sanjuán escuchaba todo aquel delirio con atención, captando toda la locura y la rabia que destilaban las palabras de Morgado.

—Entonces conocí a David en Londres, fue una casualidad, es cierto. Como los dos éramos de aquí, rápidamente nos hicimos amigos. Me contó su tragedia. Fue algo extraordinario, increíble. Una revelación. ¡Él también había sido una

víctima de Mendiluce, su propio padre! Otro tipo de víctima, mucho más dañada, es cierto... En realidad me di cuenta de que estaba en el abismo de la locura, de la obsesión... Éramos hermanos de sangre: yo le inoculé más odio, mucho más veneno, tengo que reconocerlo... —Morgado apretaba con fuerza la pistola, el gesto crispado, reviviendo esos recuerdos, destilando ira otra vez—. Quería destruir a Mendiluce con toda mi alma. Y él se juramentó para ser el brazo ejecutor de la justicia divina.

Morgado se detuvo un momento, como transido por la magnitud de su

idea. Luego continuó, orgulloso.

—Le propuse un plan: purificar mediante el arte el alma de las putas, recreando en la muerte sus imágenes favoritas. Cuando leí en internet a finales del año pasado que Patricia había sido hallada como Lucy, la protagonista de *Drácula*... entendí de inmediato que David había empezado a matar. Fui rápidamente a Londres: me contó que había descubierto que era una puta, que era como las mujeres que Mendiluce frecuentaba, como la ruina física y moral a la que había condenado a su madre, torturada y prostituida... Me contó todo esto llorando, con sus ojos

lentos de ira, fuera de las órbitas. El pobre ya había traspasado el umbral de la cordura. Y vi entonces claro mi plan: él debía purificar las vidas de otras mujeres podridas, más aún, debía acabar con la vida de quienes dirigían el club de sado al que pertenecía Patricia, y yo mataría por él a las mujeres de Mendiluce, a aquellas de las que había gozado o utilizaba... y le prepararía el terreno para que matara a su padre, al fin cumpliendo su sagrada misión. Y al tiempo, ¡sí, Sanjuán, crearíamos auténtico arte! ¡Un arte nunca visto antes! ¡Si la ciudad se vendió a Mendiluce y denigraba a los artistas, yo

les enseñaría a apreciar un ARTE NUEVO, con los cadáveres de sus hijas predilectas!

Sanjuán entendió todo al fin. Pero Morgado solo se equivocaba en una cosa. El abismo de la locura no solo había devorado a Del Valle, sino que también podía verlo ahora perfectamente en los ojos rebosantes de delirio de Christian Morgado, que lo miraban con el sello frío de la muerte pintado en los ojos de hielo.

Se preguntó qué diablos iba a hacer. Si Valentina no había leído su carta, estaba totalmente perdido.

Aparcó la moto en la calle de atrás del piso de Christian y dio la vuelta hasta el portal. Cogió la llave y entró. Luego subió en el ascensor hasta el ático.

Llamó al timbre, pero obtuvo el silencio por respuesta. Puso la oreja en la puerta. Nada. Abrió con cautela y metió la cabeza. El apartamento parecía estar vacío.

Valentina recorrió el pasillo y entró en la sala. Al momento notó el olor a tabaco. Christian no fumaba, por lo general. Se acercó al cenicero y vio la colilla de Winston Blue. Nadie que ella

conociese fumaba Winston Blue... salvo Sanjuán, claro. Recordó que más de una vez se había metido con él por ello. Sobre la mesa había una botella y dos vasos medio llenos de whisky con hielo. Sin terminar. Como si se hubiesen ido de repente de allí...

Valentina recorrió la casa. Abrió la puerta a Lord Byron, que saltó para intentar lamerle las manos, lleno de alegría. Luego fue hasta la cocina. En el suelo, al lado de la nevera, había restos de cubitos de hielo casi fundidos. Hacía muy poco que se habían marchado.

Fue hasta el recibidor y vio sobre el taquillón unas gafas de sol que

reconoció al instante, y en el perchero un abrigo azul que no era de su novio. Morgado no usaba gafas de sol de Prada. Cogió el abrigo. «Ni abrigos de Armani de esa talla».

«Quizá te dé tiempo de encontrarme con vida».

Las palabras de Sanjuán resonaron en su mente. Valentina empezó a interiorizarlo todo a la velocidad del rayo, mientras su pecho subía y bajaba poseído por un ansia brutal. Sanjuán había descubierto la horrible verdad: el asesino de Lidia Naveira no había sido Del Valle. Había sido Christian Morgado. Y por lo visto, había quedado

con él en su propia casa.

Sanjuán la había llamado y ella no había querido coger el teléfono.

Dios. Dios. Imbécil. Era una imbécil. Morgado era el que los había guiado directamente hacia Pedro Mendiluce el día de aquella comida. Después con la becaria traumatizada por las fiestas del empresario. Morgado, mentor y amigo de Del Valle. Los dos eran cómplices en los asesinatos. Morgado era su contacto en Coruña, el que lo acogió, seguro, cuando volvió de Londres.

Y ella había picado como una principiante, babándose ante sus

atenciones desde el primer momento. Y después... después había salido con él. Su novio, su amante. El asesino de Lidia era su propio novio.

Y quizá también el asesino de Javier Sanjuán.

Era una verdadera imbécil.

Valentina corrió hacia el ascensor y bajó hasta el garaje. El Mini no estaba allí. ¿Dónde podía haberlo llevado?

Cogió la radio y llamó a Velasco.

—Velasco. Christian ha desaparecido. Sí, desaparecido, joder. Necesito un patrulla. ¡Escúchame! Está con Javier Sanjuán. No hagas preguntas, por favor. Es muy urgente, hay que

encontrarlos cuanto antes. ¡Luego te explicaré, pero estad preparados para mi próxima llamada!

• • •

Ana Salazar estaba en el medio de la partida de mus en casa de su amiga Clarita Santurce cuando sonó su teléfono. Era Valentina. Podía esperar hasta el final de la mano.

Valentina cruzaba los dedos, de pie delante de la moto. «Por favor. Ana. Contéstame. Por favor...».

Ana iba a guardar el teléfono en el bolso. Miró su baza. No. No tenía muy buenas cartas, así que era un buen

motivo para parar la partida.

Sonrió a sus tres amigas y señaló el teléfono móvil.

—Es mi futura nuera, chicas, voy a ver si al fin Christian se ha decidido a declararse. Ahora vuelvo. —Ana salió de la habitación y contestó a la llamada.

—Hola, Ana. Soy Valentina. Necesito ayuda.

—Dime, querida. —Le extrañó el tono urgente, cuando ella casi siempre era una chica relajada.

—No sé dónde está Christian. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Ayúdame, necesito encontrarlo ahora mismo.

—Pero mujer. ¿Chris desaparecido? ¡Qué va! Estará por ahí con algún amigote...

Valentina no quería asustar a aquella mujer a la que apreciaba, pero no vio otro camino.

—Ana, creo que Christian puede correr peligro. Ahora no puedo pararme a explicar lo que pasa, pero necesito que me ayudes. ¿Conoces algún lugar en donde pueda estar? ¿Algún sitio adonde él suela ir a refugiarse, a pensar...?

—Pero... querida... ¿No deberías de saberlo tú? Pensé que tenía más confianza contigo...

—Ana, no es momento para discutir

eso. Necesito saber si Chris tiene algún sitio privado que yo no conozca. Es urgente. Tenemos que encontrarlo.

Ana pensó durante unos segundos. Notó el agobio en la voz de Valentina. Pero no se le ocurría nada.

—Piensa, Ana, por favor. Un lugar favorito de Christian. Algún sitio adonde le gustase ir de niño. No sé, alguna propiedad que tengáis además del chalet de Santa Cruz...

—Espera un momento. Sí, puede que esté en los terrenos que tenemos cerca de Santa Eulalia... ¿Conoces Montrove? Bien. Tienes que ir hasta Lians. Allí tenemos unos terrenos detrás de la

capilla, en ese camino que va hacia el bosque. Mi marido se hizo hace años un refugio de madera adónde íbamos a hacer churrasco los domingos. Cuando murió mi esposo el sitio quedó bastante abandonado. Mira allí. A él le gusta mucho esa zona.

—Lians es muy grande, Ana.

—No tiene pérdida. Tú sigue por el camino que hay debajo de la capilla de Santa Eulalia de Lians, ¿Te das cuenta? ... Recorres un kilómetro más o menos y tuerces a la derecha, hacia el bosque. Caminas unos cien metros por un camino de grava y encontrarás la cabaña con facilidad. Llámame cuando lo hayas

encontrado.

Valentina colgó y se puso el casco.
No tenía mucho más tiempo.

«¿En esa cabaña de Lians es donde escondiste el cuerpo de Lidia, Christian?». ».

Capítulo 81. Frío extremo

«... Svani per sempre il sogno mio
d'amore.

L'ora è fuggita...

E muoio disperato!

E non ho amato mai tanto la vita!...».

Tosca. Puccini

Martes, 21 de
diciembre, 23:00 h

Morgado apuntó a la entrepierna de Sanjuán, luego a la cabeza. Aquello no era tan divertido como lo de Raquel y

Lidia, pero tenía su punto. Luego lo invitó con cortesía a que siguiera hacia delante.

Sanjuán miró a su alrededor en la oscuridad del bosque. Delante de él había una cabaña de madera, no demasiado grande. Un camino de grava llevaba hasta la puerta. Un furgón blanco estaba aparcado en un lateral.

—Camina, por favor. Aquí fuera hace bastante frío. Dentro hay una chimenea. A lo mejor la enciendo para que estemos más cómodos, como dos tortolitos. —Morgado soltó una carcajada—. Algún día traeré aquí a Valentina para pasar una velada

agradable. ¿Qué te parece? Un poco cutre, ¿verdad? Ella merece algo mejor... estoy de acuerdo.

Morgado abrió la puerta con la llave y empujó dentro a Sanjuán, atado y amordazado, que se negaba a caminar más rápido para arañar unos segundos de tiempo. La esperanza de que Valentina hubiese leído el mensaje cada vez se alejaba más y más. Era dolorosamente consciente del destino que lo aguardaba. Pero él mismo se había metido allí con todas las consecuencias.

—Perdona el desorden, Javier. Pero no esperaba venir hoy hasta aquí...

Obedéceme, coño, o te pego un tiro en la rodilla. Eso sale siempre en las películas, ¿no? Tiene que ser muy doloroso, seguro. Morirás igual, pero mucho más jodido... Venga, ánimo. — Morgado parecía estar pasándoselo bien —. No deberías amargarte. No pienso hacerte sufrir demasiado. No tengo el más mínimo interés en recrear una *performance* con tu cadáver. El Artista ha muerto después de acabar con Raquel, no hay motivo para hacerlo resucitar. Por cierto, tengo que reconocer que tu exmujer fue muy complaciente conmigo... una verdadera meretriz arrastrada a mi servicio. —

Morgado cogió una silla de madera y la acercó al criminólogo—. Espero que apreciaras mi obra. Estaba por completo dedicada a ti. Desde el cuadro que envié al hotel hasta la escena de la película. Sabía que lo comprenderías... Sin embargo, todo eso ha terminado. Un buen artista ha de saber cuándo acabar un ciclo. Fíjate: ahora me apetece crear un nuevo tipo de arte. Algo más moderno, que por desgracia solo servirá para mi disfrute personal. Siéntate en esa silla, por favor. Y no te muevas.

Morgado sujetó a Sanjuán a la silla con una cuerda y subió por unas escaleras de madera hacia el primer

piso. Al cabo de un rato, bajó con una cámara y un trípode.

Lo escrutó con complacencia.

—Querido amigo. Vas a ser el primero en saberlo. Voy a pedirle a Valentina que se case conmigo. No, no te emociones. No vamos a invitarte a la boda, me temo. A ella no le gustaría. A lo mejor acabarías contestándole algo muy feo al cura cuando preguntase aquello de «¿Alguien tiene algo que decir en contra de la celebración de este bonito enlace?».

Le quitó la mordaza de cinta americana de un tirón. Sanjuán respiró con fuerza una gran bocanada de aire.

—No soy un maleducado, Sanjuán. Tengo corazón. Voy a dejar que expreses tus últimas palabras. Y si quieres, puedes fumarte un cigarrillo... aunque has de recordar que fumar mata. — Rebuscó en los bolsillos del criminólogo hasta encontrar la cajetilla y el mechero.

Sanjuán sentía que el miedo lo atenazaba y agradeció esos segundos de vida que le proporcionaba el ego inflado de su enemigo; se obligó a pensar rápido entre bocanada y bocanada de humo. Entonces llegó a la conclusión de que si tenía que morir, al menos todavía podía estar en disposición de herir a su

asesino de forma profunda. Se lo debía a Lidia y a Raquel. Era algo inexplicable: parte de ese miedo se había transformado en rabia sorda, como si la desesperación que le había hecho cometer esa insensatez le diera una presencia de ánimo desconocida. Así pues, lo miró fijamente después de terminar el cigarrillo.

—Sí. Tienes razón. Voy a decir mis últimas palabras, Christian. —La voz traslucía el más absoluto desprecio, mascado entre los dientes con rabia—. Nunca la tendrás, Morgado. Nunca. ¿No te das cuenta? Eres patético. Y lo sabes. Te crees un esteta, un tipo cultivado,

pero no eres más que un vulgar asesino de mujeres, alguien que quiere convencerse de que hace arte con el asesinato porque le resulta muy duro comprender que es un jodido tarado que disfruta matando. Y en cuanto a Valentina, solo eres capaz de ver su belleza, pero no puedes aspirar ni por un segundo a entrar en su alma. Ni en su corazón. Ella nunca te dejará entrar, y lo sabes. Sabes que solo está contigo para distraerse, para calmar su ansia. No está enamorada de ti, Morgado... Solo eres un bufón sacado de una obra de Óscar Wilde. Yo sí que he entrado en ella, Morgado —dijo esto marcando cada

sílaba—, y ella se ha entregado a mí por completo. Algo que tú nunca lograrás.

Morgado lo interrumpió con un golpe en la frente con las cachas de la pistola, que lo derribó al suelo con la silla. Luego rompió un trozo de cinta americana y se lo puso en la boca, apretado con fuerza. Habló entonces lleno de ira contenida.

—Así está mejor. Nunca me gustó tu programa de televisión, Javier... hablabas demasiado.

Morgado dispuso la cámara delante de un frigorífico enorme que estaba colocado frente a un sillón blanco. Miró a Sanjuán con una sonrisa.

—Aquí estuvo Lidia un par de días. Me sentaba en el sillón a admirar su belleza de hielo. Era como ver a Blancanieves con el trozo de manzana envenenada en la boca. Pálida, pelirroja, nívea... —Morgado dejó de hablar y lo miró con aire de sorpresa. Acababa de acordarse de algo—. Espera un momento: quiero que veas una cosa antes de morir.

Morgado subió las escaleras de dos en dos y no tardó en bajar de nuevo con un cuadro que sujetaba con las dos manos. Se puso delante de él y se lo enseñó. Sanjuán pudo ver a Lidia-Ofelia, sentada, muy recta, delante del

estanque de Eirís, con las manos llenas de flores, el vestido que llevaba puesto en la escena del crimen, que caía hasta los pies desnudos.

—Te gusta, ¿verdad? Sé que soy un pintor excelente, Sanjuán. A pesar de las críticas de Pedro Mendiluce. En otra época hubiese sido considerado un genio del detalle. Ahora solo se valoran los ladrillos o los vídeos pornográficos. Y hablando de vídeos... ¿Sabes una cosa? Tengo una curiosidad enorme por ver cómo un cuerpo se congela vivo. Por eso voy a meterte dentro y voy a colocar la cámara delante de ti. Será interesante ver la grabación de tu muerte.

¿Congelado o asfixiado?... No sé... Cualquiera de las dos propuestas resultará fascinante de analizar a posteriori. Una obra de arte digna del Pompidou. ¡Ah! Yo no pienso quedarme a verlo y lo siento muchísimo. Tengo muchas cosas que hacer, Sanjuán. Tendrás que excusarme... por ejemplo, tengo que ensayar cómo voy a pedirle a Valentina que se case conmigo. Ya he hablado con el abad de la colegiata. Tenemos día para el veintidós de mayo del año que viene.

Morgado levantó a Sanjuán del suelo con fuerza y le apuntó con la pistola.

—Métete ahí dentro. Espero que no

tengas claustrofobia. No importa, la puerta es de cristal transparente. La pedí por encargo, ya te imaginas. Así puedo ver lo que pasa en el interior.

Una vez dentro del aparato, sujetó sus muñecas esposadas a una anilla que había colocada en la parte superior del arcón congelador. Luego cerró la puerta de cristal, que incluía una cerradura, metió la llave y selló la puerta.

Su mano tecleó en una pantalla y giró el termostato para que alcanzase la temperatura más baja. Luego fue hasta la cámara, la encendió y enfocó la tumba de hielo. Sanjuán intentó desprender las esposas del gancho, sin éxito.

—Querido amigo. Me despido por ahora. Abrígate. Los pronósticos del tiempo son funestos. Dentro de un rato, te aviso, podrás encontrarte a temperaturas bastante incómodas. Ah, es cierto. Olvidaste el precioso Armani azul marino en casa. No importa. Ya te lo traeré dentro de unos días...

• • •

Valentina se metió con la moto por el camino de piedra y tierra que había detrás de la capilla de Lians. Recorrió un tramo aminorando la velocidad hasta llegar al desvío hacia la derecha que se perdía en el bosque del que le había

hablado Ana Salazar. Dejó allí la Virago y empezó a caminar en la oscuridad por el camino de grava con su H&K desenfundada. Se daba cuenta de que todo aquello era una locura absoluta. Acababa de llegar de un maravilloso viaje romántico con su novio, y ella misma estaba buscándolo con una pistola semiautomática en la mano. Era absurdo.

«Por favor, que esto sea todo una pesadilla, por favor». Pero no, no lo era. Estaba bien despierta. Pasó al lado de un contenedor que apestaba a basura sin recoger. Siguió andando, hasta que llegó a una vieja cabaña de madera escondida

entre el follaje. Al lado pudo ver los restos de una mesa de piedra y bancos resquebrajados, y un lugar para hacer el churrasco, sucio y envejecido. Aún había restos ennegrecidos en el interior.

Se acercó a la puerta de madera con sigilo y la empujó. No se movió ni un milímetro.

Valentina disparó al cerrojo de la puerta y la empujó con el hombro con fuerza. La pistola entró primero. Ella entró después.

La entrada daba directamente a la sala de la cabaña. Por dentro estaba bien acondicionada, limpia como una patena. Una inspección rápida detectó un

televisor de plasma, un sillón viejo y descolorido y una mesa de madera.

En una esquina de la sala, delante del sillón, vio un gran arcón congelador de acero situado estratégicamente en posición horizontal. Delante, una cámara encendida sobre un trípode. Estaba grabando lo que ocurría en el interior del arcón.

La puerta acristalada estaba ya empezando a mostrar signos de congelación, pero aun así pudo ver el interior del frigorífico.

Había algo... no. Alguien dentro.

Valentina bajó la pistola y se acercó, con el cabello erizado por el miedo. Al

aproximarse, tiró la cámara al suelo de una patada.

Javier Sanjuán la miraba desde el interior, iluminado por la tenue luz blanca. Valentina vio las manos esposadas a lo alto y la mordaza plateada que cubría su boca. Y también vio sus ojos suplicantes con una mezcla de terror infinito y esperanza entre los temblores incontenibles que le producían los cincuenta grados bajo cero que Christian Morgado había tecleado en el termostato.

• • •

El profesor de Arquitectura se había

subido al Mini que estaba oculto detrás de la cabaña y había conectado ya las llaves cuando escuchó una sola detonación. Se quedó completamente quieto. «Un disparo. Eso ha tenido que ser un disparo. Un disparo aquí mismo.»

Se bajó del coche con precaución y volvió a la cabaña.

La puerta estaba abierta de par en par.

«Pero... ¿quién coño ha descubierto...?».

Sacó la pistola del bolsillo y entró, intentando no hacer ruido alguno. Caminó unos pasos y vio a Valentina Negro tratando abrir la puerta que él

mismo había atascado con tanto esmero.

Apuntó hacia ella con la pistola. La voz era tan neutra como la de un robot.

—Aléjate de esa puerta, Val. Ahora mismo. Aléjate o te mataré.



Valentina miró a Morgado durante un segundo, pero no sacó las manos del frigorífico. Siguió intentando abrir la puerta, que parecía encajada, incrustando las uñas hasta el fondo de la goma aislante hasta que se dio cuenta, desesperada, de que había una cerradura en la parte superior.

—Te he dicho que salgas de ahí. ¡TE

HE DICHO QUE SALGAS DE AHÍ,
JODER!

Valentina levantó las manos y se retiró unos pasos hacia el fondo, sin perder de vista a Morgado, que parecía estar a punto de perder el control de sus actos. La mujer policía se mordió el labio inferior y clavó su mirada en los ojos de su novio.

—Valentina, no actúes ahora como una estúpida polizante, piensa un poco, está en juego nuestra felicidad. — Morgado decía eso adoptando un tono casi conciliador, como si lamentara haberle chillado antes; se acercó a ella, manteniendo una distancia prudencial,

aunque en ese momento la pistola ya no la apuntaba directamente—. Escucha, cariño, pensaba pedirte que te casaras conmigo. Este papanatas no significa nada, olvídalo, piensa en el futuro que nos espera, mi vida.

Valentina escuchó esa declaración de amor con la mayor naturalidad que pudo, aunque por dentro estaba conmocionada al comprender lo estúpida que había sido al entregarse a un loco homicida. Pero en esas circunstancias comprendió que no tenía más opción que jugar sus bazas con astucia y rapidez.

—Chris, ¿qué significa todo esto?

¿Por qué tienes ahí dentro a Sanjuán?

Valentina lanzaba miradas de soslayo intentando no perder de vista los movimientos de Morgado, que estaba aproximándose a ella. A unos metros, al lado de la chimenea, había un atizador de hierro colado. Empezó a moverse de forma muy leve hacia él. Pero Morgado volvió a encañonarla con rabia, acercándose a ella de forma cada vez más amenazante.

—¿Me quieres de verdad, Valentina? Entonces... ¿Por qué te preocupas de Sanjuán? No, tú no eres como las otras, una puta estúpida. No, no puede ser cierto. Dime la verdad, por favor, te lo

suplico. ¿Es cierto que le diste TODO a Sanjuán? —Golpeó la puerta del arcón con ira mientras la miraba totalmente fuera de sí—. Me ha dicho que te lo tiraste, Val, y que te robó el corazón. Que conmigo solo juegas, que estás conmigo para pasar el rato. Que te entregaste a él de modo absoluto, amándolo sin reservas. Merece estar ahí dentro solo por decir eso. ¿No te das cuenta? ¿Es verdad? —Su expresión adoptó un atisbo de súplica, entre el fuego de la ira que restallaba.

La mano temblaba con la pistola, los ojos insanos perdidos en los de Valentina, que aguantaba la mirada

mientras buscaba desesperadamente una salida cualquier salida, para intentar liberar a Sanjuán de allí. El cristal estaba cada vez más congelado, pero aún se podía ver el interior. Estaba perdiendo el conocimiento. Su cara estaba totalmente blanca. Tenía que actuar cuanto antes. Aunque le costara la vida.



Sanjuán ya no tenía fuerzas ni para sacudir las esposas. Ya no sentía las manos ni los pies, ni las orejas, que le dolían de una forma horrible. Estaba quedándose sin aire. No sentía aquel

punzante dolor, como unos minutos atrás. Ya no notaba ninguna parte de su cuerpo por culpa de la congelación, y la sensación de asfixia era cada vez más agobiante. Su corazón latía sin control, de una manera caótica, su pecho estaba a punto de estallar.

Reunió sus últimas fuerzas para mirar por el círculo blanco que aún quedaba libre de hielo. Vio a Valentina acercarse a Morgado, lentamente, con los brazos abiertos, sonriendo. Él empezó a recular y bajó la pistola. Su rostro pareció relajarse un momento... «No. Valentina. Por favor... No me hagas esto... —Sanjuán empezó a

perder el sentido. Sus pensamientos vagaban sin control— aunque me lo merezca. No, Valentina...».

• • •

—Pero Chris... ¿cómo puedes pensar que yo he estado follando con este tío? —Valentina señaló también el arcón con un gesto de desprecio—. Por favor. ¿Con Sanjuán? ¡Pero si es un verdadero cretino! Yo con un imbécil... No tengo el más mínimo interés en él. ¿Cómo has podido creer semejante cosa? ¿No te das cuenta de que lo he dicho para herirte y estropear lo nuestro? Él sabe perfectamente que va a

morir ahí dentro... —Valentina se desabrochó el grueso chubasquero del uniforme y lo tiró al suelo—. ¿Qué te parece si hacemos el amor delante de él para celebrar su muerte? Puede mirarnos mientras follamos, cariño mío...

Morgado sonrió, embobado al ver a Valentina desabrocharse los botones del polo y mostrarle parte del pecho. Se acercó, dispuesta a besarlo en la boca con los labios entreabiertos, el cuerpo cálido insinuándose, entregándose por completo a él. Morgado cerró los ojos para besarla y subió la mano izquierda, libre de la pistola, hacia sus pechos, para acariciarlos.

Valentina aprovechó su cercanía para pegarle una patada brutal en los testículos con la bota. El grito de Morgado rompió el silencio. Luego atacó a patadas la mano de Christian, que tuvo que soltar la pistola por la intensidad de los golpes. Al momento, ella se tiró al suelo, detrás del congelador y desenchufó el cable de la corriente. Morgado se sobrepuso con un esfuerzo terrible, producto de su ira, y volvió a coger el arma, que no había caído muy lejos. Se acercó a ella, que aún estaba en el suelo, hasta quedar a unos centímetros, la agarró del pelo con fuerza y puso la pistola en su cabeza con

el rostro crispado de ira y de dolor.

—Eres una verdadera puta, Valentina. Eres como todas. Una zorra. Una verdadera zorra. —Tiró del pelo con odio hasta doblarle la cabeza hacia atrás—. Me has decepcionado. Pensé al fin que había encontrado una mujer a mi altura, pero ya he visto que no era verdad. Ahora te reunirás con «tu amado». ¡Hasta nunca, Valentina!

El dedo de Morgado se crispó en el gatillo y Valentina escuchó el inconfundible ruido del seguro. Iba a matarla. Miró a Sanjuán con desesperación, casi a modo de despedida. Por lo menos, lo había

intentado. Cerró los ojos, dispuesta a morir.

—¡Alto, policía! ¡Tira la pistola o te mato ahora mismo! ¡TIRA LA PISTOLA, AHORA!

Velasco, un metro pasado el umbral de la puerta, apuntaba a la cabeza de Morgado, y Bodelón, a su pecho. Morgado no dudó: disparó sin pensar y se movió con una agilidad inusitada, dándole en el hombro al policía, que, impulsado por la fuerza del proyectil, cayó al suelo, haciendo trastabillar a Bodelón en su caída. Morgado, aprovechando aquel momento de confusión, volvió a levantar el arma,

dispuesto a acabar con los dos policías.

Valentina instintivamente supo lo que tenía que hacer: cogió con rapidez el pesado atizador de la chimenea con las dos manos, se levantó, ágil como una atleta, y antes de que Morgado pudiese volver a apretar el gatillo, le hundió el hierro en la cabeza con todas sus fuerzas. Morgado cayó al suelo con la cabeza abierta por el golpe, la cara ensangrentada y rota en mil pedazos. Valentina se giró hacia el arcón con el atizador lleno de sangre en la mano y empezó a hacer palanca con el hierro para abrir la puerta.

—¡Bodelón, rápido, ayúdame a

sacar a Sanjuán de aquí o morirá asfixiado! —gritó Valentina.



Sanjuán, en su semiinconsciencia, notó que de repente era capaz de respirar. Unas manos recorrían su cuerpo; sus muñecas doloridas, en carne viva, eran liberadas de sus grilletes. Escuchó voces. En ocasiones la somnolencia lo sumía en un pozo oscuro y a veces era capaz de agradecer un extraño calor que subía por sus helados miembros. No supo cuánto tiempo había pasado, pero el ruido de sirenas y la percepción lejana de que estaba en una camilla y

que se movía lo acompañaron durante un buen rato. Una máquina emitía pitidos, y unos pinchazos parecían multiplicarse en sus brazos, que curiosamente ya no temblaban.

Un calor agradable penetraba por una de sus venas. Antes de perder el conocimiento creyó entrever el pálido rostro de Valentina inclinada sobre él.

Capítulo 82.

Remordimientos

Miércoles, 22 de
diciembre, 04:30 h

La cabeza de Valentina Negro daba vueltas y más vueltas. Aún no había sido capaz de interiorizar nada de lo que había pasado desde que abrió la puerta de la habitación del hotel hasta que llegó a la cabaña secreta de Morgado.

Christian. La mañana anterior habían hecho el amor antes de coger las maletas y pagar en la recepción de aquel hotel

tan *cozy*, como decía él. Recordó el olor de su piel, sus manos de pianista, su sonrisa de *dandy*... Aún tenía la esperanza de que aquello solo fuese una pesadilla espeluznante. Pero no. El hospital era muy, muy real. Y la imagen de Sanjuán dentro de aquel ataúd de acero era todavía más intensa. Cada vez que cerraba los ojos veía la mirada del criminólogo despidiéndose de ella. Aquello la perseguiría hasta el último día de su vida.

Delante de ella pasó un enfermero que corría empujando una camilla en la que yacía un hombre anciano en un terrible estado de emaciación. Se fijó en

que llevaba una sonda en la nariz, la boca abierta en una mueca de agonía. Lo siguió con la mirada, sin saber ni siquiera lo que hacía. Estaba muy conmovida, y el canto monótono de los niños de San Ildefonso leyendo los números de la lotería de Navidad, que oía como fondo sonoro, sumía todavía más en un mundo irreal sus percepciones.

Se torturó por enésima vez. Era una mala policía y una verdadera imbécil. Muerta de rabia, había decidido salir con Morgado para olvidar su desengaño. Y tenía que pagar su falsedad consigo misma. Y su falsedad con todo el mundo,

fingiendo que estaba enamorada de aquel monstruo. Fingiendo que lo amaba para demostrarse a sí misma que aquella noche de San Juan jamás había existido.

Bodelón le pasó una mano por el hombro y Valentina notó que las lágrimas empezaban a caer por sus mejillas. No había llorado el día en que Sanjuán la rechazó con frialdad en la playa. Se había tragado las lágrimas durante meses, pretendiendo parecer una chica dura y con una vida nueva y feliz.

Por su culpa Sanjuán había estado a punto de morir.

Y ella también.

Por culpa de su puto imán para los

psicópatas. Siempre tenía que meter la pata hasta la cadera con los tíos. Era su destino.

Iturriaga se acercó a ella y se sentó a su lado. Sonrió con tristeza. Aún no había salido de su asombro. Sanjuán había descubierto vínculos inquietantes que unían a Morgado con Del Valle en los crímenes del Artista. Aquella noticia era un recipiente con nitroglicerina: había que manejarla con mucho cuidado. Ni por un momento ponía en duda lo que había encontrado Sanjuán, al revés. Había intentado matarlo... y había herido de gravedad a uno de sus hombres. Gracias a Dios, Velasco

acababa de salir del quirófano y estaba estable.

Pero la policía tenía que ir con tino a la hora de acusar a un hombre que se encontraba en coma de los asesinatos atribuidos en un principio a Del Valle. Era necesario hacer una investigación exhaustiva, pormenorizada. Con la máxima discreción de cara a la prensa y a sus familiares... Eso sí. En cuanto se recuperase el muy cabrón iba a acordarse de haber nacido. Le iban a caer por lo menos veinte años por dos intentos de asesinato, incluido el de un miembro de la Policía Nacional...

Cuando Ana Salazar pasó por

delante del grupo de policías, levantó la cabeza, adoptando una actitud egregia y altiva, y sostuvo la mirada de Valentina durante unos segundos interminables.

Valentina vio en ella los ojos claros de Morgado centelleando con un odio visceral.



Ana Salazar miraba con ternura a su único hijo, de pie, al lado de la camilla. Mantenía toda su dignidad, el moño blanco en lo alto de la cabeza, su chaqueta elegante de Chanel.

El pecho de Christian subía y bajaba acompasadamente. La cabeza estaba

recubierta de vendajes, tubos y cables que parecían no tener principio ni fin. Electrodo conectados a su cuerpo lo mantenían con vida. Máquinas que narraban con su lenguaje críptico el estado comatoso y letárgico en el que se encontraba su cerebro pitaban cada pocos segundos, anunciando cualquier cambio drástico en su estado.

Agarró con fuerza su mano, pero Christian no contestó al gesto.

Aquella zorra lo había golpeado en la cabeza. Una policía arribista, que, además, no debía de quererlo demasiado para haberle hundido el atizador de su padre en la cara y haberle dejado en

aquel estado.

Le dijeron que había intentado matar por celos a un antiguo amante de Valentina y ella tuvo que impedir su asesinato y el de dos policías. Menuda zorra. Eso era imposible por completo. Su hijo no era capaz de matar ni a una mosca.

Ella nunca sospechó de aquella modosa de colegio de monjas. La había tenido muy bien engañada con su belleza y su educación. Pero daba igual lo que dijeran los médicos. Que había sufrido múltiples daños en el lóbulo prefrontal y que a lo mejor nunca despertaba del coma en el que lo habían inducido.

Lanzó una mirada de desprecio al policía grueso y calvo que habían puesto en la puerta de la habitación.

Ella sabía perfectamente que su hijo iba a ponerse bien.

...

Miércoles, 22 de
diciembre, 10:20 h

La mano de Carrasco se posó en el hombro de Lúa y lo apretó. Estaba orgulloso. Aquella chica había realizado muy bien su trabajo. Ella, mucho más serena y relajada, como si lo vivido en

las últimas dos semanas la hubiera hecho madurar diez años, también sonrió e hizo el gesto de la victoria con la mano.

Carrasco se encerró en su despacho y se sentó en la silla giratoria. Volvió a mirar los titulares del periódico del día anterior.

Redadas policiales contra la trata de blancas en A Coruña.

Pedro Mendiluce niega su participación en los hechos.

Carrasco restalló los dedos con satisfacción. Lúa era una mina. Habría

que subirle el sueldo antes de que la ficharan los de la competencia. O algún periódico de la capital...

Lúa miró al cielo y puso los ojos en blanco, en pleno éxtasis. La exclusiva de la paralización de toda la obra de Ártabra y la búsqueda del yacimiento romano la habían dejado para el día siguiente.

A la gente había que darle todo poco a poco, para dar mayor audiencia a cada espectacular exclusiva.

• • •

Sanjuán se miró las muñecas vendadas y doloridas y suspiró. En la ventana de la

habitación alguien había puesto un árbol de Navidad de plástico con enormes bolas rojas que tiraban de las ramas verde botella hacia abajo. Se daba cuenta de que estaba vivo de milagro. Se había comportado como un loco acudiendo a la boca del lobo sin armas ni protección. Y el lobo había enseñado los dientes con una fiereza que él había desestimado.

Había puesto en peligro a Valentina y a sus hombres. Se había dejado llevar por un arrebató de locura que, ahora en frío, le parecía totalmente impropio de él.

Se quitó la sábana de encima. La

calefacción del hospital estaba a todo trapo y tenía calor. Una enfermera entró a tomarle la temperatura. No le extrañaría nada que pillase un buen catarro, le dijo entre bromas. Intentó fruncir el ceño, pero el golpe que le había dado Morgado en la frente con la culata de la pistola le hizo ver las estrellas.

Miró hacia abajo. Por lo menos llevaba un pijama, no una de aquellas horribles batas que dejaban ver el trasero cuando uno hacía cualquier movimiento...

• • •

Valentina Negro cogió la caja de bombones con fuerza y se armó de valor. Allí dentro estaba Sanjuán, devorando con hambre canina la comida de hospital que le habían servido en un horrible artefacto de color indefinido.

Entró con paso decidido y se puso a su lado. Quería gritarle, llamarle cualquier barbaridad, pegarle unas bofetadas, pero solo le salió una especie de tartamudeo.

Se puso a su lado y le alcanzó la caja de bombones.

Sanjuán la miró y sonrió. Parecía avergonzado. Dejó la comida a un lado y abrió la caja en silencio, pensando que

Valentina Negro seguía siendo la mujer más bella que había visto en su vida, a pesar de las estragadas ojeras y la palidez mortal. El olor a chocolate y al fresco perfume de Valentina inundó sus fosas nasales.

Sus ojos expresaron un agradecimiento infinito. Al final consiguió decir algo coherente.

—Gracias, Valentina. Esto es mucho mejor que la comida de hospital.

Dentro de la caja había una nota manuscrita. Valentina le hizo un gesto para que la leyera. Sus mejillas enrojecieron de repente.

«Sanjuán. La próxima vez que

pretendas decirme que te gusto, por favor... intenta hacerlo de una manera más normal.

Valentina Negro».

Ella se sentó en el borde de la cama. Cogió un bombón de chocolate blanco y se lo metió en la boca con sensualidad. Sanjuán la vio relamerse con lujuria y sintió una oleada de deseo.

Luego, lo besó apasionadamente.

Antes de correr la cortina, Sanjuán pensó que había valido la pena el mal rato que pasó en el congelador.

• • •

Entró en la habitación y abrió las

cortinas con un gesto brusco. Luego, la ventana de par en par. Después, con paso triste, cansino, no, recorrió la habitación. Abrió la puerta del armario y empezó a sacar la ropa y a meterla en bolsas. Cogió con cariño la sudadera rosa pálido y los vaqueros. Aquel vestido largo de satén negro que había llevado en la fiesta de fin de curso. Recordaba su sonrisa cuando salió de casa aquella noche, tan perfecta y tan hermosa como había sido desde niña. No pudo reprimir las lágrimas mientras vaciaba todos los cajones y tiraba las perchas al suelo.

Sanjuán tenía razón. Había que

empezar a vivir de nuevo. Había que pasar página. Prolongar una existencia que parecía una muerte en vida no tenía sentido.

El asesino de su hija ya no mataría a nadie más. Había llegado el momento de seguir adelante, de aceptar el dolor.

Manuel Naveira cogió el simpático pingüino de peluche que mordía su hija cuando aún era un bebé. No pudo más, se tiró en el suelo y lloró a gritos, como no lo había hecho desde el día en que el cuerpo de Lidia apareció flotando en el estanque.



Valentina buscó con la mirada en el *hall* del hotel hasta dar con un Sanjuán que estaba enfrascado en la lectura del periódico, sentado en uno de los sillones, con su pequeña maleta y su maletín descansando a sus pies. Cuando él la vio dejó el periódico en la mesita y se levantó para saludarla. Llevaba las muñecas y la frente vendadas y seguía con un semblante mortalmente pálido, pero sus ojos brillaron con calidez detrás de las gafas de pasta, y la sonrisa fue tan espontánea que Valentina tuvo que contenerse para no estrujarlo por la sensación de alivio que la embargaba cada vez que lo veía sano y salvo.

Sanjuán la abrazó. Luego sacudió la cabeza y se quedó en silencio, sin saber qué decir. Volvió a abrazarla. Cuando la soltó, se dio cuenta de que Valentina tenía los ojos llenos de lagrimones.

—Lo siento, Javier. Me he comportado como una cría —balbuceó.

—¿Lo sientes? Por favor, me salvaste la vida, Valentina. Casi te mata a ti también. Si no hubiese sido por tus compañeros... —Sanjuán la invitó a sentarse a su lado—. Valentina, no te culpes. En realidad yo cometí un error muy grave. Me obcequé con la idea de que había un asesino en serie que actuaba en los dos países, descartando

la idea más simple: eran dos, se conocían y mataban en pareja, como muchos otros asesinos. Geraint Evans lo dijo muy claramente en Londres: las escenas del crimen son efectivamente similares, pero la de Lidia parece mucho más sofisticada, más exquisita. Y las de Patricia Janz y Floria eran brutales, sanguinarias... no sé, más expresivas, más «expresionistas», se podría decir. Fíjate en la escena del crimen de Raquel. Todo lo contrario de los crímenes de Londres: muy contenida, muy elegante, reflejaba con exactitud la escena de la película, imitando más que recreando... —Sanjuán atravesaba su

particular calvario intentando no mostrar demasiado dolor, pero cada vez que se daba cuenta de los múltiples errores que había cometido se sentía abrumado—. En suma, no apliqué todo lo que me esfuerzo en enseñar a mis alumnos a diario. La simplicidad. Y la verdad, en este caso lo más simple era que una persona que mata en La Coruña de la forma en la que lo hacía Morgado, tenía forzosamente que ser de la zona. Porque si no no se explica cómo pudo seguir a Lidia, a Raquel... todas sus rutinas, los riesgos que corría todo el tiempo; no, tenía que estar muy seguro de lo que hacía. Una persona que vive en Londres

no tiene la infraestructura para realizar semejante despliegue de medios.

Valentina negó con la cabeza una y otra vez.

—No investigué a Christian Morgado, el mayor especialista en arte prerrafaelita de toda Galicia. No lo investigué, y me dediqué a vigilar a un empresario solo porque tenía muy mala fama y muchos frentes abiertos. Yo tampoco me he lucido... —sonrió resignada.

—No obstante, los cazaste. A los dos, Valentina. Y encima a Mendiluce. Eso no es fácil. ¿No te das cuenta? No te culpes. Del Valle había confesado sus

crímenes a Mendiluce antes de morir. O eso dijo. ¿Por qué iba a mentir? Estaba comportándose como un kamikaze vengador...

Valentina asintió.

—Es cierto. Y el cabello de Del Valle en la escena del crimen... —Se mordió el labio inferior—. ¿Quién iba a pensar...?

—Morgado utilizó a Del Valle para sus fines perversos desde el primer momento. Al conocerlo en Londres y descubrir que era una víctima de su padre, descubrió también su potencialidad homicida y lo convirtió en una bomba sin espoleta, insinuándole

que debía purificar el mundo de personas como su padre y las mujeres que lo rodeaban. En mi opinión, Morgado era el ideólogo, el maestro, y Del Valle el discípulo devoto que seguía sus insinuaciones corregidas y aumentadas para regocijo de Morgado... que sabía que su «pupilo», desquiciado, acabaría matando a Mendiluce y suicidándose después de dar rienda suelta a su furia homicida. Y si no se hubiese suicidado, ya se habría encargado Christian de acabar con él de alguna forma antes de que lo incriminase. Por eso no tuvo el más mínimo reparo en coger un pelo de

David del Valle (al que había refugiado en su cabaña de Lians) y colocarlo delicadamente sobre el cuerpo de Raquel...

Valentina asintió. Todo aquello tenía mucho sentido.

—¿De quién sería la idea de los cuadros como preludio del crimen?

—No lo sé. Está claro que Christian estaba traumatizado por su fracaso como artista. Por eso me enseñó el cuadro de Lidia antes de intentar matarme. Para que me fuera al otro mundo con la imagen de «su arte» en mi cerebro. Y seguro que también disfrutó enviándome el retrato de Raquel a mi hotel... Pero

fue Del Valle quien pintó los cuadros de las víctimas que hemos ido descubriendo, así que, en mi opinión, la idea original fue de Del Valle y luego Morgado se la apropió. Yo creo que Del Valle, al crear y luego enviar los retratos de las futuras víctimas, sentía como una especie de poder bíblico, de omnipotencia, se regodeaba en la idea de que sus destinatarios tenían en su poder una especie de tarjeta de visita mortal, pero sin que pudieran saber su verdadero significado. Por otra parte, recuerda los anónimos. Ahora tienen sentido. El mail era «rope@gmail», *Rope, La soga*, la película de Hitchcock

en la que dos jóvenes asesinos matan juntos para crear un ejercicio estético... Nos lo estaban diciendo sin disimular demasiado, pero no supimos verlo. Morgado solo cometió un error, producto de la típica vanidad de los asesinos: dejar el ramo sobre la tumba de Lidia. —Sanjuán exhaló el aire con fuerza y paró de hablar. Estaba cansado de tanta perversidad, de tanta insania.

Valentina lo miró con tristeza. Ella también se sentía inmersa en una perenne sensación de vértigo que no era capaz de dominar. En solo un día toda su vida había dado un vuelco inesperado, y de qué forma... Aún no había asimilado

todo lo que iban a significar aquellos cambios tan radicales. Lo único que tenía claro era que no era tiempo de pensar en ello. Ya lo haría más adelante. Cuando empezase a ver más claro, con más distancia, todo lo que había ocurrido durante aquellos meses.

Miró el reloj y luego a Sanjuán. Sonrió con tristeza.

—¿Nos vamos ya? Tu avión sale en una hora y media...

Sanjuán se levantó y cogió su maleta. Su sonrisa se hizo más amplia cuando ella agarró el maletín y emprendió la marcha hacia el coche, a su lado. No sabía cómo abordar el tema,

pero se le ocurrió una excusa un tanto pueril. «Pueril pero efectiva», pensó.

—Llámame en cuanto sepas algo de la investigación, por favor. Tengo curiosidad por saber qué encuentran en esa cabaña... y en la casa de Morgado.

Valentina le clavó la mirada mientras abría con el mando la puerta el Citroën C3 azul.

—La verdad es que pensaba llamarte antes, Sanjuán. Me preocupa mucho tu salud. Te recuerdo que acabas de estar metido en un congelador a cincuenta grados bajo cero. —Valentina adoptó un tono tragicómico—. Las secuelas pueden ser irreversibles...

tengo que preocuparme por ti por narices. Aunque no quiera.

—Pensé que después de lo de la playa no querrías volver a saber nada de mí, inspectora. No sabes cuántas veces he lamentado ese momento.

Valentina metió la llave en el contacto y encendió el vehículo.

—Sí, claro. Pero lo del arcón congelador ha conseguido ablandarme algo el corazón, no puedo negarlo. —Dibujó un mohín lleno de ironía—. Eso y que gracias a ti me he librado de un plasta como Christian...

—Sí. Ahora es un plasta. No pensabas eso hace unos días, inspectora.

Me enteré de que estabas con él en Oporto. Desde luego, las mujeres... siempre tan volubles...

Valentina dio un volantazo y salió del aparcamiento casi sin mirar.

—No puedo creer que estés celoso de Christian. Sanjuán. Por cierto. Haz el favor de no llamarme «inspectora» con ese tonito. Todos los tíos sois iguales... Ahora que lo pienso, deberías estarlo. Tiene un arcón congelador de primera calidad... Tuvo que costarle un montón de dinero. —Reprimió una carcajada ante su ocurrencia, repleta de humor negro.

Mientras Valentina parloteaba

animadamente camino del aeropuerto, intentando quitarle hierro a lo ocurrido, Sanjuán sintió que sus miembros se relajaban por primera vez en mucho tiempo. Abrió la ventanilla y encendió un Winston. Dejó que el frío entrara para despejarse por completo.

Cuando ella hizo uno de sus inesperados cambios de carril entre los pitos e insultos de los otros conductores, sonrió con satisfacción.

Acabaría por cogerle gusto a su manera de conducir.

Epílogo

«... And in this labyrinth,
where night is blind,
the Phantom of the Opera is there,
inside your mind».

*The Phantom of the
Opera.* Andrew L. Weber

Un frío atardecer de
febrero,
faro Finisterre,
costa da Morte

Lúa Castro notó la brisa en la cara y

avanzó unos pasos hacia el acantilado. Jordi, Bodelón, Velasco, Sanjuán, Valentina y Sue Crompton esperaron unos pasos más atrás, con los semblantes serios y demudados en señal de respeto.

Solo se oían las olas del mar batiendo en las rocas, allá abajo, y los gritos gimientes de las gaviotas que parecían acompañar el funeral con su tristeza.

Jaime Anido decía siempre que el lugar más hermoso de la tierra estaba en aquel acantilado escarpado: a costa da Morte. Allí había querido descansar. Y Lúa quiso cumplir su deseo.

El sol se estaba poniendo en el faro de Finisterre, y los rayos iluminaron las cenizas de Jaime Anido al ser aventadas. Las lágrimas de Lúa Castro reflejaron por un momento el horizonte con un adiós que palpité muy dentro.

Luego se dio la vuelta y se unió al grupo.

...

Una noche de febrero,
restaurante Casa
Saqués, La Coruña

Sanjuán negó con el cabeza, categórico.

—Ni de broma, Valentina. No es precisamente lo que yo considero un buen plan para pasar un sábado por la noche después de recorrer mil kilómetros. Conmigo no cuentas. —El restaurante Casa Saqués estaba lleno de gente, así que bajó la voz. Se dio cuenta de que la había alzado sin querer.

—Javier, escucha. Es necesario. Tengo que ir. Tenemos que ir. —Los ojos de Valentina traslucían una determinación casi enfermiza. Agarró a Sanjuán por las muñecas con fuerza, hasta hacerle daño. No había probado el Ribera del Duero, estaba intacto—. ¿No te das cuenta? Por favor. Te lo suplico.

—No lo considero necesario, Valentina. ¿Por qué crees que «tenemos que ir»? A mí ya me llegó con el «ratito» que pasamos juntos en su cabaña tu exnovio y yo. Preferiría no tener que volver a verlo en toda mi vida, si eso es posible. —Sanjuán le dio un sorbo a su albariño, visiblemente nervioso.

Valentina suspiró.

—Tienes que entenderme. No es tan difícil. Creo que después de todo lo que pasó es necesario que vayamos a verlo. Necesito saber cómo está... Javier, yo le hundí un atizador de hierro en la cara a Christian y lo dejé en coma. Era mi

novio. Era el hombre con el que iba a casarme, ¿no lo comprendes? ¡Si no hubiese sido por ti estaría casada con un asesino despiadado, con un trastornado! ¿Te imaginas cómo hubiese sido mi vida?

Sanjuán intentó adoptar un tono neutro, pero se pudo escuchar la frialdad en la voz. Estaba visiblemente molesto.

—No, no me lo imagino, sencillamente porque nunca lo hubieses sabido, Valentina. El caso del Artista estaba ya cerrado. Y además, tú estabas muy enamorada de él... y él de ti, claro. ¿Quién te dice que no hubieses sido completamente feliz con Morgado?

Ella lo miró a los ojos con sinceridad desesperada, sin hacer caso de la ironía de Sanjuán.

—Javier, yo no estaba enamorada de Christian. Simplemente imaginaba que estaba enamorada de él, que no es lo mismo. O pretendía estarlo. Ya sé que no es fácil de comprender, pero es lo que hay. En ese momento yo necesitaba algo de estabilidad, no pensar en nada, sobre todo después de... ya me entiendes. Pero de eso ya hemos hablado. Escúchame. Ahora que estás aquí, necesito que me ayudes a pasar página. Contigo. Necesito ir contigo, Javier. Yo sola no soy capaz de hacerlo.

Y no puedo vivir con la incógnita. Quiero saber qué le hice a Christian esa noche...

Sanjuán resopló con paciencia infinita.

—Esa noche lo único que hiciste fue salvarme la vida a mí, a tus compañeros y a ti misma, Valentina. Nada más. No tienes que culparte de nada, al revés. Gracias a ti estamos aquí, tomándonos un vino. Pero si tú quieres que te acompañe, lo haré. Te juro que no tengo ni el más mínimo interés en volver a ver a ese personaje. Pero si me lo pides...

—Volvió a resoplar y se bebió la copa de vino blanco de un trago—. Está bien.

Vamos. Pero conduces tú. Yo voy a pedirme una copa.

Hora y media más tarde Valentina entró con sigilo en la habitación del hospital privado en donde Christian yacía en coma desde hacía ya casi dos meses. Saludó al policía que estaba sentado al lado de la puerta, con un libro de crucigramas en la mano. Se levantó a verla y la saludó.

Sanjuán entró después, despacio. Los dos se acercaron a la cama con cuidado, como si tuviesen miedo de despertarlo. Una vez en la cabecera, Valentina se llevó las dos manos a la boca para ahogar un grito.

La cara de Morgado se había convertido en una máscara deforme. La nariz rota, la frente hundida, un enorme costurón color carne que recorría el hueco en donde había estado un ojo, hasta el cráneo, con el cabello trigueño rapado casi al cero. Una sonda salía de su nariz hacia atrás, perdiéndose entre la maraña de tubos y cables que lo conectaban a las máquinas que lo mantenían con vida.

Sanjuán no pudo evitar un escalofrío al ver que la cara de Morgado al fin hacía juego con su alma podrida. Cogió a Valentina por los hombros para sacarla de allí, pero ella no era capaz de

moverse. Estaba paralizada delante de él.

Lo agarró de la mano inerte y la apretó con un ademán casi inconsciente. Morgado continuó inmóvil, su palidez de cera se confundía con la blancura de las sábanas. Valentina recorrió con sus dedos la horrible cicatriz, acariciando con algo parecido a la ternura lo que quedaba de aquel rostro que había destrozado con sus propias manos.

Su voz sonó átona, extraña, ajena a Sanjuán, que se estremeció sin poder evitarlo al ser testigo de aquel momento tan íntimo.

—Pobre Christian. Ojalá no se

despierte nunca...

Sanjuán la empujó fuera con delicadeza mientras le daba la razón. No soportaba ni un segundo más estar en aquel lugar.

• • •

Abre un ojo de repente. La luz deslumbra su pupila, y vuelve a cerrarlo al instante, aunque su voluntad puede más que la dolorosa punzada. Consigue mantenerlo abierto de nuevo unos segundos. «Valentina».

Lo primero que siente es que no puede mover la cabeza. Se lleva

la mano blanca a la frente, pero en el camino solo puede tocar cables y más cables. Desiste por un momento, mientras intenta centrarse. ¿Dónde estoy?

Luego, el malestar insoportable en la cara. Cuando la toca al fin, lo invade la perplejidad. Es como si se la hubiesen hurtado. No puede reconocer su cara al tacto. Aquella no es su cara, ni su pelo. Su pelo.

«Valentina». Su voz. Ha escuchado la voz de su amada. Vuelve a abrir el ojo y busca a su novia con la mirada, pero el

*dolor punzante e insidioso
regresa y le obliga a cerrar el
párpado con fuerza.*

*De repente lo recuerda todo,
como un tiro, como un fogonazo
de dolor cruel, absoluto. El
corazón empieza a latir con más
rapidez, y el ruido de la
máquina se dispara durante
unos segundos. Luego cesa de
repente.*

*Se calma. Consigue incorporar
unos centímetros la cabeza con
gran esfuerzo.*

*Delante de él, a pocos metros,
un policía duerme, sentado en*

una silla. La revista de crucigramas se ha caído al suelo.

Aquella mano blanca, de pianista, empieza a quitar cable a cable con mucha delicadeza.

— FIN —

Agradecimientos

Natalia Sánchez leyó todo el manuscrito como un favor personal y aportó su punto de vista para mejorar algunos detalles que resultaban enojosos en una lectura fluida. Toni Marchal hizo una crítica constructiva y enormemente lúcida sobre algunos aspectos de la trama. Isabel Mompó leyó el manuscrito con el alma en vilo e hizo unas sugerencias muy valiosas para la mejor terminación de la trama. Otras personas leyeron partes del libro e hicieron comentarios valiosos: Carlos Soler,

Guadalupe Traserra, Mari Pau Rosas, Rosa María Martínez y Carlos Mompó. Finalmente, a Jorge Sobral y Amelia por su generosidad a la hora de permitir que aparezcan en el libro, y por la información prestada para narrar el capítulo de Sanjuán en Santiago de Compostela.

Vicente Garrido.

A mi madre, por supuesto, que aguantó todos mis berrinches. A Vicente, por su santa e infinita paciencia. A Cris, por sus ánimos. A Beatriz, Xosé y Belén, por los comentarios acertados sobre el

libro. A Begoña, por recordarme la existencia del estanque de Eirís en aquella brainstorming de cañas. A Teresa C., por sus fringeapuntos sobre armas y uniformidad. A María José y a Cheche, por la divertida visita nocturna al Cuartel de Lonzas y al Museo de la Policía. A Marcos y Samuel, de Bonus Sport, gracias por el favor aquel. A Juan "Ninja" y la eskrima filipina. A mis compañeros de oficina, rememorando poéticas travesías del desierto. Y por último y de forma especial, al Doctor D. Antón Aparicio y al Doctor Castelo, del C.H.U.A.C.

Nieves Abarca



Vicente Garrido Genovés es criminólogo y Doctor en Psicología por la Universidad de Valencia de la que es profesor titular, donde imparte Criminología Forense y Pedagogía aplicada a la delincuencia. En 1990 dictó el primer curso sobre técnicas de elaboración de perfiles criminales a

Inspectores de homicidios, en la División de Enseñanza de la Policía (Madrid). Entre sus múltiples colaboraciones internacionales, ha sido Consultor de Naciones Unidas para la prevención de la delincuencia en Latinoamérica (1996-1998) y el Ministerio de Justicia le otorgó en 1999 la Cruz de San Raimundo de Peñafort por su labor.

Garrido cuenta con un amplio reconocimiento en el ámbito de la literatura de divulgación de la criminología forense y estudios sobre violencia (*El psicópata, Amores que matan, Cara a cara con el psicópata,*

Los hijos tiranos, La mente criminal, Mientras vivas en casa, etc). También es autor de numerosos artículos en revistas de España, Reino Unido y EE.UU y periódicos de toda España, tales como *Las Provincias* (Valencia), *El País*, *El Mundo*, *La Vanguardia* y *El periódico de Cataluña*. Ha participado como asesor científico en telefilmes y reportajes sobre casos criminales. Del mismo modo, es colaborador habitual de programas de radio y de televisión de debate, cultura y divulgación sobre temas como la psicopatía, la investigación criminal, la violencia familiar o la delincuencia sexual.

Actualmente se encarga de realizar los perfiles criminológicos en el programa Expediente abierto de Antena 3.

Crímenes exquisitos es su primera novela de ficción.

Nieves Abarca Corral nació en A Coruña en mayo del 68. Estudió Historia del Arte en la Universidad de Santiago de Compostela y es Máster en Periodismo por la UOC. Realizó un curso de especialista en Perfiles Criminales bajo la dirección de Vicente Garrido. Tras licenciarse, vivió en Londres alrededor de dos años. Ha sido directora de una revista de divulgación

cultural, además de colaborar en varias publicaciones de La Coruña y Ponferrada como redactora y fotógrafa, y en programas de radio sobre música clásica. Durante trece años trabajó en un cuartel de la policía local.

Es una lectora incansable de todo tipo de literatura, pero sobre todo de novela negra y criminal. En la actualidad está estudiando Criminología y trabaja en el Ayuntamiento de La Coruña. Crímenes exquisitos es su primera novela.

Notas

[1] BDSM es la denominación usualmente empleada para designar una serie de prácticas y aficiones sexuales relacionadas entre sí y vinculadas a lo que se denomina sexualidad extrema convencional. Bondage, Disciplina y Dominación, Sumisión y Sadismo y Masoquismo. <<

[2] *The muppet show*: Los teleñecos. <<